

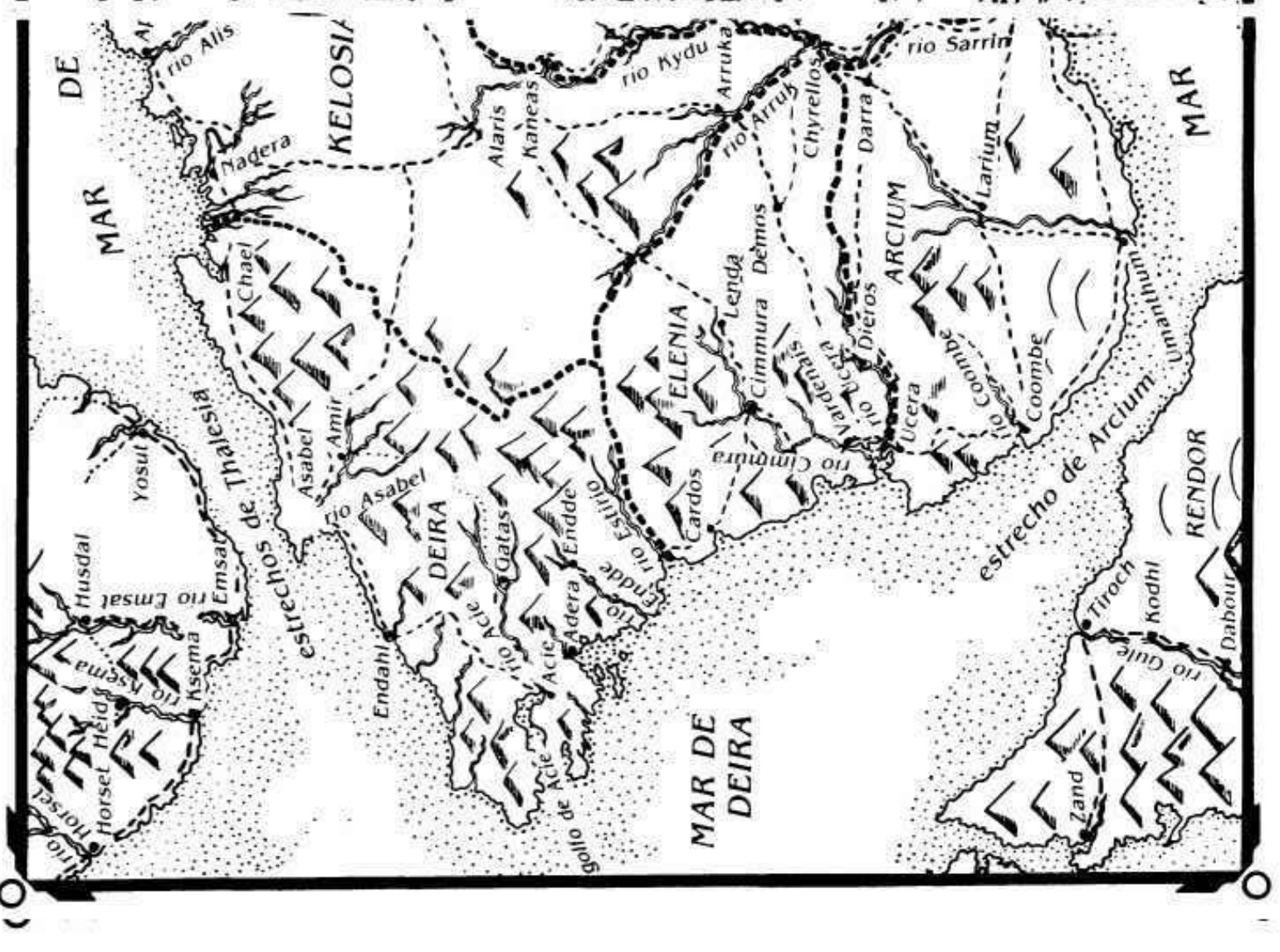
ELENIUM

David Eddings

EL TRONO DE DIAMANTE

Volumen 1

TIMUN MAS



Diseño de cubierta: Víctor Viano
Ilustración de cubierta: Ciruelo Cabral

Título original: *The Diamond Throne (Book 1 of The Elenium)*

Traducción: M^a. Dolors Gallart

© 1989 by David Eddings

Maps by Shelly Shapiro

© Editorial Timun Mas, S. A., 1990

ISBN: 84-7722-494-3 (Obra completa)

ISBN: 84-7722-495-1 (Volumen 1)

Depósito legal: B. 19571-1990

Hurope, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Editorial Timun Mas, S.A., Castillejos, 294 - 08025 Barcelona

*Para Eleanor y Ralph,
para que tengan coraje y fe.
Confiad en mí.*

Prólogo

«Ghwerig y el Bhelliom.»
Leyendas de los dioses Troll.

En el albor de los tiempos, mucho antes de que los ancestros de los estirios, cubiertos de pieles y armados de garrotes, bajaran de las montañas y bosques de Zemoch a las llanuras de Eosia central, bajo las nieves perpetuas de Thalesia del norte moraba en una profunda caverna un troll enano y contrahecho llamado Ghwerig. Este desgraciado troll había sido apartado de la sociedad a causa de su deformidad y de su monstruosa codicia, y trabajaba solo en las profundidades de la tierra buscando oro y piedras preciosas para añadirlas al inmenso tesoro que acumulaba con celo. Un día penetró en una recóndita galería lejos de la helada superficie de la tierra, y a la luz vacilante de su antorcha percibió una piedra preciosa de un azul profundo y de un tamaño mayor que su puño incrustada en la pared. Con sus nudosos y retorcidos miembros, temblorosos a causa de la excitación, se sentó en cuclillas en el pasadizo y contempló anhelante la enorme gema, consciente de que su valor superaba el de la totalidad del botín que había adquirido tras siglos de esfuerzo. Después comenzó a cortar con sumo cuidado la piedra que la rodeaba, lasca tras lasca, con el objeto de poder exhumar la preciada joya del hueco donde había reposado desde el inicio del mundo. A medida que iba emergiendo de la roca, advirtió que poseía una forma peculiar y concibió una idea: si lograba extraerla intacta, la tallaba y la pulía meticulosamente, tal vez conseguiría mejorar sus contornos, con lo que su inapreciable valía se incrementaría de manera exorbitante.

Cuando por fin liberó suavemente la joya de su rocoso lecho, la trasladó de inmediato a la cueva, donde había dispuesto su taller y al mismo tiempo guardaba su tesoro. Sin dudarlo, hizo añicos un diamante de incalculable valor y con sus fragmentos construyó herramientas para esculpir la gema encontrada.

Durante décadas, alumbrado por humeantes antorchas, Ghwerig modeló y pulió pacientemente, mientras murmuraba los hechizos y encantamientos que infundirían a aquel inestimable hallazgo todo el poder para el bien y el mal de que estaban dotados los dioses troll. Concluida su labor, la piedra poseía la forma de una rosa que destellaba el más intenso azul del zafiro. Le dio por nombre Bhelliom, la flor gema, en la creencia de que, gracias a su potencia, no habría ya nada que le resultara imposible.

Sin embargo, aunque Bhelliom estuviera imbuida de toda la fuerza de los dioses troll, no la ponía al servicio de su feo y deforme propietario. Ghwerig, presa de rabia e impotencia, golpeaba sus puños contra el suelo pétreo de su caverna. Consultó a sus dioses y les presentó en ofrenda pesadas piezas de oro y centelleantes objetos de plata. Los dioses le revelaron que debía existir una llave que bloqueara el poder de Bhelliom para impedir que hiciera uso de él cualquiera que llegara a tenerla en sus manos. A continuación los dioses troll dijeron a Ghwerig lo que debía hacer para gobernar la gema que había tallado. Utilizando los cascos que habían caído inadvertidamente a sus pies mientras moldeaba la rosa de zafiro, forjó un par de anillos. Ambos eran de oro

finísimo, y llevaban engastado un fragmento ovalado de la propia Bhelliom. Cuando hubo terminado, se puso un anillo en cada mano y luego levantó la rosa de zafiro. El intenso y brillante azul de las piedras montadas en los anillos regresó a Bhelliom, con lo que los dos adornos que lucían sus nudosas manos quedaron pálidos como el diamante. Mientras mantenía en alto la flor gema, sintió el flujo de su poder y comprendió con regocijo que la piedra que había forjado había consentido en rendirse a su voluntad.

Grandes fueron las maravillas que Ghwerig creó gracias a las facultades de Bhelliom mientras los siglos, innumerables, se sucedían uno tras otro.

Un día los estirios llegaron por fin a la tierra de los troll y, al tener noticias de la existencia de Bhelliom, todos los dioses mayores de Estiria codiciaron sus poderes. No obstante, Ghwerig era astuto y selló las entradas de su caverna con encantamientos para contrarrestar los esfuerzos para arrebatarle su preciada posesión.

Finalmente, una noche los dioses menores de Estiria se reunieron en consejo, pues les inquietaba pensar en el poder que podría conferir Bhelliom al dios que lograra utilizarla, y llegaron a la conclusión de que una potencia tan destacable no podía permanecer incontrolada en la tierra. Por tanto, resolvieron neutralizar las propiedades de la rosa mineral. De entre ellos eligieron a la ágil diosa Aphrael para llevar a cabo la tarea. Aphrael viajó hacia el norte y, debido a su ligero cuerpo, consiguió abrirse camino a través de una pequeña grieta que Ghwerig había desdeñado taponar. Cuando se halló en el interior de la caverna, Aphrael comenzó a cantar. Tan dulce era su canto que Ghwerig quedó perplejo ante la melodía y bajó la guardia en su presencia. De esta forma Aphrael lo adormeció y, cuando con sonrisa soñadora el troll enano cerró los ojos, le arrebató el anillo de la mano derecha y lo sustituyó por un diamante común. Ghwerig se incorporó al sentir el tirón, pero, como percibió un anillo que continuaba rodeándole el dedo, volvió a sentarse plácidamente, dispuesto a escuchar con deleite la canción de la diosa. Al cerrar nuevamente los ojos el troll, sumido en dulces ensoñaciones, la veloz Aphrael le sustrajo el anillo de la mano izquierda y colocó en su lugar otro aro con un diamante engastado. Ghwerig se puso en pie una vez más y observó alarmado su mano izquierda; sin embargo, lo tranquilizó la visión de una joya prácticamente igual a la que había creado con los restos de la flor gema. Aphrael prosiguió su dulce melodía hasta que finalmente Ghwerig cayó presa de un profundo sopor. Entonces la diosa se escabulló con pasos silenciosos; llevaba con ella los anillos que constituían la clave del poder de Bhelliom.

Unos días más tarde, Ghwerig extrajo la piedra de la caja de cristal donde la guardaba para realizar una tarea mediante sus facultades. Mas, en esta ocasión, Bhelliom no se le rindió, dado que ya no poseía los anillos que proporcionaban el dominio sobre ella. La rabia de Ghwerig era indescriptible. Recorrió los confines de la tierra en busca de la diosa Aphrael, pero pese a los siglos dedicados a su persecución, no logró encontrarla.

La historia siguió su curso mientras los estirios mantenían bajo su dominio las montañas y llanos de Eosia. No obstante, llegó el día en que los elenios vinieron del este y se asentaron en aquellas tierras. Tras siglos de vagabundeo errante por el continente, algunos de ellos ganaron por fin el norte de Thalesia y desposeyeron a los estirios y a sus dioses. Cuando los elenios tuvieron noticia de Ghwerig y Bhelliom, buscaron las entradas de la caverna del troll enano a través de las colinas y valles de Thalesia, enardecidos por el ansia de hallar y poseer la mítica gema de incalculable valor. Por el momento, desconocían el poder encerrado de sus pétalos de azur.

Correspondió el honor de resolver el misterio a Adian de Thalesia, el más valeroso y hábil héroe de la antigüedad, quien, a riesgo de condenar su alma, imploró consejo a los dioses troll y les presentó ofrendas. Éstos se ablandaron y le informaron de

que Ghwerig salía en ciertas ocasiones a buscar a la diosa Aphrael de Estiria para reclamarle un par de anillos que ésta le había robado, pero no le revelaron la verdadera finalidad de dichas joyas. Adian se trasladó al lejano norte y allí aguardó, todos los crepúsculos durante seis años, la llegada del troll.

Cuando por fin apareció, Adian se dirigió a él con intención engañosa y le contó que sabía dónde podía hallar a Aphrael y que le haría partícipe de su descubrimiento a cambio de un yelmo repleto de fino oro dorado. Ghwerig cayó en la trampa y condujo de inmediato a Adian a la boca oculta de su caverna. Allí tomó el yelmo del héroe, penetró en la cámara del tesoro y lo llenó de oro hasta rebosar. Al entregárselo, Adian volvió a mentirle y le comunicó que encontraría a la diosa en el departamento de Horset, en la costa occidental de Thalesia. Ghwerig partió raudo hacia el lugar indicado. Luego Adian puso nuevamente en peligro su alma, pues rogó a los dioses troll que rompieran el hechizo que Ghwerig había realizado sobre la entrada de la cueva, de modo que pudiera franquearse el paso hacia el interior. Los caprichosos dioses troll consintieron a su petición y rompieron el encantamiento.

Mientras el alba rosada incendiaba con su fulgor los helados campos del norte, Adian emergió de la cueva de Ghwerig con Bhelliom en su puño. Después emprendió viaje a su capital, en Emsat, donde se hizo forjar una corona que remató con la piedra preciosa.

El dolor de Ghwerig no tuvo límites cuando, al regresar a su morada con las manos vacías, averiguó que no sólo había perdido las claves del poder de Bhelliom, sino que la flor gema ya no se hallaba en su posesión. A partir de entonces, solía pasar las noches al acecho en los campos y bosques que rodeaban la ciudad de Emsat, con objeto de reclamar su tesoro, pero los descendientes de Adian lo protegían ahora estrechamente y le impedían acercarse a él.

Azash, uno de los dioses mayores de Estiria, hacía años que anhelaba fervientemente apropiarse de Bhelliom y de los anillos que abrían las puertas de su poder, y envió a sus hordas de Zemoch para hacerse con las joyas por la fuerza de las armas. Los reyes de occidente se pusieron en pie de guerra, unidos a los dirigentes de la Iglesia, para enfrentarse a los ejércitos de Otha de Zemoch y a su tenebroso dios estirio, Azash. El rey Sarak de Thalesia se embarcó con algunos de sus vasallos y navegó con rumbo sur desde Emsat; dejando tras de sí el mandato real que sus condes debían seguir una vez que se hubiera completado la movilización de toda Thalesia. No obstante, el rey Sarak no alcanzó el gran campo de batalla emplazado en las llanuras de Lamorkand, ya que sucumbió a una lanza zemoquiana en el fragor de una escaramuza sin nombre cerca de las costas del lago Venne, en Kelosia. Un fiel vasallo, herido de muerte, tomó la corona de su señor abatido y se abrió camino hasta la fangosa orilla oriental del lago. Allí, moribundo y acosado, arrojó la corona de Thalesia a las cenagosas y turbulentas aguas del lago ante la oculta mirada horrorizada de Ghwerig, el cual, después de haber rastreado su tesoro, contemplaba su pérdida definitiva desde un pantano de turbera.

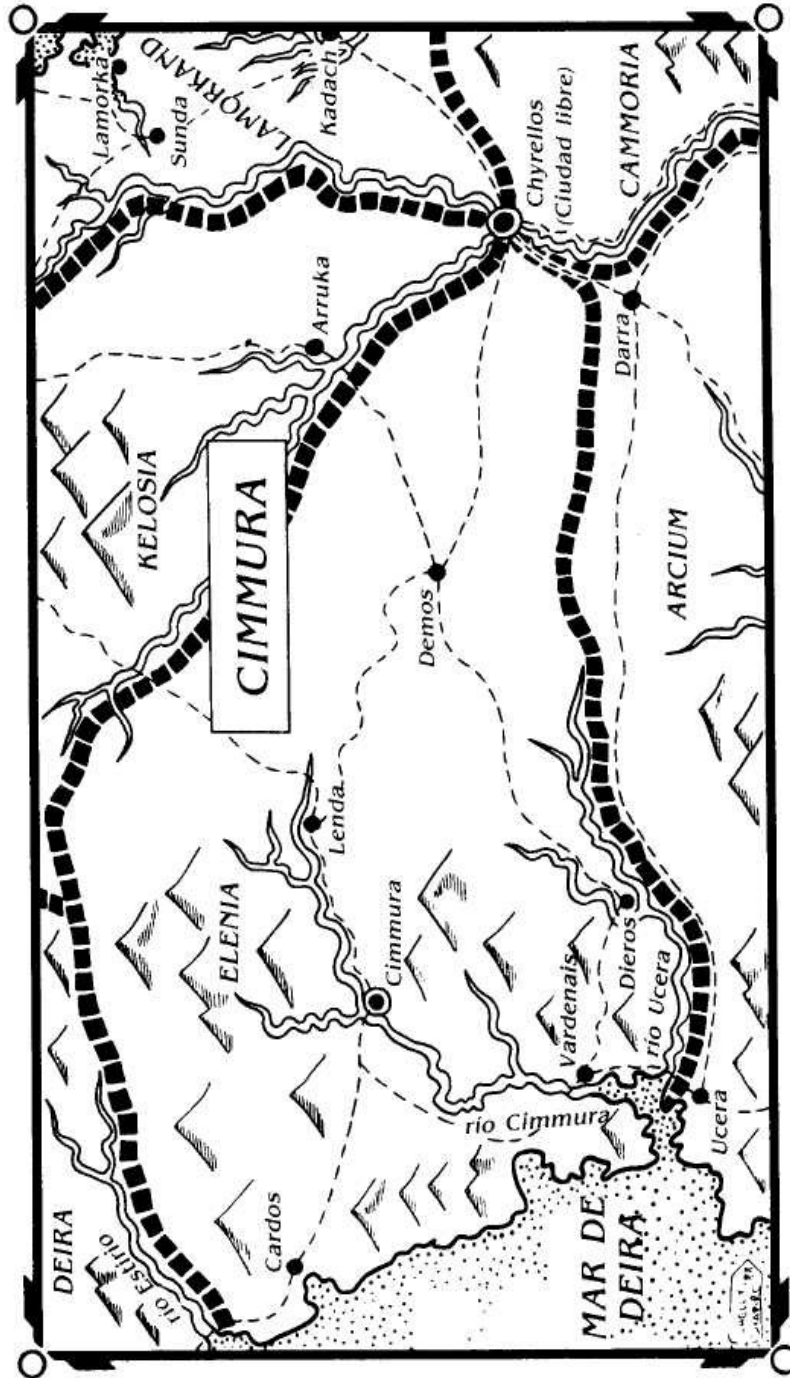
Los zemoquianos que habían asesinado al rey Sarak comenzaron a sondear de inmediato las turbias profundidades en busca de la corona. Deseaban entregársela triunfalmente a Azash, pero fueron interrumpidos por una columna de caballeros alciones que, procedentes de Deira, iban a sumarse a la batalla en Lamorkand. Los alciones cayeron sobre los zemoquianos y acabaron con todos ellos. El fiel vasallo del rey de Thalesia recibió un entierro honorable y los caballeros alciones prosiguieron su ruta en la ignorancia de que la fabulosa corona de Thalesia yacía bajo la superficie lodosa del lago Venne.

No obstante, en Kelosia existe el rumor de que en las noches de luna nueva la forma espectral del inmortal troll enano merodea por la cenagosa orilla. Dado que, a

causa de la malformación de su cuerpo, Ghwerig no osa adentrarse en las oscuras aguas para remover su fondo, se ve obligado a arrastrarse a lo largo de los márgenes, mientras proclama a gritos su añoranza por Bhelliom y danza y aúlla presa de la frustración al no responderle ésta.

Primera parte

CIMMURA



Capítulo uno

Era una noche lluviosa. Una ligera y plateada llovizna atravesaba el cedazo de negro cielo y se enroscaba en torno a las torres de vigilancia de la ciudad de Cimmura, silbaba en las antorchas que flanqueaban la ancha puerta y resaltaba el negro brillo de las piedras de la carretera que conducía a la ciudad. Un caballero solitario se aproximaba a ella. Iba envuelto en una oscura y pesada capa de viaje y montaba un alto y peludo caballo ruano. El viajero poseía una constitución fornida, formada por una potente y amplia osamenta. Su cabello era áspero y negro, y en algún avatar debió de haberse roto la nariz. Cabalgaba tranquilamente pero mantenía el peculiar estado de alerta propio de un experto guerrero.

Se llamaba Falquián. Tenía al menos diez años más de los que aparentaba y acarrea la erosión del tiempo no tanto en su estropeado rostro como en una docena de enfermedades menores y achaques de poca importancia, así como en varias cicatrices de color púrpura diseminadas por su cuerpo, las cuales acostumbraban dolerle cuando hacía mal tiempo. Esa noche, sin embargo, sentía el peso de su edad, y sus deseos se centraban con intensidad en el lecho caliente que esperaba hallar en la modesta posada adonde se encaminaba.

Falquián regresaba a casa tras representar por espacio de una década el papel de un hombre diferente con distinto nombre en un país donde apenas llovía; por el contrario, allí el sol era un martillo que golpeaba sin piedad sobre el blanco yunque de arena, roca y arcilla requemada, y las airosas mujeres iban a los pozos en medio de la luz plateada de la aurora con grandes vasijas de loza ancladas en los hombros y las caras ocultas tras negros velos.

El enorme caballo ruano se estremeció con aire ausente, sacudió la lluvia de sus enmarañadas crines, y se acercó a la puerta de la ciudad para detenerse en el círculo rojizo de luz que despedían las antorchas ante la caseta de guardia.

Un centinela mal afeitado, ataviado con un peto y un yelmo herrumbrosos y una andrajosa capa verde que colgaba con negligencia de uno de sus hombros, salió con paso inseguro de su refugio para cortar vacilante el paso de Falquián.

—Debéis decirme vuestro nombre —advirtió con voz ronca a causa del alcohol.

Falquián le dedicó una larga mirada, después abrió su capa para dejar al descubierto el macizo amuleto de plata que colgaba de su cuello.

Los ojos del ebrio guardián se abrieron ligeramente y luego retrocedió un paso.

—Oh —exclamó—, disculpad, mi señor. Adelante.

—¿Quién es, Raf? —preguntó otro centinela que asomaba la cabeza por la puerta de la caseta.

—Un caballero pandion —repuso con nerviosismo su compañero.

—¿Y a qué ha venido a Cimmura?

—Yo no hago preguntas a los pandion, Bral —contestó el hombre llamado Raf mientras sonreía con zalamería a Falquián.

»Es nuevo —indicó en tono de disculpa, señalando con el pulgar a su camarada que se hallaba detrás—. Ya aprenderá a su debido tiempo, mi señor. ¿Podemos hacer algo por vos?

—No —respondió Falquián—. De todos modos, gracias. Sería mejor que os resguardarais de la lluvia, compadre. Cogeréis frío aquí afuera.

Entregó una moneda al centinela de capa verde y penetró en la ciudad atravesando

la estrecha calle de entrada en cuyos edificios resonaba el entrecocar de las herraduras de acero de su ruano sobre el pavimento de piedra.

El barrio colindante con la puerta era pobre y estaba formado por casas de un aspecto lamentable, arracimadas unas contra otras, que proyectaban los pisos superiores sobre las húmedas y sucias callejuelas. Azotados por el viento nocturno, se balanceaban con un crujir de oxidados garfios los toscos letreros que identificaban las tiendas, de barrados postigos, diseminadas entre las plantas bajas. Un perro mojado de famélica silueta pasó sigilosamente con el rabo entre las piernas. Por lo demás, la calle aparecía oscura y solitaria.

Una antorcha llameaba intermitentemente en la intersección con otra calle. Una joven prostituta enferma, flaca y arrebuada en una andrajosa capa azul, aguardaba esperanzada bajo la luz como un pálido y amedrentado fantasma.

—¿Os apetece un rato de solaz, señor? —se ofreció lloriqueando. Tenía los ojos muy abiertos y su demacrado rostro reflejaba la timidez y el hambre.

Falquián detuvo el caballo e, inclinándose sobre la silla, puso unas cuantas monedas en su mugrienta mano.

—Vete a casa, hermana —le aconsejó con dulce voz—. Es tarde y con la lluvia ya no vendrán clientes esta noche.

Después se incorporó y prosiguió su camino seguido de la mirada estupefacta y agradecida de la mujer. Giró por una angosta calleja lateral invadida por las sombras y escuchó los pasos de alguien que huía más adelante. Su oído captó el murmullo de una precipitada conversación a su izquierda, en algún punto indeterminado que quedaba sumido en la oscuridad más profunda.

Su montura resopló e irguió las orejas.

—No hay nada de que preocuparse —lo tranquilizó Falquián.

La voz del fornido caballero había adoptado un tono suave, similar a la de un ronco susurro. La gente que lo percibía solía volverse para escuchar. Después habló más alto, en dirección a los pies que se escabullían en la penumbra.

—Me gustaría tener un encuentro con vosotros, compadres —dijo—, pero es tarde, y no estoy de humor para distracciones imprevistas. ¿Por qué no vais a asaltar a algún noble borracho y os olvidáis de mí? Así viviréis un día más para poder robar.

Para dar énfasis a sus palabras arrojó hacia atrás su mojada capa y mostró la empuñadura de la espada de hoja ancha que colgaba de su cinto.

En el callejón se hizo el silencio y, tras la sorpresa, se oyeron las pisadas que se alejaban velozmente.

El espigado ruano resopló burlonamente.

—Pienso exactamente lo mismo —se mostró de acuerdo Falquián, al tiempo que volvía a cubrirse con la capa—. ¿Qué te parece si reanudamos la marcha?

Penetraron en una amplia plaza, rodeada de crepitantes antorchas, donde la mayoría de los puestos de mercado estaban cubiertos ya con sus toldos de abigarrados colores. Algunos entusiastas persistían, inasequibles al desaliento, y pregonaban con estridencia sus mercaderías a los indiferentes viandantes que se apresuraban a regresar a sus hogares para guarecerse de la lluvia. Falquián sujetó las riendas de su caballo. De una sórdida taberna salía con paso incierto un grupo de ruidosos nobles que intercambiaban gritos de embriaguez mientras atravesaban la plaza. Esperó con calma hasta que desaparecieron por una calleja lateral, y entonces miró a su alrededor con todos sus sentidos alerta.

Si hubiera habido un poco más de gente en aquella plaza ya casi vacía, ni la propia agudeza visual de Falquián habría podido advertir la presencia de Krager. Era éste un hombre de mediana estatura, rostro arrugado y aspecto descuidado. Llevaba las botas

sucias de barro y una capa marrón colgada desmañadamente del cuello. Arrastraba los pies por el mercado, con el mojado y descolorido pelo aplastado sobre su estrecha cabeza y los acuosos ojos de miope parpadeando mientras escudriñaba en medio de la lluvia. Falquián respiró hondamente. No había visto a Krager desde aquella noche en Cippria, casi diez años antes, y reparó en los estragos que el tiempo había causado en él. Su cara estaba más macilenta y ojerosa; sin embargo, no cabía duda de que se trataba de Krager.

Dado que los movimientos bruscos llaman indefectiblemente la atención, la reacción de Falquián fue estudiada: desmontó lentamente y condujo su enorme caballo hacia el toldo verde de la parada de un vendedor de comestibles, siempre con cuidado de mantener el animal entre él y el individuo corto de vista de la capa marrón.

—Buenas noches, compadre —saludó al tendero, con voz extrañamente tranquila—. Debo ocuparme de algunos quehaceres. Os recompensaré si tenéis a bien vigilar el caballo.

Los ojos del mercader despidieron un destello de codicia.

—Ni se os ocurra —advirtió Falquián—. El caballo se negará a seguiros por más que lo intentéis. Yo, en cambio, os seguiré, y estoy seguro de que el desenlace no resultaría agradable para vos. Limitaos a tomar el justo pago y abandonad la idea de robar el animal.

El vendedor escrutó el duro rostro del fornido hombre, tragó saliva y realizó un ademán similar a una reverencia.

—Lo que ordenéis, mi señor —aceptó rápidamente, casi tartamudeando—. Os prometo que vuestra noble montura quedará a salvo conmigo.

—¿Vuestra noble qué?

—Noble montura..., vuestro caballo.

—Ah, comprendo. Lo consideraría un buen servicio.

—¿Deseáis algo más, señor?

Falquián lanzó una mirada a la espalda de Krager.

—¿No tendríais por azar un trozo de alambre disponible..., más o menos de esta longitud? —inquirió, al tiempo que efectuaba una medición de unos tres pies con las manos.

—Es posible, mi señor. Los barriles de arenques van rodeados de alambre. Iré a mirar.

Falquián cruzó los brazos y los apoyó en la silla de montar. Observaba a Krager por sobre la grupa del caballo. Los recientes años, el sol devastador y las mujeres que se dirigían a los pozos bajo la acerada luz del alba se desvanecieron; en su lugar, volvieron de improviso los corrales de las afueras de Cippria, impregnados del hedor de excrementos y sangre, donde sintió el amargo sabor del miedo y el odio, el dolor de las heridas y la debilidad que iba ganándole mientras sus perseguidores lo buscaban con las manos aferradas a sus espadas.

Apartó de su mente aquellos recuerdos para concentrarse deliberadamente en el momento presente. Confiaba en que el tendero tuviera alambre. Este objeto era el más apropiado: ningún ruido, nada de alboroto, y, con el tiempo, tal vez llegaran a considerarlo exótico. Constituía el tipo de ataque previsible en un estirio o un kelosiano. Su acción no iba dirigida precisamente contra Krager. Éste no había pasado de ser un oscuro e insignificante ejecutor de los deseos de Martel; sólo representaba una excrecencia de su persona, un par de manos, al igual que el otro hombre, Adus, una simple arma. Los efectos que tendría sobre Martel la muerte de Krager eran lo que de veras le importaba.

—Esto es lo mejor que he podido encontrar, mi señor —dijo respetuosamente el

vendedor cuando salió de la trastienda con un cabo de maleable alambre herrumbroso —. Siento no poder ofreceros otro mejor.

—Igualmente servirá —replicó Falquián, tomándolo en sus manos—. En realidad, es perfecto. Quédate aquí —añadió, volviéndose hacia el caballo.

Éste le enseñó la dentadura. Falquián soltó una carcajada y avanzó hacia la plaza; no obstante, se mantuvo a una prudente distancia de Krager. El hecho de que encontrasen su cadáver tensamente doblado hacia atrás en algún oscuro portal, con los ojos a punto de saltar de las órbitas y la tez grisácea, o desparramado boca abajo en algún urinario público al fondo de un callejón, exasperaría a Martel, lo heriría, tal vez incluso lo asustaría. Ocultas bajo la capa, las manos de Falquián alisaban meticulosamente el alambre mientras acechaba a su presa.

Sus sentidos habían alcanzado un grado de suprema alerta. Podía oír claramente el goteo del sebo de las antorchas que flanqueaban los costados de la plaza y percibir su oscilante resplandor anaranjado, reflejado en los charcos de agua formados entre los adoquines. Sin saber por qué, el reflectante brillo se le antojaba de una gran hermosura. Falquián se sentía bien; quizás éste era el mejor momento que experimentaba en los últimos diez años.

—¿Honorable caballero? ¿Sir Falquián? ¿Es posible que seáis vos?

Estupefacto, Falquián se volvió con rapidez, al tiempo que maldecía para sus adentros. El hombre que se le había acercado lucía una cabellera rubia y larga, con elegantes bucles, unos zapatos largos y puntiagudos y unas mejillas sonrosadas con colorete. La ineficaz pequeña espada colgada a su flanco y el sombrero de ala ancha adornado con una pluma chorreante lo identificaban como cortesano, como un individuo perteneciente a la plaga de mezquinos funcionarios y lapas parásitas que infestaban el palacio.

—¿Con qué objeto habéis regresado a Cimmura? —preguntó el petimetre; el tono agudo de su afeminada voz mostraba su sobresalto—. Os habían desterrado.

Falquián lanzó una breve mirada al hombre que había estado siguiendo. Krager se aproximaba a la boca de una calle que se abría en el recinto del mercado y pronto desaparecería de su campo visual. Un brusco golpe dejaría fuera de juego a la llamativa mariposa que se había plantado ante él, con lo cual todavía podría alcanzarlo. Entonces advirtió, furioso y disgustado, un destacamento de la guardia que avanzaba pesadamente hacia la plaza. Era imposible deshacerse de aquel molesto lechuguino sin llamar su atención. Observó con violencia al perfumado personaje que le cortaba el paso.

El cortesano retrocedió nerviosamente, mientras miraba de reojo a los soldados que se desplazaban a lo largo de los puestos para comprobar si los toldos estaban completamente cerrados.

—Insisto en conocer el motivo de vuestro regreso —continuó con un tono pretendidamente autoritario.

—¿Insistir? ¿Vos? —La voz de Falquián estaba cargada de desprecio.

El otro hombre volvió a observar rápidamente a los soldados en busca de un posible apoyo y después se irguió con aire fanfarrón.

—Voy a hacerme cargo de vuestra persona, Falquián. Exijo que me deis una explicación sobre vuestra presente situación —espetó, agarrando a Falquián del brazo.

—No me toquéis —masculló Falquián y se deslizó de aquel contacto con un manotazo.

—¡Me habéis golpeado! —jadeó el cortesano, al tiempo que se tomaba la mano con una mueca de dolor.

Falquián agarró al hombre por los hombros y lo acercó violentamente hacia sí.

—Si osáis ponerme nuevamente las manos encima, os sacaré las entrañas. Y

ahora, apartaos de mi camino.

—Llamaré a la guardia —advirtió el petimetre.

—¿Y cuántos minutos de vida creéis que os quedarán después de hacerlo?

—No podéis amenazarme. Tengo amigos influyentes.

—Pero ellos se encuentran ausentes, ¿no es cierto? Sin embargo, yo estoy aquí —aseveró Falquián, y lo empujó asqueado a un lado antes de alejarse caminando.

—Los pandion ya no podéis mantener vuestros despóticos modales. ¡Ahora existen leyes en Elenia! —chilló tras él el patético personaje—. Voy a informar de inmediato al barón Harparín. Le comunicaré que habéis regresado a Cimmura y le contaré que me habéis golpeado y amenazado.

—Bien —replicó Falquián sin volverse—. Hacedlo así.

Continuó su marcha mientras sentía cómo la irritación y la frustración crecían en su interior; incluso necesitó apretar con fuerza los dientes para lograr controlarse. Entonces tuvo una idea. Era algo mezquino e infantil, pero que de algún modo le parecía apropiado. Se detuvo y enderezó la espalda, murmuró con voz queda unas palabras en estirio y sus dedos trazaron unas intrincadas formas en el aire. Titubeó unos segundos para tratar de recordar la traducción de carbunclo. Finalmente se decidió por forúnculo y completó el encantamiento. Se giró suavemente, miró al fastidioso importuno y liberó el conjuro. Después continuó a través de la plaza sonriendo levemente para sus adentros. Sin duda era un comportamiento un tanto ruin, pero Falquián a veces tenía reacciones de este tipo.

Entregó una moneda al tendero para pagarle la vigilancia de *Faran* y, tras saltar sobre su lomo, cabalgó por la explanada del mercado bajo la brumosa llovizna. Su apariencia era simplemente la de un hombre de elevada estatura envuelto en una tosca capa de lana que conducía un caballo ruano de mala catadura.

Una vez fuera del recinto, halló las calles nuevamente oscuras y vacías; únicamente en los cruces presentaban goteantes antorchas que crepitaban bajo la lluvia y despedían un mortecino resplandor anaranjado. Los cascos de *Faran* resonaban en la desierta callejuela. Falquián se agitó levemente sobre su montura. Experimentaba una sutil sensación, una especie de cosquilleo en la piel de los hombros y en la nuca; no obstante, reconoció aquella sensación de inmediato: alguien lo espiaba, y su vigilancia tenía un carácter hostil. Falquián volvió a agitarse, mas intentó conferir a su movimiento la apariencia del mero acomodamiento del viajero cansado tras largas horas de cabalgata. Sin embargo, su mano derecha, oculta bajo la capa, aferró la empuñadura de su espada. La opresiva percepción de algo malevolente se incrementaba, hasta que, más allá de la vacilante antorcha del siguiente cruce, en las sombras, vio una silueta cubierta con un atavío gris con capucha que se adaptaba tan bien a la oscuridad y a la lluvia reinantes que metamorfoseaba casi completamente al espía.

El ruano tensó su musculatura y enderezó las orejas.

—Ya lo he visto —dijo Falquián a modo de respuesta.

Continuaron por el empedrado del suelo y atravesaron la mancha de tenue resplandor que indicaba la proximidad de otra calleja. Tras este lapso, los ojos de Falquián volvieron a adaptarse a la oscuridad, pero el encapuchado se había esfumado, aunque no sabía si por alguna arteria aledaña o por una de las puertas que bordeaban la angosta vía. El presentimiento de ser observado había desaparecido y la calle había dejado de representar un paraje peligroso. *Faran* prosiguió el martilleo de las herraduras sobre los húmedos adoquines.

La posada adonde se dirigía Falquián se hallaba en un discreto callejón. La parte delantera de su patio central estaba protegida por un portón de sólidos tablones de roble. Sus recios muros se elevaban singularmente y una desamparada linterna aportaba una

débil iluminación al desvencijado letrero de madera que se balanceaba al compás de la húmeda brisa nocturna. Falquián acercó a *Faran* a la puerta y, después de inclinarse hacia atrás, golpeó decididamente con el pie las ennegrecidas planchas, mas puso un cuidado especial en mantener un peculiar ritmo al percutir repetidamente sobre ellas.

Aguardó.

Al poco la puerta se abrió con un crujido y apareció la borrosa figura de un portero ataviado de negro. Éste asintió brevemente con la cabeza para luego dejar el paso libre a Falquián. El fornido caballero se adentró en el patio azotado por el temporal y desmontó lentamente. Una vez cerrada y atrancada la puerta, el hombre que había abierto la puerta bajó su capucha y quedó al descubierto un yelmo de acero. A continuación, giró sobre sí mismo e hizo una reverencia.

—Mi señor —saludó respetuosamente a Falquián.

—La noche es ya muy cerrada para intercambiar formalidades, caballero —respondió Falquián, pero se inclinó brevemente a su vez.

—La formalidad es el origen de toda gentileza, sir Falquián —replicó irónicamente el portero—. Intento practicarla siempre que se me presenta la ocasión.

—Como os plazca —se encogió de hombros Falquián—. ¿Querréis ocuparos de mi caballo?

—Desde luego. Vuestro escudero, Kurik, se encuentra aquí.

Falquián hizo un gesto afirmativo al tiempo que desataba las dos pesadas bolsas de cuero que colgaban de la falda de su silla.

—Las subiré yo, mi señor —se ofreció el portero.

—No es necesario. ¿Dónde está Kurik?

—La primera puerta al final de las escaleras. ¿Deseáis cenar?

—Solamente un baño y un lecho cálido —repuso Falquián.

Después se volvió hacia el caballo, que dormitaba de pie con una de las patas traseras ligeramente levantada, de modo que el casco reposaba sobre la punta.

—Despierta, *Faran* —dijo al animal.

Éste abrió los ojos para dirigirle una hostil mirada.

—Ve con este caballero —le ordenó con firmeza Falquián—. No intentes morderlo, darle patadas ni aplastarlo contra el pesebre con la grupa, y tampoco se te ocurra pisarlo.

El enorme ruano agachó brevemente las orejas y soltó un suspiro.

Falquián prorrumpió en carcajadas.

—Dadle unas cuantas zanahorias —aconsejó al hombre.

—¿Cómo podéis tolerar a este bruto de humor destemplado, sir Falquián?

—Somos tal para cual —contestó Falquián—. Ha sido una agradable cabalgata, *Faran* —agregó en dirección al caballo—. Gracias, y que duermas bien.

Faran le dio la espalda.

—Mantened los ojos abiertos, caballero —advirtió Falquián al portero—. Alguien me espía cuando me encaminaba hacia aquí y tuve la impresión de que no lo hacía por mera curiosidad.

—Haré lo posible, mi señor —aseguró el caballero, con el rostro ensombrecido.

—Bien.

Falquián se volvió y cruzó las brillantes y mojadas losas del patio para subir las escaleras que conducían a la galería cubierta del segundo piso de la posada.

Aquel establecimiento constituía un secreto celosamente guardado, hasta el punto de que muy pocos lo conocían en Cimmura. Aunque ostensiblemente similar a las demás hosterías, aquel edificio estaba regentado por los caballeros pandion, sus propietarios. Éstos lo utilizaban para proporcionar un refugio seguro a cualquiera de los

miembros de la orden que, por algún motivo, fueran reacios a hacer uso de las instalaciones de su castillo, emplazado en las afueras de la ciudad.

Arriba, Falquián se detuvo y llamó con los nudillos a la primera puerta, la cual se abrió tras unos segundos. El hombre que se hallaba en su interior era corpulento y tenía el cabello gris y una barba toscamente recortada. Su chaleco, calzas y botas eran de cuero negro. De su cintura pendía una pesada daga, sus muñecas estaban rodeadas de un puño de acero y sus musculosos brazos y hombros quedaban al descubierto. Su aspecto no resultaba agradable, y sus ojos poseían la dureza del ágata.

—Llegáis tarde —dijo simplemente.

—Algunas interrupciones por el camino —replicó lacónicamente Falquián mientras penetraba en la caldeada cámara alumbrada con velas.

El hombre cerró la puerta y corrió estrepitosamente el cerrojo. Falquián lo observó de cerca.

—Confío en que estos años no hayan sido malos para ti, Kurik —le dijo al compañero a quien no veía desde hacía una década.

—Pasables. Quitaos esa capa mojada.

Falquián dibujó una mueca, descargó las alforjas y deshizo el nudo de la empapada prenda.

—¿Cómo están Aslade y los muchachos?

—Crecen —gruñó Kurik al tiempo que tomaba la capa—. Mis hijos están cada vez más altos, y mi mujer, más gorda. Le sienta bien la vida de campesina.

—Te gustan las mujeres rellenitas, Kurik —recordó Falquián a su escudero—. Por eso te casaste con ella.

Éste gruñó nuevamente y observó con aire severo la delgada silueta de su señor.

—No os habéis preocupado de comer, Falquián —le acusó.

—No me sirves de madre, Kurik.

Falquián se dejó caer sobre una pesada silla de roble. Después escudriñó a su alrededor. La estancia tenía el suelo y las paredes de piedra. El techo era bajo y estaba sostenido por recias vigas negras de madera. Uno de los ángulos lo ocupaba una chimenea arqueada en la que crepitaba un fuego, llenando la pieza de luces y sombras danzantes. Sobre la mesa ardían dos velas y, además, dos estrechos camastros se adosaban a la pared. Sin embargo, el primer blanco de la mirada de Falquián fue la percha metálica situada junto a la ventana, de la cual pendía una armadura completa, esmaltada, de resplandeciente color negro. Apoyado en uno de sus lados, se hallaba un amplio escudo negro con el emblema de su familia labrado en plata sobre su superficie: un halcón con alas llameantes y una lanza en las garras. Junto al escudo descansaba una gran espada de ancha hoja con empuñadura de plata.

—Olvidasteis engrasarla antes de iros —se quejó Kurik—. Tardé una semana en quitarle la herrumbre. Dadme un pie. —Se inclinó para quitar a Falquián sus botas de montar—. ¿Por qué tenéis que andar siempre por el barro? —rezongó mientras sacudía las botas junto al fuego—. Os he preparado el baño en la habitación de al lado —informó—. Desnudaos. Quiero ver esas heridas.

Falquián suspiró con cansancio y se levantó. Se desvistió con la paradójicamente suave ayuda de su brusco escudero.

—Estáis empapado de pies a cabeza —señaló Kurik, pasando su callosa y áspera mano sobre la húmeda espalda de su señor.

—La lluvia a veces produce tales consecuencias.

—¿Hicisteis que os visitara algún cirujano? —preguntó el ayudante, al tiempo que rozaba levemente las amplias cicatrices púrpura que surcaban los hombros y el costado izquierdo de Falquián.

—Las examinó un médico. No existía ningún cirujano a mano, así que dejé que sanaran por sí solas.

—Se nota —apuntó Kurik con un gesto afirmativo—. Id a meteros en la bañera. Os iré a buscar algo de comer.

—No tengo hambre.

—Eso es inadmisibile. Parecéis un verdadero esqueleto. Ahora que habéis regresado, no permitiré que vayáis por el mundo de esa manera.

—¿Por qué me riñes, Kurik?

—Porque estoy enfadado. Me disteis un susto de muerte. Habéis estado ausente durante diez años y apenas he tenido noticias de vos. Además, las pocas que recibí eran malas. —La mirada del rudo sirviente se suavizó por un momento, y luego Kurik le propinó un tosco apretón en el hombro, con el que, sin duda, hubiera derribado a un hombre de más liviana condición—. Bienvenido a casa, mi señor —agregó con voz entrecortada.

Falquián abrazó rudamente a su amigo.

—Gracias, Kurik —dijo con voz igualmente trémula—. Me alegro de volver a estar aquí.

—Bien —zanjó Kurik, con el rostro nuevamente impertérrito—. Ahora id a bañaros. Apestáis.

A continuación giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Falquián se dirigió sonriendo a la habitación de al lado. Había representado el papel de otro hombre, de un hombre llamado Mahkra, durante tanto tiempo, que poseía la certeza de que ningún baño lograría borrar de su cuerpo aquella doble identidad. Sin embargo, constituía un placer relajarse y dejar que el agua tibia y el tosco jabón desprendieran de su piel el polvo de aquella seca tierra arrasada por el sol. Sumido en una especie de sopor, mientras lavaba sus delgados miembros plagados de cicatrices, recordó los últimos años, bajo el nombre de Mahkra, en la ciudad de Jiroch, en Rendor. Recordó la pequeña y fresca tienda donde, como un plebeyo más, Mahkra había vendido aguamaniles de cobre amarillo, dulces de caramelo y perfumes exóticos, a salvo del sol que reflejaba su brillo cegador en las blancas paredes de la calle. Evocó los ratos de incesante charla en la diminuta bodega de la esquina, donde Mahkra había bebido por horas el agrio y resinoso vino de Rendor al tiempo que sondeaba delicada y sutilmente a los clientes en busca de la información que luego transmitiría a su amigo y compañero pandion, sir Voren. Eran noticias relacionadas con el reavivamiento de la fe eshandista en Rendor, los secretos arsenales de armas ocultos en el desierto y las actividades de los agentes del emperador Otha de Zemoch. Trajo también a la memoria las dulces y oscuras noches pobladas por el persistente aroma de las lilas, la malhumorada amante de Mahkra y el despertar de los días, cuando, tras levantarse, observaba a través de la ventana a las mujeres que iban a los pozos bajo la luz acerada del sol del alba. Lanzó un suspiro.

—¿Y quién eres ahora, Falquián? —susurró para sí—. Con toda seguridad, ya no eres un comerciante de cobre, dátiles azucarados y perfumes; pero ¿vuelves a ser un caballero pandion? ¿Un mago? ¿El paladín de la reina? Tal vez no. Quizá tan sólo un hombre apaleado y cansado con unos cuantos años de más y cicatrices que recuerdan las múltiples escaramuzas.

—¿No se os ocurrió cubriros la cabeza mientras os hallabais en Rendor? —preguntó ásperamente Kurik desde la puerta, con una toalla y una bata en las manos—. Cuando un hombre empieza a hablar solo, no existe duda de que ha permanecido demasiado bajo el sol.

—Sólo meditaba, Kurik. He estado alejado mucho tiempo de casa y me va a

costar volver a acostumbrarme.

—¿Tal vez no dispongáis de ese tiempo. ¿Os ha reconocido alguien mientras veníais hacia aquí?

Falquián hizo un gesto afirmativo, al tiempo que recordaba al petimetre que le había cortado el paso en el mercado.

—Uno de los pelotilleros de Harparín me vio en la plaza que hay cerca de la Puerta del Oeste.

—Entonces, no queda más remedio. Tendréis que presentaros en el palacio mañana; de lo contrario, Lycheas levantaría hasta la última piedra de Cimmura para encontraros.

—¿Lycheas?

—El príncipe regente. Se trata del hijo bastardo de la princesa Arissa y de cualquier incógnito marinero borrachín o maleante, al que, sin duda, ya habrán colgado.

—Me parece que conviene que me pongas al corriente de lo sucedido, Kurik —afirmó Falquián mientras tomaba asiento con la mirada tensa—. Ehlana es la reina. ¿Qué necesidad hay de un príncipe regente?

—¿Dónde demonios habéis estado, Falquián? ¿En la luna? Ehlana cayó enferma hace un mes.

—¿No ha muerto? —inquirió Falquián, con un súbito vacío en el estómago y una insoportable sensación de pérdida al evocar el recuerdo de la pálida y hermosa muchachita de grave mirada cuya infancia había supervisado y a la que, de manera peculiar, había llegado a amar, aun cuando sólo contara con ocho años cuando el rey Aldreas lo exilió a Rendor.

—No —repuso Kurik—, no está muerta, aunque prácticamente es como si así fuera. Ahora, salid de la bañera —le ordenó mientras preparaba la amplia y áspera toalla—. Os lo contaré durante la comida.

Falquián asintió y se irguió. Kurik lo secó rudamente y después lo envolvió con la cálida bata. Sobre la mesa de la estancia contigua había un plato con humeantes pedazos de carne que flotaban en una salsa, media hogaza de pan moreno, un trozo de queso y una jarra de leche fresca.

—Comed —apremió Kurik.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Falquián al sentarse a la mesa para comenzar, observando con sorpresa que se encontraba hambriento—. Empieza por el principio.

—De acuerdo —aceptó Kurik, al tiempo que desenvainaba su daga para cortar gruesas rebanadas de pan—. Sabíais que habían confinado a los pandion al castillo principal de Demos después de vuestra partida, ¿no?

—Algo me contaron. El rey Aldreas nunca nos trató con gran simpatía.

—La culpa fue de vuestro padre. Aldreas estaba muy enamorado de su hermana, pero vuestro padre lo obligó a casarse con otra mujer, lo que provocó al fin su actitud hostil hacia la orden de los pandion.

—Kurik —intervino Falquián—, no es correcto hablar del rey en esos términos.

Kurik se encogió de hombros.

—Ahora está muerto y no le causo ningún daño. Además, los sentimientos que profesaba a su hermana eran conocidos por todos. Los pajes de palacio solían aceptar dinero de cualquiera que deseara observar cómo Arissa caminaba desnuda por los pasadizos en dirección al dormitorio de su hermano. Aldreas era un rey débil, Falquián. Se hallaba totalmente bajo el control de Arissa y del primado Annias. Al hallarse confinados los pandion en Demos, Annias y sus secuaces se encargaron de ajustar las cosas según sus deseos. Habéis tenido suerte de estar ausente durante estos años.

—Tal vez —murmuró Falquián—. ¿De qué murió el rey Aldreas?

—Se comenta que a causa de la epilepsia. Mi diagnóstico apunta a que las prostitutas que solía introducir Annias en el palacio tras la muerte de su esposa lo dejaron mortalmente exhausto.

—Kurik, te preocupan más las habladurías que a una vieja comadre.

—Ya lo sé —admitió Kurik llanamente—. Confieso ese vicio.

—¿Y después coronaron a Ehlana?

—Exactamente. Entonces la situación empezó a cambiar. Annias estaba convencido de que podría controlarla, al igual que lo había conseguido con Aldreas, pero sufrió una decepción. Ehlana hizo regresar al preceptor Vanion del castillo principal de Demos y lo nombró su consejero personal. Después ordenó a Annias que hiciera los preparativos para retirarse a un monasterio a meditar sobre las virtudes propias de un eclesiástico. Desde luego, éste quedó estupefacto y comenzó a intrigar de inmediato. Los mensajeros no paraban de recorrer el trecho que separa la ciudad del convento donde confinaron a la princesa Arissa. Eran viejos amigos y compartían ciertos intereses. Annias sugirió que Ehlana podría casarse con su primo bastardo Lycheas. Sin embargo, ante esta propuesta, Ehlana se echó a reír en sus propias barbas.

—Un comportamiento muy característico de ella —comentó Falquián con una sonrisa—. Yo mismo la crié y le enseñé cómo debía actuar. ¿Cuál es la enfermedad que la aqueja?

—Al parecer, la misma que acabó con su padre. Tuvo un ataque y no ha vuelto a recobrar el conocimiento. Los médicos de la corte sostenían que no viviría más de una semana, pero entonces Vanion se ocupó del asunto. Apareció en la corte con Sephrenia y otros once caballeros pandion con su armadura completa y las viseras bajadas. Despidieron a los sirvientes de la reina, la sacaron del lecho, la vistieron con sus ropajes reales y le pusieron la corona en la cabeza. Después la llevaron a la sala mayor, la instalaron en el trono y cerraron la puerta con llave. Nadie sabe a qué se dedicaron allí dentro, pero cuando volvieron a abrir, Ehlana se hallaba sentada en el trono cercada de cristal.

—¿Cómo? —exclamó Falquián.

—Se trata de un artefacto transparente como el vidrio; es posible distinguir cada peca de la nariz de la reina, pero nadie puede acercársele, pues ese cristal resulta más duro que el diamante. Annias dispuso a una cuadrilla de hombres que trabajaron con martillos durante cinco días para intentar resquebrajarlo; sin embargo, no llegaron a hacerle ni una muesca. —Kurik miró a Falquián con curiosidad—. ¿Podrías vos crear algo parecido?

—¿Yo? Kurik, no sabría ni por dónde empezar. Sephrenia nos enseñó lo básico, pero en comparación con ella no somos más que unos mocosos.

—Bueno, independientemente del arte de Sephrenia, ese artilugio mantiene viva a la reina. Pueden oírse los latidos de su corazón, que resuenan como un tambor en la sala del trono. Durante la primera semana la gente se arremolinaba a su alrededor solamente para escucharlos. Incluso se comentó que aquello era una especie de milagro y que debían convertir la sala del trono en un santuario. Pero Annias cerró la puerta con llave y trajo al bastardo Lycheas a la ciudad para nombrarlo príncipe regente. Desde entonces han pasado dos semanas y, en su transcurso, Annias se ha servido de los soldados eclesiásticos para acorralar a todos sus enemigos. Las mazmorras de los subterráneos de la catedral están rebosantes. Ésa es la situación actual. Habéis escogido un buen momento para vuestro regreso. —Hizo una pausa y miró directamente a los ojos de su señor—. ¿Qué sucedió en Cippria, Falquián? Las noticias que llegaron hasta nosotros eran hartamente concisas.

—Los sucesos no tuvieron gran importancia —repuso Falquián, al tiempo que se encogía de hombros—. ¿Os acordáis de Martel?

—¿El pandion renegado a quien privaron de su condición de caballero? ¿Aquel que tenía el cabello blanco?

Falquián asintió.

—Vino a Cippria con un par de seguidores y contrataron a quince o veinte asesinos para que los ayudaran. Me tendieron una emboscada en un oscuro callejón.

—¿Fue allí donde os produjeron esas heridas?

—Sí.

—Pero lograsteis escapar.

—Evidentemente. Los matones rendorianos son algo remilgados cuando la sangre que mancha el pavimento y salpica las paredes les pertenece. Tras acabar con una docena de ellos, los otros perdieron los arrestos. Me escabullí y me abrí camino hasta las afueras de la ciudad, donde me oculté en un monasterio hasta que se cerraron las heridas. Entonces, a lomos de *Faran*, me uní a una caravana que viajaba hacia Jiroch.

—¿Creéis que existe alguna posibilidad de que Annias estuviera involucrado en el atentado? —preguntó Kurik con una mirada astuta—. Ya sabéis que profesa un profundo odio a vuestra familia; además, seguramente fue él quien persuadió al rey Aldreas de que debía mandaros al exilio.

—He tenido el mismo pensamiento en distintas ocasiones. Annias y Martel habían tenido tratos anteriormente. De todos modos, opino que el buen primado y yo tenemos varios asuntos que discutir.

Kurik lo miró al reconocer el tono de su voz.

—Vais a crearos problemas —le advirtió.

—No más de los que le aguardan a Annias si descubro que fue el instigador del ataque. —Falquián se puso de pie—. Tendré que hablar con Vanion. ¿Está aún en Cimmura?

Kurik realizó un gesto afirmativo.

—Se encuentra en el castillo del lado este de la ciudad, pero ahora no podéis ir directamente allí, ya que la Puerta del Este está cerrada desde la puesta del sol. Por otra parte, creo que será preferible que os presentéis en el palacio después del alba; de lo contrario, no pasará mucho tiempo antes de que Annias conciba la idea de declararos fuera de la ley por haber interrumpido vuestro exilio. Así que conviene que aparezcáis por propia voluntad en lugar de que os arrastren hasta allí como a un vulgar criminal. Aun así, tendréis que ingeniáros las con las palabras para manteneros alejado de las mazmorras.

—Lo dudo mucho —opinó Falquián—. Tengo un documento con el sello de la reina en el que autoriza mi regreso. La letra es un poco infantil y está manchado de lágrimas, pero no por eso posee menor validez.

—¿La reina lloró? No pensaba que fuera capaz de hacerlo.

—En aquel entonces sólo tenía ocho años, Kurik, y, aunque desconozco el motivo, me tenía en gran estima.

—Algunas pocas personas reaccionan de ese modo ante vos. —Kurik miró el plato de Falquián—. ¿Habéis saciado vuestro apetito?

Falquián asintió.

—Entonces, id a la cama. Mañana os espera una agitada jornada.

Habían transcurrido unas horas. La habitación se hallaba tenuemente iluminada por los rojizos carbones de la chimenea, y hasta él llegaba el sonido regular de la respiración de Kurik, que dormía en el camastro junto a la otra pared. Los insistentes y

continuos bandazos de unos postigos que se zarandeaban libremente al viento unas calles más abajo habían provocado que algún perro desalmado prorrumpiera en ladridos. Medio adormilado, Falquián yacía pacientemente a la espera de que el animal se empapara o se cansara de aquel entretenimiento lo suficiente como para ir a refugiarse a su caseta.

Dado que había visto a Krager en la plaza, no tenía absoluta certeza de que Martel se encontrase en Cimmura. Krager era un alma errante y, a menudo, lo separaba de Martel una distancia de medio continente. Si hubiera sido el brutal Adus quien cruzase el lluvioso mercado, no cabría duda de la presencia de Martel en la ciudad, puesto que, por razones de pura necesidad, no podían dejar actuar a Adus sin vigilarlo de cerca.

No sería difícil encontrar a Krager. Era un hombre débil, con los vicios ordinarios y los hábitos previsibles de la gente de su calaña. Falquián sonrió levemente en la oscuridad. Resultaría sencillo dar con él y averiguar con certeza dónde había que buscar a Martel. No le costaría gran esfuerzo sonsacarle esa información.

Con cautos movimientos, destinados a no despertar a su escudero, Falquián sacó las piernas de la cama y cruzó en silencio la estancia hasta la ventana, para contemplar la inclinada cortina de agua que caía sobre el solitario patio alumbrado por una única linterna. Con mente ausente, dispuso su mano alrededor de la empuñadura de plata de la espada apoyada junto a su antigua armadura. Era un contacto agradable, similar al apretón de mano de un viejo amigo.

Escuchó el tañido, apagado como siempre, de las campanas. Aquella noche, en Cippria, había caminado en pos de su llamada. Enfermo, herido y solo, tambaleándose en la oscuridad por los corrales que rezumaban el hedor de las boñigas, se había arrastrado en dirección al sonido de las campanas. Finalmente, había llegado a los muros, y, sosteniéndose con su mano ilesa agarrada a las viejas piedras, los había rodeado hasta llegar a la puerta, frente a la cual se había desplomado.

Falquián sacudió la cabeza. Aquellos sucesos se remontaban mucho en el tiempo. Era extraño que pudiera recordar con toda claridad aquel tañido. Permaneció de pie con la mano aferrada a la espada, mientras observaba cómo moría la noche tras la lluvia y rememoraba el sonido de las campanas.

Capítulo dos

Falquián iba ataviado con su armadura protocolaria y caminaba hacia adelante y hacia atrás por la habitación iluminada con velas, para que se asentaran sus junturas.

—Había olvidado lo pesada que resulta —comentó.

—Habéis perdido facultades —afirmó Kurik—. Necesitáis un mes o dos en el campo de entrenamiento para fortaleceros. ¿Estáis seguro de que queréis llevarla?

—Es una ocasión formal, Kurik, y las visitas de cortesía exigen un atuendo adecuado. No deseo que nadie trastoque los papeles cuando vaya allí: soy el paladín de la reina y se supone que debo llevar armadura cuando me halle en su presencia.

—No os permitirán entrar para que la veáis —predijo Kurik, al tiempo que recogía el yelmo de su señor.

—¿Que no me lo permitirán?

—No cometáis ninguna locura, Falquián. Os hallaréis completamente solo.

—¿El conde de Lenda todavía ocupa un sitio en el consejo?

Kurik asintió.

—Es viejo y ostenta poca autoridad, pero goza del respeto general y Annias no puede sustituirlo.

—En ese caso, cuento con un amigo.

Falquián tomó el yelmo y, tras colocárselo, levantó la visera. Kurik se acercó a la ventana y recogió la espada y el escudo.

—La lluvia comienza a ceder —advirtió—. Ya clarean las primeras luces del amanecer.

De regreso, depositó la espada y el escudo sobre la mesa y tomó el sobretodo de color plateado.

—Extended los brazos —indicó.

Falquián separó los brazos y Kurik le puso la prenda sobre los hombros y luego la ató a los costados. Después, con la larga correa de la espada dio dos vueltas en torno al pecho de su señor. Falquián la tomó una vez enfundada en su vaina.

—¿La has afilado? —preguntó.

Kurik lo miró de hito en hito.

—Perdona.

Falquián prendió la vaina al macizo tachón de acero de la correa y la movió hasta colocarla en su flanco izquierdo. Kurik ató la extensa capa negra a las placas de los hombros de la armadura y, tras concluir su tarea, retrocedió para mirar a Falquián de pies a cabeza y evaluar su apariencia.

—No está mal —aseveró—. Os llevaré el escudo. Será mejor que os apresuréis. En palacio se levantan temprano; así disponen de más tiempo para intrigar.

Salieron de la habitación y bajaron las escaleras. La lluvia casi había cesado, quedaban tan sólo algunas gotas intermitentes que, azotadas por las rachas de viento, caían al sesgo sobre las losas del patio de la posada. No obstante, el cielo del amanecer permanecía cubierto de jirones de nubes, pese a que una amplia franja de amarillo pálido se abría paso por el este.

El portero sacó a *Faran* del establo, y él y Kurik ayudaron a montar a Falquián.

—Tened cuidado cuando lleguéis al palacio, mi señor —le advirtió el escudero con el tono formal que utilizaba cuando no se hallaban solos—. Los guardas habituales probablemente son neutrales, pero Annias cuenta con una tropa de soldados

eclesiásticos en su interior. Cualquiera que lleve una librea roja es vuestro enemigo en potencia.

Falquián ciñó el escudo.

—¿Vas a ir al castillo a ver a Vanion? —preguntó al escudero.

—Tan pronto como abran las puertas del lado este de la ciudad —afirmó éste.

—Seguramente me dirigiré hacia allí cuando termine mi visita a palacio, pero tú debes regresar aquí y esperarme. —Esbozó una sonrisa—. Tal vez tengamos que abandonar la ciudad a toda prisa.

—No seáis vos quien fuerce tal desenlace, mi señor.

—Todo en orden, caballero —dijo Falquián al portero, al tiempo que tomaba las riendas de sus manos—. Abrid la puerta e iré a presentar mis respetos al bastardo Lycheas.

El portero soltó una carcajada mientras empujaba los batientes.

Faran emprendió un trote altivo; levantaba exageradamente los cascos para descargarlos luego y producir un estruendoso repiqueteo sobre los mojados adoquines. El enorme caballo poseía un peculiar olfato para percibir las ocasiones de lucimiento, y siempre se pavoneaba de manera escandalosa cuando Falquián montaba a sus espaldas aderezado con la armadura al completo.

—¿No estamos los dos ya un poco viejos para exhibiciones? —preguntó Falquián secamente.

Faran ignoró sus palabras y prosiguió su elaborada marcha.

Había poca gente en las calles de Cimmura a esa hora, en su mayor parte despeinados artesanos y soñolientos tenderos. El pavimento se hallaba mojado y las ráfagas de viento impulsaban los carteles de madera, que se bamboleaban entre crujidos. La mayoría de las ventanas tenían los postigos cerrados, si bien, de tanto en tanto, un dorado resplandor de bujía señalaba la morada de ocasionales madrugadores.

Falquián advirtió que la armadura había comenzado a exhalar aquel familiar perfume que derivaba de la mezcla de acero, aceite y arnés de cuero impregnados de su propio sudor durante años. Casi había olvidado aquel olor en las calles requemadas por el sol y las tiendas inundadas de especias fragantes de Jiroch; aún más poderosamente que la visión de los familiares parajes de Cimmura, aquella sensación lo convencía de que se hallaba realmente en casa.

De vez en cuando salía algún perro a la calzada para ladrar a su paso, pero *Faran* lo ignoraba desdeñosamente mientras trotaba sobre los adoquines.

El palacio estaba emplazado en el centro de la ciudad. Era un edificio majestuoso, de talla muy superior a la de los que lo rodeaban, con altas y puntiagudas torres rematadas por ondeantes pendones de brillante colorido. Hacía tiempo, uno de los reyes de Elenia había ordenado revestir las paredes exteriores de piedra caliza blanca; sin embargo, a causa del clima y del persistente humo que recubría la ciudad en determinadas épocas del año, ésta había adquirido un sucio color gris veteado.

Las amplias puertas del palacio se hallaban patrulladas por media docena de soldados vestidos con la librea azul oscuro que los identificaba como miembros de la guarnición regular.

—¡Alto! —gritó uno de ellos al acercarse Falquián.

A continuación, avanzó hacia el centro de la entrada con la pica levemente izada. Falquián pareció no haber acusado su orden y *Faran* se aproximó al hombre.

—¡Os he ordenado que os detengáis, caballero! —insistió el guarda.

Entonces uno de sus compañeros se adelantó y, tras tomarlo del brazo, lo apartó a un lado.

—¡Es el paladín de la reina! —exclamó el segundo guarda—. No debes cortarle

nunca el paso.

Falquián llegó al patio central y desmontó con movimientos algo torpes debido al peso de la armadura y al estorbo del escudo. Un centinela se acercó con la pica en alto.

—Buenos días, compadre —saludó Falquián con parsimonia.

El guarda titubeó.

—Vigilad mi caballo —le indicó el caballero—. No creo que me demore en exceso.

Después le entregó las riendas de *Faran* y comenzó a ascender la ancha escalinata en dirección a la pesada puerta doble que daba acceso al palacio.

—Caballero —lo llamó el guarda.

Falquián se limitó a continuar su subida sin volver la espalda. En el rellano superior había dos guardas también ataviados con librea azul, a su juicio, de edad avanzada, a los cuales creyó reconocer. Uno de ellos abrió los ojos de par en par y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Sed bienvenido, sir Falquián —saludó, mientras abría la puerta al caballero de negra armadura.

Falquián le respondió con un guiño y entró; las mallas que cubrían sus pies y las espuelas repiquetearon sobre las pulidas losas. Tras haber franqueado la entrada, encontró a un funcionario de palacio de cabellos rizados y engomados vestido con un jubón de color castaño.

—Deseo hablar con Lycheas —anunció Falquián con voz neutra—. Llevadme hasta él.

—Pero... —La faz del hombre había palidecido ligeramente, sin embargo, se sobrepuso y, paulatinamente, adoptó una expresión arrogante—. ¿Cómo habéis...?

—¿No me habéis oído, compadre? —inquirió Falquián.

Su interlocutor se echó hacia atrás.

—A... al momento, sir Falquián —tartamudeó.

Enseguida se giró y empezó a abrirse camino por el amplio corredor central. Le temblaban ostensiblemente los hombros. Falquián advirtió que no lo conducía a la sala del trono, sino a la cámara del consejo, donde el rey Aldreas se reunía habitualmente con sus consejeros. Los labios del fornido caballero esbozaron una sonrisa al abrazar la conjetura de que la presencia de la joven reina sentada en el trono bajo una bóveda de cristal debía de tener un efecto descorazonador sobre las pretensiones que albergaba su primo de usurparle la corona.

Al llegar a la puerta de la cámara la hallaron guardada por dos hombres ataviados con la librea roja de la Iglesia, dos soldados del primado Annias. Ambos cruzaron automáticamente las picas para impedirles la entrada a la estancia.

—El paladín de la reina viene a ver al príncipe regente —les informó el funcionario con voz inquieta.

—No nos han dado orden de admitir al paladín de la reina —declaró uno de ellos.

—Ahora la tendréis —aseveró Falquián—. Abrid la puerta.

El funcionario de jubón castaño hizo amago de escabullirse, pero Falquián lo agarró del brazo.

—No he prescindido de vuestros servicios todavía, compadre —le advirtió.

Entonces dirigió la vista a los centinelas.

—Abrid la puerta —repitió.

La decisión quedó en suspenso durante un largo momento, mientras los guardas observaban a Falquián y luego se intercambiaban tensas miradas. Después, uno de ellos tragó saliva y, tras bajar la pica, alargó torpemente la mano hacia la manecilla.

—Deberéis anunciarme —indicó Falquián al hombre cuyo brazo mantenía aún

firmemente sujeto bajo el guantelete de su mano—. No es nuestro deseo provocar sorpresa en los presentes, ¿no es así?

El gomoso personaje tenía la mirada extraviada. Dio un paso adelante, hacia la puerta abierta, al tiempo que se aclaraba la garganta.

—El paladín de la reina —dijo, engarzando bruscamente las palabras—. El caballero pandion, sir Falquián.

—Gracias, compadre —asintió Falquián—. Ahora podéis iros.

El funcionario se retiró.

La cámara del consejo poseía grandes dimensiones y estaba tapizada de telas de tonalidad azul. Anchos candelabros que flanqueaban las paredes sumaban su luz a las velas dispuestas sobre la larga mesa de madera pulida que ocupaba el centro de la estancia. Alrededor de ésta se encontraban sentados tres personajes con sendos documentos delante, y un cuarto se había incorporado de la silla.

El hombre que se hallaba de pie era el primado Annias. El eclesiástico había adelgazado a lo largo de los diez años transcurridos desde la última vez que lo viera Falquián, y su demacrado rostro presentaba una tez grisácea. Los cabellos, atados a la nuca, mostraban una abundante profusión de hebras plateadas. Llevaba una larga casaca negra sobre la que destacaba el colgante que pendía de una gruesa cadena de oro que rodeaba su cuello, y que revelaba su cargo de primado de Cimmura. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, delataban el asombro y la prevención que había provocado en él la entrada de Falquián.

El conde de Lenda, un anciano de unos setenta años, de pelo blanco, iba ataviado con un jergón de color gris pálido y sonreía abiertamente con sus chispeantes ojos azules, que resaltaban en su arrugada faz. El barón Harparín, un reconocido pederasta, estaba sentado con la estupefacción pintada en la cara; su atuendo era un auténtico derroche de colores irreconciliables. A su lado había un obeso individuo vestido de rojo, al cual Falquián no pudo reconocer.

—¡Falquián! —exclamó con sequedad Annias tras reponerse de la sorpresa—. ¿Qué hacéis aquí?

—Tengo entendido que me buscabais, Su Ilustrísima —repuso Falquián—. Pensé que así os ahorraría toda molestia.

—Habéis quebrantado vuestro exilio —lo acusó Annias con enfado.

—Ése es uno de los asuntos que debemos tratar. Me han dicho que Lycheas, el bastardo, ejerce como príncipe regente hasta que la reina recobre la salud. ¿Por qué no le mandáis aviso de que venga y así evitaremos repetir las mismas cosas dos veces?

Annias abrió los ojos, sobrecogido por el ultraje.

—Eso es lo que es Lycheas, ¿no es cierto? —apostilló Falquián—. Sus orígenes distan mucho de ser un secreto, por lo cual no es necesario andarse con remilgos. Si no recuerdo mal, la cuerda de la campanilla se encuentra por ahí. Dadle un tirón, reverendo Annias, y enviad a alguno de vuestros aduladores a buscar al príncipe regente.

El conde de Lenda reía entre dientes y Annias descargó sobre él una furiosa mirada mientras se dirigía a los cabos que colgaban de la pared opuesta. Su mano dudó entre ambos.

—No os vayáis a equivocar, Su Ilustrísima —le advirtió Falquián—. Podrían producirse diversos y terribles acontecimientos si apareciera una docena de soldados en lugar de un sirviente.

—Adelante, Annias —urgió el conde de Lenda—. Mi vida ya se aproxima a su fin y no me importaría irme al más allá con el regusto de algo excitante.

El primado apretó las mandíbulas y tiró de la cuerda azul en lugar de la roja. Instantes después se abrió la puerta y entró un joven vestido con librea.

—¿Desea algo Su Ilustrísima? —preguntó, al tiempo que se inclinaba ante Annias.

—Comunicad al príncipe regente que requerimos su presencia aquí de inmediato.

—Pero...

—¡De inmediato!

—Sí, Su Ilustrísima —musitó el sirviente mientras se alejaba.

—¿Veis lo sencillo que ha sido? —dijo Falquián a Annias.

A continuación se acercó al conde de Lenda y, tras retirar su guantelete, tomó la mano del anciano.

—Tenéis buen aspecto, mi señor —saludó.

—¿Queréis decir que todavía vivo? —bromeó el conde—. ¿Cómo estaban las cosas por Rendor, Falquián?

—Calientes, secas y muy polvorientas.

—Siempre lo han sido, muchacho. Siempre.

—¿Vais a contestar a mi pregunta? —inquirió Annias.

—Por honor, Su Ilustrísima —respondió devotamente Falquián levantando un brazo—, no hasta que llegue el príncipe regente. Debemos tener presentes las buenas maneras, ¿no lo creéis así? —Arqueó las cejas—. Decidme —agregó, casi como si se tratara de una ocurrencia tardía—, ¿cómo está su madre?; de salud, me refiero. No pretendo que un religioso dé fe de los talentos carnales de la princesa Arissa, pese a que prácticamente la totalidad de los habitantes de Cimmura podría testimoniar acerca de ellos.

—Vais demasiado lejos, Falquián.

—¿Queréis dar a entender que lo desconocíais? Por el amor de Dios, amigo, deberíais tratar de manteneros al corriente de los acontecimientos.

—¡Qué rudeza! —exclamó el barón Harparín, dirigiéndose al individuo ataviado de rojo.

—No es el tipo de encanto que os seduciría a vos, Harparín —comentó Falquián—. Según me han comentado, vuestras inclinaciones son de otro tipo.

Se abrió la puerta y entró en la habitación un joven de cabello rubio terroso, labios flácidos y tez plagada de espinillas. Llevaba una toga adornada con piel de armiño y una pequeña corona de oro.

—¿Queríais verme, Annias?

Su voz poseía un carácter nasal, casi gimoteante.

—Un asunto de Estado, alteza —repuso Annias—. Necesitamos que emitáis vuestro juicio sobre un caso que merece el cargo de alta traición.

La reacción del muchacho consistió en un estúpido parpadeo.

—Éste es sir Falquián, que ha violado deliberadamente las órdenes de vuestro tío, el rey Aldreas. Este caballero fue exiliado a Rendor, y allí debía permanecer hasta que no fuera llamado mediante decreto real. Su propia presencia en Cimmura lo declara culpable.

Lycheas retrocedió visiblemente ante el caballero de fría expresión y negra armadura, con los ojos dilatados y la boca abierta de par en par.

—¿Falquián? —preguntó acobardado.

—El mismo —confirmó el caballero—. Sin embargo, me temo que el buen primado ha exagerado ligeramente. Cuando asumí mi condición de paladín hereditario de la corona, formulé un juramento que me obligaba a defender al rey, o a la reina, en cualquier momento en que su vida peligrara. Dicho juramento tiene prioridad sobre cualquier mandato, regio o no, y la situación de la reina claramente entraña peligro.

—Tu argumento es un mero tecnicismo, Falquián —espetó Annias.

—Soy consciente de ello —replicó Falquián humildemente—, pero los tecnicismos constituyen la base de la ley.

El conde de Lenda se aclaró la garganta.

—He realizado un estudio de estos temas —apuntó—, y Falquián ha citado correctamente la ley. Su juramento de defender la corona tiene prioridad absoluta.

El príncipe Lycheas se había retirado al otro lado de la mesa para evitar a Falquián.

—Es absurdo —declaró—. Ehlana está enferma. No sufre ninguna amenaza física. Tras este comentario, tomó asiento en la silla contigua a la del primado.

—La reina —lo corrigió Falquián.

—¿Cómo?

—El tratamiento correcto es «Su Majestad», o «la reina Ehlana», como preferáis. Resulta una extrema descortesía llamarla simplemente por su nombre. Supongo que técnicamente estoy obligado a protegerla tanto de las incorrecciones poco gentiles como de un peligro físico. Confieso escasa pericia en este aspecto legal, por lo cual me acogeré al veredicto de mi viejo amigo, el conde de Lenda, antes de presentar formalmente mi desafío a Su Alteza por medio de un padrino.

—Esto es una auténtica idiotez —intervino Annias—. Aquí no va a presentarse ni a aceptarse ningún desafío. De alguna forma, el razonamiento del príncipe regente es atinado —añadió, con los ojos entornados—. Falquián pretende valerse de esta débil excusa para quebrantar su exilio. A menos que pueda apoyarse en algún documento que evidencie haber sido reclamado por la realeza, será acusado de alta traición.

El primado sonreía ladinamente.

—No creí que fuerais a solicitármelo, Annias —dijo Falquián.

Entonces introdujo la mano bajo el cinto de su espada y extrajo un pergamino cuidadosamente doblado y atado con una cinta azul. Soltó la cinta y abrió el pergamino mientras la piedra de su anillo desprendía vibrantes destellos rojos a la luz de las velas.

—Opino que este documento satisface todos los requisitos —indicó, al tiempo que lo ojeaba—. Tiene estampada la firma de la reina y su sello personal. Sus instrucciones son explícitas. —Alargó el brazo para ofrecérselo al conde de Lenda—. ¿Cuál es vuestro parecer, mi señor?

—El sello pertenece a la reina —confirmó el anciano tras examinarlo— y ésta es su caligrafía. Ordena a Falquián presentarse ante ella inmediatamente después de su ascensión al trono. Representa una orden real válida, señores.

—Dejadme verlo —atajó Annias.

Lenda le entregó el documento por encima de la mesa. El primado lo leyó rápidamente, con las mandíbulas fuertemente apretadas.

—Ni siquiera tiene impresa una fecha —objetó.

—Excusadme, Su Ilustrísima —intervino Lenda—, pero no existe ninguna obligación legal para que un mandato o un decreto real vaya provisto de fecha, pues este particular supone una mera convención.

—¿Dónde conseguisteis esto, Falquián? —preguntó Annias, con los párpados entornados.

—Hace tiempo que lo poseo.

—Evidentemente fue escrito antes de que la reina ascendiera al trono.

—Eso parece, ¿verdad?

—No tiene validez —afirmó Annias, al tiempo que tomaba el pergamino con ambas manos como si fuera a rasgarlo.

—¿Cuál es la pena por destruir un decreto real, señor de Lenda? —inquirió suavemente Falquián.

—La muerte.

—Tal como lo pensaba. Adelante, rompedlo, Annias. Con sumo placer ejecutaré la sentencia yo mismo, a fin de ahorrar tiempo y evitar los gastos de los molestos procedimientos legales.

Sus ojos se encontraron con los de Annias, quien, al cabo de unos instantes, lanzó con aborrecimiento el pergamino sobre la mesa.

Lycheas había permanecido a la expectativa, mas su expresión reflejaba una angustia creciente. Sin embargo, de pronto, pareció advertir algo por primera vez.

—Vuestro anillo, sir Falquián —dijo con su voz quejumbrosa—, representa la insignia de vuestro cargo, ¿no es cierto?

—De forma aproximada, sí. En realidad, este anillo y el de la reina simbolizan el vínculo existente entre mi familia y la suya.

—Dádmelo.

—No.

—¡Acabo de emitir una orden real! —gritó, con los ojos a punto de saltársele de las órbitas.

—No. Era una petición personal. No podéis decretar nada puesto que no sois el rey.

Lycheas miró indeciso al primado, pero éste sacudió débilmente la cabeza y el rostro del joven se tiñó de rubor.

—El príncipe regente simplemente deseaba examinarlo, sir Falquián —indicó en tono conciliador el eclesiástico—. Hemos buscado su homólogo, el anillo del príncipe Aldreas, y, sin embargo, parece haberse perdido. ¿No tendríais vos idea de dónde podría hallarse?

—Aldreas lo llevaba en el dedo cuando partí hacia Cippria —contestó Falquián alargando las manos—. No se trata de una pieza que se quite habitualmente; en mi opinión, debía llevarlo puesto cuando murió.

—No, no lo llevaba.

—En ese caso, tal vez lo tenga la reina.

—No, que nosotros sepamos.

—Quiero esa joya —insistió Lycheas—, como símbolo de mi autoridad.

—¿Qué autoridad? —le preguntó ásperamente Falquián en son de burla—. El anillo pertenece a la reina Ehlana, y si alguien trata de arrebatárselo, deberé tomar las medidas pertinentes.

De súbito, sintió un leve cosquilleo en la piel. Tenía la impresión de que las llamas de los candelabros habían perdido vivacidad y que la cámara del consejo se sumía progresivamente en la penumbra. Al instante, comenzó a murmurar en voz muy baja palabras en el idioma estirio para trazar con sumo cuidado el hechizo que contrarrestaría la burda manipulación mágica emprendida por uno de los ocupantes de la sala. Mientras tanto, sus ojos buscaron al responsable. Al finalizar el contrahechizo y comprobar cómo se demudaba la faz de Annias, le dirigió una gélida sonrisa. Después se incorporó.

—Bien —dijo con tono resuelto—. Ahora ocupémonos de los asuntos importantes. ¿De qué murió exactamente el rey Aldreas?

—De epilepsia —respondió con tristeza el conde de Lenda, al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Los ataques comenzaron hace varios meses y se tornaron cada vez más fuertes y frecuentes. El rey se debilitó poco a poco y finalmente...

—El rey no padecía esa enfermedad cuando abandoné Cimmura —comentó Falquián.

—Los síntomas aparecieron repentinamente —explicó Annias de forma lacónica.

—Se rumorea que la reina padecía el mismo mal.

Annias hizo un gesto afirmativo.

—¿A nadie le ha parecido sorprendente? Nunca han existido antecedentes de ese tipo de dolencia en la familia real. Además, ¿no resulta extraño que Aldreas no la experimentase hasta la edad de cuarenta años y que su hija cayera enferma poco después de cumplir los dieciocho?

—No poseo conocimientos médicos, Falquián —se disculpó Annias—. Si lo deseáis, podéis preguntar a los médicos de la corte, pero dudo que descubráis algo que difiera de lo que os hemos contado.

Falquián exhaló un gruñido y recorrió con la mirada la sala del consejo.

—Creo que hemos agotado el último punto que debíamos tratar aquí —concluyó con firmeza el robusto caballero—. ¿Puedo recogerlo? —añadió, señalando el pergamino que se encontraba aún sobre la mesa, delante del primado.

Cuando se lo entregaron, lo releyó velozmente.

—Aquí está —afirmó cuando llegó a la frase conveniente—. «Os ordeno presentaros ante mí inmediatamente después de vuestro regreso a Cimmura.» Este mandato no deja gran margen para las argumentaciones, ¿no lo creéis así?

—¿Qué tramáis, Falquián? —inquirió con suspicacia el primado.

—Me limito a obedecer, Su Ilustrísima. La reina me exige presentarme ante ella y eso es lo que me propongo.

—La puerta de la sala del trono se encuentra cerrada con llave —espetó Lycheas.

—No os preocupéis —lo tranquilizó Falquián con una sonrisa casi benevolente—. Tengo una llave —agregó, y acercó la mano a la empuñadura de su espada.

—¿No osaríais utilizar la fuerza!

—Podéis apostar.

Annias carraspeó.

—Si me permitís expresar mi opinión, Alteza... —comenzó a hablar.

—Desde luego, Su Ilustrísima —repuso rápidamente Lycheas—. La corona está siempre dispuesta a recibir consejo de la Iglesia.

—¿La corona? —inquirió Falquián.

—Una formalidad, sir Falquián —le explicó Annias—. El príncipe la representa durante el período de incapacitación de la reina.

—No, por lo que a mí respecta.

—La Iglesia considera oportuno acceder a la petición un tanto grosera del paladín de la reina —asesoró Annias, dirigiéndose a Lycheas—. *Nosotros* no debemos recibir la acusación de incivilidad. Asimismo, la Iglesia estima que es conveniente que el príncipe regente y la totalidad del consejo acompañen a sir Falquián a la sala del trono. Se trata de un reputado adepto a ciertas prácticas mágicas, y para proteger la vida de la reina no debemos permitirle emplear de manera precipitada dichas artes sin consultar previamente a los médicos de la corte.

Lycheas aparentemente dedicó unos minutos a reflexionar sobre sus palabras antes de ponerse en pie.

—Actuaremos de acuerdo con vuestras indicaciones, Su Ilustrísima —declaró—. Os ordeno que nos acompañéis, sir Falquián.

—¿Ordenáis?

Lycheas hizo caso omiso de la réplica y avanzó regiamente hacia la puerta.

Falquián, tras ceder el paso al barón Harparín y al obeso hombre ataviado de rojo, se colocó al lado del primado Annias. Sonreía de modo relajado, pero la voz grave que salió de su garganta no era precisamente expresión de un estado de buen humor.

—No se os ocurra volver a hacer uso de tales trucos, Annias —advirtió.

—¿Cómo? —inquirió el primado con voz estupefacta.

—Me refiero a vuestras incursiones en el mundo de la hechicería. En primer lugar, porque no poseéis grandes dotes y me resulta irritante tener que derrochar esfuerzos para neutralizar el trabajo de aficionados, y, en segundo lugar, porque a los eclesiásticos se les prohíbe interesarse en las prácticas mágicas.

—No tenéis pruebas, Falquián.

—No las necesito, Annias. Mi juramento como caballero pandion sería suficiente en cualquier tribunal civil o religioso. ¿Por qué no dejamos esta cuestión? De cualquier forma, no volváis a murmurar ningún encantamiento destinado a mi persona.

Encabezados por Lycheas, los miembros del consejo y el caballero de negra armadura recorrieron un pasillo iluminado con velas hasta llegar a la majestuosa puerta de la sala del trono. Lycheas sacó una llave de su jubón y la abrió.

—Bien —indicó a Falquián—. Está abierta. Id a presentaros ante vuestra reina, aunque no creo que vaya a servirle de nada.

El paladín tomó una vela encendida de un candelabro de plata adosado a la pared antes de penetrar en la oscura estancia.

En la habitación del trono hacía frío y el aire olía a humedad y a cerrado. Falquián recorrió la sala al tiempo que prendía metódicamente todas las velas. A continuación, se encaminó hacia el trono y encendió las que reposaban en los candelabros situados a ambos lados.

—No necesitáis tanta luz —aseguró irritado el príncipe desde la puerta.

Falquián prefirió ignorarlo. Alargó la mano y tentó el cristal que rodeaba el trono. Al instante percibió que lo impregnaba la conocida aura de Sephrenia. Después alzó lentamente los ojos para mirar el pálido y juvenil rostro de Ehlana. La promesa que despuntaba en él durante su infancia se había hecho realidad. Su belleza la hubiera distinguido entre un buen número de muchachas; era verdaderamente hermosa. Su semblante hacía gala de una perfección casi luminiscente. Sus rubios cabellos formaban una mata dorada que enmarcaba suavemente su rostro. Lucía su atuendo real y su cabeza se tocaba con la maciza corona de oro de Elenia. Sus delicadas manos reposaban sobre los brazos del trono y sus ojos permanecían cerrados.

Recordó que al principio había reaccionado amargamente ante el mandato del rey Aldreas que lo consagraba al cuidado de su hija. No obstante, pronto había comprobado que no se trataba de una niña atolondrada, sino de una sensata muchacha con una mente despierta y retentiva, y una curiosidad extraordinaria. Una vez que hubo superado su timidez inicial, había comenzado a formularle innumerables preguntas sobre las cuestiones de palacio y, de aquel modo, casi accidentalmente, había comenzado su educación en el arte de gobernar y en las complejidades de la política palaciega. Pasados unos meses, una cordial relación los unía; Falquián descubrió que esperaba con ansia los intervalos de conversación privada que mantenían diariamente. Los había aprovechado para moldear paulatinamente su carácter y prepararla para su futura designación como reina de Elenia.

Con la congoja que le producía contemplarla en su estado actual, apresada bajo una apariencia de muerte, se juró a sí mismo que le devolvería la salud y la restauraría en su trono, aunque tuviera que recorrer el mundo entero para conseguirlo. Su imagen provocaba en él una profunda irritación. Se sentía incitado a descargar su rabia sobre los objetos circundantes, como si la mera demostración de su fuerza física pudiera tornarla a la conciencia.

En aquel momento percibió un sonido cuya intensidad aumentaba progresivamente. Era un ritmo regular, un pulso acompasado, remotamente similar a la percusión de un tambor, que se reproducía sin titubeos y resonaba por toda la estancia,

al tiempo que incrementaba con firmeza su volumen como si quisiera anunciar a quien entrara allí que el corazón de Ehlana palpitaba aún.

Falquián desenfundó la espada y saludó con ella a su reina. Después hincó una rodilla en el suelo, como muestra del profundo respeto y de la singular manifestación de amor que lo invadían; se inclinó hacia adelante para besar suavemente la inquebrantable lámina de cristal; de súbito, los ojos se le anegaron en lágrimas.

—Por fin he regresado, Ehlana —murmuró—, y haré que todo vuelva a sonreírte.

El latido sonó con más fuerza, como si, por medio de algún prodigioso canal, Ehlana hubiera oído sus palabras.

Desde el umbral le llegaba la risa burlona de Lycheas, y Falquián se prometió que, en cuanto tuviera ocasión, sometería a un sinnúmero de vejaciones al primo bastardo de la reina. Finalmente se incorporó y se encaminó hacia la puerta.

Lycheas le sonreía con afectación. Sostenía todavía en su mano la llave de la sala del trono. Al pasar junto al príncipe, Falquián se la arrebató velozmente.

—Ya no vais a necesitarla —le dijo—. Puesto que he vuelto, yo mismo me haré cargo de ella.

—¡Annias! —pidió ayuda Lycheas, con voz alterada.

El primado dirigió una mirada al desapacible rostro del paladín de la reina y se convenció de inmediato de que era preferible no contradecir su decisión.

—Permitid que se la quede —opinó de forma abrupta.

—Pero...

—Seguid mi consejo —espetó el primado—. Nosotros no la necesitamos. No existe ninguna objeción a que el paladín de la reina guarde la llave de la habitación donde ella duerme.

El tono utilizado por el religioso dejaba traslucir una vil indirecta. Falquián contuvo su ira apretando su puño izquierdo, todavía revestido con el guantelete.

—¿Me haréis el honor de recorrer a mi lado el camino de regreso a la sala del consejo, sir Falquián? —medió el conde de Lenda, mientras apoyaba su mano en el antebrazo rodeado de acero de Falquián—. Mis pasos a veces son indecisos y me resulta reconfortante tener al lado a un fornido joven.

—Desde luego, mi señor —repuso el caballero, al tiempo que relajaba la presión de su puño.

Cuando Lycheas se hubo alejado a través del corredor al frente del resto de la comitiva, Falquián cerró la puerta y, después, ofreció la llave a su viejo amigo.

—¿Querréis guardarla en mi lugar, mi señor? —preguntó.

—Con mucho gusto, sir Falquián.

—Si es posible, mantened las velas encendidas en la sala del trono. No la dejéis sentada en medio de la oscuridad.

—Por supuesto.

Comenzaron a recorrer el pasillo.

—¿Queréis que os diga algo, Falquián? —propuso el anciano—. Olvidaron limar muchas asperezas cuando terminaron de pulir vuestro carácter.

Falquián esbozó una sonrisa.

—Realmente lográis ser muy ofensivo cuando os lo proponéis —remachó el conde de Lenda.

—No puedo evitarlo, mi señor.

—Tened mucho cuidado aquí en Cimmura —le previno gravemente el anciano en un murmullo de voz—. Annias tiene espías apostados en todos los rincones. Lycheas no osa ni siquiera estornudar sin su permiso. El primado es el verdadero dirigente de Elenia, y no debéis olvidar que os profesa un profundo odio.

—Puedo aseguraros que el sentimiento es recíproco —comentó Falquián tras una breve reflexión—. Hoy me habéis demostrado vuestra amistad, mi señor. ¿Creéis que estar de mi lado os acarrearé algún peligro?

—Lo dudo mucho —respondió el conde de Lenda con una sonrisa—. Soy demasiado viejo e inofensivo para representar alguna amenaza para Annias. No paso de ser un personaje vagamente irritante, y, por otra parte, el primado es lo bastante calculador. No se arriesgaría a emprender cualquier acción contra mí.

El eclesiástico los aguardaba a la entrada de la cámara.

—El consejo ha estudiado vuestro caso, sir Falquián —declaró fríamente—. Es obvio que la reina se halla fuera de peligro. Su corazón late con fuerza y el cristal que la rodea es prácticamente impermeable. En estos momentos no necesita disponer de un protector. Por ello, el consejo os ordena regresar al castillo de vuestra orden en Cimmura y permanecer allí hasta recibir nuevas instrucciones. —Una sonrisa gélida recorrió entonces sus labios—. O hasta que la propia reina os llame a su presencia, obviamente.

—Obviamente —replicó con tono distante Falquián—. Estaba a punto de haceros la misma proposición, Su Ilustrísima. No soy más que un simple caballero y la compañía de mis hermanos en el castillo me será más grata que el trato palaciego. Realmente, aquí me siento fuera de lugar.

—Ya había reparado en ello.

—No abrigaba ninguna duda respecto a vuestra perspicacia.

Falquián dio un breve apretón de manos al conde de Lenda a modo de despedida y, a continuación, miró directamente a Annias.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, Su Ilustrísima.

—*Suponiendo* que tengamos ocasión.

—Oh, nos veremos nuevamente, Annias. Estad seguro de ello.

Tras esta afirmación, Falquián giró sobre sus talones y comenzó a caminar por el pasillo.

Capítulo tres

La casa de los caballeros pandion de Cimmura se hallaba emplazada justo detrás de la Puerta del Este de la ciudad y era, en todos los sentidos, un auténtico castillo. Las almenas remataban sus altas murallas y torres de vigilancia coronaban cada uno de sus ángulos. Para llegar a ella había que atravesar un puente levadizo tendido sobre un profundo foso erizado de afiladas estacas. El puente estaba bajado, pero lo custodiaban cuatro pandion de armadura negra montados sobre caballos de combate.

Falquián sujetó las riendas de *Faran* y aguardó. Había que cumplir ciertas formalidades antes de ganar la entrada al castillo de la orden. Observó que, curiosamente, aquel ritual no provocaba impaciencia en él. Lo había acatado durante todos los años de su noviciado, y la observancia de aquellas antiguas ceremonias parecía producir de algún modo una renovación y una reafirmación de su más genuina identidad. Mientras esperaba el quién vive de rigor, la imagen de la soleada ciudad de Jiroch y las mujeres que acudían a los pozos envueltas en la luz del alba se desdibujaba en su memoria, perdía inmediatez y quedaba postergada en un remoto rincón del recuerdo.

Dos de los caballeros cabalgaron acompasadamente a su encuentro; las herraduras de sus corceles retumbaron sobre las gruesas planchas del puente. Se detuvieron justo enfrente de Falquián.

—¿Quién sois vos, que imploráis la entrada en la casa de los soldados de Dios? —entonó uno de ellos.

Falquián levantó la visera. Este gesto simbolizaba sus intenciones pacíficas.

—Soy Falquián —repuso—, soldado de Dios y miembro de esta orden.

—¿Cómo podremos reconoceros? —inquirió el segundo caballero.

—Por esta señal.

Falquián alargó la mano y tiró del pesado amuleto de plata que colgaba de una cadena en torno a su cuello, el mismo que llevaban todos los caballeros pandion.

La pareja simuló observarlo detenidamente.

—En verdad, éste es sir Falquián, miembro de nuestra orden —declaró el primer caballero.

—En efecto —acordó su compañero—; por tanto, vamos a proceder..., humm... —titubeó, mientras arrugaba el entrecejo.

—A otorgarle el acceso a la casa de los soldados de Dios —apuntó Falquián.

—Nunca consigo recordar esa parte —murmuró el segundo caballero con una mueca—. Gracias, Falquián. En efecto —comenzó de nuevo tras aclararse la garganta—; por tanto, vamos a proceder a otorgarle el acceso a la casa de los soldados de Dios.

El primer guardián sonreía abiertamente.

—Tiene derecho a entrar libremente —indicó—, puesto que se trata de uno de los nuestros. Dios os guarde, sir Falquián. Os ruego que traspaséis estos muros. Que la paz sea con vos mientras permanezcáis bajo su techo.

—Y con vos y vuestro compañero, doquiera os dirijáis —repuso Falquián, con lo que concluyó la ceremonia.

—Bienvenido a casa, Falquián —saludó entonces con entusiasmo el primer caballero—. Habéis estado ausente largo tiempo.

—¿Os habíais percatado de ello? —bromeó Falquián—. ¿Ha venido Kurik?

—Hará una hora —respondió el segundo caballero—. Ha hablado con Vanion y

después ha vuelto a salir.

—Entremos —sugirió el paladín de la reina—. Necesito un poco de esa paz que acabáis de mencionar, y debo entrevistarme con Vanion.

Los dos centinelas volvieron grupas y los tres cabalaron juntos a través del puente.

—¿Todavía vive aquí Sephrenia? —preguntó Falquián.

—Sí —respondió el segundo caballero—. Ella y Vanion abandonaron Demos poco después de que la reina cayera enferma, y Sephrenia aún no ha regresado a la casa principal.

—Bien. También he de hablar con ella.

Detuvieron los caballos a la puerta del castillo.

—Éste es sir Falquián, miembro de nuestra orden —anunció el primer caballero a los dos que habían permanecido junto a la entrada—. Hemos comprobado su identidad y atestiguamos su derecho a entrar en la casa de los caballeros pandion.

—Pasad pues, sir Falquián, y que la paz sea con vos mientras permanezcáis en ella.

—Os doy las gracias, caballero, y que la paz asimismo os acompañe.

Los caballeros apartaron sus monturas y *Faran* avanzó pausadamente.

—Conocéis el ritual tan bien como yo, ¿eh? —murmuró Falquián. *Faran* respondió con un movimiento de orejas.

En el patio central un aprendiz de caballero que no había sido investido aún con la armadura de ceremonia ni con las espuelas se apresuró a tomar las riendas de *Faran*.

—Bienvenido, caballero —saludó.

Falquián prendió su escudo a la silla y descendió del caballo con un tintineo metálico producido por la armadura.

—Gracias —contestó—. ¿Sabéis dónde puedo encontrar a lord Vanion?

—Creo que se halla en la torre sur, mi señor.

—Gracias de nuevo. —Falquián comenzó a cruzar el patio, pero se detuvo súbitamente—. Oh, tened precaución con el caballo —avisó—. Muerde.

El novicio adoptó un aire de sorpresa y luego retrocedió unos pasos para apartarse del enorme y feo ruano, aunque, no obstante, mantenía firmemente sujetas las riendas.

El animal le dedicó una mirada de claro resentimiento.

—No hay que jugar sucio, *Faran* —explicó Falquián, mientras comenzaba a remontar los gastados escalones que daban acceso al antiguo castillo.

El interior era frío y húmedo, y los pocos miembros de la orden que encontró Falquián a su paso vestían hábitos de monje según lo acostumbrado dentro de los muros. Sin embargo, algún ocasional tintineo denunciaba el hecho de que, bajo su humilde atuendo, los pandion llevaban malla e iban inevitablemente armados. No se intercambiaron saludos, ya que los encapuchados hermanos acudían resueltamente a sus obligaciones con la cabeza inclinada y los rostros velados.

Falquián levantó la palma de la mano delante de uno de sus compañeros.

—Excusad, hermano —dijo—. ¿Sabéis si Vanion se halla aún en la torre sur?

—En efecto —repuso el caballero interpelado.

—Gracias, hermano. La paz sea con vos.

—Y con vos, caballero.

Falquián continuó su camino a lo largo del corredor flanqueado de antorchas hasta llegar a una estrecha escalera que ascendía por la torre sur entre macizos bloques de piedra superpuestos. Arriba, una pesada puerta era custodiada por dos jóvenes pandion.

—Necesito hablar con Vanion —les informó—. Mi nombre es Falquián.

—¿Podéis identificaros? —preguntó uno de ellos, tratando de conferir un tono

ronco a su voz juvenil.

—Acabo de hacerlo.

Hubo unos instantes de silencio mientras los dos jóvenes caballeros intentaban encontrar una salida airosa a su desliz.

—¿Por qué no abris la puerta simplemente y comunicáis a Vanion mi presencia? —sugirió Falquián—. Si me reconoce, no hay problema; de lo contrario, podéis tratar de arrojarme por las escaleras entre los dos —concluyó, sin poner especial énfasis en la palabra *tratar*.

Después de intercambiar una mirada con su compañero, uno de los guardianes abrió, y se asomó al otro lado.

—Mil perdones, mi señor Vanion —se disculpó—, pero hay aquí un pandion que dice llamarse Falquián y desea hablar con vos.

—Bien —respondió una voz familiar desde el interior—. Lo esperaba. Hacedlo entrar.

Los dos caballeros dejaron el paso libre a Falquián, con el desconcierto pintado en sus rostros.

—Gracias, hermanos míos —musitó Falquián—. Que la paz sea con vosotros.

Acto seguido traspuso el umbral y penetró en una amplia estancia de paredes de piedra. Las angostas ventanas se encontraban cubiertas con cortinajes verde oscuro y sobre el suelo se extendía una alfombra marrón. En un rincón de la habitación crepitaba una fogata bajo el arco de la chimenea y en el centro había una mesa con velas rodeada de pesadas sillas.

Vanion, el preceptor de los caballeros pandion, había envejecido un poco durante aquellos diez años. Su barba y su cabello habían adquirido una tonalidad gris. Su rostro presentaba más surcos, pero no mostraba ningún signo de debilidad. Llevaba una cota de malla y una capa plateada. Al entrar Falquián, se levantó y rodeó la mesa.

—Acababa de decidirme a enviar un grupo de rescate al palacio —dijo al tiempo que lo abrazaba—. No debisteis ir allí solo.

—Tal vez no. Sin embargo, no he tenido ningún contratiempo —objetó Falquián mientras se desprendía de guanteletes, yelmo y espada y los depositaba sobre la mesa—. Me alegro de veros, Vanion —agregó, tomando la mano de su superior entre las suyas.

Vanion siempre había sido un instructor severo; no toleraba ningún fallo en los jóvenes caballeros que había entrenado para sustentar la orden. A pesar de que Falquián no había estado lejos de odiar a aquel hombre durante su noviciado, actualmente consideraba a su estricto profesor como uno de sus mejores amigos; en consecuencia, su apretón de manos fue cálido e, incluso, afectuoso.

Después el fornido caballero se volvió hacia la mujer. Era bajita y lucía aquella singular nitidez de formas de la que gozan a veces las gentes de poca estatura. Tenía el cabello negro como el azabache, lo cual aportaba un peculiar contraste con el intenso color azul de sus ojos. Evidentemente, sus rasgos no se ajustaban a los de los elenios; por el contrario, presentaban un carácter extrañamente foráneo que apuntaba a su procedencia estiria. Llevaba por único atuendo un suave vestido blanco, y tenía ante ella un libro apoyado sobre la mesa.

—Sephrenia —cumplimentó Falquián cordialmente—, tenéis buen aspecto.

Tras estas palabras, hincó una rodilla en tierra, le tomó las dos manos y besó sus palmas, el saludo ritual estirio.

—Vuestra ausencia ha sido larga, sir Falquián —repuso ella, con una voz dulce y musical.

—¿Me haréis el honor de concederme vuestra bendición, pequeña madre? —preguntó, con el curtido semblante alumbrado por una sonrisa.

El tratamiento que había dado a la mujer representaba asimismo una costumbre estiria, a la vez que reflejaba el particular vínculo entre profesor y alumno, que se venía forjando ininterrumpidamente desde el inicio de los tiempos.

—De buen grado —respondió Sephrenia; puso sus manos sobre el rostro del caballero y pronunció una bendición en la lengua de los estirios.

—Gracias —añadió simplemente Falquián.

A continuación, la mujer procedió como raramente lo hacía: con el rostro todavía entre las manos, se inclinó hacia adelante y lo besó con suavidad.

—Bienvenido a casa, querido —murmuró.

—Es grato hallarme de nuevo entre vosotros —afirmó—. Os he echado de menos.

—¿Aunque os regañara cuando eras un muchacho? —preguntó ella con una leve sonrisa.

—Las reprimendas no duelen mucho —repuso Falquián riendo—. Por alguna razón insospechada, incluso he añorado ese aspecto.

—Creo que quizás hemos moldeado bien a este pupilo —dijo la mujer al preceptor—. Entre los dos, hemos forjado un perfecto caballero pandion.

—Uno de los mejores —acordó Vanion—. Me parece que los fundadores de la orden pretendían contar con personas como Falquián.

La posición ocupada por Sephrenia entre los caballeros pandion era singular. Había aparecido a las puertas del antiguo castillo de Demos tras la muerte del tutor estirio encargado de transmitir a los novicios lo que entre este pueblo llamaban los secretos. Nadie la había seleccionado ni había reclamado su presencia, simplemente llegó y asumió las funciones de su predecesor. Por norma general, los elenios desdeñaban y temían a los estirios. Eran gentes poco comunes y que se marginaban en pequeñas y primitivas agrupaciones de casas hacinadas en las profundidades de los bosques y en las montañas. Adoraban a extraños dioses y practicaban la magia. Entre los sectores más crédulos de la sociedad elenia circulaban desde hacía siglos extraordinarias historias acerca de espantosos ritos en los que se utilizaba la carne y la sangre de los elenios, y, a consecuencia de estos rumores, los pueblos estirios sufrían periódicamente el ataque de turbas de campesinos borrachos que se ensañaban hasta llegar a la masacre. La Iglesia denunciaba enérgicamente tales atrocidades, pues profesaba un profundo respeto a sus tutores extranjeros. Incluso habían tomado medidas más drásticas: anunciaron que los ataques inmotivados a los asentamientos estirios tendrían una violenta y rápida respuesta. Pese a dicha protección organizada, cualquier estirio que penetrase en un pueblo elenio debía soportar burlas y vejaciones y, en ocasiones, una lluvia de piedras y desperdicios. Por todo ello, la aparición de Sephrenia en Demos había resultado ciertamente arriesgada. Nunca llegó a aclararse qué la impulsó; sin embargo, había servido fielmente a la orden durante años y sus miembros habían aprendido a amarla y respetarla. Más aún, Vanion, su cabeza visible, solicitaba a menudo sus consejos.

Falquián miró el libro que reposaba junto a ella.

—¿Un libro, Sephrenia? —preguntó con asombro burlón—. ¿Ha logrado Vanion enseñaros a leer por fin?

—Conocéis mis creencias respecto a esa práctica —replicó—. Simplemente contemplaba los dibujos. Siempre me han atraído los colores llamativos —explicó, al tiempo que señalaba las brillantes ilustraciones de una página.

Falquián tomó asiento y su armadura produjo un crujido.

—¿Habéis visto a Ehlana? —inquirió Vanion mientras se sentaba nuevamente.

—Sí. ¿Cómo lo hicisteis? —preguntó Falquián en dirección a Sephrenia—. Me refiero a aislarla de ese modo.

—Es algo complejo.

Se calló y lo observó con mirada penetrante.

—Tal vez estéis preparado para esto —murmuró, y se puso de pie—. Venid aquí, Falquián —le indicó, encaminándose a la chimenea.

Éste la siguió, desconcertado.

—Contemplad las llamas, querido —indicó ella suavemente con la antigua forma de tratamiento estirio que utilizaba cuando él era su alumno.

Compelido por su voz, miró el fuego. La oyó susurrar quedamente unas palabras en estirio y luego vio cómo su mano recorría lentamente las llamas. Inconscientemente, cayó de rodillas y observó fijamente el hogar.

Falquián percibió algo que se movía y, tras inclinarse hacia adelante, concentró su atención en las espirales azules que danzaban en el extremo de uno de los troncos de encima. El color azul se extendió, ganando cada vez más espacio, y, en el interior de su centelleante aureola, comenzó a distinguir un grupo de siluetas que se agitaban al compás de las llamaradas. La imagen iba perfilándose progresivamente; Falquián advirtió por fin que se trataba de la sala del trono del palacio, ubicado a muchas millas de distancia. Doce caballeros pandion, revestidos con armaduras, atravesaban la estancia sosteniendo el frágil cuerpo de una joven. No la llevaban en una litera, sino sobre los lomos de doce rutilantes espadas que mantenían firmemente unidas. Los caballeros se detuvieron ante el trono y, entonces, Sephrenia surgió de entre las sombras. Levantó una mano y pareció decir algo, pero Falquián sólo alcanzó a oír el crepitar del fuego. Con un horrible movimiento espasmódico, la muchacha se enderezó. Era Ehlana. Su semblante estaba distorsionado y sus ojos, desmesuradamente abiertos, contemplaban el vacío.

Irreflexivamente, Falquián alargó la mano hacia ella y la introdujo en las llamas.

—No —lo atajó Sephrenia con brusquedad, al tiempo que se la apartaba—. Solamente podéis mirar.

Con un temblor incontrolable, la imagen de Ehlana se puso en pie; al parecer, obedecía los inaudibles mandatos de la menuda mujer vestida de blanco. Sephrenia señaló imperiosamente el trono, y la joven, tambaleándose, ascendió los escalones de la tarima para ocupar el lugar que por derecho le correspondía.

Falquián estalló en sollozos y trató de llegar de nuevo hasta su reina con la mano, pero Sephrenia lo contuvo con una suave caricia que, extrañamente, encerraba la misma fuerza que una cadena de hierro.

—Recordad que sólo podéis observarla, querido —indicó.

Los doce caballeros formaron entonces un círculo en torno a la reina sentada en el trono, con la mujer de vestido blanco de pie junto a ella. Reverentemente, extendieron las espadas de modo que las dos ocupantes del estrado quedaron rodeadas de un anillo de acero. Sephrenia levantó de nuevo el brazo y pronunció unas palabras. Falquián advirtió claramente la tensión de su rostro al murmurar un encantamiento cuyo sentido era incapaz de desentrañar.

La punta de cada una de las doce espadas comenzó a centellear con intensidad progresiva hasta bañar el estrado con una refulgente luz plateada. El resplandor de las doce armas parecía fluir hacia Ehlana y su trono. En ese momento Sephrenia articuló una sola palabra y bajó el brazo con un gesto sorprendentemente incisivo. Al instante, el fulgor que rodeaba a la reina se solidificó para formar la envoltura que había visto Falquián. La imagen de Sephrenia languideció hasta desaparecer de la tarima.

Las lágrimas fluían copiosamente de los ojos del caballero y Sephrenia le rodeó con suavidad la cabeza con sus brazos y lo atrajo hacia sí.

—Sé que no resulta fácil, Falquián —lo consoló—. Contemplar las entrañas del

fuego abre el corazón y permite que salga a la luz nuestro verdadero ser. Abrigáis mucha más ternura de la que nos hacéis partícipes.

—¿Durante cuánto tiempo la protegerá el cristal? —preguntó, al tiempo que se enjugaba con el dorso de la mano las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Mientras continuemos vivos los trece que estábamos presentes —repuso Sephrenia—. Un año a lo sumo, según el calendario elenio.

Falquián la miró fijamente.

—Nuestra fuerza vital impulsa los latidos de su corazón. Al correr de las estaciones, sucumbiremos uno tras otro, con lo que llegará un momento en que uno de nosotros deberá asumir la carga de los que mueran. Sin embargo, será eventual; cuando cada uno de nosotros lo haya dado todo, vuestra reina perecerá.

—¡No! —exclamó Falquián fieramente—. ¿Estabais vos también allí? —inquirió en dirección a Vanion.

Éste hizo un gesto afirmativo.

—¿Quiénes eran los otros?

—No os serviría de nada conocer sus nombres, Falquián. Todos nos ofrecimos por propia voluntad y sabíamos cuáles podían ser las consecuencias.

—¿Quién asumirá la carga que habéis mencionado? —interrogó Falquián a Sephrenia.

—Yo.

—Todavía no está resuelto ese punto —intervino Vanion—. De hecho, cualquiera de nosotros puede hacerse cargo.

—Para ello deberíamos modificar el hechizo, Vanion —indicó la mujer con cierto aire de suficiencia.

—Ya veremos —zanjó el preceptor.

—Pero ¿de qué servirá? —inquirió Falquián—. Vuestros esfuerzos sólo le garantizan un año más de vida. El precio que debéis pagar es espantoso. Ehlana ni siquiera tiene conciencia de ello.

—Si podemos determinar la causa de su enfermedad y encontrar un remedio, el hechizo puede revocarse —replicó Sephrenia—. Mantenemos su vida en suspenso para ganar tiempo.

—¿Habéis realizado algún avance?

—Todos los médicos de Elenia investigan sobre ello —explicó Vanion—. Además, he enviado aviso a otros expertos de diferentes reinos de Eosia. Sephrenia ha sugerido la posibilidad de que su dolencia tal vez no derive de causas puramente naturales. No obstante, nos topamos con ciertos obstáculos; los médicos de la corte rehúsan cooperar.

—En ese caso, regresaré a palacio —decidió airadamente Falquián—. Quizá logre hacerlos entrar en razón.

—Ya habíamos pensado en ello, pero Annias los mantiene estrechamente vigilados.

—¿Qué es lo que pretende? —exclamó furioso Falquián—. Únicamente intentamos contribuir a la recuperación de la reina. ¿Por qué dificulta nuestro propósito? ¿Acaso quiere el trono para sí mismo?

—Creo que desea lograr un trono desde el que pueda ostentar un poder superior —apuntó Vanion—. El archiprelado Cluvonus es ya muy anciano, y su estado de salud precario. No me extrañaría en absoluto que Annias estimara que la mitra de archiprelado es el tocado que más le favorecería.

—¿Annias? ¿Archiprelado? Vanion, eso es absurdo.

—La vida está llena de cosas inverosímiles, Falquián. Las órdenes militares

coinciden en oponerse a él y nuestra opinión influye notablemente sobre la jerarquía eclesiástica; sin embargo, Annias hace uso a manos llenas del tesoro de Elenia, incluso para distribuir sobornos con largueza. Ehlana hubiera podido impedirle el acceso a ese dinero, pero cayó enferma. Seguramente su falta de entusiasmo por verla recuperada se halla estrechamente ligada a esta cuestión.

—¿Y pretende que el hijo bastardo de Arissa ocupe el trono en su lugar? —La rabia de Falquián aumentaba por instantes—. Vanion, acabo de ver a Lycheas. Supera en debilidad y en estupidez al rey Aldreas. Además es ilegítimo.

Vanion extendió las manos.

—Un voto del consejo real podría legitimarlo, y Annias controla el consejo.

—No en su totalidad —objetó con crispación Falquián—. Técnicamente, yo también soy uno de los miembros, y creo que, llegado el caso, sería capaz de cambiar la posición de alguno de los votantes. Uno o dos duelos públicos podrían producir un efecto determinante.

—Sois un imprudente —lo regañó Sephrenia.

—No, simplemente estoy furioso. Siento una apremiante necesidad de atacar a ciertos individuos.

—Aún no podemos tomar ninguna decisión —advirtió Vanion con un suspiro, después sacudió la cabeza y pasó a otro tema—. ¿Qué es lo que sucede *realmente* en Rendor? —preguntó—. Voren escribe sus informes de una manera bastante críptica como prevención de la posibilidad de que caigan en manos enemigas.

Falquián se levantó y fue a acodarse en el alféizar de la ventana. El cielo seguía cubierto de nubes de color gris y la ciudad parecía empequeñecerse bajo ellas como si se afianzara en el suelo para resistir un invierno más.

—Allá reinan el calor —musitó casi para sí—, la sequedad y el polvo. El sol se refleja en las paredes y deslumbra los ojos. Con las primeras luces del día, antes de que salga el sol, cuando el cielo parece bañado de plata fundida, mujeres de rostros velados y ataviadas con oscuros vestidos atraviesan las calles con vasijas de barro a los hombros en dirección a los pozos.

—Os había juzgado mal, Falquián —le interrumpió Sephrenia con su melodiosa voz—. Tenéis el alma de un poeta.

—No se trata de eso, Sephrenia. Lo que ocurre es que es preciso adentrarse en el ambiente de Rendor para comprender lo que allí sucede. El sol es como un martillo que se abate incesantemente sobre las cabezas y el aire es tan caliente y seco que no deja margen para pensar. Los rendorianos buscan respuestas simples. El sol no les otorga ninguna tregua para ponderar las cosas. Este ambiente podría explicar en primer lugar el fenómeno acaecido con Eshand. Un humilde pastor con el cerebro medio sorbido por la intemperie no es el receptáculo lógico de ningún tipo de epifanía seria. En mi opinión, la exasperación producida por el sol confirió el primer ímpetu a la herejía eshandista. Esos pobres idiotas hubieran aceptado *cualquier* idea, aunque fuese totalmente descabellada, con tal de alcanzar la posibilidad de moverse y de encontrar tal vez alguna sombra.

—Es una explicación insólita para un movimiento que sumió a toda Eosia en una guerra de tres siglos —observó Vanion.

—Es algo que deberíais experimentar —insistió Falquián tras volver a tomar asiento—. Dejemos al margen las causas, el caso es que hace unos veinte años apareció en Dabour otro de esos entusiastas de mente disecada.

—¿Arasham? —conjeturó Vanion—. Hemos oído hablar de él.

—Así es como se hace llamar —repuso Falquián—. Aunque probablemente lo bautizaron con otro nombre. Los líderes religiosos tienden a cambiar con harta

frecuencia sus apelativos para adaptarlos a los prejuicios de sus seguidores. Por lo que tengo entendido, se trata de un inculto y desharrapado fanático con una tenue noción de la realidad. Tiene unos ochenta años y experimenta visiones y oye voces. Sus partidarios poseen menos inteligencia que sus corderos. Atacarían con gusto los reinos del norte si alcanzaran a determinar en qué dirección se halla. Éste es un tema seriamente debatido en Rendor. He visto a algunos de estos hombres. Esos herejes que hacen temblar a los miembros de la jerarquía de Chyrellos son poco más que lunáticos derviches del desierto. Además, cuentan con un armamento escaso y carecen de entrenamiento militar. Francamente, Vanion, me preocuparía más la próxima nevada invernal que cualquier clase de resurgimiento de la herejía eshandista en Rendor.

—He aquí una interpretación categórica.

—He desperdiciado diez años de mi vida rodeado de un peligro inexistente. Confío en que disculparéis las dosis de descontento que esta pérdida ha provocado en mí.

—Una vez que alcancéis la madurez, aprenderéis a ser paciente, Falquián —afirmó Sephrenia con una sonrisa.

—Creí que ya había llegado a ese punto.

—Aún os halláis a mitad de camino.

—Decidme, ¿cuántos años tenéis, Sephrenia? —inquirió Falquián con una mueca.

—¿Por qué motivo especial los pandion siempre hacéis la misma pregunta? —replicó ella mientras lo miraba con resignación—. *Sabéis* que no voy a responderos. ¿Podéis aceptar simplemente el hecho de que os aventajo en edad sin indagar más allá?

—También sois mayor que yo —agregó Vanion—. Cuando tenía la edad de los muchachos que vigilan mi puerta, fui vuestro discípulo.

—¿Y realmente tengo aspecto de ser tan enormemente vieja?

—Mi querida Sephrenia, sois tan joven como la primavera y tan sabia como el invierno. Por otra parte, sabéis que nos habéis abocado a la ruina a todos, ya que, después de conoceros a vos, la más bella de las doncellas no logra seducirnos.

—¿No es encantador? —preguntó sonriente a Falquián—. Ciertamente no existe otro hombre que utilice unas palabras tan zalameras.

—Probad a ponerlos ante él cuando hayáis fallado un tiro con la lanza —replicó agriamente Falquián.

Después agitó los hombros; su gesto acusaba el peso de la armadura.

—¿Qué más podéis contarme? He permanecido fuera mucho tiempo y ansío conocer las novedades.

—Otha empieza a movilizarse —le informó Vanion—. Las noticias llegadas de Zemoch indican que quiere avanzar por el este hacia Daresia y el imperio Tamul, pero mantengo serias dudas al respecto.

—Yo puedo explicaros muchas cosas más —añadió Sephrenia—. Los reinos occidentales se han visto atestados de repente por un gran número de vagabundos estirios que acampan por los caminos y pregonan sus toscas mercancías, pero las agrupaciones estirias locales no los reconocen como miembros integrantes. Con algún oscuro objetivo, el emperador Otha y su cruel amo nos han inundado de espías. Azash ha impulsado a los zemoquianos a atacar las tierras de Occidente en anteriores ocasiones. Debe de haber algo oculto que anhela desesperadamente, por lo que va a buscarlo a Daresia.

—Los zemoquianos se han alzado con anterioridad —restó importancia Falquián — y nunca llegaron a conquistar nada.

—Me parece que éste representa un intento más serio —mostró su desacuerdo Vanion—. En otras ocasiones, cuando reunía sus fuerzas, siempre lo hacía en la

frontera; tan pronto como las cuatro órdenes militares se desplazaban a Lamorkand para enfrentarse a él, desarticulaba sus ejércitos. Sólo trataba de ponernos a prueba. Sin embargo, esta vez ha agrupado a sus tropas en las montañas, como si deseara mantener en secreto sus maniobras.

—Dejemos que se acerque —declaró en un tono desafiante Falquián—. Detuvimos su avance hace cinco siglos y volveremos a hacerlo cuando llegue el momento.

Vanion sacudió la cabeza.

—No queremos que se repita lo acontecido tras la batalla del lago Rander. Las consecuencias fueron cien años de hambre, pestes y un total desmembramiento social. No, amigo mío, no deseamos que eso suceda.

—Si podemos evitarlo —puntualizó Sephrenia—. Soy estiria y conozco incluso mejor que vosotros, los elenios, la profunda maldad que desencadena el dios mayor Azash. Si vuelve a atacar los reinos de Occidente, *debemos* frenarlo a cualquier precio.

—Ése es uno de los cometidos esenciales de los caballeros de la Iglesia —comentó Vanion—. Por el momento, únicamente podemos vigilar los pasos de Otha.

—Acabo de recordar algo —indicó Falquián—. Al entrar ayer por la noche en la ciudad, vi a Krager.

—¿Aquí, en Cimmura? —preguntó Vanion con sorpresa—. ¿Creéis que podría acompañar a Martel?

—Probablemente no. Krager habitualmente actúa como recadero de Martel. Adus es quien no puede permanecer alejado de su amo. —Entrecerró los ojos antes de proseguir—. ¿Qué noticias llegaron a vuestros oídos sobre el incidente de Cippria? —preguntó.

—Supimos que os enfrentasteis con Martel —repuso Vanion—, y prácticamente nada más.

—Os relataré otros detalles interesantes —explicó Falquián—. Cuando Aldreas me envió a Cippria, tenía órdenes de presentarme ante el cónsul de Elenia, un diplomático que, *por azar*, es el primo de Annias. Me mandó visitarlo una noche, a altas horas. Al dirigirme hacia el lugar indicado, Martel, Adus y Krager, junto con un buen número de asesinos a sueldo, me acorralaron en un callejón. A menos que alguien les hubiera informado, no podían conocer mi itinerario. Si añadimos el hecho de que Krager ha regresado a Cimmura, donde pesa sobre él una condena de muerte, podríamos sacar algunas conclusiones sugerentes.

—¿Creéis que Martel trabaja para Annias?

—Es harto probable, ¿no os parece? El primado desaprobó que mi padre obligara a Aldreas a abandonar la idea de casarse con su hermana, y posiblemente pensó que podía actuar con mayor impunidad aquí, en Elenia, si la familia Falquián se extinguía en un oscuro callejón de Cippria. Por supuesto, Martel cuenta con motivos *proprios* para detestarme. Creo que cometisteis un error, Vanion; hubiéramos soslayado muchos problemas de no haberme ordenado retirar mi desafío.

—No, Falquián —respondió Vanion—. Martel había sido un hermano de nuestra orden, y me desagradaba que tratarais de mataros uno a otro. Por otra parte, no podía tener la certeza de quién iba a ganar. Martel es muy peligroso.

—También lo soy yo.

—No estoy dispuesto a arriesgar innecesariamente vuestra vida, Falquián. Sois un miembro demasiadopreciado para ello.

—Bien, dejemos de discutir sobre el pasado.

—¿Qué planes tenéis?

—Se me *ha ordenado* que permanezca en el castillo, pero seguramente vagaré un

poco por la ciudad para ver si puedo volver a encontrar a Krager. Si consigo establecer alguna conexión entre él y cualquier persona que trabaje para Annias, podré dar respuesta a unas cuantas cuestiones candentes.

—Tal vez deberíais esperar —aconsejó Sephrenia—. Kalten está a punto de llegar de Lamorkand.

—¿Kalten? Hace muchísimo tiempo que no lo veo.

—Sephrenia tiene razón —se mostró de acuerdo Vanion—. Kalten es un eficaz luchador en las callejuelas angostas, y los pasajes de Cimmura pueden encerrar tantos peligros como los callejones de Cippria.

—¿Para cuándo esperáis su regreso?

—Supongo que no se demorará mucho —repuso Vanion encogiéndose de hombros—. Incluso podría aparecer hoy mismo.

—En ese caso, esperaré.

Falquián tuvo entonces una idea y se puso en pie mientras sonreía a su profesora.

—¿Qué tramáis, Falquián? —preguntó la mujer, con suspicacia.

—Oh, nada —replicó.

Comenzó a pronunciar palabras en estirio y a agitar los dedos ante él. Una vez trazado el hechizo, lo liberó y alargó la mano. Siguió una vibración prolongada, un languidecer de las velas y una disminución del fulgor de las llamas en la chimenea. Cuando la luz adquirió de nuevo su intensidad normal, tenía en la mano un ramo de violetas.

—Para vos, pequeña madre —ofreció con una leve inclinación—, como muestra de mi amor.

—Oh, gracias, Falquián. —Sonrió al tomar las flores—. Siempre fuisteis el más considerado de mis alumnos. Aunque pronunciarais mal *staratha* —añadió con aire de crítica—. Habéis estado a punto de llenaros las manos de serpientes.

—Ya practicaré —prometió.

—Hacedlo.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Sí? —inquirió Vanion.

La puerta se abrió para dar paso a uno de los jóvenes caballeros que la custodiaban.

—Afuera hay un mensajero de palacio, lord Vanion. Dice que le han ordenado hablar con sir Falquián.

—¿Qué querrán *ahora*? —murmuró éste.

—Hacedlo entrar —indicó Vanion al joven.

El rostro del mensajero le resultó conocido. Sus rubios cabellos lucían todavía elegantemente rizados. Su jubón azafrán, sus mangas de color lavanda, los zapatos marrones y la capa verde manzana continuaban formando una pésima combinación. No obstante, la cara del joven petimetre mostraba un nuevo embellecimiento. La punta de su prominente nariz estaba adornada con un inflamado forúnculo que parecía muy doloroso. El cortesano trataba infructuosamente de ocultar la excrecencia con un pañuelo de encaje.

—Mi señor preceptor —dijo, con una airosa reverencia en dirección a Vanion—, el príncipe regente os envía sus saludos.

—Hacedme el favor de devolvérselos —replicó Vanion.

—Tened por seguro que lo haré, mi señor —aseveró el florido personaje antes de girarse hacia Falquián—. Mi mensaje es para vos, caballero —declaró.

—Desvelad, pues, su contenido —respondió Falquián con exagerada formalidad—. Estoy ansioso por escucharlo.

El lechuguino ignoró su ironía y, tras sacar un pergamino de su jubón, comenzó a leer con tono grandilocuente.

—Por real decreto, Su Alteza os ordena viajar sin tardanza a la casa principal de los caballeros pandion en Demos y consagraros allí a vuestros deberes religiosos hasta el momento en que estime conveniente volver a requerir vuestra presencia en palacio.

—Ya veo —comentó Falquián.

—¿Habéis comprendido el mensaje, sir Falquián? —preguntó el cortesano, al tiempo que le ofrecía el pergamino.

Falquián no se dignó a prestarle atención.

—Lo habéis leído claramente. Habéis cumplido vuestro cometido de manera honorable. —Miró de reojo al perfumado personaje—. Si no os incomoda recibir consejos, compadre, deberíais hacer que os examinara un cirujano. Si no os abren ese forúnculo, continuará creciendo hasta un punto en que seréis incapaz de ver algo delante de vuestras narices.

El petimetre mostró desagrado al oír la palabra «abrir».

—¿De veras lo creéis así, sir Falquián? —preguntó con tono lastimero mientras bajaba el pañuelo—. ¿Una cataplasma tal vez...?

—No, compadre —aseguró Falquián con falsa conmiseración—. Puedo garantizaros que sin duda una cataplasma no producirá efecto alguno. Tened valor, amigo. La cirugía es la única solución.

El hombre adoptó un aire melancólico, hizo una reverencia y salió de la habitación.

—¿Fuisteis vos quien le hizo ese regalo? —inquirió Sephrenia suspicazmente.

—¿Yo? —repuso Falquián con disimulo.

—*Alguien* se lo ha provocado. Esa erupción no resulta natural.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¡Qué barbaridad!

—¿Y bien? —dijo Vanion— ¿Vais a obedecer las órdenes del bastardo?

—Desde luego que no —resopló Falquián, indignado—. Tengo demasiados asuntos pendientes aquí, en Cimmura.

—Incitaréis su ira.

—¿Qué importa?

Capítulo cuatro

El cielo había tomado nuevamente un cariz de amenaza cuando Falquián salió del castillo y bajó al patio acompañado del ruido metálico de su armadura. El novicio emergió del establo para guiar a *Faran*. El paladín lo miró pensativo: tendría unos dieciocho años y era de elevada estatura; sus nudosas muñecas asomaban por la manga de la pardusca túnica, que, evidentemente, le venía pequeña.

—¿Cómo os llamáis, muchacho? —le preguntó Falquián.

—Berit, mi señor.

—¿Cuáles son vuestras ocupaciones en este lugar?

—Todavía no me han asignado ninguna función específica. Me limito a intentar ser de alguna utilidad.

—Bien. Volveos.

—¿Mi señor?

—Quiero tomar vuestras medidas.

Berit pareció desconcertado, pero obedeció. Falquián calculó en palmos la anchura de sus hombros. Pese a su aspecto esquelético, en realidad se trataba de un fornido joven.

—Sois la persona adecuada —anunció Falquián.

Berit se giró estupefacto.

—Vais a emprender un viaje —le comunicó Falquián—. Recoged vuestras pertenencias mientras voy en busca del hombre que os acompañará.

—Sí, mi señor.

Falquián se aferró a la silla y montó de un salto a lomos de *Faran*. Berit le entregó las riendas y el caballero espoleó al ruano. Al cruzar el patio, respondió a los saludos de los centinelas que hacían guardia en la entrada. Después cruzó el puente levadizo y se encaminó a la Puerta del Este.

En las calles de Cimmura reinaba ahora un gran trasiego. Los trabajadores, que acarreaban grandes fajos envueltos en tejido de arpillera de color fangoso, se apartaban para permitir el paso de los viandantes que transitaban las angostas callejuelas, y los mercaderes, con sus convencionales ropajes azules, permanecían en las entradas de las tiendas con sus abigarradas mercancías apiladas en torno a ellos. Periódicamente, pasaba un carro que traqueteaba sobre el empedrado. Junto a la intersección de dos estrechas calles, una cuadrilla de soldados eclesiásticos, vestidos con libreas escarlata, avanzaba al paso con cierta arrogante precisión. Lejos de dejarles la vía libre, Falquián arremetió hacia ellos sin aminorar la marcha. Los militares se separaron a regañadientes y se hicieron a un lado hasta que el caballero hubo pasado.

—Gracias, compadres —dijo Falquián con donaire.

No recibió respuesta alguna.

—He dicho gracias, compadres —repitió al tiempo que se volvía.

—No hay de que... —repuso uno de ellos lúgubrememente.

Falquián permaneció quieto y aguardó.

—... Mi señor —añadió el soldado a desgana.

—Así está mejor, amigo —concedió Falquián antes de reemprender su camino.

La puerta de la posada estaba cerrada, y el caballero golpeó sus tablones con el puño protegido por el guantelete. El portero que le abrió no era el mismo que lo había recibido la noche anterior. Falquián descendió de su montura y después le entregó las

riendas de *Faran*.

—¿Volveréis a necesitarlo, mi señor? —inquirió.

—Sí. Saldré de nuevo enseguida. ¿Seréis tan amable de ensillar el caballo de mi escudero, caballero?

—Desde luego, mi señor.

—Os lo agradezco. —Falquián puso una mano sobre el cuello de *Faran*—.

Compórtate —le previno.

El ruano desvió la mirada con porte altanero.

Falquián subió las escaleras y llamó a la puerta de la habitación que se hallaba en el piso superior.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —preguntó Kurik tras abrir.

—No ha estado mal.

—En cualquier caso, habéis salido con vida. ¿Habéis visto a la reina?

—Sí.

—Sorprendente.

—Digamos que insistí para que me lo permitieran. ¿Quieres recoger tus cosas?

Regresas a Demos.

—Eso implica que no me acompañaréis.

—En efecto, me quedaré aquí.

—Supongo que tendréis vuestros motivos.

—Lycheas me ha ordenado volver al castillo principal. Mi intención es desacatar su mandato, pero deseo poder desplazarme por Cimmura sin que rastreen mis pasos. En el castillo hay un joven novicio cuya estatura es aproximadamente la misma que la mía. Le vestiremos mi armadura y haremos que monte a lomos de *Faran*. Entonces ambos os dirigiréis a Demos en un alarde de gran obediencia. Mientras mantenga su visera bajada, los espías del primado creerán que sigo sus disposiciones.

—Supongo que es factible. Sin embargo, no me gusta la idea de dejaros solo aquí.

—No por mucho tiempo. Kalten llegará hoy o mañana.

—Eso me tranquiliza un poco. Kalten es un buen luchador. —Kurik frunció el entrecejo—. Creía que lo habían desterrado a Lamorkand. ¿Quién le ha mandado regresar?

—Vanion no me lo ha dicho, pero ya conoces a Kalten. Quizá simplemente se cansó de Lamorkand y decidió actuar por su cuenta.

—¿Cuánto tiempo deseáis que permanezca en Demos? —preguntó el escudero mientras comenzaba a preparar su equipaje.

—Un mes como mínimo. Es probable que la carretera esté vigilada. Te enviaré un aviso. ¿Necesitas dinero?

—Siempre ando escaso en ese aspecto, Falquián.

—Los bolsillos de esa túnica guardan algunas monedas —indicó Falquián, señalando sus ropas de viaje colgadas en el respaldo de una silla—. Toma lo que precises.

Kurik le respondió con una sonrisa.

—Deja un *poco* para mí.

—Por supuesto, mi señor —aseveró el escudero con una reverencia burlona—. ¿Queréis que empaquete vuestras pertenencias?

—No. Volveré a buscarlas cuando llegue Kalten. Es difícil entrar y salir del castillo sin ser visto. ¿Existe todavía la puerta trasera de aquella taberna?

—Hasta ayer, sí. De vez en cuando me dejo caer por allí.

—Era previsible que así lo hicieras.

—Un hombre debe tener algunos vicios, Falquián. Así tiene algo de qué

arrepentirse en la iglesia.

—Si Aslade se entera de que has bebido, te prenderá fuego a las barbas.

—En ese caso, deberemos asegurarnos de que la noticia no llegue a sus oídos, ¿verdad, mi señor?

—¿Por qué siempre me veo involucrado en tus asuntos domésticos?

—Porque eso os ayuda a mantener contacto con la realidad. Casaos vos también, Falquián. Entonces las otras mujeres no se sentirán obligadas a teneros como objetivo. Un hombre casado está a salvo; por el contrario, un soltero constituye un constante desafío para todo el género femenino.

Media hora más tarde, Falquián y su escudero descendieron las escaleras, montaron en sus caballos y salieron del edificio para emprender el camino hacia la Puerta del Este.

—Nos espían, ¿sabéis? —afirmó Kurik en voz baja.

—Eso *espero* —replicó Falquián—. —Detestaría tener que cabalgar en círculo hasta captar la atención que deseo atraer.

Reprodujeron el ritual en el puente levadizo del castillo y penetraron después en el patio, en donde los aguardaba Berit.

—Éste es Kurik —le anunció Falquián mientras desmontaba—. Juntos os dirigiréis a Demos. Kurik, este joven se llama Berit.

El escudero recorrió al acólito con la mirada.

—Tiene la talla apropiada —constató—. Tal vez necesite ajustar algunas correas de la armadura, pero creo que le quedará bien.

—Tal como pensé.

Otro novicio salió al patio y se hizo cargo de las monturas.

—Venid los dos —dijo Falquián—. Informaremos a Vanion de nuestros planes y luego investiremos con mi armadura a nuestro impostor.

Berit pareció desconcertado.

—Vais a ascender de rango —bromeó Kurik—. ¿Veis con cuanta rapidez se puede medrar en las filas de los pandion? Ayer un novicio y hoy paladín de la reina.

—Os lo explicaré en presencia de Vanion —tranquilizó Falquián a Berit—. No constituye una historia tan interesante como para contarla dos veces.

Mediada la tarde emergieron los tres de las puertas del castillo. Berit caminaba con torpeza debido a lo inhabitual que le resultaba llevar armadura, y Falquián se ataviaba sencillamente con túnica y calzas.

—Me parece que va a llover —auguró Kurik tras escrutar el cielo.

—No vais a diluiros —señaló Falquián.

—Eso no me preocupa —replicó el escudero—. Lo que ocurre es que tendré que volver a restregar vuestra armadura para quitarle la herrumbre.

—La vida es dura.

Kurik exhaló un gruñido y luego izaron entre ambos a Berit hasta depositarlo en la silla de *Faran*.

—Llevarás a este joven a Demos —indicó Falquián a su caballo—. Trata de comportarte como si fuera yo el que cabalga sobre tu espalda.

Faran le dirigió una mirada inquisitiva.

—Sería demasiado largo de explicar. Haz lo que quieras, *Faran*, pero ten en cuenta que viste mi armadura, y si intentas morderlo, probablemente te romperás los dientes. —Se volvió hacia su escudero y añadió—: Saluda a Aslade y a los muchachos de mi parte.

—De acuerdo —asintió éste antes de montar.

—No salgáis con *demasiada* ostentación —advirtió Falquián—, pero aseguraos de

que os vean y de que Berit mantenga bajada la visera.

—Sé lo que debo hacer, Falquián. Partamos pues, mi señor —invitó Kurik a Berit.

—¿Mi señor?

—Vos también deberéis acostumbraros a este tratamiento, Berit —explicó Kurik mientras hacía volver grupas al caballo—. Hasta la vista, Falquián.

Ambos se alejaron en dirección al puente levadizo.

El resto del día transcurrió plácidamente. Falquián lo consumió sentado en la celda que Vanion le había asignado, con la lectura de un enmohecido y viejo libro. A la caída del sol se reunió con el resto de los hermanos para compartir su frugal cena y luego se encaminó con ellos, en solemne procesión, a la capilla. Las convicciones religiosas de Falquián no eran profundas, pero, al retornar a las prácticas de su noviciado, percibía el renacer de aquel sentimiento. Aquella noche Vanion se encargó de los servicios y habló largamente sobre la virtud de la humildad. Falquián se dejó vencer por el sueño en mitad del sermón.

Una vez finalizado éste, lo despertó la voz de un ángel. Un joven caballero con los cabellos del color del azahar y el cuello como una columna de fino mármol elevó su clara voz de tenor para ejecutar un himno de plegaria. Su rostro resplandecía y sus ojos aparecían henchidos de adoración.

—¿Realmente ha sido tan aburrida mi plática? —murmuró Vanion al alcanzar a Falquián a la salida de la capilla.

—Seguramente no —repuso éste—, pero no soy el más indicado para juzgarla. ¿Explicasteis aquello de que la discreta margarita tiene a los ojos de Dios tanta hermosura como la rosa?

—¿Lo habíais oído antes?

—Con frecuencia.

—Los ejemplos más antiguos son los mejores.

—¿Quién es el tenor?

—Sir Parasim. Acaba de dar pruebas de sus aptitudes.

—No quisiera alarmaros, Vanion, pero me parece demasiado perfecto para este mundo.

—Lo sé.

—Es probable que Dios lo llame muy pronto a su morada.

—Esa decisión debe tomarla Dios y no nosotros, ¿no es cierto, Falquián?

—Hacedme un favor, Vanion. No me coloquéis en una situación en la que yo pueda enviarlo a la muerte.

—Eso entra también en los designios de Dios. Que durmáis bien, Falquián.

—Y vos, Vanion.

Sería cerca de medianoche cuando la puerta de la celda de Falquián se abrió de golpe. Éste se levantó raudo de su estrecho camastro y aferró la espada.

—No te precipites —advirtió el robusto hombre de cabello rubio erguido en el umbral.

Llevaba una vela en una mano y un odre de vino en la otra.

—Hola, Kalten —saludó Falquián al amigo de su infancia—. ¿Cuándo has entrado?

—Hará una media hora. Me entretuve un rato al pensar que tendría que escalar los muros. —Parecía disgustado—. Estamos en tiempos de paz. ¿Por qué levantan el puente cada noche?

—Seguramente por costumbre.

—¿Vas a bajar eso de una vez? —preguntó Kalten, al tiempo que señalaba la

espada—. ¿O tendré que beberme el contenido de este odre yo solo?

—Perdona —se disculpó Falquián y apoyó el arma contra la pared.

Kalten depositó la vela en la pequeña mesa que ocupaba un rincón y, tras arrojar el odre sobre la cama, atenzó a su amigo en un hercúleo abrazo.

—Me alegro de verte —declaró.

—Y yo a ti también —replicó Falquián—. Siéntate —agregó mientras indicaba el banquillo situado junto a la mesa y él tomaba asiento en el camastro—. ¿Cómo ha ido por Lamorkand?

Kalten dejó escapar un sonido poco delicado.

—He tenido que soportar el frío, la humedad y los nervios —repuso—. Los lamorkuanos no son precisamente mi pueblo favorito. ¿Qué tal lo pasaste en Rendor?

—Yo he debido aguantar el calor, la sequedad y probablemente los mismos nervios que tú en Lamorkand —respondió Falquián, con un encogimiento de hombros.

—Me llegaron rumores de que te habías topado con Martel allí. ¿Le dedicaste un solemne funeral?

—Huyó.

—Pierdes facultades, Falquián —espetó Kalten mientras desataba la cinta de su capa y dejaba al descubierto una espesa mata de rubios bucles que sobresalían de su cota de malla—. ¿Qué, vas a pasar la noche sentado encima de ese pellejo de vino? —preguntó mordazmente.

Falquián destapó el odre con un gruñido y lo llevó a sus labios.

—No está mal —concedió—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo he comprado en una taberna del camino antes de caer la noche —informó—, pues recordé que la única bebida que ofrecen en los castillos de los pandion en caso de que Sephrenia esté presente, es agua o té. Una estúpida costumbre.

—Somos una orden religiosa, Kalten.

—Media docena de los patriarcas de Chyrellos se emborrachan como una cuba cada noche. —Kalten levantó el odre para tomar un largo trago y luego lo agitó—. Debí haberme equipado con dos —observó—. Oh, por cierto, Kurik estaba en la taberna con un mocosito que llevaba tu armadura.

—Era previsible.

—Él me dijo que estabas aquí. Pensé pasar la noche allí, pero, cuando oí que habías regresado de Rendor, continué el camino hasta la ciudad.

—Me conmueves.

Kalten soltó una carcajada antes de ofrecer nuevamente el recipiente.

—¿Kurik y el novicio se comportaban con discreción? —preguntó Falquián.

—Se hospedaban en una de las habitaciones traseras, y el pobre muchacho llevaba la visera bajada —explicó Kalten con un gesto afirmativo—. ¿Has visto alguna vez a alguien intentar beber con la visera puesta? Es de lo más divertido. También había un par de prostitutas. Seguramente, tu joven pandion debe de obtener algún tipo de educación en estos momentos.

—Le conviene —observó Falquián.

—Me pregunto si no cesará en su empeño de ocultarse la cara.

—Esas muchachas suelen ser bastante adaptables.

Kalten rió de nuevo.

—Bien, Kurik me puso al corriente de la situación. ¿Crees realmente que podrás moverte por Cimmura sin ser reconocido?

—Está por decidir si llevaré algún tipo de disfraz.

—Lo mejor es que te consigas una nariz postiza —aconsejó Kalten—. Ese pico roto que tienes te hace fácilmente identificable en medio de una multitud.

—Tú debes de saberlo mejor que nadie —aseguró Falquián—, puesto que fuiste tú quien la modeló así.

—Sólo jugábamos —replicó Kalten con cierto tono defensivo.

—Ya me he habituado a ella. Hablaremos con Sephrenia por la mañana. Seguramente ideará algo que disimule mi apariencia.

—He oído que se encontraba aquí. ¿Cómo está?

—Igual. Sephrenia no cambia nunca.

—Ciertamente. —Kalten tomó otro trago de vino, y se enjugó la boca con el dorso de la mano—. Me parece que siempre fui un hueso duro de roer para ella. Por más que porfiara en enseñarme los secretos, no había manera de hacerme aprender la lengua estiria. Cada vez que intentaba pronunciar *ogeragekgasek*, estaba a punto de dislocarme la mandíbula.

—*Okeragukasek* —le corrigió Falquián.

—Exactamente. Yo me aferro a la espada y que los demás se encarguen de la magia. —Se inclinó en su taburete—. Dicen que los eshandistas intentan levantarse nuevamente en Rendor. ¿Es cierto?

—No representan ningún peligro —respondió Falquián mientras se encogía de hombros, luego se recostó sobre el camastro—. Aúllan y giran en círculo en el desierto al tiempo que se recitan consignas mutuamente. No suelen pasar de ahí. ¿Ha acontecido algo de interés en Lamorkand?

—Todos los barones de aquel lugar guerrear entre sí —informó Kalten con un bufido—. El reino entero rebosa de sed de venganza. ¿Puedes creer que se ha provocado una guerra a causa del aguijón de una abeja? El barón que recibió la picadura declaró la guerra a los campesinos propietarios de la colmena. Su lucha ya dura más de diez años.

—Ésa es tu visión de Lamorkand. ¿Algún otro detalle del ambiente?

—Toda la zona al este de Moterra se halla atestada de zemoquianos.

—Vanion me comunicó que Otha estaba movilizand sus fuerzas —comentó Falquián al tiempo que se incorporaba.

—Otha se amotina cada diez años —dijo Kalten tras ceder el odre a su amigo—. Yo pienso que es su forma de mantener ocupada a la gente.

—¿Realizan alguna actividad sospechosa los zemoquianos?

—No, que yo sepa. Hacen muchas indagaciones, la mayoría sobre el folklore antiguo. En casi todos los pueblos se encuentran dos o tres. Preguntan a las ancianas y pagan bebidas a los holgazanes en las tabernas.

—Curioso —murmuró Falquián.

—Es una descripción bastante precisa de casi todas las personas de procedencia zemoquiana —aseveró Kalten—. La salud mental nunca ha sido uno de los valores apreciados en ese imperio. Voy a ver si hallo un camastro por ahí —agregó, después se puso en pie—. Lo traeré aquí y así podremos recordar los viejos tiempos hasta que nos venza el sueño.

—De acuerdo.

—Como aquella vez en que tu padre nos atrapó en aquel ciruelo —apuntó Kalten con una sonrisa.

—Hace casi treinta años que intento olvidar ese incidente —respondió Falquián con una mueca de disgusto.

—Por lo que recuerdo, tu padre *realmente* tenía la mano dura. En cambio, no sé lo que ocurrió durante el resto del día, aparte del dolor de estómago que me produjeron las ciruelas. Ahora vuelvo —afirmó antes de salir de la celda de Falquián.

Era agradable conversar de nuevo con Kalten. Ambos habían crecido juntos en la casa de los progenitores de Falquián, en Demos, después de la muerte de los padres de

Kalten y antes de que los dos muchachos iniciaran su noviciado en el castillo principal de los pandion. En muchos aspectos, estaban más unidos que dos hermanos de sangre. Sin duda, Kalten era un tanto atolondrado, pero la amistad que los ataba era una de las cosas más apreciadas por Falquián.

Pasados unos minutos, el fornido caballero rubio regresó arrastrando un camastro. Después de instalarlo, permanecieron recostados a la tenue luz de la vela y rememoraron lejanos pasajes de su vida hasta altas horas de la noche, lo cual, lejos de fatigarlos, les dejó de aquella noche un recuerdo memorable.

Por la mañana se levantaron temprano y se vistieron. Sus cotas de malla quedaron cubiertas con la capucha de los hábitos que llevaban los pandion en el interior de sus castillos. Con toda suerte de precauciones lograron sustraerse a la procesión matinal y salieron en busca de la mujer que había iniciado a generaciones enteras de caballeros pandion en las complejidades de lo que, comúnmente, llamaban secretos.

La hallaron sentada ante su habitual taza de té junto al fuego, en el piso superior de la torre sur.

—Buenos días, pequeña madre —la saludó Falquián desde el umbral de la puerta—. ¿Os importaría nuestra compañía?

—De ningún modo, caballeros.

Kalten se aproximó a ella y, tras caer de rodillas, le besó la palma de ambas manos.

—¿Me concederéis vuestra bendición, pequeña madre? —le preguntó.

Con una sonrisa apenas esbozada, Sephrenia acercó sus manos a las mejillas del caballero para pronunciar después su bendición en estirio.

—No sé por qué, pero esto siempre me aporta una gran paz —aseguró Kalten al levantarse—, a pesar de que no comprendo todas las palabras.

—Veo que habéis decidido no acudir a la capilla esta mañana —les reprochó.

—No creo que Dios nos eche mucho de menos —arguyó Kalten, al tiempo que se encogía de hombros—. Además, podría recitar de memoria todos y cada uno de los sermones de los oficiantes vanion.

—¿Qué diablura planeáis para hoy? —preguntó Sephrenia.

—¿Diablura? —inquirió Kalten con inocencia.

—No intentábamos realizar ninguna travesura —explicó Falquián entre carcajadas—. Simplemente queremos llevar a cabo un asunto.

—¿En la ciudad?

Falquián asintió con la cabeza.

—El problema reside en que todo el mundo nos conoce en Cimmura, y hemos pensado que podríais ayudarnos a encontrar un disfraz.

—Me da la impresión de que vuestro argumento tiene algo de subterfugio —objetó, al tiempo que los observaba con expresión severa—. ¿En qué consiste exactamente ese asunto de que habláis?

—Deseamos encontrar a un viejo amigo —repuso Falquián—. Un tipo llamado Krager. Tal vez querría compartir con nosotros cierta información.

—¿Información?

—Él sabe dónde está Martel.

—No os lo revelará.

Kalten hizo crujir sus gruesos nudillos para evocar el desagradable sonido que producen los huesos al romperse.

—¿Os atrevéis a apostar? —preguntó.

—¿Es que no creceréis nunca? Sois un par de eternas criaturas.

—Por eso nos queréis tanto, ¿no es cierto, pequeña madre? —sugirió Kalten con

una sonrisa.

—¿Qué tipo de disfraz nos recomendaríais? —le preguntó Falquián.

Sephrenia apretó los labios mientras los miraba.

—El de un cortesano y su escudero os convendría.

—Nadie podría confundirme jamás con un cortesano —objetó Falquián.

—He imaginado al revés la distribución. Puedo hacer que parezcáis casi un honesto escudero, y, cuando hayamos vestido a Kalten con un jubón de satén y ricemos sus largos cabellos rubios, puede hacerse pasar por un cortesano.

—El satén me sienta *realmente* bien —murmuró Kalten modestamente.

—¿Y por qué no podríamos transformarnos en un par de obreros corrientes?

—Los obreros se rebajan y humillan cuando se encuentran con un noble.

¿Vosotros seréis capaces de comportaros así?

—Tiene razón —concedió Kalten.

—Además, los obreros no llevan espadas, y me imagino que ninguno de los dos osaría adentrarse en Cimmura desarmado.

—Prevéis todos los detalles, ¿verdad? —observó Falquián.

—Bien —concluyó Sephrenia—. Veamos qué se puede hacer.

Enviaron a varios acólitos a buscar diversas prendas en diferentes lugares del castillo. Sephrenia consideraba su conveniencia: seleccionaba unas y descartaba otras. Como resultado final, los dos hombres sólo se parecían vagamente a los pandion que habían entrado en la habitación una hora antes. Falquián llevaba ahora una modesta librea, que contrastaba con el lujoso atavío de Kalten, y una espada corta. Su cara lucía una tupida barba, y una cicatriz púrpura, que recorría su nariz desviada, se prolongaba más allá del parche negro que cubría su ojo izquierdo.

—Esto me pica —se quejó, a la vez que alargaba la mano para rascarse la falsa barba.

—Mantened las manos quietas hasta que se seque el pegamento —indicó la mujer, dándole un ligero manotazo en los dedos—. Y poneos un guante para cubrir el anillo.

—¿De veras creéis que voy a llevar este juguete? —preguntó Kalten mientras esgrimía un espadín—. Quiero una espada, no una aguja de hacer calceta.

—Los cortesanos no llevan espada de hoja ancha, Kalten —le recordó.

Lo contempló unos instantes para juzgar su aspecto. El jubón era azul con nesgas y entredoses de satén rojo. Sus calzas eran también de color rojo, y sus pies se enfundaron en unas botas de caña baja, puesto que no habían logrado encontrar un par de zapatos de punta afilada, tan de moda en aquel entonces, que se ajustaran a la talla de sus enormes pies. Sobre su capa, de un rosa pálido, se esparcían los rubios cabellos recién rizados. Su disfraz se completaba con un sombrero de ala ancha adornado con una pluma blanca.

—Estáis precioso, Kalten —lo felicitó—. Creo que vuestro aspecto será perfecto... cuando os haya puesto el colorete en las mejillas.

—¡De ninguna manera! —exclamó, al tiempo que retrocedía.

—Kalten —dijo firmemente Sephrenia, señalando una silla—, sentaos.

—¿No queda más remedio?

—No. Ahora, sentaos.

—Si te ríes —advirtió Kalten en dirección a Falquián—, vamos a tener pelea, de modo que ni se te ocurra.

—¿A mí?

Dado que el castillo estaba constantemente vigilado por los agentes del primado Annias, Vanion sugirió una estrategia para encubrir su salida.

—Necesito trasladar algunos bultos a la posada —explicó—. Annias sabe que es

de nuestra propiedad, con lo cual no perdemos nada. Escondemos a Kalten en el fondo del carro y convertiremos a este bueno y honesto ciudadano en un conductor de carruaje. —Miró detenidamente el rostro y la barba de Falquián—. ¿De dónde demonios habéis sacado un pelo tan parecido al suyo? —preguntó con curiosidad a Sephrenia.

—La próxima vez que vayáis a las caballerizas no miréis muy de cerca la cola de vuestro caballo.

—¿*Mi* caballo?

—Era el único del establo con el pelo negro, Vanion. Francamente le corté muy poco.

—¿*Mi* caballo? —repitió, con tono ofendido.

—Todos debemos sacrificarnos de vez en cuando —afirmó la mujer—. Forma parte del juramento pandion, ¿lo recordáis?

Capítulo cinco

El carro estaba desvencijado y el caballo cojeaba. Falquián se hallaba repantigado en el pescante. Sujetaba las riendas negligentemente con una mano, sin dedicar, en apariencia, demasiada atención a los viandantes que pasaban por la calle.

Las ruedas retemblaban y crujían cada vez que el carro topaba con una irregularidad en el pavimento.

—Falquián, ¿por qué tienes que atravesar todos los baches? —protestó la voz amortiguada de Kalten debajo de las cajas y los fardos apilados a su alrededor en la carreta.

—Cierra el pico —susurró Falquián—. Se acercan dos soldados eclesiásticos.

Kalten murmuró un par de selectos juramentos antes de volver a guardar silencio.

Los soldados ostentaban libreas rojas y porte desdeñoso. En las bulliciosas rúas, los artesanos y comerciantes se hacían a un lado para cederles el paso. Falquián tensó las riendas del rocín y detuvo el carro en el mismo centro de la calzada, para obligar a los guardias a rodearlo.

—Buenos días, compadres —saludó.

Le dedicaron una mirada airada mientras se desviaban.

—Quedad con Dios —agregó mientras se alejaban.

Los soldados simularon no haberle oído.

—¿Puede saberse qué pretendías? —preguntó Kalten en voz baja desde la carreta.

—Sólo trataba de comprobar la eficacia del disfraz —repuso Falquián a la vez que agitaba las riendas.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Funciona?

—No se molestaron en mirarme dos veces.

—¿Cuánto falta hasta la posada? Me ahogo debajo de estos bultos.

—No demasiado.

—Dame una sorpresa agradable, Falquián. Evita uno o dos baches, aunque sólo sea para variar.

El carruaje prosiguió su traqueteo.

Al llegar a la puerta de la posada, Falquián saltó del pescante y golpeó los sólidos tablones según el ritmo convenido. El portero apareció al cabo de un momento.

—Lo siento, amigo —dijo después de observar detenidamente al visitante—. La posada está llena.

—No vamos a quedarnos, caballero —replicó Falquián—. Únicamente traemos una carga de víveres del castillo.

El portero abrió los ojos de par en par y volvió a escrutar atentamente al hercúleo carretero.

—¿Sois vos, sir Falquián? —preguntó incrédulo—. No os había reconocido.

—Os confesaré que ésa era precisamente nuestra pretensión.

El caballero abrió la puerta y Falquián condujo el fatigado caballo hasta el patio.

—Ya puedes salir —informó a Kalten una vez cerrado el recinto.

—Ayúdame a quitarme todo esto de encima.

Falquián apartó unas cuantas cajas, de entre las que emergió, a fuerza de retorcerse, Kalten.

El caballero guardián contempló divertido al hombre rubio.

—Vamos, adelante, decidlo —lo incitó Kalten con tono beligerante.

—Ni soñarlo, caballero.

Falquián tomó una larga caja de la carreta y se la llevó al hombro.

—Id a buscar a alguien que os ayude a descargar el suministro —indicó al portero—. Lo envía el preceptor Vanion. Y ocupaos del caballo. Está cansado.

—¿Cansado? Más bien parece que está muerto —opinó el portero al considerar el lamentable aspecto del rucio.

—Se debe a sus muchos años. A todos nos llega la hora. ¿Está abierta la puerta trasera de la taberna? —inquirió, al tiempo que atisbaba hacia el umbral que había al otro lado del patio.

—Siempre lo está, sir Falquián.

Falquián esbozó un gesto afirmativo antes de dirigirse hacia allí en compañía de Kalten.

—¿Qué llevas en esa caja? —preguntó Kalten.

—Nuestras espadas.

—Buena idea. Pero ¿no resultará un poco difícil desenvainarlas?

—Después de que haya arrojado la caja sobre el empedrado, no —y, tras abrir la puerta, agregó con una reverencia—: Vos primero, mi señor.

Cruzaron un desordenado almacén para desembocar en una taberna de lastimoso aspecto. El cristal de la única ventana existente aparecía velado por el polvo de una centuria y la paja del suelo se mostraba enmohecida. La estancia olía a cerveza agria, vino derramado y vómitos. El bajo techo se hallaba revestido de telarañas y las toscas mesas y bancos, destartalados y vencidos. Había tan sólo tres personas en el local: un huraño tabernero, un borracho con la cabeza hundida entre los brazos encima de una mesa contigua a la puerta y una prostituta de aspecto desaliñado, vestida de rojo, que dormitaba en un rincón.

Kalten se encaminó a la puerta para vigilar el exterior.

—Todavía se percibe poco movimiento allá afuera —gruñó—. Tomemos una o dos jarras mientras esperamos a que despierte la vecindad.

—¿Por qué no desayunamos en su lugar?

—Es lo que acabo de sugerir.

Tomaron asiento en una de las mesas. El tabernero se aproximó sin demostrar haberse percatado de que se trataba de caballeros pandion y limpió superficialmente con un trapo sucio un charco de cerveza desparramado sobre el tablero.

—¿Qué deseáis? —preguntó con tono de pocos amigos.

—Cerveza —repuso Kalten.

—Traednos también un poco de pan y queso —añadió Falquián.

El tabernero se alejó con un gruñido.

—¿Dónde viste a Krager? —preguntó Kalten en voz baja.

—En la plaza que hay junto a la Puerta del Oeste.

—Es una de las zonas más miserables de la ciudad.

—Krager es una rata de alcantarilla.

—Tal vez deberíamos ir allí en primer lugar, aunque quizá nos lleve un tiempo localizarlo. Podría encontrarse en cualquier inmundo garito de Cimmura.

—¿Tienes algún asunto urgente que atender entretanto?

La prostituta de vestido rojo se puso en pie cansinamente y se acercó arrastrando los pies sobre la paja del suelo.

—Supongo que ninguno de estos dos elegantes caballeros estará interesado en gozar de un rato de diversión, ¿verdad? —preguntó con voz que denotaba un profundo

tedio.

Le faltaba uno de los dientes delanteros, y su atuendo lucía un escote desmesurado. La mujer se inclinó con negligencia hacia adelante para que pudieran observar sus flácidos pechos.

—Es demasiado temprano, hermana —rechazó Falquián—. Gracias, de todos modos.

—¿Cómo va el negocio? —inquirió Kalten.

—Tranquilo. Siempre es tranquilo por las mañanas —respondió con un suspiro—. ¿Acaso encontraréis la manera de ofrecer algo de beber a una muchacha? —inquirió esperanzada.

—¿Por qué no? —replicó Kalten—. Tabernero —llamó—, traed otra para la señora.

—Gracias, mi señor —dijo la prostituta al tiempo que miraba a su alrededor—. Este lugar resulta deprimente —comentó con resignación—. Si no fuera porque me desagrada trabajar en la calle, no lo visitaría. ¿Queréis saber una cosa? Me duelen los pies. ¿No resulta extraño en alguien de mi profesión? Lo normal sería que me resintiera de la espalda, aunque, gracias a Dios, todavía no he sufrido ese mal.

Después se volvió y se dirigió de nuevo con parsimonioso paso a la mesa de la cual se había levantado.

—Me gusta hablar con las prostitutas —afirmó Kalten—. Tienen una visión simple y clara de la vida.

—Extraña afición para un caballero de la Iglesia.

—Dios me contrató como guerrero, Falquián, no como monje. Lucho dondequiera que me lo ordene, pero el resto de mi tiempo me pertenece.

El bodeguero les llevó las jarras de cerveza y un plato con pan y queso. Permanecieron sentados mientras comían y charlaban tranquilamente.

Alrededor de una hora después el establecimiento había atraído a varios clientes más, en su mayoría trabajadores sudorosos que se habían ausentado de sus quehaceres y varios encargados de las tiendas aledañas. Falquián se levantó y se asomó a la puerta. Pese a que la angosta calleja no rebullía de tráfico, la transitaban suficientes personas como para garantizar un prudente anonimato. A continuación regresó a la mesa.

—Creo que ha llegado el momento de emprender nuestro camino —sugirió a Kalten, al tiempo que recogía la caja.

—De acuerdo —repuso éste.

Después de dar cuenta de la cerveza, se puso en pie con una ligera vacilación; el sombrero le colgaba casi de la nuca. Se tambaleó un par de veces antes de alcanzar la salida y prosiguió dando eses una vez en la calle. Falquián se había cargado nuevamente la caja a la espalda.

—¿No exageras un poco? —murmuró a su amigo cuando hubieron doblado la esquina.

—Sólo me comporto como el típico cortesano borracho. Acabamos de salir de una taberna.

—Ya nos hemos alejado de ella. Si continúas con tu conducta de borrachín, vas a llamar la atención. Me parece que es conveniente asumir una curación milagrosa.

—Has logrado estropear el lado divertido, Falquián —se quejó Kalten, al tiempo que dejaba de trastabillar y se enderezaba el sombrero en la cabeza.

Mientras continuaban por las bulliciosas callejuelas, Falquián se mantenía detrás en señal de respeto, al igual que se hubiera conducido un buen escudero.

Al llegar a otro cruce, Falquián sintió un familiar hormigueo en la piel. Entonces depositó su carga en el suelo para enjugarse la frente con la manga de la camisa.

—¿Qué sucede? —inquirió Kalten al tiempo que también se detenía.

—La caja es pesada, mi señor —explicó Falquián en voz alta para que lo oyeran los transeúntes—. Nos espían —añadió después en un susurro, escrutando entretanto los costados de la calle.

La silueta del encapuchado se recortaba en la ventana de una segunda planta, parcialmente oculta tras un grueso cortinaje verde. Le recordaba a la que lo había observado la lluviosa noche en que llegó a Cimmura.

—¿Lo has localizado? —preguntó quedamente Kalten mientras simulaba ajustarse el cuello de la capa.

Falquián exhaló un bufido al retomar nuevamente la caja.

—En una ventana del segundo piso, encima de la cerería.

—Pongámonos ya en marcha, escudero —dijo Kalten con un tono de voz más elevado—. El día es corto.

Al emprender el camino calle arriba, captó una fugaz y furtiva mirada procedente de la ventana de cortinas verdes.

—El tipo ése tenía un aspecto extraño, ¿no es cierto? —señaló Kalten cuando hubieron doblado la esquina—. En general, nadie lleva capucha en el interior de una casa.

—Tal vez deba ocultar algo.

—¿Crees que nos ha reconocido?

—Es difícil precisarlo. Aunque no estoy seguro, me parece que es el mismo que me vigilaba la noche en que llegué a la ciudad. No pude observarlo bien, pero entonces experimenté la misma sensación que ahora.

—¿La magia sería capaz de penetrar en estos disfraces?

—Cómodamente. La magia ve al hombre, no sus ropajes. Bajemos unas cuantas avenidas y, en caso de que decida seguirnos, intentaremos darle esquinazo.

—De acuerdo.

Casi al mediodía arribaron a la plaza cercana a la Puerta del Oeste, donde Falquián había descubierto a Krager. Una vez allí se separaron, tomando cada uno una dirección distinta. Describían detalladamente al individuo que buscaban y preguntaban por él a los tenderos del mercado. En uno de los ángulos del recinto, Falquián se reunió con su amigo.

—¿Ha habido suerte?

Kalten asintió.

—Allí hay un mercader de vino que afirma que un hombre que se ajusta a las características de Krager acude a su establecimiento tres o cuatro veces al día para comprar una jarra de vino tinto de Arcium.

—En efecto, ésa es su bebida predilecta —aseguró Falquián sonriente—. Si Martel se entera de que vuelve a beber, le meterá el brazo en la garganta hasta llegar al corazón y arrancárselo.

—¿Realmente puede hacerse eso con un hombre?

—Sólo si se posee un brazo lo bastante largo y se sabe dónde hay que buscar. ¿Te ha dicho el vinatero por qué lado suele entrar?

—Por aquella calle —indicó Kalten.

Falquián se rascó en actitud pensativa los pelos de caballo que componían su barba.

—Si te la arrancas, Sephrenia te propinará una azotaina.

De inmediato, Falquián apartó la mano de la cara.

—¿Ya ha ido a buscar su primera jarra de vino esta mañana? —preguntó.

—Hace dos horas aproximadamente.

—Seguramente la terminará pronto. Si bebe según sus anteriores costumbres, debe despertarse un tanto resacoso por las mañanas. —Falquián lanzó una ojeada a la plaza—. Apostémonos en aquel lugar donde no hay tanta gente y aguardémoslo allí. Tan pronto como haya dado cuenta del vino, vendrá a buscar más.

—¿No hay peligro de que nos vea? Nos conoce a ambos.

—Es tan corto de vista que apenas alcanza a distinguir la punta de su nariz. Si a ello le añadimos el alcohol, sería incapaz de reconocer a su propia madre.

—¿Acaso tiene una madre? —preguntó Kalten con burlona sorpresa—. Siempre había creído que se arrastró de debajo de un tronco podrido.

Falquián soltó una carcajada.

—Busquemos un sitio apropiado para esperarlo.

—¿Podemos escondernos? —inquirió Kalten, entusiasmado—. Hace siglos que no practico.

—Encontraremos una ocasión más propicia, amigo —repuso Falquián.

Avanzaron por la calle que había indicado el mercader de vino, y, un centenar de pasos más adelante, Falquián señaló la estrecha abertura de un callejón.

—Eso resultará apropiado —aseveró—. Instalaremos nuestro escondrijo allí y, cuando pase Krager, lo arrastraremos hacia adentro para mantener una conversación privada.

—Muy bien —se mostró de acuerdo Kalten, con una sonrisa maliciosa.

Cruzaron la travesía y se adentraron en el callejón. A ambos lados se desparramaban montones de desperdicios en estado de descomposición que mezclaban su hedor al de un urinario público situado un poco más allá. Kalten agitó una mano ante su rostro.

—Tus decisiones a veces dejan mucho que desear, Falquián —protestó—. ¿No podías haber elegido un entorno menos fragante?

—¿Sabes? —dijo Falquián—, lo que más he echado de menos durante tu ausencia ha sido tu larga sarta de quejas.

—Siempre hay que propiciar algún tema de conversación —repuso Kalten, encogiéndose de hombros.

Después sacó de su jubón azul un cuchillo curvado y comenzó a suavizar su hoja con la suela de su bota.

—Yo me encargo de él.

—¿De quién?

—De Krager. Yo lo atacaré primero.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Tú eres mi amigo, Falquián, y siempre debes dar la primicia a tus amigos.

—¿Tu argumento no es aplicable también a la inversa?

Kalten sacudió la cabeza.

—Tú me aprecias a mí más que yo a ti. Es algo natural, por supuesto. Yo soy más agradable que tú.

Falquián le clavó la mirada.

—Para eso están los amigos —agregó Kalten con aire zalamero—, para mostrarnos nuestras pequeñas limitaciones.

Al acecho y vigilando la calle, aguardaron desde la boca de la angosta rúa lateral. No constituía un lugar muy frecuentado, pues había escasas tiendas. Al parecer, los edificios estaban destinados al almacenamiento.

Transcurrieron un par de horas.

—Quizás haya bebido en exceso y se ha quedado dormido —apuntó Kalten.

—Eso no suele ocurrirle a Krager. Puede aguantar la bebida de todo un

regimiento. Vendrá.

Kalten asomó la cabeza a la calle para escrutar el cielo.

—Va a llover —predijo.

—Hemos soportado la lluvia otras veces.

Kalten, tras dar un tirón a la pechera de su llamativo jubón, entornó los ojos.

—Pero Falquián —adujo Kalten, con un ceceo escandaloso—. *Voz zabéiz* como ze mancha el zatén cuando ze moja.

Falquián apenas podía silenciar el estallido de sus carcajadas.

Continuaron a la espera hasta que hubo pasado otra hora.

—Falta poco para la puesta del sol —indicó Kalten—. Tal vez haya encontrado otra vinatería.

—Esperemos un poco más —replicó Falquián.

El ataque se produjo sin previo aviso. Unos ocho o diez fornidos individuos cargaron contra ellos con las espadas en la mano. El espadín de Kalten emergió con un silbido de su funda al tiempo que Falquián empuñaba la espada corta. El hombre que guiaba a los agresores dobló jadeante su cuerpo al ser penetrado por el arma de Kalten. Falquián se adelantó a su amigo mientras éste se recobraba de la estocada. Tras contener la acometida de uno de los asaltantes, le clavó la espada en el vientre. Tiró violentamente de la hoja al desprenderla para ensanchar todo lo posible la herida.

—¡Abre la caja! —le gritó a Kalten cuando se enfrentaba a otra embestida.

El callejón, demasiado estrecho, no permitía que entraran más de dos personas a la vez; en consecuencia, aunque su espada era más corta, conseguía mantenerlos a raya. Oyó a su espalda el crujir de la madera producido por Kalten al romper de un puntapié la caja. A continuación, su compañero se apostó junto a él blandiendo su arma habitual.

—Ya la he rescatado —le dijo—. Ve a buscar la tuya.

Falquián se volvió para correr hacia la boca del callejón. Tras deshacerse de la espada de hoja corta, extrajo la suya de la caja y se apresuró a unirse al combate. Kalten había abatido a dos de los atacantes y hostigaba a los demás, quienes se veían obligados a retroceder. Sin embargo, pese a que se apretaba fuertemente con la mano izquierda el costado, la sangre manaba entre sus dedos. Falquián avanzó y, esgrimiendo la espada con ambas manos, cortó de un tajo la cabeza de uno y el brazo que blandía el arma de otro. Después, introdujo la punta de la espada en el pecho de un tercero, al que abandonó tambaleante contra la pared mientras la sangre le caía a raudales de la boca.

El resto de los agresores se dio a la fuga.

Falquián giró sobre sí mismo y observó cómo Kalten extraía fríamente su espada del vientre del hombre al que había sesgado el brazo.

—No los dejes detrás de ti de este modo, Falquián —advirtió su amigo—. Incluso un hombre con un solo brazo puede apuñalarte por la espalda. Además, no resulta un comportamiento ordenado: hay que finalizar un trabajo antes de pasar a otro —concluyó, con la mano aún comprimida sobre su flanco.

—¿Estás bien? —le preguntó Falquián.

—Sólo es un arañazo.

—Los arañazos no sangran de esa forma. Déjame echarle un vistazo.

La cuchillada recibida por Kalten era considerablemente larga, si bien no parecía profunda. Falquián rasgó la manga del jubón de una de las víctimas, la enrolló y la colocó sobre la herida de Kalten.

—Mantenlo ahí —indicó—. Apriétalo contra la herida para atajar la sangre.

—No es la primera vez que me pinchan, Falquián. Sé lo que debo hacer.

Falquián miró los cuerpos tendidos en el suelo.

—Deberíamos marcharnos —señaló—. El ruido podría haber alertado a algún

vecino. ¿Has advertido algo particular en estos hombres? —preguntó mientras fruncía el entrecejo.

—Eran francamente ineptos —repuso Kalten con un encogimiento de hombros.

—No me refería a eso. Los hombres que se dedican a acorralar a la gente en callejones marginales no suelen cuidar especialmente su aspecto físico, y estos tipos lucen un impecable afeitado. ¡Qué interesante! —agregó, después de hacer rodar a uno de los cadáveres y abrirle la camisa.

El muerto llevaba como ropaje interior una túnica roja con un emblema bordado en el pecho.

—Un soldado eclesiástico —gruñó Kalten—. ¿Crees que Annias nos considera antipáticos?

—Probablemente. Salgamos de aquí. Tal vez los que han sobrevivido busquen refuerzos.

—¿Vamos al castillo o a la posada?

Falquián hizo un gesto negativo.

—Alguien ha descubierto nuestra verdadera identidad y Annias prevé que nos refugiaremos en uno de esos dos lugares.

—Posiblemente tengas razón. ¿Alguna sugerencia?

—Conozco un sitio relativamente cercano. ¿Te sientes con fuerzas para caminar?

—Puedo ir tan lejos como tú. Soy más joven, ¿recuerdas?

—Solamente te aventajo en seis semanas.

—Aun así soy más joven, Falquián. Un número más o menos no tiene importancia.

Se prendieron las espadas al cinto y salieron del callejón. Al andar, Kalten se apoyaba sobre el hombro de Falquián.

La calle en la que desembocaron transformaba progresivamente su apariencia a medida que avanzaban hasta conducirlos a un laberinto de callejuelas y vías sin pavimentar. Los edificios se hallaban en un estado ruinoso, y la gente con la que topaban, vestida con ropas casi andrajosas, caminaba sin parecer acusar la miseria circundante.

—Hemos penetrado en una madriguera de conejos, ¿eh? —señaló Kalten—. ¿Está muy lejos ese sitio? Empiezo a cansarme.

—Al otro lado de ese cruce.

Kalten exhaló un gruñido, al tiempo que se presionaba con fuerza el costado.

Prosiguieron la marcha. Las miradas que les dirigían los habitantes de aquellos tugurios eran hoscas, incluso hostiles. El atuendo de Kalten lo delataba como miembro de la clase dirigente y aquellos desheredados de la sociedad no frecuentaban a los cortesanos ni a sus sirvientes.

Al llegar a la intersección, Falquián condujo a su amigo por un cenagoso callejón. Cuando se hallaban a la mitad, salió de un portal un hombre corpulento que les cortó el paso con una pica herrumbrosa.

—¿Adónde os dirigíais?

—Necesito hablar con Platimo —respondió Falquián.

—No creo que esté dispuesto a escuchar lo que tengáis que decirle. Lo más inteligente será que os alejéis de estos suburbios antes de que caiga la noche. La oscuridad propicia los accidentes.

—También acontecen antes de que oscurezca —espetó Falquián mientras desenvainaba la espada.

—Puedo hacer venir a una docena de hombres en un abrir y cerrar de ojos.

—Y mi amigo puede sesgaros la cabeza sólo en el tiempo en que tardáis en

abrirlos —le advirtió Kalten.

El hombre dio un paso atrás con aprensión.

—¿Qué decidís entonces, compadre? —preguntó Falquián—. ¿Nos conducís hasta Platimo o jugamos un rato a los espadachines?

—No tenéis derecho a amenazarme.

Falquián levantó la espada para que el hombre pudiera observarla bien.

—Esto me otorga todo tipo de derechos, compadre. Dejad la pica contra la pared y llevadnos hasta Platimo. ¡Ahora mismo!

Acobardado, el hercúleo rufián, tras depositar su arma como le indicaban, los guió hasta el final del callejón, donde una escalera de piedra descendía hacia lo que parecía la puerta de un sótano.

—Allá abajo —señaló.

—Vos primero —indicó Falquián—. No deseo que guardéis mi retaguardia. Parecéis pertenecer al tipo de personas que pueden equivocarse al enjuiciar las apariencias.

El hombre bajó de mala gana los escalones cubiertos de fango y golpeó dos veces la puerta.

—Soy yo —llamó—. Sef. Un par de nobles quieren hablar con Platimo.

Hubo una pausa, a la que siguió el ruido metálico de una cadena. Después se abrió la puerta y asomó por la abertura la cabeza de un hombre barbudo.

—A Platimo no le gustan los nobles —anunció.

—Haré que cambie de opinión —intervino Falquián—. Salid del paso, compadre.

Tras contemplar la hoja de la espada que empuñaba Falquián, el hombre barbudo tragó saliva y les franqueó la entrada.

—Ya podéis avanzar, Sef —indicó Kalten al guía.

Éste traspasó el umbral.

—Venid con nosotros, amigo —invitó Falquián al portero cuando él y Kalten ya se encontraban dentro—. Nos gusta estar acompañados.

Las escaleras se prolongaban entre paredes de piedra enmohecida que rezumaba humedad. Abajo, se abría un amplio sótano de techo abovedado. Una fogata que ardía en un hoyo excavado en el centro de la estancia impregnaba el aire de humo. Junto a la pared se alineaban numerosos camastros de tosca construcción, cubiertos con jergones de paja, sobre los que se hallaban sentados varios hombres y mujeres vestidos con gran variedad de atuendos que bebían y jugaban a los dados. Justo detrás del fuego, un hombre de poblada barba y voluminosa barriga estaba recostado en una silla larga con los pies en dirección a las llamas. Lucía un jubón de satén de color naranja deslucido con diversas manchas en la pechera, y sostenía una jarra de plata con una de sus fornidas manos.

—Ése es Platimo —señaló nerviosamente Sef—. Está un poco borracho, así que será mejor que seáis cautelosos, mis señores.

—Podemos arreglárnoslas —lo tranquilizó Falquián—. Gracias por vuestra colaboración, Sef. No sé qué habríamos hecho sin vos —añadió, al tiempo que ayudaba a Kalten a rodear la fogata.

—¿Quién es esta gente? —preguntó Kalten en voz baja mientras miraba a los hombres y mujeres que flanqueaban los muros.

—Ladrones, mendigos, probablemente incluso algunos asesinos, personajes de ese tipo.

—Tienes unas amistades muy selectas, Falquián.

Platimo examinaba cuidadosamente una cadena con un colgante de rubí. Cuando Falquián y Kalten se detuvieron ante él, alzó sus nublados ojos para observarlos. Dedicó

una especial atención al elegante atuendo de Kalten.

—¿Quién ha dejado entrar a estos dos? —bramó.

—Digamos que nos hemos permitido esa libertad, Platimo —repuso Falquián. A continuación, envainó la espada y alzó el parche que le tapaba un ojo.

—Bien, pues ya podéis permitirnos también la libertad de acompañaros hasta la salida.

—Me temo que no resultaría lo más adecuado en estos momentos —objetó Falquián.

El rollizo personaje de jubón naranja chasqueó los dedos y la gente sentada sobre los camastros se levantó de inmediato.

—No podríais luchar contra todos —advirtió Platimo, señalando a sus cohortes.

—Últimamente acostumbramos pelear en clara situación de desventaja —sopesó Kalten; no obstante, puso su mano sobre la empuñadura de la espada.

—Vuestro atuendo y esa arma no están en concordancia —comentó Platimo con los ojos entrecerrados.

—Así que todos los esfuerzos que dedico a mi atavío son vanos —suspiró Kalten.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Platimo con suspicacia—. Éste va vestido como un cortesano, pero no me parece que realmente se trate de una de esas mariposas sin alas que viven en palacio.

—Posee una visión penetrante, ¿no es cierto? —indicó Kalten a Falquián; a continuación respondió a Platimo—: Somos caballeros pandion.

—¿Caballeros de la Iglesia? Sospechaba algo semejante. ¿Por qué lleváis esos ropajes?

—Nuestras identidades son relativamente conocidas en la ciudad —explicó Falquián—. Queríamos recorrer las calles sin ser reconocidos.

Platimo lanzó una significativa mirada al jubón manchado de sangre de Kalten.

—Me parece que *alguien* ha descubierto vuestro disfraz —advirtió—, o tal vez frecuentáis malas compañías. ¿Quién os ha apuñalado?

—Un soldado eclesiástico —repuso Kalten, encogiéndose de hombros—. Por un afortunado azar, acertó la estocada. ¿Os importa si tomo asiento? Me siento agitado por un misterioso temblor.

—Que alguien le traiga un taburete —gritó Platimo. Luego volvió a mirarlos a ambos—. ¿Por qué razón los soldados de la Iglesia se enfrentan con los caballeros de la Iglesia? —preguntó.

—Son asuntos de palacio —indicó Falquián, que trataba de restarle importancia—. A veces adoptan un cariz un tanto tenebroso.

—Tus palabras resultan muy ciertas. ¿Qué os ha traído aquí?

—Necesitamos un lugar donde refugiarnos temporalmente —informó Falquián, al tiempo que observaba a su alrededor—. Este sótano podría servirnos.

—Lo siento, amigo. Puedo compadecerme de un hombre que acaba de tener una escaramuza con los soldados eclesiásticos, pero este local se destina a los negocios y no hay sitio para los forasteros.

Platimo dirigió la mirada al hombre que acababa de sentarse en el taburete que le había acercado un andrajoso mendigo.

—¿Habéis acabado con el hombre que os ha acuchillado?

—Lo ha matado él —respondió Kalten señalando a Falquián—. Yo he dado cuenta de otros, pero él ha soportado casi todo el peso de la pelea.

—¿Por qué no hablamos de negocios? —propuso Falquián—. Creo que debéis un favor a mi familia, Platimo.

—No tengo ningún tipo de trato con nobles —sentenció Platimo—, salvo con

algún aristocrático cuello cortado en ciertas ocasiones, así que es poco probable que exista esa deuda.

—El favor al que me refiero no tiene nada que ver con el dinero. Hace mucho tiempo, los soldados de la Iglesia estaban a punto de colgaros y mi padre intervino para salvaros.

—¿Vos sois Falquián? —preguntó Platimo mientras parpadeaba sorprendido—. No os parecéis mucho a vuestro padre.

—Es por la nariz —explicó Kalten—. Cuando se le rompe la nariz a un hombre, cambia completamente su apariencia. ¿Por qué iban a colgaros los soldados?

—Se trataba de un malentendido. Acuchillé a un tipo y, como no llevaba uniforme, desconocía que pertenecía a la guardia del primado. —Hizo un gesto de desprecio—. Además, todo lo que guardaban sus bolsillos eran dos monedas de plata y un puñado de cobre.

—¿Reconocéis vuestra deuda? —instó Falquián.

—Supongo que debo hacerlo —admitió Platimo, a la vez que se estiraba de la barba.

—En ese caso, nos quedaremos en este lugar.

—¿Eso es todo lo que queréis?

—No. Buscamos a un hombre, un tipo llamado Krager. Vuestros mendigos recorren toda la ciudad. Me gustaría que nos ayudaran a localizarlo.

—Me parece plausible. ¿Podéis describir su aspecto?

—Opino que es preferible mostrároslo.

—Tu propuesta suena un tanto descabellada, amigo.

—Necesito sólo un minuto. ¿Tenéis una jofaina o algo similar y un poco de agua limpia?

—Creo que sí. ¿Qué os proponéis?

—Va a representar la imagen de Krager en el agua —indicó Kalten—. Es un viejo truco.

Platimo pareció impresionado.

—Me habían dicho que los pandion conocéis la magia, pero no había asistido en mi vida a nada semejante.

—Falquián posee mayor habilidad para estas cosas que yo —admitió Kalten.

Uno de los mendigos trajo una jofaina descascarillada llena de un agua ligeramente turbia. Falquián la depositó en el suelo y se concentró un momento. Tras murmurar para sí las palabras estirias del hechizo, pasó lentamente la mano sobre el recipiente y apareció en él el rostro hinchado de Krager.

—Realmente es algo digno de ver —exclamó Platimo, maravillado.

—No entraña grandes dificultades —comentó Falquián modestamente—. Pedid a vuestra gente que lo mire. No puedo retener la imagen indefinidamente.

—¿Cuánto tiempo podéis mantenerla?

—Diez minutos aproximadamente. Después se desintegra.

—¡Talen! —gritó el obeso dirigente—. Ven aquí.

Un niño desaliñado de unos diez años se acercó con desgana al grupo. Su túnica se mostraba sucia y harapienta, pero la cubría un chaleco de satén rojo confeccionado con las mangas recortadas de un jubón. Como era de esperar, esta última prenda presentaba varias rajadas de cuchillo.

—¿Qué quieres? —inquirió con insolencia.

—¿Puedes copiarlo? —preguntó Platimo al tiempo que apuntaba hacia la jofaina.

—Por supuesto, pero ¿por qué motivo iba a hacerlo?

—Porque te abofetearé como no obedezcas.

—Antes tendrás que atraparme, gordinflón, y yo corro más rápido que tú.

Falquián introdujo un dedo en un bolsillo de su jubón de cuero y sacó una pequeña moneda de plata.

—¿Aceptarías esto mientras tanto? —preguntó con la moneda en alto.

—Por ese precio realizaré una obra de arte —prometió el chaval con ojos relucientes.

—Sólo deseamos que lo plasmes cómo es en realidad.

—Lo que vos ordenéis, jefe —dijo Talen con mofa, al tiempo que parodiaba una reverencia—. Voy a buscar mis cosas.

—¿Sabrá hacerlo? —preguntó Kalten a Platimo cuando el muchacho se hubo deslizado hasta uno de los camastros.

—No soy entendido en arte —se disculpó con un encogimiento de hombros—. Cuando no pide limosna o roba, se pasa el día haciendo dibujos.

—¿No resulta un poco joven para vuestras actividades?

—Sus dedos son los más ágiles de toda Cimmura —repuso Platimo divertido—. Podría sacaros los ojos de las cuencas y no os percataríais de ello hasta que intentarais mirar algo.

—Gracias por advertírmelo —señaló Kalten.

—Quizá sea demasiado tarde, amigo. ¿No llevabais un anillo al entrar?

Kalten parpadeó, levantó su mano izquierda manchada de sangre y comprobó que el anillo había desaparecido.

Capítulo seis

—Con cuidado, Falquián —protestó Kalten con una mueca de dolor—. Duele *de veras*.

—Debo limpiarla antes de poner el vendaje —adujo Falquián mientras frotaba la herida de su amigo con un paño empapado en vino.

—Pero ¿tienes que apretar tan fuerte?

Platimo rodeó contoneándose la humeante fogata para detenerse junto al camastro donde yacía Kalten.

—¿Se curará? —preguntó.

—Probablemente sí —respondió Falquián—. Se ha desangrado en ocasiones anteriores y siempre ha conseguido recuperarse. Siéntate —añadió en dirección a su compañero, con un largo retal de lino en la mano.

Kalten se incorporó con un gruñido y Falquián comenzó a rodearle el pecho con la tela.

—No lo ajustes de esa forma —rezongó Kalten—. También tengo que respirar.

—Deja de quejarte.

—¿Os perseguían los soldados de la Iglesia por algún motivo especial? —inquirió Platimo—. ¿O sólo trataban de divertirse?

—Poseían sus razones —contestó de manera imprecisa Falquián, al tiempo que anudaba la venda—. Últimamente hemos logrado ofender seriamente al primado Annias.

—Una actividad ciertamente honorable. No conozco la opinión de los nobles respecto a él, pero el pueblo lo odia sin excepciones.

—Nosotros lo despreciamos con moderación.

—Entonces tenemos algo en común. ¿Cabe alguna posibilidad de que la reina Ehlana recobre la salud?

—Intentamos por todos los medios que así sea.

—Creo que ella constituye nuestra única esperanza, Falquián —afirmó Platimo con un suspiro—. De lo contrario, Annias va a dirigir Elenia según su conveniencia, lo que tendría gravísimas consecuencias.

—¿Patriotismo, Platimo? —inquirió Kalten.

—Aunque sea un ladrón y un asesino, no soy desleal a mi país. Profeso tanto respeto a la corona como cualquier persona de este reino. Incluso respetaba a Aldreas, a pesar de su debilidad. —Sus ojos adoptaron un brillo malicioso—. ¿Llegó a seducirlo realmente su hermana? —preguntó—. Han circulado toda clase de rumores al respecto.

—Es difícil saberlo a ciencia cierta —repuso Falquián, encogiéndose de hombros.

—Se volvió medio loca de rabia cuando vuestro padre obligó a Aldreas a casarse con la madre de Ehlana —comentó Platimo con una risita—. Estaba totalmente convencida de que iba a contraer matrimonio con su hermano y controlar así el trono.

—¿No hubiera sido ilegal? —intervino Kalten.

—Annias aseguró que había hallado la manera de amoldarlo a las leyes. En todo caso, después de la boda de Aldreas, Arissa se escapó de palacio y unas semanas más tarde la encontraron en un sórdido burdel situado a orillas del río. Antes de que la sacaran de aquel lugar, casi todos los hombres de Cimmura habían pasado por su lecho. ¿Qué hicieron finalmente con ella? —preguntó mientras los miraba de reojo—. ¿Cortarle la cabeza?

—No —dijo Falquián—. Está enclaustrada en el monasterio de Demos. Allí son muy estrictos.

—Al menos podrá descansar. Por lo que he oído, a la princesa Arissa se la conocía por su intensa y agitada juventud. Podéis utilizar ése —añadió al tiempo que señalaba un camastro cercano—. He enviado a todos los ladrones y mendigos de Cimmura a la busca de ese Krager. Si pone un pie en la calle, lo sabremos dentro de una hora. Mientras tanto, podríais dormir un rato.

Falquián asintió y después se irguió.

—¿Estás bien? —preguntó a Kalten.

—Estupendamente.

—¿Necesitas algo?

—¿Qué te parece un poco de cerveza? Sólo para recobrar toda la sangre que he perdido, por supuesto.

—Por supuesto.

Era imposible determinar la hora puesto que el sótano no poseía ventana alguna. Falquián sintió un leve contacto y, tras despertarse de inmediato, agarró la mano que lo había rozado.

El joven de aspecto desaliñado, Talen, puso cara de decepción.

—Nunca registres un bolsillo cuando tiembles —se regañó—. Allá afuera hace una mañana de perros —agregó después de enjugarse la lluvia del rostro.

—¿Qué buscabas en mis bolsillos?

—Nada en especial, simplemente algo que pudiera ser útil.

—¿Serías tan amable de devolverme el anillo de mi amigo?

—Oh, sí. De todas maneras, sólo se lo quité para practicar. —Talen rebuscó dentro de su empapada túnica y sacó la joya—. Le limpié la sangre que tenía pegada —explicó, al tiempo que lo admiraba.

—Te lo agradecerá.

—Ah, por cierto, he encontrado al tipo que buscabais.

—¿Krager? ¿Dónde?

—Vive en un burdel en la calle del León.

—¿Un burdel?

—Quizá se halle necesitado de afecto.

Falquián se levantó y se tocó la barba para comprobar que todavía se mantenía en su lugar.

—Vamos a hablar con Platimo.

—¿Queréis que despierte a vuestro amigo?

—Es preferible que lo dejemos dormir. De todos modos, no voy a obligarlo a salir con esta lluvia en el estado en que se halla.

Platimo roncaba recostado en su silla; sin embargo, sus ojos se abrieron instantáneamente al tocarle Talen el hombro.

—El chaval ha descubierto a Krager —informó Falquián.

—Supongo que saldréis a buscarlo.

Falquián hizo un gesto afirmativo.

—¿Creéis que los soldados del primado todavía os acechan?

—Seguramente.

—¿Y saben qué disfraz lleváis?

—Sí.

—En ese caso, no llegaréis muy lejos.

—Debo correr el riesgo.

—Platimo —intervino Talen.

—¿Qué?

—¿Recuerdas aquella vez en que tuvimos que sacar a Weasel de la ciudad a toda prisa?

Platimo dejó escapar un gruñido mientras se rascaba la panza y miraba especulativamente a Falquián.

—¿Tenéis mucho afecto a vuestra barba?

—No mucho. ¿Por qué?

—Si estáis dispuesto a afeitárosla, conozco un procedimiento que os permitiría caminar por Cimmura sin ser reconocido.

Falquián comenzó a arrancar mechones de cabello de su mentón.

—Realmente la estimabais poco, ¿eh? —afirmó Platimo con una risotada—. Ve a buscar al arcón lo que necesitamos.

Cuando Talen se encaminó a una gran caja de madera ubicada en un rincón del sótano y empezó a revolver en su interior, Falquián terminó de despegarse la barba. Al regresar, el muchacho llevaba una túnica harapienta y un par de zapatos que constituían más bien unas bolsas de cuero medio descompuesto.

—¿Qué otras partes de vuestro rostro son añadidos? —inquirió Platimo.

Falquián tomó la capa que le tendía Talen y vertió un poco de vino en una esquina. Después se frotó vigorosamente el rostro, a fin de deshacerse de los restos de pegamento y la cicatriz púrpura que había dibujado Sephrenia.

—¿La nariz? —preguntó Platimo.

—Es la mía.

—¿Cómo os la desviasteis?

—Es una larga historia.

—Sacaos las botas y esos calzones de cuero y os pondréis la capa y estos zapatos.

Falquián siguió sus instrucciones ayudado por Talen.

Platimo entornó los ojos para observarlo.

—Ensuciaos un poco las piernas. Vuestro aspecto parece demasiado aseado.

Talen volvió al arcón y rescató un abollado sombrero de cuero, una vara larga y delgada y una tira de sucia arpillera.

—Poneos el sombrero y ataos la tela de manera que os tape los ojos —indicó Platimo.

—¿Podéis ver bien a través de la venda? —inquirió Platimo una vez que Falquián se hubo cubierto.

—Puedo distinguir los contornos, pero nada más.

—Tampoco nos interesa que veáis perfectamente. Vais a representar que sois ciego. Tráele una escudilla de mendigar, Talen —ordenó al muchacho—. Caminad un poco para practicar. Agitad el bastón ante vos, pero chocad con algo de vez en cuando y no olvidéis dar traspies.

—Es una buena idea, Platimo; sin embargo, sé perfectamente adónde me dirijo. ¿No provocaré sospechas en la gente?

—Talen guiará vuestros pasos. Simplemente seréis un par de pedigüenos.

Falquián se ciñó el cinto para recoger su espada.

—Tendréis que dejar el arma aquí —le anunció Platimo—. Podéis ocultar una daga bajo la capa, pero una espada de hoja ancha resulta demasiado escandalosa.

—Supongo que tenéis razón —repuso Falquián, al tiempo que se desprendía de ella para entregársela al obeso personaje de jubón anaranjado—. No la perdáis —advirtió.

A continuación comenzó a simular los andares vacilantes de un invidente. Al

caminar golpeaba el suelo con el bastón que le había proporcionado Talen.

—No está mal —aprobó Platimo al cabo de unos minutos—. Aprendéis con rapidez, Falquián. Me parece que ya podéis arregláoslas. Por el camino, Talen os enseñará cómo debéis pedir caridad.

El muchacho apareció con la pierna izquierda grotescamente deformada; se ayudaba en su cojera con una muleta. Se había quitado su elegante chaleco y lucía ahora puros andrajos.

—¿No te duele? —preguntó Falquián, a la vez que señalaba la pierna del muchacho.

—No demasiado. Hay que apoyar el peso sobre un lado del pie y torcer la rodilla hacia dentro.

—Parece convincente.

—Naturalmente. He practicado mucho.

—¿Estáis listos pues? —inquirió Platimo.

—Probablemente más que en cualquier otra ocasión —replicó Falquián—. Sin embargo, me temo que mendigar no me resultará tan sencillo.

—Talen os enseñará los rudimentos. No es difícil. Buena suerte, Falquián.

—Gracias. Tal vez la necesite.

A media mañana de un día lluvioso y gris Falquián y Talen salieron del sótano y emprendieron el camino por el fangoso callejón. Se hallaba de nuevo en uno de los portales. No obstante, no les dirigió la palabra.

Al desembocar en la otra calle, el muchacho le agarró una punta de la capa y empezó a guiarlo. Falquián caminaba a tientas tras él y golpeaba el pavimento con la vara.

—Existen varias maneras de mendigar —le informó el muchacho después de andar un trecho—. Algunos prefieren estar sentados y alargar la escudilla. Sin embargo, eso no atrae muchas monedas, a menos que uno se coloque a la puerta de la iglesia el día en que el sermón haya versado sobre la caridad. Otros optan por agitar la escudilla ante la cara de cualquier transeúnte. De esta manera se consiguen más ganancias, pero a veces la gente se irrita y uno puede recibir más de un puñetazo. Como os hacéis pasar por ciego, deberéis utilizar un método distinto.

—¿Tengo que decir algo?

—Tenéis que llamar la atención. Normalmente basta con la palabra «caridad». No hay tiempo para largas arengas y, además, a nadie le gusta hablar con mendigos. Si alguien decide daros algo, deseará liquidar el asunto lo más rápidamente posible. Adoptad un tono de voz desesperado. No convienen los lloriqueos, pero tratad de utilizar una voz un poco entrecortada, como si estuvierais a punto de sollozar.

—La mendicidad es todo un arte, ¿no es cierto?

—Se parece a cualquier venta —repuso Talen con un encogimiento de hombros—. El inconveniente radica en que sólo se pueden utilizar dos palabras, así que hay que llenarlas de dramatismo. ¿Tenéis alguna moneda de cobre?

—Creo que sí, a menos que me las hayas robado. ¿Por qué?

—Cuando lleguemos al burdel, tendréis que hacer sonar la escudilla. Depositad en ella una par de monedas, como si ya os hubieran dado caridad.

—No acabo de entender qué pretendes.

—Queréis aguardar a que el tal Krager salga de allí, ¿no? Si entráis a buscarlo, deberéis enfrentaros a los matones del local. —Consideró el físico de Falquián con la mirada—. Podríais propinarles una buena paliza, pero seguramente se provocaría un barullo y la madama mandaría llamar a la guardia. En consecuencia, es aconsejable esperar afuera.

—Bien. Entonces supongo que nos apostaremos en la entrada.

—En efecto, nos instalaremos junto a la puerta y pediremos caridad hasta que salga. —Talen hizo una pausa—. ¿Vais a matarlo? —inquirió—. Si ésa es vuestra intención, ¿puedo mirar?

—No. Sólo quiero hacerle algunas preguntas.

—Oh —exclamó decepcionado el muchacho.

La lluvia arreciaba y la capa de Falquián, como creaba una especie de canal para el agua, mojaba sus pantorrillas desnudas. Llegaron a la calle del León y giraron a la izquierda.

—El burdel se encuentra justo allá arriba —indicó Talen, al tiempo que tiraba de la chorreante capa de Falquián.

De repente, se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Falquián.

—Competencia —replicó Talen—. Un hombre con una sola pierna está apoyado al lado de la puerta.

—¿También pide limosna?

—¿Se os ocurre alguna otra cosa, si no?

—¿Qué hacemos ahora?

—No representa ningún problema. Le diré que se vaya.

—¿Y aceptará?

—Sí. Le comunicaré que hemos alquilado la plaza a Platimo. Esperad aquí. Ahora vuelvo.

El muchacho avanzó cojeando hasta la puerta pintada de rojo del burdel y habló brevemente con el hombre apostado allí. Éste le lanzó una mirada airada por un momento y luego desplegó milagrosamente su pierna de debajo de sus mugrientas vestiduras y se alejó mientras murmuraba para sus adentros. Talen desanduvo sus pasos y condujo a Falquián hasta el prostíbulo.

—Apoyaos contra la pared y alargad la escudilla cuando pase alguien, pero no se la acerquéis demasiado. Recordad que no podéis verlos, así que no debéis ser muy certero.

Un próspero mercader se aproximó con la cabeza inclinada y embozado en una oscura capa. Falquián tendió la escudilla.

—Caridad —pidió con voz lastimera.

El hombre pasó de largo.

—No está mal —diagnosticó Talen—. Intentad darle ese toque que os he mencionado antes.

—¿Por ese motivo no me ha echado nada?

—No. Los mercaderes no dan nunca limosna.

—Oh.

A continuación aparecieron por la calle varios obreros vestidos con guardapolvos de cuero. Hablaban ruidosamente y caminaban dando algunos traspiés.

—Caridad —imploró Falquián.

Talen se sorbió los mocos y se limpió la nariz con la manga. Por favor, buenos señores —dijo con voz estrangulada—. ¿Podéis ayudarnos a mi padre ciego y a mí?

—¿Por qué no? —respondió alegremente uno del grupo.

Registró uno de sus bolsillos, sacó unas cuantas monedas y las revisó. Seleccionó una pequeña pieza de cobre y la tiró a la escudilla de Falquián.

—Intenta reunir lo bastante para hacerles una visita a las chicas —afirmó riendo uno de sus compañeros.

—Eso es asunto suyo, ¿verdad? —replicó el que se había mostrado generoso.

—El primer triunfo —exclamó Talen—. Poneos la moneda en el bolsillo; la escudilla *no debe aparecer demasiado* llena.

Durante la siguiente hora, Falquián y su joven instructor recogieron alrededor de doce piezas más. Después de recibir las primeras, Falquián vivía como un reto cada nueva ocasión y consideraba un pequeño éxito cada vez que lograba engatusar a un viandante.

Al cabo de un rato se aproximó por la calzada un suntuoso carruaje tirado por dos caballos negros. Un joven lacayo con librea descendió del vehículo e hizo bajar el escalón de uno de los costados. Falquián conocía al noble que apareció ataviado con terciopelo verde.

—Tal vez me demore, cariño —advirtió el aristócrata, al tiempo que acariciaba el rostro juvenil del lacayo—. Lleva el carruaje más allá y aguárdame. Alguien podría reconocerlo, y no querría por nada del mundo que la gente pensase que frecuento un local como *éste* —explicó con una risita.

—Caridad para un ciego —mendigó Falquián tras alargar su recipiente.

—Fuera de mi vista, bellaco —exclamó el noble personaje mientras agitaba la mano como si ahuyentara a una molesta mosca.

Después abrió la puerta y penetró en el edificio. Su vehículo se alejó.

—Curioso —murmuró Falquián.

—En efecto —asintió Talen.

—Ésta es una escena que jamás imaginé presenciar: el barón Harparín entrando en un burdel.

—Los nobles también tienen sus apremios, ¿no es cierto?

—No creo que las mujeres de allá adentro puedan satisfacer los de Harparín; sin embargo, podría sentirse atraído por *ti* con facilidad.

—No os preocupéis por *eso* —replicó Talen, ruborizado.

—¿Por qué razón Harparín visita el mismo prostíbulo donde se hospeda Krager? —musitó Falquián a la vez que fruncía el entrecejo.

—¿Se conocen?

—Lo considero bastante improbable. Harparín es miembro del consejo y amigo íntimo de Annias. Krager es un sujeto de tercera categoría. Si han planeado reunirse aquí, daría cualquier cosa por poder escucharlos.

—Entrad, pues.

—¿Cómo?

—Se trata de un establecimiento público, y un ciego también necesita cariño. Lo único que debéis evitar es la pelea. —Talen miró con precaución a su alrededor—. En el interior, preguntad por Naweem. Trabaja para Platimo en este ramo. Decidle que os ha enviado él. Os llevará a algún sitio desde donde podáis espíarlos.

—¿Acaso Platimo controla toda la ciudad?

—Sólo los bajos fondos. Annias controla el resto.

—¿Vas a venir conmigo?

—Shanda posee un concepto retorcido sobre la moralidad —respondió Talen, con un gesto negativo—. No permite la entrada a los niños, es decir, a los varones.

—¿Shanda?

—La que regenta el local.

—Debería haberlo sospechado. La amante de Krager se llama Shanda. ¿Es una mujer delgada?

Talen asintió.

—¿Con una lengua muy larga? —preguntó.

—La misma.

—¿Os conoce?

—Nos vimos en una ocasión doce años atrás.

—La venda os tapa gran parte de la cara y dentro la luz es bastante tenue. Podréis pasar inadvertido si disimuláis un poco la voz. Entrad. Me quedaré aquí para vigilar. Conozco a todos los policías y espías de Cimmura.

—De acuerdo.

—¿Tenéis dinero para pagar una chica? Si no os alcanza puedo prestaros algo. Shanda no os dejará acercaros a ninguna de las prostitutas sin haber comprado sus servicios por anticipado.

—Creo que bastará el que llevo, a no ser que me hayas vuelto a registrar el bolsillo.

—¿Me creéis capaz de eso, mi señor?

—Desde luego. Quizá tarde un poco en salir.

—Divertíos. Naween es muy fogosa, al menos así me han informado.

Falquián desatendió la recomendación y se adentró en el burdel. La oscura entrada estaba impregnada del empalagoso olor del perfume barato. Falquián hacía oscilar su bastón a ambos lados y golpeaba las paredes para mantener su porte de invidente.

—Hola —llamó con voz chillona—. ¿Hay alguien aquí?

La puerta del fondo se abrió para dar paso a una mujer delgada que lucía un vestido de terciopelo amarillo. Sus cabellos rubios y lacios parecían sucios, su expresión era poco amigable y sus ojos transmitían la dureza del ágata.

—¿Qué queréis? —preguntó—. No podéis mendigar aquí adentro.

—No he venido a mendigar —repuso Falquián—. Estoy aquí para comprar... o alquilar ciertos servicios.

—¿Tenéis dinero?

—Sí.

—Mostrádmelo.

Falquián se llevó la mano al bolsillo de su andrajosa capa y sacó varias monedas, que presentó con la palma de la mano abierta.

La mujer entrecerró los ojos ladinamente.

—No os aconsejo realizar lo que se os acaba de ocurrir —avisó Falquián.

—Vos no sois ciego —le acusó ella.

—Decís bien.

—¿Qué deseáis, pues? —inquirió.

—Un amigo me ha recomendado que preguntara por Naween.

—Ah, Naween. Últimamente se ha vuelto muy popular. Le enviaré aviso tan pronto como me hayáis pagado.

—¿Cuánto?

—Diez piezas de cobre, o media corona de plata.

Falquián entregó una pequeña moneda de plata a la mujer y ésta se ausentó. Al poco regresó con una rolliza muchacha morena de unos veinte años.

—Ésta es Naween —presentó Shanda—. Espero que os divirtáis —añadió, con una sonrisa afectada dirigida a Falquián; sin embargo, al instante ésta se desvaneció de su rostro.

Luego giró sobre sus pasos y se encaminó a la estancia del fondo.

—No sois ciego realmente, ¿verdad? —preguntó coquetamente Naween.

Iba envuelta en un batín de mala calidad de color rojo chillón y tenía hoyuelos en las mejillas.

—No —admitió Falquián.

—Bien. Hasta ahora, nunca había estado con un ciego y no sabría a qué atenerme.

Vayamos arriba —indicó tras conducirlo a unas escaleras que subían al piso superior—. ¿Tenéis alguna preferencia en especial? —preguntó mientras le sonreía por encima del hombro.

—Por el momento, me gustaría escuchar.

—¿Escuchar qué?

—Vengo de parte de Platimo. Shanda alberga a un amigo, un tipo llamado Krager.

—¿Un hombre bajo con aspecto de ratón y corto de vista?

—Exactamente. Acaba de entrar un noble vestido de terciopelo verde y creo que debe de haber venido a encontrarse con Krager. Querría oír su conversación. ¿Puedes ayudarme? —preguntó, al tiempo que se desembarazaba de la tela que cubría sus ojos.

—Entonces, ¿no queréis...? —dejó la frase inconclusa a la vez que aparecía en su rostro un leve mohín de desagrado.

—Hoy no, hermanita —repuso Falquián—. Tengo otros asuntos que atender.

—Me gusta vuestro aspecto, amigo —dijo con un suspiro—. Hubiéramos podido pasarlo muy bien.

—Tal vez otro día. ¿Puedes llevarme a algún sitio desde donde pueda espiar a Krager y a su amigo?

—Supongo que sí —respondió con un nuevo suspiro—. Se han reunido al final de las escaleras. Podemos utilizar la habitación de Pluma, pues ha ido a visitar a su madre.

—¿Su madre?

—Las prostitutas también tenemos madres, ¿sabéis? El cuarto de Pluma se halla precisamente al lado de la cámara donde se hospeda el amigo de Shanda. Si pegáis la oreja a la pared, seguramente los oiréis.

—Bien. Entonces, vamos allá. No quiero perderme una palabra.

La habitación contigua a la desembocadura de las escaleras era pequeña, y su mobiliario, escaso. Una solitaria vela, apoyada en una mesa, alumbraba el recinto. Naween cerró la puerta y, tras desprenderse del batín, se recostó sobre el lecho.

—Hay que guardar las apariencias —susurró maliciosamente—, por si alguien asomara la cabeza. O por si acaso cambiáis más tarde de parecer —agregó en voz baja.

—¿En qué pared?

—Aquélla —señaló la muchacha.

Falquián cruzó la estancia y pegó la oreja a la mugrienta superficie del tabique.

—... a mi señor Martel —decía una voz conocida—. Necesito algo que pruebe vuestra condición de emisario de Annias y la veracidad de vuestras palabras.

Era Krager. Falquián sonrió exultante y se mantuvo en su posición de acecho.

Capítulo siete

El primado ya me avisó de que tal vez os mostraríais receloso —comentó Harparín con su voz afeminada.

—Mi cabeza tiene un precio aquí en Cimmura, barón —agregó Krager—. Bajo tales circunstancias, es conveniente tomar precauciones.

—¿Reconoceríais la firma del primado y su sello si los vierais?

—Sí —repuso Krager.

—Bien. Aquí tenéis una nota suya que atestigua mi identidad. Destruídla después de haberla leído.

—Me inclino a no obedeceros. Puede que Martel quiera ver la prueba con sus propios ojos. —Krager hizo una pausa—. ¿Por qué Annias no ha puesto por escrito sus instrucciones? Eso simplificaría las cosas.

—Es una idea descabellada, Krager —adujo Harparín—. Cualquier mensaje puede caer en manos enemigas.

—Lo mismo puede sucederle a un mensajero. ¿Habéis presenciado alguna vez el procedimiento que utilizan los pandion con la gente a quien desean sonsacar información?

—Estimábamos que vos tomaríais las medidas precisas para evitar tales interrogatorios.

Krager soltó una carcajada burlona.

—Ni lo soñéis, Harparín —rechazó con tono levemente ofensivo—. Mi vida no vale gran cosa, pero es todo cuanto tengo.

—Sois un cobarde.

—Y vos sois... ¡Qué diantres! Mostradme esa nota.

Falquián oyó un roce de papel.

—Correcto —aceptó Krager—. Es el sello del primado, con lo cual aceptaré un acuerdo.

—¿Habéis bebido?

—Naturalmente. ¿Qué otra cosa puede hacerse en Cimmura? A menos que se tenga acceso a otros entretenimientos. Podría mencionar algunos de ellos.

—No os tengo en gran estima, Krager.

—Ni yo a vos, Harparín, pero no vamos a amargarnos la vida por ese motivo, ¿no os parece? Libradme vuestro mensaje y partid. Ese perfume que lleváis comienza a producirme espasmos en el estómago.

Reinó un tenso silencio por unos instantes; Harparín lo rompió para aleccionar a Krager como si de un chiquillo se tratara.

—El mensaje que el primado Annias quiere que traspaséis a Martel es que reúna tantos hombres como crea necesarios y que los vista con armaduras negras. Tienen que llevar los estandartes de los caballeros pandion; cualquier costurera puede falsificarlos, y Martel conoce bien su diseño. Después deben cabalgar ostentosamente hacia el castillo del conde Radun, tío del rey Dregos de Arcium. ¿Sabéis dónde está?

—En el camino que va de Darra a Sarrinium, ¿no?

—Exactamente. El conde Radun es un hombre piadoso y admitirá a los caballeros de la Iglesia sin preámbulos. Una vez que Martel se halle en el interior de la fortaleza, sus hombres deben matar a sus moradores. Probablemente encontrarán poca resistencia, puesto que Radun mantiene una guarnición bastante reducida. Tiene esposa y varias

hijas solteras. Annias desea que las violen repetidas veces.

—Adus lo haría de todos modos —apuntó Krager con una risotada.

—Bien, pero recomendadle que se aplique en su tarea. Radun acoge en su castillo a varios eclesiásticos. Queremos que sean testigos de todo. Cuando Adus y los demás hayan tomado a todas las mujeres, cortadles el cuello. Radun debe padecer tortura y luego ser decapitado. Llevaos su cabeza al partir, pero dejad suficientes joyas personales en su cuerpo para que puedan identificarlo. Matad con saña a todos los habitantes del castillo, *excepto* a los religiosos. Cuando hayan presenciado la masacre, dejadlos en libertad.

—¿Por qué?

—Para que informen del ultraje al rey Dregos en Larium.

—¿Pretendéis que el rey Dregos declare la guerra a los pandion?

—No exactamente, aunque ello entra dentro de las posibilidades. Tan pronto como hayáis concluido el trabajo, enviad a un hombre con un caballo veloz a Cimmura para confirmarme personalmente el fin de la operación.

—Sólo un idiota llevaría un mensaje de esa clase —interrumpió Krager riendo—. Tendría una docena de cuchillos clavados en el cuerpo cuando hubiera terminado de hablar.

—Sois *realmente* suspicaz, Krager.

—Mas vale excederse con las prevenciones que morir, y la gente que contratará Martel opinará, sin duda, de igual forma. Será preferible que me expliquéis más detalladamente vuestro plan, Harparín.

—No precisáis saber más.

—Pero Martel sí. No aceptará representar un papel de pelele.

Harparín murmuró un juramento.

—De acuerdo, entonces. Los pandion se han inmiscuido en las actividades del primado, y esa atrocidad le proporcionará una excusa para confinarlos en su castillo principal de Demos. Después se encargará de llevar personalmente un informe a la jerarquía eclesiástica y al archiprelado de Chyrellos. No les quedará más alternativa que disgregar la orden de los pandion. Los líderes, Vanion, Falquián y el resto, serán arrestados y encarcelados en las mazmorras que hay bajo la basílica de Chyrellos. Ningún hombre ha salido jamás con vida de allí.

—A Martel le complacerá la idea.

—Annias lo supuso. Por supuesto, la mujer estiria, Sephrenia, será quemada con el cargo de bruja.

—Representará un alivio librarnos de ella. —Se sucedió una nueva pausa—. Hay algo más ¿verdad? —agregó Krager.

Harparín no respondió.

—No os comportéis de manera tan remilgada, Harparín. Si yo veo puntos oscuros en todo este asunto, podéis estar seguro de que Martel también. Contadme el resto.

—De acuerdo —asintió Harparín con voz agría—. Seguramente los pandion se resistirán a ser confinados y tratarán de proteger a sus dirigentes. Llegado el momento, el ejército se encargará de ellos. Esa circunstancia permitirá a Annias y al consejo real declarar el estado de emergencia y suspender así determinadas leyes.

—¿Qué leyes?

—Las concernientes a la sucesión en el trono. Elenia se hallará técnicamente en estado de guerra, y Ehlana, evidentemente, no se halla en condiciones de enfrentarse a esa situación, con lo cual abdicará en favor de su primo, el príncipe regente Lycheas.

—¿El hijo bastardo de Arissa, ese mocoso gimoteante?

—El consejo puede otorgarle legitimidad por medio de un decreto. Yo que vos

mediría las palabras al hablar de Lycheas, Krager. Por si no lo sabíais, una ofensa al rey se considera alta traición y *puede* aplicarse retroactivamente.

Siguió un silencio repleto de aprensión.

—Aguardad un momento —dijo Krager—. He oído que Ehlana está inconsciente, rodeada de una especie de caja de cristal.

—Eso no representa ningún inconveniente.

—¿Cómo puede firmar la abdicación?

—Un monje del monasterio próximo a Lenda ha practicado su firma durante un mes. Es muy hábil.

—Muy ingenioso. ¿Y qué será de ella después de la abdicación?

—Tan pronto como hayan coronado a Lycheas, le ofreceremos un espléndido funeral.

—Pero todavía está viva, ¿no es cierto?

—¿Qué importa? En caso necesario, la enterraremos también con el trono.

—Entonces, sólo quedará un problema por resolver.

—No veo cuál puede ser.

—Eso se debe a vuestra falta de miras, Harparín. El primado deberá actuar con rapidez. Si los pandion averiguan lo que está tramando antes de que hable con la jerarquía de Chyrellos, tomarán medidas para contrarrestar sus acusaciones.

—Somos conscientes de ello. Por ese motivo, tenéis que enviarnos el mensaje inmediatamente después de la muerte del conde y sus vasallos.

—Nunca lo recibiríais. El mensajero advertiría de inmediato que hallaría la muerte después de entregároslo y a buen seguro encontraría alguna excusa para huir a Lamorkand o a Kelosia. —Krager se detuvo un instante—. Dejadme ver ese anillo que lleváis.

—¿Mi anillo? ¿Para qué?

—Es un sello, ¿no es cierto?

—Sí, con el escudo de armas de mi familia.

—Todos los aristócratas poseen anillos de este tipo, ¿me equivoco?

—Por supuesto que no.

—Bien. Decidle a Annias que observe con atención las limosnas depositadas en la bandeja de la catedral de Cimmura. Uno de estos días aparecerá en ella un anillo entre las monedas. La joya llevará el escudo de armas de la familia del conde Radun. Él comprenderá su significado, y el mensajero podrá partir ileso.

—No creo que Annias apruebe la idea.

—No es preciso. Y bien, ¿cuál es la cantidad?

—¿A qué cantidad os referís?

—Al dinero. ¿Cuánto está dispuesto a pagar Annias a Martel por su ayuda? Conseguirá coronar rey a Lycheas, con lo que obtendrá el control absoluto de Elenia. ¿Cuánto vale ese poder, en su opinión?

—Me dijo que mencionara la suma de diez mil coronas de oro.

—Me parece que Martel deseará negociar un poco ese punto —auguró Krager riendo.

—El tiempo constituye un factor importante en toda la operación, Krager.

—En ese caso, Annias no querrá regatear en el precio, ¿no lo creéis así? ¿Por qué no regresáis a palacio y le sugerís que tal vez le convenga mostrarse más generoso? No estará dispuesto a que me pase todo el invierno a caballo entre él y Martel con propuestas y contrapropuestas.

—No queda mucho dinero en el tesoro, Krager.

—La solución es muy simple, barón. Sólo hay que aumentar los impuestos o

hurgar en las riquezas de la Iglesia.

—¿Dónde está Martel ahora?

—No me está permitido decirlo.

Falquián profirió una blasfemia en voz queda mientras despegaba la oreja de la pared.

—¿Ha sido interesante? —inquirió Naween.

—Mucho.

—¿Os mantenéis firme en vuestra resolución? —preguntó, al tiempo que se desperezaba voluptuosamente—. Ya habéis logrado lo que pretendíais.

—Lo siento, hermanita —declinó Falquián—. Todavía debo atender muchos asuntos. No obstante, ya he pagado a Shanda. ¿Por qué quieres trabajar si no tienes necesidad?

—Supongo que a causa de la ética profesional. Y también porque me gustáis, mi caballero de nariz torcida.

—Me siento halagado —respondió Falquián, a la vez que le entregaba una moneda de oro. La muchacha lo miró con sorpresa y gratitud—. Me escabulliré por la entrada principal antes de que el amigo de Krager abandone este lugar —agregó mientras se dirigía a la puerta.

—Volved algún día, cuando no tengáis tantas cuestiones que os ocupen —susurró Naween.

—Lo intentaré —prometió Falquián.

Volvió a taparse los ojos con la venda, abrió la puerta y salió sigilosamente al rellano. Después dejó atrás las escaleras y la lóbrega entrada para adentrarse en el callejón.

Talen estaba apoyado contra la pared, junto a la salida, y trataba de guarecerse de la lluvia.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó.

—He averiguado lo que me interesaba.

—No me refería a eso. Naween tiene fama de ser la mejor de Cimmura.

—No me hallo en situación de corroborarlo. He entrado allí para resolver una cuestión de negocios.

—Me desilusionáis, Falquián —apuntó Talen con una sonrisa impúdica—. Pero seguramente Naween se habrá quedado aún más frustrada. Aseguran que es una mujer a la que le agrada su trabajo.

—Posees una mente obscena, Talen.

—Ya lo sé, y no os imagináis lo mucho que disfruto con ella. —Su joven semblante se tornó repentinamente serio mientras miraba con cautela a su alrededor—. Falquián —dijo—, ¿nos sigue alguien?

—Supongo que es posible.

—No me refiero a un soldado de la Iglesia. Al final de la calle había un hombre; al menos lo parecía, pues llevaba un hábito de monje y cubría su cara con una capucha, así que no he podido comprobarlo.

—Hay muchos monjes en Cimmura.

—No como ése. Me entraron escalofríos sólo con observarlo.

Falquián lo miró fijamente.

—¿Has experimentado antes una sensación parecida, Talen?

—Una vez. Platimo me había enviado a buscar a una persona a la Puerta del Oeste. Un grupo de estirios entraba en la ciudad y, después de que pasaron, no sabía ya ni qué propósito me había conducido allí. Hasta dos días más tarde no pude librarme de aquella sensación extraña.

No existía ningún motivo para contarle al muchacho el sentido de su percepción. Mucha gente era sensible y raramente su poder de captación traspasaba ese umbral.

—Yo no me preocuparía —aconsejó Falquián—. En determinadas ocasiones todos tenemos sensaciones peculiares.

—Quizá —repuso Talen dubitativamente.

—Ya hemos cumplido nuestro cometido —afirmó Falquián—. Regresemos a la guarida de Platimo.

Las lluviosas calles de Cimmura se presentaban algo más concurridas; las transitaban nobles que lucían capas de brillantes colores y trabajadores vestidos de marrón o gris. Falquián se veía obligado a abrirse camino a trompicones, al tiempo que blandía ante sí su bastón de ciego para evitar sospechas. Al mediodía descendieron nuevamente los escalones que desembocaban en el sótano.

—¿Por qué no me has despertado? —preguntó con enfado Kalten, sentado en el borde del camastro con una escudilla de estofado en la mano.

—Necesitabas reposo —replicó Falquián mientras se desataba el vendaje de los ojos—. Además, afuera está lloviendo.

—¿Has visto a Krager?

—No, pero lo he oído, lo cual viene a ser lo mismo —Falquián se acercó al fuego, junto al cual se hallaba sentado Platimo—. ¿Podéis prestarme un carro y un conductor?

—Si lo precisáis... —respondió elusivamente Platimo a la vez que izaba su copa de plata y derramaba la cerveza sobre su sucio jubón anaranjado.

—En efecto, lo necesito —corroboró Falquián—. Kalten y yo debemos regresar al castillo de la orden. Probablemente los soldados del primado aún nos busquen; por tanto, he pensado que podríamos ocultarnos en la parte trasera de un carro, para que no nos descubran.

—Los carros resultan lentos. ¿No llegaréis más aprisa con un carruaje con las cortinas corridas?

—¿Disponéis de uno?

—A decir verdad, de varios. El Señor ha sido pródigo conmigo en estos últimos tiempos.

—Me encanta saberlo. —Falquián se volvió—. Talen —llamó.

El chaval se acercó a él.

—¿Cuánto dinero me has robado esta mañana?

—No mucho —repuso con rostro cauteloso—. ¿Por qué?

—Concreta más.

—Siete piezas de cobre y una de plata. Como sois un amigo, os he vuelto a poner las monedas de oro en el bolsillo.

—Qué amable.

—Supongo que querréis que os lo devuelva.

—Quédatelo como pago por tus servicios.

—Sois muy generoso, mi señor.

—Todavía no he terminado. Quiero que vigiles a Krager. Creo que deberé ausentarme de la ciudad por un tiempo y no quiero perder su pista. Si abandona Cimmura, ve a la posada de la calle de la Rosa. ¿La conoces?

—¿La que regentan los pandion?

—¿Cómo te has enterado de ello?

—Todo el mundo lo sabe.

Falquián prefirió fingir no haber acusado la noticia.

—Llama tres veces a la puerta y para. Después, da dos golpes más. Te abrirá un portero. Sé educado con él porque es un caballero. Le informas de que el hombre que

interesaba a Falquián ha abandonado la ciudad. Si puedes, indícale en qué dirección partió. ¿Podrás recordarlo todo?

—¿Queréis que os lo repita?

—No es necesario. El portero de la posada te dará media corona por tu noticia.

Los ojos de Talen se alumbraron.

—Gracias, amigo —dijo Falquián en dirección a Platimo—. Podéis considerar vuestra deuda saldada.

—Ya no la recordaba —respondió el obeso dirigente.

—Platimo olvida muy deprisa las deudas —intervino Talen—. Al menos las que debe pagar él.

—Algún día esa lengua tan larga que tienes te causará problemas.

—Ninguno del que no puedan salvarme mis pies.

—Manda a Sef que enganche los caballos grises al carruaje de ruedas azules y que lo coloque ante la puerta de la calle.

—¿Qué me daréis a cambio?

—Voy a aplazar la paliza que estaba a punto de propinarte.

—No está mal —aceptó el muchacho antes de alejarse.

—Es un hombrecito muy listo —comentó Falquián.

—Es el mejor —corroboró Platimo—. Sospecho que será mi sucesor cuando me retire.

—Entonces es el príncipe de la corona.

Platimo rió estrepitosamente.

—El príncipe de los ladrones, ¿no suena mal, verdad? Me caéis bien, Falquián —aseguró, todavía entre carcajadas, mientras daba una palmada en el hombro de Falquián—. Si puedo seros útil en algo más, hacédmelo saber.

—Así lo haré, Platimo.

—Incluso os cobraré una tarifa especial.

—Gracias —respondió con tono de guasa Falquián.

Después recogió su espada, que se encontraba apoyada en la silla de Platimo, y regresó a su camastro para cambiarse la ropa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó a Kalten.

—Estoy bien.

—En ese caso, tendrás que prepararte para salir.

—¿Adónde vamos?

—Al castillo. Me he enterado de algo de lo que debo hacer partícipe a Vanion.

El carruaje se hallaba mojado, pero era de construcción sólida y presentaba un buen estado. Las ventanas estaban cegadas con tupidas cortinas que protegían efectivamente a los pasajeros de las miradas curiosas. El tiro se componía de un par de caballos del mismo color gris que avanzaban con un vigoroso trote.

Kalten se recostó sobre el tapizado de piel.

—¿Son imaginaciones mías o realmente resulta más lucrativo el oficio de ladrón que el de caballero?

—No nos movió el afán de dinero, Kalten —le recordó Falquián.

—Representa una penosa evidencia, amigo. —Kalten estiró las piernas y cruzó los brazos satisfecho—. ¿Sabes? —agregó—, creo que no me costaría acostumbrarme a ese tipo de vida.

—Más vale que no lo intentes —le aconsejó Falquián.

—Debes admitir que es bastante más confortable que aporrearse las nalgas sobre una silla de montar.

—La austeridad beneficia el alma.

—Mi alma se encuentra perfectamente, Falquián. Es mi trasero el que comienza a dar muestras de fatiga.

El vehículo atravesaba con rapidez las calles y pronto cruzaron la Puerta del Este para proseguir el camino hasta el puente levadizo del castillo. Falquián y Kalten descendieron y experimentaron la acogida de la llovizna de la tarde. Sef giró de inmediato el carruaje y lo condujo nuevamente a la ciudad.

Después de atender el ritual que les franqueaba la entrada a la casa fortificada, Falquián y Kalten se encaminaron sin tardanza al estudio del preceptor, ubicado en la torre sur.

Vanion estaba sentado junto a la amplia mesa del centro de la habitación, frente a una pila de documentos, y Sephrenia se hallaba al lado del fuego con su inevitable taza de té en la mano. Miraba las danzantes llamas con un brillo misterioso en los ojos.

Vanion alzó la vista y percibió las manchas de sangre en el jubón de Kalten.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió.

—Nuestros disfraces no surtieron efecto —repuso Kalten, encogiéndose de hombros—. Un grupo de soldados eclesiásticos nos acorraló en un callejón. No es nada grave.

Sephrenia se levantó de la silla y se acercó a ellos.

—¿Os ha curado alguien? —preguntó.

—Falquián me cubrió la herida con un vendaje.

—¿Por qué no me dejáis echarle un vistazo? A veces los vendajes de Falquián son un tanto rudimentarios. Sentaos y desabrochaos el jubón.

Kalten rezongó un poco, pero siguió sus instrucciones.

La mujer desanudó la tela y observó el corte con labios fruncidos.

—¿La limpiasteis? —preguntó a Falquián.

—La lavé con un poco de vino.

—Oh, Falquián —exclamó con un suspiro.

A continuación volvió a ponerse en pie y encargó a uno de los jóvenes centinelas los útiles que precisaba.

—Falquián trae noticias frescas —indicó Kalten al preceptor.

—¿De qué tipo? —se interesó Vanion.

—Encontré a Krager —explicó Falquián tras tomar asiento—. Se hospeda en un burdel, cerca de la Puerta del Oeste.

—¿Qué hacíais en un burdel? —preguntó Sephrenia, al tiempo que enarcaba una ceja.

—Es una larga historia —replicó, con un leve rubor en su rostro—. Algún día os la contaré. El caso es que —prosiguió— el barón Harparín acudió también al prostíbulo y...

—¿Harparín? —repitió Vanion, estupefacto—. ¿En un prostíbulo? Tenía menos motivos que vos para entrar en uno de esos establecimientos.

—Fue para entrevistarse con Krager. Conseguí entrar y apostarme en la habitación contigua a la que utilizaron para el encuentro.

Continuó su narración y expuso las líneas principales del enrevesado plan ideado por el primado Annias. Vanion entrecerró los ojos cuando Falquián finalizó su informe.

—Es más despiadado de lo que pensaba —aseveró—. Nunca lo hubiera imaginado capaz de recurrir a un asesinato masivo.

—Vamos a desbaratar su estratagema, ¿no es cierto? —inquirió Kalten, mientras Sephrenia le lavaba la herida.

—Por supuesto —repuso Vanion con aire ausente; cavilaba con la mirada perdida en el techo—. Me parece que he encontrado el modo de resolverlo. ¿Os encontráis en

condiciones de montar? —preguntó a Kalten.

—Esta herida es apenas un arañazo —le aseguró Kalten, al tiempo que Sephrenia le aplicaba una compresa en el corte.

—Estupendo. Os dirigiréis a la casa principal de Demos. Tomad el mayor número posible de hombres y emprended camino hacia el castillo del conde Radun en Arcium. Manteneos alejados de las vías principales. No conviene que Martel se entere de vuestra partida. Falquián, vos os encargaréis de conducir a los caballeros de Cimmura. Acordad con Kalten un punto de encuentro en Arcium.

—Si cabalgamos en bloque —objetó Falquián con un movimiento de cabeza—, Annias pensará que tramamos algo. Si despertamos sus sospechas, podría aplazar la operación y atacar el castillo del conde en cualquier otro momento en que no nos hallemos presentes.

—Tenéis razón —admitió Vanion, a la vez que arrugaba el entrecejo—. Tal vez vuestros hombres deberían salir paulatinamente de Cimmura.

—Perderíamos mucho tiempo de ese modo —intervino Sephrenia, que rodeaba con una venda limpia el pecho de Kalten—, y las idas y venidas sigilosas atraen más la atención que las actuaciones abiertas. —Comprimió los labios pensativamente—. ¿Todavía forma parte de las propiedades de la orden el claustro del camino de Cardos?

Vanion asintió.

—No obstante, su apariencia es totalmente ruinosa.

—¿No constituye ésta una excelente ocasión para restaurarlo?

—No acabo de comprender que propósito encierra vuestra mente, Sephrenia.

—Debemos encontrar alguna excusa que justifique la salida conjunta de Cimmura de gran parte de los pandion. Si acudierais a palacio para informar al consejo de vuestra intención de emplear a todos vuestros caballeros en la reparación del claustro, Annias creería que os tiene en su poder. Al salir, podríais trasladar cargamentos de herramientas y material de construcción para conferir credibilidad al desplazamiento. Una vez fuera de Cimmura, no existe ningún problema para cambiar de destino sin que nadie lo perciba.

—Parece plausible, Vanion —opinó Falquián—. ¿Vendréis con nosotros?

—No —respondió Vanion—. Tendré que ir a Chyrellos para informar de la estratagema de Annias a los pocos miembros de la jerarquía eclesiástica que nos son favorables.

Falquián asintió con un gesto; entonces recordó algo.

—No puedo asegurarlo completamente —dijo—, pero creo que hay alguien en Cimmura que me espía, y no creo que se trate de un elenio. He sido entrenado para reconocer el sutil cariz de las mentes estirias —agregó, con una sonrisa hacia Sephrenia—. Ignoro el motivo, pero ese espía es capaz de distinguirme con cualquier tipo de disfraz que lleve. Cada vez me siento más convencido de que él alertó a los soldados de la Iglesia y provocó su ataque. Si fuera cierto, su persona está vinculada a Annias.

—¿Qué aspecto tiene? —inquirió Sephrenia.

—No puedo precisarlo. Lleva una túnica con capucha y mantiene el rostro oculto.

—Cuando esté muerto no podrá continuar con sus informaciones a Annias —simplificó el asunto Kalten—. Tendedle una emboscada en la carretera de Cardos.

—¿No resulta un método demasiado directo? —reparó Sephrenia tras acabar de atarle el vendaje.

—Soy un hombre sencillo, Sephrenia. Las complicaciones no me agradan.

—Quiero acabar de pulir los detalles —afirmó Vanion y agregó en dirección a Sephrenia—: Kalten y yo cabalgaremos hasta Demos. ¿Deseáis regresar a la casa principal?

—No —replicó—, partiré con Falquián para prevenir que ese estirio que vigila sus pasos lo siga una vez más. Yo sabré cómo enfrentarme a él sin recurrir al asesinato.

—De acuerdo —concluyó Vanion mientras se ponía en pie—. Falquián, vos y Kalten os ocuparéis de las carretas con el material de construcción. Yo iré al palacio a contar unas cuantas mentiras. Partiremos tan pronto como regrese.

—¿No me encomendáis ningún quehacer? —preguntó Sephrenia.

—¿Por qué no tomáis otra taza de té, Sephrenia? —repuso Vanion sonriente.

—Gracias, Vanion. Creo que así lo haré.

Capítulo ocho

El tiempo se había enfriado y el lúgubre cielo de la tarde escupía gruesos copos de nieve. Un centenar de caballeros pandion, ataviados con sus capas y armaduras negras, atravesaban al trote la profusa arboleda de la región colindante con Arcium, con Falquián y Sephrenia a la cabeza. Habían transcurrido cinco días desde que emprendieran el viaje.

Falquián contempló el cielo y estiró las riendas del caballo negro que le había correspondido en suerte. El animal se encabritó y arañó el aire con sus patas delanteras.

—Oh, basta ya —le ordenó Falquián, irritado.

—Es un gran entusiasta, ¿no os parece? —apuntó Sephrenia.

—Pero no muy inteligente. Representará una alegría para mí reunirme con Kalten y recuperar a *Faran*.

—¿Por qué nos detenemos?

—Se aproxima el anochecer, y aquel bosquecillo de allí parece libre de maleza. Podemos asentar el campamento allí. —Entonces alzó la voz para llamar a alguien de atrás—. ¡Sir Parasim! —gritó.

El joven caballero de cabello color miel avanzó a su encuentro.

—¿Sí, mi señor Falquián? —inquirió con su suave voz de tenor.

—Pasaremos la noche aquí —le informó Falquián—. Cuando lleguen los carromatos, disponded la tienda de Sephrenia y ocupaos de que disponga de cuanto necesite.

—Desde luego, mi señor.

El cielo había adoptado una fría tonalidad púrpura mientras Falquián supervisaba el asentamiento del campamento y distribuía las guardias. Caminó entre las tiendas y las vacilantes llamas que hacían las veces de cocina. Luego se reunió con Sephrenia junto a la pequeña fogata que crepitaba frente a su tienda, que quedaba ligeramente apartada del resto. Esbozó una sonrisa al ver su sempiterna olla de té encima del trípode metálico que había colocado sobre el fuego.

—¿Algún detalle divertido, Falquián? —preguntó.

—No —repuso éste—. En realidad, no —y, tras volverse hacia los imberbes caballeros que revoloteaban para preparar la cena, agregó como hablando para sí—: Parecen tan jóvenes..., apenas unos muchachos.

—Así son las cosas, Falquián. Los viejos toman las decisiones y los jóvenes las ejecutan.

—¿Fui yo tan joven alguna vez?

—Oh, sí, querido Falquián —respondió entre risas la mujer—. No podríais recordar a aquellos dos adolescentes, vos y Kalten, que acudieron a mi primera clase. Sentí como si me hubieran encargado de un par de niños.

El semblante de Falquián expresó pesar.

—Supongo que con eso habéis contestado sobradamente a mi pregunta, ¿no creéis? —espetó mientras acercaba las manos al calor de la lumbre—. Hace frío esta noche. Tengo la impresión de que se me diluyó la sangre durante mi estancia en Jiroch. La verdad es que no he encontrado la temperatura de mi agrado desde que regresé a Elenia. ¿Os ha traído Parasim la cena?

—Sí. Es un muchacho encantador, ¿no os parece?

—Probablemente se ofendería si os oyera referiros a él de esa forma —comentó

Falquián con una carcajada.

—Es la pura verdad, ¿no?

—Por supuesto, pero se sentiría molesto igualmente. Los caballeros jóvenes son siempre muy sensibles.

—¿Le habéis escuchado cantar alguna vez?

—Una. En la capilla.

—Tiene una voz gloriosa.

Falquián hizo un gesto afirmativo.

—No me parece apropiado que pertenezca a una orden militar. Un monasterio normal se acoplaría mejor a su temperamento. —Miró alrededor y después salió del círculo de luz, arrastró un tronco junto al fuego y lo cubrió con su capa—. No es el asiento idóneo —se disculpó—, pero resulta más cómodo que el suelo.

—Gracias, Falquián —aceptó ella con una sonrisa—. Sois muy amable.

—Supongo que aún conservo algunos modales. Me temo que éste representará un duro viaje para vos —añadió, mientras la miraba gravemente.

—Podré soportarlo, querido.

—Seguramente, pero no pretendáis alardear de un coraje innecesario. Si os fatigáis o tenéis frío, no dudéis en hacérmelo saber.

—No temáis por mí, sobreviviré. Los estirios somos gente muy curtida.

—Sephrenia —dijo él entonces—, ¿cuánto tiempo transcurrirá hasta que los doce caballeros que se hallaban en la sala del trono con vos comiencen a perecer?

—Es imposible de prever, Falquián.

—Me refería a si percibiréis en cada caso cuándo sucede.

—Sí. De momento, deben entregarme sus espadas a mí.

—¿Sus espadas?

—Las espadas fueron los instrumentos del hechizo y simbolizaban la carga que ha de transferirse.

—¿No hubiera sido más aconsejable distribuir esa responsabilidad?

—Yo lo establecí así.

—Tal vez os hayáis equivocado.

—Tal vez, pero la decisión fue mía.

—Deberíamos tratar de hallar un remedio en lugar de cabalgar a través de medio reino de Arcium —estalló con furia, luego comenzó a caminar con impaciencia de un lado a otro.

—También este asunto es importante, Falquián.

—No podría soportar perderos a vos y a Ehlana —aseguró—, ni a Vanion tampoco.

—Todavía disponemos de tiempo, querido. Falquián dejó escapar un suspiro.

—¿Estáis confortablemente instalada, entonces? —inquirió. —Sí. Tengo cuanto preciso.

—Tratad de conciliar un sueño reparador. Partiremos temprano. Buenas noches, Sephrenia.

—Que durmáis bien, Falquián.

Al despertar Falquián, el amanecer comenzaba a bañar con su luz el bosque. Al vestirse la armadura se estremeció con el frío contacto de las láminas. Luego salió de la tienda que compartía con cinco caballeros más y contempló el campamento dormido. Delante de donde descansaba Sephrenia crepitaba nuevamente una fogata y su vestido blanco relucía bajo la luz plomiza del alba.

—Os habéis levantado muy temprano —la saludó mientras se acercaba a ella.

—Igual que vos. ¿Cuánto falta para llegar a la frontera?

—Si no encontramos ningún contratiempo, entraremos en Arcium hoy mismo.

En aquel momento, de algún lugar de la espesura llegó hasta ellos un peculiar sonido, similar al de una flauta. La melodía se escuchaba en un tono quedo; sin embargo, no era triste, por el contrario, parecía imbuida de una serena alegría.

Sephrenia abrió los ojos de par en par y realizó un gesto característico con la mano derecha.

—¿Será un pastor? —apuntó Falquián.

—No, no se trata de un pastor —afirmó la mujer, al tiempo que se erguía—. Venid conmigo, Falquián —añadió mientras se alejaba del fuego.

El cielo se aclaraba por momentos. Se dirigieron al prado que se extendía al sur de su asentamiento, guiados por el extraño sonido. Encontraron al centinela que Falquián había apostado allí.

—¿Lo habéis oído vos también, mi señor Falquián? —preguntó el caballero de negra armadura.

—Sí. ¿Habéis podido concretar quién es o de dónde procede?

—No sabría decir quién la produce, pero la melodía parece originarse en aquel árbol que hay en el centro del prado. ¿Queréis que os acompañe?

—No. Quedaos aquí. Ya lo averiguaremos nosotros.

Sephrenia, que se había adelantado ya unos pasos, se encaminaba hacia el lugar indicado.

—Será mejor que me dejéis aproximarme a mí primero —aconsejó Falquián al alcanzarla.

—No entraña ningún peligro, Falquián.

Cuando llegaron al pie del árbol, el caballero escrutó su umbrío ramaje y descubrió al misterioso músico. Era una niña de unos seis años, de cabello oscuro y liso y grandes ojos negros como el azabache. Una guirnalda de hierbas trenzadas le rodeaba la frente. Sentada en una rama, tocaba una rudimentaria flauta de pan idéntica a la utilizada habitualmente por los pastores de cabras. A pesar del frío, llevaba únicamente un vestido de lino con un cinturón, que dejaba al descubierto sus brazos y piernas. Los pies, desnudos y manchados de hierba, colgaban cruzados, y su dueña parecía haber hallado un equilibrio perfecto sobre la mínima superficie que la sostenía.

—¿Cómo ha llegado aquí? —inquirió Falquián, desconcertado—. No existe ninguna casa ni ningún pueblo en los alrededores.

—Creo que nos esperaba —repuso Sephrenia.

—Eso es absurdo —adujo él—. ¿Cómo te llamas, pequeña? —añadió en dirección a la niña.

—Dejadme preguntar a mí —intervino Sephrenia—. Es estiria, y los niños estirios suelen ser tímidos.

Entonces se bajó la capucha y habló en un dialecto desconocido para Falquián.

La pequeña apartó de sus labios la tosca flauta, y su sonrisa trazó en su rostro un diminuto arco sonrosado.

Sephrenia le formuló otra pregunta con una suave e insólita entonación.

La niña agitó la cabeza a modo de negación.

—¿Vive en alguna casa oculta en el bosque? —preguntó Falquián.

—No, no tiene su hogar en las proximidades —respondió Sephrenia.

—¿Acaso no habla?

—Prefiere no hacerlo.

—Bien, no podemos dejarla aquí —reflexionó Falquián tras escrutar los alrededores—. Ven, pequeña —dijo, y ofreció sus brazos a la niña.

Ésta le dedicó una sonrisa y saltó de la copa del árbol a sus manos. Resultaba una criatura muy liviana y su pelo olía a hierba y a bosque. Se abrazó confiada al cuello de Falquián y luego arrugó la nariz al percibir el olor de su armadura.

Al depositarla en el suelo, se acercó inmediatamente a Sephrenia, tomó las menudas manos de la mujer entre las suyas y las besó. Entre ellas pareció establecerse algún tipo de comunicación exclusivamente estiria, un contacto que Falquián no alcanzaba a comprender. Sephrenia la tomó en sus brazos y la apretó contra su seno.

—¿Qué vamos a hacer con ella, Falquián? —preguntó con inusitada preocupación.

Su semblante denotaba la importancia que, por alguna razón desconocida, aquel encuentro revestía para ella.

—Supongo que deberemos cuidar de ella hasta que hallemos a alguien a quien confiarla. Volvamos al campamento y buscaremos alguna prenda que le sirva de abrigo.

—Y también algo para desayunar —añadió Sephrenia.

—¿Te apetecería, Flauta? —interrogó Falquián a la pequeña, la cual sonrió a la vez que asentía.

—¿Por qué la has llamado así? —inquirió Sephrenia.

—Algún nombre debemos darle, al menos hasta que averigüemos el suyo, si es que lo tiene. Regresemos junto al calor del fuego —propuso, y se encaminó hacia las tiendas.

Cruzaron la frontera con Arcium cerca de la ciudad de Dieros y, para evitar una vez más el contacto con los habitantes de la zona, avanzaron paralelamente a la carretera que cubría el rumbo este, prudentemente alejados de la frecuentada ruta. El paisaje del reino de Arcium se distinguía netamente del de Elenia. En contraste con la tierra vecina del norte, Arcium poseía la apariencia de un reino amurallado; los muros flaqueaban los caminos y parcelaban los pastos, a menudo según oscuros motivos. Las paredes eran altas y gruesas, y Falquián, con frecuencia, se veía obligado a efectuar largos rodeos con sus hombres para sortearlas. Esta circunstancia le trajo a la memoria el irónico comentario realizado por un patriarca eclesiástico del siglo veinticuatro, quien, tras haber viajado de Chyrellos a Larium, se había referido a Arcium como «el jardín de piedra del Señor».

Al día siguiente se adentraron en un gran bosque de abedules, despojados ya de sus hojas por el invierno. A medida que se aproximaba al corazón de la gélida floresta, Falquián comenzó a percibir el olor del humo y, al poco trecho, divisó un oscuro manto tendido entre los desnudos troncos blancos de los árboles. Ordenó a la columna que se detuviera y se adelantó para investigar.

Había recorrido aproximadamente una milla cuando topó con un grupo de rudimentarias chozas estirias. Todavía eran pasto de las llamas y a su alrededor yacían numerosos cadáveres. Mientras profería múltiples blasfemias, Falquián volvió grupas y espoleó al airoso caballo negro para reunirse nuevamente con su tropa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sephrenia, que había reparado en su lúgubre semblante—. ¿De dónde proviene esa humareda?

—Un pueblo estirio se asentaba en aquel lugar —replicó él sombríamente—. Ambos sabemos qué significa ese humo.

—Ah —suspiró Sephrenia.

—Será mejor que permanezcáis aquí con la niña hasta que les hayamos dado sepultura.

—No, Falquián. Este tipo de tragedias forman parte de su herencia racial. Todos los estirios conocen su existencia. Además, tal vez yo pueda ayudar a los supervivientes, si queda alguno.

—Como os plazca —repuso lacónico Falquián antes de reemprender bruscamente la marcha de la columna, imbuido por una profunda ira.

Rastrearon algunas huellas del desesperado intento de defensa realizado por los desventurados estirios, quienes finalmente habían sucumbido ante la superioridad numérica y los brutales métodos empleados por sus atacantes. Falquián organizó la distribución de las tareas: algunos de sus hombres se encargaron de cavar las fosas y otros de apagar el fuego.

Sephrenia se acercó. Al cruzar el atestado claro su rostro mostraba una mortal palidez.

—Sólo hay algunas mujeres entre los muertos —informó—. Seguramente el resto huyó a los bosques.

—Tratad de convencerlas para que regresen —indicó Falquián.

Después dirigió la mirada a sir Parasim, el cual sollozaba tristemente mientras excavaba una sepultura. Era evidente que aquel joven caballero no estaba emocionalmente preparado para realizar aquel tipo de labor.

—Parasim —ordenó Falquián—, acompañad a Sephrenia.

—Sí, mi señor —respondió Parasim, al tiempo que dejaba caer la pala.

Por fin los muertos fueron confiados a la tierra, y Falquián murmuró una breve plegaria elenia sobre sus tumbas. Probablemente no resultaba lo más adecuado para los estirios, pero era cuanto podía hacer.

Una hora más tarde, regresaron Sephrenia y Parasim.

—¿Ha habido suerte? —inquirió Falquián.

—Las hemos encontrado —repuso la mujer—, pero se niegan a salir de la espesura.

—Es comprensible —aceptó él—. Intentaremos recomponer alguna de estas casas para que puedan guarecerse del frío.

—No perdáis el tiempo, Falquián. Jamás volverán a este lugar. El motivo radica en uno de los dictados de la religión estiria.

—¿Os dieron alguna pista de la dirección que tomaron los elenios responsables de la matanza?

—¿Qué tramáis, Falquián?

—Castigarlos, y sólo ejecutaría una de las leyes de la religión elenia.

—No. Si ésas son vuestras intenciones, no os revelaré hacia dónde se han encaminado.

—No pienso dejar impune este acto de barbarie. Sois libre para ocultármelo; sin embargo, si no tengo otra opción, comenzaré a buscar su rastro.

Sephrenia lo miró indefensa, luego sus ojos adquirieron un aire de picardía.

—¿Hacemos un trato, Falquián? —propuso.

—Os escucho.

—Os confiaré dónde podéis hallarlos si me prometéis que no mataréis a nadie.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes con la cara todavía congestionada por la rabia—. ¿Por dónde partieron?

—Aún no he acabado —apuntó—. Vos os quedaréis aquí conmigo. Os conozco lo bastante como para saber que a veces no podéis controlarlos. Enviad a otra persona.

—¡Lakus! —bramó después de mirar airadamente a Sephrenia.

—No —opuso ésta—, Lakus no. Ese caballero es tan sanguinario como vos.

—¿Quién entonces?

—Parasim me parece apropiado.

—¿Parasim?

—Se trata de una persona reposada. Si le advierto que no debe haber muertos,

obedecerá.

—Acepto el trato, pues —concedió Falquián mientras apretaba los dientes—. Parasim —llamó al joven caballero, que deambulaba pesaroso en las proximidades—, tomad una docena de hombres y cargad contra los animales que masacraron a esta gente. No matéis a nadie, pero aseguraos de que lamenten profundamente haber concebido tal idea.

—Sí, mi señor —repuso Parasim, con los ojos súbitamente relumbrantes como el acero.

Tras recibir las instrucciones de Sephrenia, retrocedió hacia el punto donde se reunían los restantes caballeros, y, tras detenerse a medio camino para arrancar de cuajo un espino, lo descargó con fuerza sobre un inofensivo abedul al que desprendió parte de su blanca corteza.

—Oh, Dios —murmuró Sephrenia.

—Se comportará según las instrucciones —la tranquilizó Falquián, riendo sin alegría—. He depositado grandes esperanzas en ese joven y confío plenamente en su capacidad de distinción entre lo bueno y lo malo.

A unos pasos de distancia, Flauta, de pie entre las tumbas, interpretaba con su instrumento una suave melodía que parecía expresar un inconmensurable duelo.

El tiempo continuó frío e inestable, si bien no se produjeron nevadas de consideración. Después de una semana de viaje, llegaron a las ruinas de un castillo emplazado a seis o siete leguas de la ciudad de Darra. Allí los aguardaban Kalten y el grueso del ejército de los caballeros pandion.

—Empezaba a creer que os habíais perdido —bromeó Kalten a modo de saludo.

Entonces miró con curiosidad a Flauta, que se hallaba sentada en la parte delantera de la silla de Falquián, con los pies desnudos apoyados a un lado del cuello del caballo y el cuerpo arrebujado bajo la capa del caballero.

—¿No es algo tarde para formar una familia?

—La encontramos en el camino —replicó Falquián mientras tendía la pequeña a Sephrenia.

—¿Por qué no le habéis puesto zapatos?

—Ya lo hicimos, pero los pierde todos. Hay un convento de monjas al otro lado de Darra. La dejaremos allí.

—¿Ofrece esta edificación algún tipo de cobijo? —añadió Falquián, al tiempo que observaba las ruinas agazapadas sobre la colina encima de ellos.

—Escasamente, pero al menos protege del viento.

—Entremos, pues. ¿Me ha traído Kurik a *Faran* y la armadura?

Kalten hizo un gesto afirmativo.

—Estupendo. Este caballo resulta un tanto fogoso y la vieja armadura de Vanion me ha producido más llagas de las que soy capaz de contar.

Cabalaron hasta el castillo, donde encontraron a Kurik y al joven novicio, Berit, que los esperaban.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Kurik sin ceremonias.

—Es un largo camino, Kurik —explicó Falquián a la defensiva—, y las carretas no pueden avanzar tan deprisa.

—Deberíais haberlas dejado atrás.

—Transportaban la comida y el equipo de acampada.

—Pongámonos a cubierto —gruñó Kurik—. He encendido una fogata en lo que queda de la torre de vigilancia.

Después miró extrañado a Sephrenia, que llevaba a Flauta en brazos.

—Señora —saludó respetuosamente.

—Querido Kurik —respondió cariñosamente ésta—, ¿cómo están Aslade y los muchachos?

—Bien, Sephrenia —replicó Kurik—. A decir verdad, se encuentran perfectamente.

—Me alegra saberlo.

—Kalten nos había comunicado que vos también vendrías —dijo el escudero—. De modo que he puesto agua a hervir para preparar vuestro té. ¿Nos ocultabais un secreto? —agregó tras mirar a Flauta, que escondía su rostro en el de Sephrenia.

—Has hecho referencia a la especialidad de los estirios, Kurik —repuso la mujer mientras reía a carcajadas.

—Pasad todos y calentaos —propuso Kurik, y comenzó a guiarlos entre los escombros diseminados por el patio. Por su parte, Berit se hacía cargo de los caballos.

—¿No os habréis equivocado al traerlo? —preguntó Falquián, al tiempo que señalaba hacia atrás por encima del hombro en dirección al novicio—. Resulta demasiado joven para participar en una batalla de estas características.

—No le ocurrirá nada, Falquián —replicó Kurik—. Lo llevé unas cuantas veces al campo de entrenamiento de Demos y le enseñé algunas tácticas. Es diestro y aprende rápidamente.

—De acuerdo, Kurik —cedió Falquián—, pero cuando comience la lucha, quédate a su lado. No quiero que caiga herido.

—Siempre he procurado protegeros a vos, ¿no es cierto?

—En efecto —respondió Falquián con una sonrisa—. Al menos que yo recuerde.

Pasaron la noche en el devastado castillo y al día siguiente partieron a hora temprana. La fuerza que habían reunido aglutinaba a unos quinientos guerreros. Cabalgaron con rumbo sur bajo un cielo amenazador. Más allá de Darra había un convento de amarillentos muros de arenisca y rojizos tejados. Falquián y Sephrenia se desviaron de la ruta, cruzaron un prado de hierbas requemadas por el frío y se dirigieron a la edificación.

—¿Cómo se llama la niña? —inquirió la madre superiora cuando los admitieron a su presencia en una austera estancia caldeada tan sólo por un pequeño brasero.

—No habla, madre —repuso Falquián—, y como constantemente toca ese caramillo la llamamos Flauta.

—Resulta un nombre hartamente insólito, hijo.

—A la pequeña parece gustarle, madre —intervino Sephrenia.

—¿Tratasteis de encontrar a sus padres?

—No había nadie en los alrededores del lugar donde la hallamos —explicó Falquián.

—La niña es estiria —señaló la madre superiora tras mirar gravemente a Sephrenia—. ¿No sería más conveniente dejarla al cuidado de una familia de su misma raza y religión?

—Asuntos urgentes nos reclaman —respondió Sephrenia—, y los estirios son muy hábiles para ocultarse si lo pretenden.

—Por supuesto, ya sabéis que si permanece aquí la educaremos de acuerdo con las creencias elenias.

—Lo *intentaréis*, madre —puntualizó Sephrenia con una sonrisa—. No obstante, creo que tendréis ocasión de descubrir lo poco amena que es su conversación. ¿Vamos, Falquián?

Se reunieron con la columna y prosiguieron en dirección sur.

Primero avanzaron con un animado trote y después con un atronador galope. Detrás de una loma, Falquián refrenó bruscamente a *Faran* para observar estupefacto a

Flauta, que se hallaba sentada con las piernas entrecruzadas en una gran roca tocando la flauta.

—¿Cómo has...? —comenzó a decir, pero se detuvo al instante—. Sephrenia —llamó, pero la mujer de vestido blanco ya había desmontado y se acercaba a la niña al tiempo que le hablaba suavemente en aquel extraño dialecto estirio.

Flauta cesó de ejecutar la melodía y sonrió burlonamente a Falquián. Sephrenia soltó una carcajada mientras tomaba en brazos a la pequeña.

—¿Cómo ha logrado adelantarnos? —preguntó desconcertado Kalten.

—¿Quién sabe? —replicó Falquián—. Supongo que tendré que devolverla al convento.

—No, Falquián —intervino Sephrenia—. Quiere venir con nosotros.

—Esa pretensión es descabellada —exclamó Falquián con brusquedad—. No voy a llevar a una niña a una batalla.

—No os preocupéis por la pequeña, Falquián. Yo me ocuparé de ella. —Entonces sonrió a la pequeña acurrucada en sus brazos—. La cuidaré como si fuera mi propia hija —añadió, a la vez que apoyaba su mejilla en los resplandecientes cabellos negros de Flauta—. En cierto modo, puede hacerse esa afirmación.

—La decisión es vuestra —concedió Falquián.

Acababa de hacer volver grupas a *Faran* cuando experimentó un súbito escalofrío acompañado de la sensación de ser el receptor de un odio implacable.

—¡Sephrenia! —gritó abruptamente.

—¡Yo también lo he notado! —respondió ésta mientras abrazaba a la pequeña contra sí—. ¡Va dirigido hacia la niña!

Flauta forcejeó suavemente, y Sephrenia, sorprendida, la dejó en el suelo.

El rostro de la pequeña reflejaba determinación y también expresión de preocupación más que de rabia o miedo. Se acercó la flauta a los labios y comenzó a tocar. Esta vez la melodía había abandonado aquel ligero aire en tono menor que había interpretado otras veces y se alzaba como algo sombrío e inquietante.

De repente, a unos pasos de distancia, escucharon un repentino aullido de dolor y asombro que comenzó a perder rápidamente intensidad, como si el ente que lo había emitido emprendiera la huida a una velocidad inimaginable.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Kalten.

—Un espíritu enemigo —replicó tranquilamente Sephrenia.

—¿Qué es lo que lo ha empujado a retroceder?

—La música de la niña. Parece que ha aprendido a protegerse.

—¿Tú comprendes algo de lo que ocurre? —preguntó Kalten a Falquián.

—Apenas. Pongámonos en marcha. Todavía nos queda un par de días de camino.

El castillo del conde Radun, tío del rey Dregos, estaba encaramado en un alto promontorio rocoso. Al igual que la mayor parte de las fortalezas de los reinos del sur, se hallaba rodeado de imponentes muros. El tiempo había experimentado una considerable mejoría, y el sol del mediodía brillaba con fuerza cuando Falquián, Kalten y Sephrenia, que llevaba todavía a Flauta en la parte delantera de su silla, atravesaron el amplio prado de hierbas amarillentas en dirección a la ciudadela.

Les franquearon la entrada sin formular preguntas; en el patio los recibió el conde, un hombre fornido de anchas espaldas y pelo canoso. Vestía un jubón de color verde oscuro con adornos negros, rematado por una blanca gorguera almidonada. Este atuendo se ajustaba a un estilo que, por razones de moda, los elenios habían dejado de utilizar hacía varias décadas.

Falquián descendió del caballo.

—Vuestra hospitalidad es legendaria, mi señor —saludó—, pero nuestra visita no posee un carácter meramente social. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado? Debemos poneros al corriente de un asunto de cierta urgencia.

—Desde luego —respondió el conde—. Si sois tan amables de acompañarme.

Cruzaron tras él las enormes puertas del castillo y prosiguieron por un amplio corredor, al final del cual el conde abrió una puerta con una llave de bronce.

—Mi estudio privado —declaró modestamente—. Me siento bastante orgulloso de mi colección de libros. Tengo casi dos docenas.

—Formidable —murmuró Sephrenia.

—¿Tal vez os gustaría leer alguno, señora?

—La dama no lee nunca —le explicó Falquián—. Es estiria, iniciada en los secretos de su culto, y posee la convicción de que la lectura podría interferir en sus habilidades.

—¿Una bruja? —preguntó el anfitrión mientras observaba a la menuda mujer—. ¿De veras?

—Nosotros preferimos aludir a esas artes con otras palabras, mi señor —replicó dulcemente Sephrenia.

—Dignaos tomar asiento —indicó el conde, al tiempo que señalaba la gran mesa ubicada bajo una mancha de sol invernal que entraba por la ventana, protegida con gruesos barrotes—. Siento curiosidad por enterarme de la naturaleza de ese asunto que habéis mencionado.

—¿Os dice algo el nombre de Annias, primado de Cimmura, mi señor? —preguntó Falquián tras desprenderse del yelmo y los guanteletes.

—He oído hablar de él —replicó brevemente con la cara ensombrecida.

—En ese caso, ¿conocéis su reputación?

—Así es.

—Bien. De forma casi accidental, sir Kalten y yo descubrimos un plan urdido por el primado. Por fortuna, Annias no sabe que nosotros tenemos conocimiento de sus intenciones. ¿Habitualmente permitís la entrada a los caballeros de la Iglesia en vuestra morada sin cuestionar su identidad?

—Por supuesto. Venero a la Iglesia y trato honorablemente a sus caballeros.

—Dentro de pocos días, una semana a lo sumo, cabalgará hasta vuestras puertas un numeroso grupo de hombres vestidos con armaduras negras que llevarán los estandartes de los caballeros pandion. Os aconsejo que no los admitáis.

—Pero...

—No serán pandion, mi señor —aclaró Falquián, levantando una mano—. Se trata de mercenarios que actúan bajo el mando de un renegado llamado Martel. Si los dejáis entrar, matarán a todo aquel que se halle albergado en estos muros, a excepción de uno o dos eclesiásticos que se ocuparán de ventear la noticia del ultraje.

—¡Monstruoso! —exclamó el conde, boquiabierto—. ¿Qué motivos puede tener el primado para profesarme un odio tan encarnizado?

—El objeto no va dirigido contra vos, conde Radun —le explicó Kalten—. Vuestro asesinato pretende desacreditar a los caballeros pandion. Annias alberga la esperanza de que tal hecho encienda las iras de la jerarquía eclesiástica hasta el punto de obligarnos a disgregar la orden.

—Debo remitir un mensaje a Larium de inmediato —declaró el noble—. Mi sobrino puede enviar un ejército que llegaría aquí en pocos días.

—No será necesario, mi señor —afirmó Falquián—. He traído conmigo a quinientos caballeros genuinamente pandion. Se hallan ocultos en los bosques situados al norte de vuestro castillo. Con vuestro permiso, haré entrar a un centenar de ellos en el

recinto amurallado para reforzar vuestra guarnición. Cuando aparezcan los mercenarios, dadles cualquier excusa, pero no les franqueéis el paso.

—¿No parecerá extraño? —inquirió Radun—. Tengo fama de ser hospitalario, especialmente con los caballeros de la Iglesia.

—El puente levadizo —insinuó Kalten.

—¿A qué os referís?

—Decidles que el torno que pone en acción el puente levadizo está roto, que habéis encargado a algunos hombres su reparación, y que, por lo tanto, deben tener un poco de paciencia.

—No estoy dispuesto a mentir —objetó rígidamente el conde.

—Eso no constituye ningún problema, mi señor —le aseguró Kalten—. Yo mismo me ocuparé de romper el torno para que vuestra conciencia quede tranquila.

El anfitrión lo observó unos instantes y luego estalló en carcajadas.

—Si los mercenarios permanecen fuera del castillo —prosiguió Falquián—, los muros les dejarán poco margen de maniobra, con lo que podremos atacarlos por la retaguardia.

—Cuando los aplastemos contra la pared será tan fácil como rallar queso —aseguró Kalten con una mueca.

—Además, yo puedo lanzarles algunos objetos de interés desde las almenas —agregó el conde con una sonrisa—. Mis obsequios pueden consistir en flechas, piedras, resina ardiente...

—Vos y yo vamos a confraternizar, mi señor —le anunció Kalten.

—Por supuesto, me encargaré de que esta dama y la niña tengan un refugio seguro aquí adentro —añadió Radun.

—No, mi señor —se opuso Sephrenia—. Acompañaré a sir Falquián y sir Kalten a nuestro campamento oculto. El individuo que ha mencionado Falquián, Martel, es un antiguo pandion y ha ahondado profundamente en el conocimiento secreto prohibido a los hombres honestos. Quizá, sea necesario contrarrestar sus artes, y yo soy la persona más indicada para tal quehacer.

—Pero la niña...

—La pequeña debe acompañarme —aseveró Sephrenia con firmeza. Entonces dirigió la mirada a Flauta, que comenzaba a abrir con curiosidad un libro—. ¡No! —exclamó, probablemente con más brusquedad de la pretendida.

Después se levantó y le apartó el ejemplar de las manos. Flauta dejó escapar un suspiro mientras Sephrenia la aleccionaba brevemente en aquel dialecto desconocido por Falquián.

Dada la imposibilidad de prever el momento de la llegada de los hombres de Martel, los pandion no encendieron hogueras aquella noche. Al despuntar el nuevo día, gélido y despejado, Falquián salió de las mantas y contempló con cierto desagrado la armadura; tenía la certeza de que tardaría una hora en desprender el frío y la humedad de su cuerpo. Al decidir que aún no estaba preparado para enfrentarse con el contacto del metal, se ciñó la espada, se cubrió los hombros con su pesada capa y se abrió camino entre las tiendas en dirección a un arroyo que discurría por el bosque. La espesa arboleda encubría su presencia y la de sus caballeros.

Se arrodilló junto a la corriente y bebió en el cuenco de las manos; después, tras cobrar ánimos, se remojó la cara con las heladas aguas. A continuación se levantó, se secó con el borde de la capa y atravesó el estrecho cauce. El sol, recién aparecido, bañaba con sus haces los pelados árboles y se inclinaba entre los oscuros troncos para aplicar su fuego sobre las gotas de rocío, que parecían cuentas de cristal ensartadas en

los tallos de las hierbas que pisaba. Falquián continuó su paseo por la floresta.

Habría recorrido aproximadamente una milla cuando divisó un prado entre los árboles. Mientras se aproximaba a él, oyó un repicar de cascos. Más adelante, en un lugar indeterminado, un caballo hollaba la hierba a medio galope. De pronto escuchó el sonido del caramillo de Flauta, que alzaba su voz en el aire matinal.

Prosiguió hasta llegar al extremo del claro y separó unos arbustos para observar.

Faran, con la piel reluciente bajo el sol, caminaba plácidamente con paso largo, dibujando una trayectoria circular que bordeaba el prado. No llevaba silla ni brida y sus pasos expresaban un estado exultante. Flauta permanecía tendida boca abajo sobre el lomo del caballo con el caramillo entre los labios; su cabeza descansaba confortablemente entre los hombros del animal y mantenía las rodillas cruzadas.

Su pequeño pie marcaba el ritmo sobre las ancas de *Faran*.

Falquián permaneció estupefacto unos segundos y luego entró en el prado. Tras detenerse justo delante del enorme ruano, extendió los brazos, y *Faran* aflojó el paso hasta pararse ante su amo.

—¿A qué se supone que te dedicas? —espetó Falquián.

Faran adoptó una expresión altanera y desvió la mirada.

—¿Acaso has perdido completamente el juicio?

Flauta continuaba tocando la misma canción, y *Faran* resopló y agitó la cola. Entonces la niña le golpeó imperiosamente la grupa varias veces con un pie manchado de hierba y el caballo esquivó netamente al encolerizado Falquián para reemprender su trote, amenizado por la música de Flauta.

Falquián profirió un juramento y corrió en pos de ellos. No obstante, al cabo de recorrer varias yardas, se detuvo jadeante, pues sabía que le sería imposible darles alcance.

—¿No os parece interesante? —indicó Sephrenia, al tiempo que emergía de la arboleda con su blanca vestidura resplandeciente bajo el sol.

—¿Podéis detenerlos? —le preguntó Falquián—. La niña se caerá y se lastimará.

—No, Falquián —discrepó Sephrenia—. No se caerá —afirmó, con la extraña y misteriosa certeza que a veces la caracterizaba.

A pesar de las décadas transcurridas en el seno de la sociedad elenia, Sephrenia continuaba fiel a su raza estiria, y los estirios siempre habían representado un enigma para los elenios. No obstante, los siglos de estrecho contacto entre las órdenes militares de la Iglesia elenia y sus tutores estirios habían enseñado a los caballeros eclesiásticos a aceptar las palabras de sus instructores sin cuestionarlas.

—Si estáis segura —dijo Falquián dubitativamente mientras miraba a *Faran*, que parecía haber perdido su habitual carácter violento.

—Sí, querido —aseveró, a la vez que ponía afectuosamente una mano sobre su brazo para tranquilizarlo—. Totalmente —y, al observar al voluminoso caballo y a su diminuto pasajero trazar gozosos círculos por el prado, bañados en la dorada luz matutina, agregó—: Dejadlos jugar un rato más.

A media mañana Kalten regresó del altozano situado al sur del castillo, desde el cual Kurik y él habían vigilado la carretera procedente de Sarrinium.

—Sin novedad —informó mientras desmontaba con un tintineo de su armadura—. ¿Crees que Martel podría evitar los caminos y lanzarse a campo traviesa?

—Es improbable —replicó Falquián—. Su objetivo consiste en evidenciar su presencia, ¿recuerdas? Necesita el mayor número posible de testigos.

—No se me había ocurrido —admitió Kalten—. ¿Has cubierto la vía procedente de Darra?

—Lakus y Berit montan guardia allí —explicó Falquián.

—¿Berit? —preguntó sorprendido Kalten—. ¿El aprendiz? ¿No es demasiado joven?

—Lo hará perfectamente. Es decidido y tiene sentido común. Por otra parte, Lakus lo sacará de las dificultades que pudieran surgir.

—Posiblemente tengas razón. ¿Queda algo de ese buey asado que ha enviado el conde?

—Sírvete tú mismo, aunque te advierto que no está caliente.

—Mejor carne fría que nada —repuso Kalten, encogiéndose de hombros.

El día transcurrió lentamente, como todas las jornadas consagradas a la espera; a la caída de la tarde, Falquián paseaba por el campamento, consumido por la impaciencia. Súbitamente Sephrenia salió de la pequeña tienda que compartía con Flauta y se situó enfrente del caballero de negra armadura, con un dedo sobre los labios.

—¿Vais a parar de una vez? —inquirió enojada.

—¿Parar de qué?

—De dar vueltas. Vuestra armadura resuena a cada paso, y ese ruido metálico resulta muy molesto.

—Lo siento. Me iré a deambular a otra parte.

—¿Por qué no os sentáis, simplemente?

—Supongo que a causa de los nervios.

—¿Nervioso vos?

—Me ocurre de vez en cuando.

—Bien, entonces, merodead lejos de aquí.

—Sí, pequeña madre —respondió obediente.

El día siguiente también amaneció frío. Kurik se acercó quedamente al campamento justo antes de la salida del sol. Tras abrirse paso con cuidado entre los caballeros dormidos envueltos en sus capas negras, llegó al lugar donde Falquián había extendido unas mantas.

—Será mejor que os levantéis —le avisó, mientras le tocaba suavemente el hombro—. Se acercan.

Falquián se incorporó como impelido por un resorte.

—¿Cuántos son? —inquirió mientras se destapaba.

—He calculado unos doscientos cincuenta.

—¿Dónde está Kalten? —preguntó cuando Kurik comenzaba a abrochar la armadura sobre la acolchada túnica de su señor.

—Quería asegurarse de que no surgieran sorpresas y se ha unido a la retaguardia de la columna.

—¿Qué dices?

—No os preocupéis, Falquián. Todos visten armadura negra, así que no pueden distinguirlo del resto.

—¿Quieres atarme esto? —pidió Falquián, a la vez que tendía a su escudero una cinta de color brillante, pues todos los caballeros habían acordado llevar una para identificarse en el transcurso de la batalla, en la que ambos bandos lucirían idéntica vestimenta.

—Kalten escogió una azul —señaló Kurik—. Va a juego con el color de sus ojos. —Después le prendió la cinta y lo observó apreciativamente—. Adorable —afirmó, haciendo girar los ojos.

Falquián rió y dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Vamos a despertar a los niños —indicó, al contemplar el campamento repleto de jóvenes caballeros.

—Tengo malas noticias para vos, Falquián —indicó Kurik mientras caminaban.

—¿De qué se trata?

—El hombre que encabeza la comitiva no es Martel.

—¿Quién es? —inquirió Falquián, con un acceso de rabia y decepción.

—Adus. Tenía la barbilla manchada de sangre. Creo que ha vuelto a comer carne cruda.

Falquián blasfemó.

—Tomadlo desde otra perspectiva. El mundo será menos infecto si exterminamos a una criatura como Adus; además, me imagino que el buen Dios se encontrará ansioso de mantener una larga charla con él.

—Pondremos todos nuestros esfuerzos para propiciarla.

Los caballeros de Falquián se ayudaban mutuamente en la tarea de enfundarse la armadura cuando Kalten llegó a caballo hasta ellos.

—Han continuado por la colina que hay al sur del castillo —explicó sin dignarse desmontar.

—¿Cabe alguna posibilidad de que Martel esté escondido entre sus hombres? —preguntó Falquián esperanzado.

—Me temo que no —repuso Kalten, y tras ponerse de pie sobre los estribos comenzó a blandir la espada—. ¿Por qué no partimos y los atacamos ya? —sugirió—. Empiezo a enfriarme.

—Me parece que el conde Radun sufriría una decepción si no lo dejáramos participar en la lucha.

—Supongo que estás en lo cierto.

—¿Has observado algo de particular en los mercenarios?

—Se trata de una pandilla de harapientos, la mitad de ellos rendorianos.

—¿Rendorianos?

—No se distinguen por su buen olor, ¿verdad?

Sephrenia se unió a ellos junto con Flauta y Parasim.

—Buenos días, Sephrenia —la saludó Falquián.

—¿A qué se debe tanto barullo?

—Vamos a tener compañía. Nos proponíamos salir a recibir a los visitantes.

—¿Martel?

—No. Me temo que la comitiva está compuesta por Adus y unos cuantos amigos. —Izó el yelmo que llevaba en la mano izquierda—. Puesto que Martel no los dirige y Adus a duras penas habla elenio, y mucho menos el estirio, no hay nadie entre sus filas capaz de generar la magia suficiente para espantar a una mosca, con lo que sospecho que habéis realizado un viaje innecesario. Deseo que permanezcáis aquí en los bosques, bien oculta y a salvo. Sir Parasim se quedará con vos.

El rostro del joven caballero reflejó una profunda desilusión.

—No, Falquián —replicó Sephrenia—. Yo no necesito custodia, y ésta es la primera batalla en la que participa sir Parasim. No es justo que lo mantengamos alejado de ella.

El semblante de Parasim resplandecía de gratitud.

—El sol comienza a levantarse —informó Kurik, que regresaba de su puesto de vigilancia—. Adus conduce a sus hombres por la cima de aquel cerro.

—En ese caso, será mejor salir a su encuentro —anunció Falquián.

Los pandion saltaron sobre sus monturas y avanzaron cautelosamente a través de la arboleda hasta llegar al borde del gran prado que rodeaba el castillo del conde. Se apostaron allí a la espera; mientras tanto, observaban a los guerreros que, con idénticas armaduras a las suyas, descendían por la falda de la colina.

Adus, que normalmente se comunicaba a base de gruñidos y regüeldos, cabalgó hacia la puerta del castillo y leyó vacilante un pedazo de papel que sostenía con el brazo ante él.

—¿No podría improvisar? —preguntó Kalten en voz baja—. Sólo debe solicitar el permiso para entrar en la fortaleza.

—Martel no corre ningún riesgo —repuso Falquián— y Adus a menudo tiene dificultades para recordar su propio nombre.

El jefe de la cuadrilla continuó con su demanda; sin embargo, se le presentaron algunos problemas en el momento de pronunciar la palabra admisión, puesto que era demasiado larga para él.

El conde Radun se asomó entre las almenas para anunciar apesadumbrado que se había roto el torno que accionaba el puente levadizo. No obstante, les pidió que aguardaran pacientemente hasta que lo hubieran reparado.

Adus rumió la respuesta durante un rato. Finalmente los mercenarios desmontaron y se tumbaron sobre la hierba a los pies de las murallas.

—Esto va a resultar incluso demasiado fácil —murmuró Kalten.

—Tenemos que asegurarnos de que no escape ninguno de ellos —le recomendó Falquián—. No quiero que nadie pueda contarle a Annias lo que sucederá hoy *realmente*.

—Aun así, me parece que Vanion se arriesga demasiado.

—Tal vez ése sea el motivo de que él sea el preceptor y nosotros unos simples caballeros.

Por encima de los muros del castillo apareció un pendón rojo.

—Es la señal —advirtió Falquián—. Las fuerzas de Radun están dispuestas. —Y, después de colocarse el yelmo, sujetó las riendas, se enderezó sobre los estribos para refrenar firmemente a *Faran* y alzó la voz—. ¡A la carga! —gritó.

Capítulo nueve

—¿Queda alguna esperanza? —preguntó Kalten.

—No —respondió Falquián, profundamente apenado, mientras tendía a sir Parasim en el suelo—. Ha muerto —anunció, al tiempo que alisaba suavemente con la mano el pelo del joven caballero antes de cerrarle los ojos.

—No estaba preparado para enfrentarse a Adus —comentó Kalten.

—¿Ha logrado huir ese animal?

—Me temo que sí. Después de abatir a Parasim, salió al galope en dirección sur con unos doce supervivientes más.

—Envía a varios caballeros en su busca —ordenó con tristeza Falquián mientras enderezaba los brazos y las piernas del malogrado Parasim—. Si es necesario, que los persigan hasta el mar.

—¿Quieres que los acompañe?

—No. Tú tienes que ir conmigo a Chyrellos. —Entonces elevó el tono de voz—. ¡Berit! —gritó.

El novicio se aproximó corriendo. Llevaba una vieja cota de malla salpicada de sangre y un yelmo dentado de soldado de infantería sin visera. En la mano empuñaba una temible hacha de mango largo.

—¿Hay alguna gota vuestra? —inquirió Falquián, tras observar atentamente el pecho manchado de sangre del ágil muchacho.

—No, mi señor —repuso éste—. Todas pertenecen al enemigo —indicó en dirección a los cuerpos de los mercenarios esparcidos sobre el campo.

—Bien. ¿Estáis dispuesto a emprender una larga cabalgata?

—Como ordene mi señor.

—Al menos tiene buenos modales —observó Kalten—. Berit —añadió—, preguntad ¿adónde? antes de aceptar tan fácilmente.

—Recordaré vuestro consejo, sir Kalten.

—Quiero que vengáis conmigo —precisó Falquián al novicio—. Debo hablar con el conde Radun antes de partir. —Se volvió hacia Kalten y agregó—: Reúne un grupo de hombres para que persigan a Adus. No deben darle tregua. Hay que evitar que envíe a alguien a Cimmura para informar de este incidente a Annias. Di al resto de los caballeros que entierren a los muertos y auxilien a los heridos.

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó Kalten, a la vez que señalaba los cadáveres de los mercenarios amontonados junto a las paredes del castillo.

—Quemadlos.

El conde Radun se unió a Falquián y a Berit en el patio de la fortaleza. Llevaba un juego completo de armadura y una espada en la mano.

—Según he tenido ocasión de comprobar, la reputación que caracteriza a los pandion es merecida —declaró.

—Gracias, mi señor —respondió Falquián—. Debo pedirlos un favor; mejor dicho, dos favores.

—Lo que vos deseéis, sir Falquián.

—¿Tenéis algún conocido entre los miembros de la jerarquía de Chyrellos?

—En realidad, varios. Además, el patriarca de Larium es primo lejano mío.

—Perfecto. Sé que esta estación no resulta idónea para realizar viajes, pero os agradecería que me acompañarais un trecho.

—Desde luego. ¿Adónde vamos?

—A Chyrellos. El otro favor posee un cariz más personal. Preciso vuestro anillo con el escudo de armas de la familia.

—¿Mi anillo?

Falquián asintió.

—Desgraciadamente, no puedo garantizaros si tendré oportunidad de devolvéroslo.

—Me parece que no os comprendo.

—Este muchacho, Berit, llevará el anillo a Cimmura y lo depositará en la bandeja de ofrendas durante el servicio de la catedral. El primado Annias interpretará su hallazgo como prueba del éxito de sus planes y, por tanto, de vuestro asesinato y el de vuestra familia. A continuación, se apresurará a trasladarse a Chyrellos para denunciar a los pandion a la jerarquía.

—Pero entonces vos y yo avanzaremos ante los jueces y refutaremos sus cargos, ¿no es así? —apuntó el conde con una amplia sonrisa.

—Exactamente —confirmó Falquián, sonriendo a su vez.

—Tal circunstancia colocaría al primado en una situación un tanto embarazosa —aseveró Radun mientras se sacaba el anillo.

—Eso respondería a nuestras expectativas.

—En ese caso, estimo conveniente la pérdida del anillo —zanjó el conde tras entregar la joya a Berit.

—En marcha, pues —apremió Falquián al joven novicio—. No matéis de fatiga a ningún caballo de camino a Cimmura. Dadnos tiempo a llegar a Chyrellos antes de que lo haga Annias. —Entornó los ojos, pensativo—. Creo que es mejor el servicio matinal.

—¿Mi señor?

—Tirad el anillo en la colecta de la liturgia matinal, con ello dejaremos un día entero a Annias para saborear sus pensamientos. Poneos ropa ordinaria para ir a la catedral y rezad un poco para que parezca convincente. No os acerquéis al castillo de nuestra orden ni a la posada de la calle de la Rosa. —Miró al joven novicio y nuevamente sintió dolor por la pérdida de sir Parasim—. Puedo aseguraos que vuestra vida no va a correr peligro, Berit —afirmó con seriedad—, de lo contrario, no os ordenaría este asunto.

—No es necesario que me lo ordenéis, mi señor Falquián —replicó Berit.

—Buen muchacho —dijo Falquián—. Ahora id en busca del caballo. Os espera un largo camino.

—¿Cuánto calculáis que tardará Annias en llegar a Chyrellos? —preguntó el conde.

—Como mínimo dos semanas. No emprenderá el viaje hasta que Berit deposite el anillo.

—Todo está listo —informó Kurik, que se había aproximado sobre su montura.

—Entonces, debería avisar a Sephrenia —le indicó Falquián.

—En tu opinión, ¿es aconsejable? Los acontecimientos podrían enturbiarse un poco en Chyrellos.

—¿Quieres encargarte tú de comunicarle que debe quedarse?

—Comprendo —dijo Kurik y guiñó un ojo.

—¿Dónde está Kalten?

—Merodea por la entrada del bosque. Parece que prepara una hoguera.

—Tal vez tenga frío.

El sol de invierno brillaba con fuerza bajo el frío cielo azul cuando Falquián y su comitiva se pusieron en marcha.

—De todos modos, señora —adujo el conde Radun a Sephrenia—, la niña hubiera permanecido totalmente a salvo entre los muros de mi castillo.

—No hubierais logrado retenerla allí, mi señor —replicó Sephrenia con un hilo de voz a la vez que apoyaba su mejilla contra la de Flauta—. Además —añadió—, me conforta tenerla a mi lado.

Su voz sonaba extrañamente débil y su rostro aparecía pálido y cansado. En una mano llevaba la espada de sir Parasim. Falquián aminoró el paso hasta llegar a la altura de su blanco palafrén.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó en voz baja.

—No completamente —respondió ella.

—¿Qué ocurre? —insistió, súbitamente alarmado.

—Parasim era uno de los doce caballeros que participaron en el encantamiento del trono de Cimmura —explicó con un suspiro—. En consecuencia, he tenido que asumir su peso aparte del mío —agregó tras señalar ligeramente la espada.

—No estáis enferma, ¿verdad?

—No en el sentido habitual del término. Lo que sucede es que me tomará un tiempo acostumbrarme a ese peso adicional.

—¿Existe alguna posibilidad de que sea yo quien lo acarree en vuestro lugar?

—No, querido.

—Sephrenia —dijo Falquián después de respirar profundamente—, lo acaecido hoy a Parasim ¿está relacionado con el presagio que formulasteis sobre las vidas de los doce caballeros?

—No existe modo de asegurarlo, Falquián. El pacto que realizamos con los dioses menores no incluía nada específico. —Sonrió débilmente—. Si muriera otro de los caballeros esta misma luna, sabríamos que sólo se ha tratado de un accidente ajeno a lo acordado.

—¿Tal acuerdo consistía en perderlos uno a uno cada mes?

—Cada luna —rectificó Sephrenia—, por tanto, veintiocho días. Probablemente será así. Los dioses menores tienden a comportarse de forma metódica. No os preocupéis por mí, Falquián. Dentro de poco tiempo, me habré recuperado.

Entre el castillo del conde y la ciudad de Darra mediaban unas sesenta leguas, y en el transcurso de la mañana del cuarto día de viaje coronaron una colina desde la que divisaron rojos tejados y centenares de chimeneas que izaban pálidas columnas azules de humo, enhiestas ante la inexistencia de viento. Un caballero pandion, vestido con armadura negra, los aguardaba en la cumbre del altozano.

—Sir Falquián —saludó el caballero mientras se levantaba la visera.

—Sir Olven —replicó Falquián al reconocer la cara marcada de cicatrices de su compañero.

—Os traigo un mensaje del preceptor Vanion: os ordena proseguir camino hasta Cimmura con la mayor rapidez posible.

—¿Cimmura? ¿A qué se debe esa modificación en lo convenido?

—El rey Dregos se encuentra allí y ha invitado a Wargun de Thalesia y a Obler de Deira a reunirse con él. Desea emprender una investigación acerca de la naturaleza de la enfermedad de la reina Ehlana, así como la justificación del nombramiento del bastardo Lycheas como príncipe regente. Vanion cree que Annias presentará sus cargos contra nuestra orden en ese consejo para desviar su atención y contener así sus pesquisas.

Falquián profirió un juramento.

—Berit nos lleva mucha ventaja —comentó—. ¿Han llegado todos los reyes a Cimmura?

—La avanzada edad del rey Obler no le permite viajar apresuradamente y es

posible que transcurra una semana antes de que el rey Wargun se reponga de su eterna embriaguez antes de partir de Emsat.

—No confiemos demasiado en la suerte —indicó Falquián—. Cabalgaremos a campo traviesa hasta Demos y luego nos dirigiremos directamente a Cimmura. ¿Se halla todavía Vanion en Chyrellos?

—No. Regresó a Elenia acompañado del patriarca Dolmant.

—¿Dolmant? —intervino Kalten—. Francamente sorprendente. ¿Y quién se ocupa del gobierno de la Iglesia?

—Sir Kalten —intervino el conde Radun con cierto envaramiento—, la cabeza de la Iglesia está representada por el archiprelado.

—Perdonad, mi señor —se disculpó Kalten—. Reconozco la profunda devoción que inspira en Arcium la Iglesia, pero seamos honestos. El archiprelado Cluvonus tiene ochenta y cinco años y consume la mayor parte de su tiempo durmiendo. Dolmant no ha planteado el problema de la sucesión; sin embargo, gran parte de las directrices procedentes de Chyrellos las decide él.

—Pongámonos en camino —aconsejó Falquián.

Tras cuatro días de agotadora marcha, llegaron a Demos. Sir Olven se separó del grupo para reintegrarse a la casa principal de los pandion. Tres jornadas después se hallaban ante las puertas del castillo de Cimmura.

—¿Sabéis dónde podemos encontrar a lord Vanion? —preguntó Falquián al novicio que acudió al patio para hacerse cargo de los caballos.

—Está en su estudio, en la torre sur, mi señor. Lo acompaña el patriarca Dolmant.

Falquián asintió; a continuación, penetró en el edificio y recorrió las angostas escaleras.

—Gracias a Dios que habéis llegado a tiempo —dijo Vanion a modo de acogida.

—¿Ya ha entregado Berit el anillo del conde? —le preguntó Falquián.

Vanion realizó un gesto afirmativo.

—Hace dos días. Aposté a algunos hombres para vigilar la catedral —indicó, luego frunció levemente el entrecejo—. ¿Creéis que fue conveniente encomendar ese tipo de misión a un novicio, Falquián?

—Berit es un joven de gran firmeza —explicó Falquián—; además, su rostro no resulta muy conocido en Cimmura. La mayoría de los caballeros consagrados difícilmente habrían pasado inadvertidos si se les hubiera encargado esta tarea.

—Comprendo. La decisión fue vuestra. ¿Cómo anduvieron las cosas en Arcium?

—Adus conducía a los mercenarios —repuso Kalten—. No vimos ni rastro de Martel. Aparte de esa circunstancia, todo salió según lo previsto, aunque Adus consiguió escapar.

Falquián hizo acopio de aire antes de hablar.

—Sir Parasim se hallaba entre las bajas —anunció tristemente—. Lo siento, Vanion. Traté de mantenerlo alejado del combate.

Los ojos de Vanion se enturbiaron repentinamente a causa del dolor.

—Sé como os sentís —intentó consolarlo Falquián, al tiempo que le ponía la mano sobre el hombro—. Yo también le quería.

Falquián captó la mirada que entrecruzaron Vanion y Sephrenia, la cual asintió con un gesto como si informara al preceptor de que él sabía que Parasim formaba parte de los doce caballeros. Después Falquián se enderezó e hizo las presentaciones entre el conde Radun y Vanion.

—Os debo la vida, mi señor —declaró Radun al darle la mano—. Indicadme cómo puedo pagaros tal deuda.

—Vuestra presencia en Cimmura representa una amplia recompensa, mi señor.

—¿Se han reunido ya los otros monarcas con mi sobrino? —inquirió el conde.

—Sólo Obler —respondió Vanion—. Wargun viene por mar.

Un hombre delgado, ataviado con una austera sotana negra, se hallaba sentado junto a la ventana. Debido a su cabello ceniciento, aparentaba aproximadamente unos sesenta años. Su semblante tenía algo de ascético y sus ojos eran despiertos. Falquián cruzó la habitación y se arrodilló respetuosamente ante él.

—Su Ilustrísima —saludó al patriarca de Demos.

—Tenéis buen aspecto, sir Falquián —señaló el religioso—. Me alegra volver a encontraros. —Entonces miró por encima del hombro de Falquián—. ¿Asistís a misa, Kurik? —preguntó al escudero.

—Hum..., siempre que tengo ocasión, Su Ilustrísima —respondió éste ligeramente ruborizado.

—Excelente, hijo mío —aprobó Dolmant—. Estoy convencido de que a Dios le complace veros. ¿Cómo están Aslade y vuestros hijos?

—Bien, Su Ilustrísima. Os agradezco que los recordéis.

—No os habéis alimentado de manera adecuada, Dolmant —le reprochó Sephrenia, tras observarlo con mirada crítica.

—A veces olvido hacerlo —concedió éste antes de dirigirle una tímida sonrisa—. Mi gran preocupación por convertir a los paganos me ocupa por completo. Decidme, Sephrenia, ¿vos estáis dispuesta a abandonar vuestras creencias infieles y abrazar por fin la verdadera fe?

—Todavía no, Dolmant —repuso sonriendo también—. Sin embargo, vuestra pregunta me honra.

—Pensé que sería preferible librarnos del tema cuanto antes para poder conversar tranquilamente sin tener que ocuparnos de ello —afirmó jovialmente el patriarca antes de fijar la atención en Flauta, que paseaba por la estancia y se dedicaba a examinar el mobiliario.

—¿Quién es esa niña tan preciosa? —inquirió.

—Es expósita, Su Ilustrísima —informó Falquián—. La encontramos cerca de la frontera con Arcium. Como no habla, la llamamos Flauta.

—¿No habéis tenido tiempo de bañarla? —agregó Dolmant mientras contemplaba los pies manchados de hierba de la pequeña.

—No sería conveniente, Su Ilustrísima —replicó Sephrenia.

El patriarca mostró perplejidad y luego observó nuevamente a la niña.

—Ven aquí, pequeña —la llamó.

Flauta se aproximó a él con desgana.

—¿No te dignaras hablarme ni siquiera a mí?

La niña se llevó el caramillo a los labios e interpretó una breve melodía con aire de interrogación.

—Ya veo —dijo Dolmant—. De acuerdo, Flauta, ¿aceptarás entonces mi bendición?

La pequeña sacudió la cabeza después de estudiarlo con serenidad.

—Es estiria, Dolmant —explicó Sephrenia—. Una bendición elenia carece de sentido para ella.

Entonces Flauta tomó la escuálida mano del patriarca y la llevó a su corazón. Dolmant abrió desmesuradamente los ojos con expresión de desconcierto.

—No obstante, os concede *su propia* bendición —dijo Sephrenia—. ¿Queréis recibirla vos?

—Me parece que no debería —repuso Dolmant, aún sobrecogido—, pero, Dios me ampare, la aceptaré con agrado.

Flauta le sonrió, le besó las palmas de las manos y luego se alejó con una pirueta que agitó su negro pelo, al tiempo que interpretaba un alegre aire con su caramillo. En el rostro del patriarca se plasmaba la propia imagen del asombro.

—Espero que me envíen aviso de palacio tan pronto llegue el rey Wargun —dijo Vanion—. Annias no dejaría pasar la ocasión de poder acusarme personalmente. ¿Os ha visto llegar alguien? —preguntó en dirección al conde Radun.

Este negó con la cabeza.

—Llevaba la visera bajada, mi señor Vanion, y Falquián me ha aconsejado cubrir el timbre de mi escudo. Estoy convencido de que nadie conoce mi presencia en Cimmura.

—Estupendo —afirmó Vanion con una súbita sonrisa—. No conviene privarle a Annias de semejante sorpresa.

El mensaje de palacio llegó dos días más tarde. Vanion, Falquián y Kalten se vistieron los humildes hábitos que habitualmente usaban los pandion en el interior de sus castillos, si bien debajo de ellos iban protegidos con cotas de malla y la espada prendida al cinto. Dolmant y Radun iban ataviados a la usanza de los monjes, y Sephrenia lucía su sempiterno vestido blanco. La mujer había conversado largamente con Flauta para convencerla de que accediera a permanecer en la casa de la orden. Kurik se ciñó una espada a la cintura.

—Por si se complicaran las cosas —explicó con un gruñido a Falquián justo antes de que la comitiva emprendiera camino.

Un cielo plomizo y un gélido viento que azotaba las calles de Cimmura a su paso presidían el día intensamente frío y húmedo. Las avenidas se hallaban prácticamente desiertas. Falquián no estaba seguro de si se debía al pésimo tiempo el que los ciudadanos se hubieran confinado dentro de sus casas o a los rumores sobre un posible altercado.

No muy lejos de la puerta del palacio Falquián percibió una cara familiar. Un niño lisiado, cubierto con una harapienta capa, salió encorvado del rincón donde mendigaba al resguardo del aire.

—Caridad, mi señores, caridad —imploró con voz lastimera.

Falquián refrenó a *Faran* y extrajo de los bolsillos algunas monedas.

—Tengo que hablar con vos —anunció el chico en voz baja cuando los otros no podían oírle.

—Más tarde —replicó Falquián tras inclinarse sobre la silla para depositar las piezas en la escudilla del mendigo.

—Espero que no demasiado —indicó Talen con un temblor—. Aquí fuera me voy a congelar.

Se demoraron brevemente en la entrada del palacio, pues los guardias trataron de denegar el paso a la escolta de Vanion. Kalten zanjó el problema al abrir su hábito por delante y, a continuación, llevar la mano a la espada. En ese momento, la discusión finalizó bruscamente y la comitiva prosiguió su camino hasta el patio, donde desmontaron.

—Me encanta el respeto que sienten hacia mi persona —comentó Kalten alegremente.

—Te contentas con bien poca cosa, ¿eh? —señaló Falquián.

—Soy un hombre sencillo con placeres sencillos, amigo mío.

Se dirigieron directamente a la cámara del consejo, donde los respectivos monarcas de Arcium, Deira y Thalesia, sentados en cátedras, flanqueaban al indolente Lycheas. Como escolta de cada uno de los reyes se veía un caballero de pie, vestido con armadura de ceremonia, cuya sobreveste lucía el emblema de la orden militar a la que

pertenecía. Abriel, preceptor de los caballeros cirínicos de Arcium, permanecía en posición de firmes detrás del rey Dregos; Darellon, dirigente de los caballeros alciones de Deira, había adoptado idéntica postura tras el anciano rey Obler, y el fornido Komier, presidente de la orden de los caballeros genidios, guardaba simbólicamente la espalda del rey Wargun de Thalesia. A pesar de la hora temprana, Wargun mostraba ya la mirada enturbiada y sostenía con mano visiblemente trémula una gran copa de plata.

El consejo real se había acomodado en uno de los costados de la estancia. El rostro del conde de Lenda parecía turbado, y, por el contrario, el del barón Harparín expresaba una gran autocomplacencia.

El primado Annias vestía una sotana de satén púrpura y su macilenta cara adquirió un matiz triunfante al entrar Vanion. Sin embargo, al divisar a los acompañantes del preceptor pandion sus ojos relampaguearon de ira.

—¿Quién os ha autorizado a acudir en comitiva, Vanion? —preguntó—. Nuestro mensaje no mencionaba ninguna escolta.

—No preciso autorización, Su Ilustrísima —respondió fríamente Vanion—. Mi rango me basta para ello.

—Es cierto —confirmó el conde de Lenda—. La ley y la costumbre apoyan la posición del preceptor.

Annias descargó sobre el anciano una mirada preñada de odio.

—Resulta reconfortante disponer de alguien tan versado en los temas legales —declaró con voz sarcástica. Entonces fijó la vista en Sephrenia—. Apartad a esa estiria de mi vista —ordenó.

—No —replicó Vanion—. Se queda conmigo.

Sus miradas se encontraron y, tras un largo momento, Annias desvió la suya.

—Muy bien, Vanion —dijo—. Debido a la gravedad que reviste la cuestión de la que voy a informar a Sus Majestades, controlaré mi natural repulsa ante la presencia de una bruja hereje.

—Sois muy amable —murmuró Sephrenia.

—Comencemos de una vez, Annias —instó irritado el rey Dregos—. Nos hemos reunido aquí para examinar ciertas irregularidades concernientes al trono de Elenia. ¿A qué asunto os referís cuya importancia posterga cualquier investigación?

—Os atañe directamente, Majestad —repuso Annias, al tiempo que se ponía en pie—. La semana pasada una banda de hombres armados atacó un castillo en la zona occidental de vuestro reino.

—¿Por qué no me habíais avisado de tal evento? —preguntó Dregos, despidiendo chispas por los ojos.

—Perdonad, Majestad —se disculpó Annias—. Yo mismo he recibido recientemente noticias del incidente y he creído más conveniente exponer la información al consejo antes de tratar cualquier otro tema, pues aunque este ultraje ocurriera dentro de los confines de vuestro reino, sus implicaciones superan vuestras fronteras y afectan a todos los reinos de Occidente.

—Proseguid, Annias —gruñó el rey Wargun—. No obstante, os agradecería que guardéis las florituras del lenguaje para vuestros sermones.

—Como Su Majestad desee —respondió Annias con una reverencia—. Existen testigos de esta acción criminal y creo que tal vez será mejor que Sus Majestades escuchen directamente su relato en lugar de la exposición intermediaria que yo podría ofrecerles.

Entonces se volvió e hizo un gesto a uno de los soldados eclesiásticos de librea roja alineados en ambas paredes de la cámara del consejo. El soldado salió por una puerta lateral e hizo entrar a un hombre de aspecto nervioso cuyo rostro palideció

visiblemente al percibir a Vanion.

—No temáis nada, Tessera —lo tranquilizó Annias—. Mientras declaréis la verdad, nada malo ha de ocurrirnos.

—Sí, Su Ilustrísima —masculló el hombre.

—Éste es Tessera —presentó Annias—, un mercader de esta ciudad que ha regresado hace poco de Arcium. Contadnos lo que visteis en aquel lugar, Tessera.

—Ya he narrado a Su Ilustrísima los acontecimientos que sucedieron. De regreso de Sarrinium, donde me ocupaba de unos negocios fui sorprendido por una tormenta que me obligó a pedir cobijo en el castillo del conde Radun, el cual me lo concedió amablemente. —La voz de Tessera adoptó la misma cadencia que caracteriza a ciertas personas que recitan algo aprendido de memoria—. Cuando el tiempo hubo aclarado comencé a prepararme para partir —prosiguió—. Me encontraba en las caballerizas del conde cuando oí el sonido de distintas voces de hombres en el patio. Entonces me asomé a la puerta y vi que había un numeroso grupo de caballeros pandion.

—¿Estáis seguro de que se trataba de caballeros de esta orden? —inquirió Annias.

—Sí, Su Ilustrísima. Llevaban armadura negra y lucían estandartes de la orden. El conde, que tiene fama de profesar gran respeto por la Iglesia, les había franqueado la entrada. Sin embargo, tan pronto como se hallaron dentro de los muros, desenvainaron todas las espadas y comenzaron a matar a quienes topaban en su camino.

—¡Mi tío! —exclamó el rey Dregos.

—Por supuesto, el conde intentó hacerles frente, pero lo desarmaron rápidamente y lo ataron a un palo en el centro del patio. Asesinaron a todos los hombres del castillo y luego...

—¿A todos los hombres? —lo interrumpió Annias, con el rostro súbitamente endurecido.

—En efecto tras acabar con todos los hombres del castillo... —titubeó Tessera—. Oh, casi había olvidado esa parte. En realidad dieron muerte a todos los hombres del castillo *excepto* a los religiosos. Después obligaron a salir a la esposa y a las hijas del conde, les desgarraron las vestiduras y las violaron delante de él.

—Mi tía y mis primas —musitó entre sollozos el rey de Arcium.

—Debéis ser fuerte —lo consoló el rey Wargun, al tiempo que ponía una mano sobre su hombro.

—Tras violar repetidamente a las mujeres —continuó Tessera—, las arrastraron una a una a donde habían sujetado al conde y les cortaron la garganta. El conde lloraba e intentaba en vano deshacerse de las ligaduras. Suplicó a los pandion que pusieran fin a aquella carnicería, pero sólo obtuvo carcajadas como respuesta. Finalmente, cuando su mujer e hijas, bañadas en su propia sangre, hubieron muerto, les preguntó por qué se comportaban de aquella forma. Uno de ellos, creo que el cabecilla, replicó que seguían las órdenes de lord Vanion, el preceptor de la orden.

El rey Dregos se levantó de un salto. Lloraba copiosamente y había empuñado la espada. Annias se interpuso ante él.

—Comparto vuestro ultraje, Majestad, pero una muerte rápida sería un trato demasiado leve para la monstruosidad demostrada por Vanion. Es preferible que sigamos con el relato de este buen nombre. Continúad con vuestro informe, Tessera.

—Me queda poco que añadir, Su Ilustrísima —repuso Tessera—. Después de asesinar a las mujeres, los pandion torturaron al conde hasta la muerte, y luego lo decapitaron. A continuación, sacaron a los religiosos del castillo y lo saquearon.

—Gracias, Tessera —lo despidió Annias.

Entonces hizo una señal a otro de sus soldados y éste se dirigió de nuevo a la puerta lateral para hacer pasar a un hombre con ropas de campesino. El recién llegado

tenía una mirada ligeramente furtiva y temblaba perceptiblemente.

—Decidnos vuestro nombre, amigo —le ordenó Annias.

—Soy Veri, Su Ilustrísima, un honesto siervo de las tierras del conde Radun.

—¿A qué se debe vuestra estancia en Cimmura? Un siervo no puede abandonar la propiedad de su señor sin permiso.

—Huí, Su Ilustrísima, después del asesinato del conde y su familia.

—¿Podéis contarnos lo ocurrido? ¿Fuisteis testigo de aquella atrocidad?

—No directamente, Su Ilustrísima. Trabajaba en un campo cercano al castillo del conde cuando observé un nutrido grupo de hombres vestidos con armaduras negras que salían de la fortificación. Los estandartes que enarbolaban pertenecían a los caballeros pandion. Uno de ellos llevaba la cabeza del conde ensartada en la punta de su lanza. Me escondí y escuché sus palabras y sus carcajadas mientras cabalgaban.

—¿Qué decían?

—El que llevaba la cabeza del conde dijo: «Debemos arrastrar este trofeo hasta Demos para demostrar a lord Vanion que hemos cumplido sus órdenes». Cuando se alejaron, corrí hacia el castillo y encontré a todos sus habitantes muertos. Tenía miedo de que los pandion pudieran regresar, así que me apresuré a escapar.

—¿Por qué habéis venido a Cimmura?

—Para informaros del crimen, Su Ilustrísima, y para solicitar vuestra protección. Temía que, de quedarme en Arcium, los pandion me persiguieran hasta darme muerte.

—¿Por qué lo hicisteis? —preguntó Dregos a Vanion—. Mi tío nunca infligió ninguna ofensa a vuestra orden.

Los restantes caballeros dirigían también miradas acusadoras al preceptor.

—¡Exijo que este asesino sea encadenado! —exclamó Dregos en dirección al príncipe Lycheas.

Lycheas intentó, sin conseguirlo, adoptar el porte de un soberano.

—Vuestra demanda es razonable, Majestad —repuso con su voz nasal, a la vez que miraba furtivamente a Annias en busca de apoyo—. En consecuencia, ordenamos que el infiel Vanion sea confinado...

—Hum, excusadme, Majestades —interrumpió el conde de Lenda—, pero, de acuerdo con la ley, lord Vanion tiene derecho a defenderse.

Falquián y los demás habían permanecido al fondo de la cámara del consejo. Al realizar Sephrenia un imperceptible gesto, Falquián se inclinó para escucharla.

—Alguien utiliza artes mágicas —susurró la mujer—. Eso explica la disposición que han demostrado los monarcas a aceptar esos infantiles cargos contra Vanion. El hechizo intenta conseguir que cualquiera pueda ser fácilmente convencido.

—¿Podéis contrarrestarlo? —musitó Falquián.

—Únicamente si descubro quién lo ha invocado.

—Es Annias. Trató de doblegarme con un encantamiento después de mi regreso a Cimmura.

—¡Un eclesiástico! —comentó sorprendida Sephrenia—. De acuerdo, me ocuparé de ello —añadió, y comenzó a mover los labios y las manos, bajo las mangas de su vestido.

—Bien, Vanion —exclamó con tono sarcástico Annias—, ¿qué podéis aducir en vuestra defensa?

—Esos hombres mienten descaradamente —replicó desdeñosamente el preceptor.

—¿Qué razón les induce a ello? —Annias se volvió hacia los monarcas, sentados en la parte frontal de la estancia—. En cuanto recibí los informes de estos testigos, envié una tropa de soldados de la Iglesia al castillo del conde para verificar los detalles de este crimen. Espero los datos de su comprobación dentro de una semana. Mientras tanto,

recomiendo que los caballeros pandion sean desarmados y confinados al interior de sus castillos para prevenir eventuales atrocidades.

—Si consideramos las circunstancias —dijo el rey Obler al tiempo que se mesaba su larga barba gris—, estimo que es la decisión más prudente —y, tras girarse hacia el caballero alcione, Darellon, agregó—: Mi señor Darellon, mandad un jinete a Deira. Ordenadle que traiga a Elenia al grueso de los caballeros. Se encargarán de asistir a las autoridades locales en la tarea de retirar las armas a los pandion y vigilarlos.

—Se hará como Su Majestad ordena —respondió Darellon mirando a Vanion.

—Estoy firmemente convencido de la conveniencia de que los cirínicos y los genidios envíen fuerzas a su vez —opinó el anciano rey de Deira en dirección al rey Wargun y al rey Dregos—. Encerremos a esos pandion hasta que podamos discernir quién es inocente y quién es culpable.

—Encargaos de ello, Komier —ordenó el rey Wargun.

—Enviad también a vuestros caballeros, Abriel —indicó el rey Dregos al preceptor de los cirínicos. Dirigió una mirada cargada de odio a Vanion—. Me gustará observar los intentos de resistencia de vuestros secuaces —indicó con altanería.

—Una idea espléndida, Majestades —cumplimentó Annias con una reverencia—. Por mi parte, sugeriría además que tan pronto recibamos la confirmación de los asesinatos, Sus Majestades viajaran conmigo y con esos dos honestos testigos hasta Chyrellos. Una vez que hayamos expuesto la totalidad de los hechos ante la jerarquía de la Iglesia y el archiprelado, expresaremos nuestra ponderada recomendación acerca de la desarticulación de la orden. En términos estrictos, dicha orden se halla bajo la autoridad de la Iglesia y únicamente la Iglesia puede tomar las decisiones finales.

—Ciertamente —concedió Dregos—. Debemos librarnos de la plaga de los pandion definitivamente.

Annias esbozó una tenue sonrisa, que se borró de inmediato para dejar paso en su semblante a una mortal palidez, pues había percibido el momento en que Sephrenia había liberado su hechizo.

Llegado ese punto, Dolmant avanzó unos pasos y se deshizo de la capucha que le cubría el rostro.

—¿Puedo hablar, Majestades? —solicitó.

—S... Su Ilustrísima —tartamudeó Annias—. Ignoraba vuestra presencia en Cimmura.

—Ya lo suponía. Tal como vos habéis señalado, los pandion se acogen a la autoridad de la Iglesia. Como máximo eclesiástico presente, creo que me corresponde asumir la responsabilidad de esta investigación. No obstante, os hemos de agradecer la intensa preocupación que hasta ahora habéis dispensado al asunto.

—Pero...

—Eso es todo por el momento, Annias —lo acalló Dolmant antes de volverse hacia los monarcas y Lycheas, que lo observaba boquiabierto—. Majestades —comenzó el eclesiástico mientras recorría pausadamente la estancia en ambos sentidos con las manos entrecruzadas a la espalda, como sumido en profundas reflexiones—, realmente nos hallamos ante una acusación muy grave. Consideremos por un instante la naturaleza de los acusadores. Por un lado, tenemos a un mercader, y por el otro, a un siervo que ha huido de su morada. El acusado es el preceptor de una orden de caballeros de la Iglesia, un hombre cuyo honor ha sido siempre incuestionable. ¿Por qué debería cometer un hombre de la estatura de lord Vanion un crimen semejante? Además, no hemos recibido aún ninguna comprobación de que el crimen se hubiera llevado efectivamente a cabo. Sería preferible no pronunciarnos con tanta precipitación.

—Como ya he mencionado antes, Su Ilustrísima —intervino Annias—, he

enviado a varios soldados eclesiásticos a Arcium para observar el escenario del crimen con sus propios ojos. También les he ordenado que busquen a los religiosos que se hallaban en el castillo del conde Radun y asistieron a la horrible matanza, para que los conduzcan a Cimmura. Sus informes disiparán todas las dudas al respecto.

—Ah, sí —acordó Dolmant—. Completamente. Sin embargo, creo que yo podría ahorrar un poco de tiempo en las pesquisas. De hecho, me acompaña el hombre que presencié lo acontecido en el castillo del conde Radun, y estoy seguro de que su testimonio será aceptado por todos los presentes. —Entonces dirigió la mirada al conde Radun, el cual, vestido con un hábito y tocado con una capucha, había permanecido en el anonimato en un rincón de la pieza, como integrante de la comitiva de Vanion. ¿Seríais tan amable de acercaros, hermano? —le indicó.

Annias estaba mordiendo las uñas. Su expresión mostraba claramente el desencanto que le había producido perder las riendas del debate, así como la aprensión que lo invadía ante el nuevo testigo aportado por Dolmant.

—¿Tendréis a bien revelar vuestra identidad, hermano? —preguntó amablemente Dolmant cuando el conde se halló junto a él delante de los monarcas.

La cara de Radun lucía una tensa sonrisa cuando dejó caer hacia atrás su embozo.

—¡Tío! —exclamó Dregos, atónito.

—¿Tío? —inquirió Wargun, al tiempo que se erguía y derramaba el contenido de su copa.

—Éste es el conde Radun, mi tío —presentó Dregos, todavía conmovido por la sorpresa.

—Según parece, os habéis recuperado de un modo asombroso, Radun —señaló Wargun entre carcajadas—. Mis felicitaciones. Decidme, ¿cómo habéis logrado acoplaros nuevamente la cabeza?

Annias, tremendamente pálido, lo contemplaba con incredulidad.

—¿Cómo habéis...? —inquirió bruscamente.

Se interrumpió y miró a su alrededor como un animal que tratara de escapar. Luego recobró la compostura.

—Majestades —comenzó a hablar vacilante—, he sido objeto del engaño de esos testigos. Os ruego que me perdonéis. —Giró sobre sus talones, empapado en un copioso sudor—. ¡Prended a esos embusteros! —ordenó en dirección a Tesslera y a Veri, que aparecían visiblemente atemorizados.

Varios guardas de librea roja los sacaron de inmediato de la estancia.

—Annias hila los pensamientos con mucha rapidez, ¿no te parece? —murmuró Kalten a Falquián—. ¿Qué te apuestas a que esos dos desgraciados se las arreglarán de alguna manera para ahorcarse antes de la puesta del sol, con una cierta dosis de ayuda, por supuesto?

—No me gustan las apuestas, Kalten —replicó Falquián—. Al menos, no aquellas en las que se juega sobre hechos como este.

—¿Por qué no nos contáis lo que *de veras* sucedió en vuestro castillo, conde Radun? —sugirió Dolmant.

—Fue realmente muy sencillo, Su Ilustrísima —repuso Radun—. Sir Falquián y sir Kalten llegaron a las puertas de mi fortaleza hace algunos días y me avisaron de que un grupo de hombres vestidos con las armaduras de los pandion planeaba entrar allí, amparado por su atuendo, y asesinar después a mi familia y a mí. Con ellos habían acudido un número indeterminado de *verdaderos* pandion. Cuando llegaron los impostores, sir Falquián, con sus caballeros, arremetió contra ellos y los hizo retroceder.

—Providencial —observó el rey Obler—. ¿Cuál de estos leales caballeros es sir Falquián?

—Soy yo, Majestad —se presentó Falquián mientras se aproximaba.

—¿Cómo llegó a vuestros oídos la noticia del complot que se había tramado?

—Ocurrió de modo casi fortuito, Majestad. Escuché a escondidas una conversación al respecto. Informé inmediatamente de ello a lord Vanion y éste nos ordenó a Kalten y a mí que tomáramos las medidas para hacerlo fracasar.

El rey Dregos se puso en pie y descendió de la tarima.

—Os he juzgado mal, lord Vanion —declaró con voz firme—. Vuestro comportamiento ha sido intachable y yo os he acusado. ¿Podréis perdonarme la ofensa?

—No hay nada que perdonar, Majestad —replicó Vanion—. Yo me hubiera comportado de igual forma en semejantes circunstancias.

El soberano de Arcium tomó la mano del preceptor y la estrechó afectuosamente.

—Decidme, sir Falquián —inquirió el rey Obler—, ¿podrías por un azar identificar a los autores de esa trama?

—No pude ver sus rostros, Majestad.

—Es francamente desafortunado —afirmó el anciano monarca en un suspiro de desaliento—. Al parecer, mucha gente se hallaba implicada. Las dos personas que testificaron ante nosotros, cuyo cometido consistía en recitar una sarta preestablecida de mentiras, deben de ser una mera parte del engranaje.

—Comparto vuestra opinión, Majestad —acordó Falquián.

—Pero, ¿quién había detrás de todo este plan? ¿Y contra quién iba dirigido realmente? ¿Contra el conde Radun, tal vez? ¿O contra el rey Dregos? ¿O acaso contra el propio lord Vanion?

—Quizá sea imposible descubrir la verdad, a menos que los supuestos testigos se avengan a identificar a sus cómplices.

—Buena idea, sir Falquián. —El rey Obler miró con severidad al primado Annias—. Sobre vos, Ilustrísima, recae la responsabilidad de aseguraros de que el mercader Tessler y el siervo Veri estén disponibles para responder a un interrogatorio. Nos afligiría sobremanera que les sobreviniera algún accidente de naturaleza irreversible.

—Me encargaré de que se los vigile estrechamente, Majestad —aseguró Annias al rey de Deira, con envarado gesto.

Después hizo una señal a uno de sus soldados, quien, tras escuchar sus instrucciones, palideció ligeramente y salió apresuradamente de la estancia.

—Sir Falquián —vociferó Lycheas—, recibisteis orden de viajar a Demos y permanecer allí hasta recibir permiso para abandonar la ciudad. ¿Por qué razón...?

—Callaos, Lycheas —espetó Annias.

Un leve rubor se extendió por la cara plagada de espinillas del príncipe.

—Debo recordaros que tenéis que excusaros con lord Vanion, Annias —indicó mordazmente Dolmant.

Con el semblante demudado, Annias se volvió altivamente hacia el dirigente pandion.

—Os ruego aceptéis mis disculpas, lord Vanion —declaró secamente—. He sido víctima de viles embusteros.

—Por supuesto, mi querido primado —replicó Vanion—. Todos cometemos errores alguna vez, ¿no es cierto?

—Creo que hemos llegado a la conclusión de este asunto —dijo Dolmant, a la vez que miraba de reojo a Annias, quien evidenciaba un gran esfuerzo por controlar sus emociones—. Podéis estar seguro, Annias —agregó el patriarca de Demos—, de que otorgaré el trato más caritativo posible a este incidente cuando informe de él a la jerarquía de Chyrellos. Me esforzaré para que no os tomen por un completo idiota.

Annias se mordió el labio.

—Decidnos, sir Falquián —tomó la palabra el rey Obler—, ¿podrías identificar de algún modo a la gente que se dirigía al castillo del conde?

—El hombre que los encabezaba se llama Adus, Majestad —le respondió Falquián—. Es un salvaje corto de mente que trabaja a las órdenes de un pandion renegado llamado Martel. La mayoría de sus secuaces eran mercenarios, y el resto, rendorianos.

—Podríamos consumir mucho tiempo entregados a las especulaciones, Dregos —afirmó el rey Wargun mientras alargaba su copa vacía a un sirviente para que se la llenara—. Aproximadamente una hora en el potro bastará sin duda para inducir al mercader y al siervo que se encuentran en las mazmorras a confesarnos lo que saben acerca de sus cómplices.

—La Iglesia no aprueba tales métodos, Majestad —objetó Dolmant.

—Las mazmorras situadas bajo la basílica de Chyrellos son famosas por los métodos empleados por los más expertos interrogadores del orbe —repuso Wargun con burla.

—Dichas prácticas han sido suspendidas.

—Tal vez —dudó Wargun—, pero nos hallamos ante un caso civil. No tenemos que atenernos a las limitaciones derivadas de la delicadeza de la Iglesia, y no tengo intención de aguardar a que arranquéis con súplicas una respuesta a esos dos rufianes.

Lycheas, a quien había afilado el espíritu el impetuoso reproche de Annias, se arrellanó en su sillón.

—Estamos encantados de que este incidente haya quedado resuelto de manera tan amigable —anunció—, y nos congratulamos de que los informes concernientes a la muerte del conde Radun fueran infundados. De acuerdo con la opinión expresada por el patriarca de Demos, considero concluido este debate, a no ser que el excelente testigo de lord Vanion pueda aportar más información para ayudarnos a dilucidar quién inspiró esta monstruosa conspiración.

—No, Alteza —le dijo Vanion—. No estamos preparados para hacerlo en esta ocasión.

—Nuestro tiempo, Majestades, es escaso —añadió Lycheas en dirección a los soberanos de Thalesia, Deira y Arcium, en un vano intento de mostrarse a la altura de su cargo—. Todos tenemos reinos que gobernar y otras cuestiones reclaman nuestra atención. Sugiero que expresemos a lord Vanion nuestro agradecimiento por su colaboración a la hora de clarificar esta situación y le concedamos permiso para retirarse de manera que podamos consagrarnos a nuestros asuntos de Estado.

Los monarcas indicaron con diversos gestos su aceptación de lo propuesto por el príncipe.

—Vos y vuestros amigos podéis partir ahora, lord Vanion —concedió Lycheas majestuosamente.

—Gracias, Alteza —repuso Vanion con una altiva reverencia—. Nos complace haberos servido de ayuda —agregó antes de volverse para encaminarse a la puerta.

—Un momento, lord Vanion —le llamó Darellon, el corpulento preceptor de los caballeros alciones, mientras se acercaba a él—. Puesto que la conversación de Sus Majestades versará ahora sobre asuntos de Estado, creo que lord Komier, lord Abriel y yo nos retiraremos también. Estamos poco versados en asuntos de gobierno y poco podríamos contribuir a sus deliberaciones. Por otra parte, la conspiración descubierta esta mañana evidencia la necesidad de una colaboración más estrecha entre las órdenes militares. Debemos prepararnos ante una eventual iteración de tales ataques.

—Bien dicho —mostró su acuerdo Komier.

—Una espléndida idea, Darellon —aprobó el rey Obler—. Que no nos vuelvan a

sorprender. Mantenedme al corriente del fruto de vuestra conversación.

—Podéis confiar en mí, Majestad.

Los preceptores de las tres órdenes descendieron de la tarima para unirse a Vanion, el cual inició la salida de la lujosa sala de audiencia. Cuando se hallaron en el corredor, Komier, el voluminoso preceptor de los caballeros genidios, sonrió abiertamente.

—Buena jugada, Vanion —dijo.

—Me alegra que os haya gustado —respondió Vanion, a la vez que le devolvía la sonrisa.

—Debía de tener la cabeza totalmente embotada esta mañana —confesó Komier—. ¿Me creeréis si os aseguro que estaba a punto de aceptar toda esa farsa?

—No sois enteramente responsable de ello, lord Komier —indicó Sephrenia.

El caballero la interrogó con la mirada.

—Permitidme reflexionar sobre este punto un momento —pidió ella mientras fruncía el entrecejo.

—Ha sido Annias, ¿no es cierto? —apuntó astutamente el corpulento thalesiano cuando avanzaban por el pasillo—. Él es el autor de la trama, ¿me equivoco?

Vanion asintió con la cabeza.

—La presencia de los pandion en Elenia entorpece sus operaciones. Con este asunto intentaba apartarnos de la escena.

—La política elenia a veces se vuelve un poco obstrusa. En Thalesia somos más directos. ¿Hasta dónde alcanza el poder ostentado por el primado de Cimmura?

—Controla el consejo real —respondió Vanion—, lo que prácticamente lo convierte en el gobernante del reino.

—¿Acaso quiere apoderarse del trono?

—No, no lo creo. Prefiere manipular los acontecimientos entre bambalinas. Su objetivo es que Lycheas ascienda al trono.

—Lycheas es bastardo, ¿verdad?

Vanion asintió nuevamente.

—¿Cómo puede proclamarse rey a un bastardo? Nadie conoce la identidad de su padre.

—Probablemente Annias piensa que podrá solventar este problema. Hasta que intervino el padre de Falquián, nuestro buen primado casi había convencido al rey Aldreas de que resultaba perfectamente legítimo que tomara por esposa a su propia hermana.

—Es repugnante —afirmó Komier con un estremecimiento.

—Tengo entendido que Annias abriga ciertas ambiciones con respecto al trono del archiprelado de Chyrellos —comentó Abriel, el preceptor de los caballeros cirínicos, al patriarca Dolmant.

—Yo también he oído rumores que apuntan a esa pretensión —repuso afablemente Dolmant.

—Esta humillación le acarrearé un retroceso, ¿no os parece? Seguramente la jerarquía contemplará con poco agrado a un hombre capaz de caer en un ridículo tan espantoso públicamente.

—Ya lo había pensado.

—Supongo que vuestro informe abundará sobradamente en detalles.

—Es mi obligación, lord Abriel —replicó piadosamente Dolmant—. Puesto que yo mismo formo parte de los miembros de la jerarquía, difícilmente podría ocultar ninguno de los hechos. Tendré que exponer *toda* la verdad al consejo superior de la Iglesia.

—No podría ser de otro modo, Su Ilustrísima.

—Tenemos que hablar, Vanion —aseguró seriamente Darellon, responsable de la orden de los caballeros alciones—. Esta vez el ardid iba dirigido contra vos y vuestra orden, pero nos afecta a todos. Quizás alguno de nosotros constituyamos las siguientes víctimas. ¿Existe algún lugar seguro donde podamos conversar?

—Nuestro castillo se encuentra casi en las afueras de la ciudad —replicó Vanion—. Puedo garantizaros que sus muros no cobijan ningún espía del primado.

Mientras salían de palacio, Falquián recordó algo y aminoró la marcha para reunirse con Kurik en la retaguardia de la comitiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó el escudero.

—Retrasemos un poco nuestros pasos. Quiero hablar con ese niño que pide limosna.

—Vuestra conducta evidencia una falta de modales grave, Falquián —comentó Kurik—. Un encuentro de los preceptores de las órdenes sólo se presencia una vez en la vida. Además, querrán haceros algunas preguntas.

—Podemos alcanzarlos antes de que lleguen al castillo.

—¿Para qué deseáis encontraros con un mendigo? —inquirió Kurik con tono irritado.

—Trabaja para mí. —Falquián miró atentamente a su amigo—. ¿Qué te preocupa, Kurik? —preguntó—. Tu semblante es más sombrío que un día lluvioso.

—No importa —replicó lacónicamente el escudero.

Talen seguía agazapado en el ángulo que formaban dos paredes, tiritando arrebuñado en su harapienta capa. Falquián desmontó a unos pasos del chiquillo y disimuló su propósito al comprobar la cincha de su silla.

—¿Qué querías decirme? —musitó.

—Se trata del hombre a quien me encargasteis vigilar —explicó Talen—. Se llamaba Krager, ¿verdad? Abandonó Cimmura poco después que vos, pero volvió hace aproximadamente una semana. Lo acompañaba otro hombre, un tipo que, pese a no parecer tan viejo, llama la atención por su pelo blanco. Ambos fueron a la casa de ese barón a quien le gustan tanto los muchachos y permanecieron allí durante varias horas. Luego volvieron a salir de la ciudad. Me acerqué a ellos en la Puerta del Este y pude oír su conversación con los guardias. Afirmaron que se dirigían a Cammoria.

—Buen chico —lo felicitó Falquián, al tiempo que depositaba una corona de oro en la escudilla.

—Ha sido juego de chiquillos —declaró Talen con un encogimiento de hombros. Entonces mordió la moneda y la introdujo entre los pliegues de su túnica—. Gracias, Falquián —añadió.

—¿Por qué no informaste al portero de la posada de la calle de la Rosa?

—Está vigilada. Preferí tomar precauciones. —En ese momento Talen miró por encima del hombro del fornido caballero—. Hola, Kurik —saludó—. Hacía mucho tiempo que no os veía.

—¿Os conocéis? —preguntó Falquián, un tanto sorprendido.

Kurik se ruborizó y adoptó un aire de circunstancias.

—No me creeríais si os confesara hasta dónde se remonta nuestra amistad, Falquián —afirmó Talen mientras sonreía maliciosamente a Kurik.

—Ya basta, Talen —atajó Kurik; después suavizó su expresión—. ¿Cómo está tu madre? —inquirió, con un extraño y melancólico tono en la voz.

—Bastante bien. Si añadimos lo que yo gano a lo que vos le dais en ciertas ocasiones, puede asegurarse que apenas padece apuros económicos.

—¿Hay algún asunto que yo desconozco? —preguntó Falquián.

—Es una cuestión de índole personal, Falquián —explicó Kurik—. ¿Qué haces en la calle con este tiempo, Talen? —añadió en dirección al chiquillo.

—Pido limosna, Kurik. ¿Veis? —dijo Talen a la vez que alargaba la escudilla—. Este recipiente sirve para ese fin. ¿Queréis poner algo aquí dentro, en recuerdo de los viejos tiempos?

—Te puse en una buena escuela, muchacho.

—Oh, en efecto, era muy buena. El director solía alabarla tres veces al día, durante las comidas. Él y los profesores comían carne asada, y los alumnos, gachas de avena. Como no me gustan las gachas, decidí apuntarme en otra. —Gesticuló extravagantemente en dirección a las calles—. Ahora ésta es mi escuela. ¿Os gusta? Lo que aprendo aquí resulta mucho más útil que la retórica, la filosofía o la insostenible teología. Si me lo propongo, puedo conseguir lo bastante para comprarme un succulento plato de carne o cualquier otra cosa que me plazca.

—Debería darte una paliza, Talen —amenazó Kurik.

—¡Vaya, padre! —replicó el muchacho— ¡Qué sugerencia tan oportuna! Además —prosiguió riendo—, primero tendríais que atraparme. Ésa es la primera lección que me enseñaron las calles. ¿Queréis comprobar lo bien que la practico? —preguntó, y recogió la escudilla y la muleta antes de echar a correr calle abajo.

Kurik comenzó a proferir juramentos.

—¿Padre? —inquirió Falquián.

—Ya os he avisado de que esto no es de vuestra incumbencia, Falquián.

—Entre nosotros no existe ningún secreto, Kurik.

—Vais a continuar presionándome, ¿no es cierto?

—¿Yo? Simplemente me mueve la curiosidad. Se trata de un nuevo atributo que ignoraba.

—Cometí una indiscreción hace algunos años.

—En verdad, lo expresáis de una manera delicada.

—Podéis guardaros los comentarios jocosos.

—¿Sabe Aslade algo de ese «incidente»?

—Por supuesto que no. De habérselo contado le hubiera dado un gran disgusto, así que preferí no herir sus sentimientos. La obligación de un esposo consiste en evitarlo en lo posible.

—Te comprendo perfectamente, Kurik —le aseguró Falquián—. ¿Era bella la madre de Talen?

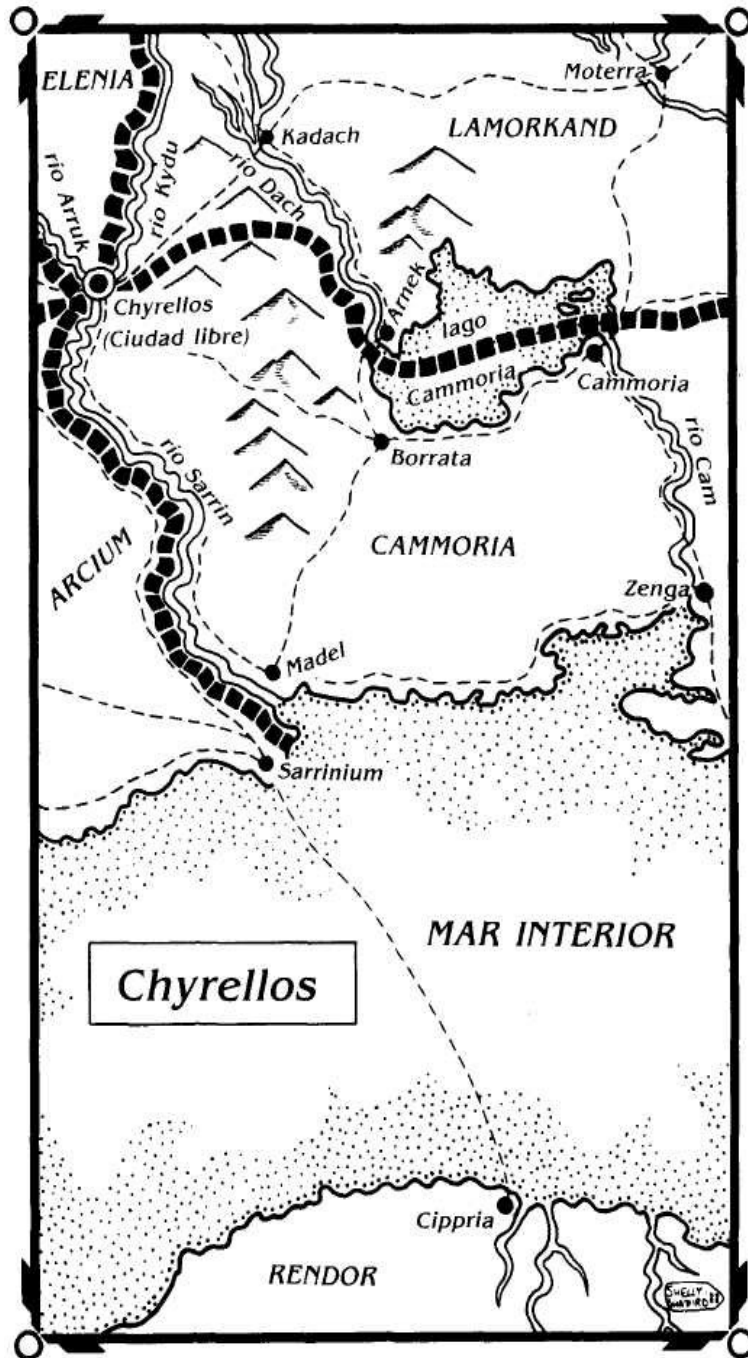
Kurik lanzó un suspiro y su cara mostró una inusitada ternura.

—Tenía dieciocho años y su hermosura recordaba a una mañana de primavera. No pude apartarme, Falquián. Amo a Aslade, pero...

—Eso nos ocurre a todos alguna vez, Kurik —lo consoló Falquián, al tiempo que ponía la mano sobre el hombro de su amigo—. No os mortifiquéis más con esta cuestión. —Entonces se enderezó—. ¿Por qué no intentamos dar alcance al resto? —sugirió mientras montaba.

Segunda parte

CHYRELLOS



Capítulo diez

Lord Abriel, preceptor de los caballeros cirínicos de Arcium, permanecía junto a la ventana de verdes cortinajes del estudio de Vanion, situado en la torre sur del castillo de la orden pandion, contemplando la ciudad de Cimmura. Abriel poseía una complexión corpulenta y el pelo cano. Debía de tener unos sesenta años; su rostro arrugado mostraba una expresión seria y sus ojos se hallaban profundamente hundidos en las cuencas. A su llegada al recinto, se había desprendido del yelmo y la espada, pero aún llevaba el resto de la armadura y la sobreveste de color azul pálido. Dado que su edad aventajaba a la de los otros tres preceptores, le cedieron la palabra.

—Estoy convencido de que todos somos en gran medida conscientes de lo que sucede en Elenia desde hace algún tiempo —comenzó su exposición—. No obstante, algunos puntos requieren una clarificación más detallada. ¿Seríais tan amable de respondernos a algunas preguntas, Vanion?

—Desde luego —repuso éste—. Intentaremos en lo posible aclarar vuestras dudas.

—Bien. En otros tiempos hemos mantenido posiciones alejadas, mi señor, pero en la presente coyuntura debemos olvidar rencillas. —Como todos los cirínicos, Abriel hablaba en tono cortés, incluso demasiado rígido—. Creo que precisamos obtener más información sobre el mencionado Martel.

—Era un antiguo miembro de la orden —respondió Vanion mientras se inclinaba sobre el respaldo de la silla—. Me vi obligado a expulsarlo.

—Nos ofrecéis una explicación muy concisa, Vanion —afirmó Komier.

A diferencia del resto, Komier llevaba una cota de malla en lugar de armadura. Era un hombre de estructura sólida, con amplias espaldas y manos anchas. Como la mayoría de los thalesianos, el preceptor de los caballeros genidios era rubio, y sus enmarañadas cejas le conferían un aspecto casi brutal. Al hablar, manoseaba continuamente el puño de su espada, que reposaba encima de la mesa delante de él.

—Si ese Martel se convierte en un problema, todos deberíamos tener el máximo de información sobre su persona.

—Era uno de nuestros mejores caballeros —lo describió Sephrenia en voz queda; estaba sentada al lado de la chimenea, con una taza de té en la mano—. Había adquirido una extremada destreza en el empleo de los secretos. En mi opinión, esa habilidad lo condujo a la desgracia.

—También era bueno con la lanza —admitió Kalten con pesar—. En el campo de entrenamiento solía derribarme del caballo sin hacer trampa. Probablemente sólo Falquián podía compararsele.

—¿En qué consistió exactamente la desgracia que habéis mencionado, Sephrenia? —inquirió lord Darellon.

El preceptor de los caballeros alciones de Deira poseía una figura delgada, y su edad se aproximaba a los sesenta años. Su pesada armadura deirana parecía una carga excesiva para su escasa corpulencia.

—Los secretos de Estiria son innumerables —replicó la mujer, con un suspiro—. Martel dominó en poco tiempo los que resultaban relativamente simples, ciertos hechizos y encantamientos sencillos y habituales. Sin embargo, más allá de este tipo de magia, se extiende un reino más profundo y peligroso. Los que nos ocupamos de instruir a los caballeros de la Iglesia en los secretos no introducimos a nuestros alumnos

en ese nivel de magia. En la práctica normal no se utiliza y, además, pone en peligro las almas de los elenios.

—Muchas cosas pueden ser arriesgadas para las almas de los elenios, mi señora —intervino Komier riendo—. Yo mismo sentí ciertas tentaciones la primera vez que entré en contacto con los dioses troll. Por lo que insinuáis, el tal Martel practicó artes que debía haber evitado.

—Sí —asintió Sephrenia con un nuevo suspiro—. Acudió a mí para pedirme que lo introdujera en los secretos prohibidos. Estaba sumamente interesado en ello; en realidad, demostraba la misma pasión que dedicaba a todas sus actividades. Desde luego, me negué, pero al igual que existen renegados pandion también se hallan estirios traidores. Martel provenía de una familia muy rica y podía permitirse pagar para recibir la instrucción que deseaba.

—¿Quién lo descubrió? —preguntó Darellon.

—Yo —respondió Falquián—. Ocurrió poco tiempo antes de que el rey Aldreas me enviara al exilio, un día que cabalgaba de Cimmura a Demos. Anochecía cuando llegué a un bosque que se halla a tres leguas de Demos. De pronto capté una extraña luz que se filtraba entre los árboles. Al acercarme, vi a Martel. Había engendrado una especie de criatura destellante. El fulgor que despedía era tan intenso que no pude distinguírle el rostro.

—No creo que os hubiera gustado verlo, Falquián —le aseguró Sephrenia.

—Tal vez no —concedió—. En fin, observé que Martel se dirigía a la criatura en estirio. La instaba a que le obedeciera.

—No representa nada extraordinario —arguyó Komier—. De vez en cuando, todos invocamos espíritus o fantasmas de algún tipo.

—Aquello no se trataba precisamente de un espíritu, lord Komier —intervino Sephrenia—. Era un damork. Los dioses mayores de Estiria los crearon para utilizarlos como esclavos. Los damork tienen poderes fuera de lo común, pero carecen de alma. Un dios puede hacerlos venir desde el inimaginable lugar donde moran y mantenerlos bajo su control. No obstante, si un hombre intenta imitarlo, simplemente muestra una pura insensatez, puesto que ningún mortal puede controlar a un damork. Lo que ha hecho Martel está totalmente prohibido por todos los dioses menores.

—¿Y los dioses mayores? —inquirió Darellon.

—Los dioses mayores no se rigen por ninguna regla, mi señor, sólo se guían por caprichos y deseos.

—Sephrenia —apuntó Dolmant—, Martel es elenio. Quizá no se sintió obligado a atenerse a las restricciones impuestas por los dioses estirios.

—Mientras alguien practique las artes de Estiria, está sujeto a los dioses estirios, Dolmant —replicó.

—Me pregunto si no constituye un error instruir a los caballeros de la Iglesia en las armas convencionales y en la magia estiria juntamente —musitó Dolmant—. Seguramente nos movemos en un terreno que quizá sea preferible ignorar.

—La decisión de unir ambos conocimientos se tomó hace nueve siglos, Su Ilustrísima —le recordó Abriel, que regresó junto a la mesa—, y si los caballeros de la Iglesia no hubieran sido eminentes magos, los zemoquianos habrían ganado la batalla de los llanos de Lamorkand.

—Tal vez —dijo Dolmant.

—Proseguid con vuestro relato, Falquián —sugirió Komier.

—Me queda poco que añadir, mi señor. No sabía que se trataba de de damork hasta que me lo explicó Sephrenia más tarde, pero era consciente de que no nos estaba permitido entrar en contacto con aquel tipo de criaturas. Pasado un momento, el ser se

desvaneció y me aproximé a Martel para hablar con él. Éramos amigos y quería avisarle del carácter ilícito de lo que pretendía; sin embargo, parecía haber perdido la cabeza, pues me advirtió a gritos que me ocupara de mis propios asuntos. Aquella actitud me sacó de dudas. Continué el viaje hasta la casa principal de Demos y allí referí a Vanion y a Sephrenia la escena que había contemplado. Nuestra tutora nos descubrió la naturaleza de aquel ser y del peligro que entrañaba su presencia en el mundo. Vanion me ordenó reunir un grupo de hombres, prender a Martel y llevarlo a la casa principal para interrogarlo. Al vernos, éste perdió completamente los estribos y empuñó de inmediato la espada. Debo reconocer que Martel es un gran guerrero, y aquel día su demencia le infundía una fuerza salvaje. A causa de aquel encuentro perdí a un par de amigos íntimos, pero finalmente logramos reducirlo y lo condujimos encadenado a Demos.

—Recuerdo que por los tobillos —agregó Kalten—. Falquián puede resultar muy expeditivo cuando está irritado. —Dirigió una sonrisa a su amigo—. No te granjeaste su simpatía tratándolo de ese modo, Falquián —comentó.

—No era ésa mi intención. Acababa de dar muerte a dos de mis compañeros y quería darle suficientes motivos para que aceptase mi reto después de que Vanion hubiera hablado con él.

—En efecto —intervino Vanion—, cuando llevaron a Martel a Demos me ocupé de él. Ni siquiera se molestó en negar su dedicación a tales actividades. Le ordené que pusiera fin a aquellas prácticas prohibidas y desafío mi autoridad. Ante tal actitud sólo me quedaba la alternativa de expulsarlo de la orden. Lo despojé de su condición de caballero, le hice entregar la armadura y lo acompañé hasta la puerta principal.

—Quizá fue una decisión equivocada —gruñó Komier—. Yo hubiera ordenado que lo mataran. ¿Volvió a invocar a ese ente?

—Sí —asintió Vanion—, pero Sephrenia apeló a los dioses menores de Estiria y ellos lo exorcizaron. Después desposeyeron a Martel de sus poderes más relevantes. Se alejó mientras lloraba y juraba vengarse de nosotros. Abandonó Elenia y durante los últimos diez o doce años se ha dedicado a prestar su espada al mejor postor en diferentes áreas del mundo.

—Por tanto, ¿nos enfrentamos a un vulgar mercenario? —preguntó Darellon, con un halo de preocupación en su delgado rostro.

—No es nada vulgar, mi señor —lo desengañó Falquián—. Fue entrenado como pandion y hubiera podido ser el mejor de la orden. Además, posee una inteligencia audaz. Guarda estrechos contactos con mercenarios de toda Eosia y carece de escrúpulos; en realidad, no creo que Martel haya conservado algún vestigio de creencia o de moralidad.

—¿Qué aspecto tiene? —inquirió Darellon.

—Su estatura es superior a la media —repuso Kalten—, y su edad, aproximadamente la misma que la de Falquián y la mía, aunque con los cabellos completamente blancos. No obstante, ya los tenía así a los veinte años.

—Deberíamos vigilar sus movimientos —sugirió Abriel—. ¿Quién es el otro, el tal Adus?

—Un animal —afirmó Kalten—. Después de haber sido expulsado de la orden, Martel reclutó a Adus y a un hombre llamado Krager para que lo ayudaran en sus actividades. Me parece que Adus es kelosiano, o quizá lamorquiano. Como apenas sabe hablar, resulta difícil identificar su acento. Es un salvaje integral, desprovisto de sentimientos humanos. Disfruta matando a la gente lentamente, y posee habilidad especial para realizarlo.

—¿Y el otro? —inquirió Komier— ¿Krager?

—Krager resulta un tipo bastante inteligente —respondió Falquián—. Básicamente se dedica a actividades criminales: monedas falsas, extorsiones, fraudes... Pero es débil. Martel le confía tareas que Adus sería incapaz de ejecutar.

—¿Qué vinculación une a Annias con Martel? —preguntó el conde Radun.

—Seguramente ninguna, aparte del dinero, mi señor —especuló Falquián, encogiéndose de hombros—. Martel trabaja a sueldo y no profesa convicción alguna. Corre el rumor de que esconde en algún lugar media tonelada de oro.

—Yo tenía razón —lo interrumpió bruscamente Komier—. Debisteis haberlo matado, Vanion.

—Yo me ofrecí para tal menester —informó Falquián—, pero Vanion se opuso.

—Tenía mis motivos —adujo Vanion.

—¿Puede ser un detalle significativo el hecho de que hubiera rendorianos entre los hombres que atacaron la morada del conde Radun? —les preguntó Abriel.

—Probablemente no —replicó Falquián—. Acabo de regresar de Rendor. Existe allí el mismo porcentaje de mercenarios que en Kelosia, Lamorkand o Cammorria. Martel alquila los servicios de ese tipo de gente cuando los necesita. Además, los asesinos a sueldo de Rendor no respetan ninguna religión, ya sea la eshandista o cualquier otra.

—¿Contamos con las pruebas suficientes para presentar una acusación contra Annias ante la jerarquía de Chyrellos? —inquirió Abriel.

—Me temo que no —dijo el patriarca Dolmant—. Annias ha comprado muchos votos entre los altos dignatarios de la Iglesia. Cualquier cargo que expusiéramos en su contra debería ser demostrado con evidencia, y únicamente disponemos de una conversación que intercambiaron Krager y el barón Harparín. Annias podría librarse fácilmente al no existir pruebas concluyentes, o conseguir una declaración de inocencia mediante sobornos.

Komier se arrellanó en la silla y se acarició la barbilla con un dedo.

—Creo que el patriarca ha tocado el punto clave de la situación. Mientras Annias pueda disponer a su antojo del tesoro de Elenia, logrará financiar sus planes y comprar el soporte de la jerarquía. Si no actuamos con cautela, conseguiremos que lo nombren archiprelado con el mismo procedimiento. En alguna ocasión todos nosotros nos hemos interpuesto en su camino, y auguro que su primer acto como mandatario de la Iglesia consistiría en desarticular las cuatro órdenes. ¿Existe algún medio para impedirle el acceso a las arcas del reino?

Vanion hizo un gesto negativo.

—Controla a los miembros del consejo real, con excepción del conde de Lenda. Siempre le conceden las sumas que solicita.

—¿Qué sucedía cuando gobernaba la reina? —inquirió Darellon—. Me refiero a si también la controlaba a ella antes de caer enferma.

—Ni por asomo —replicó Vanion—. Aldreas era un monarca débil que actuaba según la voluntad de Annias. Ehlana, por el contrario, lo despreciaba. Mas su situación libera a Annias de someterse a cualquier restricción, al menos hasta que ella no recobre la salud.

Abriel deambulaba por la estancia, sumido, al parecer, en profundos pensamientos.

—En ese caso, nuestras acciones deben seguir un curso lógico, señores. Debemos concentrar nuestros esfuerzos en buscar un remedio para contrarrestar la dolencia de la reina Ehlana.

—Annias es muy astuto —observó Darellon mientras martilleaba con los dedos la mesa—. Adivinará fácilmente nuestras intenciones y tratará de detenernos. Por otra

parte, en el supuesto de que hallemos una cura, ¿no pondríamos inmediatamente la vida de la reina en peligro?

—Falquián es su paladín, mi señor —informó Kalten—. Él puede hacerse cargo de la misión, especialmente si cuenta con mi apoyo.

—¿Habéis obtenido algún progreso en vuestros esfuerzos por encontrar una solución, Vanion? —preguntó Komier.

—Todos los médicos locales están desconcertados —repuso Vanion—. He mandado aviso a especialistas de otros reinos, pero todavía no han llegado.

—Los médicos no siempre acuden a las llamadas —apuntó Abriel—, y dicha tendencia podría incrementarse en una situación en que el dirigente del consejo real posee cierto interés en que la reina no se recupere. —Reflexionó un instante—. Los cirínicos tienen muchos contactos en Cammoria —indicó—. ¿Habéis pensado en llevar a vuestra reina a la facultad de medicina de la universidad de Borrata en ese reino? Son afamados expertos en el tratamiento de misteriosas dolencias.

—No creo que podamos arriesgarnos a disolver la película que la rodea —respondió Sephrenia—. Por ahora, es lo único que la mantiene con vida. No podría soportar el largo viaje hasta Borrata.

El preceptor de los caballeros cirínicos asintió pensativamente con la cabeza.

—Tal vez estéis en lo cierto, señora —concedió.

—Ése no constituye el único impedimento —agregó Vanion—. Annias no nos permitiría sacarla de palacio bajo ningún pretexto.

—Existe una alternativa —propuso Abriel después de reflexionar un momento—. Aunque convendría que los médicos pudieran examinar a la paciente, a veces se prescinde de este requisito; al menos eso me han dicho. Un especialista puede obtener gran parte de la información que necesita con una descripción detallada de los síntomas. Vanion, yo sugeriría que pusierais por escrito todo lo que sepáis sobre la enfermedad de la reina Ehlana y enviarais a alguien a Borrata con los documentos.

—Yo los llevaré —se ofreció Falquián—. Por ciertos motivos personales deseo ardientemente que la reina recobre la salud. Por otra parte, me han llegado noticias de que Martel se halla en Cammoria y tengo algunos asuntos pendientes de discusión con él.

—Ese dato aporta otro problema que afrontar —declaró Abriel—. Actualmente hay un clima de gran agitación en Cammoria. Alguien se dedica a propiciar el descontento de la población. No resulta precisamente el lugar más seguro del planeta.

—Caballeros, ¿que os parece si diéramos una pequeña muestra de unidad? —preguntó Komier a los restantes preceptores.

—¿Cuál es vuestra propuesta? —inquirió Darellon.

—En mi opinión, nuestros intereses coinciden —expuso Komier—. Nuestra meta común consiste en alejar a Annias del trono del archiprelado. Todos disponemos de paladines que destacan por su fuerza y habilidad entre sus camaradas. Creo que sería una buena idea que seleccionáramos a uno de esos adalides y lo enviáramos a Cammoria a reunirse con Falquián. Su ayuda no perjudicaría la causa y este acto demostraría al mundo que los caballeros de la Iglesia pelean como un solo hombre en este asunto.

—Muy bien, Komier —aprobó Darellon—. Las órdenes militares han mantenido diferencias a lo largo de los últimos siglos y mucha gente piensa que todavía se encuentran enfrentadas. ¿Tenéis alguna sospecha acerca de quién promueve el malestar en Cammoria? —preguntó en dirección a Abriel.

—Muchos creen que es Otha —repuso el cirínico—. Durante los últimos seis meses ha intentado infiltrarse en los reinos centrales.

—Tengo la impresión de que en cierto momento deberíamos hacer algo con respecto a Otha, algo que pueda calificarse de definitivo —propuso Komier.

—Esa acción implicaría oponerse a Azash —advirtió Sephrenia—, y no estoy segura de que sea conveniente por ahora.

—¿No pueden interponerse en su camino los dioses menores de Estiria? —le preguntó Komier.

—Han decidido no intervenir —respondió la mujer—. Aunque las guerras entre los hombres resultan terribles, un combate entre los dioses podría representar un desastre inimaginable. —Dirigió la mirada a Dolmant—. Al dios de los elenios se le reputa de ser todopoderoso —indicó—. ¿No podría la Iglesia apelar a él para que frenara a Azash?

—Supongo que es posible —respondió el patriarca—. El único problema radica en que la Iglesia no admite la existencia de Azash ni de ninguno de los dioses estirios. Se trata de una cuestión teológica.

—¿Qué visión tan absurda!

—Mi querida Sephrenia —dijo el patriarca riendo—, pensaba que conocíais la naturaleza de la mentalidad eclesiástica. Todos somos iguales. Encontramos una verdad y nos aferramos a ella. Luego cerramos los ojos ante el resto, para evitar la confusión. —La miró con curiosidad—. Decídmelo, Sephrenia, ¿a qué dios pagano adoráis vos?

—No me está permitido confesarlo —respondió gravemente—. Sin embargo, puedo decirles que no es un dios. Sirvo a una diosa.

—¿Una deidad femenina? ¡Qué idea más descabellada!

—Sólo para un hombre, Dolmant. Las mujeres lo perciben como algo natural.

—¿Existe algún otro detalle que debáis comunicaros, Vanion? —intervino Komier.

—Creo que no hemos olvidado ninguno, Komier —repuso—. ¿Deseáis añadir algo? —preguntó a Falquián.

—No —dijo éste—. Creo que no.

—¿Y sobre aquel estirio que nos denunció a los soldados eclesiásticos?

—Casi lo había olvidado —admitió Falquián con un gruñido—. Poco antes de escuchar la conversación entre Krager y Harparín, Kalten y yo íbamos disfrazados, pero un estirio descubrió nuestra identidad. Pasado un rato, fuimos atacados por algunos hombres de Annias.

—¿Puede existir una conexión? —inquirió Komier.

Falquián asintió con la cabeza.

—El estirio me había seguido durante varios días, y estoy prácticamente convencido de que fue él quien nos denunció a los soldados. La conclusión lógica es que está relacionado con Annias.

—La acusación tiene poca consistencia. El primado sustenta muchos prejuicios en lo que respecta a los estirios, y todo el mundo lo sabe.

—No tantos como para no valerse de su ayuda cuando la considera necesaria. Lo he descubierto en dos ocasiones cuando utilizaba su magia.

—¿Un eclesiástico? —exclamó Dolmant, estupefacto—. Eso está totalmente prohibido.

—También se aparta de la ley planear el asesinato del conde Radun, Su Ilustrísima. A Annias no lo arredran las normativas. No obstante, no es un mago prominente, pero el hecho de que conozca la manera de realizar ciertos trucos significa que los ha aprendido de algún estirio.

—Hay distintas clases de estirios —apuntó Darellon, al tiempo que entrecruzaba los dedos sobre la mesa—. Tal como ha comentado antes Abriel, se ha producido un

gran movimiento de estirios en los reinos centrales; la mayoría de ellos procedían de Zemoch. Si Annias buscó a un estirio para que lo introdujera en los secretos, seguramente ha contactado con un ejemplar deleznable.

—Creo que vuestra opinión tiende a complicar demasiado la situación, Darellon —señaló Dolmant—. Ni siquiera Annias se avendría a tener tratos con Otha.

—En el supuesto de que *supiera* que los tiene.

—Mis señores —intervino Sephrenia con calma—, reflexionad sobre lo acaecido esta mañana. —Le brillaban los ojos—. ¿Hubieran engañado a alguno de vosotros, o a los monarcas a quienes servís, las transparentes acusaciones de Annias? La argumentación era tosca, incluso infantil. Los elenios os caracterizáis por la sutileza y la sofisticación. Si vuestra mente hubiera permanecido alerta, os hubierais echado a reír ante los torpes intentos de Annias para desacreditar a los pandion. Sin embargo, no ocurrió así en vuestro caso ni en el de vuestros soberanos. Annias, que es sinuoso como una serpiente, presentó su caso como si se tratara de una muestra de genialidad.

—¿Adónde queréis ir a parar exactamente, Sephrenia? —inquirió Vanion.

—Creo que deberíamos tomar en consideración las sospechas expresadas por lord Darellon. Las pruebas expuestas esta mañana habrían convencido sin reservas a un estirio, pues representamos un pueblo sencillo y nuestros magos no deben esforzarse mucho para persuadirnos de lo que deseen. Los elenios, por el contrario, sois más escépticos, más lógicos. No os dejáis engañar tan fácilmente, a menos que os desposean de vuestra mentalidad.

Dolmant se inclinó hacia adelante; los ojos delataban su afán por iniciar una controversia.

—Pero Annias también es elenio, con una mente moldeada en las discusiones teológicas. ¿Por qué tendría que comportarse tan rudamente?

—Dais por supuesto que el primado hablaba por sí solo, Dolmant. Un brujo estirio, no cualquier criatura sujeta a él, presentaría una argumentación en términos que pudieran ser comprendidos por un humilde estirio y confiaría en la magia para conferir credibilidad a sus palabras.

—¿Alguien utilizaba ese tipo de magia en la cámara esta mañana? —preguntó Darellon, con el rostro demudado.

—Sí —respondió escuetamente Sephrenia.

—Creo que nos estamos apartando del tema —apuntó Komier—. Debemos dedicarnos en estos momentos a preparar la partida de Falquián hacia Borrata. Cuanto antes hallemos una cura para la enfermedad de la reina Ehlana, más rápidamente podremos eliminar la amenaza de Annias. Por lo que a mí concierne, una vez que le hayamos cortado el acceso libre al dinero, puede asociarse con quien quiera, o con lo que quiera.

—Será mejor que os encarguéis de lo necesario para el viaje, Falquián —indicó Vanion—. Os anotaré los síntomas de la reina.

—No creo que sea preciso, Vanion —lo interrumpió Sephrenia—. Conozco su estado mucho más minuciosamente que vos.

—Pero vos no sabéis escribir, Sephrenia —objetó el preceptor.

—No tendré que hacerlo —declaró dulcemente la mujer—. Informaré personalmente a los médicos de Borrata sobre su sintomatología.

—¿Vais a acompañar a Falquián? —preguntó Vanion, sorprendido.

—Desde luego. Existen ciertos peligros que parecen confluír en él. Tal vez mi ayuda le sea de utilidad cuando llegue a Cammorra.

—Yo también iré —afirmó Kalten—. Si Falquián se encuentra con Martel en Cammorra, quiero presenciar lo que pueda ocurrir. —Dedicó una sonrisa a su amigo—.

Te dejaré que te ocupes de Martel —propuso— si tú me reservas a Adus.

—Un justo trato —concedió Falquián.

—De camino a Borrata pasaréis por Chyrellos —dijo Dolmant—. Cabalgaré con vosotros hasta llegar a mi destino.

—Nos sentiremos honrados con vuestra presencia. —Falquián miró al conde Radun—. ¿Querréis uniros también a nuestra comitiva, mi señor? —propuso.

—No, aunque os agradezco vuestro ofrecimiento, sir Falquián —replicó el conde—. Regresaré a Arcium con mi sobrino y lord Abriel.

—No quería demorar vuestro objetivo —terció Komier mientras fruncía levemente el entrecejo—, pero Darellon está en lo cierto. Annias intuirá sin duda nuestra pretensión, ya que no existen tantos centros de enseñanza médica en Eosia. Si el tal Martel se encuentra ya en Cammoria y trabaja todavía a las órdenes de Annias, seguramente tratará de evitar que lleguéis a Borrata. Creo que sería preferible que aguardaseis en Chyrellos hasta que se reúnan con vosotros los caballeros de las restantes órdenes. Una demostración de fuerza puede allanar a veces dificultades posteriores.

—El planteamiento es correcto —acordó Vanion—. Los otros caballeros pueden sumarse a ellos en el castillo de los pandion de Chyrellos y, desde allí, proseguir juntos el viaje.

—Entonces, conformes —concluyó Falquián al ponerse en pie—. ¿Vais a dejar a Flauta aquí? —preguntó a Sephrenia.

—No. Vendrá conmigo.

—Será peligroso —advirtió Falquián.

—Puedo protegerla si lo necesita. Además, no soy yo quien debe tomar la decisión.

—¿No os encanta conversar con ella? —bromeó Kalten—. Estimula enormemente intentar dilucidar el significado de sus palabras.

Falquián hizo caso omiso del comentario de Kalten.

Más tarde, en el patio, cuando Falquián y sus acompañantes se disponían a emprender la marcha hacia Chyrellos, el novicio Berit se acercó a ellos.

—Un niño lisiado espera en la puerta, mi señor —informó a Falquián—. Asegura que debe comunicaros algo con urgencia.

—Hacedlo entrar —repuso Falquián.

Berit pareció sorprendido.

—Conozco a ese chiquillo —explicó Falquián—. Trabaja para mí.

—Como deseáis, mi señor —dijo Berit con una reverencia, luego se volvió hacia la entrada.

—Oh, por cierto, Berit —le llamó Falquián.

—¿Mi señor?

—No os aproximéis demasiado al muchacho. Es un experto ladronzuelo y puede robaros todas vuestras pertenencias en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo tendré en cuenta, mi señor.

Minutos después, Berit regresó escoltando a Talen.

—Tengo un problema, Falquián —informó el joven.

—¿Sí?

—Unos hombres del primado han descubierto que os he prestado ayuda. Me buscan por toda Cimmura.

—Ya te advertí que encontrarías complicaciones —lo reprendió gruñendo Kurik; luego, miró a Falquián y añadió—: ¿Qué hacemos ahora? No quiero verlo encerrado en las mazmorras del subterráneo de la catedral.

—Supongo que tendrá que acompañarnos —respondió Falquián mientras se acariciaba la barbilla—, al menos hasta Demos. —Sonrió de pronto—. Allí podemos dejarlo con Aslade y los chicos.

—¿Estáis loco, Falquián?

—Pensé que la idea os encantaría, Kurik.

—Lo considero lo más ridículo que he escuchado en toda mi vida.

—¿No queréis que estreche el trato con sus hermanos? —Falquián observó a Talen—. ¿Cuánto le has robado a Berit? —preguntó directamente al joven ratero.

—No mucho, de veras.

—Devuélveselo.

—Me decepcionáis, Falquián.

—La vida está llena de decepciones. Ahora, dáselo.

Capítulo once

A mediodía atravesaron el puente después del cual se tomaba la bifurcación hacia Demos. El viento soplaba todavía, pero el cielo aparecía despejado. La larga ruta que debían recorrer se hallaba muy concurrida. Los carros y carruajes avanzaban traqueteando, y los campesinos, vestidos con sayales descoloridos, transportaban pesados fardos al hombro destinados a los mercados de Cimmura. El frío viento invernal abatía las amarillentas hierbas que bordeaban la carretera. Falquián se adelantó unos pasos y los caminantes que se dirigían a Cimmura le cedieron el paso. *Faran* adoptó nuevamente su porte de exhibición e inició un altivo trote.

—Vuestro caballo da la impresión de estar un poco intranquilo hoy —observó el patriarca Dolmant, arropado con su negra y pesada capa eclesiástica.

—Simplemente, le gusta fanfarronear —repuso Falquián—. Ha adquirido la noción de que ello me impresiona.

—De esta forma se entretiene mientras espera la ocasión de morder a alguien —añadió riendo Kalten.

—¿Tiene mal carácter?

—Como todos los caballos entrenados para la batalla, Su Ilustrísima —explicó Falquián—. Los educan para mostrarse agresivos. En el caso de *Faran*, exageraron el adiestramiento en relación a ese aspecto.

—¿Os ha mordido alguna vez?

—Una. Luego le aconsejé que sería preferible que no lo repitiera.

—¿Le aconsejasteis?

—Utilicé para ello una recia vara, con lo que me entendió enseguida.

—No vamos a llegar muy lejos por hoy, Falquián —indicó Kurik desde la retaguardia, donde se ocupaba de las dos monturas de carga—. Hemos salido tarde. Conozco una posada a una legua de distancia. ¿Qué os parece si pasáramos la noche allí y reemprendiéramos el camino mañana temprano?

—La propuesta suena razonable, Falquián —opinó Kalten—. La verdad es que ahora no me gusta tanto dormir en el suelo.

—De acuerdo —concedió Falquián.

Después dirigió la mirada a Talen, que viajaba a lomos de un caballo bayo de aspecto fatigado al lado del blanco palafrén de Sephrenia. El chiquillo no cesaba de otear aprensivamente hacia atrás.

—Estás muy callado —le dijo.

—Los muchachos no deben hablar en presencia de la gente mayor —replicó con facundia—. Ésa es una lección que me enseñaron en la escuela en la que me internó Kurik. Siempre que no me representa un gran esfuerzo, intento obedecer las normas.

—Este jovencito es un insolente —observó Dolmant.

—Además de ladronzuelo, Su Excelencia —le advirtió Kalten—. No os acerquéis demasiado a él si lleváis algo de valor encima.

—¿No sabéis que la Iglesia desapruueba la acción de robar? —inquirió Dolmant severamente en dirección al niño.

—Sí —respondió con un suspiro Talen—, lo sé. En esas cuestiones la Iglesia se comporta como una mojigata.

—Vigila tus palabras, Talen —espetó Kurik.

—No puedo, Kurik. La boca se me mueve sola.

—La depravación del muchacho tal vez resulta comprensible —arguyo Dolmant tolerantemente—. Dudo de que haya recibido alguna instrucción sobre doctrina o moralidad. En muchos sentidos, los pobres niños que viven en las calles son tan paganos como los estirios —opinó Dolmant, a la vez que dedicaba una sonrisa a Sephrenia, que mantenía a Flauta envuelta en una vieja capa sobre su regazo.

—En realidad, Su Ilustrísima —lo sacó del error Talen—, asisto regularmente a misa y presto gran atención a los sermones.

—Sorprendente —afirmó el patriarca.

—No del todo, Su Ilustrísima —repuso Talen—. La mayoría de los ladrones acuden a la iglesia, pues el ofertorio les ofrece espléndidas oportunidades.

Dolmant pareció súbitamente horrorizado.

—Consideradlo de este modo, Su Ilustrísima —explicó el joven, con burlona seriedad—. La Iglesia distribuye dinero entre los pobres, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Bien, yo, debido a la miseria en que vivo, tomo mi parte cuando pasan la bandeja. Así ahorro tiempo y esfuerzo a la Iglesia, ya que le evito ir en mi busca para darme el dinero. Me gusta ser útil siempre que puedo.

Dolmant lo miró fijamente y de pronto, sin poder contenerse, estalló en carcajadas.

Pocas millas más adelante, encontraron un pequeño grupo de gente ataviada con las rudas túnicas tejidas a mano que solían vestir los estirios. Iban a pie y, tan pronto como advirtieron a Falquián y a sus compañeros, huyeron a todo correr hacia un campo próximo.

—¿Por qué tienen tanto miedo? —preguntó Kalten, desconcertado.

—Las noticias se expanden rápidamente entre los estirios —respondió Sephrenia—, y últimamente han ocurrido ciertos incidentes que los han asustado.

—¿Incidentes?

Falquián le refirió brevemente lo sucedido en el poblado estirio de Arcium. El rostro de Talen estaba muy pálido.

—¡Eso es horrible! —exclamó.

—La Iglesia ha intentado durante siglos acabar con ese tipo de ataques —declaró Dolmant con tristeza.

—Creo que hemos logrado darles fin en esa parte de Arcium —aseguró Falquián—. Envió a algunos hombres para castigar a los campesinos responsables de la matanza.

—¿Los colgaron? —preguntó furioso Talen.

—Sephrenia no nos lo permitió; no obstante, les propinamos unos buenos azotes.

—¿En eso consistió su pena, simplemente?

—Se utilizaron ramas de espino. Esta planta crece hasta una altura muy elevada en Arcium, y recomendé a mis subordinados que las blandieran con firmeza.

—Tal vez fue un poco cruel —señaló Dolmant.

—En aquel momento lo consideramos necesario. Los caballeros de la Iglesia mantenemos estrechos lazos con los estirios y detestamos a la gente que maltrata a nuestros amigos.

El pálido sol de invierno se deslizaba bajo un cúmulo de gélidas nubes purpúreas cuando arribaron a una destartada posada para viajeros. Comieron una sopa aguada, un grasiento pedazo de cordero y, a poco, se retiraron.

La mañana siguiente amaneció clara y fría. La tierra del camino estaba helada y las plantas que lo flanqueaban aparecían blancas a causa de la escarcha. El sol relucía con fuerza, pero aportaba escaso calor. Marchaban a paso vivo, envueltos en sus capas para resguardarse de la rigurosa temperatura.

El camino serpenteaba por las colinas y valles de Elenia central, y cruzaba campos en barbecho azotados por el viento. Falquián admiraba el paisaje mientras cabalgaba. Ante aquella región donde habían crecido Kalten y él, experimentaba el peculiar sentimiento de retorno al hogar que todos los hombres sienten al regresar tras largos años al lugar donde transcurrió su infancia. La autodisciplina, tan importante en la formación de un pandion, reprimía en Falquián cualquier forma de emotividad, pero, pese a sus esfuerzos, en ocasiones ciertas cosas lo conmovían profundamente.

A media mañana, Kurik informó desde la retaguardia:

—Un jinete se aproxima. Espolea con insistencia su caballo.

Falquián refrenó a *Faran* y volvió grupas.

—Kalten —dijo simplemente.

—Conforme —respondió su amigo, y apartó la capa para poner al descubierto la empuñadura de la espada.

Falquián también aprestó su arma y ambos retrocedieron varias yardas para salir al encuentro del hombre.

Sin embargo, sus precauciones resultaron innecesarias, pues se trataba del joven novicio Berit. Iba cubierto con una capa y tenía las manos y muñecas agrietadas a causa del frío. Su montura, por el contrario, estaba completamente bañada en sudor. Aflojó las riendas y se acercó al paso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Falquián.

—El consejo real ha legitimado al príncipe Lycheas.

—¿Cómo?

—Cuando los reyes de Thalesia, Deira y Arcium insistieron en el argumento de que un bastardo no podía actuar como príncipe regente, el primado Annias convocó una reunión del consejo y presentó un documento que atestiguaba que la princesa Arissa se había unido en matrimonio con el duque Osten de Vardenais. Finalmente el príncipe fue declarado legítimo.

—Eso es absurdo —bufó encolerizado Falquián.

—Lord Vanion comparte vuestra opinión. No obstante, el documento parecía en regla, y el duque Osten murió hace años, por lo que no hay modo de refutar la prueba. El conde de Lenda examinó atentamente el pergamino, pero no tuvo más remedio que votar en favor de la propuesta de Annias.

Falquián soltó una blasfemia.

—Conocí al duque Osten —indicó Kalten—. Era un soltero empedernido y no se hubiera casado por nada del mundo. Detestaba a las mujeres.

—¿Ha aparecido algún problema? —preguntó Dolmant tras acercarse a ellos seguido de Sephrenia, Kurik y Talen.

—El consejo real ha votado la legitimación de Lycheas —le informó Kalten—. Annias la argumentó con un documento donde se afirma que la princesa Arissa había contraído matrimonio.

—Qué extraño —comentó Dolmant.

—Y qué oportuno —añadió Sephrenia.

—¿Podría haber falsificado el testimonio? —inquirió Dolmant.

—Fácilmente, Su Ilustrísima —respondió Talen—. Conozco un hombre en Cimmura que podría aportar una prueba irrefutable de que el archiprelado cuenta con nueve esposas incluidos una hembra troll y una ogresa.

—Bien, ya lo ha conseguido —determinó Falquián—. Me temo que Lycheas ha avanzado un gran paso en su carrera hacia el trono.

—¿Cuándo ocurrió, Berit? —preguntó Kurik al novicio.

—Ayer por la noche.

—La princesa Arissa está confinada en el convento de Demos —apuntó Kurik mientras se mesaba la barba—. Si Annias tramó esta estratagema recientemente, tal vez no se haya enterado de su condición de casada.

—Viuda —lo corrigió Berit.

—Bueno, viuda entonces. Arissa siempre se ha enorgullecido de haberse acostado con casi todos los varones de Cimmura, con perdón de Su Ilustrísima, y de haberlo hecho siguiendo su propia voluntad, sin haber pasado siquiera por el altar. Si alguien le pidiera de improviso que atestiguara con su firma que nunca accedió al matrimonio, no creo que resultara difícil convencerla. ¿No se lograría así enturbiar un tanto las aguas?

—¿De dónde sacaste a este hombre? —preguntó Kalten con admiración—. Es un auténtico tesoro.

Falquián cavilaba a toda prisa.

—La legitimidad, o la ilegitimidad, entra en el ámbito de lo civil —observó—, puesto que está relacionada con los derechos de herencia y cuestiones similares, pero la ceremonia de la boda es siempre religiosa, ¿no es cierto, Su Ilustrísima?

—Sí —convino Dolmant.

—Si vos y yo consiguiéramos de Arissa el tipo de declaración al que ha aludido Kurik, ¿podría emitir la Iglesia un veredicto que sentenciara que está soltera?

Dolmant reflexionó un momento.

—Lo considero improbable —opinó dubitativo.

—Pero ¿es posible?

—Supongo que sí.

—En ese caso, la Iglesia podría ordenar a Annias que retirara el falso documento.

—Por supuesto.

—¿Quién heredó las tierras y títulos del duque Osten? —preguntó Falquián a Kalten.

—Su sobrino, un estúpido sin remedio. Su ducado le ha impresionado fuertemente, y gasta el dinero a mayor velocidad de la que lo gana.

—¿Cómo reaccionaría si tuviera que transferir de pronto sus pertenencias y su rango a Lycheas?

—Sus gritos se oirían hasta en Thalesia.

Una lenta sonrisa iluminó la cara de Falquián.

—Conozco a un honesto magistrado de Vardenais. El asunto caería bajo su jurisdicción. Si el duque actual decidiera someter a litigio la cuestión y presentara el veredicto de la Iglesia, el magistrado decidiría en su favor, ¿me equivoco?

—No le quedaría otra alternativa —respondió Kalten con una mueca de regocijo.

—Lo cual significaría la deslegitimación de Lycheas.

Dolmant sonreía también. Entonces adoptó un aire piadoso.

—Apresurémonos a llegar a Demos, amigos —sugirió—. Me siento súbitamente ansioso por escuchar la confesión de cierta pecadora.

—¿Queréis saber algo? —indicó Talen—. Siempre pensé que los ladrones éramos la gente más tortuosa del mundo, pero parecemos simples aficionados comparados con los nobles y los eclesiásticos.

—¿Cómo enfocaría el asunto Platimo? —le preguntó Kalten mientras proseguían hacia su destino.

—Le clavaría un puñal a Lycheas —respondió Talen, a la vez que se encogía de hombros—. Los bastardos muertos no pueden heredar tronos, ¿verdad?

—Admito que posee cierto encanto ese modo de actuación tan directo —concedió Kalten riendo.

—Los problemas terrenales no pueden resolverse mediante asesinatos, Kalten —

le reconvino Dolmant.

—Pero, Su Ilustrísima, yo no me refería a un crimen. Los caballeros de la Iglesia somos los soldados de Dios, y si el Altísimo nos ordena matar a alguien, constituye un acto de fe, no un asesinato. ¿Creéis que la Iglesia accedería a ordenarnos a Falquián y a mí que acabáramos con Lycheas y Annias, y, una vez entrados en materia, con Otha también?

—¿De ningún modo!

—Simplemente divagaba —se disculpó Kalten con un suspiro.

—¿Quién es Otha? —inquirió Talen, curioso.

—¿En qué país te has criado, muchacho? —le preguntó Berit.

—En las calles de Cimmura.

—Incluso inmerso en ellas has tenido que oír mencionar al emperador de Zemoch.

—¿Dónde está Zemoch?

—Si te hubieras quedado en la escuela que elegí para ti lo sabrías —refunfuñó Kurik.

—Las escuelas me aburren —respondió el chiquillo—. Transcurrieron meses mientras intentaban enseñarme las letras. Cuando llegué a escribir mi nombre, no me pareció necesario seguir con aquella educación.

—Por eso desconoces dónde se halla Zemoch, y también ignoras que Otha podría llegar a darte muerte.

—¿Por qué querría matarme alguien a quien no he visto jamás?

—Porque eres elenio.

—Todo el mundo es elenio, menos los estirios, claro.

—A este chaval le queda mucho que aprender —observó Kalten—. Alguien debería encargarse de su formación.

—Con vuestra venia, mis señores —intervino Berit. En opinión de Falquián seleccionó con excesivo cuidado las palabras a causa de la presencia del reverenciado patriarca—. Sé que todos debéis atender importantes asuntos. Yo nunca fui un alumno destacado en historia, pero me haré cargo de la instrucción de este pilluelo en los rudimentos de la materia.

—Me encanta escuchar cómo habla este joven —observó Kalten—. Tanta formalidad casi me adormece a causa del deleite que me produce.

—¿Pilluelo? —objetó Talen en voz alta.

Sin mudar de expresión, Berit derribó a Talen del caballo de un manotazo.

—Lo primero que has de aprender, jovencito, es a adoptar una actitud de respeto frente a tu profesor —afirmó—. No debes cuestionar jamás sus palabras.

Talen se levantó farfullando; esgrimía una pequeña daga en la mano. Berit se arrellanó en la silla y le propinó un fuerte puntapié en el pecho que lo dejó casi sin aliento.

—¿No te entusiasma el inicio de este pupilaje? —preguntó Kalten a Falquián.

—Ahora vuelve a montar —ordenó con firmeza Berit— y mantente alerta, porque te formularé preguntas de tanto en tanto y te conviene responderlas correctamente.

—¿Vais a permitirle que me trate así? —apeló Talen a su padre.

Kurik le respondió con una sonrisa.

—No es justo —se quejó el muchacho mientras, con la nariz sangrante, se sentaba de nuevo sobre su montura—. ¿Veis lo que me habéis hecho? —enseñó acusadoramente a Berit.

—Apriétate con los dedos el labio superior —sugirió Berit—, y no hables sin permiso.

—¿Cómo habéis dicho? —preguntó Talen incrédulo.

Berit le mostró el puño.

—De acuerdo. De acuerdo —convino Talen, a la vez que se alejaba del eventual puñetazo—. Continúad. Os escucho.

—Me complace comprobar la sed de conocimientos demostrada por los jóvenes —observó Dolmant condescendiente.

De este modo dio comienzo la educación de Talen durante el viaje a Demos. Al principio adoptó un aire sombrío; sin embargo, al cabo de unas horas de escuchar a Berit la historia le sedujo.

—¿Puedo preguntar algo? —pidió finalmente—. ¿Habéis afirmado que en aquellos tiempos no había ningún reino, sino simplemente un montón de ducados y cosas así?

Berit asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo consiguió ese Abrech de Deira dominar todo el país en el siglo quince? ¿No se opusieron a él los otros nobles?

—Abrech controlaba las minas de hierro del centro de Deira. Sus guerreros llevaban armas y armaduras de acero, mientras que la gente que se le enfrentaba se protegía sólo con bronce; incluso algunos utilizaban hachas de sílex.

—Supongo que la diferencia era importante.

—Tras haber consolidado su poder en Deira, avanzó hacia el sur en dirección a la actual Elenia. No tardó mucho tiempo en conquistar la región, y luego continuó hasta Arcium y repitió allí el mismo proceso. Después, cabalgó hacia Eosia central, Cammoria, Lamorkand y Kelosia.

—¿Conquistó toda Eosia?

—No. Por aquel entonces se produjo la herejía eshandista en Rendor, y la Iglesia convenció a Abrech de que debía consagrarse a su supresión.

—He oído hablar de los eshandistas —aseguró Talen, pero nunca logré esclarecer cuáles eran sus creencias.

—Eshand era anticlerical.

—¿Qué significa eso?

—La jerarquía está compuesta por altos mandatarios de la Iglesia: primados, patriarcas y el archiprelado. Eshand pensaba que los sacerdotes comunes debían decidir por sí mismos las cuestiones teológicas que debían impartir a sus feligreses y que había que disgregar la Iglesia.

—Ya entiendo por qué sus ideas disgustaban tanto a los religiosos.

—Abrech reunió un poderoso ejército entre la población de Eosia central y occidental para atacar Rendor. Tenía las miras puestas en el cielo, y cuando los condes y duques de las tierras que había conquistado solicitaron armas de acero para combatir mejor a los herejes, dio su consentimiento sin considerar las consecuencias. Fueron precisas pocas batallas para desintegrar el imperio de Abrech. Como ya habían accedido a los avanzados medios que los deiranos habían mantenido anteriormente en secreto, los aristócratas no se veían obligados a rendir homenaje a Abrech. Elenia y Arcium declararon su independencia, y Cammoria, Lamorkand y Kelosia se aglutinaron en poderosos reinos. Abrech cayó muerto en un enfrentamiento contra los eshandistas en el sur de Cammoria.

—¿Que relación tiene esa historia con Zemoch?

—Ya llegaremos a ese punto a su debido tiempo.

—¿Sabéis? —dijo Talen en dirección a Kurik—, éste es un buen relato. ¿Por qué no me lo explicaron así en ese colegio al que me llevasteis?

—Seguramente porque no te quedaste el tiempo suficiente para darles ocasión de hacerlo.

—A lo mejor tenéis razón.

—¿Cuánto queda hasta Demos? —preguntó Kalten mientras escrutaba el sol de la tarde para determinar la hora.

—Unas doce lenguas —repuso Kurik.

—No podremos llegar antes del anochecer. ¿Existe alguna posada o taberna por estos contornos?

—No muy lejos hay un pueblo con una posada.

—¿Qué opinas, Falquián? —inquirió Kalten.

—Creo que es aconsejable —concedió su amigo—. A los caballos les perjudicaría caminar toda la noche con este frío.

El sol se ponía en el horizonte cuando ascendieron una colina coronada por unos edificios cuyas sombras se proyectaban más allá de la población. El pequeño pueblo se componía de casas de piedra y techados de paja que se arracimaban a ambos lados de la carretera. La posada era una especie de cervecería provista de un dormitorio en el segundo piso. Sin embargo la cena que les ofrecieron resultó más sabrosa que la de la noche anterior.

—¿Iremos a la casa principal al llegar a Demos? —preguntó Kalten a Falquián tras saciar su estómago.

—Es probable que hayan puesto vigilancia —repuso Falquián después de reflexionar—. La escolta del patriarca de regreso a Chyrellos nos proporciona una excusa para pasar por Demos, pero preferiría que nadie nos viera a Su Ilustrísima y a mí entrar en el convento para encontrarnos con Arissa. Si Annias sospecha cuáles son nuestros planes, hallará la manera de frustrar nuestro objetivo. Kurik, ¿tienes alguna habitación para huéspedes en tu casa?

—Hay un ático y un pajar.

—Bien. Vamos a hacerte una visita.

—Aslade estará encantada —declaró Kurik, al tiempo que la preocupación se reflejaba en su cara—. ¿Puedo hablar con vos un momento?

Falquián hizo retroceder su taburete y siguió al escudero hasta un extremo de la sala.

—No hablaríais en serio cuando considerasteis la posibilidad de dejar a Talen con Aslade, ¿verdad? —preguntó Kurik en voz baja.

—No —respondió Falquián—, posiblemente no. Creo que estabas en lo cierto al conjeturar que se llevaría un gran disgusto si se enterase de tu indiscreción, y Talen no se conduce de forma timorata. Podría irse de la lengua.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con él?

—Aún no lo he decidido. Berit se ocupará de él y evitará que ocasione problemas.

—Creo que por primera vez en su vida —dijo Kurik con una sonrisa—, Talen se ha topado con alguien que no tolera su insolencia. Esta lección podría beneficiarle más que toda la historia que tratan de enseñarle.

—Comparto tu opinión —convino Falquián mientras miraba al novicio, que conversaba respetuosamente con Sephrenia—. Tengo la impresión de que Berit se convertirá en un excelente pandion —observó—. Posee carácter e inteligencia; además, demostró su habilidad para la lucha en la batalla de Arcium.

—Se debatía a pie —señaló Kurik—. Podremos emitir un veredicto de más peso cuando veamos cómo maneja la lanza.

—Kurik, en verdad, tu alma recuerda la de un sargento de instrucción.

—Alguien debe comportarse como tal, Falquián.

El día siguiente nuevamente amaneció frío, y el aliento de los caballos se helaba en contacto con la gelidez del aire cuando emprendieron camino. Tras haber recorrido

aproximadamente una milla, Berit volvió a asumir sus funciones de maestro.

—Veamos —se dirigió a Talen—, explícame lo que aprendiste ayer.

Talen tiritaba envuelto en una vieja capa gris remendada que había pertenecido en otro tiempo a Kurik. No obstante, recitó con soltura cuanto le había relatado Berit la jornada anterior. Según el juicio de Falquián, el chiquillo repetía literalmente las palabras de Berit.

—Tienes muy buena memoria —lo felicitó Berit.

—Es un truco —replicó Talen con inusitada modestia—. Algunas veces llevo mensajes de Platimo y por eso he tenido que ejercitarme en recordar.

—¿Quién es Platimo?

—El mejor ladrón de Cimmura, al menos antes de ponerse tan gordo.

—¿Tratas con ladrones?

—Yo también soy un ladrón, Berit. Constituye un antiguo y honorable oficio.

—Tiene bien poco de honorable.

—Depende del punto de vista desde el que se considere. Bueno, ¿qué ocurrió después de la muerte del rey Abrech?

—La guerra con los eshandistas se estancó en un punto muerto —respondió Berit, retomando el hilo de la historia—. Las incursiones se producían a ambos lados del Mar Interior y del estrecho de Arcium, pero a los nobles de ambos bandos les preocupaban otras cuestiones. Eshand había fallecido y sus sucesores no hacían gala del mismo celo. La jerarquía de la Iglesia de Chyrellos continuaba su presión hacia los aristócratas para que renovaran sus esfuerzos en la guerra; sin embargo, a éstos les interesaba más la política que la teología.

—¿Cuánto tiempo duró esa situación?

—Casi tres siglos.

—En aquellos tiempos se tomaban las guerras en serio, ¿no? Esperad un minuto. ¿A qué se dedicaban los caballeros de la Iglesia por entonces?

—Eso es lo que iba a contarte ahora. Al ser evidente que la nobleza había perdido su entusiasmo en la guerra, la jerarquía de la Iglesia se reunió en Chyrellos para considerar las alternativas. Finalmente optaron por la conveniencia de fundar órdenes militares para proseguir la contienda. Los caballeros de las cuatro órdenes recibieron un entrenamiento superior al de los guerreros ordinarios. Al mismo tiempo, se los instruía en los secretos de Estiria.

—¿Qué es eso?

—Magia.

—Oh. ¿Por qué no lo habéis explicado antes?

—Lo hice. Debes prestar atención, Talen.

—¿Los caballeros de la Iglesia ganaron entonces la guerra?

—Conquistaron la totalidad de Rendor y finalmente los eshandistas capitularon. En aquellos primeros años, a las órdenes militares las tentó la ambición y comenzaron a dividir Rendor en cuatro grandes ducados, pero apareció una nueva amenaza mucho más peligrosa por el este.

—¿Zemoch? —apuntó Talen.

—Exactamente. La invasión de Lamorkand se produjo casi sin...

—¡Falquián! —gritó de repente Kalten— ¡Allá arriba! —indicó, a la vez que señalaba un altozano cercano.

Una docena de hombres armados había surgido de improviso en la cresta y descendía al galope entre la espesura con intención de atacarlos.

Falquián y Kalten desenvainaron las espadas y se apresuraron a ir a su encuentro. Kurik, que se instaló en uno de los flancos del grupo, preparó su maza erizada de

clavos. Berit, en el otro costado, blandía su pesada hacha de guerra.

Los dos caballeros arremetieron contra el grueso de la carga. Falquián derribó en un instante a dos atacantes mientras Kalten, con una rápida sucesión de salvajes mandobles, hacía saltar a otro de la silla. Un hombre trató de rodearlos, pero cayó presa de contorsiones al golpearle Kurik la cabeza con su maza. Falquián y Kalten se hallaban ahora en el propio centro del grupo agresor y descargaban contundentes golpes con sus macizas espadas de hoja ancha. Entonces Berit embistió por uno de los lados; a su paso trituraba los cuerpos de los jinetes que encontraba en su camino. Tras unos momentos de violenta lucha, los adversarios supervivientes rompieron filas y emprendieron la huida.

—¿A qué demonios se debe esta sorpresa? —preguntó Kalten, con el rostro ensangrentado, jadeante a causa del esfuerzo.

—Perseguiré a uno de ellos para interrogarlo, mi señor —se ofreció Berit, ansioso.

—No —lo atajó Falquián.

El rostro de Berit reflejó desilusión.

—Un novicio no debe presentarse como voluntario —advirtió intransigentemente Kurik al joven—, al menos hasta que sea un experto en el manejo de las armas.

—He peleado bien —protestó Berit.

—No os ha ocurrido nada porque los asaltantes no eran buenos guerreros —argumentó Kurik—. Os desprotegéis demasiado al golpear y dejáis así un buen blanco para los contraataques. Cuando llegemos a mi granja de Demos, os instruiré.

—¡Falquián! —gritó Sephrenia desde la falda de la colina.

Falquián volvió rápidamente grupas y descubrió a cinco hombres vestidos con los toscos sayales de los estirios que salían a toda prisa de los matorrales en dirección a Sephrenia, Dolmant y Talen. Entre juramentos, hincó las espuelas en los flancos de *Faran*.

Resultaba evidente que el objetivo de los estirios se encontraba en Sephrenia y Flauta. No obstante, Sephrenia no estaba del todo indefensa, puesto que uno de los estirios cayó chillando al suelo y otro se desplomó de rodillas al tiempo que se llevaba las manos a los ojos. Los otros tres, para su desgracia, vacilaron, y Falquián aprovechó su indecisión para embestir contra ellos. Con un solo movimiento de la espada, envió la cabeza de uno por los aires y después hundió la hoja en el pecho del siguiente. El estirio que quedaba con vida intentó escapar, pero *Faran* lo agarró con los dientes y lo hizo caer con tres vertiginosas sacudidas, para patearlo a continuación con el acero de sus cascos.

—¡Allí! —exclamó de pronto Sephrenia mientras apuntaba en dirección a la cima de la colina.

Sobre el promontorio, un encapuchado observaba la escena a lomos de un caballo blanco. En el preciso momento en que la menuda mujer estiria comenzó a invocar su encantamiento, la figura giró sobre sí misma, y su imagen se perdió tras el cerro.

—¿Quiénes eran? —preguntó Kalten cuando se reunió con ellos en el camino.

—Mercenarios —repuso Falquián—. Su armadura los delataba.

—¿El que estaba encima de la colina era el cabecilla? —inquirió Dolmant.

Sephrenia asintió con un gesto.

—Era estirio, ¿verdad?

—Es posible, pero tal vez se tratara de un ser especial. Percibí un halo en él que no me es desconocido. En otra ocasión, algo intentó atacar a la niña, pero tuvo que retroceder. Esta vez ha utilizado métodos más directos. —Su semblante denotaba un profundo desasosiego—. Falquián —dijo—, creo que deberíamos cabalgar hacia Demos

con la mayor velocidad posible. Entraña un gran peligro permanecer al descubierto.

—Podríamos interrogar a los heridos —sugirió Falquián—. Quizá puedan informarnos acerca de ese misterioso estirio que parece tan interesado en vos y en Flauta.

—No podrán responderos, Falquián —disintió ella—. Si lo que había en la cima del altozano era lo que yo imagino, no conservarán ningún recuerdo al respecto.

—De acuerdo —decidió—. En ese caso, pongámonos en marcha.

A media tarde llegaron a la próspera granja que poseía Kurik a las afueras de Demos. Las instalaciones daban muestras de la meticulosa atención que el escudero dedicaba a todos los detalles. Los troncos que componían las paredes de su amplia casa habían sido desbastados con azuelas y encajaban perfectamente entre sí sin ningún resquicio; además, el techo se había construido con losas imbricadas. Había varias edificaciones y cobertizos suplementarios adosados a la pendiente del montículo que se alzaba detrás de la vivienda, y los dos establos poseían unas dimensiones considerables. El huerto, primorosamente atendido, estaba rodeado de un resistente cercado, el cual mantenía alejado a un ternero que contemplaba melancólico los brotes de las zanahorias y las coles ennegrecidas por las heladas.

Dos jóvenes, aproximadamente de la misma edad que Berit, partían leña en el patio, y dos más, escasamente mayores, reparaban el tejado del establo. Todos llevaban delantales de lona. Kurik descendió del caballo y se acercó a los que trabajaban en el patio.

—¿Cuánto tiempo hace que no habéis afilado esas hachas? —preguntó bruscamente.

—¡Padre! —exclamó uno de los muchachos que, tras depositar el hacha en el suelo, abrazó desmañadamente a Kurik.

Según apreció Falquián, era un palmo más alto que su padre.

El otro chico llamó a los otros hermanos y la pareja saltó del tejado, indiferente, al parecer, a los peligros que ello conllevaba.

Aslade salió de estampida de la casa. Era una mujer regordeta con un vestido tejido a mano y un delantal blanco. Tenía las sienes plateadas, pero los hoyuelos de sus mejillas le conferían un aire juvenil. Rodeó a Kurik en un cálido abrazo, y, durante unos instantes, el escudero permaneció circundado por su familia. Falquián lo observaba casi con envidia.

—¿Arrepentido, Falquián? —le preguntó suavemente Sephrenia a su lado.

—Supongo que un poco —admitió.

—Deberíais haber seguido mi consejo cuando erais más joven, querido. Ahora podríais disfrutar de una bienvenida como ésta.

—Mi profesión es demasiado peligrosa para compartir mi vida con una mujer e hijos, Sephrenia —declaró Falquián con un suspiro.

—Ni siquiera tomaréis en cuenta ese aspecto llegado el momento.

—Me temo que ese momento ya ha pasado.

—Veremos —replicó misteriosamente la mujer.

—Tenemos invitados, Aslade —informó Kurik a su esposa.

Ésta se enjugó las lágrimas de los ojos con el borde del delantal y acudió al lugar donde aguardaban, todavía a caballo, Falquián y el resto.

—Bienvenidos a casa —saludó llanamente. Después ofreció una reverencia a Falquián y a Kalten, a quienes conocía desde que eran unos chiquillos—. Mis señores —dijo cortésmente antes de soltar una carcajada—. Venid aquí los dos a darme un beso.

Como dos torpes muchachotes, bajaron de la silla y la abrazaron.

—Tenéis buen aspecto, Aslade —reconoció Falquián mientras trataba de

recuperar parcialmente la dignidad debido a la presencia del patriarca Dolmant.

—Gracias, mi señor —repuso ésta, al tiempo que inclinaba brevemente la cabeza.

Aslade lo conocía demasiado como para prestar demasiada atención a las normativas sociales. Después, con una sonrisa, se llevó los dedos a sus carnosos labios.

—Estoy cada vez más robusta, Falquián —confesó—. Creo que es por probar tanto los guisos. —Se encogió alegremente de hombros—. Pero una no puede saber si han alcanzado el punto preciso sin catarlos. —Luego se volvió hacia Sephrenia—. Querida Sephrenia —la saludó—, ¡ha pasado tanto tiempo!

—Demasiado, Aslade —respondió ésta, y descendió de su blanco palafrén para tomar a la mujer entre sus brazos. A continuación se dirigió en estirio a Flauta y la pequeña avanzó tímidamente para besar las palmas de las manos de Aslade.

—¡Qué niña más bonita! —exclamó Aslade. Luego miró maliciosamente a Sephrenia—. Deberíais haber avisado, querida —añadió—. Como sabéis, soy una excelente comadrona, y me duele que no hayáis solicitado mi ayuda.

Sephrenia pareció desconcertada al oír esta reprimenda; luego se echó a reír repentinamente.

—No ha sucedido como imaginas, Aslade —aclaró—. Entre la pequeña y yo existe un vínculo, pero no el que habéis sugerido.

—Bajad del caballo, Su Ilustrísima —invitó con una sonrisa Aslade a Dolmant—. ¿Nos permitiría la Iglesia intercambiar un abrazo, un inocente abrazo, por supuesto? Después recibiréis vuestra recompensa. Acabo de sacar cuatro hogazas del horno y su apariencia es tierna y apetitosa.

El rostro del patriarca se iluminó ante la noticia. Desmontó prestamente y Aslade le rodeó el cuello con sus brazos a la vez que le daba un sonoro beso en la mejilla.

—Él fue quien nos casó a Kurik y a mí —indicó a Sephrenia.

—Ya lo sé, querida. Yo también asistí al acto, ¿no lo recordáis?

—He olvidado casi por completo la ceremonia —declaró Aslade, ruborizada—. Aquel día mi cabeza se ocupaba de otros asuntos —agregó, sonriendo pícaramente a Kurik.

Falquián reprimió su carcajada al advertir cómo el rostro de su escudero se cubría de rubor.

Aslade miró inquisitivamente en dirección a Berit y Talen.

—Ese fornido joven es Berit —presentó Kurik—. Es un novicio pandion.

—Sed bienvenido, Berit —dijo la mujer.

—Y el chico es mi..., eh..., aprendiz Talen —explicó torpemente Kurik—. Le instruyo para que sea un buen escudero.

Aslade observó apreciativamente al ladronzuelo.

—Sus vestidos resultan casi harapos —criticó—. ¿No podrías haberlo cuidado mejor?

—Hace muy poco que está con nosotros, Aslade —arguyó un tanto precipitadamente Kurik.

Su mujer miró aún más detenidamente a Talen.

—¿Sabes, Kurik? Su aspecto es exactamente el tuyo cuando tenías su edad.

Kurik tosió con nerviosismo.

—Una coincidencia —murmuró.

—¿Me creeréis si os aseguro que me propuse conquistar a Kurik cuando tenía seis años? Me costó diez años, pero al final lo conseguí. Baja del caballo, Talen. Tengo un baúl lleno de ropa que mis hijos ya no utilizan. Buscaremos algo de tu talla.

Al desmontar, el muchacho adoptó una expresión extraña, casi triste, y Falquián sintió súbitamente compasión por él al comprender cómo debía sentirse pese a su

descaro habitual.

—¿Queréis que nos acerquemos hasta el convento, Su Ilustrísima? —preguntó.

—¿Vamos a dejar que se enfríe el pan recién cocido por Aslade? —protestó Dolmant—. Sed razonable, Falquián.

Falquián soltó una carcajada mientras el patriarca se volvía hacia la anfitriona.

—Confío en que tendréis mantequilla fresca —inquirió.

—Batida de anteayer, Su Ilustrísima —replicó la esposa de Kurik—, y acabo de abrir un bote de aquella mermelada de ciruela que os gusta tanto. ¿Os parece que entremos en la cocina?

—¿Por qué no?

Medio distraída, Aslade tomó a Flauta en brazos y con la mano libre abrazó a Talen por el hombro. Después, manteniendo a los niños pegados a ella, condujo al grupo al interior de la casa.

El convento amurallado donde permanecía recluida la princesa Arissa se hallaba en una cañada boscosa ubicada a las afueras de la ciudad. Los hombres raramente se admitían dentro de los muros de la estricta comunidad; sin embargo, el rango y la autoridad de Dolmant les franqueó inmediatamente la entrada. Una sumisa monja de mirada huidiza y piel macilenta los acompañó hasta un pequeño jardín cercano a la muralla del lado sur. Allí encontraron a la princesa, hermana del rey Aldreas, sentada en un banco de piedra, con un libro en la mano.

Los años apenas habían rozado a Arissa. Su larga cabellera rubia mantenía su lustre y sus ojos conservaban la misma tonalidad azul pálido, tan clara que recordaba el color gris del iris de su sobrina, Ehlana. No obstante, las oscuras ojeras que los rodeaban delataban las interminables noches de insomnio en que la rabia y el resentimiento debían corroerla. Sus finos labios no formaban una boca sensual, y las comisuras confesaban una profunda insatisfacción. Aunque Falquián sabía que estaba a punto de cumplir cuarenta años, sus rasgos parecían propios de una mujer mucho más joven. En lugar del hábito de las hermanas del convento, llevaba un vestido de lana roja que le dejaba al descubierto la garganta, y su cabeza se tocaba con un griñón de intrincados pliegues.

—Me honro con vuestra visita, caballeros —saludó con voz ronca, sin dignarse ponerse de pie—. Poca gente viene a verme.

—Alteza —saludó cortésmente Falquián—, confío en que os halléis en buen estado de salud.

—Me encuentro bien, aunque aburrida. —Entonces observó a Dolmant—. Habéis envejecido, Su Ilustrísima —señaló malévolamente mientras cerraba el libro.

—No os ha ocurrido lo mismo a vos —replicó el patriarca—. ¿Aceptaréis mi bendición, princesa?

—Me temo que no, Su Ilustrísima. La Iglesia ya me ha proporcionado bastante protección —añadió, al tiempo que contemplaba intencionadamente las paredes que rodeaban el jardín. Parecía satisfecha de su rechazo al consuetudinario gesto.

—Como queráis —se resignó Dolmant—. ¿Cuál es vuestra lectura? —inquirió.

Arissa le tendió el libro para que lo viera.

—*Los sermones del primado Subata* —leyó—, un libro muy edificante.

—Esta edición en concreto lo es más aún —explicó maliciosamente la princesa—. La encargué especialmente para mí, Su Ilustrísima. Bajo esta inocente cubierta, destinada a engañar a la madre superiora, que no es más que mi carcelera, se esconde un volumen de salaces poesías eróticas de Cammorria. ¿Queréis que os recite algunos versos?

—No, gracias, princesa —respondió fríamente el patriarca—. Según percibo, no habéis cambiado en absoluto.

—No tengo motivos para hacerlo, Dolmant —lo desafió Arissa con un tono burlón—. Simplemente mi entorno se ha alterado.

—Nuestra visita no reviste un carácter social, princesa —comenzó el eclesiástico—. En Cimmura corre el rumor de que, antes de ser enclaustrada aquí, os casasteis en secreto con el duque Osten de Vardenais. ¿Tendríais a bien confirmar, o denegar, dicho rumor?

—¿Osten? —Se mostró sorprendida, a la vez que se echaba a reír—. ¿Ese carcamal? ¿Quién, en su sano juicio, contraería matrimonio con él? Me gustan los hombres más jóvenes, más ardientes.

—En ese caso, ¿negáis las habladurías?

—Por supuesto. Yo me comporto de idéntica manera que la Iglesia, Dolmant. Ofrezco mi persona a *todos* los hombres, lo cual es de dominio público en Cimmura.

—¿Firmaríais un documento que desvelara la falsedad del rumor?

—Tengo que pensarlo. —Entonces miró a Falquián—. ¿Qué hacéis en Cimmura? Creía que mi hermano os había exiliado.

—Recibí orden de regresar, Arissa.

—Qué interesante.

Falquián meditó un instante.

—¿Recibisteis una dispensa para asistir a los funerales de vuestro hermano, princesa? —le preguntó.

—Desde luego, Falquián. La Iglesia me concedió generosamente tres días de duelo. Mi pobre y estúpido hermano tenía un aspecto muy regio cuando reposaba en su féretro con sus atavíos reales. —Examinó por un momento sus largas y puntiagudas uñas—. La muerte mejora la apariencia de algunas personas —agregó.

—Lo odiabais, ¿no es cierto?

—Lo despreciaba, Falquián. Es distinto. Tenía por norma bañarme después de haber estado con él.

Falquián alargó la mano para mostrarle el anillo rojo que la adornaba.

—¿Reparasteis por casualidad en si lucía la pareja de esta joya en el dedo? —inquirió.

—No —repuso, a la vez que fruncía levemente el entrecejo—. No lo llevaba puesto. Tal vez se lo robó la mocosa de su hija una vez muerto.

Falquián apretó los dientes.

—Pobre, pobre Falquián —prosiguió ella, con sorna—. No podéis soportar oír la verdad en lo que concierne a la preciosa Ehlana, ¿eh? Solíamos reírnos de vos por la devoción que le profesabais cuando era pequeña. ¿Abrigabais alguna esperanza, paladín? La vi en el entierro de mi hermano, y ya ha dejado atrás la infancia. Sus caderas y senos son los de una mujer. Sin embargo, se encuentra aislada dentro de un diamante y ahora ni siquiera podéis tocarla. Es lamentable que no podáis poner ni un dedo encima de esa piel suave y delicada.

—No creo necesario proseguir con ese tema —la interrumpió Falquián mientras entornaba los ojos—. ¿Quién es el padre de vuestro hijo? —preguntó de pronto, con la esperanza de que la sorpresa le arrancara una confesión.

—¿Cómo demonios podría saberlo? —respondió riendo—. Tras la boda de mi hermano, me dediqué a divertirme en cierto establecimiento de Cimmura, con lo que conseguí una gran suma de dinero. Muchas de las chicas pedían unos precios exagerados, pero yo aprendí ya en la infancia que el secreto de las grandes ganancias residía en vender barato a muchos compradores. —Dirigió una mirada maliciosa a

Dolmant—. Además —añadió—, se trata de un recurso que se puede utilizar con la frecuencia que se desee.

Dolmant adoptó un semblante severo y Arissa prorrumpió en groseras carcajadas.

—Ya es suficiente, princesa —la atajó Falquián—. ¿No osáis siquiera aventurar la identidad del padre de vuestro bastardo? —preguntó en un tono deliberadamente ofensivo con el propósito de agujonearla para obtener así alguna revelación involuntaria.

Los ojos de la mujer despidieron chispas por un instante, después se recostó sobre el banco de piedra y pestañeó con una expresión de voluptuoso regocijo. Entonces se llevó la mano al pecho.

—Estoy algo desentrenada, pero supongo que podría improvisar. ¿Queríais probar mis encantos, Falquián?

—Me temo que no, Arissa —respondió éste con voz inexpresiva.

—Ah, la famosa mojigatería de vuestra familia. Qué pena, Falquián, cuando erais un joven caballero habíais despertado mi interés. Ahora habéis perdido a vuestra reina y tampoco poseéis ese par de anillos que demuestran la conexión entre ambos. ¿Significa que ya no sois su paladín? Quizá, si se recuperase, podríais establecer un vínculo más íntimo con ella. Como sabéis, tiene mi misma sangre y es posible que ésta fluya tan ardientemente por sus venas como por las mías. Si quisierais ponerme a prueba, luego podríais comparar y cercioraros.

Falquián le dio la espalda, asqueado, y Arissa volvió a reír satisfecha.

—¿Encargo que traigan pergamino y tinta, princesa? —preguntó Dolmant—. Así podréis desmentir el rumor que afirma que estuvisteis casada.

—No, Dolmant —replicó—. Creo que no. Vuestra petición manifiesta un interés de la Iglesia en esta cuestión, y la jerarquía me ha concedido escasas alegrías en los últimos tiempos, ¿por qué tendría que actuar en su provecho? Si la gente de Cimmura quiere divertirse con habladurías sobre mí, no me importa. Ya se relamieron al comentar lo que era cierto, permitámosles ahora que se regocijen con una mentira.

—¿Ésta es entonces vuestra última palabra?

—Podría cambiar de idea. Falquián es un caballero de la Iglesia, Su Ilustrísima, y vos, un patriarca. ¿Por qué no le ordenáis que trate de persuadirme? A veces me dejo convencer fácilmente. Depende de quién lo intente.

—Creo que hemos concluido nuestra misión aquí —indicó Dolmant—. Buenos días, princesa —añadió, después giró sobre sí mismo y comenzó a atravesar el jardín.

—Volved otro día, cuando podáis deshaceros de vuestro anticuado amigo, Falquián —invitó Arissa—. Podríamos pasar un rato agradable.

Falquián se volvió sin responder y siguió al patriarca.

—Me parece que hemos perdido el tiempo —murmuró, con el semblante sombrío y airado.

—Ah, no, muchacho —exclamó Dolmant con serenidad—. Con sus ansias de mostrarse ofensiva, la princesa ha olvidado un importante punto de la ley canónica. Ha efectuado un libre reconocimiento en presencia de dos testigos eclesiásticos, lo que resulta de igual validez que un documento firmado. Sólo debemos prestar juramento y repetir sus palabras.

—Dolmant —comentó Falquián con un guiño—, sois el hombre más sinuoso que he conocido.

—Me alegra que os complazca mi idea, hijo —declaró el patriarca con una sonrisa.

Capítulo doce

Abandonaron la granja de Kurik al despuntar el día siguiente. Aslade y sus cuatro hijos permanecían en la puerta y agitaban la mano para decirles adiós. Kurik, que se quedó atrás un momento para despedirse con más intimidad, prometió darles alcance al poco rato.

—¿Vamos a cruzar la ciudad? —preguntó Kalten a Falquián.

—No nos conviene —repuso Falquián—. Podemos tomar el camino que la rodea por el norte. Seguramente también nos descubrirán, pero no tenemos por qué facilitarles el trabajo.

—¿Te importaría si expreso una observación personal?

—Probablemente no.

—Deberías pensar en permitir que Kurik tome el retiro. Envejece y debería pasar más tiempo con su familia en lugar de seguirte adondequiera que vayas. Además, por lo que tengo entendido, eres el único caballero de la Iglesia que todavía dispone de escudero. Los otros hemos aprendido a arreglárnoslas sin ellos. Proporcióname un buen retiro y deja que disfrute ahora la compañía de los suyos.

Falquián entrecerró los ojos, heridos por el sol, pues el astro ascendía por detrás de la colina boscosa que se alzaba al este de Demos.

—Quizá tengas razón —acordó—, pero, ¿cómo podría decírselo? Mi padre puso a Kurik a mi servicio antes de que completara mi noviciado. Su función está relacionada con el cargo hereditario de paladín de la casa real de Elenia. —Sonrió con ironía—. Es un antiguo título que va acompañado de hábitos arcaicos. Considero a Kurik más un amigo que un escudero y no estoy dispuesto a herir sus sentimientos al insinuarle que es demasiado viejo para prestar ayuda.

—Constituye un problema, ¿verdad?

—Sí —respondió Falquián—, lo es.

Kurik se unió a ellos mientras pasaban junto al convento donde permanecía recluida la princesa Arissa. Su rostro aparecía un poco taciturno, pero enderezó la espalda y adoptó una expresión seria.

Falquián observó gravemente a su amigo mientras trataba de imaginar la vida sin él y luego sacudió la cabeza. Le resultaba imposible.

La ruta que conducía a Chyrellos atravesaba un bosque de árboles de hoja perenne. El sol se filtraba entre las ramas y pintaba formas doradas en el suelo. El aire era fresco y limpio, pero no había escarcha. Después de haber cabalgado una milla, Berit volvió a tomar el curso de su narración.

—Mientras los caballeros de la Iglesia consolidaban su posición en Rendor —explicó a Talen—, llegaron noticias a Chyrellos de que el emperador Otha de Zemoch había reunido un importante ejército que marchaba en dirección a Lamorkand.

—Un momento —lo interrumpió Talen—. ¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hace aproximadamente unos quinientos años.

—Entonces no era el mismo Otha del que hablaba Kalten el otro día, ¿verdad?

—Hasta donde alcanza nuestro conocimiento, sí.

—Eso es imposible, Berit.

—Otha debe de tener novecientos años de edad —informó Sephrenia al chiquillo.

—Creía que el relato se basaba en hechos históricos —acusó Talen— y no en cuentos de hadas.

—Cuando Otha era un muchacho, entró en contacto con el dios mayor Azash —le explicó la mujer—. Los dioses mayores de Estiria poseen extraordinarios poderes que no se sujetan a ninguna clase de moralidad. Uno de los dones que pueden conceder a sus seguidores consiste en alargar enormemente la duración de la vida. Ése es el motivo por el que algunos hombres se avienen a acatar sus deseos.

—¿Inmortalidad? —le preguntó Talen, escéptico.

—No —lo corrigió—, no exactamente. Ningún dios puede conceder la inmortalidad.

—El dios de los elenios sí puede —afirmó Dolmant—, desde un punto de vista espiritual, por supuesto.

—Su Ilustrísima alude a una interesante cuestión teológica —replicó Sephrenia con una sonrisa—. Algún día podríamos discutirla. Cuando Otha accedió a adorar a Azash —prosiguió—, el dios le otorgó poderes soberbios y Otha llegó a ser finalmente emperador de Zemoch. Los estirios y los elenios de Zemoch han mezclado sus sangres, pero los zemoquianos no, con lo que realmente no pertenecen a ninguna de las dos razas.

—Hecho que aparece como una abominación a los ojos de Dios —apostilló Dolmant.

—Los dioses estirios comparten ese sentimiento —convino Sephrenia antes de mirar nuevamente a Talen—. Para comprender a Otha y a Zemoch, uno debe entender lo que representa Azash: es la tuerza más maligna de toda la tierra. Los ritos de su culto son obscenos. Se deleita con la perversión y la sangre, y con la agonía de las víctimas que le ofrecen en sacrificio. Al adorarlo, los zemoquianos perdieron casi todo vestigio de humanidad, y su incursión en Lamorkand ocasionó horrores indecibles. No obstante, si el ejército invasor hubiera contado únicamente con zemoquianos, habría podido ser derrotado con fuerzas convencionales, pero Azash lo había reforzado con criaturas del mundo oculto.

—¿Trasgos? —inquirió Talen, incrédulo.

—No exactamente; pero supongo que se podría utilizar esa palabra. Me ocuparía casi toda la mañana el describir la veintena de criaturas inhumanas que trabajan a las órdenes de Azash, y no creo que te gustara escuchar sus características.

—Esta historia se transforma en algo más inverosímil con cada minuto que pasa —observó Talen—. Disfruto con la narración de las batallas, pero cuando empezáis a tratar de trasgos y hadas comienzo a perder el interés. Después de todo, ya no soy un niño.

—A su debido tiempo llegarás a comprenderlo y me creerás —afirmó Sephrenia—. Proseguid con el relato, Berit.

—Sí, señora —respondió éste—. Cuando la Iglesia tuvo conciencia de la naturaleza de los ejércitos que invadían Lamorkand, mandaron regresar de Rendor a los caballeros eclesiásticos. Sumaron otros caballeros y soldados ordinarios a los rangos de las cuatro órdenes hasta que las fuerzas de Occidente alcanzaron aproximadamente el mismo número que las de la horda zemoquiana de Otha.

—¿Entonces se produjo un gran combate? —inquirió Talen, ansioso.

—El mayor que recuerda la humanidad —repuso Berit—. Los dos ejércitos se enfrentaron en los llanos de Lamorkand, cerca del lago Randerá. El encuentro físico fue sobrecogedor, pero la lucha sobrenatural tuvo dimensiones extraordinarias. Olas de oscuridad y lenguas de fuego barrieron el campo, el cielo relampagueaba, batallones enteros fueron engullidos por la tierra o reducidos a cenizas por un fuego repentino. El rugido de los truenos no cesaba de retumbar desde todas las direcciones del horizonte y el propio suelo se agitaba con terremotos y erupciones de abrasadoras rocas líquidas.

Constantemente las artes diabólicas de los sacerdotes de Zemoch se neutralizaban con la magia concertada de los caballeros de la Iglesia. Después de tres días en que ambos ejércitos se mantuvieron enzarzados en la lucha, por fin los zemoquianos comenzaron a retroceder. Su retirada adquiría progresivamente mayor velocidad y terminó por convertirse en una caótica huida al romper filas las hordas de Otha y escapar apresuradamente hacia la frontera.

—¡Magnífico! —exclamó Talen, excitado—. ¿Y a continuación nuestros ejércitos invadieron Zemoch?

—Se encontraban demasiado exhaustos —le explicó Berit—. Habían ganado la batalla, pero sufrieron grandes pérdidas. La mitad de los caballeros de la Iglesia yacían sobre el campo de batalla, y entre las fuerzas de los reyes elenios se contaban los muertos por centenas.

—Hubieran podido intentar *algo*, ¿no?

Berit cabeceó para asentir.

—Cuidaron de los heridos y enterraron a los muertos. Después regresaron a sus casas.

—¿Ése fue el final? —preguntó incrédulamente Talen—. Ésta no es una buena historia si se limitaron a eso.

—No tenían alternativa. Habían reclutado a todos los hombres capaces de los reinos occidentales, con lo que habían dejado los campos abandonados. El invierno acechaba y no tenían alimentos. Lograron salir con vida de aquella estación, pero habían perecido demasiados hombres y muchos otros quedaron lisiados, de forma que, cuando llegó la primavera, no había suficientes brazos, ni en Occidente ni en Zemoch, para plantar las nuevas cosechas. El resultado de aquella situación fue la miseria. Durante un siglo, la única preocupación en Eosia consistió en poder llevar un bocado a la boca. Se relegaron las espadas y las lanzas, y los caballos de guerra sirvieron de mulos de carga.

—En los relatos que he escuchado nunca se describían ese tipo de desgracias —comentó sarcásticamente Talen.

—Porque sólo eran cuentos —explicó Berit—. Lo que te narro sucedió realmente. Lo cierto es —continuó— que la guerra y el hambre consiguieron provocar grandes cambios. Las órdenes militares se vieron obligadas a trabajar la tierra junto a la plebe y gradualmente se distanciaron de la Iglesia. Excusadme, Su Ilustrísima —dijo a Dolmant—, pero, en aquel tiempo, la jerarquía se hallaba demasiado apartada de la problemática del pueblo como para comprender y compartir sus sufrimientos.

—No es necesario que os disculpéis —respondió tristemente Dolmant—. La Iglesia ha reconocido abiertamente los errores en que incurrió durante ese período.

—Paulatinamente los caballeros de la Iglesia se secularizaron —continuó Berit—. El objetivo original de la jerarquía había aspirado a que los caballeros fueran monjes armados y que, cuando no se dedicaran a la guerra, vivieran en sus castillos conventuales. Esa idea comenzó a difuminarse. Las enormes bajas producidas entre sus miembros hacían necesario hallar una nueva fuente de reclutamiento. Los preceptores se desplazaron a Chyrellos para exponer el problema. El principal obstáculo que frenaba a todos los que aspiraban a pertenecer a las órdenes había sido siempre el voto de celibato. Ante la insistencia de los dirigentes, se accedió a retirar esa normativa y permitir que los caballeros de la Iglesia pudieran casarse y tener hijos.

—¿Estáis casado vos, Falquían? —preguntó de repente Talen.

—No —repuso el caballero.

—¿Por qué no?

—No ha encontrado a ninguna mujer tan tonta como para estar dispuesta a aguantarlo —explicó Kalten riendo—. En primer lugar, no resulta nada atractivo, y,

además, tiene muy mal genio.

Talen miró a Berit.

—¿Has finalizado la historia? —preguntó descontento—. Un relato ha de tener siempre un desenlace, algo como «y vivieron felices hasta el fin de sus días». El vuestro termina sin llegar a una conclusión.

—La historia no se detiene nunca, Talen, y por eso no tiene fin. Actualmente las órdenes militares están más comprometidas con los asuntos políticos que con el gobierno de la Iglesia, y nadie puede prever qué les depara el futuro.

—Vuestras palabras son demasiado ciertas —convino Dolmant con un suspiro—. Preferiría que las cosas hubieran sucedido de otro modo, pero tal vez Dios tenga sus motivos para disponer los acontecimientos de esta manera.

—Un momento —objetó Talen—. Todo esto empezó cuando intentabais explicarme quién era Otha y dónde estaba Zemoch. No habéis mencionado ninguno de los dos nombres en la última parte de la narración. ¿Por qué os preocupan ahora?

—Otha ha vuelto a movilizar sus ejércitos —le respondió Falquián.

—¿Y qué medidas ha tomado al respecto nuestro bando?

—De momento, observamos sus movimientos. Si ataca de nuevo, le haremos frente como lo hicimos anteriormente. —Falquián miró las hierbas amarillentas que reflejaban a su alrededor el brillo del sol de la mañana—. Si queremos llegar a Chyrellos antes de que acabe el mes, debemos avanzar un poco más deprisa —añadió, al tiempo que espoleaba a *Faran*.

Cabalaron en dirección este durante tres días, y cada noche se albergaban en posadas de viajeros. Falquián experimentaba un cierto regocijo tolerante cada vez que Talen, inspirado por las enseñanzas de Berit sobre historia antigua, descabezaba cardos con un palo a su paso.

Mediada la tarde del tercer día coronaron una larga colina que dominaba la vasta extensión ocupada por Chyrellos, la sede de la Iglesia elenia. La ciudad no formaba parte de ningún reino específico y se asentaba en la intersección de las fronteras de Elenia, Arcium, Cammoria, Lamorkand y Kelosia. Constituía, con diferencia, la mayor ciudad de Eosia. Debido a su condición de ciudad religiosa, se alzaban los campanarios y domos por doquier, y, a determinadas horas del día, las campanas llenaban el aire con su tañido para llamar a plegaria a los fieles. No obstante, ninguna urbe tan importante podía estar totalmente consagrada al culto. El comercio, casi de forma equiparada a la religión, dominaba la sociedad, y los palacios de los ricos mercaderes rivalizaban en esplendor y opulencia con los de los patriarcas de la Iglesia. Sin embargo, el núcleo central de la población lo ostentaba la basílica de Chyrellos, una enorme catedral de rutilante mármol erigida para glorificar a Dios. El incalculable poder que emanaba de la basílica repercutía en las vidas de todos los elenios, desde los habitantes de los yermos helados del norte de Thalesia a la gente de los desiertos de Rendor.

Talen, que hasta entonces no había salido nunca de Cimmura, contemplaba boquiabierto la magnífica ciudad que se extendía ante ellos, resplandeciente bajo el sol invernal.

—¡Dios me valga! —musitó casi con reverencia.

—Sí —asintió Dolmant—. Dios es bondad y ésta es una de sus más espléndidas obras.

Por su parte, Flauta no parecía impresionada en absoluto; por el contrario, tras llevarse su instrumento a los labios, comenzó a interpretar una pequeña melodía burlona como si quisiera restar valor a la magnificencia de Chyrellos.

—¿Deseáis ir directamente a la basílica, Su Ilustrísima? —inquirió Falquián.

—No —respondió Dolmant—. El viaje ha sido agotador y necesito restablecer el

pleno rendimiento de mis facultades antes de exponer este asunto a la jerarquía. Annias dispone de muchos amigos en los consejos superiores de la Iglesia y no van a escuchar de buen grado mis noticias.

—No pueden dudar de vuestras palabras, Su Ilustrísima.

—Tal vez no, pero pueden intentar tergiversarlas. —Dolmant se acarició pensativo el lóbulo de la oreja—. Creo que mi informe tendría más peso si alguien lo corroborase. ¿Qué tal se os dan las apariciones en público?

—Sólo le interesan si en ellas tiene la oportunidad de practicar con la espada —repuso Kalten.

—Venid a mi casa mañana, Falquián —pidió Dolmant con una leve sonrisa—. Consideraremos la orientación de vuestro testimonio.

—¿Vuestra propuesta entra dentro de la absoluta legalidad, Su Ilustrísima? —preguntó Falquián.

—No intentaré que mintáis bajo juramento, Falquián. Lo único que deseo sugeriros es la manera de formular las respuestas a ciertas cuestiones. —Sonrió de nuevo—. No quiero que me deis una sorpresa delante de la jerarquía. Odio los imprevistos.

—De acuerdo pues, Su Ilustrísima —aprobó Falquián.

Descendieron hasta las grandes puertas de bronce de la ciudad sagrada. Los guardianes saludaron a Dolmant y les franquearon el paso sin formularles preguntas. Más allá de la entrada, la carretera se convertía en una amplia calle que bien podía denominarse un bulevar. Enormes mansiones que se alzaban a ambos lados parecían confabuladas en la tarea de atraer la atención de los viandantes. La avenida se mostraba atestada de gente, de la cual, aunque muchos lucieran los sayales pardos propios de los trabajadores, la mayoría llevaba sobrios atavíos eclesiásticos negros.

—¿Todos los habitantes son religiosos? —inquirió Talen.

Los ojos del chiquillo se abrían desmesurados ante las maravillas de Chyrellos. El cínico ratero de las callejuelas de Cimmura había encontrado finalmente algo que lo impresionaba de veras.

—No —repuso Kalten—, pero en Chyrellos, las personas imponen más respeto si tienen aspecto de ser miembros de la Iglesia, por eso todo el mundo viste ropajes negros.

—Francamente, no me molestaría contemplar un poco de color en las calles de Chyrellos —confesó Dolmant—. La monotonía del negro me deprime.

—¿Por qué no iniciáis una nueva tendencia, Su Ilustrísima? —sugirió Kalten—. La próxima vez que aparezcáis en la basílica os ponéis un hábito rosa, o quizás el verde esmeralda sería más apropiado.

—La catedral se escandalizaría con mi osadía —respondió Dolmant con ironía.

A diferencia de gran parte de los palacios de otras autoridades eclesiásticas, la morada del patriarca se mostraba simple y austera. Quedaba ligeramente apartada de la vía principal y se hallaba rodeada por arbustos y una verja de hierro.

—Continuaremos hasta el castillo de la orden, Su Ilustrísima —indicó Falquián cuando se detuvieron ante su puerta.

—Os veré mañana —se despidió el patriarca.

Falquián saludó con un gesto y luego condujo al resto de la comitiva calle abajo.

—Es un buen hombre, ¿verdad? —apuntó Kalten.

—Uno de los mejores —convino Falquián—. La Iglesia tiene suerte de contar con él.

El castillo de los caballeros pandion de Chyrellos era un edificio de piedra de apariencia fría situado en un tramo lateral poco frecuentado. Al contrario que el de

Cimmura, no estaba aislado por un foso, sino por altos muros que lo cercaban y por una entrada protegida con una formidable puerta. Falquián siguió el ritual que les franqueaba el acceso al interior. Cuando desmontaron en el patio, el gobernador de la fortaleza, un hombre corpulento llamado Nashan, acudió con premura a recibirlos.

—Nuestra casa se honra con vuestra visita, Falquián —saludó, estrechando la mano del fornido caballero—. ¿Qué rumbo han tomado los acontecimientos en Cimmura?

—Conseguimos pararle los pies a Annias —replicó Falquián.

—¿Cuál fue su reacción?

—No demostró mucha alegría.

—Bien. —Nashan se volvió hacia Sephrenia—. Sed bienvenida, pequeña madre —la saludó, y luego le besó las palmas de las manos.

—Nashan —advirtió gravemente la mujer—, advierto que no os perdéis ni una comida.

—Todo hombre necesita mantener uno o dos vicios —respondió riendo Nashan mientras se palmeaba la panza—. Entrad. He hecho llegar clandestinamente un odre de tinto arciano a la casa..., para cuidar mi estómago, por supuesto. Podemos tomar un par de copas.

—¿Ves cómo funcionan las cosas, Falquián? —observó Kalten—. Puedes saltarte las reglas con las personas adecuadas.

El estudio de Nashan estaba tapizado de rojo y la ornamentada mesa de trabajo tenía incrustaciones de oro y perlas.

—El entorno cuenta con algunos detalles vanos —les previno a modo de disculpa, al tiempo que los hacía pasar a la estancia—. En Chyrellos, debemos rendir pequeños honores a la opulencia para salvaguardar nuestro prestigio.

—No os preocupéis, Nashan —lo tranquilizó Sephrenia—. No os eligieron gobernador de esta casa por vuestra humildad.

—Hay que mantener las apariencias, Sephrenia —declaró Nashan antes de dejar escapar un suspiro—. Nunca me comporté como un caballero digno de admiración —admitió—. Si me permitís un poco de benevolencia, soy mediocre en el manejo de la lanza y la mayor parte de mis conjuros tienden a desmoronarse sobre mí a mitad de la invocación. —Respiró profundamente y miró a su alrededor—. Sin embargo, soy un buen administrador. Conozco la Iglesia y su modo de actuar y puedo prestar un mejor servicio a la orden y a lord Vanion en este campo que en el de batalla.

—Todos nos esforzamos cuando podemos —dijo Falquián—. Según me han enseñado, Dios aprecia nuestra dedicación.

—A veces pienso que lo he decepcionado —confesó Nashan—. En lo más recóndito de mi interior creo que podría haber cumplido objetivos más elevados.

—No os autoflageléis, Nashan —aconsejó Sephrenia—. Al dios elenio se lo caracteriza por estar siempre abierto al perdón. Vos os habéis conducido según vuestras posibilidades.

Tomaron asiento alrededor de la suntuosa mesa de Nashan y éste llamó a un acólito y le encargó que trajera unas copas y el odre de vino. A petición de Sephrenia, solicitó también té para ella y leche para Flauta y Talen.

—No tenemos por qué mencionar esto a lord Vanion necesariamente, ¿no creéis? —preguntó el gobernador a Falquián cuando llenaba los recipientes.

—Ni un caballo salvaje lograría hacerme confesarlo, mi señor —respondió Falquián tras alzar la copa.

—Y bien —intervino Kalten—, ¿cómo es la situación en Chyrellos?

—Corren tiempos agitados, Kalten —repuso Nashan—. Es una mala época.

Mientras el archiprelado envejece, la ciudad entera se mantiene en suspenso y trata de anticipar el momento de su muerte.

—¿Quién ocupará el cargo tras él? —inquirió Falquián.

—Por ahora resulta imposible saberlo. Cluvonus no se halla en condiciones de designar a su sucesor y Annias gasta el dinero como si fuera agua para comprar el trono.

—¿Dolmant tiene posibilidades de acceder a él? —preguntó Kalten.

—Me temo que es demasiado modesto —respondió Nashan—. Se ha consagrado tanto a las funciones de la Iglesia que carece del sentimiento de vanagloria personal necesario para aspirar a ocupar el trono de oro de la basílica. Por otra parte, lo que más lo perjudica es que se ha procurado enemigos.

—A mí me gusta tener adversarios —señaló Kalten con una mueca—. Esa circunstancia proporciona motivos para conservar bien afilada la espada.

—¿Ha acontecido algún suceso especial entre los estirios? —preguntó Nashan en dirección a Sephrenia.

—¿A qué os referís exactamente?

—La ciudad se ha visto repentinamente inundada de estirios —aclaró el gobernador—. Afirman que acuden a recibir las enseñanzas de la fe elenia.

—Esa explicación es absurda.

—Opino lo mismo que vos. La Iglesia ha intentado desde hace más de tres siglos convertir a los estirios y nunca lo ha conseguido. Ahora vienen en bandadas a Chyrellos sin que nadie los fuerce y piden ser convencidos.

—Ningún estirio en su sano juicio haría tal cosa —insistió la mujer—. Nuestros dioses son muy celosos y castigan severamente la apostasía. —Entrecerró los ojos—. ¿Ha identificado alguno de esos peregrinos su lugar de procedencia? —inquirió.

—Yo no he tenido noticias de ello. Parecen estirios ordinarios de las zonas rurales.

—Tal vez hayan efectuado un viaje más largo de lo que pretenden revelar.

—¿Creéis que podrían ser zemoquianos? —le preguntó Falquián.

—Otha ya ha infestado el este de Lamorkand con sus agentes —repuso la estiria—. Chyrellos es el centro del mundo elenio, un punto clave para espionaje y agitación. —Reflexionó un instante—. Posiblemente permaneceremos unos cuantos días aquí —observó—. Debemos aguardar la llegada de los caballeros de las otras órdenes. Quizá dedicaré algún tiempo a investigar la naturaleza de estos insólitos postulantes.

—Personalmente no puedo involucrarme mucho en esa cuestión —disintió Falquián—. Otros asuntos reclaman mi atención. Ya nos encargaremos de Otha y sus zemoquianos cuando llegue el momento. Actualmente debo concentrar mis esfuerzos en restaurar a Ehlana en el trono y prevenir la muerte de algunos amigos.

Hablaba con rodeos, pues había tomado la decisión de no revelar los detalles que le había explicado Sephrenia acerca de lo acaecido en la sala del trono de Cimmura.

—No os preocupéis, Falquián —lo apaciguó ella—. Comprendo vuestro desasosiego. Kalten me acompañará y trataremos de desvelar el misterio.

Pasaron el resto del día conversando tranquilamente en el lujoso estudio de Nashan. A la mañana siguiente, ataviado con una cota de malla y un sencillo hábito con capucha, Falquián se dirigió a la mansión de Dolmant, donde ambos examinaron minuciosamente los acontecimientos sucedidos en Cimmura y Arcium.

—Resultaría útil levantar cargos directos contra Annias —opinó Dolmant—. Por ello es preferible omitir cualquier referencia a su nombre o al de Harparín. Debemos presentar el asunto como una confabulación destinada a desacreditar la orden de los pandion, sin acusar a nadie. La jerarquía sacará sus propias conclusiones. —Sonrió entre dientes—. La más inocua de sus deducciones consistirá en advertir que Annias se

puso en evidencia en público. Aunque fuera nuestro único logro, podría contribuir a decantar los votos de los patriarcas neutrales cuando sea necesario elegir al nuevo archiprelado.

—Al menos habremos conseguido algo —admitió Falquián—. ¿Vamos a mencionar en esta ocasión el supuesto matrimonio de Arissa?

—No es conveniente —replicó Dolmant—. No es una cuestión tan relevante como para someterla a la consideración de la jerarquía en pleno. Las declaraciones concernientes a la soltería de Arissa podrían remitirse al patriarca de Vardenais. La boda alegada tuvo lugar en su distrito y es lógico que él se pronuncie sobre su veracidad. Además —añadió, con una sonrisa que iluminaba su ascético rostro—, es amigo mío.

—Muy inteligente —indicó Falquián admirativamente.

—A mí tampoco me parece un planteamiento inapropiado —repuso Dolmant con modestia.

—¿Cuándo nos reuniremos con la jerarquía?

—Mañana por la mañana. Si dilatamos el encuentro, proporcionaríamos a Annias la posibilidad de avisar a la facción que lo apoya en la basílica.

—¿Queréis que venga hasta aquí y os acompañe al templo?

—No. Hemos de acudir por separado, para que no intuyan el menor indicio de cuál es nuestro propósito.

—Estáis muy versado en las argucias políticas, Su Ilustrísima —lo halagó Falquián.

—Desde luego. ¿Cómo creéis que llegué a convertirme en un patriarca? Apareced en la basílica durante el transcurso de la tercera hora después de la salida del sol, así dispondré de tiempo para presentar primero mi informe y responder a todas las preguntas y objeciones que sin duda formularán los partidarios de Annias.

—Muy bien, Su Ilustrísima —dijo Falquián, al tiempo que se levantaba de la silla.

—Sed cautelosos mañana, Falquián. Intentarán confundiros. Y, por amor de Dios, no perdáis los estribos.

—Trataré de no olvidarlo.

Al día siguiente, Falquián se vistió con esmero. Su armadura relucía, y su capa y la sobreveste plateadas estaban recién planchadas. *Faran*, también acicalado, lucía la piel brillante y los cascos rutilantes, gracias al aceite con que los habían frotado.

—No dejes que te acorralen en un rincón —le advirtió Kalten mientras él y Kurik le ayudaban a montar—. Los eclesiásticos pueden ser muy retorcidos.

—Sabré cuidarme bien —los tranquilizó Falquián, después tomó las riendas y espoleó a *Faran*.

El imponente ruano cruzó pavoneándose las puertas del castillo y las transitadas calles de la ciudad sagrada.

Construida sobre un altozano, la basílica, que se elevaba en dirección al cielo y destellaba bajo el pálido sol de invierno, dominaba toda Chyrellos. Los guardas apostados junto al portal de bronce admitieron respetuosamente a Falquián y éste desmontó al pie de la escalinata de mármol que conducía al templo. A continuación cedió las riendas a un monje, ajustó las correas de su escudo y subió las escaleras con un tintineo producido por las espuelas. En el rellano superior, un eficiente y joven religioso ataviado con un hábito negro le cerró el paso.

—Caballero —protestó el joven—, no podéis entrar armado.

—Estáis equivocado, Su Reverencia —objetó Falquián—. Esa normativa no es aplicable a los caballeros de la Iglesia.

—Nunca he oído hablar de tal excepción.

—De ahora en adelante ya no podréis aducir vuestra ignorancia. No quiero

discutir con vos, amigo, pero he venido a instancias del patriarca Dolmant y me propongo entrar.

—Pero...

—Existe una biblioteca muy completa en este edificio. ¿Por qué no vais a revisar las reglas? Estoy convencido de que os daréis cuenta de que desconocéis algunas. Ahora apartaos de mi camino.

Tras estas palabras pasó junto al religioso y penetró en el recinto impregnado de incienso de la catedral. Realizó la habitual reverencia ante el altar recubierto de joyas incrustadas y avanzó por la nave central bañada por la luz multicolor que se filtraba por las vidrieras. Al lado del altar, un sacristán pulía vigorosamente un cáliz de plata.

—Buenos días, amigo —lo saludó Falquián en voz baja.

Al hombre casi se le resbaló la copa de las manos.

—Me habéis sorprendido, caballero —dijo, riendo nerviosamente—. No he oído vuestros pasos.

—Las alfombras amortiguan el sonido —explicó Falquián—. Tengo entendido que los miembros de la jerarquía están reunidos.

El sacristán asintió con la cabeza.

—El patriarca Dolmant requirió mi presencia para testificar en una cuestión que va a exponer esta mañana. ¿Podrías indicarme dónde se encuentran?

—Creo que en la sala de audiencias del archiprelado. ¿Queréis que os guíe hasta ella, caballero?

—Conozco el camino. Gracias, compadre.

Falquián se dirigió a una puerta lateral que daba a un resonante corredor de mármol. Allí se quitó el yelmo y, tras ponérselo bajo el brazo, prosiguió hasta desembocar en una amplia estancia, donde una docena de eclesiásticos se hallaban sentados ante escritorios cubiertos de montones de documentos. Uno de los presentes advirtió su presencia bajo el dintel y se levantó.

—¿Puedo servir en algo, caballero? —preguntó.

—Mi nombre es Falquián, Su Reverencia. El patriarca Dolmant me mandó llamar.

—Ah, sí —asintió el religioso—. El patriarca me informó de que esperaba vuestra visita. Iré a comunicarle vuestra llegada. ¿Deseáis tomar asiento mientras tanto?

—No, gracias, Su Reverencia. Permaneceré de pie. Resulta incómodo sentarse con una espada prendida a la cintura.

—Ignoro lo referente a esos detalles —declaró el eclesiástico con una sonrisa soñadora—. ¿Qué dificultad existe?

—La diferencia de altura entre la espada y la silla —contestó Falquián—. ¿Seréis tan amable de dar el recado al patriarca?

—De inmediato, sir Falquián. —El hombre atravesó la habitación hasta la puerta opuesta y regresó al cabo de un momento—. Dolmant os pide que entréis directamente. El archiprelado preside la sesión.

—Sorprendente. Me habían comentado que estaba enfermo.

—Creo que hoy tiene uno de sus mejores días —le confesó el religioso mientras conducía a Falquián a la puerta y le franqueaba la entrada.

La sala de audiencias estaba flanqueada por diversas hileras de bancos de alto respaldo, en los cuales se hallaban sentados eclesiásticos de avanzada edad, sobriamente vestidos de negro, que conformaban la jerarquía de la Iglesia elenia. En la parte frontal de la estancia, ubicado sobre una tarima, se alzaba un amplio trono de oro que ocupaba el archiprelado Cluvonus, quien lucía una túnica de satén blanco y una mitra también de oro. El anciano dormitaba. En el centro se erguía un lujoso atril ante el que se encontraba Dolmant leyendo una hoja de pergamino apoyada sobre él.

—Ah —exclamó—, sir Falquián. Sois muy amable al aceptar mi convocatoria.

—Es un placer para mí, Su Ilustrísima —replicó Falquián.

—Hermanos —dijo Dolmant, dirigiéndose a los restantes miembros de la jerarquía—. Tengo el honor de presentaros al caballero pandion sir Falquián.

—Hemos oído hablar de él —repuso fríamente un patriarca de rostro enjuto sentado en la primera fila a la izquierda—. ¿Para qué ha venido aquí, Dolmant?

—Para prestar declaración sobre la situación que dirimimos, Makova —repuso Dolmant con distanciamiento.

—Ya he escuchado bastante.

—Quiero hacer constar que esa actitud no la compartimos todos —observó un hombre obeso de aspecto jovial situado en las gradas de la derecha—. Las órdenes militares constituyen el brazo de la Iglesia y sus miembros son siempre bien recibidos en nuestras deliberaciones.

Ambos hombres entrecruzaron miradas airadas.

—Dado que sir Falquián se encargó de desvelar y desbaratar esa estratagema —indicó Dolmant, conciliador—, he creído que su testimonio podría resultar clarificador.

—Oh, acabad de una vez, Dolmant —espetó irritado el patriarca de rostro enjuto—. Tenemos asuntos mucho más importantes que discutir esta mañana.

—Se hará como desea el estimado patriarca de Coombe —asintió Dolmant con una reverencia—. Sir Falquián —agregó entonces—, ¿prestáis juramento como caballero de la Iglesia sobre la veracidad de vuestro testimonio?

—Sí, Su Ilustrísima —afirmó Falquián.

—Dignaos explicar a la asamblea cómo tuvisteis noticias de la confabulación.

—Con mucho gusto, Su Ilustrísima —accedió Falquián, y pasó luego a relatar buena parte de la conversación sostenida entre Harparín y Krager; no obstante, en su explicación omitió cualquier nombre, ni siquiera hizo referencia al del primado Annias o al de la reina Ehlana.

—¿Acostumbráis escuchar indiscretamente conversaciones ajenas, sir Falquián? —preguntó Makova malévolamente.

—Cuando en ello está en juego la seguridad de la Iglesia o del Estado, sí, Su Ilustrísima. Estoy obligado bajo juramento a defender a ambos.

—Ah, sí. Había olvidado que también sois el paladín de la reina de Elenia. Vuestra lealtad no se siente dividida a veces entre uno y otra, ¿sir Falquián?

—Nunca me he encontrado en una situación semejante, Su Ilustrísima. En raras ocasiones los intereses de la Iglesia y los del Estado son irreconciliables en Elenia.

—Bien dicho, sir Falquián —aprobó el obeso patriarca de la derecha.

El representante de Coombe se inclinó para susurrar algo al eclesiástico de tez cetrina sentado junto a él.

—¿Qué hicisteis después de enteraros de la existencia de la conspiración, sir Falquián? —inquirió entonces Dolmant.

—Reunimos nuestras fuerzas y cabalgamos hasta Arcium para interceptar a los hombres que iban a realizar el ataque.

—¿Y por qué no informasteis al primado de Cimmura de esa supuesta confabulación? —preguntó Makova.

—La trama implicaba un ataque a una casa de Arcium, Su Ilustrísima —respondió Falquián—. El primado de Cimmura no ostenta ninguna autoridad en ese territorio y, por consiguiente, el asunto no le concernía.

—Desde el mismo punto de vista, a los pandion tampoco. ¿Por qué no os limitasteis a alertar a los caballeros cirínicos para que ellos se ocupasen de los

asaltantes? —espetó Makova, que después miró con suficiencia a los compañeros cercanos, como si hubiera asestado un golpe mortal.

—El plan estaba destinado a desacreditar a *nuestra* orden, Su Ilustrísima. Creímos que esta razón era suficiente para contrarrestarlo nosotros mismos. Por otra parte, los cirínicos tienen sus propias preocupaciones y no queríamos molestarlos con un asunto de tan poca envergadura.

Makova carraspeó agriamente.

—¿Qué ocurrió después, sir Falquián? —continuó Dolmant con el interrogatorio.

—Los hechos se sucedieron tal como habíamos previsto. Previnimos al conde Radun y luego, cuando llegaron los mercenarios, caímos sobre ellos por la espalda. Muy pocos lograron escapar.

—¿Los atacasteis por la retaguardia sin previo aviso? —El patriarca Makova parecía escandalizado—. ¿Esa acción responde al famoso heroísmo de los caballeros pandion?

—No tratéis de desviar la atención, Makova —le advirtió con un bufido el hombre de aspecto jovial sentado en el ala opuesta—. Vuestro preciado primado Annias se comportó como un idiota. Para intentar disculparlo agredís a ese caballero y os esforzáis por impugnar su testimonio —entonces dirigió una astuta mirada a Falquián—. ¿Podríais aventurar alguna sospecha con respecto a los instigadores de la conspiración?

—No estamos aquí para escuchar especulaciones, Emban —intervino Makova rápidamente—. El testigo sólo puede declarar lo que conoce, no lo que supone.

—El patriarca de Coombe está en lo cierto, Su Ilustrísima —corroboró Falquián, dirigiéndose a Emban—. He jurado decir la verdad, y las sospechas suelen caer fuera de este concepto. La orden de los pandion se ha procurado bastantes enemigos a lo largo del último siglo. A veces nos comportamos como un grupo de hombres exacerbados, altaneros y rencorosos. Muchos detestan estas características, y los viejos odios tardan en desaparecer.

—Ciertamente —concedió Emban—. No obstante, si se tratara de defender la fe elenia, preferiría confiar en los altivos pandion que en otros personajes que podría mencionar. Ciertamente, los viejos odios se difuminan lentamente, pero los que han surgido recientemente son incluso más dañinos. Me han llegado noticias sobre lo que acontece en Elenia y no resulta difícil adivinar quién saldría beneficiado si los pandion cayeran en desgracia.

—¿Osáis acusar al primado Annias? —gritó Makova, al tiempo que se ponía de pie con los ojos desorbitados.

—Oh, sentaos, Makova —le recomendó Emban, molesto—. Vuestra sola presencia tiene un efecto contaminante sobre nosotros. Todos los ocupantes de la sala saben perfectamente quién dirige vuestras actuaciones.

—¿Deseáis deshonrar mi persona?

—¿Quién financió el nuevo palacio que os habéis hecho construir? Hace seis meses vinisteis a pedirme dinero y ahora parecéis andar sobrado de él. ¿No es un tanto curioso? ¿Quién os subvenciona, Makova?

—¿A qué vienen esos gritos? —preguntó una débil voz.

Falquián dirigió la vista al trono dorado que ocupaba el ala frontal de la estancia. El archiprelado Cluvonus se había despertado y parpadeaba confuso mientras miraba a su alrededor. La cabeza del anciano se tambaleaba sobre su escuálido cuello y sus ojos aparecían nublados.

—Se trata de una discusión animada, Su Santidad —le informó Dolmant suavemente.

—Os habéis atrevido a despertarme —protestó petulantemente el archiprelado—,

con el sueño tan agradable de que disfrutaba.

Después levantó la mitra, la arrojó al suelo y se volvió a arrellanar en su sillón haciendo pucheros.

—¿El archiprelado nos concedería unos momentos para escuchar el asunto de que versa la conversación? —inquirió Dolmant.

—No —espetó Cluvonus—. Ya es suficiente.

A continuación prorrumpió en una risa aguda, como si su pataleta infantil hubiera sido un magnífico chiste. Después las carcajadas se amortiguaron, y, finalmente, observó a los presentes con el entrecejo fruncido.

—Quiero volver a mi habitación —declaró Cluvonus—. Salid todos de aquí.

La jerarquía se puso en pie y comenzó a desfilar.

—Vos también, Dolmant —insistió el archiprelado con voz excitada—. Enviadme a la hermana Clentis. Es la única persona que se preocupa realmente por mí.

—Como desee Su Santidad —se resignó Dolmant mientras ejecutaba una reverencia.

—¿Cuánto tiempo hace que se comporta de este modo? —preguntó Falquián a Dolmant cuando se encontraban afuera.

—Un año, aproximadamente —repuso el patriarca con un suspiro—. Su mente se enturbiaba paulatinamente, pero hasta hace un año su senilidad no había alcanzado estos extremos.

—¿Quién es la hermana Clentis?

—Su enfermera. En realidad, su dueña.

—¿El pueblo es consciente de su estado?

—Corren algunos rumores al respecto: sin embargo, hemos conseguido mantenerlo en secreto —explicó Dolmant, suspirando de nuevo—. No lo juzguéis sólo por su reciente actuación, Falquián. Cuando era más joven, hizo honor al cargo que ocupa.

—Lo sé —asintió Falquián—. ¿Cómo se encuentra físicamente?

—Bastante mal. Está muy débil. No durará mucho tiempo.

—Tal vez por ese motivo Annias ha puesto en acción sus recursos con tanta rapidez —apuntó Falquián mientras cambiaba de mano su plateado escudo—. Lo cierto es que el factor tiempo le favorece.

—Sí —acordó Dolmant, con semblante sombrío—. Por esa razón el resultado de vuestra misión resulta crucial.

—Muy bien, Dolmant —dijo otro eclesiástico que se unió a ellos—. Ha sido una mañana muy interesante. ¿Hasta qué punto estaba Annias involucrado en la confabulación?

—No he mencionado para nada al primado de Cimmura, Yarris —protestó Dolmant con burlona inocencia.

—Aunque hayáis evitado aludirlo, todo lo expuesto concurre con nítida claridad hacia su persona. No creo que a ningún miembro del consejo le haya pasado inadvertido el trasfondo.

—¿Conocéis al patriarca de Vardenais, Falquián? —preguntó Dolmant.

—Hemos coincidido en alguna ocasión —respondió Falquián, al tiempo que se inclinaba levemente ante el eclesiástico, acompañado del ruido metálico producido por la armadura—. Su Ilustrísima —lo saludó.

—Me alegra volver a veros, Falquián —replicó Yarris—. ¿Cómo se desarrollan los acontecimientos en Cimmura?

—De manera forzada —repuso Falquián.

—Supongo que habéis previsto que Makova informará de todo lo ocurrido esta

mañana a Annias —indicó Yarris a Dolmant.

—Mi intención no se dirigía a mantenerlo en secreto. Annias se puso en ridículo. Si consideramos sus aspiraciones, este aspecto de su personalidad resulta relevante.

—En efecto, Dolmant. Os habéis procurado un nuevo enemigo en esta sesión.

—De todos modos, Makova no me ha profesado nunca gran aprecio. Por cierto, Yarris, Falquián y yo deseáramos tratar con vos de cierta materia.

—¿Sí?

—Está relacionada con otra de las estrategias del primado de Cimmura.

—No debemos escatimar esfuerzos para desbaratársela.

—Estaba seguro de que responderíais así.

—¿Qué se propone en esta ocasión?

—Presentó un certificado de matrimonio falso al consejo real de Cimmura.

—¿Quién se ha casado?

—La princesa Arissa, y con el duque Osten.

—Esa pretensión es ridícula.

—La princesa Arissa la consideró de la misma forma.

—¿Estáis dispuesto a jurarlo?

Dolmant hizo un gesto afirmativo.

—Mi testimonio será corroborado por Falquián —añadió.

—Sospecho que su meta se orienta a legitimizar a Lycheas.

Dolmant asintió nuevamente.

—Bien, veamos si podemos frustrar su objetivo. Vamos a hablar con mi secretario para que extienda el documento pertinente. —El patriarca de Vardenais ahogó una risita—. A Annias no le sonrío la suerte desde hace una temporada. Con éste serán dos los planes fallidos. Conservad la armadura, muchacho —le sugirió a Falquián—. Annias podría decidir decoraros con una daga la zona que media entre vuestras paletillas.

Tras haber realizado el informe relativo a la afirmación de la princesa Arissa, se separaron del patriarca de Vardenais y caminaron por el corredor hasta la nave de la basílica.

—Dolmant —dijo Falquián—, ¿podríais explicar el motivo de la presencia de tantos estirios en Chyrellos?

—Me han llegado noticias. Se comenta que han venido para ser educados en nuestra fe.

—Sephrenia afirma que esa excusa es absurda.

—Probablemente tiene razón —asintió Dolmant con tristeza—. Pese a haber dedicado a ello toda mi vida, hasta el momento no he conseguido convertir ni a un solo estirio.

—Se hallan muy vinculados a sus dioses —arguyó Falquián—. No es mi intención ofenderos, Dolmant, pero al parecer existe una estrecha relación personal entre los estirios y sus dioses. Tal vez nuestro Dios es más remoto.

—Hablaré de ello con el Altísimo en nuestra próxima conversación —prometió Dolmant con una sonrisa—. Estoy convencido de que tiene en cuenta nuestras opiniones.

—Una afirmación un tanto presuntuosa, ¿no creéis? —señaló Falquián, riendo.

—Sí, en efecto. ¿Cuánto tiempo calculáis que deberéis esperar antes de partir hacia Borrata?

—Varios días. Odio perder el tiempo, pero los caballeros de las otras órdenes deben cubrir un largo recorrido para llegar a Chyrellos, y debo aguardarlos. Esta espera comienza a impacientarme; sin embargo, me temo que no existe alternativa —apretó los labios—. Creo que dedicaré mi tiempo a merodear un poco; así permaneceré activo.

Además, esa oleada de estirios han despertado mi curiosidad.

—Sed cauteloso en las calles de Chyrellos, Falquián —le aconsejó seriamente Dolmant—. Puede ser arriesgado para vos.

—Últimamente el mundo entero se ha vuelto peligroso. Os mantendré al corriente de mi investigación —aseguró Falquián antes de alejarse por el pasillo con el martilleo de las espuelas sobre el suelo de mármol.

Capítulo trece

Era casi mediodía cuando Falquián regresó al castillo. Aunque había cabalgado lentamente por entre las bulliciosas calles de la ciudad santa, prestó escasa atención a las afanosas multitudes que las transitaban. El deterioro del archiprelado Cluvonus lo había entristecido. A pesar de haber escuchado los últimos rumores, lo había conmovido observar de cerca el estado del anciano.

Se detuvo ante el portalón y siguió con indiferencia los pasos del ritual de entrada. Kalten lo esperaba en el patio.

—¿Cómo ha ido? —inquirió su amigo.

Falquián desmontó pesadamente y después se quitó el yelmo.

—No estoy seguro de que hayamos influido sobre quienes no comparten nuestros criterios —repuso—. Los patriarcas que respaldan a Annias continúan fieles en su apoyo; los que se oponen a él se mantienen de nuestro lado, y los neutrales siguen sin decantarse.

—¿Ha resultado una pérdida de tiempo, entonces?

—Creo que no completamente. Después de esta reunión, a Annias le será más difícil captar nuevos votos.

—Falta congruencia entre las dos opiniones que expones. —Kalten miró con detenimiento a su amigo—. Estás de mal humor. ¿Qué ha ocurrido realmente?

—Cluvonus estaba presente.

—Asombroso. ¿Qué aspecto tenía?

—Desastroso.

—Tiene ochenta y cinco años, Falquián. No podías esperar que presentara una imagen imponente. Por si no lo recuerdas, la gente envejece.

—Ha perdido el control de su mente, Kalten —le informó con tristeza Falquián—. Parece haber regresado a la infancia. Dolmant cree que no va a durar mucho.

—¿Tal mal está?

Falquián cabeceó a modo de asentimiento.

—En consecuencia, necesitamos llegar a Borrata y regresar con toda la celeridad posible, ¿no es cierto?

—Es urgente —acordó Falquián.

—¿Crees que deberíamos adelantarnos? Los caballeros de las restantes órdenes pueden darnos alcance posteriormente.

—Me gustaría poder hacerlo. Odio pensar en Ehlana sentada sola en aquella sala del trono, pero estimo que es preferible aguardar. Komier tenía razón al referirse a una muestra de fuerza conjunta. Por otra parte, en ocasiones las otras órdenes se han mostrado algo susceptibles. No conviene comenzar nuestra alianza con una ofensa.

—¿Habéis hablado tú y Dolmant con alguien respecto a Arissa?

—El patriarca de Vardenais se encargará del caso.

—Por lo tanto, sientes que has desperdiciado el día.

—Quiero sacarme esto de encima —declaró Falquián con un gruñido, mientras repiqueteaba con los nudillos el peto de su armadura.

—¿Te desensillo el caballo?

—No, volveré a salir. ¿Dónde está Sephrenia?

—Creo que en su habitación.

—Ordena que ensillen su caballo.

—¿Va a ir a algún sitio?

—Probablemente —respondió Falquián antes de encaminarse a las escaleras para entrar en el edificio.

Un cuarto de hora después llamó a la puerta de la cámara de Sephrenia. Se había desprendido de la armadura y llevaba una cota de malla bajo una anodina capa gris que no lucía ninguna insignia de su rango ni de su orden.

—Soy yo, Sephrenia —dijo a través de los paneles de la puerta.

—Entrad, Falquián —respondió la mujer.

Avanzó con calma hacia el interior de la habitación.

Sephrenia se encontraba sentada en una amplia silla, con Flauta arrellanada en su regazo. La pequeña dormía con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—¿Ha sido favorable la visita a la basílica? —preguntó.

—No sabría concretarlo —repuso—. Los eclesiásticos son muy hábiles para ocultar sus emociones. ¿Averiguasteis algo ayer, cuando Kalten os acompañó, sobre los estirios que han acudido a Chyrellos?

La mujer realizó un gesto afirmativo.

—Están concentrados en el barrio contiguo a la Puerta del Este. Comparten en comunidad una casa allí. No obstante, no logramos encontrarla.

—¿Por qué no intentamos localizarla? —sugirió Falquián—. Necesito ocupar mi tiempo. Me siento intranquilo.

—¿Intranquilo vos, Falquián? ¿El hombre de piedra?

—Supongo que se debe a la impaciencia. Querría partir de inmediato hacia Borrata.

Sephrenia asintió con la cabeza. Después se levantó y depositó suavemente a la niña sobre el lecho y la cubrió amorosamente con una manta de lana gris. Flauta abrió brevemente sus oscuros ojos, sonrió y volvió a conciliar el sueño. La mujer besó la menuda cara y se volvió hacia Falquián.

—¿Vamos, pues?

—Le tenéis mucho cariño a la pequeña, ¿verdad? —preguntó Falquián mientras recorrían el pasillo que daba al patio.

—Se trata de un sentimiento más profundo. Tal vez lo comprenderéis algún día.

—¿Tenéis algún indicio de dónde puede hallarse ese albergue de estirios?

—Hablé con un tendero del mercado situado cerca de la Puerta del Este. Vendió un buen número de lonjas de carne a los estirios. El recadero que las entregó sabe dónde se encuentra la casa.

—¿Por qué no se lo preguntasteis?

—Ayer no estaba allí.

—Quizás hoy haya acudido al trabajo.

—Podemos intentarlo.

Entonces Falquián se detuvo y la observó fijamente.

—No es mi intención tratar de sonsacaros los secretos que habéis decidido no revelar, Sephrenia, pero, ¿podrías distinguir entre un ordinario campesino estirio y un zemoquiano?

—Es posible —admitió—, a menos que hayan tomado medidas para ocultar su verdadera identidad.

Descendieron hasta el patio, donde Kalten los aguardaba con *Faran* y el blanco palafreñ de Sephrenia. El festivo caballero mostraba una expresión de enfado en su rostro.

—Tu caballo me ha mordido, Falquián —dijo con tono acusador.

—Lo conoces bastante bien como para no darle la espalda. ¿Te ha lastimado?

—No —admitió Kalten.

—Entonces, sólo jugaba. Demuestra el afecto que siente por ti.

—Gracias —respondió Kalten secamente—. ¿Quieres que os acompañe?

—No. Queremos pasar inadvertidos, y en ciertas ocasiones tienes dificultades para actuar con discreción.

—Me conmueve lo encantador que resultas a veces, Falquián.

—Hemos jurado decir siempre la verdad —replicó éste mientras ayudaba a alzarse a Sephrenia; a continuación, montó él—. Si no hay contratiempos, volveremos antes de que anochezca.

—Por mí no os apresuréis.

Seguido de la menuda mujer estiria, Falquián atravesó el portal y se adentró en la calleja a la que se abría.

—Bromea con todo, ¿eh? —observó Sephrenia.

—En efecto, desde chiquillo, en la mayoría de las ocasiones, se ríe de todo el mundo. Me parece que esa razón explica mi apego hacia él. Mis opiniones acostumbran ser algo más sombrías, y su punto de vista me ayuda a equilibrar la perspectiva.

Cabalgaron por las agitadas calles de Chyrellos. Muchos de los comerciantes locales adoptaban el sobrio color negro de los religiosos, pero, habitualmente los visitantes no los imitaban, con lo cual la comparación de los atuendos provocaba un fuerte contraste. En especial destacaban los viajeros de Cammoria, puesto que sus atavíos de seda no perdían color con el paso del tiempo y conservaban la pureza del tinte.

La plaza del mercado adonde lo condujo Sephrenia se encontraba algo alejada del castillo de la orden y tardaron aproximadamente tres cuartos de hora para llegar a ella.

—¿Cómo encontrasteis a ese tendero? —preguntó Falquián.

—La dieta de los estirios se compone de ciertos alimentos básicos —respondió Sephrenia—, y algunos de ellos los elenios los consumen raramente.

—Creo que habéis mencionado que ese recadero les llevó unas lonjas de carne.

—Carne de cabra, Falquián. En general, a los elenios no les agrada.

Falquián se encogió de hombros.

—Qué provincianos sois —lo acusó con ligereza—. Si no proviene de una vaca, no la coméis.

—Supongo que se trata simplemente de una costumbre.

—Será mejor que vaya a la tienda sola —afirmó la mujer—. En ciertas ocasiones, vuestra presencia logra intimidar. Si queremos que el recadero responda a nuestras preguntas, tal vez no éste dispuesto a colaborar si lo asustáis. Vigíladme el caballo.

A continuación, le tendió las riendas y penetró en la plaza. Falquián la observó mientras atravesaba el concurrido mercado para hablar con un individuo de aspecto desharrapado que llevaba un sayal de lona manchado de sangre. Cuando regresó al poco rato, Falquián descendió del caballo y la ayudó a montar.

—¿Os ha informado sobre la casa? —inquirió.

—No está lejos, se halla cerca de la Puerta del Este.

—Vayamos a explorar.

Al reemprender la marcha, Falquián tuvo un gesto infrecuente en él.

—Os amo, pequeña madre —dijo, al tiempo que tomaba las manos de Sephrenia entre las suyas.

—Sí —replicó ella con calma—. Lo sé. Sin embargo, me agrada escucharlo de vos. —Entonces esbozó una sonrisita irónica que, de algún modo, le recordó a Flauta—. No obstante, debéis aprender que cuando se trata con mujeres, no conviene decirles muy a menudo: «Os amo» —añadió.

—Lo tendré en cuenta. ¿La advertencia también es aplicable a las mujeres elenias?

—A todas las mujeres, Falquián. La distinción de razas pierde importancia en esta cuestión.

—Seguiré vuestro consejo, Sephrenia.

—¿Habéis vuelto a leer poesía medieval?

—¿Yo?

Atravesaron el mercado y se adentraron en el antiguo suburbio colindante con la Puerta del Este. Aunque su aspecto no era tan ruinoso como el de los barrios bajos de Cimmura, aquella parte de la ciudad sagrada distaba mucho de poseer la opulencia de la zona que bordeaba la basílica. Las túnicas de los hombres que encontraban a su paso lucían un color pardusco, y los pocos mercaderes presentes entre la multitud vestían atuendos raídos y descoloridos, si bien hacían gala del aire de importancia que adoptan todos los comerciantes, tanto los que han hecho fortuna como los pobres. De pronto, al final de la calle, Falquián divisó a un hombre de baja estatura abrigado con un sayal de lana cruda y apelmazada.

—Un estirio —avisó.

Sephrenia asintió con la cabeza y alzó la capucha de su vestido blanco para cubrirse el rostro. Falquián se enderezó en la silla para asumir previsoramente una expresión de arrogancia y condescendencia, la característica de los que sirven a personajes importantes. Al adelantar al estirio, éste se apartó precavidamente sin prestarles atención. Al igual que todos los miembros de su raza, el hombre tenía el cabello oscuro, casi negro, y la tez pálida. Su estatura era más baja que la de los elenios que se cruzaban con él, y los huesos de su cara, no exentos de cierta tosquedad, resultaban prominentes.

—¿Zemoquiano? —inquirió Falquián tras unos pasos.

—Es imposible determinarlo —respondió Sephrenia.

—¿Encubren su identidad con algún hechizo?

—No existe modo de saberlo, Falquián —declaró Sephrenia, a la vez que extendía las manos con impotencia—. O se trata de un ordinario estirio de un lugar remoto sin más preocupaciones que las de llevarse algo a la boca, o bien hemos hallado a un mago extraordinariamente sutil que representa el papel de patán para no ser reconocido.

Falquián profirió una blasfemia para sus adentros.

—Puede que no sea tan sencillo como pensaba —indicó—. Prosigamos, quizás averigüemos algo.

La casa que habían indicado a Sephrenia se encontraba al fondo de un corto callejón sin salida.

—Parece difícil espiar discretamente —opinó Falquián mientras se adentraban lentamente en la boca de la angosta calle.

—Menos de lo que imagináis —se mostró en desacuerdo Sephrenia, al tiempo que refrenaba su palafrén—. Debemos hablar con aquel tendero de la esquina.

—¿Queréis comprar algo?

—No exactamente, Falquián. Venid y observad.

Después desmontó y ató las riendas de su delicado caballo blanco en un poste situado fuera de la tienda. Luego miró fuzgamente a su alrededor.

—¿Servirá vuestro poderoso caballo de batalla para intimidar a quien quisiera robar mi gentil corcel? —preguntó tras acariciar con afecto el cuello de su alba montura.

—Le advertiré al respecto.

—¿De veras?

—*Paran* —dijo Falquián al feo ruano—, quédate aquí y protege a la yegua de

Sephrenia.

Faran hizo una mueca y enderezó entusiasmado las orejas.

—Viejo estúpido —bromeó *Falquián*, riendo.

El caballo intentó morderlo, pero sus dientes entrechocaron a escasas pulgadas de la oreja de *Falquián*.

—Pórtate bien —murmuró el caballero.

En el interior de la estancia dedicada a la exposición de muebles de bajo precio, *Sephrenia* adoptó una actitud zalamera, inusualmente sumisa incluso.

—Buen mercader —saludó con un tono peculiar de voz—, servimos a un importante noble *kelosiano* que ha venido a *Chyrellos* para buscar el solaz de su alma en la ciudad santa.

—No tengo tratos con *estirios* —respondió rudamente el vendedor, al tiempo que dirigía una mirada furiosa a *Sephrenia*—. Ya hay demasiados ejemplares harapientos de vuestra raza pagana en *Chyrellos* —agregó, con una expresión de supremo desagrado, mientras trazaba unos gestos que *Falquián* reconoció como intentos infructuosos de protección contra la magia.

—Veamos, *mercachifle* —dijo el caballero, con un porte insultante y un deje *kelosiano*—, no os sobrevaloréis. Debéis tratar con respeto a la doncella de mi señor y también a mí, a pesar de vuestra alocada intolerancia.

—¡Cómo...! —bramó el tendero, congestionado de rabia.

Falquián convirtió en astillas la madera que componía una mesa de baja calidad con un solo golpe de su puño. Luego agarró al hombre por el cuello y lo atrajo hacia sí para mirarlo fijamente a los ojos.

—¿Vamos a entendernos, sí o no? —susurró con tono amedrentador.

—Lo que necesitamos, buen señor —intervino *Sephrenia* conciliadoramente—, es un buen aposento con vistas a la calle, pues a nuestro amo le agrada contemplar el fluir de las multitudes. —Entornó las pestañas con modestia—. ¿Tenéis un lugar que pueda servir a ese propósito en el piso de arriba?

El rostro del tendero expresaba una mezcolanza de emociones contradictorias, no obstante, giró y comenzó a ascender las escaleras.

Las habitaciones del piso superior estaban destartadas y, por lo que podía deducirse, incluso infestadas de ratas. En algún tiempo lejano habían sido pintadas, pero la capa verde se había levantado y ahora colgaba en largos jirones de las paredes. Sin embargo, la apariencia general no les interesaba a *Falquián* y a *Sephrenia*. De inmediato, centraron su atención en la sucia ventana situada en la parte frontal de la habitación principal.

—Posee otras ventanas, señora —indicó el vendedor, con ademán más respetuoso que en un principio.

—Podemos inspeccionarlo nosotros mismos, buen mercader —replicó la mujer, a la vez que erguía ligeramente la cabeza—. Creo haber escuchado los pasos de un cliente procedentes de la habitación del piso de abajo.

El tendero pestañeó y se apresuró a descender las escaleras.

—¿Se observa desde aquí la casa del fondo de la calle? —inquirió *Sephrenia*.

—Es necesario limpiar los cristales —respondió *Falquián* antes de levantar el dobladillo de su capa para sacar el polvo y la mugre.

—No sigáis —advirtió *Sephrenia*—. Los *estirios* tienen una vista muy aguzada.

—De acuerdo —dijo *Falquián*—. Intentaré espiar a su través. Los *elenios* también poseemos buena vista. ¿Os encontráis con incidentes de este tipo cada vez que salís? —preguntó.

—Sí. A los *elenios* ordinarios no los caracteriza una inteligencia más aguda que la

de los estirios normales. Francamente, prefiero tener una conversación con un sapo que con individuos de esta clase, sean de una raza u otra.

—¿Los sapos hablan? —inquirió Falquián un tanto sorprendido.

—Si se sabe lo que se quiere escuchar, sí. No obstante, no resultan muy locuaces.

La casa del final de la calle no se distinguía por una apariencia imponente. La planta baja estaba construida con toscas piedras superpuestas, y el segundo piso, con vigas rudamente trabajadas. Sin embargo, parecía misteriosamente aislada, como si estuviera apartada de los edificios que la rodeaban. Mientras la observaban, avanzó hacia ella un estirio vestido con la lana tejida a mano propia de su gente. Antes de entrar miró en torno a sí con disimulo.

—¿Qué opináis? —preguntó Falquián.

—No sabría concretarlo —respondió Sephrenia—. Ocurre lo mismo que con el que nos topamos en la calle. O es un simple personaje o es un hábil experto.

—Este reconocimiento podría alargarse mucho.

—Si no me equivoco, sólo hasta la caída de la noche —objetó la mujer mientras acercaba una silla a la ventana.

Durante las siguientes horas, un número considerable de estirios penetraron en el edificio, y cuando el sol comenzaba a esconderse tras unos densos nubarrones, comenzó a llegar mucha más gente. Un cammoriano ataviado con un hábito de brillante seda amarilla recorrió furtivamente el callejón y se le concedió entrada de inmediato. Un lamorquiano calzado con botas y protegido con una coraza de reluciente acero, acompañado de dos hombres armados con ballestas, caminó con porte arrogante hacia las puertas de la casa y fue admitido con idéntica rapidez. Al caer el helado crepúsculo invernal sobre Chyrellos, apareció en el centro de la calle una dama con un brillante vestido púrpura, que caminaba con paso rígido y abstraído seguida de un fornido sirviente vestido con la pesada armadura comúnmente utilizada por los kelosianos. Su mirada parecía perdida, y sus movimientos, espasmódicos. Sin embargo, su rostro expresaba un inefable éxtasis.

—Extraños visitantes para una morada estiria —comentó Sephrenia.

Falquián asintió y recorrió con la mirada la habitación en penumbra.

—¿Queréis que encienda una vela? —preguntó.

—No. No conviene que nos vean. Seguramente alguien vigila la calle desde el piso superior de la casa. —Entonces se inclinó hacia él y las ventanas de su nariz se impregnaron con la fragancia boscosa de su cabello—. No obstante, podéis darme la mano —ofreció—. Por algún motivo, siempre he sentido un cierto temor ante la oscuridad.

—Desde luego —aceptó Falquián, al tiempo que tomaba la menuda mano de la mujer entre la suya.

Permanecieron sentados durante aproximadamente un cuarto de hora mientras la noche se hacía más cerrada en el exterior.

De pronto, Sephrenia exhaló un amortiguado grito de angustia.

—¿Qué ocurre? —inquirió Falquián, alarmado.

En lugar de responder, la estiria se levantó con las manos en alto, mostrando las palmas. Una oscura silueta, compuesta más bien de sombra que de sustancia, se perfilaba de pie ante ella. Un tenue resplandor se extendía, como un puente, entre sus manos enguatadas. La silueta adelantó lentamente aquel fulgor plateado en dirección a Sephrenia. El resplandor incrementó momentáneamente su brillo hasta solidificarse, al tiempo que la sombra se desvanecía. Sephrenia volvió a sentarse en la silla y recogió el largo y estilizado objeto mientras realizaba una especie de reverencia dolorida.

—¿Qué ha sido eso, Sephrenia? —inquirió Falquián.

—Ha fallecido otro de los doce caballeros —anunció ella con un gemido—. Esta es su espada, una parte de mi carga.

—¿Vanion? —preguntó Falquián con voz casi estrangulada por un opresivo sentimiento.

Los dedos de la mujer tantearon la cresta de la empuñadura de la espada y recorrieron sus trazos en la oscuridad.

—No —respondió—. Era Lakus.

Falquián sintió una oleada de dolor. Lakus era uno de los pandion más veteranos. A aquel hombre con cabello blanquecino y rostro severo rendían admiración, tanto como maestro como compañero, todos los caballeros de la generación de Falquián.

Sephrenia hundió la cara en el hombro de Falquián y rompió en sollozos.

—Lo conocía desde que era un chiquillo, Falquián —se lamentó.

—Regresemos al castillo de la orden —sugirió suavemente el caballero—. Podemos dedicarnos a esta tarea otro día.

—No —rechazó con firmeza Sephrenia, después enderezó la cabeza y se enjugó los ojos—. Esta noche en esa casa sucede algo que tal vez no se repita durante un tiempo.

Falquián iba a poner objeciones a la decisión de la mujer, pero entonces percibió un opresivo peso que se localizaba justo detrás de sus orejas. Parecía como si alguien le hubiera puesto el dorso de la mano detrás de la cabeza y la impulsara hacia adelante. Sephrenia se inclinó rápidamente.

—¡Azash! —musitó.

—¿Cómo?

—Han invocado el espíritu de Azash —afirmó con un terrible tono de apremio en la voz.

—Ya hemos logrado una prueba suficientemente comprometedora, ¿no es cierto? —concluyó Falquián, al tiempo que se erguía.

—Sentaos, Falquián. Todavía queda mucho por presenciar.

—No debe de participar mucha gente en ese acto.

—¿Qué averiguaríais si bajáis a la calle y destrozáis el edificio y acabáis con la gente del interior? Sentaos, observad y aprenderéis algo.

—Estoy obligado a enfrentarme a ellos, Sephrenia. Mi juramento como caballero incluía ese compromiso. Hemos reaccionado así durante quinientos años.

—Olvidad ese juramento. Esto es más importante.

Falquián se desplomó en la silla, atribulado e indeciso.

—¿Qué pretenden? —inquirió.

—Ya os lo he dicho: llaman al espíritu de Azash, lo que implica, sin duda, que son zemoquianos.

—¿Por qué han entrado entonces esos elenios? El cammoriano, el lamorquiano y la mujer de Kelosia.

—Creo que reciben instrucciones. Los zemoquianos no vinieron aquí para aprender sino para impartir enseñanzas, lo cual reviste una especial gravedad, Falquián. Significa el peligro más mortífero que podríais llegar a imaginar.

—¿Qué hacemos?

—Por el momento, aguardar aquí sentados y observar.

Falquián sintió nuevamente la misma presión detrás de las orejas, en la nuca, y luego un fuerte hormigueo que pareció recorrerle las venas.

—Azash ha respondido a su llamada —declaró tranquilamente Sephrenia—. Resulta de gran importancia que permanezcamos tranquilos y mantengamos neutrales nuestros pensamientos. Azash puede captar la hostilidad que va dirigida hacia él.

—¿Por qué participan los elenios en un ritual dedicado a Azash?

—Seguramente por las recompensas que esperan conseguir por adorarlo. Cuando lo desean, los dioses mayores siempre agradecen generosamente los servicios prestados.

—¿Qué tipo de don podría compensar la pérdida de la propia alma?

—Tal vez la longevidad —repuso Sephrenia, encogiéndose casi imperceptiblemente de hombros en medio de la creciente oscuridad—. Riqueza, poder y, en el caso de la mujer, belleza. También podrían obtener otras gracias que no oso atraer a mi mente. Azash es retorcido y tergiversa rápidamente la personalidad de quienes le rinden culto.

Abajo, en la calle, un trabajador arrastraba sobre los adoquines una carretilla traqueteante y llevaba una antorcha en la mano. Tomó una tea apagada del carro y, tras introducirla en un anillo de hierro adosado a la pared de la tienda, la encendió.

—Estupendo —murmuró Sephrenia—. Así podremos verlos cuando salgan.

—Ya los hemos visto antes.

—Me temo que ahora tendrán un aspecto distinto.

Se abrió la puerta de la morada estiria y en su umbral apareció el cammoriano de atavíos de seda. Cuando cruzó el círculo de luz que despedía la antorcha, Falquián advirtió la palidez de su rostro y el horror que inundaba sus ojos.

—Ése no volverá —aseguró Sephrenia con calma—. Probablemente durante el resto de su vida intentará expiar su incursión en el mundo de las sombras.

Minutos después, el lamorquiano de acerada coraza salió al callejón. Tenía la mirada ardiente y una expresión de crueldad salvaje deformaba su cara. Sus guardaespaldas caminaban impávidos junto a él.

—Perdido —anunció con un suspiro Sephrenia.

—¿Cómo?

—El lamorquiano se ha perdido. Azash ha tomado posesión de él.

Entonces salió de la casa la dama kelosiana. Su vestido púrpura aparecía negligentemente abierto y dejaba al descubierto su cuerpo desnudo. Al aproximarse a la luz, Falquián contempló sus ojos vidriosos y las manchas de sangre que salpicaban su piel. Su robusto ayudante trató de cerrar la parte delantera de su atuendo, pero la mujer musitó algo, le apartó la mano y continuó a través de la calle, mostrando ostentosamente su desnudez.

—Esa mujer está definitivamente perdida —comentó Sephrenia—. A partir de ahora será peligrosa. Azash la ha recompensado con poderes. —Fruunció el entrecejo—. Me siento tentada a proponeros que la sigamos y le demos muerte.

—No estoy seguro de que pueda matar a una mujer, Sephrenia.

—Ya no es una mujer. No obstante, al decapitarla, provocaríamos cierto alboroto en Chyrellos.

—¿Hemos de decapitarla?

—Sólo así tendríamos la certeza absoluta de su muerte. Me parece que hemos presenciado lo suficiente, Falquián. Regresemos al castillo para hablar con Nashan. Creo que mañana deberíamos informar de lo sucedido a Dolmant. La Iglesia dispone de medios para contrarrestar este tipo de peligros —dijo antes de levantarse.

—Permitid que os lleve la espada.

—No, Falquián. Yo debo soportar su peso —afirmó, a la vez que ocultaba el arma bajo los pliegues de su vestido. A continuación se dirigió hacia la puerta.

Bajaron las escaleras y el vendedor salió de la trastienda frotándose las manos.

—¿Alquilaréis las habitaciones? —inquirió animosamente.

—Resultan completamente inadecuadas —respondió despectivamente Sephrenia—. No instalaría ni al perro de mi amo en un lugar semejante —añadió con semblante

pálido, mientras temblaba perceptiblemente.

—Pero...

—Abrid el cerrojo, compadre —ordenó Falquián—, y nos pondremos en camino.

—Entonces, ¿por qué os habéis demorado tanto en su inspección?

Falquián asestó al tendero una fría y dura mirada que le hizo tragar saliva, antes de encaminarse a la puerta.

Afuera, *Faran* permanecía en actitud protectora junto al palafrén de Sephrenia. Sobre el empedrado, bajo sus cascos, se veía un pedazo rasgado de burda tela.

—¿Han surgido problemas? —inquirió Falquián.

Faran resopló burlonamente.

—Ya veo —dijo Falquián.

—¿De qué hablabais? —preguntó cansinamente Sephrenia cuando Falquián la ayudaba a montar.

—Alguien intentó robar vuestro caballo —explicó, con un encogimiento de hombros—. *Faran* lo convenció de la inconveniencia de tal acto.

—¿De veras podéis comunicaros con él?

—Conozco de manera aproximada lo que piensa. Hemos pasado mucho tiempo juntos.

Después saltó sobre el caballo y salieron de la calle en dirección al castillo de los pandion.

Habían recorrido alrededor de media milla cuando Falquián tuvo un presentimiento. Instantáneamente su reacción consistió en arrimar a *Faran* contra el blanco palafrén. El caballo de menor envergadura dio un bandazo en el preciso momento en que una saeta de ballesta hendió rauda el espacio donde se hallaba Sephrenia un instante antes.

—¡Galopad, Sephrenia! —gritó, mientras la flecha se clavaba en la pared de la casa de enfrente.

Miró hacia atrás y desenvainó la espada. Sephrenia aguijoneó los flancos de su blanca montura y salió de estampida con un ruidoso galope. Falquián, que la seguía, le cubría la espalda con su propio cuerpo.

Tras haber atravesado varios cruces, Sephrenia aminoró la marcha.

—¿Lo habéis visto? —preguntó a la vez que empuñaba la espada de Lakus.

—No era necesario. Una ballesta implica que el atacante era lamorquiano. Sólo ellos utilizan ese tipo de arco.

—¿El mismo que ha estado en la casa con los estirios?

—Probablemente, a menos que últimamente hayáis cambiado vuestro habitual comportamiento y os dedicéis a ofender a otros lamorquianos. ¿Cabe la posibilidad de que Azash o alguno de sus zemoquianos hayan percibido vuestra presencia?

—Es posible —concedió Sephrenia—. Nadie conoce de manera cierta hasta dónde alcanza el poder de los dioses mayores. ¿Cómo habéis sabido que iban a atacarnos?

—Me imagino que la intuición se desarrolla con la práctica. He aprendido a detectar cuándo me apuntan con un arma.

—Creí que iba dirigida contra mí.

—Resulta similar, Sephrenia.

—Bueno, erraron el tiro.

—*Esta vez*. Le diré a Nashan que os consiga una buena cota de malla.

—¿Os habéis vuelto loco, Falquián? —protestó—. El peso me tumbaría de espaldas, y no podría soportar ese horrible olor.

—Es preferible sufrir el peso y la pestilencia que una flecha clavada en la espalda.

—Rehúso totalmente llevarla.

—Veremos. Guardad la espada y proseguiremos. Necesitáis descansar, y, además, quiero que os halléis a salvo en el castillo antes de que a alguien se le ocurra dispararos nuevamente.

Capítulo catorce

Al día siguiente, a media mañana, sir Bevier, un caballero cirínico de Arcium, llamó a la puerta de la fortaleza pandion en Chyrellos. Su armadura protocolaria estaba barnizada con un reluciente color plateado y su sobreveste era blanca. Su yelmo carecía de visera, pero poseía, por el contrario, formidables piezas de protección para las mejillas y la nariz. Desmontó en el patio, colgó su escudo y su hacha en la silla y se quitó el yelmo. Bevier era joven y delgado. Su tez aceitunada quedaba enmarcada por unos cabellos rizados de un color negro azulado.

Ceremoniosamente, Nashan, junto con Falquián y Kalten, descendió las escaleras del edificio para recibirlo.

—Nuestra casa se honra con vuestra presencia, sir Bevier —saludó.

—Mi señor —replicó Bevier, al tiempo que inclinaba rígidamente la cabeza—. El preceptor de mi orden me encargó haceros llegar su saludo.

—Gracias, sir Bevier —exclamó Nashan, algo desconcertado por la estricta formalidad del joven caballero.

—Sir Falquián —dijo a continuación Bevier tras volver a inclinar la cabeza.

—¿Nos habíamos visto antes, Bevier?

—Nuestro preceptor me describió vuestro aspecto, mi señor Falquián, así como el de vuestro compañero sir Kalten. ¿Han llegado ya los demás?

—No —repuso Falquián—. Vos sois el primero.

—Entrad, sir Bevier —lo invitó Nashan—. Os asignaremos una celda para que podáis desprenderos de vuestra armadura, y os llevarán comida caliente de la cocina.

—Si no representa una molestia, mi señor, ¿podría visitar antes vuestra capilla? He cabalgado durante varios días y siento una profunda necesidad de orar en un lugar consagrado.

—Por supuesto —concedió Nashan.

—Nos ocuparemos de vuestro caballo —indicó Falquián al joven caballero.

—Gracias, sir Falquián —respondió Bevier con una leve reverencia antes de subir las escaleras detrás de Nashan.

—Oh, hemos hallado un alegre compañero de viaje —comentó irónicamente Kalten.

—Se desentumecerá cuando nos conozca mejor —auguró Falquián.

—Espero que estés en lo cierto. Había oído que a los cirínicos les agrada la formalidad, pero creo que nuestro joven amigo tiende a extremar esa característica. —Entonces desató con curiosidad el hacha de la silla—. ¿Te imaginas un ataque con esta arma? —preguntó con un estremecimiento.

El arma constaba de una hoja de dos pies de ancho coronada en la punta por un acerado pico similar al de un halcón. Su pesado mango medía unos cuatro pies de longitud.

—Con esto se podría desnudar a un hombre de su armadura de la misma forma en que se saca una ostra de su concha.

—Supongo que se ideó para ese objetivo. Resulta bastante intimidatoria, ¿verdad? Ponla en su sitio, Kalten. No juegues con las pertenencias ajenas.

Después de realizar sus plegarias y desembarazarse de la armadura, sir Bevier se reunió con ellos en el lujoso estudio de Nashan.

—¿Os han enviado algo de comer? —inquirió Nashan.

—No es necesario, mi señor —respondió Bevier—. Si así me lo permitís, cenaré con vos y vuestros caballeros en el refectorio.

—Desde luego —replicó Nashan—. Estaremos encantados de compartir nuestra cena con vos.

Cuando Falquián le presentó a Sephrenia, el joven se inclinó profundamente ante ella.

—He oído hablar mucho de vos, señora —la saludó—. Nuestros profesores de secretos estirios os tienen en gran estima.

—Sois muy amable, caballero. No obstante, mis habilidades son deudoras de la edad y de la práctica, no de ninguna virtud especial.

—¿La edad, Sephrenia? De ningún modo. No podéis sobrepasar en mucho mi edad, y aún me faltan varios meses para cumplir los treinta. El esplendor de la juventud no ha abandonado todavía vuestras mejillas y os doy mi palabra que vuestros ojos casi me deslumbran con su fulgor.

Sephrenia le sonrió afectuosamente y luego miró con aire crítico a Kalten y a Falquián.

—Espero que ambos prestéis atención a sus palabras —dijo—. Un poco de caballerosidad no os perjudicaría en absoluto.

—Nunca he sido un experto diplomático —confesó Kalten.

—Ya había reparado en ello —observó Sephrenia—. Flauta —llamó después con tono cansado—, deja ese libro, por favor. Te he pedido muchas veces que no toques ninguno.

Unos días más tarde, llegaron cabalgando juntos sir Tynian y sir Ulath. Tynian era un jovial caballero alcione de Deira, el reino que se extendía al norte de Elenia. Su amplio rostro expresaba franqueza y amistad, y sus hombros y pecho lucían una poderosa musculatura, moldeada gracias a soportar la armadura deirana, la más pesada del mundo, durante muchos años. Encima de su compacta protección metálica llevaba una capa azul cielo. La estatura de Ulath, el fornido caballero genidio, era un palmo más elevada que la de Falquián. En lugar de armadura vestía una sencilla cota de malla, que cubría con una capa de color verde, y un simple yelmo cónico. Iba armado con un gran escudo redondo y una maciza hacha de guerra. El caballero genidio era un hombre reservado que hablaba en raras ocasiones. Sus rubios cabellos colgaban en dos trenzas sobre su espalda.

—Buenos días, caballeros —saludó Tynian a Falquián y a Kalten mientras desmontaba en el patio del castillo. Luego, los miró detenidamente—. Vos debéis de ser sir Falquián —apuntó—. Nuestro preceptor nos describió vuestra nariz desviada. —Le dedicó una sonrisa—. Os favorece, Falquián. No malogra en absoluto vuestra apostura.

—Voy a confraternizar con este hombre —afirmó Kalten.

—Vos tenéis que ser Kalten —añadió Tynian.

Después le tendió la mano, y Kalten la tomó sin advertir que el alcione ocultaba en su palma un ratón muerto. Con un juramento, Kalten retiró velozmente la mano mientras Tynian estallaba en carcajadas.

—Creo que también me unirá una buena relación con él —observó Falquián.

—Mi nombre es Tynian —se presentó el caballero alcione—. Mi silencioso acompañante es Ulath de Thalesia. Se reunió conmigo hace unos días. Desde entonces, no ha pronunciado más de diez palabras.

—Ya habláis vos lo suficiente —gruñó Ulath, al tiempo que descendía del caballo.

—Reconozco que esa verdad es irrefutable —admitió Tynian—. Tengo una debilidad especial por escuchar el sonido de mi propia voz.

Ulath tendió su gran mano.

—Falquián —dijo.

—¿No lleváis ningún ratón? —inquirió Falquián.

El genidio esbozó una leve sonrisa al estrecharle la mano. Después saludó a Kalten y los cuatro se dispusieron a entrar en la casa.

—¿Ha llegado Bevier? —preguntó Tynian a Kalten.

—Hace unos días. ¿Lo conocéis?

—Lo he visto una vez. Acompañé a nuestro preceptor en una visita de cortesía a Larium y nos presentaron a los cirínicos del castillo principal, que se halla ubicado en la ciudad. Me pareció un poco engreído y estirado.

—No ha cambiado mucho.

—Tal como suponía. ¿Cuál es nuestra misión en Cammorria? En algunas ocasiones, el preceptor Darellon resulta exasperante— mente lacónico.

—Esperemos a que Bevier esté presente —sugirió Falquián—. Me da la sensación de que puede ser algo susceptible, por lo cual no conviene tratar de estos temas sin contar con él.

—Tenéis razón, Falquián. Nuestros lazos podrían desbaratarse si Bevier comienza a enfadarse. No obstante, debo admitir que es muy útil en enfrentamientos armados. ¿Todavía lleva aquella mortífera hacha?

—Oh, sí —respondió Kalten.

—Un arma espantosa, ¿eh? Lo vi entrenarse con ella en Larium. Al galope, truncó un poste más grueso que mi pierna de un solo hachazo. Sospecho que sería capaz de cabalgar entre un pelotón de infantería y dejar tras de sí un rastro de cabezas sesgadas a lo largo de diez yardas.

—¡Ojalá no necesite hacerlo! —deseó Falquián.

—Si adoptáis esa actitud, Falquián, vais a desechar cualquier oportunidad de diversión durante esta excursión.

—Me voy a llevar *realmente* bien con él —aseveró Kalten.

Sir Bevier se reunió con ellos en el estudio de Nashan al finalizar el servicio en la capilla. Por lo que había podido observar Falquián, había acudido a todas las celebraciones religiosas desde su llegada.

—Bien —dijo Falquián tras ponerse en pie cuando estuvieron todos presentes—, os explicaré los rasgos generales de la situación. Annias, el primado de Cimmura, se ha impuesto como meta el trono del archiprelado de Chyrellos. Controla el consejo real de Elenia y, por medio de él, obtiene fondos del tesoro real. Intenta utilizar ese dinero en la compra de los votos necesarios para ganar las elecciones tras la muerte de Cluvonus. Los preceptores de las cuatro órdenes desean desbaratar sus planes.

—Ningún eclesiástico decente aceptaría dinero para expresar un voto determinado —opinó Bevier con tono ofendido.

—Concuerdo en esa afirmación con vos —aceptó Falquián—, pero, por desgracia, muchos religiosos distan mucho de ser honrados. Seamos realistas, caballeros: existe una amplia facción corrupta en el seno de la Iglesia elenia. Seguramente, todos desearíamos no encontrarnos ante esta situación; sin embargo, debemos afrontarla tal como se presenta. *Hay* muchos votos en venta. El detalle crucial es que la reina Ehlana está enferma; de lo contrario, no permitiría que Annias utilizara el tesoro para beneficio propio. Los preceptores coinciden en que el mejor modo de detener a Annias consiste en hallar el medio de curar a la reina y reintegrarla así en el poder. De ahí la necesidad de nuestro viaje a Borrata; en su universidad hay médicos que tal vez puedan diagnosticar la naturaleza de su dolencia y proporcionar un remedio eficaz contra ella.

—¿Vendrá la reina con nosotros? —inquirió Tynian.

—No. Es prácticamente imposible.

—En ese caso, los especialistas tendrán dificultades para averiguarlo.

Falquián realizó un gesto negativo con la cabeza.

—Sephrenia, la encargada de instruir a los pandion en los secretos, nos acompañará. Ella puede describir minuciosamente los síntomas de la reina Ehlana e invocar la imagen de Su Alteza si los médicos requieren un examen más detallado.

—Parece complicado —observó Tynian—, pero si creéis que debemos llevarlo a cabo de esa manera, así lo haremos.

—En estos momentos existe una gran agitación en Cammoria. —prosiguió Falquián—. Los reinos centrales están todos infestados de agentes zemoquianos que intentan confundir y alterar el orden. Además, Annias adivinará sin duda nuestro propósito y tratará de interceptarnos.

—Borrata está muy alejada de Cimmura, ¿no es cierto? —preguntó Tynian—. ¿Abarca tanto terreno la capacidad de acción del primado de Cimmura?

—En efecto —respondió Falquián—. En Cammoria se encuentra un pandion renegado que, en ocasiones, trabaja para Annias. Se llama Martel. Probablemente pondrá obstáculos a nuestros fines.

—Si decide estorbarnos, no tendrá oportunidad de repetirlo —gruñó Uloth.

—Es preferible no entretenernos en luchas que no sean estrictamente necesarias —advirtió Falquián—. Nuestro principal cometido es escoltar a Sephrenia hasta Borrata y devolverla sana y salva después. Ya han atentado contra su vida una vez.

—Centraremos nuestros esfuerzos en desalentar ese tipo de acciones —aseguró Tynian—. ¿Vendrá alguien más con nosotros?

—Mi escudero, Kurik —repuso Falquián—, y seguramente un joven novicio pandion llamado Berit, ya que, aparte de ser un prometedor guerrero, Kurik precisa a alguien que le ayude a cuidar de los caballos. —Reflexionó un momento—. Creo que también llevaremos a un muchacho —añadió.

—¿Talen? —preguntó sorprendido Kalten—. ¿Te parece apropiado ir con un niño?

—Chyrellos ya constituye una ciudad suficientemente corrupta para dejar campar por sus calles a ese ladronzuelo. Por otra parte, intuyo que podremos utilizar de manera práctica sus especializados talentos. La otra persona que nos acompañará es una niña llamada Flauta.

Kalten lo miró estupefacto.

—Sephrenia se negará a separarse de ella —explicó Falquián—, y no estoy seguro de que consiguiéramos dejarla en la ciudad. ¿Recuerdas cuán fácilmente logró salir de aquel convento de Arcium?

—Es verdad —concedió Kalten.

—Vuestra exposición ha sido muy clara, sir Falquián —declaró aprobatoriamente Bevier—. ¿Cuándo partiremos?

—A primera hora de la mañana —respondió Falquián—. Debemos recorrer un largo trecho hasta Borrata, y el archiprelado no nos proporcionará una tregua en su envejecimiento. El patriarca Dolmant opina que podría fallecer en cualquier momento, con lo que Annias pasará a la acción de inmediato.

—Dada la urgencia del caso, debemos realizar los preparativos —concluyó Bevier, al tiempo que se ponía en pie—. ¿Os veré en el servicio nocturno en la capilla, caballeros? —preguntó.

—Supongo que hay que asistir se lamentó Kalten con un suspiro—. Después de todo, *somos* caballeros de la Iglesia.

—Un poco de ayuda divina no nos hará ningún daño, ¿verdad? —agregó Tynian.

Sin embargo, a última hora de la tarde llegó a las puertas del castillo una compañía de soldados eclesiásticos.

—El patriarca Makova me ha ordenado venir a buscaros a vos y a vuestros compañeros —anunció el capitán cuando Falquián acudió al patio acompañado de los restantes caballeros—. Quiere entrevistarse con vosotros en la basílica de inmediato.

—Iremos a buscar los caballos —informó Falquián y condujo a sus amigos a las caballerizas.

Una vez allí soltó un juramento irritado.

—¿Problemas? —inquirió Tynian.

—Makova apoya a Annias —explicó Falquián mientras hacía salir a *Faran* del establo—. Estoy casi convencido de que intentará entorpecer nuestra marcha.

—No obstante, debemos acudir a su llamada —declaró Bevier, que ensillaba su montura—. Somos caballeros de la Iglesia y estamos obligados a obedecer los mandatos de un miembro de la jerarquía, sean cual fueren sus amistades.

—Además, afuera nos espera toda una compañía de soldados —agregó Kalten—. Parece que el tal Makova no está dispuesto a correr ningún riesgo.

—¿No pensará que íbamos a negarnos? —apuntó Bevier.

—Todavía no conocéis bien a Falquián —le indicó Kalten—. A veces puede ser muy rebelde.

—Bien, no tenemos alternativa —atajó Falquián—. Vayamos a la basílica para conocer el mensaje del patriarca.

Llevaron los caballos al patio y montaron. A una tajante orden del capitán, los soldados los rodearon en formación.

La plaza que dominaba la basílica se hallaba extrañamente desierta cuando llegaron Falquián y sus amigos.

—Me da la sensación de que han previsto la posibilidad de incidentes —observó Kalten mientras comenzaban a subir las escaleras de mármol.

Al entrar en la vasta nave del templo, Bevier se puso de rodillas y juntó las palmas de las manos.

El capitán entró tras ellos acompañado de una tropa de soldados.

—No debemos hacer esperar al patriarca —apremió.

Su voz delataba un cierto timbre de arrogancia que irritó a Falquián; no obstante, éste reprimió su desagrado y se arrodilló junto a Bevier. Kalten lo imitó con una mueca. Tynian dio un codazo a Ulath y ambos se postraron ante el altar.

—He dicho... —comenzó a protestar el capitán con un tono ligeramente elevado.

—Ya os hemos oído, compadre —intervino Falquián—. Os acompañaremos dentro de unos instantes.

—Pero...

—Podéis aguardarnos allí. No tardaremos.

El capitán giró sobre sus talones y se alejó con paso majestuoso.

—Un buen gesto, Falquián —murmuró Tynian.

—Sencillamente, nos conducimos como caballeros de la Iglesia —replicó Falquián—. A Makova no le importará aguardar un momento, así podrá disfrutar anticipando los acontecimientos.

—Seguro —convino Tynian.

Los cinco caballeros permanecieron arrodillados durante unos diez minutos mientras el capitán caminaba impacientemente de un lado a otro.

—¿Habéis terminado, Bevier? —preguntó delicadamente Falquián cuando el cirínico separó las manos.

—Sí —respondió éste con el rostro iluminado por la devoción—. Ahora me siento

purificado y en paz con todo el mundo.

—Tratad de mantener ese estado anímico. Probablemente el patriarca de Coombe despertará en nosotros sentimientos agresivos —auguró Falquián, a la vez que se levantaba—. ¿Vamos, caballeros?

—*¡Por fin!* —espetó el militar cuando se reunieron con él.

—¿Tenéis algún título, capitán? —le preguntó Bevier con una fría mirada—. Me refiero a alguno aparte del militar.

—Soy marqués, sir Bevier.

—Excelente. Si nuestra devoción os ofende, os honraré dándoos una satisfacción. Podéis enviarme a vuestro padrino cuando deseéis. Estoy a vuestra entera disposición.

—Me limito a obedecer órdenes, mi señor —repuso el capitán, al tiempo que palidecía visiblemente—. Jamás osaría afrentar a un caballero de la Iglesia.

A continuación, los guió por un corredor que partía de la nave central.

—Bien hecho, Bevier —susurró Tynian.

El cirínico esbozó una breve sonrisa.

—No hay nada como ofrecer a un hombre una yarda de acero para ponerlo en su sitio —añadió Kalten.

La suntuosa estancia adonde los condujeron ostentaba alfombras marrones, tapices y paredes de fino mármol. El patriarca de Coombe se encontraba sentado junto a una larga mesa con un pergamino delante. Cuando los hicieron pasar mostró enfado en su rostro.

—¿Qué os retuvo tanto tiempo? —inquirió en dirección al capitán.

—Los caballeros de la Iglesia se sintieron obligados a dedicar un momento a la oración ante el altar principal, Su Ilustrísima.

—Oh, desde luego.

—¿Puedo retirarme, Su Ilustrísima?

—No. Quedaos aquí. Os corresponderá a vos encargarnos de las órdenes que voy a dictar.

—Como desee Su Ilustrísima.

—Me han informado de que planeáis llevar a cabo una incursión en Cammoria, caballeros —comenzó con semblante severo.

—No lo hemos mantenido en secreto, Su Ilustrísima —replicó Falquián.

—Os lo prohíbo.

—¿Me será permitido inquirir por qué motivo, Su Ilustrísima? —preguntó suavemente Tynian.

—No. No tengo por qué responderos. Los caballeros de la Iglesia están sujetos a la autoridad de la jerarquía. No es preciso dar ninguna explicación. Debéis regresar al castillo de los pandion y permanecer allí hasta que os notifique nuevas órdenes. —Entonces se ensimismó—. He concluido. Podéis retiraros, capitán. Vos os ocuparéis de comprobar que estos caballeros cumplan mis designios.

—Sí, Su Ilustrísima.

Con una reverencia, salieron todos de la sala.

—Una entrevista muy corta, ¿verdad? —señaló Kalten mientras desandaban el camino.

—No tenía sentido tratar de presentar excusas poco convincentes —repuso Falquián.

—¿Obedeceremos sus órdenes? —musitó Kalten, inclinándose hacia su amigo.

—No.

—Sir Falquián —objetó Bevier—, ¿vais a desoír el mandato de un patriarca de la Iglesia?

—No exactamente. Lo único que necesitamos son órdenes de distinto cariz.

—¿Dolmant? —inquirió Kalten.

—Su nombre es el primer recurso al que hay que apelar en tales circunstancias, ¿no es cierto?

Sin embargo, el oficioso capitán no les concedió ninguna oportunidad para desviarse de la ruta, ya que insistió en escoltarlos directamente hasta el castillo.

—Sir Falquián —dijo al entrar en la estrecha calle donde se alzaba la casa de los pandion—, ¿seríais tan amable de informar al gobernador de este establecimiento de que esta puerta debe permanecer cerrada? Nadie está autorizado a entrar ni a salir.

—Se lo diré —replicó Falquián, espoleó a *Faran* para penetrar en el patio.

—No se me había ocurrido que llegara al extremo de sellar la puerta —murmuró Kalten—. ¿Cómo vamos a avisar a Dolmant?

—Trataré de encontrar una solución —indicó Falquián.

Al poco rato, mientras el crepúsculo se adueñaba de la ciudad, Falquián caminaba a lo largo del parapeto que remataba las paredes del castillo. De vez en cuando echaba una ojeada a la calle.

—Falquián —llegó hasta él la ronca voz de Kurik procedente del patio—, ¿estáis allá arriba?

—Sí. Sube.

Siguió el sonido de pasos que repicaban en los escalones de piedra que conducían a las almenas.

—¿Queríais vernos? —preguntó Kurik al salir de la penumbra acompañado de Berit y Talen.

—Sí. Una compañía de soldados eclesiásticos guarda la salida y necesito enviar un mensaje a Dolmant. ¿Sugieres alguna estrategia para conseguirlo?

Kurik se rascó la cabeza, rumiando.

—Dadme un caballo veloz y cabalgaré por entre sus filas —ofreció Berit.

—Va a ser un buen caballero —vaticinó Talen—. Según me han dicho, a los caballeros les encanta pasar a la acción.

Berit miró airadamente al chiquillo.

—No me peguéis —pidió Talen, a la vez que retrocedía—. Habíamos acordado que si yo prestaba atención a vuestras clases no volveríais a golpearme.

—¿Acaso dispones tú de alguna idea mejor? —consultó Berit.

—De varias —respondió Talen tras asomarse por el antepecho—. ¿Patrullan los soldados las calles que rodean la fortaleza?

—Sí —respondió Falquián.

—No comporta un grave inconveniente, aunque resultaría más sencillo si no se pasearan por ahí. —Talen frunció los labios mientras pensaba—. Berit —dijo—, ¿tenéis buena puntería con el arco?

—He seguido todos los entrenamientos —replicó el novicio, con cierta altanería.

—No os he preguntado acerca de vuestra aplicación, sino si tenéis buena puntería.

—Puedo acertar un blanco a un centenar de pasos.

—¿Tenéis vos alguna propuesta? —inquirió en dirección a Falquián antes de volverse hacia Berit—. ¿Veis aquel establo de allí? —señaló al otro lado de la calle—, ¿el que tiene el techo de paja?

—Sí.

—¿Podríais clavar una flecha en la paja?

—Fácilmente.

—Tal vez los entrenamientos sean útiles, después de todo.

—¿Cuántos meses practicaste tú para rajar bolsas? —espetó Kurik.

—Es distinto, padre. Mi objetivo residía en obtener un beneficio inmediato.

—¿Padre? —inquirió Berit, asombrado.

—Es una larga historia —se evadió Kurik.

—Por algún motivo, la gente del mundo entero escucha una campana que suena —declaró Talen con un tono pedante— y nadie puede sustraerse a la fascinación de contemplar el fuego. ¿Podéis conseguir una cuerda, Falquián?

—¿De qué longitud?

—Con la suficiente para llegar a la calle. El plan consiste en que Berit, una vez envuelta una flecha con yesca y tras prenderle fuego, dispare sobre aquel techo de paja. Los soldados correrán todos hacia esta calle para observar el espectáculo, con lo que yo podré deslizarme por la cuerda por el otro lado del edificio. Puedo llegar a la calle en menos de un minuto sin que se entere nadie.

—No puedes incendiar un establo —objetó Kurik, horrorizado.

—Lo apagarán enseguida —aseguró Talen con tono paciente—. Nosotros daremos la alarma desde aquí gritando «¡Fuego!» con toda la fuerza de nuestros pulmones. A continuación, descenderé por la soga que situaremos en la pared del otro extremo y estaré a cinco calles de distancia cuando se haya calmado la excitación. Sé dónde se halla la casa de Dolmant y puedo transmitirle la información que queráis.

—De acuerdo —aprobo Falquián.

—¿Falquián! —exclamó Kurik—. No le permitiréis que realice lo que se propone, ¿verdad?

—Puede dar un buen resultado, Kurik. La distracción y el subterfugio siempre son buenas tácticas.

—¿Os imagináis la cantidad de paja y de madera existentes en las edificaciones de este vecindario?

—Proporcionaríamos una gran ocasión de hacer algo útil a los soldados eclesiásticos —respondió Falquián con un encogimiento de hombros.

—Supone un gran riesgo, Falquián.

—Más peligro entraña la posibilidad de que Annias llegue a ocupar el trono del archiprelado. Preparemos lo que precisamos. Deseo salir de Chyrellos mañana al amanecer, y esos soldados apostados ahí afuera nos lo impiden.

Descendieron las escaleras en busca de una cuerda, un arco y un carcaj de flechas.

—¿Hay novedades? —inquirió Tynian en el patio. Lo acompañaban Kalten, Bevier y Uloth.

—Vamos a avisar a Dolmant —repuso Falquián.

—¿Con esto? —preguntó Tynian tras observar con sorpresa el arco que llevaba Berit—. ¿No representa mucha distancia para un disparo?

—Existen algunos ingredientes añadidos a la acción —le informó Falquián, y comenzó a exponer el ardid.

Al iniciar el ascenso a las almenas, puso la mano sobre el hombro de Talen.

—Tu misión no carece de peligros —avisó al muchacho—. Quiero que tomes todo tipo de precauciones.

—Os preocupáis demasiado, Falquián —afirmó Talen—. Podría ejecutarlo con los ojos cerrados.

—Necesitarás alguna nota para entregársela a Dolmant —añadió Falquián.

—¿Bromeáis? Si me detienen, puedo salir airoso con alguna mentira, pero si me encuentran una nota en el bolsillo estoy perdido. Dolmant me conoce y sabrá que sois vos quien le enviáis el mensaje. Dejad que yo me encargue de todo, Falquián.

—No te detengas a robar por el camino.

—Desde luego que no —replicó Talen con demasiada ligereza.

Falquián exhaló un suspiro antes de informar al chiquillo de lo que debía comunicar al patriarca de Demos.

El plan se llevó a cabo tal como lo había tramado Talen. Tan pronto como la patrulla de vigilancia recorrió aquel lado, la flecha de Berit surcó el aire con una trayectoria arqueada, como un meteoro, para clavarse en el techo de paja del establo, donde chisporroteó durante un momento. Tras unos instantes, las llamas comenzaron a avanzar rápidamente hacia la parhilera. Primero adquirieron una tonalidad anaranjada, luego amarilla, y después se extendieron en todas direcciones.

—¡Fuego! —chilló Talen.

—¡Fuego! —repitieron los demás.

Abajo, en la calle, los soldados de la Iglesia doblaron con paso pesado la esquina y se encontraron al desesperado propietario de la caballeriza.

—¡Bondadosos señores! —sollozaba el hombre mientras se retorció las manos—. ¡Mi establo! ¡Mis caballos! ¡Mi casa! ¡Dios mío!

El oficioso capitán vaciló, contempló el fuego y, a continuación, la pared del castillo que quedaba enfrente. Se lo veía atrapado en una angustiante indecisión.

—Os ayudaremos, capitán —le gritó Tynian desde las almenas—. ¡Abrid la puerta!

—¡No! —contestó el militar—. Quedaos dentro.

—¡Podríais destruir la mitad de la ciudad sagrada, mentecato! —rugió Kalten—. Ese fuego se propagará si no reaccionáis inmediatamente.

—¡Vos! —ordenó el capitán al plebeyo propietario del establo—. Id a buscar cubos y enseñadme dónde se encuentra el pozo más cercano. —Se volvió rápidamente hacia sus subalternos—: Id a la puerta principal del castillo de los pandion y mandad venir más soldados. —Su voz denotaba resolución antes de dirigir la mirada a los caballeros asomados en el parapeto—. No obstante, dejad un destacamento de guardia allí —añadió.

—Aun así podemos ayudaros —ofreció Tynian—. En el interior del castillo existe un profundo pozo. Podríamos formar una hilera de hombres que pasaría los cubos a vuestros soldados. Nuestra principal preocupación consiste en salvar del fuego a Chyrellos. Vuestra obligación queda relegada en estos momentos.

El hombre pareció dudar.

—¡Por favor, capitán! —suplicó Tynian con voz henchida de sinceridad—. Os lo ruego. Permitidnos ser útiles.

—Muy bien —atajó el capitán—. Abrid la puerta. Pero que no salga nadie afuera.

—Por supuesto —replicó Tynian.

—Bien hecho —gruñó Ulath, al tiempo que le propinaba un golpecito a Tynian en el hombro con el puño.

—En ciertas ocasiones, hablar resulta beneficioso, mi silencioso amigo —aseguró Tynian con una mueca—. Algún día deberíais probarlo.

—Prefiero utilizar un hacha.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de marcharme, caballeros —anunció Talen—. Ya que voy a circular por las calles, ¿deseáis que os traiga algo?

—No te distraigas de tu misión —respondió Falquián—; ve directamente a hablar con Dolmant.

—Ten cuidado —advirtió Kurik—. Aunque a veces me causas decepciones, no quiero perderte.

—¿Sentimentalismos, padre? —inquirió Talen, afectando estar sorprendido.

—No —repuso Kurik—. Se trata simplemente de un cierto sentido de responsabilidad en relación a tu madre.

—Lo acompañaré —propuso Berit.

—De ninguna manera —replicó Talen con una crítica mirada hacia el entusiasta novicio—. Seríais un estorbo. Perdonadme, estimado profesor, pero tenéis los pies demasiado grandes y los codos demasiado salidos para deslizaros sin ser visto, y ahora no dispongo de tiempo para enseñaros a escabulliros.

Tras estas palabras, el muchacho desapareció entre las sombras al otro lado del parapeto.

—¿Dónde encontrasteis a este joven tan peculiar? —inquirió Bevier.

—No me creeríais si os lo contara, Bevier —respondió Kalten—. Seguramente lo tacharíais de inverosímil.

—Nuestros hermanos pandion son algo más mundanos que el resto de nosotros, Bevier —sentenció Tynian—. Nosotros, que tenemos los ojos fijos en el cielo, no estamos tan versados como ellos en el lado sórdido de la vida. —Dirigió una mirada piadosa a Kalten—. Sin embargo, todos somos útiles, y estoy convencido de que Dios valora nuestros esfuerzos, aunque éstos sean deshonestos o depravados.

—Bien dicho —aprobó Ulath con la cara absolutamente inexpresiva.

El fuego humeó todavía durante un cuarto de hora mientras los soldados arrojaban con desnudo cubos de agua. Gradualmente, gracias al trabajo dedicado y a la cantidad de agua volcadas, el incendio se extinguió. El propietario del establo se lamentaba de que su forraje hubiera quedado empapado, pese a que esta circunstancia impedía que las llamas volvieran a avivarse.

—¡Bravo, capitán, bravo! —lo felicitó Tynian desde las almenas.

—No exageréis —murmuró Ulath.

—Es la primera vez que observo a estos sujetos realizar algo loable —protestó Tynian—. Este tipo de actuaciones merecen una ovación.

—Podríamos incendiar otros edificios si ello os complace tanto —sugirió el corpulento caballero genidio—. Así tendrían la oportunidad de acarrear cubos de agua durante una semana entera.

—No —respondió Tynian después de reflexionar—. Podrían perder el entusiasmo de la novedad y dejar que la ciudad ardiera a su suerte. ¿Ha descendido el chiquillo? —preguntó a Kurik.

—Con más sigilo que una serpiente que penetra en una madriguera —replicó el escudero de Falquián, al tiempo que trataba de disimular una nota de orgullo en su voz.

—Algún día tendréis que explicarnos por qué se empeña el chaval en llamaros padre.

—Tal vez en otro momento, mi señor Tynian —murmuró Kurik.

Al asomarse las primeras luces del alba en el horizonte, se oyó el retumbar de cientos de pasos que se aproximaban a las puertas del castillo. El patriarca Dolmant, a lomos de una mula blanca, encabezaba un batallón de soldados con la misma librea roja que los que vigilaban la fortaleza.

—Su Ilustrísima —saludó con premura el capitán que guardaba la salida.

—Quedáis relevado, capitán —indicó Dolmant—. Podéis regresar a los cuarteles con vuestros hombres. —Husmeó con un ligero aire de desaprobación—. Aconsejadles que se laven —sugirió—. Parecen deshollinadores.

—Su Ilustrísima —vaciló el militar—, el patriarca de Coombe me ordenó guardar esta casa. ¿Puedo enviar a un hombre para que confirme la contraorden?

—No, capitán —respondió Dolmant después de considerar la petición—. Retiraos de inmediato.

—Pero, ¡Su Ilustrísima!

Dolmant dio una palmada y las tropas reunidas a su espalda ocuparon sus

posiciones con las picas en alto.

—Coronel —dijo Dolmant con voz suave al comandante de sus tropas—, ¿seríais tan amable de escoltar al capitán y a sus hombres hasta sus cuarteles?

—Al instante, Su Ilustrísima —respondió el oficial con un rígido gesto de saludo.

—Opino que deberían permanecer confinados allí hasta que su aspecto haya mejorado.

—Desde luego, Su Ilustrísima —asintió sobriamente el coronel—. Yo mismo me encargaré de la inspección.

—Muy meticulosamente, coronel. El honor de la Iglesia se refleja en el porte de sus soldados.

—Su Ilustrísima puede confiar en que dedicaré la mayor atención al más mínimo detalle —aseguró el coronel—. El prestigio de nuestras tropas se basa en la apariencia del más humilde soldado.

—Dios aprecia vuestro celo, coronel.

—A su servicio consagro mi vida, Su Ilustrísima —aseveró el coronel con una profunda reverencia.

Ninguno de los presentes pestañeó ni sonrió.

—Oh —añadió Dolmant entonces—, antes de partir, coronel, traedme a ese mendigo andrajoso. Creo que voy a dejarlo con los hermanos de esta orden, como un acto de caridad, naturalmente.

—Desde luego, Su Ilustrísima.

A un gesto del coronel, un fornido sargento agarró a Talen por el cogote y lo llevó junto al patriarca. Después el batallón de Dolmant avanzó hacia el capitán y sus hombres y los acorralaron perfectamente contra la alta pared del castillo, con las picas en ristre. Los ahumados soldados del patriarca de Coombe fueron desarmados rápidamente antes de partir estrechamente vigilados.

Dolmant dio una afectuosa palmadita en el cuello a su mula blanca y, a continuación, dirigió la mirada a las almenas.

—¿Todavía no habéis emprendido la marcha? —preguntó.

—Efectuábamos los preparativos, Su Ilustrísima.

—El día transcurre velozmente, hijo mío —le dijo Dolmant—. Las tareas que Dios nos encarga no pueden realizarse con holgazanería.

—Lo tendré en cuenta, Su Ilustrísima —afirmó Falquián.

Entonces entornó los ojos para mirar severamente a Talen.

—Devuélvelo —ordenó.

—¿Cómo? —replicó Talen con ansiedad en la voz.

—Todo lo que has robado, hasta la última pieza.

—Pero, Falquián...

—Ahora mismo, Talen.

Refunfuñando, el chiquillo comenzó a extraer de sus ropajes toda suerte de pequeños objetos de valor ante los estupefactos ojos del patriarca de Demos.

—¿Estáis satisfecho, Falquián? —inquirió sombríamente, mientras alzaba la vista hacia las almenas.

—No del todo, pero representa un buen inicio. Después de haberte registrado dentro, seré más concreto.

Con un suspiro, Talen rebuscó en diversos bolsillos ocultos y añadió más artículos a las manos rebosantes de Dolmant.

—Supongo que os llevaréis a este muchacho, Falquián —quiso saber Dolmant mientras guardaba sus pertenencias en el interior de su casaca.

—Sí, Su Ilustrísima —respondió Falquián.

—Estupendo. Dormiré más tranquilo con la certeza de que no callejea por aquí.
Apresuraos, hijo. Os deseo un buen viaje.
Tras esta despedida, el patriarca volvió grupas y se alejó.

Capítulo quince

—Sea como fuere —prosiguió sir Tynian con el relato notoriamente embellecido de ciertas aventuras de su juventud—, los barones de Lamorkand se cansaron de aquellos bandidos y acudieron a nuestro castillo a solicitar nuestra ayuda para exterminarlos. Como estábamos bastante aburridos de patrullar la frontera con Zemoch, accedimos a su demanda. Francamente, nos tomamos el asunto como una especie de ejercicio: tras unos días a caballo, esperábamos una estimulante pelea final.

Falquián dejó de prestarle atención. Prácticamente, Tynian no había cesado de hablar desde que abandonaron Chyrellos y cruzaron la frontera del reino sureño de Cammorria. Si bien en un principio sus narraciones resultaban divertidas, finalmente terminaron por sonar iterativas. Si sus palabras fueran ciertas, Tynian habría participado en todas las batallas y en cada una de las escaramuzas menores que habían acaecido en el continente Eosiático en el transcurso de los últimos diez años. No obstante, Falquián llegó a la conclusión de que, aun cuando podría ser tildado de inveterado fanfarrón, no era más que un ingenioso fabulador que colocaba siempre a su persona en el centro de cualquier acontecimiento para conferirle un carácter de inmediatez. Por tanto, representaba un pasatiempo inofensivo que ayudaba, además, a hacer más llevadero el camino que les separaba de Borrata.

El sol lucía con más fuerza en las tierras que atravesaban que en Elenia y la brisa que esparcía los nubarrones en el brillante cielo azul transportaba aromas que auguraban la pronta llegada de la primavera. Tynian era casi tan despreocupado como Kalten. No obstante, su poderoso torso y la manera profesional de empuñar su arma indicaban que sería un eficaz luchador si se presentaba la ocasión de demostrarlo. Bevier poseía una personalidad más nerviosa. A los caballeros cirínicos se les tachaba de ser muy formales y piadosos, además de susceptibles. Esas características recomendaban tratar con cuidado a Bevier. Falquián decidió hablar a solas con Kalten. Sería preferible que su amigo reprimiera un poco su gran afición a las bromas en lo que concernía a Bevier. Sin embargo, el joven cirínico podía representar una gran ayuda en caso de eventuales contratiempos.

Ulath era un enigma. Poseía una reputación intachable, pero Falquián apenas había tenido contacto con los caballeros genidios del lejano reino norteño de Thalesia. Se les reputaba de temibles guerreros, pero el que sólo llevaran cota de malla en lugar de armadura de acero preocupaba ligeramente a Falquián. Resolvió sondear al fornido thalesiano al respecto. Refrenó levemente a *Faran* para permitir que Ulath le diera alcance.

—Bonita mañana —comentó amigablemente.

Ulath respondió con un gruñido. Falquián consideró difícil propiciar una conversación con él, mas, de pronto, sorprendentemente, comenzó a hablar.

—En Thalesia la tierra aún está cubierta por dos pies de nieve —dijo.

—Debe de ser terrible.

—Uno se acostumbra —replicó Ulath, al tiempo que se encogía de hombros—. Por otra parte, con la nieve, se encuentra buena caza: jabalíes, ciervos, trolls, ese tipo de animales.

—¿De veras cazáis trolls?

—A veces. En ciertas ocasiones algún troll enloquece y, si baja a los valles habitados por los elenios y empieza a matar vacas o personas, debemos capturarlo.

—He oído decir que son muy grandes.

—Sí. Bastante.

—¿No resulta un poco peligroso enfrentarse a uno de esos seres protegido solamente con una cota de malla?

—No demasiado. Únicamente utilizan garrotes. Pueden romperle las costillas a un hombre, pero no suelen causar más daños.

—¿No sería más seguro llevar armadura?

—No es conveniente cuando se deben cruzar ríos, y en Thalesia hay muchos. Uno puede desprenderse de la cota de malla aunque esté sentado en el fondo de un lecho, pero difícilmente podría contener la respiración el tiempo que tarda en quitarse toda una armadura.

—Es una explicación convincente.

—Así nos lo pareció. Hace tiempo tuvimos un preceptor que decidió que debíamos llevar armaduras al igual que el resto de las órdenes, simplemente por cuestión de apariencia. Para mostrarle su error arrojamos a uno de nuestros hermanos vestido con cota de malla a la bahía de Emsat. Se deshizo de ella rápidamente y en menos de un minuto ya había alcanzado la superficie. El preceptor llevaba una armadura completa y, cuando lo tiramos al agua, no consiguió salir. Quizá descubrió algo interesante en el fondo.

—¿Ahogasteis a vuestro preceptor? —preguntó perplejo Falquián.

—No —lo corrigió Ulath—. La armadura hizo que se ahogara. Después elegimos a Komier como sustituto. Tiene más sentido común y no se le ocurren ese tipo de sugerencias estúpidas.

—Los genidios constituís una orden un tanto independiente. ¿Realmente escogéis a vuestros preceptores?

—¿No lo hacéis vosotros así?

—No exactamente. Nosotros enviamos una lista de nombres a la jerarquía y sus miembros toman la decisión.

—Nosotros les facilitamos la tarea. Sólo les proporcionamos un nombre.

Kalten se aproximó a medio galope. Durante un rato había cabalgado a un cuarto de milla de distancia del resto para detectar posibles peligros.

—Ocurre algo extraño allá delante, Falquián —informó con nerviosismo.

—¿A qué te refieres al decir extraño?

—Se divisa un par de caballeros pandion en la cima de la próxima colina.

La voz de Kalten sonaba ligeramente tensa y su rostro aparecía perlado de sudor.

—¿Quiénes son?

—No he ido a preguntárselo.

—¿Qué sucede? —inquirió Falquián, al tiempo que miraba fijamente a su amigo.

—No estoy seguro —repuso Kalten—. He tenido el presentimiento de que no debía acercarme a ellos. Creo que quieren hablar contigo, pero no me preguntes cómo he llegado a esa conclusión.

—De acuerdo —dijo Falquián—. Iré a su encuentro.

Espoleó a *Faran* y ascendió al galope la extensa ladera que se extendía bajo la cumbre del montículo. Los dos hombres, montados a caballo, llevaban la armadura de los pandion, pero no realizaron ninguno de los habituales gestos de saludo al aproximarse a ellos Falquián, y tampoco se alzaron la visera. Sus monturas parecían especialmente demacradas, casi esqueléticas.

—¿Qué ocurre, hermanos? —preguntó Falquián tras detener a *Faran* a pocas yardas de la pareja.

De pronto, percibió una momentánea oleada de pestilente olor acompañada de una

sensación de gelidez que le recorrió todo el cuerpo.

Una de las figuras encubiertas con la armadura se volvió levemente y apuntó su brazo rodeado de acero hacia el otro valle. No pronunció palabra alguna, sino que se limitó a señalar un grupo de desnudos olmos que se levantaban junto al camino a una media milla de distancia aproximadamente.

—No alcanzo a... —comenzó a decir Falquián.

Entonces advirtió el súbito destello del sol reflejado en el acero pulido entre el tortuoso ramaje del bosquecillo. Captó un indicio de movimiento y un nuevo destello de luz.

—Comprendo —dijo gravemente—. Gracias, hermanos. ¿Deseáis acompañarnos para desenmascarar a esos rufianes?

Durante un largo momento, ninguna de las dos siluetas de negra armadura respondió; finalmente, una de ellas inclinó la cabeza a modo de asentimiento. A continuación, ambos se movieron, y se situaron uno a cada lado del camino como a la espera de algo.

Desconcertado por su extraño comportamiento, Falquián retrocedió para reunirse con el resto de la comitiva.

—Nos aguardan problemas al otro lado de la colina —informó—. Hay un grupo de hombres armados ocultos en una arboleda del valle.

—¿Una emboscada? —inquirió Tynian.

—La gente no suele esconderse si no tiene intenciones hostiles.

—¿Podrías aventurar cuántos son? —preguntó Bevier, al tiempo que desataba el hacha del arzón de su silla.

—No.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —decidió Ulath, que a su vez desprendió el hacha.

—¿Quiénes son esos dos pandion? —preguntó ansioso Kalten.

—No lo han dicho.

—¿Te provocaron la misma sensación que a mí?

—¿Qué tipo de sensación?

—Como si la sangre se me hubiera helado en las venas.

—Algo parecido —admitió Falquián, a la vez que asentía con la cabeza—. Kurik —dijo a continuación—, vos y Berit llevaréis a Sephrenia, Flauta y Talen a un lugar donde no puedan ser descubiertos.

El escudero hizo un gesto afirmativo.

—Bien, caballeros —concluyó Falquián—, vayamos a investigar.

Los cinco partieron al trote montados en sus caballos de guerra con sus múltiples y temibles armas dispuestas para atacar. En lo alto del cerro, los dos silenciosos caballeros de armadura negra se unieron a ellos y, una vez más, Falquián percibió aquel hedor y sintió un frío extraño en su interior.

—¿Tiene alguien un cuerno? —preguntó Tynian—. Deberíamos anunciarles nuestra llegada.

Ulath desató la hebilla de una de sus alforjas y extrajo de ella un cuerno curvado y retorcido bastante grande y con la boquilla de bronce.

—¿Qué tipo de animal posee unos cuernos como éste? —inquirió Falquián.

—El ogro —respondió Ulath antes de llevarse el singular instrumento a la boca para arrancar de él un estruendoso toque.

—¡Por la gloria de Dios y el honor de la Iglesia! —exclamó Bevier mientras se izaba sobre los estribos blandiendo su hacha.

Falquián afirmó la espada en su mano y clavó las espuelas en los flancos de

Faran. El poderoso caballo, con las orejas abatidas hacia atrás y los dientes apretados, emprendió entusiasmado el galope.

De entre los olmos surgieron gritos contrariados cuando los caballeros de la Iglesia arremetieron colina abajo azotando las altas hierbas a su paso. Luego, unos dieciocho hombres armados salieron de su escondrijo y cabalgaron al encuentro de la carga.

—¡Quieren pelea! —gritó con júbilo Tynian.

—¡Vigilad vuestra espalda al enfrentaros con ellos! —avisó Falquián—. ¡Tal vez se escondan más hombres en el bosque!

Ulath alargó el sonido del cuerno hasta el último momento.

Después lo depositó velozmente en la alforja y comenzó a hacer girar su enorme hacha de guerra por encima de su cabeza.

Tres de los emboscados que habían quedado rezagados, en el instante anterior al inicio de la contienda, volvieron grupas y salieron de estampida, presa del pánico.

El primer choque hubiera podido oírse a una milla de distancia. A lomos de *Faran*, Falquián conducía la carga. Sus compañeros, tras él, se abrían en abanico hasta dibujar una disposición en forma de cuña. Falquián se enderezaba y apoyaba su peso en los estribos para impartir amplios estoques a diestra y siniestra entre los desconocidos. Después de hendir un yelmo, vio cómo se desparramaban la sangre y el cerebro de uno de los adversarios y cómo su cuerpo caía pesadamente de la silla. Su siguiente mandoble atravesó un escudo levantado; el propietario lanzó un grito al sentir la mordedura de la hoja de la espada en el brazo. Tras él se reproducían los sonidos de arremetidas y alaridos provocados por sus amigos, que luchaban denodadamente.

La acometida de los caballeros de la Iglesia abatió a diez hombres, que yacían muertos o tullidos. Cuando giraban para atacar de nuevo, del bosquecillo surgió media docena de enemigos con la intención de asaltarlos por la espalda.

—¡Avanzad! —gritó Bevier, al tiempo que hacía volverse a su montura—. ¡Yo los mantendré a raya mientras acabáis con éstos! —propuso y, de inmediato, los embistió con el hacha en alto.

—¡Ayúdalo, Kalten! —indicó Falquián a su amigo y, acompañado de Tynian, Ulath y los dos misteriosos caballeros, continuó su arremetida contra los aturdidos supervivientes.

La espada de Tynian poseía una hoja mucho más ancha que la de los pandion y, por consiguiente, su peso era considerablemente mayor, con lo que su contundencia se veía terriblemente incrementada. Además, Tynian la hundía con igual desenvoltura en la carne que en el metal de las armaduras. Ulath no alardeaba en absoluto de ningún tipo de refinamiento ni sutilidad en el manejo del hacha, y golpeaba los cuerpos humanos como si se tratara de talar árboles.

Falquián desvió brevemente su atención hacia uno de los herméticos pandion en el momento en que éste se incorporaba sobre su montura para descargar su arma. Sorprendido, advirtió que lo que empuñaba la mano del caballero oculta bajo el guantelete no era una espada, sino una reluciente aureola parecida a la que el insustancial espectro de sir Lakus había entregado a Sephrenia en el destartalado apartamento de Chyrellos. El alargado nimbo parecía atravesar completamente el tronco del rudo mercenario que tenía enfrente. El rostro del hombre adquirió una mortal palidez al mirar horrorizado su pecho, del que no manaba ni una gota de sangre y cuya herrumbrosa protección metálica permanecía intacta. Con un chillido de terror, arrojó su espada y echó a correr. Tras observar la escena, Falquián se centró en un enemigo al que debía atender personalmente.

Cuando hubieron exterminado al primer grupo de emboscados, Falquián hizo

girar a *Faran* para acudir en auxilio de Bevier y Kalten; sin embargo, comprobó que su ayuda resultaba innecesaria. Tres de los hombres que habían surgido posteriormente de la maleza habían exhalado ya su último suspiro; otro permanecía doblado sobre el caballo mientras se comprimía con las manos el vientre, y los otros dos trataban de contener desesperadamente las estocadas de Kalten y los golpes de hacha de Bevier. Kalten hizo un amago de bajar la espada para poder arrebatarse hábilmente el arma de su oponente en el preciso instante en que Bevier descabezaba a su adversario con una certera descarga de su hacha.

—¡No lo mates! —gritó Falquián a su amigo cuando éste elevaba la espada.

—Pero... —protestó Kalten.

—Quiero interrogarlo.

El rostro de Kalten se ensombreció de decepción. Falquián se aproximó, sorteando los cadáveres que cubrían el suelo.

—Bajad del caballo —ordenó Falquián al extenuado y amedrentado cautivo.

El hombre obedeció. Al igual que la de sus compañeros, su armadura, oxidada y mellada en los bordes, se componía de una amalgama de piezas de diversa procedencia. Por el contrario, la espada de que se había incautado Kalten se mostraba afilada y reluciente.

—Al parecer, sois un mercenario —le dijo Falquián.

—Sí, mi señor —murmuró el sujeto con acento kelosiano.

—Esta correría no os ha salido como esperabais, ¿no es cierto? —preguntó Falquián casi con camaradería.

—No, mi señor —respondió el hombre, con una risa nerviosa, al tiempo que observaba los despojos tendidos a su alrededor—, el resultado ha sido muy distinto de lo que preveíamos.

—Sin embargo, habéis demostrado valor —lo consoló Falquián—. Ahora, necesito que me digáis cómo se llama la persona que os contrató.

—En este tipo de asuntos, no suelen salir a relucir los nombres.

—Describidnos su aspecto, entonces.

—No puedo, mi señor.

—Me temo que esta entrevista va a tomar un cariz menos agradable —dijo Kalten.

—Atadlo a una hoguera —propuso Ulath.

—Yo me inclino por verter lentamente resina hirviente dentro de su armadura —agregó Tynian.

—También podemos aplicarle las empulgueras —sugirió sir Bevier.

—Ya veis cuántas sugerencias he recibido, compadre —señaló Falquián al prisionero, cuyo semblante se había demudado por completo—. Os *obligaremos* a colaborar. El hombre que compró vuestros servicios no se halla aquí. Quizás os amenazó con todo tipo de torturas, pero nosotros estamos dispuestos a realizarlas; por tanto, responded a mis preguntas y os ahorraréis muchas molestias.

—Mi señor —gimoteó el hombre—, *no puedo*, aunque me atormentéis hasta darme muerte.

—Oh, basta de tonterías —intervino Ulath; después descendió del caballo y se aproximó al servil mercenario.

Tendió la mano con el dorso extendido por encima de la cabeza del cautivo y habló en una discordante lengua que Falquián no comprendía y le produjo la impresión de no pertenecer a un humano. El prisionero puso los ojos en blanco y se postró de rodillas. Tartamudeó y, con voz totalmente inexpresiva, comenzó a responder en la misma lengua utilizada por el caballero genidio.

—Le han atado la lengua con un hechizo —explicó Ulath—. No habríamos podido sonsacarle ni una palabra con ningún castigo que le hubiéramos infligido.

El prisionero continuó su confesión en aquel horrible idioma, y cada vez se expresaba a mayor velocidad.

—Lo contrataron dos personas —tradujo Ulath—, un estirio cubierto con una capucha y un hombre de pelo blanco.

—¡Martel! —exclamó Kalten.

—Es muy probable —convino Falquián.

El mercenario continuó su delación.

—El estirio le lanzó el encantamiento —informó Ulath—. Se trata de un hechizo con el que no estoy familiarizado.

—Creo que yo también lo desconozco —admitió Falquián—. Tal vez Sephrenia pueda identificarlo.

—Oh —añadió Ulath—, hay otro dato: este ataque iba dirigido contra ella.

—¿Cómo?

—Estos hombres tenían órdenes de matar a la mujer estiria.

—¡Kalten! —gritó Falquián.

Sin embargo, su compañero ya espoleaba a su caballo.

—¿Qué hacemos con este hombre? —inquirió Tynian, señalando al cautivo.

—Dejad que se marche —exclamó Falquián mientras galopaba detrás de Kalten—. ¡Venid!

Al ascender el cerro, Falquián dirigió la vista atrás y advirtió que los dos extraños pandion habían desaparecido. Poco después los descubrió más arriba. Un grupo de hombres había rodeado el rocoso montículo donde Kurik había conducido a Sephrenia y al resto de la comitiva. Los dos caballeros de negra armadura, que permanecían tranquilamente sentados sobre sus monturas, cerraban el paso a los atacantes. No mostraban ninguna intención de iniciar la lucha, sino que se limitaban a no ceder terreno al adversario. Uno de los enemigos lanzó una jabalina que atravesó el cuerpo de uno de los pandion, mas éste no se mostró afectado en absoluto.

—¡Faran! —rugió Falquián—. ¡Corre!

Raramente instaba al caballo a que corriera, y ahora confiaba más en su lealtad que en su entrenamiento. El potente ruano se estremeció ligeramente y luego forzó sus posibilidades para emprender una veloz carrera que le hizo tomar la delantera.

Los atacantes eran unos diez aproximadamente. Con visible aprensión retrocedían ante los dos espectrales pandion que se interponían en su camino. Uno de ellos, al otear en torno a sí y advertir que Falquián descendía al galope seguido de los otros caballeros, lanzó un grito de alerta. Tras un momento de sorpresa, los desharrapados mercenarios partieron en estampida. Sólo en raras ocasiones Falquián había observado en unos profesionales el espantoso terror que aguijoneaba la huida de aquellos hombres. A continuación, ascendió la loma; las herraduras de *Faran* soltaban chispas al tomar contacto con las piedras. Justo antes de coronar la cima, aminoró la marcha.

—¿Estáis todos bien? —preguntó a Kurik.

—Sí —respondió el escudero, al tiempo que se asomaba por encima del parapeto de piedras que entre él y Berit habían erigido apresuradamente—. Sin embargo, el peligro era inminente hasta que llegaron esos dos caballeros.

Los ojos de Kurik se extraviaron un tanto al dirigirse a la pareja de pandion que los habían protegido de los asaltantes. Sephrenia surgió tras él con el rostro mortalmente pálido.

—Creo que ha llegado el momento de presentarnos, hermanos —anunció Falquián, a la vez que se giraba hacia los dos extraños personajes—. Os debemos una

explicación.

Los interpelados no ofrecieron respuesta alguna. Los escrutó con detenimiento. Sus monturas tenían una apariencia aún más esquelética. Con un estremecimiento, Falquián advirtió que los animales tenían las cuencas de los ojos vacías y que sus cuerpos parecían osamentas envueltas en pellejo. De repente, los dos caballeros se quitaron el yelmo. Sus caras presentaban un aspecto luminoso pero indefinido y, al igual que los caballos, también carecían de ojos. Uno de ellos, cuyo cabello recordaba el color claro de la miel, parecía muy joven. Él otro era viejo, con el pelo blanco. Falquián retrocedió un paso. Conocía a ambos; sabía que los dos habían fallecido.

—Sir Falquián —dijo el fantasma de Parasim con voz cavernosa e impasible—, proseguid vuestra búsqueda con diligencia. El tiempo no se detendrá para vos.

—¿Por qué habéis regresado de la morada de los muertos? —les preguntó Sephrenia con voz trémula.

—Nuestro juramento tenía el poder de concedernos el retorno del mundo de las sombras en caso necesario, pequeña madre —explicó el espectro de Lakus con la misma voz lúgubre y desprovista de emoción—. También perecerán otros y nuestra compañía se incrementará progresivamente hasta que la reina recobre la salud. —La sombra de cuencas vacías se volvió hacia Falquián—. Proteged a nuestra bien amada madre, Falquián, pues la acecha un grave peligro. Si ella cayera, nuestras muertes habrían resultado inútiles y nuestra soberana fallecería.

—Lo haré, Lakus —prometió Falquián.

—Un último aviso: debéis saber que con la muerte de Ehlana no perderíais sólo a una reina. La oscuridad se cierne sobre nosotros, y Ehlana constituye nuestra única esperanza para sostener el reino de la luz.

Ambas siluetas despidieron una luz tenue antes de desvanecerse.

En el instante siguiente los otros cuatro caballeros ascendieron la ladera al galope y refrenaron sus caballos. Kaltén tenía el rostro demudado y temblaba perceptiblemente.

—¿Quiénes eran? —inquirió.

—Parasim y Lakus —repuso con calma Falquián.

—¿Parasim? Está muerto.

—Al igual que Lakus.

—¿Fantasmas?

—Eso parece.

Tynian desmontó y se desprendió de su macizo casco. También había palidecido y sudaba copiosamente.

—En algunas ocasiones he tenido contactos con la nigromancia —declaró—, aunque, por lo general, contrariamente a mi propia voluntad. Normalmente, hay que invocar a los espíritus, pero a veces aparecen sin necesidad de inducirlos a ello, especialmente cuando han dejado inacabado algún cometido importante.

—Ahora poseían un motivo de vital importancia —afirmó sombríamente Falquián.

—¿Existen otros aspectos de los que debéis informarnos, Falquián? —preguntó entonces Ulath—. Creo que habéis omitido proporcionarnos algunos detalles.

Falquián dirigió la mirada a Sephrenia. Ésta no se había recobrado de su palidez cadavérica, pero enderezó la cabeza y realizó un gesto afirmativo.

—Ehlana estaría muerta —comentó Falquián después de inspirar profundamente—, de no ser por el hechizo que mantiene activo su flujo vital mediante una envoltura de cristal. El encantamiento fue ejecutado a través de los esfuerzos conjuntos de Sephrenia y doce caballeros pandion.

—Sospechaba una explicación de ese tipo —comentó Tynian.

—Existe un inconveniente —prosiguió Falquián—. Los caballeros perecerán uno tras otro hasta que únicamente quede viva Sephrenia.

—¿Qué ocurrirá después? —inquirió Bevier con voz temblorosa.

—Entonces yo también moriré —respondió Sephrenia simplemente.

—No, mientras quede un hálito de vida en mí —replicó el joven cirínico, al tiempo que contenía un sollozo.

—Sin embargo, alguien intenta acelerar el proceso —continuó Falquián—. Desde que abandonamos Cimmura, ésta es la tercera ocasión que pretenden atentar contra la vida de Sephrenia.

—No obstante, he salido indemne —adujo la mujer, como si quisiera restarle importancia—. ¿Habéis podido averiguar quién preparó este ataque?

—Martel y algún estirio —repuso Kalten—. El estirio se encargó de sellar sus lenguas con un hechizo para que no pudieran delatarlos, pero Ulath lo ha neutralizado al interrogar a un prisionero en una lengua que desconozco por completo. El hombre le ha respondido en ese mismo idioma.

Sephrenia miró inquisitivamente al caballero thalesiano.

—Hemos utilizado el lenguaje de los trolls —explicó Ulath, encogiéndose de hombros—. Como no es una lengua humana, he podido burlar el encantamiento.

—¿Habéis apelado a los dioses troll? —preguntó Sephrenia, horrorizada.

—A veces es necesario, señora —replicó Ulath—. Si se toman las precauciones adecuadas, no entraña demasiado peligro.

—Con vuestra venia, mi señor Falquián —intervino Bevier, con el rostro anegado de lágrimas—, deseo proteger personalmente a lady Sephrenia. Permaneceré constantemente al lado de esta valerosa dama y os prometo por mi vida que, si se producen nuevos enfrentamientos, saldrá ilesa de ellos.

El semblante de Sephrenia reflejó brevemente la consternación antes de observar a Falquián como si quisiera solicitar su ayuda.

—Probablemente es una idea acertada —replicó éste tras desatender la muda súplica—. De acuerdo, Bevier. Cuidad de ella.

Sephrenia lo fulminó con la mirada.

—¿Vamos a enterrar a los muertos? —inquirió Tynian.

—No disponemos de tiempo para hacer de sepultureros —contestó Falquián—. Mis hermanos aguardan la muerte y a Sephrenia le espera idéntico final si no conseguimos evitarlo. Si encontramos a algún campesino, le informaremos de dónde hallar los cadáveres. El botín que puede reunir le compensará del trabajo de cavar. Ahora, emprendamos la marcha.

Borrata constituía una ciudad universitaria que había crecido a la sombra de los majestuosos edificios del más antiguo centro de enseñanza de Eosia. En siglos pasados, la Iglesia había solicitado insistentemente el traslado de la institución a Chyrellos, pero la facultad había rehusado siempre, pues sin duda deseaba mantener su independencia frente a la supervisión eclesiástica.

Al llegar a la ciudad a la caída de la tarde, Falquián y sus compañeros alquilaron varias habitaciones en una posada. El establecimiento era más cómodo y más aseado que los que jalonaban el camino que habían recorrido desde Cimmura.

A la mañana siguiente, Falquián se vistió con una cota de malla y su pesada capa de lana.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Kalten cuando apareció su amigo en el comedor de la posada.

—No —repuso Falquián—. No conviene hacer ninguna ostentación. La

universidad está cerca y yo mismo puedo cuidar de Sephrenia durante el camino.

Sir Bevier se dispuso a protestar esta decisión, ya que se había tomado muy en serio su papel de protector de Sephrenia, y raras veces, durante el viaje hasta Borrata, se había distanciado de ella más de unos pies. Falquián dirigió la mirada al aplicado caballero cirínico.

—Sé que habéis hecho guardia ante su puerta cada noche, Bevier —afirmó—. ¿Por qué no vais a dormir un poco? Ni a ella ni al resto de nosotros nos seréis de gran ayuda sobre el caballo si tenéis que luchar con el sueño.

Bevier adoptó una expresión tensa.

—Falquián no intentaba ofenderos, Bevier —intervino Kalten—. Lo que sucede es que nuestro amigo todavía no ha logrado desentrañar el significado de la palabra *diplomacia*. No obstante, todos conservamos la esperanza de que algún día su mente se ilumine con ese conocimiento.

Bevier sonrió levemente y después soltó una carcajada.

—Me parece que necesito algún tiempo para acostumbrarme a la personalidad de los pandion —indicó.

—Podéis considerarlo como un progreso educativo —sugirió Kalten.

—Supongo que sois consciente de que si vos y la dama lográis hallar una cura, seguramente deberemos enfrentarnos a todo tipo de contratiempos durante el regreso a Cimmura —insinuó Tynian a Falquián—. Probablemente nos toparemos con ejércitos enteros que intentarán cerrarnos el paso.

—Madel —apuntó críticamente Ulath—, o Sarrinium.

—No acabo de comprenderos —admitió Tynian.

—Esas tropas que habéis mencionado tratarán de interceptar la ruta hacia Chyrellos para impedir que sigamos nuestro camino de regreso a Elenia. Si cabalgamos en dirección sur hacia uno de esos puertos, podemos alquilar un barco y navegar hasta Vardenais, en la costa occidental de Elenia. Además, viajar por mar implica recorrer la distancia más rápida y cómodamente.

—Decidiremos sobre esa cuestión cuando dispongamos de un remedio eficaz —respondió Falquián.

—¿Estáis preparado? —inquirió Sephrenia después de bajar las escaleras en compañía de Flauta.

Falquián asintió con la cabeza.

La mujer habló brevemente con la niña y, tras realizar un gesto afirmativo, ésta cruzó la estancia para sentarse junto a Talen.

—Te ha elegido, Talen —anunció Sephrenia al muchacho—. Cuida de ella mientras yo esté ausente.

—Pero... —comenzó a objetar Talen.

—Haz lo que te pide, Talen —ordenó Kurik con impaciencia.

—Iba a salir a dar una vuelta.

—No —dijo su padre—, en realidad, no ibas a ningún sitio.

—De acuerdo —aceptó con expresión sombría Talen, mientras Flauta se instalaba en su regazo.

Dado que se hallaban a tan corta distancia de la universidad, Falquián optó por caminar. Sephrenia miraba con interés a su alrededor.

—Hacía mucho tiempo que no visitaba este lugar —murmuró.

—No puedo imaginar qué atractivo puede tener una universidad para vos —inquirió Falquián con una sonrisa—, sobre todo si se considera vuestra opinión respecto a la lectura.

—No vine aquí para estudiar, Falquián, sino para ejercer de profesora.

—Debí sospecharlo. ¿Cómo va vuestra relación con Bevier?

—Aparte de que me ha privado casi por completo de la libertad de decisión, bien. Además, no cesa en su intento de convertirme a la fe elenia —respondió la menuda mujer, con tono ligeramente cáustico.

—Sólo trata de protegeros, y de salvar vuestra alma.

—Supongo que bromeáis.

Falquián prefirió no continuar con aquel tema.

Los alumnos y miembros de la universidad de Borrata paseaban con aire contemplativo entre los cuidados parterres del recinto bellamente ajardinado.

—Perdonad, compadre —interrumpió Falquián a un joven ataviado con un jubón verde—, ¿podrías indicarme dónde se encuentra el colegio médico?

—¿Estáis enfermo?

—Yo no, un amigo.

—Ah. Los médicos ocupan aquel edificio de allí —respondió el estudiante, al tiempo que señalaba una estructura achaparrada de piedra gris.

—Gracias, compadre.

—Espero que vuestro amigo se mejore pronto.

—También lo deseamos nosotros.

Al penetrar en la maciza construcción, hallaron a un corpulento hombre vestido con hábito negro.

—Dispensad, señor —le dijo Sephrenia—. ¿Sois médico?

—En efecto.

—Estupendo. ¿Disponéis de un momento para atendernos?

—Lo siento —respondió tras haber mirado detenidamente a Falquián—. Estoy ocupado.

—¿Podrías remitirnos a uno de vuestros colegas?

—Probad en cualquiera de estas puertas —repuso el médico, y a continuación se alejó con un gesto de despedida.

—Una actitud un tanto insólita en un curandero —comentó Falquián.

—Toda profesión cuenta con unos cuantos miembros gandules —replicó Sephrenia.

Después de cruzar la antecámara, Falquián llamó a una puerta pintada de oscuro.

—¿Quién es? —inquirió una voz cansina.

—Necesitamos consultar a un médico.

—Oh, de acuerdo —respondió la voz al cabo de una larga pausa—, pasad.

Falquián abrió la puerta y cedió el paso a Sephrenia.

El individuo sentado ante el desordenado escritorio que ocupaba el cubículo presentaba profundas ojeras en torno a sus ojos y su aspecto indicaba que habían transcurrido semanas desde la última vez que se afeitara.

—¿Cuáles son las características de vuestra enfermedad? —se dirigió a Sephrenia, con un tono de voz rayano en la extenuación.

—Yo no soy la enferma —contestó la mujer.

—¿Él, entonces? —inquirió, a la vez que apuntaba hacia Falquián—. Parece poseer una constitución bastante robusta.

—No —explicó Sephrenia—. Él tampoco es el paciente. Venimos en nombre de una amiga.

—No acostumbro realizar visitas fuera de la facultad.

—No pretendemos pedirnos que lo hagáis —puntualizó Falquián.

—Nuestra amiga vive bastante lejos —informó Sephrenia—. Pensamos que si os describíamos su estado, tal vez podríais aventurar una sugerencia respecto al mal que la

aqueja.

—Detesto las sugerencias —la atajó—. ¿Qué síntomas presenta?

—Muy similares a los de la epilepsia —respondió Sephrenia.

—Entonces, ésa es la enfermedad que padece. Vos misma habéis establecido el diagnóstico.

—No obstante, existen algunas diferencias.

—Bien. Describidme esas peculiaridades.

—Tiene fiebre, bastante elevada, y suda profusamente.

—Esas características se excluyen mutuamente. La piel se mantiene seca cuando existe fiebre.

—Sí, ya lo sé.

—¿Tenéis algún tipo de formación médica?

—Estoy familiarizada con ciertos remedios populares.

—Según mi experiencia, la medicina popular mata a más personas de las que sana —aseguró el médico, airado—. ¿Qué otras observaciones habéis realizado?

Sephrenia describió meticulosamente la dolencia que había conducido a Ehlana a un estado de coma.

Sin embargo, el doctor no parecía prestarle demasiada atención, sino que, por el contrario, examinaba detenidamente a Falquián. En su semblante se dibujó un repentino interés, y sus ojos entornados adoptaron una expresión taimada.

—Creo que convendría que volvierais a visitar a vuestra amiga. Los síntomas que habéis expuesto no corresponden a ninguna enfermedad conocida —afirmó con un tono seco, casi brusco.

Falquián tensó la musculatura y apretó sus puños, pero Sephrenia le puso la mano sobre el brazo.

—Gracias por dedicarnos parte de vuestro tiempo, instruido señor —se despidió conciliadoramente—. Vamos —añadió hacia Falquián.

—Hemos topado con dos elementos idénticos —murmuró Falquián cuando se hallaban nuevamente en el corredor.

—¿Cómo?

—Me refiero a que ninguno de los dos conocía los buenos modales.

—Tal vez resulta habitual.

—No os comprendo.

—La gente que imparte enseñanzas comparte ciertas actitudes arrogantes.

—Vos nunca os mostrasteis soberbia.

—Porque controlo mis inclinaciones. Probad en otra puerta, Falquián.

En el transcurso de las dos horas siguientes, hablaron con seis médicos, y cada uno de ellos, tras observar cuidadosamente el rostro de Falquián, se excusó con el argumento de ignorar la naturaleza de la enfermedad.

—Esta situación comienza a ser sospechosa —gruñó el caballero al salir de otro consultorio—. Me dirigen una mirada y, de pronto, se vuelven estúpidos. ¿Poseo una imaginación demasiado suspicaz?

—Yo también he reparado en esa coincidencia —replicó pensativamente la mujer.

—Ya sé que mi cara no puede alardear de belleza, pero nunca hasta ahora había provocado ataques de idiotéz.

—Vuestro rostro es perfectamente normal, Falquián.

—Además, sirve para cubrir la parte delantera de mi cabeza. ¿Qué otra utilidad debería tener?

—Los galenos de Borrata parecen mucho menos avezados de lo que nos habían inducido a creer.

—¿Opináis que nos hemos dedicado a perder el tiempo?

—Todavía no hemos acabado. No abandonéis la esperanza.

Finalmente llegaron ante una pequeña puerta sin pintar, adosada contra un tosco nicho. Falquián dio unos golpes en ella.

—Marchaos —respondió alguien que articulaba con dificultad las palabras.

—Necesitamos vuestra ayuda, sabio doctor —declaró Sephrenia.

—Id a importunar a otro. En estos momentos estoy ocupado emborrachándome.

—¡Es el colmo! —rugió Falquián mientras empuñaba la manilla y empujaba.

Al hallar la puerta cerrada con llave, irritado, la abrió de un puntapié que desencajó el marco.

El hombre sentado en el minúsculo cubículo parpadeó mientras los observaba. Era de baja estatura, tenía la espalda encorvada, los ojos acuosos y un aspecto generalizado de dejadez.

—Llamáis con mucha insistencia, amigo —afirmó antes de lanzar un eructo—. Bien, no os quedéis plantados ahí. Pasad.

Apenas si lograba mantener la cabeza erguida. Su atuendo era casi andrajoso y los mechones de su fino cabello gris apuntaban en todas direcciones.

—¿Tiene algún ingrediente especial el agua de estos parajes que induzca a la gente a comportarse de modo tan grosero? —preguntó agriamente Falquián.

—No sabría responderos —replicó el descuidado sujeto—. Nunca bebo agua —explicó, y, a continuación, sorbió ruidosamente de una desconchada jarra.

—Evidentemente.

—¿Vamos a pasarnos el resto del día con el intercambio de insultos o preferís informarme acerca de vuestro problema? —atajó el médico al tiempo que escrutaba con ojos de miope el rostro de Falquián—. De modo que vos sois el personaje —apuntó.

—¿El personaje?

—El individuo con quien se supone que no debemos hablar.

—¿Seríais tan amable de explicaros?

—Hace pocos días apareció un hombre y prometió que cada médico de este edificio recibiría cien monedas de oro si vos partíais sin conseguir la información que buscabais.

—¿Cuál era su aspecto?

—Tenía porte de militar y el pelo blanco.

—Martel —dijo Falquián a Sephrenia.

—Deberíamos haberlo sospechado inmediatamente —indicó la estiria.

—No os descorazonéis, amigos —exclamó de forma expansiva el desordenado hombrecillo—. Habéis hallado el doctor más capacitado de Borrata. —Esbozó una mueca—. Todos mis colegas emprenden vuelo hacia el sur en otoño en compañía de los patos. Cuá, cuá, cuá. Ninguno de ellos podría proporcionaros una respuesta médica cuerda. El hombre de pelo blanco apuntó que describiríais algunos síntomas. Tengo entendido que en algún lugar existe una dama gravemente enferma, y vuestro amigo, al que habéis denominado Martel, prefiere que no recobre la salud. ¿Por qué no desbaratamos su propósito? —sugirió, y se dispuso a tomar un largo trago de la jarra.

—Vuestra profesión debe enorgullecerse de que seáis uno de sus miembros, doctor —lo felicitó Sephrenia.

—No. Simplemente soy un viejo borrachín de mente retorcida. ¿Queréis saber por qué razón estoy dispuesto a socoreros? Porque me divertiré enormemente al escuchar los gritos angustiados que mis colegas lanzarán cuando adviertan que todo ese dinero se les escapa de las manos.

—Supongo que constituye un motivo honrado como cualquier otro —comentó

Falquián.

—En efecto —acordó el ligeramente achispado médico; con sus ojos de miope miró la nariz de Falquián—: ¿Por qué no os la hicisteis enderezar cuando se rompió? —inquirió.

—Estaba ocupado con otros asuntos —respondió Falquián, a la vez que se tocaba la nariz.

—Puedo arreglárosela, si lo deseáis. Sencillamente, volvería a quebrarla con un martillo y después podría ponerla en su sitio.

—Ya me he acostumbrado a ella, pero gracias, de todos modos.

—Como queráis. Bien, ¿cuál es la descripción de los síntomas?

Una vez más, Sephrenia detalló los datos.

El doctor permaneció sentado mientras se rascaba la oreja y entornaba los ojos. Tras la exposición, buscó desordenadamente en un montón de papeles apilados sobre el escritorio y entresacó un grueso libro cubierto con unas gastadas tapas de piel. Durante unos momentos lo hojeó y luego lo cerró de golpe.

—Lo que pensaba —anunció triunfalmente, antes de volver a eructar.

—¿Y bien? —inquirió Falquián.

—Vuestra amiga fue envenenada. ¿Ha muerto ya?

—No —respondió Falquián, al tiempo que sentía una tenaza en el estómago.

—El desenlace está próximo —explicó el médico, encogiéndose de hombros—. Se trata de un raro veneno procedente de Rendor que, invariablemente, tiene unos efectos fatales.

—Voy a regresar a Cimmura a arrancarle las entrañas a Annias. —Hizo rechinar los dientes—. Con un cuchillo de hoja embotada —añadió.

El diminuto médico de aspecto lamentable mostró un repentino interés.

—Hacedlo así: realizad una incisión lateral justo debajo del ombligo y luego tumbadlo boca abajo. De esa manera se vaciará totalmente —sugirió.

—Sin duda.

—No vaciléis en darle muerte. Detesto a los envenenadores.

—¿Existe algún antídoto? —preguntó Sephrenia.

—Ninguno, que yo sepa. Os podría indicar que acudáis a varios colegas que conozco en Cippria, pero vuestra amiga habrá fallecido antes de que logréis regresar.

—No —disintió Sephrenia—. Hemos logrado preservar su vida temporalmente.

—Me gustaría saber cómo lo habéis hecho.

—La dama es estiria —aclaró Falquián— y tiene acceso a ciertas prácticas infrecuentes.

—¿Magia? ¿De veras tiene efectos prácticos?

—A veces sí.

—De acuerdo. En ese caso, tal vez dispongáis de tiempo. —El desastrado doctor rasgó una esquina de las hojas dispersas sobre su escritorio e introdujo una pluma en un tintero casi seco—. Los dos primeros nombres corresponden a un par de expertos de Cippria bastante aceptables —informó mientras garabateaba en el papel—. La última palabra es el nombre del veneno. —Entregó el retazo de hoja a Falquián—. Ahora salid de aquí, para que pueda continuar con el entretenimiento anterior a que propinaseis un puntapié a mi puerta.

Capítulo dieciséis

—Porque vuestra apariencia no podría confundirse fácilmente con la de un rendoriano —les aseguró Falquián—. Los extranjeros suscitan mucha atención en aquella región, la cual, en muchas ocasiones, se transforma en suspicacia hostil. Yo puedo hacerme pasar por un nativo en Cippria, y Kurik no despertaría recelos. Las mujeres rendorianas llevan velo, con lo que el aspecto de Sephrenia no representa ningún problema, pero, lamentablemente, el resto de vosotros deberá quedarse atrás.

Se hallaban reunidos en una amplia estancia del piso superior de la posada cercana a la universidad. La habitación carecía de mobiliario, aparte de los bancos adosados a las paredes, y su estrecha ventana no tenía cortinas. Falquián acababa de relatar su conversación con el achispado médico, de la que había destacado el que, de nuevo, Martel había recurrido a otro tipo de presión y había soslayado la confrontación física.

—Podríamos ponernos algo en el cabello para cambiarle el color —protestó Kalten—. ¿No pasaríamos más inadvertidos de esa forma?

—Es una cuestión de aspecto, Kalten —explicó Falquián—. Podrías teñirte de verde y la gente descubriría enseguida tu procedencia elenia. Con los demás ocurriría lo mismo. Todos tenéis la apostura de caballeros y uno tarda años en desprenderse de ella.

—Entonces, ¿queréis que permanezcamos aquí? —inquirió Ulath.

—No. Podéis acompañarnos hasta Madel —decidió Falquián—. Si nos acaeciera algún imprevisto en Cippria, podría haceros llegar un mensaje con mayor rapidez.

—Me parece que olvidas algo, Falquián —señaló Kalten—: Martel merodea por estos parajes y probablemente nos espía constantemente. Si salimos a caballo de Borrata ataviados con armadura, estará informado de nuestra partida antes de que hayamos recorrido dos millas.

—Peregrinos —gruñó crípticamente Ulath.

—No comprendo vuestra sugerencia —dijo Kalten mientras fruncía el entrecejo.

—Si trasladamos nuestras armas en un carromato y nos vestimos con ropajes sombríos, podemos unirnos a un grupo de peregrinos sin que nadie se moleste en pasar dos veces la mirada sobre nosotros. —Se volvió hacia Bevier—. ¿Conocéis bien la ciudad de Madel? —preguntó.

—Nuestra orden posee un castillo allí —repuso éste—. De vez en cuando la visito.

—¿Existe algún santuario o lugar sagrado?

—Varios. Sin embargo, no suelen ser visitados en invierno.

—Si se les paga estarán dispuestos a viajar. Contrataremos a unas cuantas personas para que formen una procesión y a un clérigo para que entone himnos por el camino.

—Puede dar buen resultado, Falquián —opinó Kalten—. Martel no sabe *a dónde* nos dirigiremos cuando abandonemos Borrata y, en consecuencia, deberá apostar espías en todas las salidas.

—¿Cómo reconoceremos a ese sujeto llamado Martel? —preguntó Bevier—. Me refiero a la posibilidad de que topemos con él mientras estáis en Cippria.

—Kalten lo conoce —respondió Falquián— y Talen lo ha visto en una ocasión. —Entonces recordó algo y miró al muchacho, que se dedicaba a fabricar una cunita para entretener a Flauta—. Talen —lo llamó—, ¿podrías dibujar los rostros de Martel y Krager?

—Desde luego.

—Mientras tanto, nosotros podemos conjurar la imagen de Adus —agregó Sephrenia.

—No representa ninguna dificultad figurarse el aspecto de Adus —intervino Kalten—: basta con imaginar un gorila vestido con armadura.

—De acuerdo, lo haremos de este modo —decidió Falquián—. Berit.

—¿Sí, mi señor Falquián?

—Buscad una iglesia, preferiblemente pobre, y hablad con el vicario. Decidle que financiaremos una peregrinación a los santuarios de Madel. Pedidle que seleccione a una docena de personas entre sus parroquianos más necesitados y que los traiga aquí mañana por la mañana. Comunicadle asimismo que deseamos que él también nos acompañe para que alguien cuide de nuestras almas. No olvidéis añadir que ofreceremos un considerable donativo a su iglesia si accede a nuestra petición.

—¿No hará preguntas acerca de los motivos que nos impulsan, mi señor?

—Respondedle que hemos cometido un horrible pecado y que queremos expiarlo —resolvió tranquilamente Kalten—. Por supuesto, debéis evitar ser demasiado específico respecto a la naturaleza de nuestra falta.

—¡Sir Kalten! —exclamó indignado Bevier—. ¿Seríais capaz de mentir a un clérigo?

—No se trata exactamente de una mentira, Bevier. Todos hemos pecado en alguna ocasión. Yo mismo me he dejado vencer por las tentaciones al menos seis veces en esta semana. Además, el vicario de una modesta parroquia no indagará demasiado si puede perder una posible ofrenda.

Falquián extrajo una bolsa de cuero de su túnica y la agitó varias veces, lo que produjo un inconfundible tintineo metálico.

—Bien, caballeros —dijo al abrirla—, hemos llegado a la parte del servicio que a todos nos resulta más placentera: el ofertorio. Dios aprecia a los fieles generosos, no seáis tímidos. El vicario necesitará una atractiva suma para reclutar a los peregrinos —observó, y comenzó a hacer correr el recipiente.

—¿Crees que Dios aceptaría la promesa de un billete? —inquirió Kalten.

—Dios, tal vez, pero yo no. Pon algo más consistente en el interior, Kalten.

La gente que se reunió al día siguiente en el patio constituía un grupo homogéneo de desharrapados: viudas vestidas con luctuosos andrajos, artesanos sin trabajo y varios famélicos mendigos. Todos montaban fatigados rocines o mulas de ojos adormilados. Falquián los contempló desde la ventana.

—Pide al posadero que les dé de comer —indicó a Kalten.

—Son bastantes, Falquián.

—No quiero que desfallezcan de hambre a tan sólo una milla de la ciudad. Ocúpate de ellos mientras voy a hablar con el vicario.

—Lo que tú digas —aceptó Kalten con un encogimiento de hombros—. ¿Deseas que los bañe también? Algunos parecen bastante desaseados.

—No es necesario. Alimenta bien a los caballos y a las mulas.

—¿No estaremos comportándonos con excesiva generosidad?

—¿Te encargarás tú de arrastrar a las monturas que se desmoronen a medio camino?

—Haré lo posible por evitarlo.

El sacerdote de la modesta parroquia era un hombre delgado de mirada ansiosa que debía de aproximarse a los sesenta años. Tenía los cabellos plateados y rizados y su ajada cara mostraba los surcos de pronunciadas arrugas de preocupación.

—Mi señor —saludó a Falquián con una profunda reverencia.

—Por favor, buen vicario —corrigió Falquián—, sólo aceptaré el tratamiento de peregrino. Todos somos iguales a los ojos de Dios. Mis compañeros y yo únicamente deseamos unirnos a vuestros humildes y piadosos feligreses y viajar hasta Madel para poder rendir culto a los lugares sagrados que hay allí. Deseamos hallar solaz para nuestras almas y el convencido conocimiento de la misericordia de Dios.

—Hermosas palabras..., eh..., peregrino.

—¿Querréis acompañarnos a la mesa, respetado vicario? —ofreció Falquián—. Debemos recorrer muchas millas antes de la caída de la noche.

—Lo haré encantado, mi señor..., eh, peregrino —respondió el sacerdote, con el rostro súbitamente iluminado.

La alimentación de los indigentes cammorianos y sus monturas se alargó considerablemente, incluso amenazó con acabar con las existencias de la cocina y del almacén de grano de la posada.

—Jamás había visto comer tanto a alguien —comentó Kalten mientras montaba a las puertas del establecimiento, vestido con una tosca capa.

—Estaban hambrientos —los disculpó Falquián—. Al menos podremos saciar su apetito adecuadamente durante el trayecto.

—¿Intentáis alardear de caridad, sir Falquián? —inquirió Bevier—. ¿Esa acción no queda fuera de lugar? Los hoscos pandion no destacan precisamente por su tierna sensibilidad.

—Bien poco los conocéis —murmuró Sephrenia.

Después subió a lomos de su blanco palafren y alargó los brazos en dirección a Flauta, pero la pequeña realizó un gesto negativo, se aproximó a *Faran* y tendió hacia arriba sus diminutas manos. El poderoso ruano bajó la cabeza y dejó que la niña acariciase su aterciopelado hocico. Falquián sintió cómo su montura se estremecía de una forma peculiar. Entonces, gravemente, Falquián se inclinó hacia Flauta, que dirigía insistentemente sus manitas hacia el fornido pandion, la izó hasta su habitual acomodo en la parte delantera de la silla y la tapó con la falda de su capa. La pequeña se arrellanó contra su cuerpo, sacó su flauta y comenzó a interpretar la misma ligera melodía que interpretaba el día en que la vieron por primera vez.

A la cabeza de la columna, el vicario entonó una breve plegaria para invocar la protección del Dios de los elenios durante el transcurso del viaje. Aquel acto de fe se vio punteado por los inquisitivos, e incluso escépticos, gorjeos del caramillo de Flauta.

—Compórtate —le susurró Falquián—. Se trata de un buen hombre que se conduce según sus creencias.

La pequeña hizo girar los ojos con aire picaruelo y, con un bostezo, se arrebujó más cerca de él. Al poco rato, cayó dormida.

Salieron de Borrata en dirección sur bajo el claro palio del cielo matinal, acompañados por el traqueteo producido por los carros que transportaban las armaduras en la retaguardia. La brisa, racheada, agitaba la andrajosa vestimenta de los peregrinos, quienes avanzaban pacientemente y con paso lento detrás de su vicario. Del lado oeste se alzaba una hilera de montañas cuyos picos, cubiertos de nieve, relumbraban a la luz del sol. A Falquián se le antojaba pausado el ritmo de la marcha, incluso lánguido; no obstante, la respiración jadeante de las escuálidas monturas de los feligreses demostraba con nitidez que las bestias caminaban casi al límite de sus posibilidades.

Hacia el mediodía, Kalten cabalgó hacia él desde su posición, al final de la columna.

—Nos sigue un grupo a caballo —informó en voz baja, para no alarmar a los parroquianos cercanos—. Se acercan con un trote rápido.

—¿Tienes idea de quiénes pueden ser?

—Van vestidos de rojo.

—Entonces son soldados eclesiásticos.

—¿Habéis reparado en su agilidad mental? —preguntó Kalten a sus compañeros.

—¿Cuántos son? —inquirió Tynian.

—Parece un pelotón bien guarnecido.

Bevier desató su hacha de la silla.

—Guardad eso —le advirtió Falquián—. Todos debéis ocultar también vuestras armas. —Levantó la voz—. Buen vicario —llamó—, ¿qué os parece si entonamos algún himno? El camino se haría más llevadero si lo amenizásemos con música sacra.

El sacerdote se aclaró la garganta y comenzó a cantar con voz ronca y desafinada. Aunque fatigados, maquinalmente los peregrinos respondieron a su pastor y se unieron a él.

—¡Cantad! —ordenó Falquián a sus compañeros, y éstos elevaron sus voces para seguir el conocido cántico.

Mientras tanto, Flauta se llevó el caramillo a los labios e interpretó un ligero y burlón contrapunto.

—Interrompe esa melodía —le murmuró Falquián—. Si hay problemas, baja y corre hacia ese campo.

La niña giró nuevamente los ojos.

—Haz lo que te indico, jovencita. No quiero que te pisen si se produce una pelea.

Sin embargo, los soldados de la Iglesia adelantaron a la comitiva de peregrinos sin dedicarles apenas una mirada, y pronto su imagen se disolvió en el horizonte.

—El peligro ha pasado —exclamó Ulath.

—En efecto —acordó Tynian—. Aunque hubiera resultado interesante intentar luchar en medio de una turba aterrorizada.

—¿Creéis que iban en nuestra busca? —inquirió Berit.

—Es difícil adivinarlo —replicó Falquián—. Además, no estaba dispuesto a pararlos y preguntárselo.

Prosiguieron la ruta hacia Madel sin forzar la marcha, a fin de no maltratar a las penosas monturas de los parroquianos. Llegaron a las afueras de la ciudad portuaria al mediodía de la cuarta jornada de viaje. Al avistar la población, Falquián cabalgó hacia adelante para reunirse con el vicario, a la cabeza de la comitiva, y entregar al buen hombre una bolsa llena de monedas.

—Nos separaremos aquí —anunció—. Hemos tenido noticia de un asunto que reclama nuestra atención.

—Toda esta situación no ha sido más que un disfraz, ¿no es cierto, mi señor? —preguntó gravemente el sacerdote, al tiempo que le dirigía una mirada inquisitiva—. Aun cuando únicamente sea el pastor de un templo invadido por la pobreza, reconozco los modales y el porte de los caballeros de la Iglesia sólo con verlos.

—Perdonadnos, buen vicario —repuso Falquián—. Llevad a vuestra gente a los santuarios de Madel. Haced que recen y proveedlos de alimentos. Luego regresad a Borrata y disponed según os parezca del dinero sobrante.

—¿Puedo servirme de él con la conciencia limpia, hijo mío?

—Por supuesto, honorable pastor. Mis amigos y yo trabajamos al servicio de la Iglesia en una cuestión de máxima prioridad, y vuestra colaboración será apreciada por los miembros de la jerarquía, al menos por buena parte de ellos. —Entonces Falquián volvió grupas y retrocedió junto a sus compañeros—. Listos, Bevier —exclamó—. Conducidnos al castillo de vuestra orden.

—He reflexionado sobre esa decisión, sir Falquián —replicó Bevier—. Nuestro castillo se halla estrechamente vigilado por las autoridades locales e, incluso con estas

vestiduras, espías de todos los bandos nos reconocerían.

—Seguramente tenéis razón —gruñó Falquián—. ¿Se os ocurre alguna alternativa?

—Creo que la opción que he pensado podría funcionar. Tengo un pariente, un marqués de Arcium, que posee una villa en las afueras de la ciudad. Hace años que no lo veo, debido a que nuestra familia desapruueba su dedicación a los negocios, pero tal vez se acuerde de mí. Es un hombre de buenos sentimientos y, si voy a visitarlo, probablemente nos ofrecerá su hospitalidad.

—Merece la pena intentarlo. De acuerdo. Llevadnos allí.

Atravesaron los arrabales occidentales de Madel hasta llegar a una opulenta mansión cercada por una pared baja construida con la arenisca propia de la zona. La casa se hallaba rodeada de plantas de hoja perenne y primoroso césped. Desmontaron junto a la entrada, en un patio cubierto de grava. Con presteza, apareció un sirviente y se acercó a ellos con expresión inquisitiva.

—¿Seríais tan amable de advertir al marqués de que su primo segundo, sir Bevier, y varios amigos suyos desearían hablar con él? —solicitó cortésmente el caballero cirínico.

—Inmediatamente, mi señor.

El sirviente se volvió y penetró en el edificio. El hombre que salió al cabo de un momento era corpulento y de tez sonrosada. En lugar del habitual atuendo arciano, compuesto de jubón y calzas, vestía una abigarrada túnica de seda propia de Cammorria. El marqués les dedicó una franca sonrisa de bienvenida.

—Bevier. —Saludó a su primo con un cálido apretón de manos—. ¿Qué os ha traído a Cammorria?

—Buscamos un refugio, Lycien —respondió Bevier—. Sé que la familia os ha tratado injustamente —añadió, con su joven rostro momentáneamente ensombrecido—; por tanto, comprendería vuestra reacción si ahora me negarais vuestra acogida.

—Tonterías, Bevier. Yo tomé la decisión de dedicarme a los negocios, pese a ser perfectamente consciente de lo que pensaba el resto de la familia al respecto. Estoy encantado de volver a veros. ¿Habéis mencionado la palabra refugio?

Bevier asintió con la cabeza.

—Hemos venido aquí para resolver un asunto eclesiástico bastante delicado —explicó—, y en esta ciudad demasiados ojos se encuentran pendientes del castillo de los cirínicos. Aunque se trate de una petición un tanto osada, ¿podemos contar con vuestra hospitalidad?

—Por supuesto, muchacho, por supuesto. —El marqués Lycien dio unas palmadas y surgieron varios mozos de cuadra de las caballerizas—. Ocupaos de las monturas de estos caballeros y de sus carromatos —ordenó antes de posar su mano en el hombro de Bevier—. Pasad —invitó al grupo de visitantes—. Consideraos en vuestra propia casa. —Después se giró, y traspasó el arqueado umbral y penetró en la casa. Una vez en el interior, lo siguieron hasta una acogedora habitación amueblada con sillones cubiertos de cojines, en la que crepitaba un fuego—. Sentaos, por favor, amigos —rogó. Después los observó especulativamente—. Debe de tener una especial importancia el asunto eclesiástico al que aludíais, Bevier —apuntó—. Por lo que se deduce de sus rasgos, imagino que vuestros amigos representan a las cuatro órdenes militares.

—Vuestra sospecha es atinada, marqués —indicó Falquián.

—¿Va a acarrearle problemas vuestra presencia? —inquirió Lycien con una amplia sonrisa—. Podéis estar seguro de que no me preocupa en absoluto; no obstante, prefiero estar preparado ante las eventualidades.

—Es poco probable —le aseguró Falquián—. Especialmente si logramos finalizar

con éxito nuestra misión. Decidme, mi señor, ¿tenéis contactos con los marinos del puerto?

—Muy abundantes, sir...

—Falquián —le informó el pandion.

—¿El paladín de la reina de Elenia? —Lycien pareció sorprendido—. Había oído que habíais regresado de vuestro exilio en Rendor; pero, habéis viajado bastante lejos desde entonces, ¿no? ¿No deberíais hallaros en Cimmura para tratar de desbaratar los intentos del primado Annias para desbancar del poder a vuestra señora?

—Estáis bien informado, mi señor —afirmó Falquián.

—Cuento con numerosos agentes comerciales —indicó Lycien, encogiéndose de hombros—. Esos contactos provocaron mi caída en desgracia ante los ojos de la familia —agregó, con un guiño dirigido a Bevier—. Mis delegados y los patrones de mis barcos se enteran de muchas noticias mientras cierran los tratos.

—Me da la impresión de que no profesáis gran simpatía por el primado de Cimmura, mi señor.

—Ese hombre es un canalla.

—Coincidimos plenamente con vos —convino Kalten.

—Perfecto, mi señor —agregó Falquián—. Estamos empeñados en contrarrestar la creciente influencia de Annias. Si nuestras acciones llegan a buen término, podremos acabar con él. Os explicaría más abiertamente la situación si no constituyera un peligro para vos conocer demasiados detalles.

—Me honráis, sir Falquián —repuso Lycien—. Decidme, ¿en qué puedo ayudaros?

—Tres de nosotros debemos viajar a Cippria —contestó Falquián—. Por motivos relacionados con vuestra propia seguridad, sería preferible que embarcáramos con un capitán independiente en lugar de en uno de vuestros buques. Si pudierais indicarnos uno de estos capitanes y entregarnos una discreta carta de presentación, nosotros nos encargaríamos del resto.

—Falquián —exclamó de pronto Kurik, al tiempo que recorría la estancia con la mirada—, ¿dónde está Talen?

—Pensaba que venía detrás de nosotros cuando hemos entrado —respondió el caballero mientras mostraba una viva reacción.

—Yo también lo creía.

—Berit, id a buscarlo —le encargó Falquián.

—Ahora mismo, mi señor —repuso el novicio con premura.

—¿Algún contratiempo? —inquirió Lycien.

—Un díscolo chiquillo, primo —le explicó Bevier—. Por lo que he observado, se le debe mantener bajo constante vigilancia.

—Berit lo encontrará —afirmó riendo Kalten—. He depositado una gran confianza en ese joven. Posiblemente Talen regresará con unos cuantos chichones y contusiones, pero estoy convencido de que le resultarán muy educativos.

—Bien, si este imprevisto está controlado —sugirió Lycien—, ¿por qué no aviso al personal de la cocina? Seguramente todos estáis hambrientos. Entretanto, ¿qué os parece un poco de vino? —Adoptó una piadosa expresión que, sin duda, era fingida—. Sé que los caballeros de la Iglesia son abstemios; sin embargo, según me han dicho, un traguito de vino favorece la digestión.

—También ha llegado a mis oídos la misma opinión —acordó Kalten.

—¿Podría persuadirlos de que encarguéis una taza de té y un poco de leche para la niña, mi señor? —preguntó Sephrenia—. No creo que el vino nos sentara bien.

—Desde luego, señora —replicó jovialmente Lycien—. Perdonadme por no

reparar antes en ese detalle.

A media tarde Berit regresó arrastrando a Talen.

—Lo he encontrado cerca del puerto —informó el novicio mientras sujetaba todavía con firmeza al muchacho por el cuello de la túnica—. Lo he registrado cuidadosamente. Aún no había tenido tiempo de robar a nadie.

—Sólo quería contemplar el mar —protestó el chiquillo—. Nunca lo había visto.

Kurik comenzó a desabrocharse con aire amenazador el ancho cinturón de cuero que llevaba.

—Eh, aguardad un momento, Kurik —exclamó Talen, al tiempo que trataba de zafarse de las garras de Berit—. No os propondréis lo que me imagino, ¿verdad?

—Lo vas a comprobar.

—He conseguido información —se apresuró a argumentar Talen—. Si me azotáis, no se la contaré a nadie. —Miró suplicante a Falquián—. Es importante —agregó—. Haced que vuelva a ponerse la correa y os diré lo que he averiguado.

—Está bien, Kurik —intercedió Falquián—. Dejadlo... por ahora. —Entonces dirigió una severa mirada al muchacho—. Será mejor que traigas noticias interesantes —lo amenazó.

—Os lo aseguro, Falquián. Creedme.

—Relátalas.

—Cuando bajaba por esta calle, pues, como he dicho antes, quería ver el puerto y los barcos, al pasar delante de una vinatería vi salir a un hombre.

—Asombroso —bromeó Kalten—. ¿De veras frecuentan las vinaterías las gentes de Madel?

—Los dos conocéis a ese hombre: era Krager, el tipo al que seguiais en Cimmura. Se dirigió a una destartalada posada que está cerca de los muelles. Si lo deseáis, os puedo conducir al lugar.

—Vuelve a ponerte la correa, Kurik —ordenó Falquián.

—¿Disponemos de tiempo para acercarnos hasta allí? —preguntó Kalten.

—Creo que deberíamos permitirnoslo. Martel ya se ha interpuesto en nuestro camino en un par de ocasiones. Si *fue* Annias quien envenenó a Ehlana, tratará por todos los medios a su alcance de evitar que encontremos un antídoto. En consecuencia, lo más probable es que Martel intente llegar a Cippria antes que yo. Si conseguimos agarrar a Krager, haremos que confiese cuáles son sus planes.

—Os acompañaremos —se ofreció el impaciente Tynian—. Nos ahorraremos dificultades si neutralizamos a los agentes que ha enviado Annias a Madel.

—No estimo que sea aconsejable —rechazó Falquián después de reflexionar unos instantes—. Martel y sus secuaces nos conocen a Kalten y a mí, pero no al resto de vosotros. Si nosotros no logramos dar con él, vosotros deberéis recorrer toda la ciudad hasta encontrarlo, lo que os resultará más sencillo si él desconoce vuestro aspecto.

—Vuestro razonamiento tiene cierta lógica —concedió Ulath.

—A veces pensáis demasiado, Falquián —le reprochó Tynian, profundamente decepcionado.

—Constituye una de sus particularidades —le confesó Kalten.

—¿Llamarán demasiado la atención nuestras capas en las calles de Madel, mi señor? —preguntó Falquián al marqués.

—Nos hallamos en una ciudad portuaria, por lo que es visitada por gente de todos los lugares del mundo —respondió Lycien con un gesto negativo—. Un par más de extranjeros no levantarán sospechas.

—Estupendo —exclamó Falquián, y comenzó a caminar hacia la puerta seguido de Kalten y Talen—. Si no hay contratiempos, no tardaremos en volver —informó.

Se dirigieron a pie a la ciudad. Madel estaba situada en un estuario y los aromas que acarrea la brisa tierra adentro estaban fuertemente impregnados de olor a mar. Las calles, angostas y sinuosas, se tornaban más ruinosas a medida que se aproximaban a la zona portuaria.

—¿Queda muy alejada la posada? —inquirió Kalten.

—No demasiado —aseveró el muchacho.

—¿Has tenido ocasión de echar una ojeada por los alrededores después de que Krager entrara? —preguntó Falquián al muchacho.

—No. Cuando me disponía a inspeccionar el lugar, Berit me atrapó.

—¿Por qué no lo haces ahora? Si Kalten y yo nos dirigimos a la puerta principal y, por azar, Krager está a la expectativa, saldrá por la puerta trasera antes de que hayamos entrado en el edificio. Ve a comprobar si existe otro acceso a la posada.

—De acuerdo —dijo Talen, con los ojos chispeantes de excitación; después se escabulló calle abajo.

—Es un buen chaval —apreció Kalten—, a pesar de sus malas costumbres. —Arrugó el entrecejo—. ¿Por qué imaginas que esta casa tiene una puerta trasera? —preguntó.

—Resulta habitual en todas las posadas, Kalten. Se utiliza en caso de incendio, además de otras aplicaciones eventuales.

—No me lo había planteado nunca.

De regreso, Talen corría con todas sus fuerzas. Unos diez hombres lo perseguían; Adus, en cabeza, rugía ininteligiblemente.

—¡Cuidado! —gritó Talen al pasar ante ellos.

Falquián y Kalten desenvainaron las espadas, las extrajeron de debajo de sus capas y dieron unos pasos para enfrentarse a los atacantes. Los hombres que conducía Adus vestían harapos y llevaban toda suerte de armas: espadas herrumbrosas, hachas y mazas.

—¡Matadlos! —bramó Adus, al tiempo que aminoraba ligeramente el paso y hacía una señal a sus secuaces.

La pelea no se alargó demasiado. Los agresores constituían una pandilla de ordinarios matones de los barrios bajos y no se hallaban a la altura de los dos avezados caballeros. Cuatro de ellos ya estaban abatidos antes de advertir que habían subestimado a sus víctimas. Cuando emprendieron la retirada, ya habían caído dos más.

Falquián saltó por encima de los cadáveres y avanzó hacia Adus. La bestia contuvo el primer asalto; luego agarró la empuñadura de la espada con ambas manos y la agitó en dirección a Falquián. Éste esquivó fácilmente su acometida y contraatacó con destreza para infligir profundos cortes y magulladuras en las costillas y en los hombros cubiertos de malla de su oponente. Tras un momento, Adus huyó a la carrera mientras se apretaba con una mano el costado ensangrentado.

—¿Por qué no lo has perseguido? —inquirió Kalten, jadeante tras el ascenso por la calleja; llevaba la espada moteada de sangre todavía en la mano.

—Porque las piernas de Adus son más veloces que las mías —contestó Falquián con un encogimiento de hombros—. Lo conozco desde hace años.

Talen reapareció casi sin resuello y contempló admirativamente los acuchillados y sangrientos cuerpos tendidos sobre el empedrado.

—Buen trabajo, mis señores —los felicitó.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Falquián.

—Primero he pasado por delante de la posada —respondió Talen— y luego la he rodeado. Ese grandullón que acaba de escaparse estaba escondido con los otros en el callejón. Ha intentado atraparme, pero he logrado zafarme y después he escapado

rápidoamente.

—Has hecho bien —declaró Kalten.

—Salgamos de aquí —propuso Falquián, a la vez que envainaba la espada.

—¿Por qué no intentamos seguir a Adus? —quiso saber Kalten.

—Porque se dedican a tendernos trampas. Martel utiliza a Krager para conducirnos a donde desea. Seguramente por eso nos encontramos con él con tanta frecuencia.

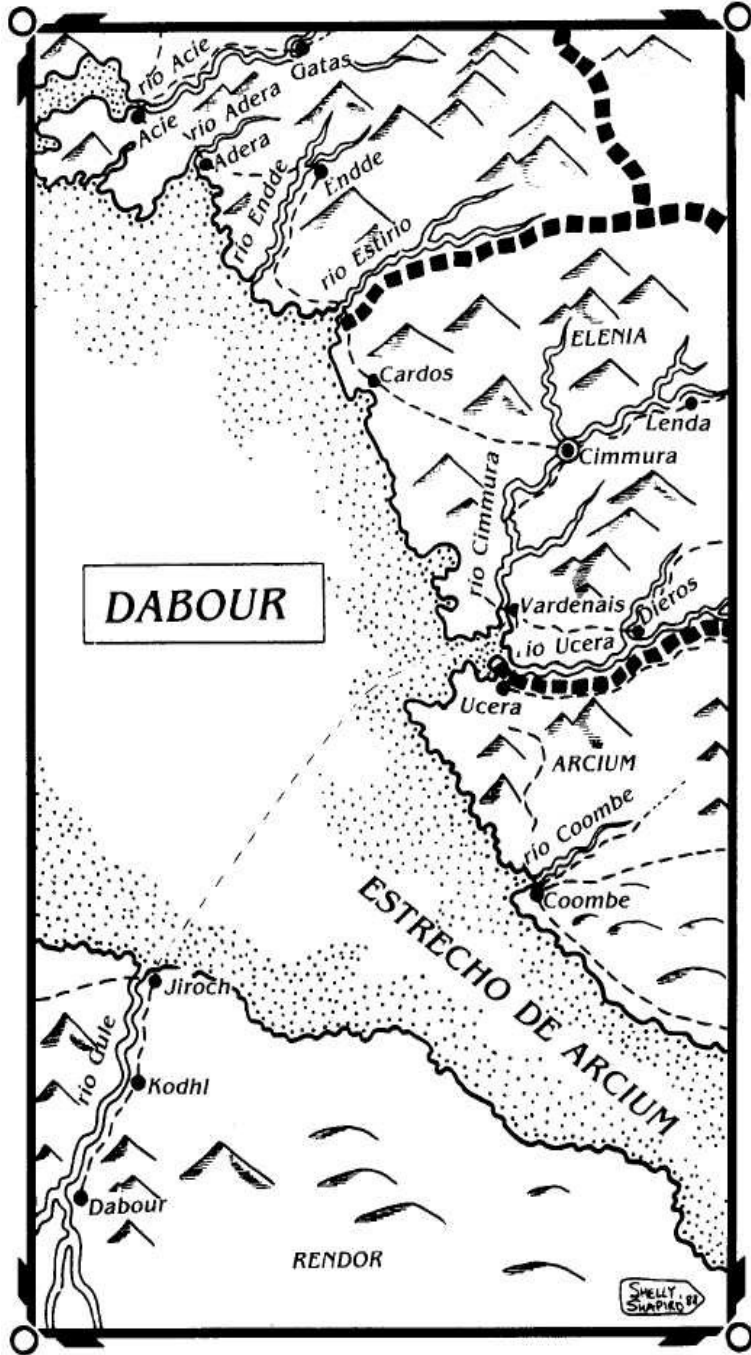
—Eso significa que también conocen mi identidad —se sorprendió Talen.

—Probablemente —repuso Falquián—. Debieron de averiguar que trabajabas para mí en Cimmura, ¿recuerdas? Supongo que Krager adivinó que lo seguías y describió tu aspecto a Adus, quien, a pesar de ser un idiota integral, posee una vista muy agudizada. —Murmuró una blasfemia—. He infravalorado la inteligencia de Martel, y su juego comienza a cansarme.

—Ya era hora —musitó Kalten mientras tomaban la tortuosa calle.

Tercera parte

DABOUR



Capítulo diecisiete

El aura purpúrea del crepúsculo descendía sobre las estrechas callejuelas de Madel y las estrellas comenzaban a poblar el firmamento. Falquián, Kalten y Talen recorrían los sinuosos tramos, cambiando frecuentemente de dirección e, incluso, en ocasiones, desandando el camino para despistar a los posibles espías apostados para seguir todos sus movimientos en la ciudad.

—¿No nos comportamos con excesiva prudencia? —preguntó Kalten al cabo de media hora.

—Prefiero no correr riesgos con Martel —respondió Falquián—. Lo considero capaz de empujar a la muerte a unas cuantas personas si atisba la mínima posibilidad de darnos caza. No me gustaría despertar a media noche y comprobar que la casa de Lycien está rodeada de mercenarios.

—Supongo que tienes razón.

Tras pasaron sigilosamente la Puerta del Oeste al anochecer.

—Ocultémonos aquí —indicó Falquián al pasar junto a un bosquecillo unos metros más allá—. Esperaremos un rato para asegurarnos de que no nos sigue nadie.

Agazapados entre los susurrantes árboles, espionaron el camino de salida de la población. Un soñoliento pájaro exhaló un quejido entre los matorrales y luego se oyó el crujir de un carro de bueyes que rodaba en dirección a Madel.

—Resulta poco probable que alguien vaya a abandonar la ciudad cuando falta tan poco para que caiga la noche, ¿no te parece? —observó Kalten.

—Precisamente por ese motivo a cualquiera que lo haga lo moverá una intención concreta —repuso Falquián.

—Con la cual nosotros estamos relacionados, ¿no es así?

—Posiblemente.

Del lado de la muralla llegó un sonido, al que siguió el retumbar de pesadas cadenas chirriantes.

—Acaban de cerrar las puertas —susurró Talen.

—Nuestra espera se ha acabado —declaró Falquián, al tiempo que se levantaba—. Vamos.

Salieron de la espesura y continuaron su ruta. A ambos lados del camino surgía de la penumbra reinante la silueta amenazadora de grandes árboles, y matorrales de imprecisos contornos señalaban la presencia de campos cuyas lindes no se alcanzaban a ver. Talen, nervioso, caminaba pegado a los dos caballeros y lanzaba furtivas miradas en torno.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le preguntó Kalten.

—Nunca había estado en el campo después de anochecer —explicó Talen—. ¿Siempre está tan oscuro?

—Claro, la noche es ausencia de luz —respondió, encogiéndose de hombros, el caballero.

—¿Por qué no se le ha ocurrido a nadie poner antorchas? —protestó Talen.

—¿Para qué? ¿Para que los conejos puedan ver mejor por dónde pasan?

La mansión de Lycien se hallaba envuelta en sombras, a excepción de una teaprendida junto a la puerta. Talen se mostró visiblemente aliviado cuando llegaron al patio.

—¿Ha habido suerte? —inquirió Tynian, que apareció en ese momento en la

entrada.

—Hemos tenido alguna sorpresa —respondió Falquián—. Entremos.

—Os avisé de que deberíais habernos permitido acompañaros —indicó acusadoramente el caballero alcione.

—La situación no ha presentado *tanta* gravedad —aseveró Kalten.

Los demás los aguardaban en la amplia estancia adonde los había conducido Lycien inicialmente. Sephrenia, tras ponerse en pie, observó atentamente las manchas de sangre que salpicaban las capas de los dos pandion.

—¿Estáis bien? —preguntó, con un tono de preocupación en la voz.

—Topamos con un grupo de deportistas —replicó jocosamente Kalten. Dirigió la vista a su capa—. Nos dejaron el recuerdo de su sangre.

—¿Qué ha sucedido? —dijo la mujer a Falquián.

—Adus nos ha tendido una emboscada en la posada —le explicó—. Lo acompañaba un grupo de matones. —Hizo una pausa para meditar—. Como sabéis, hemos encontrado a Krager con bastante frecuencia. —Comenzó a caminar arriba y abajo, con la vista fija pensativamente en el suelo—. Tal vez podríamos utilizar su estrategia. —Dirigió la mirada a Kalten—. ¿Por qué no te dejas ver en las calles de Madel? —sugirió—. No es necesario que te arriesgues, basta con que la gente se entere de que estás en la ciudad.

—¿Por qué no? —contestó Kalten con gesto indiferente.

—A los demás, Martel y sus secuaces no nos conocen; por tanto, podemos callejear detrás de Kalten sin llamar la atención. ¿Es ésa la idea? —preguntó Tynian.

Falquián asintió con un gesto.

—Si imaginan que Kalten va solo, podrían aventurarse a un ataque directo. Los juegos de Martel empiezan a hartarme, así que quizás, ha llegado el momento de comenzar a confundirlo por nuestra parte. —Miró al primo de Bevier—. ¿Cómo reaccionan las autoridades locales ante las reyertas callejeras? —preguntó.

—Debido a la condición portuaria de Madel —repuso Lycien con una carcajada—, se han acostumbrado a las inevitables peleas entre marineros. Los gobernantes no dedican gran atención a las riñas de poca monta, excepto para recoger los cadáveres, por supuesto. Deben atender a la salud pública.

—Bien. —Falquián contempló a sus amigos—. Aunque no logréis dar con Krager o con Adus, al menos podréis dividir la atención de Martel. Quizás así Sephrenia y yo consigamos embarcar inadvertidos. Preferiría no tener que vigilar constantemente a mis espaldas cuando estemos en Cippria.

—El único punto delicado consistirá en llegar al muelle sin ser vistos —dijo Katten.

—No será necesario ir hasta el puerto —indicó Lycien—. Poseo algunos almacenes junto al río a unas cuatro millas de aquí. Un buen número de capitanes independientes me entregan allí sus cargamentos; estoy convencido de que podréis pactar vuestro pasaje sin necesidad de atravesar la ciudad.

—Gracias, mi señor —dijo Falquián—. Nos habéis resuelto un problema.

—¿Cuándo tenéis intención de partir? —inquirió Tynian.

—No existen motivos para demorarnos.

—¿Mañana, entonces?

Falquián hizo un gesto afirmativo.

—Tengo que hablar con vos, Falquián —anunció Sephrenia—. ¿Os importaría acompañarme a mi habitación?

Ligeramente intrigado, el caballero salió de la estancia detrás de ella.

—¿Se trata de un asunto que no podemos tratar delante de los demás? —preguntó.

—Es mejor que no nos oigan discutir.

—¿Acaso vamos a hacerlo?

—Probablemente.

Abrió la puerta de la habitación y le hizo pasar. Flauta estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama. Sus oscuras cejas parecían casi unidas debido a la concentración que le exigía su ocupación: tejía una intrincada y compleja malla con hilo de lana. Levantó la vista, les sonrió y alargó las manos para mostrarles con orgullo su obra.

—Va a venir con nosotros —declaró Sephrenia.

—¡De ningún modo! —replicó secamente Falquián.

—Ya os he anticipado que podíamos sostener distintos pareceres.

—Es una idea absurda, Sephrenia.

—Todos cometemos actos ilógicos, querido —contestó con una sonrisa afectuosa.

—No hace falta que sonriáis —le espetó—. No vais a convencerme de esa manera.

—No os esforcéis, Falquián. La conocéis lo bastante como para saber que siempre cumple sus decisiones, y quiere acompañarnos a Rendor.

—Si puedo impedirlo, no lo permitiré.

—El punto central de la cuestión, Falquián, reside en que no podéis evitarlo. Estáis ante un fenómeno que sois incapaz de comprender. De todos modos, al final nos seguirá. ¿Por qué no cedéis airoosamente?

—La elegancia es una de mis debilidades.

—Ya me había percatado.

—Bien. Sephrenia —dijo directamente—, ¿quién es esta niña? Vos la reconocisteis en cuanto la visteis por primera vez, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Para mí no resulta tan evidente. Sólo tiene seis años y vos habéis permanecido con los pandion durante varias generaciones. ¿Cómo podríais haberos encontrado con anterioridad?

—La lógica de los elenios siempre ensombrece la comprensión de lo intangible —repuso la estiria con un suspiro—. La pequeña y yo estamos emparentadas de un modo singular y nos conocemos mutuamente de un modo que vos no acertarías a captar.

—Gracias —dijo secamente el caballero.

—No menosprecio vuestra inteligencia, querido —puntualizó—, pero existe una parte de la vida de los estirios que no podéis aceptar porque no estáis preparados ni intelectualmente ni desde un punto de vista filosófico.

—De acuerdo, Sephrenia —concedió Falquián con el entrecejo fruncido y los ojos entornados en actitud pensativa—, permitidme poner a prueba esa lógica elenia que tanto os gusta denostar. Flauta es una niña de muy corta edad.

La pequeña le hizo una mueca.

—Apareció de repente en una región deshabitada cerca de la frontera de Arcium, lejos de cualquier tipo de habitáculo humano. Intentamos dejarla en aquel convento al sur de Darra, y, no sólo consiguió escapar, sino que nos adelantó considerablemente aunque avanzábamos al galope. Después, de un modo u otro, logró convencer a *Faran* de que le permitiera montar sobre su grupa, pese a que el caballo no se lo permite a nadie excepto a mí, a menos que yo se lo ordene. Cuando conoció a Dolmant, la faz del patriarca evidenciaba que había percibido algo insólito en ella. Por otra parte, vos imponéis vuestra autoridad con temple de sargento entre caballeros adultos; mas, sin embargo, cada vez que Flauta toma alguna decisión o desea ir a algún sitio, cedéis sin objeciones. ¿No os parece que todos estos detalles la caracterizan como a una niña fuera

de lo común?

—Sois vos quien ejercita la lógica. No tengo ninguna intención de interferir en su desarrollo.

—Bien, veamos entonces adónde nos conduce esta línea de pensamiento. He conocido a numerosos estirios y, aparte de vos y de otros magos, resultan bastante primitivos y cortos de entendederas. Por supuesto, no trato de ofenderos en absoluto.

—Por supuesto —repitió la mujer, con expresión divertida.

—Dado que hemos establecido que Flauta no es una niña normal, ¿qué conclusión podemos extraer?

—¿Cuál es vuestra opinión, Falquián?

—Que nos hallamos ante un ser especial. Entre los estirios, tal afirmación puede tener un único significado: es una criatura conectada con la magia. De otra manera no podrían explicarse sus particularidades.

—Excelente, Falquián —lo felicitó irónicamente Sephrenia mientras aplaudía.

—No obstante, sólo es una niña. Es imposible que haya tenido tiempo para aprender los secretos.

—Algunos elegidos nacen con ese saber. Además, es mayor de lo que aparenta.

—¿Cuántos años tiene?

—Sabéis bien que no os lo voy a confesar. El conocimiento del momento exacto del nacimiento de una persona puede constituir una poderosa arma en manos de un enemigo.

Un perturbador pensamiento acudió a la mente de Falquián.

—Os preparáis para la hora de vuestra muerte, ¿no es así, Sephrenia? Si no cumplimos con éxito nuestra empresa, los doce pandion que participaron en el conjuro de la sala del trono morirán uno tras otro y después pereceréis también vos. Intentáis aleccionar a Flauta para que os suceda en vuestro cometido.

—Magnífica ocurrencia, querido Falquián —declaró divertida la estiria—. Dada vuestra mentalidad elenia, me sorprende que hayáis llegado a esa conclusión.

—Últimamente habéis adquirido un hábito bastante molesto, ¿sabéis? No tratéis de confundirme con misterios y dejad de hablarme como si fuera un chiquillo sólo porque soy un elenio.

—Me esforzaré en no olvidarlo. ¿Accedéis a que venga con nosotros, entonces?

—¿Dispongo de otra opción?

—En realidad, no.

Al día siguiente se levantaron al alba y se reunieron en el patio, empapado de rocío, al que daba la fachada principal de la casa de Lycien. El sol, al filtrar su luz entre los árboles, proyectaba las peculiares sombras azuladas propias de la aurora.

—Os enviaré noticias periódicamente —prometió Falquián a quienes iban a permanecer en Madel.

—Ten cuidado en esa región sureña, Falquián —aconsejó Kalten.

—Siempre tomo precauciones —replicó Falquián, al tiempo que subía a lomos de *Faran*.

—Buen viaje, sir Falquián —le deseó Bevier.

—Gracias, Bevier. —Falquián posó la mirada sobre los restantes caballeros—. No os mostréis tan taciturnos, caballeros —les dijo—. Con un poco de suerte, regresaremos pronto. —Volvió a centrar la vista en Kalten—. Si te encuentras con Martel, dale recuerdos de mi parte.

—¿Te parece bien un hachazo en plena cara? —contestó Kalten.

El marqués Lycien montó un caballo y comenzó a cabalgar hacia el camino. La

mañana era fresca, aunque no gélida. Falquián pensó que la primavera se aproximaba. Movi6 los hombros ligeramente. El sobrio jub6n de comerciante que le haba prestado Lycien no acababa de ajustarse a su cuerpo; en algunos lugares le apretaba y en otros le iba demasiado holgado.

—Nos desviaremos all6 —inform6 Lycien—. Hay un sendero entre los bosques que conduce a mi embarcadero y a la peque6a poblaci6n que se ha formado a su alrededor. ¿Quer6is que me encargue de vuestros caballos despu6s de que zarpeis?

—No, mi se6or —respondi6 Sephrenia—. Creo que nos los llevaremos a Rendor. Realmente, ignoramos lo que puede acaecernos all6. Tendr6amos que alquilar monturas, y ya he tenido la ocasi6n de comprobar la naturaleza de lo que consideran un buen caballo en Cippria.

Lo que Lycien haba denominado modestamente «peque6a poblaci6n» se transform6 ante su vista en un pueblo de notables dimensiones, provisto de astilleros, casas, posadas y tabernas. Hab6a una docena de bajeles atracados en los muelles, y multitud de estibadores trajinaban en las cubiertas.

—Advierto que ten6is buenas ideas, mi se6or —coment6 Falquián mientras avanzaban hacia el r6o a trav6s de una fangosa calle.

—Me han ido bastante bien los negocios —respondi6 Lycien, sonriendo humildemente—. Adem6s, los beneficios de las tarifas de amarre me permiten amortiguar holgadamente el costo de las instalaciones. —Mir6 en torno a s6—. ¿Por qu6 no entramos en aquella taberna, sir Falquián? —se6al6—. La mayor6a de los capitanes independientes la frecuentan.

—De acuerdo —acept6 Falquián.

—Os presentar6 como dom Cluff —anunci6 Lycien mientras descend6a del caballo—. Admito que es un nombre un tanto anodino, pero en ello radica su inter6s. He observado que los marinos son muy locuaces. Sin embargo, no son muy selectivos al escoger su auditorio. Supongo que preferir6is mantener vuestros asuntos en un plano confidencial.

—Admiro vuestra perspicacia, mi se6or —replic6 Falquián tras desmontar a su vez—. Me demorar6 poco tiempo —inform6 a Kurik y a Sephrenia.

—¿No fueron 6sas las mismas palabras que pronunciasteis la 6ltima vez que os dirigisteis hacia Rendor? —pregunt6 Kurik.

—No existen motivos para pensar que esta vez pasar6n diez a6os.

Lycien lo introdujo en una taberna portuaria de ambiente singularmente sosegado. Ten6a el techo bajo y oscuras y pesadas vigas decoradas con linternas de barco. Cerca de la puerta un amplio ventanal permit6a la entrada a los dorados rayos de sol de la ma6ana, que arrancaban destellos de la paja fresca esparcida por el suelo. Varios hombres de mediana edad y aspecto adinerado se encontraban sentados junto a la ventana, alrededor de una mesa llena de rebosantes jarras de cerveza. Levantaron la mirada al acercarse el marqu6s.

—Mi se6or —lo salud6 respetuosamente uno de ellos.

—Caballeros —dijo Lycien—, 6ste es dom Cluff, un conocido m6o que me ha solicitado ser presentado.

Todos los presentes observaron inquisitivamente a Falquián.

—Tengo un peque6o problema, se6ores —comenz6 a hablar Falquián—. ¿Me permit6is compartir vuestra mesa?

—Tomad asiento —le invit6 uno de los capitanes, un hombre de recia constituci6n y rizados cabellos surcados de canas.

—Yo debo retirarme, se6ores —se despidi6 Lycien—. Tengo que atender un asunto. —Inclin6 levemente la cabeza, se volvi6 y sali6 del establecimiento.

—Probablemente quiere indagar si hay alguna manera de aumentar las tarifas de amarre —apuntó irónicamente uno de los marinos.

—Me llamo Sorgi —se presentó el capitán de pelo rizado—. ¿Cuál es ese problema que habéis mencionado, dom Cluff?

—Bueno —empezó Falquián tras una tosecita de fingido embarazo—, todo empezó hace unos meses. Oí hablar de una dama que vive en un lugar no demasiado distante. —A medida que desarrollaba su relato lo embellecía—. Su padre es viejo y muy rico, por lo que dicha dama, sin duda, heredará una considerable fortuna. Una de mis preocupaciones constantes ha consistido en que poseo unos gustos un tanto refinados que mi bolsa no me permite satisfacer. Se me ocurrió pensar que solventaría ese obstáculo si me desposaba con una mujer acaudalada.

—Un buen razonamiento —aprobó el capitán Sorgi—. En mi opinión, constituye el único motivo sensato que puede conducir al matrimonio.

—Estoy totalmente de acuerdo —replicó Falquián—. En consecuencia, le escribí una carta simulando que teníamos amigos comunes, y, para mi sorpresa, la dama me respondió con cierto grado de entusiasmo. Progresivamente nuestras misivas adquirieron un cariz más íntimo, y finalmente me invitó a visitarla. Aumenté la cifra de mis deudas con el sastre y me dirigí a la casa de su padre con el ánimo exaltado y flameantes ropajes recién estrenados.

—Según parece, todo funcionaba según vuestro plan, dom Cluff —dijo Sorgi—. ¿En qué estriba pues vuestro problema?

—Ahora llegaremos a ese punto, capitán. La dama es de mediana edad y muy rica. Imaginé que si su aspecto hubiera sido medianamente presentable, alguien la habría conquistado hace años; por ello, no me había hecho grandes esperanzas a este respecto. Asumí que debía de ser poco atractiva, incluso feúcha, mas nunca llegué a pensar en una apariencia horrorosa. —Fingió un estremecimiento—. Caballeros, me resulta completamente imposible describíroslo. Pese a su cuantiosa fortuna, no tendría que haberme levantado *aquella* mañana. Conversamos unos instantes, no recuerdo si acerca del tiempo, y luego me marché tras presentar mis excusas. Como no tiene hermanos, no me preocupaba la posibilidad de que alguien viniera a importunarme por mis malos modales. No obstante, no conté con sus primos, un batallón entero, que se han dedicado a seguirme los pasos durante las últimas semanas.

—¿No querrán mataros? —inquirió Sorgi.

—No —repuso Falquián con tono angustiado—. Quieren obligarme a casarme con ella.

Los capitanes prorrumpieron en carcajadas al unísono, al tiempo que golpeaban la mesa con regocijo.

—Me parece que habéis querido pasaros de listo, dom Cluff —apuntó uno de ellos mientras se enjugaba las lágrimas vertidas en su hilaridad.

—Ahora soy consciente de ello —admitió Falquián—. En todo caso, creo que ha llegado el momento de abandonar el país hasta que sus parientes dejen de buscarme. Tengo un sobrino que vive en Cippria, en Rendor, y la fortuna no le ha sido adversa. Estoy seguro de que me dará cobijo hasta que pueda circular de nuevo con libertad. ¿Alguno de vosotros zarpa pronto con ese destino? Querría reservar pasaje para mí y para un par de criados de la familia. Si no fuera por el temor a que me descubran los primos, acudiría a los muelles de Madel.

—¿Qué opináis, caballeros? —preguntó expansivamente el capitán Sorgi—. ¿Vamos a sacar del atolladero a este buen hombre?

—Yo no podré hacerlo —tronó la áspera voz de uno de los marinos—. Están raspando el casco de mi barco. Sin embargo, puedo daros un consejo. Si esos primos

vigilan el puerto de Madel, probablemente también controlarán estos embarcaderos. Los muelles de Lycien son sobradamente conocidos en la ciudad. —Se acarició el lóbulo de la oreja—. En otro tiempo, cuando los precios eran más elevados, había ayudado a escabullirse a algunos pasajeros. —Dirigió una mirada al capitán que debía partir hacia Jiroch—. ¿Cuándo zarpáis, capitán Mabin?

—Con la pleamar del mediodía.

—¿Y vos? —preguntó el voluntarioso capitán a Sorgi.

—Igual que él.

—Bien. Si esos parientes acechan estos muelles, intentarán contratar un barco para seguir a este galán. Embarcadlo abiertamente en vuestro buque, Mabin. Luego, cuando os hayáis alejado lo bastante como para que no se os pueda divisar desde la orilla, transportadlo al barco de Sorgi. Si los familiares de la dama decidieran zarpar tras él, Mabin los conduciría en dirección a Jiroch y dom Cluff llegaría a buen recaudo a Cippria. A mi juicio, es lo más conveniente.

—Sois muy ingenioso, amigo —lo felicitó Sorgi entre risas—. ¿Estáis seguro de que sólo habéis embarcado pasajeros a hurtadillas en otro tiempo?

—Todos hemos burlado a los aduaneros en algunas ocasiones, ¿no es cierto, Sorgi? —respondió el capitán de voz ronca—. Nosotros vivimos en el mar. ¿Por qué tenemos que financiar los impuestos de los que viven en tierra? Pagaría gustosamente la tasa al rey de los océanos, pero no he logrado encontrar su palacio.

—¡Cuánta razón tenéis, amigo! —aplaudió Sorgi.

—Caballeros —dijo Falquián—, estaré eternamente en deuda con vosotros.

—No por demasiado tiempo, dom Cluff —adujo Sorgi—. Un hombre que confiesa padecer dificultades monetarias paga el pasaje *antes* de embarcar. Al menos, en mi barco.

—¿Aceptaríais la mitad ahora y el resto al llegar a Cippria? —propuso Falquián.

—Siento rechazar vuestra oferta, amigo mío. Os encuentro simpático, pero debéis comprender mi posición.

—Llevamos caballos —advirtió Falquián con un suspiro—. Supongo que me cobraréis un suplemento por ellos.

—Naturalmente.

—Me lo temía.

La carga de *Faran*, del palafrén de Sephrenia y del robusto mulo de Kurik se ejecutó al amparo de una vela que remendaban ostensiblemente los marineros de Sorgi. Poco antes de mediodía, Falquián y Kurik, al subir al barco con destino a Jiroch, recorrieron tranquilamente la pasarela, seguidos de Sephrenia, que llevaba a Flauta en brazos.

El capitán Mabin los recibió en el alcázar.

—Ah —saludó con una sonrisa—, aquí está nuestro remilgado pretendiente. ¿Por qué no paseáis con vuestros amigos por cubierta antes de zarpar? Así daréis oportunidad a esos primos para que os descubran.

—He reflexionado sobre la situación, capitán Mabin —respondió Falquián—. Si mis perseguidores alquilan un barco y dan alcance al vuestro, advertirán que he dejado vuestra compañía.

—Nadie podrá ni siquiera acercarse, dom Cluff —replicó riendo el capitán—. Poseo el bajel más veloz del Mar Interior. Además, observo que, evidentemente, no conocéis el código de los navegantes. Nadie aborda el barco de otro hombre en alta mar a menos que esté dispuesto a iniciar una batalla, lo cual resulta extremadamente infrecuente.

—Oh —exclamó Falquián—. No lo sabía. De acuerdo, nos dejaremos ver en

cubierta.

—¿Pretendiente? —murmuró Sephrenia mientras se alejaban del capitán.

—Es una larga historia —repuso Falquián.

—Al parecer, últimamente sois aficionado a las largas historias. Un día deberemos sentarnos un buen rato y me las contaréis todas.

—Tal vez en otra ocasión.

—Flauta —llamó con firmeza Sephrenia—, baja de ahí.

Falquián levantó la vista. La pequeña se hallaba encaramada a una escalera de cuerda que se extendía de la barandilla al peñol. Hizo pucheros unos instantes, pero acabó por obedecer la orden.

—Siempre sabéis dónde se encuentra exactamente, ¿no es cierto?

—Siempre —afirmó la mujer.

El traspaso de pasajeros de uno a otro barco se efectuó en pleno río, a algunas millas de distancia de los embarcaderos de Lycien, y fue encubierto por una febril actividad en ambas embarcaciones. El capitán Sorgi los condujo inmediatamente bajo cubierta para ocultarlos y luego ambos buques prosiguieron parsimoniosamente río abajo; su rumbo paralelo recordaba a dos matronas que regresaran de la iglesia.

—Pasamos ante los muelles de Madel —les informó el capitán Sorgi desde la escalera de toldilla poco después—. No se os ocurra asomarnos, dom Cluff, o pronto tendríamos la cubierta invadida por futuros primos políticos.

—Este asunto comienza a intrigarme *de veras*, Falquián —declaró Sephrenia—. ¿No podríais darme una pequeña pista?

—Me inventé una historia —respondió con un encogimiento de hombros—. Su atractivo consiguió cautivar la atención de un grupo de marinos.

—Falquián siempre ha alardeado de facilidad para imaginar relatos —observó Kurik—. Cuando era un novicio, ese hábito solía causarle contratiempos, de los que se deshacía por medio de otro embuste. —El escudero se hallaba sentado en un banco, con Flauta dormida en su regazo—. Nunca tuve una hija —dijo con voz pausada—. Huelen mejor que los niños, ¿verdad?

—No se lo comentéis a Aslade —lo previno Sephrenia con una carcajada—. Quizá decidiera probar suerte.

—Otra vez no —rehusó Kurik, a la vez que giraba los ojos hacia arriba, consternado—. No me importa que los niños correteen por la casa, pero no soportaría de nuevo sus mareos matinales.

Alrededor de una hora después, Sorgi descendió la escalera.

—Estamos saliendo de la boca del estuario —explicó—, y no se divisa un solo barco a nuestras espaldas. Conjeturo que habéis escapado airoosamente, dom Cluff.

—Gracias a Dios —replicó fervientemente Falquián.

—Decidme, amigo —inquirió pensativo Sorgi—, ¿es tan horrible esa dama como la pintáis?

—No os lo podéis ni imaginar.

—Tal vez seáis demasiado exigente, dom Cluff. Cada vez noto más el frío en alta mar. Mi barco se vuelve viejo y cansado, y las tormentas de invierno me despiertan el reuma. Podría soportar un elevado grado de fealdad si la heredad de esa señora se elevara tan respetablemente como afirmáis. Incluso podría considerar la posibilidad de devolveros parte de vuestro pasaje a cambio de una carta de presentación. Posiblemente no percibisteis sus cualidades y virtudes.

—Supongo que podríamos tratar ese asunto —concedió Falquián.

—Debo volver arriba —anunció Sorgi—. Ya nos hemos alejado lo bastante de la ciudad como para que podáis salir a cubierta.

Tras estas palabras, se volvió y subió nuevamente la escalera de toldilla.

—Me parece que puedo ahorraros el trabajo de relatarme esa larga historia que habéis mencionado antes —sugirió Sephrenia—. No habréis echado mano de aquella vieja y manida fábula de la rica heredera, verdad?

—Como asegura Vanion, las más antiguas son las mejores —respondió Falquián con indiferencia.

—Oh, Falquián, me decepcionáis. ¿Cómo vais a escabulliros de confesar al pobre capitán el nombre de esa imaginaria dama?

—Ya pensaré algo. ¿Por qué no salimos al aire libre antes de que el sol se oculte?

—Creo que la niña está dormida —susurró Kurik—. No quiero despertarla. Id vosotros dos.

Falquián asintió con la cabeza y escapó con Sephrenia de la exigua cabina.

—Es el hombre más amable y de mejor corazón que conozco —le comentó a Sephrenia—. Si no existieran las diferencias de clases, constituiría un caballero casi perfecto.

—¿Tiene tanta importancia la cuestión del linaje?

—Para mí no, pero yo no he establecido las normas.

La cubierta se hallaba bañada por los oblicuos rayos del sol de la tarde. El fresco viento que soplaba de la costa mordía las crestas de las olas, y las convertía en resplandeciente espuma. El buque del capitán Mabin se inclinaba bajo la brisa en dirección oeste a través del ancho canal del estrecho de Arcium. Sus velas, con una tonalidad blanca como la nieve, se hinchaban a la luz del atardecer y evocaban las alas de un ave que volara a ras de la superficie marina.

—¿Qué distancia calculáis que debemos recorrer hasta Cippria, capitán? —preguntó Falquián cuando subían al puente de mando.

—Unas setecientas cincuenta millas, dom Cluff —repuso Sorgi—. Si continúa la fuerza del viento, tres días.

—Es una buena marcha.

—Podríamos navegar más rápidamente si este viejo cascarón no hiciera tanta agua —gruñó Sorgi.

—¡Falquián! —gritó Sephrenia, al tiempo que lo agarraba con apremio por el brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras observaba preocupado la palidez mortal que había inundado el rostro de la mujer.

—¡Mirad! —señaló.

A alguna distancia del lugar donde el gracioso bajel del capitán Mabin surcaba las aguas del estrecho de Arcium, se había formado una solitaria y densa nube que destacaba en el despejado cielo. Sorprendentemente, parecía avanzar contra el viento. Por momentos su tamaño aumentaba y se tornaba más ominosamente negra. Luego comenzó a agitarse en remolino, pesadamente al principio y después a una velocidad progresivamente mayor. Mientras giraba, un largo y oscuro dedo negro surgió debajo de su punto central y se estiró hasta tocar la ondulada superficie del estrecho. Las turbulentas fauces aspiraron de pronto toneladas de agua, al tiempo que el vasto embudo se desplazaba erráticamente sobre el ondulado mar.

—¡Una tromba marina! —gritó desde el mástil el vigía.

Los marineros corrieron hacia la barandilla para contemplar horrorizados el fenómeno.

Inexorablemente, la enorme masa de agua alcanzó el indefenso barco de Mabin, que se transformó de súbito en un bote infinitamente pequeño, y lo englutió en su agitado conducto. Los tarugos y pedazos de su cuaderna salieron despedidos de la

descomunal tromba y, tras alcanzar una altura de cientos de metros, volvieron a la superficie con desmayada lentitud. Un desnudo retazo de vela se posó sobre el agua como una blanca ave abatida.

A continuación, tan repentinamente como había aparecido, la negra nube y la tromba marina se desvanecieron.

También se había esfumado la embarcación de Mabin.

La superficie del mar se hallaba cubierta de despojos. Al punto una bandada de blancas gaviotas se abalanzó sobre los restos del naufragio, como si acudieran al funeral del navío.

Capítulo dieciocho

El capitán Sorgi inspeccionó las aguas donde flotaban los restos del barco de Mabin hasta después de anochecer, pero no encontró ningún superviviente. Después, desvió tristemente su bajel rumbo sudoeste, hacia Cippria.

—Vayamos abajo —pidió con un suspiro Sephrenia mientras se apartaba de la barandilla.

Falquián la siguió hasta las escaleras.

Kurik había encendido una lámpara de aceite que colgaba de una viga del techo; su resplandor llenaba de sombras danzantes el pequeño y oscuro compartimiento. Flauta se había despertado y permanecía sentada junto a la mesa en el centro de la cabina. Miraba con suspicacia el bol situado frente a ella.

—Sólo es estofado, pequeña —le explicaba Kurik—. No va a hacerte ningún daño.

Introdujo delicadamente los dedos en la espesa salsa y levantó un rezumante pedazo. Lo olisqueó y dirigió una mirada inquisitiva al escudero.

—Cerdo en salazón —señaló éste.

Con un estremecimiento, la niña volvió a depositar la carne en la salsa y luego empujó resueltamente la escudilla.

—Los estirios no comen cerdo, Kurik —le informó Sephrenia.

—El cocinero del barco ha indicado que es la comida de los marineros —contestó Kurik, a la defensiva. Entonces miró a Falquián—. ¿Se ha encontrado algún superviviente del otro barco?

—Aquella tromba lo ha despedazado por completo —respondió Falquián mientras sacudía la cabeza—. Lo mismo debe de haberle ocurrido a la tripulación.

—Por fortuna, cambiamos de embarcación.

—En efecto —acordó Sephrenia—. Las trombas marinas son como tornados. No aparecen en cielos completamente despejados, ni se mueven en dirección contraria al viento, y mucho menos cambian de rumbo como lo hacía ésta. Estaba dirigida conscientemente.

—¿Magia? —inquirió Kurik—. ¿De veras es posible invocar un fenómeno meteorológico de tal envergadura?

—No creo que yo lo consiguiera.

—¿Quién lo originó, pues?

—No lo sé a ciencia cierta. —Sus ojos, sin embargo, reflejaban alguna sospecha.

—No seáis tan recelosa, Sephrenia —propuso Falquián—. Tenéis vuestras suposiciones al respecto, ¿no es así?

—A lo largo de los últimos meses nos hemos encontrado en diversas ocasiones con un encapuchado estirio. Vos lo visteis en Cimmura e intentó tendernos una celada de camino a Borrata. Raramente los estirios se cubren el rostro. ¿No habíais reparado en esa costumbre?

—Sí, pero no percibo la conexión.

—Ese ser que oculta su faz no es humano, Falquián.

—¿Estáis segura? —preguntó éste, al tiempo que la observaba fijamente.

—Hasta que no le vea la cara, no; pero ¿no os parece que todo apunta a esa conclusión?

—¿Llegaría el poder de Annias a tales extremos?

—No es el primado. Aunque conozca determinados rudimentos mágicos, no lograría invocar un fenómeno semejante. Azash es el único que osa llamar a tales entes. Los dioses menores no lo harían, y los restantes dioses mayores han renunciado hace tiempo a esa práctica.

—¿Por qué querría matar Azash al capitán Mabin y a su tripulación?

—El barco ha sido destruido porque la criatura creía que nosotros viajábamos a bordo.

—Esa suposición resulta algo descabellada, Sephrenia —objetó escépticamente Kurik—. Si es tan poderosa, ¿cómo hundió el navío equivocado?

—Las criaturas del mundo de las sombras no se destacan por su inteligencia, Kurik —repuso la mujer—. Seguramente nuestra sencilla estratagema la ha engañado. El poder y la sabiduría no siempre están asociados. Muchos grandes magos de Estiria eran unos auténticos zoquetes.

—No acabo de comprenderos —admitió Falquián, frunciendo desconcertado el entrecejo—. Nuestra misión no tiene ninguna relación con Zemoch. ¿Por qué Azash habría de desviar su atención para acudir en ayuda de Annias?

—Tal vez no exista ninguna conexión. Azash siempre posee sus propios motivos. Probablemente sus actos no se relacionen en absoluto con Annias.

—Vuestras razones no encajan, Sephrenia. Si estáis en lo cierto respecto a ese ser, es él quien trabaja para Martel, y Martel está a las órdenes de Annias.

—¿Estáis seguro de que esa criatura sigue las instrucciones de Martel y no es al contrario? Azash puede penetrar el futuro. Uno de nosotros podría representar un peligro para su continuidad. Puede que la aparente alianza entre Martel y ese ente no pase de ser una cuestión de conveniencia.

—Sólo necesitaba otra cuestión de la que preocuparme —afirmó Falquián, que comenzó a morderse inquieto las uñas. Entonces se le ocurrió una idea—. Aguardad un minuto. ¿Recordáis que el espectro de Lakus anunció que la oscuridad se cernía sobre el mundo y que Ehlana constituía nuestra única esperanza de luz? ¿Podría aludir a Azash?

—Es posible —asintió Sephrenia.

—Por consiguiente, ¿no trataría de destruir a Ehlana? A ella la protege esa urna de cristal que la envuelve, pero si algo nos sucediera a nosotros antes de hallar la manera de curarla, también moriría. Quizás eso explique por qué Azash une sus fuerzas a las del primado.

—¿No van demasiado lejos vuestras conjeturas? —preguntó Kurik—. Basáis un buen número de especulaciones en un único incidente.

—Conviene prepararse ante las eventualidades, Kurik —respondió Falquián—. Odio las sorpresas.

—Debéis estar hambrientos —indicó el escudero mientras se levantaba—. Iré a la cocina a buscar la cena. Continuaremos la charla mientras coméis.

—Nada de cerdo —advirtió Sephrenia.

—¿Pan con queso y algo de fruta? —sugirió el escudero.

—De acuerdo, Kurik. Traed también algo para Flauta. Estoy convencida de que no probará el estofado.

—Conforme —acordó Kurik—. Me lo comeré yo. No tengo los mismos prejuicios que los estirios.

Tres días más tarde, cuando llegaron al puerto de Cippria, el cielo estaba encapotado. La capa de nubes era alta y delgada, sin trazas de humedad. La población se componía de achaparradas edificaciones blancas, arracimadas para proteger a sus moradores del calor del sol. Los muelles que rodeaban la bahía habían sido construidos

con piedra, debido a la escasez de árboles característica del clima de Rendor.

Mientras los marineros atracaban el navío del capitán Sorgi en el embarcadero, Falquián y sus compañeros salieron a cubierta vestidos con oscuros atuendos con capucha y ascendieron los tres escalones que conducían al alcázar para visitar al marino de pelo rizado.

—¡Poned defensas al lado del barco! —gritaba Sorgi a la tripulación. Sacudió la cabeza disgustado—. Tengo que repetírselo cada vez que llegamos a puerto —murmuró—. En lo único que aciertan a pensar en tales casos es en salir cuanto antes hacia la cervecería más cercana. —Dirigió la mirada a Falquián—. Bien, dom Cluff —dijo—, ¿habéis cambiado de parecer?

—Me temo que no, capitán —repuso Falquián, tras depositar en el suelo el fardo donde llevaba la ropa de recambio—. Me gustaría haceros ese servicio, pero la dama de quien os hablé parece haber depositado todas sus expectativas en mí. En realidad, sólo trato de preservar mi libertad de acción. Si aparecierais en su casa con una carta de presentación mía, tal vez sus primos intentarían haceros revelar mi paradero, y posiblemente no repararían en los medios empleados. No quiero correr ningún riesgo.

Sorgi respondió con un gruñido y luego los observó con curiosidad.

—¿De dónde habéis sacado esos ropajes rendorianos?

—El otro día me dediqué a regatear un rato en vuestro castillo de proa —explicó Falquián con un encogimiento de hombros—. A algunos de vuestros hombres les gusta pasar inadvertidos en este país.

—Lo sé —aseguró Sorgi con ironía—. La última vez que estuvimos en Jiroch tardé tres días en encontrar al cocinero del barco. —Miró a Sephrenia, que también vestía de negro y, además, llevaba un pesado velo en la cara—. Ninguno de mis marineros posee una talla tan menuda.

—Es una hábil costurera —replicó Falquián, que no creyó necesario explicar con detalle cómo había modificado Sephrenia el color de su vestido blanco.

—Que me aspen si entiendo por qué los rendorianos se empeñan en vestir con ropajes oscuros —comentó Sorgi, al tiempo que se rascaba su enrulada cabeza—. ¿Acaso no saben que producen más calor?

—Tal vez no se han percatado todavía —repuso Falquián—. Para empezar, los rendorianos no se distinguen por su brillantez mental, y, por otra parte, hay que tener en cuenta que sólo llevan quinientos años aquí.

—Quizá tengáis razón —agregó Sorgi riendo—. Que la suerte os acompañe en Cippria, dom Cluff —le deseó—. Si por azar me encontrara con uno de esos primos, negaré haber oído nunca vuestro nombre.

—Gracias, capitán —dijo Falquián mientras le estrechaba la mano—. No podéis imaginaros cuánto os lo agradezco.

Hicieron bajar los caballos por la inclinada pasarela y, a instancias de Kurik, cubrieron las sillas con mantas para no delatar su hechura exótica. Luego ataron los bultos, montaron y se alejaron del puerto con paso reposado. Las calles rebosaban de gente. Algunos habitantes llevaban vestimentas de colores algo más vivos, pero los moradores del desierto vestían de riguroso negro y tocaban sus cabezas con capuchas. Encontraron escasas mujeres a su paso, y todas cubrían su rostro con un velo. Sephrenia cabalgaba servilmente detrás de Falquián y de Kurik, con la capucha levantada y el velo fuertemente atado para ocultar la nariz y la boca.

—Veo que conocéis bien las costumbres locales —indicó Falquián por encima del hombro.

—Estuve aquí hace muchos años —repuso la estiria; luego cubrió las rodillas de Flauta con su túnica.

—¿Cuántos años han pasado desde vuestra visita?

—¿Os gustaría que os contara que Cippria no era entonces más que un villorrio de pescadores compuesto por unas veinte cabañas de barro? —inquirió maliciosamente.

—Sephrenia, Cippria es una de las ciudades portuarias más importantes desde hace quinientos años —replicó Falquián tras girarse para mirarla.

—Vaya —exclamó la mujer—, ¿han transcurrido tantos decenios? Parece como si hubiera acontecido ayer mismo. ¡Qué rápido pasa el tiempo!

—¡Eso es imposible!

—Qué crédulo sois en ocasiones, Falquián —afirmó la estiria, riendo alegremente—. Sabéis sobradamente que no voy a contestar a ese tipo de preguntas. ¿Por qué os empeñáis entonces en formulármelas?

—Supongo que de nuevo me he puesto en evidencia, ¿no? —admitió Falquián, súbitamente abochornado.

—Sí, en efecto.

Kurik sonreía divertido.

—Vamos, dílo de una vez —le instó sarcásticamente Falquián.

—¿Decir qué, mi señor? —preguntó el escudero, con expresión inocente.

Se alejaron del puerto para pasar a confundirse con los nativos rendorianos en las angostas y tortuosas callejas. A pesar de las nubes que velaban el sol, Falquián podía sentir como antaño las radiaciones de calor que emanaban de las encaladas paredes blancas de las casas y los comercios. Asimismo, volvía a percibir los familiares aromas de aquel país. El aire, sofocante y polvoriento, estaba impregnado del persistente olor a carne de cordero frita con aceite de oliva y sazónada con potentes especias, al cual se imponía, entremezclado con la empalagosa fragancia de densos perfumes, el fuerte hedor del ganado.

Cerca del centro de la ciudad, pasaron ante la boca de un callejón. Falquián se estremeció y, de pronto, tan claramente como si sonaran realmente, pareció escuchar nuevamente la llamada de las campanas.

—¿Ocurre algo? —inquirió Kurik al advertir el semblante de su señor.

—En ese callejón vi por última vez a Martel.

—Es bien estrecho —observó el escudero.

—Su angostura me salvó la vida —respondió Falquián—. No podían atacarme al unísono.

—¿Adónde vamos, Falquián? —preguntó Sephrenia desde atrás.

—Al monasterio donde me refugié cuando me hirieron —repuso—. No estimo conveniente que nos vean en la calle. El abad y la mayor parte de los monjes son ancianos y saben guardar un secreto.

—¿Seré acogida de buen grado allí? —inquirió dubitativamente la mujer—. Los monjes árdanos son un tanto conservadores y sostienen ciertos prejuicios respecto a los estirios.

—Este abad en concreto posee una mentalidad más cosmopolita —le aseguró Falquián—. Por otra parte, abrigo algunas sospechas concernientes a ese monasterio.

—¿Sí?

—No creo que esos religiosos sean lo que aparentan, y no me sorprendería hallar un arsenal oculto dentro del convento, lleno de armaduras barnizadas, sobre vestes azules y una gran variedad de armas.

—¿Cirínicos? —preguntó Sephrenia algo asombrada.

—Los pandion no son los únicos a quienes interesa obtener información fidedigna sobre lo que acontece en Rendor —replicó.

—¿De dónde proviene ese olor? —inquirió Kurik cuando se aproximaban a los

arrabales occidentales de la urbe.

—De los corrales —respondió Falquián—. Desde Cippria se exporta una importante cantidad de reses por mar.

—¿Tenemos que traspasar alguna puerta para salir?

Falquián hizo un gesto negativo.

—Las murallas de la ciudad fueron abatidas durante la represión de la herejía eshandista, y sus habitantes no se han molestado en reconstruirlas.

Tras salir de la angosta calle por donde cabalgaban, recorrieron una gran extensión de terreno ocupada por establos atestados de mugientes y achaparradas vacas. Al avanzar la tarde, los nubarrones habían adquirido un brillo plateado.

—¿Cuánto falta hasta la abadía? —quiso saber Kurik.

—Alrededor de media milla.

—Queda bastante alejado del callejón de la trifulca.

—Ya reparé en ello hará unos diez años.

—¿Por qué no os guarecisteis en otro lugar más cercano?

—No podía considerarme a salvo en ningún sitio. Oía las campanas del monasterio y me limité a seguir en dirección a ese sonido. Mi atención pareció quedar embotada.

—Podrías haber muerto desangrado.

—Esa noche el mismo pensamiento recorrió mi mente unas cuantas veces.

—Caballeros —los interrumpió Sephrenia—, ¿no podríamos aligerar un poco el paso? Anochece con rapidez aquí, en Rendor, y, después de la caída del sol, en el desierto hace mucho frío.

El monasterio se alzaba más allá de los almacenes de ganado, sobre una elevada y rocosa colina. Se encontraba rodeado por una gruesa muralla y tenía las puertas cerradas. Falquián desmontó junto a ellas y tiró de una recia cuerda que pendía a un lado. En el interior del recinto sonó una campanilla. Tras un momento, se abrió el postigo de una estrecha ventana que horadaba la piedra; por ella asomó el rostro indiferente de un monje con barba.

—Buenas tardes, hermano —saludó Falquián—. ¿Podría hablar con vuestro abad?

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Falquián. Seguramente me recordará. Hace unos años me alojé durante una temporada en este lugar.

—Aguardad —contestó bruscamente el hombre y volvió a cerrar el postigo.

—No es muy cordial, ¿eh? —apuntó Kurik.

—Los religiosos no gozan de grandes simpatías en Rendor —repuso Falquián—. Resulta natural que se comporten con cautela.

Esperaron en la penumbra del crepúsculo. Al cabo de unos instantes, la ventana se abrió de nuevo.

—¡Sir Falquián! —tronó una voz, más adecuada para actos de gala que para una humilde comunidad religiosa.

—Mi señor abad —respondió Falquián.

—Un momento, abriremos las puertas.

Siguió el rechinar de cadenas y el sonido de una pesada barra de metal al ser extraída de los anillos de soporte. A continuación, el abad salió a recibirlos. Era un hombre gallardo, de apariencia campechana y rostro rubicundo, encuadrado por una imponente barba negra. Su estatura era considerable, así como la anchura de sus espaldas.

—Me alegra volver a veros, amigo —saludó a Falquián mientras apretaba con fuerza su mano—. Tenéis buen aspecto. Parecáis un poco pálido y apagado cuando os

marchasteis.

—Han transcurrido diez años desde entonces, mi señor —señaló Falquián—. Durante ese tiempo, un hombre se recupera o muere.

—En efecto, sir Falquián. Entrad y haced pasar a vuestros acompañantes.

Falquián guió a *Varan* a través de la puerta; de cerca lo seguían Kurik y Sephrenia. En el interior encontraron un patio circundado de muros tan recios como los que protegían el monasterio. A diferencia de la práctica habitual en los edificios rendorianos, la piedra se mostraba al desnudo, exenta de la típica argamasa blanca, y las ventanas que la traspasaban poseían una abertura algo más estrecha de lo que hubieran dictado los cánones de la arquitectura monástica. Falquián observó, con mentalidad de profesional, que podrían servir como excelentes y ventajosas posiciones para los arqueros.

—¿En qué puedo seros de utilidad, sir Falquián? —inquirió el abad.

—Necesito que me acojáis de nuevo entre estas paredes, mi señor abad —respondió Falquián—. Parece que me he acostumbrado a ellas, ¿verdad?

—¿Quién os persigue en esta ocasión? —preguntó sonriendo el dirigente de la comunidad.

—Nadie a quien yo conozca, mi señor, y con el que ciertamente preferiría mantener las mismas distantes relaciones. ¿Disponéis de alguna cámara donde podamos hablar en privado?

—Desde luego. —El abad se volvió hacia el barbudo monje que se había asomado al postigo—. Ocupaos de sus caballos, hermano. —Lejos de expresar una petición, sus palabras adoptaron la rigidez de un mandato militar.

El monje se enderezó perceptiblemente, si bien no llegó a realizar un saludo.

—Entremos pues, sir Falquián —tronó el abad mientras palmeaba el hombro del caballero con su carnosidad mano.

Después de desmontar, Kurik acudió en ayuda de Sephrenia. Ésta, tras entregarle a Flauta, descendió del caballo.

El abad los condujo a través de un sombrío corredor abovedado, iluminado a intervalos por pequeñas lámparas de aceite, cuyo aroma quizás era la causa de que el lugar exhalara una peculiar sensación de santidad y de amparo. Súbitamente volvió a la mente de Falquián el recuerdo de aquella noche en que había penetrado en el edificio diez años antes.

—Este lugar apenas ha cambiado —apuntó, al tiempo que observaba a su alrededor.

—La Iglesia es eterna, sir Falquián —replicó el abad con tono sentencioso—, y sus instituciones tratan de imitar dicha cualidad.

Al final del corredor, el abad abrió una sencilla puerta que daba acceso a una habitación de techo alto y paredes ocultas tras innumerables hileras de libros; en un rincón se veía un brasero de carbón apagado. La estancia parecía bastante confortable, al menos sensiblemente más que los estudios de los abades de los monasterios norteños. Las ventanas, cuya luz velaban unos cortinajes azules, estaban construidas a base de emplomar piezas triangulares de cristal. El suelo se hallaba tapizado con blancas alfombras de lana, y la cama adosada a un lado resultaba algo mayor que las que acostumbraban utilizarse en los centros monásticos. Las estanterías de libros llegaban hasta el techo.

—Sentados, por favor —indicó el abad, a la vez que señalaba varias sillas situadas frente a una mesa, sobre la que se apilaban una gran cantidad de documentos.

—¿Todavía os dedicáis a intentar actualizarlos? —preguntó con una sonrisa Falquián mientras apuntaba a los documentos.

—Les concedo una ojeada aproximadamente una vez al mes —respondió el abad, luego torció su rostro—. Sencillamente, algunos hombres no han sido engendrados para cuestiones de papeleo. —Miró agriamente el desorden reinante en el escritorio—. En ocasiones, pienso que un incendio podría resolver el problema. Estoy convencido de que los escribanos de Chyrellos no echarían en falta mis informes. —Observó con curiosidad a los amigos de Falquián.

—Mi escudero Kurik —presentó Falquián.

—Kurik —repitió el abad con un gesto de asentimiento.

—La dama es Sephrenia, la instructora de los pandion en el dominio de los secretos.

—¿La propia Sephrenia en persona? —El hombre abrió desorbitadamente los ojos y se puso respetuosamente en pie—. Hace años que escucho historias protagonizadas por vos. Tenéis una magnífica reputación —añadió, dirigiéndole una amplia sonrisa a modo de bienvenida.

—Vuestras palabras son muy amables, mi señor —replicó la mujer; luego apartó el velo y sonrió a su vez.

Después tomó asiento y depositó a Flauta en su regazo. La pequeña se arrellanó en él y miró fijamente al abad con sus oscuros ojos.

—Una niña preciosa, lady Sephrenia —declaró el abad—. ¿Es por azar vuestra hija?

—Oh, no, mi señor —repuso ésta riendo—. Es una expósita estiria. La llamamos Flauta.

—Qué nombre más curioso —murmuró el abad. Después volvió la mirada hacia Falquián—. Habéis aludido a un asunto que queráis exponer a nivel confidencial —dijo con curiosidad—. ¿Por qué no me explicáis de qué se trata?

—¿Os llegan noticias frescas acerca de lo que sucede en el continente, mi señor?

—Me mantienen informado, sí —respondió cautelosamente el abad.

—En ese caso, debéis de conocer la actual situación en Elenia.

—¿Os referís a la enfermedad de la reina y a las ambiciones del primado Annias?

—Exacto. El asunto se relaciona con sus intenciones. No hace mucho, Annias tramó un complicado plan para desacreditar a los pandion. Por fortuna, conseguimos desbaratarlo. Después de un encuentro general en palacio, los preceptores de las cuatro órdenes se reunieron en sesión privada. Annias ansía ocupar el trono del archiprelado y sabe que las órdenes militares se opondrán a su pretensión.

—Con espadas, si fuese menester —convino fervientemente el abad—. Personalmente, me gustaría enfrentarme a él —añadió. Entonces reparó en que tal vez se había expresado con demasiado entusiasmo—. Desde luego, mi adscripción a una orden de clausura me lo impide —apostilló con poca convicción.

—Os comprendo perfectamente —aseveró Falquián—. Los preceptores dirimieron la cuestión y llegaron a la conclusión de que el poder del primado y las expectativas que alimenta acerca de Chyrellos se cimentan en la posición de autoridad que ocupa en Elenia, la cual podrá mantener mientras la reina Ehlana permanezca indispueta. —Esbozó una mueca—. Acabo de decir una idiotez, ¿no lo creéis? Apenas conserva un hálito de vida, y describo su estado como una mera *indisposición*. En fin, ya sabéis a lo que me refiero.

—Todos nos enredamos de vez en cuando, Falquián —lo excusó el abad—. Ya estoy informado de la mayor parte de los detalles. La semana pasada recibí un mensaje del patriarca Dolmant en el que me ponía al corriente de las novedades. ¿Qué averiguasteis en Borrata?

—Al consultar a un médico, éste nos confesó que los síntomas indicaban que la

reina Ehlana había sido envenenada.

De pronto, el superior se puso en pie y comenzó a soltar una sarta de blasfemias como si fuera un pirata.

—¡Vos sois su paladín, Falquián! ¿Por qué no regresáis a Cimmura y traspasáis a Annias con la espada?

—Me sentí tentado a hacerlo —admitió Falquián—, pero decidí que, dadas las circunstancias, resultaba más importante encontrar un antídoto. Dispondré de tiempo necesario para ocuparme de Annias, y, llegado el momento, preferiría no actuar con precipitación. El médico de Borrata cree que el veneno procede de Rendor. Nos facilitó las señas de un par de colegas suyos residentes en Cippria para que nos dirigiésemos a ellos.

El abad empezó a caminar arriba y abajo, con la cara aún congestionada por la rabia. Cuando se decidió a hablar, su voz se hallaba desprovista de todo resto de humildad monacal.

—Si no me equivoco, Annias habrá intentado interceptar vuestro camino cuantas veces haya tenido la oportunidad, ¿no es cierto?

—Vuestras sospechas no andan desencaminadas.

—Tal como pudisteis comprobar hace ahora diez años, las calles de Cippria no se caracterizan por su seguridad. Ante esta situación —dijo resueltamente—, debemos actuar con cautela. Annias sabe que viajáis en busca de consejo médico, ¿no es así?

—Lo contrario indicaría que se ha quedado dormido.

—Exactamente. Si vais a visitar a un médico, seguramente necesitaréis vos mismo su asistencia; por tanto, no voy a permitir que realicéis esa consulta.

—¿Os oponéis, mi señor? —inquirió suavemente Sephrenia.

—Dispensad —musitó el abad—. Tal vez no he utilizado bien las palabras. Lo que quería decir es que no resulta conveniente que os paseéis por la ciudad. Opino que sería preferible enviar a algunos monjes en busca de los doctores. De este modo, podríais hablar con ellos sin arriesgaros a recorrer las calles de Cippria. Después pensaremos en la manera más adecuada para que podáis abandonar la ciudad sin contratiempos.

—¿Accederá un médico elenio a visitar en su domicilio a un paciente?

—Si le preocupa su propia salud, sí —respondió sombríamente el abad. Luego pareció algo avergonzado—. Mi conducta no se aviene con mi condición monacal, ¿no os parece? —se disculpó.

—Oh, no sé —dijo condescendiente Falquián—. Hay muchas clases de monjes.

—Mandaré a varios hermanos a la ciudad para que los traigan aquí de inmediato. ¿Cuáles son los nombres de esos doctores?

Falquián extrajo de un bolsillo el pedazo de pergamino que le había entregado el achispado especialista de Borrata y lo entregó al clérigo.

—Al primero ya lo conocéis, Falquián —indicó el abad—. Es el mismo que os trató la última vez que estuvisteis aquí.

—¿Sí? La verdad es que no reparé en su nombre.

—No me sorprende en absoluto. Delirabais casi todo el tiempo. —Escrutó el pergamino—. El otro falleció hace un mes aproximadamente —anunció—, pero probablemente el doctor Voldi tendrá respuesta a cualquier pregunta que queráis formularle. Pese a su engreimiento, es el mejor médico de Cippria. —Se levantó, se dirigió a la puerta y la abrió. Un par de jóvenes monjes permanecían apostados afuera. Según observó Falquián, recordaban a los pandion que normalmente montaban guardia a las puertas del estudio de Vanion en el castillo de la orden en Cimmura—. Vosotros —les ordenó secamente el abad—, id a la ciudad y traedme al doctor Voldi. No aceptaré

que rehúse la invitación.

—A la orden, mi señor —repuso el monje.

Falquián advirtió con cierto regocijo que ambos jóvenes refrenaban con esfuerzo la tendencia automática a entrechocar los talones. El abad cerró la puerta y volvió a tomar asiento.

—Según mis cálculos, tardarán alrededor de una hora. —Advirtió la sonrisa de Falquián—. ¿Encontráis algo que os resulte divertido, amigo mío? —inquirió.

—En absoluto, mi señor. Sencillamente, pensaba en los ademanes bastante rígidos de vuestros monjes.

—¿Tanto se nota? —preguntó el superior, algo desconcertado.

—Sí, mi señor, sobre todo si uno sabe lo que significan.

—Afortunadamente, las gentes de aquí no están familiarizadas con este tipo de apreciaciones. Confío en que haréis un uso discreto de vuestro descubrimiento, Falquián.

—Por supuesto, mi señor. Pese a hallarme bastante seguro de cuál era la naturaleza de vuestra orden cuando salí de aquí la última vez, todavía no lo he comentado con nadie.

—Debí haberlo sospechado. Los pandion soléis distinguiros por ser buenos observadores. —Se puso de pie—. Encargaré que nos traigan la cena. En los alrededores se cría una perdiz de considerable tamaño, y poseo un espléndido halcón para cazarlas. —Soltó una carcajada—. En lugar de preparar los informes que se supone debo enviar a Chyrellos, me dedico a esas actividades. ¿Qué os parecería un poco de asado de aves?

—Creo que no nos vendrá mal —respondió Falquián.

—Mientras tanto, ¿puedo ofreceros a vos y a vuestros amigos una copa de vino? No es tinto arciano, pero su calidad no es mala. Lo elaboramos en nuestras bodegas. El suelo de estas regiones no es propicio para muchos cultivos, aparte de las viñas.

—Gracias, mi señor —repuso Sephrenia—, pero, ¿podríamos tomar leche la niña y yo?

—Me temo que sólo disponemos de leche de cabra, lady Sephrenia —se excusó.

—La leche de cabra resulta muy apropiada, mi señor. La de vaca es demasiado ligera para el paladar de los estirios.

Falquián se estremeció.

El abad envió a otro joven monje a la cocina para que trajera la leche y la cena, y luego sirvió tres copas de vino tinto. A continuación, se reclinó en la silla y comenzó a manosear el pie de su recipiente.

—¿Puedo hablaros con franqueza, Falquián? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Recibisteis noticias en Jiroch sobre lo acontecido en estos parajes después de vuestra partida?

—No —repuso Falquián—. Durante esa época me mantuve al margen de los acontecimientos.

—¿Sabéis qué opinan los rendorianos del uso de las artes mágicas?

Falquián asintió con la cabeza.

—Según recuerdo, lo denominan brujería.

—En efecto, y lo consideran un crimen más grande que el asesinato. Lo cierto es que, justo después de vuestra marcha, tuvo lugar un incidente de este cariz. Yo mismo participé en la investigación, dada mi condición de eclesiástico de más alto rango en la zona. —Sonrió irónicamente—. La mayoría de las veces, los rendorianos escupen a mi paso, pero en cuanto alguien susurra la palabra brujería, corren a buscarme con el rostro demudado y los ojos desorbitados. Habitualmente, las acusaciones son completamente

falsas. El rendoriano medio sería incapaz de recordar las palabras estirias necesarias para el más simple de los hechizos aunque de ello dependiera su vida. Sin embargo, de vez en cuando se presentan cargos de mayor envergadura, normalmente basados en despechos, celos y odios mezquinos. No obstante, en esa ocasión, el asunto poseía características distintas. Existían pruebas reales de que alguien utilizaba en Cippria una magia con un considerable grado de sofisticación. —Dirigió la mirada a Falquián—. ¿Alguno de los hombres que os atacaron aquella noche practicaba en alguna medida los secretos?

—Uno de ellos, sí.

—Quizás ese dato proporcione una respuesta a la cuestión. El conjuro parecía formar parte de un intento de localizar algo o a alguien. Tal vez constituyerais vos el objeto de dicha búsqueda.

—Habéis hablado de sofisticación, mi señor abad —intervino atentamente Sephrenia—. ¿Podríais ser más específico?

—Se produjo una ardiente aparición que caminaba por las calles de Cippria —explicó—. Parecía parapetarse tras un escudo de rayos.

—¿Cómo se comportó exactamente dicha aparición? —preguntó la estiria tras inspirar profundamente.

—Se dedicó a hacer averiguaciones. Ninguna de las personas pudo recordar con posterioridad lo que le había preguntado; pero, al parecer, el interrogatorio resultó bastante severo. Vi con mis propios ojos las quemaduras que había producido ese ente en su piel.

—¿Quemaduras?

—La criatura, al agarrar a la persona que deseaba, le producía con su contacto quemaduras. Una pobre mujer tenía una herida que le rodeaba enteramente el antebrazo; parecía la forma de una mano, si no fuera porque las huellas delataban más de cinco dedos.

—¿Cuántos?

—Nueve, y dos pulgares.

—Un damork —dedujo Sephrenia con un silbido.

—Creí que habíais concluido que los dioses mayores habían desposeído a Martel del poder de invocar a tales criaturas —comentó Falquián.

—No fue Martel quien lo invocó —replicó Sephrenia—. Alguien lo envió para que actuara bajo sus órdenes.

—Viene a ser lo mismo, ¿no?

—No exactamente. El damork sólo se mantiene marginalmente bajo el control de Martel.

—Pero todo esto ocurrió hace diez años —restó importancia Kurik—. ¿En qué modifica la presente situación?

—Olvidáis un detalle, Kurik —respondió gravemente la mujer—. Nosotros pensábamos que el damork había aparecido recientemente, y ahora poseemos la certeza de que ya estuvo en Cippria diez años atrás, antes de que emprendiéramos esta aventura.

—No acabo de comprender —admitió Kurik.

—Os busca a vos, querido —declaró Sephrenia con una siniestra y tranquila voz mientras miraba a Falquián—. No nos persiguen a mí, ni a Kurik ni a Ehlana, ni siquiera a Flauta. Los ataques del damork han sido dirigidos especialmente contra vos. Debéis tener mucho cuidado, Falquián. Azash intenta daros muerte.

Capítulo diecinueve

El doctor Voldi era un nervioso hombrecillo de unos sesenta años. Tenía una incipiente calvicie en la coronilla, que trataba de ocultar peinándose los cabellos hacia adelante. También resultaba evidente que se los había teñido para disimular sus profusas canas. Al quitarse su oscura capa, Falquián advirtió que vestía un sayo de lino blanco. Olía a productos químicos y hacía gala de una encumbrada autoestima.

Era ya bastante tarde cuando el médico fue introducido en el desordenado estudio del abad. En vano intentaba contener la irritación que le había producido que requirieran sus servicios a una hora tan intempestiva.

—Mi señor abad —saludó rígidamente al eclesiástico de negra barba con una reverencia espasmódica.

—Ah, Voldi —dijo el abad, al tiempo que se ponía en pie—, habéis sido muy amable en venir.

—Vuestro religioso aseguró que se trataba de un asunto urgente, mi señor. ¿Puedo examinar al paciente?

—No, a menos que estéis dispuesto a emprender un largo viaje, doctor Voldi —murmuró Sephrenia.

Voldi la observó larga y apreciativamente.

—No parecéis rendoriana, señora —apuntó—. A juzgar por vuestros rasgos, yo me inclinaría a pensar que sois estiria.

—Vuestras apreciaciones son atinadas, doctor.

—Seguramente recordaréis a este hombre —indicó el abad en dirección a Falquián.

El médico miró inexpresivamente al caballero pandion.

—No —respondió—, me parece que... —Entonces arrugó el entrecejo—. Dejadme pensar —añadió mientras se pasaba con aire ausente la palma de la mano por el cabello—. Habrán transcurrido unos diez años, ¿no es cierto? ¿No erais vos a quien habían apuñalado?

—No os falla la memoria, doctor Voldi —lo felicitó Falquián—. No deseamos reteneros mucho tiempo, así que lo mejor será que vayamos al grano. Un médico de Borrata nos dio vuestras señas. Tiene en gran estima vuestra opinión respecto a ciertas áreas. —Falquián escrutó con rapidez el semblante del hombrecillo y decidió utilizar juiciosamente ciertas dosis de adulación—. Por supuesto, probablemente hubiéramos acabado por acudir a vos de todos modos —agregó—, ya que vuestra reputación ha rebasado ampliamente las fronteras de Rendor.

—Estupendo —exclamó Voldi, a la vez que se pavoneaba levemente. Entonces asumió una expresión modesta—. Resulta gratificante comprobar que mis esfuerzos en favor de los enfermos han recibido un pequeño reconocimiento.

—Lo que necesitamos, buen doctor —intervino Sephrenia—, es vuestro consejo acerca del tratamiento idóneo para una amiga nuestra que ha sido envenenada recientemente.

—¿Envenenada? —inquirió vivamente Voldi—. ¿Estáis segura?

—El médico de Borrata se mostró convencido al respecto —respondió—. Le describimos los síntomas con lujo de detalles y diagnosticó su mal como fruto de los efectos de un raro veneno rendoriano llamado...

—Por favor, señora —la interrumpió el galeno tras levantar una mano—. Prefiero

dilucidar yo mismo sobre los casos que me presentan. Describidme los síntomas.

—Desde luego.

Sephrenia repitió pacientemente la información que había proporcionado a los médicos de Borrata.

Mientras la escuchaba, el pequeño doctor paseaba de un lado a otro de la habitación con las manos entrecruzadas en la espalda y la vista fija en el suelo.

—Creo que podemos descartar de entrada la epilepsia —musitó cuando ésta hubo concluido—. Sin embargo, existen otras enfermedades que producen convulsiones. —Afectó una expresión de experto—. La clave crucial radica en la combinación de la fiebre con el sudor —informó con cierta pedantería—. La enfermedad de vuestra amiga no es una dolencia natural. Mi colega de Borrata no se equivocó en su diagnóstico. Vuestra amiga ha sido envenenada, y yo conjeturaría que el veneno utilizado fue el darestim. Los nómadas del desierto de Rendor lo llaman la «hierba de la muerte», por sus efectos letales tanto en los animales como en las personas. Resulta un veneno bastante raro, dado que los pastores arrancan de cuajo cualquier ejemplar que encuentran a su paso. ¿Concuerda mi diagnóstico con el de mi colega cammorianos?

—Exactamente, doctor Voldi —exclamó admirativamente Sephrenia.

—Entonces, ya está resuelto el caso. —Recogió su capa—. Me alegra haberos servido de ayuda.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Falquián.

—Iniciar los preparativos para un funeral —repuso Voldi con un encogimiento de hombros.

—¿No existe ningún antídoto?

—No. Me temo que vuestra amiga está condenada a muerte. —Se percibía una ligera e irritante presunción en su tono—. Al contrario de la mayoría de los venenos, el darestim ataca al cerebro en lugar de la sangre. Una vez ingerido... —chasqueó los dedos—. Vuestra amiga debe contar con ricos y poderosos enemigos, pues ese veneno es muy caro.

—El acto contra su persona responde a una motivación política —repuso con tristeza Falquián.

—Ah, la política —dijo riendo Voldi—. Esos sujetos disponen de abundante dinero, ¿no es así? —Fruunció el entrecejo—. Me parece que no... —Hizo una pausa y volvió a mesarse el cabello—. —¿Dónde lo escuché? —Se rascó la cabeza, con lo que enmarañó sus hebras de pelo cuidadosamente distribuidas. Después chasqueó los dedos de nuevo—. Ah, sí —exclamó triunfalmente—. Ya lo tengo. Me han llegado noticias de que un médico de Dabour ha efectuado algunas curas en miembros de la familia real de Zand. Entended bien que sólo se trata de rumores. Normalmente, dicha información hubiera sido divulgada inmediatamente entre los médicos, pero abrigo ciertas sospechas sobre la cuestión. Conozco a ese individuo, y hace años que circulan algunas oscuras historias respecto a él entre mis colegas de profesión. Algunos sostienen que sus aparentemente milagrosas curas son el resultado de determinadas prácticas prohibidas.

—¿Qué tipo de prácticas? —inquirió directamente Sephrenia.

—Magia, señora. ¿Qué otra cosa podría ser? Mi amigo de Dabour sería decapitado de inmediato si se hiciera público que utiliza la brujería.

—Comprendo —dijo Sephrenia—. ¿Esos informes os han llegado por una sola fuente?

—Oh, no —repuso Voldi—. Un considerable número de personas me lo ha comentado. El hermano del rey y varios sobrinos suyos cayeron enfermos. Ese médico de Dabour, cuyo nombre es Tanjin, fue llamado a comparecer en palacio. Confirmó que habían sido todos envenenados con darestim y consiguió curarlos. Movido por la

gratitud, el rey omitió la descripción de los métodos exactos de que se sirvió y, además, emitió un edicto de perdón en favor de Tanjin para asegurarse. —Esbozó una afectada sonrisa—. No obstante, su gesto no resulta un salvoconducto válido, puesto que la autoridad del rey apenas supera los muros de su propio palacio de Zand. De todas maneras, cualquiera que disponga de un conocimiento mínimo de medicina, sabe qué técnica utilizó. —Adoptó una expresión arrogante—. Personalmente, no me rebajaría a emplear tales métodos —declaró—, pero todo el mundo conoce la fama de codicioso del doctor Tanjin. Imagino que el rey debió recompensarlo generosamente.

—Gracias por vuestra colaboración, doctor Voldi —intervino entonces Falquián.

—Siento lo de vuestra amiga —respondió Voldi—. Me temo que en el tiempo que tardéis en ir y regresar de Dabour, ya habrá muerto. El darestim actúa lentamente, pero siempre con un efecto fatal.

—Al igual que el de una espada clavada en el vientre —contestó ferozmente Falquián—. Al menos, nos queda la esperanza de vengarla.

—¡Qué horribles propósitos! —exclamó Voldi, con un estremecimiento—. Parecéis familiarizado con el tipo de perjuicio que produce una espada en una persona.

—Íntimamente —replicó Falquián.

—Por supuesto, no podía ser de otro modo. ¿Queréis que examine esas viejas heridas?

—Gracias, doctor, pero ahora ya están curadas.

—Espléndido. Me siento bastante orgulloso de la manera en que las traté, ¿sabéis? Un médico menos avezado no os hubiera salvado la vida. Bien, ahora debo partir. Mañana me espera un largo día. —Se envolvió con la capa.

—Gracias, doctor Voldi —dijo el abad—. El hermano que escolta la puerta os acompañará hasta vuestra casa.

—Ha sido un placer, mi señor abad. Hemos disfrutado de una estimulante conversación. —Con una reverencia, Voldi abandonó la habitación.

—Un pomposo y ridículo hombrecillo, ¿no os parece? —opinó Kurik.

—En efecto —acordó el superior—; sin embargo, es un buen profesional.

—Nos hallamos en una difícil situación, Falquián —declaró con un suspiro Sephrenia—. Únicamente disponemos de rumores, y no tenemos tiempo para perseguir quimeras.

—Tal vez no sea tan complicado como estimáis, lady Sephrenia —la reconfortó el abad—. Conozco muy bien a Voldi, y no confirmaría algo que no hubiera comprobado por sí mismo. Por otra parte, también han llegado a mí noticias relativas a la enfermedad y posterior curación de algunos miembros de la familia del rey de Rendor.

—Tal eventualidad configura nuestra última esperanza —concluyó Falquián—. Debemos intentarlo.

—La vía más rápida para llegar a Dabour es bordear la costa por mar y remontar el río Guie —sugirió el abad.

—No —replicó con firmeza Sephrenia—. La criatura que ha tratado de matar a Falquián probablemente se habrá dado cuenta de que erró su propósito. No creo que deseemos viajar con la amenaza de una tromba marina.

—De todas formas, para ir a Dabour debéis pasar por Jiroch —explicó el clérigo—. Es imposible alcanzar ese objetivo por tierra. Nadie osa cruzar el desierto que separa Cippria de Dabour, ni siquiera en esta época del año. Resulta totalmente infranqueable.

—Si no tenemos otra posibilidad, lo atravesaremos —sentenció Falquián.

—Extremad la cautela allí —le previno seriamente el abad—. Los rendorianos están muy agitados en estos tiempos.

—Constituye lo habitual en ellos, mi señor —contestó Falquián.

—Esta vez es distinto. Arasham se encuentra en Dabour y predica una nueva guerra santa.

—La vaticina desde hace veinte años, ¿no es cierto? Enciende los ánimos de las gentes del desierto en invierno y en verano todos regresan a sus rebaños.

—Ahí estriba la diferencia actual, Falquián. Nadie presta gran atención a los nómadas, pero, de algún modo, ese viejo lunático ha comenzado a ejercer su influencia en los habitantes de las ciudades, lo que aumenta las preocupaciones. Por supuesto, Arasham está loco de alegría y retiene con firmeza a los nómadas del desierto en Dabour. Dispone de todo un ejército.

—Los habitantes de las ciudades no son *tan* estúpidos. ¿Qué les ha impresionado tanto?

—Me han comentado que ciertas personas se dedican a propagar rumores: informan a las gentes de que existe un amplio sentimiento de simpatía hacia el resurgimiento del movimiento eshandista en los reinos del norte.

—Eso es absurdo —se burló Falquián.

—Sin duda, pero han logrado convencer a un numeroso grupo de personas aquí, en Cippria, de que por primera vez, después de tantos siglos, la rebelión contra la Iglesia tiene alguna posibilidad de éxito. Además, se han filtrado en el país copiosos cargamentos de armas.

Una sospecha comenzó a fraguarse en la mente de Falquián.

—¿Tenéis idea de quién ha hecho circular esas noticias? —preguntó.

—Mercaderes, viajeros procedentes del norte y personajes similares, todos extranjeros. Suelen hospedarse en el barrio próximo al consulado elenio.

—¿No es curioso? —musitó Falquián—. La noche en que me atacaron me habían mandado llamar del consulado. ¿Todavía Elius es el cónsul?

—Ah, sí. ¿Qué insinuáis, Falquián?

—Una última pregunta, mi señor. ¿Vuestros hombres, por casualidad, han descubierto a un hombre de pelo blanco que entre y salga con frecuencia del consulado?

—No podría responderos con certeza. No les di instrucciones para que repararan en ningún individuo en especial. Os referís a alguien en concreto, ¿no es cierto?

—Oh, efectivamente, mi señor abad. —Falquián se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Qué os parece si pongo nuevamente a prueba la lógica elenia, Sephrenia? —indicó mientras se disponía a enumerar con los dedos las distintas premisas—. Primero: el primado Annias aspira al trono del archiprelado. Segundo: las cuatro órdenes militares se oponen a él, lo que podría representar una traba para sus ambiciones. Tercero: para acceder a dicho cargo debe desprestigiar o distraer la atención de los caballeros de la Iglesia. Cuarto: el cónsul elenio en Cippria es su primo. Quinto: el cónsul y Martel han mantenido tratos con anterioridad; tuve personalmente alguna prueba hace diez años.

—No sabía que Elius fuera pariente del primado —comentó el abad, algo sorprendido.

—Ellos no lo consideran incompatible con el desempeño de su función —replicó Falquián—. Ahora bien —prosiguió—, Annias desea que los caballeros de la Iglesia se hallen ausentes de Chyrellos cuando llegue el momento de elegir un nuevo archiprelado. ¿Qué harían las órdenes militares en caso de producirse un levantamiento en Rendor?

—Descenderíamos sobre el reino en orden de batalla —declaró el abad, olvidando que la elección de sus palabras confirmaba claramente las sospechas de Falquián acerca de la naturaleza de su orden.

—Con esa circunstancia, los caballeros de la Iglesia no podrían participar en el debate previo a la elección en Chyrellos, ¿me equivoco?

—¿Qué clase de persona es el tal Elius? —inquirió Sephrenia en dirección a Falquián.

—Un ser ruin y rastrero, corto de inteligencia y carente de imaginación.

—No parece muy competente.

—Así es.

—En ese caso, alguien debe de darle las instrucciones, ¿no?

—Exactamente. —Falquián se volvió nuevamente hacia el superior—. Mi señor —dijo—, ¿tenéis algún sistema para enviar mensajes al preceptor Abriel, sin riesgo de ser interceptados, a vuestro castillo principal de Larium?

El abad le dirigió una gélida mirada.

—Acordamos hablar con franqueza, mi señor —le recordó Falquián—. No intento ponerlos en un aprieto, pero se trata de una cuestión urgente.

—De acuerdo, Falquián —replicó el religioso, un tanto envarado—. Sí, puedo ponerme en contacto con lord Abriel.

—Bien. Sephrenia conoce todos los detalles y os pondrá al corriente de ellos. Kurik y yo debemos ocuparnos de un asunto.

—¿Qué os proponéis? —preguntó el abad.

—Voy a visitar a Elius. Él sabe realmente lo que sucede aquí, y seguramente lograré convencerlo para que comparta sus conocimientos conmigo. Necesitamos confirmar nuestras conjeturas antes de enviar el mensaje a Larium.

—Resulta demasiado peligroso.

—Menos que la perspectiva de que Annias pueda alcanzar la archiprelatura, ¿no es cierto? —Falquián reflexionó un instante—. ¿Por azar disponéis de una celda segura en algún lugar? —inquirió.

—Tenemos una celda de penitente en el sótano. Supongo que la puerta puede cerrarse con llave.

—Estupendo. Creo que traeremos a Elius aquí para interrogarlo. Después podréis dejarlo encerrado allí. No puedo dejarlo en libertad una vez que sepa que me encuentro en Cippria, y Sephrenia aborrece los asesinatos útiles. Si desaparece, simplemente no quedará constancia de lo que en verdad le ha ocurrido.

—¿No armará un escándalo cuando lo hagáis prisionero?

—Es hartamente improbable, mi señor —aseveró Kurik, al tiempo que desenvainaba su pesada daga. Golpeó con fuerza su hoja contra la palma de la mano—. Puedo garantizaros prácticamente que estará dormido.

Las calles se hallaban en calma. Los nubarrones que habían oscurecido el cielo durante la tarde se habían retirado y las estrellas relucían intensamente sobre sus cabezas.

—No hay luna —anunció quedamente Kurik mientras él y Falquián caminaban precavidamente por las solitarias callejas—. Así, nuestro asunto será más fácil.

—Las tres últimas noches se ha levantado tarde —le informó Falquián.

—¿Cuánto nos queda?

—Disponemos de un par de horas.

—¿Podremos haber regresado ya al monasterio?

—No nos queda alternativa.

Falquián se detuvo justo antes de llegar a un cruce y atisbó al otro lado de la esquina. Un hombre con capa corta, que llevaba una lanza y una pequeña linterna, recorría la calle. Sus pies se arrastraban soñolientos.

—Un centinela —susurró Falquián.

Se refugiaron en la sombra de un profundo portal.

El centinela pasó delante agitando su linterna, cuya luz se proyectaba rodeada de

sombras en las paredes de los edificios.

—Debería mostrarse más alerta —gruñó Kurik con desaprobación.

—En estas circunstancias, tu sentido de lo idóneo parece mal enfocado.

—Lo que es correcto no depende de la situación, Falquián —repuso con obstinación el escudero.

Al perder de vista al vigilante, se deslizaron hacia la calle.

—¿Vamos a caminar hasta la puerta del consulado? —inquirió Kurik.

—No. Cuando nos acerquemos, saltaremos a los tejados.

—No soy un gato, Falquián. No me resulta nada divertido deslizarme por las alturas.

—En esta parte de la ciudad las casas se hallan pegadas entre sí. El avance resultará casi tan cómodo como si recorriéramos una calzada.

—Oh —gruñó Kurik—, de acuerdo.

El consulado del reino de Elenia era una construcción de considerables dimensiones circundada por un alto muro de argamasa blanca. Había antorchas prendidas sobre largas vigas en cada una de las esquinas y un estrecho callejón lateral.

—¿Rodea ese callejón todo el tramo de pared? —preguntó Kurik.

—Si no lo han modificado desde la última vez que estuve aquí, sí.

—En ese caso, vuestro plan tiene un fallo evidente, Falquián. Yo no puedo saltar desde uno de estos tejados hasta el muro.

—Creo que yo tampoco podría. —Falquián frunció el entrecejo—. Comprobemos la disposición del otro lado.

Caminaron sigilosamente por una serie de callejuelas a las que daban las partes traseras de las casas cuya fachada se encaraba a la pared del consulado. Apareció un perro y comenzó a ladrarles hasta que Kurik le arrojó una piedra. El animal soltó un gemido y se alejó cojeando.

—Ahora comprendo lo que debe experimentar un ladrón —musitó Kurik.

—Allí —señaló Falquián.

—¿Dónde?

—Allá arriba. Algún providencial individuo realiza reparaciones en el tejado. ¿Ves ese montón de vigas apoyadas contra el costado de la pared? Observemos su longitud.

Cruzaron el callejón hasta donde se encontraba el material de construcción. Kurik midió meticulosamente las vigas con los pies.

—Son muy justas —determinó.

—No podemos estar seguros hasta que no las hayamos probado.

—De acuerdo. ¿Cómo las subimos?

—Apoyaremos las vigas contra la pared. Si las inclinamos de manera adecuada, podremos trepar por ellas y luego izarlas con un tirón.

—Me alegro de que no tengáis que construir los mecanismos de asedio, Falquián —indicó agriamente Kurik—. Bien. Intentémoslo.

Entre sudores y blasfemias, Kurik ganó el tejado.

—Todo en orden —susurró desde el alero—. Subid.

Al trepar Falquián detrás de él, se clavó, sin mayores consecuencias, una enorme astilla de uno de los troncos. Después, ambos izaron trabajosamente las vigas y las transportaron una a una hacia el extremo del tejado más próximo al consulado. Las parpadeantes antorchas que sobresalían del muro proyectaban un mortecino resplandor sobre las techumbres. Cuando trasladaban el último puntal, Kurik se detuvo súbitamente.

—Falquián —llamó en voz alta.

—¿Qué?

—Dos tejados más allá hay una mujer acostada.

—¿Cómo sabéis que se trata de una mujer?

—Porque está completamente desnuda.

—Oh —exclamó Falquián—, es una costumbre rendoriana. Espera a que salga la luna. Aquí poseen la superstición de que los primeros rayos de la luna sobre el vientre de una mujer aumentan su fertilidad.

—¿No nos verá?

—No dará la alarma. Está demasiado ocupada con su quehacer. Apresúrate, Kurik. No te quedas pasmado mirándola.

Forcejearon con denuedo mientras empujaban las vigas a través del estrecho callejón en una tarea que se tornaba más dificultosa a medida que disminuía su punto de apoyo. Finalmente el pesado tronco chocó sobre la parte superior de la pared del consulado. Por encima de él, deslizaron varios más y luego los hicieron rodar para formar un estrecho puente. Mientras empujaban el último, Kurik se detuvo de pronto y contuvo un juramento.

—¿Qué ocurre? —inquirió Falquián.

—¿Cómo hemos llegado a este tejado, Falquián? —preguntó cáusticamente el escudero.

—Trepando sobre una viga inclinada.

—¿Qué nos proponíamos?

—Alcanzar la pared del consulado.

—Entonces, ¿por qué precisamente construir un puente?

—Porque... —Falquián titubeó, al tiempo que se sentía repentinamente estúpido—. Podríamos haber apoyado simplemente un tablón contra el muro del consulado, ¿no?

—Mis felicitaciones, mi señor —exclamó sarcásticamente Kurik.

—El puente parecía una solución tan perfecta al problema... —se excusó Falquián.

—Pero resultaba completamente innecesaria.

—De todas formas, no queda realmente invalidado este dispositivo, ¿no es cierto?

—Desde luego que no.

—¿Por qué no lo atravesamos?

—Id delante. Creo que iré a charlar un rato con la dama desnuda.

—Perderás el tiempo, Kurik. Está pendiente de otros asuntos.

—Si el tema que le preocupa es la fertilidad, ha encontrado a un experto.

—Será mejor seguir con nuestro objetivo, Kurik.

Cruzaron la rudimentaria pasarela hasta el remate del muro del consulado y luego se arrastraron sobre él hasta un punto donde las ramas de una esplendorosa higuera sobresalían de la oscuridad del suelo. Después de bajar por el árbol, permanecieron inmóviles un momento mientras Falquián se orientaba.

—¿Sabéis, por casualidad, dónde se halla el dormitorio del cónsul? —susurró Kurik.

—No —repuso quedamente Falquián—, pero puedo imaginármelo. Todos los edificios oficiales de construcción elenia reproducen una disposición similar. Los aposentos privados deben de hallarse arriba, en la parte trasera.

—Muy bien, Falquián —dijo secamente Kurik—. Eso reduce considerablemente las posibilidades. Sólo debemos revisar aproximadamente una cuarta parte de la casa.

Se deslizaron a través de un oscuro jardín y entraron por una puerta trasera. Después cruzaron una cocina sumida en sombras antes de pasar a la penumbra de la entrada principal. De pronto, Kurik hizo retroceder de un empujón a Falquián en

dirección a la cocina.

—¿Qué...? —comenzó a objetar Falquián en un ronco susurro.

—¡Shhh!

Afuera, en la entrada, brillaba la vacilante luz de una vela. Una mujer de edad, un ama de llaves o tal vez la cocinera, avanzaba directa hacia donde se encontraban. Falquián se agazapó, al tiempo que la matrona se plantaba en el umbral. Luego empuñó la manilla y cerró con firmeza la puerta.

—¿Cómo sabías que venía? —musitó Falquián.

—No lo sé —respondió Kurik—. Lo presentí. —Pegó la oreja a la puerta—. Se aleja —informó en voz baja.

—¿Por qué seguirá levantada a estas horas?

—¿Quién sabe? Quizá se dedique a cerciorarse de que todas las puertas estén cerradas. Aslade lo hace cada noche. —Volvió a aplicar el oído—. Ahá —exclamó—, acaba de cerrar otra puerta y no oigo sus pasos. Me parece que se ha ido a la cama.

—Las escaleras tendrían que estar justo enfrente de la entrada principal —murmuró Falquián—. Subamos al segundo piso antes de que aparezca alguien más.

Salieron disparados hacia la sala de entrada y ascendieron al piso superior por unas amplias escalinatas.

—Busca una puerta ornamentada —susurró Falquián—. El cónsul es el amo de la casa, y probablemente ocupará la habitación más lujosa. Ve por ese lado y yo investigaré por el otro.

Tras separarse, caminaron de puntillas en sentido opuesto. Al final del corredor, Falquián descubrió una puerta finamente labrada, decorada con pintura dorada. La abrió cuidadosamente y atisbó el interior. A la luz difusa de una lámpara de aceite, percibió a un fornido hombre de rostro colorado, de unos cincuenta años, acostado de espaldas en el lecho. Falquián lo reconoció de inmediato. Cerró silenciosamente la puerta y partió en busca de Kurik, al cual halló al final de las escaleras.

—¿Qué edad tiene el cónsul? —inquirió Kurik.

—Unos cincuenta años.

—Entonces, no era él el hombre que vi. Al fondo hay una puerta labrada. Compartían la cama un joven de unos veinte años con una mujer mayor que él.

—¿Han percibido tu presencia?

—No. Estaban muy ocupados.

—Oh. El cónsul duerme solo. Se encuentra al final del corredor.

—¿Creéis que la mujer que había en el otro extremo es su esposa?

—Ese asunto no nos concierne, ¿no te parece?

Se dirigieron sigilosamente hacia la puerta de dibujos dorados. Falquián la abrió cautelosamente y, tras penetrar, ambos cruzaron la estancia hasta el lecho. Falquián tomó al cónsul por la espalda.

—Excelencia —murmuró quedamente mientras sacudía al hombre.

El cónsul abrió súbitamente los ojos; su mirada se tornó vidriosa y luego quedó en blanco al propinarle Kurik un golpe seco detrás de las orejas con la hoja de su daga. Envolvieron al inconsciente diplomático con una manta oscura, y Kurik, sin ceremonias, cargó el bulto a la espalda.

—¿Necesitamos alguna otra cosa de este lugar? —preguntó.

—Ya tenemos cuanto precisamos —repuso Falquián—. Vamos.

Bajaron las escaleras y se encaminaron de nuevo a la cocina. Falquián cerró cuidadosamente la puerta que daba a la parte principal de la casa.

—Espera aquí —susurró a Kurik—. Voy a inspeccionar el jardín. Silbaré si no hay peligro.

Se escabulló hacia las sombras y se desplazó sigilosamente de un árbol a otro con los sentidos alerta. De pronto, advirtió que estaba disfrutando enormemente con aquella situación. No se había divertido tanto desde su infancia, cuando Kalten y él se escapaban a hurtadillas de la casa de su padre a media noche para realizar alguna travesura.

Su silbido apenas alcanzó a ser un remedo del canto del ruiseñor.

Después de un momento, oyó el ronco murmullo de Kurik procedente de la cocina.

—¿Sois vos?

Por un instante, estuvo tentado de responder «No», pero consiguió recuperar el control.

Representó una ardua tarea subir el cuerpo inerte del cónsul por el ramaje de la higuera, para lo cual tuvieron que hacer uso de toda su fuerza. Después cruzaron el improvisado puente y volvieron a colocar las vigas en el tejado.

—Todavía está allí —musitó Kurik.

—¿Quién?

—La dama desnuda.

—Está en su azotea.

Después de arrastrar las vigas hasta el otro lado del tejado, las bajaron de nuevo. A continuación, Falquián saltó al suelo y recogió el cuerpo del cónsul que le tendía Kurik. El escudero se reunió con él al momento y ambos apoyaron una vez más los tablones contra la pared.

—Hemos realizado un trabajo limpio —afirmó Falquián con satisfacción mientras se frotaba las manos.

Kurik volvió a cargarse el hombre a la espalda.

—¿No lo echará de menos su mujer? —inquirió.

—Si era la que estaba en el dormitorio del otro extremo del pasillo, sospecho que no demasiado. ¿Por qué no regresamos al monasterio?

En media hora, alcanzaron las afueras de la ciudad, después de sortear a diversos centinelas. Cuando el cónsul, embozado en la manta sobre los hombros de Falquián, gimió y se agitó levemente, Kurik volvió a golpearlo en la cabeza.

Al entrar en el estudio del abad, el escudero depositó con desenfado al inconsciente diplomático en el suelo, y, tras mirar a Falquián un momento, ambos rompieron a reír con incontrolables carcajadas.

—¿Qué os divierte tanto? —inquirió el abad.

—Deberíais habernos acompañado, mi señor —jadeó Kurik—. No había disfrutado tanto desde hacía años. —Comenzó a reír nuevamente—. Creo que el puente ha sido lo mejor.

—A mí me ha gustado más la dama desnuda —disintió Falquián.

—¿Habéis bebido? —preguntó con suspicacia el religioso.

—Ni una gota, mi señor —respondió Falquián—. Sin embargo, ahora aceptaría una copa, en caso de que no resulte una molestia. ¿Dónde está Sephrenia?

—La convencí de que convenía que ella y la niña se acostaran. —El abad guardó un instante de silencio—. ¿A qué os referíais al aludir a una dama desnuda? —inquirió, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Encontramos a una mujer tendida sobre un tejado; realizaba uno de esos rituales de fertilidad —explicó Falquián, riendo aún—. Digamos que logró distraer la atención de Kurik durante un par de momentos.

—¿Era hermosa? —preguntó el abad a Kurik con una sonrisa.

—No podría asegurarlo, puesto que no me he fijado en su cara.

—Mi señor abad —dijo entonces Falquián en tono algo más serio, pese a que todavía se sentía exultante—, interrogaremos a Elius tan pronto como vuelva en sí. Os ruego que no os alarméis por algunas de nuestras preguntas.

—Lo comprendo, Falquián —replicó el superior.

—Bien. Vamos, Kurik, despertemos a Su Excelencia y veamos qué está dispuesto a contarnos.

Kurik destapó el inerte cuerpo del cónsul y comenzó a pellizcarle las orejas y la nariz. Pasado un momento, el hombre comenzó a parpadear y luego abrió los ojos con un gemido. Los observó desconcertado durante un instante y después se sentó rápidamente.

—¿Quiénes sois? ¿Qué significa esto? —preguntó.

Kurik le propinó un tortazo en la cabeza.

—Podéis observar cuál es vuestra situación, Elius —le instó con calma Falquián—. No os molesta que os llame Elius, ¿no es cierto? Posiblemente os acordéis de mí. Me llamo Falquián.

—¿Falquián? —preguntó boquiabierto el cónsul—. Os creía muerto.

—Ese rumor resulta exagerado, Elius. Os hemos secuestrado porque tenemos que formularos unas cuantas preguntas. Todo será más simple si las respondéis de buen grado. De lo contrario, os auguro una pésima noche.

—¡No osaréis utilizar malos tratos conmigo!

Kurik volvió a abofetearlo.

—¡Soy el cónsul del reino de Elenia! —vociferó Elius mientras intentaba protegerse la nuca con ambas manos—, ¡y el primo del primado de Cimmura! No podéis comportaros de este modo conmigo.

—Quiébrale algunos dedos, Kurik —sugirió Falquián con un suspiro—, sólo para demostrarle que sí *podemos*.

Kurik afianzó un pie sobre el pecho del diplomático, lo derribó al suelo y agarró la muñeca derecha del indefenso cautivo.

—¡No! —chilló Elius—. ¡No me hagáis eso! Os confesaré cuanto deseéis saber.

—Ya imaginé que cooperaría, mi señor —comentó locuazmente Falquián al abad, mientras se desprendía de su sayo rendoriano y descubría su cota de malla y el cinto con la espada—. Ya ha comprendido la gravedad de la situación.

—Obráis con métodos muy directos, sir Falquián —observó el abad.

—Soy un hombre sencillo, mi señor —replicó Falquián, al tiempo que se rascaba el brazo a través de la malla de metal—, y suelo apartarme de las sutilidades. —Asestó un puntapié al prisionero—. Vamos a ver, Elius, voy a simplificar el interrogatorio. En un principio solamente tendréis que confirmar unas cuantas aseveraciones. —Acercó una silla y se sentó con las piernas cruzadas—. Primera, vuestro primo, el primado de Cimmura, aspira a acceder al trono del archiprelado, ¿no es así?

—No disponéis de ninguna prueba que demuestre esa afirmación.

—Rómpele el dedo pulgar, Kurik.

Kurik, que aún mantenía firmemente sujeta la muñeca del hombre, lo forzó a abrir el puño y le aferró el pulgar.

—¿Por cuántos sitios, mi señor?

—Por todos los que puedas, Kurik. De ese modo podrá pensar en algo.

—¡No! ¡No! ¡Es verdad! —gritó Elius, con los ojos desorbitados de terror.

—Por fortuna, realizamos grandes progresos —anotó Falquián con una sonrisa relajada—. La siguiente. Habéis mantenido contactos con un sujeto de pelo blanco llamado Martel, el cual trabaja para vuestro primo de vez en cuando. ¿Me equivoco?

—N... no —tartamudeó Elius.

—¿Veis como es más fácil a medida que avanzamos? De hecho, colaborasteis en el ataque que Martel y sus secuaces me prepararon en una noche hace ahora diez años, ¿no es cierto?

—Fue idea suya —protestó rápidamente Elius—. Había recibido órdenes de mi primo para que lo ayudase en sus propósitos. Él sugirió que os mandara llamar aquella noche. No imaginé que deseaba acabar con vos.

—En ese caso, sois muy ingenuo, Elius. Últimamente, cierto número de viajeros procedentes de los reinos norteños han hecho circular rumores en Cippria acerca de que en los reinos septentrionales existe una actitud muy favorable respecto a las aspiraciones rendorianas. ¿Está Martel involucrado de algún modo en esta campaña?

Elius lo miró con fijeza, pero mantuvo los labios apretados.

Lentamente, Kurik comenzó a doblarle de nuevo el pulgar.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó Elius, encorvado a causa del dolor.

—Estabais a punto de dejar el buen camino, Elius —lo reprendió Falquián—. En vuestro lugar, yo me andaría con más cuidado. El objetivo final de Martel en este país es persuadir a los habitantes de las ciudades de Rendor para que se unan a los nómadas del desierto en un levantamiento eshandista contra la Iglesia. ¿Me equivoco?

—Martel no confía tanto en mí como para revelarme sus intenciones, pero supongo que ésa constituye su meta.

—Además, suministra armas a los amotinados, ¿no es verdad?

—Lo he oído.

—El siguiente punto es más complicado, Elius, así que os conviene poner atención. El verdadero objetivo que persigue al soliviantar los ánimos consiste en que los caballeros de la Iglesia se vean en la necesidad de acudir a pacificar el país, ¿no es así?

Elius asintió sombríamente con la cabeza.

—Martel no me lo ha planteado de ese modo, pero mi primo me confió el secreto en su última carta.

—Además, el levantamiento está programado para coincidir con la elección del nuevo archiprelado en la basílica de Chyrellos.

—Desconozco esa circunstancia, sir Falquián. Os ruego que me creáis. Posiblemente estéis en lo cierto, pero no puedo afirmarlo.

—Dejaremos este punto por el momento. Me muerde la curiosidad por saber dónde está Martel ahora.

—Ha ido a Dabour para hablar con Arasham. El anciano intenta enardecer a sus seguidores para que empiecen a quemar iglesias y expropiar los terrenos eclesiásticos. Martel se molestó mucho al enterarse y se apresuró a partir hacia Dabour para tratar de contenerlos.

—¿Probablemente porque se han adelantado a sus planes?

—Creo que sí.

—Me parece que habéis confirmado completamente mis sospechas, Elius —aseguró benévolamente Falquián—. Deseo daros las gracias por vuestra colaboración esta noche.

—¿Vais a dejarme en libertad? —preguntó incrédulamente el cónsul.

—Me temo que no. Debido a la vieja amistad que nos une a Martel y a mí, quiero darle una sorpresa cuando llegue a Dabour: por tanto, no puedo correr el riesgo de que le aviséis de mi llegada. En el sótano del monasterio queda una celda vacante. Estoy convencido de que en estos momentos estáis en condiciones de arrepentiros de vuestros actos, y deseo ofreceros la oportunidad de reflexionar sobre vuestros pecados. Según me han informado, la celda resulta bastante confortable. Tiene una puerta, cuatro paredes,

un techo e, incluso, un suelo. —Dirigió una mirada al abad—. *Tiene* suelo, ¿no es cierto?

—Oh, sí —confirmó el religioso—, un hermoso y fresco suelo de piedra.

—¡No podéis hacerme esto! —protestó con voz aguda Elius.

—Falquián —se mostró de acuerdo Kurik—, verdaderamente no podéis confinar a un hombre en una celda de penitente en contra de su voluntad. Violamos las leyes de la Iglesia.

—Oh —exclamó irritado Falquián—. Supongo que tienes razón. Sólo pretendía evitarte ese tipo de trabajo. Adelante pues, toma la otra opción.

—Sí, mi señor —aceptó respetuosamente Kurik al tiempo que, desenvainaba la daga—. Decidme, mi señor abad —inquirió—, ¿tenéis un cementerio en vuestro monasterio?

—Sí, un camposanto bastante cuidado.

—Oh, estupendo. Odio tener que arrastrarlos al exterior y dejarlos a la intemperie a merced de los chacales. —Agarró al cónsul por los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. Luego dispuso el filo de su daga contra la garganta del rastrero personaje—. No durará ni un momento, Su Excelencia —lo consoló con tono profesional.

—Mi señor abad... —imploró Elius.

—Me temo que este asunto queda fuera de mi competencia, Su Excelencia —contestó el superior, con piedad burlona—. Los caballeros de la Iglesia siguen sus propias leyes y no se me ocurriría interferir en sus acciones.

—Por favor, mi señor abad —rogó Elius—. Confinadme en la celda de los penitentes.

—¿Os arrepentís sinceramente de vuestras faltas? —preguntó el abad.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Me siento realmente avergonzado!

—A mi pesar, sir Falquián, debo interceder en favor de este pecador —declaró el abad—. No puedo permitir que le deis muerte hasta que haya hecho las paces con Dios.

—¿Es vuestra decisión final, mi señor abad? —inquirió Falquián.

—Me temo que sí.

—De acuerdo. Cuando haya completado su penitencia, comunicádnoslo. Entonces lo mataremos.

—Desde luego, sir Falquián.

Después que un par de fornidos monjes hubo retirado al tembloroso Elius, los tres hombres comenzaron a reír.

—Una genial interpretación, mi señor —felicitó Falquián al abad—. Habéis utilizado exactamente el tono adecuado.

—No soy un completo novato en este tipo de asuntos, Falquián —respondió el clérigo. Miró astutamente al monumental pandion—. Los pandion tenéis fama de comportaros brutalmente..., en especial en lo que concierne a los prisioneros.

—Yo mismo creo haber escuchado rumores de esa clase —admitió Falquián.

—Pero, realmente, no les infligís ningún daño, ¿no es cierto?

—Generalmente, no. Sin embargo, esa reputación induce a la gente a cooperar. ¿Tenéis idea de lo duro e inconveniente que es torturar a alguien? Los miembros de nuestra orden fueron los que comenzaron a difundir tales rumores acerca de nosotros. Después de todo, ¿qué necesidad hay de trabajar cuando no se precisa?

—Opino exactamente lo mismo, Falquián. Y ahora —dijo ansioso el abad—, ¿por qué no me contáis el incidente de la dama desnuda y del puente, así como cualquier otro suceso que os haya acontecido? Explicádmelo con lujo de detalles. Yo sólo soy un pobre monje enclaustrado que goza de escasas diversiones en esta vida.

Capítulo veinte

—Sephrenia, ¿tenéis que hurgar hasta el fondo? —se quejó Falquián con gesto mohíno.

—No os comportéis como un niño —le contestó la mujer mientras proseguía con la tarea de sacarle con una aguja la astilla de la mano—. Si no la extraemos entera, os supurará.

Después de dejar escapar un suspiro, apretó con tuerza la mandíbula para permitir que Sephrenia continuara tanteando bajo su piel. Observó a Flauta, que se tapaba la boca con las manos, como si quisiera contener la risa.

—¿Lo encuentras divertido? —le preguntó, iracundo.

La pequeña tomó su caramillo y comenzó a interpretar un trino burlesco.

—He reflexionado, Falquián —dijo el abad—. Si Annias dispone de tantos agentes en Jiroch como aquí, en Cippria, ¿no sería más prudente sortear la ciudad para evitar la posibilidad de ser reconocidos?

—Creo que deberemos correr el riesgo, mi señor —contestó Falquián—. Tengo un amigo en Jiroch con el que necesito hablar antes de remontar el río. —Bajó la vista hacia su sayo negro—. Esta vestimenta nos ayudará a pasar inadvertidos.

—Me parece peligroso, Falquián.

—Si actuamos con cuidado, disminuirémos el riesgo.

Kurik, que se había dedicado a ensillar los caballos y distribuir los fardos sobre la mula de carga que le había regalado el abad, entró en la estancia. Llevaba una larga y estrecha caja de madera.

—¿De veras tenéis que acarrear este bulto? —preguntó a Sephrenia.

—Sí, Kurik —respondió entristecida—. Estoy obligada a ello.

—¿Qué hay dentro?

—Un par de espadas. Forman parte del peso que debo soportar.

—Su anchura es demasiada para tan sólo dos espadas.

—Me temo que llegarán otras. —Suspiró, y luego se dispuso a vendar la mano de Falquián con una tira de lino.

—No es necesario cubrirla —objetó éste—. Sólo se trata de una astilla.

La estiria le dirigió una larga e intensa mirada.

—De acuerdo —concedió—. Obrad según os parezca más aconsejable.

—Gracias —dijo Sephrenia, que ataba los cabos de la tela.

—¿Enviaréis un mensaje a Larium, mi señor? —preguntó Falquián al superior.

—En el próximo barco que salga del puerto, sir Falquián.

—No creo que regresemos a Madel —anunció Falquián después de meditar unos instantes—. Algunos compañeros permanecieron allí, alojados en la casa del marqués Lycien.

—Lo conozco —afirmó el abad con un gesto.

—¿Podrías hacerles llegar una misiva también a ellos? Decidles que si las cosas se desarrollan en Dabour según lo previsto, regresaríamos a casa desde allí; por tanto, pueden esperarme en Cimmura.

—Me encargaré de ello, Falquián.

El caballero pandion tiró con aire pensativo del nudo del vendaje.

—No lo toquéis —le advirtió Sephrenia.

—No intento indicar a los preceptores cómo deben actuar —aseguró Falquián tras

apartar la mano—, pero podríais sugerir en vuestra carta que si varios contingentes reducidos de caballeros de la Iglesia circularan por las calles de las ciudades rendorianas, podrían recordar a la población el mal cariz que pueden tomar los acontecimientos si prestan demasiada atención a todos esos rumores.

—De esa forma, podríamos prevenir la necesidad de enviar ejércitos enteros más tarde —se mostró conforme el abad—. Podéis estar seguro de que lo mencionaré en mi informe.

Falquián se puso en pie.

—Me hallo nuevamente en deuda con vos, mi señor abad —declaró—. Siempre os hallo dispuesto a tenderme una mano cuando la preciso.

—Servimos al mismo señor, Falquián —replicó el abad. Después esbozó una sonrisa—. Además —añadió—, me gustan vuestros modales. Aunque los pandion no os comportáis siempre del mismo modo que nosotros, obtenéis resultados, que es lo que importa realmente, ¿no os parece?

—En esta ocasión esperamos que así sea.

—Sed cauteloso en el desierto, amigo mío, y que la suerte os acompañe.

—Gracias, mi señor.

Descendieron hacia el patio central cuando las campanas comenzaban a lanzar su llamada para la plegaria matutina. Kurik sujetó la caja de Sephrenia a la silla de la mula y después montaron todos. Salieron por la puerta principal mientras el sonido de las campanas poblaba el aire del entorno.

Falquián mostraba un aire taciturno cuando llegaron al polvoriento camino costero y se desviaron hacia el oeste en dirección a Jiroch.

—¿Qué ocurre, Falquián? —inquirió Sephrenia.

—He escuchado ese tañido durante diez años —respondió—. De algún modo, intuía que algún día regresaría a ese monasterio. —Se incorporó en la silla—. Resulta un lugar agradable —agregó—. Me apena dejarlo atrás, pero... —Se encogió de hombros y continuó la marcha.

El sol matinal resplandecía intensamente. Su brillo cegador se reflejaba en los eriales de piedra, arena y grava que se extendían al margen izquierdo de la ruta. A la derecha, un abrupto terraplén desembocaba en una playa blanca que preludiaba las intensas aguas azules del Mar Interior. Al cabo de una hora la temperatura era tibia, mas, un rato después, el calor arreciaba.

—¿No existe el invierno en estas latitudes? —preguntó Kurik, al tiempo que se enjugaba el rostro sudoroso.

—Ahora es invierno, Kurik —le respondió Falquián.

—¿Cómo es el verano, entonces?

—Terrible. Obliga a viajar de noche.

—¿A qué distancia queda Jiroch?

—A unas quinientas leguas.

—Tardaremos tres semanas en llegar, como mínimo.

—Me temo que sí.

—Deberíamos haber tomado un barco, con trombas marinas o sin ellas.

—No, Kurik —se mostró en desacuerdo Sephrenia—. Ninguno de nosotros sería útil a Ehlana desde el fondo del mar.

—¿Ese ser que nos persigue no utilizará, de todas maneras, artes mágicas para encontrarnos?

—Al parecer, no posee esa habilidad —replicó la mujer—. Cuando buscaba a Falquián diez años antes, tuvo que interrogar a la gente, lo que indica que no puede localizarlo por sí solo.

—Había olvidado ese detalle —admitió.

Cada mañana se levantaban temprano, incluso antes de que se apagaran las estrellas. Forzaban a los caballos durante aquellas primeras horas matinales, en previsión de la dureza sofocante del sol de mediodía. Cuando el calor se intensificaba, reposaban a la exigua sombra de la tienda que el abad había insistido en entregarles, mientras sus monturas pacían decaídas el escaso forraje disponible bajo el sol cegador. En el momento en que éste descendía hacia poniente, reemprendían la marcha, y, habitualmente, no se detenían hasta bien entrada la noche. Ocasionalmente, encontraban algún oasis, invariablemente rodeado de lujuriosa vegetación. A veces se quedaban allí durante una jornada para dar descanso a los caballos y reponer fuerzas antes de enfrentarse de nuevo al sol implacable.

En uno de aquellos oasis, en el que, de una pendiente rocosa, brotaba un manantial de agua cristalina que iba a acumularse en una balsa azulada circundada de palmeras, recibieron la visita de un caballero pandion de negra armadura. Falquián, vestido únicamente con un taparrabos, acababa de surgir chorreante del agua cuando divisó al jinete que se aproximaba por el oeste. Aun cuando el sol permanecía detrás de él, no proyectaba sombra alguna, y Falquián percibía claramente las colinas que se alzaban detrás del hombre y su montura. Una vez más, advirtió el mismo hedor de osario. A medida que se aproximaba la figura, pudo comprobar que el caballo era poco más que un esqueleto de cuencas vacías. No efectuó ningún intento de empuñar un arma, sino que permaneció temblequeante de pie, a pesar del tórrido calor. El espectro avanzó hacia ellos y, a pocos metros de distancia, refrenó a su famélica montura y, con una lentitud mortal, desenvainó la espada.

—Pequeña madre —dijo con voz hueca a Sephrenia—, he hecho cuanto he podido. —Se llevó la empuñadura del arma hacia la visera a modo de saludo y luego volvió la hoja para ofrecer el puño con su intangible brazo.

Pálida y tambaleante, Sephrenia cruzó la ardiente grava en dirección al caballo y tomó el arma con ambas manos.

—Este sacrificio será recordado —anunció con voz trémula.

—¿Qué significa el recuerdo en la morada de los muertos, Sephrenia? Actué según lo que el deber me ordenaba. Ese esfuerzo representa mi único solaz en el eterno silencio. —Entonces volvió su semblante oculto tras la visera hacia Falquián—. Salud, hermano —dijo con el mismo tono ausente—. Sabed que vuestro rumbo es certero. En Dabour hallaréis la respuesta que necesitamos. Si salís victorioso de vuestra misión, os saludaremos con nuestras vacías ovaciones desde la morada de los muertos.

—Salud, hermano —replicó Falquián con voz perpleja—. Id con Dios.

A continuación el fantasma se esfumó.

Con un largo y estremecedor gemido, Sephrenia se desvaneció. Parecía que el peso de la espada súbitamente materializada la hubiera fulminado.

Kurik corrió hacia ella, enlazó su ligero cuerpo con sus brazos y la trasladó de nuevo a la sombra de las palmeras.

Sin embargo, Falquián caminó con paso resuelto, haciendo caso omiso de la ardiente grava bajo sus pies desnudos, hacia el punto donde había caído la mujer, para recoger la espada de su malogrado compañero.

Tras él oyó el sonido del caramillo de Flauta, que entonaba una melodía nunca escuchada por él hasta entonces. Tenía un halo inquisitivo y estaba impregnada de una profunda tristeza y una especie de doloroso anhelo. Giró sobre sí mismo con la espada en la mano. Sephrenia yacía sobre una manta junto al remanso. Su rostro presentaba un aspecto demacrado y bajo sus ojos cerrados habían aparecido repentinamente unas profundas ojeras. Kurik estaba arrodillado ansiosamente junto a ella, y Flauta, que se

encontraba sentada con las piernas cruzadas a pocos pasos, con el caramillo en los labios, lanzaba al aire su extraña canción, similar a un himno.

Después de atravesar la arena, Falquián se detuvo bajo la sombra. Kurik se levantó y se unió a él.

—No podrá continuar el viaje hoy —aseveró el escudero—, quizá mañana tampoco.

Falquián asintió con la cabeza.

—Esta situación la debilita terriblemente, Falquián —prosiguió gravemente Kurik—. Cada vez que fallece uno de esos doce caballeros, parece languidecer un poco más. ¿No sería mejor que regresara a Cimmura cuando llegemos a Jiroch?

—Seguramente, pero se negará.

—Probablemente estéis en lo cierto —acordó sombríamente Kurik—. No obstante, sabéis perfectamente que ambos podríamos avanzar con mayor rapidez si no nos acompañaran ni ella ni la niña, ¿no es así?

—Sí, pero, ¿qué haríamos sin ella al llegar a nuestro destino?

—Tenéis razón. ¿Habéis reconocido al fantasma?

—Sir Kerris —repuso lacónicamente mientras asentía.

—No llegué a conocerlo íntimamente —admitió Kurik—. Parecía siempre un tanto rígido y ceremonioso.

—A pesar de ese carácter, era un buen hombre.

—¿Qué os ha dicho? Me hallaba demasiado alejado para oírlo.

—Que nuestro rumbo era certero y que en Dabour hallaremos una respuesta.

—Bueno —dijo Kurik—. Esa afirmación infunde ánimos, ¿no? Casi me temía que fuéramos en pos de una sombra.

—La misma impresión tenía yo —reconoció Falquián.

Flauta había dejado a un lado su instrumento y ahora estaba sentada al lado de Sephrenia. Alargó el brazo y tomó entre las suyas la mano de la mujer desvanecida. Aparte de su semblante grave, no reflejaba ninguna otra emoción.

Una idea asaltó a Falquián. Se acercó al lugar donde permanecía postrada Sephrenia.

—Flauta —dijo en voz baja.

La pequeña levantó la mirada hacia él.

—¿Puedes ayudar a Sephrenia?

Flauta sacudió la cabeza con cierta tristeza.

—Está prohibido. —La voz de Sephrenia se elevaba poco más que un susurro; sus ojos permanecían cerrados—. Únicamente aquellos que estuvimos presentes en el ritual podemos acarrear esa carga. —Respiró profundamente—. Id a poneros alguna ropa encima, Falquián —indicó—. No caminéis con ese reducido atuendo delante de la niña.

Permanecieron al resguardo de la sombra junto al remanso durante el resto de ese día y también el siguiente. A la mañana del tercer día, Sephrenia se levantó y comenzó a recoger resueltamente sus pertenencias.

—El tiempo no detiene su curso, caballeros —declaró con tono tajante—. Todavía nos queda buena parte del recorrido.

Falquián la observó detenidamente. Su rostro todavía aparecía macilento y las ojeras aún enmarcaban sus ojos. Cuando ella se inclinó para alcanzar el velo, advirtió varias hebras plateadas en su resplandeciente cabellera negra.

—¿No sería preferible que nos quedáramos otra jornada para que repusierais vuestras fuerzas completamente? —le preguntó.

—No lo lograría de manera apreciable, Falquián —replicó con voz cansada—. Mi estado no puede mejorarse con el reposo. Debemos partir. Queda mucho camino hasta

Jiroch.

Al principio cabalgaron a paso lento, pero, al cabo de pocas millas, Sephrenia habló con cierta dureza:

—Falquián —dijo—, vamos a emplear todo el invierno si continuamos con esta velocidad de paseo.

—De acuerdo, Sephrenia, como vos queráis.

Habían transcurrido unos diez días cuando llegaron a Jiroch. Al igual que Cippria, la ciudad portuaria de la zona occidental de Rendor estaba formada por una explanada con casas bajas de gruesas paredes y techos llanos, recubiertas de argamasa blanca. Falquián los condujo a través de una serie de tortuosos callejones hacia un barrio cercano al río. En esa zona, si bien no eran del todo bien recibidos, se toleraba la presencia de extranjeros. Pese a que la mayoría de los transeúntes eran rendorianos, entre la muchedumbre se observaba una considerable proporción de cammorianos ataviados con vivos colores, un buen número de lamorquianos y, además, algunos elenios. Falquián y sus acompañantes mantuvieron las capuchas levantadas y cabalgaron lentamente para no llamar la atención.

A última hora de la mañana llegaron a una modesta casa situada a cierta distancia de la calle. Su propietario era sir Voren, un caballero pandion, aunque ciertamente poca gente en Jiroch conocía ese detalle. La mayor parte de los habitantes de la ciudad lo consideraban un mercader elenio moderadamente próspero. Efectivamente, se dedicaba al comercio e, incluso, algunos años atrás, había obtenido algunas ganancias nada desdeñables. No obstante, el verdadero objetivo de la presencia de sir Voren en Jiroch no respondía a una cuestión de negocios. Bastantes caballeros pandion vivían anónimamente mezclados con la población, y Voren era su único contacto con la casa principal de Demos. Todos los comunicados e informes pasaban por sus manos antes de viajar ocultos en las cajas y balas de mercancías que embarcaba en el puerto.

Un sirviente de labios flácidos y ojos indiferentes y apagados los condujo a un jardín cercado con paredes y sombreado por higueras, donde manaba el agua de un surtidor de mármol. Junto al muro se extendían parterres de flores primorosamente atendidas, cuyos botones constituían un auténtico agasajo de color para la vista. Voren se encontraba sentado en un banco al lado de la fuente. Era un hombre alto y delgado, y poseía un sarcástico sentido del humor. Los años de residencia en aquel reino sureño habían bronceado su piel hasta dotarla del mismo color que el de una vieja silla de montar. Pese a haber superado los cincuenta años, las canas no habían asomado en su cabello. Sin embargo, su rostro curtido se hallaba profusamente surcado de arrugas. En lugar de jubón, llevaba una camisa de lino de cuello abierto. Se puso en pie al verlos entrar en el jardín.

—Ah, Mahkra —saludó a Falquián, al tiempo que dirigía una breve mirada de soslayo al sirviente—; me alegra volver a veros, viejo amigo.

—Voren —respondió Falquián con una reverencia a la usanza de Rendor, un sinuoso movimiento parecido a una genuflexión.

—Jintal —dijo entonces Voren al criado—, sed buen muchacho y entregad esto a mi administrador del muelle. —Entregó una hoja de pergamino doblada al atezado sirviente.

Aguardaron hasta que el sonido de la puerta principal al cerrarse anunció su partida.

—Es un buen tipo —observó Voren—. Desde luego, totalmente estúpido, pues siempre pongo especial cuidado en contratar a sirvientes que no se distinguen por una mente avispada. Un criado inteligente normalmente es un espía. —Entonces entornó los ojos—. Esperadme aquí un momento —pidió—. Quiero cerciorarme de que ha salido

realmente de la casa. —Cruzó el jardín y penetró en el interior.

—No lo recordaba tan suspicaz —comentó Kurik.

—Esta zona del mundo tensa los nervios a cualquiera —repuso Falquián.

Voren regresó al cabo de un momento.

—Pequeña madre —saludó afectuosamente a Sephrenia antes de besarle las palmas de las manos—. ¿Me otorgaréis vuestra bendición?

La mujer sonrió y, mientras le tocaba la frente, pronunció unas palabras en estirio.

—Lo echaba de menos —confesó—, últimamente mis acciones no me han convertido en un acreedor de bendiciones. —Entonces la observó con más detención—. ¿No os encontráis bien, Sephrenia? —le preguntó—. Vuestro rostro está muy pálido.

—Tal vez se deba al calor —respondió ella, al tiempo que se pasaba lentamente la mano por los ojos.

—Sentaos aquí —indicó Voren, señalando el banco de mármol—. Es el lugar más fresco de todo Jiroch. —Sonrió sardónicamente—. Por desgracia, no significa una garantía de bienestar.

Sephrenia tomó asiento en el banco y Flauta subió a gatas a su lado.

—Bien, Falquián —dijo Voren al estrechar la mano de su amigo—, ¿qué ha provocado vuestro regreso a Jiroch? ¿Olvidasteis algo, tal vez?

—Nada que me impida vivir —replicó secamente Falquián.

Voren soltó una carcajada.

—Sólo para demostrarte mi amistad, no repetiré tus palabras a Lillias. Hola, Kurik. ¿Cómo está Aslade?

—Bien, mi señor Voren.

—¿Y vuestros hijos? Tenéis tres, ¿no es cierto?

—Cuatro, mi señor. El último nació después de que abandonarais Demos.

—Mis felicitaciones —exclamó Voren—, aunque sean algo tardías; de todos modos, me alegro sinceramente.

—Gracias, mi señor.

—Necesito hablar con vos, Voren —indicó Falquián; su intervención interrumpió los agasajos—. No disponemos de mucho tiempo.

—Yo quería convencerme de que esta visita obedecía a las buenas costumbres —suspiró Voren.

Falquián no atendió la réplica.

—¿Vanion ha conseguido enviaros noticias de los últimos incidentes acaecidos en Cimmura?

La sonrisa ligeramente irónica se desvaneció del rostro de Voren, mientras asentía gravemente.

—Ése es uno de los motivos por los que me ha sorprendido veros —explicó—. Tenía entendido que os dirigíais a Borrata. ¿Obtuvisteis algún resultado de los especialistas?

—No totalmente satisfactorio, pero logramos una pista y esperamos llegar a buen fin. —Apretó las mandíbulas—. Voren —dijo sombríamente—, Ehlana fue envenenada.

El presunto comerciante lo miró por un instante y luego soltó una imprecación.

—Me pregunto cuánto tiempo me llevaría regresar a Cimmura —conjeturó con voz helada—. Creo que me encantaría arreglar un poco el físico de Annias. Su porte descabezado resultaría atractivo, ¿no os parece?

—Tendríais que apuntaros en la lista que agrupa al menos a una docena de personas que abrigan la misma idea, mi señor Voren —le aseguró Kurik.

—De cualquier modo —prosiguió Falquián—, hemos averiguado que se trata de una sustancia de origen rendoriano y nos han informado de que un médico de Dabour

probablemente conoce un antídoto; por tanto, nos dirigimos a esa ciudad.

—¿Dónde están Kalten y los demás? —inquirió Voren—. Vanion me comunicaba en su misiva de que os acompañaban él y varios caballeros de las otras órdenes.

—Los dejamos en Madel —respondió Falquián—. Ni su aspecto ni sus modales eran propios de un rendoriano. ¿Habéis oído hablar del doctor Tanjin de Dabour?

—¿Aquel de quien se rumorea que curó al hermano del rey de alguna misteriosa dolencia? Desde luego. Sin embargo, es posible que no quiera hablar de aquel asunto, pues circulan ciertas sospechas acerca del método que utilizó para devolver la salud a sus pacientes, y ya sabéis qué opinión tienen los rendorianos de la magia.

—Lo convenceré para que nos ayude —aseveró Falquián.

—Tal vez os arrepintáis de haber dejado atrás a Kalten y al resto —apuntó Voren—. En estos momentos, Dabour constituye un lugar muy poco hospitalario.

—Tendré que arreglármelas solo. Les he enviado un mensaje desde Cippria para avisarles que vuelvan a casa y me esperen allí.

—¿De qué persona en Cimmura os podéis fiar tanto como para confiarle ese tipo de encargo?

—Fui a visitar al abad de aquel monasterio arciano del lado este de la ciudad. Hace muchos años que lo conozco.

Voren lanzó una carcajada.

—¿Todavía intenta ocultar que es un cirínico?

—¿Lo sabéis *todo*, Voren?

—Me destinaron a este lugar para recabar todo tipo de noticias. Es un buen hombre. Emplea unos métodos bastante pedestres, pero consigue sus propósitos.

—¿Qué sucede en Dabour? —preguntó Falquián—. No me gusta ignorar totalmente la situación que me voy a encontrar.

Voren se tendió en el césped a los pies de Sephrenia, y cruzó las manos en torno a una rodilla.

—Dabour ha sido siempre un sitio extraño —declaró—. Debido a que Eshand proviene de esa población, los nómadas del desierto la consideran como una ciudad santa. En cualquier momento podrían contarse aproximadamente doce facciones enfrentadas entre sí por hacerse con el control de los lugares sagrados. —Sonrió sarcásticamente—. ¿Me creeréis si os digo que existen treinta y tres tumbas en ese lugar que pretenden ser el sepulcro definitivo de Eshand? Seguramente la mayoría son falsas, a menos que hubieran desmembrado al líder tras su muerte y lo hubieran enterrado por partes.

—Podría constituir una explicación —contestó Falquián tras sentarse en la hierba junto a su amigo—. Si nos dedicamos a conjeturas, ¿estaría a nuestro alcance apoyar clandestinamente a una de las facciones para minar la posición de Arasham?

—Pese a ser una estupenda propuesta, por el momento es irrealizable, pues no *existen* otras facciones, Falquián. Después de recibir su epifanía, Arasham se volcó durante cincuenta años a exterminar a todo posible rival. En el centro de Rendor se produjo un baño de sangre de proporciones colosales. En esa zona el desierto está atestado de pirámides de esqueletos. Finalmente, logró el control de Dabour y gobierna allí con tal despotismo que, a su lado, Otha de Zemoch parece una autoridad condescendiente. Dispone de miles de fanáticos seguidores que responden ciegamente a cada uno de sus lunáticos designios. Vagan por las calles con cerebros desecados por el sol y los ojos ardientes en busca de alguna infracción de oscuras leyes religiosas. Hordas de apestosos y piojosos individuos sólo azarosamente humanos acechan por las calles la oportunidad de mandar a sus vecinos a la hoguera.

—Resulta una descripción poderosamente directa —aseveró Falquián. Dirigió la

mirada a Sephrenia. Flauta había empapado un pañuelo en la fuente y se afanaba en mojar suavemente el rostro de la mujer con él. Sorprendentemente, Sephrenia tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de la pequeña como si *ella* fuera la niña—. Entonces, ¿Arasham ha reunido un ejército? —preguntó a Voren.

Este respondió con un resoplido.

—Sólo un idiota llamaría a eso un ejército. No pueden emprender ningún tipo de marcha, porque cada media hora tienen que rezar. Además, obedecen ciegamente incluso las más descabelladas órdenes de ese anciano senil. —Rió ásperamente—. A veces, Arasham sufre dificultades con el lenguaje, lo cual no produce extrañeza, puesto que probablemente es hijo de un cruce con beduino. En una ocasión, durante su campaña en el interior, dio una orden. Quería decir: «Caed sobre el enemigo». En lugar de ello, pronunció: «Caed sobre las espadas», y los tres regimientos acataron fervientemente su mandato. Aquel día Arasham volvió solo a casa mientras intentaba figurarse dónde podía estar el error.

—Habéis permanecido demasiado tiempo en estos parajes —rió Falquián—. Rendor comienza a agriaros el carácter.

—No puedo soportar la estupidez y el desaliño, Falquián, y los seguidores de Arasham creen devotamente en la santidad de la ignorancia y la suciedad.

—Sin embargo, empezáis a desarrollar un fino olfato para la retórica.

—El desdén es un poderoso acicate para la elección de las propias palabras —admitió Voren—. En Rendor no puedo expresar abiertamente lo que pienso, lo que me permite disponer de tiempo sobrado para pulir mis frases en privado. —Su semblante se tornó serio—. Tened mucho cuidado en Dabour, Falquián —le aconsejó—. Arasham cuenta con una veintena de discípulos; incluso reconoce a alguno de ellos. Éstos son quienes controlan realmente la ciudad, al tiempo que compiten en demencia con su maestro.

—¿Tan pésima se presenta la situación?

—Probablemente.

—Debo agradeceros el que siempre procuréis infundirme ánimos, Voren —declaró secamente Falquián.

—Admito mi defecto: siempre intento ver el lado positivo. ¿Ha ocurrido algo en Cippria que yo deba saber?

—Tal vez os interese una noticia —repuso Falquián tras arrancar unas hierbas—. Determinados extranjeros se esfuerzan en propagar la creencia de que el campesinado de los reinos elenios del norte está a punto de rebelarse abiertamente contra la Iglesia inducido por las mismas razones que alienta el movimiento eshandista.

—He escuchado algunos rumores al respecto —confesó Voren—. Aquí, en Jiroch, todavía no se han extendido demasiado.

—Me parece que es sólo cuestión de tiempo. Quien ha planeado el infundio lo ha organizado muy bien.

—¿Tenéis alguna noción de quién está detrás?

—Martel, y todos sabemos para quién trabaja. Su objetivo es exhortar a los habitantes de las ciudades para que se unan a Arasham en un levantamiento contra la Iglesia. La rebelión debe coincidir con el momento en que la jerarquía se reúna en Chyrellos para votar al nuevo archiprelado, pues los caballeros de la Iglesia estarían obligados a acudir a Rendor para apaciguar la situación, con lo que Annias tendría el camino libre y prácticamente segura su elección. Hemos informado de ello a las órdenes militares para que tomen las medidas pertinentes. —Falquián se levantó del suelo—. ¿Cuánto tiempo tardará vuestro sirviente en cumplir el recado? —preguntó—. Supongo que conviene que nos hayamos marchado antes de que regrese. Posiblemente es un

zoquete, pero mi trato con los rendorianos me ha demostrado que acostumbran ser aficionados a los cotilleos.

—Creo que aún disponéis de un rato más. La marcha más rápida de Jintal suele ser la de un placentero paseo. Podéis comer algo y, además os suministraré comida fresca.

—¿Existe algún lugar de confianza para hospedarse en Dabour? —inquirió Sephrenia.

—Ningún lugar es completamente seguro en Dabour, Sephrenia —repuso Voren. Miró a Falquián—. ¿Os acordáis de Perraine? —preguntó.

—¿Un tipo delgado y de pocas palabras?

—El mismo. Se encuentra en Dabour, donde representa el papel de comprador de reses. Se hace llamar Mirrelek y tiene una casa cerca de los almacenes de ganado. Las gentes del desierto lo necesitan, a menos que quieran comerse todo su propio ganado por lo que goza de relativa libertad para moverse por la ciudad. Os proporcionará alojamiento y os evitará problemas. —Voren sonrió maliciosamente—. A propósito de problemas, Falquián —indicó—. Os aconsejo seriamente que salgáis de Jiroch antes de que Lillias se entere de vuestra presencia aquí.

—¿Todavía se siente desgraciada? —preguntó Falquián—. Pensaba que ya habría encontrado a alguien que la consolara.

—Estoy convencido de que ya lo ha hallado, y, probablemente, a varios, pero ya conocéis a Lillias: es rencorosa.

—Le dejé todos los derechos sobre la tienda —arguyó Falquián, un tanto a la defensiva—. Si presta atención al negocio, no debe tener dificultades económicas.

—Me han informado de que se desenvuelve bien, pero ésa no es la cuestión. La afrenta consistió en que le dijisteis adiós y le donasteis vuestro legado por escrito. No le disteis ocasión para gritar, sollozar y amenazaros con suicidarse.

—Imagino que no hubiera podido soportarlo.

—Os habéis comportado con una terrible descortesía hacia ella, amigo mío. A Lillias le encantan las situaciones dramáticas; cuando os escabullisteis a media noche, le robasteis una formidable oportunidad de hacer gala de sus dotes histriónicas. —Voren sonreía abiertamente.

—¿Es verdaderamente necesario que continuéis con ese tema?

—Solamente, como amigo, pretendo ponerlos sobre aviso, Falquián. En Dabour tendréis que enfrentaros a varios miles de fanáticos exacerbados. Aquí, en Jiroch, contáis con Lillias como adversario, y ella resulta doblemente peligrosa.

Capítulo veintiuno

Abandonaron sigilosamente la casa de Voren alrededor de media hora más tarde. Falquián observó detenidamente a Sephrenia mientras subían de nuevo a sus monturas. A pesar de haber transcurrido sólo medio día, ya parecía fatigada.

—¿Podría ese ser que nos persigue generar una tromba de agua en el río? —le preguntó.

La mujer arrugó el entrecejo.

—Es difícil saberlo —replicó—. A mi juicio, no hay suficiente agua. No obstante, las criaturas del inframundo tienen poder para infringir ciertas leyes naturales según sus deseos. —Reflexionó un momento—. ¿Qué anchura alcanza el río? —inquirió.

—Escasa —respondió Falquián—. No existe bastante agua en todo Rendor para generar un solo río ancho.

—Las orillas del río le dificultarían en gran medida la dirección de la tromba —comentó pensativamente—. Recordad el errático rumbo de la que destruyó el barco de Mabin.

—Dadas las circunstancias, debemos arriesgarnos —decidió Falquián—. Estáis demasiado exhausta para cabalgar hasta Dabour. Además, hacia el sur, el calor aumentará.

—No os expongáis a peligros innecesarios por mi causa, Falquián.

—Vos no constituís el único motivo —replicó—. Ya hemos perdido mucho tiempo, y el barco resulta más veloz que los caballos. Permaneceremos cerca de las riberas del río por si debemos abandonar la embarcación apresuradamente.

—Obrad según creáis más conveniente —concluyó la mujer, mientras se arrellanaba livianamente en la silla.

Atravesaron las bulliciosas calles, donde los nómadas del desierto, vestidos con atuendos negros, se entremezclaban con los habitantes de la ciudad y los mercaderes de los reinos norteños, todos ellos ataviados con colores más alegres. Reinaban el ruido y los peculiares aromas rendorianos: especias, perfumes, además del persistente olor del humeante aceite de oliva.

—¿Quién es esa Lillias? —preguntó curiosamente Kurik mientras se encaminaban al río.

—Alguien de quien no tenemos por qué preocuparnos —respondió escuetamente Falquián.

—Si esa persona puede ser peligrosa, yo opino que resulta bastante importante saber quién es.

—Lillias no representa el peligro al que aludes.

—En todo caso, es una mujer, ¿verdad?

Era evidente que Kurik no tenía intención de cejar en el empeño. A Falquián se le agrió la expresión.

—De acuerdo —dijo—. Permanecí diez años en Jiroch. Voren me instaló una pequeña tienda que atendía con el nombre de Mahkra, con la finalidad de disfrazar mi identidad de manera que no pudieran localizarme los secuaces de Martel. Para que la situación fuera verosímil, tenía que parecerme a los comerciantes normales. Como todos poseen alguna amante, yo también necesitaba una. Era Lillias. ¿Satisfecho?

—Perfectamente resumido. La dama tiene mal genio, ¿no es cierto?

—No exactamente, Kurik. Sencillamente, pertenece a ese tipo de mujeres a

quienes les encanta sentirse eternamente agraviadas.

—Oh, ya comprendo. Me gustaría conocerla.

—Te aseguro que luego lo lamentarías. No creo que te agradara soportar sus gritos y sus escenas.

—¿Tan insoportable es?

—¿Por qué imaginas que me escapé en plena noche? ¿Qué te parece si cambiamos de tema?

Kurik comenzó a reír entre dientes.

—Excusad mi risa, mi señor —se disculpó—. Recordaba que, cuando os confesé mi indiscreción con la madre de Talen, tampoco os mostrasteis desbordante de simpatía.

—Bien. Entonces, estamos en paz. —Falquián apretó los labios y aceleró el paso para tratar de alejarse de las risitas de Kurik.

Los muelles que sobresalían por encima del fangoso curso del río Guie constituían una plataforma insegura recubierta de malolientes redes. Allí atracaban docenas de barcos de ancha manga que cubrían el recorrido entre Jiroch y Dabour. Sobre sus cubiertas vagaban marineros de piel atezada vestidos con taparrabos y tocados con telas enrolladas en la cabeza. Falquián desmontó y se aproximó a un individuo tuerto de mala catadura arropado con una amplia túnica rayada. El hombre, desde la cubierta, gritaba órdenes a un trío de marineros con aspecto de haraganes embarcados en una chalana manchada de barro.

—¿Es éste vuestro barco? —inquirió el caballero.

—¿Por qué os interesa saberlo?

—¿Lo alquiláis?

—Depende del precio.

—Podemos acordarlo luego. ¿Cuántos días calculáis que tardaría en llegar a Dabour?

—Tres, quizá cuatro, según sople el viento. —El capitán evaluó con su ojo sano el aspecto de Falquián y sus acompañantes, y, a continuación, su desabrido semblante mudó de expresión al tiempo que esbozaba una zalamera sonrisa—. ¿Por qué no hablamos del precio, noble señor? —sugirió.

Tras un rápido regateo, Falquián hurgó en la bolsa de monedas que le había entregado Voren y contó las piezas de plata antes de depositarlas en la mugrienta mano del barquero, cuya mirada había quedado iluminada al contemplar el portamonedas.

Embarcaron y ataron los caballos en medio del barco mientras los tres marineros soltaban las guindalezas, empujaban la embarcación hacia la corriente e izaban la sesgada vela. Las aguas discurrían perezosas y la fuerte brisa procedente del estrecho de Arcium los impulsaba río arriba con una velocidad aceptable.

—Estad alerta —murmuró Falquián a sus compañeros cuando desensillaban las monturas—. Nuestro capitán parece un negociante independiente atento a las oportunidades. —Caminó en dirección a popa, donde permanecía el tuerto junto al timón—. Intentad manteneros lo más cerca posible de la orilla —les advirtió.

—¿Para qué? —El capitán se mostró súbitamente cauteloso.

—Mi hermana le tiene miedo al agua —improvisó Falquián—. En caso de que os lo indique, aproximad el bote a la ribera para que pueda bajar.

—Vos pagáis el viaje. —El capitán se encogió de hombros—. Se hará según vuestros deseos.

—¿Navegáis de noche? —le preguntó Falquián.

El hombre realizó un gesto negativo.

—Algunos lo hacen, pero yo no. Para mi gusto, existen demasiados troncos y piedras sumergidos, por lo que, al anochecer, atracamos en la orilla.

—Perfecto. Valoro positivamente la prudencia en un marino, pues añade seguridad a la navegación. A propósito de seguridad... —Abrió la pechera de su sayo para mostrar su cota de malla y la pesada espada de hoja ancha prendida en un costado—. ¿Comprendéis lo que intento expresar? —preguntó.

El rostro del capitán se ensombreció de disgusto.

—No tenéis derecho a amenazarme en mi propio barco —tronó.

—Tal como habéis comentado, soy yo quien paga. Vuestra tripulación no me parece de fiar y vuestra propia cara tampoco inspira precisamente confianza.

—No necesitáis mostraros insultante —protestó el capitán, con rostro sombrío.

—Si finalmente llego a la conclusión de que os he juzgado mal, os presentaré mis excusas. Viajamos con algunas pertenencias y preferimos que continúen en nuestro poder. Mis amigos y yo dormiremos en proa. Vos y vuestros hombres podéis estiraros en el lado de popa. Espero que esta disposición no os cause ninguna molestia.

—¿No extremáis las precauciones?

—Vivimos tiempos ajetreados, compadre. Recordadlo, cuando amarremos en la ribera para pasar la noche, haced que vuestros hombres permanezcan en popa y advertidles contra el sonambulismo. Aparte de que una embarcación puede resultar un lugar bastante peligroso para tal práctica, yo tengo el sueño ligero. —Se volvió y regresó junto a sus compañeros.

Las márgenes del río se cubrían de una espesa y exuberante vegetación; no obstante, las colinas que se alzaban detrás de aquellas estrechas franjas de verdor aparecían yermas y rocosas. Falquián y sus amigos se hallaban sentados en la cubierta de proa y, sin perder de vista al capitán y a los marineros, vigilaban cualquier movimiento inusual en el agua. Flauta, que permanecía sobre el bauprés, tocaba su instrumento mientras Falquián conversaba tranquilamente con Sephrenia y Kurik. Puesto que ésta ya conocía las costumbres del país, las instrucciones del caballero iban dirigidas principalmente al escudero. Le advirtió de las múltiples actitudes que podían ser tomadas como un insulto, y de algunas que eran consideradas como sacrílegas.

—¿Quién se inventó todas esas estúpidas reglas? —preguntó Kurik.

—Eshand —repuso Falquián—. Como cualquier demente, hallaba un gran consuelo en los rituales.

—¿Algo más?

—Otro pequeño detalle: si topas por azar con algún cordero, debes hacerte a un lado.

—Repetidme eso —pidió Kurik con tono de incredulidad.

—Representa una norma muy importante, Kurik.

—¿No hablaréis en serio!

—Totalmente. En su juventud, Eshand era un pastor de ovejas y solía enfurecerse cuando alguien pasaba a caballo entre su rebaño. Al llegar al poder, anunció que Dios le había revelado que los corderos eran animales sagrados y, por tanto, todo el mundo debía cederles el paso.

—Eso es una locura —protestó Kurik.

—Por supuesto. Sin embargo, aquí constituye una ley.

—¿No sorprende asimismo que las revelaciones de los dioses elenios siempre parezcan coincidir con los prejuicios de sus profetas? —murmuró Sephrenia.

—¿Estas gentes se comportan en alguna ocasión como personas normales? —inquirió Kurik.

—En realidad, pocas.

A la caída del sol, el capitán atracó el barco en la orilla, y él y sus marineros tendieron camastros en la parte de proa. Falquián se levantó y se encaminó hacia el

centro de la embarcación para acariciar el cuello de *Faran*.

—Quédate despierto —indicó al ruano—. Si observas algún movimiento, avísame.

Faran enseñó los dientes y giró sobre sí hasta encararse resueltamente hacia proa. Falquián le dio una palmada en las ancas y volvió a reunirse con sus amigos.

Tras tomar una cena fría consistente en pan y queso, tendieron las mantas sobre la cubierta.

—Falquián —llamó Kurik cuando ya se había acostado.

—¿Qué, Kurik?

—Acaba de ocurrírseme una idea. ¿Resulta frecuente que la gente entre y salga a caballo de Dabour?

—Normalmente, sí. La presencia de Arasham suele atraer a las multitudes.

—Lo suponía. ¿No pasaríamos más inadvertidos si bajáramos del barco a unas millas de Dabour y entráramos en la ciudad en compañía de uno de los grupos de peregrinos?

—Piensas en todo, ¿eh, Kurik?

—Queda incluido en el precio de mis servicios. A veces los caballeros no atendéis a las cuestiones prácticas. La función de un escudero consiste en prever los contratiempos.

—Te lo agradezco, Kurik.

—No es preciso que aumentéis mi paga —espetó el escudero.

La noche transcurrió sin incidentes y, al alba, los marineros desataron los cabos e izaron nuevamente la vela. Aproximadamente a media mañana atravesaron la ciudad de Kodhl y siguieron la travesía hacia la ciudad santa de Dabour. No parecía existir ningún tipo de reglamentación para el tráfico de navíos, por lo que algunos de ellos chocaban entre sí. Tales sucesos solían ir acompañados de un intercambio de maldiciones e insultos.

Al mediodía del cuarto día Falquián se dirigió a popa para hablar con el capitán tuerto.

—Nos hallamos cerca de nuestro destino, ¿no es así? —preguntó.

—A unas cinco leguas —respondió el capitán mientras giraba ligeramente el timón para esquivar un bote—. ¡Sarnoso hijo de asno! —bramó en dirección al timonel de la otra embarcación.

—¡Ojalá le salgan verrugas a tu madre! —replicó, divertido, el otro.

—Creo que mis amigos y yo desembarcaremos antes de llegar a la ciudad —informó Falquián al capitán—. Queremos merodear libremente antes de encontrarnos con alguno de los seguidores de Arasham, y es muy probable que los muelles estén estrechamente vigilados.

—Constituye una estrategia prudente —acordó el hombre—. Además, tengo la impresión de que posiblemente provocaríais algún alboroto, en el que preferiría no verme envuelto.

—En consecuencia, resulta conveniente para ambos, ¿no es cierto?

A primera hora de la tarde el capitán dirigió la proa del barco hacia una estrecha franja de playa arenosa.

—Es un lugar adecuado para fondear —explicó a Falquián—. Más arriba las orillas se vuelven cenagosas.

—¿Qué distancia debemos recorrer hasta Dabour desde aquí? —le preguntó Falquián.

—Unas cuatro millas.

—Queda bastante cerca.

Los marineros tendieron la pasarela y Falquián y sus amigos hicieron bajar a los caballos y la mula hasta la playa. Apenas hubieron llegado a tierra firme, la tripulación retiró la pasarela e impulsó el bote hacia el centro del cauce con largas pértigas. A continuación el capitán comenzó la maniobra para regresar río abajo. No hubo intercambio de despedidas.

—¿Vais a poder seguir? —preguntó Falquián a Sephrenia, cuyo rostro permanecía demacrado, si bien las ojeras habían comenzado a difuminarse.

—Estoy bien, Falquián —le aseguró la mujer.

—Sin embargo, si perecieran otros caballeros, os resentiríais aún más, ¿verdad?

—No lo sé a ciencia cierta —respondió—. Nunca me he encontrado en una situación similar a ésta. En fin, vayamos a Dabour para entrevistarnos con el doctor Tanjin.

Abandonaron a caballo la playa y, después de atravesar los enmarañados arbustos que la bordeaban, pronto llegaron al polvoriento camino que conducía a Dabour. Otros viajeros, en su mayoría nómadas de hábitos negros cuyos oscuros ojos refulgían de fervor religioso, transitaban la ruta. En una ocasión, se vieron obligados a aproximarse a los márgenes para dejar pasar un rebaño de ovejas. Los pastores, montados en mulas, cabalgaban arrogantemente y bloqueaban deliberadamente la vía con sus animales. Su expresión representaba un claro desafío a quien osara expresar alguna objeción.

—Nunca me han gustado mucho las ovejas —murmuró Kurik—, y aún menos los pastores.

—Es preferible que no perciban tu aversión —le aconsejó Falquián.

—En esta región la carne de cordero constituye el alimento principal, ¿no?

Falquián asintió mudamente.

—¿No resulta poco congruente sacrificar y comer animales sagrados?

—La coherencia no es una de las características más destacables de la mentalidad rendoriana.

Mientras pasaba el rebaño, Flauta tomó su caramillo e interpretó una melodía peculiarmente disonante. Repentinamente, las ovejas enloquecieron y, tras arremolinarse durante un instante, partieron en estampida hacia el desierto perseguidas a la carrera por los ansiosos pastores. Flauta se tapó la boca para contener una risita.

—Deja de tocar esos sonidos estridentes, Flauta —la reprendió Sephrenia.

—¿Ha ocurrido de veras lo que yo he creído ver? —inquirió asombrado Kurik.

—A mí no me sorprende tanto —repuso Falquián.

—¿Sabéis que aprecio mucho a esa niña? —indicó Kurik, sonriente.

Prosiguieron el camino detrás de una multitud de peregrinos. Poco después, al coronar un altozano, divisaron la ciudad de Dabour a sus pies. Estaba compuesta por las habituales casas encaladas que se arracimaban junto al río, además de una gran extensión de espaciosa tiendas negras que cubrían una explanada. Falquián se protegió los ojos de la luz con la mano y examinó la población.

—Los corrales se encuentran por ese lado —informó, al tiempo que señalaba los límites orientales de la ciudad—. Supongo que ahí encontraremos a Perraine.

Al descender la colina, evitaron la cercanía de los edificios y tiendas de la parte meridional de Dabour. Cuando se disponían a atravesar un campamento de nómadas que los separaba de los establos, un hombre barbudo con una cadena de bronce adornada con un pedazo de cristal colgada del cuello surgió de detrás de una tienda para cortarles el paso.

—¿Adónde pensabais ir? —preguntó. A un imperioso gesto realizado con la mano, doce hombres, vestidos como él de negro y armados con largas picas, se reunieron en torno a él.

—Debemos atender unos negocios en la zona de los establos, noble señor —respondió suavemente Falquián.

—Oh, ¿de veras? —dijo despectivamente—. No veo vacas por ningún sitio. —Miró a sus seguidores con una afectada sonrisa de autoestima, como si se hallara terriblemente satisfecho por su agudeza.

—Las vacas aparecerán un poco más tarde, noble señor —explicó Falquián—. Nosotros nos hemos adelantado para realizar los preparativos.

El sujeto del colgante se rascó las cejas mientras se esforzaba en encontrar alguna objeción.

—¿Sabéis quién soy yo? —preguntó finalmente en tono beligerante.

—Me temo que no, noble señor —se disculpó Falquián—. No he tenido el placer de conoceros.

—Os creéis muy listo, ¿eh? —indicó el oficioso individuo—. Vuestras melifluas respuestas no me engañan.

—No era mi intención engañaros, compadre —replicó Falquián, con la voz próxima a alterársele—. Me limitaba a guardar los modales de cortesía.

—Yo soy Ulesim, discípulo favorito del santo Arasham —anunció el hombre de la barba, al tiempo que se golpeaba el pecho con el puño.

—Me complace sumamente el honor de haberos encontrado —aseguró Falquián, con una inclinación.

—¿Eso es cuanto tenéis que decir? —exclamó Ulesim, con los ojos desorbitados ante el imaginario insulto.

—Tal como os he confesado, me siento sumamente honrado. No esperaba ser recibido por una personalidad tan ilustre.

—Mi presencia aquí no responde a ningún tipo de formalidad, guardián de vacas. He venido para tomaros bajo mi custodia. Bajad de los caballos.

Falquián evaluó la situación con una larga mirada. Luego descendió del caballo y ayudó a desmontar a Sephrenia.

—¿Qué significa toda esta comedia? —le preguntó ella al oído mientras depositaba a Flauta en el suelo.

—Supongo que se trata de un fanfarrón que intenta darse aires de importancia —susurró Falquián—. Como no nos conviene provocar altercados, haremos lo que nos mande.

—Llevad a los prisioneros a mi tienda —ordenó con grandilocuencia Ulesim tras unos instantes de indecisión, pues, al parecer, el discípulo favorito de Arasham no sabía qué disposición tomar a continuación.

Los lanceros se aproximaron con aire amenazador y uno de ellos los condujo a una tienda coronada por un desmayado pendón confeccionado con un sucio trapo de color verde.

Kurik presentaba un semblante airado.

—Aficionados —murmuró—. Llevan esas picas como si fueran cayados de pastor. Además, ni siquiera nos han registrado para comprobar si vamos armados.

—Serán unos aficionados, Kurik —concedió quedamente Sephrenia—, pero han logrado apresarlos.

—No por mucho tiempo —gruñó Kurik mientras hacía ademán de empuñar la daga que llevaba bajo el sayo—. A través de un agujero en la tienda podremos reemprender nuestro camino.

—No —se mostró en desacuerdo Falquián—. Si escapáramos, tendríamos todo un ejército de enfurecidos fanáticos que, en menos de dos minutos, seguirían nuestros pasos para darnos caza.

—¿Pretendéis que permanezcamos sentados tranquilamente? —preguntó Kurik con incredulidad.

—Deja que yo me encargue de este asunto, Kurik.

Soportaron la sofocante tienda durante el transcurso de unos minutos.

Después, entró Ulesim, seguido de cerca por dos de los hombres de su séquito.

—Vais a decirme vuestro nombre, guardián de vacas —anunció con arrogancia.

—Me llamo Mahkra, señor Ulesim —respondió dócilmente Falquián—, y éstos son mi hermana, su hija y mi sirviente. ¿Puedo preguntaros por qué hemos sido detenidos?

—Algunas personas rehúsan aceptar la santa autoridad de Arasham —declaró Ulesim tras entornar los ojos—. Yo, Ulesim, su discípulo predilecto, me he propuesto acabar con esos falsos profetas y enviarlos a la hoguera. El bendito Arasham ha depositado por completo su confianza en mí.

—¿Todavía existen rebeldes? —inquirió Falquián con leve sorpresa—. Creía que toda oposición a Arasham había sido desterrada hace décadas.

—¡No del todo! ¡No del todo! —casi chilló Ulesim—. Aún hay conspiradores escondidos en el desierto o que merodean por las ciudades. No descansaré hasta haber exterminado a cada uno de esos criminales y haberlos entregado a las llamas.

—No debéis sospechar de mí ni de mis acompañantes, señor Ulesim —le aseguró Falquián—. Nosotros reverenciamos al sagrado profeta de Dios y le brindamos homenaje en nuestras plegarias.

—Vuestras palabras no representan ninguna prueba, Mahkra. ¿Podéis demostrarme vuestra identidad y garantizar que habéis venido con legítimas intenciones a la ciudad sagrada? —El fanático personaje sonrió a sus dos escoltas como si acabara de realizar un tremendo descubrimiento.

—Oh, sí, señor Ulesim —repuso tranquilamente Falquián—, creo que puedo hacerlo. Hemos venido a parlamentar con un comprador de ganado llamado Mirrelek. ¿Acaso lo conocéis?

—¿Por qué motivo el discípulo favorito de Arasham ha de tener trato alguno con un vulgar comprador de vacas? —replicó Ulesim, henchido de orgullo.

Uno de los subalternos del discípulo se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. La expresión de Ulesim perdió su firmeza y, finalmente, expresó cierto asomo de temor.

—Mandaré aviso a ese mercader de reses que habéis mencionado —declaró de mala gana—. Si confirma vuestra versión, vuestros problemas habrán finalizado; en caso contrario, os llevaré hasta el propio Arasham para que os juzgue.

—Como desee el señor Ulesim —accedió Falquián con una reverencia—. Si dieseis instrucciones a vuestro mensajero de que comunicara a Mirrelek que Mahkra está aquí y le envía saludos de la pequeña madre, estoy convencido de que vendrá a aclarar este asunto.

—Será preferible para vos —sentenció con tono amenazador el barbudo discípulo. Se volvió en dirección al ayudante que le había murmurado al oído—. Id a buscar a ese Mirrelek. Repetidle las palabras que ha pronunciado este vaquero e indicadle que yo, Ulesim, discípulo predilecto del santo Arasham, le ordeno que se presente aquí inmediatamente.

—Inmediatamente, agraciado por el profeta —replicó el individuo antes de salir de la tienda.

Ulesim lanzó una mirada furiosa a Falquián y después se retiró, seguido del otro sicofante.

—Todavía conserváis vuestra espada, Falquián —señaló Kurik—. ¿Por qué no se la habéis clavado a ese charlatán? Yo podría haberme ocupado de los otros dos.

—No era necesario —respondió Falquián, al tiempo que se encogía de hombros—. Conozco lo bastante a Perraine como para suponer que habrá logrado convertirse en alguien indispensable para Arasham. Dentro de poco estará aquí y pondrá en su lugar al petulante discípulo predilecto del santo Arasham.

—¿No os arriesgáis demasiado, Falquián? —preguntó Sephrenia—. ¿Qué sucedería si Perraine no reconoce el nombre de Mahkra? Según creo, vos os encontrabais en Jiroch, y él ha permanecido en Dabour durante años.

—Quizá no recuerde el nombre que yo utilizaba en Rendor —contestó Falquián—, pero sin ningún asomo de dudas quedará alertado por el vuestro, pequeña madre. Es una contraseña muy antigua. Los pandion la usan desde hace tiempo.

—Me siento muy halagada —exclamó la mujer tras un parpadeo—, pero, ¿por qué no me lo había dicho nadie?

Falquián se volvió hacia ella sorprendido.

—Todos pensábamos que ya lo sabíais.

Había transcurrido un cuarto de hora aproximadamente cuando Ulesim entró escoltando a un hombre delgado y taciturno ataviado con una túnica a rayas. Los modales del discípulo eran obsequiosos y su semblante reflejaba preocupación.

—Éste es el individuo al que os hacía referencia, honorable Mirrelek —informó servilmente.

—Ah, Mahkra —saludó Mirrelek, adelantándose para estrechar cálidamente la mano de Falquián—. Cuánto me alegra volver a veros. ¿En qué consiste ese problema que os ha detenido?

—Un ligero malentendido —respondió Falquián mientras realizaba una leve inclinación dirigida a su compañero pandion.

—Bien, ahora ya se ha solucionado. —Sir Perraine dirigió la mirada al discípulo predilecto—. ¿No es cierto, Ulesim?

—D... desde luego, honorable Mirrelek —tartamudeó Ulesim, con el rostro ostensiblemente pálido.

—¿Qué demonios os poseyeron para detener a mis amigos? —inquirió Perraine con tono suave, que, sin embargo, denotaba cierta aspereza.

—Yo... yo sólo trato de proteger al santo Arasham.

—¿Os ha solicitado él vuestra protección?

—Bueno, no constituyó una petición explícita.

—Comprendo. Os habéis comportado como un valiente, Ulesim. No obstante, no ignoráis qué piensa el santo Arasham de los que actúan independientemente, sin recibir instrucciones suyas. Muchos de ellos han sido decapitados por haber obrado libremente.

Ulesim comenzó a temblar violentamente.

—De todas formas, estoy convencido de que os perdonará cuando le relate este incidente. Un hombre de menor categoría hubiera sido enviado al patíbulo inmediatamente, pero vos sois su discípulo predilecto, ¿no es cierto? ¿Tenéis algo más que añadir, Ulesim?

El hombre sacudió mudamente la cabeza con el rostro mortalmente descolorido.

—Puesto que la situación se ha aclarado, mis amigos y yo partiremos ahora. ¿Venís, Mahkra? —Sir Perraine avanzó hacia la salida.

Mientras cruzaban el campamento de tiendas que se habían asentado a las afueras de Dabour, Perraine les expuso con detalle la catastrófica situación actual del mercado de reses. Las tiendas que contemplaban parecían haber sido instaladas al azar, sin ninguna distribución semejante a un trazado de calles. Bandadas de chiquillos desaliñados corrían y jugaban en la arena, mientras alicaídos perros se levantaban del lado sombreado de cada una de las tiendas junto a las que pasaban para ladrarles con

indiferencia unas cuantas veces antes de volver a tenderse a siestear.

La morada de Perraine se situaba en un edificio cuadrado ubicado en el centro de un solar invadido de malas hierbas que se extendía más allá del campamento.

—Entrad —les indicó el caballero al llegar a la puerta—. Quiero que me expliquéis detenidamente todo lo relacionado con ese rebaño de vacas que está en camino.

El interior de la casa, compuesto de una única habitación, resultaba fresco y umbrío. A un lado se veían rudimentarios instrumentos de cocina, y al otro, una cama deshecha. Un buen número de cántaros porosos que pendían de las vigas del techo chorreaban gotas de agua que formaban pequeños charcos en el suelo. El centro de la estancia lo ocupaban una mesa y un par de bancos.

—Realmente no destaca por su lujo —se disculpó Perraine.

Falquián miró significativamente hacia la solitaria ventana de la parte trasera, pues no se hallaba cerrada totalmente.

—¿Podemos hablar sin peligro? —preguntó en voz baja.

—Oh, sí, Falquián —replicó Perraine con una carcajada—. En mis ratos libres me he entretenido en cultivar un espino fuera de la ventana. Os sorprendería comprobar su altura y las espinas tan largas que posee. Tenéis buen aspecto, amigo mío.

Perraine hablaba con una leve huella de acento extranjero. A diferencia de la mayoría de los pandion, de procedencia elenia, él provenía de un lugar perdido en las vastas llanuras de Eosia central. Desde siempre, Falquián le profesaba un gran aprecio.

—Observo que os habéis habituado a hablar, Perraine —puntualizó Sephrenia—. Antes, por lo general, permanecíais en silencio.

—Era debido a mi acento, pequeña madre —repuso con una sonrisa—. Temía que la gente se riera de mí. —Tomó las muñecas de la mujer y, tras besarle las palmas, le pidió su bendición.

—¿Os acordáis de Kurik? —indicó Falquián.

—Por supuesto —respondió Perraine—. Él me entrenó en el manejo de la lanza. Hola, Kurik. ¿Cómo está Aslade?

—Muy bien, sir Perraine —contestó Kurik—. Le diré que os habéis interesado por ella. ¿Qué diantre significaba la escena que habéis representado con Ulesim?

—Se trata de uno de los numerosos aduladores entrometidos que se han unido a Arasham.

—¿Es realmente discípulo suyo?

Perraine soltó un bufido.

—Dudo incluso de que Arasham conozca su nombre —explicó—. Aunque, en ciertos días, Arasham ni siquiera recuerda el suyo. Existen docenas de tipos como Ulesim. Se autodenominan discípulos y se dedican a importunar a las gentes honestas. Probablemente ahora se encuentra a varias millas de distancia, en rápida marcha hacia el desierto. Arasham se conduce rígidamente con las personas que proponen el discreto grado de autoridad que les otorga. ¿Por qué no tomamos asiento?

—¿Cómo habéis conseguido acumular tanto poder, Perraine? —inquirió Sephrenia—. Ulesim se comportaba como si vuestras palabras tuvieran un carácter regio.

—No me ha resultado difícil —respondió—. Arasham sólo tiene dos dientes en la boca, que, además, se encaran entre sí. En determinadas ocasiones le regalo un tierno ternero de leche como prueba de mi inexpresable fervor por su persona. Los ancianos prestan gran atención a las necesidades de su estómago, y, en consecuencia, Arasham me agradece profusamente estos detalles. Los discípulos, al percibir este trato favorable, me dispensan una cierta deferencia. Ahora contadme qué os ha traído a Dabour.

—Voren nos sugirió que acudiéramos a vos —le informó Falquián—. Necesitamos contactar con una persona de la ciudad y no deseamos levantar sospechas.

—Mi casa es vuestra —declaró irónicamente Perraine—, por muy humilde que sea. ¿Con quién deseáis encontraros?

—Con un médico llamado Tanjin —repuso Sephrenia, al tiempo que se quitaba el velo.

Perraine la miró con detenimiento.

—Ciertamente estáis demacrada, Sephrenia —apuntó—, pero, ¿no podríais haber encontrado un médico en Jiroch?

—No deseo que me examine a mí, Perraine —lo disuadió—. Buscamos su opinión en relación a otra persona. ¿Conocéis al tal Tanjin?

—Es muy conocido aquí, en Dabour. Pese a que su consulta se halla en una rebotica del mercado central, su casa permanece bajo vigilancia. Corren rumores de que realiza prácticas mágicas en algunas ocasiones, y los fanáticos tratan de atraparlo en una de esas situaciones.

—Será preferible caminar hasta la plaza, ¿no os parece? —propuso Falquián.

Perraine asintió.

—Aguardaremos a la caída del sol —agregó Falquián—; así dispondremos de la oscuridad precisa en el caso de que nos sea necesaria.

—¿Queréis que os acompañe? —preguntó Perraine.

—Conviene que vayamos Sephrenia y yo solos —replicó Falquián—. Vos debéis permanecer en este lugar, nosotros no. Si Tanjin está considerado como una persona poco recomendable, visitarlo podría menoscabar vuestra reputación.

—Manteneos alejado de los callejones, Falquián —gruñó Kurik.

Falquián hizo una señal a Flauta y la pequeña se le acercó. El caballero le puso las manos sobre los hombros y la miró fijamente a la cara.

—Quiero que te quedes aquí con Kurik —le advirtió.

La niña lo observó gravemente y después torció impudicamente la mirada.

—Escúchame bien, señorita —le ordenó—. Hablo en serio.

—Debéis pedirselo, Falquián —le aconsejó Sephrenia—. No intentéis imponérselo.

—Por favor, Flauta —imploró—. ¿Serás tan amable de quedarte aquí?

La pequeña sonrió dulcemente y, tras unir las manos, esbozó una reverencia.

—¿Veis lo fácil que resulta? —indicó Sephrenia.

—Ya que tenemos tiempo suficiente, os prepararé algo de comer —anunció Perraine mientras se ponía en pie.

—¿Sabéis que tenéis todas las botellas agujereadas, sir Perraine? —observó Kurik, a la vez que señalaba las vasijas prendidas de las vigas.

—Sí —respondió Perraine—. A pesar de que ensucian el suelo, ayudan a refrescar el ambiente. —Se acercó al hogar y, con ayuda de pedernal, eslabón y yesca, encendió una pequeña hoguera que alimentó con ramitas y retorcidos troncos de arbustos del desierto. A continuación, puso una olla al fuego, tomó una sartén y, tras verter aceite en ella, la depositó sobre las brasas. Cuando el aceite comenzó a humear, echó varios trozos de carne en el recipiente—. Siento no poder ofreceros más que cordero —se disculpó—. No esperaba ninguna visita. —Sazonó abundantemente la carne con especias para mitigar su aroma y luego llevó los platos a la mesa. Regresó junto a la chimenea y abrió una vasija de barro, de donde tomó una pizca de té que tiró en una taza. Después abocó en ella la olla de agua caliente—. Para vos, pequeña madre —declaró, presentándole la taza con un florido ademán.

—¡Qué detalle más encantador! —agradeció la mujer—. Sois muy gentil,

Perraine.

—Mi vida está consagrada al servicio del prójimo —sentenció con grandilocuencia. Llevó higos frescos y una porción de queso a la mesa y, después, situó la humeante sartén en el centro.

—Os habéis equivocado de oficio, amigo mío —le comunicó Falquián.

—Hace mucho tiempo que aprendí a cocinar para mí. Podría pagar a un criado, pero no me fío de los desconocidos. —Se sentó—. Tened mucho cuidado ahí afuera, Falquián —le previno cuando se disponían a comer—. Los seguidores de Arasham tienen serrín en el cerebro y están obsesionados con la idea de atrapar a alguien que cometa alguna infracción, por insignificante que sea. Arasham predica todas las tardes, después de la caída del sol, y, de algún modo, siempre logra inventar una nueva prohibición.

—¿Cuál es la última? —preguntó Falquián.

—Matar moscas. Asegura que son los mensajeros de Dios.

—¿En serio?

Perraine se encogió de hombros.

—A las graves limitaciones de su imaginación, hay que añadir que se le están agotando los objetos de prohibición. ¿Queréis un poco más de cordero?

—Gracias, Perraine —repuso Falquián, quien, en su lugar, tomó un higo—, sin embargo, me resultaría imposible ingerir más de una tajada de cordero.

—¿Una al día?

—No. Una por año.

Capítulo veintidós

El sol había adoptado una tonalidad ígnea en el cielo de poniente cuando Falquián y Sephrenia entraron en la plaza central de Dabour. Los reflejos de la luz del atardecer bañaban las paredes de los edificios y los rostros de los viandantes con su resplandor rojizo. Sephrenia llevaba el brazo izquierdo apoyado en un rudimentario cabestrillo, y Falquián la sujetaba solícitamente al caminar.

—Se encuentra cerca —indicó en voz baja mientras señalaba con la cabeza el otro extremo del recinto.

Antes de atravesar la multitud que se arremolinaba en el centro de la plaza, Sephrenia se ajustó el velo sobre la faz.

De trecho en trecho, apoyados en los muros de las construcciones, contemplaban a encapuchados nómadas del desierto que, ataviados con oscuros ropajes, escrutaban atentamente cada rostro con la mirada impregnada de sospecha.

—Verdaderos creyentes —murmuró sarcásticamente Falquián—. En todo momento se dedican a acechar los pecados de los demás.

—Siempre se han producido situaciones similares, Falquián —replicó la mujer—. El fariseísmo, pese a ser la menos atractiva, es una de las características más frecuentes del hombre.

Después de pasar delante de uno de los vigías penetraron en la maloliente botica. El boticario era un mofletudo hombrecillo con ademanes aprensivos.

—No sé si accederá a atenderos —declaró cuando preguntaron por el doctor Tanjin—. Como sabéis, lo espían.

—Sí —respondió Falquián—. Hemos descubierto a varios centinelas afuera. Os ruego le informéis de nuestra presencia. Mi hermana se ha roto el brazo y necesita atención médica.

El nervioso boticario se escabulló hacia el interior a través de una entrada protegida con cortinas. Al cabo de unos instantes había regresado.

—Lo siento —se disculpó—. No desea visitar a ningún paciente nuevo.

—¿Cómo puede negarse un médico a atender a un herido? —exclamó con tono indignado Falquián—. ¿Acaso su juramento profesional pierde valor en Dabour? En Cippria, los médicos se comportan más honorablemente. Mi buen amigo, el doctor Voldi nunca desdeñaría prestar su ayuda a un enfermo o a un accidentado.

Después de un momento de tensión, las cortinas se abrieron. El hombre que asomó la cabeza entre ellas poseía una prominente nariz, un flácido labio inferior, grandes orejas y unos ojos débiles y acuosos.

—¿Habéis mencionado al doctor Voldi? —inquirió con voz aguda y nasal—. ¿Lo conocéis?

—Desde luego —respondió Falquián—. Se trata de un hombre bajito que está quedándose calvo y se tiñe el pelo, pero pese a ello, tiene un alto concepto de su propia persona.

—En efecto, ése es Voldi. Traed a vuestra hermana aquí atrás rápidamente. Nadie debe veros.

Falquián tomó el brazo derecho de Sephrenia y la condujo a la trastienda.

—¿Alguien os ha visto entrar? —preguntó azorado el narigudo individuo.

—Creo que un considerable número de personas —repuso Falquián con un encogimiento de hombros—. Se alinean en las paredes de la plaza como buitres para

tratar de detectar algún olor pecaminoso.

—En Dabour resulta peligroso hablar de ese modo, amigo mío —le advirtió Tanjin.

—Tal vez. —Falquián miró en torno a sí. Un completo desorden reinaba en la estancia, cuyos rincones se hallaban repletos de cajas de madera abiertas y libros apilados. Un obstinado abejorro daba cabezazos contra los sucios cristales de la única ventana de la pieza. El mobiliario se componía de un camastro junto a una pared, varias sillas de respaldo rígido y una mesa de madera en el centro—. ¿Queréis que os informe del objeto de nuestra visita, doctor Tanjin? —sugirió.

—De acuerdo —accedió el médico, luego indicó a Sephrenia—. Sentaos aquí y os echaré un vistazo a ese brazo.

—Si os resulta gratificante, podéis examinarlo, doctor —repuso ésta, al tiempo que tomaba una silla y liberaba el brazo del cabestrillo. Se arremangó y mostró un brazo sorprendentemente juvenil.

El doctor miró dubitativamente a Falquián.

—Comprenderéis que este gesto no indica un atrevimiento con vuestra hermana, sino un procedimiento necesario para el examen.

—Por supuesto, doctor.

Tras tomar aliento, Tanjin inclinó arriba y abajo la muñeca de Sephrenia varias veces. Luego deslizó suavemente los dedos por el antebrazo y le dobló el codo. Tragó saliva y palpó la parte superior de la extremidad. Luego le hizo subir y bajar el brazo, y, finalmente, le tocó levemente el hombro. Entornó los ojos.

—Su brazo está en perfecto estado —dictaminó en tono acusador.

—Por cierto, sois muy amable con vuestro diagnóstico —murmuró Sephrenia antes de alzarse el velo.

—*¡Madame!* —exclamó desconcertado el médico—. ¡Cubrios el rostro!

—Oh, seamos serios, doctor —concluyó la mujer—. No hemos venido aquí para buscar consejo sobre brazos o piernas.

—¡Sois espías! —jadeó.

—En cierta manera —respondió plácidamente la estiria—. Pero incluso los espías tienen derecho a consultar a los médicos.

—Marchaos inmediatamente —les ordenó.

—Acabamos de entrar —objetó Falquián mientras se bajaba la capucha—. Adelante, hermana —indujo a Sephrenia—. Explicadle a qué se debe nuestra visita.

—Decidme, Tanjin —comenzó la mujer—, ¿significa algo para vos el nombre «darestim»?

El hombre retrocedió atemorizado, aproximándose a las cortinas.

—No seáis modesto, doctor —intervino Falquián—. Corre el rumor de que vos curasteis al hermano del rey y a varios de sus sobrinos de un envenenamiento con darestim.

—No existe ninguna prueba de ello.

—Yo no preciso ninguna. Necesito una cura. Una amiga nuestra sufre el mismo mal.

—No existe ningún antídoto ni tratamiento que frene la acción del darestim.

—En ese caso, ¿cómo sigue todavía con vida el hermano del rey?

—Trabajáis para ellos —los acusó el doctor mientras señalaba vagamente en dirección a la plaza—. Intentáis tenderme una trampa para que confiese.

—¿Quién sospecháis que ha comprado nuestros servicios?

—Los fanáticos seguidores de Arasham. Tratan de probar que practico la brujería.

—¿Es cierto?

El médico se encogió sobre una silla.

—Idos, os lo ruego —imploró—. Estáis poniendo mi vida en grave peligro.

—Como seguramente habréis deducido, doctor —señaló Sephrenia—, no somos rendorianos. Nosotros no compartimos los prejuicios de vuestros conciudadanos y, por ello, no nos ofende el uso de la magia. En nuestro país de origen su práctica se halla muy extendida.

El hombre pestañeó, indeciso.

—La amiga que he mencionado antes es una persona muy importante para nosotros —le explicó Falquián—. Estamos dispuestos a cualquier cosa con tal de hallar un remedio contra ese veneno. —Para dar énfasis a sus palabras, abrió su sayo—. Cualquier cosa.

El doctor Tanjin observó pasmado su cota de malla y la espada envainada.

—No es necesario amenazar al doctor, querido hermano —opinó Sephrenia—. Estoy convencida de que nos describirá gustosamente la cura que descubrió. Después de todo, es un médico.

—Señora, no sé a qué os referís —exclamó desesperadamente Tanjin—. No se ha hallado ningún remedio contra el darestim. No sé dónde habréis escuchado esos rumores, pero puedo aseguraros que son completamente falsos. Yo no practico la magia. —Dirigió otra rápida y furtiva mirada hacia las cortinas.

—Pero el doctor Voldi de Cippria nos aseguró que devolvisteis la salud a los miembros de la familia real.

—Supongo que sí, pero habían tomado otro veneno.

—¿Cuál era?

—Hum... Creo que porgutta —mintió ostensiblemente.

—En ese caso, ¿por qué el rey os mandó llamar a vos, doctor? —lo acorraló la mujer—. Una sencilla purga dejaría el cuerpo limpio de porgutta. Cualquier aprendiz podría haberlo solucionado. Por tanto, no se trataba de una intoxicación común.

—Hum..., quizá no recuerde exactamente la pócima utilizada.

—Me parece, querido hermano —señaló Sephrenia a Falquián—, que el buen doctor necesita alguna prueba concreta que le confirme que puede confiar en nosotros y que, realmente, no tiene nada que temer. —Miró al irritante abejorro que todavía insistía en abrirse camino a través del cristal—. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué no se ven nunca abejorros por la noche, doctor? —preguntó al asustado médico.

—Nunca se me había ocurrido pensarlo.

—Tal vez os resultaría útil. —Entonces comenzó a murmurar unas palabras en estirio mientras sus dedos se movían para formar un hechizo.

—¿Qué hacéis? —exclamó Tanjin—. ¡Deteneos! —Se aproximó a ella con la mano extendida, pero Falquián lo contuvo.

—No intervengáis —le advirtió el fornido caballero.

En ese momento, Sephrenia alargó el dedo y liberó el conjuro.

Al zumbido de las alas de un insecto se sumó de pronto una vocecilla aflautada que cantaba alegremente en una lengua desconocida para los hombres. Falquián miró rápidamente a la ventana velada por el polvo. El abejorro había desaparecido y en su lugar revoloteaba una diminuta figura de mujer; el ser que describían las leyendas folklóricas súbitamente se había materializado. Rubios cabellos caían en cascada sobre sus hombros, entre las translúcidas alas. Su minúsculo cuerpo desnudo estaba configurado con armonía y la belleza de su cara dejaría a un hombre sin aliento.

—Ése es el aspecto que creen tener los abejorros —declaró plácidamente Sephrenia—. Quizá su aspiración sea real: de día, vulgares insectos, pero maravillosas criaturas durante la noche.

Tanjin, boquiabierto y con los ojos desorbitados, se había desplomado sobre su enmarañado lecho.

—Ven aquí, hermanita —canturreó Sephrenia con la mano extendida en dirección al fantástico ser.

El hada descendió veloz, y, mientras agitaba sus transparentes alas, su escuálida voz comenzó a elevarse. Después se sentó delicadamente sobre la palma de Sephrenia, la cual se volvió y estiró la mano hacia el azorado médico.

—¿No es hermosa? —preguntó—. Si os place, podéis sostenerla, pero sed cauteloso con su aguijón. —Señaló la diminuta varilla que el hada empuñaba.

Tanjin se echó atrás y escondió las manos.

—¿Cómo habéis conseguido que apareciera este ser? —inquirió con voz trémula.

—¿Vos no podéis crear algo semejante? En ese caso, deben de ser falsas las acusaciones de que sois objeto, pues se trata de un hechizo muy sencillo, incluso bastante rudimentario.

—Como podéis ver, doctor —indicó Falquián—, no somos aprensivos en lo que respecta a la magia. Podéis hablar libremente con nosotros sin temor a que os denunciemos a Arasham o a uno de sus secuaces.

Tanjin selló los labios y continuó con la atención fija en el hada, que, sentada tranquilamente en la palma de Sephrenia, todavía batía sus alas.

—No seáis obstinado, doctor —le aconsejó Sephrenia—. Sólo tenéis que decírnos cómo curasteis al hermano del rey y luego saldremos de aquí.

Tanjin comenzó a retroceder para alejarse de ella.

—Me parece, querido hermano, que desperdiciamos nuestro tiempo en este lugar —dijo a Falquián—. El buen doctor se niega a colaborar. —Levantó la mano—. Vuela, pequeña hermana —indicó al hada, y la liviana criatura alzó nuevamente el vuelo—. Ahora nos vamos, Tanjin —anunció.

Falquián hizo ademán de poner objeciones, pero la mujer lo contuvo con un gesto y comenzó a avanzar hacia la puerta.

—¿Qué pensáis hacer con este ser? —gritó Tanjin mientras señalaba al hada, que trazaba círculos en el aire.

—Nada, doctor —sentenció Sephrenia—. Se encuentra muy feliz aquí. Alimentadla con azúcar y ponedle un platito de agua para que beba. A cambio, os deleitará con su canto. Debo avisaros de que no tratéis de atraparla, pues la enfureceríais en gran manera.

—¡No podéis dejarla en este cuarto! —exclamó angustiado—. Si alguien la viera, me enviarían a la hoguera por brujería.

—Acierta rápidamente las conclusiones, ¿eh? —señaló Sephrenia a Falquián.

—Ésa constituye la característica de las mentes científicas —respondió Falquián sonriente—. ¿Salimos?

—¡Aguardad! —chilló Tanjin.

—¿Habéis cambiado de opinión, acaso? —inquirió parsimoniosamente Sephrenia.

—De acuerdo, os ayudaré, pero debéis jurar que mantendréis el secreto de lo que os cuenta.

—Por supuesto. Seremos como una tumba.

Tanjin respiró ávidamente y dio un vistazo tras las cortinas para cerciorarse de que no había nadie tras ellas. Después se giró y les indicó con señas que se situaran en un rincón apañado de la habitación, donde les habló con un ronco susurro.

—El darestim resulta tan virulento que no existe ningún remedio ni antídoto natural —preludió.

—Expresáis el mismo criterio que nos ha expuesto el doctor Voldi —confirmó

Falquián.

—Habréis reparado en que me he referido a algún remedio o antídoto *natural* —prosiguió Tanjin—. Hace unos años, durante mi época de estudiante, encontré un libro muy antiguo y peculiar. Su impresión era anterior a la llegada de Arasham; es decir, había sido escrito antes de que sus prohibiciones entraran en vigor. Al parecer, los primitivos curanderos de Rendor habitualmente utilizaban la magia en el tratamiento de sus pacientes. A veces obtenían el efecto esperado y otras no; sin embargo, habían efectuado algunas curas sorprendentes. Existen ciertos objetos, cuyo poder es enorme, utilizados por los médicos de la antigüedad para sanar a la gente.

—Sé a qué aludís —intervino Sephrenia—. Los curanderos estirios también recurren en ocasiones a métodos similares.

—Tales prácticas resultan bastante comunes en el Imperio Tamul del continente daresiano —continuó Tanjin—, pero han caído en el olvido en Eosia. Los médicos eosianos prefieren la ciencia, pues, además de ser más efectiva, los elenios siempre han mantenido ciertas sospechas en torno a la magia. Sin embargo, el darestim es tan potente que ninguno de los antídotos habituales sirve para contrarrestarlo. Los objetos mágicos constituyen el único remedio posible.

—¿Qué utilizasteis para curar al hermano y a los sobrinos del rey? —preguntó Sephrenia.

—Una gema sin tallar con un color peculiar. Creo que originariamente procedía de Daresia, aunque no estoy seguro. Según tengo entendido, los dioses tamules le infundieron su poder.

—¿Dónde se encuentra ahora esa gema? —inquirió Falquián con inquietud.

—Ha desaparecido. Tuve que triturarla hasta convertirla en polvo, mezclarla con vino y dársela a los familiares del rey.

—¡Sois un necio! —estalló Sephrenia—. Un objeto con esas características no debe emplearse de esa forma. Sólo se precisa tocar con él el cuerpo del paciente e invocar su poder.

—Soy un médico experto —replicó Tanjin altivamente—. No puedo convertir insectos en hadas, ni levitar, ni levantar conjuros contra mis enemigos. Según las prácticas normales de mi profesión, el enfermo debe ingerir la medicación.

—¡Habéis destruido una piedra que hubiera podido curar a cientos de personas en beneficio de unos pocos! —No sin ciertas dosis de esfuerzo, logró controlar su ira—. ¿Conocéis algún otro objeto con propiedades similares?

—Muy pocos —respondió Tanjin con un encogimiento de hombros—. Existe una enorme lanza en el palacio imperial de Tamul y varios anillos en Zemoch, aunque dudo que contengan suficiente poder para realizar curaciones. También circulan rumores sobre un brazalete con piedras preciosas en algún lugar de Kelosia, pero posiblemente se trate solamente de un mito. La espada del rey de la isla de Mithrium tenía fama de poseer enormes facultades, pero Mithrium la arrojó al mar hace siglos. Asimismo, he oído que los estirios disponen de algunas varillas mágicas.

—Esa información forma parte de una leyenda —adujo Sephrenia—. La madera constituye un material demasiado frágil para imbuirla de semejante poder. ¿Sabéis de algún otro?

—El único que conozco es la joya de la corona real de Thalesia; sin embargo, ha permanecido en paradero desconocido desde los tiempos de la invasión zemoquiana. —Frunció el entrecejo—. No creo que esto pueda servir de gran ayuda —añadió—, pero Arasham posee un talismán que reivindica como la cosa más sagrada y poderosa de la tierra. Nunca he llegado a verlo, por tanto, no puedo dar fe de su poder. Por otra parte, Arasham no está tan asentado en sus cabales como para considerarlo una autoridad en la

materia. De todas formas, no lograríais que os lo prestara.

Sephrenia volvió a atarse el velo para cubrirse la parte inferior del rostro.

—Gracias por vuestra franqueza, doctor Tanjin —dijo—. Podéis estar seguro de que no comunicaremos a nadie vuestro secreto. —Reflexionó un instante—. Me parece que deberíais entablillármelo —agregó, al tiempo que tendía el brazo—. Así demostraríamos a los curiosos que teníamos un motivo legítimo para visitaros, con lo que vos mismo quedaríais protegido.

—Es una buena idea, señora. —Tanjin preparó un par de tablillas y una larga banda de algodón blanco.

—¿Os importa que os dé un consejo de amigo, Tanjin? —preguntó Falquián.

—Os escucho.

—En vuestras condiciones, yo recogería mis pertenencias y marcharía a Zand. En ese lugar el rey puede protegeros. Abandonad Dabour ahora, pues los fanáticos pasan muy fácilmente de la sospecha a la certeza, y no os serviría de consuelo que se demostrara vuestra inocencia *después* de que os hayan quemado en la hoguera.

—Todo cuanto poseo se halla aquí.

—Seguramente lo detestaréis todo cuando empiecen a arderos los dedos de los pies.

—¿De veras creéis que estoy expuesto a tal peligro? —inquirió Tanjin con un hilo de voz mientras levantaba la cabeza.

—Ésa es mi opinión —asintió Falquián—. A mi entender, podréis consideraros afortunado si decidís quedaros en Dabour y permanecéis aún vivo dentro de una semana.

El médico comenzó a temblar violentamente mientras Sephrenia deslizaba de nuevo el brazo entablillado en el cabestrillo.

—Esperad un minuto —pidió el doctor cuando se dirigían a la puerta—. ¿Qué debo hacer con ella? —preguntó, al tiempo que señalaba al hada, que revoloteaba en el aire cerca de la ventana.

—Oh —exclamó Sephrenia—. Perdonad. Casi la había olvidado. —Musitó unas palabras y después realizó un gesto vago.

El abejorro volvió a golpear la cabeza contra el cristal.

Había anochecido cuando salieron a la plaza, que ahora aparecía casi solitaria, procedentes de la botica.

—No hemos realizado un gran avance —comentó dubitativo Falquián.

—Hemos conseguido una información más fiable. Ahora sabemos cómo curar a Ehlana. Sencillamente, debemos buscar uno de esos objetos.

—¿Podríais determinar si el talismán de Arasham posee realmente algún valor?

—Creo que sí.

—Bien. Perraine nos indicó que Arasham predica cada noche. Vayamos a escucharlo. Estoy dispuesto a soportar una docena de sermones con tal de hallar un remedio efectivo.

—¿Cómo os proponéis arrebatárselo?

—Ya pensaré la manera.

Un hombre vestido de negro les cono súbitamente el paso.

—Deteneos —les ordenó.

—¿Qué sucede, compadre? —inquirió Falquián.

—¿Por qué no os encontráis postrados a los pies del santo Arasham? —preguntó acusadoramente el sujeto.

—Ahora nos dirigíamos a rendirle homenaje —respondió Falquián.

—Todo Dabour sabe que Arasham habla a las multitudes a la caída del sol. ¿Por

qué os habéis demorado deliberadamente?

—Hoy mismo hemos llegado a la ciudad y tenía que proveer atención médica a mi hermana, que se ha roto el brazo —explicó Falquián.

El intolerante personaje miró con suspicacia el cabestrillo de Sephrenia.

—¿No habréis ido a consultar a ese brujo de Tanjin? —preguntó con tono ultrajado.

—Cuando a uno lo aqueja el dolor, no se preocupa en investigar las credenciales del médico —repuso Sephrenia—. No obstante, puedo aseguraros que el doctor no utilizó ningún método mágico; simplemente, devolvió el hueso quebrado a su lugar y lo entablilló de la misma manera que lo hubiera hecho cualquiera de sus colegas.

—Los fieles no tienen trato con los brujos —declaró obstinadamente el celoso individuo.

—Os propongo algo, compadre —intervino complaciente Falquián—. ¿Por qué no os rompo el brazo? Así podréis visitar vos mismo al doctor. Si lo observáis con atención, seréis capaz de detectar si utiliza algún truco.

El fanático retrocedió con aprensión.

—Vamos, amigo —lo animó entusiasmado, Falquián—, sed valeroso. No os dolerá mucho, y, además, estoy convencido de que el santo Arasham apreciará positivamente vuestro celo en erradicar la abominable práctica de la brujería.

—¿Seríais tan amable de indicarnos dónde alecciona el santo Arasham a las multitudes? —interrumpió Sephrenia—. Estamos ansiosos por escuchar sus palabras.

—Por allí —señaló el hombre nerviosamente con el dedo—. Donde se percibe la luz de las antorchas.

—Gracias, amigo —dijo Falquián mientras se inclinaba levemente. Arrugó el entrecejo—. ¿Por qué no habéis acudido vos al acto esta noche?

—Yo..., eh..., me ocupo de una tarea más ardua —declaró el sujeto—. Debo encontrar a quienes se hallan ausentes sin motivo y entregarlos para ser juzgados.

—Ah —contestó Falquián—. Comprendo. —Se volvió y luego giró nuevamente sobre sí—. ¿Estáis seguro de que no queréis que os quiebre el brazo? Sólo perderíamos un minuto.

El fanático se alejó apresuradamente de ellos.

—¿Tenéis que amenazar a todas las personas que encontráis a vuestro paso, Falquián? —preguntó Sephrenia.

—Sus modales me irritaban.

—Sois muy susceptible, ¿no os parece?

—Sí —admitió Falquián después de considerar la acusación—. Supongo que sí. ¿Vamos?

Cruzaron las oscuras callejuelas de Dabour hasta llegar a las tiendas instaladas en las afueras. A cierta distancia, en dirección sur, un resplandor rojizo se alzaba hacia las estrellas. Orientados por el lugar, avanzaron tranquilamente a través del campamento.

Las vacilantes antorchas estaban prendidas a altos postes que rodeaban una especie de anfiteatro natural situado en el extremo meridional de la ciudad. La oquedad se hallaba repleta de seguidores de Arasham; el venerado predicador se encontraba de pie encima de un gran canto rodado en la ladera de una de las colinas. Su figura alta y demacrada lucía una larga barba gris y enmarañadas cejas negras. Su voz sonaba con estridencia mientras arengaba a sus seguidores, pero sus palabras resultaban casi incomprensibles debido a la práctica inexistencia de dientes en su boca. Cuando Falquián y Sephrenia se sumaron a la multitud, el anciano se extendía interminablemente sobre el enrevesado tema de una prueba del favor especial de Dios, a la que, según declaró, le había sido dado acceder a través de un sueño. Su

argumentación adolecía de una lógica medianamente coherente y denunciaba con harta evidencia el azaroso concepto de la fe extendido en Rendor.

—¿Tiene algún sentido su perorata? —susurró Sephrenia a Falquián, al tiempo que se desprendía de las tablillas y del cabestrillo.

—Por lo que alcanzo a detectar, no —musitó él en respuesta.

—Lo imaginaba. ¿Realmente el dios elenio promueve este tipo de galimatías histérico?

—A mí nunca me ha inspirado tales reacciones.

—¿Podemos acercarnos más?

—Me temo que no. La muchedumbre se arremolina en torno a él.

Arasham pasó entonces a una de sus cuestiones favoritas: una denuncia de la Iglesia. Sostenía que la religión elenia organizada era expresamente condenada por Dios debido a su negativa a reconocer su privilegiada condición de portavoz elegido y predilecto del Altísimo.

—¡Pero los malvados serán castigados! —balbuceó, al tiempo que arrojaba salivazos por la boca—. ¡Mis seguidores son invencibles! ¡Tened un poco de paciencia y yo alzaré mi sagrado talismán y os conduciré a la guerra contra ellos! ¡Enviarán a sus condenados caballeros de la Iglesia a intentar sojuzgarnos, pero no les temáis! ¡El poder de esta venerable reliquia los barrerá de nuestra vista como paja azotada por el viento! —Por encima de su cabeza mostró un objeto que mantenía fuertemente agarrado en su puño—. ¡El espíritu del bendito Eshand me lo ha confirmado!

—¿Qué os parece? —inquirió Falquián.

—Se halla demasiado alejado —murmuró Sephrenia—. No puedo percibir nada. Tendremos que aproximarnos. Ni siquiera he podido observar en qué consiste el talismán.

La voz de Arasham descendió hasta un áspero murmullo conspiratorio.

—Éste es mi anuncio, oh bienamados fieles, y la verdad ilumina mis palabras. La voz de Dios me ha revelado que en estos momentos nuestro movimiento se expande a través de los campos y forestas de los reinos del norte, pues sus habitantes, nuestros hermanos y hermanas, están cansados de aguantar el yugo de la Iglesia y se unirán a nuestra sagrada causa.

—Martel debe de ser su informador —musitó Falquián—, y si lo considera un mensajero de Dios está aún más loco de lo que pensaba. —Se puso de puntillas y contempló las cabezas de la gente concentrada. A unos metros se alzaba un amplio pabellón rodeado por una empalizada de sólidos troncos—. Trataremos de abrirnos camino entre el gentío —propuso—. Creo haber localizado la tienda del anciano.

Se retiraron lentamente hasta una parte del terreno más despejada. Arasham continuó su incoherente arenga, pero sus incomprensibles palabras se perdieron con la lejanía y los murmullos de sus adeptos. Falquián y Sephrenia se deslizaron bordeando la muchedumbre en dirección a la empalizada y el oscuro pabellón que ésta protegía. Cuando se hallaban a unos veinte pasos de distancia, Falquián rozó el brazo de Sephrenia y ambos se detuvieron. A la entrada del cerco se apostaban varios hombres armados.

—Habremos de esperar a que termine su sermón —murmuró Falquián.

—¿Os importaría explicarme el plan de actuación que habéis ideado? —pidió la mujer—. Odio las sorpresas.

—Intentaré que nos permita pasar a su tienda. Si ese objeto posee verdaderamente algún poder, resultaría difícil quitárselo en medio de esa multitud.

—¿Cómo os proponéis lograrlo, Falquián?

—Me parece que probaré la adulación.

—¿No entraña demasiado peligro ponernos en evidencia de esa forma?

—Por supuesto, pero debemos obrar sin disimulos cuando se trata con individuos que han perdido el juicio. No disponen de suficiente concentración para captar las sutilezas.

La voz de Arasham se elevó progresivamente hasta un culminante chillido, y sus seguidores saludaron con ovaciones el final de cada una de sus casi ininteligibles pronunciaciones. Después concedió su bendición y el público comenzó a dispersarse. Rodeado por un grupo de celosos discípulos, el venerable anciano empezó a caminar parsimoniosamente entre la barahúnda circundante en dirección a su aposento. Falquián y Sephrenia salieron a su paso.

—¡Apartaos! —les ordenó uno de los acompañantes.

—Disculpádmeme, eminente discípulo —dijo Falquián con voz lo suficientemente alta para ser oído por el tambaleante predicador—, pero traigo un mensaje del rey de Deira para el santo Arasham. Su Majestad envía sus saludos a la verdadera cabeza de la Iglesia elenia.

Sephrenia exhaló un imperceptible sonido estrangulado.

—Al santo Arasham no le impresionan los reyes —repuso con arrogancia el discípulo—. Ahora, salid de nuestro camino.

—No os precipitéis, Ikkad —murmuró Arasham con voz sorprendentemente débil—. Escucharemos más detalles sobre ese mensaje de nuestro hermano de Deira. Quizá se refería a esa noticia cuando Dios me habló la última vez.

—Venerado Arasham —dijo Falquián con una profunda reverencia—, Su Majestad, el rey Obler de Deira, os manda un saludo de hermano. Nuestro monarca es muy anciano, y la edad siempre va acompañada de la sabiduría.

—Ciertamente —acordó Arasham, al tiempo que señalaba su larga barba gris.

—Su Majestad ha meditado durante largo tiempo acerca de las enseñanzas del bendito Eshand —prosiguió Falquián— y también se ha mantenido ansiosamente al corriente de vuestras enseñanzas aquí en Rendor. Su desaprobación a ciertas actividades de la Iglesia ha ido en aumento. Opina que los eclesiásticos son hipócritas y egoístas.

—Su pensamiento concuerda con el mío —declaró Arasham, extasiado—. Yo mismo he pronunciado esas palabras cientos de veces.

—El rey reconoce que vos constituís su fuente de inspiración, santo Arasham.

—Estupendo —replicó Arasham mientras se pavoneaba ligeramente.

—Cree que ha llegado el momento de purificar la Iglesia elenia y está convencido de que Dios os ha elegido para lavar la afrenta de sus pecados.

—¿Habéis escuchado mi sermón de esta noche? —preguntó vivamente el anciano—. Ha versado sobre ese tema.

—Desde luego —respondió Falquián—. Me ha asombrado sobremanera comprobar la gran coincidencia que existe con las palabras pronunciadas por Su Majestad cuando me encomendó la tarea de traeros este mensaje. No obstante, debéis saber, venerable Arasham, que el monarca pretende suministraros una ayuda que rebasa el mero consuelo de su saludo y su respetuoso afecto. Sin embargo, la explicación de sus intenciones sólo debe ser escuchada por vos. —Dirigió suspicazmente la vista hacia la multitud que se apiñaba a su alrededor—. Entre una muchedumbre de tal dimensión, podrían infiltrarse diversos individuos al servicio de otras ideas, y si lo que debo comunicaros llegara a oídos de la jerarquía de Chyrellos, la Iglesia concentraría todos sus esfuerzos en entorpecer los designios de Su Majestad.

Arasham trató infructuosamente de adoptar un semblante astuto.

—Vuestra prudencia os honra, joven —convino—. Entremos en mi pabellón para que podáis expresar libremente los objetivos de mi querido hermano Obler.

Tras apartar a los officiosos discípulos, Falquián se abrió camino entre sus filas para ofrecer el soporte de su brazo y su hombro al senil predicador.

—Venerable —le dijo con tono servil—, no temáis sosteneros en mí, puesto que, como nos ordenó el bendito Eshand, es deber del joven y fuerte servir al sabio anciano.

—Vuestras palabras son acertadas, hijo mío.

De este modo, cruzaron la puerta de la estacada y el trecho de arena, manchado de excrementos de cordero, que se extendía frente a la vivienda.

El interior de la carpa de Arasham presentaba un lujo mucho mayor que lo que cabía esperar al contemplar su sobrio aspecto exterior. Una única lámpara, alimentada con aceite de primera calidad, iluminaba el recinto, tapizado con alfombras de precio incalculable. La parte posterior del pabellón estaba aislada por cortinas de seda, detrás de las cuales sonaban ahogadas risitas de adolescentes.

—Sentaos, por favor, y acomodaos a vuestro gusto —invitó expansivamente Arasham antes de desplomarse sobre un montón de cojines de seda—. Tomemos un refresco y después me relataréis los planes de mi querido hermano Obler de Deira. —Batió las palmas y un muchacho de mirada esquiva salió de entre los paneles de seda.

—Traednos un poco de melón fresco, Saboud —le mandó Arasham.

—A vuestras órdenes, santo Arasham.

El efebo se retiró con una reverencia al recinto posterior.

El anciano se arrellanó en los cojines.

—No me sorprende en absoluto la información que me habéis traído referente a la creciente simpatía por nuestra causa en Deira —explicó entre balbuceos a Falquián—. Me han llegado noticias de que tales sentimientos no resultan infrecuentes en los reinos del norte. Precisamente, he recibido recientemente uno de estos comunicados. —Se detuvo, pensativo—. Esta coincidencia me hace pensar, tal vez a instancias del propio Dios, quien siempre comparte conmigo sus ideas, que tal vez conozcáis al otro mensajero. —Se volvió hacia las cortinas y descubrió el otro compartimiento, que se hallaba medio en penumbras—. Acercaos, mi amigo y consejero. Observad el rostro de nuestro noble visitante de Deira y decidme si os resulta conocido.

Tras las telas se agitó una sombra. Pareció titubear por un momento, pero finalmente se aproximó a la luz alguien vestido con un largo sayo con capucha. Aquel hombre era casi tan alto como Falquián y sus anchas espaldas delataban su condición de guerrero. Al descubrirse la cabeza, mostró sus penetrantes ojos negros y una espesa cabellera completamente blanca.

Asaltado por un curioso sentimiento de indiferencia, Falquián se preguntó por qué no había desenvainado la espada al instante.

—En efecto, santo Arasham —afirmó Martel con su voz profunda y cavernosa—. Falquián y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Capítulo veintitrés

—Han pasado muchos años, ¿no es cierto, Falquián? —agregó Martel con tono inexpresivo. No obstante, sus pupilas se mantenían al acecho.

No sin esfuerzo, Falquián consiguió relajar su rígida musculatura.

—Así es —repuso—. Deben de haber transcurrido al menos diez. Tendríamos que intentar ponernos en contacto con más frecuencia.

—Lo consideraremos como algo prioritario.

El corto diálogo se detuvo en ese punto, aunque ambos continuaron escrutándose mutuamente. El aire parecía crepitar con la tensión mientras cada uno de ellos aguardaba a que el otro tomara la iniciativa.

—Falquián —musitó Arasham—, un nombre poco corriente. Creo haberlo escuchado en algún sitio.

—Es un nombre muy antiguo —le explicó Falquián—. En nuestra familia lo hemos conservado a lo largo de muchas generaciones. Algunos de mis antepasados adquirieron cierta relevancia.

—Quizá mi recuerdo se relacione con alguno de ellos —murmuró complaciente Arasham—. Estoy encantado de haber podido reunir a dos viejos y queridos amigos.

—Nos sentiremos eternamente en deuda hacia vos, Su Santidad —replicó Martel—. No podéis imaginar hasta qué extremo deseaba volver a ver el rostro de Falquián.

—No más de lo que yo anhelaba contemplar el vuestro —aseguró éste. A continuación volvió el semblante hacia el lunático anciano—. En otro tiempo, Martel y yo estábamos tan unidos como hermanos. Desgraciadamente, los años nos han conducido por caminos distintos.

—He intentado encontraros, Falquián —indicó Martel fríamente—, a decir verdad, en más de una ocasión.

—Sí, me consta vuestro interés. Por mi parte, siempre me he apresurado a acudir al lugar donde os habíais visto, pero, cuando llegaba, ya habíais partido.

—Acuciado por urgentes ocupaciones —murmuró Martel.

—Siempre ocurre lo mismo —balbuceó Arasham, cuyas palabras luchaban por adoptar una pronunciación congruente en su desdentada boca—. Los amigos de juventud se alejan de nosotros y nos dejan solos en la vejez. —Sus ojos se cerraron, al tiempo que se sumía en una melancólica ensoñación. No volvió a abrirlos; al cabo de un momento comenzó a roncar.

—Se cansa rápidamente —declaró tranquilamente Martel. Giró el semblante hacia Sephrenia, sin bajar la guardia respecto a Falquián—. Pequeña madre —la saludó con un tono que oscilaba entre la ironía y la añoranza.

—Martel. —Ella inclinó la cabeza con suma brevedad.

—Ah —exclamó—. Al parecer, os he decepcionado.

—Creo que menos de lo que os habéis decepcionado a vos mismo.

—¿Utilizáis un tono represivo, Sephrenia? —preguntó sarcásticamente—. ¿No os parece que ya he recibido suficiente castigo?

—Esa pregunta no encaja con mis ideas, Martel. La naturaleza no comporta galardones ni castigos, únicamente consecuencias.

—De acuerdo. Entonces, acepto las consecuencias. ¿Me permitiréis al menos saludaros y solicitar vuestra bendición? —Tomó las muñecas de la mujer para girar hacia arriba las palmas.

—No, Martel —replicó, al tiempo que cerraba las manos—. Ahora ya no sois mi alumno. En estos momentos seguís los dictados de otro ser.

—La decisión no fue enteramente mía. Vos me repudiasteis, no lo olvidéis. —Con un suspiro, le soltó las muñecas y miró nuevamente a Falquián—. De veras, me sorprende veros, hermano mío, sobre todo si consideramos las numerosas ocasiones que he enviado a Adus para que se encargara de vos. Tendré que aleccionarlo muy severamente al respecto, a no ser que ya lo hayáis matado, por supuesto.

—Sangraba un poco la última vez que lo vi —contestó Falquián—, pero su estado no comportaba gravedad.

—A Adus no lo arredra la sangre, ni siquiera la suya.

—¿Os importaría apartaros a un lado, Sephrenia? —indicó Falquián mientras se desabotonaba el sayo y hacía girar levemente la empuñadura de la espada—. Martel y yo sostuvimos una pequeña discusión en nuestro último encuentro. Creo que es el momento de retomarla.

Martel entornó los ojos, al tiempo que abría la pechera de su atuendo. Al igual que Falquián, llevaba cota de malla y una espada.

—Una excelente idea, Falquián —aceptó, con su profunda voz reducida a poco más que un susurro.

Sephrenia se interpuso entre ambos.

—Deteneos —les ordenó—. No nos hallamos en el lugar apropiado. Nos encontramos justo en medio de un ejército. Si os entregáis a ese tipo de juegos, la mitad de la población de Rendor caerá sobre vosotros antes de que hayáis finalizado.

Pese a su súbito acceso de impotencia y desilusión, Falquián tuvo que reconocer que Sephrenia tenía razón; por tanto, retiró pesaroso la mano del puño de su arma.

—Lo aplazaremos para otro día, que espero sea muy próximo, Martel —anunció con espeluznante calma.

—Constituirá un placer para mí otorgaros cumplida respuesta —replicó Martel antes de realizar una irónica reverencia. Frunció el entrecejo con aire especulativo—. ¿A qué habéis venido a Rendor? —inquirió—. Os imaginaba aún en Cammoria.

—Nos ha traído una cuestión de negocios.

—Ah, habéis averiguado lo del darestim. Siento tener que comunicaros que perdéis el tiempo. No existe ningún antídoto. Lo comprobé con gran meticulosidad antes de recomendárselo a cierto amigo de Cimmura.

—Confíaís demasiado en vuestra buena suerte, Martel —le advirtió de manera amenazadora Falquián.

—Siempre me ha sido fiel, hermano mío. De todas formas, no hay beneficio que no comporte un riesgo. Lycheas alcanzará el trono y Annias será nombrado archiprelado. Espero obtener una provechosa cantidad a cuenta de mi intervención.

—¿Acaso sólo os mueve ese motivo?

—¿Qué otra meta podría perseguir? —contestó Martel con un encogimiento de hombros—. Cualquier otro objetivo resultaría ilusorio. ¿Qué tal se encuentra Vanion últimamente?

—Bien —repuso Falquián—. Le diré que os habéis interesado por él.

—En caso de que viváis lo bastante para verlo de nuevo. Os halláis en una situación muy precaria, mi viejo amigo.

—La vuestra tampoco ofrece seguridad, Martel.

—Lo sé, pero ya estoy acostumbrado a estos asuntos. A vos os estorban los escrúpulos y los prejuicios. Yo me liberé de ellos hace mucho tiempo.

—¿Dónde está vuestro damork domesticado, Martel? —preguntó Sephrenia de improviso.

—Realmente, no tengo ni la más remota idea, pequeña madre —respondió prontamente Martel tras un instante de sorpresa—. Acude a mi encuentro sin que yo lo invoque, de modo que nunca puedo prever cuándo va a hacer su aparición. Tal vez regresó al lugar de donde procede. Como sabéis, debe hacerlo con cierta frecuencia.

—Nunca me he sentido tan atraída por las criaturas del inframundo.

—Podría suponer un grave descuido por vuestra parte.

—Tal vez.

Arasham se agitó entre los cojines y abrió los ojos.

—¿Me he quedado dormido?

—Sólo un momento, Su Santidad —repuso Martel—. Falquián y yo hemos renovado nuestra amistad. Nos habéis proporcionado el tiempo suficiente para hablar de muchos asuntos.

—Muchos —acordó Falquián; Dudó unos segundos, pero llegó a la conclusión de que Martel se encontraba tan seguro de sí mismo que no alcanzaría probablemente a detectar el propósito de la pregunta—. Durante vuestro sermón, habéis hecho mención de un talismán, venerable —dijo a Arasham—. ¿Nos concederíais el honor de verlo?

—¿La reliquia sagrada? Desde luego. —El anciano buscó a tientas entre sus vestiduras y extrajo algo que parecía un retorcido fragmento de hueso. Después lo levantó orgullosamente en el aire—. ¿Sabéis qué es esto, Falquián? —preguntó.

—Me temo que no, santo Arasham.

—Ya sabéis que el bendito Eshand fue pastor en los inicios de su vida.

—Sí, lo he oído.

—Un día, cuando era muy joven, una oveja de su rebaño parió un cordero de una blancura tal como no había visto ninguno hasta entonces. Al contrario de los demás corderos de su raza, éste tenía cuernos en la frente, lo que, sin duda, era una señal de Dios. La pureza del cordero simbolizaba al propio Eshand, y el detalle de los cuernos sólo podía significar que Eshand había sido elegido para castigar a la Iglesia por su iniquidad.

—Cuán misteriosos son los caminos del Señor —se maravilló Falquián.

—Ciertamente, hijo mío. Eshand cuidó tiernamente al carnero, el cual, con el tiempo, comenzó a hablarle. Su voz era la voz de Dios. Por ese medio Dios informó a Eshand de cómo debía obrar. Esta sagrada reliquia es un pedazo del cuerno de ese cordero. Ahora podéis comprender por qué posee tan enorme poder.

—Con total evidencia, Su Santidad —admitió Falquián con una reverencia—. Acercaos, hermana —indicó a Sephrenia—. Contemplad esta milagrosa reliquia.

La mujer se adelantó unos pasos y observó atentamente el retorcido pedazo de asta que reposaba en la mano de Arasham.

—Admirable —murmuró. Después dirigió la mirada a Falquián y sacudió casi imperceptiblemente la cabeza.

El caballero sintió en la boca el sabor amargo de la decepción.

—El poder de este talismán superará la fuerza concertada de los condenados caballeros de la Iglesia y su estúpida brujería —declaró Arasham—. El mismo Dios me lo ha revelado. —Sonrió casi con timidez—. He descubierto algo verdaderamente extraordinario —les anunció confidencialmente—. Cuando me hallo a solas, puedo llevarme la sagrada reliquia al oído y escuchar la voz de Dios. De ese modo me instruye, al igual que lo hizo con el bendito Eshand.

—¡Un milagro! —exclamó Martel con irreverente asombro.

—¿Acaso no lo es? —tronó Arasham.

—Nuestra gratitud por haber consentido enseñarnos este talismán resulta completamente inexpresable, Su Santidad —intervino Falquián—. No ahorraremos

esfuerzos para propagar la noticia de su existencia en los reinos del norte, ¿no es cierto, Martel?

—Desde luego, desde luego —respondió éste con un semblante algo desconcertado mientras miraba con suspicacia a Falquián.

—Ahora comprendo que nuestra visita forma parte de los designios de Dios —prosiguió Falquián—. Nuestra misión consiste en informar del advenimiento de este milagro a los habitantes de los reinos norteños, en cada pueblo y en cada encrucijada. En estos momentos puedo sentir el espíritu de Dios que infunde elocuencia a mis palabras para que sea capaz de describir lo que he presenciado. —Alargó la mano y propinó una airosa palmada en el hombro de Martel—. ¿No captáis vos lo mismo, querido hermano? —inquirió con entusiasmo.

El rostro de Martel se ensombreció ligeramente, y Falquián percibió el reprimido intento de zafarse de su mano.

—Oh, sí —admitió Martel con voz levemente afligida—. Creo que sí.

—¡Cuán grandes son los designios de Dios! —exultó Arasham.

—Sí —convino Martel, que se posó a su vez la mano en el hombro—, maravillosos.

La idea se había fraguado lentamente, en parte debido a la sorpresa que le había producido ver de nuevo a Martel. De pronto, todo comenzó a encajar, y Falquián se alegró de que Martel se encontrara presente.

—Ahora, Su Santidad, permitid que os exprese lo que resta del mensaje de Su Majestad —dijo.

—Por supuesto, hijo. Mi atención está pendiente de vuestras palabras.

—Su Majestad me ordena que os suplique que le concedáis tiempo para poner en orden sus tropas antes de que arremetáis contra la venal Iglesia establecida en Rendor. Él debe obrar con mucha precaución al movilizar sus fuerzas, a causa de la omnipresente vigilancia a que lo someten los espías de la jerarquía de Chyrellos. Pese a desear fervientemente prestaros su ayuda, dado el enorme poder de la Iglesia, ha de reunir un ejército de tal magnitud que le permita acabar con los eclesiásticos de Deira al primer ataque, para evitar que se recuperen y concentren sus iras en él. Su propuesta consiste en que si vos emprendéis vuestra campaña en el sur al tiempo que él se rebela en el norte, la Iglesia quedará confundida, sin saber qué frente atacar. De este modo, si actuáis con rapidez, podéis aprovechar la ventaja de la turbación y ganar una victoria tras otra, lo cual abatirá y desmoralizará a las fuerzas de la Iglesia. Finalmente, podréis marchar triunfalmente hacia Chyrellos.

—¡Dios lo quiera! —exclamó Arasham tras ponerse en pie y comenzar a blandir su cuerno de carnero como si de un arma se tratara.

Falquián levantó una mano.

—*Pero* —previno—, este gran designio, que únicamente puede habernos insuflado el propio Dios, únicamente tiene posibilidades de realizarse con éxito si vos y Su Majestad atacáis simultáneamente.

—Advierto perfectamente la importancia de ese detalle. La voz de Dios también me ha aconsejado esa estrategia.

—No albergaba duda al respecto. —Falquián adoptó una expresión de extrema sutileza—. Hemos de tener presente —continuó— que la Iglesia es maliciosa como una serpiente y que ha apostado vigías en todos los lugares. A pesar de nuestros denodados esfuerzos por mantener el plan en secreto, quizá lo descubra. Observad que su principal recurso ha consistido siempre en la mentira.

—Lo había notado —admitió Arasham.

—Podría suceder que, una vez que haya averiguado nuestras intenciones, trate de

engañarnos. Seguramente, decidirá enviaros falsos mensajeros que declaren que Su Majestad está dispuesta para la lucha cuando todavía no ha llegado el momento oportuno. Con esta estratagema, la Iglesia burlaría nuestras intenciones y os derrotaría a vos y a vuestros discípulos.

—Tenéis razón —concedió Arasham mientras arrugaba el entrecejo—. Pero, ¿cómo podemos precavernos contra sus acciones?

Falquián fingió meditar sobre la cuestión y, luego, chasqueó súbitamente los dedos.

—Tengo una idea —exclamó—. ¿Existe una manera más efectiva de confundir las perversas artimañas de la Iglesia que la fuerza de una palabra, una palabra que sólo conoceríamos vos y yo y el rey Obler de Deira? Así podríais discernir si un mensaje es verdadero. Si acudiera alguien a vuestra presencia para informaros de que ha llegado la hora y fuera incapaz de repetir esa contraseña, significaría que ese hombre constituiría una serpiente enviada por la Iglesia para mentiros, y vos deberíais tratarlo de acuerdo con su condición.

Arasham reflexionó sobre la propuesta.

—Vaya, sí —balbuceó finalmente—. Creo que realmente lograríamos frenar el ardid de la Iglesia. Pero ¿qué palabra puede permanecer tan oculta en nuestros corazones que nadie sea capaz de encontrarla?

Falquián miró de soslayo a Martel, cuyo rostro presentaba repentinas señales de ira.

—Debe ser una palabra imbuida de poder —declaró, a la vez que escrutaba el techo de la tienda como si se hallara sumergido en profundos pensamientos.

La trama ideada resultaba transparente, incluso infantil, pero configuraba el enredo idóneo para atraer la atención del senil Arasham, y, por otra parte, le proporcionaba la maravillosa oportunidad de aventajar a Martel, como recuerdo de viejos tiempos.

Sephrenia lanzó un suspiro y alzó resignada la mirada. Falquián se sintió algo avergonzado de sí mismo en aquel instante. Observó a Arasham, el cual se inclinaba ansioso hacia adelante, masticando el vacío con su boca desdentada al tiempo que agitaba su larga barba.

—Por supuesto, aceptaré sin cuestionarlo vuestro compromiso de guardar el secreto —anunció Falquián con fingida humildad—. No obstante, yo debo jurar por mi vida que la palabra que voy a confiaros con el más impenetrable de los secretos no saldrá de mis labios hasta que la divulgue el rey Obler en Acie, la capital de su reino.

—Yo también os otorgo mi juramento, noble amigo Falquián —gritó el anciano en un éxtasis de entusiasmo—. La tortura no lograría arrancarla de mis labios. —Efectuó un intento de adoptar un porte mayestático.

—Vuestras palabras me honran, Su Santidad —replicó Falquián con una profunda reverencia al estilo rendoriano. Entonces se aproximó a su decrepito interlocutor, se inclinó y musitó—: Ramshorn. —Percibió en ese instante que Arasham desprendía un olor bastante desagradable.

—¡Una palabra perfecta! —gritó Arasham. Después rodeó a Falquián con sus escuálidos brazos y lo besó sonoramente en plena boca.

Martel, demudado de furor, había intentado acercarse lo bastante para captarla; sin embargo, Sephrenia se interpuso delante de él y le impidió avanzar. Sus ojos despedían chispas y hubo de realizar evidentes esfuerzos para contener el impulso de empujarla a un lado.

Con la barbilla erguida, la mujer lo miró fijamente.

—¿Qué deseáis? —preguntó.

Tras murmurar algo ininteligible, Martel caminó altivamente hacia el otro extremo de la tienda, donde permaneció, mientras la impotencia lo corroía.

Arasham todavía se mantenía aferrado al cuello de Falquián.

—Mi querido hijo y libertador —exclamó, con sus legañosos ojos llenos de lágrimas—, no hay duda de que el mismísimo Dios os ha enviado hasta mí. Ahora no podremos ser abatidos. Dios apoya nuestra causa. Haremos que los malvados tiemblen ante nosotros.

—En efecto —asintió Falquián, al tiempo que se zafaba suavemente de los brazos del anciano.

—Una precaución, venerable —dijo astutamente Martel, pese a la rabia que aún hacía empalidecer su rostro—. Falquián es sólo un humano y, por consiguiente, mortal. El mundo está plagado de acechanzas. ¿No sería más razonable...?

—¿Acechanzas? —lo interrumpió sin darle tregua Falquián—. ¿Qué se ha hecho de vuestra fe, Martel? Ésta es la voluntad de Dios, no la mía. Él no permitirá que perezca hasta que le haya rendido este servicio, por lo que me protegerá y aumentará mi coraje ante el peligro. Está escrito en mi destino que debo realizar esta tarea, y Dios proveerá los medios para que pueda llevarla felizmente a cabo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó en éxtasis Arasham a modo de colofón.

En aquel momento el muchacho de mirada esquiva trajo los melones y la conversación derivó hacia temas más generales. Arasham pronunció sin orden ni concierto otra diatriba contra la Iglesia mientras Martel miraba iracundo a Falquián. Éste concentraba su atención en el melón, cuyo sabor resultaba sorprendentemente delicioso. No obstante, el que todo se hubiera desarrollado de un modo tan sencillo lo inquietaba ligeramente. Martel era demasiado inteligente, demasiado sinuoso para ser burlado tan fácilmente. Observó apreciativamente al hombre de cabello blanco a quien había profesado un odio constante a lo largo de tantos años. Su semblante reflejaba el desconcierto y la frustración, características de su personalidad en extremo atípicas. El Martel que había conocido en su juventud nunca hubiera revelado tales emociones. Falquián comenzó a sentirse menos seguro de sí.

—Acabo de concebir una idea, Su Santidad —declaró—. El tiempo representa un factor decisivo en nuestros planes y es de vital importancia que mi hermana y yo regresemos enseguida a Deira para avisar a Su Majestad de que todo se halla dispuesto en Rendor y para hacerle partícipe de esa palabra que ambos mantenemos guardada en nuestros corazones. Desde luego, disponemos de magníficos caballos, pero una embarcación veloz nos trasladaría por río hasta Jiroch con una ventaja de varios días. Tal vez vos o uno de vuestros discípulos conozcáis en Dabour a algún respetable propietario cuyo barco pudiéramos alquilar.

Arasham parpadeó vagamente.

—¿Un barco? —balbuceó.

Falquián percibió un leve movimiento y luego observó que Sephrenia movía el brazo, fingiendo arreglarse la manga del vestido. Instantáneamente, comprendió que no se había limitado al papel de mero espectador.

—¿Alquilar, hijo mío? —bramó Arasham—. No lo permitiré. Dispongo de un espléndido bajel para mi uso particular. Ordenaré que os acompañen varios hombres armados y que un regimiento, no, una legión, patrullen las riberas del río de manera que podáis llegar sano y salvo a Jiroch.

—Hágase vuestra voluntad, Su Santidad —aceptó Falquián. Entonces miró a Martel con una beatífica sonrisa—. No os asombréis de lo que oís, querido hermano —indicó—. Realmente esta sabiduría y esta generosidad sólo pueden provenir de Dios.

—Sí —repuso sombríamente Martel—. Estoy convencido de que estáis en lo

cierto.

—Debemos actuar con premura, santo Arasham —se apresuró a decir Falquián mientras se ponía en pie—. Hemos dejado nuestros caballos y pertenencias al cuidado de un sirviente en una casa de las afueras de la ciudad. Mi hermana y yo iremos a buscarlos y regresaremos dentro de una hora.

—Haced lo que estiméis necesario, hijo mío —replicó impaciente Arasham—. Por mi parte, daré instrucciones a mis discípulos para que preparen la embarcación y recluten los soldados para que podáis emprender vuestro viaje por río.

—Permitidme que os conduzca hasta la salida del recinto, querido hermano —ofreció Martel, con las mandíbulas apretadas.

—Gustosamente, hermano mío —respondió Falquián—. Vuestra compañía siempre deja mi corazón henchido de gozo.

—Volved directamente, Martel —indicó Arasham—. Debemos comentar este maravilloso giro en los acontecimientos y agradecer a Dios su bondad al haberlo propiciado.

—Sí, Su Santidad —contestó Martel con una reverencia—. Regresaré inmediatamente.

—Nos veremos dentro de una hora, Falquián —lo despidió Arasham.

—Dentro de una hora —confirmó Falquián antes de efectuar una profunda reverencia—. Vamos pues, Martel —agregó, al tiempo que azotaba nuevamente el hombro del renegado pandion con su mano.

—Naturalmente. —Martel se sobresaltó al acusar una vez más con aprensión el aparente gesto de camaradería de Falquián.

Una vez fuera del pabellón, Martel se volvió hacia Falquián con el semblante demudado de rabia.

—¿Qué os proponéis? —preguntó furioso.

—Hoy vuestro ánimo está inquieto, ¿no es cierto, viejo amigo?

—¿Qué tramáis, Falquián? —gruñó Martel mientras recorría con la vista la multitud congregada, para cerciorarse de que nadie los escuchaba.

—Obstaculizar vuestro camino, Martel —replicó Falquián—. Arasham permanecerá sentado ahí hasta quedarse petrificado en espera de que alguien le repita la palabra secreta. Casi me atrevo a garantizaros que los caballeros de la Iglesia se encontrarán en Chyrellos cuando llegue el momento de elegir al nuevo archiprelado, puesto que en Rendor no se producirá ningún alboroto que requiera su presencia para ser aplacado.

—Muy inteligente, Falquián.

—Me alegro de que lo aprobéis.

—Debo sumar esta deuda a mi lista de agravios —espetó Martel.

—Poseéis plena libertad para reclamar una reparación —indicó Falquián—. Me complacerá en gran medida responder a vuestro reto. —Luego tomó del brazo a Sephrenia y se marchó.

—¿Habéis perdido completamente el juicio, Falquián? —le preguntó ésta cuando ya no podía oírlos el furibundo Martel.

—No lo creo —respondió Falquián—. Además, los dementes nunca son conscientes de su estado, ¿verdad?

—¿Qué *pretendíais* exactamente? ¿Os dais cuenta de las numerosas ocasiones en que he tenido que intervenir para allanaros el camino?

—He reparado en ello. Yo solo no hubiera podido cumplir mi objetivo.

—¿Vais a dejar de sonreír de ese modo y explicarme qué sentido tenía toda esa representación?

—Martel habría deducido sin gran esfuerzo el motivo de nuestra visita a Arasham —manifestó—. He tenido que entretenerlo con otras cuestiones para evitar que advirtiera que hemos descubierto un posible antídoto para el veneno. Aunque peque de modestia, la treta ha surtido el efecto esperado.

—Si habíais planeado esto anticipadamente, ¿por qué no me lo habéis comunicado antes de entrar en la tienda?

—¿Cómo iba a planearlo, Sephrenia? Ni siquiera sabía que Martel se encontraba dentro hasta que lo he visto.

—¿Queréis decir que...? —Abrió desmesuradamente los ojos.

Falquián asintió con la cabeza.

—Lo improvisé sobre la marcha —confesó.

—Oh, Falquián —exclamó molesta la mujer—, contáis con recursos suficientes para actuar de otra manera.

—Resultaba lo más conveniente, dadas las circunstancias —replicó Falquián, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué habéis golpeado varias veces en el hombro a Martel de ese modo?

—Cuando tenía quince años se rompió un hueso en ese lugar, con lo que la zona le ha quedado especialmente sensibilizada.

—Os habéis comportado cruelmente —lo acusó.

—También él se ensañó en aquella emboscada acaecida en el callejón de Cippria diez años antes. Vayamos a buscar a Kurik y a Flauta. Creo que ya hemos cumplido nuestro cometido aquí, en Dabour.

El medio de transporte proporcionado por Arasham era una barcaza. En aquellos momentos aparecía flanqueada por remeros y atestada de celosos guerreros armados con espadas y jabalinas de popa a proa. Martel se les había adelantado y permanecía solo sobre los muelles, a cierta distancia de los discípulos de fiero semblante que se encontraban en tierra, mientras Falquián, Sephrenia, Kurik y Flauta embarcaban. El pelo blanco del renegado relucía bajo la luz de las estrellas y su rostro no se había recobrado de la palidez.

—No conseguiréis ir muy lejos con esta embarcación, Falquián —advirtió en voz baja.

—¿De veras? —replicó éste—. Me parece que tendréis que considerarlo dos veces. Por supuesto, podéis intentar seguirme, pero probablemente se interpondrán en vuestro camino esos pelotones que patrullan las orillas del río. Además, creo que una vez que hayáis superado vuestro enfado, os daréis cuenta de que es preferible que permanezcáis en Dabour para tratar de sonsacar a Arasham la palabra mágica. Toda la trama que habéis urdido en Rendor pende de vuestras dotes de persuasión.

—Me lo pagaréis, Falquián —prometió siniestramente Martel.

—Pensaba que ya había saldado mi deuda, mi viejo amigo —repuso Falquián—. Acordaos de Cippria. —Alargó la mano y Martel se apartó de un salto para protegerse el hombro. Sin embargo, en su lugar Falquián le dio una palmadita insultante en la mejilla—. Cuidaos mucho, Martel —le indicó—. Deseo que nos encontremos pronto y debéis encontraros en perfecta posesión de vuestras facultades, porque os aseguro que vais a necesitarlas. —Entonces se volvió y atravesó la pasarela de la barcaza.

Los marineros soltaron amarras e impulsaron la embarcación hacia la mansa corriente. Después tomaron los remos y comenzaron a bogar lentamente río abajo. Los muelles, con la solitaria silueta de Martel, se perdieron pronto de vista a sus espaldas.

—¡Oh, Dios! —gritó exultante Falquián— ¡Cómo he disfrutado!

Tardaron un día y medio en recorrer el río y desembarcaron algunas millas antes

de Jiroch, en previsión de que Martel hubiera logrado apostar espías en el puerto. Aunque Falquián admitió que aquella precaución seguramente resultaba innecesaria, no quería correr riesgos inútilmente. Se adentraron en la ciudad por la puerta occidental y se confundieron entre la multitud con intención de dirigirse nuevamente a la morada de Voren. Al atardecer, llamaron a su puerta.

Este se sorprendió al verlos.

—Habéis regresado muy pronto —dijo mientras los conducía al jardín.

—La suerte nos ha sido propicia —repuso Falquián con un encogimiento de hombros.

—Han intervenido otros factores además del azar —puntualizó malhumoradamente Sephrenia.

El enfado de la mujer apenas había remitido desde que abandonaran Dabour, hasta el punto de que se negaba incluso a dirigirle la palabra a Falquián.

—¿Ha habido algún contratiempo? —preguntó prudentemente Voren.

—Ninguno, que yo sepa —respondió alegremente Falquián.

—Dejad de congratularos, Falquián —espetó Sephrenia—. Estoy profundamente disgustada con vos.

—Me duele vuestra actitud, Sephrenia, pero actué de la forma más correcta. —Se volvió hacia Voren—. Topamos con Martel —explicó—, y logré desbaratar sus planes. Todo cuanto había tramado se vino abajo delante de él.

Voren lanzó un silbido.

—No me parece un comportamiento reprensible, Sephrenia.

—No critico lo que hizo, Voren, sino la manera en que lo consiguió.

—¿Cómo?

—No quiero tratar ese tema —zanjó la mujer, y tomó luego a Flauta en brazos y se encaminó al banco situado junto a la fuente, donde se sentó y le susurró malhumorada unas palabras en estirio a la niña.

—Necesitamos embarcar sin ser vistos en un veloz bajel que se dirija a Vardenais —declaró Falquián a Voren—. ¿Se os ocurre algún modo para pasar inadvertidos?

—Por supuesto —repuso Voren—. Con harta frecuencia debemos enfrentarnos al riesgo de que quede desvelada la verdadera identidad de uno de nuestros hermanos, por lo que finalmente ideamos un método para sacarlos de Rendor con garantías de seguridad. —Sonrió irónicamente—. De hecho, en eso consistió mi primera ocupación al llegar a Jiroch. Además, estaba casi convencido de que yo mismo iba a precisarlo sin tardanza. Dispongo de un embarcadero en el puerto, cuyo emplazamiento queda próximo a una posada de marineros. Dicho establecimiento está regentado por uno de nuestros hermanos y ofrece los servicios habituales: cervecería, establos, dormitorios, etc... La particularidad estriba en que su sótano se une mediante un pasadizo subterráneo a mi embarcadero. Cuando la marea esté baja, podréis subir a bordo desde la bodega sin ser vistos desde el muelle.

—¿Esa estratagema servirá para engañar al damork, Sephrenia? —le preguntó Falquián.

La mujer lo miró fijamente y luego aplacó su ira. Se apretó ligeramente las sienes con las puntas de los dedos. Falquián advirtió que su cabello había encanecido de forma perceptible.

—Creo que sí —respondió—. Además, no sabemos a ciencia cierta que el damork esté aquí. Es posible que Martel no mintiera.

—Yo no me fiaría de él —gruñó Kurik.

—Aun así —continuó ella—, probablemente el damork es incapaz de comprender el concepto de un sótano, y mucho menos de un pasaje subterráneo.

—¿Qué es un damork? —inquirió Voren.

Falquián le describió las características de la criatura y le relató lo sucedido a la embarcación del capitán Mabin en el estrecho de Arcium a la salida de Madel.

Voren se puso en pie y comenzó a caminar de arriba abajo.

—Nuestra ruta de escape no fue diseñada para este tipo de peligros —admitió—. Creo que tendré que tomar algunas precauciones adicionales. ¿Qué os parece si hago salir a la mar a todos los barcos al mismo tiempo? Si navegáis en medio de una flotilla, resultará más difícil dilucidar en qué bajel os halláis.

—¿No representa una excesiva complicación? —le preguntó Falquián.

—Falquián, me consta vuestra modestia, pero debemos reconocer que en estos momentos sois probablemente el hombre más importante del mundo, al menos hasta que lleguéis a Cimmura e informéis a Vanion de vuestras pesquisas. Si puedo evitarlo, no estoy dispuesto a exponeros a ningún incidente. —Se acercó a la pared del jardín y escrutó el cielo de poniente—. Tendremos que apresurarnos —les anunció—. La marea baja se inicia justo después del atardecer, y quiero que os encontréis en la bodega cuando encajen la barandilla del barco a unos metros por debajo de la altura del muelle. Os acompañaré para asegurarme de que no ocurra ningún imprevisto.

Cabalaron juntos hacia la zona portuaria. La ruta elegida los obligó a recorrer el barrio donde Falquián había ejercido el oficio de tendero durante los años en que se había ocultado allí. Los edificios que flanqueaban ambos lados de las calles resultaban casi viejos amigos para él; incluso creyó reconocer a algunos de los viandantes que se dirigían con paso presuroso a sus casas a través de las callejuelas mientras el sol se ponía en el horizonte.

—¡Bestia! —El grito, espantosamente familiar, exhalado a sus espaldas, probablemente llegó a escucharse en el estrecho de Arcium—. ¡Asesino!

—¡Oh, no! —gruñó Falquián, al tiempo que refrenaba a *Faran*—. ¡Precisamente ahora que ya estábamos tan cerca!. —Miró anhelante la posada adonde los conducía Voren, situada tan sólo una calle más abajo.

—¡Monstruo! —continuó los insultos la estridente voz.

—Falquián —llamó cautelosamente Kurik—, ¿son imaginaciones mías o esa dama intenta atraer vuestra atención?

—Finge no oírla.

—Como vos deseéis, mi señor.

—¡Asesino! ¡Bestia! ¡Monstruo! ¡Desertor!

Se abrió una breve pausa.

—¡Asesino! —agregó la mujer.

—No merezco tal apelativo —murmuró Falquián. Resignado, volvió grupas—. Hola, Lillias —saludó a la escandalosa mujer vestida con túnica y con el rostro velado. Utilizó un tono de voz tan plácido e inofensivo como le fue posible.

—¿Hola, Lillias? —chilló la interpelada—. ¡Hola, Lillias! ¿Eso es todo cuanto se os ocurre, bandido?

Falquián tuvo que esforzarse para reprimir una sonrisa. Amaba a Lillias de un modo peculiar, y se alegraba de verla disfrutar con su espectáculo.

—Tenéis buen aspecto, Lillias —añadió amigablemente, pese a ser consciente de que ese comentario espolearía los improperios de la mujer.

—¿Que tengo buen aspecto? ¿Buen aspecto? ¿Cuando me habéis asesinado? ¿Cuando me habéis arrancado el corazón? ¿Cuando me habéis arrojado a la más espantosa desesperación? —Se inclinó hacia atrás con ademán trágico, la cabeza erguida y los brazos extendidos—. Apenas he probado bocado desde el aciago día en que me abandonasteis a mi suerte y me dejasteis sola y en la miseria.

—Os quedasteis con la tienda, Lillias —objetó Falquián—. Antes de irme, proporcionaba la manutención para ambos. Estoy seguro de que las ganancias bastan para satisfacer vuestras necesidades.

—¡La tienda! ¿Qué me importa a mí la tienda? ¡Es el corazón lo que me habéis roto, Mahkra! —Se bajó la capucha y se deshizo del velo que le cubría el rostro—. ¡Asesino! —gritó—. ¡Ved el resultado de vuestra fechoría! —Entonces comenzó a estirarse de los relucientes cabellos negros y a arañarse su moreno y sensual rostro.

—¡Lillias! —rugió Falquián con una autoridad que pocas veces había tenido que utilizar durante sus años de convivencia—. ¡Deteneos! ¡Os vais a lastimar!

Pero Lillias se había envalentonado y no permitía que la contuvieran.

—¿Qué importa si me hago daño? —gritó trágicamente—. ¿Qué dolor puede sentir una mujer muerta? ¿Queréis contemplar mis heridas, Mahkra? ¡Ved mi corazón! —Tras esta exclamación, se rasgó la parte delantera del vestido, mas lo que salió a la luz no era su corazón.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Kurik, con voz desfallecida, ante los atributos de la mujer desvelados súbitamente. Voren volvió la cabeza para ocultar una sonrisa. Por su parte, Sephrenia miró a Falquián con una expresión ligeramente modificada.

—Oh, Dios —gruñó Falquián antes de descender del caballo—. ¡Lillias! —murmuró tajantemente—. ¡Cubrios ahora mismo! Pensad en los vecinos y en todos los niños que os observan.

—¡Me tienen sin cuidado los vecinos! ¡Que miren si quieren! —Puso al descubierto sus henchidos pechos—. ¿Puede afectar la vergüenza a alguien cuyo corazón ha dejado de latir?

Falquián avanzó hacia ella con torvo semblante. Cuando se hubo aproximado lo bastante, le habló quedamente con las mandíbulas contraídas.

—Son muy hermosos, Lillias —declaró—, pero, realmente, no creo que representen una novedad para ningún hombre que habite en los alrededores de esta calle. ¿De veras queréis continuar con esta farsa?

De pronto, Lillias pareció menos segura de sí. Sin embargo, no accedió a cubrir su busto.

—Como preferáis —añadió Falquián con un encogimiento de hombros. A continuación, comenzó a vocear—. Vuestro corazón no está muerto, Lillias —anunció a la audiencia arracimada en los balcones—. Ni mucho menos. ¿Cómo explicáis lo de Georgias, el panadero? ¿Y lo de Nendan, el charcutero? —Seleccionaba nombres al azar.

Con el rostro palidecido, la mujer retrocedió y tapó su generoso pecho con el vestido.

—¿Lo sabíais? —preguntó con voz quebrada.

Aunque aquella confesión ofendió levemente a Falquián, no mostró ninguna alteración.

—Desde luego —afirmó, a fin de proseguir con la representación dirigida al auditorio—, pero os perdono. Sois toda una mujer, Lillias, y no habéis nacido para estar sola. —Alargó la mano y le cubrió suavemente el cabello con la capucha—. ¿Os ha ido bien? —inquirió con dulzura, nuevamente en voz baja.

—Aceptablemente —susurró Lillias.

—Me alegro. ¿Hacemos las paces?

—Creo que falta un detalle para acabar de redondear la escena, ¿no os parece? —preguntó esperanzada.

Falquián luchó contra el irreprimible impulso de soltar una carcajada.

—Se trata de una puntualización importante, Mahkra —musitó—. Mi posición en

la comunidad depende de ella.

—Contad conmigo —murmuró el caballero—. Me habéis traicionado, Lillias — declamó de cara al público—, pero os concedo mi perdón, porque yo no he permanecido aquí para evitar que os descarriaseis.

Después de reflexionar unos instantes, la mujer se arrojó sollozante en sus brazos y hundió el rostro en su cuello.

—Os había añorado tanto, Mahkra. Me ha vencido mi debilidad. Sólo soy una pobre e ignorante mujer, una esclava de mis pasiones. ¿Podréis disculparme alguna vez?

—¿Acaso yo puedo juzgar vuestra conducta, Lillias? —dijo grandilocuamente—. Vos sois como la tierra, como el mar. Vuestro destino consiste en entregaros como lo hace la naturaleza.

Lillias se apartó unos pasos de él.

—¡Pegadme! —pidió—. ¡Merezco ser azotada! —Gruesas lágrimas que, a juicio de Falquián, destilaban sinceridad, manaban de sus resplandecientes ojos negros.

—¡Oh, no! —rehusó, pese a saber exactamente en qué desembocaría el espectáculo—. Nada de azotes, Lillias —aseguró—. Sólo esto. —Entonces la besó castamente en los labios—. Os deseo mucha suerte, Lillias —murmuró con afecto. Después retrocedió velozmente, antes de que ella pudiera rodearlo con sus brazos, pues conocía la fuerza que poseían—. Ahora, pese al dolor que lacera mi alma, debo partir de nuevo —declaró—. Acordaos de mí alguna vez mientras sigo el destino que la fortuna me depare. —Consiguió resistir el impulso de llevarse la mano al corazón.

—¡Lo sabía! —gritó en dirección a los observadores más que a Falquián—. ¡Sabía que os dedicabais a asuntos importantes! Guardaré nuestro amor en mi corazón para toda la eternidad, Mahkra, y os seré fiel hasta la muerte. Volved a mí cuando lo deseéis. —Había extendido nuevamente los brazos—. Y, si fallecéis, enviadme a vuestro fantasma en mis sueños para que pueda otorgar mi consuelo a vuestra pálida sombra.

Falquián se alejó de sus brazos tendidos y luego giró sobre sí para agitar dramáticamente sus ropajes, gesto del que consideraba a Lillias merecedora, y subió a lomos de *Faran*.

—Adiós, Lillias querida —se despidió con voz melodramática, al tiempo que tiraba de las riendas para hacer corvetear a *Faran*—. Si no volvemos a vernos en este mundo, quiera Dios que nos encontremos de nuevo en la vida de ultratumba. —Después clavó los talones en los flancos del caballo y pasó junto a ella al galope.

—Habéis efectuado deliberadamente toda esa comedia, ¿no es cierto? —le preguntó Sephrenia cuando desmontaron en el patio de la posada.

—Tal vez me he propasado en la exaltación —admitió Falquián—. Lillias realiza frecuentemente escenas similares. —Sonrió con cierto pesar—. Se le destroza el corazón con una periodicidad aproximada de tres veces por semana —apuntó clínicamente—. Siempre fue activamente infiel y un poco deshonesta en lo concerniente al dinero. Constituye una persona engreída, vulgar y autocomplaciente, además de mentirosa, codiciosa y extremadamente melodramática. —Hizo una pausa mientras rememoraba los años vividos junto a ella—. Sin embargo, me gustaba. A pesar de sus defectos, es una buena chica y nunca permitía a nadie aburrirse a su lado. Tras esa representación podrá caminar por el barrio como una reina. Le debía ese favor, y tampoco me ha costado mucho esfuerzo complacerla.

—Falquián —dijo gravemente Sephrenia—, nunca llegaré a comprenderos.

—En lo que nos extraña se halla la verdadera sal de la vida, ¿no es así, pequeña madre? —replicó con una mueca.

Flauta, todavía sentada a lomos del palafren de Sephrenia, interpretó un trino

burlón con el caramillo.

—Conversad con ella —sugirió Falquián a Sephrenia—. Os lo explicará.

Flauta giró los ojos y luego le tendió generosamente las manos para que la ayudara a desmontar.

Capítulo veinticuatro

El viaje a través de la boca del estrecho de Arcium transcurrió sin incidentes. Navegaban con rumbo nordeste bajo cielos despejados, impulsados por una brisa constante y arropados por la protectora cercanía de los otros barcos de la flotilla de Voren.

El tercer día de viaje Falquián salió a cubierta a reunirse con Sephrenia, que, en compañía de Flauta, contemplaba las olas.

—¿Todavía estáis enfadada conmigo? —le preguntó.

—Supongo que no —respondió la estiria con un suspiro.

Puesto que no sabía cómo expresar con palabras la vaga sensación de malestar que lo embargaba, Falquián acometió indirectamente la cuestión.

—Sephrenia —dijo—, ¿no tuvisteis la impresión de que todo sucedió demasiado favorablemente en Dabour? Me acucia la sospecha de que me han tendido una trampa.

—¿A qué os referís, exactamente?

—Sé que aquella noche favorecisteis en varias ocasiones la disponibilidad de Arasham. ¿Intentasteis algo similar con Martel?

—No. De haberlo percibido, se habría esforzado por contrarrestar mi influjo.

—Me lo imaginaba. ¿Qué ocurría, entonces?

—Me parece que no os entiendo.

—Se comportó casi como un colegial. Ambos conocemos a Martel y estimamos su inteligencia y su astucia. Mi intención resultaba tan evidente que habría debido captarla enseguida; y, sin embargo, no reaccionó, sino que se limitó a quedarse de pie como un idiota y contemplar cómo desmontaba su estrategia delante de sus propios ojos. Me preocupa este éxito demasiado fácil.

—No esperaba vernos aparecer en la tienda de Arasham, Falquián. Tal vez la sorpresa le restó perspicacia.

—Martel no se deja sorprender con tanta sencillez.

—No —admitió la mujer, con el entrecejo fruncido—. Es cierto. —Meditó un momento—. ¿Recordáis lo que dijo lord Darellon antes de que abandonáramos Cimmura?

—No exactamente.

—Consideraba que Annias se había comportado neciamente cuando expuso su caso ante los reyes elenios, pues anunció la muerte del conde Radun sin haber verificado realmente si su afirmación era cierta.

—Oh, sí. Y vos conjeturasteis que la totalidad del ardid, el intento de asesinar al conde y acusar de ello a los pandion, posiblemente había sido ideado por un mago estirio.

—Quizás ambas actitudes posean un origen aún más remoto. Martel ha mantenido contactos con un damork, de lo que se deduce que Azash ha intervenido de algún modo. Azash siempre ha tratado con estirios y, por ello, apenas ha tenido ocasión de experimentar la sutileza de las mentes elenias. Los dioses estirios actúan sin sutilezas, y raramente se preparan para afrontar imprevistos, probablemente a causa de la simplicidad de las mentes de sus seguidores. El propósito de la conspiración en Arcium y en Rendor se dirige a mantener alejados de Chyrellos a los caballeros de la Iglesia durante la elección. Annias obró en palacio de la misma manera en que se hubiera conducido un estirio, al igual que Martel en la tienda de Arasham.

—Encuentro algunos puntos inconexos, Sephrenia —arguyó Falquián—. Por una parte, tratáis de convencerme de lo poco alambicados que son los estirios, y, por otra, os extendéis en una explicación tan complicada que apenas logro seguirlos. ¿Por qué no expresáis llanamente lo que pensáis?

—Azash ha dominado siempre la mente de sus fieles —contestó ella—, los cuales, en su mayor parte, han sido estirios. Si tanto Annias como Martel comienzan a actuar como si pertenecieran a esta raza, se derivan algunas conclusiones francamente interesantes, ¿no os parece?

—Lo siento, Sephrenia, pero no puedo aceptar vuestro razonamiento. Por más cargos que puedan levantarse contra ellos, Martel es un elenio, y Annias, un eclesiástico. Ninguno de los dos entregaría su alma a Azash.

—Tal vez no conscientemente. Sin embargo, Azash sabe cómo trastornar el juicio de la gente que puede resultarle útil.

—¿Adónde nos conducen estas consideraciones?

—Aunque no puedo asegurarlo, parece que Azash posee motivos para desear que Annias ocupe la archiprelatura. En el futuro debemos tener en cuenta que si Azash controla la mente de ambos, razonarán como estirios, los cuales, de acuerdo con un rasgo racial característico, reaccionan lentamente ante los imprevistos. Posiblemente, la sorpresa constituirá nuestra mejor arma a partir de ahora.

—¿Vuestro enfado también se relacionaba con el desconcierto que os produjo mi actuación?

—Por supuesto. Creía que lo sabíais.

—La próxima vez intentaré avisaros.

—Os lo agradecería mucho.

Dos días más tarde, el barco se adentró en el estuario del río Ucera, en dirección a la ciudad elenia de Vardenais. Cuando se aproximaban al puerto, Falquián advirtió el acecho del peligro. Hombres ataviados con túnicas rojas patrullaban los muelles.

—¿Qué hacemos? —preguntó Kurik a Falquián y a Sephrenia, que se encontraban agazapados detrás de una cabina de cubierta para evitar ser reconocidos.

—Podríamos bordear y desembarcar en territorio arciano.

—Si vigilan los puertos, también deben custodiar la frontera. Aguzad vuestro pensamiento, Falquián.

—Quizá logremos escabullimos durante la noche.

—La misión que hemos de cumplir posee una importancia demasiado vital para abandonarnos a los albuces del *quizá* —comentó mordazmente Kurik.

Falquián comenzó a proferir juramentos.

—*Tenemos* que llegar a Cimmura —declaró—. Se acerca el momento de la muerte de otro de los doce caballeros y no sé hasta qué punto Sephrenia podría resistir un nuevo peso. Piensa, Kurik. Siempre has demostrado mayor sagacidad que yo en las cuestiones tácticas.

—Esa habilidad se deriva del hecho de no llevar armadura. La sensación de invencibilidad produce curiosos efectos en el cerebro de los hombres.

—Gracias —respondió secamente Falquián.

Kurik frunció el entrecejo, y se sumió en cavilaciones.

—¿Se te ocurre alguna idea? —inquirió impaciente Falquián.

—Dejadme pensar. No me apuréis.

—Cada vez nos aproximamos más al puerto, Kurik.

—Ya lo veo. ¿Registran alguno de los barcos?

Falquián asomó la cabeza por encima de la cabina.

—Parece que no.

—Mejor. Así no necesitamos tomar decisiones apresuradas. Podemos ir abajo y asentar las ideas.

—¿Tienes alguna propuesta?

—Resultáis demasiado insistente, Falquián —lo reprendió Kurik—. Como sabéis, constituye uno de vuestros mayores defectos. Siempre queréis emprender la acción sin haber estudiado previamente un plan.

Su embarcación atracó junto a un muelle infestado de olor a alquitrán y los marineros echaron las amarras a los estibadores de la orilla. A continuación, tendieron la pasarela y comenzaron a descargar cajas y bultos.

Se oyó un repiqueteo de cascos y *Faran* emergió a la cubierta. Falquián observó atónito a su caballo. Flauta, sentada con las piernas cruzadas sobre la espalda del poderoso ruano, tocaba su caramillo. La melodía que interpretaba poseía un ritmo extrañamente soporífero, parecido al de una nana. Antes de que Falquián y Kurik pudieran interceptarles el paso, golpeó el lomo de *Faran* con el pie y el animal atravesó plácidamente la pasarela en dirección al muelle.

—¿Qué hace? —exclamó Kurik.

—No acierto a aventurar respuesta alguna. Ve a buscar a Sephrenia. ¡Rápido!

Una vez en tierra, Flauta cabalgó directamente hacia la patrulla de soldados situados a unos metros. Los militares, que se dedicaban a inspeccionar minuciosamente a todos los marinos y pasajeros, no le prestaron interés. La niña pasó provocativamente varias veces delante de ellos y luego volvió grupas. Pareció mirar fijamente a Falquián y, todavía acompañada por el mismo sonido, levantó la manita e hizo una señal.

Falquián la observó atentamente.

La pequeña esbozó una mueca y, después, cabalgó deliberadamente por entre las filas de soldados. Éstos se apartaron distraídamente a su paso, pero ninguno de ellos dio muestras de la más leve alteración.

—¿Qué sucede abajo? —preguntó el caballero cuando Sephrenia y Kurik se reunieron con él en cubierta.

—No estoy totalmente segura —respondió Sephrenia, arrugando el entrecejo.

—¿Por qué no se fijan en ella los soldados? —inquirió Kurik mientras Flauta pasaba por entre la multitud de túnicas rojas.

—Imagino que son incapaces de verla.

—Pero si pasa delante de sus propias narices.

—Al parecer, ese detalle resulta irrelevante. —La cara de Sephrenia adquirió progresivamente una expresión de estupor—. Había oído hablar de ese fenómeno, pero creía que sólo se trataba de un viejo cuento. Tal vez me equivoqué. —Se volvió hacia Falquián—. ¿Ha dirigido la mirada alguna vez hacia aquí después de desembarcar?

—Me ha indicado que la siguiera —repuso.

—¿Estáis seguro?

—Yo lo he interpretado así.

Sephrenia hizo acopio de aire.

—Supongo que sólo existe una manera de comprobarlo.

Sin darle tiempo a Falquián para retenerla, se levantó y se alejó del amparo de la cabina.

—¡Sephrenia! —la llamó.

Sin embargo, ella continuó su avance como si no lo hubiera oído. Cuando llegó a la pasarela, permaneció inmóvil allí.

—Se exhibe ante todos los soldados —exclamó Kurik con voz estrangulada.

—Ya lo veo.

—No cabe duda de que los centinelas disponen de una descripción detallada de su

aspecto. ¿Acaso ha perdido el juicio?

—No lo creo. Mira. —Falquián señaló las tropas apostadas en el puerto. Pese a que Sephrenia permanecía perfectamente visible, no parecían advertir su presencia.

Flauta, que la había observado, realizó otro de sus imperativos gestos.

Sephrenia dejó escapar un suspiro y miró a Falquián.

—Aguardad aquí —dijo.

—¿Dónde?

—A bordo. —Tras esta orden, se giró y atravesó la pasarela..

—Va a estropearlo todo —sentenció Falquián mientras se ponía en pie y desenvainaba la espada. Realizó un rápido cálculo del número de soldados emplazados en el puerto—. No son tan numerosos —le comunicó a Kurik—. Si los atacamos por sorpresa, disponemos de alguna posibilidad.

—Ciertamente, no muy halagüeña, Falquián. Esperemos un momento y veamos qué sucede.

Sephrenia caminó a lo largo del muelle y se detuvo delante de la patrulla.

Los soldados no se inmutaron en absoluto.

La estiria les dirigió la palabra.

Los interpelados parecieron no haberla escuchado.

Entonces se volvió hacia el barco.

—Vía libre, Falquián —anunció—. No pueden vernos ni oírnos. Desembarcad los caballos y los bultos.

—¿Magia? —preguntó Kurik, asombrado.

—Es un truco que yo desconocía completamente —repuso Falquián.

—Debemos obedecer sus instrucciones —aconsejó Kurik—. Apresurémonos, pues detestaría encontrarme en medio de esos soldados cuando el hechizo pierda su efecto.

Supuso una extraña experiencia atravesar la pasarela a la vista de todos y caminar tranquilamente por el muelle hasta enfrentarse cara a cara con los soldados. Éstos, con el aburrimiento pintado en el rostro, no demostraron percibir nada fuera de lo habitual y, aunque detenían a todos los marinos y pasajeros recién desembarcados, no prestaron ninguna atención a Falquián, ni a Kurik ni a sus monturas. Sin recibir ninguna orden de su cabo, los militares les abrieron paso y cerraron nuevamente filas una vez que se hubieron alejado en dirección a las calles de la ciudad.

Sin pronunciar palabra, Falquián bajó a Flauta del lomo de *Faran* y luego ensilló el caballo.

—Bien. ¿Cómo lo ha hecho? —preguntó a Sephrenia cuando hubo finalizado.

—Según el método común.

—Pero si no habla, ¿cómo ha podido invocar el hechizo?

—Con la flauta, Falquián. Pensaba que ya os habíais percatado de que ella realiza los conjuros con el caramillo en lugar de utilizar palabras.

—¿Es posible? —El tono de su voz denotaba incredulidad.

—Acabáis de comprobarlo.

—¿Vos lograríais imitarla?

—Poseo un pésimo sentido musical, Falquián —confesó—. Apenas alcanzo a distinguir una nota de otra, y la melodía debe reproducirse de forma precisa. ¿Proseguimos?

Remontaron las callejuelas que partían del puerto de Vardenais.

—¿Todavía somos invisibles? —preguntó Kurik.

—Si fuéramos realmente invisibles no podríamos vernos entre nosotros —replicó Sephrenia, al tiempo que cubría con su capa a Flauta, la cual todavía interpretaba la

misma soñolienta melodía.

—No entiendo nada.

—Los soldados han percibido nuestra presencia, Kurik. Se han apartado para cedernos el paso, ¿recuerdas? Simplemente han decidido no fijarse en nosotros.

—¿Decidido?

—Tal vez no me haya expresado adecuadamente. Más bien han sido instados a no prestarnos atención.

Después de trasponer la puerta septentrional de Vardenais sin que los guardias apostados allí les interceptaran el paso, continuaron por la carretera de Cimmura. El tiempo había cambiado desde que abandonaran Elenia varias semanas antes. La gelidez del invierno se había esfumado y las primeras hojas de la primavera despuntaban en las ramas de los árboles que bordeaban la ruta. Los campesinos trabajaban laboriosamente los campos surcados por los arados. Las lluvias habían cesado y el rotundo azul del cielo sólo se veía interrumpido por pequeñas manchas blancas de nubes algodonosas. La brisa era fresca y acariciadora, y la tierra exhalaba aromas de vida renovada. Pese a que antes de desembarcar habían abandonado sus ropajes rendorianos, Falquián aún sentía demasiado calor con la cota de malla y la túnica acolchada.

Kurik contemplaba con ojos de profesional los campos acanalados que hallaban en su camino.

—Espero que los chicos hayan terminado de arar nuestras tierras —comentó—. Me resulta odiosa la perspectiva de dedicarme a ello cuando regrese a casa.

—Aslade se encargará de que lo hagan —le aseguró Falquián.

—Probablemente tenéis razón. —Kurik torció el gesto—. Si soy sincero, ella resulta una granjera mucho más eficiente que yo.

—Las mujeres siempre efectúan mejor la labor del campo —opinó Sephrenia—. Ellas sintonizan más fácilmente con el ritmo de las lunas y las estaciones. Entre los estirios, existe la costumbre de que las mujeres se ocupen de las faenas propias del cultivo.

—¿Y los hombres?

—El ocio consume la mayor parte de su tiempo.

Tardaron casi cinco días en llegar a Cimmura. Una tarde de primavera Falquián refrenó el caballo en la cima de una colina, aproximadamente a media milla al oeste de la ciudad.

—¿Puede conseguir de nuevo aquel efecto?

—¿Quién?

—Flauta. ¿Puede lograr nuevamente que la gente nos ignore?

—No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntáis?

—¿Por qué no se lo consultáis vos? Me parece que no le inspiro simpatía.

—¿Quién os ha metido esa idea en la cabeza? La niña os adora. —Sephrenia se inclinó ligeramente y dijo algo en estirio a la pequeña, que reposaba en sus brazos.

Flauta asintió con la cabeza y luego trazó un misterioso gesto circular con una mano.

—¿Qué significa?

—Aproximadamente, que el castillo de los pandion se encuentra al otro lado de la ciudad. Sugiere que la rodeemos en lugar de atravesar las calles.

—¿Aproximadamente?

—Se pierden muchos matices al traducirlo.

—De acuerdo. Seguiremos su consejo. Francamente, no me resultaría placentero que Annias se enterase de que hemos regresado.

Cabalaron alrededor de la ciudad entre campos y bosques dispersos, a fin de

mantenerse alejados de las murallas. Falquián meditó sobre el escaso atractivo de la ciudad. La singular combinación de su ubicación y el clima reinante parecía capturar los humos de sus cientos de chimeneas y retenerlo en un perpetuo dosel que se cernía sobre los tejados. Aquella cortina gris confería al lugar un eterno aspecto de suciedad.

Finalmente llegaron a un bosquecillo situado a un cuarto de milla del castillo. El terreno se hallaba jalonado por multitud de campesinos laboriosos, y el camino que partía de la Puerta del Este se alegraba con los floridos atuendos de los viajeros.

—Comunicadle que ha llegado el momento —indicó Falquián a Sephrenia—. Me imagino que un buen número de esas gentes prestan servicios a Annias.

—Ya lo sabe, Falquián. No es estúpida.

—No. Sólo un poco caprichosa.

Después de dirigirle una mueca, Flauta comenzó a tocar la misma melodía letárgica, casi soñolienta, que había interpretado en Vardenais.

Comenzaron a cruzar el campo y se encaminaron hacia las escasas casas edificadas en las inmediaciones de la fortaleza. Pese a tener la seguridad de que la gente no repararía en ellos, Falquián tensaba instintivamente la musculatura a cada encuentro.

—Relajaos, Falquián —ordenó secamente Sephrenia—. Dificultáis su tarea.

—Lo siento —murmuró—. Supongo que se debe a la fuerza de la costumbre.

No sin cierto esfuerzo, logró serenar su actitud.

Algunos hombres arreglaban el pavimento del camino que conducía a las puertas del castillo.

—Espías —gruñó Kurik.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Falquián.

—Observad de qué manera colocan los adoquines, Falquián. No tienen ni la más leve idea de cómo debe realizarse este trabajo.

—Parece que el resultado delata bastante negligencia —acordó Falquián tras mirar apreciativamente el trecho de piedras recién alineadas mientras cabalgaban inadvertidos entre los operarios.

—Annias debe de estar haciéndose viejo —observó Kurik—. Antes solía actuar con más disimulo.

—Quizá su pensamiento esté ocupado con demasiados asuntos.

Atravesaron ruidosamente el puente levadizo y prosiguieron hasta el patio, donde pasaron ante los indiferentes caballeros que hacían guardia a la entrada.

Un joven novicio que intentaba sacar agua del pozo situado en el centro del patio, hacía girar trabajosamente el herrumbroso torno. Flauta coronó su interpretación con una floritura final.

El novicio exhaló estupefacto un juramento y se llevó la mano a la espada. El torno dejó escapar un chirrido al tiempo que el cubo se desplomaba nuevamente en el agua.

—Calma, hermano —le dijo Falquián antes de desmontar.

—¿Cómo habéis cruzado la puerta? —preguntó el novicio.

—Si os lo cuento, no me creeríais —le respondió Kurik, a la vez que descendía del mulo.

—Excusadme, sir Falquián —tartamudeó el novicio—. Me habéis sorprendido.

—No tiene importancia —replicó el caballero—. ¿Ha regresado Kalten?

—Sí, mi señor. Llegó hace unos días, acompañado de los caballeros de las otras órdenes.

—Estupendo. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlos?

—Creo que se hallan en el estudio de lord Vanion.

—Gracias. ¿Querréis ocuparos de nuestros caballos?

—Por supuesto, sir Falquián.

Tras penetrar en el edificio, recorrieron el pasadizo central en dirección al ala sur. A continuación, ascendieron el angosto tramo de escaleras que conducía a la torre.

—Sir Falquián —saludó respetuosamente uno de los jóvenes guardias—, informaré de vuestra llegada a lord Vanion.

—Gracias, hermano —repuso éste.

El centinela llamó a la puerta con los nudillos antes de abrirla.

—Sir Falquián está aquí, mi señor —anunció a Vanion.

—Por fin. —Falquián escuchó la voz de Kalten desde el interior de la habitación.

—Dignaos entrar, sir Falquián —pidió el joven caballero, al tiempo que le cedía el paso con una reverencia.

Vanion se encontraba sentado junto a la mesa. Kalten, Bevier, Ulath y Tynian se habían levantado de las sillas para salir a recibirlos. Berit y Talen se hallaban instalados en un banco de una esquina.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntó Falquián a Kalten mientras éste le estrechaba rudamente la mano.

—A principios de la semana pasada —respondió su amigo—. ¿Qué os demoró tanto?

—Debimos recorrer un largo camino, Kalten —protestó Falquián. Estrechó mudamente las manos de Tynian, Ulath y Bevier. Luego se inclinó ante Vanion—. Mi señor —dijo.

—Falquián —respondió éste con un asentimiento.

—¿Habéis recibido mis mensajes?

—Concretamente, dos.

—Perfecto. En ese caso, estáis bastante bien informado de lo que nos ha acontecido.

Vanion había centrado su atención en Sephrenia.

—Tenéis mala cara, pequeña madre —apuntó.

—Ya repondré mis fuerzas —replicó la mujer, pasándose con gesto fatigado la mano sobre los ojos.

—Sentaos —la invitó Kalten, que le acercó una silla.

—Gracias.

—¿Qué ocurrió en Dabour, Falquián? —inquirió Vanion, con la mirada atenta.

—Encontramos a aquel médico —explicó éste—. Comprobamos que, efectivamente, curó a algunas personas que habían sido envenenadas con la misma sustancia que hizo ingerir Annias a la reina.

—¡Dios sea loado! —exclamó Vanion, aliviado.

—No os precipitéis, Vanion —advirtió Sephrenia—. Sabemos en qué consiste el remedio, pero tenemos que encontrarlo para poder aplicárselo.

—No os entiendo.

—Ese veneno resulta extremadamente virulento. Sólo la magia puede contrarrestar sus efectos.

—¿Os confió el médico el hechizo que él había utilizado?

—Al parecer, no se precisan conjuros. En el mundo existen algunos objetos imbuidos de un enorme poder curativo; debemos dar con alguno.

—Vuestra propuesta podría representar una larga búsqueda —declaró Vanion, frunciendo el entrecejo. —La gente suele ocultar ese tipo de cosas en previsión de posibles robos.

—En efecto.

—¿Tienes absoluta certeza de haber identificado correctamente el veneno? —

preguntó Kalten a Falquián.

Éste asintió con la cabeza.

—El propio Martel me lo confirmó —puntualizó.

—¿Martel? ¿De veras le permitiste tiempo para hablar antes de darle muerte?

—No lo maté. No resultaba el momento adecuado.

—Cualquier ocasión es propicia para la justicia, Falquián.

—Yo tuve el mismo pensamiento al verlo, pero Sephrenia nos convenció para que guardáramos las espadas.

—Me siento terriblemente decepcionado con vos, Sephrenia —afirmó Kalten.

—Tendríais que haber estado presente para comprenderlo —replicó la mujer.

—¿Por qué no habéis traído el remedio que utilizó aquel médico para tratar a sus pacientes? —inquirió Tynian.

—Porque lo molió hasta convertirlo en polvo, lo mezcló con vino y se lo dio a beber a los enfermos.

—¿Debía proceder de esa manera?

—Realmente no. Sephrenia lo reprendió con bastante dureza por ese detalle.

—Creo que conviene que nos lo expliquéis todo desde el principio —propuso Vanion.

—De acuerdo —aprobo Falquián, al tiempo que tomaba asiento. Refirió brevemente lo relativo al «sagrado talismán» de Arasham y la estratagema que les permitió acceder al interior de la tienda del anciano.

—Utilizasteis con gran ligereza el nombre de nuestro monarca, Falquián —objetó Tynian.

—No tenemos por qué informarle de esa pequeña libertad, ¿no os parece? —repuso Falquián—. Necesitaba mencionar un reino alejado de Rendor. Probablemente Arasham ni siquiera tiene una noción aproximada de dónde está Deira.

—En ese caso, ¿por qué no dijisteis que proveníais de Thalesia?

—Dudo mucho de que Arasham haya oído hablar de esa región alguna vez. De todas formas, lo cierto es que el «sagrado talismán» resultó ser falso. Martel, que se hallaba presente, trataba de convencer al viejo lunático de que pospusiera el levantamiento hasta el momento de la elección del nuevo archiprelado. —Prosiguió su relato y describió los medios de que se había valido para desbaratar los planes del antiguo pandion.

—Amigo mío —exclamó Kalten con admiración—, me siento orgulloso de ti.

—Gracias, Kalten —replicó modestamente Falquián—. Realmente, los acontecimientos resultaron muy favorables.

—No ha cesado de celebrar su ingenio desde que salimos de la tienda de Arasham —apuntó Sephrenia. Entonces dirigió la mirada a Vanion—. Kerris ha muerto —anunció tristemente.

Vanion realizó un gesto afirmativo con semblante apesadumbrado.

—Lo sé —dijo—. ¿Cómo os enterasteis?

—Se nos apareció su espectro y entregó la espada del caballero a Sephrenia —explicó Falquián—. Vanion, debemos intentar ayudarla. No puede continuar soportando la carga de esas espadas y lo que éstas simbolizan. Cada vez que recibe otra se debilita aún más.

—Me encuentro perfectamente, Falquián —insistió la mujer.

—Siento tener que llevaros la contraria, pequeña madre, pero no me cabe duda de que os resentís del enorme peso que habéis asumido. En estos momentos, tan sólo podéis conseguir mantener la cabeza erguida. Dos nuevas espadas os postrarían de rodillas.

—¿Dónde se hallan esas armas? —inquirió Vanion.

—Las hemos traído a lomos de una mula —contestó Kurik—. Están en una caja con el resto de los bultos.

—¿Me haréis el favor de ir a buscarlas?

—Enseguida —repuso Kurik y se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué os proponéis? —preguntó Sephrenia con suspicacia.

—Voy a desviar hacia mi persona la imposición de ese lastre. —dijo Vanion, encogiéndose de hombros.

—No podéis hacerlo.

—Yo también estuve en la sala del trono y sé qué hechizo se ha de utilizar, Sephrenia. No es imprescindible que seáis vos la única que lo sostenga. Cualquiera de los reunidos puede sustituirlos.

—No sois lo bastante fuerte, Vanion.

—Podría sustentarnos a vos y toda vuestra sobrecarga. Además, actualmente, vuestro bienestar es más importante que el mío.

—Pero... —comenzó a protestar ella.

—La discusión ha terminado, Sephrenia —zanjó Vanion, con la mano en alto—. Yo soy el preceptor. Con vuestro permiso, o sin él, voy a libraros de esas espadas.

—No sabéis lo que conlleva, querido. No os lo permitiré. —Su rostro se había bañado súbitamente de lágrimas mientras se retorció las manos agitadas por una inusitada emoción—. No os lo permitiré.

—No podéis impedírmelo —arguyó Vanion con dulzura—. Si es necesario, puedo invocar el hechizo sin vuestra ayuda. Si queréis mantener el secreto de vuestros encantamientos, pequeña madre, no tendríais que pronunciarlos en voz alta. Después de tanto tiempo, ya deberíais conocer mi excelente retentiva.

—Me desconcertáis, Vanion —declaró Sephrenia, al tiempo que lo miraba de hito en hito—. No resultabais tan rudo en vuestra juventud.

—La vida está repleta de pequeñas decepciones, ¿no es cierto? —contestó educadamente el preceptor.

—¡No puedo deteneros! —gritó—. ¡Sin embargo, olvidáis que soy muchísimo más resistente que vos! —Su voz aguda contenía una nota de triunfo.

—Por supuesto que lo sois. Por ese motivo, tal vez me vea obligado a solicitar ayuda. ¿Aceptaríais recitar el conjuro con diez caballeros al unísono? ¿O con cincuenta? ¿O con un centenar?

—¡Hacéis trampa! —exclamó ella—. No sospechaba que osaríais llegar tan lejos, Vanion. Os había otorgado mi confianza.

—Habéis obrado perfectamente, querida —replicó, a la vez que asumía de pronto el papel de superior—, porque no voy a consentir que os autoinmoléis. Os obligaré a obedecer mi decisión, ya que la razón se halla de mi lado. Vais a transferirme vuestra carga porque sois completamente consciente de que la tarea que debéis emprender representa algo fundamental en estos momentos. Por otra parte, seguramente estaríais dispuesta a cualquier sacrificio con tal de intentar conseguir el éxito de la única posibilidad que nos queda.

—Querido —empezó a objetar Sephrenia, con voz preñada de angustia—. Mi más querido amigo...

—Ya he tomado una determinación —la atajó—, la discusión ha finalizado.

Siguió un largo y embarazoso silencio durante el cual Sephrenia y Vanion se observaron atentamente.

—¿Os dio alguna pista el médico de Dabour sobre los objetos que podrían curar a la reina? —preguntó Bevier, un tanto incómodo.

—Mencionó una lanza ubicada en Daresia, varios anillos en Zemoch, un brazalete en algún punto de Kelosia y una joya de la corona real de Thalesia.

—El Bhelliom —gruñó Ulath.

—Eso resuelve el problema —intervino Kalten—. Vamos a Thalesia, le pedimos prestada la corona a Wargun y regresamos con ella.

—No está en poder de Wargun —lo disuadió Ulath.

—¿Qué queréis decir? Es el rey de Thalesia, ¿no?

—Esa corona se perdió hace quinientos años.

—¿Cabría alguna posibilidad de encontrarla?

—Supongo que no existe nada imposible —replicó el fornido thalesiano—. Sin embargo, la gente la ha buscado constantemente durante cinco siglos. ¿Disponemos de un tiempo tan dilatado?

—¿Cómo es exactamente el Bhelliom? —inquirió Tynian.

—Según las leyendas, un zafiro muy grande moldeado con la forma de una rosa. Se supone que está imbuida con la fuerza de los dioses troll.

—¿Es cierto?

—No lo sé. Nunca la he visto. Ya os he indicado que se perdió.

—Tienen que existir otros objetos —declaró Sephrenia—. El mundo en que vivimos está rodeado de magia. Supongo que en todas las épocas, desde el inicio de los tiempos, los dioses han ido realizando ciertas creaciones a las que han conferido el poder que necesitamos.

—¿Por qué no los imitamos? —preguntó Kalten—. Reunimos a un grupo de gente y hacemos que invoquen un hechizo sobre una joya, una piedra preciosa o un anillo.

—Ahora comprendo por qué no destacasteis nunca en el aprendizaje de los secretos —suspiró Sephrenia—. No entendéis siquiera los principios básicos. La magia procede de los dioses, no de los humanos. Ellos nos conceden el beneficio de ciertas capacidades si se las solicitamos de la manera adecuada, pero jamás nos permitirían invocar el tipo de fuerza que precisamos en este caso. El poder que poseen esos objetos forma parte de los propios dioses, y ellos no aceptarían perder sus cualidades de ninguna forma.

—Oh —exclamó el caballero—. No lo sabía.

—Sin embargo, os lo expliqué cuando teníais quince años.

—He debido de olvidarlo.

—Nuestra única posibilidad consiste en iniciar la búsqueda —propuso Vanion—. Enviaré informes a los demás preceptores, para que los caballeros de todas las órdenes nos ayuden.

—Yo mandaré mensajes a los estirios de las montañas —añadió Sephrenia—. Existen algunos fenómenos que sólo son conocidos por nuestra raza.

—¿Ocurrió algún incidente en Madel? —preguntó Falquián a Kalten.

—De escaso interés —repuso éste—. Vimos a Krager en algunas ocasiones, pero siempre a cierta distancia. Al acercarnos a donde se encontraba, siempre conseguía despistarnos. Es una comadreja tramposa.

—Su forma de escabullirse fue la que me hizo sospechar que lo utilizaban como cebo. ¿Tienes alguna idea de a qué se dedicaba?

—No. Nunca llegamos a aproximarnos lo suficiente. No obstante, supongo que tramaba algo, pues corría por todo Madel como un ratón en una casa donde se fabrican quesos.

—¿Adus desapareció?

—Talen y Berit lo vieron una vez cuando él y Krager abandonaban la ciudad.

—¿Hacia dónde se dirigían? —preguntó Falquián al chiquillo.

—Cabalgaban hacia Borrata —respondió Talen, encogiéndose de hombros—. Pero después quizá modificaron su rumbo.

—El más alto llevaba vendada la cabeza y un brazo en cabestrillo, sir Falquián —informó Berit.

—Parece que tus golpes fueron más rigurosos de lo que pensábamos, Falquián —dijo Kalten, riendo.

—Al menos ésa era mi intención —contestó sombríamente Falquián—. Uno de los principales objetivos de mi vida radica en limpiar el mundo de la presencia de Adus.

Se abrió la puerta para dar paso a Kurik, que acarrea la caja de madera con las espadas de los caballeros fallecidos.

—¿Insistís en efectuar la transferencia, Vanion? —preguntó Sephrenia.

—No existe otra posibilidad —respondió éste—. Vos debéis recuperar vuestras fuerzas para poder trasladaros de un lugar a otro. Yo puedo realizar mi trabajo sentado o tumbado en la cama o, si fuera necesario, muerto.

Sephrenia movió casi imperceptiblemente los ojos. Miró durante un brevísimo instante a Flauta y la pequeña asintió gravemente con la cabeza. Falquián estaba seguro de que nadie más había advertido el intercambio de gestos, el cual, pese a desconocer el motivo, le produjo una gran inquietud.

—Tomad las espadas una a una —aconsejó Sephrenia a Vanion—. Su peso es considerable y necesitaréis tiempo para acostumaros a él.

—He sostenido espadas anteriormente, Sephrenia.

—No como éstas. No me refería al peso del metal, sino a la carga que conllevan.

Tras abrir la caja, Sephrenia extrajo el arma de sir Parasim, el joven caballero que Adus había abatido en Arcium. A continuación la agarró por la hoja y, con serio semblante, tendió la empuñadura a Vanion.

Éste se puso en pie y la tomó.

—Corregidme si me equivoco —le indicó, antes de comenzar a salmodiar en estirio.

Sephrenia se unió a él, si bien su entonación delataba menos firmeza y la duda velaba sus ojos. El encantamiento alcanzó su punto culminante y Vanion se tambaleó al tiempo que su tez adquiría un tono mortecino.

—¡Dios! —exclamó jadeante, mientras intentaba no soltar la espada.

—¿Estáis bien, querido? —preguntó repentinamente Sephrenia, tras acercarse a él para tocarlo.

—Concededme un minuto para recobrar el aliento —pidió Vanion—. ¿Cómo podéis soportarlo, Sephrenia?

—Todos cumplimos el deber que se nos ha destinado —repuso—. Ya me encuentro mucho mejor, Vanion. No es preciso que carguéis con las otras dos espadas.

—Debo hacerlo. Dentro de poco tiempo vamos a perder a uno más de los doce caballeros, y su espectro os hará entrega de su arma. Me esforzaré para que os halléis libre cuando llegue ese momento. —Enderezó su apostura—. Bien —dijo inflexiblemente—, dadme la siguiente.

Capítulo veinticinco

Falquián se sentía insólitamente fatigado aquella noche. Finalmente, los rigores de lo acontecido en Rendor parecían desatar sus consecuencias. Sin embargo, pese al cansancio que lo invadía, se revolvió espasmódicamente sobre el estrecho camastro de su austera habitación. La pálida luz de la luna llena atravesaba la angosta ventana y se proyectaba directamente sobre su rostro. Murmuró un agrio juramento y luego se cubrió la cabeza con la manta para protegerse los ojos del resplandor.

Permaneció adormilado al borde del sueño durante un espacio de tiempo que se le antojó varias horas; pero, por más que intentaba abandonarse al dulce sopor, no lo lograba. Resignado, apartó las mantas y se sentó.

Era primavera. El invierno le había parecido interminable, pero ¿qué había conseguido realmente? El transcurso de los meses había mitigado el hálito vital de Ehlana. ¿Se hallaba cercano el momento de liberarla de su túmulo de cristal? Bajo la gélida luz de la luna de medianoche, su mente se vio súbitamente asaltada por un pensamiento estremecedor. Tal vez los planes y las complicadas urdimbres de Annias y Martel fueron ideados con un solo objeto: demorarlo, mantenerlo ocupado con una actividad sin sentido el tiempo que le quedaba de vida a Ehlana. Desde su retorno a Cimmura, había corrido de un lugar a otro apremiado por el curso de los acontecimientos. Acaso las artimañas de sus enemigos no habían sido tramadas para ser ejecutadas, sino con el único propósito de retrasar sus pasos. Sentía que de algún modo lo utilizaban, y que el instigador de aquellas acciones se regodeaba enormemente al contemplar su rabia y su frustración, y se divertía con aquel juego cruel. Volvió a recostarse para reflexionar sobre tal posibilidad.

Una repentina gelidez lo hizo despertar; el frío parecía penetrar hasta sus huesos. Incluso antes de abrir los ojos sabía que había alguien más en la estancia.

Al pie de la cama se erguía una figura vestida con armadura; sobre el negro acero esmaltado refulgían los rayos de la luna. El conocido hedor de osario llenó el recinto.

—Despertad, sir Falquián —ordenó el aparecido, con un tono paralizadoramente inexpresivo—. Deseo hablar con vos.

Falquián se incorporó de un salto.

—Estoy despierto, hermano —repuso. El espectro se levantó la visera y mostró un semblante conocido por Falquián—. Me apena veros en estas circunstancias, sir Tanis —agregó.

—Todos los hombres perecen —canturreó el fantasma—, y mi muerte sirve a un noble fin. Únicamente ese pensamiento me aporta consuelo en la morada de los muertos. Prestad atención, Falquián, pues el tiempo que os acompañaré será breve. Os traigo instrucciones. Mi condición de mensajero es la causa inmediata de mi fallecimiento.

—Os escucho, Tanis —le prometió Falquián.

—Acudid esta misma noche a la cripta que se halla bajo la catedral de Cimmura. Allí encontraréis otra alma en pena que os expondrá con más detalle el curso que deben tomar vuestros actos.

—¿A qué espectro os referís?

—Lo reconoceréis, Falquián.

—Obraré según vuestro consejo, hermano.

El fantasma desenvainó la espada.

—Debo dejaros, Falquián —anunció—. He de hacer entrega de mi espada antes de regresar al eterno silencio.

—Lo sé —dijo Falquián con un suspiro.

—Adiós, hermano —concluyó el espectro—. Tenedme presente en vuestras plegarias. —La silueta revestida con la armadura se giró y salió silenciosamente de la habitación.

Las torres de la catedral de Cimmura se alzaban en el cielo estrellado, y la pálida luna, que se cernía a poniente, bañaba las calles de luz plateada y negras sombras.

Falquián se aproximó sigilosamente a una angosta travesía y se detuvo ante la impenetrable oscuridad que rodeaba la boca. Se hallaba justo a una calle de la entrada principal de la catedral. Bajo su capa de viaje llevaba la cota de malla y la espada de hoja ancha prendida a su cintura.

Experimentó una curiosa indiferencia al percibir al otro lado de la vía a un par de soldados eclesiásticos que montaban guardia en la puerta del templo. Las túnicas rojas aparecían descoloridas por el blanquecino fulgor. Los centinelas se recostaban con desgana sobre las piedras de los muros de la catedral.

Falquián consideró la situación. La puerta custodiada constituía el único acceso a la cripta, puesto que, sin duda, las demás estarían cerradas con llave. No obstante, la tradición, que contradecía en este caso la normativa de la Iglesia, prohibía que se cerrasen las puertas principales de los templos.

Los soldados debían de hallarse amodorrados y ajenos a cualquier sospecha. La calle no era ancha. Seguramente una veloz carrera solventaría el inconveniente de su presencia. Falquián tensó los músculos mientras se disponía a desenvainar la espada, mas de repente se contuvo. Presintió que no era ésta la manera correcta de franquearse el paso. No lo detenía el temor, sino la certeza de que no debía acudir a aquella cita con las manos manchadas de sangre. Después pensó que, además, dos cadáveres tendidos sobre las escaleras de la catedral anunciarían notoriamente que alguien se había tomado grandes molestias para penetrar en el recinto sagrado.

Sólo precisaba un minuto para poder cruzar la calle y deslizarse por la puerta. Reflexionó un instante. ¿Qué suceso provocaría más fácilmente que los soldados abandonasen su puesto? Consideró media docena de posibilidades antes de hallar finalmente la más conveniente. Su rostro se iluminó con una sonrisa mientras maduraba la idea. Repasó mentalmente el hechizo para asegurarse de que no había olvidado las palabras y después comenzó a murmurar quedamente en estirio.

El encantamiento era bastante largo y contenía un buen número de detalles que quería plasmar de manera exacta. Una vez finalizado, levantó la mano y lo liberó.

Al final de la calle se materializó la silueta de una mujer. Llevaba una capa de terciopelo y una rubia cabellera al descubierto le cubría los hombros. Su rostro era de una belleza increíble. Caminó resueltamente hacia las puertas de la catedral con una gracia seductora y, al llegar a las escaleras, se detuvo para observar a los dos soldados, que se habían despertado totalmente. No dijo nada. Las palabras hubieran complicado innecesariamente el hechizo, y aquella mujer no necesitaba utilizar el arma de la conversación. Lentamente, deshizo el nudo de su capa, la apartó y mostró su cuerpo desnudo.

Falquián oyó claramente la acelerada respiración de los dos guardias.

Después, con miradas incitadoras dirigidas por encima del hombro, la muchacha comenzó a alejarse por la calle, seguida por la atenta mirada de los soldados. A continuación, éstos, tras consultarse con la vista, atisbaron los alrededores para cerciorarse de que no los espiaba nadie. Apoyaron las picas contra la pared y bajaron

velozmente las escaleras.

La mujer, que se había detenido bajo el resplandor de la antorcha de la esquina, les hizo nuevamente señas y luego se perdió entre las sombras al tomar una calleja lateral.

Los guardias corrieron tras ella.

Falquián salió de su escondrijo en la boca del callejón antes de que el par de incautos hubiera doblado la esquina. En pocos segundos atravesó la calle, subió los escalones de dos en dos, tomó la pesada mano de una de las grandes puertas arqueadas y tiró de ella para penetrar en el templo. Sonrió levemente para sí mientras se preguntaba durante cuánto tiempo buscarían los soldados la aparición, ya desvanecida, que él había creado.

El interior de la catedral, húmedo y frío, estaba impregnado de olor a incienso y cera quemada. Dos solitarios cirios, vacilantes a causa de la breve ráfaga de aire nocturno que había seguido a Falquián hasta la nave, ardían a ambos lados del altar. Su luz apenas representaba más que dos temblorosas puntas de alfiler que se reflejaban tenuemente en las gemas y el oro que ornaban el ara.

Falquián avanzó silenciosamente por la nave central, con los hombros tensos y la mirada alerta. Pese a lo avanzado de la hora, cabía la posibilidad de que uno de los numerosos eclesiásticos que vivían dentro de los confines de la catedral estuviera despierto y rondara por el recinto. Falquián prefería mantener su visita en secreto, para evitar encuentros que sembrarían la alarma.

Se arrodilló mecánicamente ante el altar y, después de incorporarse, se encaminó al oscuro corredor cercado de celosías que conducía al presbiterio.

Más adelante se advertía un resplandor de luz tenue pero constante. Falquián se movió con sigilo, sin despegarse de la pared. Ante él se abría un dintel arqueado del que pendían unos cortinajes púrpura, que separó cuidadosamente con un dedo para observar.

El primado Annias, ataviado con un austero hábito de monje en lugar de sus habituales ropajes de satén, se arrodillaba delante de un pequeño altar de piedra ubicado en el interior del santuario. Sus demacradas facciones se hallaban distorsionadas por la angustia de la autodegradación y sus manos se estrechaban entre sí con tal ímpetu como si quisiera arrancarse los dedos. Las lágrimas corrían abundantemente por su rostro y su respiración se percibía áspera y alterada.

A Falquián se le demudó el semblante, y su mano aferró maquinalmente la empuñadura de la espada. Los soldados que guardaban la puerta del templo al fin y al cabo eran sangre inocente. Su muerte no hubiera tenido ningún sentido. En cambio, Annias pertenecía a una ralea muy distinta. El primado estaba solo. Unos pasos veloces y un simple movimiento de su brazo librarían para siempre a Elenia de su infecta influencia.

Durante un momento la vida del primado de Cimmura pendió de un hilo, pues Falquián, por primera vez, consideraba la posibilidad de asesinar deliberadamente a un hombre desarmado. De pronto le pareció escuchar una voz ligera de muchacha y contempló una cabellera rubia y un par de ojos grises de mirada fija delante de él. Pesaroso, soltó la aterciopelada tela y se aprestó a servir a su reina, quien, incluso en su sueño, había acudido a salvar su alma.

—Otra vez será, Annias —musitó para sí.

Prosiguió su camino por el corredor hasta la entrada de la cripta. Ésta se encontraba debajo de la catedral y para llegar a ella había que descender unas escaleras de piedra. Una única vela de sebo, engastada en un candelabro de pared impregnado de grasa, se derretía en el rellano. Con sumo cuidado, para no producir el menor ruido, Falquián partió la vela en dos, volvió a encender el fragmento que quedaba en el

candelabro y se dirigió abajo manteniendo la luz en alto.

La puerta situada al final de las escaleras era de pesado bronce. Falquián cerró el puño en torno al pestillo y giró con suma lentitud hasta sentir que cedía el cerrojo. Después, pulgada a pulgada, abrió la imponente entrada. El leve crujido de los goznes parecía estrepitoso en medio del silencio, pero Falquián estaba seguro de que el sonido no llegaría hasta el piso superior. Por otra parte, Annias se hallaba demasiado sumido en su propia angustia para percibirlo.

El interior de la cripta estaba constituido por una vasta y fría cámara de techo bajo que exhalaba olor a humedad. El círculo de luz amarillenta que provenía del pedazo de vela alumbraba un escueto retazo, más allá del cual reinaba la oscuridad más profunda. Los arqueados contrafuertes que sostenían el techo aparecían tapizados de telarañas, y los irregulares rincones, invadidos por espesas sombras. Falquián apoyó la espalda contra la puerta de bronce y la cerró de nuevo muy lentamente. El ruido que originó al encajarse resonó por la sala como un hueco crujido de muerte.

El recinto se extendía más allá de la nave de la catedral. Bajo el techo abovedado yacían los antiguos gobernantes de Elenia. Hilera tras hilera, cada uno de ellos permanecía encerrado en una desconchada tumba de mármol con una polvorienta efigie de plomo reposando en el cabezal. Doscientos años de historia elenia descansaban y se enmohecían paulatinamente entre el polvo de aquel húmedo subterráneo. Los malvados yacían junto a los virtuosos, los estúpidos se entremezclaban con los sabios. El igualador universal los había traído a todos al mismo lugar. Las habituales esculturas funerarias, que decoraban las paredes de piedra y los ángulos de muchos de los sarcófagos, conferían un aire aún más lúgubre a las silenciosas tumbas.

Falquián se estremeció. El contacto con la sangre, los huesos, la carne y el reluciente y afilado acero le resultaban familiares, pero no aquel gélido y polvoriento silencio. No sabía exactamente cómo proceder, puesto que el espectro de sir Tanis apenas le había indicado ningún detalle. Dubitativamente, siguió cerca de la puerta de bronce, a la espera. Consciente de la inutilidad de ese gesto, rodeó con la mano el puño de la espada para sentir su contacto reconfortante, aunque no albergaba ninguna duda de la ineficacia del arma en aquel espantoso lugar.

El sonido pareció primero un simple susurro, un tenue movimiento del aire estancado de la cripta. Después volvió a producirse de una forma más perceptible.

—Falquián —volvió a llamar el susurro.

—Estoy aquí.

—Acercaos.

La voz procedía de alguna de las tumbas recientemente ocupadas. Se aproximó a ellas mientras adquiría mayor seguridad a medida que avanzaba. Finalmente, se detuvo junto al último sarcófago, en el que estaba grabado el nombre del rey Aldreas, el padre de la reina Ehlana. Permaneció ante la efigie de plomo del anterior monarca, un hombre al que había jurado servir, pero al que había profesado muy poco respeto. El escultor que había reproducido su busto había intentado insuflar cierta dignidad a los rasgos de Aldreas; sin embargo, su expresión ligeramente desolada y su barbilla desprovista de firmeza delataban su debilidad.

—Salud, Falquián. —El susurro no surgía de la forma esculpida sobre la losa de mármol, sino de la misma tumba.

—Salud, Aldreas —respondió Falquián.

—¿Aún me tenéis como enemigo y me guardáis rencor, mi paladín?

Un centenar de ofensas e insultos asaltaron la mente de Falquián. Rememoró brevemente los años de humillaciones y afrentas causadas por el hombre cuya alma flagelada hablaba desde los vacíos confines de su sepulcro de mármol. Pero ¿de qué

serviría clavar un cuchillo en el corazón de alguien que ya estaba muerto? Mansamente, Falquián concedió el perdón a su rey.

—Nunca os consideré como tal, Aldreas —mintió—. Vos erais mi rey. Era cuanto debía tener presente.

—Sois muy generoso, Falquián —suspiró la hueca voz—, y vuestra gentileza destroza mi insustancial corazón mucho más que cualquier rechazo.

—Lo siento, Aldreas.

—Yo no representé la persona idónea para llevar la corona —admitió la sepulcral voz con melancólica añoranza—. Ocurrían tantas cosas que no comprendía y había tanta gente en torno a mí que consideraba amigos míos y no lo eran...

—Lo sabíamos, Aldreas, pero no disponíamos de ningún medio para protegeros.

—Yo no podía imaginar las tramas que se urdían a mi alrededor, ¿cómo podría haberlo sospechado, Falquián? —El fantasma demostraba un desesperado afán de justificar los actos de Aldreas en vida—. Me educaron para que adorase a la Iglesia, y confié en el primado Annias por encima de todo. ¿Cómo iba a recelar de sus palabras zalameras?

—No podíais, Aldreas. —No le resultó difícil aceptarlo. Aldreas ya no era su enemigo, y si unas pocas frases podían confortar a su fantasma acosado por la culpa, únicamente le costaban el esfuerzo de pronunciarlas.

—No obstante, no debí haberle dado la espalda a mi única hija —declaró Aldreas con una voz henchida de pesar—. Esa decisión es la que me conduce con más dolor al arrepentimiento. El primado me predispuso contra ella, mas tenía que haber desoído su falso consejo.

—No os aflijáis, Aldreas —adujo Falquián—. Ehlana comprendía que el enemigo era Annias, no vos.

Se abrió una larga pausa.

—¿Qué ha sido de mi muy querida hermana? —Las palabras del monarca salieron como obstruidas por unas mandíbulas fuertemente apretadas por el odio.

—Todavía se encuentra en el monasterio de Demos, Majestad —informó Falquián con el tono más neutral del que fue capaz—. Morirá allí.

—Cuando suceda, enterradla allí, mi paladín —ordenó Aldreas—. No profanéis mi sueño al traer junto a mí a mi asesina.

—¿Asesina? —preguntó Falquián, estupefacto.

—Mi vida se había convertido en una carga para ella. Su amante y sicofante, el primado Annias, dispuso los preparativos para enviármela en secreto. Me sedujo con el mayor de los abandonos, con una clase de entrega que nunca había visto en ella. Exhausto, tomé una copa de su mano y bebí de ella, y aquel líquido provocó mi muerte. Ella se mofaba de mí. De pie, sobre mi moribundo cuerpo, con su flagrante desnudez y el rostro distorsionado por el odio, me insultaba. Vengadme de mi alocada hermana y de su malvado consorte, mi paladín, pues ellos me han llevado a la ignominia y han desposeído a mi heredera legítima, la hija que ignoré y desdeñé en el transcurso de su infancia.

—Si Dios me da fuerzas, haré lo que me ordenáis, Aldreas —prometió Falquián.

—Cuando mi pálida hijita ascienda por propio derecho al trono, os ruego que le comunicuéis que, en el fondo de mi corazón, le profesaba un gran amor.

—Si Dios desea que llegue ese momento, se lo diré. Perded cuidado, Aldreas.

—Así debe ser, Falquián. De lo contrario, todo lo que Elenia ha representado quedaría reducido a la nada. Únicamente Ehlana es la verdadera heredera del trono de Elenia. Yo os encomiendo que no permitáis que la corona sea usurpada por el fruto de la ilegítima copulación de mi hermana y el primado de Cimmura.

—Mi espada lo impedirá, Majestad —juró solemnemente Falquián—. Los tres yacerán bañados en su propia sangre antes de que esta semana toque a su fin.

—Y vuestra vida finalizará también por vuestro apresuramiento. Entonces, ¿de qué manera vuestro sacrificio podría restaurar a mi hija en el cargo que le corresponde?

Falquián llegó a la conclusión de que Aldreas mostraba mucho más discernimiento en la muerte del que había hecho gala en vida.

—La venganza llegará en la hora apropiada, mi paladín —le aseguró el fantasma—. No obstante, mi principal demanda consiste en que devolváis el trono a Ehlana. Con ese fin, me es permitido revelaros ciertos detalles. Ninguna panacea ni ningún talismán de escaso valor podrán curar a mi pequeña. Solamente el Bhelliom será capaz de retornarla a la vida.

El corazón de Falquián dio un vuelco.

—No os desalentéis, Falquián, pues se acerca el momento propicio para que el Bhelliom emerja del lugar donde ha permanecido oculto y vuelva a conmover la tierra con su poder. La gema obra de acuerdo con sus propios objetivos, y ésta es la época esperada, puesto que los acontecimientos han situado a la humanidad en el punto exacto en que podrá cumplir su cometido. Ninguna fuerza del orbe puede impedir que el Bhelliom surja nuevamente a la luz. Naciones enteras aguardan su advenimiento. Sin embargo, debéis ser vos quien la encuentre, porque sólo en *vuestras* manos se liberará la totalidad de su poder, capaz de hacer retroceder la oscuridad que comienza a enseñorearse de la tierra. Os habéis convertido en el paladín de la tierra, Falquián. Si vuestra misión fracasa, nuestro mundo morirá.

—¿Dónde debo buscarlo, Majestad?

—Tengo prohibido revelarlo. Sin embargo, puedo confesaros cómo despertar su poder una vez que se halle en vuestra mano. El anillo de piedra roja que adorna vuestra mano y el que lucía la mía durante mi vida son más antiguos de lo que habíamos imaginado. Fueron creados por el mismo ser que forjó el Bhelliom. Son las llaves que franquean el poder de la joya.

—Pero vuestro anillo se ha perdido, Aldreas. El primado de Cimmura revolvió el palacio de arriba abajo para hallarlo.

Una fantasmagórica risa ahogada surgió del interior del sarcófago.

—Todavía lo conservo, Falquián —confesó Aldreas—. Después de que mi querida hermana me hubiera dedicado su último beso fatal antes de alejarse, tuve un momento de lucidez y oculté el anillo para impedir que quedara en posesión de mis enemigos. A pesar de los desesperados esfuerzos del primado de Cimmura, fue enterrado conmigo. Haced memoria, Falquián. Recordad las viejas leyendas. Cuando mi familia y la vuestra establecieron lazos mediante esos anillos, vuestros antepasados entregaron a los míos su lanza de combate en prueba de su vasallaje. Ahora os la devuelvo.

Una fantasmagórica mano que agarraba una lanza de corta asta y ancha hoja se alzó del sarcófago. La simbólica importancia de aquella arma antiquísima había permanecido en el olvido durante siglos. Falquián la tomó de manos del espectro.

—La llevaré con orgullo, Majestad —anunció.

—El orgullo es un sentimiento vacío, Falquián. El significado de esta lanza es mucho más profundo. Separad la hoja del asta y mirad en su interior.

Falquián depositó la vela en el suelo e hizo girar la madera del palo. Con un chirrido seco, ésta se desprendió del metal. Al mirar en la oquedad de la hoja, le sorprendió el brillo rojizo del rubí.

—Debo haceros una última advertencia, mi paladín —prosiguió el fantasma—. Si Dios permitiera que vuestra búsqueda finalice después de que mi hija se reúna conmigo

en la morada de los muertos, recae sobre vos la tarea de destruir el Bhelliom, aunque seguramente tal tarea os cueste la vida.

—Pero ¿por qué destruir un objeto de tamaño poder? —protestó Falquián.

—Guardad mi anillo en el lugar donde yo lo escondí. Si el desenlace de vuestra misión es satisfactorio, devolvédselo a mi hija cuando ocupe de nuevo el trono con todo su esplendor; pero si ella muriera, continuad la búsqueda del Bhelliom, si es necesario, durante el resto de vuestros días. En el momento en que lo encontréis, tomad la lanza con la mano en que lleváis vuestro anillo y clavadla en el corazón del Bhelliom con todas vuestras fuerzas. La joya quedará destruida, al igual que los anillos. También en ese acto perderéis vos la vida. No dejéis de obedecerme, Falquián, pues un sombrío poder cabalga por la tierra y el Bhelliom no debe caer en sus manos.

—Seguiré vuestras órdenes, Majestad —prometió Falquián con una reverencia.

Un suspiro brotó del sarcófago.

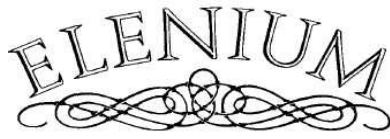
—He terminado —musitó Aldreas—. He hecho cuanto he podido para ayudaros. Así he concluido la tarea que quedó inacabada. No me decepcionéis. Adiós, Falquián.

—Adiós, Aldreas.

La cripta permanecía gélida y vacía, a excepción de las hileras de túmulos reales. El cavernoso susurro había cedido paso al silencio. Falquián reunió las partes de la lanza y después alargó la mano hasta rozar el corazón de la efigie de plomo.

—Descansad en paz, Aldreas —dijo suavemente.

Después, tras aferrar la antigua lanza, se volvió y se alejó lentamente de la tumba.



David Eddings

EL CABALLERO DEL RUBÍ

Volumen 2

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Víctor Viano
Ilustración de cubierta: Ciruelo Cabral

Título original: *The Ruby Knight (Book 2 of The Elenium)*

Traducción: M^a Dolors Gallart

© 1990 by David Eddings

Maps by Shelly Shapiro

Part opener maps © 1990 by Claudia Carlson

© Editorial Timun Mas, S. A., 1991

ISBN: 84-7722-494-3 (Obra completa)

ISBN: 84-7722-496-X (Volumen 2)

Depósito legal: B. 22.513-1991

Hurope, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Editorial Timun Mas, S.A., Castillejos, 294 - 08025 Barcelona

*Para el joven Mike
«Ponlo en el coche»,
y para Peggy
«¿Qué fue de mis globos?»*

Prólogo

Una historia de la casa de Falquián
extraída de las Crónicas de la hermandad pandion

Fue en el siglo veinticinco cuando las hordas de Otha de Zemoch invadieron los reinos elenios de Eosia Occidental y arrasaron a sangre y fuego cuanto hallaron a su paso en su avance hacia poniente. Otha parecía invencible hasta que su ejército se enfrentó en el grande y humeante campo de batalla del lago Randera con las fuerzas aliadas de los reinos occidentales y las tropas conjuntas de los caballeros de la Iglesia. Se dice que en aquella batalla librada en el centro de Lamorkand se luchó sin tregua durante varias semanas hasta que los zemoquianos invasores fueron finalmente reducidos y emprendieron la huida hacia sus propias fronteras.

La victoria de los elenios fue en verdad completa, pero una buena mitad de los caballeros de la Iglesia yacían muertos en el campo de batalla y los ejércitos de los reinos elenios contaban sus bajas por millares. Cuando los victoriosos pero extenuados supervivientes regresaron a sus hogares, hubieron de hacer frente a un enemigo aún más feroz: el hambre, una de las comunes secuelas de la guerra.

El hambre persistió en Eosia a lo largo de generaciones, amenazando en ocasiones con despoblar el continente. Inevitablemente, la organización social comenzó a desmoronarse, y el caos político se enseñoreó de los reinos elenios. Los pícaros barones únicamente cumplían de palabra los juramentos de fidelidad prestados a sus soberanos. Las discusiones privadas acarrearaban a menudo guerras particulares y el bandolerismo era un fenómeno presente por doquier. Dichas condiciones perduraron hasta la primera década del siglo veintisiete.

Fue por aquella época de desorden cuando apareció en las puertas de nuestro castillo principal de Demos un acólito, y expresó su ferviente deseo de ser miembro de nuestra orden. Una vez iniciado su entrenamiento, nuestro preceptor no tardó en advertir que aquel joven postulante, de nombre Falquián, no era un hombre ordinario. En poco tiempo superó a sus compañeros novicios, e incluso a avezados pandion, en el campo de prácticas. No eran meramente las proezas físicas, no obstante, lo que lo distinguían, pues sus dones intelectuales eran asimismo prominentes. Su aptitud para los secretos estirios hacía las delicias de su tutor en dichas artes y el anciano instructor estirio guiaba a su alumno en áreas de la magia mucho más avanzadas que aquellas que solía enseñar a los caballeros pandion. El patriarca de Demos no estaba menos entusiasmado con la inteligencia de su novicio, y, llegado el tiempo en que sir Falquián dio muestra de sus dotes, ya se desenvolvía hábilmente en las complejidades de la filosofía y la discusión teológica.

Por la época en que sir Falquián fue armado caballero, el joven rey Antor ascendió al trono de Elenia en Cimmura, y las vidas de ambos jóvenes pronto quedaron poderosamente entrelazadas. El rey Antor era un muchacho impulsivo, casi temerario, y un resurgimiento del bandidaje en los límites norteños de su reino incitó su ira hasta tal extremo que, olvidando toda precaución, montó una expedición punitiva dirigida a esa

parte del país con unas fuerzas lamentablemente inadecuadas. Cuando se tuvo noticia de ello en Demos, el preceptor de los caballeros pandion mandó una columna que debía acudir sin dilación al norte para sostener al rey, y entre los caballeros que la componían se encontraba sir Falquián.

El rey Antor se halló pronto en un atolladero. Si bien nadie podía poner en duda su bravura personal, su falta de experiencia lo conducía a menudo a cometer serios errores de táctica y estrategia. Dado que no era consciente de las alianzas entre los diversos barones bandidos de las marcas norteñas, con frecuencia arremetía contra uno de ellos sin tomar en consideración el hecho, harto probable, de que otro acudiera en ayuda de su aliado. De esa manera, la ya gravemente mermada hueste del rey Antor iba siendo sistemáticamente diezmada mediante ataques por sorpresa dirigidos a la retaguardia de su ejército. Los barones del norte lo desbordaban con gran júbilo una y otra vez mientras él arremetía ciegamente al frente, propiciando la constante reducción de sus reservas.

Y así estaban las cosas cuando Falquián y los otros caballeros pandion llegaron a la zona de guerra. Los ejércitos que tanto habían acosado al joven monarca se componían de gente inexperta, chusma reclutada entre las bandas de ladrones. Los barones que los capitaneaban se retiraron para considerar la situación. Aun cuando sus fuerzas superaran de manera aplastante en número a las del enemigo, la reputada pericia de los pandion en el campo de batalla era algo a tener en cuenta. Algunos de ellos, animados por el buen éxito de sus anteriores hostigamientos, urgieron a sus aliados a atacar, pero los más ancianos y juiciosos aconsejaban cautela. Parece relativamente cierto que un buen número de barones, jóvenes y viejos por igual, veían abrirse ante ellos la posibilidad de ascender al trono de Elenia. Si el rey Antor cayera en la batalla, reflexionaban, su corona podría fácilmente pasar a manos de cualquier hombre lo bastante fuerte como para arrebatarla a sus compañeros.

Los primeros ataques de los barones a las fuerzas de los pandion combinadas con las tropas del rey Antor fueron acciones de tanteo, encaminadas a probar la fortaleza y el arrojo de los caballeros de la Iglesia y sus aliados. Cuando resultó evidente que la respuesta era en gran parte defensiva, dichos asaltos fueron cada vez más audaces, y al fin se libró una batalla campal a poca distancia de la frontera con Kelosia. Tan pronto como tuvieron constancia de que los barones estaban comprometiendo todas sus huestes en la lucha, los pandion reaccionaron con su habitual ferocidad. La postura defensiva que habían adoptado durante los primeros ataques había sido una argucia destinada a atraer a los barones a un enfrentamiento decisivo.

La encarnizada batalla se prolongó durante la casi totalidad de un día de primavera. A última hora de la tarde, cuando el reluciente sol bañaba el campo, el rey Antor quedó separado de las tropas de su guardia real. Hallándose sin caballo y acorralado, decidió vender cara su vida. Fue entonces cuando sir Falquián salió a la palestra. Se abrió paso con prontitud hasta llegar al lado del monarca y, a la usanza tan antigua como la propia historia de la guerra, ambos pelearon con las espaldas pegadas, conteniendo a sus enemigos. La combinación del obstinado arrojo de Antor y la habilidad de Falquián bastó para mantener a raya a sus contrincantes hasta que, infortunadamente, la espada de Falquián se partió. Con gritos triunfales, los hombres que los rodeaban se precipitaron para darles el golpe de gracia, y con ello cometieron un fatal error.

Aferrando una corta espada de ancho hierro de una de las víctimas, Falquián diezmó las filas de las tropas atacantes. La culminación de la contienda tuvo lugar cuando el barón de cara atezada que había dirigido la acometida se precipitó para dar muerte al ya malherido Antor y pereció en el intento, con la lanza de Falquián clavada

en las entrañas. La caída del barón desmoralizó a sus hombres, los cuales se retiraron y emprendieron la huida.

Las heridas de Antor eran graves, y las de Falquián apenas menos preocupantes. Exhaustos, ambos se dejaron caer al suelo mientras el crepúsculo se instalaba sobre el campo. Es imposible reconstruir la conversación que mantuvieron en aquel sangriento escenario durante las primeras horas de la noche, dado que en los años posteriores ninguno quiso revelar lo sucedido entre ellos. Lo que se sabe, sin embargo, es que en algún momento de la charla intercambiaron armas. Antor dio la espada real de Elenia a sir Falquián y tomó a cambio la espada de guerra con la que éste le había salvado la vida. Hasta el fin de sus días, el rey consideraría aquella tosca arma como un preciado objeto.

Era casi medianoche cuando los dos jóvenes heridos vieron una antorcha que se aproximaba entre la oscuridad y, no sabiendo si el que la llevaba era amigo o enemigo, se levantaron trabajosamente y se dispusieron a defenderse. Mas la persona que se acercaba no era un elenio, sino una mujer estiria vestida con túnica y capucha blancas. En silencio, cuidó sus heridas y luego les habló brevemente con voz cantarina y les entregó un par de anillos que pasaron a simbolizar su duradera amistad. La tradición afirma que las ovaladas piedras engastadas en las sortijas eran pálidas como el diamante cuando ambos las recibieron, pero que su sangre entremezclada las tiñó de forma permanente, confiriéndoles hasta hoy en día el aspecto de rubíes de un rojo intenso. Una vez hecho esto, la misteriosa mujer estiria se volvió sin añadir palabra alguna y se adentró en la noche, con su túnica blanca resplandeciendo bajo la luna.

Cuando la brumosa aurora iluminó el campo, la guardia real de Antor y varios de los compañeros pandion de Falquián los encontraron por fin y los transportaron en literas a este nuestro castillo principal de Demos. Sus heridas tardaron meses en sanar y, llegado el momento en que se hallaron en condición de viajar, eran ya fieles amigos. Se trasladaron en pequeñas etapas a la capital del reino, Cimmura, y allí el monarca efectuó una asombrosa declaración. Anunció que en adelante el pandion Falquián sería su paladín y que, mientras las dos familias tuvieran sucesión, los descendientes de Falquián servirían a los dirigentes de Elenia en dicho cargo.

Como inevitablemente acontece, la corte del rey en Cimmura estaba plagada de intrigas. Las diferentes facciones quedaron un tanto estupefactas con la aparición en la corte de aquel pandion de severa expresión. Después del firme rechazo obtenido en respuesta a las diversas tentativas de ganar su apoyo para una u otra facción, los mensajeros llegaron a la embarazosa conclusión de que el paladín del rey era incorruptible. Por otra parte, la amistad entre el monarca y Falquián hizo de éste su confidente y consejero más próximo. Dado que Falquián, como ya se ha mencionado, era extremadamente inteligente, veía con claridad las intenciones de las intrigas de los distintos cortesanos, con frecuencia mezquinas, y las desenmascaraba a los ojos de su menos brillante amigo. Al cabo de un año, la corte del rey Antor se había librado en buena medida de la corrupción gracias a la rígida moralidad que imponía Falquián en su entorno.

Un detalle aún más inquietante para las diversas facciones políticas de Elenia era la creciente influencia de la orden pandion en el reino. El rey Antor estaba profundamente agradecido, no sólo a sir Falquián, sino también a los caballeros hermanos de su paladín. El soberano y su amigo solían viajar a Demos para consultar con el comendador de nuestra orden, y las decisiones políticas de peso se tomaban con mayor frecuencia en el castillo de la orden que en las salas del consejo real donde los cortesanos habían dictado hasta entonces las decisiones reales teniendo más en cuenta sus propios beneficios que el bien del reino.

Sir Falquián se casó bien entrada su madurez y su esposa le dio un hijo. A petición de Antor, el niño recibió también el nombre de Falquián, una tradición que, una vez establecida, ha perdurado ininterrumpidamente en la familia hasta nuestros días. Habiendo cumplido la edad apropiada, el joven Falquián ingresó en el castillo principal de los pandion para iniciar el aprendizaje destinado a la posición que un día ocuparía. Su padre vio con júbilo que el joven Falquián y el hijo de Antor, heredero de la corona, habían trabado una estrecha amistad durante su infancia, con lo cual quedaba asegurada la continuidad del vínculo entre monarca y paladín.

Cuando Antor, cargado de años y honores, yacía en el lecho de muerte, su último acto fue entregar su anillo de rubí y la corta espada de ancha hoja a su hijo; al mismo tiempo, Falquián transfirió su anillo y la espada real al suyo. Dicha tradición ha pervivido asimismo hasta nuestro tiempo.

Entre el pueblo llano de Elenia está ampliamente difundida la creencia de que, mientras la amistad entre la familia real y la casa de Falquián perdure, el reino prosperará y ningún mal podrá acontecerle. Como muchas de las supersticiones, ésta está basada hasta cierto punto en la realidad. Los descendientes de Falquián han sido siempre hombres brillantes y, además de su entrenamiento como pandion, han recibido instrucción especial en asuntos de estado y diplomacia para prepararlos en el desarrollo de su tarea hereditaria.

Recientemente, empero, ha habido una fisura ente la familia real y la casa de Falquián. El débil rey Aldreas, dominado por su ambiciosa hermana y el primado de Cimmura, relegó fríamente al actual Falquián a la función menor, degradante incluso, de ayo de la princesa Ehlana..., sin duda con la esperanza de que el paladín se ofendiera tanto que renunciara a su posición hereditaria. Pero sir Falquián cumplió a conciencia su deber y educó a la niña que un día sería la reina de Elenia en las áreas que habrían de prepararla como gobernante.

Cuando resultó evidente que Falquián no abandonaría su puesto por voluntad propia, Aldreas, instigado por su hermana y el primado Annias, exilió al caballero Falquián al reino de Rendor.

Tras la muerte del rey Aldreas, su hija Ehlana ascendió al trono como reina. Al enterarse de ello, Falquián regresó a Cimmura y se encontró con que su joven reina estaba gravemente enferma y que su vida sólo se amparaba en un hechizo invocado por la bruja estiria Sephrenia..., un hechizo que preservaría la vida de Ehlana durante un tiempo apenas superior a un año.

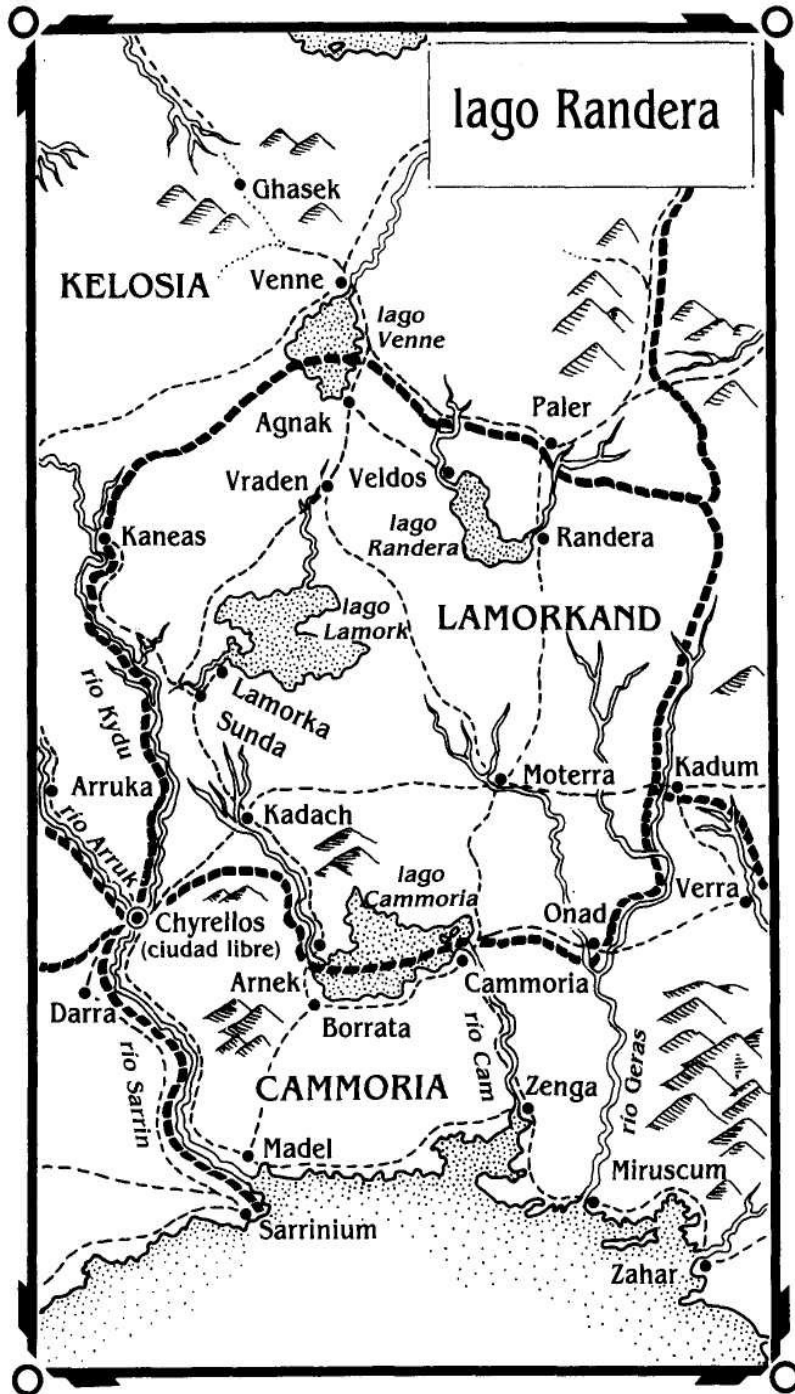
Reunidos en consulta, los preceptores de las cuatro órdenes militantes de caballeros de la Iglesia decidieron que las cuatro habían de trabajar concertadamente para descubrir un remedio a la dolencia de la reina que permitiera curarla y restablecerla en el poder, de modo que el corrupto primado Annias no alcanzara su objetivo: el trono del archiprelado en la basílica de Chyrellos. Con ese fin, los preceptores de los cirínicos, los alciones y los genidios mandaron a sus propios paladines unirse al pandion Falquián y a su amigo de infancia Kalten para buscar una cura que no sólo le devolviera la salud a la reina Ehlana, sino también su reino, el cual padecía en su ausencia de un grave malestar.

Ésa es la situación actual. La restauración de la reina Ehlana es vital no solamente para el reino de Elenia, sino para el resto de reinos elenios, pues, si el venal primado Annias lograra hacerse con el trono del archiprelado, los reinos elenios se verían sin duda debilitados por el desorden, y nuestro antiguo enemigo, Otha de Zemoch, que permanece al acecho en nuestra frontera oriental, sacaría partido de toda división o caos resultante. No obstante, el remedio para la reina, tan cercana a la muerte, puede resultar inasequible incluso para su paladín y sus fornidos compañeros. Rogad por el éxito de su

empresa, hermanos míos, pues, si ellos fracasan, la totalidad del continente eosiano caerá inevitablemente en un estado de guerra generalizada, y la civilización que nosotros conocemos dejará de existir.

Primera parte

EL LAGO RANDERA



Capítulo uno

La noche era entrada. Una densa niebla gris se había levantado del río Cimmura y se mezclaba con el persistente humo de leña que despedían miles de chimeneas, tornando borrosa la imagen de las casi desiertas calles de la ciudad. Aun así, el caballero pandion, sir Falquián, caminaba con cautela, manteniéndose al abrigo de las sombras en la medida de lo posible. Las calles relucían con la humedad y unas pálidas aureolas con los colores del arco iris rodeaban las antorchas que trataban débilmente de alumbrar con su tenue luz las callejas por las que ningún hombre sensato se aventuraría a esas horas. Las casas que flanqueaban la rúa por la que transitaba Falquián apenas eran más que negras sombras perfiladas. Falquián seguía avanzando, aguzando aún más el oído que la vista, pues en aquella lóbrega noche el sonido era mucho más importante que la visión para advertir la proximidad del peligro.

Era aquélla una mala hora para deambular a la intemperie. De día, Cimmura no era más peligrosa que cualquier otra ciudad. De noche, era una jungla donde los fuertes se cebaban en los débiles y los incautos. Pero Falquián no pertenecía a ninguna de esas categorías. Bajo su sencilla capa de viaje iba revestido de cota de malla, y una pesada espada pendía de su costado. En la mano llevaba, además, una corta lanza de guerra de ancho hierro. El hombre de nariz torcida casi deseaba que algún insensato intentara atacarlo. Cuando lo provocaban, Falquián no era el más razonable de los hombres y en los últimos tiempos había soportado diversas provocaciones.

Sin embargo, era asimismo consciente de la urgencia del cometido que le aguardaba. Por más satisfactoria que le hubiera resultado la excitación de la pelea con unos desconocidos e insignificantes asaltantes, tenía responsabilidades. La vida de su pálida y joven reina pendía de un hilo y, aunque calladamente, ella exigía fidelidad absoluta a su paladín. Por nada del mundo la traicionaría, y morir en algún cenagoso arroyo a consecuencia de un enfrentamiento sin importancia no serviría de nada a la soberana que había jurado proteger. Ése era el motivo por el que se movía con cautela, con un andar más silencioso que el de un asesino a sueldo.

En algún punto, más adelante, percibió el balanceo de nebulosas antorchas y oyó el paso acompasado de varios hombres marchando al unísono. Murmuró un juramento y se retiró hacia un maloliente callejón.

Media docena de individuos pasaron, con sus rojas túnicas humedecidas por la niebla y largas picas inclinadas sobre el hombro.

—Es en ese local de la calle de la Rosa —decía con arrogancia el oficial— donde los pandion intentan esconder sus impíos manejos. Saben que estamos vigilando, por supuesto, pero nuestra presencia limita sus movimientos y deja a Su Excelencia, el primado, libre de su interferencia.

—Conocemos los hechos, lugarteniente —señaló, aburrido, un cabo—. Hace ya un año que hacemos lo mismo.

—Oh. —El vanidoso y joven lugarteniente parecía algo alicaído—. Solamente quiero asegurarme de que lo habéis entendido bien, eso es todo.

—Sí, señor —contestó el cabo.

—Esperad aquí —indicó el lugarteniente, tratando de adoptar un tono tajante—. Voy a inspeccionar. —Caminó por la calle, hollando ruidosamente los adoquines rezumantes de humedad.

—Vaya un burro —murmuró el cabo, dirigiéndose a sus compañeros.

—A ver si maduras, cabo —dijo un viejo veterano de pelo gris—. Nosotros recibimos la paga, de manera que obedecemos sus órdenes y nos guardamos las opiniones para nosotros mismos. Limitate a hacer tu trabajo y deja las opiniones para los oficiales.

El cabo gruñó amargamente.

—Estuve en la corte ayer —explicó—. El primado Annias había mandado llamar a ese mocoso de ahí, y el necio *había* de llevar una escolta, faltaría más. ¿Vais a creer que el lugarteniente no paró de adular al bastardo Lycheas?

—Ésa es la especialidad de los lugartenientes —repuso con indiferencia el veterano—. Son unos pelotilleros natos y el bastardo es el príncipe regente, a pesar de todo. Estoy convencido de que eso da un sabor dulzón a sus botas para aquellos que le lamen los pies, pero el lugarteniente ya tendrá seguramente callos en la lengua a estas alturas.

—Eso sí que es la pura verdad —aprobó, riendo, el cabo—, pero, si la reina se recuperara, ¿no sería una sorpresa para él descubrir que había tragado todo ese betún de las botas para nada?

—Sería mejor que no pusieras tus esperanzas en ello, cabo —observó uno de los soldados—. Si se despierta y vuelve a tomar control de su propio tesoro, Annias ya no tendrá dinero para pagarnos el mes que viene.

—Siempre puede hurgar en los cepillos de la iglesia.

—No sin rendir cuentas. La jerarquía de Chyrellos exprime cada ochavo del dinero de las iglesias hasta hacerlo chirriar.

—Todo en orden —llamó el oficial entre la niebla—. La posada de los pandion está en línea recta. He relevado a los soldados que estaban de guardia, de modo que será mejor que vayáis a ocupar vuestros puestos.

—Ya lo habéis oído —dijo el cabo—. Moveos. —Los soldados eclesiásticos se alejaron en formación entre la bruma.

Falquián sonrió brevemente en la oscuridad. Eran raras las ocasiones en que le era dado escuchar las fortuitas conversaciones del enemigo. Hacía tiempo que sospechaba que a los soldados del primado de Cimmura los alentaba más la avaricia que cualquier sentimiento de lealtad o piedad. Dio un paso afuera del callejón y volvió a retroceder de un salto al oír otras pisadas que se acercaban por la calle. Por alguna desconocida razón, las calles de Cimmura, habitualmente vacías por la noche, estaban inundadas de gente. Los pasos eran ruidosos, de lo cual infirió que quienquiera que fuese no intentaba huir de nadie. Falquián alzó la lanza de corta asta. Entonces vio la silueta de un hombre recortada en la niebla. El individuo llevaba un sayo oscuro y un gran cesto al hombro. Parecía un obrero, pero no había modo de comprobarlo. Falquián permaneció quieto y dejó que pasara. Aguardó hasta que se perdió el rumor de sus pasos antes de salir otra vez a la calle. Caminaba con cuidado, sin producir ningún sonido al rozar con sus flexibles botas los mojados adoquines, y mantenía su capa gris firmemente pegada al cuerpo para amortiguar cualquier tintineo de su cota de malla.

Atravesó una calle solitaria para evitar la vacilante y amarillenta luz de las lámparas que proyectaba la puerta abierta de una taberna donde sonaban canciones obscenas. Al pasar entre la luz envuelta en niebla, tomó la lanza con la mano izquierda y tiró más adelante la capucha de su capa para cubrirse el rostro.

Se detuvo, con los ojos y oídos alerta, escrutando la nebulosa calle que se hallaba ante él. La dirección que seguía conducía a la Puerta del Este, pero nada le impedía desviarse. El rumbo del que camina en línea recta es previsible, lo cual lo convierte en presa fácil. Era de vital importancia que abandonara la ciudad sin ser visto ni reconocido por los hombres de Annias, **aun** cuando para ello hubiera de emplear toda la

noche. Cuando comprobó que la calle estaba vacía, continuó su camino, al abrigo de las más profundas sombras. En una esquina, bajo la difusa luz anaranjada de una antorcha, un andrajoso mendigo permanecía sentado junto a un muro. Llevaba los ojos vendados y en sus brazos y piernas se advertían diversas llagas de apariencia genuina. Falquián sabía que no era una hora provechosa para pedir limosna, lo cual lo llevó a pensar que aquel sujeto debía de hallarse allí con otro fin. En ese momento, una pizarra de un tejado cayó a la calle, a corta distancia de donde se encontraba Falquián, y se rompió contra los adoquines.

—¡Caridad! —clamó el pedigüeño con voz desesperada, a pesar de que los pies calzados de suave piel de Falquián no habían producido el menor ruido.

—Buenas noches, compadre —saludó el fornido caballero en voz baja y, cruzando la calle, arrojó un par de monedas en la escudilla del mendigo.

—Gracias, mi señor. Dios os bendiga.

—Se supone que no podéis verme, compadre —le recordó Falquián—. Ignoráis si soy un señor o un plebeyo.

—Es tarde —se excusó el pordiosero— y tengo sueño. A veces lo olvido.

—Un descuido muy peligroso —lo reprendió Falquián—. Poned atención en los negocios. Oh, ya que os he visto, presentadle mis respetos a Platimo. —Platimo era un sujeto extremadamente gordo que controlaba con puño de hierro los bajos fondos de la ciudad de Cimmura.

El mendicante se levantó la venda de los ojos, miró a Falquián y los ojos se le desorbitaron al reconocerlo.

—Y decidle a vuestro amigo del tejado que no se ponga nervioso —añadió Falquián—. En todo caso, podríais aconsejarle que mire dónde pone los pies. La última pizarra que ha desprendido casi me rompe la crisma.

—Es nuevo en el oficio —repuso el mendigo con un respingo—. Todavía le queda mucho que aprender para ser un buen ladrón.

—En efecto —acordó Falquián—. Tal vez podáis ayudarme, compadre. Talen me habló de una taberna adosada a la muralla oriental de la ciudad. Por lo visto tiene una buhardilla que alquila de tarde en tarde. ¿Sabéis por azar dónde está situada?

—Está en el callejón de la Cabra, sir Falquián. Tiene un letrero que pretende representar un racimo de uvas. Es inconfundible. —El pedigüeño entornó los ojos—. ¿Dónde ha estado Talen últimamente? Hace mucho que no lo veo.

—Su padre lo ha tomado a su cargo, por así decirlo.

—Ni siquiera sabía que Talen tuviera padre. Ese chico llegará lejos si no lo cuelgan antes. Ya es casi el mejor ladrón de Cimmura.

—Lo sé —confirmó Falquián—. Ya me ha vaciado los bolsillos unas cuantas veces. —Tiró un par de monedas más en la escudilla—. Agradecería que mantuvierais en secreto el hecho de que me habéis visto esta noche, compadre.

—No os he visto, sir Falquián —aseguró sonriendo el mendigo.

—Ni yo a vos ni a vuestro amigo del tejado.

—Entonces todos salimos ganando. Buena suerte.

—Lo mismo os deseo en la vuestra.

Falquián sonrió y prosiguió la marcha. Su breve contacto con el lado más sórdido de la sociedad de Cimmura había sido nuevamente productivo. Aun no siendo exactamente sus aliados, Platimo y el inframundo que éste controlaba podían servir de gran ayuda. Falquián dobló un recodo para asegurarse de que, en caso de que el desmañado ladrón que deambulaba por el tejado fuera descubierto en el transcurso de sus actividades, la inevitable persecución que ello acarrearía no atrajera la guardia a la misma calle que él recorría.

Como siempre sucedía cuando se hallaba solo, los pensamientos de Falquián derivaron hacia su reina. Conocía a Ehlana desde que era una niña, si bien no la había visto durante los diez años que había permanecido exiliado en Rendor. El recuerdo de ella sentada en el trono, incrustada en un cristal tan duro como el diamante, le desgarraba el corazón. Comenzó a lamentar no haber aprovechado la oportunidad que había tenido aquella noche de matar al primado Annias. Cualquier envenenador era un ser detestable, pero el hombre que había envenenado a la reina de Falquián había atraído sobre sí un peligro mortal, pues Falquián no era persona que dejara fermentar durante demasiado tiempo antiguas afrentas.

Entonces oyó unos pasos furtivos tras él en la niebla y, retirándose hacia un recóndito zaguán, guardó una completa inmovilidad. Eran dos hombres, vestidos con ropajes no identificables.

—¿Aún lo ves? —susurró uno de ellos al otro.

—No. Esta niebla es cada vez más espesa. Sin embargo, está justo delante de nosotros.

—¿Estás seguro de que es un pandion?

—Cuando lleves en esto tanto tiempo como yo, aprenderás a reconocerlos. Es su manera de andar y el porte de su espalda. Es un pandion, sin lugar a dudas.

—¿Qué está haciendo por la calle a estas horas de la noche?

—Eso es lo que nosotros hemos venido a averiguar. El primado quiere informes sobre todos sus movimientos.

—La idea de intentar deslizarme a escondidas tras un pandion en una noche de niebla me produce cierto nerviosismo. Todos hacen uso de la magia y pueden detectar la proximidad de alguien. No me gustaría acabar con su espada en el vientre. ¿Le has visto la cara?

—No. Iba encapuchado y tenía el rostro en sombras.

Ambos siguieron avanzando por la calle, ignorantes del hecho de que sus vidas habían estado por un momento pendientes de un hilo. Si uno de ellos hubiera visto la cara a Falquián, los dos habrían muerto en el acto. Falquián era un hombre muy pragmático en situaciones como aquélla. Aguardó hasta no oír sus pisadas y volvió sobre sus pasos hasta una encrucijada donde tomó una calle lateral.

En la taberna sólo estaba el propietario, el cual dormitaba con los pies apoyados en una mesa y las manos entrelazadas sobre la panza. Era un hombre fornido que iba sin afeitarse y vestía un sucio sayo.

—Buenas noches, compadre —lo saludó tranquilamente Falquián al entrar.

—Buenos días sería casi más apropiado —gruñó el tabernero, abriendo un ojo.

Falquián miró en torno a sí. El establecimiento era un típico lugar de solaz de trabajadores, con techo de vigas manchado de humo y un mostrador al fondo. Las sillas y bancos estaban rayados y el serrín del suelo no se había barrido ni cambiado hacía meses.

—Al parecer, esta noche transcurre lentamente —señaló con su impasible voz.

—Siempre es así tan de madrugada, amigo. ¿Qué vais a tomar?

—Vino arciano..., si tenéis.

—En Arcium tienen uvas negras a rebosar. A nadie se le acaba nunca el tinto arciano. —Con un suspiro de cansancio, el tabernero se puso en pie y sirvió a Falquián una copa de vino—. Tardáis en ir a casa esta noche, amigo —observó, tendiendo al caballero el grasiento recipiente.

—Cosas del trabajo —repuso Falquián—. Un amigo mío dijo que tenéis una buhardilla arriba.

El tabernero entornó los ojos con suspicacia.

—No parecéis el tipo de individuo que tuviera un acuciente interés por las buhardillas —objetó—. ¿Tiene nombre ese amigo vuestro?

—Ninguno que le convenga propagar normalmente —replicó Falquián, tomando un sorbo de vino y comprobando que era de una cosecha de baja calidad.

—Amigo, no os conozco y tenéis cierto aspecto de personaje oficial. ¿Por qué no acabáis vuestro vino y os marcháis? Es decir, a menos que me proporcionéis algún nombre que pueda reconocer.

—Ese amigo mío trabaja para un hombre llamado Platimo. Tal vez hayáis escuchado ese nombre.

El tabernero abrió ligeramente los ojos.

—Platimo debe de estar extendiendo sus actividades. Ignoraba que mantuviera relaciones con la nobleza..., salvo para robarles.

—Me debía un favor —explicó Falquián, encogiéndose de hombros.

—Cualquiera podría valerse del nombre de Platimo —apuntó, todavía dubitativo, el hombre de barbilla sin rasurar.

—Compadre —espetó sin reparos Falquián, depositando la copa en el mostrador —, esto está comenzando a fastidiarme. O subimos a ese desván o voy a llamar a la guardia. Estoy convencido de que les interesará indagar en vuestro pequeño negocio.

—Os costará media corona de plata —advirtió el posadero, con expresión hosca.

—De acuerdo.

—¿Ni siquiera vais a discutir el precio?

—Tengo un poco de prisa. Podremos regatear la próxima vez.

—Al parecer estáis ansioso por salir de la ciudad, amigo. ¿No habréis matado a nadie con esa lanza esta noche?

—Todavía no. —La voz de Falquián era inexpresiva, pero el tabernero tragó saliva ante la velada amenaza.

—Mostradme el dinero —pidió.

—Desde luego, compadre. Y luego subimos a echar un vistazo al desván.

—Deberemos obrar con cautela. Con esta niebla, no podréis ver a los guardias que hacen la ronda.

—Ya me ocuparé de ello.

—Nada de asesinatos. Tengo un buen negocio suplementario con esto. Si alguien mata a uno de los guardias, habré de cerrarlo.

—No os apuréis, compadre. No creo que haya de matar a alguien esta noche.

El polvoriento desván no parecía utilizarse con frecuencia. El tabernero abrió prudentemente una ventana con gablete y atisbó entre la niebla. Tras él, Falquián susurró en estirio y liberó un hechizo. Sintió la proximidad de un individuo.

—Con cuidado —avisó en voz baja—. Hay un guardia que se acerca por el parapeto.

—No veo a nadie.

—Lo he oído —replicó Falquián, no considerando que aquél fuera momento oportuno para explicaciones.

—Tenéis buen oído, amigo.

Aguardaron en la oscuridad mientras el adormilado guardia pasaba ante ellos hasta desaparecer en la bruma.

—Echadme una mano con esto —indicó el posadero, encorvándose para levantar una punta de una pesada viga hacia el antepecho—. La apoyamos en el parapeto y luego vos camináis sobre ella. Cuando lleguéis allí, os arrojaré el cabo de esta cuerda. Está anclada aquí y podréis deslizaros por ella hasta tocar tierra.

—De acuerdo —convino Falquián. Dispusieron la viga a modo de puente—.

Gracias, compadre —dijo el pandion. Cruzó la pasarela a horcajadas, salvando el espacio centímetro a centímetro. Ya en el parapeto, se levantó y tomó el cabo surgido entre las húmedas tinieblas y, asido a él, se precipitó en el vacío. Momentos después se hallaba en el suelo. La cuerda se deslizó hacia arriba y luego oyó el sonido de la viga que era retirada de nuevo al desván.

—Un buen sistema —murmuró Falquián, alejándose con cautela de la muralla—. Habré de recordar este lugar.

Aun cuando la niebla le dificultara la orientación, podía precisar su ubicación manteniendo a su izquierda los muros de la ciudad. Hollaba el terreno con cuidado, pues en el silencio de la noche una ramita quebrada hubiera resonado con estrépito.

Se detuvo de pronto, con la certidumbre instintiva de ser vigilado. Desenvainó lentamente la espada a fin de evitar el revelador sonido del roce con la funda y, con ella en la mano y la lanza de guerra en la otra, permaneció inmóvil, escrutando la niebla.

Y entonces lo vio. No era más que un tenue resplandor en la oscuridad, tan débil que hubiera pasado inadvertido a la mayoría de la gente. Al aproximarse el destello, percibió un leve matiz verde en él. Falquián guardó silencio, esperando.

Aunque imprecisa, era una figura lo que avanzaba en la bruma. Parecía ataviada con hábito y capucha negros, y aquel ligero brillo emanaba, según todos los indicios, de debajo del tocado. Era la silueta de alguien alto y delgado hasta extremos irreales, rayano en lo esquelético. Por alguna razón, aquello produjo un escalofrío en Falquián, el cual murmuró en estirio, moviendo los dedos sobre la empuñadura de la espada y el asta de la lanza para luego poner la lanza en alto y liberar el hechizo con su punta. Era un encantamiento relativamente sencillo, que tenía por único objeto identificar el demacrado semblante que velaba la niebla. Falquián casi jadeó al sentir las oleadas de malevolencia que emanaban de aquella forma en sombras. Fuera lo que fuere, sin duda no era humana.

Al cabo de un momento, una risa metálica brotó en la noche. La figura se giró y volvió sobre sus pasos. Caminaba espasmódicamente, como si las rodillas, demasiado juntas, no se flexionaran hacia adelante. Falquián continuó quieto hasta que dejó de detectar la maldad que irradiaba. Fuera quien fuese aquel ser, ahora ya se había ido.

—Me pregunto si ésa era otra de las sorpresas que me reserva Martel —murmuró para sí Falquián.

Martel era un caballero pandion renegado que había sido expulsado de la orden. Falquián y él habían sido amigos en un tiempo, pero ya no lo eran. Martel trabajaba ahora para el primado Annias, y había sido él quien le había proporcionado el veneno con que el prelado había llevado a la reina a las puertas de la muerte.

Falquián prosiguió su camino lenta y silenciosamente, empuñando todavía la espada y la lanza. Por fin vio las antorchas que revelaban la puerta cerrada del este y se orientó a partir de ellas.

Entonces oyó el quedo sonido de un resuello tras él, semejante al que produciría un perro rastreador. Se volvió, con las armas aprestadas, y otra vez sonó aquella risa metálica. Mentalmente, rectificó la primera apreciación: no era tanto una risa como una especie de chirrido. Una vez más experimentó la misma sensación de abrumadora maldad, que de nuevo se esfumó.

Falquián se desvió ligeramente de la muralla y de la velada luz de las dos antorchas de la puerta. Alrededor de un cuarto de hora después, divisó la cuadrada forma del castillo de los pandion.

Se tumbó boca abajo en la hierba humedecida por la niebla y volvió a invocar el hechizo de búsqueda. Lo liberó y aguardó.

Nada.

Se levantó, desenvainó la espada y atravesó con cautela el campo que lo separaba del castillo, el cual se hallaba, como siempre, vigilado. Soldados eclesiásticos, vestidos de obreros, acampaban a corta distancia de la puerta principal, rodeados por pilas de adoquines que ostensiblemente habían colocado alrededor de sus tiendas. Falquián, sin embargo, dio un rodeo hasta la parte posterior de la muralla y se abrió camino hacia ella, sorteando con cuidado las estacas que erizaban el foso.

La cuerda que había utilizado para abandonar el edificio aún colgaba en el aire, escondida tras un arbusto. La agitó varias veces para asegurarse de que el gancho del extremo superior estuviera aún firmemente afianzado. Después sujetó la lanza bajo el cinto de la espada, agarró la cuerda y tiró con fuerza de ella.

Oyó cómo encima de él las puntas del gancho rechinaban al arañar las piedras de la almena. Inició rápidamente el ascenso.

—¿Quién anda ahí? —preguntó arriba una voz familiar y enérgica.

Falquián juró entre dientes. Luego notó un tirón en la cuerda por la que escalaba.

—Dejadla, Berit —rechinó mientras continuaba subiendo.

—¿Sir Falquián? —inquirió, estupefacto, el novicio.

—No mováis la cuerda —le ordenó Falquián—. Esas estacas del foso son muy afiladas.

—Permitid que os ayude.

—Puedo hacerlo solo. Limitaos a no desplazar ese gancho.

Exhaló un gruñido al trepar a la almena, y Berit lo agarró del brazo para ayudarlo. Falquián sudaba a causa del esfuerzo. Escalar colgado de una cuerda puede ser una actividad agotadora cuando uno lleva el cuerpo cubierto de malla de hierro.

Berit era un novicio pandion, una joven promesa de la orden, alto y enjuto, que llevaba cota de malla y una sencilla capa. Con una mano asía una pesada hacha de guerra. Como era bien educado, no formuló pregunta alguna, a pesar de la curiosidad que traslucía su rostro. Falquián bajó la mirada hacia el patio de la fortaleza, donde, a la luz de las antorchas, vio a Kurik y Kalten. Los dos iban armados y el ruido procedente del establo indicaba que alguien estaba ensillándoles los caballos.

—No os vayáis —les avisó.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba, Falquián? —Kalten parecía sorprendido.

—Me pareció que hacer de ladrón no sería mala alternativa —replicó secamente Falquián—. Quedaos ahí. Ahora bajo. Vamos, Berit.

—Se supone que estoy de guardia, sir Falquián.

—Enviaremos a alguien para que os releve. Esto es importante. —Falquián emprendió la marcha bordeando las almenas hacia las empinadas escaleras de piedra que conducían al patio.

—¿Dónde habéis estado, Falquián? —inquirió enojado Kurik cuando ambos se hallaron ante él.

El escudero de Falquián llevaba su habitual chaleco de cuero negro, y los potentes músculos de sus brazos y hombros relucían con la anaranjada luz de las antorchas que iluminaban el patio. Hablaba en voz baja, como suelen hacer los hombres al conversar de noche.

—Debía ir a la catedral —contestó con calma Falquián.

—¿Ahora tienes experiencias religiosas? —preguntó Kalten, con expresión divertida. El alto caballero rubio, amigo de infancia de Falquián, llevaba también cota de malla y una pesada espada de hoja ancha prendida a la correa del pecho.

—No exactamente —repuso Falquián—. Tanis ha muerto. Su espectro me ha visitado alrededor de media noche.

—¿Tanis? —La voz de Kalten expresaba asombro.

—Era uno de los doce caballeros que estuvieron con Sephrenia cuando rodeó a Ehlana de cristal. Su fantasma me ha dicho que fuera a la cripta de debajo de la catedral antes de ir a entregar su espada a Sephrenia.

—¿Y has ido? ¿De noche?

—Era un asunto de cierta urgencia.

—¿Qué has hecho allí? ¿Violar unas cuantas tumbas? ¿Es así como has conseguido esa lanza?

—De ningún modo —replicó Falquián—. El rey Aldreas me la ha dado.

—¡Aldreas!

—Su fantasma, en todo caso. Su anillo desaparecido está oculto en el cubo de la punta. —Falquián observó con curiosidad a sus dos amigos—. ¿Adónde ibais ahora?

—Afuera a buscaros —dijo Kurik.

—¿Cómo sabíais que había abandonado el castillo?

—Fui a mirar varias veces en vuestro dormitorio —explicó Kurik—. Creía que sabíais que lo hago de ordinario.

—¿Cada noche?

—En tres ocasiones como mínimo —confirmó Kurik—. Vengo haciéndolo cada noche desde que erais un muchacho..., exceptuando los años que pasasteis en Rendor. Hoy, la primera vez hablabais en sueños. La segunda..., justo después de medianoche, y no estabais. Os he buscado y, al no encontraros, he despertado a Kalten.

—Me parece que será mejor que vayamos a despertar a los otros —anunció Falquián—. Aldreas me ha revelado algunas cosas y hemos de tomar algunas decisiones.

—¿Malas noticias? —inquirió Kalten.

—Es difícil aventurarlo. Berit, decid a esos novicios del establo que vayan a sustituirlos en las almenas. Tal vez tardéis en regresar.

Se reunieron en el estudio de alfombras marrones del preceptor Vanion, en la torre sur. Por supuesto, Falquián, Berit, Kalten y Kurik se encontraban allí. Sir Bevier, un caballero cirínico, estaba también presente, al igual que sir Tynian, un caballero alcione, y sir Ulath, un corpulento caballero genidio. Los tres eran los paladines de sus órdenes, y habían sumado sus esfuerzos a los de Falquián y Kalten cuando los comendadores de las cuatro hermandades habían llegado a la conclusión de que la restauración de la reina Ehlana era una cuestión que a todos concernía. Sephrenia, la menuda mujer estiria de oscuros cabellos que introducía a los pandion en los secretos de la magia estiria, se hallaba sentada junto al fuego con la niña a quien habían puesto por nombre Flauta. El chico, Talen, se hallaba cerca de la ventana, restregándose los ojos con los puños. El muchacho tenía el sueño pesado y no le gustaba nada que lo despertaran. Vanion, el preceptor de los caballeros pandion, estaba sentado al lado de la mesa que usaba como escritorio. Su estudio era una estancia acogedora, de techo bajo con vigas oscuras y una gran chimenea que Falquián jamás había visto apagada. Como de costumbre, la tetera de Sephrenia con agua hirviendo se hallaba sobre la repisa.

Vanion no tenía buen aspecto. Levantado de la cama en plena noche, el preceptor de la orden pandion, un severo caballero abrumado por las preocupaciones cuya edad era probablemente superior a la que aparentaba, llevaba un insólito sayo estirio de burda tela tejida a mano. Falquián había observado aquel peculiar cambio en Vanion a lo largo de los años. Tomado de improviso, el comendador, uno de los pilares de la Iglesia, en ocasiones casi parecía medio estirio. Como elenio y caballero de la Iglesia, era obligación de Falquián informar de sus apreciaciones a las autoridades eclesiásticas. No obstante, había decidido no hacerlo. Su lealtad para con la Iglesia era una cosa..., una orden emanada de Dios. Su fidelidad a Vanion, sin embargo, era más profunda, más

personal.

El preceptor tenía la faz cenicienta y le temblaban ligeramente las manos. El peso de las espadas de los tres caballeros muertos que había obligado a Sephrenia a transferirle representaba a todas luces una dura carga para él, superior a lo que estaba dispuesto a admitir. El hechizo que había invocado Sephrenia en la sala del trono y que mantenía con vida a la reina, había contado con el apoyo conjunto de doce caballeros, los cuales irían muriendo uno a uno, y sus espectros confiarían sus espadas a Sephrenia. Cuando el último hubiera fallecido, ella los seguiría a la morada de los muertos. Aquella misma noche, horas antes, Vanion la había compelido a entregarle dichas armas a él. No era sólo el peso físico de las espadas lo que constituía tan debilitante carga. Con ellas iban otras cosas, cosas que Falquián no acertaba siquiera a imaginar. Vanion se había mostrado inflexible respecto a hacerse cargo de ellas. Había proporcionado vagas justificaciones a su acción, pero Falquián sospechaba secretamente que el principal motivo que había movido al preceptor era el deseo de evitar en lo posible molestias a Sephrenia. A pesar de las estrictas normas que prohibían tales desviaciones, Falquián creía que Vanion amaba a la entrañable mujer bajita que había instruido durante generaciones a todos los pandion en los secretos estirios. No había caballero pandion que no amara y venerase a Sephrenia, mas, en el caso de Vanion, Falquián conjeturaba que el amor y la veneración llegaban tal vez algo más lejos. Según había advertido, también Sephrenia parecía sentir por el preceptor un afecto especial que de algún modo superaba el cariño de un maestro por su alumno. Aquello era asimismo algo que un caballero de la Iglesia debería revelar a la jerarquía de Chyrellos, algo que, de nuevo, Falquián había decidido callar.

—¿Por qué nos hemos reunido a esta hora tan disparatada? —inquirió con fatiga Vanion.

—¿Queréis decírselo? —preguntó Falquián a Sephrenia.

La mujer del vestido blanco suspiró y desenvolvió el largo objeto cubierto de tela para mostrar a la luz otra espada de ceremonia pandion.

—Sir Tanis ha ido a la morada de los muertos —comunicó con tristeza a Vanion.

—¿Tanis? —Vanion estaba conmovido—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace muy poco, tengo entendido —respondió la mujer.

—¿Es ésa la razón por la que nos hallamos aquí ahora? —preguntó Vanion a Falquián.

—No del todo. Antes de ir a entregar su espada a Sephrenia, Tanis me ha visitado... o, al menos, su espectro. Me ha informado de que alguien quería verme en la cripta real. Una vez en la catedral, se me ha aparecido el fantasma de Aldreas. Me ha revelado algunas cosas y me ha dado esto. —Separó el asta de la lanza del hierro y sacó el anillo de rubí del hueco donde se ocultaba.

—De manera que es *ahí* donde Aldreas lo escondió —comentó Vanion—. Tal vez era más listo de lo que pensábamos. Habéis dicho que os ha revelado algunas cosas. ¿Como cuáles?

—Que lo habían envenenado —repuso Falquián—. Probablemente con la misma ponzoña que dieron a Ehlana.

—¿Fue Annias? —inquirió ferozmente Kalten.

—No. Fue la princesa Arissa.

—¿Su propia *hermana*? —exclamó Bevier—. ¡Eso es monstruoso! —Bevier era un arciano y, como tal, tenía profundas convicciones morales.

—Arissa es bastante monstruosa —convino Kalten—. No es del tipo de mujeres que permiten que le pongan obstáculos en su camino. Pero ¿cómo salió del claustro de Demos para asesinar a Aldreas?

—Annias lo arregló —le refirió Falquián—. Ella entretuvo a Aldreas según sus métodos habituales y, cuando éste estuvo exhausto, le dio a beber el vino envenenado.

—No acabo de comprenderlo —declaró Bevier frunciendo el entrecejo.

—La relación entre Arissa y Aldreas superó los límites que suelen ser habituales entre hermano y hermana —le explicó con delicadeza Vanion.

A Bevier se le desorbitaron los ojos y la sangre refluyó de su tez olivácea mientras, lentamente, captaba el sentido de las palabras de Vanion.

—¿Por qué lo mató? —preguntó Kalten—. ¿Para vengarse de haberla encerrado en un convento?

—No, no lo creo —respondió Falquián—. Me parece que formaba parte del proyecto que ella y Annias habían elaborado. Primero envenenaron a Aldreas y luego a Ehlana.

—¿Para dejar libre el camino hacia el trono al hijo bastardo de Arissa? —conjeturó Kalten.

—Es bastante lógico —acordó Falquián—. Y más aún cuando uno sabe que Lycheas es también el hijo bastardo de Annias.

—¿Un primado de la Iglesia? —se extrañó Tynian, un tanto perplejo—. ¿Acaso aquí en Elenia os guiáis por distintas normas que en el resto de los países?

—No, en realidad no —replicó Vanion—. Al parecer, Annias se siente por encima de las normas y Arissa desvía su camino para violarlas.

—Arissa siempre ha carecido de normas —añadió Kalten—. De dar crédito a los rumores, mantuvo relaciones muy amistosas con casi todos los varones de Cimmura.

—Quizás eso sea algo exagerado —dijo Vanion. Se puso en pie y se acercó a la ventana—. Transmitiré esta información al patriarca Dolmant —anunció, dejando vagar la mirada en la brumosa noche—. Tal vez tenga ocasión de sacarle algún partido llegado el momento de elegir un nuevo archiprelado.

—Y tal vez el conde de Lenda pueda servirse de ella asimismo —sugirió Sephrenia—. El consejo real está corrompido, pero incluso ellos podrían echarse atrás si descubrieran que Annias intenta poner en el trono a su propio bastardo. —Miró a Falquián—. ¿Qué más os ha dicho Aldreas? —inquirió.

—Sólo otra cosa. Sabemos que precisamos algún objeto mágico para curar a Ehlana. Me ha revelado cuál es. Es Bhelliom. Es la única cosa en el mundo que alberga suficiente poder.

—¿No! —jadeó Sephrenia, con el rostro demudado—. ¡Bhelliom no!

—Eso es lo que me ha dicho.

—Ello representa un gran problema —declaró Ulath—. Bhelliom ha permanecido perdida desde la guerra con los zemoquianos e, incluso teniendo la buena fortuna de encontrarla, no responderá a menos que dispongamos de los anillos.

—¿Anillos? —preguntó Kalten.

—El troll enano Ghwerig talló Bhelliom —explicó Ulath—. Después creó un par de anillos como llave para acceder a su poder. Sin las sortijas, Bhelliom es inservible.

—Ya tenemos los anillos —afirmó distraídamente Sephrenia, con expresión aún turbada.

—¿De veras? —Falquián estaba perplejo.

—Vos lleváis uno de ellos —le comunicó— y Aldreas os acaba de dar el otro esta misma noche.

Falquián contempló el anillo con un rubí que lucía en su mano izquierda y de nuevo posó la mirada en su maestra.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. ¿Cómo llegaron a poder de mi antepasado y al rey Antor estas joyas precisamente?

—Yo se las di —respondió la mujer.

Falquián pestañeó.

—Sephrenia, eso sucedió hace trescientos años.

—Sí —convino—, aproximadamente.

Falquián la observó y luego tragó saliva.

—¿Trescientos años? —repitió, incrédulo—. Sephrenia, respondedme sólo a esto: ¿qué edad tenéis?

—Sabéis que no voy a responder a esa pregunta, Falquián. Ya os lo he dicho otras veces.

—¿Cómo llegaron a vuestras manos los anillos?

—Mi diosa Aphrael me los dio... junto con algunas instrucciones. Me dijo dónde encontraría a vuestro antepasado y al rey Antor y me indicó que les entregara las sortijas a ellos.

—Pequeña madre... —comenzó a decir Falquián. Interrumpió la frase al advertir la tristeza de su semblante.

—Callad, querido —le ordenó—. Únicamente diré esto una vez, caballeros —anunció, dirigiéndose a todos—. Lo que hacemos nos pone en conflicto con los dioses mayores, y ello no es empresa que deba emprenderse a la ligera. Vuestro dios elenio perdona; los dioses menores de Estiria pueden llegar a aplacarse. Pero los dioses mayores exigen una absoluta obediencia a sus caprichos. Contrariar los preceptos de un dios mayor es cortejar algo peor que la muerte. Destruyen a quienes los desafían... por medios que no podéis imaginar. ¿*Realmente* deseamos sacar de nuevo Bhelliom a la luz?

—¡Sephrenia! ¡Debemos hacerlo! —exclamó Falquián—. Es la única manera de salvar a Ehlana... y a vos y a Vanion también.

—Annias no vivirá eternamente, Falquián, y Lycheas apenas pasa de ser un inconveniente. Vanion y yo somos pasajeros, al igual que lo es Ehlana, dicho sea de paso y sin tener en cuenta vuestros sentimientos personales. El mundo no echará tanto de menos a ninguno de nosotros. —El tono de Sephrenia era casi aséptico—. Bhelliom, no obstante, es otra cuestión... y también lo es Azash. Si fracasamos y ponemos la piedra en manos de ese insensato dios, condenaremos el mundo para siempre. ¿Vale la pena correr ese riesgo?

—Soy el paladín de la reina —le recordó Falquián—. He de hacer todo cuanto se halle a mi alcance para salvarle la vida. —Se levantó y cruzó la estancia hacia ella—. De manera que, con la ayuda de Dios, Sephrenia —declaró—, abriré las puertas del propio infierno para salvar a esa muchacha.

—Es tan infantil en ocasiones —suspiró Sephrenia, mirando a Vanion—. ¿Se os ocurre algún método para hacer que crezca?

—Casi estaba planteándome acompañarlo —replicó el preceptor, sonriendo—. Puede que Falquián me dejara sostenerle la capa mientras propina puntapiés a la puerta. No creo que nadie haya asaltado el infierno últimamente.

—¿Vos también? —Sephrenia se cubrió el rostro con las manos—. Oh, querido. De acuerdo, pues, caballeros —concedió—. Si todos estáis tan decididos, lo intentaremos... pero sólo con una condición. Si encontramos a Bhelliom y ésta restablece la salud de Ehlana, debemos destruirla inmediatamente después de realizada la tarea.

—¿Destruirla? —estalló Ulath—. Sephrenia, ¡es el objeto más preciado del mundo!

—Y el más peligroso asimismo. Si Azash llega a poseerlo, el mundo estará perdido, y toda la humanidad quedará sumida en la más repugnante esclavitud

imaginable. Debo insistir en esto, caballeros. De lo contrario, haré cuanto esté en mi poder para impedir que halléis esa maldita piedra.

—No veo que tengamos posibilidad de elección —señaló gravemente Ulath a los demás—. Sin su ayuda, son escasas las expectativas de desenterrar a Bhelliom.

—Oh, alguien la encontrará de todos modos —le aseguró con firmeza Falquián—. Una de las cosas que me ha comunicado Aldreas es que ha llegado el tiempo en que Bhelliom vuelva a ver la luz del día, y que ninguna fuerza presente en la tierra será capaz de evitarlo. Lo único que me preocupa es si será uno de nosotros quien la localice o algún zemoquiano, el cual la llevaría a Otha.

—O si se levantará de la tierra por sus propios medios —agregó con malhumor Tynian—. ¿Podría hacer eso, Sephrenia?

—Probablemente, sí.

—¿Cómo has salido del castillo sin que te vieran los espías del primado? —preguntó con curiosidad Kalten a Falquián.

—He arrojado una cuerda por la pared posterior y he bajado por ella.

—¿Y qué me dices de la entrada y salida de la ciudad cuando todas las puertas estaban ya cerradas?

—Por pura suerte, la puerta aún estaba abierta cuando me dirigía a la catedral. He utilizado otro camino para salir.

—¿El desván del que os hablé? —aventuró Talen.

Falquián asintió.

—¿Cuánto os ha cobrado?

—Media corona de plata.

—Y luego me llaman ladrón a *mí* —se indignó Talen—. Os ha estafado, Falquián.

—Necesitaba salir de la ciudad —arguyó éste, encogiéndose de hombros.

—Se lo contaré a Platimo —anunció el chiquillo—. Él recobrará vuestro dinero. ¿Media corona? Es escandaloso. —El muchacho echaba chispas.

—Sephrenia —recordó de pronto Falquián—, cuando venía de camino hacia aquí, algo me observaba entre la niebla. No creo que fuera un ser humano.

—¿El damork?

—No estoy seguro, pero no producía la misma sensación. El damork no es la única criatura sometida a Azash, ¿no es cierto?

—No. El damork es la más poderosa, pero es estúpida. Las otras criaturas no disponen de su poder, pero son más inteligentes. En muchos sentidos, pueden resultar más peligrosas.

—Bien, Sephrenia —intervino entonces Vanion—. Me parece que será mejor que me entreguéis la espada de Tanis ahora.

—Querido... —comenzó a protestar con expresión angustiada.

—Ya hemos sostenido la misma discusión esta noche —observó—. No es preciso reproducirla.

La mujer suspiró. Después los dos empezaron a cantar al unísono en la lengua estiria. El semblante de Vanion se tornó más apagado al final, cuando Sephrenia le tendió la espada y sus manos se tocaron.

—Bien —dijo Falquián a Ulath cuando la transferencia quedó completada—. ¿Por dónde empezamos? ¿Dónde estaba el rey Sarak cuando perdió su corona?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta —respondió el corpulento caballero genidio—. Abandonó Emsat cuando Otha invadió Lamorkand. Se fue con algunos criados y dejó órdenes para que el resto de su ejército lo siguiera al campo de batalla del lago Randera.

—¿Informó alguien de haberlo visto allí? —preguntó Kalten.

—No que yo sepa. El ejército thalesiano resultó seriamente diezmado, sin

embargo. Cabe la posibilidad de que Sarak llegara allí antes del inicio de la batalla y de que ninguno de los supervivientes llegara a verlo.

—Supongo que, en ese caso, ése es el lugar por donde debemos comenzar —dedujo Falquián.

—Falquián —objetó Ulath—, ese campo de batalla es inmenso. Todos los caballeros de la Iglesia podrían dedicar el resto de sus días a cavar allí y aun así no encontrar la corona.

—Existe una alternativa —anunció Tynian, rascándose la barbilla.

—¿Y cuál es, amigo Tynian? —le preguntó Bevier.

—Tengo cierta habilidad para la nigromancia —repuso Tynian—. No es que me agrade, pero sé cómo usarla. Si logramos averiguar dónde están enterrados los thalesianos, puedo preguntarles si alguno de ellos vio al rey Sarak en el campo y si saben dónde está sepultado. Es extenuante, pero la causa bien vale el esfuerzo.

—Yo puedo ayudaros —le dijo Sephrenia—. No practico la nigromancia, pero conozco los hechizos apropiados.

—Será mejor que vaya a recoger las cosas que necesitaremos —anunció Kurik, poniéndose en pie—. Venid, Berit. Tú también, Talen.

—Seremos diez —le comunicó Sephrenia.

—¿Diez?

—Nos llevaremos a Talen y a Flauta.

—¿Es ello realmente necesario?

—Sí, lo es. Iremos en pos de la ayuda de algunos de los dioses menores de Estiria, y a ellos les agrada la simetría. Éramos diez cuando iniciamos esta búsqueda, de manera que deberemos continuar siendo las mismas diez personas durante todo el camino. Los cambios súbitos molestan a los dioses menores.

—Como vos digáis —repuso Kurik con un encogimiento de hombros.

Vanion se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Será preferible emprender ya el viaje —opinó—. Tal vez sea más seguro abandonar el castillo antes del alba, mientras perdure la niebla. No debemos facilitar la tarea de quienes espían esta casa.

—Estoy totalmente de acuerdo —convino Kalten—. Preferiría no tener que correr delante de los soldados de Annias hasta el lago Randerá.

—Convenido pues —aceptó Falquián—. Manos a la obra. El tiempo es ciertamente apremiante con nosotros.

—Quedaos un momento, Falquián —indicó Vanion cuando todos se disponían a salir.

Falquián aguardó a que se hubieran retirado los otros y luego cerró la puerta.

—He recibido un comunicado del conde de Lenda esta tarde —anunció el preceptor a su amigo.

—¡Oh!

—Me ha pedido que os tranquilizase. Annias y Lycheas no van a emprender nuevas acciones contra la reina. Por lo visto el fracaso de su ardid en Arcium puso a Annias en una posición embarazosa y ahora no va a correr el riesgo de volver a quedar en ridículo.

—Es un alivio oírlo.

—Lenda ha añadido algo que no acabo de comprender, no obstante. Me ha encargado de informaros de que las velas siguen encendidas. ¿Tenéis idea de a qué se refería?

—¡El bueno del viejo Lenda! —exclamó afectuosamente Falquián—. Le pedí que no dejara a Ehlana sentada en la sala del trono a oscuras.

—No creo que eso suponga alguna diferencia para ella, Falquián.
—Para mí, sí —replicó Falquián.

Capítulo dos

La niebla era aún más espesa cuando se reunieron en el patio un cuarto de hora más tarde. Los novicios se afanaban en los establos ensillando los caballos.

Vanion salió por la puerta principal, con su túnica estiria resplandeciente en la oscuridad sumida en niebla.

—Voy a enviar veinte caballeros con vosotros —informó en voz baja a Falquián—. Tal vez os sigan, en cuyo caso os ofrecerán cierta protección.

—Hemos de obrar con celeridad, Vanion —objetó Falquián—. Si llevamos a otros en nuestra compañía, habremos de avanzar al paso del más lento de los caballos.

—Lo sé, Falquián —replicó pacientemente Vanion—, pero no deberéis permanecer con ellos por mucho tiempo. Esperad hasta hallaros en campo abierto a la salida del sol. Cercioraos de que nadie os pisa los talones y entonces escabullíos de la columna. Los caballeros cabalgarán hasta Demos. Si alguien os sigue, no advertirán que ya no os halláis entre ellos.

—Ahora sé cómo llegasteis a ser preceptor, amigo —bromeó Falquián—. ¿Quién va al mando de la columna?

—Olven.

—Bien. Olven es de fiar.

—Id con Dios, Falquián —se despidió Vanion, estrechando la mano del fornido caballero—, y sed prudente.

—No dudéis que lo intentaré.

Sir Olven era un voluminoso caballero pandion con el rostro marcado por rojas cicatrices. Salió del castillo vestido con armadura completa esmaltada de negro y sus hombres avanzaron en fila tras él.

—Me alegra volver a veros, Falquián —dijo mientras Vanion regresaba al interior del edificio. Olven hablaba quedamente para no alertar a los soldados eclesiásticos acampados fuera de la puerta de la muralla—. Vos y los demás —prosiguió— cabalgaréis en medio de nosotros. Con esta niebla, esos soldados no podrán veros. Bajaremos el puente levadizo y saldremos aprisa. No nos interesa que nos vean por espacio de más de uno o dos minutos.

—Ésta es la retahíla de palabras más larga que os he oído utilizar en veinte años —señaló Falquián a su habitualmente taciturno amigo.

—Lo sé —acordó Olven—. Habré de tratar de ser un poco más conciso.

Falquián y sus amigos llevaban cotas de malla y capas de viaje, dado que la armadura oficial llamaría demasiado la atención en la campiña. Ésta, no obstante, se encontraba cuidadosamente guardada en paquetes en la reata de media docena de caballos que conduciría Kurik. Montaron y los soldados formaron en torno a ellos. Olven hizo una señal a los hombres encargados del torno que subía y bajaba el puente levadizo y éstos accionaron el mecanismo. Se oyó un ruidoso roce de cadenas, y el puente bajó con estrépito. Olven ya galopaba sobre él casi antes de que se posara en el otro extremo del foso.

La densa niebla fue una incomparable ayuda. No bien hubo atravesado el puente, Olven se desvió bruscamente a la izquierda y condujo a la columna a campo traviesa en dirección al camino de Demos. Tras ellos, Falquián oyó gritos de estupefacción mientras los soldados eclesiásticos salían corriendo de las tiendas para mirar con pesar la retaguardia de la comitiva.

—Muy hábil —aprobó alegremente Kalten—. Hemos cruzado el puente y nos hemos disipado en la niebla en menos de un minuto.

—Olven sabe lo que hace —corroboró Falquián— y, lo que es mejor, habrá de transcurrir una hora como mínimo hasta que los soldados puedan organizar cualquier tipo de persecución.

—Dame una hora de ventaja y jamás me darán alcance —rió con alborozo Kalten—. Esto está teniendo un buen comienzo, Falquián.

—Disfrútalo mientras puedes. Es probable que las cosas comiencen a estropearse más tarde.

—Eres un pesimista, ¿lo sabías?

—No. Simplemente estoy acostumbrado a padecer pequeñas decepciones.

Aminoraron la marcha a medio galope al llegar al camino de Demos. Olven era un veterano y, como tal, siempre trataba de no fatigar en exceso las monturas. Tal vez más tarde fuera preciso aligerar el paso, y sir Olven era persona precavida.

La luna llena suspendida sobre la niebla prestaba una luminosidad engañosa a la vaporosa densidad del aire. La reluciente bruma blanca que los rodeaba confundía la mirada, encubriendo más de lo que alumbraba. La niebla abrigaba una gélida humedad que hizo arrebujarse a Falquián en la capa.

El camino de Demos viraba rumbo norte, en dirección a la ciudad de Lenda, antes de girar de nuevo hacia el sureste para desembocar en Demos, donde estaba situado el castillo principal de los pandion. A pesar de no distinguirlo, Falquián sabía que la campiña que bordeaba el camino formaba suaves ondulaciones, cubiertas de trecho en trecho por amplias arboledas en cuya espesura contaba ocultarse una vez que él y sus amigos hubieran abandonado la columna.

Siguieron cabalgando. La niebla había humedecido la tierra del camino y ésta amortiguaba el ruido del choque de los cascos.

De tanto en tanto, las negras sombras de los árboles se recortaban de improviso entre la bruma a ambos lados del camino. Talen se sobresaltaba cada vez que ello ocurría.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Kurik.

—Detesto esto —repuso el muchacho—. Lo detesto. Podría esconderse cualquier cosa a la orilla del camino: lobos, osos... o algo más horrible.

—Estás en medio de un grupo de hombres armados, Talen.

—Para vos es fácil decirlo, pero yo soy el menor aquí..., con excepción de Flauta, quizás. He oído que los lobos y fieras siempre abaten así a los más pequeños cuando atacan. De veras no querría que me comieran, padre.

—El tema surge de nuevo —le comentó Tynian a Falquián—. Nunca habéis explicado por qué el chico continúa llamando a vuestro escudero con esa palabra.

—Kurik cometió una indiscreción de joven.

—¿Acaso nadie en Cimmura duerme en su propia cama?

—Es una peculiaridad cultural. Sin embargo, no está tan extendida como podría parecer.

Tynian se irguió ligeramente sobre los estribos y miró hacia adelante, donde Bevier y Kalten cabalgaban absortos en su conversación.

—Un consejo, Falquián —dijo en tono confidencial—. Vos sois un elenio y no parece que este tipo de cosas os ocasionen mayor problema, y en Deira somos bastante tolerantes con estas cuestiones, pero no sé si pondría a Bevier al corriente de esto. Los caballeros cirínicos son muy piadosos, al igual que todos los arcianos, y desaprueban tajantemente estas pequeñas irregularidades. Bevier es un buen hombre en la lucha, pero es algo estrecho de miras. Si se siente ofendido, podría llegar a causar problemas.

—Supongo que estáis en lo cierto —acordó Falquián—. Hablaré con Talen y le pediré que mantenga discretamente la relación que lo une con Kurik.

—¿Creéis que os hará caso? —preguntó con escepticismo el deirano de amplia faz.

—Vale la pena intentarlo.

De vez en cuando pasaban frente a una granja situada junto al brumoso camino que despedía imprecisos haces de luz dorada en las ventanas, en evidente señal de que, aun cuando el cielo no hubiera comenzado a clarear, el día había dado comienzo ya para los campesinos.

—¿Cuánto tiempo vamos a permanecer con esta columna? —inquirió Tynian—. Ir al lago Randera por la ruta de Demos representa un largo rodeo.

—Seguramente podremos escabullimos antes de que acabe la mañana —respondió Falquián—, cuando nos hayamos cerciorado de que no nos sigue nadie. Eso es lo que ha sugerido Vanion.

—¿Habéis apostado a alguien que vigile en retaguardia?

—Berit cabalga a un kilómetro a la zaga.

—¿Creéis que alguno de los espías del primado nos ha visto salir de vuestro castillo?

—No han dispuesto de mucho tiempo para ello —dijo Falquián—. Ya habíamos pasado ante ellos cuando salieron de las tiendas.

Tynian exhaló un gruñido.

—¿Qué camino planeáis tomar cuando abandonemos éste?

—Me parece que iremos a campo traviesa. Los caminos suelen estar vigilados. Estoy seguro de que a estas alturas Annias ha adivinado que tramamos algo.

Prosiguieron la marcha en las postrimerías de la brumosa noche. Falquián admitía para sí que el plan que tan apresuradamente habían concebido tenía escasas posibilidades de éxito. Aunque Tynian pudiera invocar los espectros de los thalesianos muertos, no había garantía alguna de que los espíritus conocieran el lugar exacto donde reposaban los restos del rey Sarak. Todo aquel viaje podía resultar fútil y servir únicamente para consumir el escaso tiempo de vida que le quedaba a Ehlana. Entonces tuvo una idea, y adelantó el caballo para hablar con Sephrenia.

—Se me acaba de ocurrir algo —le dijo.

—¿Qué es?

—¿Es generalizado el conocimiento del encantamiento que utilizasteis para envolver a Ehlana?

—Casi nunca se lleva a la práctica por los peligros que implica —respondió la mujer—. Tal vez lo conozcan unos cuantos estirios, pero dudo que cualquiera de ellos se atreva a utilizarlo. ¿Por qué lo preguntáis?

—He pensado que, si nadie aparte de vos está dispuesto a hacer uso del hechizo, entonces es bastante improbable que alguien más esté al corriente de la limitación de tiempo.

—Es cierto. No deben de saberlo.

—Con lo cual nadie está en condiciones de informar de ello a Annias.

—Así es.

—De manera que Annias ignora que nos queda tan poco tiempo. Por lo que él sabe, el cristal podría mantener indefinidamente con vida a Ehlana.

—No estoy segura de que ello represente una ventaja concreta, Falquián.

—Ni yo, pero es algo que hemos de tener en cuenta. Puede que algún día nos sirva.

El cielo iba cobrando claridad por el este, al tiempo que la niebla se arremolinaba

en manojos cada vez más finos. Faltaba alrededor de media hora para el amanecer cuando Berit llegó al galope por la retaguardia. Llevaba su cota de malla y capa azul, y su hacha de guerra pendía a un costado de la silla. Falquián caviló casi ociosamente que el joven novicio necesitaría pronto instrucción en el manejo de la espada, antes de que tomara demasiado apego a esa hacha.

—Sir Falquián —anunció, tirando de las riendas—, hay una columna de soldados eclesiásticos aproximándose a nosotros. —El sudor se evaporaba del cuero de su caballo entre la fría niebla, tras el esfuerzo de la carrera.

—¿Cuántos? —le preguntó Falquián.

—Unos cincuenta y vienen a galope tendido. Los vi acercarse en un momento en que había despejado la niebla.

—¿A qué distancia?

—A poco más de un kilómetro. Están en ese valle que acabamos de dejar.

—Creo que se impone una pequeña modificación en nuestros planes —decidió Falquián, tras un momento de reflexión. Miró en derredor y vio una oscura mancha entre la ondulante bruma, a la izquierda—. Tynian —señaló—, me parece que eso de ahí es un bosque. ¿Por qué no os lleváis a los demás y cruzáis ese campo y os adentráis entre los árboles antes de que los soldados nos den alcance? Vendré enseguida. —Sacudió las riendas de *Faran*—. Quiero hablar con sir Olven —dijo al gran ruano.

Faran movió con irritación las orejas y luego bordeó la columna al galope.

—Nos separaremos de vos aquí —comunicó Falquián al caballero de rostro plagado de costurones—. Hay medio centenar de soldados eclesiásticos detrás de nosotros. Quiero hallarme oculto antes de que estén a nuestra altura.

—Buena idea —aprobó Olven, poco propenso siempre a derrochar las palabras.

—¿Por qué no los obsequiáis con una pequeña carrera? —sugirió Falquián—. No podrán saber que no estamos en la columna hasta haberos alcanzado.

Olven sonrió tortuosamente.

—¿Hasta Demos? —inquirió.

—Eso estaría bien. Cortad a campo traviesa antes de llegar a Lenda y retomad de nuevo el camino al sur de la ciudad. Me consta que Annias también tiene espías en Lenda.

—Buena suerte, Falquián —le deseó Olven.

—Gracias —dijo Falquián, estrechando la mano del caballero del rostro marcado de cicatrices—. Estoy seguro de que la necesitaremos. —Se apartó del camino y la columna lo adelantó con estruendoso galope.

—Veamos a qué velocidad llegas a ese bosquecillo de allí —desafió Falquián a su desabrida montura.

Faran resopló burlonamente y emprendió una desenfrenada carrera.

Kalten esperaba en el linde de la arboleda, con su grisácea capa confundida con las sombras y la niebla.

—Los otros están en los bosques —informó—. ¿Por qué galopa de esa manera Olven?

—Yo se lo he pedido —respondió Falquián, bajando del caballo—. Los soldados no sabrán que hemos abandonado la columna si Olven conserva un kilómetro o dos de ventaja.

—Eres más listo de lo que pareces, Falquián —aprobó Kalten, desmontando—. Esconderé más los caballos. Podrían advertir el vapor que desprenden. —Miró con ojos entornados a *Faran*—. Dile a esta horrible bestia tuya que no me muerda.

—Ya lo has oído, *Faran* —indicó Falquián a su caballo de batalla.

Faran abatió las orejas.

Mientras Kalten retiraba los caballos entre los árboles, Falquián se tendió boca abajo detrás de un arbusto. El bosquecillo no se hallaba a más de cincuenta metros del camino; al disiparse la niebla con el advenimiento de la mañana, vio claramente que nadie transitaba la vía que acababan de dejar. De pronto, un soldado de roja túnica apareció al galope procedente del sur. Cabalgaba muy tieso y tenía el rostro extrañamente inexpresivo.

—¿Un explorador? —susurró Kalten, arrastrándose tras él.

—Es más que probable —contestó Falquián, también susurrando.

—¿Por qué susurramos? —preguntó Kalten—. Nosotros no oímos el ruido de los cascos de su caballo.

—Tú has comenzado.

—La fuerza de la costumbre, supongo. Siempre lo hago cuando me escondo.

El explorador refrenó su montura en la cima de la colina y luego volvió grupas para desandar el camino corriendo a rienda suelta. Su expresión seguía imperturbable.

—Va a reventar el caballo si continúa a esa velocidad —observó Kalten.

—Es su caballo.

—Eso es verdad, y es él el que habrá de andar cuando el animal se desmorone.

—A los soldados eclesiásticos les conviene caminar. Eso les enseña a ser humildes.

Unos cinco minutos después, los soldados de la Iglesia pasaron ante ellos, con sus rojas túnicas oscurecidas por la luz del alba. Acompañando al cabecilla de la columna iba una escuálida figura cubierta con sayo y capucha negros. Tal vez fuera una imagen engañosa debida a la velada luz del amanecer, pero de la capucha parecía emanar un tenue resplandor verdoso y la espalda de aquel individuo parecía deforme.

—No cabe duda de que no quieren perder de vista a esos caballeros —señaló Kalten.

—Espero que tengan buena estancia en Demos —comentó Falquián—. Olven mantendrá la ventaja durante todo el camino. He de hablar con Sephrenia. Regresemos junto a los otros. Nos quedaremos quietos alrededor de una hora hasta tener la certeza de que los soldados están fuera de la zona y después reanudaremos la marcha.

—Buena idea. De todas maneras me siento predispuesto a tomar el desayuno.

Condujeron los caballos por húmedos bosques hasta una pequeña depresión en cuyo centro brotaba entre helechos una fuente de escaso caudal.

—¿Han pasado? —preguntó Tynian.

—Al galope —repuso Kalten sonriendo—. Y apenas han mirado los contornos. ¿Tiene alguien algo que comer? Me muero de hambre.

—Yo tengo una tajada de tocino entreverado crudo —ofreció Kurik.

—¿Crudo?

—El fuego produce humo, Kalten. ¿De veras queréis llenar de soldados estos bosques?

Kalten suspiró.

—Hay alguien... o algo... cabalgando con esos soldados —anunció Falquián, mirando a Sephrenia—. Me ha causado un sentimiento de inquietud, y creo que era la misma criatura que entreví anoche.

—¿Podría describirlo?

—Es bastante alto y extremadamente delgado. Tiene la espalda como deformada y lleva un sayo negro con capucha, con lo cual no he podido verlo en detalle. —Frunció el entrecejo—. Esos soldados eclesiásticos de la columna parecían medio dormidos. Por lo general ponen más atención en lo que hacen.

—Esa criatura que habéis visto —dijo con semblante serio Sephrenia—, ¿tenía

algo de particular?

—No estoy en condiciones de asegurarlo, pero su cara parecía despedir una especie de luz verdusca. Anoche también reparé en ello.

—Me parece que será mejor que partamos de inmediato, Falquián —aconsejó la mujer, con expresión preocupada.

—Los soldados no saben que estamos aquí —objetó.

—Lo sabrán dentro de poco. Acabáis de describir a un Buscador. En Zemoch los utilizan para perseguir a los esclavos fugitivos. El bulto de la espalda lo producen las alas.

—¿Alas? —se extrañó Kalten—. Sephrenia, ningún mamífero tiene alas... salvo los murciélagos.

—Esto no es un mamífero, Kalten —replicó—. Es más semejante a un insecto..., aunque ninguna palabra designa con exactitud las criaturas que invoca Azash.

—No creo que debamos preocuparnos por un simple bicho —restó importancia el caballero.

—Con esta criatura concreta, sí. Apenas tiene algo semejante a un cerebro, pero eso da igual, porque Azash le infunde su espíritu y sus pensamientos. Puede ver a gran distancia en la niebla y la oscuridad. Tiene oído muy fino y un agudo olfato. En cuanto esos soldados divisen la columna de Olven, sabrá que no cabalgamos con los caballeros. Los soldados retrocederán de inmediato.

—¿Estáis diciendo que los soldados eclesiásticos acatarán órdenes de un insecto? —inquirió, incrédulo, Bevier.

—No tienen opción. Ahora carecen de voluntad propia. El Buscador los controla por completo.

—¿Cuánto duran los efectos? —le preguntó.

—Mientras duren sus vidas..., las cuales no suelen prolongarse mucho. Tan pronto como deja de necesitarlos, los consume. Falquián, corremos un grave peligro. Partamos sin dilación.

—Ya la habéis oído —corroboró, ceñudo, Falquián—. Salgamos de aquí.

Dejaron atrás la arboleda a galope medio y cruzaron un amplio y verde prado donde unas vacas moteadas de marrón y blanco pacían con las rodillas hundidas en la hierba. Sir Ulath situó su montura al lado de Falquián.

—No es asunto de mi incumbencia —dijo el caballero genidio de enmarañado pelo—, pero teníais veinte pandion con vos allá. ¿Por qué no habéis vuelto grupas y eliminado simplemente a esos soldados y su bicho?

—Cincuenta soldados muertos esparcidos en la orilla de un camino llamarían la atención —explicó Falquián— y las tumbas recientes son también demasiado llamativas.

—Tiene sentido, supongo —repuso Ulath con un gruñido—. El hecho de vivir en un reino superpoblado tiene sus propios inconvenientes, ¿no es cierto? Allá en Thalesia, los trolls y ogros suelen dar cuenta de ese tipo de cosas antes de que alguien pase por allí.

—¿De veras comen carroña? —preguntó Falquián, estremecido, atisbando por encima del hombro posibles señales de persecución.

—¿Los trolls y ogros? Oh, sí..., siempre que la carroña no esté demasiado putrefacta. Un rollizo soldado eclesiástico serviría para alimentar a una familia de trolls durante una semana más o menos. Ése es uno de los motivos por los que en Thalesia no hay muchos soldados eclesiásticos ni muchos cementerios de éstos. La cuestión es, sin embargo, que no me gusta dejar enemigos vivos tras de mí. Esos soldados eclesiásticos podrían volver para darnos caza y, si esa criatura que los acompaña es tan peligrosa

como afirma Sephrenia, deberíamos haber acabado con ella mientras teníamos ocasión de hacerlo.

—Tal vez tengáis razón —admitió Falquián—, pero ahora es demasiado tarde, me temo. Olven está demasiado lejos. Lo único que podemos hacer es acelerar el paso y confiar en que los caballos de los soldados caigan exhaustos antes que los nuestros. Hablaré un poco más con Sephrenia respecto a ese Buscador. Tengo la impresión de que hay cosas sobre él que no me ha revelado.

Tras una jornada de dura marcha, no percibieron señales de que los soldados los siguieran.

—Hay una posada más adelante —anunció Kalten cuando el crepúsculo se instalaba sobre el ondulado terreno—. ¿Queréis pernoctar en ella?

Falquián miró a Sephrenia.

—¿Qué opináis?

—Solamente unas horas —aconsejó—, el tiempo suficiente para dar de comer a los caballos y dejar que descansen un poco. El Buscador ya sabe que no estamos con esa columna y es seguro que nos seguirá el rastro. Hemos de seguir avanzando.

—Podríamos al menos cenar —añadió Kalten— y dormir tal vez un par de horas. Llevo muchas horas despierto. Además, podríamos conseguir alguna información si formulamos las preguntas acertadas.

La posada estaba regentada por un delgado hombre de animado talante y su regordeta y jovial esposa. Era un lugar acogedor y esmeradamente limpio. La gran chimenea del fondo de la sala principal no humeaba y había juncos frescos en el suelo.

—No vemos mucha gente de la ciudad en estos parajes recónditos del campo —comentó el posadero, sirviendo una bandeja de carne de vaca asada— y muy raramente caballeros... Al menos, deduzco por vuestra vestimenta que sois caballeros. ¿Qué os trae por estas tierras, mis señores?

—Nos dirigimos a Kelosia —mintió sin esfuerzo Kalten—. Asuntos eclesiásticos. Como teníamos prisa, decidimos cortar a campo traviesa.

—Hay un camino que lleva a Kelosia, unas tres leguas al sur —informó amablemente el posadero.

—Los caminos dan muchas vueltas —adujo Kalten— y, como os he dicho, tenemos prisa.

—¿Algún suceso de interés por la comarca? —preguntó Tynian sin mostrar apenas curiosidad.

El ventero rió irónicamente.

—¿Qué puede acontecer en un lugar como éste? Los campesinos pasan el tiempo conversando sobre una vaca que murió hace seis meses. —Acercó una silla y tomó asiento en la mesa sin aguardar invitación. Exhaló un suspiro—. De joven viví unos años en Cimmura. Ése sí es un sitio donde ocurren realmente cosas. ¡Cuánto añoro su bullicio!

—¿Qué os impulsó a instalaros aquí? —inquirió Kalten, cortando una nueva tajada de vaca con su daga.

—Mi padre me dejó este establecimiento al morir. Nadie quería comprarlo, de modo que no tuve posibilidad de elección. —Frunció ligeramente el entrecejo—. Ahora que lo mencionáis —añadió, volviendo al tema anterior—, durante los últimos meses ha venido ocurriendo algo fuera de lo habitual.

—¿Ah, sí? —exclamó prudentemente Tynian.

—Hemos visto bandas de estirios errantes. Todo el campo está infestado de ellos. Por lo general no viajan tanto, ¿verdad?

—No —respondió Sephrenia—. No somos un pueblo nómada.

—Ya me ha parecido que erais estiria, señora, por vuestro aspecto y la ropa que lleváis. Tenemos un pueblo estirio no lejos de aquí. Son buenas personas, supongo, pero se mantienen al margen de las demás. —Recostó la espalda en el respaldo—. Creo que los estirios podríais evitar muchos de los problemas que surgen de vez en cuando, si sostuvierais relaciones más estrechas con vuestros vecinos.

—No va con nuestra naturaleza —murmuró Sephrenia—. Yo no creo que los elenios y los estirios deban vivir conjuntamente.

—Es posible que tengáis parte de razón —acordó el posadero.

—¿Realizan esos estirios alguna actividad especial? —preguntó Falquián, confiriendo un tono neutro a su voz.

—Hacen preguntas mayormente. No sé por qué, parecen sentir gran curiosidad por la guerra contra los zemoquianos. —Se puso en pie—. Que aproveche la cena —les deseó antes de regresar a la cocina.

—Tenemos un problema —anunció gravemente Sephrenia—. Los estirios occidentales no vagan por el campo. Nuestros dioses prefieren que permanezcamos cerca de sus altares.

—¿Son zemoquianos pues? —dedujo Bevier.

—Casi con toda certeza.

—Cuando estaba en Lamorkand, hubo informes acerca de zemoquianos infiltrados en el campo al este de Motera —recordó Kalten—. Hacían lo mismo que aquí: vagar por las zonas rurales haciendo preguntas, en su mayor parte referentes al folklore.

—Al parecer, Azash tiene un plan en gran medida similar al nuestro —reflexionó Sephrenia—. Intenta reunir la información que lo conduzca a Bhelliom.

—Entonces hemos emprendido una carrera —infirió Kalten.

—Me temo que sí, y él dispone de zemoquianos diseminados que nos han tomado la delantera.

—Y de soldados eclesiásticos que nos siguen los pasos —agregó Ulath—. Por cierto, habéis permitido que nos cercaran, Falquián. ¿Cabe la posibilidad de que ese Buscador controle a esos zemoquianos errantes al igual que domina la mente de los soldados? —preguntó el corpulento thalesiano a Sephrenia—. Podríamos precipitarnos en una emboscada si ése fuera el caso.

—No estoy del todo segura —repuso la mujer—. He oído muchas descripciones de los Buscadores de Otha, pero no he visto ninguno en acción.

—Esta mañana no habéis tenido tiempo de especificar sus características —señaló Falquián. Exactamente, ¿cómo controla ese ser a los soldados de Annias?

—Es venenoso —dijo—. Su mordedura paraliza la voluntad de sus víctimas... o de aquellos a quienes quiere dominar.

—En ese caso, cumpliré gustosamente el deber de no permitir que me muerda —bromeó Kalten.

—Tal vez no podáis evitarlo —advirtió Sephrenia—. Ese brillo verde es hipnótico. Ello le permite acercarse lo bastante para inyectar el veneno.

—¿A qué velocidad puede volar? —inquirió Tynian.

—En esta fase de su desarrollo no vuela —respondió la estiria—. Sus alas no maduran hasta no haber alcanzado la edad adulta. Además, ha de estar en el suelo para captar el olor de su futura presa. Por lo general viaja a caballo, y, dado que controla la montura del mismo modo que a las personas, el Buscador se limita a cabalgarla sin descanso hasta que cae muerta de fatiga, y luego se adueña de otra. De esa manera puede recorrer un terreno considerable.

—¿Qué come? —preguntó Kurik—. Quizá podamos tenderle una trampa.

—Básicamente, humanos.

—Sería hartó difícil encontrar señuelo —admitió el escudero.

Todos se acostaron después de la cena, pero a Falquián se le antojó que apenas acababa de recostar la cabeza en la almohada cuando Kurik lo despertó.

—Es medianoche —anunció el escudero.

—Bien —respondió Falquián, incorporándose con cansancio en la cama.

—Llamaré a los demás —notificó Kurik— y después iré con Berit a ensillar los caballos.

Tras vestirse, Falquián bajó a hablar con el adormilado posadero.

—Decidme, compadre —dijo—, ¿hay por azar algún monasterio en los contornos?

El ventero se rascó la cabeza.

—Me parece que hay uno cerca del pueblo de Verine —repuso—. Eso está a unas cinco leguas de aquí en dirección este.

—Gracias, compadre —dijo Falquián. Miró en derredor y añadió—: Tenéis una agradable y acogedora posada, y vuestra esposa mantiene limpias las camas y cocina muy bien. Mencionaré vuestra venta a mis amigos.

—Es muy amable de vuestra parte, caballero.

Falquián inclinó la cabeza y salió a reunirse con los demás.

—¿Cuál es el programa? —inquirió Kalten.

—El posadero cree que hay un monasterio cerca de un pueblo situado a unas cinco leguas. Deberíamos llegar allí por la mañana. Quiero enviar información de esto a Chyrellos, a Dolmant.

—Yo podría llevarle el mensaje, sir Falquián —se ofreció con vehemencia Berit.

Falquián sacudió la cabeza.

—A estas alturas el Buscador ya puede seguirlos por el olor, Berit. No quiero que os tiendan una celada en el camino a Chyrellos. Es preferible enviar un monje anónimo en vuestro lugar. De todas maneras ese monasterio nos cae de camino, con lo cual no representa ninguna pérdida de tiempo. A caballo.

La luna estaba llena y el cielo nocturno claro mientras cabalgaban alejándose de la posada.

—Por allí —señaló Kurik.

—¿Cómo lo sabéis? —le preguntó Talen.

—Por las estrellas —repuso Kurik.

—¿Queréis decir que sois capaz de orientaros por las estrellas? —Talen parecía impresionado.

—Por supuesto. Los marinos vienen haciéndolo desde hace miles de años.

—No lo sabía.

—Deberías haberte quedado en la escuela.

—Yo no tengo intención de ser marinero, Kurik. Sólo me atrae la idea de robar el pescado.

Cabalaron en la noche bañada por los rayos de luna, siguiendo rumbo este y, llegada la mañana, cuando habían recorrido alrededor de cinco leguas, Falquián subió a un cerro para inspeccionar el terreno.

—Hay un pueblo en línea recta —comunicó a los otros de regreso—. Confiemos en que sea el que buscamos.

La población se hallaba situada en un profundo valle. Era una pequeña aldea de unas doce casas de piedra con una iglesia en un extremo de su única calle pavimentada y una taberna en el otro. Una gran edificación amurallada se erguía sobre una colina en las afueras.

—Disculpad, compadre —preguntó Falquián a un transeúnte, tras entrar con estrépito de cascos en el pueblo—. ¿Es esto Verine?

—Lo es.

—¿Es el monasterio aquello de la colina?

—Lo es —volvió a responder el hombre, con voz algo lúgubre.

—¿Ocurre algún problema?

—Los monjes que viven allí poseen todas las tierras de los contornos —repuso el campesino—. El arrendamiento que hemos de pagarles es despiadado.

—¿No sucede siempre lo mismo? Los terratenientes son codiciosos.

—Los monjes exigen diezmos aparte del arrendamiento. Ello es un poco excesivo, ¿no os parece?

—En eso tenéis parte de razón.

—¿Por qué llamáis «compadre» a todo el mundo? —preguntó Tynian cuando reemprendieron la marcha.

—La costumbre, supongo —contestó Falquián—. Lo aprendí de mi padre y es algo que suele tranquilizar a la gente.

—¿Por qué no llamarlo «amigo» entonces?

—Porque nunca estoy seguro de que ése sea el caso. Vayamos a hablar con el abad de ese monasterio.

La abadía era un edificio de aspecto severo circundado por una muralla de arenisca amarilla. En los campos que lo rodeaban, cuidados con esmero, unos monjes con sombreros cónicos de paja trabajaban pacientemente bajo el sol de la mañana, entre certeros surcos de verduras. Falquián y sus compañeros entraron directamente al patio central, ya que las puertas estaban abiertas. Un delgado y ojeroso hermano de expresión algo temerosa salió a recibirlos.

—Buenos días, hermano —lo saludó Falquián, que abrió la capa para mostrar el pesado amuleto de plata prendido a una cadena que lo identificaba como un caballero pandion—. Si no es excesiva molestia, desearíamos hablar con vuestro abad.

—Lo traeré al instante, mi señor. —El monje se escabulló en el interior del edificio.

El abad era un jovial hombrecillo entrado en carnes con tonsura impecablemente rasurada y rostro colorado y sudoroso. El suyo era un pequeño y remoto monasterio que apenas tenía contacto con Chyrellos, y la obsequiosidad que desplegó ante la súbita e inesperada visita de los caballeros de la Iglesia resultaba casi embarazosa.

—Mis señores —dijo, casi postrándose en el suelo—, ¿en qué puedo servirlos?

—Se trata de un pequeño favor —repuso Falquián—. ¿Conocéis al patriarca de Demos?

—¿El patriarca Dolmant? —exclamó con reverencia el abad después de tragar saliva.

—Un hombre alto —acordó Falquián—, de aspecto más bien delgado y macilento. Necesitamos enviarle un mensaje. ¿Disponéis de algún joven monje que tenga cierto nervio y un buen caballo, que pudiera llevarle un mensaje al patriarca? Sería en servicio de la Iglesia.

—D..., desde luego, caballero.

—Confiaba en que así fuera. ¿Tenéis una pluma y tinta a mano, mi señor abad? Anotaré el mensaje y después ya no os importunaremos más.

—Una petición mas, mi señor abad —agregó Kalten—. ¿Podríamos molestaros con una demanda de comida? Llevamos cierto tiempo por los caminos y nuestras existencias van mermando. Nada demasiado refinado, claro está... Unos cuantos pollos asados, tal vez un jamón o dos, una lonja de tocino, ¿un cuarto trasero de vaca, quizá?

—Por supuesto, caballero —se apresuró a aceptar el abad.

Falquián redactó la nota destinada a Dolmant mientras Kurik y Kalten cargaban las provisiones en un caballo de carga.

—¿Era necesario que hicieras eso? —preguntó Falquián a Kalten cuando se marchaban.

—La caridad es una virtud cardinal, Falquián —replicó Kalten con tono solemne—. Me gusta avivarla siempre que tengo la posibilidad de hacerlo.

El terreno por el que galopaban era cada vez más desolado. La tierra era escasa y pobre, fértil únicamente en espinos y malas hierbas. De trecho en trecho había charcas de agua estancada en torno a las cuales crecían raquíticos árboles de aspecto enfermizo. El cielo se había encapotado y el atardecer producía un sentimiento de tristeza.

Kurik rezagó su caballo castrado a la altura del de Falquián.

—No parece muy prometedor, ¿verdad? —observó.

—Deprimente —acordó Falquián.

—Creo que deberemos acampar en algún paraje esta noche. Los caballos están casi extenuados.

—Yo mismo tampoco me siento muy animado —admitió Falquián. Sentía los ojos cansados y tenía un molesto dolor de cabeza.

—El único inconveniente es que no he visto agua límpida en el transcurso de la última legua. ¿Por qué no me llevo a Berit e intentamos encontrar una fuente o arroyo?

—Mantén los ojos bien abiertos —lo previno Falquián.

—Berit —llamó Kurik, volviéndose—. Os necesito.

Falquián y el resto siguieron avanzando al trote mientras el escudero y el novicio se desviaban en busca de agua potable.

—También podríamos seguir cabalgando —propuso Kalten.

—No a menos que sientas deseos de continuar a pie antes de que amanezca —replicó Falquián—. Kurik tiene razón. A los caballos apenas les quedan fuerzas.

—Supongo que tienes razón.

En ese momento, Kurik y Berit descendieron una colina cercana al galope.

—¡Preparaos! —gritó Kurik, aprestando su maza—. ¡Tenemos compañía!

—¡Sephrenia! —ordenó Falquián—, coged a Flauta y ocultaos tras esas rocas. Talen, ve a buscar las bestias de carga. —Desenvainó la espada y se situó en vanguardia, al tiempo que los demás se armaban.

Eran unos cincuenta hombres que descendían de la colina cabalgando a rienda suelta. Soldados eclesiásticos ataviados con sus rojas túnicas, estirios con sayos tejidos a mano y unos cuantos campesinos componían un grupo extrañamente abigarrado. Todos tenían el semblante inexpresivo y los ojos apagados. Arremetieron sin temor alguno, a pesar de que los caballeros de la Iglesia, armados hasta los dientes, corrían a su encuentro.

Falquián y sus compañeros se dispersaron, preparados para afrontar el ataque.

—¡Por Dios y la Iglesia! —gritó Bevier, blandiendo su hacha.

Después espoleó el caballo y se precipitó en medio de los atacantes. La vertiginosa reacción del joven cirínico tomó de improviso a Falquián, pero pronto se recobró y salió en ayuda de su compañero. Bevier, no obstante, no parecía necesitarla. Con el escudo contenía las torpes y maquinales estocadas de espada de los emboscados, y su hacha de largo mango silbaba en el aire para penetrar profundamente en los cuerpos de sus enemigos. A pesar de las espantosas heridas que les infligía, los hombres que abatía no emitían ni un gemido al caer del caballo. Luchaban y morían inmersos en un extraño silencio. Falquián cabalgó tras de Bevier, derribando a los sujetos de embotada expresión que intentaban atacar al cirínico por la espalda. Su espada partió

casi en dos a un soldado eclesiástico, pero éste, sin siquiera pestañear, alzó la espada para descargarla en la espalda de Bevier, lo cual impidió Falquián hendiéndole la cabeza con un amplio mandoble. El soldado cayó de la silla y quedó tendido, retorciéndose sobre la hierba manchada de sangre.

Kalten y Tynian habían flanqueado a los atacantes por ambos lados y se abrían paso a estocadas hacia el centro de la refriega mientras Ulath, Kurik y Berit interceptaban a los escasos supervivientes que lograban atravesar la línea del concertado contraataque.

El suelo pronto estuvo lleno de cadáveres vestidos con rojas túnicas y ensangrentados sayos blancos estirios. Los caballos sin jinete huían de la contienda, relinchando despavoridos. Falquián sabía que, en circunstancias normales, los agresores situados en retaguardia cejarían y se darían a la fuga al ver lo acaecido a sus camaradas. Pero aquellos hombres de expresión inalterable persistían en su ataque, lo cual los obligaba a matarlos a todos.

—¡Falquián! —gritó Sephrenia—. ¡Allá arriba! —Señalaba a lo alto de la colina de donde habían surgido los agresores.

Era la alta y esquelética figura encapuchada de negro que Falquián ya había visto en dos ocasiones. Permanecía inmóvil a caballo con aquel tenue resplandor verde que emanaba de su rostro oculto.

—¡Ese bicho está comenzando a cansarme! —exclamó Kalten—. La mejor manera de librarse de un insecto es pisotearlo. —Alzó el escudo e, hincando los talones en los flancos de su montura, emprendió al galope el ascenso de la colina con la espada en alto en actitud amenazadora.

—¡Kalten! ¡No! —El penetrante grito de Sephrenia estaba impregnado de horror.

Pero Kalten no prestó atención a su advertencia. Profiriendo un juramento, Falquián se dispuso a seguir a su amigo.

En ese preciso momento Kalten fue desarzonado del caballo por alguna fuerza invisible, y la figura apostada sobre la colina gesticuló casi desdeñosamente. Falquián observó con repugnancia que lo que emergía de la manga del negro sayo no era una mano, sino algo muy semejante a las pinzas delanteras de un escorpión.

Cuando bajaba de lomos de *Faran* para correr a socorrer a Kalten, Falquián abrió la boca con estupor. De algún modo Flauta había escapado a la estrecha vigilancia de Sephrenia y había avanzado hacia la falda de la colina. Golpeó imperiosamente el suelo con un piecito manchado de hierba y se llevó su tosca flauta a los labios. La melodía que interpretó era severa, ligeramente disonante incluso; por alguna misteriosa razón, parecía disponer del acompañamiento de un vasto e invisible coro de voces humanas. El encapuchado de la colina se tambaleó sobre la silla como si le hubieran asestado un tremendo golpe. La canción de Flauta incrementó su fuerza y el incorpóreo coro la hinchó en un poderoso *crescendo*. El sonido era tan agobiante que Falquián hubo de taparse los oídos. La música había alcanzado el grado del dolor físico.

El Buscador exhaló un chillido, un sonido espantosamente inhumano, y también se llevó las garras a ambos costados de la encapuchada cabeza. Después volvió grupas y huyó por la ladera opuesta.

No había tiempo para perseguir a aquel monstruoso ser. Kalten yacía jadeante en el suelo, con semblante demudado y las manos aferradas al estómago.

—¿Estás bien? —le preguntó Falquián, arrodillándose junto a él.

—Déjame en paz —contestó resollando Kalten.

—No seas estúpido. ¿Estás herido?

—No. Simplemente tenía ganas de tumbarme aquí. —El rubio caballero espiró entrecortadamente—. ¿Con qué me ha golpeado? Nunca me habían propinado un golpe

tan fuerte.

—Será mejor que dejes que te eche una mirada.

—Estoy bien, Falquián. Sólo me ha dejado sin resuello, eso es todo.

—Insensato. Sabes bien qué es esa cosa. ¿En qué estabas pensando? —Falquián sentía de pronto una furia irracional.

—Entonces me pareció una buena idea —dijo Kalten con una débil sonrisa—. Quizás he debido reflexionar un poco más.

—¿Está herido? —inquirió Bevier, desmontando y encaminándose hacia ellos con expresión preocupada.

—Creo que se repondrá. —Falquián se levantó, controlando, no sin esfuerzo, su cólera—. Sir Bevier —dijo un tanto ceremoniosamente—, tenéis experiencia en este tipo de cosas. Deberíais saber cómo obrar cuando sois atacado. ¿Qué demonio se ha adueñado de vos para precipitaros en medio de ellos de ese modo?

—No pensaba que fueran tantos, Falquián —respondió a la defensiva Bevier.

—Eran suficientes. Uno solo basta para matar.

—Estáis disgustado conmigo, ¿no es así, Falquián? —La voz de Bevier expresaba pesar.

Falquián observó un momento la sincera expresión del joven caballero y luego suspiró.

—No, Bevier, me parece que no. Simplemente me habéis dejado estupefacto, eso es todo. Por favor, por consideración a mis nervios, no volváis a actuar de manera inusitada. Yo ya voy para viejo y las sorpresas me echan años encima.

—Tal vez no he tenido en cuenta los sentimientos de mis camaradas —admitió, contrito, Bevier—. Prometo que no volverá a ocurrir.

—Os lo agradezco, Bevier. Ayudemos a Kalten a bajar la colina. Quiero que Sephrenia lo examine, y estoy seguro de que ella tendrá ganas de mantener una charla con él..., una buena y larga charla.

Kalten dio un respingo.

—Supongo que no puedo convencerte para que me dejes aquí. Se está muy bien encima de la tierra.

—En efecto, Kalten —respondió sin miramientos Falquián—. Pero no te apures. A ella le caes bien, de manera que seguramente no te hará nada..., al menos nada que tenga efectos duraderos.

Capítulo tres

Sephrenia estaba curando una gran herida de desagradable aspecto en el brazo de Berit cuando Falquián y Bevier le llevaron, sosteniéndolo, al renuente Kalten.

—¿Es grave? —preguntó Falquián al joven novicio.

—No es nada, mi señor —respondió con valor Berit, a pesar de la palidez de su rostro.

—¿Es lo primero que os enseñan a los pandion? —preguntó sarcásticamente Sephrenia—. ¿A desdeñar vuestras heridas? La cota de malla de Berit ha parado gran parte del golpe, pero dentro de una hora tendrá el brazo morado del codo al hombro. Apenas podrá servirse de él.

—Estáis de un espléndido humor esta tarde, pequeña madre —observó Kalten.

La mujer lo apuntó con un dedo amenazador.

—Kalten —ordenó—, sentaos. Me ocuparé de vos cuando acabe con el brazo de Berit.

Kalten suspiró y se dejó caer en el suelo.

—¿Dónde están Ulath, Tynian y Kurik? —preguntó Falquián después de mirar en derredor.

—Están explorando los alrededores para cerciorarse de que no nos han preparado más emboscadas, sir Falquián —repuso Bevier.

—Buena idea.

—Esa criatura no me ha parecido tan peligrosa —comentó Bevier—. Algo misteriosa tal vez, pero no tan temible.

—A vos no os ha golpeado —le dijo Kalten—. Es peligrosa, podéis estar seguro. Os doy mi palabra.

—Es más peligrosa de lo que podáis imaginar —terció Sephrenia—. Es capaz de mandar ejércitos enteros contra nosotros.

—Si dispone de la clase de poder que me ha derribado del caballo, no *necesita* ejércitos.

—Olvidáis una vez más, Kalten, que su mente es la mente de Azash. Los dioses prefieren delegar el trabajo en los humanos.

—Los hombres que han bajado por esa colina parecían sonámbulos —señaló Bevier, estremeciéndose—. Los hemos despedazado y no han emitido ni un grito. —Guardó silencio, frunciendo el entrecejo—. No pensaba que los estirios fueran tan agresivos —añadió—. Nunca había visto ninguno esgrimiendo una espada.

—Ésos no eran estirios occidentales —lo disuadió Sephrenia, atando el vendaje alrededor del brazo de Berit—. Intentad no utilizarlo mucho —aconsejó—. Dadle tiempo a que sane.

—Sí, señora —repuso Berit—. Ahora que lo mencionáis, empieza a dolerme un poco.

La mujer sonrió y posó afectuosamente la mano en su hombro.

—Puede que éste salga bien, Falquián. Su cabeza no se compone *totalmente* de materia ósea... como la de algunos que podría nombrar. —Lanzó una significativa ojeada a Kalten.

—¡Sephrenia! —protestó el rubio caballero.

—Quitaos la cota de malla —le indicó secamente—. Quiero ver si tenéis algo roto.

—Habéis dicho que los estirios de ese grupo no eran estirios occidentales —le recordó Bevier.

—No. Eran zemoquianos. Es lo que habíamos sospechado en aquella posada. El Buscador está dispuesto a utilizar a cualquiera, pero un estirio occidental es incapaz de utilizar armas de acero. Si hubieran sido gentes del lugar, sus espadas habrían sido de bronce o de cobre. —Miró con aire crítico a Kalten, que se acababa de quitar la cota de malla, y se estremeció—. Parecéis una alfombra de pelo rubio —le dijo.

—No es culpa mía, pequeña madre —se defendió éste, ruborizándose—. Todos los hombres de mi familia han sido peludos.

—¿Qué ha sido lo que ha ahuyentado a esa criatura? —preguntó con perplejidad Bevier.

—Flauta —respondió Falquián—. Ya lo ha hecho anteriormente. En una ocasión espantó incluso al damork con su caramillo.

—¿Esa niña? —El tono de Bevier era de absoluta incredulidad.

—Flauta posee cualidades que se escapan a simple vista —le aseguró Falquián. Tendió la vista hacia la ladera de la colina—. ¡Talen —gritó—, para de hacer eso!

Talen, ocupado en saquear los cadáveres, alzó los ojos con cierta consternación.

—Pero, Falquián...

—Apártate de ahí. Eso es repugnante.

—Pero...

—¡Haz lo que te dice! —tronó Berit.

Talen suspiró y regresó a su lado.

—Reunamos los caballos, Bevier —propuso Falquián—. Creo que habremos de reanudar camino en cuanto lleguen Kurik y los otros. Ese Buscador aún está acechando y puede volver a atacarnos con un nuevo grupo de personas en cualquier momento.

—Puede hacerlo tanto de noche como con la luz del día, Falquián —le recordó Bevier— y es capaz de seguirnos el rastro por el olor.

—Lo sé. En tales circunstancias, creo que la velocidad es nuestra única defensa. Vamos a tener que correr más deprisa que esa criatura.

Kurik, Ulath y Tynian regresaron cuando el crepúsculo se instalaba sobre el desolado paisaje.

—No parece que haya nadie por los alrededores —informó el escudero, desmontando.

—Deberemos continuar la marcha —le indicó Falquián.

—Los caballos están al borde del colapso, Falquián —protestó el escudero. Miró a los demás—. Y las personas apenas se hallan en mejores condiciones. Ninguno de nosotros ha dormido lo suficiente a lo largo de los dos últimos días.

—Yo me ocuparé de ello —anunció con calma Sephrenia, levantando la mirada del peludo torso de Kalten, que aún examinaba.

—¿Cómo? —Kalten parecía un tanto malhumorado.

La mujer le sonrió e hizo girar los dedos delante de sus narices.

—¿Qué creéis?

—Si existe un hechizo que contrarresta el estado en que nos sentimos en estos momentos, ¿por qué no nos lo enseñasteis antes? —Falquián, aquejado otra vez de dolor de cabeza, también tenía el ánimo huraño.

—Porque es peligroso, Falquián —replicó la mujer—. Conozco bien a los pandion. En casos concretos, trataríais de seguir ininterrumpidamente durante semanas.

—¿Y qué? Si el encantamiento es realmente eficaz, ¿en qué modificaría las cosas?

—El hechizo sólo lo hace *sentir* a uno como si hubiera descansado, pero, de hecho, no ha disfrutado de reposo alguno. Si uno se empecinara en proseguir el

esfuerzo, acabaría muriendo.

—¡Oh! Es una buena explicación, supongo.

—Me alegra que lo comprendáis.

—¿Cómo está Berit? —preguntó Tynian.

—Tendrá dolor durante un tiempo, pero está bien —respondió la estiria.

—Ese joven parece prometedor —señaló Uloth—. Cuando tenga el brazo curado, le daré algunas lecciones con esa hacha que lleva. Tiene el arrojo necesario, pero le falta perfeccionar la técnica.

—Traed los caballos —indicó Sephrenia.

Después comenzó a hablar en estirio, pronunciando algunas de las palabras entre dientes y ocultando a sus ojos los movimientos de sus dedos. Por más que lo intentó, Falquián no logró retener la totalidad del encantamiento ni atisbar siquiera los gestos que acrecentaban su efecto. Entonces se sintió de improviso enormemente repuesto. El dolor y el embotamiento de cabeza desaparecieron como por ensalmo. Una de las bestias de carga, que tenía la cabeza gacha y las piernas trémulas, se puso a hacer cabriolas como un potro.

—Buen hechizo —apreció lacónicamente Uloth—. ¿Nos ponemos en camino?

Ayudaron a Berit a montar y emprendieron la marcha bajo el resplandeciente crepúsculo. La luna llena, que salió alrededor de una hora después, les proporcionó luz suficiente para aventurarse a ir al trote.

—Hay un camino justo al otro lado de esa colina —informó Kurit a Falquián—. Lo hemos visto al explorar los alrededores. Sigue aproximadamente la dirección correcta y podríamos avanzar más aprisa por él en lugar de cabalgar a trompicones sobre este terreno irregular en la oscuridad.

—Me parece que tienes razón —acordó Falquián—. Nos interesa abandonar estos parajes lo antes posible.

Una vez llegados al camino, prosiguieron rumbo este al galope. Era pasada la medianoche cuando las nubes, procedentes de poniente, oscurecieron el cielo nocturno. Falquián musitó una maldición y aminoró el paso.

Justo antes del alba encontraron un río, junto al cual se desviaba el camino hacia el norte. Lo siguieron, esperando hallar un puente o un vado. El amanecer era sombrío bajo la espesa capota de nubes. Cabalgaron la orilla unos cuantos kilómetros y entonces el camino volvió a girar hacia el este y atravesó el cauce para emerger en la otra orilla.

Junto al vado había una pequeña cabaña. Su propietario era un individuo de mirada insidiosa vestido con una túnica verde, el cual exigió un peaje para cruzar. Prefiriendo no discutir con él, Falquián pagó lo que pedía.

—Decidme, compadre —inquirió una vez llevada a cabo la transacción—, ¿a qué distancia queda la frontera con Kelosia?

—A unas cinco leguas —repuso el sujeto de incisiva mirada—. Si no os detenéis, llegaréis a ella a primera hora de la tarde.

—Gracias por vuestra colaboración, compadre.

Ya en la otra ribera, Talen se acercó a Falquián.

—Aquí tenéis vuestro dinero —dijo el joven ladrón, tendiéndole varias monedas.

Falquián le asestó una desconcertada mirada.

—No me importa pagar peaje por cruzar un puente —manifestó airadamente Talen—. Después de todo, alguien ha debido ocuparse de los gastos de su construcción. Ese tipo, sin embargo, sólo estaba aprovechándose de un bajío natural del río. Si no le costó nada, ¿por qué debería beneficiarse de ello?

—¿Le has rajado la bolsa entonces?

—Naturalmente.

—¿Y adentro había más monedas de las que yo le he dado?

—Algunas. Considerémoslo mi tarifa por recuperar vuestro dinero. Después de todo, merezco una ganancia, ¿no?

—Eres incorregible.

—Necesitaba practicar.

Del otro lado del río llegó un alarido angustiado.

—Diría que acaba de descubrir su pérdida —observó Falquián.

—Suen a eso, ¿verdad?

Las tierras de aquella ribera apenas eran mejores que los eriales cubiertos de maleza por los que acababan de pasar. De trecho en trecho veían pobres fincas donde se afanaban duramente campesinos de aspecto andrajoso vestidos con sayos pardos manchados de barro para arrebatar escasas cosechas a la inexorable tierra. Kurik resopló con desdén.

—Aficionados —gruñó. Kurik se tomaba muy en serio el oficio de granjero.

Hacia media mañana, el angosto sendero que transitaban desembocó en un camino más frecuentado que proseguía en dirección este.

—Una sugerencia, Falquián —dijo Tynian, moviendo su escudo blasonado de azul.

—Adelante.

—Sería preferible que siguiéramos este camino hasta la frontera en lugar de cortar a campo traviesa de nuevo. La gente que evita los puestos fronterizos guarnecidos tiende a despertar suspicacias en los kelosianos. No creo que ganáramos nada sosteniendo una escaramuza con una de sus patrullas.

—De acuerdo —convino Falquián—. Evitemos conflictos innecesarios.

Poco después de franqueado el umbral de una triste mañana nublada, llegaron a la frontera y entraron sin incidentes en la región sureña de Kelosia. El campesinado se hallaba aquí en condiciones aún más miserables que en el noroeste de Elenia. Las casas y edificaciones auxiliares tenían techos de tierra, sobre los cuales pastaban ágiles cabras. Kurik miraba con ademán reprobador, pero sin decir nada.

Cuando el atardecer comenzaba a ensombrecer el paisaje, coronaron una colina y vieron las vacilantes luces de un pueblo situado en el valle.

—¿Una posada tal vez? —sugirió Kalten—. Me parece que el hechizo de Sephrenia empieza a perder efecto. Mi montura se tambalea y yo no me siento en mejor estado.

—Seríais incapaz de dormir en una posada kelosiana —le advirtió Tynian—. Las camas suelen estar ocupadas por toda clase de desagradables animalillos.

—¿Pulgas? —infirió Kalten.

—Y piojos y chinches tan grandes como ratones.

—Me temo que deberemos correr ese riesgo —decidió Falquián—. Los caballos no podrían continuar mucho rato y no creo que el Buscador nos ataque en el interior de un edificio. Por lo visto, prefiere el campo. —Poniéndose a la cabeza, descendió la colina en dirección al pueblo.

En las calles sin pavimentar los pies se hundían en el fango. Al llegar a la única posada de la población, Falquián transportó a Sephrenia hasta el porche mientras Kurik lo seguía con Flauta. Las escaleras que subían hasta la puerta estaban rebozadas de barro y la alfombra situada frente a ella no evidenciaba frecuencia de uso. Los kelosianos, al parecer, no se inmutaban por el barro. El oscuro interior del establecimiento estaba turbio a causa del humo y apestaba a sudor rancio y comida podrida. El suelo había sido cubierto en un tiempo con juncos pero, salvo en los rincones, éstos estaban enterrados en fango seco.

—¿Estáis seguro de que no queréis volver a planteároslo? —preguntó Tynian a Kalten al entrar.

—Tengo un estómago bastante resistente —replicó Kalten—, y he notado el olor a cerveza.

La cena que les ofreció el posadero era al menos comestible, aunque demasiado guarnecida con col hervida, y las camas, meros jergones de paja, no estaban tan infestadas de chinches como Tynian había augurado.

Se levantaron de madrugada y abandonaron el cenagoso pueblo bajo un lóbrego cielo.

—¿Nunca brilla el sol en esta parte del mundo? —inquirió agriamente Talen.

—Es primavera —le respondió Kurik—. Siempre llueve y hay nubes en primavera. Es bueno para las cosechas.

—Yo no soy un rábano —replicó el muchacho—. No necesito que me rieguen.

—Formula tus quejas a Dios —dijo Kurik encogiéndose de hombros—. Yo no soy responsable del tiempo que hace.

—Dios y yo no mantenemos unas relaciones muy estrechas —apuntó con facundia Talen—. Él está ocupado y yo también. Los dos intentamos no inmiscuirnos en los asuntos del otro.

—Este chico es un insolente —observó Bevier con desaprobación—. Joven —le dijo—, no es decente hablar así del Señor del Universo.

—Vos sois un honrado caballero de la Iglesia, sir Bevier —arguyó Talen—. Yo no soy más que un ladrón callejero. Los dos seguimos normas distintas. El gran jardín florido de Dios necesita unas cuantas malas hierbas para realzar el esplendor de las rosas. Yo soy un hierbajo. Estoy convencido de que Dios me lo perdona, dado que formo parte de su grandioso designio.

Bevier lo miró con indefensión y luego estalló en risas.

Atravesaron con inflexible empeño la zona suroriental de Kelosia, cumpliendo turnos para explorar el terreno que habían de cruzar y subir a los cerros para otear el campo circundante. El cielo continuó plomizo mientras proseguían hacia el este. Vieron campesinos —siervos en realidad— trabajando en los campos con las más rudimentarias herramientas. Había pájaros que anidaban en los setos y de vez en cuando advirtieron ciervos pastando entre rebaños de achaparrado ganado.

En los lugares frecuentados, Falquián y sus amigos no volvieron a ver soldados eclesiásticos ni zemoquianos. Aun así, conservaron la cautela, evitando a la gente en la medida de lo posible y perseverando en su vigilancia, puesto que sabían que el Buscador de negro sayo era capaz de recurrir incluso a los tímidos siervos para someterlos a su voluntad.

A medida que se aproximaban a la frontera con Lamorkand, recibían informes cada vez más alarmantes concernientes a los disturbios que agitaban aquel país. Los lamorkandianos no eran el pueblo más estable del mundo. El rey de Lamorkand gobernaba únicamente con la tolerancia de los barones, en gran medida independientes, quienes en épocas de desorden se guarecían tras las murallas de imponentes castillos. Las seculares enemistades hereditarias eran comunes, y los desalmados barones cometían pillajes y saqueos con total impunidad. En la mayoría de los aspectos, Lamorkand persistía como tal en un estado de perpetua guerra civil.

Una noche en que establecieron su campamento a unas tres leguas de la frontera de aquel país, el más desorganizado de los reinos occidentales, Falquián se levantó inmediatamente después de una cena en que dieron cuenta del último de los cuartos traseros de vaca que le habían dado a Kalten.

—Bien —planteó—, ¿adónde nos dirigimos? ¿Cuál es la causa de la agitación que

reina en Lamorkand? ¿Tenéis alguna idea?

—Yo pasé los últimos ocho o nueve años en Lamorkand —respondió seriamente Kalten—. Son gente extraña. Un lamorquiano está dispuesto a sacrificar cuanto posee para cumplir una venganza... y las mujeres son incluso peores que los hombres. Una típica muchacha lamorquiana dedicará su vida entera..., y la totalidad de la fortuna de su padre, a aguardar la ocasión de clavar una lanza en el cuerpo de quien rechazó su invitación en una danza de alguna fiesta invernal. Yo pasé todos esos años allí y, durante todo ese tiempo, jamás oí reír a nadie ni los vi sonreír. Es el sitio más triste de la tierra. Está prohibido que el sol brille en Lamorkand.

—¿Es normal esta guerra generalizada de la que hablan los kelosianos? —inquirió Falquián.

—Los kelosianos no son los más indicados para enjuiciar las peculiaridades de los lamorquianos —contestó con aire pensativo Tynian—. Únicamente la influencia de la Iglesia, y la presencia de los caballeros eclesiásticos, ha impedido que Kelosia y Lamorkand se embarcaran en una guerra que los llevaría a la extinción mutua. Se detestan entre sí con un encarnizamiento que consideran casi sagrado en su ferocidad irracional.

—Elenios —suspiró Sephrenia.

—Tenemos nuestros defectos, pequeña madre —concedió Falquián—. Entonces vamos a topar con dificultades al cruzar la frontera, ¿no es cierto?

—No del todo —opinó Tynian, acariciándose la barbilla—. ¿Aceptaríais otra sugerencia tal vez?

—Siempre recibo de buen grado las sugerencias.

—¿Por qué no nos ponemos las armaduras oficiales? Ni siquiera el barón lamorquiano de mirada más extraviada movería a enfado a la Iglesia por voluntad propia, dado que los caballeros eclesiásticos podrían aplastar Lamorkand occidental con sólo proponérselo.

—¿Y qué ocurriría si alguien nos obliga a poner las cartas boca arriba? —preguntó Kalten—. Después de todo, sólo somos cinco.

—No creo que tuvieran motivos para hacerlo —objetó Tynian—. La neutralidad de los caballeros de la Iglesia en estas disputas locales es legendaria. Puede que la armadura oficial sea precisamente lo que prevenga posibles malentendidos. Nuestro objetivo es llegar al lago Randera, no involucrarnos en caprichosas contiendas entre sujetos de mentes calenturientas.

—Tal vez funcione, Falquián —apoyó Uloth—. De todos modos, vale la pena intentarlo.

—De acuerdo, adoptaremos esta estrategia —decidió Falquián.

Al levantarse a la mañana siguiente, los cinco caballeros desempaquetaron sus armaduras y comenzaron a ponérselas ayudados de Kurik y Berit. Falquián y Kalten llevaban armaduras negras con sobrevestes plateadas y severas capas negras. Las piezas metálicas del atuendo de Bevier, bruñidas, despedían un brillo argentino, y su sobreveste y capa eran de un blanco prístino. Tynian iba blindado en simple acero macizo, pero la sobreveste y capa que lo cubrían era de un luminoso azul celeste. Uloth se desprendió de la sencilla cota de malla que había llevado en el camino y la sustituyó por otra que le llegaba casi hasta la rodilla y unos pantalones también de malla. Asimismo se deshizo del simple yelmo cónico y la capa de viajero verde y se vistió en su lugar con una sobreveste verde y un yelmo de aspecto impresionante coronado de un par de curvados y sinuosos cuernos que, según había afirmado, procedían de un ogro.

—¿Y bien? —pidió opinión Falquián a Sephrenia cuando acabaron de enfundarse en sus galas—. ¿Qué aspecto tenemos?

—Muy impresionante —los halagó.

Talen, sin embargo, los observó con ojo crítico.

—Parecen herrajes con piernas —comentó a Berit.

—Compórtate educadamente —lo reprendió Berit, encubriendo una sonrisa tras el dorso de la mano.

—Es desalentador —dijo Kalten a Falquián—. ¿Crees que de veras le parecemos tan ridículos a la plebe?

—Probablemente.

Kurik y Berit cortaron lanzas en un cercano bosque de tejos y las remataron con puntas de acero.

—¿Llevamos pendones? —inquirió Kurik.

—¿Qué opináis? —preguntó Falquián a Tynian.

—No vendrían mal. Supongo que es mejor adoptar la apariencia más impresionante posible.

Montaron con cierta dificultad, ajustaron los escudos y, situando en posición bien visible las lanzas de las que pendían los pendones, emprendieron la marcha. *Faran* comenzó de inmediato a hacer cabriolas.

—Oh, para de hacer eso —le ordenó, molesto, Falquián.

Poco después de mediodía llegaron al puesto fronterizo. A pesar de su evidente suspicacia, los guardias permitieron la entrada a los caballeros de la Iglesia, que, ataviados con sus armaduras de ceremonia, lucían expresiones de inexorable arrojo en los rostros.

La ciudad lamorquiana de Kadach se encontraba en la ribera opuesta de un río. Había un puente, pero Falquián resolvió no atravesar aquella desolada y horrible urbe y, en su lugar, consultó su mapa y giró hacia el norte.

—El río se bifurca más arriba —anunció a los otros—. Podremos vadearlo allí. De todas maneras es aproximadamente ésa la dirección que seguimos, y las ciudades están llenas de gente que quizá mostraran disposición a hablar de nosotros a ciertos extranjeros.

Cabalgaron hacia las tierras septentrionales, sorteando los numerosos arroyos que aflúan al cauce principal. Fue al cruzar uno de esos riachuelos, ya de tarde, cuando avistaron un gran grupo de guerreros lamorquianos en la otra orilla.

—Desplegaos —ordenó concisamente Falquián—. Sephrenia, llevaos a Talen y a Flauta hacia atrás.

—¿Piensas que tal vez actúen por cuenta del Buscador? —preguntó Kalten, dirigiendo la mano al asta de su lanza.

—Lo averiguaremos dentro de un minuto. No hagáis nada precipitado, pero mantened las armas prestas.

El cabecilla de la banda era un individuo fornido que llevaba un jubón de malla, un yelmo de acero con una prominente visera semejante al hocico de un cerdo y resistentes botas de cuero. Avanzó solo hacia el arroyo y se levantó la visera para mostrar que no tenía intenciones hostiles.

—Creo que es normal, Falquián —señaló con calma Bevier—. No tiene la misma cara inexpresiva que los hombres que matamos en Elenia.

—Bien hallados, caballeros —saludó el lamorquiano.

Falquián hizo avanzar un poco a *Faran* entre la ondulante corriente.

—Bien hallados en efecto, mi señor —replicó.

—Éste es un encuentro providencial —continuó el lamorquiano—. Se me antojaba que deberíamos cabalgar hasta la misma Elenia para encontrar caballeros de la Iglesia.

—¿Y a qué se debe vuestro interés por los caballeros de la Iglesia, mi señor? —preguntó con cortesía Falquián.

—Solicitamos un servicio de vos, caballero... Un servicio del que depende directamente el bienestar de la Iglesia.

—A la cual dedicamos nosotros nuestras vidas —apostilló Falquián, esforzándose por ocultar su irritación—. Explicadnos con más detalle en qué consiste ese necesario servicio.

—Como todo el mundo sabe, el patriarca de Kadach es el sumo candidato al trono del archiprelado de Chyrellos —aseveró el lamorquiano.

—No lo había oído —dijo en voz baja Kalten desde atrás.

—Chitón —murmuró Falquián por encima del hombro—. Proseguid, mi señor —invitó al lamorquiano.

—Infortunadamente, las contiendas civiles están asolando actualmente Lamorkand occidental —reanudó el lamorquiano.

—Me gusta «infortunadamente» —musitó Tynian a Kalten—. Tiene una agradable sonoridad.

—¿*Vais* a callaros los dos? —espetó Falquián. Después volvió a posar la mirada en el hombre del jubón de malla—. Los rumores nos han informado de esta discordia, mi señor —replicó—. Pero sin duda éste es un asunto local en el que no está implicada la Iglesia.

—Os explicaré de qué se trata, caballero. El patriarca Ortzel de Kadach se ha visto obligado, a causa de los disturbios que acabo de mencionar, a buscar refugio en la fortaleza de su hermano, el barón Alstrom, a quien tengo el honor de servir. Las feroces discordias civiles se multiplican aquí en Lamorkand, y nosotros prevemos con asaz certidumbre que los enemigos de mi señor Alstrom asediarán dentro de poco su plaza fuerte.

—Nosotros sólo somos cinco, mi señor —observó Falquián—. Seguramente nuestra ayuda sería irrelevante en un estado de sitio prolongado.

—Ah, no, caballero —lo disuadió el lamorquiano con una sonrisa de desdén—. Podemos protegernos a nosotros mismos y el castillo de mi señor Alstrom sin la asistencia de los invencibles soldados de la Iglesia. El castillo de mi señor Alstrom es inexpugnable y sus enemigos pueden estrellarse tantas veces como quieran contra sus muros por espacio de una o varias generaciones sin alarmarnos. Como he dicho, no obstante, el patriarca Ortzel es el sumo candidato al archiprelado..., llegado el momento del fallecimiento del venerado Clovunus, el cual quiera Dios postergar por un tiempo. Por ello os encargo a vos y a vuestros nobles compañeros, caballero, que custodiéis a Su Ilustrísima hasta la ciudad santa de Chyrellos para que, una vez sana y salva allí, pueda participar en la elección en el momento en que esa triste necesidad se haga realidad. Con tal objeto, os acompañaré en seguida a vos y a vuestros camaradas caballeros a la fortaleza de mi señor Alstrom de manera que podáis haceros cargo de dicha noble tarea. Partamos pues.

Capítulo cuatro

El castillo del barón Alstrom estaba encaramado sobre un rocoso promontorio en la orilla oriental del río, a escasas leguas de la ciudad de Kadach. Era una desolada y horrible fortaleza, agazapada como un sapo bajo un cielo desapacible, cuyos altos y recios muros parecían reflejar la rígida e inquebrantable arrogancia de su propietario.

—¿Inexpugnable? —murmuró en tono de mofa Bevier mientras el caballero del jubón de malla los precedía por el terraplén que conducía a la puerta del castillo—. Podría reducir a escombros estas murallas en dos años. Ningún aristócrata arciano se sentiría seguro dentro de unas fortificaciones tan frágiles.

—Los arcianos disponen de más tiempo para construir sus castillos —señaló Falquián al caballero de blanca capa—. En Arcium las guerras tardan mucho más en estallar que en Lamorkand. Aquí una contienda puede gestarse en cinco minutos y lo más probable es que se prolongue durante varias generaciones.

—Ciertamente —acordó Bevier. Esbozó una sonrisa—. En mi juventud dediqué algún tiempo al estudio de la historia militar. Cuando pasé a los volúmenes dedicados a Lamorkand, me llevé las manos a la cabeza presa de desesperación. Ningún hombre con mente racional es capaz de clasificar todas las alianzas, traiciones y enemistades hereditarias que bullen justo debajo de la superficie de este desgraciado reino.

El puente levadizo tocó tierra estrepitosamente y ellos lo atravesaron con repiqueteo de cascos para desembocar en el patio de armas.

—Con vuestra venia, caballeros —anunció el lamorquiano, desmontando—, os conduciré directamente a la presencia del barón Alstrom y de Su Ilustrísima, el patriarca Orzel. El tiempo apremia y debemos sacar a Su Ilustrísima del castillo y ponerlo a salvo antes de que el conde Gerrich monte el sitio.

—Vos primero, caballero —aceptó Falquián, bajando de lomos de *Faran* con el tintineo del entrechocar de acero.

Apoyó la lanza contra la pared del establo, colgó su negro escudo con repujados de plata en la silla y entregó las riendas a un mozo de cuadra.

Subieron una amplia escalinata de piedra y traspusieron las macizas puertas del castillo. El corredor que se abría ante éstas, alumbrado con antorchas, estaba construido con enormes bloques también de piedra.

—¿Has avisado a ese mozo? —preguntó Kalten, situándose junto a Falquián con un revuelo de capa en los tobillos.

—¿De qué?

—Del carácter de tu caballo.

—Lo he olvidado —confesó Falquián—. Imagino que ya lo averiguará por sí mismo.

—Seguramente ya lo ha hecho.

La estancia a la que los llevó el lamorquiano, en muchos aspectos más semejante a una armería que a una habitación habitable, distaba mucho de ser un lugar acogedor. De las paredes pendían espadas y hachas y los rincones estaban ocupados por haces de picas. Las escasas sillas situadas cerca del fuego encendido en una gran chimenea abovedada eran pesadas y sin tapizar. En el suelo, cuya dureza no amortiguaba alfombra alguna, dormitaban varios perros lobos de gran tamaño.

El barón Alstrom era un hombre de semblante severo y apariencia melancólica, con el pelo negro y la barba salpicados de gris. Llevaba cota de malla y una espada de

hoja ancha prendida en la cintura. Su sobreveste era negro, adornado con intrincados bordados rojos, y, al igual que el caballero del yelmo que sugería un hocico de cerdo, iba calzado con botas.

Su escolta realizó una rígida reverencia.

—Por fortuna, mi señor, he encontrado a estos caballeros de la Iglesia a poco menos de una legua de vuestras murallas, los cuales han sido tan amables de acompañarme hasta aquí.

—¿Acaso teníamos otra alternativa? —murmuró Kalten.

El barón se levantó de la silla con un movimiento que entorpecía el estorbo de la armadura y la espada.

—Sed bien recibidos —saludó con una voz un tanto glacial—. En verdad ha sido providencial que sir Enmann os encontrara tan cerca de mi fortaleza. Las fuerzas de mi enemigo van a asediarme sin tardanza y mi hermano debe ser puesto a buen recaudo antes de que lleguen.

—Sí, mi señor —contestó Falquián, quitándose el negro yelmo y mirando cómo se retiraba el lamorquiano de jubón de malla—. Sir Enmann nos ha puesto al corriente de las circunstancias. ¿No habría sido tal vez más prudente, no obstante, enviar a vuestro hermano a su destino con una escolta formada con vuestras propias tropas? Ha sido sólo un encuentro fortuito lo que nos ha traído a vuestras puertas antes de la llegada de vuestros enemigos.

Alstrom sacudió la cabeza.

—Los guerreros del conde Gerrich atacarían sin duda a mis hombres. Mi hermano únicamente se hallará a salvo bajo la protección de los caballeros de la Iglesia, sir...

—Falquián.

—Ese nombre no nos resulta desconocido —comentó Alstrom tras un breve instante de sorpresa. Luego miró con ademán interrogativo a los demás, los cuales se apresuró a presentarle Falquián.

—Una comitiva compuesta por personas de muy distinta procedencia —observó Alstrom después de dedicar una somera reverencia a Sephrenia—. ¿Pero es prudente llevar una dama y dos niños en un viaje sujeto a posibles peligros?

—Esta dama es un elemento clave para cumplir nuestro cometido —respondió Falquián—. La niña se encuentra bajo su protección y el chico es su paje. Lady Sephrenia no se separaría de ellos bajo ningún concepto.

—¿Paje? —oyó cómo susurraba Talen a Kurik—. Me han llamado un montón de cosas, pero nunca eso.

—Calla —contestó, también susurrando, Kurik.

—Lo que me sorprende más aún, no obstante —continuó Alstrom—, es ver que todas las órdenes militantes están representadas aquí. Las relaciones entre las órdenes no han sido cordiales en los últimos tiempos, según me han dicho.

—Hemos emprendido una búsqueda cuyos resultados atañen a la Iglesia —explicó Falquián, quitándose los guanteletes—. Su buen desenlace es un asunto de tal urgencia que nuestros preceptores nos reunieron en un intento de asegurar el triunfo.

—La unión de los caballeros de la Iglesia, al igual que la de la propia Iglesia, debiera haberse producido hace tiempo —manifestó una voz áspera desde el fondo de la habitación.

Un eclesiástico, de humilde, casi severa sotana y sombrío y ascético rostro de hundidas mejillas salió de las sombras. Sus pálidos cabellos rubios veteados de gris le caían hasta los hombros, componiendo una línea que parecía haber cortado la hoja de un cuchillo.

—Mi hermano —lo presentó Alstrom—, el patriarca Ortzel de Kadach.

—Su Ilustrísima —dijo Falquián con una reverencia que hizo crujir ligeramente su armadura.

—Esa empresa eclesiástica que habéis mencionado despierta mi interés —confesó Ortzel, adelantándose hacia la luz—. ¿Qué puede haber tan apremiante como para impeler a los preceptores de las cuatro órdenes a abandonar sus viejas rencillas y mandar actuar a sus paladines como un solo hombre?

Falquián reflexionó un momento antes de arriesgar una respuesta.

—¿Conoce por ventura Su Ilustrísima a Annias, primado de Cimmura? —preguntó, depositando los guanteletes en el yelmo.

—Nos hemos visto —contestó concisamente Ortzel, con expresión endurecida.

—Nosotros también hemos tenido ese placer —comentó Kalten—, con una frecuencia excesiva para mi gusto al menos.

Ortzel esbozó una breve sonrisa.

—Veo que nuestras opiniones sobre el buen primado coinciden en gran medida —apuntó.

—Su Ilustrísima es perspicaz —lo halagó Falquián—. El primado de Cimmura aspira a una posición en la Iglesia para la cual nuestros preceptores lo consideran inadecuado.

—He oído hablar de dichas aspiraciones.

—Ése es el motivo principal de nuestra empresa, Su Ilustrísima —expuso Falquián—. El primado de Cimmura está profundamente implicado en la política de Elenia. La reina legítima de ese reino es Ehlana, hija del rey Aldreas. Pero ella se halla gravemente enferma, y el primado Annias controla el consejo real..., lo cual significa, por supuesto, que también controla el tesoro real. Es su acceso a dicho tesoro lo que anima sus expectativas de ascender al trono del archiprelado. Dispone de sumas casi ilimitadas y ciertos miembros de la jerarquía han dado pruebas de ser susceptibles a sus lisonjas. Es nuestra misión restablecer la salud de Ehlana para que tome nuevamente en sus manos el gobierno de su reino.

—Un impropio estado de cosas —observó con desaprobación el barón Alstrom—. Ningún reino debería estar gobernado por una mujer.

—Tengo el honor de ser el paladín de la reina, mi señor —declaró Falquián—, y confío en que también su amigo. La conozco desde que era niña y os aseguro que Ehlana es una mujer extraordinaria. Tiene una entereza que supera a la mayoría de los restantes monarcas de Eosia. Una vez que haya recobrado la salud, sabrá contener al primado de Cimmura. Le impedirá el acceso a los fondos del tesoro tan fácilmente como cortarían con unas tijeras un simple mechón de cabello, y, sin ese dinero, se acabarían las esperanzas del primado.

—Entonces la vuestra es una noble empresa, sir Falquián —aprobó el patriarca Ortzel—, pero ¿por qué os ha traído hasta Lamorkand?

—¿Puedo hablaros con franqueza, Ilustrísima?

—Desde luego.

—Hemos descubierto recientemente que la dolencia de la reina Ehlana no proviene de causas naturales, y para curarla hemos de recurrir a medidas extremas.

—Habláis con excesivos remilgos, Falquián —gruñó Uloth, quitándose el yelmo adornado con cuernos de ogro—. Lo que mi hermano pandion trata de decir, Ilustrísima, es que la reina Ehlana ha sido envenenada y que habremos de hacer uso de artes mágicas para reponer su salud.

—¿Envenenada? —Ortzel palideció—. ¿Sin duda no sospecharéis del primado Annias?

—Todas las evidencias señalan en esa dirección, Ilustrísima —repuso Tynian,

echándose atrás la capa azul—. Los detalles son tediosos, pero tenemos pruebas fehacientes de que Annias fue el promotor.

—¡Debéis formular esas acusaciones ante la jerarquía! —exclamó Ortzel—. Si son ciertas, es un cargo monstruoso.

—El asunto se halla ya en manos del patriarca de Demos, Ilustrísima —le aseguró Falquián—. Creo que podemos confiar en él para que presente el caso ante la jerarquía en el momento idóneo.

—Dolmant es un buen hombre —convino Ortzel—. Acataré su decisión al respecto..., al menos por ahora.

—Tened a bien sentaros, caballeros —indicó el barón—. La urgencia de la situación en que nos encontramos me ha hecho descuidar la cortesía en el trato. ¿Puedo ofrecereros alguna bebida?

A Kalten se le iluminó la mirada.

—No os preocupéis —murmuró Falquián, tendiendo una silla a Sephrenia.

Cuando ésta se hubo sentado, Flauta se arrellanó en su regazo.

—¿Vuestra hija, señora? —infirió Ortzel.

—No, Su Ilustrísima. Es una huérfana abandonada. Le tengo mucho cariño.

—Berit —dijo Kurik—, estamos de más aquí. Vamos a los establos. Quiero examinar los caballos. —Los dos abandonaron la estancia.

—Decidme, mi señor —preguntó Bevier al barón Alstrom—, ¿qué es lo que os ha puesto al borde de la guerra? ¿Alguna vieja disputa quizá?

—No, sir Bevier —repuso el barón, endureciendo la expresión—, ésta es una situación que tiene causas más recientes. Hará cosa de un año, mi único hijo trabó amistad con un caballero que afirmaba ser de Cammorria. Más tarde descubrí que ese hombre es un villano. Él alimentó las vanas esperanzas de mi alocado hijo de obtener la mano de la hija de mi vecino. La muchacha parecía asequible, a pesar de que su padre y yo nunca fuimos amigos. Poco tiempo después, sin embargo, Gerrich anunció que había prometido la mano de su hija a otro hombre. Mi hijo montó en cólera. Su, por así llamarlo, amigo lo incitó a no cejar y propuso un desesperado plan. Podían raptar a la muchacha, buscar a un sacerdote que quisiera casarla con mi hijo y presentar a Gerrich varios nietos con que aplacar su ira. Escalaron los muros del castillo del conde y entraron furtivamente en el dormitorio de la chica. Luego supe que el supuesto amigo de mi hijo había alertado al conde, y Gerrich y los siete hijos de su hermana salieron de sus escondrijos cuando ambos se hallaron adentro. Mi hijo, creyendo que había sido la hija del conde quien lo había traicionado, le clavó una daga en el pecho antes de que los sobrinos cayeran sobre él con sus espadas. —Alstrom hizo una pausa, con las mandíbulas comprimidas y los ojos llorosos.

»Mi hijo se hallaba sin lugar a dudas en un error —admitió, reanudando la historia — y yo no hubiera tomado medidas, a pesar de mi aflicción. Fue lo acaecido tras su muerte lo que sembró eterna enemistad entre Gerrich y yo. No contentos con matar a mi hijo, el conde y la salvaje descendencia de su hermana mutilaron su cuerpo y lo depositaron desdeñosamente a la puerta de mi castillo. Yo acusé el ultraje, pero el caballero cammoriano, en quien todavía confiaba, aconsejó obrar con astucia. Arguyendo que debía atender con urgencia ciertos asuntos en Cammorria, partió, no sin antes prometerme poner a mi disposición a dos de sus más fieles criados. Ambos llegaron hace tan sólo una semana a mis puertas para decirme que había sonado la hora de mi venganza. Encabezando a mis soldados, se dirigieron a la casa de la hermana del conde y allí dieron muerte a los siete sobrinos de éste. Posteriormente he averiguado que esos dos secuaces inflamaron a mis hombres y se tomaron ciertas libertades con la persona de la hermana del conde.

—Una manera delicada de expresarlo —susurró Kalten al oído de Falquián.

—Mantén silencio —lo conminó Falquián.

—La dama fue llevada... desnuda, me temo..., al castillo de su hermano. La reconciliación es ahora imposible. Gerrich tiene muchos aliados, al igual que yo, y la guerra generalizada se cierne sobre Lamorkand occidental.

—Una historia triste —comentó apenado Falquián.

—De la inminente contienda yo asumo la responsabilidad. Lo que importa ahora es sacar a mi hermano de esta casa y llevarlo a Chyrellos. En caso de que él también pereciera durante el ataque de Gerrich, la Iglesia no tendría más alternativa que enviar a sus caballeros. El asesinato de un patriarca, especialmente de uno que es un firme candidato a la ascensión al archiprelado, sería un crimen ante el que no podría cerrar los ojos. Por ello os imploro que lo protegáis en su viaje a la ciudad santa.

—Una pregunta, mi señor —dijo Falquián—. Las actividades de ese caballero cammorio tienen algo que me resulta familiar. ¿Podrías describirlo a él y a sus secuaces?

—El caballero es un hombre alto de porte arrogante. Uno de sus compañeros es una bestia enorme, apenas humana. El otro es un tipo con cara de conejo y una excesiva afición a la bebida.

—Se parecen bastante a unos viejos amigos nuestros, ¿eh? —acotó Kalten—. ¿Tenía algún rasgo fuera de lo común ese caballero?

—Tenía el pelo completamente blanco —repuso Alstrom—, y no era tan viejo como para ello.

—Por lo visto, Martel sigue moviendo los hilos —observó Kalten.

—¿Conocéis a ese hombre, sir Kalten? —inquirió el barón.

—El del pelo blanco se llama Martel —explicó Falquián—. Sus dos mercenarios son Adus y Krager. Martel es un caballero pandion renegado que vende sus servicios en diversas partes del mundo. En los últimos tiempos ha estado trabajando para el primado de Cimmura.

—Pero ¿con qué objeto fomentaría el primado la discordia entre Gerrich y yo?

—Vos mismo habéis formulado ya la respuesta, mi señor —respondió Falquián—. Los preceptores de las cuatro órdenes militantes se oponen frontalmente a la idea de que Annias ocupe el trono del archiprelado. Ellos estarán presentes, con derecho a voto, durante la elección en la basílica de Chyrellos, y su opinión tiene un gran peso entre la jerarquía. Por otra parte, los caballeros de la Iglesia intervendrían al instante ante el primer indicio de irregularidades en la elección. Para hacer realidad sus deseos, Annias debe hacer ausentar a los caballeros de la Iglesia de Chyrellos antes de las votaciones. No hace mucho pudimos desbaratar una intriga que Martel tramaba en Rendor, la cual habría obligado a abandonar la ciudad santa a los caballeros. Sospecho que estos desgraciados sucesos por vos referidos apuntan a idéntico designio. Martel, actuando bajo las órdenes de Annias, está recorriendo el mundo preparando hogueras con la esperanza de que tarde o temprano los caballeros de la Iglesia se verán obligados a salir de Chyrellos para apagarlas.

—¿Es Annias en verdad tan depravado? —se escandalizó Ortsel.

—Ilustrísima, Annias hará *cualquier cosa* por ascender al trono. Estoy convencido de que ordenaría la masacre de media Eosia con tal de conseguir lo que quiere.

—¿Cómo es posible que caiga tan bajo un eclesiástico?

—La ambición, Ilustrísima —repuso con tristeza Bevier—. Una vez que ha hundido sus garras en el corazón de un hombre, ciega sus ojos a cualquier otra consideración.

—Ésta es una razón de más para que mi hermano llegue sano y salvo a Chyrellos

—concluyó gravemente Alstrom—. Es una persona muy respetada por los otros miembros de la jerarquía y por ello su voz tendrá una influencia capital en sus deliberaciones.

—Debo advertiros a vos y a vuestro hermano, mi señor Alstrom, que vuestro plan no está exento de riesgos —los previno Falquián—. Están persiguiéndonos. Existen personas consagradas a tratar de frustrar nuestra empresa. Dado que la seguridad de vuestro hermano es vuestra principal preocupación, debo deciros que no puedo garantizarla. Nuestros perseguidores son implacables y muy peligrosos. —Hablaba con rodeos, consciente de que ni Alstrom ni Ortzel darían crédito a sus palabras de contarles la pura verdad acerca de la naturaleza del Buscador.

—Me temo que no tengo posibilidad de elección al respecto, sir Falquián. Con este sitio cerniéndose sobre mi cabeza, he de sacar a mi hermano del castillo aun corriendo riesgos.

—Si así lo preferís, mi señor... —Falquián suspiró—. Nuestra misión es sumamente urgente, pero este asunto lo es incluso más.

—¡Falquián! —exclamó Sephrenia.

—No tenemos otra opción, pequeña madre —señaló—. *Debemos* escoltar a Su Ilustrísima a Chyrellos. El barón está en lo cieno. Si algo le ocurriera a su hermano, los caballeros de la Iglesia abandonarían Chyrellos para tomar represalias. Habremos de llevar a Su Ilustrísima a la ciudad santa y después tratar de recuperar el tiempo perdido.

—¿Cuál es exactamente el objetivo de vuestra búsqueda, sir Falquián? —preguntó el patriarca de Kadach.

—Como ha explicado sir Ulath, hemos de recurrir a la magia para restablecer la salud de la reina de Elenia, y sólo existe una cosa en el mundo que contenga tamaño poder. Nos dirigimos al gran campo de batalla del lago Randerá para buscar la joya que en un tiempo adornaba la corona real de Thalesia.

—¿Bhelliom? —Ortzel estaba perplejo—. ¿No iréis a traer nuevamente a la luz ese objeto maldito?

—No tenemos más remedio, Ilustrísima. Sólo Bhelliom es capaz de sanar a mi reina.

—Pero Bhelliom está contaminada, infectada por la perversidad de los dioses troll.

—Las deidades de los troll no son tan malignas, Su Ilustrísima —lo tranquilizó Ulath—. Son caprichosas, eso os lo garantizo, pero no realmente malas.

—El Dios elenio prohíbe tener tratos con ellos.

—El Dios elenio es sabio, Ilustrísima —intervino Sephrenia—. También ha prohibido el contacto con los dioses estirios e hizo, no obstante, una excepción, en el momento de la creación de las órdenes militantes. Los dioses menores de Estiria accedieron a apoyarlo en su designio. Cabe preguntarse si no hubiera sido asimismo capaz de procurarse la ayuda de los dioses troll. Él es, según tengo entendido, muy persuasivo.

—¡Eso es una blasfemia! —se encolerizó Ortzel.

—No, Ilustrísima. Yo soy estiria y por lo tanto no estoy sujeta a la teología elenia.

—¿No sería mejor que partiéramos? —sugirió Ulath—. Hay un largo camino hasta Chyrellos y hemos de hacer salir a Su Ilustrísima del castillo antes de que dé comienzo la batalla.

—Buena propuesta, mi lacónico amigo —aprobó Tynian.

—Prepararé de inmediato el equipaje —anunció Ortzel, encaminándose a la puerta—. Podremos emprender viaje dentro de una hora. —Acto seguido abandonó la estancia.

—¿Cuánto creéis que tardarán en llegar aquí las fuerzas del conde, mi señor? —preguntó Tynian al barón.

—No más de un día, sir Tynian. Tengo amigos que están entorpeciendo su marcha hacia el norte desde su fortaleza, pero dispone de un gran ejército y estoy seguro de que no tardará en librarse de su impedimento.

—Talen —indicó con tono tajante Falquián—, devuélvelo a su sitio.

El chiquillo torció el gesto y volvió a depositar sobre la mesa una pequeña daga con pedrería incrustada en la empuñadura.

—No pensaba que estuvierais mirando —dijo.

—No vuelvas a caer en ese error —le advirtió Falquián—. Te vigilo constantemente.

El barón parecía desconcertado.

—El chico aún no ha aprendido a distinguir los aspectos más sutiles de la propiedad privada, mi señor —restó importancia Kalten—. Hemos intentado enseñárselos, pero es lento en aprender.

Talen suspiró y sacó su bloc de dibujo y un lápiz. Luego se sentó en una mesa en el otro extremo de la habitación y comenzó a dibujar. Esa era una actividad, recordó Falquián, para la que disponía de un especial talento.

—Os estoy sumamente agradecidos a todos, caballeros —decía el barón—. La seguridad de mi hermano ha sido mi única preocupación. Ahora podré concentrarme en mis tareas. —Miró a Falquián—. ¿Creéis que es posible que encontréis a ese Martel en el curso de vuestra misión?

—Eso *espero* —repuso fervientemente Falquián.

—¿Y es vuestra intención matarlo?

—Ese ha sido el anhelo de Falquián durante los últimos doce años aproximadamente —aseguró Kalten—. Martel tiene el sueño muy ligero cuando Falquián se halla en el mismo reino que él.

—Que Dios dé fuerza a vuestro brazo entonces, sir Falquián —le deseó el barón—. Mi hijo descansará con mayor sosiego cuando ese traidor se reúna con él en la morada de los muertos.

La puerta se abrió de golpe, dando entrada a sir Enmann.

—¡Mi señor! —dijo a Alstrom con urgencia en la voz—. ¡Venid aprisa!

—¿Qué sucede, sir Enmann? —inquirió Alstrom, levantándose.

—El conde Gerrich nos ha engañado. Tiene una flota de barcos en el río y en estos instantes sus fuerzas están tomando tierra a ambos costados de este promontorio.

—¡Dad la alarma! —ordenó el barón—. ¡Y levantad el puente!

—Enseguida, mi señor —contestó Enmann, antes de salir presuroso de la sala.

—Me temo que es demasiado tarde, sir Falquián —dijo Alstrom con un suspiro—. Ahora vuestra misión y la tarea que os he encomendado están condenadas al fracaso. Estamos sitiados y me temo que quedaremos atrapados entre estos muros durante varios años.

Capítulo cinco

El retumbante choque de los cantos rodados arrojados contra los muros del castillo de Alstrom sonaba con monótona regularidad mientras los ingenios de asedio del conde Gerrich tomaban sus posiciones y comenzaban a someter la fortaleza a sus embates.

Falquián y sus compañeros, que habían permanecido en la lúgubre estancia atestada de armas a petición de Alstrom, aguardaban sentados su regreso.

—Nunca me he encontrado en estado de sitio —comentó Talen, alzando la mirada del papel—. ¿Cuánto suelen durar?

—Si no logramos encontrar la manera de salir de aquí, ya te afeitarás la barba llegado el momento de su conclusión —le respondió Kurik.

—Haced algo, Falquián —pidió, angustiado, el muchacho.

—Estoy dispuesto a escuchar cualquier propuesta.

Talen le devolvió una mirada de impotencia.

—Me temo que estamos completamente rodeados —anunció el barón Alstrom de regreso a la sala.

—¿No hay posibilidad de una tregua? —sugirió Bevier—. En Arcium es costumbre garantizar la salida a mujeres y eclesiásticos antes de emprender un asedio.

—Por desgracia, sir Bevier —replicó Alstrom—, esto no es Arcium. Esto es Lamorkand y aquí no existen las treguas.

—¿Alguna idea? —preguntó Falquián a Sephrenia.

—Algunas, quizá —repuso la mujer—. Permitidme que ponga a prueba vuestra excelente lógica elenia. Primero, el uso de la fuerza bruta para salir del castillo es totalmente descabellado, ¿no os parece?

—Sin lugar a dudas.

—Y, como habéis señalado, es probable que una tregua no sea respetada.

—Ciertamente no querría poner en juego la vida de Su Ilustrísima ni las nuestras con una tregua.

—Entonces nos resta la posibilidad de una huida sigilosa. No creo que eso fuera factible tampoco, ¿y vos?

—Demasiado arriesgado —convino Falquián—. El castillo está cercado y los soldados vigilarán para que no se escabulla nadie.

—¿Algún tipo de subterfugio? —inquirió ella.

—No en las circunstancias actuales —descartó Ulath—. Las tropas que rodean el castillo van armadas con ballestas. Jamás llegaríamos lo bastante cerca para parlamentar con ellos.

—Entonces únicamente nos queda recurrir a las artes de Estiria, ¿no es así?

—No pienso participar en nada que implique el uso de brujería pagana —declaró Ortzel con expresión súbitamente adusta.

—Me temía que adoptaría esa actitud —murmuró Kaltén a Falquián.

—Trataré de hacerlo entrar en razón por la mañana —respondió Falquián entre dientes. Se volvió hacia el barón Alstrom—. Es tarde, mi señor —observó—, y todos estamos fatigados. Tal vez el reposo del sueño nos despeje la mente y sugiera nuevas soluciones.

—Tenéis toda la razón, Falquián —acordó Alstrom—. Mis criados os acompañarán a vuestros aposentos y mañana volveremos a considerar este tema.

Los llevaron a través de los desapacibles corredores del castillo de Alstrom a una ala que, a pesar de ser confortable, no tenía huellas de ser utilizada con frecuencia. Les sirvieron la cena en las habitaciones, tras lo cual Falquián y Kalten se quitaron la armadura y, después de comer, se sentaron a conversar tranquilamente en el dormitorio que compartían.

—Hubiera podido prevenirte de la postura que adoptaría Ortzel respecto a la magia. Los eclesiásticos de Lamorkand son casi tan intransigentes en estas cuestiones como los rendoreños.

—Si se hubiera tratado de Dolmant, habríamos logrado convencerlo —acordó sombríamente Falquián.

—Dolmant es más cosmopolita —afirmó Kalten—. Se crió en la casa contigua al castillo principal de los pandion y conoce más profundamente los secretos de lo que deja entrever.

Sonó un golpecito en la puerta y Falquián se levantó a abrirla. Era Talen.

—Sephrenia quiere veros —informó al fornido caballero.

—De acuerdo. Acuéstate, Kalten. Todavía pareces algo desmejorado. Llévame hasta ella, Talen.

El chiquillo condujo a Falquián al fondo del pasillo y llamó a una puerta.

—Entra, Talen —contestó Sephrenia.

—¿Cómo sabíais que era yo? —preguntó con curiosidad Talen al abrir la puerta.

—Hay maneras de saberlo —fue la misteriosa respuesta de la menuda mujer estiria, quien cepillaba suavemente el largo cabello negro de Flauta.

La niña tenía una expresión soñadora en la carita y canturreaba alegremente para sí. Falquián estaba perplejo. Aquél era el primer sonido vocal que le había oído emitir.

—Si puede canturrear, ¿por qué no sabe hablar? —inquirió.

—¿Qué os ha hecho pensar que no sabe hablar? —preguntó a su vez Sephrenia sin dejar de peinarla.

—Nunca lo ha hecho.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—¿Para qué queríais verme?

—Necesitaremos algo bastante espectacular para salir de aquí —respondió— y puede que necesite vuestra ayuda y la de los demás para lograrlo.

—Sólo tenéis que pedirlo. ¿Tenéis alguna idea?

—Varias. Pero nuestro primer problema es Ortzel. Si se inmiscuye en esto, jamás lo sacaremos del castillo.

—Suponed que me limito a golpearlo en la cabeza antes de partir y lo dejo atado a la silla de su caballo hasta que nos hallemos lejos.

—¿Falquián! —lo reprendió.

—Era una idea —repuso, encogiéndose de hombros—. ¿Y qué hay de Flauta?

—¿Que pasa con ella?

—Ella consiguió que ignoraran nuestra presencia los soldados de los muelles de Vardenais y los espías apostados fuera del castillo pandion. ¿No podría hacer lo mismo aquí?

—¿Os dais cuenta de lo numeroso que es el ejército que hay afuera, Falquián? Ella no es más que una niña, después de todo.

—Oh. No sabía que eso influyera.

—Por supuesto que influye.

—¿No podríais dormir a Ortzel? —preguntó Talen—. Ya sabéis, mover los dedos delante de él hasta que se caiga de sueño.

—Es posible, supongo.

—Entonces no sabría que habéis utilizado la magia para sacarnos de aquí hasta que se despierte.

—Una idea interesante —concedió ella—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Soy un ladrón, Sephrenia —respondió, sonriendo con descaro—. No sería bueno en el oficio si no fuera capaz de pensar más aprisa que la víctima.

—La manera como sorteemos el escollo que representa Ortzel es lo de menos —zanjó Falquián—. Lo principal es obtener la colaboración de Alstrom. Es posible que se muestre reacio a arriesgar la vida de su hermano en algo que no comprende. Hablaré con él por la mañana.

—Recurrid, pues, a *todas* vuestras dotes persuasivas —recomendó Sephrenia.

—Lo intentaré. Vamos, Talen. Dejemos que las damas duerman un poco. Kalten y yo tenemos una cama de sobra en nuestra habitación. Puedes dormir allí. Sephrenia, no temáis en llamarme a mí y a los otros si precisáis ayuda con algún hechizo.

—Nunca siento temor, Falquián... No cuando estáis cerca para protegerme.

—Basta —la atajó. Luego sonrió—. Que durmáis bien, Sephrenia.

—Vos también, querido.

—Buenas noches, Flauta —añadió.

Ella le dedicó un breve trino de su flauta.

A la mañana siguiente, Falquián se levantó temprano y se dirigió a la parte central del castillo, en uno de cuyos largos pasadizos iluminados con antorchas topó por azar con sir Enmann.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó al caballero lamorquiano.

Enmann tenía el rostro macilento a causa de la fatiga y era evidente que no se había acostado aquella noche.

—Hemos obtenido algún logro, sir Falquián —respondió—. Rechazamos un asalto hartamente preocupante en la puerta principal del castillo alrededor de media noche y estamos situando los artefactos en sus posiciones. Antes de mediodía nos hallaremos en condiciones de destruir los ingenios de asedio de Gerrich... y sus barcos.

—¿Se retirará entonces?

Enmann sacudió la cabeza.

—Lo más probable es que comience a cavar fortificaciones subterráneas y prolongue el sitio.

—Era lo que preveía —asintió Falquián—. ¿Tenéis idea de dónde puedo encontrar al barón Alstrom? He de hablar con él... sin la presencia de su hermano.

—Mi señor Alstrom está en las almenas de la parte delantera del castillo, sir Falquián. Quiere que Gerrich lo vea. Eso podría inducir al conde a acometer alguna acción precipitada. Está solo allí. Su hermano suele estar en la capilla a esta hora.

—Bien. En ese caso iré a hablar con el barón.

En las almenas, el viento azotó la capa con que Falquián se había rodeado para cubrir su armadura.

—Ah, buenos días, sir Falquián —lo saludó Alstrom con voz cansada.

Llevaba armadura al completo y la visera del yelmo tenía aquella peculiar forma puntiaguda habitual en Lamorkand.

—Buenos días, mi señor —replicó Falquián, manteniéndose a cierta distancia de las almenas—. ¿Hay algún lugar no expuesto a la vista donde podamos conversar? No estoy seguro de que sea una buena idea que Gerrich se entere de que hay caballeros de la Iglesia en el interior de vuestros muros y no me cabe duda de que debe de tener varios hombres de aguzada vista vigilándoos.

—Aquella torre de encima de la puerta —sugirió Alstrom—. Venid, Falquián.

La habitación del interior del torreón era fríamente funcional. Una docena de

ballesteros se hallaban junto a las angostas ventanas arrojando proyectiles a las tropas de abajo.

—Necesito usar esta sala —ordenó Alstrom—. Id a disparar un rato a las almenas.

Los soldados se retiraron, acompañados del tintineo producido por el choque del metal con que iban calzados contra la piedra del suelo.

—Tenemos un problema, mi señor —manifestó Falquián cuando los dos se hallaron solos.

—Ya lo había advertido —señaló secamente Alstrom, lanzando una ojeada por una de las lumbreras a las tropas apostadas bajo sus murallas.

Falquián sonrió ante aquella rara muestra de humor en ese pueblo por lo común tan severo.

—Este problema en concreto es vuestro, mi señor —observó—. El que nos concierne a ambos es lo que vamos a hacer con vuestro hermano. Sephrenia dio en el clavo anoche. Ningún esfuerzo puramente natural va a permitir que escape a este asedio. Debemos realizar una elección. Hemos de hacer uso de la magia... y Su Ilustrísima parece oponerse de plano a ello.

—Yo no osaría instruir a Ortzel en teología —apuntó Alstrom.

—Ni yo tampoco, mi señor. Permitidme, no obstante, señalaros que, en el caso de que Su Ilustrísima ascienda al archiprelado, va a tener que modificar su posición... o como mínimo aprender a hacer la vista gorda cuando se den situaciones similares. Las cuatro órdenes constituimos el brazo armado de la Iglesia y nos servimos cotidianamente de los secretos de Estiria para llevar a cabo nuestra tarea.

—Soy consciente de ello, sir Falquián. Pero mi hermano es un hombre rígido y poco propenso a modificar su punto de vista.

Falquián comenzó a recorrer la estancia, reflexionando.

—Muy bien, entonces —dijo prudentemente—. Lo que haremos para sacar a vuestro hermano del castillo os parecerá antinatural a vos, pero os aseguro que será eficaz. Sephrenia es extraordinariamente experta en los secretos. La he visto hacer cosas rayanas en lo milagroso. Os doy garantías de que en ningún caso pondrá en peligro a vuestro hermano.

—Comprendo, sir Falquián.

—Bien. Temía que pudierais expresar objeciones. La mayoría de la gente es reacia a depositar su confianza en fenómenos que no entiende. Ahora bien, Su Ilustrísima no participará en modo alguno en lo que debemos realizar. Para seros franco, sería un estorbo. Todo cuanto hará él es salir beneficiado de ello. De ninguna manera se verá involucrado personalmente en lo que considera un pecado.

—Comprendedlo, sir Falquián, no me opongo a ello. Trataré de hacer entrar en razón a mi hermano. A veces me escucha.

—Esperemos que ésta sea una de tales ocasiones. —Falquián se asomó a la ventana y profirió un juramento.

—¿Qué sucede, sir Falquián?

—¿Es Gerrich aquel que está de pie en esa loma, en la retaguardia de las tropas?

—Lo es —asintió el barón tras mirar por la aspillera.

—Creo que conocéis al hombre que se encuentra junto a él. Es Adus, el subalterno de Martel. Por lo visto Martel ha estado jugando con dos barajas en este asunto. Lo que me preocupa, sin embargo, es esa figura algo más apartada..., el alto con sayo negro.

—No creo que represente una amenaza, sir Falquián. Casi parece un esqueleto.

—¿Veis cómo le brilla la cara?

—Ahora que lo mencionáis, sí. ¿No es extraño?

—Es más que extraño, barón Alstrom. Creo que será mejor que vaya a hablar con

Sephrenia. Debo ponerla inmediatamente al corriente de esto.

Sephrenia estaba sentada junto al fuego en su habitación, con su perpetua taza de té en las manos. Flauta, con las piernas cruzadas sobre la cama, tejía un entramado de tal complejidad que Falquián hubo de apartar la mirada a riesgo de perder la cabeza tratando de discernir el recorrido de cada uno de los hilos.

—Tenemos complicaciones —anunció a su tutora.

—Ya había reparado en ello —replicó la mujer.

—Es algo más grave de lo que pensábamos. Adus está allá afuera con el conde Gerrich y seguramente Krager estará acechando en un segundo plano.

—Martel está comenzando a cansarme de veras.

—Adus y Krager complican un tanto la actual situación, pero esa cosa, el Buscador, está también ahí afuera.

—¿Estáis seguro? —dijo ella, levantándose de un salto.

—Tiene idéntica forma y tamaño, y el mismo brillo emana de debajo de su capucha. ¿Cuántos humanos puede dominar a la vez?

—No creo que exista límite alguno, Falquián. Al menos, no cuando Azash está controlándolo.

—¿Recordáis esos hombres que nos tendieron una emboscada cerca de la frontera con Kelosia? ¿La manera como seguían atacando pese a que estábamos despedazándolos?

—Sí.

—Si el Buscador es capaz de adueñarse de la mente de todos los componentes del ejército de Gerrich, montarán un asalto que las fuerzas del barón Alstrom no podrán resistir. Será mejor que nos vayamos sin tardanza de aquí, Sephrenia. ¿Habéis ideado algún medio?

—Existen varias posibilidades —respondió—. La presencia del Buscador complica un poco las cosas, pero creo que conozco la manera de sortear ese escollo.

—Confío en ello. Vayamos a hablar con los otros.

Había transcurrido tal vez una hora cuando todos volvieron a reunirse en la estancia donde habían conversado el día anterior.

—Bien, caballeros —dijo Sephrenia—. Estamos amenazados por un gran peligro.

—El castillo es muy seguro, señora —afirmó Alstrom—. En quinientos años no ha caído ni una sola vez ante un sitio.

—Me temo que las cosas sean distintas en esta ocasión. Un ejército asediante suele asaltar los muros, ¿no es así?

—Es la práctica habitual, una vez que los ingenios han debilitado las fortificaciones.

—Y, cuando las fuerzas atacantes han sufrido importantes bajas, normalmente se retiran, ¿no es cierto?

—Así ha sido en mi experiencia.

—Los hombres de Gerrich *no* se retirarán. Proseguirán en su ataque hasta arrollar el castillo.

—¿Cómo estáis tan segura?

—¿Recordáis la figura de sayo negro que os he señalado, mi señor? —inquirió Falquián.

—Sí. Pareció inquietaros.

—No sin razón, mi señor. Ésa es la criatura que ha estado persiguiéndonos. Se llama un Buscador. No es humana y está supeditada a Azash.

—Cuidado con lo que decís, sir Falquián —advirtió con tono amenazador Ortzel—. La Iglesia no reconoce la existencia de los dioses estirios. Transitáis un terreno que

roza la herejía.

—Para llevar a buen fin el propósito de esta discusión, será preferible que supongamos que sé de qué estoy hablando —replicó Falquián—. Dejando a un lado a Azash por el momento, es importante que vos y vuestro hermano comprendáis el inmenso peligro que entraña ese ser que está allá afuera. Es capaz de controlar por completo las tropas de Gerrich, y las lanzará contra el castillo hasta que logren tomarlo.

—Y no sólo eso —agregó sombríamente Bevier—, sino que los soldados no prestarán atención a heridas que dejarían incapacitado a un hombre normal. La única manera de contenerlos es matándolos. Nos hemos enfrentado anteriormente a hombres sujetos al influjo del Buscador y hubimos de exterminarlos.

—Sir Falquián —objetó Alstrom—, el conde Gerrich es mi mortal enemigo, pero aun así es un hombre honorable y un hijo fiel de la Iglesia. Él no se aliaría con criaturas de la oscuridad.

—Es del todo posible que el conde ni siquiera sepa que está allí —afirmó Sephrenia—. Lo que cuenta, no obstante, es que nos hallamos ante un mortal peligro.

—¿Por qué uniría esa criatura sus fuerzas a las de Gerrich? —preguntó Alstrom.

—Como ha explicado Falquián, ha estado persiguiéndonos. Por algún motivo, Azash considera a Falquián como una amenaza. Los dioses mayores poseen cierta habilidad para predecir el futuro y cabe la posibilidad de que Azash haya vislumbrado algo que quiere evitar. Ya ha realizado varios intentos de dar muerte a Falquián. Estoy convencida de que el Buscador está aquí con el expreso propósito de matar a Falquián... o como mínimo impedirle que recupere el Bhelliom. Debemos partir, mi señor, y sin demora. —Se volvió hacia Ortzel—. Me temo, Ilustrísima, que no tenemos otra alternativa. Nos vemos en la necesidad de acudir a las artes de Estiria.

—No pienso ser partícipe de ello —se obstinó el patriarca—. Sé que sois estiria, señora, y que por tanto ignoráis los dictados de la verdadera fe, pero ¿cómo osáis proponer la práctica de vuestras negras artes en mi presencia? En fin de cuentas, soy un eclesiástico.

—Creo que con el tiempo os veréis obligado a modificar vuestro punto de vista, Ilustrísima —advirtió con calma Ulath—. Las órdenes militantes son los brazos de la Iglesia. Recibimos instrucción en los secretos para poder servirla mejor. Esta práctica ha sido aprobada por todos los archiprelados a lo largo de novecientos años.

—En efecto —agregó Sephrenia—. Ningún estirio se avendría a enseñar a los caballeros hasta que cada nuevo archiprelado dé su consentimiento.

—En caso de que yo ascendiera al trono de Chyrellos, esa práctica cesaría.

—Entonces los reinos occidentales estarían perdidos —predijo ella—, pues, sin esas artes, los caballeros de la Iglesia estarían indefensos contra Azash y, sin los caballeros, Occidente caería ante las hordas de Otha.

—No tenemos pruebas fehacientes de que Otha se haya puesto en camino.

—Tampoco tenemos pruebas de la llegada del próximo verano —replicó secamente la mujer. Se volvió hacia Alstrom—. Creo disponer de un plan que puede permitirnos escapar, mi señor, pero antes he de ir a vuestra cocina y hablar con el cocinero.

El barón pareció desconcertado.

—Para llevar a efecto el plan necesito ciertos ingredientes que suelen hallarse en las cocinas. Por ello he de asegurarme de tenerlos al alcance.

—Hay un guardia en la puerta, señora —indicó Alstrom—. El os escoltará hasta la cocina.

—Gracias, mi señor. Vamos, Flauta —llamó, dicho lo cual, abandonó la habitación.

—¿Qué se propone? —preguntó Tynian.

—Sephrenia no explica casi nunca las cosas de antemano —le informó Kalten.

—Ni tampoco después, según he observado —agregó Talen, alzando la mirada del dibujo que realizaba.

—Habla cuando te dirijan la palabra a ti —lo regañó Berit.

—Si así lo hiciera, olvidaría cómo hablar.

—Espero que no irás a consentir esto, Alstrom —dijo con enfado Ortzel.

—No tengo más remedio —replicó Alstrom—. Es de vital importancia ponerte a buen recaudo, y éste parece el único método viable.

—¿Has visto también a Krager allá afuera? —preguntó Kalten a Falquián.

—No, pero imagino que no anda lejos. Alguien debe mantener vigilado a Adus.

—¿Es tan peligroso ese Adus? —inquirió Alstrom.

—Es un animal, mi señor —respondió Kalten—, y de una especie muy estúpida. Falquián me ha prometido que seré yo quien acabe con Adus si no me entrometo cuando él dé cuenta de Martel. Adus apenas sabe hablar y mata por mero placer.

—Es sucio y huele mal —añadió Talen—. Una vez me persiguió por la calle en Cammoria y casi me desmayo de la peste que despedía.

—¿Creéis que tal vez Martel esté con ellos? —preguntó esperanzadamente Tynian.

—Lo dudo —repuso Falquián—. Creo que le dejé los pies clavados en el suelo de Rendor. Según barrunto, debió de asentar las bases de su ardid aquí en Lamorkand y después fue a Rendor para conspirar allí. Luego envió a Krager y Adus para desencadenar los acontecimientos.

—Me parece que el mundo estaría mejor sin ese Martel —afirmó Alstrom.

—Haremos cuanto podamos para arreglar ese punto, mi señor —prometió con voz cavernosa Ulath.

Sephrenia y Flauta regresaron momentos después.

—¿Habéis encontrado lo que habéis menester? —inquirió Falquián.

—En su mayor parte. Lo demás puedo elaborarlo. La mujer miró a Ortzel—. Quizá deseéis retiraros —sugirió—. No quisiera ofender vuestros sentimientos.

—Me quedaré, señora —contestó él fríamente—. Tal vez mi presencia impida que se lleve a cabo esta abominación.

—Tal vez, pero dudo que así sea. —Fruunció los labios y clavó los ojos en la pequeña vasija de barro que había traído de la cocina—. Voy a necesitar un tonel vacío.

Falquián se dirigió a la puerta y cruzó unas palabras con el guardia.

Sephrenia se encaminó a la mesa y tomó una copa de cristal. Habló unos minutos en estirio y, con un quedo sonido susurrante, el recipiente se llenó súbitamente de un polvo muy parecido a la lavanda machacada.

—Afrentoso —murmuró Ortzel.

—Decidme, mi señor —consultó Sephrenia a Alstrom, haciendo caso omiso de su hermano—, tendréis brea y nafta, supongo.

—Desde luego. Forman parte del material defensivo del castillo.

—Bien. Si esto surte efecto, vamos a necesitarlas.

El soldado volvió a entrar, haciendo rodar un barril en el suelo.

—Aquí, por favor —le indicó la mujer, señalando un punto alejado del fuego.

El guardia situó el tonel boca arriba, saludó al barón y se retiró.

Sephrenia habló brevemente con Flauta y la niña asintió y se llevó el caramillo a los labios. La melodía que interpretó era extraña, hipnótica, casi lánguida.

La mujer estiría, de pie junto al barril, salmodió en estirio con la vasija en una mano y la copa en la otra y después volcó éstas sobre el tonel. Las acres especias del

jarro y el polvo de lavanda de la copa fueron trasvasándose, pero ninguno de los dos recipientes se vació. Ambos materiales, mezclándose al caer, empezaron a brillar y la estancia se inundó de pronto de puntos luminosos semejantes a estrellas o luciérnagas, que centelleaban sobre el fondo de las paredes y el techo. La menuda mujer seguía vertiendo sin parar las, al parecer, inagotables sustancias.

Le llevó casi media hora llenar el barril.

—Ya está —dijo por fin Sephrenia—, con esto bastará —afirmó, bajando la mirada hacia el refulgente tonel.

Ortzel emitía sonidos estrangulados.

La mujer depositó los dos recipientes a buena distancia de la mesa.

—No los pongáis juntos —avisó a Alstrom—, y mantenedlos apartados de cualquier clase de fuego.

—¿Qué haremos con eso? —preguntó Tynian.

—Debemos alejar al Buscador, Tynian. Mezclaremos el contenido de este barril con nafta y brea y cargaremos la mixtura en las catapultas del barón. Después de prenderemos fuego y las arrojaremos sobre las tropas del conde Gerrich. El humo los obligará a replegarse, temporalmente al menos, aunque ése no es el objetivo principal que perseguimos. El Buscador tiene un sistema respiratorio muy distinto del de los humanos. Si el humo es nocivo para los hombres, a él le resulta letal. Si no huye, morirá.

—Eso parece alentador —se entusiasmó el caballero.

—¿Qué es lo que os parece tan terrible, Ilustrísima? —preguntó la mujer a Ortzel—. Sabéis que va a salvaros la vida.

—Siempre había pensado —respondió el patriarca con expresión turbada—, que la brujería estiria era un mero engaño, pero de ningún modo habéis podido hacer lo que acabo de ver con el uso de simples artes de charlatán. Rezaré para esclarecer esta cuestión y solicitaré la asistencia de Dios.

—Yo de vos no me demoraría mucho, Ilustrísima —aconsejó Kalten—. De lo contrario, podría ocurrir que llegarais a Chyrellos justo a tiempo para besar el anillo del archiprelado Annias.

—Ello no debe suceder —declaró severamente Alstrom—. El sitio de esta fortaleza me concierne a *mí*, Ortzel, no a ti. Por consiguiente, y con todo mi pesar, debo retirarte mi hospitalidad. Abandonarás mi castillo en cuanto ello sea posible.

—¡Alstrom! —se indignó Ortzel—. Ésta es mi casa. Yo nací aquí.

—Pero nuestro padre me la legó a mí. Tu verdadero hogar se encuentra en la basílica de Chyrellos. Te aconsejo que te dirijas allí de inmediato.

Capítulo seis

—Deberemos ir al punto más alto de vuestro castillo, mi señor —anunció Sephrenia después de que el patriarca de Kadach se hubo retirado con airado además de la habitación.

—Ése está en la torre norte —informó el barón.

—¿Y se avista al ejército atacante desde allí?

—Sí.

—Bien. Primero, no obstante, hemos de dar instrucciones a vuestros soldados respecto al uso de esto —dijo, señalando el tonel—. Vamos, caballeros —los instó vivamente—, no os quedéis ahí parados. Coged el barril y traedlo y, suceda lo que suceda, no lo dejéis caer ni lo acerquéis al fuego.

Las explicaciones dadas a los soldados encargados de las catapultas sobre la adecuada proporción de polvo, nafta y brea eran muy simples.

—Ahora —continuó—, escuchad con atención, pues vuestra seguridad depende de ello. No prendáis fuego a la nafta hasta el último instante y, si parte del humo soplara en vuestra dirección, contened el aliento y echad a correr. No inhaléis ese humo bajo ningún concepto.

—¿Nos mataría? —preguntó un soldado con voz medrosa.

—No, pero os enfermaría y confundiría vuestras mentes. Tapaos la nariz y la boca con trapos húmedos. Eso os dará cierta protección. Esperad a que el barón dé la señal desde la torre norte. —Comprobó el rumbo del viento—. Arrojad el material ardiente al norte de esas tropas del terraplén —les indicó— y no olvidéis lanzar asimismo una parte a los barcos del río. Muy bien entonces, barón Alstrom. Vayamos a la torre.

Al igual que en los días precedentes, el cielo estaba nublado, y un fresco viento silbaba entre las troneras del torreón que, como todas las construcciones puramente defensivas, era severamente funcional. El ejército sitiador del conde Gerrich, que presentaba el curioso aspecto de las inmediaciones de un hormiguero, era una masa de diminutos hombrecillos cubiertos con relucientes armaduras que reflejaban la tonalidad del estaño a la pálida luz. A pesar de la elevación de la torre, de vez en cuando una ballesta chocaba contra sus desgastadas piedras.

—Tened cuidado —murmuró Falquín a Sephrenia cuando ésta asomó la cabeza por una de las lumbreras para observar las tropas apostadas ante la puerta.

—No hay peligro —le aseguró mientras el viento agitaba su blanco vestido—. Mi diosa me protege.

—Podéis creer en diosas cuanto queráis —arguyó el caballero—, pero yo soy responsable de vuestra seguridad. ¿Tenéis idea de lo que me haría Vanion si permitiera que os hirieran?

—Y eso únicamente sucedería después de que yo le diera su merecido —gruñó Kalten.

La mujer se retiró de la ventana y permaneció con expresión pensativa golpeando suavemente con un dedo sus labios fruncidos.

—Perdonadme, señora —se disculpó Alstrom—. Reconozco la necesidad de ahuyentar a esa criatura de aquí, pero una retirada meramente pasajera de las tropas de Gerrich no mejorará nuestra posición. Regresarán en cuanto el humo se disipe y nosotros no habremos logrado ningún avance en el cometido de sacar con garantías a mi hermano de aquí.

—Si realizamos esto sin error, no volverán hasta dentro de varios días, mi señor.

—¿Es ese humo tan poderoso?

—No. Se despejará al cabo de una hora aproximadamente.

—Es un espacio de tiempo muy escaso para que consigáis escapar —señaló—. ¿Qué impedirá que Gerrich regrese y prosiga el asedio?

—Va a estar muy ocupado.

—¿Ocupado? ¿Con qué?

—Va a estar persiguiendo a ciertas personas.

—¿Qué personas?

—Vos, yo, Falquián y los demás, vuestro hermano y un buen número de los miembros de vuestra guarnición.

—No creo que eso sea sensato —objetó Alstrom—. Tenemos fortificaciones resistentes aquí y no es mi intención abandonarlas para arriesgar nuestras vidas en una huida.

—Por el momento no vamos a ir a ninguna parte.

—Pero habéis dicho...

—Gerrich y sus hombres creerán que van tras de nosotros. Lo que en realidad perseguirán será una ilusión. —Sonrió brevemente—. Buena parte de la magia más eficaz es ilusiva —explicó—. Mueve la mente y la vista a engaño para hacerles creer enteramente en algo inexistente. Gerrich estará totalmente convencido de que intentamos aprovechar la confusión para irnos. Seguirá nuestra imagen con su ejército y ello nos proporcionará tiempo sobrado para escabullimos con vuestro hermano. ¿Es extenso ese bosque que se ve en el horizonte?

—Se prolonga varias leguas.

—Perfecto. Dirigiremos a Gerrich allí mediante nuestra ilusión y dejaremos que vague entre sus árboles durante los próximos días.

—Creo que hay un fallo en todo esto, Sephrenia —observó Falquián—. ¿No regresará el Buscador tan pronto se disipe el humo? No me parece que una imagen ficticia vaya a engañarlo, ¿me equivoco?

—El Buscador no volverá hasta que haya transcurrido al menos una semana —aseveró la estiria— porque estará muy, muy enfermo.

—¿Doy la señal a la guarnición de catapultas? —inquirió Alstrom.

—Todavía no, mi señor. Nos quedan cosas por hacer. La coordinación es esencial en esto. Berit, necesitaré una jofaina con agua.

—Sí, señora. —El novicio se encaminó a las escaleras.

—Comencemos —indicó la mujer, y empezó a enseñar pacientemente a los caballeros de la Iglesia el encantamiento. Éste contenía palabras estirias que Falquián no había aprendido antes, y Sephrenia insistió inflexiblemente en hacer que cada uno las repitiera una y otra vez hasta que la pronunciación y la entonación fueran del todo perfectas—. ¡Callad! —ordenó en el instante en que Kalten trató de sumarse al aprendizaje.

—Pensé que podía ayudar —protestó el caballero.

—Sé bien cuán inepto sois para estas cuestiones, Kalten. Limitaos a no participar. De acuerdo, caballeros, probemos de nuevo.

Una vez satisfecha con su pronunciación, instruyó a Falquián para que compusiera el encantamiento. El elenio comenzó a repetir los vocablos estirios y a gesticular con los dedos. La figura que se hizo visible en el centro de la estancia era vagamente amorfa, pero parecía llevar la negra armadura propia de los pandion.

—No le has puesto cara, Falquián —apuntó Kalten.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Sephrenia. Entonces pronunció dos palabras y

gesticuló con energía.

Falquián contempló la forma que se encontraba ante él. Era como si estuviera mirándose en un espejo.

Sephrenia fruncía el entrecejo.

—¿Algo va mal? —le preguntó Kalten.

—No es complicado duplicar rostros conocidos —respondió—, ni los de las personas que están presentes, pero, si he de examinar las caras de cuantos se hallan en el castillo, esto podría llevarnos varios días.

—¿Os serviría esto? —inquirió Talen, entregándole su bloc de dibujo.

La mujer lo hojeó y fue abriendo cada vez más los ojos a medida que pasaba las páginas.

—¡Este chico es un genio! —exclamó—. Kurik, cuando regresemos a Cimmura, ponédlo de aprendiz de un artista. Tal vez ello contribuya a apartarlo del mal camino.

—Sólo es una afición, Sephrenia —restó importancia Talen, ruborizándose.

—Sabes que podrías ganar mucho más como pintor que como ladrón, ¿verdad? —observó con manifiesta intencionalidad la mujer.

El muchacho pestañeó y luego entornó los ojos con expresión calculadora.

—Bien. Ahora os toca a vos, Tynian —indicó Sephrenia al deirano.

Cuando cada uno de ellos hubo creado una imagen reflejo de su propia apariencia, los condujo a una tronera que daba al patio.

—Construiremos la ilusión masificada allá abajo —les informó—. De intentar hacerlo aquí arriba, la habitación quedaría abarrotada en exceso.

Tardaron una hora en completar el ilusorio aspecto de una masa de hombres armados a caballo en el patio. Después Sephrenia les otorgó semblantes diferenciados con la ayuda de los bosquejos realizados por Talen, tras lo cual efectuó un amplio movimiento de brazo, y los caballeros de la Iglesia se reunieron con la hueste de abajo.

—No se mueven —observó Kurik.

—Flauta y yo nos encargaremos de eso —le aseguró Sephrenia—. Los demás deberéis concentraros en conservar la cohesión de las imágenes. Habréis de mantenerlas juntas hasta que lleguen a ese bosque de allí.

Falquián sudaba profusamente, no tanto por el esfuerzo de invocar y liberar el hechizo como por la necesidad de prolongar sus efectos. De pronto cayó en la cuenta de la enorme tensión que debía soportar Sephrenia.

Era ya de tarde cuando Sephrenia oteó desde la lumbrera las tropas del conde Gerrich.

—Creo que ya estarnos listos —concluyó—. Dad la señal, mi señor —indicó a Alstrom.

El barón tomó un trozo de tela roja que llevaba bajo la correa de la espada y lo agitó fuera de la ventana. Abajo, las catapultas comenzaron a arrojar sus ardientes proyectiles que, saltando por encima de las murallas, fueron a caer en medio del ejército sitiador y sobre los barcos anclados en el río. Aun a aquella distancia, Falquián alcanzaba a oír las toses de asfixia provocadas por la densa nube de humo de lavanda originada por la combustión de las bolas de brea, nafta y el polvo que había elaborado Sephrenia. El humo recorrió ondulante el campo contiguo al castillo, centelleando con aquel fulgor de luciérnaga. Cuando rodeó la loma donde se encontraban Gerrich, Adus y el Buscador, Falquián oyó un chillido animal y al instante la criatura de negro sayo abandonó el brumoso escenario, fustigando despiadadamente su caballo sobre el cual apenas mantenía el equilibrio, mientras con una pálida garra se embozaba el rostro con la capucha. Los soldados que habían estado obstruyendo el camino que partía de la puerta de la fortaleza huían con paso vacilante de aquel misterioso azote, tosiendo y

vomitando.

—Bajad el puente levadizo, mi señor —ordenó Sephrenia a Alstrom.

El barón dio una nueva señal, esta vez con una tela verde y momentos después el puente quedó tendido.

—Ahora, Flauta —avisó Sephrenia, y comenzó a hablar velozmente en estirio al tiempo que la niña se llevaba el caramillo a los labios.

La masa de ilusorias personas que hasta entonces habían guardado una rígida inmovilidad en el patio pareció cobrar vida instantáneamente y, trasponiendo la puerta al galope, se sumergió en el humo. Sephrenia pasó la mano sobre la jofaina de agua que había llevado Berit a la torre y la examinó con atención.

—Sostenedlos, caballeros —los exhortó—. Mantenedlos íntegros.

La media docena de soldados de Gerrich que habían escapado al humo tosían, con el cuerpo doblado por las náuseas y las manos tratando de aliviar el escozor de los ojos, en el terraplén contiguo al castillo, cuando la ilusoria hueste cabalgó directamente hacia ellos. Los soldados huyeron dando alaridos.

—Ahora aguardaremos —manifestó Sephrenia—. Bastarán unos minutos para que Gerrich recobre la serenidad y advierta lo que en apariencia está ocurriendo.

Falquían oyó gritos de asombro y órdenes vociferadas desde abajo.

—Un poco más rápido, Flauta —recomendó con voz calma Sephrenia—. No nos conviene que Gerrich alcance a nuestros imaginarios personajes, pues sin duda sospecharía la argucia si su espada atraviesa el cuerpo del barón, aquí presente, sin surtir efecto alguno.

Alstrom contemplaba a Sephrenia con admiración.

—No hubiera creído que esto fuera posible, mi señora —confesó con voz trémula.

—Ha salido bastante bien, ¿no es cierto? —reconoció la mujer—. No tenía la absoluta certeza de poder llevarlo a cabo.

—Queréis decir que...

—Nunca lo había puesto en práctica, pero no podemos aprender sin experimentación, ¿no os parece?

En extramuros, las fuerzas de Gerrich saltaban a caballo y emprendían una persecución desorganizada en una caótica mezcolanza de monturas al galope y armas blandidas.

—Ni siquiera se les ha ocurrido atacar por el puente levadizo bajado —notó con desaprobación Ulath—. Una actitud muy poco profesional.

—Sus mentes están embotadas a causa del humo —le explicó Sephrenia—. ¿Ya han abandonado todos el área?

—Todavía quedan unos pocos andando pesadamente por ahí —informó Kalten—, por lo visto tratando de atrapar a sus caballos.

—Démosles tiempo a que nos dejen el paso libre. Seguid manteniendo la ilusión, caballeros —insistió, mirando la jofaina de agua—. Todavía quedan un par de kilómetros hasta esos bosques.

—¿No podéis acelerar un poco el proceso? —preguntó Falquían, apretando los dientes—. Sabéis que esto es difícil.

—Nada digno de interés se consigue con facilidad, Falquían —sentenció la mujer—. Si las imágenes de esos caballos comienzan a volar, Gerrich va a concebir terribles sospechas... incluso en su actual estado.

—Berit —dijo Kurik—, vos y Talen venid conmigo. Vamos a ensillar los caballos. Seguramente habremos de partir de un momento a otro.

—Os acompañaré —anunció Alstrom—. Quiero hablar con mi hermano antes de que se vaya. Me consta que lo he ofendido y preferiría que nos separásemos como

amigos.

Los cuatro descendieron por las escaleras.

—Faltan escasos minutos —los animó Sephrenia—. Estamos casi en el linde del bosque.

—Parece como si acabaras de caerte en un río —señaló Kalten, lanzando una ojeada al sudoroso rostro de Falquián.

—Oh, cállate —contestó éste, irritado.

—Ya está —constató al fin Sephrenia—. Ahora ya no es preciso controlarlas.

Falquián dejó escapar el aire de los pulmones con visible alivio y liberó el hechizo. Flauta bajó el caramillo y le dedicó un guiño.

—Gerrich está a poco más de un kilómetro de distancia de la primera línea de árboles —informó Sephrenia, que no había dejado de observar la jofaina—. Creo que deberíamos esperar a que se adentre profundamente en el bosque antes de partir.

—Lo que vos digáis —asintió Falquián, apoyándose con fatiga en una pared.

Unos quince minutos después, Sephrenia depositó la palangana en el suelo e irguió la espalda.

—Me parece que ya podemos bajar —dijo.

Se dirigieron al patio donde Kurik, Talen y Berit habían reunido los caballos. El patriarca Ortzel, pálido y con expresión airada, se hallaba junto a ellos al lado de su hermano.

—No olvidaré esto, Alstrom —manifestó, pegándose la sotana al cuerpo.

—Tal vez pienses de otra manera cuando hayas tenido tiempo de reflexionar sobre ello. Ve con Dios, Ortzel.

—Queda con Dios, Alstrom —contestó Ortzel, más por costumbre, pensó Falquián, que como expresión de una emoción real.

Montaron y traspusieron la puerta.

—¿Qué dirección tomamos? —preguntó Kalten a Falquián tras cruzar el puente levadizo.

—Norte. Abandonemos este lugar antes de que Gerrich regrese.

—Se supone que no lo hará hasta dentro de unos días.

—Mejor será no correr riesgos —repuso Falquián.

Galoparon rumbo norte y a última hora de la tarde llegaron al vado donde habían encontrado a sir Enmann. Falquián refrenó su montura y desmontó.

—Hagamos un estudio de las opciones disponibles —propuso.

—¿Qué habéis hecho exactamente allá en el castillo, señora? —interrogaba Ortzel a Sephrenia—. Como estaba en la capilla, no he visto lo ocurrido.

—Una pequeña maniobra de engaño, Ilustrísima —respondió la estiria—. El conde Gerrich ha creído vernos a nosotros y a vuestro hermano escapando, y ha partido a la caza.

—¿Eso es todo? —Parecía sorprendido—. No habéis... —Dejó la frase inconclusa.

—¿Matado a nadie? No. Repruebo totalmente los asesinatos.

—Eso es algo en lo que ambos coincidimos. Sois una mujer muy extraña, señora. Vuestra moralidad parece concordar bastante con la establecida por la verdadera fe. No era eso lo que esperaba en un pagano. ¿Habéis tomado en consideración la posibilidad de convertirlos?

—¿Vos también, Ilustrísima? —rió la mujer—. Dolmant lleva años tratando de convertirme. No, Ortzel. Seguiré fiel a mi diosa. Soy demasiado vieja para cambiar de religión a estas alturas de mi vida.

—¿Vieja, señora? ¿Vos?

—No lo creeríais, Ilustrísima —le dijo Falquián.

—Todos me habéis dado mucho en qué pensar —confesó Ortzel—. Hasta ahora he seguido lo que he interpretado como el significado correcto de la doctrina de la Iglesia. Tal vez debería ampliar las miras de mi percepción y solicitar la asistencia de Dios. —Caminó bordeando el arroyo, con semblante perdido en cavilaciones.

—Es un paso —murmuró Kalten a Falquián.

—Y considerable, diría yo.

Tynian había permanecido a la orilla del vado mirando absorto hacia poniente.

—Tengo una ligera idea, Falquián —declaró.

—Os escucho.

—Gerrich y sus soldados están explorando el bosque y, si Sephrenia no anda errada, el Buscador no estará en condiciones de perseguirnos durante al menos una semana. En la otra ribera de este río no habrá enemigos.

—Es cierto, supongo. No obstante, deberíamos cerciorarnos de ello antes de caer en un exceso de confianza.

—De acuerdo. Admito que es lo más seguro. Lo que sugiero es que, si no hay tropas al otro lado, bastaría con dos de nosotros para escoltar a Su Ilustrísima a Chyrellos mientras el resto prosigue hacia el lago Randera. Si la región está tranquila, no es necesario que cabalgemos todos hasta la ciudad santa.

—Tiene razón, Falquián —aprobó Kalten.

—Lo pensaré —prometió Falquián—. Crucemos el cauce y examinemos los alrededores antes de tomar una decisión.

Volviéron a montar y atravesaron el arroyo, no lejos del cual se extendía un bosquecillo de árboles.

—Pronto anoecerá, Falquián —advirtió Kurik— y deberemos levantar un campamento. ¿Por que no nos ocultamos en ese bosquecillo? Una vez que haya oscurecido, podemos salir a comprobar si hay fogatas. Ningún grupo de soldados está dispuesto a pasar una velada sin encender fuego, y los veríamos indefectiblemente. Ello sería mucho más sencillo y rápido que cabalgar río arriba y río abajo durante todo el día de mañana intentando localizarlos.

—Buena idea. Hagámoslo así, pues.

Se instalaron para pasar la noche en el centro de la arboleda y no encendieron más que una pequeña hoguera para calentar la comida. Para cuando acabaron de comer, la noche había caído ya sobre Lamorkand.

—Bien —propuso Falquián, poniéndose en pie—, vayamos a echar un vistazo. Sephrenia, vos, los niños y Su Ilustrísima manteneos aquí al abrigo de posibles miradas.

Una vez en descampado se dispersaron y escrutaron las tinieblas. Las nubes velaban la luna y las estrellas, por lo que la oscuridad era casi absoluta.

Falquián rodeó el bosquecillo y en el linde opuesto chocó con Kalten.

—Está más oscuro esto que el interior de tus botas —aseveró Kalten.

—¿Has visto algo?

—Ni un relumbre. Hay una colina al otro lado de esos árboles y Kurik va a subir allí para otear.

—Estupendo. Confío totalmente en la buena vista de Kurik.

—Yo también. ¿Por qué no lo haces nombrar caballero, Falquián? Si uno lo piensa con objetividad, es mejor que cualquiera de nosotros.

—Aslade me mataría. No está preparada para ser la esposa de un caballero.

Kalten rió y ambos siguieron caminando, aguzando la vista entre la negrura circundante.

—Falquián —sonó la voz de Kurik, no muy lejana.

—Aquí.

—Era una colina bastante alta —resopló al reunirse con ellos—. La única luz que he visto procedía de un pueblo situado a algo más de un kilómetro al sur.

—¿Estás seguro de que no era una fogata? —inquirió Kalten.

—La luz que emana de los fuegos de campamento es distinta de la que despiden las lámparas a través de una docena de ventanas, Kalten.

—Supongo que tienes razón.

Falquián se llevó los dedos a los labios y emitió un silbido, la señal convenida para que los otros volvieran al campamento.

—¿Qué opinas? —inquirió Kalten mientras se abrían camino entre la rígida y susurrante maleza en dirección al centro del bosquecillo donde la exigua luz del fuego cubierto apenas era un tenue resplandor rojizo en la oscuridad.

—Consultemos a Su Ilustrísima —replicó Falquián—. Es su cuello el que está en juego. —Entraron en el campamento rodeado de matorrales y Falquián se bajó la capucha de la capa—. Hemos de tomar una decisión, Ilustrísima —dijo al patriarca—. Según todos los indicios, la zona está desierta. Sir Tynian ha sugerido que dos de nosotros podríamos escoltaros hasta Chyrellos con tanta seguridad como la totalidad del grupo. Nuestra búsqueda del Bhellion no debe sufrir demora si hemos de impedir que Annias ascienda al trono del archiprelado. Sois vos quien habéis de elegir, no obstante.

—Puedo ir solo a Chyrellos, sir Falquián. Mi hermano se preocupa excesivamente por mi bienestar. Mi sotana me protegerá.

—Preferiría no correr ese riesgo, Ilustrísima. Recordaréis que mencioné un ser que nos perseguía.

—Sí. Creo que lo llamasteis un Buscador.

—Eso es. Esa criatura se encuentra enferma ahora debido al humo creado por Sephrenia, pero no hay modo de estar seguros respecto al tiempo en que tardará en recuperarse. De todas formas, no os considerará como un enemigo. Si os atacara, huid de ella. Es poco probable que os siga. Me parece que en la situación actual Tynian se halla en lo cierto. Dos de nosotros bastarán para garantizar vuestra seguridad.

—Como creáis conveniente, hijo mío.

Los demás se habían acercado al campamento durante la conversación, y Tynian se ofreció voluntario enseguida.

—No —rechazó la idea Sephrenia—. Vos sois el más experto en nigromancia. Os necesitaremos tan pronto como llegemos al lago Randerá.

—Iré yo —propuso Bevier—. Tengo un caballo veloz y puedo daros alcance en el lago.

—Yo iré con él —se ofreció Kurik—. Si se presentan nuevas dificultades, Falquián, precisaréis caballeros con vos.

—No existe tanta diferencia entre tú y un caballero, Kurik.

—Yo no llevo armadura, Falquián —señaló el escudero—. El espectáculo de los caballeros de la Iglesia arremetiendo con lanzas hace que la gente comience a pensar en su propia condición de mortales. Es una buena manera de evitar peleas.

—Tiene razón, Falquián —convino Kalten—, y, si topamos con más zemoquianos y soldados eclesiásticos, necesitarás hombres protegidos con acero que te secunden.

—De acuerdo —accedió Falquián. Se volvió hacia Ortsel—. Quiero disculparme por haber ofendido a Su Ilustrísima —dijo—, pero no veo que tuviéramos otra alternativa. Si todos nos hubiéramos visto obligados a permanecer confinados en el castillo de vuestro hermano, tanto nuestra misión como la vuestra habrían fracasado y la Iglesia no podía permitirse ese lujo.

—Todavía no acabo de aprobarlo, sir Falquián, pero vuestro argumento es

convinciente. No es preciso disculparos.

—Gracias, Ilustrísima. Tratad de dormir un poco. Me temo que os espera una larga jornada a caballo. —Falquián se alejó del fuego y revolvió uno de los fardos hasta encontrar su mapa. Después hizo señas a Bevier y Kurik—. Mañana, cabalgad en dirección este —les indicó—. Intentad atravesar la frontera con Kelosia antes de que anochezca. Luego tomad rumbo sur hasta Chyrellos bordeando la línea colindante. No creo que ni el más fanático soldado lamorquiano viole ese límite, arriesgándose a tener un enfrentamiento con las patrullas fronterizas kelosianas.

—Parece razonable —aprobó Kurik.

—Cuando lleguéis a Chyrellos, dejad a Ortzel en la basílica y después id a ver a Dolmant. Informadle de lo sucedido aquí y pedidle que lo comunique a Vanion y a los otros preceptores. Instadlos insistentemente a que se opongán a la idea de enviar los caballeros eclesiásticos aquí, a las tierras del interior, para sofocar las escaramuzas suscitadas por Martel. Necesitaremos que las cuatro órdenes estén en Chyrellos si el archiprelado Clovunus fallece, y todas las intrigas tramadas por Martel tienen el propósito de incitarlos a abandonar la ciudad santa.

—Lo haremos, Falquián —prometió Bevier.

—Viajad con la mayor celeridad posible. Su Ilustrísima parece bastante robusto, con lo cual no lo perjudicará cabalgar un poco deprisa. Es mejor que lleguéis cuanto antes a la frontera con Kelosia. No perdáis el tiempo, pero sed cautelosos.

—Podéis contar con ello, Falquián —le aseguró Kurik.

—Nos reuniremos con vosotros en el lago Randerá en cuanto podamos —declaró Bevier.

—¿Tienes dinero suficiente? —preguntó Falquián a su escudero.

—Más o menos. —Entonces Kurik sonrió, mostrando su blanca dentadura en la penumbra—. Además, Dolmant y yo somos viejos amigos y él siempre está dispuesto a concederme préstamos.

Falquián soltó una carcajada.

—Acostaos los dos —aconsejó—. Quiero que os pongáis en camino con Ortzel con la primera luz del día.

Se levantaron antes del amanecer y se despidieron de Bevier y Kurik, que partieron hacia poniente seguidos del patriarca de Kadach. Falquián volvió a consultar el mapa a la luz del fuego.

—Cruzaremos de nuevo ese vado —anunció a los demás—. Hay un canal más ancho al este de aquí, con lo que seguramente habremos de buscar un puente. Partamos rumbo norte. Preferiría no volver a topar con ninguna de las patrullas del conde Gerrich.

Atravesaron el vado después de desayunar y se alejaron de él mientras una rojiza luz en el horizonte indicaba que en algún lugar bajo la pesada capa de nubes el sol ya había salido.

—No querría parecer irrespetuoso —confió Tynian a Falquián—, pero espero que Ortzel no salga victorioso en las elecciones. Creo que la Iglesia, y las cuatro órdenes, habrían de padecer malos tiempos si él sube al trono.

—Es un buen hombre.

—Sí, pero es muy rígido. Un archiprelado ha de ser flexible. Los tiempos están cambiando, Falquián, y la Iglesia debe evolucionar con ellos. No me parece que la noción de cambio resulte atractiva para Ortzel.

—Eso está en manos de la jerarquía, no obstante, y yo sin vacilar elegiría a Ortzel antes que a Annias.

—En eso estoy de acuerdo.

Hacia mediodía alcanzaron el tintineante carro de un calderero itinerante de

apariencia andrajosa que también se dirigía al norte.

—¿Cómo va ese ánimo, compadre? —le preguntó Falquián.

—Bajo, caballero —repuso sombríamente el calderero—. Estas guerras van mal para los negocios. Nadie se preocupa por una cazuela agujereada cuando tiene asediada la casa.

—Sin duda es cierto. Decidme, ¿conocéis un puente o vado por aquí por el que podamos cruzar ese río que queda más adelante?

—Hay un puente de peaje un par de leguas más al norte —informó el calderero—. ¿Adónde os dirigís, caballero?

—Al lago Randera.

—¿Para buscar el tesoro? —inquirió el hombre con ojos brillantes.

—¿Qué tesoro?

—Toda la población de Lamorkand sabe que hay un gran tesoro enterrado en algún sitio del antiguo campo de batalla a orillas del lago. La gente viene excavando allí desde hace quinientos años, pero todo cuanto encuentran es espadas herrumbrosas y esqueletos.

—¿Cómo se enteró el pueblo de ello? —le preguntó Falquián, con tono indiferente.

—Fue algo muy curioso. Por lo que tengo entendido, no mucho después de la batalla la gente comenzó a ver a estirios cavando allí. El caso es que no tiene mucho sentido, ¿verdad? Lo que quiero decir es que todo el mundo sabe que los estirios apenas se preocupan del dinero y que además son muy reacios a utilizar palas. Por alguna razón, esa herramienta no parece adaptarse a sus manos. Sea como fuere, la historia sigue más o menos así: la gente empezó a preguntarse qué era exactamente lo que buscaban los estirios. Fue entonces cuando se iniciaron los rumores sobre el tesoro. Ese terreno ha sido arado y cribado cien veces o más. Nadie sabe a ciencia cierta qué esperan encontrar, pero todos los habitantes de Lamorkand van allí una o dos veces en el transcurso de su vida.

—Tal vez los estirios sepan qué hay enterrado allí.

—Puede que sí, pero nadie puede hablar con ellos. Se marchan corriendo siempre que se les acerca alguien.

—Qué extraño. Bien, gracias por la información, compadre. Buenos días.

Siguieron cabalgando, dejando tras ellos el carro del artesano.

—Es desalentador —se lamentó Kaltén—. Alguien ha escarbado allí con una pala antes que nosotros.

—Con un montón de palas —precisó Tynian.

—El hombre tiene razón en algo —opinó Falquián—. Nunca he conocido a un estirio a quien la codicia del dinero aparte de su camino habitual. Creo que lo mejor será encontrar un pueblo estirio y formular algunas preguntas allí. En el lago Randera está ocurriendo algo que desconocemos y no me gustan las sorpresas.

Capítulo siete

El puente de peaje era estrecho y algo deteriorado. Junto a él, frente a una desvencijada cabaña, estaban sentados varios niños sucios de aspecto famélico y decaído. El encargado, de rostro macilento y abatido, llevaba un harapiento sayo. La decepción veló de manera patente sus ojos al ver la armadura de los caballeros.

—Sin pontazgo —suspiró.

—Así nunca os ganaréis la vida, amigo —le advirtió Kalten.

—Es una regulación local, mi señor —explicó tristemente el hombre—. Los eclesiásticos no deben pagar peaje.

—¿Atraviesa mucha gente este puente? —inquirió Tynian.

—Unas pocas personas por semana —repuso el encargado—. Apenas las suficientes para permitirme pagar los impuestos. Mis hijos no han tomado una comida decente desde hace meses.

—¿Hay algún pueblo estirio en los alrededores? —le preguntó Falquián.

—Creo que hay uno al otro lado del río, caballero, en ese bosque de cedros de allí.

—Gracias, compadre —dijo Falquián, depositando unas monedas en la mano de su estupefacto interlocutor.

—No puedo cobraros por cruzar, mi señor —objetó el hombre.

—Este dinero no es el pontazgo, compadre. Es por la información. —Falquián espoleó a *Faran* y entró en el puente.

Al pasar junto al encargado del puente, Talen se inclinó y le entregó algo.

—Comprad algo de comida para vuestros hijos —le recomendó.

—Gracias, joven señor —dijo el hombre, con lágrimas de gratitud en los ojos.

—¿Qué le has dado? —preguntó Falquián.

—El dinero que robé a ese individuo de mirada calculadora de aquel vado —respondió Talen.

—Ha sido una acción muy generosa.

—Siempre puedo robar más —replicó el muchacho, encogiéndose de hombros—. Además, él y sus hijos lo necesitan más que yo. Yo también he pasado hambre alguna vez y sé lo que es.

—¿Sabes? —intervino Kalten—. Tal vez podamos esperar algo bueno de este chico después de todo.

—Posiblemente es demasiado prematuro afirmarlo.

—Como mínimo es un buen indicio.

La húmeda floresta de la otra ribera se componía de viejos y musgosos cedros cuyo verde ramaje casi rozaba el suelo, entre los que discurría un sendero poco frecuentado a juzgar por su aspecto.

—¿Y bien? —preguntó Falquián a Sephrenia.

—Están aquí —repuso la mujer—, espiándonos.

—Se esconderán cuando nos aproximemos a su pueblo, ¿no es cierto?

—Probablemente. Los estirios tienen pocos motivos para fiarse de elenios armados. Sin embargo, pienso que podré convencer a alguno para que se deje ver.

Al igual que todos los pueblos estirios, aquélla era una población primitiva, con cabañas de techumbre de paja caóticamente diseminadas en un claro sin mediar ningún tipo de calle entre ellas. Tal como había previsto Sephrenia, el lugar estaba desierto. La menuda mujer se inclinó y habló brevemente con Flauta en aquel dialecto estirio

incomprensible para Falquián. La niña asintió, tomó el caramillo y comenzó a tocar.

Al principio no sucedió nada.

—Me parece que he visto a uno allá entre los árboles —dijo Kalten al cabo de un momento.

—Son tímidos, ¿eh? —observó Talen.

—No sin razón —argumentó Falquián—. Los elenios no tratan muy bien a los estirios.

Flauta siguió tocando. Pasado un rato, un hombre de barba blanca vestido con un sayo de lana cruda salió con paso vacilante del bosque. Juntó las manos en el pecho y, dedicando una profunda reverencia a Sephrenia, habló en estirio. Después miró a Flauta, y se le desorbitaron los ojos. Realizó una nueva reverencia y la niña le respondió con una picara sonrisa.

—Anciano —le preguntó Sephrenia—, ¿habláis por ventura la lengua de los elenios?

—Estoy bastante familiarizado con ella, hermana —fue su respuesta.

—Bien. Estos caballeros tienen algunas preguntas que haceros. Después abandonaremos vuestro pueblo y dejaremos de turbar su paz.

—Responderé lo mejor que pueda.

—Hace algún tiempo —expuso Falquián— encontramos a un calderero que nos reveló algo un tanto inquietante. Dijo que los estirios han estado cavando en el campo de batalla del lago Randerá durante siglos, en busca de un tesoro. Ello no parece concordar con el carácter de los estirios.

—En efecto, mi señor —convino el anciano—. Nosotros no necesitamos tesoros y con toda seguridad no violaríamos las tumbas de quienes duermen allí.

—Eso es lo que me parecía. ¿Tenéis idea de quiénes pueden ser esos estirios?

—No son de nuestra raza, caballero, y sirven a un dios que nosotros desdeñamos.

—¿Azash? —adivinó Falquián.

El anciano palideció ligeramente.

—Yo no pronunciaré su nombre en voz alta, caballero, pero habéis interpretado correctamente mis palabras.

—¿Son entonces zemoquianos quienes excavan junto al lago?

El viejo asintió.

—Sabemos de su presencia allí desde hace siglos. No nos acercamos a ellos porque son impuros.

—Me parece que todos estamos de acuerdo en ese punto —convino Tynian—. ¿Tenéis noción de qué es lo que buscan?

—Algún antiguo talismán que Otha ansia para su dios.

—El calderero con el que conversamos dijo que la mayoría de la gente de aquí piensa que hay un gran tesoro allí.

—Los elenios son propensos a exagerar las cosas —señaló, sonriendo, el anciano—. No pueden creer que los zemoquianos dediquen tanto esfuerzo a la búsqueda de un solo objeto..., aunque lo que buscan tenga más valor que todos los tesoros del mundo.

—Ésa es una explicación razonable —observó Kalten.

—Los elenios sienten un anhelo ciego por el oro y las piedras preciosas —prosiguió el estirio— y por ello es del todo posible que ni siquiera sepan qué buscan. Esperan hallar grandes cofres repletos de gemas, pero no existen tales cofres en ese campo. No sería descabellado pensar que alguno de ellos haya encontrado ya ese objeto y lo haya desechado en la ignorancia de su valor.

—No, anciano señor —discrepó Sephrenia—. El talismán de que habláis no ha sido encontrado aún. Su descubrimiento produciría una señal tan portentosa que

resonaría como una campana gigante por todo el mundo.

—Puede que sea como decís, hermana. ¿También viajáis vos y vuestros compañeros al lago en busca del talismán?

—Ése es nuestro propósito —respondió la mujer— y nuestra misión es de vital importancia. Hemos de impedir que el dios de Otha entre en posesión de esa joya.

—En ese caso rogaré a *mi* dios por el buen éxito de vuestra empresa. —El viejo estirio volvió a dirigir la mirada a Falquián—. ¿Cómo le va a la cabeza de la Iglesia elenia? —preguntó prudentemente.

—El archiprelado es muy viejo —repuso sinceramente Falquián— y su salud es muy precaria.

—Es lo que temía —declaró, suspirando, el hombre—. A pesar de estar seguro de que no aceptaría los buenos deseos de un estirio, rezaré también a mi dios para que viva muchos años más.

—Así sea —hizo votos Ulath.

—Los rumores afirman que el primado de un lugar llamado Cimmura tiene grandes posibilidades de convertirse en cabeza de vuestra Iglesia —señaló con cautela el estirio de barba blanca tras un instante de vacilación.

—Ello podría ser un tanto exagerado —lo tranquilizó Falquián—. Son muchos en la Iglesia los que se oponen a las ambiciones del primado Annias. Parte de *nuestro* cometido es desbaratar sus planes.

—Entonces rogaré doblemente por vos, caballero. Si Annias ascendiera al trono de Chyrellos, sería un desastre para Estiria.

—Y para la casi totalidad del mundo —gruñó Ulath.

—Será muchísimo más terrible para los estirios, caballero. Los sentimientos que inspira nuestra raza en Annias de Cimmura son de sobra conocidos. La autoridad de la Iglesia elenia ha mantenido a raya el odio de la plebe elenia, pero, si Annias consiguiera su propósito, sin duda daría rienda suelta a su hostilidad y temo que ello sería la perdición de Estiria.

—Todos haremos cuanto esté en nuestras manos para impedirle el acceso al trono —prometió Falquián.

El viejo estirio hizo una reverencia.

—Quieran las manos de los dioses menores de Estiria protegeros, amigos míos. —Volvió a inclinarse ante Sephrenia y después frente a Flauta.

—Pongámonos en marcha —indicó Sephrenia—. Estamos manteniendo alejados de sus hogares a los otros habitantes del pueblo.

Salieron de la aldea y volvieron a penetrar en el bosque.

—De modo que los que excavan en el campo de batalla son zemoquianos —musitó Tynian—. Están extendiéndose por toda Eosia occidental, ¿no es así?

—Hace varios decenios que sabemos que ése es el plan global de Otha —confirmó Sephrenia—. La mayoría de los elenios son incapaces de advertir diferencia alguna entre estirios y zemoquianos. A Otha no le interesa ningún tipo de alianza o reconciliación entre los estirios occidentales y los elenios. Unas cuantas atrocidades cometidas en el momento oportuno han mantenido el ardor de los prejuicios de la plebe elenia, y los relatos de dichos sucesos no hacen más que magnificarlos al pasar de boca en boca. Ése ha sido el origen de siglos de opresión generalizada y masacres injustificadas.

—¿Por qué le preocupa tanto a Otha la posibilidad de una alianza? —Kalten parecía desconcertado—. No hay suficientes estirios en Occidente para constituir una amenaza, y, dado que no están dispuestos a tocar armas de acero, no serían de gran utilidad en caso de iniciarse nuevamente la guerra, ¿me equivoco?

—Los estirios lucharían con magia y no con acero, Kalten —le recordó Falquián —, y los magos estirios son mucho más expertos en su utilización que los caballeros de la Iglesia.

—El hecho de que los zemoquianos se encuentren en el lago Randerá resulta prometedor, no obstante —opinó Tynian.

—¿De qué manera?

—Si todavía están cavando, ello significa que aún no han encontrado el Bhelliom. Asimismo es un indicio de que nos encaminamos al lugar adecuado.

—No estoy tan seguro —disintió Ulath—. Si han estado buscando el Bhelliom a lo largo de los últimos quinientos años y aún no lo han encontrado, puede que el lago Randerá no sea el sitio acertado.

—¿Por qué no han probado la nigromancia como nos proponemos hacer nosotros? —se interrogó Kalten.

—Los espíritus thalesianos no responderían a un nigromante zemoquiano —respondió Ulath—. Es probable que me hablen a mí y no a los demás.

—En ese caso es una suerte que os halléis aquí —se congratuló Tynian—. Detestaría tomarme tantas molestias invocando a los muertos para encontrarme con que no están dispuestos a dirigirme la palabra.

—Si los levantáis, yo hablaré con ellos.

—No le habéis preguntado por el Buscador —señaló Falquián a Sephrenia.

—No era preciso. Únicamente lo habría asustado. Además, si esa gente hubiera sabido que el Buscador se encontraba en esta zona, habrían abandonado el pueblo.

—Tal vez hubiéramos debido prevenirlos.

—No, Falquián. La vida ya es bastante dura para ese pueblo sin convertirlos en vagabundos. El Buscador nos persigue a *nosotros*. Esos estirios no corren peligro.

Al declinar la tarde llegaron al lindero del bosque y allí se detuvieron para escrutar los campos aparentemente desiertos que se extendían más allá.

—Acampemos allá entre los árboles —propuso Falquián—. Nos hallamos ante un terreno excesivamente descubierto y preferiría que nadie vea nuestro fuego si podemos evitarlo.

Retrocedieron entre los cedros, al abrigo de los cuales establecieron el campamento para pernoctar. Kalten, que salió al linde de la floresta para montar guardia, regresó poco después de anochecer.

—Será mejor que camufles ese fuego —indicó a Berit—. Se ve desde la última línea de árboles.

—Enseguida, sir Kalten —repuso el joven novicio, tomando una pala para rodear con más tierra la reducida fogata que les servía de fogón.

—No somos los únicos que acampamos por estos parajes —advirtió con seriedad el rubio caballero—. Hay un par de hogueras a poco más de un kilómetro siguiendo por esos campos.

—Vayamos a echar un vistazo —sugirió Falquián a Tynian y Ulath—. Habremos de precisar dónde están instalados para poder evitarlos por la mañana. Aun cuando el Buscador no nos cause problemas durante varios días más, hay otras personas que intentan mantenernos alejados del lago. ¿Vienes, Kalten?

—Adelantaos —contestó su amigo—. Yo aún no he comido.

—Quizá te necesitemos para señalar los fuegos.

—No dejaréis de verlos —aseveró Kalten, llenando su escudilla de madera—. Quien quiera que los haya encendido aprecia la luz a raudales.

—Tiene en gran apego a su estómago, ¿no es cierto? —observó Tynian mientras los tres caballeros caminaban hacia el lindero del bosque.

—Come mucho —reconoció Falquián—, pero como es un hombre muy alto necesita una alimentación copiosa para mantenerse en forma.

Las hogueras eran claramente visibles en campo descubierto. Falquián reparó con cuidado en los lugares donde se ubicaban.

—Nos desviaremos hacia el norte, creo —anunció en voz baja a los otros—. Probablemente nos convendrá quedarnos dentro de los bosques hasta haber pasado esos campamentos.

—Curioso —apreció Ulath.

—¿Qué? —inquirió Tynian.

—Esos campamentos no están muy alejados entre sí. Si los hombres que los ocupan se conocen, ¿por qué no han montado un solo campamento?

—Quizá no simpaticen mutuamente.

—¿Por qué se han instalado tan próximos entonces?

—¿Quién sabe por qué hacen las cosas los lamorquianos? —repuso Tynian encogiéndose de hombros.

—No hay nada que podamos hacer al respecto esta noche —manifestó Falquián—. Regresemos.

Falquián se despertó justo antes del alba y, cuando fue a llamar a los demás, vio que Tynian, Berit y Talen se hallaban ausentes. Ello era explicable en el caso de Tynian, pues se hallaba de guardia en el lindero. Pero el novicio y el chico no tenían motivos para haberse levantado. Falquián profirió un juramento y fue a despertar a Sephrenia.

—Berit y Talen se han ido —le comunicó.

La mujer escrutó la oscuridad que rodeaba su disimulado campamento.

—Habremos de aguardar a que amanezca —dijo—. Si no han vuelto para entonces, deberemos ir a buscarlos. Atizad el fuego, Falquián y acercad mi tetera a la llama.

El cielo se aclaraba por el este cuando Berit y Talen regresaron al campamento. Ambos parecían excitados y tenían los ojos muy brillantes.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó con enojo Falquián.

—Satisfaciendo una curiosidad —contestó Talen—. Hemos ido a hacer una visita a nuestros vecinos.

—¿Podéis traducirme eso, Berit?

—Nos hemos arrastrado por el campo para echar un vistazo a la gente reunida alrededor de esas hogueras de allí, sir Falquián.

—¿Sin pedirme permiso antes?

—Estabais dormido —explicó con celeridad Talen—. No queríamos despertaros.

—Son estirios, sir Falquián —informó seriamente Berit—, o al menos lo son algunos. Sin embargo, hay un buen número de campesinos lamorquianos entre ellos. Los hombres que hay junto a la otra fogata son todos soldados eclesiásticos.

—¿Podrías precisar si los que habéis visto son estirios occidentales o zemoquianos?

—No distingo unos estirios de otros, pero los que había allí llevaban espadas y lanzas. —Berit frunció el entrecejo—. Puede que sean imaginaciones mías, pero todos los hombres tenían una expresión como embotada. ¿Recordáis el semblante tan impasible que tenían esos que nos tendieron una emboscada en Elenia?

—Sí.

—La gente que hay allá afuera tienen una apariencia similar, y no hablan entre sí ni duermen siquiera y no han apostado ningún centinela.

—¿Bien, Sephrenia? —inquirió Falquián—. ¿Podría haberse recuperado el Buscador antes de lo que habíamos calculado?

—No, repuso —con expresión preocupada—, pero podría haber puesto a esos hombres en nuestro camino antes de ir a Cimmura. Ellos seguirían todas las instrucciones que les hubiera dado, pero serían incapaces de adaptarse a cualquier situación imprevista sin su presencia.

—Pero nos reconocerían, ¿verdad?

—Sí. El Buscador se lo habría inculcado en el cerebro.

—¿Y nos atacarían si nos vieran?

—Inevitablemente.

—Entonces creo que será mejor que emprendamos la marcha —dictaminó—. Esa gente se halla demasiado cerca para sentirme totalmente a mis anchas. No me gusta cabalgar por terreno desconocido antes de que haya amanecido del todo, pero en las presentes circunstancias... —Se volvió hacia Berit—. Agradezco la información que nos habéis proporcionado, Berit, pero no debisteis irnos sin avisarme, y en ningún caso llevaros a Talen. Vuestro trabajo y el mío implican ciertos riesgos, pero no teníais ningún derecho a ponerlo en peligro a él.

—Él no sabía que yo le seguía, Falquián —intervino con soltura Talen—. Lo vi levantarse y sentí curiosidad por ver qué hacía, de manera que me deslicé tras él. Él ni siquiera sabía que yo estaba ahí hasta que estábamos casi al lado de esas fogatas.

—Eso no es verdad, sir Falquián —desmintió Berit con una mirada acongojada—. Talen me despertó y me sugirió ir a lanzar una ojeada a esos hombres. Entonces no me pareció una mala idea. Lo siento. Ni siquiera he pensado que estaba exponiéndolo a un peligro.

Talen miró al novicio con cierto disgusto.

—¿Por qué teníais que hacer eso? —preguntó—. Estaba contándole una mentira perfecta. Hubiera podido evitaros problemas.

—He prestado juramento de decir siempre la verdad, Talen.

—Bueno, yo no. Sólo tenías que mantener la boca cerrada. Falquián no *me* pegará porque soy demasiado pequeño, pero podría decidir azotaros a vos.

—Me encantan estas intrascendentes discusiones sobre moralidad comparativa antes del desayuno —se regocijó Kalten—. Hablando de lo cual... —Dirigió una significativa mirada al fuego.

—Es vuestro turno —advirtió Ulath.

—¿Cómo?

—Os toca cocinar a vos.

—No es posible que ya me toque otra vez.

Ulath asintió.

—Lo he controlado —afirmó Ulath.

Kalten puso cara de pícaro.

—Seguramente Falquián tiene razón. Deberíamos emprender camino. Ya comeremos algo más tarde.

Cuando terminaban de levantar el campamento y ensillar los caballos, Tynian volvió del lindero de la espesura donde había estado montando guardia.

—Están dispersándose en grupos reducidos —informó—. Creo que van a batir los alrededores.

—En ese caso nos conviene no salir del bosque —concluyó Falquián—. En marcha.

Avanzaron con cautela, manteniéndose distanciados de los límites de la floresta, adonde cabalgaba de vez en cuando Tynian para espiar los movimientos de los sujetos de expresión ofuscada que se encontraban en campo abierto.

—Parece que no tiene en cuenta la cercanía de estos bosques —comentó después

de una de las incursiones.

—Poco importa —lo desalentó Kalten—. Forman una barrera entre nosotros y el lago. Mientras sigan patrullando esos campos, no podremos atravesarlos. Al final se acabarán los árboles y nos quedaremos parados.

—¿Cuáles son los que patrullan específicamente esta zona? —preguntó Falquián a Tynian.

—Los soldados eclesiásticos. Cabalgan en grupos.

—¿De cuántos se componen?

—De unos doce.

—¿Permanecen a la vista unos de otros?

—Están dispersándose cada vez más.

—Estupendo —dijo Falquián—. Id a echar una ojeada y, cuando se encuentren lo bastante alejados para no poder verse entre sí, venid a comunicármelo.

—De acuerdo.

Falquián desmontó y ató las riendas de *Faran* a un arbolillo.

—¿Qué os proponéis hacer, Falquián? —inquirió con suspicacia Sephrenia al tiempo que Berit la ayudaba a desmontar junto con Flauta de su blanco palafrén.

—Sabemos que probablemente fue Otha quien envió al Buscador... lo cual nos remite a Azash.

—Sí.

—Azash sabe que el Bhelliom está a punto de volver a salir a la luz, ¿no es cierto?

—Sí.

—El objetivo principal del Buscador es darnos muerte, pero, en caso de no lograrlo, ¿no centraría sus esfuerzos en mantenernos alejados del lago Randerá?

—¡Otra vez con la lógica elenia! —exclamó con disgusto la mujer—. Vuestra argumentación es transparente. Sé muy bien adónde apuntáis.

—Aun con las mentes embotadas, los soldados de la Iglesia continúan siendo capaces de transmitirse mutuamente información, ¿no es así?

—Sí —admitió de mala gana.

—Entonces no tenemos más alternativa al respecto. Si cualquiera de ellos nos ve, dentro de una hora los tendremos a todos tras de nosotros.

—No acabo de comprenderlo —dijo Talen, un tanto desconcertado.

—Va a matar a todos los componentes de una de las patrullas —le explicó Sephrenia.

—Hasta el último hombre —aseveró con ferocidad Falquián— y tan pronto como los demás se pierdan de vista.

—Sabéis bien que ni siquiera pueden huir.

—Perfecto. Así no tendré que perseguirlos.

—Estáis planeando asesinatos con toda premeditación, Falquián.

—Ello no se ajusta del todo a la realidad, Sephrenia. Ellos nos atacarán en cuanto nos vean. Lo que haremos será defendernos.

—Puros sofismas —espetó la estiria antes de alejarse con paso vivo, murmurando para sus adentros.

—Ni siquiera pensaba que conociera el significado de esa palabra —se sorprendió Kalten.

—¿Conocéis el manejo de la lanza? —preguntó Falquián a Ulath.

—He practicado con ella —repuso el thalesiano—, pero prefiero el hacha.

—Con la lanza no se ha de llegar tan cerca. Mejor será no exponerse demasiado. Mi intención es derribar el grueso del grupo con las lanzas y después rematarlos con espadas y hachas.

—No es preciso recordarte —observó Kalten— que sólo somos cinco, contando a Berit.

—¿Y eso?

—Simplemente me ha parecido conveniente mencionarlo.

Sephrenia regresó con tez demudada.

—¿Estáis pues enteramente decidido? —preguntó a Falquián.

—Hemos de llegar al lago. ¿Podéis proponer alguna alternativa?

—No, de hecho, no. —Su tono era sarcástico—. Vuestra implacable lógica elenia me ha desarmado por completo.

—Quería haceros una pregunta, pequeña madre —declaró Kalten en un evidente intento de prevenir, cambiando de tema, el inicio de una acalorada discusión—. ¿Qué aspecto tiene exactamente ese Buscador? Por lo visto, se toma muchas molestias para taparse.

—Es repugnante —dijo con un estremecimiento—. Nunca he visto ninguno, pero el mago estirio que me enseñó cómo enfrentarme a él me lo describió. Tiene el cuerpo segmentado, muy pálido y delgado. En este estadio, la capa exterior de piel no está completamente endurecida y por las ensambladuras transpira una especie de icor para protegerla del contacto con el aire. Tiene pinzas semejantes a las de los cangrejos y su rostro es horrible hasta extremos increíbles.

—¿Icor? ¿Qué es eso?

—Baba —respondió parcamente—. Ello se produce en su fase larvaria... similar a la de una oruga o un gusano, si bien no enteramente. Cuando llega al estado adulto, su cuerpo se endurece y oscurece y de él brotan alas. Ni siquiera Azash puede controlar a un adulto. Todo cuanto les interesa en la madurez es reproducirse. De quedar un par de adultos sueltos, convertirían el mundo entero en una colmena y alimentarían a sus crías con todas sus criaturas vivientes. Azash mantiene una pareja a fin de preservar la especie en un lugar del que no pueden escapar. Cuando una de las larvas que utiliza como Buscadores se acerca a la madurez, ordena matarla.

—Trabajar para Azash implica algunos riesgos, ¿eh? Pero yo nunca he visto ningún insecto semejante.

—Las criaturas que sirven a Azash no siguen las pautas habituales. —Miró a Falquián con expresión angustiada—. ¿Es verdaderamente imprescindible hacerlo?

—Me temo que sí —respondió el caballero—. No hay otra solución.

Permanecieron sentados sobre el húmedo mantillo del bosque, esperando el regreso de Tynian. Kalten se acercó a uno de los caballos de carga y cortó gruesas rebanadas de queso y de pan con su daga.

—Con esto cumplo mi turno de cocina, ¿de acuerdo? —propuso a Ulath.

—Lo pensaré —gruñó éste.

El cielo estaba aún nublado y los pájaros dormitaban entre las ramas, intensamente verdes, de los cedros que impregnaban el bosque con su fragancia. En una ocasión un ciervo se aproximó a ellos, caminando grácilmente por un sendero. Uno de los caballos resopló, y el animal se alejó dando saltos con la blanca cola enhiesta y la aterciopelada cornamenta resplandeciendo sobre su cabeza. Era aquél un ambiente apacible que Falquián apartó intencionadamente de la mente, fortaleciéndose para cumplir la tarea que le aguardaba.

—Hay un grupo de soldados casi estacionados a menos de un centenar de metros al norte —informó Tynian, de vuelta—. Todos los demás se han perdido de vista.

—Bien —dijo Falquián, poniéndose en pie—. Ya podemos ponernos en acción. Sephrenia, quedaos aquí con Talen y Flauta.

—¿Cuál es el plan? —inquirió Tynian.

—No hay ningún plan —contestó Falquián—. Simplemente vamos a ir allá a caballo a eliminar esa patrulla. Después cabalgaremos hacia el lago Randerá.

—Posee el encanto de la simplicidad —alabó Tynian.

—Recordad todos —prosiguió Falquián— que no reaccionarán ante las heridas como lo haría la gente normal. Cercioraos bien de acabar con ellos para que no os ataquen por la espalda cuando os concentréis en el siguiente. Partamos.

La pelea fue breve y brutal. Tan pronto como Falquián y sus compañeros surgieron del bosque en atronadora carga, los soldados eclesiásticos de impasible semblante dirigieron sus monturas hacia ellos, con las espadas en alto. Cuando mediaban unos cincuenta pasos entre ambos, Falquián, Kalten, Tynian y Ulath bajaron las lanzas, dispuestos a arremeter. El impacto inicial fue terrible. El soldado que embistió Falquián fue desarzonado por la lanza que se clavó en su pecho y lo traspasó de lado a lado. Falquián refrenó súbitamente a *Faran* para no romper el asta, la arrancó del cadáver y prosiguió en la acometida. Habiendo quebrado la lanza en el cuerpo de otro soldado, desenvainó la espada. Cercenó el brazo de un tercer enemigo y luego le hundió la hoja en la garganta. Ulath, que había roto la lanza con el primer ataque, había clavado el trozo que aún le quedaba en la mano al segundo contrincante y después había vuelto al uso del hacha, con la cual descabezó limpiamente a otro soldado. Tynian había horadado el vientre de un soldado y lo había rematado con la espada antes de pasar a otro. La lanza de Kalten se había hecho pedazos al chocar con un escudo, tras lo cual se había visto hostigado por dos contendientes hasta que Berit había llegado al galope y le había partido a uno la cabeza de un hachazo. Kalten dio cuenta del otro con una amplia estocada. Los soldados supervivientes se agolpaban caóticamente a su alrededor. Sus mentes emponzoñadas por la impasibilidad eran incapaces de reaccionar con celeridad suficiente ante la embestida de los caballeros de la Iglesia. Falquián y sus amigos los rodearon, apiñándolos, para luego matarlos uno a uno.

Kalten bajó del caballo y caminó entre los soldados tendidos sobre la ensangrentada hierba. Falquián volvió la cabeza cuando su amigo se dispuso a hincar sistemáticamente la espada en cada cuerpo.

—Sólo quería asegurarme —explicó Kalten, envainando la hoja y montando de nuevo—. Ninguno de ellos hablará de nosotros ahora.

—Berit —ordenó Falquián—, id a buscar a Sephrenia y los niños. Nosotros vigilaremos desde aquí. Oh, otra cosa. Será mejor que cortéis también nuevas lanzas, pues hemos acabado con las que teníamos.

—Sí, sir Falquián —respondió el novicio, antes de dirigirse otra vez hacia el bosque.

Falquián miró en derredor y vio un hoyo disimulado por la maleza a corta distancia.

—Ocultémoslos —propuso, posando la vista en los cadáveres—. No nos sería beneficioso dejar una huella tan clara de nuestro paso.

—¿Han huido todos sus caballos? —preguntó Kalten, paseando la mirada por los contornos.

—Sí —respondió Ulath—. Los caballos siempre escapan durante las refriegas.

Arrastraron los mutilados despojos al socavón y los arrojaron bajo los arbustos. Cuando ya habían concluido, Berit regresó con nuevas lanzas sujetas de través en la silla, acompañado de Sephrenia, Talen y Flauta. La estiría mantenía los ojos apartados de la encarnada hierba donde había tenido lugar la batalla.

Se demoraron escasos minutos en fijar los hierros a las astas y luego partieron al galope.

—Ahora sí que estoy hambriento *de veras* —se quejó Kalten.

—¿Cómo podéis decir eso? —se indignó Sephrenia con tono de repugnancia.

—¿Qué he dicho? —preguntó Kalten a Falquián.

—No importa.

Los días siguientes transcurrieron sin incidentes, pese a lo cual Falquián y los demás vigilaban cuidadosamente a sus espaldas mientras galopaban. Cada noche se cobijaban en lugares emboscados y encendían discretos ruegos bien disimulados. Y entonces el nublado cielo cumplió al fin su promesa y descargó una constante llovizna que los acompañó mientras seguían en dirección noreste.

—¡Fantástico! —exclamó sarcásticamente Kalten, levantando la mirada al plomizo firmamento.

—Limitaos a rogar para que llueva a raudales —le aconsejó Sephrenia—. El Buscador ya debe de estar otra vez en camino, pero no podrá seguir nuestro olor si lo ha barrido la lluvia.

—Supongo que no había pensado en eso —reconoció.

Falquián desmontaba periódicamente para cortar una rama de una especie concreta de un arbusto, que depositaba luego en el suelo apuntando hacia donde se dirigían.

—¿Por qué continuáis haciendo eso? —inquirió al cabo Tynian, arrebujiándose en su chorreante capa azul.

—Para indicar a Kurik el camino que hemos tomado —repuso Falquián, subiendo a caballo.

—Muy ingenioso, pero ¿como sabrá él debajo de qué arbusto ha de mirar?

—Siempre es la misma clase de mata. Kurik y yo así lo establecimos hace mucho tiempo.

El cielo continuó descargando una deprimente lluvia que todo lo empapaba. Era difícil encender fogatas y mantener su lumbre. De vez en cuando pasaban cerca de un pueblo lamorkuiano y de alguna que otra granja apartada. Las gentes permanecían en su mayoría al aire libre y el ganado que pastaba en los campos aparecía mojado y abatido.

No se hallaban lejos del lago cuando Bevier y Kurik se reunieron con ellos una tarde en que la implacable lluvia caía casi horizontalmente en el suelo a causa de la violencia del viento.

—Dejamos a Ortsel en la basílica —informó Bevier, enjugándose el agua del rostro—. Después fuimos a casa de Dolmant y lo pusimos al corriente de lo que sucede aquí en Lamorkand. Coincidió en que la agitación tiene probablemente el fin de arrancar a los caballeros de la Iglesia de Chyrellos. Hará cuanto pueda para impedirlo.

—Estupendo —replicó Falquián—. Me agrada la idea de que queden inutilizados todos los esfuerzos de Martel. ¿Habéis tenido algún contratiempo?

—Nada de importancia —respondió Bevier—. Aunque los caminos están invariablemente patrullados y Chyrellos está atestado de soldados.

—Y todos los soldados son leales a Annias, ¿me equivoco? —dedujo agriamente Kalten.

—Hay otros candidatos al archiprelado, Kalten —señaló Tynian—. Si Annias lleva sus tropas a Chyrellos, resulta razonable que los demás hagan lo propio.

—De ningún modo nos interesa que se libre una lucha abierta en las calles de la ciudad santa —reflexionó Falquián—. ¿Cómo está el archiprelado Clovunus? —preguntó a Bevier.

—Está debilitándose a ojos vista, me temo. La jerarquía ya no puede siquiera ocultar su estado a la plebe.

—Ello no hace sino incrementar la urgencia de nuestra misión —infirió Kalten—. Si Clovunus muere, Annias se pondrá en marcha y, llegado ese momento, ya no

necesitará el tesoro elenio.

—Apresurémonos pues —instó Falquián—. Todavía queda un día hasta el lago.

—Falquián —observó con tono crítico Kurik—, habéis dejado que se os oxide la armadura.

—¿De veras? —Falquián levantó su empapada capa negra y miró un tanto sorprendido las láminas enrojecidas por el orín.

—¿No habéis podido encontrar la botella de aceite, mi señor?

—Tenía otros asuntos en que pensar.

—Sin duda.

—Lo siento. Ya lo haré.

—No sabrías por dónde empezar. No apliquéis vuestra ignorancia en la armadura, Falquián. Yo me ocuparé de ella.

Falquián miró en derredor a sus compañeros.

—Si a alguien se le ocurre hacer un comentario malicioso al respecto, habrá una pelea —advirtió con aire amenazador.

—Antes moriríamos que ofenderos, mi señor Falquián —prometió Bevier con absoluta seriedad en el rostro.

—Os lo agradezco —repuso Falquián, antes de espolear el caballo y atravesar una nueva cortina de agua, con un crujir de su herrumbrosa armadura.

Capítulo ocho

El antiguo campo de batalla del lago Randera, en la zona norte de Lamorkand central, les pareció aún más desolado de lo que esperaban. Era un vasto erial de tierra removida con pequeños montículos de barro amontonado por doquier. En el suelo había grandes socavones y zanjas llenas de agua cenagosa que, con la prolongada lluvia, habían convertido el terreno en un auténtico tremedal.

Kalten permanecía a caballo junto a Falquián, mirando con impotencia el fangoso campo que parecía extenderse hasta el horizonte.

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó, evidenciando el desconcierto por la enormidad de la tarea que les aguardaba. Falquián recordó algo.

—Bevier —llamó.

—¿Sí, Falquián? —contestó, aproximándose, el caballero arciano.

—Dijisteis que habéis llevado a cabo un estudio de historia militar.

—Sí.

—Dado que ésta fue la más grande batalla jamás librada, supongo que dedicaríais algún tiempo a ella, ¿no es así?

—Desde luego.

—¿Creéis que podríais localizar el área aproximada donde combatieron los thalesianos?

—Dadme unos minutos para orientarme. —Bevier cabalgó lentamente por el cenagoso campo, escrutándolo en busca de alguna marca en el terreno—. Allí —indicó, apuntando hacia una colina próxima, medio borrosa en la brumosa llovizna—. Allí fue donde las tropas del rey de Arcium resistieron a las hordas de Otha y sus sobrenaturales aliados. A pesar de la furia de los ataques, mantuvieron sus posiciones hasta la llegada de los caballeros de la Iglesia. —Entrecerró los ojos, mirando la lluvia con aire pensativo—. Si no me falla la memoria, el ejército del rey Sarak de Thalesia bajó rodeando la orilla oriental del lago en una maniobra de flanqueo.

—Al menos eso restringe un poco las posibilidades —se animó Kalten—. ¿Estarían los caballeros genidios con las huestes de Sarak?

Bevier negó con la cabeza.

—Todos los caballeros de la Iglesia habían sido reclutados en la campaña de Rendor. Cuando tuvieron noticia de la invasión de Otha, navegaron hasta Cammorra por el mar Interior y después vinieron a marchas forzadas aquí. Llegaron al campo por el sur.

—Falquián —advirtió Talen en voz baja—, por allí. Unas personas intentan esconderse detrás de ese gran montón de tierra..., ése con el tocón de un árbol medio volcado a un lado.

Falquián consideró prudente no volverse.

—¿Has podido observarlos?

—No sabría decir qué clase de gente son —respondió el chico—. Están completamente cubiertos de barro.

—¿Llevaban algún tipo de arma?

—Palas mayormente. Creo que un par de ellos llevaban ballestas.

—Lamorquianos entonces —dedujo Kalten—. Nadie más utiliza esa arma.

—Kurik —consultó Falquián a su escudero—, ¿cuál es el alcance efectivo de una ballesta?

—Doscientos pasos con posibilidades de acertar blanco. A partir de ahí, todo es cuestión de suerte.

Falquián miró en torno a sí, tratando de aparentar indolencia. El terraplén se hallaba tal vez a cincuenta metros de distancia.

—Iremos por ese lado —anunció en voz lo bastante alta para ser escuchada por los ocultos buscadores de tesoros. Alzó una mano protegida con guantelete de acero y señaló al este—. ¿Cuántos había, Talen? —preguntó quedamente.

—Yo he visto ocho o diez. Podrían ser más.

—Mantenlos vigilados, pero sin que se note demasiado. Si alguno se dispone a levantar la ballesta, avísanos.

—De acuerdo.

Falquián emprendió un trote y los cascos de *Faran* hollaron el suelo levantando salpicaduras de fango diluido.

—No miréis atrás —recomendó a los otros.

—¿No sería más aconsejable ir al galope ahora? —inquirió Kalten con voz tensa.

—No hay que darles a entender que los hemos visto.

—Esto me pone los nervios de punta —murmuró Kalten, moviendo su escudo—. Tengo una sensación terriblemente inquietante entre los omóplatos.

—Yo también —confesó Falquián—. Talen, ¿hacen algo?

—Sólo mirarnos —repuso el muchacho—. De vez en cuando veo asomarse una cabeza.

Prosiguieron al trote, chapoteando en el barro.

—Casi estamos a salvo —observó Tynian con intranquilidad.

—La lluvia está arreciando en torno a esa colina —informó Talen—. No creo que puedan vernos ya.

—Estupendo —se congratuló Falquián, exhalando un bufido de alivio—. Aminoremos el paso. Es evidente que no estamos solos aquí y no conviene arriesgarnos a topar con algo.

—Qué nervios —comentó Ulath.

—Sí, ¿verdad? —convino Tynian.

—No veo por qué os preocupabais vos —señaló Ulath, mirando la maciza armadura deirana de Tynian—, teniendo en cuenta la cantidad de acero que os envuelve.

—Disparada de cerca, una ballesta es capaz de penetrar incluso esto —aseguró Tynian, golpeando con el puño el peto de su armadura, que resonó casi como una campana—. Falquián, la próxima vez que habléis con la jerarquía, ¿por qué no les sugerís que declaren ilegal el uso de las ballestas? Me he sentido como si estuviera desnudo.

—¿Cómo soportáis el peso de esa armadura? —le preguntó Kalten.

—Penosamente, amigo mío, penosamente. La primera vez que me la pusieron, me desplomé y tardé una hora en volver a ponerme en pie.

—Mantened los ojos abiertos —los previno Falquián—. Una cosa son los buscadores de tesoros lamorquianos y otra bien distinta los hombres controlados por el Buscador; si había apostado a esos individuos en las proximidades del bosque, es casi seguro que haya dispuesto algunos también aquí.

Continuaron chapaleando entre el cieno, mirando con cautela a su alrededor. Falquián volvió a consultar el mapa, resguardándolo de la lluvia con la capa.

—La ciudad de Randera se encuentra más allá de la ribera oriental del lago —indicó—. Bevier, ¿constaba en alguno de los libros que consultasteis si los thalesianos la habían ocupado?

—Esa parte de la batalla aparece un tanto oscura en las crónicas que leí —

respondió el caballero de capa blanca—. Una de las pocas referencias a ella afirma que los zemoquianos ocuparon Randerá en la fase inicial de la campaña. Desconozco por completo si los thalesianos tomaron medidas al respecto.

—Seguramente no lo hicieron —declaró Ulath—. Los thalesianos nunca hemos sido buenos sitiadores. No tenemos paciencia para eso. El ejército del rey Sarak probablemente evitó iniciar un asedio.

—Puede que esto sea más sencillo de lo que pensaba —se alegró Kalten—. La única zona en que debemos buscar va de Randerá a la punta sur del lago.

—No alimentes grandes esperanzas, Kalten —lo disuadió Falquián—. Es con todo una gran extensión. —Tendió la mirada hacia el lago, atravesando la llovizna—. La orilla del lago parece arenosa y la arena mojada es mejor para cabalgar que el fango. —Volvió grupas y condujo la comitiva hacia el lago.

La playa que se extendía hasta la lejanía en la orilla sur no presentaba vestigios de haber sido excavada tan intensivamente como el resto del campo.

—Me pregunto por qué no han cavado aquí —se interrogó Kalten.

—La crecida —replicó crípticamente Ulath.

—¿Cómo decís?

—El nivel del agua sube en invierno y vuelve a rellenar con arena los hoyos que hayan podido cavar.

—Oh. Eso lo explica, supongo.

Cabalaron con cautela bordeando la orilla del agua durante la media hora siguiente.

—¿Hasta dónde hemos de ir? —preguntó Kalten a Falquián—. Tú eres el que lleva el mapa.

—A diez leguas de aquí —contestó Falquián—. Esta playa parece lo bastante llana como para galopar sin riesgo de obstáculos. —Hincó los talones en los flancos de *Faran* y aligeró la marcha.

La lluvia continuaba cayendo inexorablemente y la rizada superficie del lago tenía un color plomizo. Habían recorrido varios kilómetros por la orilla cuando vieron otro grupo de hombres hurgando un tanto furtivamente la empapada tierra del campo.

—Kelosianos —dijo Ulath, con desdén.

—¿Cómo lo sabéis? —le preguntó Kalten.

—Por esos estúpidos sombreros puntiagudos.

—Oh.

—Creo que tienen la misma forma que sus cabezas. Sin duda oyeron rumores acerca del tesoro y bajaron del norte. ¿Queréis que los ahuyentemos, Falquián?

—Dejad que sigan cavando. No nos molestan..., al menos mientras se queden donde están. Los hombres captados por el Buscador no mostrarían interés por el tesoro.

Hasta última hora de la tarde siguieron bordeando el lago.

—¿Qué os parecería montar el campamento aquí? —propuso Kurik señalando una gran pila de madera arrojada por las aguas—. Tengo un poco de leña seca en uno de los mulos y me parece que encontraremos más debajo de esa pila.

Falquián levantó la mirada hacia los nubarrones, calculando el tiempo que restaba de luz.

—Es hora de detenernos —acordó.

Desmontaron junto a la leña devuelta por las aguas y Kurik encendió el fuego prometido. Berit y Talem comenzaron a extraer leños relativamente secos de debajo de la pila, pero, un poco después, Berit se encaminó a su montura en busca de su hacha de guerra.

—¿Qué vais a hacer con eso? —le preguntó Ulath.

—Partir los trozos más gruesos con ella, sir Ulath.

—No, de ningún modo.

Berit pareció algo desconcertado.

—No es ésa la función para la que fue forjada. Embotaríais el filo y es posible que lo necesitéis dentro de poco.

—Mi hacha está en la carga de ese animal, Berit —indicó Kurik al novicio de avergonzado semblante—. Usadla. Yo no tengo intención de atacar a nadie con ella.

—Kurik —pidió Sephrenia desde el interior de la tienda que Falquián y Kalten acababan de montar para ella y Flauta—, plantad un toldo cerca del fuego y tended una cuerda debajo. —Salió enfundada en un sayo estirio con su chorreante vestido blanco en una mano y la ropa de Flauta en la otra—. Es hora de secar nuestro atuendo.

Tras la puesta del sol, del lago comenzó a soplar una brisa nocturna que hizo ondear la tela de las tiendas y las llamas del fuego. Comieron una frugal cena y luego se acostaron.

Alrededor de medianoche, Kalten regresó de su puesto de guardia y despertó a Falquián.

—Te toca a ti —le dijo en voz baja para no alterar el sueño de los demás.

—De acuerdo. —Falquián se incorporó bostezando—. ¿Has encontrado un buen lugar?

—Esa colina justo detrás de la playa. Pero mira dónde pones los pies al subir, pues han estado cavando sus laderas.

Falquián comenzó a ponerse la armadura.

—No estamos solos aquí, Falquián —le advirtió Kalten, quitándose el yelmo y la empapada capa negra—. He visto media docena de fogatas alejadas tierra adentro.

—¿Más kelosianos y lamorquianos?

—Resulta difícil precisarlo. El fuego no suele tener señas de identidad.

—No se lo digas a Talen y Berit. No quiero que vuelvan a arrastrarse por ahí a oscuras. Duerme un poco, Kalten. Mañana será un largo día.

Falquián ascendió con cuidado la horadada ladera de la colina y se apostó en la cima. Enseguida divisó las fogatas que Kalten había mencionado y compartió con éste la opinión de que se hallaban a buena distancia y apenas constituían una amenaza.

Llevaban ya tiempo en camino, y a Falquián lo roía una creciente impaciencia. Ehlana se encontraba sola en la silenciosa sala del trono allá en Cimmura y el tiempo que le quedaba de vida iba consumiéndose. Unos meses más y los latidos de su corazón se debilitarían y después cesarían. Falquián apartó aquellas cavilaciones de su mente y, como siempre hacía cuando la aprensión se adueñaba de él, la ocupó deliberadamente en otros asuntos y recuerdos.

Sufriendo la incomodidad del frío y la humedad de la lluvia, trasladó sus pensamientos a Rendor, donde el sol abrasador absorbía toda traza de humedad del aire. Evocó las hileras de mujeres veladas de negro que al alba se encaminaban con paso airoso a los pozos antes de que el sol tornara insoportables las calles de Jiroch. Rememoró a Lillias con una irónica sonrisa, preguntándose si la melodramática escena representada cerca del puerto le habría reportado la clase de respeto que tan desesperadamente necesitaba.

Y después se acordó de Martel. Aquella noche en la tienda de Arasham, en Dabour, había sido ciertamente memorable. El hecho de ver a su odiado enemigo contrariado y frustrado había sido casi tan satisfactorio como hubiera sido matarlo.

—Pero ese día llegará, Martel —murmuró—. Tienes mucho que pagar y creo que se acerca el tiempo en que rendirás cuentas.

Era aquél un reconfortante pensamiento. Falquián lo acarició largamente mientras

permanecía bajo la lluvia, precisando sus detalles, hasta que fue hora de despertar a Ulath para su turno de vigilancia.

Levantaron el campamento al despuntar del día y reemprendieron la marcha por la playa azotada por la llovizna.

Hacia media mañana, Sephrenia refrenó su blanco palafrén, reclamando silencio.

—Zemoquianos —dijo en tono conminatorio.

—¿Dónde? —preguntó Falquián.

—No estoy segura. Están cerca y tienen intenciones hostiles.

—¿Cuántos son?

—Es difícil decirlo, Falquián. Como mínimo una docena, pero seguramente menos de veinte.

—Tomad a los niños y retroceded hasta el borde del agua. —Miró a sus compañeros—. Veamos si podemos espantarlos —dijo—. No quiero que continúen siguiéndonos.

Los caballeros avanzaron por el cenagoso campo al paso, con las lanzas dispuestas, flanqueados por Berit y Kurik.

Los zemoquianos, que se escondían en una zanja poco profunda a menos de cien metros de la playa, se alzaron empuñando armas al ver cómo los siete elenios arremetían resueltamente contra ellos. Eran tal vez quince, pero el hecho de ir a pie los situaba en clara desventaja. No exhalaban ningún sonido, ni emitieron grito de batalla alguno, y su mirada estaba vacía.

—El Buscador los mandó —infirió Falquián—. Tened cuidado.

Mientras se aproximaban los caballeros, los zemoquianos se precipitaron hacia ellos y varios incluso se abalanzaron ciegamente contra las puntas de las lanzas.

—¡Tirad las lanzas! —ordenó Falquián—. ¡Están demasiado cerca!

Desenvainó la espada y, una vez más, los sujetos sometidos al Buscador atacaron envueltos en un mortal silencio, sin prestar atención alguna a sus camaradas abatidos. Pese a aventajarlos en número, no se hallaban a la altura de los caballeros montados, y su destino estaba sellado cuando Kurik y Berit los rodearon y acometieron contra ellos por detrás.

La lucha duró unos diez minutos y luego cesó.

—¿Está alguien herido? —inquirió Falquián, mirando rápidamente en torno a sí.

—Varios, diría yo —repuso Kalten, observando los cuerpos tendidos sobre el fango—. Esto está empezando a resultar demasiado fácil, Falquián. Se precipitan contra nosotros, casi pidiendo que los matemos.

—Siempre estoy dispuesto a hacer favores —bromeó Tynian, limpiando la espada con el sayo de un zemoquiano.

—Arrastrémoslos hasta la zanja en que se ocultaban —indicó Falquián—. Kurik, ve a buscar la pala. Los enterraremos.

—Ocultar el cuerpo del delito, ¿eh? —bromeó Kalten.

—Puede que haya otros por los alrededores —explicó Falquián—, y no vamos a anunciarles que hemos estado aquí.

—Bien, pero antes quiero asegurarme de su estado. No me gustaría que uno de ellos se despertara cuando tengo las manos ocupadas en agarrarle los tobillos.

Kalten desmontó y se dispuso a realizar la macabra tarea de cerciorarse de que estaban muertos. Después todos se pusieron manos a la obra, la cual fue facilitada por la maleabilidad del barro.

—Bevier —preguntó Tynian—, ¿verdaderamente le tenéis tanto apego a esa hacha?

—Es mi arma favorita —repuso Bevier—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Resulta un poco molesto llegado el momento de poner orden. Cuando les sesgáis la cabeza de ese modo, hay que hacer dos viajes con cada uno. —Tynian se inclinó y agarró por el cabello varias cabezas cercenadas, como si quisiera dar énfasis a sus palabras.

—Qué divertido —replicó secamente Bevier.

Después de tirar los cadáveres y sus armas a la zanja y de que Kurik los hubo cubierto de fango, volvieron a la playa, donde Sephrenia aguardaba a caballo, tapando cuidadosamente la cara de Flauta con su capa e intentando mantener ella misma los ojos apartados del escenario de la pelea.

—¿Habéis terminado? —inquirió al acercarse los caballeros.

—Ya ha pasado —le aseguró Falquián—. Ahora ya podéis mirar. —Fruunció el entrecejo—. Kalten acaba de expresar algo curioso. Ha dicho que esto estaba poniéndose demasiado fácil. Esa gente se limita a atacar sin pensar, como si quisieran que los matáramos.

—No es así, Falquián —se mostró en desacuerdo la mujer—. El Buscador tiene hombres de sobra y los expondría a morir por centenares sólo para acabar con uno de nosotros... y enviaría cientos de otros para matar al siguiente.

—Deprimente. Si dispone de tantos, ¿por qué los envía en grupos tan pequeños?

—Son partidas de exploración. Las hormigas y abejas hacen exactamente lo mismo. Mandan grupos reducidos para localizar lo que busca la colonia. El Buscador sigue siendo un insecto después de todo y, a pesar de Azash, todavía piensa como tal.

—Al menos no regresan para informar —apuntó Kalten—. En todo caso ninguno de los que nos han visto lo ha hecho hasta el momento.

—Ya han informado —lo desanimó Sephrenia—. El Buscador sabe cuándo han sido mermadas sus fuerzas. Es posible que ignore el lugar preciso donde nos hallamos, pero es consciente de que hemos matado a sus soldados. Me parece que debemos irnos de aquí. Es probable que haya otros grupos y no nos conviene que nos ataquen a la vez.

Ulath sostuvo una seria conversación con Berit mientras cabalgaban al trote.

—Habéis de mantener el hacha bajo control en todo momento —aconsejó—. No deis jamás un golpe tan abierto del que no podáis recobraros al instante.

—Me parece que entiendo lo que queréis decir —respondió reflexivamente Berit.

—Un hacha puede ser un arma tan delicada como una espada... con tal que uno sepa lo que hace —observó Ulath—. Prestad atención, muchacho. Tal vez vuestra vida dependa de ello.

—Pensaba que todo consistía en golpear con ella a alguien con la mayor fuerza posible.

—Ello no es realmente necesario —replicó Ulath—. No si la mantienes afilada. Cuando uno casca nueces con un martillo, le da el impulso suficiente para romper la cáscara, pero no le interesa aplastarla para que el fruto quede hecho pedazos. Con el hacha sucede lo mismo. Si golpeas a alguien con excesiva fuerza, es muy posible que la hoja quede prendida en su cuerpo, lo cual te sitúa en clara posición de inferioridad cuando has de enfrentarte con el siguiente contrincante.

—Ignoraba que el hacha fuera un arma tan complicada —comentó en voz baja Kalten a Falquián.

—Creo que forma parte de la religión thalesiana —respondió Falquián. Miró a Berit, que escuchaba embelesado las instrucciones de Ulath—. Siento tener que decirlo, pero temo que hemos perdido un buen espadachín. Berit le tiene mucho cariño a esa hacha y Ulath está fomentándolo.

Horas después, cuando la orilla del lago comenzó a trazar una curva hacia el noreste, Bevier examinó el paisaje, orientándose.

—Me parece que hemos de detenernos aquí, Falquián —aconsejó—. Según mis conocimientos, ésta es aproximadamente la zona donde los thalesianos combatieron contra los zemoquianos.

—De acuerdo —convino Falquián—. Creo que el resto depende de vos, Tynian.

—Será lo primero que haga por la mañana —repuso el caballero alcione.

—¿Por qué no ahora? —le preguntó Kalten.

—Pronto comenzará a anochecer —explicó Tynian, con expresión desapacible— y yo no invoco espíritus de noche.

—¿Oh?

—El que sepa cómo hacerlo no significa que sea de mi agrado. Me gusta tener luz a raudales a mi alrededor cuando comienzan a aparecer. Estos hombres fallecieron en combate y por consiguiente no presentarán un aspecto muy halagüeño. Preferiría no toparme con ninguno de ellos a oscuras.

Falquián y los otros caballeros examinaron los contornos mientras Kurik, Berit y Talen instalaban el campamento. La lluvia había amainado ligeramente cuando regresaron.

—¿Alguna novedad? —inquirió Kurik, asomando la cabeza bajo las telas de lona que había levantado a un lado del fuego.

—Hay humo a pocos kilómetros por el sur —respondió Kalten, bajando del caballo—. Pero no hemos visto a nadie.

—Aún así deberemos montar guardia —opinó Falquián—. Si Bevier sabe que ésta es la zona aproximada donde lucharon los thalesianos, podemos tener la certeza de que los zemoquianos también lo han averiguado, y el Buscador debe de saber qué andamos buscando, por lo cual seguramente ha situado gente aquí.

Fue una velada insólitamente silenciosa la que pasaron sentados bajo las lonas que Kurik había tendido para resguardar el fuego de la lluvia. Ese lugar había sido su meta durante las semanas que había durado su viaje desde Cimmura y muy pronto sabrían si éste había servido para algo. Falquián estaba particularmente ansioso y preocupado. Ardía en deseos de pasar a la acción, pero respetaba la actitud que Tynian mantenía al respecto.

—¿Es muy complicado el proceso? —preguntó al deirano de anchos hombros—. La nigromancia, me refiero.

—No se trata de un hechizo normal, si es eso lo que queréis decir —contestó Tynian—. El encantamiento es bastante largo y hay que dibujar diagramas en el suelo para protegerse. En ocasiones los muertos no quieren ser despertados y pueden hacerle una buena jugarreta a uno si se enfadan.

—¿Cuántos planeáis invocar a la vez? —inquirió Kalten.

—Uno —respondió con firmeza Tynian—. No quiero tener que atender a un tiempo a toda una brigada. Puede que nos lleve algo más de tiempo, pero es mucho más seguro.

—Vos sois el experto.

La mañana se levantó triste y brumosa. La lluvia había regresado durante la noche y en la tierra, que ya había recibido más agua de la que podía absorber, se extendían charcos por doquier.

—Un día perfecto para levantar a los muertos —observó agriamente Kalten—. No parecería correcto que lo hiciéramos con la luz del sol.

—Bien —se decidió Tynian, poniéndose en pie—. Supongo que ya es hora de empezar.

—¿No vamos a desayunar primero? —objetó Kalten.

—De veras no os conviene tener algo en el estómago, Kalten —replicó Tynian—.

Creedme.

Caminaron por el campo.

—No parece que excaven tanto por aquí —señaló Bevier—. Después de todo quizá los zemoquianos desconocen el lugar donde están enterrados los thalesianos.

—Confiemos en que así sea —hizo votos Tynian—. Este es un sitio tan idóneo para comenzar como otro cualquiera. —Tomó una rama seca y se dispuso a dibujar un diagrama en el empapado suelo.

—Es mejor que utilicéis esto —aconsejó Sephrenia, tendiéndole una cuerda enrollada—. Es adecuado trazar un dibujo en tierra seca, pero, como aquí hay charcos, cabe la posibilidad de que los espíritus no lo adviertan en su totalidad.

—Lo cual no nos interesa en modo alguno —acordó Tynian, comenzando a disponer en el suelo la cuerda para formar un diseño extraño, con inexplicables curvas y círculos y estrellas de formas irregulares—. ¿Es correcto? —consultó a Sephrenia.

—Desplazad eso un poco a la izquierda —indicó la mujer, señalando.

El caballero siguió su consejo.

—Así está mucho mejor —aprobó la maga—. Repetid el hechizo en voz alta. Yo os corregiré si os equivocáis.

—Sólo por curiosidad, ¿por qué no lo hacéis vos, Sephrenia? —le preguntó Kalten—. Según parece, vos poseéis más conocimientos sobre ello que los demás.

—No soy lo bastante fuerte —confesó—. Lo que se hace en este ritual es luchar con los muertos para obligarlos a levantarse. Yo soy un poco endeble para este tipo de cosas.

Tynian comenzó a hablar en estirio. Entonaba sonoramente las palabras, confiriéndoles una peculiar cadencia que acompañaba con lentos y majestuosos movimientos. El volumen de su voz fue incrementándose y su tono se tornó más imperativo. Luego alzó ambas manos y las juntó de improviso.

Al principio no advirtieron nada. Después, bajo el diagrama, el suelo pareció hincharse trémulamente. Lenta, casi dolorosamente, algo brotó de la tierra.

—¡Dios! —exclamó horrorizado Kalten al contemplar el ser grotescamente mutilado.

—Habladle, Ulath —dijo Tynian, apretando los dientes—. No puedo retenerlo mucho tiempo.

Ulath se adelantó unos pasos y empezó a hablar en una lengua áspera y gutural.

—Thalesiano antiguo —identificó el dialecto Sephrenia—. Lo que hablarían los soldados rasos en tiempos del rey Sarak.

La fantasmagórica aparición vaciló antes de contestar con espantosa voz y luego señaló espasmódicamente un punto con una huesuda mano.

—Dejad que se vaya —indicó Ulath—. Ya tengo lo que necesitábamos.

Tynian, con el rostro pálido y manos temblorosas, pronunció dos palabras en estirio y el espectro volvió a hundirse en la tierra.

—Ése no sabía nada —les comunicó Ulath—, pero ha señalado el lugar donde está sepultado un conde que formaba parte del séquito del rey Sarak, y, si alguien de aquí conoce el sitio donde está enterrado el monarca, ése sería él. Está por allí.

—Dejad que recupere el aliento —pidió Tynian.

—¿Es en verdad tan difícil?

—No tenéis idea, amigo.

Aguardaron mientras Tynian jadeaba penosamente. Momentos después, éste enrolló la cuerda y se enderezó.

—De acuerdo. Vayamos a despertar al conde.

Ulath los condujo a un pequeño montículo levantado en las proximidades.

—Un túmulo funerario —constató—. Es costumbre erigirlos al enterrar a un hombre importante.

Tynian trazó el dibujo sobre la tierra amontonada y luego retrocedió y volvió a iniciar el ritual, el cual terminó juntando las manos una vez más.

La aparición que brotó del túmulo, no tan horriblemente mutilada como la primera, iba vestida con la tradicional cota de malla thalesiana y tocada con un yelmo rematado con cuernos.

—¿Quién sois vos que venís a turbar mi sueño? —preguntó a Tynian en la arcaica habla al uso cinco siglos antes.

—Él os ha devuelto a la luz del día a instancias mías, mi señor —respondió Ulath—. Soy de vuestra raza y querría hablar con vos.

—Hablad prontamente pues. Me descontenta que hayáis hecho esto.

—Buscamos el lugar donde reposa Su Majestad el rey Sarak —declaró Ulath—. ¿Sabríaís vos, mi señor, adónde hemos de dirigirnos?

—Su Majestad no yace en este campo de batalla —respondió el fantasma.

A Falquián le dio un vuelco el corazón.

—¿Sabríaís vos qué le aconteció? —insistió Ulath.

—Su Majestad partió de su capital en Emsat al tener noticias de la invasión de las hordas de Otha —explicó el espectro—, y se llevó con él una reducida partida de asistentes de corte. Los demás nos quedamos para formar el grueso de la tropa. Habíamos de sumarnos a ellos una vez reunido el ejército. Cuando llegamos aquí, no hubo modo de encontrar a Su Majestad y nadie sabía qué había sido de él. Buscadlo pues en otro lugar.

—Una última pregunta, mi señor —solicitó Ulath—. ¿Sabríaís por ventura qué ruta tenía intención de seguir Su Majestad para llegar a este campo?

—Embarcó rumbo a la costa norte. Ningún hombre, vivo o muerto, conoce el sitio donde tomó tierra. Buscadlo en Kelosia o Deira y devolvedme a mí el reposo.

—Gracias, mi señor —dijo Ulath con una profunda reverencia.

—Vuestro agradecimiento no significa nada para mí —replicó con indiferencia el espíritu.

—Dejad que se retire, Tynian —indicó tristemente Ulath.

Una vez mas, Tynian liberó al espíritu mientras Falquián y los otros se miraban entre sí, con el pesar reflejado en los rostros.

Capítulo nueve

Ulath se aproximó al lugar donde Tynian permanecía sentado en el mojado suelo con la cabeza hundida entre las manos.

—¿Estáis bien? —preguntó.

Falquián ya había advertido que el descomunal y salvaje thalesiano era curiosamente amable y solícito con sus compañeros.

—Sí. Estoy bien, pero un poco cansado —respondió débilmente Tynian.

—No podéis seguir haciéndolo —se inquietó Ulath.

—Puedo continuar un poco más.

—Enseñadme el hechizo —lo instó Ulath—. Yo soy capaz de luchar con los mejores guerreros, vivos o muertos.

—Apuesto a que sí, amigo mío —repuso Tynian con una leve sonrisa—. ¿Os han vencido alguna vez?

—La última fue cuando tenía siete años —confesó Ulath—. Entonces metí la cabeza de mi hermano en el cubo de madera del pozo. Nuestro padre tardó dos horas en sacársela, porque a mi hermano se la habían enganchado las orejas. Siempre tuvo unas orejas muy grandes. Lo echo mucho de menos. Murió peleando con un ogro. —El fornido caballero miró a Falquián—. Bien —añadió—, ¿qué hacemos ahora?

—Sin duda no podemos recorrer todo el norte de Kelosia y Deira —señaló Kaltén.

—Eso resulta evidente —replicó Falquián—. No tenemos tanto tiempo. Debemos procurar obtener una información más precisa. Bevier, ¿se os ocurre algo que pueda aportar un dato sobre el sitio donde hemos de buscar?

—Las referencias a esta parte de la batalla son escasas, Falquián —respondió dubitativamente el caballero de blanca capa—. Nuestros hermanos genidios son un tanto descuidados en lo que a elaborar crónicas se refiere —agregó, dedicándole una sonrisa a Ulath.

—Escribir en runas es tedioso —confesó Ulath—. En piedra sobre todo. En ocasiones lo dejamos pendiente por espacio de una generación.

—Creo que debemos encontrar un pueblo o una ciudad, Falquián —opinó Kurik.

—¿Por qué?

—Tenemos algunas preguntas candentes a las que no hallaremos respuesta a menos que las formulemos a alguien.

—Kurik, la batalla se libró hace quinientos años —le recordó Falquián—. No vamos a encontrar a nadie vivo que presenciara lo sucedido.

—Por supuesto que no, pero a veces los lugareños, en especial la gente del pueblo llano, mantienen las tradiciones locales, y los diferentes puntos del terreno tienen nombres. El nombre de una montaña o un riachuelo podría ser el indicio que buscamos.

—Vale la pena intentarlo, Falquián —convino Sephrenia—. Aquí nos hallamos en un punto muerto.

—Es una vía con escasas posibilidades.

—¿Qué opciones tenemos además de ésta?

—Supongo que dada la situación habremos de proseguir hacia el norte.

—Y probablemente dejar atrás todas las excavaciones —añadió la mujer—. El hecho de que el terreno haya sido removido, es una señal bastante segura de que el Bhelliom no está ahí.

—Supongo que tenéis razón. De acuerdo, iremos hacia el norte y, si descubrimos

algo prometedor, Tynian puede invocar otro espíritu.

—Me parece que habremos de ser prudentes en ese sentido —previno Ulath—. El esfuerzo de levantar a esos dos casi lo ha tumbado.

—Me recuperaré —protestó débilmente Tynian.

—Desde luego que sí... o así lo haríais si dispusiéramos de tiempo para dejaros descansar en cama durante unos días.

Ayudaron a montar a Tynian, lo rodearon con su capa azul, y cabalgaron rumbo norte bajo la persistente llovizna.

La ciudad de Randerá se levantaba en las riberas orientales del lago, rodeada por altas murallas cuyos ángulos dominaban siniestras torres de vigilancia.

—¿Y bien? —inquirió Kalten, examinando la desolada ciudad lamorquiana.

—Una pérdida de tiempo —gruñó Kurik, señalando un gran montón de tierra que lentamente iba diluyendo la lluvia—. Todavía hay excavaciones. Hemos de alejarnos más.

Falquián observó a Tynian, cuyo rostro había recobrado en parte su color habitual y mostraba algo más de vigor en su ademán. Luego puso a *Faran* al trote y condujo a sus amigos a través del monótono paisaje.

Era mediodía cuando dejaron atrás los últimos rastros de socavones.

—Hay una especie de pueblo allá junto al lago, sir Falquián —indicó Berit.

—No parece un mal sitio para comenzar —acordó Falquián—. Veamos si encontramos una posada allí. Creo que ya es hora de que tomemos una comida caliente, nos guarezcamos de la lluvia y nos quitemos la humedad de encima.

—Y una taberna, tal vez —añadió Kalten—. Los parroquianos de las tabernas suelen ser aficionados a hablar y siempre hay algunos ancianos que se enorgullecen de conocer al dedillo la historia de la región.

Siguieron cabalgando hacia la orilla del lago y luego se dirigieron al pueblo. Sus casas estaban destartaladas sin excepción y el adoquinado se hallaba en un lamentable estado. En la parte baja de la población, una serie de muelles se adentraban en el lago, a lo largo de cuya orilla pendían las redes en hileras de palos. El olor de pescado podrido impregnaba el aire de las angostas callejas. Un lugareño de mirada desconfiada los encaminó a la única posada del pueblo, un viejo edificio de piedra con tejado de pizarra.

Falquián desmontó en el patio y entró. Un rollizo individuo de cara colorada y pelo mal igualado hacía rodar un barril por el suelo hacia una gran puerta trasera.

—¿Tenéis habitaciones vacías, compadre? —le preguntó Falquián.

—Todo el piso de arriba lo está, mi señor —respondió respetuosamente el gordo personaje—, pero ¿estáis seguro de que queréis deteneros aquí? Mis aposentos son adecuados para los viajeros habituales, pero apenas convenientes para la nobleza.

—Estoy convencido de que son mejor que dormir bajo un matorral en una lluviosa noche.

—Ello es bien cierto, mi señor, y me alegrará teneros como huéspedes. No recibo muchos en esta época del año. Esa cervecería de atrás es lo único que me mantiene el negocio.

—¿Hay gente allí en estos momentos?

—Una media docena de clientes, mi señor. El local se anima cuando los pescadores vuelven del lago.

—Somos diez —le comunicó Falquián—, de modo que necesitaremos unas cuantas habitaciones. ¿Tenéis a alguien que pueda ocuparse de nuestros caballos?

—Mi hijo se encarga de los establos, caballero.

—Advertidle que tenga cuidado con el gran ruano. Es un caballo jugueteón y tiene cierta tendencia a morder.

—Se lo diré a mi hijo.

—Iré a buscar a mis amigos entonces y subiremos a echar un vistazo. Oh, por cierto, ¿tenéis por azar una bañera? Mis amigos y yo llevamos cierto tiempo a la intemperie y apestamos un poco a herrumbre.

—Hay un cuarto de baño en la parte trasera, mi señor. Nadie lo utiliza con frecuencia.

—Estupendo. Haced que alguno de vuestros criados comience a calentar agua y ahora mismo vuelvo. —Giró sobre sus talones y se adentró de nuevo en la lluvia.

Las habitaciones, aunque algo polvorientas por la falta de uso, parecían sorprendentemente acogedoras. Las camas estaban limpias y, al parecer, sin chinches, y había un gran comedor en el mismo piso.

—Muy bonito —aprobó Sephrenia, mirando en torno a sí.

—También hay un cuarto de baño —le anunció Falquián.

—Oh, eso es maravilloso —dijo, con un suspiro de contento.

—Os dejaremos utilizarlo primero.

—No, querido. No me gusta bañarme con prisa. Los caballeros primero. —Los olfateó apreciativamente—. No temáis gastar demasiado jabón —agregó—. Usad grandes cantidades de jabón... y lavaos también el pelo.

—Después de bañarnos, sería recomendable que nos pusiéramos unas simples túnicas —aconsejó a los demás—. Ya que nos proponemos hacer unas preguntas a esa gente, la armadura resultaría algo intimidatoria.

Los cinco caballeros se quitaron las armaduras, tomaron las túnicas y bajaron en tropel las escaleras con Kurik, Berit y Talen, vestidos con las acolchadas prendas interiores manchadas de óxido que llevaban bajo el metal. Se lavaron en grandes bañeras semejantes a barriles y salieron de ellas con la agradable sensación del que se ha aseado.

—Ésta es la primera vez que no siento frío desde hace una semana —confesó Kalten—. Creo que estoy listo para visitar esa cervecería ahora.

Talen, a quien se le había encomendado llevar la ropa sucia arriba, obedeció con cierto malhumor.

—No pongas mala cara —lo reprendió Kurik—. De todas formas, no te habría dejado ir a esa cervecería. Al menos le debo eso a tu madre. Dile a Sephrenia que ya pueden utilizar el baño. Vuelve a bajar con ella y monta guardia en la puerta para que nadie las interrumpa.

—Pero tengo hambre.

Kurik se llevó amenazadoramente la mano al cinturón.

—De acuerdo, de acuerdo, no os sulfuréis. —El muchacho subió las escaleras a toda prisa.

Había bastante humo en la cervecería y el suelo estaba cubierto de serrín y plateadas escamas de pescado. Los cinco caballeros, ataviados con sencillez, entraron discretamente y tomaron asiento en la mesa de un rincón.

—Tomaremos cerveza —encargó con entusiasmo Kalten a la moza de servicio—, cerveza a discreción.

—No te propases —murmuró Falquián—. Pesas mucho y no quiero tener que subirte por las escaleras.

—No te preocupes, amigo mío —replicó alegremente Kalten—. Me pasé diez años enteros en Lamorkand y no me emborraché una sola vez. La cerveza de aquí es floja y aguada.

La camarera era una típica mujer lamorquiana: rubia, de anchas caderas y prominentes pechos, y no demasiado inteligente. Llevaba una blusa de campesina muy

escotada y una pesada falda roja. Por la sala resonaba el claqueteo de sus zuecos de madera y sus necias risitas. Les sirvió grandes jarras de madera sujetas con aros de cobre rebosantes de espuma.

—No os vayáis aún, muchacha —le dijo Kalten. Levantó la jarra y dio cuenta de su contenido sin apartarla ni una vez de los labios—. Parece que ésta ya está vacía. Sed buena chica y llenadla. —Le dio una palmadita en el culo y la moza se escabulló con una risita.

—¿Se comporta siempre así? —preguntó Tynian a Falquián.

—Siempre que tiene ocasión.

—Como afirmaba antes de entrar aquí —proclamó Kalten en voz tan alta como para que pudieran oírlo en casi todo el local—, apostaría media corona de plata a que la batalla nunca llegó tan al norte.

—Y yo apuesto dos a que sí —replicó Tynian, comprendiendo enseguida el ardid.

Bevier pareció perplejo durante un instante y después sus ojos mostraron un brillo de comprensión.

—No sería difícil averiguarlo —comentó, mirando en derredor—. Estoy seguro de que alguno de los presentes lo sabe.

Ulath echó atrás su banco y se puso en pie. Luego golpeó la mesa con el puño en demanda de atención.

—Caballeros —expuso, alzando la voz para que fuera audible para todos—, estos dos amigos míos se han pasado las últimas cuatro horas discutiendo sobre esto y ya han llegado al punto de apostar dinero. Francamente, estoy un poco harto de oírlos. Tal vez alguno de vosotros pueda esclarecer la cuestión y otorgar un descanso a mis oídos. Aquí se libró una batalla hará quinientos años. Éste —dijo, señalando a Kalten— con la barbilla llena de espuma de cerveza asegura que el combate no llegó tan al norte. El otro de la cara redondeada afirma que sí se prolongó hasta este pueblo. ¿Cuál de los dos está en lo cierto?

Tras un largo silencio, un anciano de mejillas sonrosadas y finos cabellos blancos atravesó la sala arrastrando los pies hasta su mesa. Iba andrajoso y la cabeza se le tambaleaba sobre el flojo soporte del cuello.

—Me parece que puedo zanjar vuestra disputa, buenos señores —dijo con voz chillona—. Mi padre acostumbraba contarme historias sobre la batalla esa de que habláis.

—Traed una jarra a este buen hombre, cariño —pidió familiarmente Kalten a la camarera.

—Kalten —advirtió con disgusto Kurik—, mantened la mano alejada de su trasero.

—Sólo me comportaba de forma amistosa.

—¿Así es como lo llamáis?

La doncella se ruborizó ligeramente y se retiró en busca de la cerveza, guiñando el ojo a Kalten.

—Creo que acabáis de hacer una nueva amistad —señaló secamente Ulath al rubio pandion—, pero no intentéis sacar partido de ello aquí en público. —Dirigió la mirada al viejo de tembloroso cuello—. Tomad asiento, amigo —lo invitó.

—Ah, gracias, buen señor. Me figuro por vuestro aspecto que sois de la lejana Thalesia —dijo, sentándose vacilante en el banco.

—Bien suponéis, anciano —acordó Ulath—. ¿Qué os contó vuestro padre sobre esa antigua batalla?

—Bueno —comenzó el hombrecillo, rascándose una incipiente barba—, según recuerdo, me decía, decía... —Hizo una pausa cuando la camarera de opulento pecho

deslizó una jarra de cerveza frente a él—. Vaya, gracias, Nima.

La chica sonrió, acercándose furtivamente a Kalten.

—¿Cómo está la vuestra? —preguntó, inclinándose sobre él.

—Ah... bien, querida —tartamudeó el caballero, con la cara un tanto sonrojada. Curiosamente, el descaro de la mujer pareció desarmarlo.

—Si queréis algo, me lo haréis saber, ¿verdad? —lo alentó la camarera—. Lo que sea. Ya sabéis que estoy aquí para servirlos.

—Por el momento no —contestó Kalten—. Quizá más tarde.

Tynian y Ulath intercambiaron una larga mirada y luego sonrieron.

—Los caballeros norteños tenéis una visión del mundo distinta de la nuestra —observó Bevier, evidenciando cierto embarazo.

—¿Queréis recibir alguna lección? —inquirió Ulath.

Bevier se ruborizó súbitamente.

—Es un buen chico —comentó Ulath, esbozando una amplia sonrisa destinada a los otros y dando una palmada en el hombro a Bevier—. Sólo hemos de mantenerlo fuera de Arcium una temporada para tener tiempo de corromperlo. Bevier, os quiero como a un hermano, pero sois terriblemente envarado y formal. Intentad relajarnos un poco.

—¿Tan rígido soy? —preguntó Bevier un tanto avergonzado.

—Ya lo arreglaremos —le aseguró Ulath.

Falquián se volvió hacia el sonriente y desdentado viejo lamorquiano.

—¿Podéis poner fin a esta estúpida discusión, abuelo? ¿Llegó de veras hasta aquí la batalla?

—Vaya que sí, buen señor —murmuró el anciano—, y hasta más lejos, si he de deciros verdad. Mi padre me contó que hubo peleas y matanzas hasta el norte de Kelosia. Veréis, los thalesianos llegaron a hurtadillas rodeando la parte de arriba del lago y se abalanzaron por sorpresa sobre los zemoquianos. El problema es que había una tremenda cantidad de zemoquianos, muchos más que thalesianos. Bueno, señor, como yo lo veo, la cosa fue que los zemoquianos se recuperaron del ataque y pasaron arrasando todo por aquí, matando casi todo lo que veían. La gente de los contornos se escondió en las bodegas mientras tanto, ésa es la verdad. —Se detuvo para tomar un largo trago—. Sí, señor —continuó—, *parecía* que la batalla se había acabado, porque los zemoquianos habían ganado y todo eso, pero entonces un buen puñado de guerreros thalesianos, que seguro que habían estado esperando los barcos allá arriba en su país, llegaron a la carga y les hicieron grandes descalabros a los zemoquianos aquí. —Lanzó una ojeada a Ulath—. Vuestro pueblo tiene muy mal genio, si no os molesta que lo diga, amigo.

—Creo que tiene que ver con el clima —convino Ulath.

El anciano miró con tristeza su jarra.

—¿Podrías a lo mejor deciros a repetir la invitación? —preguntó esperanzadamente.

—Desde luego, abuelo —respondió Falquián—. Encárgalo tú, Kalten.

—¿Por qué yo?

—Porque tienes un trato más familiar con la camarera que yo. Seguid con la historia, abuelo.

—Bueno, señor, me contaron que hubo esa terrible batalla más o menos a unas dos leguas de aquí. Los thalesianos estaban muy enfadados con lo que les había pasado a sus amigos y parientes allá abajo al sur del lago y atacaron a los zemoquianos con hachas y cosas así. Hay tumbas allí donde están enterrados cien o más... y no todo son hombres, me han dicho. A los zemoquianos no les importaba mucho qué clase de

aliados tomaban. Al menos, eso dice la historia. Aún ahora se pueden ver las tumbas allí en los campos: grandes montones de tierra, todos cubiertos de hierbajos y matas. Los granjeros vienen removiendo con los arados huesos, viejas espadas, lanzas y hierros de hachas desde hace quinientos años.

—¿Os dijo por azar vuestro viejo quién iba al mando de los thalesianos? —preguntó prudentemente Ulath—. Yo tenía un pariente que vino a hacer la guerra y nunca hemos sabido qué fue de él. ¿Creéis posible que quien los capitaneaba fuera el rey de Thalesia?

—Nunca oí decir que sí ni que no —confesó el viejo lamorquiano—. Claro que la gente de por aquí no tenía demasiadas ganas de ir a meterse en medio de esa carnicería. No es asunto del pueblo llano mezclarse en esa clase de cosas.

—No habría sido difícil reconocerlo —apuntó Ulath—. Las viejas leyendas de Thalesia afirman que sobrepasaba los dos metros de altura y que su corona llevaba una gran joya azul en la punta.

—Nunca oí hablar de nadie semejante... porque, como he dicho, el pueblo se mantenía bien apartado de la lucha.

—¿Creéis que pueda haber alguien más por aquí que haya oído otros relatos acerca de la batalla? —inquirió Bevier sin traslucir excesivo entusiasmo.

—Es posible, supongo —respondió el viejo con poca convicción—, pero mi padre era uno de los mejores narradores de los contornos. Lo atropello un carro cuando rondaba los cincuenta y se quebró de mala manera la espalda. Solía sentarse en el porche de esta misma posada, él y sus amigotes. Intercambiaban historias por horas, y así se entretenía. No tenía nada más que hacer, al estar tan tullido... Ya os hacéis cargo. Y él me transmitió todos esos viejos cuentos a mí... Yo era el hijo que más apreciaba, porque yo acostumbraba llevarle su jarra de cerveza desde esta misma cervecería. —Posó la mirada en Ulath—. No, señor —dijo—. Ninguna de las viejas historias cuentan nada sobre ningún rey como el que habéis descrito, pero, como digo, fue una batalla terriblemente grande y las gentes de aquí se quedaron al margen. Podría ser que ese rey vuestro estuviera allí, pero nadie que yo haya conocido lo mencionó.

—¿Y esa batalla tuvo lugar a un par de leguas al norte de aquí, decís? —insistió Falquián.

—A poco más de diez kilómetros, así es —repuso el anciano, tomando un largo trago de la nueva jarra que le había traído la muchacha de anchas caderas—. Para seros franco, joven señor, he estado un poco achacoso últimamente, y ya no salgo a caminar tan lejos como antes. —Los observó con ojos entornados—. Si no es pecar de indiscreción, vuestras mercedes parecen muy interesadas por ese rey de Thalesia que vivió hace tan luengo tiempo.

—Es muy simple, abuelo —reaccionó con presteza Ulath—. El rey Sarak de Thalesia fue uno de los héroes nacionales. Si consigo averiguar lo que realmente le acaeció, obtendría un gran prestigio. El rey Wargun podría incluso recompensarme con un condado... en el caso de que llegue a estar lo bastante sobrio para hacerlo.

—He oído hablar de él —dijo riendo el viejo—. ¿Es verdad que empina tanto el codo como dicen?

—Más, probablemente.

—Bueno, ya... ¿Un condado, decís? Hombre, es algo que vale la pena perseguir. Lo que podríais hacer, conde, es ir allá arriba al campo de batalla y hurgar un poco por ahí. No sería raro que toparais con alguna pista. Un hombre de más de dos metros de altura, y más un rey, bueno, debía de llevar alguna impresionante armadura o una cosa así. Conozco a un granjero de allá que se llama Wat. Le gustan los viejos cuentos igual que a mí, y el campo de batalla está, por así decirlo, en el patio trasero de su casa. Si

alguna persona ha descubierto algo que pudiera conducirnos a lo que buscáis, él lo sabría.

—¿Su nombre es Wat, decís? —preguntó Falquián, afectando cierta indolencia.

—No podéis equivocaros, joven señor. Es un tipo bizco que se rasca mucho. Tiene picazón desde hace treinta años. —Agitó la jarra, esperanzado.

—Eh, muchacha —llamó Ulath, sacando varias monedas de la bolsa que llevaba prendida a la cintura—. ¿Por qué no vais sirviendo bebida a vuestro viejo amigo hasta que se caiga debajo de la mesa?

—Vaya, gracias, señor conde. —El anciano sonrió.

—Después de todo, abuelo —rió Ulath—, un condado habría de compartirse, ¿no os parece?

—No sabría decirlo con mejores palabras yo, mi señor.

Abandonaron la sala y se dirigieron a las escaleras.

—Ha funcionado bastante bien, ¿verdad? —comentó Kurik.

—Hemos tenido suerte —convino Kalten—. Pero ¿qué habría ocurrido si ese viejo no hubiera estado aquí esta noche?

—Entonces alguien nos habría acompañado a su casa. A las gentes sencillas les gusta prestar servicios a los que pagan la cerveza.

—Creo que sería bueno recordar la explicación que le ha dado Ulath al anciano —aconsejó Tynian—. Si le decimos a la gente que nuestra intención es retornar los restos del rey a Thalesia, no les extrañará nuestra curiosidad por saber dónde está enterrado.

—¿No sería eso una mentira? —inquirió Berit.

—En realidad, no —lo tranquilizó Ulath—. Nuestra intención es, en efecto, volver a enterrarlo después de conseguir su corona, ¿no es así?

—Desde luego.

—Bueno, pues ya lo veis.

—Iré a ver cómo está la cena —anunció Berit, poco convencido por los argumentos de Ulath—, pero me parece que hay puntos oscuros en vuestro razonamiento, sir Ulath.

—¿De veras? —inquirió éste con afectada sorpresa.

Al día siguiente aún llovía. Por la noche, Kalten se había ausentado de la habitación que compartía con Falquián. Éste abrigaba ciertas sospechas al respecto, en las que figuraba como protagonista la amable camarera de opulentas caderas, pero no presionó a su amigo para corroborarlo. Falquián era, en fin de cuentas, todo un caballero.

Cabalaron en dirección norte por espacio de casi dos horas hasta llegar a un gran prado salpicado con túmulos funerarios cubiertos de hierba.

—Me pregunto por cuál debería comenzar —se interrogó Tynian mientras desmontaban.

—Elegid vos —le respondió Falquián—. Ese Wat del que nos hablaron podría tal vez proporcionarnos una información más precisa, pero probemos primero con este método. Quizá nos ahorremos tiempo, del cual andamos cada vez más escasos.

—Estáis constantemente preocupado por vuestra reina, ¿no es cierto, Falquián? —preguntó Bevier, con mirada perspicaz.

—Por supuesto. Es lo que se espera de mí.

—Creo, amigo mío, que tal vez sea un sentimiento más arraigado. El afecto que profesáis a la reina va más allá de una mera obligación.

—Hacéis gala de un absurdo romanticismo, Bevier. Es sólo una niña. —Falquián se sintió súbitamente ofendido y advirtió que adoptaba una actitud defensiva—. Antes de iniciar las pesquisas, caballeros —añadió con brusquedad—, echemos un vistazo por los alrededores. No quiero que nos espíe ningún zemoquiano y menos aún que, mientras

estamos ocupados, nos ataque por la espalda uno de los soldados a quienes ha sorbido el cerebro el Buscador.

—Ya les daremos su merecido —aseguró con calma Kalten.

—Seguramente, pero olvidas algo importante, Kalten. Cada vez que matamos a uno, anunciamos nuestra posición al Buscador.

—Ese bicho de Otha está empezando a irritarme —se enfureció Kalten—. No es natural tener que andar a hurtadillas y con tantos rodeos.

—Puede que así sea, pero será mejor que te vayas acostumbrando a ello.

Dejaron a Sephrenia y los niños bajo un toldo de lona antes de salir a explorar los contornos y al poco rato regresaron sin haber observado nada extraño.

—¿Qué os parece éste? —sugirió Ulath a Tynian, señalando un montón de tierra poco elevado—. Tiene un aire thalesiano.

—Parece tan apropiado como cualquiera de los otros —repuso Tynian, encogiéndose de hombros.

—No os excedáis —advirtió Falquián a Tynian cuando desmontaban—. Parad si os sentís demasiado fatigado.

—Necesitamos información, Falquián. No me pasará nada. —Tynian se quitó el pesado yelmo, tomó la cuerda y se dispuso a trazar sobre el túmulo el mismo dibujo que el día anterior. Después se irguió esbozando una mueca—. Bien —dijo—, allá vamos.

Se echó atrás la capa y comenzó a hablar sonoramente en estirio, realizando al mismo tiempo los intrincados gestos del hechizo, y al fin juntó las manos.

El montículo se agitó con violencia como sacudido por un terremoto y lo que brotó del suelo entonces no salió lentamente. Surgió rugiendo... y no era un ser humano.

—¡Tynian! —gritó Sephrenia—. ¡Devolvedlo a la tumba!

Pero Tynian estaba paralizado, con los ojos desencajados por el horror.

La repugnante criatura se precipitó sobre ellos. Hizo rodar al aterrorizado Tynian y se abalanzó sobre Bevier, sobre cuya armadura la emprendió a arañazos y dentelladas.

—¡Falquián! —gritó Sephrenia cuando el fornido pandion desenfundó la espada—. ¡Eso no! ¡No servirá de nada! ¡Utilizad la lanza de Aldreas!

Falquián giró sobre los talones y descolgó la corta lanza de la silla del caballo.

El monstruoso ser que atacaba a Bevier levantó el cuerpo revestido de armadura del caballero con tanta ligereza como lo haría un hombre con un niño y lo arrojó al suelo con tremenda fuerza. Después saltó hacia Kalten y trató de arrancarle el yelmo. Ulath, Kurik y Berit acudieron a socorrer a su amigo y hostigaron al monstruo con sus armas, pero éstas, en lugar de hundirse en su cuerpo, rebotaban contra él despidiendo una lluvia de rutilantes centellas. Falquián acometió velozmente con la lanza presta. El fantasma zarandeaba a Kalten como a un pelele y su yelmo negro aparecía abollado y rayado.

Deliberadamente, Falquián clavó la lanza en el costado del monstruo con toda su fuerza. La criatura dio un chillido y se volvió hacia él. Falquián hundió una y otra vez el arma, y con cada golpe experimentó el tremendo flujo de poder que de ella emanaba. Por fin vio la ocasión esperada y entonces ensartó con la lanza el pecho del monstruo. No fue sangre lo que brotó de sus fauces, sino una especie de baba negra. Inflexiblemente, Falquián hizo girar la lanza en el interior del cuerpo de la criatura, agrandando la herida. Se oyó un nuevo chillido y la bestia retrocedió. Al retirar Falquián la lanza, la criatura huyó aullando, tapándose con las manos la profunda herida del pecho, y con paso vacilante ascendió el túmulo funerario hasta el lugar de donde había surgido y se hundió de nuevo en sus entrañas.

Tynian estaba arrodillado en el fango, sollozando y aferrándose la cabeza con las manos. Bevier yacía inmóvil en el suelo y Kalten se incorporaba gimiendo.

Sephrenia se aproximó con presteza a Tynian y, después de echar un rápido vistazo a su cara, comenzó a hablar rápidamente en estirio, trazando un hechizo con los dedos. Los sollozos de Tynian se aplacaron y, tras un momento, se dejó caer de lado.

—Habré de mantenerlo dormido hasta que se recupere —dictaminó la mujer—. Si es que se recupera... Falquián, ayudad a Kalten. Yo examinaré a Bevier.

—¿Dónde te duele? —preguntó Falquián a su amigo una vez llegado a su lado.

—Creo que me he roto algunas costillas —respondió jadeante Kalten—. ¿Qué era eso? Mi espada rebotaba en su cuerpo.

—Ya nos preocuparemos después de saber qué era —lo atajó Falquián—. Ahora vamos a quitarte esa armadura y vendarte las costillas, no sea que se te clave una en los pulmones.

—Estoy completamente de acuerdo —asintió Kalten, haciendo una mueca de dolor—. Me duele todo. No necesito más problemas. ¿Cómo está Bevier?

—Aún no lo sabemos. Sephrenia está con él.

Las heridas de Bevier parecían más inquietantes que las de Kalten. Después de rodear apretadamente el pecho de su amigo con una tela de lino y cerciorarse de que no tenía más magulladuras, Falquián lo tapó con su capa y fue a informarse del estado del arciano.

—¿Cómo está? —preguntó a Sephrenia.

—Bastante grave, Falquián —respondió ésta—. No presenta ningún corte ni herida, pero me parece que tiene una hemorragia interna.

—Kurik, Berit —ordenó Falquián—. Montad las tiendas. Debemos guarecerlos de la lluvia. —Miró alrededor y vio a Talen alejándose al galope—. ¿Adónde va ése ahora? —preguntó con exasperación.

—Lo he mandado en busca de un carro —aclaró Kurik—. Esos hombres necesitan que los vea un médico y no están en condiciones de ir a caballo.

—¿Cómo habéis logrado clavarle la lanza a esa criatura, Falquián? —inquirió Ulath, ceñudo. Mi hacha salía disparada.

—No estoy seguro —confesó Falquián.

—Han sido los anillos —explicó Sephrenia, sin apartar los ojos del cuerpo inconsciente de Bevier.

—Me ha parecido notar algo cuando la hincaba en ese monstruo —refirió Falquián—. ¿Cómo es posible que nunca hasta ahora hayan dado indicios de tener tal poder?

—Porque estaban separados —respondió la mujer—. Pero vos lleváis uno en la mano y el otro está dentro de la lanza y, al reunirlos de este modo, adquieren gran poder. Participan del propio Bhelliom.

—Ahora comprendo —dijo Ulath—. ¿Qué ha fallado? Tynian trataba de invocar espíritus thalesianos. ¿Como ha levantado a ese monstruoso ser?

—Al parecer, ha abierto una sepultura equivocada —indicó la mujer—. Me temo que la nigromancia no es la más precisa de las artes. Cuando los zemoquianos invadieron estas tierras, Azash envió a algunas de sus criaturas con ellos. Tynian ha despertado accidentalmente una de ellas.

—¿Qué le ocurre?

—El contacto con ese ser casi le ha consumido la mente.

—¿Se pondrá bien?

—No lo sé, Ulath, la verdad es que no lo sé.

Berit y Kurik acabaron de montar las tiendas y Falquián y Ulath trasladaron a ellas a los heridos.

—Necesitaremos un buen fuego —observó Kurik— y no será fácil encenderlo

hoy. Me queda un poco de leña seca, pero durará poco. Estos hombres están mojados y fríos y hemos de intentar calentarlos por todos los medios.

—¿Alguna sugerencia? —le preguntó Falquián.

—Lo pensaré.

Poco después del mediodía, Talen regresó con un desvencijado carro que más bien parecía una carretilla.

—Esto es lo mejor que he encontrado —se disculpó.

—¿Has tenido que robarlo? —inquirió Kurik.

—No. No quería que me persiguiera el granjero. Lo he comprado.

—¿Con qué?

Talen echó una maliciosa mirada a la bolsa de cuero que pendía del cinturón de su padre.

—¿No os sentís más liviano de ese lado, Kurik?

Kurik profirió un juramento y observó de cerca el portamonedas. Tenía el fondo rajado.

—Aquí tenéis lo que no he gastado —ofreció Talen, tendiéndole un exiguo puñado de monedas.

—¿Que me has robado a mí?

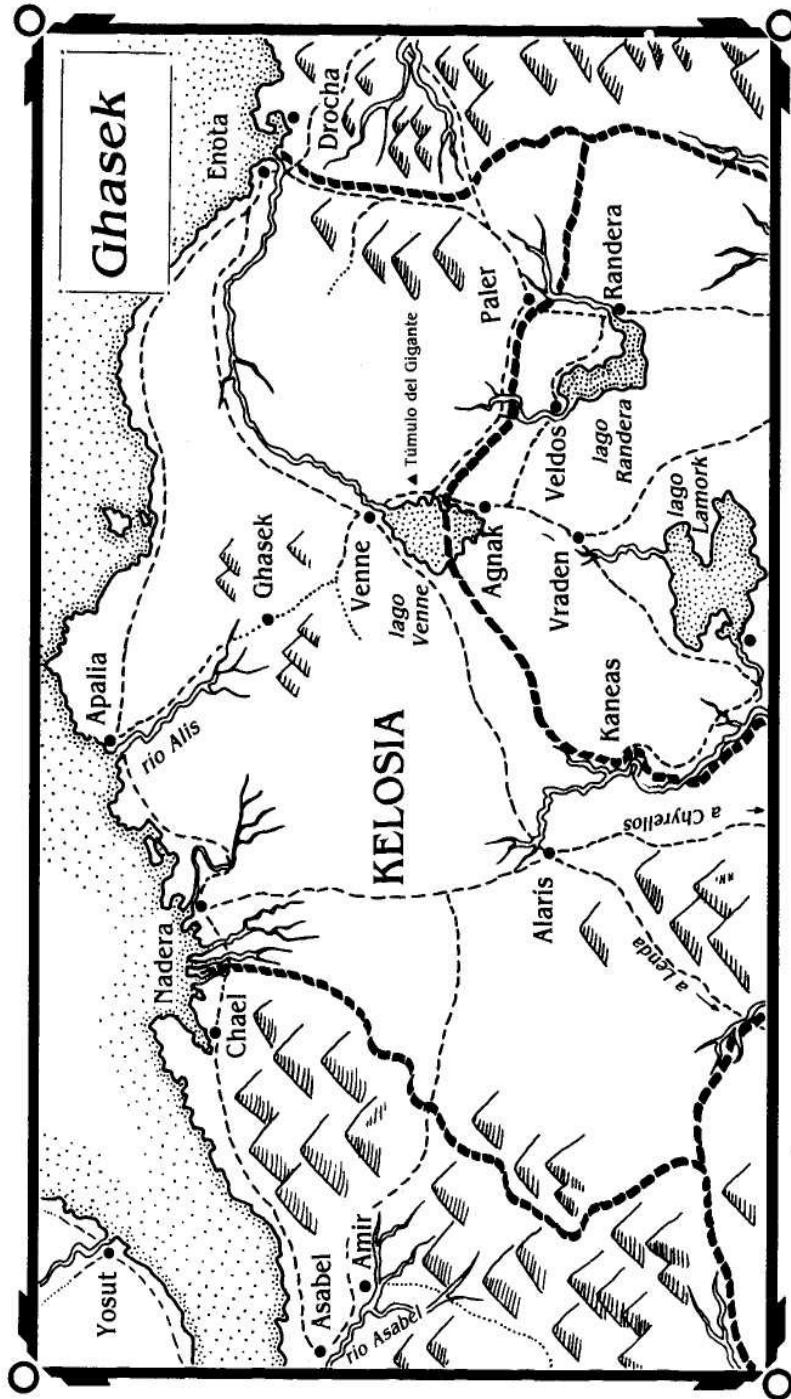
—Sed razonable, Kurik. Falquián y los otros llevan armadura y tienen los monederos adentro, de modo que el vuestro era el único al que podía recurrir.

—¿Qué hay debajo de esa lona? —preguntó Falquián, mirando la base del carro.

—Leña seca —repuso el muchacho—. El granjero tenía mucha apilada en el corral. También he cogido algunas gallinas. No he robado el carro —señaló cínicamente—, pero sí he hurtado la leña y las gallinas..., sólo para no perder la práctica. Oh, por cierto, ese campesino se llama Wat. Es un bizco que se rasca mucho. Anoche, cuando estaba fuera de la cervecería, me pareció que alguien decía que podía ser importante por algún motivo.

Segunda parte

GHASEK



Capítulo diez

La lluvia amainaba y una brisa racheada procedente del lago la barría en ráfagas al caer sobre los charcos de agua diseminados por el cenagoso campo. Kurik y Berit habían encendido un fuego en el centro de su círculo de tiendas y dispuesto una lona sujeta con palos del lado de barlovento, tanto para proteger las llamas del agua como para dirigir su calor hacia la tienda donde yacían los caballeros lastimados.

Ulath salió de otra de las tiendas, cubriéndose con una capa las fornidas espaldas acorazadas con mallas.

—Parece que está despejándose —comentó a Falquián, alzando la mirada al cielo.

—Esperemos que así sea —contestó Falquián—. No creo que les hiciera bien a Tynian y a los demás viajar en ese carro bajo una tempestad.

Ulath emitió un gruñido a modo de asentimiento.

—A fe que esto no ha dado muy buenos resultados —reconoció con humor taciturno—. Tenemos tres hombres descalabrados y no hemos conseguido ningún avance en el rescate del Bhelliom.

—Vayamos a ver qué hace Sephrenia —propuso Falquián, no teniendo nada que agregar al sombrío panorama expuesto por Ulath.

Rodearon el fuego y entraron en la tienda donde la menuda mujer estiría se inclinaba sobre los heridos.

—¿Cómo evolucionan? —le preguntó Falquián.

—Kalten se pondrá bien —respondió, estirando una roja manta de lana hasta la barbilla del rubio pandion—. Se ha roto huesos en otras ocasiones y se le sueldan con rapidez. Le he administrado algo a Bevier para parar la hemorragia. Pero es Tynian quien más me preocupa. Si no hacemos algo pronto, perderá el juicio.

—¿No podéis aplicarle vos remedio alguno? —inquirió Falquián, estremecido.

—He estado pensando en ello —respondió la mujer, frunciendo los labios—. Es más complicado tratar la mente que el cuerpo y con ella hay que proceder con mucha cautela.

—¿Qué le ha sucedido realmente? —le preguntó Ulath—. No he acabado de comprender lo que habéis dicho antes.

—Al final de su encantamiento se encontraba totalmente expuesto a esa criatura surgida del montículo. Los muertos suelen despertarse con lentitud, con lo cual uno dispone de tiempo para acomodar las propias defensas, pero, como esa bestia no está realmente muerta, se ha abalanzado contra él antes de que pudiera protegerse. —Bajó la mirada hacia el macilento rostro de Tynian—. Hay algo que puede servir —musitó con expresión dubitativa—. Supongo que vale la pena intentarlo. No creo que haya otro medio de preservar su salud mental. Flauta, ven aquí.

La niña se levantó del suelo, donde había permanecido sentada con las piernas cruzadas. Falquián reparó distraídamente en que tenía los pies desnudos manchados de hierba. A pesar del barro y la lluvia, los pies de Flauta siempre parecían conservar aquellas manchas verduzcas. La pequeña se acercó a Sephrenia con ojos interrogadores.

Sephrenia le habló en aquel peculiar dialecto estirio y Flauta asintió.

—Bien, caballeros —dijo Sephrenia a Falquián y Ulath—. No hay nada que podáis hacer aquí, y en estos momentos no sois más que un estorbo.

—Esperaremos afuera —anunció Falquián, algo avergonzado por la rudeza de la observación.

—Os lo agradecería.

Los dos caballeros salieron de la tienda.

—Puede ser muy brusca, ¿verdad? —señaló Ulath.

—Cuando se propone realizar algo que reviste gravedad.

—¿Siempre os ha tratado así a los pandion?

—Sí.

Entonces oyeron el sonido del caramillo de Flauta interpretando una melodía muy similar a aquella tan soporífera que había utilizado para mitigar la atención de los espías apostados fuera del castillo pandion y de los soldados del puerto de Vardenais. Había, sin embargo, ligeras diferencias entre ellas, y Sephrenia hablaba con voz sonora en estirio, poniendo una especie de contrapunto a la música. De improviso, la tienda comenzó a brillar con una extraña luz dorada.

—Me parece que no había escuchado nunca ese hechizo —confesó Ulath.

—Nuestra instrucción sólo cubre los aspectos que presumiblemente hemos de conocer —replicó Falquián—. Existen campos enteros de magia estiria de los que ignoramos hasta la propia existencia. Algunos entrañan demasiada dificultad y otros demasiados peligros. Hizo una pausa y alzó la voz—. Talen —llamó.

El ladronzuelo asomó la cabeza por la entrada de una de las otras tiendas.

—¿Qué? —contestó sin ceremonias.

—Ven aquí. Quiero hablar contigo.

—¿No podría ser aquí adentro? Está todo mojado afuera.

—Ven aquí, te he dicho —repitió, suspirando, Falquián—. Trata de no llevarme la contraria cada vez que te pido que hagas algo.

El chico salió de la tienda rezongando y se aproximó con cautela a Falquián.

—Bueno, ¿me he metido otra vez en un lío?

—No que yo sepa. ¿Has dicho que el granjero al que has comprado el carro se llama Wat?

—Sí.

—¿A cuánto está su granja de aquí?

—A unos tres kilómetros.

—¿Qué aspecto tiene?

—Los ojos miran cada uno en una dirección distinta y no para de rascarse. ¿No es el tipo del que hablaba ese viejo de la cervecería?

—¿Cómo sabías eso?

—Estaba escuchando detrás de la puerta —respondió Talen, encogiéndose de hombros.

—¿A escondidas?

—Soy un niño, Falquián..., o al menos la gente me considera como tal, y los mayores no piensan que deban contarles nada a los niños. He llegado a la conclusión de que, si me interesa enterarme de algo, he de descubrirlo por mí mismo.

—Sin duda tiene parte de razón, Falquián —acordó Ulath.

—Será mejor que vayas a buscar tu capa —indicó Falquián al chiquillo—. Dentro de poco, tú y yo iremos a hacer una visita a ese granjero.

Talen observó los lluviosos campos y exhaló un suspiro.

En el interior de la tienda, la música de Flauta se interrumpió y Sephrenia puso fin a su encantamiento.

—Me pregunto si será una buena o mala señal —se interrogó Ulath.

Aguardaron tensamente hasta que Sephrenia asomó la cabeza momentos después.

—Creo que se pondrá bien. Entrad y habladle. Lo sabré con mayor certeza cuando haya escuchado sus respuestas.

Tynian estaba incorporado sobre una almohada, si bien aún con cara macilenta y manos temblorosas. Aunque sus ojos aún reflejaban tormento, no presentaban el mismo extravío.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó Falquián, tratando de imprimir cierta ligereza a su tono de voz.

Tynian rió débilmente.

—Si queréis que os diga la verdad, me siento como si me hubieran vuelto del revés y luego me hubieran vuelto a colocar el cuerpo en su sitio. ¿Habéis conseguido matar a ese monstruo?

—Falquián lo ha ahuyentado con su lanza —explicó Uloth.

Los ojos de Tynian reflejaron un miedo irracional.

—¿Puede volver entonces?

—Es hartamente improbable —respondió Uloth—. Ha saltado adentro del túmulo y se ha tapado él mismo con tierra.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó con alivio Tynian.

—Creo que ahora será mejor que durmáis —aconsejó Sephrenia—. Ya hablaremos más tarde.

Tynian asintió y se acostó de nuevo.

Sephrenia lo tapó con una manta y condujo afuera a Falquián y Uloth.

—Me parece que se repondrá —les comunicó—. Me he sentido mucho mejor al oírlo reír. Requerirá cierto tiempo, pero al menos se halla en el buen camino.

—Me llevaré a Talen e iremos a charlar con ese granjero —declaró Falquián—. Al parecer se trata del hombre del que nos habló el viejo de la posada. Tal vez nos dé alguna idea sobre el lugar adonde hemos de dirigirnos.

—Vale la pena intentarlo, supongo —dijo Uloth—. Kurik y yo nos encargaremos de la vigilancia aquí.

Falquián asintió y se encaminó a la tienda que solía compartir con Kalten. Allí se quitó la armadura, que substituyó por una simple cota de malla, polainas de lana y su capa gris de viaje.

—Vamos, Talen —llamó, de regreso junto al fuego.

El chiquillo salió de la tienda con expresión resignada y la todavía húmeda capa apretada alrededor del cuerpo.

—Supongo que no podría disuadirlos —dijo.

—No.

—Entonces espero que el campesino no haya mirado aún dentro del corral. Podría estar molesto si ha notado que le falta leña.

—Se la pagaré si es preciso.

—¿Después de lo que me ha costado robarla? —protestó, torciendo el gesto, Talen—. Falquián, eso es degradante, tal vez incluso inmoral.

Falquián le dirigió una curiosa mirada.

—Algún día vas a tener que explicarme cuál es el código moral de un ladrón.

—Es muy sencillo, Falquián. La primera regla es no pagar nada.

—Ya me parecía que sería algo así. Vamos.

El cielo de poniente iba aclarando en tanto que Falquián y Talen cabalgaban hacia el lago, y la lluvia había quedado reducida a esporádicos aguaceros, lo cual por sí solo levantó el ánimo del caballero, después de la prolongada llovizna soportada. El curso de los acontecimientos había dado plena razón a la incertidumbre que había pesado sobre él desde el momento en que abandonaron Cimmura, pero incluso ahora la comprobación del fracaso de sus tentativas le proporcionaba una base firme sobre la que proyectar un nuevo comienzo. Falquián aceptó estoicamente sus pérdidas y prosiguió en dirección a

la luz que se abría paso en el horizonte.

La casa del granjero Wat y los edificios adyacentes se encontraban en un pequeño valle. Era un lugar de aspecto descuidado, rodeado por una empalizada de troncos que el viento inclinaba. La vivienda, mitad de piedra y mitad troncos, con un precario tejado de paja, aparecía claramente desvencijada y el corral aún se hallaba en peores condiciones, dando la impresión de que se mantenía en pie más por la fuerza de la costumbre que por respeto a la ley de la gravedad. Una carreta rota yacía en el fangoso patio, donde también reposaban oxidadas herramientas al capricho del azar, entre mojadas y desgreñadas gallinas que picoteaban sin grandes expectativas el mismo barro que hozaba cerca de las escaleras de la casa un flaco cerdo blanquinegro.

—No es muy ordenado, ¿verdad? —observó Talen al pasar.

—Yo vi el sótano donde vivías allá en Cimmura —replicó Falquián— y no era precisamente un lugar aseado.

—Pero al menos no estaba al descubierto. Este individuo lo tiene todo destartalado a la vista del público.

Entonces salió a la puerta, rascándose el estómago, un hombre estrábico de revuelto y sucio pelo cuyas prendas de ropa parecían mantenerse juntas con cabos de cuerda.

—¿Qué diantre os trae por aquí? —preguntó hoscamente antes de propinar una patada al cerdo—. Largo de aquí, *Sophie*.

—Estuvimos conversando con un anciano allá en el pueblo —repuso Falquián, señalando su ubicación con el pulgar—. Era un hombre de cabello blanco al que se le bambolea la cabeza, el cual parecía conocer muchas historias.

—A lo que yo imagino, ése es el viejo Farsh —dedujo el granjero.

—No me fijé en su nombre —dijo con calma Falquián—. Lo conocimos en la cervecería de la posada.

—Ese es Farsh, seguro. Le gusta estar cerca de donde hay cerveza. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—El dijo que vos también erais aficionado a las viejas narraciones..., a esas que guardan relación con la batalla que se libró por estas tierras hace quinientos años.

El rostro del campesino se iluminó visiblemente.

—Oh, pues sí —reconoció—. Farsh y yo acostumbábamos intercambiar viejos cuentos. ¿Por qué no entran vuestra merced y el chico? Hace mucho tiempo que no tengo ocasión de charlar sobre los buenos viejos tiempos.

—Vaya, sois muy amable, compadre —agradeció Falquián, bajando de lomos de *Faran*—. Vamos, Talen.

—Dejad que ponga vuestras monturas en el corral —ofreció el hombre.

Faran miró el destartalado edificio y se estremeció.

—Os agradezco, pero no es necesario, compadre —declinó Falquián—. La lluvia está cediendo y la brisa les secará el cuero. Si no es molestia, los dejaremos en el prado.

—Podía pasar alguien y robarlos.

—Este caballo no es de éstos que atraen a los maleantes.

—Vos seréis el que habrá de deslomarse andando si erráis. —Con un encogimiento de hombros, el bisojo se volvió para abrir la puerta de su morada.

En el interior de la casa, donde se amontonaba la ropa sucia en los rincones y restos de comida en la mesa, el desorden imperaba tanto o más que en el patio.

—Me llamo Wat —se identificó el bizco, dejándose caer en una silla—. Sentaos —invitó. Luego observó con ojos entornados a Talen—. Dime, tú eres el chaval que me ha comprado el carro viejo, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Talen un tanto nervioso.

—¿Te ha ido bien? Quiero decir, ¿no se le ha caído ninguna de las ruedas ni nada?

—Circulaba bien —le aseguró Talen, algo tranquilizado.

—Es un contento oírlo. Y ahora, ¿cuáles historias os interesan en especial?

—Lo que andamos buscando, Wat —explicó Falquián—, es cualquier información que pudierais darnos acerca de lo que le ocurrió al rey de Thalesia durante la batalla. Un amigo nuestro tiene un distante parentesco con él y la familia quiere llevar sus huesos a Thalesia para darles apropiada sepultura.

—Nunca oí nada sobre ningún rey de Thalesia —confesó Wat—, pero eso no quiere decir gran cosa. Ésta fue una gran batalla, y había thalesianos luchando contra los zemoquianos desde la punta sur del lago hasta la misma Kelosia. Veréis, lo que pasó fue que, cuando los thalesianos empezaron a desembarcar allá en la costa norte, las patrullas zemoquianas los vieron y Otha empezó a mandar fuerzas bien nutridas allá arriba para intentar que no llegaran al campo de batalla principal. Primero, los thalesianos bajaron en pequeños grupos, y a los zemoquianos les salían las cosas a pedir de boca porque acababan con ellos tendiéndoles emboscadas, pero cuando el grueso del ejército thalesiano tomó tierra, todo cambió. Mirad, tengo un poco de cerveza hecha en casa allá atrás. ¿Os apetecería?

—A mí sí —aceptó Falquián—, pero el chico es demasiado joven.

—Tengo leche, si te gusta chaval —ofreció Wat.

—¿Por qué no? —suspiró Talen.

—El rey de Thalesia debe de haber sido uno de los primeros en desembarcar — declaró Falquián, tras reflexionar un instante—. Abandonó la capital antes que su ejército, pero nunca llegó al campo de batalla.

—Lo más seguro es que esté enterrado en algún sitio de Kelosia, o a lo mejor en Deira —replicó Wat, levantándose para ir a buscar la cerveza y la leche.

—Es una gran extensión de terreno —señaló Falquián, torciendo el gesto.

—Sí que lo es, amigo, pero seguís el camino correcto. Hay muchos en Kelosia y Deira que hallan tanto solaz en las viejas historias como yo y el viejo Farsh, y, cuanto más os acerquéis, a donde sea que está enterrado el rey ese que buscáis, más posibilidades habrá de que encontréis la persona que pueda deciros lo que queréis saber.

—Es cierto, supongo. —Falquián tomó un sorbo de cerveza. Ésta era turbia, pero se hallaba entre las mejores que había probado.

Wat apoyó la espalda en la silla, rascándose el pecho.

—La cosa es, amigo, que la batalla fue demasiado grande para que la viera toda un solo hombre. Yo conozco mucho de lo que pasó aquí y Farsh sabe de lo que pasó cerca de su pueblo y más al sur. Y también sabemos lo que ocurrió en general, mas cuando se quiere entrar en detalles, hay que platicar con alguien que viva muy cerca del sitio en cuestión.

—Entonces es un asunto que sólo depende de la suerte —se lamentó sombríamente Falquián—. Podríamos pasar a caballo delante del mismo hombre que conoce ese detalle sin enterarnos siquiera.

—Hombre, eso tampoco es verdad, amigo —disintió Wat—. Nosotros, las personas aficionadas a las historias, nos conocemos unos a los otros. El viejo Farsh os envió aquí y yo os mandaré a la casa de otro hombre de Paler, en Kelosia. El sabrá mucho más sobre lo que pasó allá arriba que yo, y conocerá a otros que saben aún más de lo que pasó cerca de donde *ellos* viven. Eso es a lo que me venía a referir cuando he dicho que seguíais el camino correcto. Solamente tenéis que ir de persona a persona hasta dar con la historia que buscáis. Así iréis mucho más rápido que cavando por todo el norte de Kelosia y Deira.

—Puede que tengáis razón.

El granjero esbozó una torcida sonrisa.

—No es por ofender, Excelencia, pero la nobleza se cree que los del vulgo no sabemos nada, pero, cuando nos ponen juntos, hay muy pocas cosas que *no* sepamos.

—Lo tendré en cuenta —aseveró Falquián—. ¿Quién es ese hombre de Paler?

—Es un curtidor, Berd de nombre... Un nombre estúpido, pero los kelosianos son así. Tiene la tenería justo afuera de la puerta norte de la ciudad. No lo dejan instalarse dentro de las murallas por el olor, ¿sabéis? Id a ver a Berd y, si él no sabe la historia que queréis oír, seguramente conocerá a alguien que a lo mejor lo sabe..., o cuando menos a alguien que pueda deciros a quién habéis de preguntar.

—Wat —dijo Falquián, poniéndose en pie—, nos habéis prestado un gran servicio. —Tendió algunas monedas al campesino—. La próxima vez que vayáis al pueblo, tomaos unas jarras de cerveza y, si encontráis a Farsh, invítadlo a una.

—Oh, muchas gracias, Excelencia. Descuidad que lo haré. Y buena suerte.

—Gracias. —Falquián recordó entonces algo—. Querría compraros un poco de leña, si no andáis escaso de ella. —Entregó algunas monedas más a Wat.

—Vaya, cómo no, Excelencia. Venid al corral y os enseñaré dónde está.

—No es preciso, Wat —dijo Falquián con una sonrisa—. Ya la hemos cogido. Vamos, Talen.

La lluvia había cesado del todo cuando Falquián y Talen salieron de la casa, y sobre la parte occidental del lago se veía un brillante cielo azul.

—¿Teníais que hacerlo, eh? —protestó Talen, disgustado.

—Ha sido muy amable —replicó Falquián a la defensiva.

—Eso no tiene nada que ver. ¿Acaso hemos avanzado algo?

—No es un mal comienzo —aseguró Falquián—. Aunque no parezca muy listo, Wat es realmente muy astuto. El plan de ir de un recopilador de narraciones a otro es uno de los mejores que me han propuesto últimamente.

—Vamos a tardar mucho.

—No tanto como con algunas de las posibilidades que hemos considerado.

—Entonces ha servido de algo hacer el viaje.

—Lo sabremos con más certeza después de conversar con ese curtidor de Paler.

Ulath y Berit habían tendido una cuerda cerca del fuego y colgaban ropa mojada en ella cuando Falquián y el chiquillo regresaron al campamento.

—¿Ha habido suerte? —inquirió Ulath.

—Algo, espero —repuso Falquián—. Es casi seguro que el rey Sarak no llegó tan al sur. Parece que hubo muchas más escaramuzas en Kelosia y Deira de lo que averiguó Bevier en sus libros.

—¿Qué haremos pues?

—Iremos a la ciudad de Paler, en Kelosia, a hablar con un curtidor llamado Berd. Si él no ha oído hablar de Sarak, es probable que nos dé las señas de alguien que posea referencias sobre él. ¿Cómo está Tynian?

—Todavía duerme. Pero Bevier está despierto, y Sephrenia ha conseguido que tomara un poco de sopa.

—Es una buena señal. Entremos a conversar con ella. Creo que, ahora que se está serenando el tiempo, nuestra partida será más propicia.

Entraron en tropel en la tienda y allí Falquián repitió sucintamente lo que le había dicho Wat.

—Es un buen plan, Falquián —aprobó Sephrenia—. ¿A qué distancia está Paler?

—Talen, ve a buscar mi mapa, si eres tan amable.

—¿Por qué yo?

—Porque te lo he pedido.

—Oh. Bueno.

—Sólo el mapa, Talen —añadió Falquián—. No saques nada más de las alforjas. El chico volvió al cabo de unos momentos y Falquián desplegó el mapa.

—Paler está aquí arriba —explicó—, en la orilla norte del lago..., justo al otro lado de la frontera con Kelosia, calculo que a unas tres leguas.

—Ese carro no avanzará muy deprisa —advirtió Kurik—, y no conviene que los heridos sufran muchos traqueteos. Probablemente tardaremos dos días.

—Al menos llevándolos a Paler tendremos la posibilidad de que los vea un medido —observó Sephrenia.

—No es preciso utilizar ese carro —objetó Bevier, pálido y sudando copiosamente—. Tynian está mucho mejor, y Kalten y yo no estamos tan mal. Podemos ir a caballo.

—No mientras yo dé las órdenes —aseveró Falquián—. No voy a poner en juego vuestras vidas sólo para ganar unas horas. —Se acercó a la puerta de la tienda y asomó la cabeza—. Está oscureciendo —señaló—. Todos vamos a descansar bien esta noche y saldremos mañana a primera hora.

Kalten se incorporó penosamente con un gruñido.

—Bien —dijo—. Ahora que todo está decidido, ¿qué hay para cenar?

Después de comer, Falquián se retiró junto al fuego. Contemplaba taciturno sus llamas cuando Sephrenia se reunió con él.

—¿Qué os ocurre, querido? —le preguntó.

—Ahora que he tenido tiempo para pensar acerca de ello, me parece una solución un tanto descabellada. Podríamos vagar por Kelosia y Deira durante los próximos veinte años escuchando relatar historias a ancianos.

—Yo no lo veo así, Falquián —se mostró en desacuerdo Sephrenia—. A veces tengo corazonadas..., pequeñas y súbitas previsiones del futuro. Tengo el presentimiento de que nos hallamos en la vía adecuada.

—Corazonadas... —repitió un tanto divertido.

—Tal vez sea algo de mayor consistencia, pero es una palabra que no entenderían los elenios.

—¿Tratáis de decir que realmente adivináis el futuro?

—Oh, no —contestó, riendo—. Sólo los dioses pueden hacerlo e incluso ellos lo auguran de manera imperfecta. Todo cuanto yo puedo lograr es una percepción de lo que es o no acertado. *Siento* de algún modo que éste es un camino correcto. Hay algo más a tener en cuenta —agregó—. El espectro de Aldreas os dijo que había llegado el tiempo de que Bhelliom emergiera de nuevo. Sé que Bhelliom es capaz de ello. Puede controlar las cosas hasta extremos que no llegamos ni a imaginar. Si quiere que seamos *nosotros* quienes lo encontremos, nada en el mundo será capaz de detenernos. Creo posible que suceda que los depositarios de las tradiciones orales de Deira y Kelosia nos cuenten cosas que ellos mismos tenían por olvidadas e incluso algunas de las que nunca hasta ahora tuvieron noticia.

—¿No es eso un poco místico?

—Los estirios somos místicos, Falquián. Pensaba que lo sabíais.

Capítulo once

A la mañana siguiente se levantaron tarde. Falquián se levantó antes del alba, pero consideró conveniente dejar reposar a sus compañeros, pues llevaban mucho tiempo viajando y el horror de los días anteriores había hecho mella en ellos. Se alejó un trecho de las tiendas para contemplar la salida del sol. El cielo era claro y las estrellas aún brillaban en él. A pesar de las reconfortantes palabras pronunciadas por Sephrenia la noche anterior, Falquián tenía un humor sombrío. En los inicios, la convicción de emprender una causa justa y noble le había hecho creer que de algún modo ésta llegaría a buen fin. Los sucesos de la jornada previa, no obstante, le habían demostrado cuán equivocado estaba. Arriesgaría cualquier cosa por restablecer la salud de su pálida reina, incluso la propia vida, pero ¿tenía derecho a poner en peligro la de sus amigos?

—¿Qué rumiáis? —Reconoció la voz de Kurik sin ni siquiera volver la cabeza.

—No sé bien, Kurik —admitió—. Tengo la sensación de que intento retener un puñado de arena en la mano, y ese plan nuestro no parece demasiado atinado. Intentar seguir la pista de relatos de hace quinientos años parece ser una especie de absurdo, ¿no crees?

—No, Falquián —respondió Kurik—, realmente no. Podríais recorrer todo el norte de Kelosia y de Deira con una pala sin siquiera aproximarnos a Bhelliom. Ese granjero tenía razón. Depositad vuestra confianza en el pueblo, mi señor. En muchos casos la sabiduría del vulgo supera a la de la nobleza... e incluso a la de la Iglesia, a decir verdad. —Kurik tosió con embarazo—. No es necesario que le contéis a Dolmant que os he dicho esto —precisó.

—Vuestro secreto queda a salvo —dijo Falquián con una sonrisa—. Hay algo de lo que debemos hablar.

—¿Sí?

—Kalten, Bevier y Tynian están más o menos fuera de juego.

—¿Sabéis? Creo que estáis en lo cierto.

—Esa es una mala costumbre, Kurik.

—Aslade opina lo mismo.

—Tu mujer es muy inteligente. Bien, el que hayamos podido desplazarnos sin dificultades se debe en parte a la presencia de hombres acorazados con armadura. La mayoría de la gente no se interfiere en el camino de los caballeros de la Iglesia. El problema es que ahora únicamente vamos a ser Ulath y yo.

—Yo también cuento, Falquián. ¿Adónde queréis ir a parar?

—¿Te vendría bien la armadura de Bevier?

—Es probable. Estaría un tanto incómodo, pero podría ajustar un poco las correas. La pega es que no pienso ponérmela.

—¿Por qué no? Has llevado armadura en el campo de instrucción.

—Eso era en el campo. Todo el mundo sabía quién era yo y por qué lo hacía. Éste es el mundo real, lo cual representa una gran diferencia.

—No veo en qué es distinto, Kurik.

—Existen leyes al respecto, Falquián. Sólo los caballeros tienen permitido llevar armadura, y yo no soy un caballero.

—La diferencia es mínima.

—Pero existe.

—Vas a obligarme a ordenártelo, ¿verdad?

—Preferiría que no lo hicierais.

—Y yo, no tener que hacerlo. No es mi intención ofenderte, Kurik, pero ésta es una situación extraordinaria y de su desenlace depende nuestra seguridad. Llevarás la armadura de Bevier, y creo que podremos embutir a Berit en la de Kalten. Ya se puso la mía en otra ocasión y Kalten y yo tenemos aproximadamente la misma talla.

—¿Vais a insistir en ello?

—No me queda otro remedio. Hemos de llegar a Paler sin sufrir incidentes en el camino. Tengo varios hombres heridos y no quiero exponerlos.

—Comprendo los motivos, Falquián. Después de todo no soy estúpido. Aunque no sea de mi agrado, supongo que tenéis razón.

—Me alegra que compartas mi punto de vista.

—No os extasiéis tanto por ello. Quiero que quede bien claro que voy a hacerlo bajo protesta.

—Si surgiera algún problema, juraré que así ha sido.

—Suponiendo que estéis vivo —replicó agriamente Kurik—. ¿Queréis que despierte a los otros?

—No. Deja que duerman. Calculaste bien anoche. Vamos a tardar dos días para llegar a Paler, con lo cual nos queda poco tiempo de margen.

—Os preocupa mucho el tiempo, ¿no es cierto, Falquián?

—Está agotándose inexorablemente —respondió éste con aire sombrío—. Esta estrategia de ir de un lado a otro escuchando cuentos de viejos consumirá mucho sin duda. Se halla próximo el momento en que va a morir otro de los doce caballeros, y éste entregará su espada a Sephrenia. Ya sabes cómo la debilita eso.

—Es mucho más fuerte de lo que aparenta. Es probable que pudiera cargar con tanto peso como vos y yo juntos. —Kurik lanzó una ojeada hacia las tiendas—. Voy a encender el fuego y pondré a hervir su olla para el té. Ella suele despertarse temprano —agregó, antes de regresar al campamento.

Ulath, que había permanecido de pie a corta distancia, salió de entre las sombras.

—Ha sido una conversación interesante —observó con voz cavernosa.

—Estabais escuchando.

—Así es. Por la noche las voces se oyen desde muy lejos.

—No estáis de acuerdo... con lo de la armadura, me refiero.

—A mí eso me tiene sin cuidado, Falquián. En Thalesia no somos tan ceremoniosos como aquí. Un buen número de caballeros genidios no proceden estrictamente de familias nobles. —Sonrió, mostrando su blanca dentadura—. Por lo general esperamos a que el rey Wargun esté completamente borracho y entonces se los mandamos para que les conceda títulos. Algunos de mis amigos son barones de lugares que ni siquiera existen —agregó, rascándose la nuca—. A veces pienso que todo esto de la nobleza es una farsa. Los hombres son seres humanos, con o sin título. No creo que a Dios le importe. ¿Por qué habríamos entonces de concederle importancia nosotros?

—Vais a provocar una revolución hablando de ese modo, Ulath.

—Quizá sea hora de que se produzca una. Comienza a aclarar por allí. —Ulath apuntó al horizonte del lado este.

—Parece que tal vez tengamos buen tiempo hoy.

—Preguntádmelo esta noche y estaré en condiciones de afirmarlo.

—¿Acaso no intentan prever el tiempo en Thalesia?

—¿Para qué? No se puede hacer nada para modificarlo. ¿Por qué no vamos a echar un vistazo a vuestro mapa? Poseo algunos conocimientos sobre vientos, corrientes, vientos predominantes y cosas por el estilo. Tal vez pueda determinar los posibles lugares donde tomó tierra el rey Sarak y así podríamos hacer una suposición de

la ruta que siguió. Eso serviría para reducir un poco el terreno donde buscar.

—No es mala idea —acordó Falquián—. Si sacamos alguna conclusión, como mínimo tendremos noción de dónde hemos de comenzar a hacer preguntas. —Falquián titubeó—. Ulath —dijo con tono serio—, ¿es Bhelliom en verdad tan peligroso como afirman?

—Probablemente mas aún. Ghwerig lo creó, y no es precisamente una criatura muy agradable..., incluso tratándose de un troll.

—Habéis dicho «es». ¿No deberíais haber dicho «era»? Ahora está muerto, ¿no?

—No que yo sepa y más bien dudo que lo esté. Hay algo que deberíais saber respecto de los trolls, Falquián. No mueren de viejos como el resto de las criaturas. Hay que matarlos. Si alguien hubiera logrado dar muerte a Ghwerig, se habría jactado de ello y su hazaña habría llegado a mis oídos. No hay mucho que hacer en Thalesia en invierno aparte de escuchar historias y cuentos. Como la nieve dificulta mucho la marcha, solemos quedarnos en casa. Vamos a mirar ese mapa.

Mientras caminaban hacia las tiendas, Falquián constató la simpatía que le inspiraba Ulath. El corpulento caballero genidio era normalmente taciturno, pero, una vez que se granjeaba uno su amistad, hablaba con una especie de despreocupación que a menudo resultaba más divertida incluso que el humor exagerado de Kalten. Los compañeros de Falquián eran buenos hombres..., los mejores, en realidad. Todos eran distintos, por supuesto, pero eso era de esperar. Fuera cual fuese el resultado final de su búsqueda, se felicitaba de haber tenido la oportunidad de conocerlos.

Sephrenia bebía té junto al fuego.

—Habéis madrugado —observó cuando los dos caballeros se adentraron en el círculo de luz—. ¿Han cambiado los planes? ¿Hemos de partir aprisa?

—No —le contestó Falquián, besándole la palma de la mano a modo de saludo.

—No me hagáis derramar el té, por favor —lo previno.

—No, señora —acordó—. Ya que no podremos cubrir más de cinco leguas hoy, dejaremos que duerman un poco más. Ese carro no se moverá muy deprisa y además, después de lo ocurrido, no creo que sea sensato vagar por el campo a oscuras. ¿Se ha despertado Berit?

—Me parece que lo he oído moverse.

—Voy a hacer que utilice la armadura de Kalten, y Kurik, la de Bevier. Tal vez logremos intimidar a cualquiera que tenga intenciones hostiles.

—¿Es eso lo único en que pensáis los elenios?

—Una fanfarronada es a veces más efectiva que una buena refriega —gruñó Ulath—. Me gusta engañar a la gente.

—Sois tan pillo como Talen.

—No, no realmente. No tengo los dedos tan ágiles como para cortar bolsas. En caso de decidir que quiero hacerme con lo que un hombre tiene en la bolsa, lo golpearía en la cabeza y lo cogería.

—Estoy rodeada de canallas —afirmó, riendo, la estiria.

El día amaneció brillante y soleado. Bajo un cielo de intenso azul, la mojada hierba que cubría las colinas circundantes lucía un verde resplandeciente.

—¿A quién le toca preparar el desayuno? —preguntó Falquián a Ulath.

—A vos.

—¿Estáis seguro?

—Sí.

Tras llamar a los otros, Falquián fue a buscar los utensilios de cocina en las cargas.

Después de comer, Kurik y Berit cortaron lanzas de repuesto en un bosquecillo

cercano mientras Falquián y Ulath ayudaban a sus amigos heridos a subir al desvencijado carro de Talen.

—¿Qué inconveniente presentan las que ya tenemos? —inquirió Ulath cuando Kurik regresó con las lanzas.

—Que son quebradizas —replicó Kurik, atando las varas a un costado del carro —, sobre todo vista la manera como las usáis los caballeros. Más vale que sobren que no que falten.

—Falquián —avisó Talen—, por allí hay más gente de ésa con sayos blancos. Están escondidos en ese arbusto del extremo del campo.

—¿Podrías decir qué clase de gente son?

—Llevan espadas —respondió el chiquillo.

—Entonces son zemoquianos. ¿Cuántos son?

—Yo he visto cuatro.

Falquián se aproximó a Sephrenia.

—Hay un pequeño grupo de zemoquianos en la punta del campo. ¿Intentarían ocultarse los hombres del Buscador?

—No. Atacarían de inmediato.

—Tenía esa impresión.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kalten.

—Ahuyentarlos. No quiero que nos ande pisando los talones ningún esbirro de Otha. Ulath, montemos y espantemos a esos individuos.

Ulath sonrió y saltó al caballo.

—¿Queréis las lanzas? —ofreció Kurik.

—No para ese trabajillo —gruñó Ulath, descolgando el hacha.

Falquián subió a lomos de *Faran*, se ciñó el escudo y desenvainó la espada. Después él y Ulath avanzaron con ademán amenazador. Al cabo de unos momentos, los zemoquianos salieron de su escondrijo y echaron a correr con gritos de alarma.

—Hagámoslos correr un poco —sugirió Falquián—. Quiero dejarlos sin resuello para que no vuelvan.

—De acuerdo —concedió Ulath, poniendo su montura al trote.

Los dos caballeros arremetieron contra los arbustos que limitaban el campo y persiguieron a los zemoquianos a lo largo de una amplia franja de terreno arado.

—¿Por qué no los matamos simplemente? —gritó Ulath a Falquián.

—No creo que sea necesario —contestó, también gritando, Falquián—. No son más que cuatro y no suponen una gran amenaza.

—Os estáis volviendo blando, Falquián.

—No, no es así.

Al cabo de unos veinte minutos refrenaron el paso.

—Corren muy bien, ¿eh? —comentó Ulath, riendo entre dientes—. ¿Por qué no regresamos ya? Me estoy cansando de este lugar.

Tras reunirse con los demás, emprendieron la marcha en dirección norte, bordeando el lago. Vieron campesinos en los campos, pero ninguna señal de zemoquianos. Cabalgaban al paso, con Kurik y Ulath a la cabeza.

Kalten conducía el carro, sosteniendo las riendas con una mano mientras se apretaba con la otra las costillas lesionadas.

—¿"Qué crees que pretendía esa gente? —preguntó el rubio caballero a Falquián.

—Me inclino a pensar que Otha ordena a sus hombres que mantengan vigilado a todo el que ronde por este campo de batalla —repuso Falquián—. Si alguien diera por casualidad con Bhelliom, no querría perderse por nada la noticia.

—Entonces sin duda habrá. No vendría mal mantener los ojos bien abiertos.

El sol incrementó su calor a medida que avanzaba el día, hasta el punto de que Falquián casi añoró las nubes y la lluvia que habían soportado la semana anterior. Siguió cabalgando ceñudo, sofocado dentro de su armadura esmaltada de negro.

Acamparon aquella noche en un bosque de majestuosos robles, no lejos de la frontera kelosiana, y se levantaron temprano a la mañana siguiente. Los guardias fronterizos les cedieron respetuosamente el paso, y hacia mediodía coronaron una colina que dominaba la ciudad de Paler.

—Hemos llevado mejor marcha de la que preveía —reconoció Kurik mientras descendían la larga ladera en dirección a la ciudad—. ¿Estáis seguro de que ese mapa vuestro es preciso?

—Ningún mapa lo es totalmente. Lo más que puede esperarse de ellos es una fidelidad aproximada.

—Una vez conocí en Thalesia a un hombre que dibujaba mapas —recordó Ulath—. Partió de viaje para levantar el mapa de la zona entre Emsat y Husdal. Al principio comprobaba con gran cuidado el terreno, pero al cabo de un par de días se compró un buen caballo y comenzó a basarse en suposiciones. Su mapa no es siquiera aproximado, pero todo el mundo lo utiliza porque nadie quiere tomarse la molestia de trazar uno nuevo.

Los guardias de la puerta sur de la ciudad les concedieron entrada después de formularles brevísimas preguntas y Falquián obtuvo de uno de ellos el nombre y dirección de una respetable posada.

—Talen —inquirió—, ¿crees que podrás encontrar solo el camino de esa posada?

—Desde luego. Soy capaz de encontrar cualquier sitio en una ciudad.

—Bien. Quédate aquí pues y mantén vigilado ese camino que viene del sur. Quiero saber si esos zemoquianos aún sienten curiosidad por nosotros.

—Descuidad, Falquián.

Talen desmontó y ató el caballo junto a la puerta. Luego volvió a salir y se sentó en la hierba al lado del camino.

Falquián y el resto se adentraron en la población con el carro traqueteando tras ellos. Las adoquinadas calles de Paler estaban muy transitadas, pero los viandantes cedían el paso a los caballeros de la Iglesia. Al llegar media hora después a la posada, Falquián bajó del caballo y entró en ella.

El posadero llevaba uno de los altos y puntiagudos sombreros comunes en Kelosia y tenía una expresión un tanto altanera.

—¿Tenéis habitaciones? —le preguntó Falquián.

—Por supuesto. Esto es una posada.

Falquián aguardó con frío ademán.

—¿Qué os molesta? —inquirió el posadero.

—Simplemente esperaba a que concluyerais la frase. Me parece que os habéis dejado algo.

—Disculpad, mi señor —murmuró, ruborizado, el posadero.

—Eso está mejor —lo felicitó Falquián—. Lo siguiente es que tengo tres amigos heridos. ¿Hay por azar algún médico cerca?

—Al final de esta calle, mi señor. Tiene un letrado afuera.

—¿Es bueno?

—En realidad no sabría decirlo. No he estado enfermo últimamente.

—Supongo que deberemos correr el riesgo. Traeré a mis amigos adentro e iré a buscarlo.

—No creo que venga, mi señor. Tiene en alta estima su posición y considera indigno de él ir a visitar a los enfermos y heridos fuera de su casa.

—Yo lo convenceré —aseveró Falquián, con expresión adusta.

El posadero exhaló una risa un tanto nerviosa al oírlo.

—¿Cuántas personas hay en vuestro grupo, mi señor?

—Somos diez. Ayudaremos a acomodar a los heridos y luego iré a charlar con ese presumido médico.

Cuando Kalten, Bevier y Tynian estuvieron instalados en sus habitaciones, Falquián se encaminó resueltamente hacia el fondo de la calle, haciendo ondear tras él su negra capa.

El médico tenía la consulta en el segundo piso, encima de una verdulería, al cual se accedía por una escalera exterior. Falquián subió y entró sin llamar. El galeno era un hombrecillo con cara de comadreja vestido con una holgada túnica azul. Agrandó ligeramente los ojos al levantar la mirada de un libro y ver cómo entraba sin permiso un hombre de torvo semblante vestido con armadura negra.

—¿Quién sois? —inquirió.

Habiendo decidido que lo mejor era atajar cualquier tipo de discusión, Falquián hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Sois el médico? —preguntó con voz inexpresiva.

—Lo soy —repuso el hombre.

—Vais a venir conmigo —afirmó, sin el más leve tono de interrogación.

—Pero...

—No hay pero que valga. Tengo tres amigos heridos que reclaman vuestra atención.

—¿No podéis traerlos aquí? No suelo abandonar mi consulta.

—Los hábitos cambian. Tomad lo que necesitéis y venid. Están en la posada de esta misma calle.

—Esto es un ultraje, caballero.

—No vamos a discutir por esto, ¿verdad, compadre? —La voz de Falquián sonaba con terrible calma.

El médico vaciló, acobardado.

—Ah... no. Me parece que no. Haré una excepción en este caso.

—Confíaba en que mostrarais esa disposición.

—Voy a buscar mis instrumentos y algún medicamento. ¿Qué clase de heridas tienen?

—Uno tiene las costillas rotas, otro parece sufrir una hemorragia interna y el tercero se halla en un estado de extenuación.

—La extenuación se cura fácilmente. Vuestro amigo no tiene más que guardar cama unos días.

—No dispone de tiempo. Dadle algo para que se sostenga otra vez en pie.

—¿Cómo resultaron heridos?

—Asuntos eclesiásticos —respondió lacónicamente Falquián.

—Es mi anhelo constante servir a la Iglesia.

—No tenéis idea de lo que me alegra oír eso.

Falquián condujo al renuente médico al segundo piso de la posada y una vez allí se llevó a Sephrenia a un lado al tiempo que el curandero iniciaba su examen.

—Es un poco tarde —observó—. ¿Por qué no postergamos la visita al curtidor hasta mañana? No creo que nos convenga andar con prisa. Podría olvidar algún detalle de interés.

—En efecto —acordó la mujer—. Además, quiero cerciorarme de si este médico sabe lo que hace. Me da la espina que no es de fiar.

—Más le vale que atine. Ya tiene una noción bastante exacta de lo que le ocurrirá

en caso contrario.

—¡Oh, Falquián! —exclamó con tono reprobador.

—En verdad es un trato muy simple, pequeña madre. Sabe muy bien, que o ellos se recuperan o él se enferma. Eso de algún modo lo estimula a dar lo mejor de sí.

La cocina kelosiana, según había observado ya Falquián, se basaba primordialmente en coles, nabos y remolachas hervidos, guarnecidos parcamente con cerdo en salazón, el cual era del todo inaceptable para Sephrenia y Flauta, por lo que ambas hubieron de conformarse con una dieta de verduras crudas y huevos pasados por agua. Kalten, no obstante, devoraba cuanto le presentaban.

Había ya anochecido cuando Talen llegó a la posada.

—Todavía nos siguen, Falquián —informó—, pero ahora son muchos más. He visto unos cincuenta en la cima de esa colina que hay al sur de la ciudad, y van a caballo. Se han parado en lo alto de la colina y avistado el panorama y luego se han retirado a los bosques.

—Eso es algo más serio que cuando sólo eran cuatro, ¿no es cierto? —señaló Kalten.

—Así es —acordó Falquián—. ¿Alguna idea, Sephrenia?

—No hemos viajado tan aprisa —apuntó la mujer, frunciendo el entrecejo—. Si van a caballo, podrían habernos alcanzado sin apenas esfuerzo. Yo diría que se limitan a seguirnos. Al parecer Azash sabe algo que nosotros ignoramos. Hace meses que intenta mataros, pero ahora envía a sus secuaces con la orden de seguirnos a cierta distancia.

—¿Se os ocurre qué puede motivar este cambio de táctica?

—Puedo proponer algunas hipótesis, pero no son más que suposiciones.

—Deberemos estar alerta cuando abandonemos la ciudad —previno Kalten.

—Tal vez doblemente alerta —agregó Ulath—. Quizás están esperando a que lleguemos a un trecho solitario de un camino para tendernos una emboscada.

—Una perspectiva halagüeña —señaló irónicamente Kalten—. Bueno, no sé vosotros, pero yo voy a acostarme.

Al día siguiente el sol lucía nuevamente con fuerza y del lado del lago soplaba una refrescante brisa. Falquián se vistió con cota de malla, una sencilla túnica y polainas de lana y luego salió a caballo de la posada en compañía de Sephrenia, en dirección a la puerta norte de Paler y la curtiduría del hombre llamado Berd. Las gentes de las calles, con una gran variedad de herramientas al hombro, parecían en su mayoría obreros. Todos llevaban sobrios sayos azules y aquellos altos sombreros puntiagudos.

—Me pregunto si se dan cuenta de lo ridículas que se ven esas prendas —murmuró Falquián.

—¿A qué prendas te refieres? —le preguntó Sephrenia.

—A esos sombreros. Parecen gorros de burro.

—No son más ridículos que esos sombreros de plumas que llevan los cortesanos de Cimmura.

—Supongo que tenéis razón.

La tenería se encontraba a cierta distancia de la puerta del norte. Al acercarse, Sephrenia arrugó la nariz a causa del hedor que despedía.

—Seré lo más breve que pueda —prometió Falquián.

El curtidor, un hombre corpulento y calvo, con un delantal de lona lleno de manchas parduscas, removía una tina con una larga paleta cuando Falquián y Sephrenia entraron en el patio.

—Ahora mismo voy —anunció con voz carrasposa.

Agitó un momento más la cuba, mirando con aire crítico su interior, y luego se dirigió hacia ellos, enjugándose las manos en el delantal.

Falquián desmontó y ayudó a Sephrenia a bajar de su blanco palafrén.

—Estuvimos hablando con un granjero llamado Wat, en Lamorkand —comunicó al curtidor—. Nos dijo que tal vez vos pudierais servirnos de ayuda.

—¿El viejo Wat? —rió el curtidor—. ¿Todavía sigue vivo?

—Lo estaba hace tres días. Vos sois Berd, ¿no es cierto?

—Ese soy yo, mi señor. ¿Qué es esa ayuda que precisáis?

—Venimos recorriendo la zona entrevistando gente que conoce relatos referentes a esa gran batalla que tuvo lugar por estos contornos hace ya tiempo. Hay algunas personas en Thalesia que guardan parentesco con el hombre que era su rey durante la contienda y quieren averiguar dónde está enterrado para poder trasladar sus restos a su país.

—Nunca he oído hablar de ningún rey que participara en las luchas de por aquí —admitió Berd—. Claro que eso no quiere decir que no estuviera. Imagino que los reyes no deben de ir por ahí presentándose a los plebeyos.

—¿Hubo pues batallas por aquí? —infirió Falquián.

—No sé si yo las llamaría batallas exactamente... Serían más bien lo que vos llamáis escaramuzas o cosas por el estilo. ¿Sabéis, mi señor? La batalla principal fue allá abajo, al sur del lago. Allí fue donde los ejércitos formaron sus filas de regimientos y batallones y todo eso. Lo que había aquí eran pequeños grupos de hombres..., casi todos kelosianos al principio, y después empezaron a bajar los thalesianos. Los zemoquianos de Otha patrullaban el campo y hubo un puñado de violentas peleas, pero nada digno de llamarse una batalla. Hubo un par no muy lejos de aquí, pero yo no sé si había thalesianos. La mayoría de las luchas en que ellos participaron tuvieron lugar cerca del lago Venne, y casi tan al norte como Ghasek. —Chasqueó los dedos de improvisado—. Ahora me viene al magín la persona con la que habéis de hablar —dijo—. No sé por qué no me he acordado antes.

—¿Ah, sí?

—Claro. No sé dónde tendría la cabeza. Ese conde de Ghasek fue a alguna universidad de allá por Cammoria y estudió historia y cosas así. El caso es que todos los libros que leyó sobre esa batalla se concentraban mayormente en lo que pasó en la parte sur del lago y casi no decían nada de lo acontecido aquí arriba. Entonces, cuando acabó sus estudios, volvió a casa y empezó a ir por ahí recogiendo todas las viejas historias que encontraba. A estas alturas yo diría que ya habrá reunido todos los relatos del norte de Kelosia. Hasta vino a hablar conmigo, y eso que esto está bastante lejos de Ghasek. Me dijo que lo que intenta hacer es completar muchas lagunas de lo que enseñan en esa universidad. Sí, señor, id a hablar con el conde Ghasek. Si alguien en Kelosia sabe algo de ese rey que buscáis, el conde lo habría visitado y lo habría puesto en ese libro que escribe.

—Amigo mío —reconoció efusivamente Falquián—, creo que acabáis de dar solución a nuestro problema. ¿Cómo localizaremos al conde?

—Lo mejor es tomar el camino que va al lago Venne. La ciudad de Venne está en la orilla norte del lago. Entonces salís de aquí hacia el norte. Es un camino muy malo, pero transitable... sobre todo en esta época del año. Ghasek no es una ciudad, sino propiamente las fincas del conde. Hay unos cuantos pueblos alrededor, la mayoría propiedad del conde, pero cualquiera os dará razón de la casa solariega, que es más bien un palacio o quizás un castillo. Yo he pasado por delante algunas veces. Un sitio triste sí es, pero nunca estuve dentro. —Soltó una rasposa carcajada—. Yo y el conde no nos movemos exactamente en los mismos círculos, ya me entendéis.

—Perfectamente —respondió Falquián, tomando unas cuantas monedas—. Parece que pasáis calor con este trabajo, Berd.

—La verdad es que sí, mi señor.

—Cuando acabéis la jornada, ¿por qué no vais a tomaros alguna bebida bien fresca? —sugirió, entregando las monedas al curtidor.

—Oh, gracias, mi señor. Sois muy generoso.

—Soy yo quien debe daros las gracias, Berd. Me parece que vais a ahorrarme meses de viaje. —Falquián ayudó a montar a Sephrenia y luego subió a su caballo—. Os estoy más reconocido de lo que alcanzáis a imaginar, Berd —dijo al curtidor a modo de despedida.

»Ha salido a pedir de boca, ¿verdad? —observó Falquián, exultante mientras regresaban a la ciudad.

—Ya os anuncié que así sería —le recordó Sephrenia.

—Sí, es cierto. No debí dudar de vos ni un momento, pequeña madre.

—Es natural tener dudas, Falquián. ¿Iremos a Ghasek, pues?

—Por supuesto.

—Creo que deberíamos esperar hasta mañana, no obstante. Ese médico dijo que ninguno de nuestros amigos corría peligro, pero no les vendrá mal otro día de reposo.

—¿Podrán ir a caballo?

—Lentamente al principio, me temo, pero recuperarán fuerzas a medida que avancemos.

—De acuerdo. Partiremos mañana al amanecer.

El ánimo de los demás se levantó considerablemente cuando Falquián les repitió lo que le había dicho Berd.

—Parece que esto comienza a ponerse demasiado fácil —murmuró Ulath—, y las cosas fáciles me ponen nervioso.

—No seáis tan pesimista —lo alentó Tynian—. Tratad de ver el lado bueno de las cosas.

—Yo prefiero prepararme para lo peor y así, si todo sale bien, me llevo una agradable sorpresa.

—En ese caso, supongo que querréis que me deshaga del carro —dijo Talen.

—No —contestó Falquián—. Nos lo llevaremos para mayor seguridad. Si alguno de esos tres tiene una recaída, siempre podemos volver a ponerlo dentro.

—Voy a ver cómo estamos de provisiones, Falquián —anunció Kurik—. Podría pasar bastante tiempo antes de que llegemos a otra población con mercado. Necesitaré dinero.

Ni siquiera aquello ensombreció en nada el júbilo de Falquián.

Pasaron sosegadamente el resto del día y se recogieron temprano aquella noche.

Falquián yacía en la cama con la mirada perdida en la oscuridad. Todo saldría bien; ahora estaba seguro de ello. Ghasek se hallaba a una larga distancia, pero, si Berd estaba en lo cierto acerca de la exhaustividad de la investigación del conde, él tendría la respuesta que necesitaban. Entonces sólo tendrían que ir al lugar donde estaba sepultado Sarak y recuperar su corona. Después regresarían a Cimmura con Bhelliom y...

Sonó un ligero golpe en la puerta. Se levantó y la abrió.

Era Sephrenia, con el rostro ceniciento y anegado en lágrimas.

—Por favor, venid conmigo, Falquián —pidió—. Ya no puedo enfrentarme a ellos.

—¿Enfrentaros a quién?

—Venid conmigo. Espero haberme equivocado, pero me temo que no.

Salió al corredor y lo condujo a la habitación que compartía con Flauta, donde una vez más Falquián percibió el familiar hedor a cementerio. Flauta estaba sentada en la cama con expresión grave pero sin asomo de miedo en la mirada, contemplando una

borrosa figura de negra armadura que entonces se volvió, mostrando las cicatrices de su cara.

—Olven —dijo Falquián, sobrecogido.

Sin responder nada, el espectro de sir Olven alargó las manos, con su espada apoyada en ellas.

Sephrenia sollozaba al caminar hacia él para tomar el arma.

El fantasma miró a Falquián y alzó una mano, haciendo un amago de saludo.

Y después se esfumó.

Capítulo doce

Al día siguiente ensillaron entristecidos los caballos en la penumbra predecesora del alba.

—¿Era un buen amigo? —inquirió Ulath, poniendo la silla en el lomo del caballo de Kalten.

—Uno de los mejores —repuso Falquián—. Hablaba muy poco, pero sabíamos que podíamos contar siempre con él. Lo añoraré mucho.

—¿Qué vamos a hacer con esos zemoquianos que nos siguen? —preguntó Kalten.

—No creo que podamos hacer gran cosa —respondió Falquián—. Estaremos algo escasos de fuerzas hasta que tú, Tynian y Bevier os recuperéis. Mientras se limiten a ir detrás de nosotros, no representan un gran problema.

—Me parece que ya os dije que no me gusta tener enemigos tras de mí —señaló Ulath.

—Prefiero tenerlos detrás en donde pueda verlos en lugar de que se escondan más adelante para tenderme una celada —declaró Falquián.

Kalten hizo una mueca de dolor al apretar la cincha de la silla.

—Esto se pone peor —dijo, apoyando suavemente una mano en su costado.

—Te curarás —lo animó Falquián—. Siempre te repones.

—La única pega es que cada vez tardo más. Ya no vamos para jóvenes, Falquián. ¿Estará Bevier en condiciones de cabalgar?

—Mientras no lo forcemos —contestó Falquián—. Tynian está mejor, pero iremos a paso lento durante el primer día. Pondré a Sephrenia en el carro. Cada vez que recibe otra de esas espadas, se debilita un poco más. Aguanta una carga superior a la que reconoce.

Kurik sacó el resto de los caballos al patio. Iba vestido con su habitual chaleco de cuero.

—Supongo que habré de devolverle la armadura a Bevier —tanteó esperanzadamente.

—Quédate con ella por el momento —lo desengañó Falquián—. No quiero que comience a sentirse lleno de arroyo aún. Es un poco empecinado y no conviene alentararlo hasta que no estemos seguros de que se ha recuperado.

—Esto es muy incómodo, Falquián —se quejó Kurik.

—Ya te expliqué los motivos el otro día.

—No me refería a las causas. Bevier y yo tenemos aproximadamente la misma talla, pero hay diferencias. Tengo rozaduras por todo el cuerpo.

—Seguramente sólo será durante un par de días más.

—Para entonces ya estaré en carne viva.

Berit sostuvo a Sephrenia al salir ésta de la puerta de la posada, la ayudó a subir al carro y después colocó a Flauta a su lado. La menuda mujer estirada estaba demacrada y llevaba en brazos la espada de Olven, con el mismo amor con que transportaría uno a un niño.

—¿Os repondréis? —le preguntó Falquián.

—Sólo necesito un poco de tiempo para habituarme, eso es todo —respondió.

Talen sacó el caballo del establo.

—Átalo detrás del carro —indicó Falquián al muchacho—. Tú lo conducirás.

—Lo que vos digáis, Falquián —aceptó Talen.

—¿Sin discutir? —Falquián estaba algo sorprendido.

—¿Para qué voy a discutir? No veo que haya razón para ello. Además, el pescante del carro es más cómodo que mi silla...; mucho más cómodo, si se para uno a pensar.

Tynian y Bevier salieron con paso lento de la posada, ambos pertrechados con cota de malla.

—¿No os ponéis la armadura? —preguntó Ulath a Tynian.

—Es muy pesada —replicó Tynian— y no estoy seguro de estar en condiciones de llevarla.

—¿Seguro que no nos dejamos nada? —preguntó Falquián a Kurik.

El escudero le asestó una mirada hostil.

—Solamente preguntaba —se excusó Falquián—. No te irrites tan de mañana. —Miró a los demás—. Hoy no vamos a cabalgar deprisa —les comunicó—. Me daré por satisfecho si cubrimos cinco leguas, a ser posible.

—Vais cargado con un grupo de lisiados, Falquián —señaló Tynian—. ¿No sería mejor que vos y Ulath os adelantarais? Nosotros podemos alcanzaros después.

—No —decidió Falquián—. Hay gente rondándonos con intenciones poco amistosas y vos y los otros todavía no estáis en disposición de defenderos. —Dirigió una breve sonrisa a Sephrenia—. Además —añadió—, se supone que hemos de ser diez. No querría ofender a los dioses menores.

Ayudaron a montar a Kalten, Tynian y Bevier y salieron lentamente a las aún oscuras y solitarias calles de Paler. Prosiguieron al paso hasta la puerta norte, la cual se apresuraron a abrirles los guardias.

—Dios os bendiga, hijos míos —les dijo majestuosamente Kalten al pasar junto a ellos.

—¿Por qué tenías que hacer eso? —le reprochó Falquián.

—Sale más barato que dar dinero. ¿Y quién sabe? Quizá mi bendición pueda servir de algo.

—Me parece que va a mejorarse —auguró Kurik.

—No si sigue haciendo el tonto —disintió Falquián.

El cielo se aclaraba por oriente mientras avanzaban con paso sosegado por el camino que seguía rumbo noroeste hacia el lago Venne. Las ondulantes tierras que se extendían entre ambos lagos, dedicadas en su mayor parte al cultivo de cereales, estaban distribuidas en grandes propiedades en las que se diseminaban las aldeas donde moraban los siervos. La servidumbre había sido abolida en Eosia occidental hacía siglos, pero aún perduraba en Kelosia, dado que, a juicio de Falquián, la nobleza kelosiana carecía de habilidad administrativa para poner en funcionamiento otro sistema. Vieron algunos de aquellos aristócratas, normalmente ataviados con jubones de brillante satén, supervisando a caballo el trabajo de los gañanes vestidos con camisas de burdo lino, los cuales, a pesar de los males que Falquián había escuchado decir que acarrearía la servidumbre, parecían bien alimentados y no evidenciaban malos tratos.

Berit, que cabalgaba varios cientos de metros a la zaga, se volvía continuamente en la silla para mirar atrás.

—Va a torcerme por completo la armadura si continúa haciendo eso —se lamentó Kalten.

—Siempre podemos pararnos en una herrería para que te la arreglen —lo tranquilizó Falquián—. Tal vez podrías aprovechar para aflojarte algunas de las costuras, ya que estás tan aficionado a atiborrarte de comida en cuanto se te presenta la ocasión.

—Estás de un pésimo humor esta mañana, Falquián.

—Tengo muchos quebraderos de cabeza.

—Algunas personas no cumplen los requisitos para ocupar el mando —observó grandilocuentemente Kaltén, dirigiéndose a los demás—. Por lo que parece, este amigo mío tan feo es uno de ellos. Se preocupa demasiado.

—¿Quieres hacerlo tú? —lo desafió Falquián.

—¿Yo? No bromees, Falquián. Ni siquiera sería capaz de guardar una manada de gansos, y mucho menos un cuerpo de caballería.

—Entonces ¿te importaría cerrar la boca y dejarme tranquilo?

Berit se adelantó con ojos entornados y la mano apoyada en el hacha que pendía de su silla.

—Los zemoquianos están de nuevo ahí, sir Falquián —informó—. Los he visto varias veces.

—¿A qué distancia?

—A poco menos de un kilómetro. La mayoría van rezagados, pero envían algunos para explorar. Nos están espiando.

—Si atacáramos la retaguardia, se limitarían a dispersarse —opinó Bevier—, y después volverían a localizar el rastro.

—Es probable —convino sombríamente Falquián—. Bien, no puedo contenerlos. No dispongo de suficientes hombres. Dejad que nos sigan si eso los contenta. Nos libraremos de ellos cuando nos sintamos en mejores condiciones. Berit, regresa atrás y mantén la vigilancia... y nada de heroísmos.

—Comprendido, sir Falquián.

El calor fue en aumento a medida que se acercaba el mediodía, y Falquián comenzó a sudar bajo la armadura.

—¿Estoy recibiendo castigo por algo? —le preguntó Kurik, enjugándose el sudor de la cara con un trapo.

—Sabes bien que no haría tal cosa.

—¿Entonces por qué estoy apresado dentro de esta estufa?

—Lo siento. Es necesario.

A media tarde, cuando cruzaban un largo y verde valle, una docena de jóvenes lujosamente vestidos llegaron galopando de una finca cercana y se interpusieron en su camino.

—No paséis de aquí —les ordenó uno de ellos, un pálido muchacho vestido con jubón de terciopelo verde, con la cara llena de espinillas y expresión vanidosa y arrogante, alzando imperiosamente una mano.

—¿Cómo decís? —inquirió Falquián.

—Exijo saber por qué estáis entrando sin permiso en las tierras de mi padre. —El joven volvió con suficiencia la mirada a sus amigos, que reían disimuladamente.

—Tenemos entendido que éste es un camino público —replicó Falquián.

—Sólo con el consentimiento de mi padre. —El muchacho hinchó el pecho, tratando de adoptar un ademán amedrentador.

—Está presumiendo delante de sus amigos —murmuró Kurik—. Apartémoslos del camino y prosigamos la marcha. Esos espadines que llevan apenas constituyen una amenaza.

—Intentemos primero arreglarlo con diplomacia —propuso Falquián—, no sea que después nos venga pisando los talones una multitud de airados siervos.

—Yo me encargaré —se ofreció Kurik—. Ya he tratado con gente así en otras ocasiones. —Avanzó despacio, envuelto en la reluciente armadura de Bevier y sus resplandecientes sobreveste y capa—. Joven —dijo con voz firme—, no parecís estar al corriente de la cortesía acostumbrada. ¿Es posible que no nos reconozcáis?

—Nunca os había visto.

—No hablaba de *quiénes* somos, sino de *qué* somos. Es comprensible, supongo. Es evidente que apenas habéis viajado fuera de aquí.

Los ojos del muchacho se desorbitaron a causa del ultraje que para él representaba tal observación.

—No tanto. No tanto —objetó con voz chillona—. He estado al menos dos veces en la ciudad de Venne.

—¡Ah! —exclamó Kurik—. Y, cuando estuvisteis allí, ¿oísteis por azar hablar de la Iglesia?

—Tenemos nuestra propia capilla aquí mismo en la finca. No necesito que me den lecciones sobre esas estupideces —repuso el joven adoptando una expresión desdeñosa, la cual era probablemente la que solía lucir.

De la casa solariega salió cabalgando furiosamente un hombre ataviado con un jubón de brocado negro.

—Siempre es gratificante hablar con un hombre educado —dijo Kurik—. ¿Habéis oído por ventura mencionar a los caballeros de la Iglesia?

El joven hizo un ademán vago por respuesta. El hombre del jubón negro se acercaba a toda carrera a espaldas del grupo de jóvenes.

—Os aconsejo enérgicamente que os hagáis a un lado —prosiguió con calma Kurik—. Lo que hacéis pone en peligro vuestra alma..., por no hablar de vuestra vida.

—No podéis amenazarme en las propiedades de mi padre.

—¡Jaken! —tronó el hombre vestido de negro—. ¿Has perdido la cabeza?

—Padre —tartamudeó el muchacho—, sólo estaba interrogando a estos intrusos.

—¿*Intrusos*? —farfulló el hombre—. ¡Éste es el camino real, zoquete!

—Pero...

El individuo del jubón negro acercó más el caballo, se irguió sobre los estribos y desarzonó de la montura a su hijo con un contundente puñetazo. Después se encaró a Kurik.

—Mis disculpas, caballero —se excusó—. El idiota de mi hijo no sabía con quién hablaba. Yo venero a la Iglesia y honro a sus caballeros. Ruego y espero que no os hayáis ofendido.

—De ningún modo, mi señor —lo apaciguó Kurik—. Vuestro hijo y yo estábamos a punto de resolver nuestras diferencias.

El aristócrata torció el gesto.

—Gracias a Dios que he llegado a tiempo. Apenas puedo considerar como hijo a ese estúpido, pero su madre se habría afligido mucho si os hubierais visto obligado a cortarle la cabeza.

—Dudo que hubiéramos llegado a tal extremo, mi señor.

—¡Padre! —se indignó horrorizado el joven desde el suelo—. ¡Me habéis *pegado*! —Le manaba un hilillo de sangre de la nariz—. ¡Se lo diré a madre!

—Bien. Estoy seguro de que quedará muy impresionada. —El noble miró con gesto de disculpa a Kurik—. Excusadme, caballero. Creo que necesita hacer tiempo un trato de mano dura. —Aestó una dura mirada a su hijo—. Vuelve a casa, Jaken —ordenó fríamente—. Cuando llegues allí, prepara el equipaje de esta pandilla de inútiles parásitos y mándalos a paseo. Quiero que estén fuera de la finca antes de esta noche.

—¡Pero si son mis *amigos*! —gimió su hijo.

—Bueno, no son los míos. Deshazte de ellos. Tú también harás las maletas. No te molestes en llevarte ricos atuendos, porque vas a ir a un monasterio. Los hermanos son muy estrictos y ellos se ocuparán de tu educación..., respecto a lo cual he demostrado por lo visto gran negligencia.

—¡Madre no os lo permitirá! —exclamó el joven, palideciendo.

—Ella no tiene nada que decir en todo esto. Tu madre nunca ha sido para mí más que un inconveniente secundario.

—Pero... —El rostro del mocoso se desencajaba por momentos.

—Me pones enfermo, Jaken. Eres el peor remedo de hijo con que haya sido castigado un hombre. Presta atención a las enseñanzas de los monjes. Tengo algunos sobrinos mucho más aventajados que tú. Tu herencia no está tan segura y podría ser que te quedaras como monje para el resto de tus días.

—No podéis hacer eso.

—Sí, en verdad sí puedo.

—Madre os castigaré.

La risa del aristócrata era escalofriante.

—Tu madre ha empezado a cansarme, Jaken —aseveró—. Es inmoderada en sus deseos, regañona y bastante estúpida. Ella te ha convertido en algo que preferiría no tener que ver. Además, ya no es muy atractiva. Me parece que la enviaré a un monasterio para que acabe de pasar allí su vida. La oración y el ayuno tal vez le abrirán las puertas del cielo, y es mi obligación como amante esposo enderezar su espíritu, ¿no crees?

Jaken, cuyo semblante había abandonado todo resto de desdén, comenzó a temblar violentamente al ver venirse abajo todo su mundo.

—Veamos, hijo mío —continuó con desprecio el aristócrata—, ¿harás lo que te digo o habré de permitir que este caballero de la Iglesia te aplique el castigo que tanto mereces?

Kurik volvió a entrar en escena desenvainando lentamente la espada de Bevier, la cual emitió un desagradable sonido con el roce de la funda.

El joven se apartó a gatas.

—Tengo una docena de amigos conmigo —amenazó con voz chillona.

Kurik miró de pies a cabeza a los consentidos vástagos y luego escupió al suelo.

—¿Y bien? —inquirió, moviendo el escudo y flexionando el brazo con que empuñaba la espada—. ¿Querríais conservar su cabeza como recuerdo, mi señor? —preguntó educadamente al noble.

—¡No sois capaz! —Jaken estaba a punto de desmoronarse.

Kurik hizo avanzar el caballo al tiempo que su espada relumbraba de manera inquietante a la luz del sol.

—Poned a prueba mi brazo —lo retó con un tono tan imponente que habría amedrentado hasta a las propias piedras.

Con la mirada desorbitada, el joven se apresuró a montar y partió a la carrera seguido de sus sicofantes ataviados de satén.

—¿Era más o menos ésa la idea que teníais, mi señor? —preguntó Kurik al noble.

—Ha sido perfecto, caballero. Hace años que quería hacerlo yo mismo. —Exhaló un suspiro—. El mío fue un matrimonio de conveniencia, caballero —confesó a modo de explicación—. La familia de mi esposa tenía un título nobiliario, pero estaba completamente endeudada; la mía tenía capital y tierras, pero nuestro título no era gran cosa. Nuestros padres lo consideraron un sensato intercambio, pero ella y yo apenas si nos dirigimos la palabra. La he evitado en la medida de lo posible. He buscado solaz en otras mujeres, aunque me avergüence haber de admitirlo. Hay muchas jóvenes damas complacientes..., si uno es un hombre importante. Mi esposa ha hallado consuelo en ese abominable mocoso que acabáis de ver, aparte del cual dispone de pocas distracciones, la principal de las cuales es amargarme la vida por todos los medios posibles. Me temo que no he sabido cumplir con mi deber.

—Yo también tengo hijos, mi señor —le confió Kurik mientras todos

reemprendían la marcha—. La mayoría de ellos son buenos chicos, pero hay uno que me ha supuesto una gran decepción.

Talen alzó los ojos al cielo, pero no dijo nada.

—¿Vais muy lejos, caballero? —inquirió el noble con evidentes ansias por cambiar el tema de conversación.

—A Venne —respondió Kurik.

—Un largo trecho de camino. Tengo una mansión de recreo cerca del límite occidental de mi propiedad. ¿Podría ofreceros sus comodidades? Llegaríamos a ella antes del ocaso y hay criados que pondría a vuestra disposición. —Torció el gesto—. Os brindaría la hospitalidad de la casa solariega, pero me temo que esta noche habrá demasiado ruido allí. Mi mujer tiene una voz estridente, y no va a avenirse de buen grado a ciertas decisiones que he tomado esta tarde.

—Sois muy amable, mi señor. Será un honor aceptar vuestra hospitalidad.

—Es lo mínimo que puedo hacer para compensar el comportamiento de mi hijo. Ojalá supiera qué disciplina aplicarle para enmendarlo.

—Yo siempre he obtenido buenos resultados con una correa de cuero, mi señor —sugirió Kurik.

El aristócrata rió con sarcasmo.

—Posiblemente no sea una mala idea, caballero —convino.

Cuando la soleada tarde tocaba a su fin llegaron a la opulenta mansión de recreo. El aristócrata dio instrucciones a los criados y luego volvió a montar a caballo.

—Me quedaría aquí con gusto, caballero —aseguró a Kurik—, pero creo que será mejor que regrese a casa antes de que mi esposa rompa todos los platos de la casa. Buscaré un acogedor monasterio donde retirarla y viviré apaciblemente mi vida.

—Comprendo bien vuestras razones, mi señor —acordó Kurik—. Buena suerte.

—Dios acompañe vuestro camino, caballero. —El noble volvió grupas y regresó sobre sus pasos.

—Kurik —alabó gravemente Bevier cuando entraban en una de las salas de suelo de mármol de la casa—, habéis rendido honor a mi armadura. Yo hubiera atravesado con mi espada a ese joven al escuchar su segunda observación.

—Es mucho más divertido así, sir Bevier —señaló, sonriendo, Kurik.

La mansión de recreo del noble kelosiano era aún más espléndida por dentro de lo que aparentaba su exterior. Las paredes estaban revestidas con paneles de exóticas maderas exquisitamente labradas, los suelos y las chimeneas eran de mármol y los muebles estaban tapizados con los más finos brocados. El servicio, eficiente y discreto, satisfizo todo lo concerniente a su comodidad.

Falquián y sus amigos cenaron opíparamente en un comedor de dimensiones apenas más reducidas que un gran salón de baile.

—*Esto* es lo que yo llamo vivir. —Kalten suspiró de contento—. Falquián, ¿a qué se debe que nosotros no podamos disfrutar de un poco más de lujo en nuestras vidas?

—Somos caballeros de la Iglesia —le recordó Falquián—. La pobreza nos curte.

—Pero ¿es necesario soportar tantas penurias?

—¿Cómo os encontráis? —preguntó Sephrenia a Bevier.

—Mucho mejor, gracias —repuso el arciano—. No he escupido sangre al toser desde esta mañana. Creo que mañana podremos avanzar al trote, Falquián. El placentero paso que venimos llevando nos hace perder tiempo.

—Sigamos con paso comedido un día más —propuso Falquián—. De acuerdo con mi mapa, la zona próxima a la ciudad de Venne es algo escarpada y está muy despoblada, por lo cual es un terreno ideal para emboscadas. Están siguiéndonos, y quiero que vos, Kalten y Tynian estéis en condiciones de defenderos.

—Berit —llamó Kurik.

—¿Sí?

—¿Queréis hacerme un favor antes de que nos vayamos de aquí?

—Desde luego.

—Mañana por la mañana, llevaos a Talen al patio y registradlo concienzudamente. El propietario de esta casa ha sido muy hospitalario y no estaría bien ofenderlo.

—¿Qué os hace pensar que iba a robar algo? —objetó Talen.

—¿Por qué iba a pensar lo contrario? Sólo es una medida de precaución. Hay un gran número de pequeños y valiosos objetos en esta mansión y puede que algunos llegaran a parar por accidente a tus bolsillos.

Las camas de la casa tenían colchones de plumón y eran espaciosas y confortables. Se levantaron al amanecer y tomaron un succulento desayuno. Después dieron las gracias a los criados, subieron a caballo y reemprendieron camino. El sol recién nacido tenía matices dorados y las alondras volaban y cantaban en el cielo. Flauta, sentada en el carro, las acompañó con su música. Sephrenia parecía haber recobrado fuerzas, pero, ante la insistencia de Falquián, continuó viajando en el vehículo.

Poco antes del mediodía un grupo de unos cincuenta hombres de fiero aspecto, con cabezas rapadas y vestimenta de cuero, llegaron galopando por una colina cercana.

—Miembros de una tribu de las marcas occidentales —advirtió Tynian, que había estado anteriormente en Kelosia—. Obrad con cautela, Falquián. Son muy temerarios.

Los recién llegados bajaron la colina haciendo alarde de soberbias dotes para la equitación. Llevaban unos sables de brutal apariencia en el cinto, lanzas cortas en ristre y escudos circulares en la mano izquierda. Al realizar una súbita señal su cabecilla, la mayoría de ellos refrenaron las monturas con tal brusquedad que éstas patinaron en la hierba. El líder, un hombre delgado con ojos rasgados y cuero cabelludo marcado con cicatrices, dio orden de avanzar a las cinco cohortes. En la falda de la colina, los jinetes viraron súbitamente en un ostensible acto de demostración y los altivos sementales caracolearon en perfecta sincronía. Después, clavando las lanzas en la tierra, los guerreros desenvainaron sus resplandecientes sables con pomposo gesto.

—¡No! —gritó Tynian al ver que Falquián y los demás hacían además instintivo de desenfundar las espadas—. Esto es una ceremonia. Quedaos quietos.

Los hombres de cráneo rasurado se aproximaron con paso majestuoso y entonces, siguiendo una misteriosa señal, sus caballos doblaron las rodillas de las patas delanteras, efectuando una especie de genuflexión, al tiempo que los jinetes ponían los sables en alto a modo de saludo.

—¡Dios! —musitó Kalten—. ¡Nunca había visto hacer eso a un caballo!

Faran agitó las orejas y Falquián sintió cómo se crispaba de irritación.

—Salve, caballeros de la Iglesia —entonó ceremoniosamente el cabecilla ataviado con cuero—. Os saludamos y nos ponemos a vuestro servicio.

—¿Puedo ocuparme yo de esto? —sugirió Tynian—. Tengo cierta experiencia.

—Obrad libremente, Tynian —acordó Falquián, observando la banda de feroces guerreros.

Tynian se adelantó, sujetando con firmeza las riendas de su negro caballo para que mantuviera un paso lento y mesurado.

—Con alegría saludamos a los keloi —declamó formalmente el deirano—. También nos alegra a nosotros este encuentro, pues los hermanos siempre deben cumplimentarse con respeto.

—Conocéis nuestras costumbres, caballero —aprobó el hombre con cicatrices en

la cabeza.

—Estuve en el pasado en las marcas occidentales, *domi* —reconoció Tynian.

—¿Qué significa *domi*? —susurró Kalten.

—Una antigua palabra kelosiana —explicó Ulath—. Significa «jefe»... o algo parecido.

—¿Algo parecido?

—Cuesta mucho traducirlo.

—¿Tomaréis sal conmigo, caballero? —preguntó el guerrero.

—Con gusto, *domi* —respondió Tynian, descendiendo lentamente del caballo—.

¿Y podríamos sazonarlo tal vez con cordero asado? —sugirió.

—Una excelente idea, caballero.

—Ve a buscarlo —indicó Falquián a Talen—. Está en ese fardo verde. Y no protestes.

—Antes me mordería la lengua —repuso nerviosamente Talen, rebuscando en el paquete.

—Buen día hace, ¿verdad? —comentó el *domi*, sentándose con las piernas cruzadas en la lujuriente hierba.

—Eso mismo decíamos hace unos minutos —convino Tynian, tomando asiento a su vez.

—Yo soy Kring —se presentó el hombre de las cicatrices—, *domi* de esta banda.

—Yo, Tynian —contestó el deirano—, un caballero alcione.

—Así me parecía.

Talen se acercó dubitativamente a los dos hombres con una pierna de cordero asado en las manos.

—Una carne bien preparada —proclamó Kring, desatando una bolsa de cuero con sal de la correa—. Los caballeros de la Iglesia comen bien. —Partió la pierna en dos con ayuda de dientes y uñas y tendió la mitad a Tynian, tras lo cual le ofreció la bolsa de cuero—. ¿Sal, hermano?

Tynian introdujo los dedos en el recipiente, sacó un buen pellizco y lo espolvoreó sobre la carne. Después sacudió los dedos a los cuatros vientos.

—Veo que estáis bien versado en nuestras costumbres, amigo Tynian —alabó el *domi*, imitando el gesto—. Y este excelente chico ¿es vuestro hijo, tal vez?

—Ah, no, *domi* —repuso Tynian con un suspiro—. Es un buen chico, pero es adicto al robo.

—¡Jo, jo! —rió Kring, dando una palmada al hombro de Talen que lo derribó al suelo—. La de ladrón es la segunda profesión más honorable del mundo..., después de la de guerrero. ¿Eres bueno, muchacho?

Talen esbozó una fina sonrisa, entornando los ojos.

—¿Queréis ponerme a prueba, *domi*? —lo retó, poniéndose en pie—. Proteged cuanto podáis y yo os robaré el resto.

El guerrero echó la cabeza hacia atrás en un acceso de risa. Talen ya se encontraba cerca de él, moviendo las manos con celeridad.

—Bien, mi joven ladrón —dijo riéndose el *domi*, con las manos tendidas frente a él—, coge lo que puedas.

—Gracias de todos modos, *domi* —replicó Talen con una educada reverencia—, pero ya lo he hecho. Creo que tengo casi todos los objetos de valor que llevabais encima.

Kring pestañeó y comenzó a palparse el cuerpo con semblante consternado.

Kurik gruñó.

—Es posible que todo salga bien, después de todo —le murmuró Falquián.

—Dos broches —hizo inventario Talen, poniendo los objetos a un lado—, siete anillos... Ése del dedo gordo os va muy prieto. Una pulsera de oro... Haced que os la miren. Me parece que tiene una mezcla de bronce. Un pendiente de rubí... Espero que no lo compraseis muy caro. Es sin duda una piedra de calidad inferior. Después está esta daga con joyas y la piedra del pomo de la espada. —Talen se frotó las manos con aire de profesional.

El *domi* se desternillaba de risa.

—Voy a comprar a este chico, amigo Tynian —declaró—. Os daré por él una manada de los más selectos caballos y lo criaré como un hijo propio. Es un ladrón como nunca he visto antes.

—Ah... lo siento, amigo Kring —se disculpó Tynian—, pero, no siendo mío, no puedo venderlo.

Kring exhaló un suspiro.

—¿Podrías robar caballos, chico? —preguntó con tristeza.

—Es difícil meterse un caballo en el bolsillo, *domi* —respondió Talen—. Sin embargo, estoy seguro de que lo conseguiría.

—Un genio —alabó fervientemente el guerrero—. Su padre es un hombre de gran fortuna.

—Pues yo no lo había advertido —murmuró Kurik.

—Ah, joven ladrón —dijo casi con pesar Kring—, me parece que también me falta una bolsa, bastante pesada por cierto.

—Oh, ¿la he olvidado? —exclamó Talen, dándose una palmada en la frente—. No sé en qué estaría pensando. —Sacó una abultada bolsa de cuero de debajo de la túnica y se la entregó.

—Contadlo, amigo Kring —le previno Tynian.

—Puesto que el chico y yo somos amigos ahora, me fiaré de su integridad.

Talen suspiró y extrajo una considerable cantidad de monedas de plata de distintos escondrijos.

—Ojalá la gente no hiciera eso —se lamentó, tendiendo el dinero—. Le quita toda la gracia.

—¿Dos manadas de caballos? —ofreció el *domi*.

—Lo siento, amigo mío —dijo Tynian, apesadumbrado—. Tomemos la sal y hablemos de negocios.

Los dos se quedaron sentados comiendo el cordero y Talen regresó junto al carro.

—Debiera haber aceptado los caballos —murmuró al oído de Falquián—. Yo habría podido escaparme antes del anochecer.

—Te hubiera encadenado a un árbol —objetó Falquián.

—Soy capaz de zafarme de cualquier cadena en menos de un minuto. ¿Tenéis idea de cuánto valen los caballos como los que él tiene, Falquián?

—Nos llevará más tiempo del que pensábamos enderezar a este muchacho —comentó Kalten.

—¿Necesitáis una escolta, amigo Tynian? —preguntaba Kring—. Nuestro actual trabajo apenas pasa de ser un mero entretenimiento y será un placer dejarlo para asistir a nuestra santa madre Iglesia y a sus amados caballeros.

—Gracias, amigo Kring —declinó Tynian—, pero no hay nada que podáis hacer para contribuir al buen fin de nuestra misión.

—Ciertamente. Las proezas de los caballeros de la Iglesia son legendarias.

—¿Cuál es el entretenimiento que habéis mencionado, *domi*? —inquirió Tynian, lleno de curiosidad—. Pocas veces he visto a los keloi en tierras tan occidentales.

—Por lo general actuamos en las marcas orientales —admitió Kring, atrancando

con los dientes un gran pedazo de carne pegada al hueso—, pero, a lo largo de las últimas generaciones, los zemoquianos intentan de vez en cuando entrar en Kelosia. El rey paga media corona de oro por sus orejas. Es una manera fácil de conseguir dinero.

—¿Exige el rey ambas orejas?

—No, sólo las derechas. Aun así, debemos vigilar cómo descargamos los sables, porque se puede perder toda la recompensa por una estocada mal dirigida. El caso es que mis amigos y yo atacamos a un numeroso grupo de zemoquianos cerca de la frontera. Dimos cuenta de una buena cantidad de ellos, pero los demás huyeron. Venían en esta dirección la última vez que los vimos y algunos están heridos. La sangre deja un buen rastro. Nos abatiremos sobre ellos y nos haremos con sus orejas... y el oro. Es sólo cuestión de tiempo.

—Creo que tal vez yo pueda ahorraros un poco de tiempo, amigo mío —proclamó Tynian con una amplia sonrisa—. De cuando en cuando, entre ayer y hoy, venimos viendo una nutrida comitiva de zemoquianos cabalgando detrás de nosotros. Puede que sean los que buscáis. De todas maneras, una oreja es una oreja y el oro del rey es bueno aunque esté dispensado por error.

Kring rió alborozado.

—En efecto, amigo Tynian —acordó—. Y, quién sabe, hasta podría haber *dos* bolsas de oro ahí. ¿Cuántos calculáis que son?

—Hemos visto cuarenta más o menos. Vienen por este camino, provenientes del sur.

—No llegarán muy lejos —prometió Kring con sonrisa lobuna—. Éste ha sido en verdad un afortunado encuentro, sir Tynian... Al menos para mí y mis camaradas. Pero ¿por qué no habéis vuelto grupos vosotros para cobrar la recompensa?

—No estábamos al corriente de que hubiera tal recompensa, *domi* —confesó Tynian—, y debemos atender ciertos asuntos eclesiásticos urgentes. Además —agregó, torciendo el gesto—, en caso de obtener la recompensa, deberíamos entregarla a la Iglesia siguiendo los juramentos prestados. No veo el interés de sudar tanto para enriquecer a un hombre que nunca ha dado golpe en su vida. Prefiero encaminar a un amigo en la dirección de una honesta ganancia.

Kring lo abrazó impulsivamente.

—Hermano —dijo—, sois un verdadero amigo. Es un honor haberos conocido.

—El honor es mío, *domi* —replicó gravemente Tynian.

El *domi* se limpió los grasientos dedos en sus pantalones de cuero.

—Bien, deberíamos ponernos en camino, amigo Tynian —anunció—. No se ganan recompensas cabalgando con lentitud. —Hizo una pausa—. ¿Estáis seguro de que no queréis vender al muchacho?

—Es hijo de un amigo mío —explicó Tynian—. No me importaría deshacerme de él, pero la amistad es algo que valoro.

—Comprendo muy bien, amigo Tynian. —Kring realizó una reverencia—. Encomendadme a Dios la próxima vez que habléis con él. —Montó de un salto a caballo, el cual ya corría antes de que se hubiera apoyado en la silla.

Ulath se acercó a Tynian y le estrechó la mano.

—Tenéis vivo el ingenio —alabó—. Ésta ha sido una brillante jugada.

—Ha sido un trato justo —repuso Tynian con modestia—. Nosotros nos libramos de los zemoquianos que nos siguen y Kring se queda las orejas. Ningún acuerdo entre amigos es justo a menos que ambas partes resulten beneficiadas.

—Realmente cierto —convino Ulath—. Nunca había oído que se compraran orejas. Por lo general son las cabezas.

—Las orejas pesan menos —explicó Tynian—, y no lo miran a uno cada vez que

abre las alforjas.

—¿Os *importaría* dejar ese tema, caballeros? —preguntó cáusticamente Sephrenia—. Después de todo, hay niños con nosotros.

—Perdonad, pequeña madre —se disculpó Ulath—. Sólo hablábamos de asuntos comerciales.

La mujer regresó con paso brioso al carro, murmurando. Falquián tenía la casi completa certeza de que algunas de las palabras estirias que pronunciaba para sus adentros no eran jamás pronunciadas en reuniones de buen tono.

—¿Quiénes eran? —inquirió Bevier, observando a los guerreros que desaparecían rápidamente hacia el sur.

—Pertenece a los keloi —repuso Tynian—, un pueblo nómada dedicado a la cría de caballos. Fueron los primeros elenios de esta región y de ellos proviene el nombre del reino de Kelosia.

—¿Son tan fieros como parecen?

—Más fieros incluso. Su presencia en la frontera fue probablemente la causa de que Otha invadiera Lamorkand en lugar de Kelosia. Nadie que esté en su sano juicio ataca a los keloi.

Al día siguiente llegaron al lago Venne, una gran extensión de aguas poco profundas que las abundantes turberas circundantes mantenían turbia y pardusca. Flauta parecía presa de una extraña agitación cuando asentaron el campamento a cierta distancia de su pantanosa orilla y, tan pronto como estuvo levantada la tienda de Sephrenia, se introdujo presurosa en ella y rehusó volver a salir.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Falquián a Sephrenia, rozando distraídamente el dedo anular de su mano izquierda, que por alguna razón desconocida parecía palpar con inusitada fuerza.

—De veras no lo sé —contestó Sephrenia, frunciendo el entrecejo—. Es como si tuviera miedo de algo.

Después de haber comido y una vez que Sephrenia hubo llevado la cena a Flauta, Falquián interrogó exhaustivamente a cada uno de sus compañeros lesionados y todos sin excepción aseguraron hallarse en perfecto estado de salud, lo cual interpretó él como puras pretensiones.

—De acuerdo pues —cedió al fin—. Volveremos a viajar como antes. Podéis volveros a poner las armaduras y mañana intentaremos ir al trote. Nada de galopar ni de correr y, si tuviéramos algún contratiempo, tratad de manteneros atrás a menos que las cosas se pongan feas.

—Es como una gallina con polluelos, ¿verdad? —señaló Kalten a Tynian.

—Si encuentra una lombriz rascando con las patas, os la coméis vos —replicó Tynian.

—Gracias de todos modos —declinó Kalten—, pero ya he cenado.

Falquián fue a acostarse.

Era alrededor de medianoche y la luna brillaba intensamente fuera de la tienda. Falquián se incorporó de improviso, despertado por un abominable y ensordecedor bramido.

—¡Falquián! —llamó Ulath desde afuera—. ¡Despertad a los otros! ¡Deprisa!

Falquián zarandeo a Kalten, se puso la cota de mallas y, asiendo la espada, salió de la tienda. Al lanzar una rápida ojeada en derredor, advirtió que no necesitaba llamar a los demás. Todos se apresuraban a acorazarse con mallas y a empuñar las armas. Ulath permanecía en el límite del campamento, con el escudo circular en una mano y el hacha en la otra, escrutando atentamente la oscuridad.

—¿Qué es? —le preguntó Falquián, reuniéndose con él—. ¿Qué produce un

sonido semejante?

—Un troll —fue la parca respuesta de Ulath.

—¿Aquí? ¿En Kelosia? Ulath, eso es imposible. No hay ningún troll en Kelosia.

—¿Por qué no salís a explicárselo a él?

—¿Estáis totalmente seguro de que es un troll?

—He oído demasiadas veces ese ruido para confundirlo. Es un troll sin lugar a dudas, y está enfurecido por algo.

—Tal vez deberíamos encender un fuego —sugirió Falquián al tiempo que los otros se unían a ellos.

—No serviría de nada —objetó Ulath—. A los troll no los amedrenta el fuego.

—Conocéis su lengua, ¿no es cierto?

Ulath emitió un gruñido a modo de afirmación.

—¿Por qué no le habláis y le decís que no queremos hacerle ningún daño?

—Falquián —observó Ulath con cara de aflicción—, en esta situación se da el caso contrario. Si ataca, tratad de golpearle las piernas —les advirtió a todos—. Si arremetéis contra su cuerpo, os arrancará las armas de las manos y os las arrojará. Bien, intentaré hablar con él. —Alzó la cabeza y gritó algo en un horrendo lenguaje gutural.

Algo respondió entre la oscuridad, gruñendo y escupiéndolo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Falquián.

—Está maldiciendo. Puede que tarde una hora en acabar la retahíla. Los trolls tienen un montón de juramentos en su idioma. —Ulath arrugó el entrecejo—. Realmente no parece tan seguro de sí mismo —observó, algo desconcertado.

—Quizá nuestro número le inspire cautela —apuntó Bevier.

—Ellos desconocen el significado de esa palabra —disintió Ulath—. He visto a un solo troll atacar una ciudad amurallada.

Sonó un nuevo bramido en las tinieblas, esta vez más próximo.

—Vaya, ¿qué querrá decir con eso? —exclamó, perplejo, Ulath.

—¿Qué? —inquirió Falquián.

—Exige que le devolvamos lo robado.

—¿Talen?

—No lo sé. ¿Cómo iba a limpiarle Talen los bolsillos a un troll si no tienen bolsillos?

Entonces oyeron el sonido del caramillo de Flauta procedente de la tienda de Sephrenia. Su melodía era severa y vagamente amenazadora. Al cabo de un momento la bestia emitió un aullido, en parte de dolor y en parte de frustración, que fue perdiéndose en la lejanía.

—¿Por qué no vamos todos a la tienda de Sephrenia y le damos un beso a esa niña? —propuso Ulath.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kalten.

—Lo ha ahuyentado de alguna manera. Nunca he visto que un troll se arredrara por algo. En una ocasión vi cómo uno trataba de atacar una avalancha. Creo que será mejor que hablemos con Sephrenia. Ocurre algo ahí que no acabo de comprender.

Sephrenia, no obstante, se hallaba tan desconcertada como ellos. Llevaba a Flauta en brazos y la pequeña lloraba.

—Por favor, caballeros —les pidió en voz queda la mujer estirada—, dejadla sola ahora. Está muy, muy disgustada.

—Montaré guardia con vos, Ulath —se ofreció Tynian al salir de la tienda—. Ese bramido me ha paralizado la sangre en las venas y ya no podría volver a dormirme.

Llegaron a la ciudad de Venne dos días después, sin haber advertido posteriores señales de la presencia del troll. Venne no era una ciudad muy atractiva. Debido a los

impuestos locales que gravaban el número de metros cuadrados de suelo que ocupaba cada casa, los ciudadanos habían burlado la ley construyendo inflados pisos superiores que en muchos casos sobresalían de tal modo que las calles semejaban angostos y oscuros túneles, incluso en pleno mediodía. Se instalaron en la posada más limpia que encontraron y Falquián y Kurik salieron para recabar información.

Por alguna misteriosa razón, la palabra «Ghasek» producía un gran nerviosismo en los habitantes de Venne y las respuestas que Falquián y Kurik recibían eran vagas y contradictorias, cuando los interpelados no se alejaban de ellos a toda prisa.

—Allí —indicó Kurik, señalando un hombre que salía con paso incierto de una taberna—. Está demasiado borracho para echar a correr.

Falquián observó apreciativamente al tambaleante individuo.

—También podría estar demasiado ebrio para hablar —arguyó.

Kurik, sin embargo, recurrió a métodos brutalmente expeditivos. Cruzando la calle, agarró al borrachín por el cogote, lo arrastró al final de la calle y le hundió la cabeza en la fuente que allí había.

—Me parece que ya nos entendemos ahora —dijo amigablemente—. Voy a haceros algunas preguntas y vos vais a responderme a ellas..., a menos que se os ocurra la manera de que os nazcan agallas.

Como el hombre farfullaba y tosía, Kurik le palmeó la espalda hasta que se calmó.

—Bien —comenzó Kurik—, la primera pregunta es: «¿Dónde está Ghasek?».

El beodo se puso blanco como el papel y los ojos se le desorbitaron a causa del horror.

Kurik volvió a sumergirle la cabeza.

—Esto está empezando a cansarme —comentó con calma a Falquián mientras contemplaba las burbujas que subían a la superficie del agua. Sacó al hombre tirándole del pelo—. Esto no marcha, amigo —le advirtió—. De veras creo que deberíais comenzar a cooperar. Probemos de nuevo. ¿Dónde está Ghasek?

—Al n..., norte. —El hombre se atragantó y vomitó, rociando de agua la calle. Ahora parecía casi sobrio.

—Eso ya lo sabemos. ¿Qué camino debemos tomar?

—Id a la puerta del norte. Un kilómetro y medio después de dejar la ciudad, el camino se bifurca. Tomad el desvío de la izquierda.

—Vais bien. ¿Veis?, ya casi os estáis secando. ¿A qué distancia se encuentra Ghasek?

—A..., a unas cuarenta leguas. —El hombre trató de zafarse de la férrea mano de Kurik.

—La última pregunta —prometió Kurik—. ¿Por qué se asusta toda la gente de Venne cuando oyen el nombre de Ghasek?

—E..., es un sitio horrible. Allí pasan cosas demasiado espeluznantes para describirlas.

—Tengo buenas tragaderas —le aseguró Kurik—. Adelante. No temáis trastornarme.

—Beben sangre... y se bañan en ella... e incluso se alimentan de carne humana. Es el lugar más malhadado de la tierra. Sólo mencionar su nombre atrae una maldición sobre la propia cabeza. —El hombre se estremeció y prorrumpió en sollozos.

—Vamos, vamos —lo calmó Kurik, soltándolo y dándole suaves palmadas en el hombro. Le entregó una moneda—. Parece que os habéis mojado, amigo —añadió—. ¿Por qué no volvéis a la taberna y os secáis?

El individuo se escabulló a toda prisa.

—No parece un lugar demasiado agradable, ¿eh? —observó Kurik.

—No —admitió Falquián—, pero iremos de todos modos.

Capítulo trece

Dado que la ruta que se proponían seguir era, según todos los indicios, bastante accidentada, dejaron el carro al posadero y partieron a caballo de madrugada entre lóbregas calles iluminadas por antorchas. Como quiera que Falquián les había explicado la información que Kurik había sonsacado al borracho el día anterior, todos miraban con recelo a su alrededor después de haber traspuesto la puerta norte de la ciudad de Venne.

—Seguramente sólo se trata de alguna superstición —se mofó Kalten—. He escuchado terribles historias sobre algunos lugares y la mayoría de las veces han resultado ser sucesos acaecidos varias generaciones antes.

—Verdad es que no parece tener sentido —acordó Falquián—. Ese curtidor de Paler dijo que el conde Ghasek es un erudito. No suele ser ése el tipo de hombre que busca entretenimientos extravagantes. Permanezcamos en guardia de todas formas. Nos hallamos muy lejos de casa y sería un tanto difícil reclamar ayuda.

—Me rezagaré un poco —se ofreció Berit—. Creo que todos nos sentiríamos mejor si tenemos la certeza de que esos zemoquianos ya no nos siguen.

—Me parece que podemos contar con la eficiencia del *domi* —opinó Tynian.

—Aun así... —objetó Berit.

—Adelante, Berit —concedió Falquián—. No está de más ser prudentes.

Cabalgaban al trote lento con la salida del sol cuando llegaron a la bifurcación del camino. El estrecho ramal de la izquierda se encontraba lleno de baches y en pésimas condiciones. La lluvia que había azotado la región hacía días lo había dejado fangoso y en mal estado, empeorado, además, por la tupida maleza que lo bordeaba.

—Va a entorpecernos la marcha —auguró Ulath—, y no van a mejorar las cosas cuando subamos esas colinas. —Tendió la mirada al frente, hacia la suave cordillera cubierta de bosques.

—Haremos lo que podamos —replicó Falquián—, pero tenéis razón. Cuarenta leguas es una considerable distancia, sobre todo transitando por mal camino.

Avanzaron al trote, hollando el fango y, tal como había previsto Ulath, la vereda se tornó aún más escarpada. Media hora después entraron en el bosque, entre cuyos árboles de hoja perenne reinaba una sombría penumbra. Los caballeros, vestidos con armaduras, hallaron alivio en su interior a causa del frescor y la humedad del aire. Hicieron una breve parada a mediodía para tomar una comida consistente en pan y queso y siguieron cabalgando, ascendiendo hacia las cumbres de las montañas.

La región estaba ominosamente desierta e incluso los pájaros parecían haber enmudecido, con excepción de los negros cuervos, que emitían desde los árboles un casi incesante graznar. Cuando el crepúsculo descendía sobre la umbría floresta, Falquián condujo la comitiva a cierta distancia del camino y montaron el campamento para pasar la noche.

El deprimente bosque había abatido incluso al incorregible Kalten, y la cena que tomaron antes de acostarse estuvo presidida por un silencio poco habitual.

Alrededor de medianoche, Ulath despertó a Falquián para que lo relevara en el puesto de guardia.

—Según parece, hay muchos lobos por aquí —le informó en voz baja el corpulento genidio—. No sería mala idea que apoyarais la espalda en el tronco de un árbol.

—Nunca he oído que un lobo atacara a un hombre —objetó Falquián, hablando

también quedamente para no turbar el sueño de los demás.

—Por lo general no lo hacen —convino Ulath—, a menos que estén rabiosos.

—Una alentadora idea.

—Me alegro de que os haya gustado. Me voy a la cama. Ha sido un largo día.

Falquián abandonó el círculo de luz y se detuvo a unos cincuenta metros entre la espesura para acostumar los ojos a la oscuridad. Oyó el aullido de los lobos allá en los bosques y creyó descubrir en ellos la fuente de muchas de las historias que circulaban acerca de Ghasek. Esa tenebrosa frondosidad bastaría para despertar el miedo de las gentes supersticiosas y, si a ella se añadían las bandadas de cuervos —animales de invariable mal agüero— y los escalofriantes aullidos de manadas enteras de lobos, no era difícil adivinar cómo se habían iniciado los rumores. Falquián rodeó con cautela el campamento, aguzando el oído y la vista.

Cuarenta leguas. Habida cuenta del creciente deterioro del camino, no era probable que pudieran recorrer diez leguas por día. A Falquián le irritaba aquella marcha lenta que, sin embargo, no estaba a su alcance modificar. Habían de ir a Ghasek. Pensó que tal vez el conde no hubiera encontrado a nadie que conociera la ubicación de la tumba del rey Sarak, y que aquel tedioso y largo viaje no resultara en fin de cuentas más que una pérdida absoluta de tiempo. Se apresuró a alejar tales cavilaciones de la mente.

Distraídamente, manteniendo la vigilancia, comenzó a preguntarse cómo sería su vida en caso de que lograran restablecer la salud de Ehlana. Él la había conocido de niña, pero ella ya no era una chiquilla. Había percibido algunos atisbos de su personalidad adulta, pero nada que le permitiera pensar que la conocía cabalmente. Sería una buena reina, no le cabía duda de ello, pero ¿qué clase de mujer era exactamente?

Advirtió un movimiento en las sombras y se detuvo, llevando la mano a la espada mientras escudriñaba la oscuridad. Entonces vio un par de ardientes ojos verdes que reflejaban la luz del fuego. Era un lobo. El animal contempló largamente las llamas y luego se volvió para escabullirse en silencio hacia el bosque.

Falquián cayó en la cuenta de que había estado conteniendo el aliento, y espiró de golpe. Nadie está jamás preparado para afrontar un encuentro con un lobo, e, incluso a sabiendas de lo irracional de tal reacción, él también sentía una crispación instintiva.

La luna se elevó, proyectando su pálida luz sobre la oscura espesura. Falquián alzó la cabeza y vio las nubes que se aproximaban. Poco a poco oscurecieron la luna y siguieron extendiéndose.

—Oh, estupendo —murmuró—. Justo lo que necesitábamos: más lluvia. —Sacudió la cabeza y continuó andando, escrutando las tinieblas que lo rodeaban.

Al cabo de un rato, Tynian lo relevó y entonces regresó a su tienda.

—Falquián. —Era Talen, que le tocaba el hombro para despertarlo.

—¿Sí? —Falquián se incorporó al reconocer la nota de urgencia que contenía la voz del chico.

—Hay algo allá afuera.

—Ya lo sé. Lobos.

—Eso no era un lobo..., a menos que hayan aprendido a caminar sobre las patas traseras.

—¿Qué has visto?

—Estaba a oscuras debajo de esos árboles. No he podido verlo muy bien, pero me parece que llevaba una especie de túnica que no le ajustaba muy bien al cuerpo.

—¿El Buscador?

—¿Cómo voy a saberlo? Sólo lo he visto un instante. Ha llegado hasta el lindero y

luego ha vuelto a entrar en el bosque. Seguramente ni siquiera lo habría visto a no ser por el brillo de su cara.

—¿Verde?

Talen asintió.

Falquián comenzó a proferir imprecaciones.

—Cuando se os acaben las palabras, decídmelo —se ofreció Talen—. Soy muy bueno soltando juramentos.

—¿Has avisado a Tynian?

—Sí.

—¿Qué hacías levantado?

Talen exhaló un suspiro.

—A ver si crecéis, Falquián —dijo en un tono que delataba más años de los que en realidad tenía—. Ningún ladrón duerme más de dos horas seguidas sin salir a echar un vistazo.

—No lo sabía.

—Debierais saberlo. Es una vida de mucho nerviosismo, pero es divertida.

Falquián apoyó una mano en la nuca del chiquillo.

—Voy a hacer de ti un niño normal —aseveró.

—¿Por qué molestaros? Ya hace tiempo que dejé eso atrás. Quizás habría sido agradable correr y jugar..., si las cosas hubieran sido distintas..., pero no lo fueron, y esto es mucho más divertido. Volved a dormiros, Falquián. Tynian y yo vigilaremos. Oh, por cierto, va a llover mañana.

Al día siguiente, no obstante, no llovía, si bien las lóbregas nubes oscurecían el cielo. Hacia media tarde, Falquián refrenó a *Faran*.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Kurik.

—Hay un pueblo en ese pequeño valle.

—¿Qué demonios harán allá en medio del bosque? No puede cultivarse la tierra con tantos árboles por todas partes.

—Podríamos preguntárselo, supongo. De todas maneras quiero hablar con ellos. Están más cerca de Ghasek que la gente de Venne, y me gustaría recabar información más efectiva. No hay por qué cabalgar a ciegas hacia un sitio si es posible evitarlo. Kalten —llamó.

—¿Qué quieres? —contestó su amigo.

—Llévate a los otros y seguid avanzando. Kurik y yo vamos a bajar a ese pueblo para hacer unas cuantas preguntas. Ya os alcanzaremos.

—De acuerdo. —El tono de Kalten era algo brusco y desabrido.

—¿Qué te pasa?

—Estos bosques me deprimen.

—Sólo son árboles, Kalten.

—Ya lo sé, pero ¿por qué tiene que haber tantos?

—Mantén los ojos bien abiertos. Ese Buscador merodea por aquí.

Kalten desenvainó la espada con la mirada iluminada y tentó el filo con el pulgar.

—¿Qué te propones? —inquirió Falquián.

—Esta puede ser la ocasión que esperábamos para quitarnos de encima a esa criatura de una vez por todas. Ese bicho de Otha es muy huesudo y con un buen mandoble se partiría fácilmente en dos. Me parece que me rezagaré un poco y le tenderé una emboscada por mi cuenta.

Falquián reflexionó velozmente.

—Un bonito plan —fingió convenir—, pero alguien debe guiar a los otros y ocuparse de su seguridad.

—Tynian puede hacerlo.

—Tal vez, pero ¿estás dispuesto a confiar el bienestar de Sephrenia a alguien que conocemos sólo desde hace seis meses y que todavía está recuperándose de una herida?

Kalten dedicó una buena sarta de obscenidades a su amigo.

—El deber, amigo mío —replicó con calma Falquián—. La implacable llamada del deber nos sustrae a entretenimientos diversos. Haz lo que te he pedido, Kalten. Ya nos encargaremos más adelante del Buscador.

Kalten siguió profiriendo maldiciones. Después volvió grupas y se reunió con los demás.

—Habéis estado casi a punto de pelearos —comentó Kurik.

—Ya me he fijado.

—Kalten es un buen hombre combatiendo, pero a veces es un poco alocado.

Las casas del pueblo eran de troncos, con techos de tierra. Era evidente el esfuerzo realizado por sus habitantes para talar los árboles dejando un círculo despejado, con tocones diseminados, de un radio de unos cien pasos.

—Han despejado el terreno —observó Kurik—, pero apenas veo más que patios traseros. Todavía me pregunto qué hacen aquí.

Al entrar en la aldea obtuvieron respuesta a la pregunta. Varios lugareños serraban tablones sobre rudimentarios caballetes. Grandes pilas de maderos verdes alabeados al lado de las casas explicaban la existencia del pueblo.

Uno de los aldeanos paró de serrar y se secó la frente con un sucio trapo.

—No hay ninguna posada aquí —dijo a Falquián con tono hosco.

—No venimos en busca de una posada, compadre —replicó éste—, sino de información. ¿A cuánto queda la casa del conde Ghasek?

La tez del hombre perdió el color.

—No lo bastante lejos para mi gusto —respondió, observando con nerviosismo al fornido caballero de negra armadura.

—¿Cuál es su inconveniente, amigo? —le preguntó Kurik.

—Ningún hombre que esté en sus cabales se acerca a Ghasek —repuso el aldeano—. La mayoría de la gente ni siquiera quiere hablar de ese sitio.

—Ya oímos algo parecido en Venne —confesó Falquián—. ¿Qué es lo que ocurre en la casa del conde?

—No podría precisarlo, mi señor —contestó evasivamente el hombre—. Nunca he estado allí. Sin embargo, he escuchado algunas historias.

—¿Ah, sí?

—Han desaparecido algunas personas en la región. Como no los han vuelto a ver más, nadie sabe a ciencia cierta lo que les sucedió. Pero los siervos del conde vienen escapándose y él no tiene fama de ser un amo con mano dura. Algo maligno pasa en esa casa y toda la gente que vive en sus proximidades está aterrorizada.

—¿Creéis que el conde es responsable de ello?

—No es muy probable. El conde estuvo ausente durante el pasado año. Viaja mucho.

—Eso nos dijeron. —Falquián tuvo una idea—. Decidme, compadre, ¿habéis visto algún estirio últimamente?

—¿Estirios? No, no vienen a estos bosques. Es bien sabido que a nosotros no nos gusta esa gente.

—Ya veo. ¿A qué distancia habéis dicho que queda la casa del conde?

—No os lo he dicho. Está a unas quince leguas.

—Un tipo de Venne afirmó que estaba a cuarenta leguas de la ciudad —objetó Kurik.

El aldeano bufó con desdén.

—Las gentes de ciudad ni siquiera saben qué es una legua. No puede haber más de treinta de Venne a Ghasek.

—Anoche vimos una persona en el bosque —refirió Kurik con aire conversador—. Llevaba un sayo negro, con la capucha levantada. ¿Podría tratarse de uno de vuestros vecinos?

El rostro del hombre cobró una mortal palidez.

—Nadie de por aquí lleva ese tipo de ropa —dijo lacónicamente.

—¿Estáis seguro?

—Ya me habéis oído. He dicho que nadie de esta zona viste de esa manera.

—Entonces debió de ser algún viajero.

—Sería eso. —Su tono era otra vez hostil y su mirada, extraña.

—Gracias por dedicarnos parte de vuestro tiempo, compadre —le agradeció Falquián, volviendo grupas para abandonar el pueblo.

—Sabe más de lo que dice —observó Kurik cuando pasaban delante de las últimas casas.

—En efecto —acordó Falquián—. No ha caído en las garras del Buscador, pero tiene mucho miedo. Aligeremos el paso. Quiero dar alcance a los otros antes de que oscurezca.

Se reunieron con sus amigos cuando el cielo se teñía con los tonos rojizos del crepúsculo y establecieron el campamento junto a un silencioso lago de montaña a corta distancia del camino.

—¿Creéis que va a llover? —preguntó Kalten después de la cena, cuando estaban sentados alrededor del fuego.

—No lo mentéis —dijo Talen—. Acabo de secarme toda la lluvia que nos cayó encima en Lamorkand.

—Siempre cabe la posibilidad, desde luego —admitió Kurik en respuesta a la pregunta de Kalten—. Es la época del año más propicia, pero no noto mucha humedad en el aire.

Berit llegó del lugar donde habían atado los caballos.

—Sir Falquián —anunció en voz baja—, se acerca alguien.

Falquián se puso en pie.

—¿Cuántos?

—Sólo he oído un caballo. Viene del lado adonde nos dirigimos nosotros. —El novicio hizo una pausa—. El jinete está forzando mucho al animal —añadió.

—No es una actitud aconsejable —gruñó Ulath—, teniendo en cuenta la oscuridad y el estado del camino.

—¿Deberíamos apagar el fuego? —inquirió Bevier.

—Me parece que ya lo ha visto, sir Bevier —replicó Berit.

—Veamos si decide detenerse —sugirió Falquián—. Un hombre solo no representa una seria amenaza.

—A menos que sea el Buscador —apuntó Kurik, descolgando su maza—. Vamos, caballeros —dijo con su brusco tono de sargento—, dispersaos y estad preparados.

Los caballeros respondieron al instante a la nota autoritaria de su voz. Todos reconocían intuitivamente el hecho de que Kurik probablemente sabía más sobre refriegas que cualquier componente de las cuatro órdenes. Falquián desenvainó la espada, con un repentino sentimiento de orgullo por tenerlo como amigo.

El viajero refrenó la montura en el camino no lejos de su campamento, desde donde podían oírse con claridad los jadeos del animal.

—¿Puedo acercarme? —pidió en la oscuridad el recién llegado con voz aguda,

casi histérica.

—Aproxímaos, forastero —contestó Kalten después de lanzar una ojeada a Kurik.

El hombre que se presentó ante ellos vestía de forma llamativa, casi chillona. Llevaba un sombrero de plumas de ala ancha, un jubón de satén rojo, calzas azules y botas de cuero hasta la rodilla. De su hombro pendía un laúd y sólo iba armado con una pequeña daga. Su caballo se tambaleaba, dando bandazos, y el propio jinete no parecía hallarse en mejores condiciones.

—Gracias a Dios —dijo el hombre al ver a los caballeros de pie alrededor del fuego.

Vaciló peligrosamente sobre la silla y habría caído si Bevier no se hubiera precipitado a sostenerlo.

—El pobre hombre parece extenuado —observó Bevier—. Me pregunto de qué debía de huir.

—Lobos, tal vez —sugirió Tynian—. Espero que nos lo cuente tan pronto como recupere el aliento.

—Ve a buscarle un poco de agua, Talen —indicó Sephrenia.

—Sí, señora. —El chiquillo tomó un cubo y se encaminó al lago.

—Tumbaos un momento —aconsejó Bevier al desconocido—. Ahora os halláis a salvo.

—No hay tiempo —jadeó el hombre—. Debo deciros algo de vital urgencia.

—¿Cómo os llamáis, amigo? —le preguntó Kalten.

—Soy Arbele, trovador de oficio —respondió—. Escribo poemas y compongo las canciones que interpreto para entretenimiento de señores y damas. Acabo de llegar de la casa de ese monstruo, el conde Ghasek.

—Esto suena muy prometedor —murmuró Ulath.

Talen trajo el cubo de agua, de la que Arbele bebió ansiosamente.

—Lleva su caballo al lago —ordenó Falquián al muchacho—. No lo dejes beber demasiado al principio.

—De acuerdo —contestó Talen.

—¿Por qué llamáis monstruo al conde? —inquirió Falquián.

—¿Qué otra cosa llamaríais a un hombre que encierra a una bella damisela en una torre?

—¿Quién es esa bella damisela? —preguntó Bevier, mostrando un profundo interés.

—¡Su propia hermana! —repuso Arbele con tono ultrajado—. Una dama incapaz de hacer nada malo.

—¿Os explicó por azar cuál era el motivo? —preguntó Tynian.

—Me contó unas cosas desatinadas y vertió graves acusaciones sobre ella. Yo me negué a escucharlo.

—¿Estáis seguro de esto? —La voz de Kalten sonaba escéptica—. ¿Visteis alguna vez a la dama?

—Bueno, no, no en realidad, pero los siervos del conde me hablaron de ella. Dijeron que es la mujer más hermosa de la región y que el conde la encerró en esa torre cuando regresó de un viaje. Me ha echado a mí y a todos los criados del castillo y ahora se propone mantener prisionera a su hermana en esa torre durante el resto de su vida.

—¡Monstruoso! —exclamó Bevier, con los ojos chispeantes de indignación.

Sephrenia había estado observando con atención al trovador.

—Falquián —lo llamó, haciéndole señas para que se alejara del fuego.

Ambos se apartaron, seguidos de Kurik.

—¿De qué se trata? —preguntó Falquián una vez que pudieron hablar sin ser

oídos.

—No lo toquéis —respondió la mujer— y advertid a los demás de que no lo hagan.

—No comprendo.

—Se lo ve algo raro, Falquián —señaló Kurik—. Tiene una mirada extraña y habla demasiado deprisa.

—Está infectado por algo —aseveró Sephrenia.

—¿Una enfermedad?

Falquián se estremeció al escuchar de sus labios aquella palabra que, en un mundo azotado por las epidemias, resonaba en la imaginación de las gentes como una señal de perdición.

—No en el sentido a que os referís —replicó la estiria—. Esta no es una dolencia física. Algo le ha contaminado la mente..., algo maligno.

—¿El Buscador?

—Me parece que no. Los síntomas no son iguales. Tengo el firme presentimiento de que puede ser contagioso, de modo que mantenedlos a todos alejados de él.

—Este habla —observó Kurik— y no tiene la cara imperturbable. Creo que tenéis razón, Sephrenia. Sin duda no es el Buscador, sino algo distinto.

—Es muy peligroso —advirtió la mujer.

—No por mucho tiempo —dijo con ferocidad Kurik, tendiendo la mano hacia la maza.

—¡Oh, Kurik! —exclamó la mujer con voz resignada—. Dejad eso. ¿Qué diría Aslade si se enterara de que habéis estado asaltando a indefensos viajeros?

—No tenemos por qué contárselo, Sephrenia.

—¿Cuándo llegará el día en que los elenios dejen de pensar con sus armas? —preguntó con exasperación la mujer, antes de agregar algo en estirio cuyo sentido no captó Falquián.

—¿Cómo decíais? —inquirió.

—No importa.

—Hay un problema —afirmó gravemente Kurik—. Si lo del trovador es contagioso, Bevier ya lo tiene también. Lo ha tocado cuando se caía del caballo.

—No perderé de vista a Bevier —prometió la mujer—. Tal vez la armadura lo ha protegido. Lo sabré con más certeza dentro de un rato.

—¿Y Talen? —preguntó Falquián—. ¿Ha tocado al trovador al llevarle el agua?

—Me parece que no.

—¿Podríamos curar a Bevier si se ha contagiado? —inquirió Kurik.

—Ni siquiera sé todavía de qué se trata. Lo único que me consta es que algo se ha adueñado de ese trovador. Regresemos y tratemos de mantener a los otros apartados de él.

—Os encomiendo, caballeros de la Iglesia —los exhortaba el trovador con voz estridente— que cabalguéis en el acto hacia la morada del malvado conde. Castigadlo por su crueldad y liberad a su hermosa hermana de su innmerecido calvario.

—¡Sí! —acordó Bevier lleno de fervor.

Falquián dirigió una rápida mirada a Sephrenia y ésta asintió para advertirle de que estaba contagiado.

—Quedaos con él, Bevier —indicó al arciano—. El resto venid conmigo.

Se alejaron del fuego y Sephrenia los puso al corriente de la situación.

—¿Y ahora Bevier también lo tiene? —le preguntó Kalten.

—Me temo que sí. Ya está comenzando a comportarse de manera irracional.

—Talen —dijo Falquián—, cuando le has alcanzado el cubo de agua, ¿lo has

tocado?

—Me parece que no —respondió el chiquillo.

—¿Ardes en deseos de ir por ahí salvando a doncellas en apuros?

—¿Yo? Seamos serios, Kurik.

—Está bien —dictaminó Sephrenia con alivio.

—Bien —inquirió Falquián—, ¿qué hacemos?

—Iremos a Ghasek con la menor dilación posible —repuso la mujer—. He de averiguar la causa de la infección para poder curarla. *Debemos* entrar a toda costa en ese castillo..., incluso a la fuerza si es preciso.

—Está en nuestras manos hacerlo —aseguró Ulath—, pero ¿qué vamos a hacer con ese trovador? Si es capaz de contagiar a otra gente sólo con tocarlos, es posible que regrese encabezando un ejército.

—Hay una manera muy sencilla de impedirlo —afirmó Kalten, llevando la mano a la empuñadura de la espada.

—No —lo cortó Sephrenia—. Lo dormiré. Unos cuantos días de descanso no le vendrán mal. —Asestó una severa mirada a Kalten—. ¿Por qué recurrís primero a la espada ante cualquier problema?

—Será un exceso de entrenamiento, supongo —contestó con un gesto displicente.

Sephrenia comenzó a pronunciar el encantamiento, moviendo los dedos, y luego lo liberó lentamente.

—¿Qué hay de Bevier? —preguntó Tynian—. ¿No sería una buena idea dormirlo también?

La mujer negó con la cabeza.

—Ha de estar en condiciones para cabalgar. No podemos dejarlo aquí. Limitaos a no acercaros tanto a él como para que pueda tocaros. Yo ya tengo suficientes problemas.

Volvieron al lado del fuego.

—El pobre se ha quedado dormido —les informó Bevier—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Mañana por la mañana iremos a Ghasek —respondió Falquián—. Oh, una cosa, Bevier —agregó—, sé cuán indignado os sentís por esto, pero intentad mantener el control de vuestras emociones cuando llegemos allí. Conservad la mano alejada de la espada y la lengua atada. Es mejor que primero observemos cuál es la situación antes de pasar a la acción.

—Eso es lo más prudente, supongo —admitió a regañadientes Bevier—. Fingiré una enfermedad al llegar allí. No estoy seguro de que pueda contener mi furia si he de mirar demasiadas veces a la cara a ese monstruoso conde.

—Buena idea —convino Falquián—. Tapad con una manta a este amigo nuestro y acostaos. Mañana será una dura jornada.

Después de que Bevier hubo entrado en su tienda, Falquián habló en voz baja a sus compañeros.

—No despertéis a Bevier para que monte guardia esta noche —los previno—. No quiero que se le ocurra partir a caballo por su cuenta.

A la mañana siguiente aún persistían las nubes, formando una densa capota gris que entenebrece la aurora que despuntaba sobre el melancólico bosque. Después de desayunar, Kurik plantó con palos una lona por encima del trovador dormido.

—Por si llueve —dijo.

—¿Está bien? —preguntó Bevier.

—Sólo está agotado —contestó evasivamente Sephrenia—. Dejad que duerma.

Montaron y volvieron al tortuoso camino. Falquián impuso un trote al principio para calentar las monturas y luego, al cabo de media hora, puso a *Faran* al galope.

—Mirad bien el camino —advirtió a los demás—. No sea que después tengamos algún caballo cojo.

Cabalgaron velozmente por el lóbrego bosque, haciendo breves paradas de tanto en tanto para dar descanso a las monturas. A medida que avanzaba el día, comenzaron a oír por el lado oeste truenos que anunciaban una inminente tormenta, lo cual avivó su deseo de llegar al cuestionable refugio de la casa de Ghasek.

Ya en las proximidades del castillo del conde, pasaron por pueblos abandonados que habían quedado en ruinas. Los oscuros nubarrones corrían por el cielo y los distantes truenos se acercaban cada vez más.

Al declinar la tarde, tras bordear una curva avistaron el gran castillo encaramado en un risco al otro lado de un desolado campo donde se arracimaban unas casas hundidas, como temerosas de la desapacible estructura que se cernía sobre ellas. Falquián refrenó a *Faran*.

—No subamos al galope —recomendó—. Es mejor no dar pie a que malinterpreten nuestras intenciones.

Atravesaron el campo al trote y, cruzando el pueblo, se aproximaron a la base del recortado cerro, el cual ascendieron por un estrecho sendero.

—Un lugar triste —comentó Ulath, echando atrás la cabeza para observar el melancólico edificio que coronaba el risco.

—La verdad es que no contribuye a generar gran entusiasmo por esta visita —acordó Kalten.

La senda que seguían los condujo a una puerta atrancada, la cual golpeó Falquián con el puño revestido de acero.

Esperaron, pero nada ocurrió.

Falquián volvió a llamar.

Al poco rato se abrió una ventana en el centro de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz cavernosa.

—Somos viajeros —respondió Falquián— y buscamos refugio ante la tormenta que se avecina.

—La casa está cerrada para los forasteros.

—Abrid la puerta —conminó Falquián—. Somos caballeros de la Iglesia y la negativa a acceder a nuestra razonable demanda de cobijo es una ofensa contra Dios.

El hombre que se encontraba al otro lado de la puerta vaciló.

—Debo pedir permiso al conde —anunció de mala gana con voz lúgubre.

—Hacedlo de inmediato, pues.

—No es un comienzo muy alentador, ¿eh? —observó Kalten.

—Los porteros se toman a veces demasiado en serio su función —le contestó Tynian—. Las llaves y las cerraduras producen extraños efectos en el sentido de la proporción de la gente.

Aguardaron mientras los rayos surcaban el cielo púrpura de poniente.

Después, al cabo de lo que se les antojó un largo rato, oyeron el roce de una cadena seguido del sonido de una pesada barra de hierro corrida entre grandes soportes. La puerta gruñó al abrirse, como si lo hiciera a regañadientes.

El hombre de adentro era descomunal. Iba vestido con armadura de cuero de buey y, bajo unas espesas cejas, sus ojos aparecían hundidos. Su prominente mandíbula enmarcaba un rostro adusto.

Falquián lo conocía. Lo había visto en una ocasión.

Capítulo catorce

El corredor adonde los llevó el hosco guardián estaba tapizado de telarañas y apenas iluminado con antorchas de vacilante llama dispuestas en aros de hierro a intervalos distanciados. Falquián se rezagó deliberadamente para situarse al lado de Sephrenia.

—¿Lo habéis reconocido también? —le susurró.

La mujer asintió.

—Aquí ocurren cosas más terribles de lo que sospechábamos —le respondió en voz baja—. Sed muy prudente, Falquián. Esto es peligroso.

—De acuerdo.

En el extremo del pasillo invadido por las telarañas había una pesada puerta cuyos goznes chirriaron al abrirla su silencioso guía. Llegaron al rellano de una curvada escalera que conducía a una amplia estancia abovedada de paredes pintadas de blanco y de suelo de piedra pulida, negra como el azabache, en la que ardía un trémulo fuego cuya luz sólo acompañaba la llama de una vela situada sobre una mesa junto a la arqueada chimenea. Frente a ella estaba sentado un hombre pálido de pelo gris vestido enteramente de negro. Tenía el semblante melancólico y la tez descolorida de quienes apenas salen a la intemperie y presentaba un aspecto algo insalubre, como si fuera víctima de algún misterioso malestar. Estaba leyendo un gran libro encuadernado con cuero a la luz de la vela.

—Las personas de que os he hablado, amo —anunció con su cavernosa voz el criado de prominente mandíbula.

—Muy bien, Occuda —repuso con voz cansina el hombre sentado junto a la mesa—. Prepárales habitaciones. Se quedarán hasta que amaine la tormenta.

—Será como vos decís, amo. —El fornido individuo se giró y volvió a subir las escaleras.

—Muy poca gente viaja hasta esta parte del reino —les comentó el hombre de negro atuendo—. La región está desolada y su población muy mermada. Soy el conde Ghasek y os ofrezco el magro abrigo de mi casa hasta que pase la tormenta. Con el tiempo tal vez lamentéis haber encontrado mi puerta.

—Me llamo Falquián —le informó éste, antes de presentar a sus acompañantes.

Ghasek inclinó la cabeza ante cada uno de ellos.

—Sentaos —invitó a sus huéspedes—. Occuda volverá en breve y os preparará un refrigerio.

—Sois muy amable, mi señor de Ghasek —le agradeció Falquián, quitándose el yelmo y los guanteletes.

—Es posible que dentro de poco no penséis lo mismo, sir Falquián —replicó ominosamente Ghasek.

—Es la segunda vez que insinuáis la existencia de algún problema entre estos muros, mi señor —señaló Tynian.

—Y sin duda no será la última, sir Tynian. La palabra «problema», no obstante, es demasiado suave, me temo. Para hacer honor a la verdad, si no hubierais sido caballeros de la Iglesia, mis puertas habrían continuado cerradas para vosotros. Ésta es una infeliz morada y no es mi intención hacer partícipes de sus penalidades a los desconocidos.

—Pasamos por Venne hace unos días, mi señor —comunicó prudentemente Falquián—. Allí corren toda suerte de rumores referentes a vuestro castillo.

—No me sorprende lo más mínimo —contestó el conde, moviendo una temblorosa mano ante el rostro.

—¿Os sentís mal, mi señor? —le preguntó Sephrenia.

—La edad avanzada tal vez, y sólo existe una cura para eso.

—No hemos visto otros criados en vuestra casa, mi señor —observó Bevier, eligiendo con cuidado las palabras.

—Ahora Occuda y yo somos las únicas personas que la habitan, sir Bevier.

—Encontramos a un trovador en el bosque, conde Ghasek —refirió Bevier con tono casi amenazador—. El mencionó el hecho de que tenéis una hermana.

—Debéis de referiros a ese insensato llamado Arbele —conjeturó el conde—. Sí, en efecto, tengo una hermana.

—¿Vendrá a reunirse con nosotros la dama? —inquirió Bevier con tono seco.

—No —respondió concisamente el conde—. Mi hermana está indispuesta.

—Lady Sephrenia es muy ducha en las artes curativas —insistió Bevier.

—La dolencia de mi hermana no es susceptible de cura —afirmó algo tajantemente el conde.

—Basta, Bevier —atajó con tono autoritario Falquián al joven cirínico.

Bevier se sonrojó y se levantó de la silla para caminar hasta el otro extremo de la habitación.

—El joven parece muy turbado —observó el conde.

—El trovador Arbele le contó algunas cosas sobre vuestra casa —explicó con franqueza Tynian—. Bevier es arciano, y en ese país son muy emotivos.

—Comprendo —replicó el melancólico aristócrata—. Me imagino el tipo de alocadas invenciones que cuenta Arbele. Por fortuna serán pocos quienes les den crédito.

—Me temo que os halláis en un error, mi señor —disintió Sephrenia—. Las historias que cuenta Arbele son un síntoma de un trastorno que enturbia su razón, y dicho desarreglo es contagioso. Por un tiempo como mínimo, todo aquel a quien encuentre aceptará lo que dice como una verdad absoluta.

—Veo que los brazos de mi hermana alcanzan cada vez más lejos.

De algún lugar alejado de la casa llegó un escalofriante chillido, seguido de repetidas carcajadas de enajenación.

—¿Vuestra hermana? —inquirió Sephrenia.

Ghasek asintió con la cabeza mientras asomaban lágrimas a sus ojos.

—¿Y su enfermedad no es física?

—No.

—No insistamos más, caballeros —indicó Sephrenia—. El tema es doloroso para el conde.

—Sois muy atenta, señora —apreció, agradecido, el conde. Exhaló un suspiro y añadió—: Decidme, caballeros, ¿qué os trae a estos sombríos bosques?

—Hemos venido expresamente a veros, mi señor —le comunicó Falquián.

—¿A *mi*? —El conde parecía sorprendido.

—Vamos en busca de los restos mortales del rey Sarak de Thalesia, que pereció durante la invasión zemoquiana.

—Ese nombre me resulta vagamente familiar.

—Así lo esperaba. Un curtidor de la ciudad de Paler..., un hombre llamado Berd...

—Sí, lo conozco.

—Nos habló de la crónica que estáis reuniendo.

Al conde se le iluminó la mirada y su rostro cobró vida por primera vez desde que habían entrado en la habitación.

—La labor de toda una vida, sir Falquián.

—Eso tengo entendido, mi señor. Berd nos informó de que vuestra investigación es bastante exhaustiva.

—Tal vez Berd sea algo generoso en sus apreciaciones —dijo el conde sonriendo con modestia—. Ello no obstante, he recogido *gran parte* del folklore del norte de Kelosia e incluso de algunas zonas de Deira. La invasión de Otha fue mucho más amplia de lo que comúnmente se cree.

—Sí, eso hemos descubierto. Con vuestro permiso, nos gustaría examinar vuestra crónica con la esperanza de encontrar alguna pista que nos conduzca al lugar donde está enterrado el rey Sarak.

—Desde luego, sir Falquián, y yo mismo os ayudaré, pero la hora es tardía y mi crónica es pesada. —Sonrió humildemente—. En caso de que comenzara, podríamos permanecer despiertos durante casi toda la noche. Pierdo toda noción del tiempo una vez que me he enfrascado en sus páginas. Creo que es mejor esperar hasta mañana antes de comenzar.

—Como vos deseáis, mi señor.

Entonces entró Occuda con una gran olla de estofado y una pila de platos.

—Le he llevado la comida, amo —anunció en voz baja.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó el conde.

—No, amo. Me temo que no.

El conde suspiró y volvió a adoptar una expresión melancólica.

Las cualidades de cocinero de Occuda parecían limitadas. El estofado que les sirvió apenas era aceptable, pero el conde estaba tan inmerso en sus estudios que por lo visto le tenía sin cuidado lo que le traían a la mesa.

Después de cenar, el conde les dio las buenas noches y Occuda los condujo a sus habitaciones por las escaleras y un largo corredor. Al acercarse a los dormitorios volvieron a oír los gritos de la mujer enloquecida. Bevier contuvo un sollozo.

—Está sufriendo —dijo con voz angustiada.

—No, caballero —lo disuadió Occuda—. Está completamente loca y la gente que se halla en su estado no percibe la realidad de sus circunstancias.

—Me interesaría saber cómo ha llegado un criado a ser tan experto en enfermedades mentales.

—Basta, Bevier —lo atajó otra vez Falquián.

—No, caballero —objetó Occuda—. La pregunta de vuestro amigo es pertinente. —Se volvió hacia Bevier—. Durante mi juventud fui monje —dijo—. Mi orden estaba consagrada al cuidado de los enfermos. Una de nuestras abadías había sido convertida en un hospicio para las personas trastornadas, y allí fue donde yo serví. Tuve un continuado contacto con gente que había perdido el juicio y podéis creerme cuando os digo que lady Bellina está irremisiblemente loca.

Bevier pareció perder parte de su aplomo, pero su ademán se endureció casi de inmediato.

—No os creo —espetó.

—Sois muy libre de hacer lo que os parezca, caballero —reconoció Occuda—. Ésta es vuestra habitación —indicó, abriendo la puerta—. Que durmáis bien.

Bevier entró en la estancia y cerró con un portazo.

—Tan pronto como la casa quede en silencio, saldrá en busca de la hermana del conde, lo sabéis, ¿no es cierto? —murmuró Sephrenia.

—Supongo que tenéis razón —acordó Falquián—. Occuda, ¿hay algún modo de cerrar con llave esa puerta?

El corpulento kelosiano asintió.

—Puedo afianzarla con una cadena, mi señor —propuso.

—Hacedlo pues, no sea que a Bevier le dé por vagar por los pasadizos de la casa a media noche. —Falquián reflexionó un instante—. Será mejor que también pongamos un guardia fuera de su puerta —comunicó a los otros—. Como tiene esa hacha con él, si llega a sentirse desesperado, podría tratar de partir la puerta.

—Sería una situación algo delicada, Falquián —opinó dubitativamente Kalten—. Por una parte no queremos herirlo y, por otra, tampoco queremos que nos ataque con esa temible hacha.

—Si trata de salir, habremos de reducirlo —decidió Falquián.

Falquián fue el último de los caballeros que Occuda acompañó a su dormitorio.

—¿Necesitáis algo más, caballero? —preguntó con cortesía el criado.

—Quedaos un momento, Occuda —le pidió Falquián.

—Sí, mi señor.

—Yo os he visto antes.

—¿A mí, mi señor?

—Fue en Chyrellos hace ya cierto tiempo, cuando Sephrenia y yo estábamos vigilando una casa que pertenecía a unos estirios. Os vimos entrar en ese edificio acompañando a una mujer. ¿Era lady Bellina?

Occuda asintió suspirando.

—¿Sabéis que fue lo ocurrido en esa casa lo que la hizo enloquecer? —inquirió Falquián.

—Eso era lo que suponía.

—¿Podrías explicármelo todo? No quiero incomodar al conde con penosas preguntas, pero hemos de liberar a sir Bevier de su obsesión.

—Comprendo, mi señor. Profeso una profunda lealtad al conde, pero quizá vos deberíais conocer los detalles. Así podríais como mínimo protegeros de esa mujer. —Occuda tomó asiento, mostrando una profunda pena en su duro semblante—. El conde es un erudito, caballero, y se ausenta con frecuencia de casa durante largos períodos, en busca de las historias que lleva décadas reuniendo. Su hermana, lady Bellina, es... o era... una mujer corriente, bastante regordeta, de mediana edad, con escasas posibilidades de encontrar marido. Ésta es una remota y aislada morada y Bellina sufría a causa de la soledad y el aburrimiento. El invierno pasado pidió permiso al conde para visitar a unas amigas de Chyrellos y éste dio su consentimiento con la condición de que yo la acompañara.

—Me preguntaba cómo había llegado allí —comentó Falquián, sentándose en el borde de la cama.

—Lo cierto es que —prosiguió Occuda— las amigas de Bellina de Chyrellos son unas insensatas y atolondradas damas y le llenaron la cabeza con historias sobre una casa estiria donde restablecían la juventud y la belleza de una mujer por medio de la magia. Bellina ardió en deseos de ir. Las mujeres hacen a veces cosas así por extraños motivos.

—¿Recobró en efecto la juventud?

—No me permitieron acompañarla a la habitación donde estaba el mago estirio, de manera que no puedo referir lo acaecido allí, pero, cuando salió apenas si la reconocí. Tenía el cuerpo y la cara de una muchacha de dieciséis años, pero sus ojos eran espantosos. Como he dicho a vuestro amigo, he trabajado antes con locos, y enseguida detecté los síntomas. Preparé el equipaje y la traje directamente de regreso a casa con la esperanza de poder tratarla aquí. El conde se encontraba de viaje, de modo que no pudo enterarse de lo que comenzó a ocurrir después de nuestro regreso.

—¿Y qué fue eso?

Occuda se estremeció.

—Fue horrible, caballero —dijo con aversión—. Con algún medio, consiguió dominar por completo al resto de los criados. Era como si fueran incapaces de ofrecer resistencia a sus órdenes.

—¿Exceptuándoos a vos?

—Creo que tal vez el hecho de haber sido monje me protegió... Eso, o que ella pensó que yo no merecía que se tomara la molestia.

—¿Qué fue lo que hizo exactamente? —le preguntó Falquián.

—Fuera lo que fuese lo que encontró en esa casa de Chyrellos, era algo totalmente maligno, caballero, lo cual la poseyó enteramente. Por la noche enviaba a los criados, que actuaban como sus esclavos, a los pueblos de los contornos para que raptaran a inocentes siervos. Más tarde descubrí que tenía una cámara de tortura en la bodega del castillo. Exultaba con la sangre y el dolor. —Los rasgos de Occuda se deformaron por la repugnancia—. Caballero, se alimentaba de carne humana y se bañaba desnuda en sangre humana. Lo vi con mis propios ojos.

Hizo una pausa y después continuó.

—Hace tan sólo una semana que el conde regresó al castillo. Llegó de noche entrada y me mandó a buscar una botella de vino a la bodega, a pesar de que casi nunca bebe más que agua. Al llegar abajo oí algo parecido a un grito. Fui a investigar y abrí la puerta de su cámara secreta. ¡Así no lo hubiera hecho! —Se cubrió la cara con las manos y exhaló un sollozo entrecortado—. Bellina estaba desnuda —prosiguió después de recobrar la compostura— y tenía a una muchacha encadenada a una mesa. Caballero, ¡estaba cortando a la pobre sierva en pedazos mientras ésta aún estaba viva y tenía la boca atiborrada de trozos de carne! —Occuda pareció a punto de vomitar y luego apretó con fuerza los dientes.

Falquián nunca sabría qué lo indujo a formular aquella pregunta.

—¿Estaba sola allí adentro?

—No, mi señor. Los criados que eran sus esclavos estaban también allí, lamiendo la sangre caída en esas enmohecidas piedras. Y... —El hombre de demacrada cara titubeó.

—Continuad.

—No me atrevería a jurarlo, mi señor. Me daba vueltas la cabeza, pero me pareció que en el fondo de la habitación había una figura encapuchada vestida de negro cuya presencia me heló la sangre.

—¿Podrías describirla con más detalle? —inquirió Falquián.

—Alta, muy delgada, envuelta por completo en un sayo negro.

—¿Y? —lo incitó Falquián, sabiendo con escalofriante sorpresa lo que agregaría.

—La cámara estaba oscura, mi señor —se disculpó Occuda—, iluminada sólo por el fuego donde Bellina calentaba los instrumentos de tortura, pero en ese rincón de atrás creí ver un resplandor verde. ¿Es ello algo significativo?

—Podría serlo —respondió Falquián con expresión sombría—. Proseguid con vuestro relato.

—Corrí a informar al conde. Al principio se negó a creerme, pero lo obligué a bajar a la bodega conmigo. En un primer momento creí que iba a matarla al ver lo que hacía. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Ella se puso a chillar al verlo e intentó atacarlo con el cuchillo que había estado utilizando con la muchacha, pero yo se lo arrebaté.

—¿Fue entonces cuando la encerró en la torre? —Falquián estaba conmovido por la historia que acababa de escuchar.

—De hecho, fui yo quien tuvo la idea —reconoció con ceño torvo Occuda—. En el hospicio donde serví, siempre confinaban a los más violentos. La arrastramos hasta la

torre y cerré la puerta con cadenas. Allí permanecerá durante el resto de sus días si yo tengo algo que decir en ello.

—¿Qué sucedió con los otros criados?

—Al principio realizaron intentos de liberarla y yo hube de matar a varios de ellos. Después, ayer, el conde oyó cómo algunos contaban una descabellada historia a ese mentecato trovador. Mi señor me encomendó echarlos a todos del castillo. Se apelotonaron alrededor de la puerta durante un rato y luego se fueron corriendo.

—¿Tenían alguna característica extraña?

—Todos tenían semblantes completamente inexpresivos —repuso Occuda— y los que yo maté murieron sin emitir queja alguna.

—Me lo temía. Ya hemos topado antes con gente así.

—¿Qué le ocurrió en esa casa, caballero? ¿Qué fue lo que le hizo perder el juicio?

—Habéis sido educado como monje, Occuda —señaló Falquián—, con lo cual es probable que hayáis recibido formación teológica. ¿Os resulta familiar el nombre de Azash?

—¿El dios de los zemoquianos?

—El mismo. Los estirios de esa casa de Chyrellos eran zemoquianos y es Azash quien posee el alma de lady Bellina. ¿Hay alguna salida por la que hubiera podido escapar de esa torre?

—Es totalmente imposible, mi señor.

—De alguna manera logró infectar a ese trovador y éste pudo transmitir el trastorno a Bevier.

—No pudo haber salido de la torre, caballero —aseguró Occuda.

—He de hablar con Sephrenia —anunció Falquián—. Gracias por ser tan honesto, Occuda.

—Os he contado todo esto con la esperanza de que pudierais ayudar al conde —contestó Occuda, poniéndose en pie.

—Haremos cuanto esté en nuestras manos.

—Gracias. Voy a poner la cadena en la puerta de vuestro amigo. —Se encaminó a la habitación de Bevier y se volvió a medio camino—. Caballero —dijo con voz sombría—, ¿creéis que debería matarla? ¿No sería mejor así?

—Puede que llegue el momento en que ello sea preciso —reconoció con franqueza Falquián— y, si lo hacéis, habréis de cortarle la cabeza. De lo contrario, volverá a cobrar vida.

—Puedo hacerlo si es necesario. Tengo un hacha y haría cualquier cosa por liberar de su sufrimiento al conde.

Falquián posó afectuosamente la mano en el hombre del criado.

—Sois un hombre bueno y sincero, Occuda —dijo—. El conde es afortunado al teneros a su servicio.

—Gracias, mi señor.

Falquián se quitó la armadura y después se dirigió a la habitación de Sephrenia.

—¿Sí? —contestó ésta en respuesta a su llamada a la puerta.

—Soy yo, Sephrenia.

—Entrad, querido.

—He tenido una conversación con Occuda —informó después de entrar.

—¿Y?

—Me ha contado lo ocurrido aquí. No estoy seguro de que queráis oírlo.

—Si he de curar a Bevier, me temo que deberé escucharlo.

—Estábamos en lo cierto —comenzó Falquián—. La mujer kelosiana que vimos salir de la casa de los zemoquianos en Chyrellos era la hermana del conde.

—Estaba convencida de ello. ¿Qué más?

En pocas palabras, Falquián refirió lo que Occuda le había explicado, resumiendo los detalles más escabrosos.

—Es creíble —dictaminó Sephrenia—. Esa forma de sacrificio forma parte de la adoración de Azash.

—Hay algo más —agregó Falquián—. Cuando entró en la cámara de la bodega, Occuda vio una figura en sombras en uno de los rincones. Llevaba sayo y capucha negros y su cara tenía un brillo verde.

La mujer aspiró hondamente.

—¿Podría Azash tener más de un Buscador suelto? —preguntó Falquián.

—Con un dios mayor todo es posible.

—No podía ser el mismo —afirmó él—. No hay nada que pueda estar a la vez en dos lugares distintos.

—Como ya he dicho, querido, con un dios mayor todo es posible.

—Sephrenia —confesó con voz turbada—, siento tener que decirlo, pero todo esto está comenzando a asustarme un poco.

—Y a mí también, querido Falquián. Mantened a vuestro alcance la espada de Aldreas. Puede que el poder de Bhelliom os proteja. Ahora id a acostaros. Necesito pensar.

—¿Me daréis vuestra bendición antes de ir a dormir, pequeña madre? —solicitó, hincándose de rodillas.

De improviso se sintió como un pequeño e indefenso niño, y besó con suavidad las palmas de las manos de la mujer.

—De todo corazón, querido —repuso la estiria, cubriéndole la cabeza con los brazos y atrayéndolo hacia sí—. Sois el mejor de todos, Falquián —le dijo—, y, si sois fuerte, ni las mismas puertas del infierno lograrán deteneros.

Cuando se puso en pie, Flauta bajó de la cama y se acercó gravemente a él. Se sintió de pronto incapaz de moverse. La niña lo tomó de las muñecas, asiéndolo suavemente, sin que él pudiera resistirse. Luego le volvió las manos y le besó cada una de las palmas, y sus besos ardieron en sus venas como un fuego sagrado. Conmovido, Falquián abandonó la habitación sin agregar palabra alguna.

Tuvo un sueño intranquilo, despertándose a menudo y revolviéndose inquieto en la cama. La noche parecía interminable y el fragor de los truenos sacudía los propios cimientos del castillo. La lluvia que la tempestad había traído arañaba la ventana de la habitación en que Falquián trataba de dormir y el agua caía torrencialmente del tejado de pizarra aporreando las piedras del patio. Debió de ser después de medianoche cuando al fin renunció a su intento y, levantando las mantas, se sentó en el borde de la cama, malhumorado. ¿Qué iban a hacer con Bevier? Sabía que la fe del arciano era profunda, pero el caballero cirínico carecía de la voluntad de hierro de Occuda. Era joven e ingenioso y apasionado como todos los arcianos. Bellina podía servirse de ello. Aun cuando Sephrenia consiguiera sustraer a Bevier de su compulsiva obsesión, ¿qué garantía tenían de que Bellina no pudiera volver a imponérsela en cuanto quisiera? A pesar de su deseo de ahuyentar tal idea, Falquián hubo de admitir que la solución propuesta por Occuda era tal vez la única de que disponían.

Entonces, de improviso, lo invadió el espanto. Algo abrumadoramente maligno rondaba cerca. Se levantó de la cama y buscó la espada entre las tinieblas. Luego se encaminó a la puerta y la abrió.

El solitario corredor estaba parcamente iluminado por la luz de una sola antorcha. Kurik permanecía sentado, dormitando, en una silla fuera de la habitación de Bevier. Entonces se abrió la puerta del dormitorio de Sephrenia y ésta salió presurosa con Flauta

pisándole los talones.

—¿Lo habéis notado también?

—Sí. ¿Habéis detectado de dónde viene?

La mujer señaló la puerta de Bevier.

—Está allí adentro.

—Kurik —llamó Falquián, tocando el hombro de su escudero.

Kurik abrió los ojos al instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hay algo adentro con Bevier. Sé cauteloso.

Falquián descolgó la cadena que había dispuesto Occuda, corrió el cerrojo y abrió despacio la puerta.

Una extraña luz bañaba la habitación donde Bevier se revolvía en la cama bajo la reluciente y borrosa forma de una mujer desnuda. Sephrenia hizo acopio de aire.

—Un súcubo —musitó.

Inició un encantamiento sin dilación, haciendo una señal a Flauta. La pequeña comenzó a tañer una melodía tan compleja que Falquián no pudo siquiera seguirla.

La rutilante mujer que se hallaba junto a la cama, de indescriptible belleza, se volvió hacia la puerta y separó los labios para mostrar sus chorreantes colmillos. Emitió un siseo de despecho que mas bien parecía el chirrido de un insecto, habiendo perdido al parecer la capacidad de movimiento. El hechizo siguió su curso y el súcubo comenzó a encogerse, oprimiéndose la cabeza con las manos. La música de Flauta se tornó más severa y el encantamiento de Sephrenia sonaba cada vez más alto. El súcubo empezó a retorcerse, gritando imprecaciones tan viles que Falquián se arredró al oírlas. Entonces Sephrenia alzó una mano y, para sorpresa de aquél, habló en elenio y no en estirio.

—¡Volved al sitio de donde venís! —ordenó—. ¡Y no volváis a aventuraros a salir esta noche!

El súcubo se disipó con un inarticulado aullido de frustración, dejando tras él el fétido olor a putrefacción y corrupción.

Capítulo quince

—¿Cómo ha salido de esa torre? —susurró Falquián—. Sólo hay una puerta y Occuda la tiene cerrada con cadenas.

—No ha salido —respondió distraídamente Sephrenia, frunciendo el entrecejo—. Sólo una vez había presenciado algo así —agregó. Entonces esbozó una torcida sonrisa—. Ha sido una suerte que recordara el hechizo.

—Lo que decís carece de sentido, Sephrenia —objetó Kurik—. Estaba aquí.

—No, en realidad no estaba. El súcubo no es de carne. Es el espíritu de quien lo envía. El cuerpo de Bellina está todavía confinado en esa torre, pero su espíritu vaga por los corredores de esta melancólica casa, infectando todo cuanto toca.

—Bevier está perdido entonces, ¿no es así? —preguntó Falquián, entristecido.

—No. Lo he sustraído al menos parcialmente a su influencia. Si actuamos con suficiente rapidez, podré liberar su mente enteramente. Kurik, id a buscar a Occuda. He de hacerle algunas preguntas.

—Ahora mismo —repuso el escudero, encaminándose a la puerta.

—¿No volverá mañana a infectar de nuevo a Bevier? —inquirió Falquián.

—Creo que hay un modo de impedirlo, pero debo interrogar a Occuda para estar segura de ello. No habléis tanto, Falquián. Necesito reflexionar. —Se sentó en la cama y aplicó con gesto ausente la mano en la frente de Bevier, el cual se revolvía inquieto—. Oh, parad ya —espetó al joven dormido. Murmuró unas palabras en estirio y el arciano hundió de pronto la cabeza en la almohada.

Falquián aguardó con nerviosismo mientras la menuda mujer ponderaba la situación. Varios minutos después, Kurik regresó con Occuda y Sephrenia se levantó.

—Occuda —comenzó a hablar, pero entonces pareció cambiar de idea—. No —dijo, casi para sí—, existe un método más rápido. Esto es lo que quiero que hagáis. Quiero que rememoréis el momento en que abristeis esa puerta de la bodega..., únicamente el instante en que la abristeis. No os concentréis en lo que hacía Bellina.

—No acabo de comprender, mi señora —confesó Occuda.

—No es preciso que lo entendáis. Sólo debéis hacerlo. Nos queda poco tiempo. —Murmuró unas palabras para sus adentros y luego le pasó la mano por la frente, para lo cual hubo de ponerse de puntillas—. ¿Por qué sois todos tan altos? —se quejó. Mantuvo un momento los dedos sobre la frente de Occuda y después espiró ruidosamente—. Tal como pensaba —afirmó, exultante—. *Debía* estar allí. Occuda, ¿dónde está el conde ahora?

—Me parece que todavía está en la misma sala, señora. Por lo general pasa casi toda la noche leyendo.

—Bien. —Dirigió la mirada a la cama y chasqueó los dedos—. Bevier, levantaos.

El arciano se incorporó rígidamente, con los ojos en blanco.

—Kurik —indicó la estiria—, vos y Occuda, ayudadlo. No lo dejéis caer. Flauta, vuelve a la cama. No quiero que veas esto.

La niña asintió con la cabeza.

—Vamos, caballeros —instó bruscamente Sephrenia—. Nos queda poco tiempo.

—¿Qué es exactamente lo que os proponéis hacer? —preguntó Falquián mientras la seguía por el corredor. Tratándose de una persona tan bajita caminaba muy deprisa.

—No es momento para dar explicaciones —contestó—. Necesitamos el permiso del conde para ir a la bodega... y su presencia, mucho me temo.

—¿La bodega? —repitió Falquián, desconcertado.

—No hagáis preguntas estúpidas, Falquián. —Sephrenia se detuvo y lo miró gravemente—. Os he dicho que no os separéis de esa lanza —lo reconvino—. Ahora volved a vuestra habitación a buscarla.

El caballero extendió los brazos con indefensión y giró sobre sus talones.

—¡Corred, Falquián! —gritó tras él la mujer.

Los alcanzó cuando llegaban a la escalera que conducía a la sala situada cerca del centro del castillo. El conde aún permanecía sentado inclinado sobre un libro a la vacilante luz de la vela. Del fuego sólo restaba el rescoldo, y el viento aullaba con violencia en la chimenea.

—Vais a estropearos la vista —le advirtió Sephrenia—. Dejad el libro. Hay tareas que nos reclaman.

El aristócrata la miró estupefacto.

—He de pedir os un favor, mi señor.

—¿Un favor? Desde luego, señora.

—No os precipitéis en conceder vuestro asentimiento, conde Ghasek..., no hasta saber qué voy a pedir os. Hay una habitación en la bodega de vuestra casa. Necesito visitarla con sir Bevier y también será preciso que vos nos acompañéis. Si actuamos con celeridad, podré curar a Bevier y librar esta casa de la maldición que sobre ella pesa.

Ghasek clavó los ojos en Falquián, con expresión de absoluta perplejidad.

—Os recomendaría que hagáis lo que dice, mi señor —le aconsejó Falquián—. Al final acabaréis haciéndolo de todos modos y resulta mucho menos embarazoso si accedéis de buen grado.

—¿Se comporta así a menudo? —preguntó el conde, poniéndose en pie.

—Con frecuencia.

—El tiempo apremia, caballeros —recordó Sephrenia llena de impaciencia, golpeando el suelo con el pie.

—Venid conmigo —dijo el conde, renunciando a argüir. Los condujo al pasillo cubierto de telarañas—. La entrada de la bodega es por ahí. —Señaló un angosto pasadizo y reemprendió la marcha. Después sacó una llave de hierro del jubón y abrió una estrecha puerta—. Necesitaremos luz —advirtió.

Kurik sacó una antorcha del aro que la soportaba en la pared y se la tendió.

El conde levantó la antorcha y comenzó a bajar por una escalera larga y angosta. Occuda y Kurik sostenían al soñoliento Bevier para impedir que rodara escaleras abajo. Una vez en el sótano, el conde giró a la izquierda.

—Uno de mis antepasados se tenía por un gran experto en vinos —comentó, apuntando a las polvorientas botellas tendidas en estantes de madera entre la penumbra—. Yo apenas aprecio el vino, de modo que no bajo a menudo aquí. Fue mera casualidad que mandara aquí a Occuda una noche y que éste descubriera esa espantosa cámara.

—Esto no va a ser agradable para vos, mi señor —le advirtió Sephrenia—. Tal vez preferiréis esperar fuera de la habitación.

—No, señora —disintió—. Si vos podéis resistirlo, yo también puedo. Ahora no es más que una habitación. Lo que en ella sucedió pertenece al pasado.

—Es el pasado lo que pretendo invocar, mi señor.

El castellano la observó vivamente.

—Sephrenia es experta en secretos —explicó Falquián—. Es capaz de realizar muchos prodigios.

—He oído hablar de personas así —admitió el conde—, pero hay pocos estirios en Kelosia, de manera que nunca he presenciado un ritual donde se practicaran esas artes.

—Quizá no os convenga presenciario, mi señor —lo previno la mujer—. Es preciso que Bevier contemple en toda su crudeza las perversiones de vuestra hermana para curarlo de su obsesión. Vuestra presencia como propietario de la casa es necesaria, pero bastará con que os quedéis fuera de la cámara.

—No, señora, ser testigo de lo acaecido aquí dará vigor a mi entereza. Si el confinamiento no es medida suficiente para neutralizar la influencia de mi hermana, tal vez decida tomar medidas más severas.

—Esperemos que ello no sea necesario.

—Ésta es la puerta de la habitación —anunció el conde, sacando otra llave, que hizo girar en la cerradura.

Una mareante oleada de hedor a sangre y carne putrefacta los golpeó. A la vacilante luz de la antorcha, Falquián percibió al instante las razones del horror que esa cámara había inspirado. En el centro había un potro manchado de sangre y las paredes estaban erizadas de acerados ganchos, en muchos de los cuales aún colgaban trozos de carne ennegrecida. En un muro pendían las espantosas herramientas de tortura: cuchillos, pinzas, hierros de marcar y garfios de puntas afiladas como agujas. También había empulgueras y una bota de hierro, así como toda una colección de látigos.

—Es posible que esto nos lleve cierto tiempo —señaló Sephrenia— y hemos de completar esta tarea antes del amanecer. Kurik, tomad la antorcha y sostenedla a la mayor altura que os alcance el brazo. Falquián, mantened la lanza preparada. Tal vez topemos con algo que quiera obstaculizar nuestro trabajo. —Cogió a Bevier del brazo y lo llevó hacia el potro—. De acuerdo, Bevier —dijo—, despertad.

Bevier pestañeó y miró en torno a sí lleno de confusión.

—¿Qué es este lugar? —inquirió.

—Estáis aquí para mirar, no para hablar, Bevier —contestó la estiria con brusquedad.

Luego comenzó a hablar en estirio, moviendo rápidamente los dedos en el aire frente a ella, y después apuntó a la antorcha para liberar el hechizo.

En un primer momento nada pareció suceder, pero entonces Falquián percibió un tenue movimiento cerca del brutal anaquel y enseguida una figura borrosa que logró percibir con claridad al avivarse de súbito la llama de la antorcha. Era la forma de una mujer cuyo rostro reconoció. Era la dama kelosiana que había visto salir de la casa estiria de Chyrellos. Su cara era la misma que la del súcubo que se había inclinado sobre la cama de Bevier un rato antes. Iba desnuda y tenía una expresión de júbilo. En una mano asía un largo cuchillo y en la otra un garfio. Poco a poco comenzó a aparecer otra figura, atada al potro, que parecía corresponder a una muchacha del vulgo, a juzgar por su atuendo. Ésta tenía el rostro desencajado por un terror ciego y porfiaba inútilmente por zafarse de sus ataduras.

La mujer del cuchillo se acercó a la figura atada en el potro y con deliberada lentitud se dispuso a cortarle la ropa. Una vez que le hubo desgarrado el vestido, la hermana del conde comenzó a deslizarle el filo por la carne, murmurando entre tanto en un extraño dialecto estirio. La muchacha gritaba y lady Bellina esbozó una repulsiva sonrisa en la que se reflejaba su exultante crueldad. Falquián reparó con aversión en que tenía los dientes puntiagudos. Desvió la vista, incapaz de mirar por más tiempo, y entonces vio la cara de Bevier. El arciano contemplaba con horrorizada incredulidad cómo Bellina devoraba la carne de la chica.

Al final de la escena, la sangre manaba por las comisuras de la boca de Bellina, manchándole el cuerpo.

Después las imágenes se modificaron. En aquella ocasión la víctima de Bellina era un varón que se retorció colgado de uno de los ganchos de la pared mientras Bellina

cortaba pequeños pedazos de su cuerpo y se los comía con delectación.

Una vez tras otra, se reanudó ante ellos la procesión de personas sacrificadas. Bevier sollozaba ahora, tratando de taparse los ojos con las manos.

—¡No! —le prohibió Sephrenia, bajándole las manos—. Debéis presenciarlo todo.

El horror se reprodujo con cada víctima inmolada por el cuchillo de Bellina. Lo peor eran los niños. A Falquián le resultaba insoportable.

Y después, tras una eternidad de sangre y agonía, todo se desvaneció. Sephrenia escrutó el rostro de Bevier.

—¿Sabéis quién soy, caballero? —le preguntó.

—Desde luego —repuso éste entre sollozos—. Por favor, lady Sephrenia —suplicó—. Más no, os lo ruego.

—¿Y este hombre? —dijo, señalando a Falquián.

—Sir Falquián de la orden pandion, caballero como yo.

—¿Y él?

Kurik, escudero de Falquián.

—¿Y este señor?

—El conde Ghasek, propietario de esta malhadada casa.

—¿Y éste? —Apuntó a Occuda.

—Es el criado del conde, un bondadoso y honesto hombre.

—¿Todavía os proponéis liberar a la hermana del conde?

—¿Liberarla? ¿Habéis perdido el juicio? Ese demonio debería estar en la más profunda sima del infierno.

—Ha surtido efecto —señaló Sephrenia a Falquián—. Ahora ya no deberemos matarlo. —Su voz expresaba un gran alivio.

Falquián se arredró al percibir la crudeza de tal reflexión.

—Por favor, señora —pidió Occuda con voz trémula—, ¿podemos salir ya de este horrible lugar?

—Aún no hemos concluido. Ahora llegamos a la parte más arriesgada. Kurik, llevad la antorcha al fondo de la habitación. Acompañadlo, Falquián, y estad preparado para cualquier eventualidad.

Obedecieron su indicación y allí, en una hornacina de la pared posterior, vieron el pequeño ídolo de piedra, una imagen grotescamente deforme de repulsivo rostro.

—¿Qué es? —jadeó Falquián.

—Es Azash —respondió Sephrenia.

—¿De veras tiene *ese* aspecto?

—Aproximadamente. Tiene algunos rasgos demasiado horribles para poder ser reproducidos por un escultor.

El aire pareció agitarse delante del ídolo y una alta y esquelética figura de negro sayo con capucha se materializó de improviso entre la imagen de Azash y Falquián. El destello verde que emanaba de su capucha fue incrementando su resplandor.

—¡No le miréis la cara! —le advirtió tajantemente Sephrenia—. Falquián, deslizada la mano izquierda por el asta de la lanza hasta asir el hierro.

Falquián obedeció la orden y, cuando su mano tocó el hierro, notó un enorme flujo de poder.

El Buscador dio un chillido y retrocedió, al tiempo que el brillo de su cara menguaba hasta disiparse. Inexorablemente, paso a paso, Falquián avanzó hacia la encapuchada criatura, esgrimiendo frente a él la punta de la lanza a la manera de un cuchillo. El Buscador chilló de nuevo y luego se esfumó.

—Destruid el ídolo, Falquián —ordenó Sephrenia.

Empuñando todavía la lanza, alargó una mano y sacó el ídolo de la hornacina.

Este parecía terriblemente pesado y cálido al tacto. Lo alzó por encima de la cabeza y lo arrojó al suelo, donde se desintegró en cientos de pedazos.

De la parte más elevada del castillo llegó un grito de indecible desespero.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Sephrenia—. Vuestra hermana está exenta de poder ahora, conde Ghasek. La destrucción de la imagen de su dios la ha privado de toda capacidad sobrenatural y creo que, si fuerais a verla ahora, comprobaríais que vuelve a tener la misma apariencia que antes de entrar en la casa estiria de Chyrellos.

—Nunca podré agradeceroslo bastante, lady Sephrenia —respondió con gratitud.

—¿Era ése el mismo ser que ha estado siguiéndonos? —preguntó Kurik.

—Era su imagen —repuso Sephrenia—. Azash la ha convocado al advertir que el ídolo corría peligro.

—Si sólo era una imagen, entonces no era realmente peligroso, ¿no es cierto?

—Jamás cometáis tal error, Kurik. Las imágenes que Azash invoca son a veces más mortíferas que las criaturas reales. —Miró con desagrado en torno a sí—. Abandonemos este espeluznante lugar —propuso—. Volved a cerrar la puerta, conde Ghasek..., por el momento. Más adelante, sería recomendable tapiar la entrada.

—Me encargaré de ello —prometió éste.

Regresaron a la estancia abovedada donde habían encontrado al conde, en la cual se habían ya reunido los demás.

—¿Qué han sido esos terribles gritos? —preguntó Talen con semblante pálido.

—Mi hermana, me temo —respondió con tristeza el conde Ghasek.

Kalten miró con recelo a Bevier.

—¿Es prudente hablar de ella delante de él? —preguntó en voz baja a Falquián.

—Ya está bien —repuso Falquián—, y lady Bellina ha sido despojada de sus poderes.

—Es un alivio oírlo —declaró Kalten—. No dormía demasiado bien bajo el mismo techo que ella. —Dirigió la mirada a Sephrenia—. ¿Cómo lo habéis logrado? —preguntó—. Curar a Bevier, me refiero.

—Hemos averiguado cómo influía la dama a los demás —explicó—. Hay un hechizo que neutraliza temporalmente ese tipo de influencia. Entonces fuimos a una habitación de la bodega y completamos la cura. —Frunció el entrecejo—. Todavía resta un problema, no obstante —dijo al conde—. Ese trovador aún vaga por ahí. Está infectado, al igual que deben de estarlo los criados que echasteis. Pueden contagiar a otros y regresar con una nutrida multitud. Yo no puedo quedarme aquí para sanarlos a todos. Nuestra misión es demasiado importante para permitirnos tal demora.

—Mandaré llamar a una tropa de hombres armados —declaró el conde—. Dispongo de suficientes recursos para ello, y sellaré las puertas de este castillo. Si es necesario, daré muerte a mi hermana para impedir que escape.

—Seguramente no habréis de recurrir a medidas tan extremas, mi señor —lo disuadió Falquián, recordando algo que había dicho Sephrenia en la bodega—. Vayamos a echar un vistazo a esa torre.

—¿Tenéis un plan, sir Falquián?

—No nos hagamos ilusiones hasta ver la torre.

El conde los condujo al patio. La tormenta había amainado casi por completo. Los relámpagos iluminaban de tanto en tanto el horizonte del lado de oriente y la torrencial lluvia había quedado reducida a intermitentes jirones que lamían las relucientes losas del patio.

—Es ésa, sir Falquián —anunció el conde, señalando el ángulo sureste del castillo.

Falquián tomó una antorcha prendida junto al zaguán, cruzó el mojado patio y se

dispuso a examinar la torre. Era una estructura redonda y achaparrada de unos seis metros de altura y un diámetro de poco más de cuatro. Una escalera de piedra giraba en espiral en torno a ella hasta una puerta fuertemente atrancada y encadenada en la cúspide. Las ventanas apenas pasaban de ser angostas rendijas. En la base del torreón había una segunda puerta que no estaba cerrada con llave, la cual abrió Falquián, para entrar en lo que parecía un almacén. Cajas y sacos se apilaban a lo largo de los muros de una polvorienta estancia que no presentaba indicios de ser utilizada con frecuencia y que, a diferencia de la torre, no era redonda sino semicircular. De las paredes sobresalían unos contrafuertes que sostenían el suelo de piedra de la habitación de arriba. Falquián asintió con satisfacción y volvió afuera.

—¿Qué hay detrás de esa pared del almacén, mi señor? —preguntó al conde.

—Hay una escalera de madera que parte de la cocina, sir Falquián. Antaño, cuando había que defender la torre, los cocineros subían la comida y bebida a los hombres que la protegían. Occuda la usa ahora para llevar la comida a mi hermana.

—Los criados que despedisteis ¿conocen la existencia de esa escalera?

—Sólo lo sabían los cocineros y éstos se hallaban entre los que mató Occuda.

—Mucho mejor. ¿Hay alguna puerta al final de esa escalera?

—No. Sólo una estrecha abertura para hacer pasar la comida.

—Estupendo. La dama no se comportó nada bien, pero no creo que ninguno de nosotros se aviniera a dejarla morir de hambre. —Dirigió la vista a los demás—. Caballeros —anunció—, vamos a aprender un nuevo oficio.

—No acabo de entenderos, Falquián —confesó Tynian.

—Ahora vamos a hacer de albañiles. Kurik, ¿sabes cómo disponer los ladrillos y piedras?

—Por supuesto que sí, Falquián —contestó con disgusto Kurik—. Ya deberíais saberlo.

—Perfecto. Seréis nuestro capataz entonces. Caballeros, puede que os sorprenda lo que voy a proponeros, pero me parece que no disponemos de otra alternativa. —Miró a Sephrenia—. Si Bellina llegara a salir de esa torre, probablemente iría en busca de zemoquianos o del Buscador. ¿Podrían ellos restablecer sus poderes?

—Sí, sin lugar a dudas.

—Hemos de impedirlo. No querría que esa bodega volviera a utilizarse para tales fines.

—¿Qué os proponéis hacer, sir Falquián? —inquirió el conde.

—Vamos a tapiar esa puerta de arriba —respondió Falquián—. Después derrumbaremos la escalera y usaremos sus piedras para emparedar esta puerta de la base de la torre. A continuación ocultaremos la puerta de la cocina que da a la escalera interior del torreón. Occuda podrá seguir llevándole la comida, pero, si el trovador o esos criados logran entrar en el castillo, jamás hallarían el modo de llegar a esa habitación de arriba. Lady Bellina vivirá el resto de sus días en el lugar donde se encuentra ahora.

—Es una perspectiva bastante horrible la que sugerís, Falquián —objetó Tynian.

—¿Preferiríais matarla? —preguntó crudamente éste.

A Tynian se le demudó el semblante.

—Ya veis que es necesario. La emparedaremos.

—Perfecto, Falquián —aprobó Bevier con una escalofriante sonrisa—. Decidme, mi señor —agregó, dirigiéndose al conde—, ¿de cuál de las paredes de vuestro castillo podéis prescindir?

El conde le dedicó una mirada de perplejidad.

—Necesitaremos piedras como material —explicó Bevier—. Una buena cantidad

de ellas, preveo. Quiero que el muro que tape esa puerta de arriba sea recio y resistente.

Capítulo dieciséis

Se despojaron de las armaduras, se vistieron con unos toscos sayos de faena que trajo Occuda y se pusieron manos a la obra. Pronto habían derruido una parte de la pared posterior del establo, trabajando bajo la dirección de Kurik. Occuda preparó una gran tina de argamasa y los caballeros comenzaron a transportar piedras por la curvada escalera hasta la puerta de lo alto de la torre.

—Antes de que empecéis, caballeros —advirtió Sephrenia—, he de verla.

—¿Estáis segura de que es necesario? —le preguntó Kaltén—. Sabéis que aún puede ser peligrosa.

—Eso es lo que he de averiguar. Estoy convencida de que está inerme, pero es mejor cerciorarse y no puedo hacerlo sin verla.

—Y a mí me gustaría ver su rostro por última vez —añadió el conde Ghasek—. No puedo soportar la criatura en que se ha convertido, pero hubo un tiempo en que la amé.

Subieron la escalera y Kurik abrió con una palanca de acero la pesada cadena, tras lo cual el conde sacó una llave y la hizo girar en la cerradura.

Bevier desenvainó la espada.

—¿Es ello en verdad necesario? —le preguntó Tynian.

—Podría serlo —repuso lúgubrementemente Bevier.

—Vamos, caballero —indicó Sephrenia al conde—, abrid la puerta.

Lady Bellina se hallaba de pie cerca del umbral. Su rostro, horriblemente deformado, estaba flácido y su cuello, arrugado. Su enmarañado pelo tenía mechones grises y las carnes colgaban en desagradables pliegues en su cuerpo desnudo. Tenía la mirada totalmente enloquecida y retraía los labios en una mueca de odio, mostrando sus puntiagudos dientes.

—Bellina —dijo el conde lleno de tristeza, pero ella se abalanzó hacia él con las manos extendidas cual garras.

Sephrenia pronunció una palabra, apuntándola con un dedo, y Bellina retrocedió como si hubiera recibido un tremendo golpe. Aullando por su fracaso, intentó precipitarse contra ellos otra vez, pero de pronto se detuvo, arañando el aire frente a ella como si mediara entre ellos una pared que sólo ella alcanzaba a ver.

—Volved a cerrarla, mi señor —aconsejó Sephrenia—. Ya he visto bastante.

—Yo también —replicó el conde con voz turbada y ojos anegados en lágrimas mientras cerraba la puerta—. Ahora está loca sin remisión, ¿no es así?

—Completamente. Claro que ya había perdido el juicio al salir de esa casa de Chyrellos, pero ahora su demencia es absoluta y únicamente entraña peligro para sí misma. —La voz de Sephrenia expresaba una profunda compasión—. No hay espejos en esa habitación, ¿verdad?

—No. ¿Representaría ello una amenaza?

—No, pero al menos no habrá de sufrir contemplando su imagen. Sería demasiado cruel. —Se detuvo, reflexionando—. He advertido algunas hierbas silvestres por los alrededores. Existe un procedimiento para extraer su jugo, el cual produce un efecto sedante. Hablaré con Occuda y le daré indicaciones para que lo añada a su comida. Aunque no la curen, contribuirán a prevenir que se cause algún daño. Cerrad la puerta, mi señor. Esperaré adentro mientras realizáis esta obligada tarea. Avisadme cuando hayáis concluido. —Flauta y Talen salieron tras ella cuando se encaminaba hacia el

castillo.

—Un momento, joven —dijo Kurik a su hijo.

—¿Qué pasa ahora?

—Tú te quedas aquí.

—Kurik, yo no sé nada de cómo poner ladrillos.

—No tienes por qué saber tanto para subir piedras por esa escalera.

—¡Estáis de broma!

Kurik se llevó la mano al cinturón y Talen se alejó presuroso hacia la pila de piedras cuadradas que había al fondo del establo.

—Buen chico —apreció Ulath—. Enseguida se adapta a la realidad.

Bevier insistió en acometer el trabajo principal. El joven cirínico colocaba piedras de un modo casi frenético.

—Ponedlas rectas —le ordenó Kurik—. Ésta será una pared permanente, de modo que debemos trabajar a conciencia.

Falquián emitió una involuntaria carcajada.

—¿Hay algo que os resulta divertido, mi señor? —le preguntó fríamente Kurik.

—No. Es sólo que acabo de acordarme de algo.

—Deberéis contárnoslo más tarde. No os quedéis ahí plantado, Falquián. Ayudad a Talen a acarrear piedras.

El alféizar donde se insertaba la puerta era grueso, dado que aquella torre formaba parte de las fortificaciones del castillo. Levantaron una pared encajada en él al tiempo que la hermana del conde chillaba desafortadamente, aporreando la puerta que estaban sellando. Después iniciaron un segundo muro pegado al primero. Era media mañana cuando Falquián entró en el castillo para comunicar a Sephrenia que habían terminado.

—Bien —contestó ésta.

Volvieron a salir al patio. La lluvia había cesado y el cielo comenzaba a aclararse, lo cual interpretó Falquián como un signo de buen augurio. Condujo a Sephrenia a la escalera que circundaba la torre.

—Muy bonita, caballeros —alabó Sephrenia, dirigiéndose a los otros, que efectuaban los últimos toques en el muro que acaban de construir—. Ahora bajad. He de hacer algo.

Cuando se hallaron abajo, la menuda mujer subió y comenzó a declamar en estirio. Una vez liberado el hechizo, la pared recién construida pareció relucir un momento. Luego el resplandor se disipó y la estiria bajó al patio.

—Ya podéis derribar la escalera ahora —indicó.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Kalten con curiosidad.

—Vuestro trabajo ha sido más perfecto de lo que hubierais creído, querido —le explicó, sonriendo—. La pared que habéis levantado es totalmente inexpugnable ahora. Ese trovador o los criados pueden golpearla con almádenas hasta que estén viejos y canosos, sin alterarla en lo más mínimo.

—La argamasa está completamente seca —les informó Kurik, que había ascendido de nuevo—. Eso suele llevar días.

Sephrenia señaló la puerta de la base de la torre.

—Avisadme cuando hayáis terminado ésta. Hace fresco y hay humedad aquí. Creo que volveré adentro a calentarme.

El conde, más apesadumbrado por la imprescindible sepultura de su hermana de lo que había dado a entender, la acompañó mientras Kurik daba instrucciones a su improvisada cuadrilla de obreros.

Hubieron de trabajar durante casi el resto de la jornada para desmontar la escalera que conducía a la ya tapiada puerta de arriba y sellar la de abajo, tras lo cual Sephrenia

salió, repitió el encantamiento y regresó al castillo.

Falquián y los otros se dirigieron a la cocina, situada en un ala del castillo lindante con la torre.

Kurik examinó la puertecilla que daba a la escalera interior.

—¿Y bien? —inquirió Falquián.

—No me atosiguéis, Falquián.

—Se está haciendo tarde, Kurik.

—¿Queréis hacerlo vos?

Falquián cerró la boca y se limitó a observar sin añadir palabra alguna ni aun cuando Talen escurrió el bulto. El muchacho parecía cansado, y Kurik era un severo capataz, al igual que lo era él mismo en ocasiones.

Kurik habló con Occuda un momento y luego se volvió hacia su cuadrilla de albañiles manchados de argamasa.

—Es hora de que aprendáis otro oficio, caballeros —anunció—. Ahora haréis de carpinteros. Vamos a transformar esa puerta en un armario para la loza. Servirán las mismas bisagras y yo fabricaré un cerrojo que irá oculto. La puerta quedará totalmente tapada. —Reflexionó un instante, ladeando la cabeza para escuchar los amortiguados gritos que llegaban de arriba—. Creo que necesitaré algunos edredones, Occuda —declaró con gesto pensativo—. Los clavaremos en el otro lado de la puerta para que no se oiga tanto el ruido aquí.

—Buena idea —acordó Occuda—. No habiendo más criados, pasaré bastante tiempo aquí adentro y esos gritos podrían llegar a exasperarme.

—No lo hacemos únicamente con ese fin, pero me alegra facilitaros la existencia. Muy bien, caballeros, manos a la obra —indicó Kurik, esbozando una sonrisa—. Todavía haré de vosotros personas de utilidad.

Cuando hubieron concluido, Kurik ensució el armario con una extensa mancha oscura y luego retrocedió unos pasos para observar atentamente la flamante pieza de carpintería.

—Enceradlo un par de veces cuando se haya secado la mancha —instruyó a Occuda— y después arañadlo un poco. También sería conveniente que lo rayarais aquí y allá y que aventarais polvo en las esquinas. A continuación llenadlo de loza. Nadie sospechará jamás que no lleve aquí por lo menos un siglo.

—Tenéis un excelente escudero, Falquián —apreció Ulath—. ¿Os plantearíais la posibilidad de vendérmelo?

—Su mujer me mataría —respondió Falquián—. Además, en Elenia no vendemos a las personas.

—No estamos en Elenia.

—¿Por qué no volvemos a esa sala principal?

—Todavía no, caballeros —los disuadió con firmeza Kurik—. Primero habéis de barrer el serrín del suelo y llevaros las herramientas.

Falquián suspiró y fue a buscar una escoba.

Después de asear la cocina, se limpiaron la argamasa y el serrín prendido al cuerpo, se vistieron con túnica y calzas y regresaron a la gran estancia de techo abovedado, donde encontraron al conde y a Sephrenia enfrascados en animada conversación y a Talen y Flauta sentados cerca de ellos. El chiquillo parecía enseñar a la niña a jugar a damas.

—Ahora tenéis mucho mejor aspecto —señaló Sephrenia con aprobación—. La verdad es que lucíais una apariencia bastante impresentable allá en el patio.

—No se puede hacer paredes sin ensuciarse —contestó Kurik encogiéndose de hombros.

—Me parece que me he clavado una astilla —se lamentó Kalten, mirándose la palma de la mano.

—Es el primer trabajo honesto que ha realizado desde que lo armaron caballero —dijo Kurik al conde—. Con un poco de entrenamiento, no sería un mal carpintero, pero me temo que al resto aún les queda un largo camino.

—¿Cómo habéis disimulado la puerta de la cocina? —le preguntó el conde.

—Le hemos adosado un armario para la loza. Occuda le aplicará ciertos tratamientos para que parezca viejo y luego lo llenará de platos. Hemos acolchado la parte trasera de la hoja para amortiguar el sonido de los gritos de vuestra hermana.

—¿Todavía grita? —El conde exhaló un suspiro.

—Ello no remitirá con los años, mi señor —le advirtió Sephrenia—. Me temo que seguirá gritando hasta que muera. Cuando los alaridos hayan cesado, será la señal de que ha fallecido.

—Occuda está preparándonos algo para comer —anunció Falquián al conde—. Como va a tardar un rato, podríamos aprovechar para echar un vistazo a la crónica que habéis compilado.

—Excelente idea, sir Falquián —aceptó el conde, levantándose de la silla—. ¿Nos disculpáis, señora?

—Desde luego.

—Tal vez os dignéis acompañarnos.

—Ah, no, mi señor —repuso, riendo, la mujer—. Mi presencia no serviría de nada en una biblioteca.

—Sephrenia no sabe leer —explicó Falquián—. Creo que eso guarda relación con su religión.

—No —disintió la estiria—. Está relacionado con la lengua, querido. No quiero adoptar la costumbre de pensar en elenio porque ello podría ser un obstáculo cuando necesito reflexionar... y hablar... en estirio con rapidez.

—Bevier, Ulath, ¿por qué no venís con nosotros? —propuso Falquián—. Entre los dos, podríais aportar algunos detalles que contribuyan a hilar con precisión los sucesos que hemos de reconstruir.

Los tres caballeros abandonaron la sala y se dirigieron entre polvorientos pasillos hasta una puerta del ala oeste. El conde la abrió y los hizo pasar a una lóbrega habitación. Ghasek buscó a tientas en una mesa, tomó una vela y salió al corredor para encenderla en la antorcha que ardía afuera.

La estancia, de reducidas dimensiones, estaba abarrotada de libros.

—Debéis de leer mucho, mi señor —observó Bevier.

—Es lo que hacen los eruditos, sir Bevier. La tierra de esta zona no es buena más que para criar árboles y su cultivo no es una actividad muy estimulante para un hombre civilizado. —Miró en derredor con aire satisfecho—. Éstos son mis amigos —dijo—. Me temo que ahora necesitaré de su compañía más que nunca. Ya no podré volver a salir de esta casa. Habré de quedarme aquí para guardar a mi hermana.

—Los locos no suelen tener una larga vida, mi señor —le aseguró Ulath—. Una vez que han perdido el juicio, comienzan a desatender el cuidado de su persona. Tenía una prima que enloqueció un invierno, y a la primavera siguiente falleció.

—Es penoso hacer votos por la muerte de un ser querido, sir Ulath, pero, Dios me asista, reconozco como propio ese deseo. —El conde posó la mano en un montón de papeles depositados sobre el escritorio—. La labor de mi vida, caballeros. Al grano pues —dijo, tomando asiento—. ¿Qué es exactamente lo que buscáis?

—La tumba del rey Sarak de Thalesia —le respondió Ulath—. No llegó al campo de batalla de Lamorkand, con lo cual suponemos que pereció en alguna escaramuza aquí

en Kelosia o en Deira..., a menos que su barco naufragara.

Falquián se estremeció al considerar por vez primera la posibilidad de que Bhelliom yaciera en el fondo del mar de Kelos, en el estrecho de Thalesia.

—¿Podrías precisar algo más? —pidió el conde—. ¿A qué lado del lago se dirigía el rey? He organizado mi crónica por regiones.

—Todo apunta a que el objetivo del rey Sarak era la ribera oriental —repuso Bevier—. Allí fue donde el ejército thalesiano se enfrentó a los zemoquianos.

—¿Disponéis de algún dato indicativo del lugar donde tomó tierra el barco?

—Ninguno del que tengamos referencias —contestó Ulath—. Yo he realizado algunas deducciones, pero podrían apartarse cien leguas del sitio donde realmente echaron anclas. Es posible que Sarak hubiera tomado rumbo hacia algún puerto de la costa norteña, aunque los barcos thalesianos no siempre lo hacen. Tenemos cierta fama de ser algo dados a la piratería, y tal vez Sarak quiso evitar tediosos interrogatorios y dirigió su proa a alguna playa desierta.

—Eso complica un poco las cosas —admitió el conde Ghasek—. Si supiera dónde había desembarcado, sabría las regiones que podría haber atravesado. ¿Consta en la tradición thalesiana alguna descripción del rey?

—No muy específica —respondió Ulath—, solamente que tenía más de dos metros de estatura.

—Es un dato útil. Seguramente el vulgo ignoraba su nombre, pero recordarían a un personaje tan alto. —Comenzó a hojear el manuscrito—. ¿Podría haber tomado tierra en la costa norte de Deira? —inquirió.

—Es posible, aunque poco probable —opinó Ulath—. Las relaciones entre Deira y Thalesia eran algo tensas por aquel entonces. No creo que Sarak se haya expuesto a que lo capturasen.

—Centrémonos pues en el puerto de Apalia para comenzar. La ruta más corta hacia la orilla oriental del lago Randerá partiría de allí. —Fue pasando páginas ante él. Frunció el entrecejo—. No parece que haya ningún dato de interés aquí —apuntó—. ¿Era numerosa la comitiva del rey?

—No era un grupo muy nutrido —repuso Ulath con voz cavernosa—. Sarak partió apresuradamente de Emsat y sólo se llevó a un reducido séquito.

—Todas las referencias que reuní sobre Apalia mencionan grandes formaciones de tropas thalesianas. Claro que podría haber sucedido lo que vos habéis sugerido, sir Ulath. El rey Sarak habría podido desembarcar en alguna playa solitaria, pasando de largo Apalia. Probemos el puerto de Nadera antes de examinar playas y aislados pueblos de pescadores. —Consultó un mapa y luego hojeó las páginas centrales—. ¡Creo que hemos encontrado algo! —exclamó con el entusiasmo de un especialista—. Un campesino de la zona de Nadera me habló de un barco thalesiano que pasó de noche frente a la ciudad, al comienzo de la campaña, y remontó varias leguas el río antes de echar anclas. Desembarcaron unos cuantos guerreros, uno de los cuales sobrepasaba más de un palmo en estatura al resto. ¿Tenía algo fuera de lo común la corona de Sarak?

—Estaba rematada con una joya azul —informó Ulath con gesto expectante.

—Entonces era él —dedujo, exultante, el conde—. Aquí se hace mención especial de esa joya. Dicen que era grande como un puño.

Falquián exhaló el aliento que había estado conteniendo.

—Al menos el navío de Sarak no se hundió en el mar —constató con alivio.

El conde mojó la pluma en el tintero y efectuó unas cuantas anotaciones.

—Muy bien —dijo con voz animada—. Suponiendo que el rey Sarak tomara el camino más corto entre Nadera y el campo de batalla, habría pasado por las regiones incluidas en esta lista, en todas las cuales he investigado. Estamos acercándonos,

caballeros. Seguiremos la pista de ese monarca. —Comenzó a pasar hojas con presteza—. No hay ninguna mención aquí —murmuró medio para sí—, pero no hubo ningún enfrentamiento en esta zona. —Siguió leyendo con los labios fruncidos—. ¡Aquí! —exclamó con el rostro iluminado por una sonrisa triunfal—. Un grupo de thalesianos pasó a caballo por un pueblo situado a veinte leguas al norte del lago Venne. Su cabecilla era un hombre muy alto que llevaba una corona. Estamos limitando las posibilidades.

Falquián cayó en la cuenta de que contenía la respiración. Había llevado a cabo muchas misiones en su vida, pero aquella búsqueda de un rastro en el papel le producía una extraña excitación. Comenzó a comprender los motivos que inducían a un hombre a consagrar su vida a la investigación y a hallar su gratificación en ello.

—¡Y aquí está! —exclamó alborozado el conde—. Lo hemos encontrado.

—¿Dónde? —preguntó ansiosamente Falquián.

—Os leeré la totalidad del pasaje —respondió el conde—. Comprenderéis, claro está, que yo he transcrito la información en un lenguaje más elegante del que usaba la persona que me la transmitió. —Sonrió—. El habla de los campesinos y siervos es colorista, pero poco apropiada para una obra de erudición. —Lanzó una ojeada a la página—. Oh, sí. Ahora lo recuerdo. Ese hombre era un siervo. Su amo me dijo que era aficionado a las viejas historias. Lo encontré destripando terrones con un azadón en un campo cerca de la orilla este del lago Venne. Esto es lo que me dijo:

«Era durante la fase inicial de la campaña, y los zemoquianos habían invadido bajo las órdenes de Otha los confines orientales de Lamorkand y devastaban cuanto hallaban a su paso. Los reinos elenios occidentales se apresuraron a salir a su encuentro y grandes formaciones de tropas cruzaron la frontera occidental de Lamorkand, pero casi todas se encontraban mucho más al sur del lago Venne. Las fuerzas que bajaban del norte eran en su mayoría thalesianas. Incluso antes de que el ejército thalesiano tomara tierra, una avanzadilla procedente de ese país pasó cabalgando por el lago Venne en dirección sur.

»Otha, como es bien sabido, había enviado tiradores y patrullas que se adelantaban al grueso de sus fuerzas. Fue una de esas patrullas la que interceptó el grupo de thalesianos que he mencionado antes, en un lugar llamado el Túmulo del Gigante.»

—¿Le dieron ese nombre antes o después de la batalla? —preguntó Ulath.

—Sin duda fue después —repuso el conde—. Los kelosianos nunca erigen túmulos. Esa es una costumbre thalesiana, ¿no es cierto?

—En efecto, y la palabra «gigante» describe de forma bastante ajustada a Sarak, ¿no os parece?

—Es exactamente lo que pensaba. Pero aún hay más. —El conde continuó leyendo:

«El enfrentamiento entre los thalesianos y zemoquianos fue breve y muy violento. Los zemoquianos superaban en número apabullante a la reducida banda de guerreros norteños y pronto los redujeron. Uno de los últimos en caer fue el cabecilla, un hombre de enormes proporciones. Uno de sus hombres, aun gravemente herido, tomó algo del cuerpo del dirigente caído y con ello huyó hacia el lago. No se sabe a ciencia cierta qué fue lo que se llevó ni qué hizo con ello. El thalesiano, sometido a una persecución sin tregua por parte de los zemoquianos, murió a causa de sus heridas en la orilla del lago. Entonces pasó por fortuna por allí, de camino al lago Randera, una columna de caballeros alciones que habían regresado a su castillo principal de Deira para recobrar de las lesiones recibidas en la campaña de Rendor, los cuales exterminaron a todos los componentes de la patrulla de zemoquianos. Enterraron al fiel compañero y

prosiguieron la marcha, sin avistar por azar el campo donde había tenido lugar la escaramuza.

»El caso fue que un nutrido grupo de thalesianos venía siguiendo al primer grupo a menos de una jornada de camino y, cuando los campesinos de la zona les informaron de lo acontecido, enterraron a sus paisanos y erigieron el túmulo sobre sus sepulturas. Esta segunda fuerza thalesiana no llegó al lago Randerá, ya que dos días después sufrieron una emboscada en la que perecieron todos.»

—Eso explica por qué nadie tuvo noticias de lo acaecido a Sarak —comentó Ulath—. No quedó nadie vivo para contarlo.

—¿Podría ser la corona del rey lo que se llevó ese hombre? —se interrogó Bevier.

—Es posible —concedió Ulath—. Aunque lo más probable es que se tratara de su espada. Los thalesianos otorgan gran valor a las espadas reales.

—No será difícil averiguarlo —opinó Falquián—. Iremos al Túmulo del Gigante y allí Tynian podrá invocar el espectro de Sarak. Él nos dirá qué fue de su espada... y de su corona.

—Aquí hay algo curioso —dijo el conde—. Recuerdo que estuve a punto de no transcribirlo porque había ocurrido *después* de la batalla. Los siervos vienen viendo desde hace siglos una figura monstruosamente deforme en las zonas pantanosas que rodean el lago Venne.

—¿Alguna criatura de los pantanos? —sugirió Bevier—. ¿Un oso tal vez?

—Creo que los siervos reconocerían la forma de un oso —objetó el conde.

—Un alce quizás —apuntó Ulath—. La primera vez que vi uno, no podía creer que hubiera animales tan grandes, y los alces no son precisamente bien parecidos.

—Recuerdo que los siervos dijeron que ese ser camina sobre las patas traseras.

—¿No podría ser un troll? —inquirió Falquián—. ¿El mismo que gruñía cerca de nuestro campamento allá junto al lago?

—Es peludo, ciertamente, pero ellos afirman que es más bien bajo y que tiene los miembros retorcidos.

Ulath frunció el entrecejo.

—Eso no se corresponde con ninguna descripción de troll de la que yo tenga constancia... a menos que... —Los ojos se le desorbitaron de improviso—. ¡Ghwerig! —gritó, haciendo chasquear los dedos—. *Ha de ser Ghwerig*. Eso corrobora la información anterior, Falquián. Ghwerig está buscando el Bhelliom y sabe dónde se encuentra.

—Creo que será mejor que regresemos al lago Venne —propuso Falquián— y con la mayor celeridad posible. No querría que Ghwerig encontrara el Bhelliom antes que yo y que tuviera que arrebátárselo de las manos.

Capítulo diecisiete

—Estaré en deuda permanente con vosotros, amigos míos —les dijo Ghasek en el patio del castillo a la mañana siguiente cuando se disponían a partir.

—Y nosotros con vos, mi señor —le aseguró Falquián—. Sin vuestra ayuda, no teníamos posibilidad alguna de hallar lo que buscamos.

—Que Dios propicie vuestro camino, sir Falquián —le deseó Ghasek, estrechando con afecto la mano del fornido pandion.

Falquián salió a la cabeza y emprendió la marcha por el angosto sendero que conducía al pie del risco.

—Me pregunto qué será de él —comentó entristecido Talen mientras se alejaban del castillo.

—No tiene elección —contestó Sephrenia—. Ha de quedarse aquí hasta que fallezca su hermana. Aunque ya no representa un peligro, hay que vigilarla y cuidarla.

—Me temo que va a pasar muy solo el resto de sus días —dijo Kalten con un suspiro.

—Tiene sus libros y sus crónicas —disintió Falquián—. Ésa es toda la compañía que necesita un erudito.

Ulath murmuraba para sus adentros.

—¿Algún problema? —le preguntó Tynian.

—Debí pensar que había alguna causa concreta para que aquel troll se encontrara en el lago Venne —respondió Ulath—. Habríamos ganado tiempo si hubiera realizado pesquisas.

—¿Habríais reconocido a Ghwerig en caso de haberlo visto?

Ulath asintió con la cabeza.

—Es uno de los escasísimos trolls enanos que existen, pues las hembras suelen devorar a los cachorros que nacen con malformaciones.

—Una práctica brutal.

—Los trolls no son precisamente famosos por su gentileza. Ni siquiera mantienen relaciones amistosas entre ellos la mayoría de las veces.

El sol relucía con fuerza aquella mañana y los pájaros trinaban en la maleza cercana al pueblo abandonado situado en el centro del campo sobre el que se alzaba el castillo del conde Ghasek. Talen se desvió para cabalgar hacia la aldea.

—No habrá nada que robar allí —le advirtió Kurik.

—Sólo siento curiosidad —respondió el chiquillo—. Os alcanzaré dentro de un par de minutos.

—¿Queréis que vaya a buscarlo? —inquirió Bevier.

—Dejad que dé un vistazo —aconsejó Falquián—. De lo contrario, se pasará el día quejándose.

Poco después Talen regresó al galope con el rostro mortalmente pálido y los ojos desencajados y, al llegar junto a ellos, cayó del caballo y quedó tendido en el suelo vomitando, incapaz de hablar.

—Será mejor que vayamos a echar una ojeada —propuso Falquián a Kalten—. Los demás aguardad aquí.

Los dos caballeros cabalaron precavidamente hacia el pueblo desierto con las lanzas en ristre.

—Ha ido por aquí —anunció en voz baja Kalten, señalando con la punta de la

lanza las huellas dejadas por la montura de Talen en la enfangada calle.

Siguieron el rastro hasta llegar a una casa de dimensiones algo mayores que las de las restantes. Allí desmontaron, desenvainaron las espadas y entraron.

Las habitaciones del interior estaban polvorientas y despojadas de todo mobiliario.

—No hay nada aquí —observó Kalten—. ¿Qué puede haberlo asustado tanto?

Falquián abrió la puerta de una estancia y miró adentro.

—Ve a buscar a Sephrenia —indicó con voz lúgubre.

—¿Qué es?

—Un niño. Lleva mucho tiempo muerto.

—¿Estás seguro?

—Míralo tú mismo.

Kalten se asomó a la habitación y dobló el cuerpo a causa de las náuseas.

—¿Quieres que ella vea esto? —preguntó.

—Debemos saber qué ocurrió aquí.

—Iré en su busca.

Salieron a la calle y Kalten volvió a montar y se dirigió al lugar donde esperaban los otros, mientras Falquián permanecía cerca de la puerta de la casa. El rubio caballero regresó al cabo de unos minutos con Sephrenia.

—Le he recomendado que dejara a Flauta con Kurik —informó Kalten—. No es conveniente que vea lo que hay ahí.

—No —coincidió sombríamente Falquián—. Pequeña madre —se disculpó—, esto no os resultará agradable.

—Son pocas las cosas que lo son —respondió la mujer con resolución.

Ya en la habitación, la estiria lanzó una ojeada y se volvió.

—Kalten —dijo—, id a cavar una tumba.

—No tengo pala —objetó el caballero.

—¡Entonces utilizad las manos! —Su tono era severo, casi salvaje.

—Sí, Sephrenia —replicó antes de salir el caballero, casi amedrentado por la insólita vehemencia de la mujer.

—Oh, pobre criatura —se lamentó Sephrenia, inclinándose sobre el cuerpecillo disecado.

El cadáver del niño estaba reseco, con la piel grisácea y los hundidos ojos abiertos.

—¿Bellina de nuevo? —inquirió Falquián con voz que se le antojó excesivamente alta.

—No —respondió la mujer—. Esto es obra del Buscador. Así es como se alimenta. Mirad aquí —señaló un punto en el cuerpo del pequeño—, y aquí, aquí y aquí. Éstas son las marcas que deja el Buscador. Absorbe los fluidos vitales y no deja más que un pellejo seco.

—No volverá a hacerlo —afirmó Falquián, apretando el puño en torno al asta de la lanza de Aldreas—. La próxima vez que nos encontremos, morirá.

—¿Podéis permitiros eso, querido?

—No puedo consentir lo contrario. Vengaré a este niño... enfrentándome al Buscador, a Azash o al propio infierno.

—Estáis furioso, Falquián.

—Sí, a fe que lo estoy.

Falquián desenvainó de improviso la espada y destruyó con ella una inofensiva pared, en un acto inútil y carente de sentido que, sin embargo, lo hizo sentirse mejor.

Los demás llegaron silenciosamente al pueblo y se pararon en la tumba que Kalten

había cavado con las manos. Sephrenia salió de la casa llevando en brazos el cuerpo desecado del pequeño. Flauta se acercó a ella con una ligera tela de lino y ambas envolvieron cuidadosamente con ella el cadáver, el cual depositaron después en la tosca sepultura.

—Bevier —solicitó Sephrenia—, ¿querríais officiar el funeral? Es un niño elenio, y vos sois el más devoto entre estos caballeros.

—No soy digno de ello. —Bevier sollozaba abiertamente.

—¿Y quién lo es, querido? —arguyó la mujer—. ¿Vais a confiar a solas a este niño a las tinieblas?

Bevier la miró unos instantes y luego se hincó de rodillas en la tierra y comenzó a recitar la antigua plegaria por los difuntos propia de la Iglesia elenia.

Curiosamente, Flauta se instaló junto al arciano arrodillado y enredó los dedos entre los rizos de sus negros cabellos azulados en ademán extrañamente apaciguador. Sin saber por qué, Falquián dio en pensar que aquella extraña niña era tal vez muchísimo mayor de lo que ellos sospechaban. Entonces se llevó la flauta a los labios e interpretó un viejo himno que se remontaba casi a los inicios de la fe elenia, pero agregando a él armónicos estirios. Por un instante, al compás, del cántico que tañía la pequeña, Falquián comenzó a percibir algunas posibilidades hartamente increíbles.

Una vez completado el funeral, montaron y reemprendieron camino. Conservaron un humor taciturno durante el resto del día, al final del cual instalaron el campamento en las cercanías del pequeño lago donde habían encontrado al trovador errante. El hombre había desaparecido.

—Era lo que me temía —dijo Falquián—. Hubiera sido demasiado esperar que todavía estuviera aquí.

—Tal vez lo alcancemos de camino hacia el sur —sugirió Kalten—. Ese caballo que llevaba no estaba en muy buen estado.

—¿Qué podemos hacer por él en caso de encontrarlo? —inquirió Tynian—. No estaríais planeando matarlo, ¿verdad?

—Sólo como último recurso —repuso Kalten—. Ahora que Sephrenia conoce los métodos que utilizó Bellina para ejercer su influencia en él, tal vez podría curarlo.

—Me halaga vuestra confianza, Kalten —replicó la mujer—, pero puede que resultara infundada en este caso.

—¿Se mitigarán alguna vez los efectos del hechizo con que lo embrujó? —preguntó Bevier.

—En cierto modo. Su desesperación irá menguando con el paso del tiempo, pero jamás quedará enteramente libre de ella. Sin embargo, quizá lo inspire a escribir poemas más hermosos. Lo importante es que su capacidad de contagio irá disminuyendo. A menos que trabee contacto con un considerable número de personas en el transcurso de la próxima semana, apenas constituirá un peligro para el conde, y lo mismo puede afirmarse de esos criados.

—Es apaciguador oírlo —reconoció el joven cirínico. Frunció ligeramente el entrecejo—. Puesto que yo ya estaba infectado, ¿por qué vino a mí esa noche aquella criatura? ¿No era ello una simple pérdida de tiempo? —Bevier parecía aún muy afectado por el entierro del niño.

—Era para reforzar el enajenamiento, Bevier —explicó la estiria—. Estabais agitado, pero no habríais llegado al punto de atacar a vuestros compañeros. Debía asegurarse de que recurriríais a cualquier extremo para liberarla de esa torre.

Mientras montaban las tiendas, a Falquián se le ocurrió una idea que fue a consultar con Sephrenia, sentada junto al fuego con su taza de té en las manos.

—Sephrenia —preguntó—, ¿qué está tramando Azash? ¿Por qué se dedica de

improvisado a corromper elenios? Nunca lo había hecho antes, ¿no es cierto?

—¿Recordáis lo que os anunció el espectro del rey Aldreas esa noche en la cripta? —replicó la mujer—. Que había llegado la hora de que Bhelliom surgiera de nuevo a la luz.

—Sí.

—Azash también lo sabe y su ansiedad va en aumento. Supongo que ha comprobado que no puede confiar en sus zemoquianos, pues, aunque siguen sus órdenes, su inteligencia es escasa. Llevan siglos excavando en ese campo de batalla y no hacen más que continuar removiendo la misma tierra. Nosotros hemos reunido más datos sobre la localización de Bhelliom en unas semanas que ellos en el transcurso de quinientos años.

—Ha sido una cuestión de suerte.

—Eso no es del todo cierto, Falquián. Ya sé que a veces os importuno burlándome de la lógica elenia, pero ha sido precisamente ella la que nos ha aproximado tanto a Bhelliom. Un zemoquiano es incapaz de hilar con coherencia las ideas, y ése es el punto débil de Azash. Los zemoquianos no piensan porque no tienen necesidad de hacerlo, puesto que Azash piensa por ellos. Ésa es la razón por la que Azash necesita desesperadamente elenios conversos. No es su adoración lo que necesita, sino su mente. Tiene zemoquianos desperdigados por todos los reinos occidentales para rescatar viejas historias..., del mismo modo que lo hemos hecho nosotros. Me parece que cree que uno de ellos dará con el relato adecuado y que luego sus elenios conversos serán capaces de desentrañar su sentido.

—Es un método muy lento.

—Azash dispone de tiempo. No tiene la urgencia que nos acosa a nosotros.

Esa misma noche, más tarde, Falquián hacía guardia a cierta distancia del fuego, contemplando el pequeño lago que relucía a la luz de la luna. Una vez más, los aullidos de los lobos resonaron en el corazón de los sombríos bosques, pero por algún motivo aquel sonido ya no se le antojaba tan ominoso. El fantasmagórico espíritu que había encantado aquellas florestas había quedado prisionero a perpetuidad y ahora los lobos ya no eran más que simples animales y no un presagio del maligno. El Buscador, desde luego, era harina de otro costal. Falquián se prometió solemnemente hincar la lanza de Aldreas en el cuerpo de aquella inmunda criatura cuando tuviera lugar su próximo encuentro.

—Falquián, ¿dónde estáis? —Era Talen, que hablaba quedamente cerca del fuego escrutando la oscuridad.

—Por aquí.

El chiquillo se acercó a él, vigilando con cuidado dónde ponía los pies para no tropezar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Falquián.

—No podía dormir. He pensado que tal vez os agradecería tener compañía.

—Eres muy amable, Talen. Hacer guardia es un trabajo solitario.

—Estoy muy contento de dejar atrás ese castillo —confesó Talen—. En mi vida había pasado tanto miedo.

—Yo mismo estaba un poco nervioso —admitió Falquián.

—¿Queréis saber algo? Había toda clase de objetos preciosos en el castillo de Ghasek y ni por una vez se me pasó por la cabeza la idea de robar alguno. ¿No es curioso?

—Quizás estés creciendo.

—He conocido ladrones muy viejos —disintió Talen. Después exhaló un desconsolado suspiro.

—¿Por qué estás tan afligido, Talen?

—A pocos les diría esto, Falquián, pero ya no me resulta tan divertido como antes. Ahora que sé que puedo hurtar casi todo lo que se me antoja a la mayoría de la gente, ha perdido gran parte de la emoción.

—Tal vez deberías emprender otro tipo de trabajo.

—¿Para qué otra cosa estoy dotado?

—Lo pensaré y ya te comunicaré lo que se me ocurra.

Talen se puso a reír de improviso.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —inquirió Falquián.

—Sería un poco difícil conseguir referencias —respondió el chico, entre risas—. Normalmente mis clientes ignoraban que mantenían tratos conmigo.

—Podría ser un problema —concedió Falquián, sonriendo—. Ya idearemos algo.

El muchacho volvió a suspirar.

—Ya se está acabando esto, ¿verdad, Falquián? Ahora ya sabemos dónde está enterrado el rey. Sólo tenemos que desenterrar su corona y regresar a Cimmura. Vos iréis al palacio y yo volveré a las calles.

—Me parece que no —replicó Falquián—. Puede que hallemos alguna alternativa a la vida callejera.

—Tal vez, pero, en cuanto se vuelva aburrido, me escaparé otra vez. Voy a echar de menos todo esto, ¿sabéis? Ha habido ocasiones en que he estado tan asustado que casi me meo en los pantalones, pero también lo he pasado bien. Serán esos momentos buenos los que recordaré.

—Al menos te hemos dado algo. —Falquián puso la mano en el hombro del chiquillo—. Vuelve a acostarte, Talen. Mañana nos levantaremos temprano.

—Lo que vos digáis, Falquián.

Partieron con el alba y cabalgaron con cautela por el pedregoso camino en previsión de posibles accidentes. Pasaron frente al pueblo de leñadores sin detenerse y siguieron la marcha.

—¿Cuánto tiempo calculas que tardaremos? —preguntó a media mañana Kalten a Falquián.

—Tres o cuatro días..., cinco a lo sumo —respondió Falquián—. Una vez que hayamos salido de este bosque, el camino será más transitable y avanzaremos con mayor rapidez.

—Entonces lo único que hemos de hacer es localizar el Túmulo del Gigante.

—No creo que cueste encontrarlo. A juzgar por lo que dijo Ghasek, los campesinos lo utilizan como un punto de referencia del terreno. Se lo preguntaremos a ellos.

—Después nos pondremos a cavar.

—Sin duda no es ésa una tarea que vayamos a encomendar a desconocidos.

—¿Recuerdas lo que dijo Sephrenia en el castillo del Alstrom allá en Lamorkand? —preguntó Kalten—. ¿Eso de que la reaparición de Bhelliom sería una portentosa señal cuyos ecos llegarían a todos los confines del mundo?

—Vagamente —repuso Falquián.

—En ese caso, en cuanto lo hayamos desenterrado, Azash tendrá conocimiento de ello y es posible que todo el camino que conduce a Cimmura esté flanqueado de zemoquianos por todos lados. Podría ser un viaje muy agitado.

—No creo que sea así —disintió Ulath, que cabalgaba tras ellos—. Falquián ya tiene los anillos y yo puedo enseñarle algunas palabras de la lengua troll. Una vez que tengamos a Bhelliom en nuestras manos, habrá pocas cosas que no se hallen a nuestro alcance. Será capaz de derribar regimientos enteros de zemoquianos.

—¿De veras es tan poderoso?

—Como no tenéis idea, Kalten. De dar crédito a las historias, apenas existe nada imposible para Bhelliom. Probablemente Falquián podría hasta detener el sol con él si así se lo propusiera.

—¿Es preciso conocer el idioma de los trolls para hacer uso del Bhelliom? —preguntó Falquián a Ulath.

—No estoy seguro —respondió Ulath—, pero dicen que los dioses troll le han infundido su poder. Es posible que no respondieran a palabras en elenio o estirio. La próxima vez que hable con un dios troll se lo consultaré.

Acamparon de nuevo en el bosque esa noche. Después de cenar, Falquián se alejó del fuego para meditar y Bevier se reunió con él.

—¿Pernoctaremos en Venne? —preguntó el cirínico.

—Es más que probable —repuso Falquián—. Dudo que logremos llegar más lejos mañana.

—Bien. Habré de buscar una iglesia.

—¿Oh?

—He sido contaminado por el maligno. Necesito rezar.

—No fue realmente algo de lo que debáis sentirnos culpable, Bevier. Podría haberle sucedido a cualquiera de nosotros.

—Pero fue a mí a quien le ocurrió —repuso Bevier con un suspiro—. Sin duda esa bruja se dirigió a mí porque sabía que era susceptible de rendirme a ella.

—Tonterías, Bevier. Sois el hombre más devoto que he conocido.

—No —disintió Bevier, entristecido—. Conozco mis flaquezas. Me siento poderosamente atraído por los miembros del sexo débil.

—Sois joven, amigo. Dicha inclinación es algo completamente natural. Su apremio cede con el tiempo..., al menos eso me han dicho.

—¿Todavía experimentáis tales urgencias? Confiaba en que al llegar a vuestra edad ya no me atormentarían.

—No funciona así, en realidad, Bevier. He conocido algunos hombres muy viejos que perdían la cabeza por una cara bonita. Supongo que es parte integrante de los seres humanos. Si Dios no quisiera que lo sintiéramos, no lo permitiría. El patriarca Dolmant me lo explicó en una ocasión en que me inquietaba por ello. No sé si acabé de creerlo, pero me hizo sentirme menos culpable.

Bevier rió entre dientes.

—¿Vos, Falquián? Es una faceta que desconocía en vos. Pensaba que el sentido del deber os consumía por completo.

—No enteramente, Bevier. También me queda algo de tiempo que dedicar a otras cuestiones. Es una lástima que no tuvierais ocasión de conocer a Lillias.

—¿Lillias?

—Una mujer rendoreña con la que viví cuando estaba en el exilio.

—¡Falquián! —exclamó, escandalizado, Bevier.

—Formaba parte de un imprescindible disfraz.

—Pero sin duda no... —Bevier dejó la frase por concluir. Falquián tenía la certeza de que estaba completamente ruborizado, a pesar de la oscuridad que le ocultaba el rostro.

—Oh, sí —le aseguró su amigo—. De lo contrario Lillias me habría abandonado. Es una mujer muy fogosa. Como la necesitaba para encubrir mi verdadera identidad, había de hacer ciertas concesiones para contentarla.

—Realmente me sorprendéis, Falquián.

—Los pandion somos una orden mucho más pragmática que la de los cirínicos,

Bevier. Hacemos cuanto es preciso para lograr un objetivo. No os preocupéis, amigo mío. Vuestra alma apenas ha sufrido estragos.

—Aun así necesito dedicar un tiempo a orar en una iglesia.

—¿Por qué? Dios está en todas partes, ¿no es así?

Desde luego.

—Hablad con él aquí pues.

—No sería lo mismo.

—Si ello os resulta más reconfortante...

Reemprendieron la marcha con las primeras luces del amanecer, por un camino que descendía por la cadena de colinas. De vez en cuando, al doblar una curva o coronar un cerro, avistaban el lago Venne refulgiendo bajo el sol primaveral en la lejanía; a media tarde llegaron al cruce de caminos. La vía principal se hallaba en un estado inmejorable comparada con la que conducía a Ghasek y antes de que el crepúsculo abrasara de rojo el horizonte de poniente ya traspasaban la puerta norte de Venne.

Una vez más cabalgaron entre las angostas calles cuyos abultados pisos superiores proyectaban prematuras sombras y llegaron a la posada donde se habían hospedado previamente. El posadero, un jovial y gordo kelosiano, les dio la bienvenida y los condujo a los dormitorios.

—¿Y bien, mis señores? —inquirió—. ¿Cómo resultó vuestra estancia en esos malditos bosques?

—Fue casi un éxito, compadre —respondió Falquián—, y creo que podéis comenzar a propagar la voz de que Ghasek ya no es un lugar que deba inspirar temor. Averiguamos la causa del problema y tomamos medidas al respecto.

—¡Alabado sea Dios por otorgarnos la merced de los caballeros de la Iglesia! —gritó con entusiasmo el posadero—. Los rumores que circulaban han tenido una mala influencia en los negocios de la región de Venne. La gente ha elegido otras rutas para no tener que adentrarse en esos bosques.

—Ahora ya está solucionado —aseveró Falquián.

—¿Era alguna clase de monstruo?

—En cierto modo, sí —repuso Kalten.

—¿Lo habéis matado?

—Lo sepultamos —contestó Kalten encogiéndose de hombros y disponiéndose a quitarse la armadura.

—Bien hecho, mi señor.

—Oh, por cierto —dijo Falquián—, buscamos un lugar llamado el Túmulo del Gigante. ¿Sabéis dónde caer por azar?

—Me parece que está en la ribera oriental del lago —respondió el hombre—. Hay algunos pueblos por allí. Todos quedan un poco apartados de la orilla por las turberas. —Emitió una carcajada—. No será difícil encontrarlos. Los campesinos queman turba en lugar de leña y, con el humo que ésta desprende, no tenéis más que seguir las indicaciones de vuestro olfato.

—¿Qué vais a ofrecernos para cenar hoy? —le preguntó Kalten, ansioso.

—¿Es eso en lo que piensas constantemente? —lo recriminó Falquián.

—Ha sido un largo viaje, Falquián, y necesito tomar una comida como Dios manda. Sois todos buenos compañeros, pero vuestra cocina deja bastante que desear.

—Tengo un perrillo de buey girando en el asador desde esta mañana, mi señor —explicó el posadero—. A estas horas ya debe de estar hecho.

Kalten esbozó una sonrisa beatífica.

Cumpliendo con su palabra, Bevier pasó la noche en una iglesia cercana y se reunió con ellos por la mañana. Falquián decidió no interrogarlo sobre el estado de su

alma.

Salieron de Venne por el camino sur que bordeaba el lago y avanzaron a un ritmo mucho más rápido que el que habían seguido de viaje a la ciudad. En dicha ocasión, Kalten, Bevier y Tynian estaban reponiéndose de la pelea con el monstruoso ser que había surgido del túmulo funerario en la zona norte del lago Randerá, pero ahora estaban completamente recuperados, en condiciones de ir al galope.

Era a última hora de la tarde cuando Kurik situó su montura junto a la de Falquián.

—Acabo de notar un atisbo de humo de turba en el aire —le comunicó—. Hay algún pueblo por los alrededores.

—Kalten —llamó Falquián.

—¿Sí?

—Hay un pueblo cerca. Kurik y yo iremos a echar un vistazo. Instalad el campamento y encended una buena hoguera. Tal vez ya haya anochecido cuando regresemos, y necesitaremos alguna señal para orientarnos.

—Sé lo que debo hacer, Falquián.

—Hazlo pues. —Falquián y su escudero se apartaron del camino y atravesaron al galope un campo en dirección a un bosquecillo situado a poco más de un kilómetro al este.

El olor a turba quemada era cada vez más intenso..., un aroma extrañamente hogareño. Falquián se arrellanó en la silla, experimentando una curiosa sensación de bienestar.

—No bajéis la guardia —lo previno Kurik—. El humo les produce extraños efectos en la cabeza. La gente que alimenta el fuego con turba no siempre es de fiar. En algunos sentidos, son peores que los lamorquianos.

—¿Dónde aprendiste todo eso, Kurik?

—Hay maneras de enterarse. La Iglesia y la nobleza obtienen la información por medio de partes e informes. La plebe va directamente al grano.

—Lo tendré en cuenta. Ahí está el pueblo.

—Será mejor que me dejéis hablar a mí —le aconsejó Kurik—. Por más que lo intentéis, no conseguiríais haceros pasar por un plebeyo.

La aldea tenía una sola calle en la que se alineaban casas bajas de piedra gris y techos de paja. Un corpulento paisano ordeñaba una vaca en un cobertizo.

—Hola, amigo —lo llamó Kurik, bajando del caballo.

El campesino se volvió y se quedó mirándolo fijamente con cara de estupidez.

—¿Conocéis por fortuna un sitio llamado el Túmulo del Gigante? —le preguntó Kurik.

El hombre siguió mirándolo embobado sin responder.

Entonces salió de una casa cercana un delgado individuo de ojos bizcos.

—No vale para nada que le habléis —le advirtió—. Un caballo le coceó la cabeza de joven y no quedó bien.

—¡Oh, qué pena! —exclamó Kurik—. Quizá podríais asistimos vos. Buscamos un lugar llamado el Túmulo del Gigante.

—¿No pensaréis ir allí de noche?

—No, teníamos intención de aguardar a la luz del día.

—Eso está mejor, aunque no mucho. Ese sitio está encantado, ¿sabéis?

—No, no lo sabía. ¿Por dónde cae?

—¿Veis esa senda que va hacia el sureste? —preguntó el hombre, señalando con el dedo.

Kurik asintió con la cabeza.

—Después de la salida del sol, seguidlo. Pasa por el montículo..., a unos siete u ocho kilómetros de aquí.

—¿Habéis visto a alguien merodeando por allí? ¿Cavando tal vez?

—Nunca oí decirlo a nadie. La gente tiene la sensatez de no acercarse a los sitios encantados.

—Hemos oído que tenéis un troll en esta comarca.

—¿Qué es un troll?

—Una fea bestia cubierta de pelo. Ése tiene el cuerpo grotescamente deforme.

—Oh, ese animal. Tiene la madriguera en algún sitio allá en las turberas. Sólo sale de noche y entonces deambula por la orilla del lago. Hace unos horribles ruidos durante un rato y luego aporrea el suelo como si estuviera furioso por algo. Yo mismo lo he visto un par de veces cuando cortaba turba. Yo de vos no me acercaría a él. Parece que tiene muy mal genio.

—Seguiré el consejo. ¿Habéis visto algún estirio por los alrededores?

—No, no vienen por aquí. A nosotros no nos gustan los paganos. No paráis de hacer preguntas, amigo.

Kurik se encogió de hombros.

—Es la mejor manera de enterarse de las cosas —replicó con ligereza.

—Bueno, id a preguntar a otro. Yo tengo trabajo. —Su expresión era ahora de completa hostilidad. Miró con entrecejo fruncido al idiota del cobertizo—. ¿Aún no has acabado de ordeñar? —le preguntó.

El estúpido sacudió la cabeza con aprensión.

—Pues afánate. No cenarás hasta que termines.

—Gracias por dedicarnos parte de vuestro tiempo, amigo —dijo Kurik, volviendo a montar.

El delgado campesino emitió un gruñido y entró nuevamente en la casa.

—Interesante —comentó Falquián mientras abandonaban el pueblo con el rojizo resplandor del sol poniente—. Al menos no hay zemoquianos en los contornos.

—No estoy tan seguro de ello —disintió Kurik—. No creo que ese hombre fuera la mejor fuente de información del mundo. No parece prestar gran interés a lo que ocurre a su alrededor. Además, los zemoquianos no son nuestro único motivo de preocupación. Ese Buscador podría hacer que nos ataque cualquiera y también debemos mantenernos en guardia a causa de ese troll. Si Sephrenia no se equivoca respecto a la inmediata resonancia que tendrá la reaparición de esa joya, el troll sería el primero en enterarse, ¿no creéis?

—No lo sé. Habremos de preguntárselo a ella.

—Es preferible suponer que ése será el caso. Si desenterramos la corona, hemos de estar prevenidos.

—No estás con ánimo alegre. Piensa que al menos hemos averiguado dónde está ese túmulo. Veamos si podemos encontrar el campamento antes de que oscurezca.

Kalten había levantado las tiendas en un bosquecillo de hayas emplazado a algo más de un kilómetro del lago y había encendido una gran hoguera en el linde de la arboleda, junto a la cual lo encontraron Falquián y Kurik al llegar.

—¿Cómo ha ido? —inquirió.

—Nos han indicado el camino para ir al montículo —respondió Falquián desmontando—. No está muy lejos. Vayamos a hablar con Tynian.

El alcione, acorazado con pesada armadura, se encontraba al lado del fuego, conversando con Ulath.

Falquián les transmitió la información recabada por Kurik y luego se dirigió a Tynian.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó sin rodeos.

—Bien. ¿Por qué? ¿Acaso tengo mal aspecto?

—No. Sólo me preguntaba si os sentíais con disposición de volver a practicar la nigromancia. Según recuerdo, la última vez salisteis bastante mal parado.

—Estoy en condiciones de hacerlo —le aseguró Tynian—, con tal que no me hagáis invocar regimientos enteros.

—No, sólo una persona. Necesitamos hablar con el rey Sarak antes de desenterrarlo. Él sabrá probablemente dónde fue a parar su corona y querría cerciorarme de que aprueba el traslado de sus restos a Thalesia. No sería agradable padecer el acoso de un fantasma enojado.

—Ciertamente —acordó con vehemencia Tynian.

Al día siguiente se levantaron antes de la salida del sol y aguardaron con impaciencia la aparición de sus primeros rayos en el horizonte antes de emprender la marcha por campos aún envueltos en tinieblas.

—Creo que habríamos debido esperar a que hubiera más luz, Falquián —gruñó Kalten—. En estas condiciones es difícil encontrar el camino.

—Vamos en dirección este, Kalten. Por ahí sale el sol. No tenemos más que cabalgar hacia la parte más luminosa del cielo.

Kalten murmuró algo para sus adentros.

—No he captado lo que decías —apuntó Falquián.

—No hablaba contigo.

—Oh. Perdona.

La pálida luz predecesora del alba fue incrementando gradualmente, y Falquián miró en derredor para orientarse.

—El pueblo queda allá —dijo señalando—. El sendero que hemos de seguir está al otro lado.

—No corramos demasiado —recomendó Sephrenia, arrojando a Flauta con su blanca túnica—. Quiero que el sol esté bien alto cuando lleguemos al túmulo. Aun cuando el rumor de que está encantado se deba posiblemente a la superstición, no está de más tomar precauciones.

Falquián contuvo a duras penas su impaciencia.

Atravesaron la silenciosa aldea al paso y tomaron la vereda que les había indicado el desabrido campesino. Falquián puso a *Faran* al trote.

—No voy tan deprisa, Sephrenia —aseveró en respuesta al mohín de desaprobación de la mujer—. El sol estará alto para cuando lleguemos allí.

El sendero, flanqueado con paredes de piedra, era sinuoso como todos los caminos, debido al escaso interés de los campesinos por trazar líneas rectas y a su tendencia a seguir la ruta que presentaba menos obstáculos. El desasosiego de Falquián iba en aumento con cada kilómetro recorrido.

—Allí está —anunció al fin Ulath, apuntando al frente—. He visto cientos como éste en Thalesia.

—Esperemos a que el sol esté un poco más elevado —propuso Tynian, escrutando el horizonte—. No quiero que haya sombra alguna cuando lo invoque. ¿Dónde es más probable que esté enterrado el rey?

—En el centro —respondió Ulath—, con los pies apuntando hacia poniente. Sus hombres estarán alineados a ambos lados.

—Es una ayuda saberlo.

—Exploremos los contornos —sugirió Falquián—, para comprobar que no hay excavaciones y que nadie merodea por aquí. Este acto debe llevarse a cabo en privado.

Cabalgaron por los alrededores del túmulo sin hallar muestras de que alguien

hubiera cavado allí. El montículo, de unos treinta metros de largo por seis de ancho, de forma simétrica y laderas cubiertas de hierba, tenía una considerable altura.

—Voy a subir —anunció Kurik al regresar al camino—. Éste es el punto más elevado de la zona y así podré ver si hay alguien.

—¿Vais a caminar sobre una tumba? —preguntó, estupefacto, Bevier.

—Todos vamos a hacerlo dentro de poco, Bevier —señaló Tynian—. Habré de estar bastante cerca del lugar donde está enterrado el rey Sarak para llamar a su espíritu.

—No veo a nadie —informó Kurik después de avizorar desde lo alto del túmulo—, pero hay algunos árboles al sur. No sería mala idea ir a echar un vistazo antes de comenzar.

Falquián hizo rechinar los dientes, pero hubo de admitir que su escudero no carecía de razón.

—Sephrenia —propuso—, ¿por qué no os quedáis aquí con los niños?

—No, Falquián —rehusó ésta—. Si hay gente escondida en esos árboles, no nos conviene que sepan que tenemos un interés especial por este montículo.

—Buen argumento —acordó—. Cabalguemos hacia allí como si tuviéramos intención de continuar rumbo al sur.

Retomaron la tortuosa senda que discurría entre los campos.

—Falquián —advirtió en voz baja Sephrenia cuando se aproximaban al lindero de la arboleda—, hay gente en ese bosque, y no tienen una actitud amistosa.

—¿Cuántos son?

—Una docena como mínimo.

—Rezagaos un poco con Talen y Flauta —le indicó—. Bien, caballeros —agregó, dirigiéndose a los otros—, ya sabéis lo que hay que hacer.

Antes de que entraran en el bosque, un grupo de campesinos salió a su encuentro blandiendo toscas armas, con rostros inexpresivos que proclamaban su identidad. Falquián bajo la lanza y pasó a la carga flanqueado por sus compañeros.

La inexperiencia de los campesinos en el manejo de las armas, sumada a la desventaja de ir a pie, hizo que la refriega durara tan sólo breves minutos.

—Buen trabajo, caballeros —alabó sarcásticamente bajo la sombra de los árboles una escalofriante voz metálica. Entonces el Buscador salió con su capucha y sayo negros a la luz del sol—. Pero no importa —prosiguió—. Ahora sssé dónde esstáiss.

Falquián entregó la lanza a Kurik y deslizó la de Aldreas por la faldilla de la silla.

—Y nosotros sabemos también dónde estáis vos, Buscador —replicó con voz ominosamente tranquila.

—No sseáiss tan inssenssato, sssir Falquián —dijo con voz silbante la criatura—. No ssoiss un contrincante digno de mí.

—¿Por qué no lo probamos?

El rostro tapado de la figura encapuchada comenzó a irradiar un brillo verdoso. Después la luz vaciló y se apagó.

—¡Tenéiss loss anillos! —musitó, mostrándose menos seguro.

—Pensaba que ya lo sabíais.

Sephrenia se acercó a ellos.

—Ha passado bassstante tiempo, Ssephrenia —dijo la criatura.

—Me complacería que hubiera sido más largo —replicó fríamente la estiria.

—Osss perdonaré la vida sssi osss possstráiss adorándome.

—No, Azash. Nunca. Seré fiel a mi diosa.

Falquián miró con estupefacción a la mujer y al Buscador.

—¿Por ventura creéis que Aphrael puede protegeross sssi yo decidiera que

vuesstra vida ya no esss necesaria?

—Ya lo habéis hecho anteriormente sin obtener efectos espectaculares. Continuaré sirviendo a Aphrael.

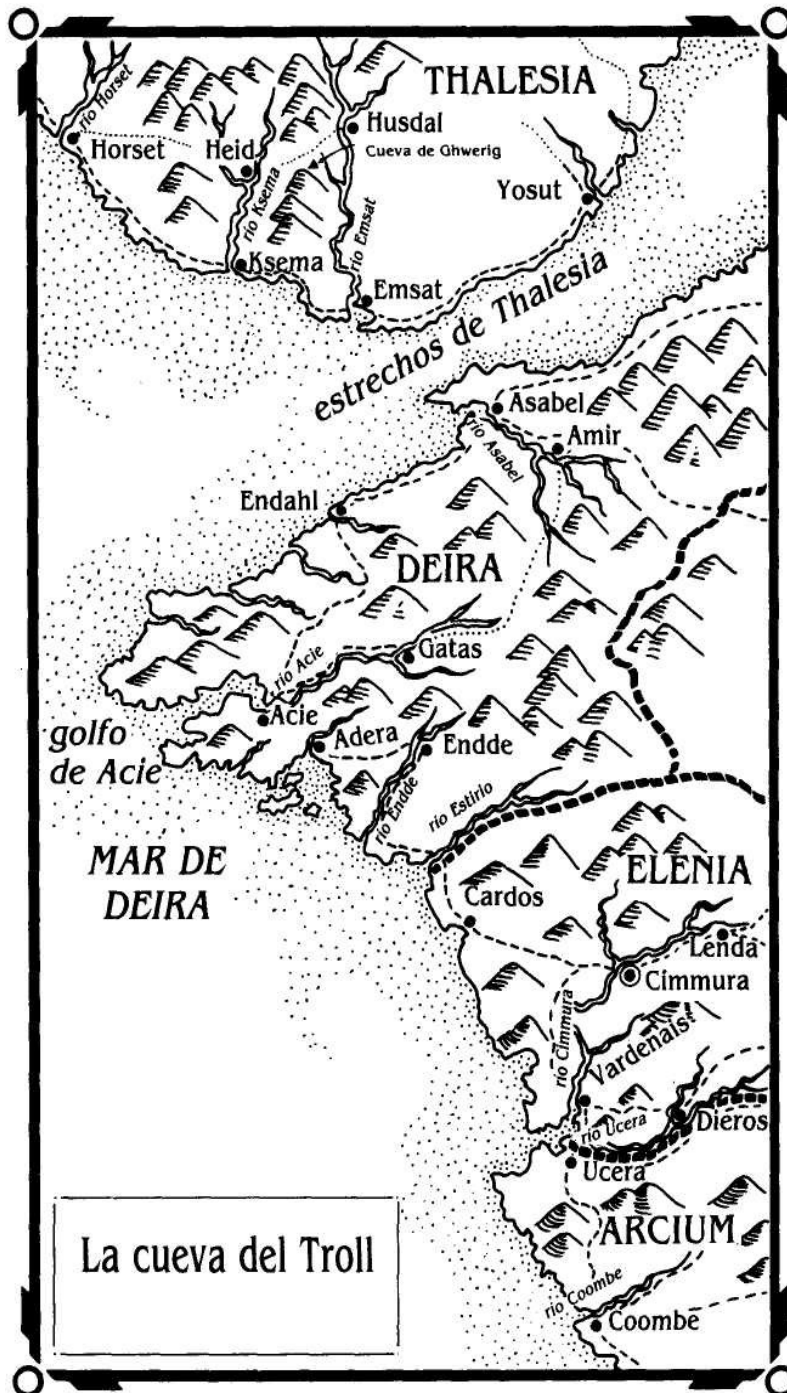
Falquián se adelantó al paso, deslizando la mano adornada con el anillo por el asta de la lanza hasta dejarla reposar en el hierro, y nuevamente sintió un enorme flujo de poder.

—La partida esstá tocando a sssu fin y sssu conclussi3n esss previsssible de antemano. Volveremosss a vernosss, Sssephrenia, y ssserá por última vez.

Entonces el encapuchado volvió grupas y se alejó de la amenazadora proximidad de Falquián.

Tercera parte

LA CUEVA DEL TROLL



Capítulo dieciocho

—¿De veras era Azash? —preguntó asombrado Kalten.

—Era su voz —repuso Sephrenia.

—¿Habla realmente así? ¿Con silbidos?

—No totalmente. La boca del Buscador tergiversa el sonido.

—Infiero que ya habíais tenido algún encuentro con él —señaló Tynian, moviendo los espaldares de su pesada armadura.

—En una ocasión —respondió concisamente la estiria—, hace mucho tiempo. —Falquián tuvo la impresión de que no quería hablar de ello—. Ya podemos volver al montículo —añadió—. Tomemos lo que hemos venido a buscar y partamos antes de que el Buscador regrese con nuevos refuerzos.

Desandaron camino bajo un sol que ya calentaba el aire, pero Falquián sentía frío pese a ello. El encuentro con el dios mayor, aun con la interposición de un representante, le había helado la sangre e incluso parecía haber amortiguado el brillo del sol.

Al llegar al túmulo, Tynian tomó la cuerda y ascendió a la cabeza su empinada pendiente. Una vez más representó el mismo extraño diseño en el suelo.

—¿Estáis seguro de que no despertaréis a uno de los criados por equivocación? —le preguntó Kalten.

Tynian sacudió la cabeza.

—Lo llamaré por su nombre. —Dio inicio al encantamiento y lo concluyó juntando bruscamente las manos.

En un principio no hubo respuesta alguna, pero a los pocos minutos el rey fallecido siglos antes comenzó a brotar del túmulo. Su arcaica cota de mallas presentaba numerosas hendiduras de espada y hacha, el escudo aparecía abollado y su antigua espada estaba mellada. Era muy alto, pero no llevaba corona.

—¿Quién sois? —preguntó con voz cavernosa al espectro. —Soy Tynian, majestad, un caballero alcione de Deira. El rey Sarak le asestó una severa mirada con sus hundidos ojos.

—Esto es impropio de vos, sir Tynian. Devolvedme de inmediato al lugar donde duermo o de lo contrario excitaréis mi ira.

—Os ruego que me perdonéis, majestad —se disculpó Tynian—. No habríamos turbado vuestro reposo de no mediar un asunto de extrema urgencia.

—Nada es tan urgente que preocupe a los muertos.

Falquián se adelantó unos pasos.

—Mi nombre es Falquián, alteza —se presentó.

—Un pandion, a juzgar por vuestra armadura.

—Así es, majestad. La reina de Elenia está gravemente enferma y sólo Bhelliom es capaz de restablecer su salud. Hemos venido a solicitaros permiso para utilizar esa joya para curarla. La devolveremos a vuestra sepultura en cuanto hayamos concluido nuestra tarea.

—Devolvedla o quedáosla, sir Falquián —respondió con indiferencia el fantasma—. Sin embargo, no es en mi tumba donde la hallaréis.

Falquián sintió como si le hubieran propinado un violento golpe en el estómago.

—Esa reina de Elenia, ¿qué dolencia tan grave tiene que sólo Bhelliom pueda sanarla? —Había un leve asomo de curiosidad en la voz del espectro.

—Fue envenenada, majestad, por aquellos que querían arrebatarse el trono.

El semblante de Sarak, completamente imperturbable hasta entonces, expresó una súbita indignación.

—Una auténtica felonía, sir Falquián —dijo con voz áspera—. ¿Conocéis a quienes la perpetraron?

—En efecto.

—¿Y les habéis dado castigo?

—Todavía no, majestad.

—¿Aún tienen la cabeza sobre los hombros? ¿Acaso los pandion han perdido carácter con el paso de los siglos?

—Pensamos que sería mejor devolver la salud a la reina, majestad, para que así tuviera ella el placer de pronunciar su sentencia.

Sarak pareció rumiar tal posibilidad.

—Es justo que así sea —sentenció al fin—. Muy bien, sir Falquián, os ayudaré. No desesperéis porque Bhelliom no se halle en el lugar donde yazgo, ya que yo os encaminaré al sitio donde reposa escondido. Cuando perecía en este campo, mi pariente, el conde de Heid, tomó mi corona y huyó para impedir que cayera en manos de mis enemigos. Gravemente herido, padeció un implacable acoso. Llegó a las orillas de este lago y allí murió, y me ha jurado en la morada de los muertos que con su último hálito arrojó la corona en las cenagosas aguas y que nuestros enemigos no la encontraron. Buscadla allí por lo tanto, en ese lago, pues sin duda es allí donde todavía se encuentra el Bhelliom.

—Gracias, majestad —replicó Falquián con profunda gratitud.

—Soy Ulath de Thalesia —declaró el corpulento genidio— y tengo un lejano parentesco con vos, mi rey. Es impropio que vuestra definitiva sepultura se halle en suelo extranjero. Si Dios me concede la fuerza para llevarlo a cabo, juro ante vos que con vuestro consentimiento llevaré vuestros huesos a nuestra patria para que reposen en el sepulcro real de Emsat.

Sarak observó al genidio de rubias trenzas con aire aprobador.

—Que así sea, pariente mío, pues en verdad mi sueño ha sido inquieto en este rudo lugar.

—Dormid aquí sólo por un tiempo más, mi rey, porque tan pronto haya concluido nuestra misión, regresaré para llevaros a casa. —Había lágrimas en los azules ojos de Ulath—. Dejad que repose, Tynian —indicó—. Su último viaje será largo.

Tynian dejó que el rey Sarak volviera a hundirse en la tierra.

—Decidido pues —afirmó ansiosamente Kaltén—. Cabalguemos hacia el lago para nadar un rato.

—Es más fácil que cavar —aseguró Kurik—. Sólo habremos de preocuparnos por el Buscador y ese troll. Sir Ulath —inquirió, frunciendo el entrecejo—, si Ghwerig sabe exactamente dónde está Bhelliom, ¿por qué no lo ha recuperado en todos estos años?

—Según tengo entendido, Ghwerig no puede nadar —respondió Ulath—. Tiene el cuerpo demasiado deformado. Es probable que debamos pelear con él, no obstante. Nos atacará tan pronto como saquemos el Bhelliom.

Falquián dirigió la mirada a poniente, donde la luz del recién nacido sol resplandecía en las aguas del lago. La alta hierba que crecía cerca del montículo se agitaba al compás de la brisa matinal en verdes oleadas que morían en las proximidades del lago con las grisáceas juncias y plantas acuáticas que cubrían las turberas.

—Ya nos preocuparemos de Ghwerig cuando lo veamos —dijo.

Bajaron por la herbosa pendiente del montículo y montaron a caballo.

—Bhelliom no puede estar lejos de la orilla —opinó Ulath mientras cabalgaban

hacia el lago—. Las coronas son de oro y ése es un material pesado. Un moribundo no podría lanzarla a mucha distancia. He buscado objetos sumergidos con anterioridad —agregó, rascándose la barbilla—. Hay que obrar metódicamente. De poco sirve andar de un lado a otro sin más.

—Cuando estemos allí, enseñadnos la manera de hacerlo —respondió Falquián.

—De acuerdo. Cabalguemos en dirección oeste hasta la ribera. Si el conde Heid estaba agonizando, ha de haber caminado en línea recta sin desviarse.

Siguieron cabalgando. El júbilo de Falquián se veía ensombrecido por cierta ansiedad. No había modo de saber cuánto tardaría el Buscador en regresar con una horda de hombres de mentes embotadas, y era consciente de que ellos no podrían explorar las profundidades del lago, con la armadura puesta, lo cual los dejaría indefensos. A ello había que añadir el hecho de que, tan pronto como el espíritu de Azash los divisara en las aguas, sabría sin lugar a dudas qué estaban haciendo, y lo mismo ocurriría con Ghwerig.

La ligera brisa continuaba soplando, impulsando las blancas nubes que surcaban el azul del cielo con majestuoso movimiento.

—Hay un bosque de cedros allá —anunció Kurik, señalando una mancha verde situada a unos trescientos metros—. Habremos de construir una balsa. Venid, Berit. Comenzaremos a talar troncos. —Condujo la reata de caballos de carga hacia la arboleda seguido del novicio.

Falquián y sus amigos llegaron al lago a media mañana y permanecieron parados unos instantes, contemplando el agua que rizaba la brisa.

—Esto va a dificultar mucho la búsqueda de algo en el fondo —observó Kalten, apuntando en dirección a las fangosas profundidades veladas por los sedimentos de turba.

—¿Algún atisbo del punto en que debió de llegar a la orilla el conde Heid? —preguntó Falquián a Ulath.

—La crónica del conde Ghasek contaba que después llegaron unos caballeros alciones y lo enterraron —repuso el genidio—. Dado que tenían poco tiempo, es probable que apenas trasladaran sus despojos del lugar donde falleció. Veamos si encontramos una sepultura.

—¿Después de quinientos años? —dijo con escepticismo Kalten—. Ya no quedarán marcas, Ulath.

—Me parece que os equivocáis, Kalten —disintió Tynian—. Los deiranos ponen un montón de piedras cuando entierran a alguien. Es posible que la tierra se allane sobre una tumba, pero las piedras son más duraderas.

—De acuerdo —concedió Falquián—, diseminémonos en busca de una señal.

Fue Talen quien halló la sepultura, un aplanado túmulo de piedras pardas medio cubiertas por el limo que habían acumulado siglos de marea alta. Tynian marcó su emplazamiento clavando en el fondo la lanza rematada con su estandarte.

—¿Nos ponemos manos a la obra? —propuso Kalten.

—Esperemos a Kurik y Berit —respondió Falquián—. El fondo del lago es demasiado cenagoso para vadearlo. Necesitaremos la balsa.

Media hora más tarde el escudero y el novicio llegaron con los animales de carga tirando de una docena de troncos de cedro.

Poco después de mediodía terminaron de unir los troncos con cuerdas. Los caballeros se habían despojado de sus armaduras y trabajaban en taparrabos, sudando bajo el caluroso sol.

—Os estáis quemando mucho —señaló Kalten al genidio de pálida piel.

—Siempre me ocurre lo mismo —repuso Ulath—. Los thalesianos no

conseguimos broncearnos fácilmente. —Se enderezó tras acabar de atar el último nudo de la cuerda que unía el extremo de la balsa—. Bien, botémosla a ver si flota.

Impulsaron la rudimentaria embarcación por la fangosa playa hasta el agua.

—No me gustaría viajar por mar con este artefacto —confesó Ulath, mirando con ojo crítico la balsa—, pero bastará para cumplir el cometido actual. Berit, id a ese bosquecillo de sauces y cortad un par de troncos jóvenes.

El novicio regresó al cabo de unos minutos con un par de largas y enhiestas varas.

Ulath se encaminó a la tumba y tomó dos piedras algo más grandes que su puño. Las sopesó un par de veces, una en cada mano, y luego lanzó una a Falquián.

—¿Qué os parece? —preguntó—. ¿Tendrán el peso aproximado de una corona de oro?

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Falquián—. Nunca he llevado una corona.

—Imaginadlo, Falquián. El día está próximo a su ocaso y pronto harán aparición los mosquitos.

—De acuerdo. Probablemente éste es el peso de una corona, con una margen de error de unos cientos de gramos.

—Eso es lo que pensaba. Bien, Berit, coged las varas y adentraos en el lago con la balsa. Vamos a marcar el área que queremos explorar.

Berit pareció algo desconcertado, pero hizo lo que le indicaban.

—Ya estáis bastante alejado, Berit —avisó Ulath al novicio y, alzando una de las piedras, la arrojó hacia la inestable embarcación—. ¡Marcad ese punto! —gritó.

Berit se enjugó las salpicaduras de agua que había levantado la piedra al caer.

—Sí, sir Ulath —asintió, dirigiendo la balsa hacia los círculos concéntricos que se agitaban en la superficie.

Después hundió uno de los troncos de sauce en el cenagoso fondo.

—Ahora moveos hacia la izquierda —indicó Ulath—. Tiraré la piedra más lejos.

—¿A vuestra izquierda o a la mía, sir Ulath? —inquirió Berit.

—Como os plazca. Lo único que quiero es no daros en la cabeza. —Ulath hacía saltar la piedra de una mano a otra, observando con ojos entornados las pardas aguas del lago.

Cuando Berit hubo apartado la balsa, Ulath arrojó la piedra con un tremendo impulso.

—¡Dios! —exclamó Kalten—. Ningún moribundo podría lanzar algo a esa distancia.

—Eso era lo que me proponía —explicó con humildad Ulath—. Ése es el límite definitivo del área donde buscaremos. ¡Berit! —tronó—, señalad ese punto y luego sumergíos. He de saber qué profundidad tiene y con qué tipo de fondo deberemos trabajar.

Berit titubeó después de marcar el lugar donde se había hundido la segunda piedra.

—¿Querréis pedirle a lady Sephrenia que se gire de espaldas? —solicitó con tono lastimero y un súbito rubor en el rostro.

—Si alguien osa reírse, pasará el resto de sus días convertido en sapo —amenazó Sephrenia, volviéndose resueltamente al tiempo que hacía girarse también a la curiosa Flauta.

Berit se desnudó y se zambulló como una nutria para volver a la superficie al cabo de un minuto. Falquián cayó entonces en la cuenta de que todos habían contenido el aliento mientras el ágil novicio había permanecido sumergido. Berit exhaló el aire ruidosamente.

—Tiene unos dos metros y medio de profundidad, sir Ulath —informó,

agarrándose al borde de la balsa—, pero el fondo tiene fango... de un grosor de unos sesenta centímetros como mínimo... y mucha suciedad. El agua está tan marrón que casi no se ve nada.

—Era lo que me temía —murmuró Ulath.

—Cómo está el agua? —preguntó Kalten.

—Muy fría. —A Berit le castañeteaban los dientes.

—También me lo temía —comentó sombríamente Kalten.

—Bien, caballeros —decidió Ulath—, es hora de remojarse.

Pasaron el resto de la tarde dedicados a la desagradable tarea de bucear en las cenagosas y frías aguas.

—No queráis palpar el fondo con las manos —aconsejó Ulath—. Sondeadlo con los pies.

No encontraron nada. Cuando el sol se ponía, estaban todos exhaustos y pálidos de frío.

—Hemos de tomar una decisión —advirtió seriamente Falquián después de haberse secado y vestido con túnicas y cotas de malla—. ¿Cuánto tiempo podemos quedarnos aquí sin incurrir en peligro? El Buscador sabe casi con exactitud dónde nos hallamos y su olfato lo conducirá directamente hasta nosotros. En cuanto nos vea en el lago, Azash sabrá dónde está Bhelliom y ésa es una información que no podemos permitirnos revelar.

—Tenéis razón, Falquián —acordó Sephrenia—. El Buscador tardará un tiempo en reunir sus fuerzas y traerlas hasta aquí, pero creo que deberíamos establecer un límite temporal a nuestra estancia en este lugar.

—¡Pero estamos tan cerca...! —objetó Kalten.

—De nada nos servirá encontrar Bhelliom para dejar que caiga en manos de Azash —observó la estiria—. Si partimos, alejaremos al Buscador del lago. Ahora sabemos dónde está Bhelliom y siempre podemos regresar en condiciones más aconsejables.

—¿Mañana al mediodía? —sugirió Falquián.

—Me parece bien.

—De acuerdo pues —zanjó Falquián—. A mediodía nos pondremos en marcha y volveremos a Venne. Tengo la impresión de que el Buscador no hará entrar a sus hombres en una ciudad, pues su aspecto despertaría muchas sospechas.

—Un bote —dijo Ulath, con la cara enrojecida a la luz del fuego.

—¿Dónde? —preguntó Kalten, escrutando el lago envuelto en sombras.

—No. Lo que quería proponer es cabalgar hasta Venne y alquilar un bote. El Buscador nos seguirá el rastro hasta allí, pero no podrá percibir nuestro olor sobre el agua, ¿no es así? Acampará fuera de Venne aguardando a que salgamos, pero nosotros ya habremos regresado aquí y podremos buscar tranquilamente el Bhelliom hasta dar con él.

—Es una buena idea, Falquián —apoyó Kalten.

—¿Está en lo cierto? —consultó Falquián a Sephrenia—. ¿No podrá el Buscador seguirnos el rastro navegando?

—Creo que no —repuso la mujer.

—Bien. En ese caso lo intentaremos.

Tomaron una magra cena y se acostaron.

Se levantaron al amanecer y, tras un desayuno rápido, llevaron la balsa hasta las marcas que indicaban hasta dónde habían explorado el día anterior y, una vez anclada, volvieron a zambullirse en las gélidas aguas para sondear sus cenagosas profundidades con los pies.

Era casi mediodía cuando Berit emergió a corta distancia del lugar donde Falquián chapaleaba en el fondo.

—Me parece que he encontrado algo —anunció el novicio, aspirando con fruición.

Entonces volvió a sumergirse cabeza abajo y, tras un largo minuto, salió de nuevo a la superficie. No era, sin embargo, una corona lo que llevaba en la mano, sino una calavera manchada de barro. Nadó hasta la balsa y la depositó en ella. Falquián miró la altura del sol y profirió un juramento. Luego siguió a Berit hacia la balsa.

—Ya basta —gritó a Kalten, que acababa de asomar la cabeza en el agua—. No podemos quedarnos más. Llama a los otros y regresemos a la orilla.

Ya en tierra, Ulath examinó con curiosidad la calavera.

—Parece extrañamente larga y estrecha —comentó.

—Eso se debe a que era un zemoquiano —observó Sephrenia.

—¿Se ahogó? —inquirió Berit.

Ulath rascó parte del fango y luego introdujo un dedo en un orificio de la sien izquierda.

—No con este agujero en la cabeza. —Se encaminó a la orilla del lago y lavó el fango acumulado en el transcurso de los siglos. Después volvió y agitó los huesos, produciendo un repiqueteo en su interior. El fornido thalesiano los depositó en las piedras apiladas de la tumba del conde de Heid, cogió una piedra y cascó la calavera con tanta facilidad como habría partido una nuez—. Lo sospechaba —dijo—. Alguien lo traspasó con una flecha, probablemente desde tierra. —Entregó la oxidada punta del proyectil a Tynian—. ¿La reconocéis?

—Es de forja deirana —dictaminó Tynian tras observarla.

—Según los datos reunidos por Ghasek —recordó Falquián—, los caballeros alcione de Deira pasaron por aquí y exterminaron a los zemoquianos que perseguían al conde de Heid. Es casi seguro que los zemoquianos vieron que el conde arrojó algo al lago, en cuyo caso hubieran ido a buscarlo, ¿no es cierto? Y al punto preciso donde cayó al agua. Ahora encontramos esta calavera con una flecha deirana. No hay que tener gran imaginación para reconstruir lo sucedido. Berit, ¿podéis señalar el sitio exacto donde habéis encontrado los huesos?

—Con un margen de error de unas decenas de centímetros, sir Falquián. Tomaba referencia en los objetos de la ribera. Estaba en línea recta desde ese tronco sumergido de ahí a unos diez metros de la orilla.

—Estupendo —comentó Falquián—. Los zemoquianos iban en pos de la corona y los alciones llegaron y los acribillaron con flechas desde tierra. Es posible que esa calavera se encontrara a unos pocos metros de Bhelliom.

—Ahora sabemos dónde está —zanjó Sephrenia—. Volveremos a buscarlo más adelante.

—Pero...

—Debemos partir de inmediato, Falquián, y sería demasiado peligroso tener Bhelliom en nuestro poder con el Buscador pisándonos los talones.

Falquián hubo de admitir de mala gana que no carecía de razón.

—De acuerdo pues —concedió con desencanto—, levantemos el campamento y vayámonos de aquí. Llevaremos cota de malla en lugar de armadura para no llamar tanto la atención. Ulath, impulsad la balsa hacia el interior del lago. Borraremos las huellas de nuestra estancia y cabalgaremos hacia Venne.

Media hora después emprendieron la marcha rumbo norte al galope. Como de costumbre, Berit cabalgaba a la zaga, atento para detectar señales de persecución.

Falquián estaba de humor melancólico. Se le antojaba que durante todas aquellas

semanas había tratado de correr sobre arenas movedizas. Por más que se acercara al objeto que salvaría a su reina, siempre había algo que se interponía, obligándolo a apartarse de su meta. Comenzaron a asaltarle sombrías aprensiones supersticiosas. Como elenio y caballero de la Iglesia, Falquián se hallaba en teoría sujeto a los dictados de la fe elenia y a su rígido rechazo de todo cuanto se encontrara relacionado, aunque fuera remotamente, con lo que la Iglesia denominaba «paganismo». Pero Falquián había permanecido mucho tiempo en el extranjero y visto demasiadas cosas como para aceptar como irrefutables los preceptos de su religión. Advirtió que, en muchos sentidos, se mantenía suspendido entre una fe sin tacha y un total escepticismo. En algún lugar había algo que trataba desesperadamente de mantenerlo alejado de Bhelliom y tenía la casi absoluta certeza de qué se trataba... Pero ¿por qué motivo profesaría Azash tan encarnizada enemistad a la reina de Elenia? Falquián se imaginó tristemente ejércitos e invasiones y se juró que, si Ehlana moría, arrasaría Zemoch hasta dejar a Azash sollozando entre sus ruinas sin ningún humano para rendirle adoración.

Llegaron a la ciudad de Venne a primera hora de la tarde del día siguiente y regresaron entre las oscuras calles a la posada que ya les era familiar.

—¿Por qué no compramos este establecimiento? —sugirió Kaltén mientras desmontaban en el patio—. Ya casi siento como si hubiera vivido toda la vida aquí.

—Ve adentro y habla con el posadero —le indicó Falquián—. Kurik, vayamos al puerto a ver si encontramos un bote antes de que anochezca.

El caballero y su escudero salieron del patio y se encaminaron al lago por las adoquinadas callejas.

—Esta ciudad no resulta más bonita cuando se llega a conocerla —observó Kurik.

—No estamos aquí para observar el paisaje —gruñó Falquián.

—¿Qué os pasa, Falquián? —inquirió Kurik—. Lleváis una semana con un mal humor tremendo.

—El tiempo, Kurik —repuso Falquián con un suspiro—, el tiempo. A veces casi siento como si se me escapara de las manos. Estábamos a pocos metros de Bhelliom y hemos tenido que renunciar a tomarlo. Mi reina está muriéndose con cada día que transcurre y no paro de topar con obstáculos. Estoy comenzando a sentir un furioso deseo de enzarzarme en una pelea con alguien.

—No me miréis a mí.

Falquián esbozó una leve sonrisa.

—Creo que estáis a salvo, amigo mío —afirmó, poniendo afectuosamente una mano sobre el hombro de Kurik—. Detestaría una riña entre nosotros, aunque sólo fuera por la dificultad de apostar por el desenlace.

—Sí, claro —acordó Kurik. Entonces señaló con el dedo—. Por allí —dijo.

—¿Qué es lo que hay por allí?

—Esa taberna. Los patrones de barcos van allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de ver entrar a uno. Como los botes suelen hacer agua, sus propietarios impermeabilizan las juntas con brea. Siempre que veáis un hombre con la túnica manchada de brea, podéis estar seguro de que de algún modo está relacionado con barcos.

—Eres una inconmensurable fuente de información en ocasiones, Kurik.

—He recorrido mundo durante bastante tiempo, Falquián, y si uno mantiene los ojos bien abiertos puede aprender mucho. Cuando estemos dentro, dejad que sea yo quien hable. El trato será más rápido. —Kurik adoptó de improviso un peculiar contoneo al caminar y abrió la puerta de la taberna con fuerza innecesaria—. Buenos días, paisanos —dijo con voz carrasposa—. ¿Por ventura hemos dado con un lugar

donde acostumbran reunirse los hombres que trajinan en el agua?

—Habéis encontrado el sitio preciso, amigo —respondió el camarero.

—Dios sea loado —se congratuló Kurik—. Odio beber con hombres de tierra adentro. Sólo saben hablar del tiempo y de sus cosechas y, en cuanto uno ha dicho que está nublado y que los nabos van creciendo, ya se ha acabado la plática.

Los parroquianos rieron de buena gana.

—Disculpad la intromisión —se excusó el camarero—, pero parecéis tener el habla de los marinos de agua salada.

—Así es —contestó Kurik— y válgame Dios si no añoro el olor de la mar y la suave caricia de su espuma en las mejillas.

—Estáis muy lejos del agua salada, amigo —observó con una curiosa nota de respeto en la voz un hombre manchado de brea sentado en una mesa de un rincón.

Kurik lanzó un profundo suspiro.

—Perdí el barco, amigo —replicó—. Tomamos puerto en Apalia, de vuelta de Yosut, allá arriba en Thalesia, y salí a la ciudad y el ponche me jugó una mala pasada. Ese capitán no era de los que esperan a los rezagados y levó anclas y se fue con la pleamar, dejándome en tierra. Por buena fortuna me encontré a este hombre —dio familiarmente una palmada a Falquián en el hombro— y él me dio empleo. Dice que necesita alquilar un barco aquí en Venne y que precisaba alguien que conozca el manejo de los navíos para estar seguro de que no acabará en el fondo del lago.

—Y bien amigo —sondeó el marino de la esquina con mirada calculadora—, ¿cuánto estaría dispuesto a pagar vuestro patrón por alquilar un bote?

—Sólo sería un par de días —recordó Kurik—. ¿Qué os parece, capitán? —preguntó, dirigiéndose a Falquián—. ¿Causaría estragos en vuestra bolsa media corona?

—Podría permitírmelo —repuso Falquián, tratando de ocultar la sorpresa que le producía el cambio de modales de Kurik.

—¿Dos días decís? —caviló el hombre del rincón.

—Eso depende del viento y del tiempo, amigo, pero siempre es así en el agua, ¿no es cierto?

—Claro está. Podría ser que llegáramos a algún trato. Tengo un bote pesquero de buen tamaño y la pesca no ha sido buena últimamente. Podría alquilároslo y pasar un par de jornadas remendando las redes.

—¿Por qué no vamos al puerto y echamos una ojeada a ese barco? —propuso Kurik—. A lo mejor podría ser que cerráramos un acuerdo.

El individuo de túnica manchada de brea apuró su cerveza y se puso en pie.

—Vamos pues —accedió, encaminándose a la puerta.

—Kurik —advirtió quedamente Falquián con tono pesaroso—, no vuelvas a asaltarme con sorpresas de este tipo. Ya no tengo los nervios templados como antes.

—La variedad mantiene el interés en la vida, capitán. —Kurik dirigió una sonrisa a los pescadores antes de abandonar la taberna.

El bote tenía unos nueve metros de eslora y se hundía bastante en la superficie del agua.

—Parece que tiene un par de vías de agua —apuntó Kurik, señalando el agua que se acumulaba en el casco.

—Precisamente estábamos calafateándolo —se disculpó el pescador—. Choqué con un tronco sumergido y se abrió una juntura. Los hombres que trabajan para mí querían comer algo antes de acabar y achicarlo. —Dio una afectuosa palmada a la barandilla—. Es un buen barco —proclamó con modestia—. Responde bien al timón y es capaz de resistir cualquier temporal en este lago.

—¿Y lo tendréis arreglado para mañana?

—No tiene por qué haber problemas.

—¿Qué decís, capitán? —preguntó Kurik a Falquián.

—A mí me parece bien —respondió Falquián—, pero yo no soy un experto. Por eso os empleé a vos.

—De acuerdo entonces, lo probaremos, amigo —comunicó Kurik al pescador—. Volveremos mañana a la salida del sol y acabaremos de cerrar el trato. —Escupió en la mano y luego la estrechó al pescador—. Vamos, capitán —dijo Kurik a su amo—. Busquemos dónde nos den cama y cena. Mañana será un largo día. —Acto seguido, con el mismo contoneo, se alejó de la orilla del lago.

—¿Tendrás la amabilidad de explicarme toda esta escena? —inquirió Falquián cuando se hallaban a cierta distancia del propietario del bote.

—Es muy sencillo, Falquián —replicó Kurik—. Los hombres que navegan en los lagos profesan siempre un gran respeto por los marinos de agua salada y hacen cualquier cosa por granjearse su simpatía.

—Ya he reparado en ello, pero ¿cómo aprendiste a hablar de ese modo?

—Trabajé de marinero cuando tenía dieciséis años, ya os lo había contado.

—No que yo recuerde.

—Seguro que sí.

—Tal vez lo olvidé. ¿Qué fue lo que te impulsó a embarcarte?

—Aslade. —Kurik soltó una carcajada—. Ella tenía catorce años entonces y ya estaba convirtiéndose en toda una mujer. Tenía ese aire de chica casadera y, como yo no estaba preparado para dar el paso, me escapé. Fue la mayor equivocación que haya cometido nunca. Tomé empleo como marinero de cubierta en el cascarón con más vías de agua de toda la costa occidental de Eosia. Pasé seis meses achicando agua de la sentina. Cuando volví a tierra, me juré no volver a poner los pies en un barco. Aslade se puso muy contenta al verme, pero, claro, siempre fue una chica muy emotiva.

—¿Fue entonces cuando decidiste casarte con ella?

—Poco tiempo después. Cuando llegué a casa, me llevó al pajar de su padre y utilizó métodos bastante convincentes. Aslade puede ser muy persuasiva cuando se lo propone.

—¡Kurik! —Falquián estaba realmente estupefacto.

—No seáis niño, Falquián. Aslade es una mujer de campo y a la mayoría de las muchachas campesinas ya ha comenzado a crecerles la barriga cuando se casan. Es una forma un tanto directa de cortejar, pero tiene sus compensaciones.

—¿En un pajar?

Kurik esbozó una sonrisa.

—A veces uno tiene que improvisar, Falquián.

Capítulo diecinueve

Falquián estaba sentado en la habitación que compartía con Kalten, examinando detenidamente su mapa mientras su amigo roncaba en la cama contigua. Ulath había tenido una buena idea al proponer alquilar un barco y era tranquilizante que Sephrenia afirmara que así burlarían los métodos más peligrosos de que disponía el Buscador para seguir su rastro. Podrían regresar a esa solitaria playa cenagosa donde había perecido el conde de Heid y proseguir con su interrumpida búsqueda sin tener que preocuparse de que una figura encapuchada olisqueara el suelo tras ellos. La calavera de zemoquiano que Berit había encontrado en las fangosas profundidades había revelado con precisión casi certera la ubicación de Bhelliom. Con un poco de suerte, podrían localizarlo en una tarde. Aun así, habrían de regresar a Venne, a recoger los caballos, y eso representaba un problema. Si, tal como suponían, las cohortes del Buscador permanecían al acecho en los campos y bosques que rodeaban la ciudad, habrían de enfrentarse a ellas para salir de allí. En circunstancias ordinarias, a Falquián no le hubiera inquietado la perspectiva de tener que luchar, pues ésa era una actividad que había practicado durante toda su vida, pero, con el Bhelliom en sus manos, no sería tan sólo su propia vida la que arriesgaría, sino también la de Ehlana, y ello era inaceptable. Por otra parte, tan pronto como Azash detectara la reaparición de Bhelliom, el Buscador los hostigaría con verdaderos ejércitos en un desesperado intento de arrebatárselos la joya.

La solución era simple. Únicamente habían de hallar la manera de trasladar los caballos a la ribera occidental del lago, en cuyo caso el Buscador podría rastrear los alrededores de Venne hasta morir de viejo sin mayores consecuencias para ellos. El bote que habían alquilado, no obstante, no podía transportar más de dos monturas a la vez y la perspectiva de hacer ocho o nueve viajes para descargar los caballos en una solitaria playa de la orilla oeste del lago exacerbaba en extremo su impaciencia. Asimismo, existía la posibilidad de alquilar varias barcas, pero tenía el inconveniente de que una flotilla atraería demasiado la atención. Tal vez lograran encontrar a alguna persona a quien confiarle la tarea de conducir los caballos hasta la ribera occidental, pero el problema era que Falquián no tenía garantías de que el Buscador no fuera capaz de identificar el olor de los caballos al igual que el de las personas que los montaban. Se rascó distraídamente el dedo en que llevaba el anillo, en el cual sentía un hormigueo y palpitations inusuales.

Entonces sonó un golpecillo en la puerta.

—Estoy ocupado —respondió Falquián, irritado.

—Falquián. —La voz era suave y melodiosa y tenía el peculiar deje de los estirios. Falquián frunció el entrecejo. No reconocía esa voz.

—Falquián, he de hablar con vos.

Se levantó y fue a abrir la puerta. Para su sorpresa era Flauta, que se deslizó en el interior y cerró la puerta tras ella.

—¿De modo que *sabes* hablar? —preguntó con perplejidad.

—Por supuesto que sí.

—¿Y por qué no lo habías hecho antes?

—Entonces no era necesario. Los elenios parlotéis en exceso. —A pesar de que su voz era la una niña, las palabras y las inflexiones utilizadas correspondían más a un adulto—. Escuchadme, Falquián. Esto es muy importante. Debemos partir de inmediato.

—Es media noche, Flauta —objetó.

—Que gran perspicacia —replicó con sarcasmo, observando la ventana—. Ahora, por favor, callad y escuchad. ¡*Ghwerig ha recuperado el Bhelliom!* Hemos de detenerlo antes de que llegue a la costa del norte y embarque en dirección a Thalesia. Si no logramos encontrarlo antes, habremos de seguirlo hasta su cueva en las montañas de Thalesia y ello nos llevaría bastante tiempo.

—Según afirma Ulath, nadie sabe siquiera dónde está esa cueva.

—Yo sé dónde está. Ya he estado allí.

—¿Cómo?

—Falquián, estamos perdiendo el tiempo. Hemos de abandonar esta ciudad. Hay demasiadas cosas que distraen mis sentidos para que pueda detectar lo que acontece. Poneos vuestro traje de hierro y partamos. —Su tono era brusco, casi imperioso. Lo miró gravemente con sus grandes y oscuros ojos—. ¿Es posible que seáis tan zoquete que no notéis que el Bhelliom se está moviendo por el mundo? ¿Acaso no os advierte de nada ese anillo?

Con un ligero sobresalto dirigió la mirada al anillo de rubí que adornaba su mano izquierda. La joya parecía latir y la niñita que tenía delante parecía saber mucho más de lo que en ella cabía esperar.

—¿Está Sephrenia al corriente de la situación?

—Desde luego. Ya está preparando el equipaje.

—Vayamos a hablar con ella.

—Estáis comenzando a irritarme, Falquián. —Sus oscuros ojos despidieron un destello y su rosada boquita hizo una mueca.

—Lo siento, Flauta, pero he de hablar con Sephrenia.

La pequeña alzó los ojos al cielo.

—¡Elenios! —exclamó en un tono tan similar al de Sephrenia que Falquián casi se echó a reír.

La tomó de la mano y la llevó al corredor.

Sephrenia introducía a toda prisa sus ropas y las de Flauta en una bolsa de lona.

—Entrad, Falquián —indicó cuando éste se detenía en el umbral—. Os estaba esperando.

—¿Qué está ocurriendo, Sephrenia? —inquirió el caballero con tono desconcertado.

—¿No se lo has explicado? —preguntó la mujer a Flauta.

—Sí, pero por lo visto no me cree. ¿Cómo podéis tolerar a esta gente tan obstinada?

—Tienen un cierto encanto. Creedle, Falquián —recomendó gravemente—. Sabe de qué habla. Bhelliom ha salido del lago, yo misma lo he notado, y ahora está en poder de Ghwerig. Debemos salir al campo para que Flauta y yo podamos averiguar adónde se dirige con él. Id a despertar a los otros y ordenad a Berit que ensille los caballos.

—¿Estáis segura de esto?

—Sí. Apresuraos, Falquián, o de lo contrario Ghwerig huirá.

Se volvió con presteza y salió al pasillo. Todo se precipitaba tan vertiginosamente que no tenía tiempo para pensar. Fue de puerta en puerta, llamando a sus compañeros e indicándoles que se reunieran en la habitación de Sephrenia. Mandó a Berit al establo y por último despertó a Kalten.

—¿Qué pasa? —preguntó el rubio pandion, incorporándose con ojos soñolientos.

—Ha ocurrido algo —respondió Falquián—. Nos vamos.

—¿En mitad de la noche?

—Sí. Vístete, Kalten, y yo recogeré las cosas.

—¿Qué está sucediendo, Falquián? —Kalten se sentó al borde de la cama.

—Sephrenia lo explicará. Date prisa, Kalten.

Gruñendo, Kalten comenzó a vestirse mientras Falquián metía sus escasas ropas en la alforja que habían llevado al dormitorio. Después volvieron al corredor y Falquián llamó a la puerta de la habitación de Sephrenia.

—Oh, *entrad*, Falquián. No es momento de andar con ceremonias.

—¿Quién ha hablado? —preguntó Kalten.

—Flauta —repuso Falquián, abriendo la puerta.

—¿Flauta? ¿Sabe hablar?

Los demás ya estaban adentro mirando con estupefacción a la niña que hasta entonces habían considerado muda.

—Para no perder más tiempo —anunció ésta—, sí, sé hablar, y no, no quería hacerlo antes. ¿Quedan con ello respondidas todas esas fatigosas preguntas? El troll enano Ghwerig ha logrado recuperar nuevamente el Bhelliom e intenta llevarlo a su cueva de las montañas de Thalesia. A menos que obremos con celeridad, se nos escapará de las manos.

—¿Cómo ha logrado sacarlo del lago cuando no lo había conseguido en todos estos años? —interrogó Bevier.

—Lo han ayudado. —Les miró la cara uno a uno y murmuró una palabrota en estirio—. Será mejor que se lo mostréis, Sephrenia, si no estarán toda la noche haciendo estúpidas preguntas.

Había un gran espejo —una plancha de latón pulido en realidad— en una de las paredes de la habitación.

—¿Sois tan amables de venir aquí? —Les pidió Sephrenia, acercándose a la brillante superficie.

Cuando todos se hallaron alrededor del espejo, dio inicio a un encantamiento que Falquián no había oído antes y después gesticuló. El espejo se enturbió por unos instantes y, cuando se aclaró, vieron el lago.

—Ahí está la balsa —observó Kalten con asombro—, y ése que sale a la superficie es Falquián. No lo entiendo, Sephrenia.

—Estamos mirando sucesos acaecidos poco antes del mediodía de ayer —precisó la estiria.

—Ya sabemos lo que ocurrió entonces.

—Sabíamos lo que hacíamos *nosotros* —lo corrigió—. Pero también había otros allí.

—Yo no vi a nadie.

—Eso era lo que pretendían. Seguid mirando.

La imagen reflejada en el latón se modificó, apartándose del lago para centrarse en la espesura de juncias que crecían en las turberas. Una forma tapada con un oscuro sayo se acurrucaba entre ellas.

—¡El Buscador! —exclamó Bevier—. ¡Estaba espiándonos!

—No era el único —declaró Sephrenia.

La perspectiva cambió de nuevo, desplazándose varios centenares de metros en dirección norte hasta unos árboles achaparrados en los que se ocultaba una peluda figura grotescamente deforme.

—Y ése es Ghwerig —les dijo Flauta.

—¿Y eso es un *enano*? —exclamó Kalten—. Es tan grande como Ulath. ¿Qué tamaño tiene un troll normal?

—Casi el doble que el de Ghwerig —repuso Ulath con indiferencia—. Los ogros son aún mayores.

El espejo volvió a nublarse al tiempo que Sephrenia murmuraba unas rápidas

palabras en estirio.

—Como no sucedió nada importante durante un rato, nos saltamos esa parte —explicó.

El metal adoptó su brillo habitual.

—Ahí vamos nosotros, alejándonos del lago —señaló Kalten.

Entonces el Buscador se levantó entre las hierbas y con él emergieron unos diez hombres de semblante imperturbable que parecían ser siervos kelosianos, los cuales se encaminaron con gestos maquinales a la orilla del lago y entraron vadeando en el agua.

—Ese era uno de nuestros temores —señaló Tynian.

El espejo se enturbió una vez más.

—Prosiguieron la búsqueda el resto del día de ayer, anoche y hoy —refirió Sephrenia—. Entonces, hace tan sólo una hora, uno de ellos encontró el Bhelliom. Esto no se verá muy bien porque ya había oscurecido. Procuraré iluminar la imagen.

Resultaba difícil distinguirlo, pero parecía que uno de los siervos salía del lago llevando en la mano un objeto rebozado de barro.

—La corona del rey Sarak —lo identificó Sephrenia.

El Buscador corrió por la orilla del lago, con las garras de escorpión extendidas y chasqueando ansiosamente la lengua, pero Ghwerig alcanzó al siervo antes que la criatura de Azash. Con un poderoso golpe asestado con su nudoso puño, aplastó la cabeza del siervo y agarró la corona. Después huyó a la carrera antes de que el Buscador conminara a salir del lago a sus seguidores. Ghwerig corría apoyándose en las dos patas y en un brazo extraordinariamente largo, con un peculiar paso de amplia zancada cuya velocidad apenas conseguiría superar un hombre.

La imagen se desvaneció.

—¿Qué ha pasado después? —inquirió Kurik.

—Ghwerig se ha parado varias veces, cuando uno de los siervos estaba a punto de darle alcance —respondió Sephrenia—. Parecía como si redujera deliberadamente el paso. Los ha matado a todos.

—¿Dónde está Ghwerig ahora? —preguntó Tynian.

—No lo sabemos —repuso Flauta—. Es muy difícil seguir a un troll en la oscuridad. Por ese motivo debemos ir a campo abierto. Sephrenia y yo somos capaces de detectar el Bhelliom, pero sólo cuando hay poca gente alrededor.

—El Buscador se encuentra ya más o menos fuera de combate —reflexionó Tynian—. Habrá de salir en busca de más gente antes de perseguir a Ghwerig.

—Es un consuelo —reconoció Kalten—. No me gustaría tener que habérmelas con ambos a un tiempo.

—Será mejor que nos pongamos en camino —urgió Sephrenia—. Poneos la armadura, caballeros —sugirió—. Es posible que la necesitemos cuando encontremos a Ghwerig.

Regresaron a sus habitaciones para recoger sus cosas y revestirse de acero. Falquián bajó las escaleras con metálico tintineo para pagar la cuenta al gordo posadero, el cual permanecía apoyado en la jamba de la puerta de la vacía cervecería, bostezando con ojos soñolientos.

—Nos vamos —le comunicó Falquián.

—Todavía es de noche, caballero.

—Lo sé, pero ha ocurrido algo.

—Habéis oído la noticia entonces.

—¿Qué noticia es ésa? —inquirió con cautela Falquián.

—Hay disturbios en Arcium. No he podido sacar mucho en claro, pero corren incluso rumores de que podría tratarse de una guerra.

Falquián frunció el entrecejo.

—Eso no tiene mucho sentido, compadre. Arcium no es como Lamorkand. Hace muchos años que los nobles arcianos renegaron bajo juramento de sus rencillas hereditarias a instancias del rey.

—Sólo puedo repetiros lo que he oído, caballero. De creer lo que me dijeron, los reinos de Eosia occidental están movilizándose. Esta misma noche han pasado por Venne a toda prisa unos hombres, que no parecían ser de los que sienten interés por ir a combatir en el extranjero, y han afirmado que hay un gran ejército que recluta en la región oeste del lago a todo hombre que encuentra.

—Los reinos occidentales no se movilizarían porque hubiera una guerra civil en Arcium —arguyó Falquián—. Ese tipo de contiendas son un asunto interno.

—Eso es lo que también me extraña a mí —acordó el posadero—, pero lo que me extraña más es que algunos de esos individuos han dicho que una buena parte de ese ejército se compone de thalesianos.

—Debían de estar en un error —observó Falquián—. El rey Wargun es un gran bebedor, pero aun así no invadiría un reino amigo. Si esos hombres de que habláis intentaban no incorporarse a filas, seguramente no se habrían parado a examinar a los hombres que los perseguían, y los hombres que llevan cota de malla se parecen mucho entre sí.

—Es probable que estéis en lo cierto, caballero.

Falquián pagó la cuenta del hospedaje.

—Gracias por la información, compadre —dijo al posadero mientras los demás iban bajando. Luego salió al patio.

—¿Qué ocurre, sir Falquián? —preguntó Berit, tendiéndole las riendas de *Faran*.

—El Buscador estaba espiándonos mientras estábamos en el lago —respondió Falquián—. Uno de sus hombres encontró el Bhelliom, pero Ghwerig el troll se lo arrebató. Ahora hemos de ir en busca de Ghwerig.

—No será fácil, sir Falquián. La niebla está levantándose en el lago.

—Con suerte, ya se habrá disipado antes de que Ghwerig llegue aquí.

—Montemos —insistió Falquián a los otros—. ¿Qué rumbo tomamos, Flauta?

—Norte por ahora —respondió ésta mientras Kurik la aupaba a los brazos de Sephrenia.

—¡Sabe hablar! —exclamó Kurik, pestañeando.

—Por favor, Berit —le dijo la niña—, no repitáis lo que es evidente. Vamos, Falquián. No podré precisar el lugar donde se halla Bhelliom hasta no haber salido de aquí.

Se adentraron en la calle sumida en la espesa niebla preñada de humedad y del ácido olor de las turberas que rodeaban el lago.

—No es una noche muy apropiada para tener un encuentro con un troll —señaló Ulath, situándose al lado de Falquián.

—Dudo que topemos con Ghwerig esta noche —replicó Falquián—. Él va a pie y hay un largo camino hasta aquí desde donde ha encontrado el Bhelliom..., suponiendo que haya tomado esta dirección.

—Casi está obligado a hacerlo —aseguró el genidio—. Si quiere llegar a Thalesia, ha de ir a un puerto de la costa norte.

—Sabremos qué ruta ha tomado cuando estemos fuera de la ciudad.

—Yo me inclinaría por Nadera —apuntó Ulath—. Es un puerto mayor que Apalia y hay más barcos allí. Ghwerig habrá de embarcarse furtivamente en uno, ya que no creo que le concedieran pasaje. La mayoría de los capitanes tienen la superstición de que trae mala suerte tener trolls a bordo.

—¿Comprende lo bastante Ghwerig nuestra lengua para averiguar escuchando a hurtadillas qué navíos se dirigen a Thalesia?

Ulath asintió con la cabeza.

—Casi todos los trolls poseen conocimientos elementales del elenio e incluso del estirio. No suelen ser capaces de hablar otro idioma que el suyo, pero entienden algunas palabras del nuestro.

Traspusieron las puertas de la ciudad y antes del amanecer llegaron al cruce de caminos en la ruta norteña que partía de Venne. Observaron dubitativamente la tortuosa senda que conducía a las montañas colindantes con Ghasek para ir a morir en la ciudad portuaria de Apalia.

—Espero que no decida ir por allí —hizo votos, estremeciéndose, Bevier—. Realmente no me gustaría volver a Ghasek.

—¿Está en camino? —consultó Falquián a Flauta.

—Sí —repuso ésta—. Viene en dirección norte bordeando el lago.

—No lo entiendo —dijo Talen a la niña—. Si detectas dónde está Bhelliom, ¿por qué no nos hemos quedado tranquilamente en la posada hasta que estuviera más cerca?

—Porque hay demasiada gente en Venne —le explicó Sephrenia—, y no podemos precisar con claridad el lugar donde se encuentra Bhelliom en medio de todo ese amasijo de pensamientos y emociones.

—¡Oh! —exclamó el chiquillo—. Supongo que tiene un sentido.

—Podríamos cabalgar por la orilla del lago y salir a su encuentro —propuso Kalten—. Nos ahorraríamos mucho tiempo.

—No con niebla —objetó con firmeza Ulath—. Quiero verlo venir. No me gustaría que me tomara por sorpresa un troll.

—Tendrá que pasar por aquí —aventuró Tynian— o como mínimo a corta distancia de aquí si se dirige a la costa norte. No puede atravesar el lago a nado ni entrar en Venne. Los trolls causan mucha sensación, según tengo entendido. Cuando esté más cerca podemos tenderle una emboscada.

—No sería una mala idea, Falquián —opinó Kalten—. Si nos indican la ruta que va a tomar, podemos cogerlo desprevenido. Entonces lo matamos y ya estaremos a medio camino de Cimmura en un santiamén.

—Oh, Kalten —suspiró Sephrenia.

—Eso es lo que hacemos nosotros, pequeña madre, matar —replicó éste—. Vos no tenéis por qué mirar si no queréis. A nadie le importará demasiado que haya un troll más o menos en el mundo.

—Podría surgir un problema, no obstante —dijo Tynian a Flauta—. El Buscador va a pisarle los talones a Ghwerig en cuanto disponga de suficientes hombres y es probable que él sea capaz de detectar el Bhelliom al igual que tú y Sephrenia, ¿no es así?

—Sí —admitió la niña.

—Entonces no estamos teniendo en cuenta el hecho de que habremos de enfrentarnos a él después de dar cuenta de Ghwerig.

—Y vos olvidáis que en ese momento ya tendremos el Bhelliom en nuestras manos y que Falquián tiene los anillos.

—¿Eliminaría Bhelliom al Buscador?

—Sin duda.

—Situémonos tras esos árboles —propuso Falquián—. Ignoro cuánto tardará Ghwerig en llegar aquí y no querría que nos sorprendiera plantados en medio del camino conversando sobre el tiempo y asuntos similares.

Se retiraron bajo las sombras de un bosquecillo y desmontaron.

—Sephrenia —inquirió con perplejidad Bevier—, si Bhelliom es capaz de destruir al Buscador por medio de la magia, ¿no podríais vos serviros de los métodos habituales de la magia estiria para conseguirlo?

—Bevier —repuso pacientemente la mujer—, si pudiera hacerlo, ¿no creéis que ya lo habría hecho hace tiempo?

—Me temo que no lo había pensado —reconoció, algo compungido, el arciano.

El sol apareció borroso aquella mañana, nublado por la persistente niebla del lago y la espesa neblina del bosque que se mantenían casi a ras de tierra. Dispusieron turnos de vigilancia y comprobaron el estado de las sillas y el equipo, tras lo cual la mayoría de ellos se pusieron a dormir, amodorrados por el bochornoso calor, sustituyendo con frecuencia al centinela, pues en tiempo sofocante un hombre no mantiene siempre los sentidos alertas.

Era poco después de mediodía cuando Talen despertó a Falquián.

—Flauta quiere hablar con vos —le comunicó.

—Pensaba que estaría durmiendo.

—No creo que duerma nunca —opinó el chiquillo—. Es imposible aproximarse a ella sin que abra los ojos.

—Algún día quizá se lo preguntemos.

Falquián apartó la manta, se levantó y se lavó la cara en una fuente. Luego se encaminó al lugar donde Flauta se acurrucaba cómodamente al lado de Sephrenia.

La pequeña abrió al instante los ojos.

—¿Dónde estabais? —le preguntó.

—He tardado un poco en despejarme.

—Manteneos alerta, Falquián —recomendó—. El Buscador está acercándose.

El caballero profirió un juramento e hizo ademán de desenvainar la espada.

—Oh, no hagáis eso —lo contuvo con gesto disgustado la niña—. Todavía está a más de un kilómetro de distancia.

—¿Cómo ha llegado tan al norte tan deprisa?

—No se detuvo a reunir gente como nosotros habíamos previsto. Está solo y está reventando al caballo. La pobre bestia está agonizando en estos instantes.

—¿Y Ghwerig aún se encuentra bastante lejos de aquí?

—Sí, Bhelliom aún está al sur de la ciudad de Venne. Sin embargo, puedo percibir fragmentariamente al Buscador. —Se estremeció—. Es horrible, pero tiene la misma intención que nosotros. Trata de conseguir una buena ventaja sobre Ghwerig para tenderle una emboscada. Podrá someter la voluntad de los campesinos de la zona para que lleven a cabo su cometido aquí. Creo que deberemos enfrentarnos a él.

—¿Sin el Bhelliom?

—Me temo que sí, Falquián. No tiene nadie que lo asista, con lo cual será más sencillo dar cuenta de él.

—¿Podemos matarlo con armas ordinarias?

—Me parece que no, pero hay algo que tal vez surta efecto. Yo nunca lo he intentado, pero mi hermana mayor me dijo cómo hacerlo.

—No sabía que tuvieras familia.

—¡Oh, Falquián! —rió—. Mi familia es muchísimo más grande de lo que alcanzáis a imaginar. Avisad a los demás. El Buscador llegará por ese camino dentro de unos minutos. Salidle al paso y yo traeré a Sephrenia. Perderá la capacidad de reflexionar..., lo cual significa que Azash dejará de pensar, pues es él quien controla su mente. Aun así, Azash es demasiado arrogante para evitar la ocasión de mofarse de Sephrenia, y será entonces cuando yo atacaré al Buscador.

—¿Vais a darle muerte?

—Por supuesto que no. Nosotros no matamos ningún ser, Falquián. Dejamos que la naturaleza se ocupe de ello. Ahora idos. Nos queda poco tiempo.

—No lo comprendo.

—No hay necesidad de ello. Limitaos a llamar a los otros.

Se ubicaron en la encrucijada, con las lanzas prestas.

—¿Sabrá en verdad lo que trae entre manos? —inquirió dubitativamente Tynian.

—Eso espero —murmuró Falquián.

Entonces oyeron la trabajosa respiración de un caballo que se hallaba a punto de perecer de fatiga, el irregular martilleo de herraduras que denunciaba un paso vacilante y el salvaje silbido de un látigo restallado. El Buscador, encorvado bajo su negro hábito en la silla, dobló el recodo, azotando despiadadamente a su agonizante montura.

—¡Deteneos, sabueso del infierno —gritó Bevier con voz estentórea—, que aquí concluye vuestra temeraria marcha!

—Algún día habremos de hablar con ese chico —murmuró Uloth a Falquián.

El Buscador ya había refrenado cautelosamente el paso.

En ese instante Sephrenia salió de los árboles acompañada de Flauta. El rostro de la menuda mujer estiría se encontraba aún más pálido de lo que en ella era habitual. Falquián advirtió, sorprendido, que nunca había caído realmente en la cuenta de la exigua estatura de su profesora..., apenas unos centímetros más alta que la propia Flauta. Su presencia había sido siempre tan imperiosa que en su mente había adquirido una talla superior a la de Uloth.

—¿Es éste el encuentro que prometisteis, Azash? —preguntó con desdén—. Estoy preparada si la respuesta es afirmativa.

—De modo, Ssephrenia —dijo la odiosa voz—, que volvemos a encontrarnos de manera impensada. Tal vez éste sea vuestro último día de vida.

—O el vuestro, Azash —replicó con impasible coraje la mujer.

—No podéis desmenuarme —aseguró con una siniestra carcajada.

—El Bhelliom sí puede —señaló—, y nosotros impediremos que caiga en vuestro poder y nos serviremos de él. Huid, Azash, si apreciáis vuestra vida. Cubrid la cabeza con las piedras de este mundo y encoged de temor ante la ira de los dioses menores.

—¿No está exagerando un poco? —objetó Talen con voz estrangulada.

—Está tramando algo —murmuró Falquián—. Sephrenia y Flauta están provocando deliberadamente a esa criatura para que haga algo precipitado.

—¡Ello no será mientras me quede resuello a mí! —declaró con fervor Bevier, bajando la lanza.

—¡Quieto aquí, Bevier! —ordenó Kurik—. ¡Ellas saben qué están haciendo! Y bien sabe Dios que el resto de nosotros lo ignoramos.

—¿Todavía mantenéis vuestra insana alianza con esos elenios, Ssephrenia? —preguntó la voz de Azash—. ¿Si vuestro apetito es tan voraz, venid a mí y yo lo satisficiré.

—No podéis hacerlo, Azash, ¿o acaso habéis olvidado vuestra cobardía? Sois un engendro abominable para el resto de los dioses y ése fue el motivo de que os rechazaran, os castraran y os confinaran a la posición de eterno tormento y pesar que ocupáis.

El ser montado en el extenuado caballo bufó con furia y Sephrenia hizo una señal a Flauta. La niña se llevó el caramillo a los labios y comenzó a tocar una rápida melodía, una serie de burlonas notas discordantes ante las que pareció acobardarse el Buscador.

—Esso no os serviría, Sephrenia —declaró con voz aguda Azash—. Todavía hay tiempo.

—¿Así lo creéis, poderoso Azash? —replicó la estiria con tono de mofa—. Entonces los interminables siglos de confinamiento os han privado de juicio así como de vuestra virilidad.

El chillido del Buscador estaba henchido de rabia.

—Impotente deidad —siguió agujándolo Sephrenia—, regresad a la tierra de los insensatos zemoquianos a roeros el alma en vano pesar por las delicias que os son eternamente denegadas.

Azash emitió un aullido y la música de Flauta aceleró su cadencia.

Algo le ocurría al Buscador. Su cuerpo parecía retorcerse bajo su negro sayo y de la capucha brotaban terribles sonidos inarticulados. Con movimientos espasmódicos, desmontó del moribundo caballo y avanzó medio tambaleante con las garras de escorpión extendidas.

Instintivamente, los caballeros de la Iglesia se acercaron para proteger a Sephrenia y a la niña.

—¡Quedaos atrás! —espetó Sephrenia—. Ahora ya no puede detener el curso de las cosas.

El Buscador cayó retorciéndose en el camino y rasgó su negro sayo. Falquián contuvo un violento deseo de vomitar. La criatura tenía un cuerpo alargado dividido en el medio por una cintura similar a la de una avispa, el cual relucía con un grisáceo humor semejante al pus. Sus larguiruchas extremidades presentaban múltiples articulaciones y no tenía un rostro propiamente dicho, sino únicamente un par de ojos saltones y unas abiertas fauces rodeadas de una serie de apéndices puntiagudos con forma de colmillo.

Azash chilló algo a Flauta. Falquián reconoció la inflexión estiria, pero —y ello fue algo que hubo de agradecer— no identificó ninguna de las palabras.

Y entonces el Buscador comenzó a desgajarse con un terrible sonido a sustancia rasgada. Había algo en su interior, algo que se retorció serpenteando, tratando de liberarse. El desgarrón se alargó en el cuerpo del Buscador y de él comenzó a emerger la criatura que albergaba. Era de un negro resplandeciente y estaba mojada. De sus hombros brotaban unas alas traslúcidas. Tenía dos enormes ojos prominentes y delicadas antenas, pero carecía de boca. Con un estremecimiento, se sacudió el cascarón de la ya flácida piel del Buscador y, cuando se hubo liberado de él, se agazapó sobre la tierra del camino y desplegó sus alas de insecto para secarlas. Una vez deshumedecidas, éstas se tiñeron de una tonalidad roja como la sangre y comenzaron a agitarse a tal velocidad que su visión se tornó imprecisa, para al fin elevar por los aires al repugnante ser que había nacido ante sus ojos, que se alejó rumbo al este.

—¡Detenedlo! —gritó Bevier—. ¡No lo dejéis escapar!

—Ahora es inofensivo —le aseguró con calma Flauta, apartando de sus labios el caramillo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó con estupefacción.

—El encantamiento, que ha acelerado su proceso de maduración —repuso—. Mi hermana estaba en lo cierto cuando me lo enseñó. Ahora es un adulto y todos sus instintos se centran en la reproducción. Ni siquiera Azash podrá contener su desesperada búsqueda de pareja.

—¿Qué os proponíais con ese pequeño intercambio de insultos? —preguntó Kalten a Sephrenia.

—Para que el hechizo de Flauta fuera efectivo, Azash debía estar tan furioso como para empezar a perder control sobre el Buscador —explicó—. Por esa razón le he echado en cara ciertas realidades en nada agradables.

—¿No era ello un tanto peligroso?

—Mucho —admitió.

—¿Encontrará el adulto una pareja? —interrogó impresionado Tynian a Flauta—. Sería detestable ver el mundo poblado de Buscadores.

—No la encontrará —aseveró la niña—. Es el único de su género en toda la superficie de la tierra. Como ya no tiene boca, es incapaz de alimentarse. Volará desesperadamente durante una semana aproximadamente.

—¿Y luego?

—¿Y luego? Entonces morirá —afirmó con escalofriante indiferencia.

Capítulo veinte

Arrastraron los restos del Buscador afuera del camino y regresaron a la arboleda para aguardar a Ghwerig.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Falquián a Flauta.

—No lejos de la orilla norte del lago. Supongo que, ahora que la niebla se ha disipado, los siervos habrán ido a los campos y, habiendo tanta gente por los alrededores, habrá debido esconderse.

—Por consiguiente es probable que pase por aquí después de anochecer, ¿no es cierto?

—En efecto.

—La verdad es que no me seduce la idea de pelear con un troll a oscuras.

—Yo puedo iluminaros, Falquián..., lo bastante para conseguir nuestro propósito en todo caso.

—Te lo agradecería. —Frunció el entrecejo—. Si eras capaz de provocar esa transformación en el Buscador, ¿por qué no lo hiciste antes?

—No había tiempo. Siempre se aproximaba por sorpresa. Lleva cierto tiempo prepararse para ese encantamiento concreto. ¿Es preciso que habléis tanto, Falquián? Estoy tratando de concentrarme en Bhelliom.

—Lo siento. Iré a hablar con Ulath. Quiero informarme de cómo hay que proceder exactamente frente a un troll.

Encontró al fornido genidio dormitando bajo un árbol.

—¿Qué ocurre? —inquirió Ulath, abriendo uno de sus azules ojos.

—Flauta opina que Ghwerig debe de estar escondido ahora. Lo cierto es que está parado y lo más probable es que pase por aquí de noche.

Ulath asintió con la cabeza.

—Los trolls tienen afición a moverse a oscuras —declaró—. Es su hora habitual de caza.

—¿Cuál es la mejor manera de enfrentarse a él?

—Las lanzas podrían dar buen resultado... si todos lo atacamos a un tiempo. Así cabría la posibilidad de que uno se la clavara en un punto vulnerable.

—Esto es demasiado serio para dejarlo a merced de una azarosa posibilidad.

—Vale la pena intentarlo..., para comenzar al menos. Seguramente habremos de recurrir también a las espadas y hachas. Pero tendremos que obrar con mucho cuidado. Hay que ser muy cauteloso con los brazos de un troll. Son muy largos, y esas criaturas son mucho más ágiles de lo que parecen.

—Por lo que veo, tenéis muchos conocimientos acerca de ellos. ¿Habéis luchado alguna vez con uno?

—Unas cuantas veces, sí. No es realmente el tipo de tarea que uno desearía convertir en costumbre. ¿Todavía conserva Berit ese arco?

—Creo que sí.

—Estupendo. Por lo general, ésa es la mejor manera de iniciar la embestida a un troll: hacer que aminore la marcha con unas flechas y luego acometer directamente.

—¿Tendrá algún arma?

—Un garrote quizá. Los trolls no tienen habilidad para trabajar el hierro o el acero.

—¿Cómo llegasteis a aprender su lengua?

—Tuvimos un cachorro de troll en nuestro castillo de Heid. Era una cría cuando lo encontramos, pero los trolls nacen con la capacidad de hablar su lengua. Era un afectuoso bribonzuelo..., al menos al principio, aunque luego desarrolló un mal carácter. Aprendí su idioma mientras crecía.

—¿Decís que se volvió malo?

—No era por culpa suya, Falquián. Cuando un troll crece, comienza a sentir la llamada del sexo, y nosotros no teníamos tiempo para ir a cazarle una hembra. Y luego su apetito empezó a ser desmesurado. Devoraba un par de vacas o un caballo por semana.

—¿Qué fue de él?

—Uno de nuestros hermanos fue a darle de comer, y lo atacó. Entonces decidimos sacrificarlo. Hubimos de hacerlo entre cinco y después casi todos nos vimos obligados a guardar cama una semana.

—Ulath —dijo con suspicacia Falquián—, ¿me estáis tomando el pelo?

—¿Por qué iba a hacerlo? Los trolls no son en realidad tan malos..., con tal que se disponga de un buen número de hombres armados a su alrededor. Con los que hay que ir con cuidado es con los ogros, porque no tienen inteligencia para obrar con cautela. —Se rascó la mejilla—. En una ocasión hubo una ogresa que se prendó de modo irracional de uno de los hermanos de Heid —refirió—. No tenía un aspecto demasiado horrible, teniendo en cuenta que era una ogresa. Llevaba el pelambre bastante limpio y los cuernos relucientes e incluso se sacaba brillo a los colmillos. Para eso mastican granito, ¿sabíais? El caso es que, como os decía, estaba locamente enamorada de ese caballero de Heid. Solía merodear por los bosques y cantarle canciones..., el más espantoso sonido que jamás hayáis oído. Era capaz de pasarse la noche cantando a un centenar de pasos. Por fin el caballero no pudo resistirlo más y entró en un monasterio. La ogresa se mudó de bosque después de ello.

—Ulath, sé que me estáis tomando el pelo.

—Vamos, Falquián —protestó sin convicción Ulath.

—¿Entonces la mejor manera de atacar a Ghwerig es manteniéndose alejado y dispararle flechas?

—Para comenzar. De todas maneras deberemos acercarnos pues los trolls tienen una piel muy dura y una espesa pelambreira y las flechas no suelen penetrar a gran profundidad. Además, hay que tener en cuenta que a oscuras será más difícil acertar el blanco.

—Flauta afirma que puede darnos luz.

—Aún siendo estiria, es una persona muy extraña, ¿verdad?

—En efecto, amigo mío.

—¿Qué edad creéis que tiene?

—No tengo ni idea. Sephrenia ni siquiera me ha dado una pista. Lo que sí sé es que es muchísimo mayor de lo que aparenta y más sabia de lo que cualquiera de nosotros alcanzamos a imaginar.

—Después de ver cómo nos ha librado del Buscador, creo que nos vendrá bien seguir sus instrucciones.

—Yo también me inclino en el mismo sentido —acordó Falquián.

—Falquián —llamó con apremio la niña—, venid aquí.

—Sólo desearía que no fuera tan autoritaria la mayor parte del tiempo —murmuró Falquián, volviéndose para atender a la llamada.

—Ghwerig está haciendo algo que no comprendo —manifestó la pequeña cuando se hubo reunido con ella.

—¿Y qué es?

—Está alejándose por el lago.

—Habrá encontrado un bote —apuntó Falquián—. Ulath asegura que no sabe nadar. ¿Qué dirección ha tomado? La niña cerró los ojos, concentrándose.

—Noroeste aproximadamente. Sorteará la ciudad de Venne y tomará tierra en la orilla occidental del lago. Debemos cabalgar hasta allí para interceptarlo.

—Se lo comunicaré a los demás —anunció Falquián—. ¿A qué velocidad se desplaza?

—Muy despacio por ahora. Me parece que no sabe remar muy bien.

—Eso nos da la posibilidad de llegar antes que él.

Cabalaron hacia el sur bordeando la ribera oeste del lago Venne mientras el crepúsculo se asentaba sobre Kelosia occidental.

—¿Podrás precisar el lugar aproximado donde desembarcará? —preguntó Falquián a Flauta, que iba en los brazos de Sephrenia.

—Con un margen de error de menos de un kilómetro —respondió—. A medida que se acerca a la orilla detectaré mejor el curso que toma, pues entonces ya no interfieren tanto los vientos y las corrientes.

—¿Todavía va tan lento?

—Más incluso. Ghwerig tiene dificultades con los hombros y las caderas y eso representa un obstáculo a la hora de remar.

—¿Podrías realizar alguna previsión al momento en que tomará tierra en este lado del lago?

—Si sigue el mismo ritmo, no llegará hasta después del alba. En estos momentos está pescando. Necesita comida.

—¿Con las manos?

—Los trolls son muy rápidos con las manos. La superficie del lago lo confunde. Apenas sabe la dirección que toma. Los trolls tienen un pésimo sentido de la orientación..., exceptuando el norte. Tienen la capacidad de sentir la atracción del polo desde cualquier punto de la tierra, pero en el agua se sienten casi indefensos.

—En ese caso lo tenemos en nuestras manos.

—No planeéis la celebración de la victoria hasta haber ganado la batalla, Falquián —replicó cáusticamente.

—Eres una niña muy desagradable, Flauta. ¿Lo sabías?

—Pero me queréis, ¿verdad? —dijo con desarmante ingenuidad.

—¿Qué puede hacer uno? —preguntó con impotencia a Sephrenia—. Es imposible.

—Responded a su pregunta —sugirió su maestra—. Es más importante de lo que pensáis.

—Sí, Dios me asista —dijo a Flauta—. Te quiero, aunque a veces sienta deseos de darte unos azotes.

—Eso es lo único que importa. —La pequeña exhaló un suspiro, se acurrucó en el sayo de Sephrenia y pronto quedó dormida.

Patrullaron una larga franja de la orilla occidental del lago Venne, escrutando entre la oscuridad que cubría el lago. Gradualmente, en el transcurso de la larga noche, Flauta redujo el área de vigilancia.

—¿Cómo sabes que podemos hacer eso? —le preguntó Kalten unas horas después de media noche.

—¿Lo comprendería? —interrogó Flauta a Sephrenia.

—¿Kalten? Es probable que no, pero puedes procurar explicárselo si tienes ganas —repuso Sephrenia con una sonrisa—. Todos necesitamos algunas dosis de frustración en la vida.

—Cuando el Bhelliom se mueve en diagonal lo percibo de manera diferente de cuando lo hace en línea recta —explicó Flauta.

—¡Oh! —exclamó dubitativamente el caballero—. Tiene sentido, supongo.

—Veis —dijo Flauta a Sephrenia con tono triunfal—. Sabía que podría hacérselo comprender.

—Una pregunta —añadió Kalten—. ¿Qué es una diagonal?

—Oh Dios —se lamentó la niña, apretando el rostro en el regazo de Sephrenia con gesto de desesperación.

—Bueno, ¿qué es? —insistió Kalten, dirigiéndose a sus compañeros.

—Desviemos un poco hacia el sur, Kalten, y mantengamos la atención centrada en el lago —propuso Tynian—. Os lo explicaré mientras nos movemos.

—¡Vos! —avisó Sephrenia a Ulath, que tenía una tenue sonrisa en el rostro—. Ni una palabra.

—¡Si no he dicho nada!

La luna se levantó tarde esa noche y proyectó un largo y rutilante sendero en la superficie del agua. Falquián se relajó un poco entonces, pues la tarea de buscar a un troll entre tinieblas le había producido gran tensión. Ahora se le antojaba de algún modo demasiado sencillo. No tenía más que aguardar a que Ghwerig llegara a la orilla. Después de todas las dificultades y reveses que habían entorpecido su misión desde que emprendieron la búsqueda del Bhelliom, la idea de limitarse a permanecer sentado esperando a que se lo entregaran le provocaba cierto nerviosismo. Tenía la ominosa sospecha de que algo iba a torcerse. Si las cosas seguían el mismo curso que todo lo que había ocurrido en Lamorkand y allí en Kelosia, algo saldría mal. Su búsqueda se había hallado al borde del desastre casi desde el momento en que abandonaron el castillo pandion de Cimmura, y Falquián no veía señales que lo indujeran a esperar que sería distinto en aquella ocasión.

Una vez más, el sol se alzó en un cielo rojizo, como un cobrizo disco suspendido sobre las turbias aguas del lago. Falquián regresó cansinamente de su posición de guardia al lugar donde aguardaban los niños y Sephrenia.

—¿A qué distancia se encuentra ahora? —preguntó a Flauta.

—A poco más de un kilómetro de la orilla —repuso ésta—. Ha vuelto a pararse.

—¿Por qué se para continuamente?

La irritación de Falquián iba en aumento cada vez que el troll detenía su avance.

—¿Querriais oír mi teoría al respecto? —inquirió Talen.

—Exponla.

—Una vez robé un bote porque tenía que cruzar el río Cimmura, y resultó que estaba agujereado. Tenía que pararme cada cinco minutos para achicar el agua. Ghwerig se detiene aproximadamente cada media hora. Tal vez su bote no hace tanto agua como el mío.

Falquián miró fijamente al muchacho un momento y luego prorrumpió en súbitas carcajadas.

—Gracias, Talen —dijo, sintiendo una repentina mejoría en el ánimo.

—No hay de qué —replicó con descaro el chiquillo—. ¿Veis, Falquián? La respuesta más sencilla suele ser la que da en el clavo.

—Entonces tengo a un troll allá, embarcado en un bote que hace agua, y debo esperar aquí en la orilla a que achique el agua.

—En resumidas cuentas, sí.

Tynian se acercó al trote.

—Falquián —advirtió en voz baja—, se aproximan unos jinetes por el oeste.

—¿Cuántos?

—Demasiados para contarlos convenientemente.

—Vayamos a echar un vistazo.

Se alejaron entre los árboles hasta el sitio donde Kalten, Ulath y Bevier permanecían inmóviles a caballo, contemplando el horizonte de poniente.

—Los he estado observando, Falquián —declaró Ulath—. Creo que son thalesianos.

—¿Qué hacen tantos thalesianos aquí en Kelosia?

—¿Recuerdas que ese posadero de Venne te dijo —relacionó Kalten— que había guerra allá en Arcium? ¿No dijo que los reinos occidentales estaban movilizándose?

—Lo había olvidado —admitió Falquián—. Bien, no es asunto que nos concierna..., al menos por ahora.

Kurik y Berit llegaron a caballo.

—Creo que Berit lo ha visto, Falquián —informó Kurik.

Falquián miró al novicio.

—He trepado a un árbol, sir Falquián —explicó Berit—. Hay un pequeño bote a cierta distancia de la costa. No he podido distinguirlo en detalle, pero parece que hace agua y se ven muchas salpicaduras.

—Apuesto a que Talen estaba en lo cierto —dijo Falquián, forzando una carcajada.

—No acabo de comprenderos, Falquián.

—Ha dicho que Ghwerig robó seguramente un bote en mal estado y que tenía que pararse tan a menudo para achicar el agua.

—¿Quieres decir que hemos estado esperando toda la noche mientras Ghwerig sacaba el agua de la barca? —inquirió Kalten.

—Eso parece —confirmó Falquián.

—Están acercándose, Falquián —anunció Tynian, señalando hacia el oeste.

—Y son thalesianos sin lugar a dudas —agregó Ulath.

Falquián profirió un juramento y se dirigió al linde de la arboleda. A la cabeza de la columna que se aproximaba iba un hombre robusto vestido con cota de malla y una capa púrpura, al cual Falquián conocía. Era el rey Wargun de Thalesia y parecía hallarse en un estado de total embriaguez. Junto a él cabalgaba un pálido y esbelto individuo enfundado en una armadura profusamente decorada, pero con una apariencia algo delicada.

—El que va al lado de Wargun es el rey Soros de Kelosia —informó Tynian en voz baja—. No creo que represente un peligro, pues se pasa el día rezando y ayunando.

—Aun así, nos hallamos ante un problema, Falquián —manifestó gravemente Ulath—. Ghwerig va a tomar tierra de un momento a otro y lleva la corona real de Thalesia con él. Wargun daría su propia alma por recuperar esa joya. Lamento tener que decirlo, pero será mejor que lo alejemos de aquí antes de que Ghwerig llegue a la orilla.

Falquián comenzó a maldecir, contrariado. Las sospechas que había abrigado durante la noche se habían hecho realidad.

—Todo saldrá bien, Falquián —le aseguró Bevier—. Flauta puede seguir el rastro del Bhelliom. Apartaremos al rey Wargun a cierta distancia y después nos despediremos de él. Podemos regresar después y perseguir al troll.

—No parece que tengamos otra alternativa —concedió Falquián—. Vayamos a buscar a Sephrenia y a los niños y alejemos a Wargun de aquí.

Montaron con presteza y volvieron al lugar donde se encontraban Sephrenia, Talen y Flauta.

—Hemos de irnos —anunció concisamente Falquián—. Se acercan unos thalesianos y el rey Wargun va con ellos. Ulath opina que, si Wargun averigua el

motivo por el que nos hallamos aquí, tratará de arrebatarnos la corona tan pronto como pase a nuestras manos. Cabalguemos.

Partieron al galope en dirección norte y, tal como habían previsto, las tropas thalesianas salieron en su persecución.

—Hemos de recorrer dos o tres kilómetros como mínimo —gritó Falquián a los demás— para que Ghwerig tenga posibilidades de escapar.

Llegaron al camino que conducía a Venne y continuaron galopando, sin volver la mirada hacia los thalesianos que iban en pos de ellos.

—Están cada vez más cerca —informó a Falquián Talen, que podía volver la cabeza sin que lo advirtieran los perseguidores.

—Me gustaría apartarlos un poco más de Ghwerig —se lamentó Falquián—, pero me temo que ya no podemos ir más lejos.

—Ghwerig es un troll, Falquián —le recordó Ulath—. Sabe cómo esconderse.

—Bien —acordó Falquián. Hizo ademán de mirar atrás y alzó la mano, ordenando el alto. Tensaron las riendas y volvieron grupas para encararse a los thalesianos, uno de los cuales se aproximó a ellos al paso.

—El rey Wargun de Thalesia quiere hablar con vosotros, caballeros —anunció respetuosamente—. Se reunirá con nosotros de un momento a otro.

—Muy bien —replicó Falquián.

—Wargun está borracho —murmuró Ulath a su amigo—. Procurad ser diplomático, Falquián.

El rey Wargun y el rey Soros se adelantaron y refrenaron las monturas.

—Jo, jo, Soros! —bramó Wargun, tambaleándose peligrosamente en la silla—. Parece que hemos dado caza a una nidada de caballeros de la Iglesia. —Pestañeó y observó con ojos entornados a los caballeros—. Conozco a ése —dijo—. Ulath, ¿qué estáis haciendo en Kelosia?

—Asuntos eclesiásticos, majestad —respondió Ulath.

—Y ése de la nariz torcida es el pandion Falquián —añadió Wargun—. ¿Por qué corríais tanto, Falquián?

—Nuestra misión es urgente, majestad —repuso Falquián.

—¿Y qué misión es ésa?

—No nos está permitido difundirla, majestad. Es la práctica habitual en la Iglesia, comprendedlo.

—Una cuestión política pues —bufó Wargun—. Ojalá la Iglesia no metiera las narices en los asuntos políticos.

—¿Cabalgaréis con nosotros un trecho, majestad? —inquirió con cortesía Bevier.

—No, creo que será al revés, caballero... y será más de un trecho. —Wargun los miró a todos—. ¿Estáis al corriente de lo que sucede en Arcium?

—Hemos oído algunos rumores, majestad —refirió Tynian—, pero nada coherente.

—Bien —anunció Wargun—, os daré una información coherente. Los rendoreños han invadido Arcium.

—¡Eso es imposible! —exclamó Falquián.

—Id a hablar de imposibles a la gente que vivía en Coombe. Los rendoreños saquearon e incendiaron la ciudad. Ahora marchan hacia el norte en dirección a Larium, la capital. El rey Dregos ha apelado a los tratados de defensa mutua. Soros y yo estamos haciendo leva de todo hombre capacitado al que podamos echar las manos encima. Cabalgaremos rumbo sur y arrancaremos de cuajo esa infección rendoreña de una vez por todas.

—Ojalá pudiéramos acompañaros, majestad —se lamentó Falquián—, pero

tenemos otro compromiso. Tal vez podamos reunirnos con vos una vez concluida nuestra tarea.

—Ya lo habéis hecho, Falquián —afirmó categóricamente Wargun.

—Hemos de atender con urgencia otra obligación, majestad —repitió Falquián.

—La Iglesia es eterna, Falquián, y por ello es muy paciente. Ese otro compromiso habrá de esperar.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Falquián, que habitualmente había de esforzarse por mantener a raya su vivo genio, miró de hito en hito al monarca de Thalesia. A diferencia de los otros hombres, que descargaban su ira gritando y profiriendo juramentos, Falquián adoptaba una gélida calma a medida que su furia iba en aumento.

—Somos caballeros de la Iglesia, majestad —afirmó con voz neutra e inexpresiva—. No estamos sujetos a la autoridad de los reyes mundanos. Sólo somos responsables ante Dios y ante nuestra madre, la Iglesia, y son sus órdenes las que obedeceremos, no las vuestras.

—Tengo un millar de hombres armados con picas a mi espalda —vociferó Wargun.

—¿Y cuántos estáis dispuestos a perder? —preguntó Falquián con escalofriante parsimonia. Se irguió en la silla y se bajó lentamente la visera—. No perdamos el tiempo, Wargun de Thalesia —añadió, quitándose el guantelete derecho—. Considero vuestra actitud impropia, irreligiosa incluso, y me doy por ofendido. —Con gesto de aparente negligencia, arrojó el guantelete al camino frente al rey de Thalesia.

—¿Ése es su concepto de diplomacia? —murmuró, consternado, Ulath a Kalten.

—Ésa es la aproximación a la que suele llegar —aseveró Kalten, haciendo ademán de desenvainar la espada—. Vos también podríais adelantaros y aprestar el hacha, Ulath. Promete ser interesante la mañana. Sephrenia, llevad a los niños atrás.

—¿Estáis loco, Kalten? —se indignó Ulath—. ¿Queréis que apreste el hacha en contra del rey de mi país?

—Por supuesto que no —repuso Kalten, esbozando una sonrisa—. Sólo para lucirla en el cortejo de su funeral. Si Wargun acepta el reto de Falquián, beberá hidromiel celestial después de la primera estocada.

—En ese caso habré de pelear con Falquián —dedujo, apesadumbrado, Ulath.

—Sois libre de decidir hacerlo, amigo mío —reconoció Kalten con igual pesar—, pero no os lo aconsejo. Aun cuando vencierais a Falquián, habríais de enfrentaros a mí, y yo hago muchas trampas.

—¡No voy a permitir esto! —tronó una potente voz. El hombre que se abrió paso a caballo entre los thalesianos era enorme, más alto que el propio Ulath. Llevaba cota de malla y un yelmo rematado con cuernos de ogro y empuñaba una pesada hacha. Una ancha cinta negra en el cuello lo identificaba como eclesiástico—. ¡Recoged el guantelete, sir Falquián, y retirad el desafío! ¡Ésta es una orden de nuestra madre, la Iglesia!

—¿Quién es? —preguntó Kalten a Ulath.

—Bergsten, el patriarca de Emsat —repuso Ulath.

—¿Un *patriarca*? ¿Vestido de esa manera?

—Bergsten no es un prelado normal.

—Ilustrísima —tartamudeó Wargun—, yo...

—¡Deponed la espada, Wargun —bramó Bergsten— o habréis de luchar conmigo en combate individual!

—Yo no lo haría —confesó Wargun a Falquián, casi amigablemente—. ¿Y vos?

Falquián observó con detenimiento al patriarca de Emsat.

—No de poder evitarlo —admitió—. ¿Cómo creció tanto?

—Era hijo único —explicó el monarca—. No tuvo que pelear con nueve hermanos para llevarse la cena a la boca cada noche. ¿Qué opinión os merecería una tregua llegado este punto, Falquián?

—Me parece que es lo que la prudencia aconseja, majestad. No obstante, tenemos realmente algo importante que atender.

—Hablabamos de ello más tarde..., cuando Bergsten esté rezando.

—¡Éste es el mandato de la Iglesia! —rugió el patriarca de Emsat—. Los caballeros de la Iglesia se sumarán a nosotros en esta sagrada misión. La herejía eshandista es una ofensa a Dios. Ya que Dios nos otorga la fuerza, hijos míos, emprendamos esta gran tarea que nos proponemos. —Encaró el caballo hacia el sur—. No olvidéis vuestro guantelete, sir Falquián —gritó por encima del hombro—. Quizá lo necesitéis cuando llegemos a Arcium.

—Sí, Ilustrísima —replicó Falquián, apretando las mandíbulas.

Capítulo veintiuno

A mediodía, el rey Soros ordenó el alto y dio instrucciones a sus criados para que levantaran su pabellón, al cual se retiró en compañía de su capellán para decir sus oraciones.

—Niño de coro —murmuró entre dientes el rey Wargun—. ¡Bergsten! —bramó.

—Aquí estoy, majestad —respondió solícitamente a sus espaldas el belicoso patriarca.

—¿Se os ha pasado el acceso de mal humor?

—No estaba realmente enfadado, majestad. Sólo trataba de salvar vidas..., la vuestra incluida.

—¿Qué insinuáis?

—Si hubierais cometido la tontería de aceptar el desafío de sir Falquián, esta noche cenaríais en el cielo... o en el infierno, a la espera del juicio divino.

—No os andáis con rodeos.

—Falquián es famoso por su pericia, majestad, y vos no estaríais a su altura en combate. Ahora decidme qué queríais.

—¿A cuánto queda Lamorkand de aquí?

—Está en la orilla sur del lago, mi señor..., a un par de jornadas.

—¿Y la ciudad lamorquiana más próxima?

—Sería Agnak, majestad. Está al otro lado de la frontera, un poco más al este.

—De acuerdo. Iremos allí pues. Quiero sacar a Soros de su propio país y apartarlo de esos santuarios. Si se para a rezar otra vez, voy a estrangularlo. Alcanzaremos el grueso del ejército a última hora del día. Ya están marchando hacia el sur. Voy a enviar a Soros a movilizar a los barones lamorquianos. Vos iréis con él y, si intenta rezar más de una vez por día, tenéis mi permiso para descabezarlo.

—Ello podría tener interesantes repercusiones políticas, majestad —señaló Bergsten.

—Mentid al respecto —gruñó Wargun—. Decid que fue un accidente.

—¿Cómo puede descabezarse a alguien por accidente?

—Ya se os ocurrirá algo. Ahora escuchadme, Bergsten. Necesito a esos lamorquianos. No dejéis que Soros se desvíe en algún peregrinaje religioso. Mantenedlo en marcha. Citadle textos sagrados si es preciso. Reclutad a todo lamorquiano que se os presente delante y luego dirigíos a Elenia. Me reuniré con vosotros en la frontera arciana. Debo ir a Acie, en Deira. Obler ha convocado un consejo de guerra. —Miró en derredor—. Falquián —indicó con disgusto—, id a rezar a algún sitio. Un caballero de la Iglesia no debería escuchar a hurtadillas.

—Sí, majestad —respondió Falquián.

—Tenéis un caballo muy feo, ¿lo sabíais? —observó Wargun, mirando con mala cara a *Faran*.

—Somos tal para cual, majestad.

—Yo de vos tendría cuidado —le advirtió Kalten mientras él y Falquián se dirigían al lugar donde habían desmontado sus amigos—. Muerde.

—¿Cuál? ¿Falquián o el caballo?

—¿A vos qué os parece, majestad?

—¿Qué está haciendo Ghwerig? —preguntó Falquián a Flauta después de bajar del caballo.

—Todavía está escondido —respondió la niña—. Al menos eso creo. Bhelliom está parado. Probablemente esperará a que oscurezca para ponerse en camino.

Falquián emitió un gruñido.

—¿Qué pasado tiene ese Bergsten? —preguntó Kalten a Ulath—. Nunca hasta ahora había visto a un eclesiástico con armadura.

—Era un caballero genidio —repuso Ulath—. Actualmente sería preceptor si no hubiera adoptado los hábitos.

—Asía el hacha como si supiera manejarla. ¿No es un poco raro que un miembro de una orden militante se haga sacerdote?

—No tanto, Kalten —disintió Bevier—. Un buen número de prelados arcianos habían sido cirínicos. Puede que algún día yo mismo abandone la orden para consagrarme más estrechamente al servicio de Dios.

—Tendremos que buscarle una bonita y complaciente muchacha a este chico, Falquián —murmuró Ulath—. Lo involucraremos en algún pecado lo bastante grave como para que abandone tal idea. Es un hombre demasiado valioso para que se eche a perder poniéndose una sotana.

—¿Qué os parece Naween? —propuso Talen, que se encontraba de pie detrás de ellos.

—¿Quién es Naween? —inquirió Ulath.

—La mejor prostituta de Cimmura. Le entusiasma su trabajo. Falquián la conoce.

—¿De veras? —dijo Ulath, mirando a Falquián con una ceja enarcada.

—Fue por una cuestión de trabajo —contestó lacónicamente Falquián.

—Desde luego... pero ¿vuestro o suyo?

—¿Qué os parece si dejamos esta cuestión? —Falquián se aclaró la garganta y miró en derredor para cerciorarse de que ninguno de los soldados del rey Wargun se hallaba lo bastante cerca para oírlos—. Hemos de deshacernos de esta pandilla antes de que Ghwerig se aleje demasiado —anunció.

—Esta noche —sugirió Tynian—. Las malas lenguas afirman que el rey Wargun bebe hasta quedarse dormido cada noche. En principio podríamos escabullimos sin problemas.

—No iréis a desobedecer la orden expresa del patriarca de Emsat —se escandalizó Bevier.

—Por supuesto que no, Bevier —se apresuró a contestar Kalten—. Sólo nos escaparemos y buscaremos a algún vicario de pueblo o al abad de un monasterio y haremos que nos ordene volver a nuestra actividad.

—¡Eso es inmoral! —exclamó Bevier.

—Ya lo sé. —Kalten sonrió afectadamente—. Desagradable, ¿verdad?

—Pero es técnicamente legítimo, Bevier —aseguró Tynian al joven cirínico—. Algo retorcido, lo reconozco, pero ortodoxo. Nuestros juramentos nos obligan a seguir las órdenes de los miembros consagrados del clero. La orden de un vicario o un abad invalidaría la del patriarca Bergsten, ¿no es así? —preguntó Tynian abriendo los ojos con aire inocente.

Bevier lo miró con impotencia y luego se echó a reír.

—Me parece que evolucionará bien, Falquián —sentenció Ulath—, pero guardemos en reserva a vuestra amiga Naween... por si acaso.

—¿Quién es Naween? —preguntó con perplejidad Bevier.

—Una conocida mía —contestó con aire distante Falquián—. Puede que os la presente algún día.

—Sería un honor —afirmó sinceramente Bevier.

Al reunirse a última hora de la tarde con la muchedumbre de desconsolados

kelosianos reclutados a la fuerza, constataron lo que ya temía Falquián: el perímetro de su campamento estaba patrullado por thalesianos armados hasta los dientes.

Al ponerse el sol entraron en un pabellón que los soldados habían dispuesto para ellos y allí Falquián sustituyó la armadura por una cota de malla.

—Los demás esperadme aquí —indicó—. Voy a echar un vistazo antes de que anochezca. —Se ciñó el cinto de la espada y salió de la tienda.

Afuera había dos soldados de fiero aspecto.

—¿Adónde creéis que vais? —espetó uno de ellos.

Falquián le asestó una mirada hostil y aguardó.

—Mi señor —añadió de mala gana el individuo.

—Quiero comprobar la condición de mis caballos —anunció.

—Tenemos herreros que se encargan de ellos, caballero.

—No vamos a sostener una disputa por eso, ¿verdad, compadre?

—Ah... no, no creo, caballero.

—Bien. ¿Dónde están atados los caballos?

—Os lo enseñaré, sir Falquián.

—No es preciso. Sólo habéis de decirme dónde están.

—De todas maneras debo acompañaros, caballero. Órdenes del rey.

—Ya veo. Id delante pues.

Cuando emprendían camino, Falquián oyó una estrepitosa voz.

—¡Eh, caballero! —Miró en torno a sí.

—Veo que también os han cogido a vos y a vuestros amigos. —Era Kring, el *domi* de la banda nómada de keloi.

—Hola, amigo —saludó Falquián al guerrero de cuero cabelludo rapado—. ¿Atrapasteis a esos zemoquianos?

—Tengo un saco lleno de orejas —explicó, riendo, Kring—. Intentaron resistirse. Son unos estúpidos esos zemoquianos. Pero entonces llegó el rey Soros con su ejército de desharrapados y no tuvimos más remedio que sumarnos a él para recoger la recompensa. —Se acarició la afeitada cabeza—. Aunque tampoco está mal. De todas maneras no teníamos nada urgente que hacer en casa ahora que ya han parido todas las yeguas. Decidme, ¿aún va con vosotros ese joven ladrón?

—La última vez que he echado una ojeada todavía estaba por ahí. Claro que puede que haya robado algunas cosas y se haya largado. Es muy hábil desapareciendo cuando las circunstancias así lo exigen.

—Apuesto a que sí, caballero. ¿Cómo está mi amigo Tynian? Os he visto a todos al llegar y me dirigía a visitarlo.

—Está bien.

—Estupendo. —El *domi* miró seriamente a Falquián—. Tal vez podáis darme alguna información acerca de la etiqueta militar, caballero. Nunca había formado parte de un ejército regular. ¿Cuáles son las normas básicas sobre el pillaje?

—No creo que nadie se escandalice —respondió Falquián—, siempre que os limitéis a saquear a los muertos enemigos. Se considera de mal gusto atracar los cadáveres de nuestros propios soldados.

—Estúpida norma ésa —suspiró Kring—. ¿Qué le importan a un muerto sus posesiones? ¿Y qué hay de la violación?

—Se ve con malos ojos. Estaremos en Arcium y ése es un país pacífico. Los arcianos son susceptibles en lo que respecta a sus mujeres. Wargun ha reunido un buen número de cantineras si sentís apremios de esa clase.

—Las cantineras resultan tan aburridas... Dadme una bonita y joven virgen cada vez. Veréis, esta campaña se está volviendo terriblemente tediosa. ¿Y qué me decís de

los incendios? Me encanta el fuego.

—No os lo aconsejaría. Como os he dicho, estaremos en Arcium, y todas las ciudades y casas pertenecen a las gentes que viven allí. Estoy seguro de que no les gustaría.

—Las guerras civilizadas dejan mucho que desear, ¿no creéis, caballero?

—¿Qué puedo deciros, *domi*? —se disculpó Falquián, extendiendo las manos.

—Si no os molesta que lo diga, creo que se debe a la armadura. Estáis tan constreñidos dentro del acero que perdéis de vista lo esencial: el botín, las mujeres, los caballos. Es una pena, Falquián.

—Es una pena, *domi* —concedió Falquián—. Son siglos de tradición, comprendedlo.

—Las tradiciones no tienen nada malo... con tal que no interfieran en las cosas importantes.

—Reflexionaré sobre ello, *domi*. Nuestra tienda está justo allí. Tynian se alegrará de veros. —Falquián siguió al centinela thalesiano hasta el lugar donde se encontraban los caballos y, una vez allí, simuló comprobar el estado de las herraduras de *Faran*, mientras observaba los límites del campamento con la luz del crepúsculo. Al igual que antes, había docenas de hombres cabalgando en derredor—. ¿Por qué hay tantas patrullas? —preguntó al thalesiano.

—Los reclutas kelosianos no sienten ningún entusiasmo por esta campaña, caballero —repuso el guerrero—. No nos tomamos todas esas molestias haciendo la leva para dejar que se escabullan por la noche.

—Comprendo —dijo Falquián—. Ya podemos volver.

—Sí, mi señor.

Las patrullas de Wargun complicaban seriamente las cosas, por no mencionar la presencia de los dos centinelas fuera de su tienda. Ghwerig estaba alejándose con el Bhellom y no parecía que Falquián pudiera hacer nada para remediarlo. Sabía que él solo podría escapar del campamento valiéndose de la astucia y la fuerza, pero ¿de qué le serviría? Sin Flauta, tenía escasas posibilidades de seguir al troll, y llevársela sin disponer de los otros para protegerla sería exponerla a un peligro inaceptable. Habrían de concebir un plan más viable.

El guerrero thalesiano lo guiaba frente a una tienda de reclutas kelosianos cuando vio una cara conocida.

—¿Occuda? —preguntó con incredulidad—. ¿Sois vos?

El hombre de prominente mandíbula vestido con armadura de cuero de buey se puso en pie, sin expresar en su triste semblante ningún asomo de placer por el encuentro.

—Me temo que así es, mi señor —contestó.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué os obligó a abandonar al conde Ghasek?

Occuda lanzó una breve ojeada a los hombres con quienes compartía tienda.

—¿Podríamos hablar a solas de esto, sir Falquián?

—Ciertamente, Occuda.

—Por allí, mi señor.

—Estaré en lugar visible —señaló Falquián a su escolta.

Falquián y Occuda se dirigieron a un bosquecillo de abetos tan espeso que no permitía plantar tiendas entre ellos.

—El conde ha caído enfermo, mi señor —informó sombríamente Occuda.

—¿Y lo dejasteis solo con esa loca? Me decepcionáis, Occuda.

—Las circunstancias han cambiado, mi señor.

—¿Oh?

—Lady Bellina está muerta ahora.

—¿Que le sucedió?

—Yo la maté —confesó con voz inexpresiva Occuda—. Ya no podía soportar más sus incesantes gritos. Al principio las hierbas que prescribió lady Sephrenia la tranquilizaron un poco, pero al cabo de poco tiempo, pareció que ya no le hacían efecto. Traté de aumentar la dosis, pero fue en vano. Entonces una noche, cuando introducía la cena por esa rendija de la pared de la torre, la vi. Deliraba y echaba espumarajos por la boca como un perro rabioso. Su padecimiento era evidente. Fue entonces cuando tomé la decisión de concederle el reposo.

—Todos sabíamos que existía esa posibilidad —observó gravemente Falquián.

—Quizá. Sin embargo, no me atrevía a darle muerte cara a cara. Las hierbas ya no la calmaban, pero la belladona sí. Dejé de gritar poco después de que se la administré. —Había lágrimas en los ojos de Occuda—. Tomé la almádena y abrí un agujero en la pared de la torre. Después, con el hacha, seguí las instrucciones que vos me habíais dado. En toda mi vida no había acometido tarea tan difícil. Envolví su cuerpo con una lona, lo saqué del castillo y lo quemé. Después de lo que había hecho, no podía enfrentarme al conde. Le dejé una nota confesando mi crimen y me dirigí a un pueblo cercano al castillo, donde empleé criados para que atendieran al conde. Incluso asegurándoles que ya no había ningún peligro en Ghasek, hube de pagarles el doble para conseguir que aceptaran el puesto. Luego me alejé de ese lugar y me enrolé en este ejército. Espero que la batalla no tarde en iniciarse. Mi vida ya no tiene sentido. Sólo quiero morir.

—Cumplisteis con vuestro deber, Occuda.

—Tal vez, pero ello no me absuelve de mi delito.

Falquián tomó una pronta decisión.

—Venid conmigo —dijo.

—¿Adónde vamos, mi señor?

—A ver al patriarca de Emsat.

—No compareceré ante un prelado con las manos mancilladas con la sangre de lady Bellina.

—El patriarca Bergsten es thalesiano y dudo que sea demasiado escrupuloso. Hemos de ver al patriarca de Emsat —comunicó al escolta thalesiano—. Llevadnos a su tienda.

—Sí, mi señor.

El centinela los condujo al pabellón del patriarca Bergsten, cuyo brutal rostro de prominentes pómulos y mandíbulas aparecía particularmente thalesiano a la luz de las velas. Todavía llevaba la cota de malla, aunque se había quitado el yelmo con cuernos de ogro y su hacha permanecía apoyada en un rincón.

—Ilustrísima —expuso Falquián con una reverencia—, este amigo mío tiene un problema de cariz espiritual. ¿Podrías ayudarlo?

—Ése es mi deber, sir Falquián —replicó el patriarca.

—Gracias. Su Ilustrísima. Occuda fue monje antaño. Luego entró al servicio de un conde en el norte de Kelosia. La hermana del conde se entregó a un culto maligno y comenzó a practicar ritos en los que se llevaban a cabo sacrificios humanos, lo cual le otorgó ciertos poderes.

A Bergsten se le desorbitaron los ojos.

—El caso es que —prosiguió Falquián—, cuando la hermana del conde fue despojada al fin de dichos poderes, enloqueció, y su hermano se vio obligado a confinarla. Occuda se ocupó de ella hasta que no pudo soportar por más tiempo su sufrimiento y le dio muerte movido por la compasión.

—Una terrible historia, sir Falquián —opinó Bergsten con voz profunda.

—Fue un encadenamiento de terribles acontecimientos —acordó Falquián—. Occuda se siente abrumado por el remordimiento ahora y está convencido de la condena de su alma. ¿Podríaís absolverlo para que pueda afrontar el resto de sus días?

El patriarca observó pensativamente el pesaroso semblante de Occuda, con mirada a un tiempo astuta y compasiva. Reflexionó unos momentos y luego se irguió con expresión severa.

—No, sir Falquián, no puedo —declaró con firmeza.

Cuando Falquián se disponía a protestar, el patriarca alzó una recia mano y dirigió la mirada al corpulento kelosiano.

—Occuda —inquirió con dureza—, ¿fuisteis monje?

—Lo fui, Ilustrísima.

—Bien. Esta será vuestra penitencia pues. Volveréis a adoptar el hábito monacal, hermano Occuda, y entrareis a mi servicio. Cuando yo haya decidido que habéis expiado vuestro pecado, os daré la absolución.

—I... Ilustrísima —sollozó Occuda, postrándose de rodillas—, ¿cómo podré agradecerérselo?

Bergsten esbozó una leve sonrisa.

—Puede que cambiéis de opinión con el tiempo, hermano Occuda. Comprobaréis que soy un superior muy exigente. Habréis pagado con creces vuestro pecado antes de que vuestra alma recupere su pureza. Ahora id a buscar vuestras pertenencias. Os trasladaréis aquí conmigo.

—Sí, Ilustrísima. —Occuda se levantó y abandonó la tienda.

—Perdonad mi franqueza, Ilustrísima —dijo Falquián—, pero sois un hombre muy tortuoso.

—No, no es así, sir Falquián —replicó el fornido eclesiástico sonriendo—. Ello se debe a que la experiencia me ha enseñado que el espíritu humano es muy complejo. Vuestro amigo siente que ha de sufrir para expiar su falta y, si yo lo absolviera sin más, siempre dudaría de que se hubiera borrado la mancha de su pecado. Como él cree que ha de padecer, yo me ocuparé de que sufra... con moderación, claro está. En fin de cuentas, no soy un monstruo.

—¿Cometió realmente un pecado?

—Por supuesto que no. Actuó por piedad. Será un buen monje, y, cuando considere que ya ha sufrido bastante, le buscaré un monasterio tranquilo situado en un hermoso lugar y lo nombraré abad. Él estará demasiado ocupado para sumirse en cavilaciones y la Iglesia tendrá un buen y fiel abad. De ningún modo debe mencionarse esto en el transcurso de los años que estará a mi servicio.

—No sois una persona muy amable, Ilustrísima.

—Nunca he pretendido serlo, hijo mío. Esto es todo, sir Falquián. Partid con mi bendición. —El patriarca le dedicó un malicioso guiño.

—Gracias, Ilustrísima —dijo Falquián, sin esbozar un asomo de sonrisa.

Mientras recorría el campamento en compañía del centinela experimentó una gran satisfacción. Aun cuando no siempre le era dado solucionar sus propios problemas, parecía tener la capacidad de arreglar los de los demás.

—Kring nos ha informado de que los alrededores del campamento están patrullados —le anunció Tynian cuando entró en la tienda—. Eso nos dificultará la huida, ¿no es cierto?

—Sin duda —convino Falquián.

—Oh —añadió Tynian—, Flauta ha estado haciendo preguntas sobre distancias. Kurik ha ido a buscar el mapa, pero no lo ha encontrado.

—Está en mi alforja.

—Debí suponerlo —reconoció Kurik.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó Falquián a la niña.

—¿A qué distancia está Agnak de Acie?

Falquián extendió el mapa en la mesa que había en el centro del pabellón.

—Es un dibujo muy bonito, pero no me ofrece ninguna respuesta —objetó Flauta.

Falquián calculó la distancia.

—Unas trescientas leguas —respondió.

—Eso tampoco aclara mi pregunta. He de saber cuánto tiempo tardaremos.

—Unos veinte días.

—Quizá pueda hacerlo menguar un poco —aventuró.

—¿De qué hablas? —inquirió Falquián.

—Acie está en la costa, ¿no es cierto?

—Sí.

—Necesitaremos un barco para llegar a Thalesia. Ghwerig está llevando Bhelliom a su cueva.

—Somos suficientes para dominar a los centinelas —aseveró Kalten— y no es tan complicado enfrentarse a las patrullas en noche cerrada. Ghwerig no ha tomado tanta distancia como para que no podamos alcanzarlo.

—Debemos hacer algo en Acie —le anunció la niña—. Al menos yo..., y se trata de algo que debe llevarse a cabo antes de volver a iniciar la persecución de Ghwerig. Ahora sabemos dónde está y no será difícil encontrarlo. Ulath, id a comunicar a Wargun que lo acompañaremos a Acie. Inventad algún motivo razonable.

—Sí, señora —contestó el thalesiano con una leve sonrisa.

—Me gustaría que dejarais de comportaros así —se quejó la pequeña—. Oh, por cierto, de camino a la tienda de Wargun, pedid a alguien que nos traiga la cena.

—¿Qué quieres comer?

—No estaría mal cabrito, pero me conformaré con cualquier cosa que no sea cerdo.

Llegaron a Agnak al atardecer del día siguiente y plantaron su enorme campamento. Las autoridades locales se apresuraron a cerrar las puertas de la ciudad. El rey Wargun insistió en que Falquián y los otros caballeros de la Iglesia lo acompañaran a la puerta norte bajo la bandera de tregua.

—Soy Wargun de Thalesia —tronó ante las murallas—. El rey Soros viene conmigo..., al igual que estos caballeros de la Iglesia. El reino de Arcium ha sido invadido por los rendoreños y yo exhorto a todo hombre capacitado que tenga fe en Dios a contribuir a nuestros esfuerzos para erradicar la herejía eshandista. No estoy aquí para causaros molestias, amigos míos, pero, si esta puerta no se ha abierto cuando se ponga el sol, reduciré a escombros vuestras murallas y os haré salir para que podáis contemplar cómo vuestra ciudad arde hasta convertirse en cenizas.

—¿Creéis que lo han oído? —preguntó Kalten.

—Seguramente lo han oído hasta en Chyrellos —repuso Tynian—. Vuestro rey tiene una voz realmente penetrante, sir Ulath.

—En Thalesia quedan muy alejadas entre sí las cimas de las montañas —contestó Ulath encogiéndose de hombros—. Hay que hablar muy alto si se quiere que lo escuchen a uno.

El rey Wargun esbozó una torcida sonrisa.

—¿Alguno desea apostar si se abrirá o no esta puerta antes de que el sol se oculte detrás de esa colina? —los animó.

—Somos caballeros de la Iglesia, majestad —le recordó Bevier—. Dado que

hacemos voto de pobreza, no nos hallamos en posición de apostar dinero.

El monarca prorrumpió en carcajadas.

La puerta de la ciudad se abrió vacilante.

—¡Sabía que comprenderían mi punto de vista! —exclamó con alborozo Wargun, disponiéndose a entrar en la ciudad—. ¿Dónde encontraré a vuestro alcalde? —preguntó a uno de los temblorosos guardas de la puerta.

—C..., creo que está en la sala del consejo, majestad —tartamudeó el guardia—. Seguramente escondido en la bodega.

—Sed un buen chico e id a buscarlo.

—De inmediato, majestad. —El hombre arrojó la pica al suelo y salió corriendo por la calle.

—Me gustan los lamorquianos —declaró con jovialidad Wargun—. Siempre están ansiosos por complacerlo a uno.

El alcalde era un hombre gordinflón que llegó sudando copiosamente detrás del guardia.

—Necesitaré alojamiento conveniente para el rey Soros, para mí mismo y para nuestro séquito, excelencia —le informó Wargun—. Ello no representará un gran inconveniente para vuestros ciudadanos, pues de todos modos pasarán la noche en vela equipándose para sumarse a la campaña militar.

—Como ordene Su Majestad —repuso con voz aguda el edil.

—¿Veis lo que os decía de los lamorquianos? —dijo Wargun—. Soros no tendrá más que dar un paseo por aquí. Dejará el reino entero sin hombres en una semana... si no se para a rezar con excesiva frecuencia. ¿Por qué no vamos a algún sitio a tomar un trago mientras su excelencia nos vacía una docena de casas?

Tras consultar con el rey Soros y el patriarca Bergsten a la mañana siguiente, Wargun tomó una tropa de caballería thalesiana y partió con ella en dirección oeste. Falquián cabalgaba a su lado mientras el sol refulgía en el lago y una ligera brisa les acariciaba el rostro.

—Supongo que seguís decidido a no contarme qué estabais haciendo en Kelosia —sondeó Wargun a Falquián.

El monarca thalesiano parecía relativamente sobrio aquella mañana y por ello Falquián resolvió tentar su humor.

—Estaréis informado sobre la enfermedad de la reina Ehlana —comenzó.

—Todo el mundo lo sabe. Por esa razón su primo bastardo trata de hacerse con el poder.

—Es algo más complejo, majestad. Finalmente hemos averiguado la causa de su dolencia. Como el primado Annias necesitaba acceder al tesoro, la envenenó.

—¿Cómo?

—Annias carece de escrúpulos y haría cualquier cosa para ascender al archiprelado.

—Ese hombre es un canalla —gruñó Wargun.

—Lo cierto es que hemos descubierto una posible cura para Ehlana en la que interviene el uso de la magia, y para ponerla en práctica necesitamos un talismán concreto que se encuentra en el lago Venne.

—¿Qué es ese talismán? —inquirió Wargun, entornando los ojos.

—Es una especie de ornamento —respondió evasivamente Falquián.

—¿Realmente depositáis tanta confianza en todas esas insensateces de la magia?

—He visto cómo daba resultados en varias ocasiones, majestad. Sea como fuere, ése es el motivo por el que nos resistimos cuando insististeis en que os acompañáramos. No era nuestra intención ser irrespetuosos. La vida de Ehlana se mantiene gracias a un

hechizo, pero sus efectos tienen una duración limitada. Si ella muere, Lycheas ascenderá al trono.

—No si yo puedo evitarlo. No quiero que un trono de Eosia esté ocupado por un hombre que no conoce a su propio padre.

—A mí tampoco me resulta atractiva la idea, pero creo que Lycheas sabe de hecho quién es su padre.

—¿Oh? ¿Quién es? ¿Lo sabéis?

—El primado Annias.

A Wargun se le desorbitó la mirada.

—¿Estáis seguro de ello?

Falquián asintió con la cabeza.

—Lo sé de buena tinta. Fue el espectro del rey Aldreas quien me lo contó. Su hermana era un tanto libertina.

Wargun hizo la señal de protección contra el maligno, un gesto campesino que resultaba bastante extraño en la persona de un monarca.

—¿Un espectro decís? La palabra de un fantasma no tiene valor en ningún tribunal, Falquián.

—No me proponía llevarlo ante los tribunales, majestad —replicó con ceño torvo Falquián, apoyando la mano en la empuñadura de la espada—. Tan pronto como disponga de tiempo, los culpables comparecerán ante una más alta instancia.

—Bien pensado —aprobó Wargun—. Sin embargo, no hubiera pensado que un eclesiástico sucumbiera a los encantos de Arissa.

—Arissa puede ser muy persuasiva a veces. Por otra parte, esta campaña que habéis emprendido guarda relación con otra de las estratagemas de Annias. Abrigo fundadas sospechas de que la invasión rendoreña está encabezada por un hombre llamado Martel. Martel trabaja para Annias y ha realizado diversas tentativas de provocar disturbios para alejar de Chyrellos a los caballeros de la Iglesia durante las elecciones. Dado que nuestros preceptores podrían probablemente impedir que Annias subiera al trono del archiprelado, ha de mantenerlos al margen.

—Ese hombre es una serpiente.

—Es una descripción bastante ajustada.

—Me habéis dado mucho en qué pensar esta mañana, Falquián. Meditaré sobre ello y conversaremos un poco después.

Los ojos de Falquián se iluminaron súbitamente.

—No alentéis excesivas esperanzas —agregó el monarca—. Todavía opino que voy a necesitaros al llegar a Arcium. Además, las órdenes militares ya han emprendido la marcha hacia el sur. Vos sois el brazo derecho de Vanion y me parece que él os echaría de menos si os mantuvierais al margen.

El tiempo y la distancia parecieron arrastrarse interminablemente mientras cabalgaban hacia el oeste. Volvieron a entrar en Kelosia y prosiguieron camino por infinitas llanuras bajo la brillante luz de estío.

Una noche, cuando todavía se hallaban a cierta distancia de la frontera con Deira, Kalten increpó a Flauta.

—Creía que habías asegurado que ibas a acortar la duración de este viaje —señaló con tono acusador.

—Y lo he hecho —repuso ésta.

—¿De veras? —replicó sarcásticamente el caballero—. Llevamos una semana de camino y aún no hemos llegado siquiera a Deira.

—En realidad, Kalten, sólo llevamos viajando dos días. Debo hacer que *parezca* más largo para que Wargun no sospeche nada.

Kalten la observó con incredulidad.

—Querría hacerte otra pregunta, Flauta —intervino Tynian—. Allá en el lago, estabas anhelante por atrapar a Ghwerig y arrebatarle el Bhelliom. Después cambiaste de improviso de parecer y dijiste que debías ir a Acie. ¿Qué sucedió?

—Recibí un mensaje de mi familia —explicó la niña—, indicándome la tarea que debía atender en Acie antes de reemprender la búsqueda del Bhelliom. —Torció el gesto—. Seguramente yo misma habría llegado a la misma conclusión.

—Volvamos al tema anterior —instó con impaciencia Kalten—. ¿Cómo has concentrado el tiempo de la manera que afirmas haberlo hecho?

—Existen diversos métodos —respondió evasivamente la pequeña Flauta.

—Yo no seguiría intentándolo, Kalten —aconsejó Sephrenia—. Si no vais a comprender lo que ha realizado, ¿por qué preocuparos de ello? Además, si continuáis haciéndole preguntas, tal vez decida contestarlas y sin duda las respuestas no serían de vuestro agrado.

Capítulo veintidós

Pareció que habían tardado dos semanas más en llegar a las estribaciones de las montañas que dominaban Acie, la triste y escasamente atractiva capital de Deira, que se encaramaba en un erosionado acantilado, asomada al viejo puerto y al largo y angosto golfo de Acie. Flauta les advirtió aquella tarde, no obstante, de que tan sólo habían transcurrido cinco días desde que dejaron Agnak. La mayoría de ellos resolvieron dar crédito a sus palabras, pero sir Bevier, de mentalidad marcadamente racional y elenia, la interrogó acerca de la viabilidad de ese supuesto milagro. Sus explicaciones fueron pacientes, aunque terriblemente incomprensibles. Bevier se excusó al fin y salió un rato afuera de la tienda para contemplar las estrellas y restablecer sus relaciones con las cosas que siempre había considerado inmutables y eternas.

—¿Habéis entendido algo de lo que ha dicho? —le preguntó Tynian cuando regresó, pálido y sudoroso, a la tienda.

—Un poco —repuso Bevier, tomando asiento—. Sólo algún atisbo. —Observó a Flauta con ojos temerosos—. Creo que tal vez el patriarca Ortzel estaba en lo cierto. No deberíamos tener tratos con ese pueblo estirio para el que nada es sagrado.

Flauta cruzó la tienda sobre sus piecillos manchados de hierba y posó una consoladora mano en su mejilla.

—Querido Bevier —dijo con dulzura—, tan serio y tan devoto. Hemos de dirigirnos a Thalesia sin tardanza... tan pronto como termine lo que debo hacer en Acie. Simplemente no disponíamos de tiempo para atravesar medio continente al paso reglamentario. Por eso modifiqué las cosas.

—Comprendo los motivos —concedió el arciano—, pero...

—Jamás os causaré daño, creedme, ni consentiré que os hieran otros, pero debéis intentar no ser tan rígido. Es muy difícil explicaros las cosas si mantenéis esa postura. ¿Os conforta saberlo?

—Apenas.

La niña se puso de puntillas y le dio un beso.

—Veamos —inquirió con voz animada—, ¿volvemos a ser amigos?

—Obra como te parezca, Flauta —cedió Bevier, dedicándole una tierna, casi tímida, sonrisa—. No puedo refutar a un tiempo tus argumentos y tus besos.

—¡Es un *buen* chico! —exclamó arrobada la pequeña.

—Nosotros también tenemos un concepto parecido de él —aseguró Ulath— y ya tenemos algunos planes respecto a su futuro.

—Vos, en cambio —acusó al caballero genidio—, distáis mucho de ser un buen chico.

—Lo sé —admitió éste, impertérrito—, y no os imagináis la decepción que tuvo por ello mi madre... y también alguna que otra dama.

La niña le asestó una sombría mirada y se alejó murmurando para sí en estirio. Falquián, que reconoció algunas de las palabras, se preguntó si ella conocía su verdadero significado.

Siguiendo lo que ya se había transformado en una costumbre, Wargun pidió a Falquián que cabalgara junto a él al día siguiente mientras descendían las largas y rocosas laderas de las montañas deiranas en dirección a la costa.

—Debería salir más a menudo —le confió el rey de Thalesia—. Después de casi tres semanas cabalgando desde Agnak, debería estar a punto de caer del caballo, pero

me siento como si hubiera estado viajando unos pocos días.

—Quizá se debe a las montañas —sugirió prudentemente Falquián—. El aire de las montañas siempre resulta vigorizante.

—Tal vez sea eso —acordó Wargun.

—¿Habéis reflexionado sobre la conversación que mantuvimos hace unos días, majestad? —preguntó con cautela Falquián.

—He tenido mucho en qué pensar, Falquián. Vuestra inquietud por la reina Ehlana es digna de aprecio, pero, desde un punto de vista político, lo primordial ahora es aplastar la invasión rendoreña. Entonces los preceptores de las órdenes militantes podrán regresar a Chyrellos y poner freno a las ambiciones del primado Annias. Si Annias no consigue el título de archiprelado, el bastardo Lycheas no tendrá ninguna posibilidad de ascender al trono de Elenia. Soy consciente de que es una decisión delicada, pero la política es un juego arriesgado.

Poco después, cuando Wargun conferenciaba con el comandante de su tropa, Falquián refirió el resumen de su conversación a sus compañeros.

—No es más razonable cuando está sobrio, ¿eh? —señaló Kalten.

—Desde su propia perspectiva, tiene razón —observó Tynian—. La situación aconseja centrar todos los esfuerzos con objeto de que los preceptores puedan volver a Chyrellos antes de que fallezca Clovunus. Existe, no obstante, otra posibilidad. Ahora estamos en Deira, en el reino del rey Obler, un sabio anciano que tal vez anule las órdenes de Wargun si le exponemos nuestro caso.

—Yo no dejaría la vida de Ehlana pendiente de esa azarosa posibilidad —objetó Falquián antes de volver grupas para reunirse con Wargun.

A pesar del tiempo real que, según aseguraba Flauta, había consumido el viaje, a Falquián lo roía la impaciencia. La aparente lentitud de su marcha le resultaba lacerante y, por más que su mente aceptara tales afirmaciones, no lograba controlar sus emociones. Veinte días son veinte días para la percepción de los sentidos, y los de Falquián se hallaban a esas alturas tan tensos como un alambre. Se sumió en sombrías cavilaciones. Los acontecimientos se habían torcido tan repetidamente que ya se le antojaban premoniciones. Comenzó a considerar el futuro encuentro con Ghwerig con mucha más incertidumbre respecto a su resultado.

Hacia mediodía llegaron a Acie, la capital del reino de Deira, en cuyos alrededores acampaba el ejército arciano con la bulliciosa actividad de los preparativos de la marcha en dirección sur.

Wargun, que había vuelto a beber, miró en derredor con satisfacción.

—Bien —dijo—, ya están casi listos. Venid, Falquián, y traed a vuestros amigos. Vamos a hablar con Obler.

Mientras cabalgaban por las estrechas calles adoquinadas de Acie, Talen situó su caballo al lado del de Falquián.

—Voy a rezagarme un poco —anunció en voz baja—. Quiero echar un vistazo. Es muy difícil escabullirse en el campo, pero en una ciudad siempre hay sitios donde esconderse. El rey Wargun no se dará cuenta, pues apenas ha reparado en mí. Si encontrara un buen escondrijo, tal vez podríamos trasladarnos a él y esperar a que se haya ido el ejército. Entonces podríamos partir hacia Thalesia.

—Ten mucho cuidado.

—Por supuesto.

Unas calles más allá, Sephrenia refrenó bruscamente su blanco palafrén y ella y Flauta desmontaron con presteza y se encaminaron a una estrecha calleja donde saludaron a un anciano estirio de larga barba nívea vestido con una túnica de prístina blancura. Entre los tres parecieron celebrar una especie de ceremonia ritual cuyos

detalles no alcanzó a advertir Falquián. Sephrenia y Flauta conversaron ardorosamente con el viejo un momento y luego éste se inclinó en señal de reconocimiento y se alejó por el callejón.

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó con suspicacia Wargun cuando Sephrenia y la niña volvieron con ellos.

—Es un viejo amigo, majestad —respondió Sephrenia—, y el hombre más sabio y venerado de toda Estiria occidental.

—¿Un rey, queréis decir?

—Ésa es una palabra que carece de sentido en Estiria, majestad —replicó la mujer.

—¿Cómo podéis disponer de un gobierno sin un rey?

—Existen otros medios, majestad, y, por otra parte, los estirios ya no necesitan tener gobierno alguno.

—Es absurdo.

—Muchas cosas parecen absurdas... en principio. Puede que los elenios sufráis un proceso similar con el tiempo.

—Es una mujer muy exasperante a veces, Falquián —gruñó Uloth, volviendo a situarse a la cabeza de la columna.

—Falquián —llamó quedamente Flauta.

—Dime.

—Ya hemos llevado a cabo la tarea que había que realizar en Acie. Ahora podemos partir hacia Thalesia cuando queramos.

—¿Cómo te propones lograrlo?

—Os lo diré más tarde. Id a hacer compañía a Wargun. Se siente solo sin vos.

El palacio, un edificio que no resultaba particularmente imponente, parecía más bien un complejo de oficinas administrativas que algo erigido con fines de ostentación.

—No sé cómo puede vivir Obler en este cuchitril —comentó con desdén Wargun, tambaleándose sobre la silla—. Eh, vos —tronó, dirigiéndose a uno de los guardias apostados en la puerta principal—, id a anunciar a Obler que ha llegado Wargun de Thalesia.

—Enseguida, majestad. —El guardia saludó y entró en palacio.

Wargun desmontó y, descolgando el odre de la faldilla de la silla, tomó un largo trago.

—Espero que Obler tenga cerveza fresca —deseó—. Este vino está comenzando a darme acidez de estómago.

—El rey Obler os recibirá, majestad —comunicó, de vuelta, el guardia—. Tened la bondad de seguirme.

—Conozco el camino —replicó Wargun—. Ya he estado aquí. Encargad a alguien del cuidado de los caballos. —Guiñó un enrojecido ojo a Falquián—. Vamos pues —ordenó sin mostrar asomo de haber advertido la ausencia de Talen.

Recorrieron en tropel los austeros corredores del palacio del rey Obler y encontraron al anciano monarca de Deira sentado frente a una gran mesa atestada de mapas y papeles.

—Perdonad el retraso, Obler —se disculpó Wargun, quitándose la capa púrpura y dejándola caer al suelo—. Me desvié hacia Kelosia para recoger a Soros y reclutar una suerte de ejército. —Se desplomó en una silla—. He estado un poco incomunicado. ¿Qué ha ocurrido?

—Los rendoreños han sitiado Larium —repuso el rey de Deira—. Los alciones, genidios y cirínicos resisten en la ciudad y los pandion están en campo abierto, combatiendo con partidas que emprenden correrías.

—Es más o menos lo que pensaba —concedió Wargun—. ¿Podrías hacer que nos trajeran un poco de cerveza, Obler? Estos últimos días he estado un poco fastidiado del estómago. ¿Os acordáis de Falquián?

—Por supuesto. Fue el hombre que salvó al conde Radun en Arcium.

—Y éste es Kalten. Ése tan alto es Ulath. El de piel morena es Bevier y estoy seguro de que ya conocéis a Tynian. La mujer estiria se llama Sephrenia..., aunque no estoy convencido de que ése sea su verdadero nombre. Ella enseña magia a los pandion, y esta adorable niña de aquí es su hija. Los otros dos trabajan para Falquián. No querría ofender a ninguno de ellos. —Miró en derredor con ojos nublados—. ¿Qué se ha hecho de ese chico que iba con vos? —preguntó a Falquián.

—Sin duda estará explorando por ahí —repuso afablemente Falquián—. Las discusiones políticas le aburren.

—A veces también me aburren a mí —confesó Wargun. Volvió la mirada hacia Obler—. ¿Se han movilizado ya los elenios?

—Mis agentes no tienen prueba de ello.

Wargun comenzó a proferir juramentos.

—Me parece que me detendré en Cimmura de camino hacia el sur para colgar a ese bastardo de Lycheas.

—Yo os prestaré una cuerda, majestad —ofreció Kalten.

Wargun soltó una carcajada.

—¿Cuáles son las noticias provenientes de Chyrellos, Obler?

—Clovunus está delirante —respondió Obler—. Me temo que no dure mucho. La mayoría de los prelados se encuentran allí para preparar la elección de su sucesor.

—El primado de Cimmura, lo más probable —gruñó Wargun con acritud. Tomó una jarra de cerveza de la bandeja de un criado—. Está bien —dijo—, pero dejad el barril. —Articulaba mal las palabras—. Éste es mi punto de vista, Obler. Será mejor que vayamos a Larium sin la menor dilación. Echaremos a los rendoreños al mar para que las órdenes militantes puedan ir a Chyrellos e impedir que Annias se convierta en archiprelado. Si ello ocurriera, habríamos de declarar la guerra.

—¿A la Iglesia? —Obler parecía perplejo.

—No sería la primera vez que se depone un archiprelado, Obler. A Annias no le servirá de nada tener una mitra cuando ya no tenga cabeza. Falquián ya se ha ofrecido voluntario para poner en acción su cuchillo.

—Vais a provocar una guerra civil generalizada, Wargun. Nadie se ha enfrentado directamente a la Iglesia durante siglos.

—Entonces tal vez sea ya hora. ¿Alguna otra novedad?

—El conde de Lenda y el preceptor Vanion de los pandion acaban de llegar hace una hora —informó Obler—. Querían asearse. He mandado ir a buscarlos cuando me han comunicado vuestra llegada. Se reunirán en breve con nosotros.

—Perfecto. En ese caso podremos tomar un buen número de decisiones aquí. ¿Qué día es hoy?

El rey Obler le respondió.

—Vuestro calendario debe de estar incorrecto, Obler —señaló Wargun después de sacar la cuenta de los días con los dedos.

—¿Qué hicisteis de Soros? —inquirió Obler.

—Estuve a punto de matarlo —gruñó Wargun—. Nunca he visto a nadie rezar tanto cuando había trabajo que atender. Lo envié a Lamorkand para que enrolara a los barones de allí. Cabalga al frente del ejército, pero en realidad es Bergsten quien ostenta el mando. Bergsten podría ser un buen archiprelado, con tal que consiguiéramos quitarle esa armadura. —Emitió una carcajada—. ¿Os imagináis cómo reaccionaría la jerarquía

ante un archiprelado con cota de malla, un yelmo con cuernos y un hacha de guerra en las manos?

—Tal vez proporcionaría cierta vitalidad a la Iglesia, Wargun —acordó Obler con una leve sonrisa.

—Sabe Dios que le conviene —aprobó Wargun—. Desde que Clovunus cayó enfermo viene comportándose como una vieja doncella frígida.

—¿Tendrán sus majestades la bondad de excusarme? —solicitó con deferencia Falquián—. Me gustaría entrevistarme con Vanion. Hace tiempo que no nos vemos y he de ponerlo al corriente de algunos sucesos.

—¿Referentes a ese interminable asunto eclesiástico? —inquirió Wargun.

—Ya sabéis cómo están las cosas, majestad.

—No, a Dios gracias no lo sé. Adelante, caballero de la Iglesia, id a hablar con vuestro superior, pero no lo retengáis mucho rato. Tenemos asuntos importantes que dirimir aquí.

—Sí, majestad. —Falquián ofreció una reverencia a los monarcas y abandonó en silencio la estancia.

Vanion, que luchaba para ponerse la armadura, miró con sorpresa a su subordinado cuando éste entró en la habitación.

—¿Qué hacéis aquí, Falquián? —preguntó—. Pensaba que estabais en Lamorkand.

—Sólo estamos de paso, Vanion —repuso Falquián—. Se han producido algunos cambios. Os lo contaré sucintamente ahora y ya os daré más detalles cuando el rey Wargun haya ido a acostarse. —Observó a su preceptor—. Parecéis cansado, amigo mío.

—La edad —replicó Vanion con tristeza—, y todas esas espadas que hice que me transfiriera Sephrenia me resultan más pesadas cada día. ¿Sabéis que Olven ha muerto?

—Sí. Su fantasma entregó su espada a Sephrenia.

—Me lo temía. Ahora me haré yo cargo de ella.

Falquián golpeó con los nudillos el peto de Vanion.

—No tenéis por qué llevarla. Obler es bastante informal y Wargun ni siquiera sabe qué es la etiqueta.

—Las apariencias, amigo mío —explicó Vanion—, y el honor de la Iglesia. En ocasiones es tedioso, lo reconozco, pero... —Se encogió de hombros—. Ayudadme a enfundarme esta coraza, Falquián. Podéis seguir hablando mientras tensáis las correas y sujetáis las hebillas.

—Sí, mi señor Vanion. —Falquián se dispuso a asistir a su amigo y le expuso un resumen de lo acaecido en Lamorkand y Kelosia.

—¿Por qué no perseguisteis al troll? —le preguntó Vanion.

—Topamos con algunos obstáculos —contestó Falquián, sujetando la negra capa de Vanion a los espaldares de acero—. Wargun entre otros. Incluso me ofrecí a combatir con él, pero el patriarca Bergsten se interpuso.

—¿Desafiasteis a un rey? —Vanion parecía estupefacto.

—En ese momento lo consideré indicado, Vanion.

—Oh, amigo mío —suspiró Vanion.

—Tenemos que irnos —propuso Falquián—. Tengo muchas cosas que contaros, pero Wargun está impacientándose. —Falquián revisó la armadura de Vanion—. Erguíos —indicó—. Estáis encorvado. —Entonces presionó con ambos puños las espaldaras—. Ya está —dijo—. Así está mejor.

—Gracias —contestó secamente Vanion, doblando un tanto las rodillas.

—El honor de la orden, mi señor. No querría que presentarais el aspecto de ir

vestido con un traje de hojalata.

Vanion prefirió no responderle.

El conde de Lenda ya se encontraba en la sala cuando entraron Falquián y Vanion.

—Heos aquí, Vanion —dijo el rey Wargun—. Ahora ya podemos empezar. ¿Qué ocurre en Arcium?

—La situación apenas ha sufrido cambios, majestad. Los rendoreños continúan sitiando Larium, pero los genidios, cirínicos y alciones se encuentran en el interior de las murallas junto con el grueso del ejército arciano.

—¿Corre un peligro real la ciudad?

—No de consideración. Está construida como una montaña. Ya conocéis la afición de los arcianos por las fortalezas de piedra. Probablemente podría resistir veinte años. —Vanion posó la mirada en Falquián—. Vi a un viejo amigo vuestro allí —le comunicó—. Al parecer Martel se halla al mando de las huestes rendoreñas.

—Lo sospechaba. Creí haberlo dejado clavado en suelo rendoreño, pero por lo visto logró convencer a Arasham para que le permitiera viajar.

—No tuvo necesidad de hacerlo —lo disuadió Obler—. Arasham falleció hace un mes... en circunstancias harto extrañas.

—Diríase que Martel ha vuelto a echar mano del frasco de veneno —dedujo Kalten.

—¿Quién es el nuevo líder espiritual de Rendor? —inquirió Falquián.

—Un hombre llamado Ulesim —respondió el rey Obler—. Según tengo entendido era uno de los discípulos de Arasham.

Falquián soltó una carcajada.

—Arasham ni siquiera sabía de su existencia. Conozco a Ulesim y os aseguro que es un completo idiota. No durará ni seis meses.

—Volviendo al tema que nos ocupa —prosiguió Vanion—, he dispersado a la orden pandion por la campiña para que se ocupen de las partidas de saqueo. Martel no tardará en sentir hambre. Eso es todo, majestad —concluyó.

—Buena decisión. Gracias, Vanion. Lenda, ¿qué noticias traéis de Cimmura?

—La situación es prácticamente la misma, majestad..., con la salvedad de que Annias ha ido a Chyrellos.

—Y sin duda estará acechando al pie de la cama del archiprelado como un buitres —infirió Wargun.

—No me extrañaría que así fuera, alteza —convino Lenda—. Dejé a Lycheas el mando. Hay cierto número de personas en palacio que trabajan para mí, y una de ellas se las ingenió para escuchar cómo daba las instrucciones finales a Lycheas. Le ordené que mantuviera el ejército elenio al margen de la campaña de Rendor. Tan pronto como fallezca Clovunus, el ejército... y los soldados eclesiásticos de Cimmura... deberán marchar hacia Chyrellos. Annias pretende inundar la Ciudad Santa con sus propios hombres para intimidar a los miembros independientes de la jerarquía.

—¿El ejército elenio se movilizará pues?

—Al completo, majestad. Han levantado su campamento a unas diez leguas al sur de Cimmura.

—Seguramente habremos de batirnos con ellos, majestad —opinó Kalten—. Annias ha depuesto a la mayoría de los antiguos generales y los ha sustituido por mandos que le son leales.

Wargun emitió una retahíla de juramentos.

—Es posible que no sea tan grave como parece, majestad —observó el conde de Lenda—. He efectuado un exhaustivo estudio de la ley. En tiempos de crisis religiosa las órdenes militantes están autorizadas a tomar el mando de todas las fuerzas de Eosia

occidental. ¿No os inclinaríais a pensar que una invasión de herejes eshandistas recibe el calificativo de crisis religiosa?

—Por Dios que tenéis razón, Lenda. ¿Es ésa una ley elenia?

—No, alteza. Es ley eclesiástica.

Wargun prorrumpió en súbitas carcajadas.

—¡Oh, es genial! —bramó, aporreando el brazo del sillón con el puño—. Annias pretende convertirse en la cabeza de la Iglesia y nosotros nos valemos de leyes eclesiásticas para atarle los pies. Lenda, Dios os inspira.

—Tengo mis buenos momentos, majestad —replicó con modestia el conde—. Yo diría que el preceptor Vanion está capacitado para convencer al Estado Mayor para que se sumen a vuestras fuerzas..., en especial si tenemos en cuenta el hecho de que las leyes de la Iglesia le otorgan el poder de recurrir a medidas extremas en el caso de que algún oficial rehusara aceptar su autoridad en tales situaciones.

—Imagino que unas cuantas decapitaciones serían ejemplificadoras para el Estado Mayor —apuntó Ulath—. Si acabamos con cuatro o cinco generales, los demás se pondrán a raya.

—Con la mayor brevedad —convino, sonriendo, Tynian.

—Mantened la espada bien afilada, Ulath —aconsejó Wargun.

—Sí, majestad.

—El único problema que queda por resolver es qué vamos a hacer con Lycheas — declaró el conde de Lenda.

—Ya lo he decidido —aseveró Wargun—. Lo ahorcaré en cuanto lleguemos a Cimmura.

—Una idea espléndida —aprobó Lenda—, pero creo que deberíamos planteárnoslo seriamente. Sabéis que Annias es el padre del príncipe regente, ¿no es cierto?

—Eso me dijo Falquián, pero me tiene sin cuidado quién sea su padre; de todas maneras voy a colgarlo.

—No osaría aventurar el grado de afecto que profesa Annias por su hijo, pero realmente adoptó delicadas medidas para ponerlo en el trono de Elenia. Podría suceder que las órdenes militantes lo utilicen a su favor al llegar a Chyrellos. La amenaza de someterlo a tortura tal vez decidiría a Annias a evacuar sus tropas de Chyrellos para que la elección pueda proseguir sin su interferencia.

—Estáis despojando el asunto de toda diversión, Lenda —se lamentó Wargun, Frunció el entrecejo—. Sin embargo, es probable que os halléis en lo cierto. De acuerdo, cuando lleguemos a Cimmura, lo arrojaremos a las mazmorras... junto a sus aduladores. ¿Estáis dispuesto a tomar a vuestro cargo el palacio?

—Si así lo desea su majestad —suspiró Lenda—. Pero ¿no serían más indicados Falquián o Vanion?

—Tal vez, pero los necesitaré en Arcium. ¿Qué opináis, Obler?

—Tengo una confianza absoluta en el conde de Lenda —repuso el monarca.

—Haré cuanto pueda, majestades —prometió Lenda—, pero no olvidéis que me estoy haciendo viejo.

—Sois tan viejo como yo, amigo mío —señaló Obler—, y nadie se ha ofrecido a relevarme de mis responsabilidades.

—Bien, decidido pues —zanjó Wargun—. Concretemos. Marcharemos rumbo sur hasta Cimmura, meteremos entre rejas a Lycheas y obligaremos al Estado Mayor a sumar su ejército al nuestro. Asimismo podríamos reclutar a los soldados eclesiásticos. Después nos reuniremos con Soros y Bergsten en la frontera arciana, nos dirigiremos a Larium, cercaremos a los rendoreños y los exterminaremos a todos.

—¿No es ello algo excesivo, majestad? —objetó Lenda.

—No, de hecho no lo es. Quiero que se sucedan como mínimo diez generaciones antes de que vuelva a rebrotar la herejía eshandista. —Dedicó una torcida sonrisa a Falquián—. Si obráis lealmente, amigo mío, incluso os dejaré matar a Martel.

—Os lo agradecería, majestad —repuso Falquián.

—Oh, querido —se lamentó Sephrenia.

—Es un acto que forzosamente ha de llevar a cabo, señora —adujo Wargun—. Obler, ¿están vuestras huestes dispuestas para partir?

—Sólo aguardan la orden, Wargun.

—Perfecto. Si no tenéis nada más que proponer, podemos emprender camino hacia Elenia mañana.

—Como os parezca —asintió el rey Obler.

Wargun se puso en pie y estiró los músculos, bostezando.

—Vamos a acostarnos pues —propuso—. Mañana nos levantaremos temprano.

Al poco rato, Falquián y sus amigos se reunieron en la habitación de Vanion para darle cuenta detallada de lo sucedido en Lamorkand y Kelosia.

Cuando hubieron terminado Vanion miró con curiosidad a Flauta.

—¿Y qué papel representas tú en todo esto?

—Me enviaron para prestar ayuda —respondió, encogiéndose de hombros, la pequeña.

—¿De Estiria?

—En cierto modo sí.

—¿Y cuál es esa tarea que habías de realizar aquí en Acie?

—Ya la he llevado a cabo, Vanion. Sephrenia y yo debíamos hablar con un estirio aquí. Lo vimos en la calle de camino a palacio y nos ocupamos de ello.

—¿Qué debíais decirle que fuera más importante que la recuperación del Bhelliom.

—Habíamos de preparar a Estiria para lo que va a suceder.

—¿Te refieres a la invasión de los rendoreños?

—Oh, eso es una nadería, Vanion. Esto es muchísimo más grave.

—¿Vais a ir a Thalesia entonces? —preguntó Vanion a Falquián.

—Aun cuando debiera caminar sobre las aguas para llegar allí —repuso el caballero.

—De acuerdo. Haré cuanto esté en mis manos para propiciaros la salida de la ciudad. Hay algo que me preocupa, sin embargo. Si os marcháis *todos*, Wargun va a advertir vuestra partida. Falquián y uno o dos de vosotros podrían ausentarse sin poner en aviso a Wargun.

Flauta se encaminó al centro de la habitación y los recorrió con la mirada.

—Falquián —dijo, señalando— y Kurik. Sephrenia y yo... y Talen.

—¡Eso es absurdo! —se indignó Bevier—. Falquián necesitará caballeros si ha de enfrentarse a Ghwerig.

—Falquián y Kurik pueden encargarse de ello —replicó la niña con aire de suficiencia.

—¿No será peligroso llevar a Flauta? —preguntó Vanion a Falquián.

—Es posible, pero ella es la única que conoce el camino hasta la cueva de Ghwerig.

—¿Por qué Talen? —inquirió Kurik.

—Hay algo que debe hacer en Emsat —respondió Flauta.

—Lo siento, amigos —se excusó Falquián ante los otros caballeros—, pero nos hemos comprometido tácitamente a actuar según sus dictados.

—¿Os marcharéis ahora? —quiso saber Vanion.

—No, hemos de esperar a Talen.

—Bien. Sephrenia, id a buscar la espada de Olven.

—Pero...

—Hacedlo, Sephrenia. No discutáis conmigo, por favor.

—Sí, querido —asintió con un suspiro.

Después de que la estiria le entregó la espada, Vanion se encontraba tan débil que apenas se sostenía en pie.

—Vais a acabar con vuestra vida si seguís así —le advirtió la mujer.

—Todo el mundo muere por una causa u otra. Escuchadme, caballeros —indicó—. Tengo una tropa de pandion conmigo. Los que os quedéis aquí podéis confundiros entre ellos cuando partamos. Lenda y Obler son bastante viejos. Propondré a Wargun que viajen en un carruaje y que él cabalgue junto a ellos. De ese modo no le será fácil contar cabezas. Intentaré mantenerlo ocupado. —Miró a Falquián—. Un día o dos es probablemente todo el tiempo de ventaja que podré facilitaros —se excusó.

—Será suficiente —afirmó Falquián—. Lo más seguro es que Wargun piense que he regresado al lago Venne y enviará a mis perseguidores en esa dirección.

—El único problema que queda por resolver es sacaros de palacio —observó Vanion.

—Yo me ocuparé de eso —le aseguró Flauta.

—¿Cómo?

—Maaagia —replicó, alargando cómicamente la palabra y haciendo girar los dedos frente a él.

—¿Cómo nos las arreglaríamos antes sin ti? —bromeó el preceptor.

—Bastante mal, me imagino —apuntó la pequeña con altivez.

Una hora más tarde Talen se escabulló dentro de la habitación.

—¿Algún contratiempo? —le preguntó Kurik.

—No. —Talen hizo un gesto de indiferencia—. He conseguido algunos contactos y he encontrado un sitio donde escondernos.

—¿Contactos? —inquirió Vanion—. ¿Con quién?

—Unos cuantos ladrones, varios mendigos y un par de asesinos. Ellos me han llevado hasta el hombre que controla los bajos fondos de Acie. Como le debe algunos favores a Platimo, se ha mostrado muy solícito cuando he mencionado su nombre.

—Vives en un extraño mundo —comentó Vanion.

—No más que el que habitáis vos, mi señor —contestó Talen con una extravagante reverencia.

—Ello podría resultar enteramente cierto, Falquián —apuntó Vanion—. Cabe la posibilidad de que todos seamos ladrones y bandidos, cuando uno se para a pensarlo. Y bien —preguntó a Talen—, ¿dónde está ese escondrijo?

—Preferiría no decirlo —repuso evasivamente Talen—. Sois un personaje oficial, y he dado mi palabra.

—¿Existe el honor en vuestra profesión?

—Por supuesto, mi señor, aunque no está basado en ningún código caballeresco, sino en procurar que no le corten a uno el cuello.

—Tenéis un hijo muy espabilado, Kurik —apreció Kalten.

—Teníais que decirlo, ¿no, Kalten? —exclamó mordazmente Kurik.

—¿Os avergonzáis de mí, padre? —preguntó, cabizbajo, Talen con un hilillo de voz.

—No. Talen —respondió Kurik—, de veras que no. —Rodeó el hombro del muchacho con su recio brazo—. Éste es mi hijo, Talen —anunció desafiante—, y, si

alguien tiene algo que objetar, será un placer para mí darle satisfacción, y podemos dejar a un lado esa insensata prohibición de que la nobleza y el vulgo peleen entre sí.

—No seáis necio, Kurik —replicó Tynian con una amplia sonrisa—. Mi enhorabuena a los dos.

Los otros caballeros se congregaron en torno al fornido escudero y su hijo, dándoles palmadas en los hombros y felicitándolos.

Talen los miró a todos con ojos repentinamente anegados en lágrimas por la emoción del inesperado reconocimiento y luego corrió hacia Sephrenia, se hincó de rodillas y hundió, sollozando, la cara en su regazo.

Flauta sonreía.

Capítulo veintitrés

Era la misma melodía extrañamente adormecedora que Flauta había interpretado en los muelles de Vardenais y fuera del castillo pandion de Cimmura.

—¿Qué está haciendo ahora? —susurró Talen a Falquián mientras permanecían agazapados tras la balaustrada del gran porche levantado delante del palacio del rey Obler.

—Está durmiendo a los centinelas —respondió Falquián, sin detenerse en dar más aclaraciones—. No nos harán caso cuando pasemos. —Falquián llevaba su cota de malla y una capa de viaje.

—¿Estáis seguro de ello? —inquirió dubitativamente Talen.

—He visto cómo daba resultado varias veces.

Flauta se irguió y comenzó a descender la amplia escalera que conducía al patio. Todavía con el instrumento en la mano, Flauta les hizo señas para que la siguieran.

—Vamos —indicó Falquián, levantándose.

—Falquián —le avisó Talen—, estáis a la vista.

—No pasa nada, Talen. No nos van a prestar ninguna atención.

—¿Queréis decir que no nos ven?

—Sí pueden vernos —le explicó Sephrenia—, al menos con los ojos, pero nuestra presencia carece de significado para ellos.

Falquián los condujo al patio en pos de Flauta.

Uno de los soldados thalesianos apostado al pie de los escalones apenas si les dedicó una ojeada con mirada apagada e indiferente.

—Esto me pone los nervios de punta —susurró Talen.

—No tienes por qué hablar en voz baja, Talen —le aseguró Sephrenia.

—¿Tampoco nos oyen?

—Nos oyen perfectamente, pero no registran nuestras voces.

—No os importaría que me preparara para echar a correr, ¿verdad?

—No es necesario.

—Aun así lo haré.

—Cálmate, Talen —recomendó Sephrenia—. Estás poniendo trabas al trabajo de Flauta.

Se dirigieron a los establos, ensillaron los caballos y los sacaron al patio al tiempo que Flauta continuaba tocando el caramillo. Después salieron por la puerta, delante de los impasibles centinelas del rey Obler y la patrulla del rey Wargun que vigilaba fuera del palacio.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Kurik a su hijo.

—Por ese callejón que hay allá adelante.

—¿Está muy lejos ese sitio?

—Hay que atravesar media ciudad. A Meland no le gusta estar demasiado cerca de palacio porque estas calles están patrulladas.

—¿Meland?

—Nuestro anfitrión. Controla a los ladrones y mendigos aquí en Acie.

—¿Es de fiar?

—Por supuesto que no, Kurik. Es un ladrón. Pero no nos traicionará. He solicitado derecho de asilo de bandidos. Está obligado a acogernos y ocultarnos de cualquiera que nos busque. Si se hubiera negado, habría tenido que responder de ello ante Platimo en el

próximo consejo de ladrones en Chyrellos.

—Hay todo un mundo ante nosotros del que lo ignoramos todo —comentó Kurik a Falquián.

—Ya me había percatado de ello —respondió Falquián.

El chiquillo los guió por las sinuosas calles de Acie hasta un barrio pobre no muy alejado de las puertas de la ciudad.

—Quedaos aquí —les indicó al llegar a una sórdida taberna. Entró y volvió a salir al cabo de un momento con un hombre cuyo aspecto semejaba el de un hurón—. Él se ocupará de nuestros caballos.

—Tened cuidado con éste, compadre —le advirtió Falquián al entregarle las riendas de *Faran*—. Es juguetón. *Faran*, pórtate bien.

Faran sacudió las orejas con irritación y Falquián retiró la lanza de Aldreas de la falda de la silla.

Talen los llevó al interior de la taberna, iluminado por humeantes velas de sebo y ocupado por largas y rayadas mesas y destartalados bancos en los que se sentaban varios hombres de ruda apariencia. Ninguno de ellos dedicó especial atención a Falquián y sus amigos a pesar de la vivacidad de su mirada. Talen se encaminó a la escalera del fondo.

—Es arriba —les informó.

El gran ático al que daba la escalera le resultó curiosamente familiar a Falquián. Entre su escaso mobiliario se contaban jergones de paja en el suelo junto a las paredes, en distribución similar a los del sótano que utilizaba Platimo allá en Cimmura.

Meland era un hombre delgado, con una terrible cicatriz en la mejilla izquierda. Estaba sentado delante de una mesa con una hoja de papel y un tintero y un montón de joyas al lado de su mano izquierda, de las que al parecer trazaba el inventario.

—Meland —anunció Talen, acercándose—, éstos son los amigos de quienes os he hablado.

—Creía que habías dicho que serían diez. —Meland tenía una voz gangosa y desagradable.

—Se han modificado los planes. Éste es Falquián, el responsable, por así decirlo. Meland emitió un gruñido.

—¿Cuánto tiempo pensáis estar aquí? —preguntó sin ceremonias a Falquián.

—Si consigo encontrar un barco, sólo hasta mañana.

—No tendréis dificultades en encontrarlo. Hay navíos de toda Eosia occidental en el puerto, thalesianos, arcianos, elenios e incluso algunos de Cammoria.

—¿Están abiertas de noche las puertas de la ciudad?

—Por lo general no, pero, como hay ese ejército acampado afuera de las murallas, los soldados entran y salen y las puertas están abiertas. —Meland miró con desaprobación al caballero—. Si vais a bajar al puerto, será mejor que no llevéis esa malla... ni la espada. Talen dice que queréis pasar inadvertido y la gente de allí recordaría a alguien vestido de esa guisa. Hay algunas ropas colgadas en esos clavos de ahí. Buscad algo de vuestra talla. —El tono de Meland era brusco.

—¿Cuál es el mejor camino para ir al puerto?

—Salid por la puerta norte. Hay un camino de carros que conduce al agua y se bifurca del camino principal a la izquierda a un kilómetro de la ciudad.

—Gracias, compadre —dijo Falquián.

Meland volvió a gruñir y se sumió nuevamente en su tarea de catalogación.

—Kurik y yo iremos al puerto —comunicó Falquián a Sephrenia—. Será preferible que os quedéis aquí con los niños.

—Como queráis —respondió la mujer.

Falquián encontró un jubón algo andrajoso, el cual se vistió en sustitución de la

cota de malla y, dejando la espada, volvió a ponerse la misma capa.

—¿Dónde está vuestra gente? —preguntaba Talen a Meland.

—Es de noche —repuso Meland—. Están afuera trabajando... o al menos eso deberían hacer.

Falquián y Kurik bajaron a la taberna.

—¿Queréis que vaya a buscar los caballos? —inquirió Kurik.

—No. Iremos a pie. La gente se fija más en los jinetes.

—De acuerdo.

Dejaron atrás la ciudad por el camino principal hasta el camino de carros indicado por Meland y luego caminaron hasta el puerto.

—Parece un lugar sórdido —señaló Falquián, mirando los establecimientos que bordeaban los muelles.

—Los puertos suelen serlo —afirmó Kurik—. Preguntemos. —Se dirigió a un viandante que tenía apariencia de marinero—. Buscamos un barco que vaya a Thalesia —anunció, volviendo a adoptar el acento que había utilizado en Venne—. Decidme, amigo, podríais por ventura decirnos si hay por aquí una taberna donde se reúnen los capitanes de barco?

—Mirad en La Campana y el Ancla —respondió el marinero—. Está por allí a un par de calles..., justo al lado del agua.

—Gracias, amigo.

Falquián y Kurik se encaminaron hacia los largos muelles que se asomaban a las oscuras aguas cubiertas de desperdicios del golfo de Acie.

—Falquián —señaló Kurik, deteniéndose de repente—, ¿no os suena de algo ese barco que está al final del embarcadero?

—Esos mástiles me resultan algo familiares —convino Falquián—. Vayamos a observarlo de cerca.

—Es cammoriano —afirmó Kurik mientras se aproximaban.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las jarcias y la inclinación de los mástiles.

—No pensarás... —Falquián se calló entonces, mirando incrédulamente el nombre del navío pintado en la proa—. Bueno, no cabe duda —dijo—. Éste es el barco del capitán Sorgi. ¿Qué está haciendo tan al norte?

—¿Por qué no lo buscamos y se lo preguntamos? Si se trata realmente de Sorgi y no de alguien que le compró el barco, él podría dar solución a nuestro problema.

—Con tal que vaya a navegar en la dirección que nos interesa. Vayamos a La Campana y el Ancla.

—¿Recordáis todos los detalles de la historia que le contasteis a Sorgi?

—Los suficientes para no delatarme, creo.

La Campana y el Ancla era una taberna limpia y tranquila, como correspondía a un lugar frecuentado por capitanes de navío, los cuales solían ofrecer un marcado contraste con los ruidosos locales a que acudían los marineros, con frecuencia pendencieros. Falquián y Kurik entraron y permanecieron unos instantes junto a la puerta, observando.

—Ahí —anunció Kurik, señalando un fornido individuo de pelo rizado y canoso que bebía con un grupo de hombres con aspecto de acaudalados en una mesa de un rincón—. Es Sorgi, seguro.

Falquián miró al hombre que los había trasladado de Madel, en Cammorria, a Cippria, en Rendor, y asintió en silencio.

—Caminemos por allí —propuso—. Sería mejor que nos viera él primero. —Atravesaron la sala, esforzándose por adoptar el ademán de quien mira en derredor sin

perseguir nada en concreto.

—¡Vaya, que me quede ciego si ése no es maese Cluff! —exclamó Sorgi—. ¿Qué hacéis aquí en Deira? Pensaba que os quedaríais en Rendor hasta que todos esos primos se cansaran de buscaros.

—Hombre, me parece que es el capitán Sorgi —dijo con simulada sorpresa Falquián a Kurik.

—Sentaos con nosotros —invitó amistosamente Sorgi—. Traed a vuestro criado también.

—Sois muy amable, capitán —murmuró Falquián, tomando asiento junto a los marinos.

—¿Qué os ocurrió, amigo mío? —inquirió Sorgi.

Falquián puso cara de pesar.

—Los primos me siguieron el rastro de algún modo —respondió—. Tuve la suerte de ver a uno de ellos en una calle de Cimmura antes de que él me descubriera, y me marché de inmediato. He vagado de un sitio a otro desde entonces.

—Maese Cluff tiene un pequeño problema —informó riendo Sorgi a sus compañeros—. Cometió el error de cortejar a una heredera antes de verle la cara. La dama resultó ser extremadamente fea y él huyó despavorido.

—Bueno, tampoco estaba exactamente despavorido, capitán —objetó Falquián—. Sin embargo, confieso que tuve los pelos de punta durante cerca de una semana.

—El caso es que —prosiguió Sorgi, sonriendo— la dama tiene una multitud de primos que llevan meses persiguiendo al pobre maese Cluff y si lo atrapan lo llevarán a Cammorria y lo obligarán a casarse con ella.

—Me parece que antes me suicidaría —observó Falquián con voz pesarosa—. Pero ¿qué hacéis vos en estas tierras norteñas, capitán? Creía que hacíais el trayecto del estrecho de Arcium y el mar Interior.

—Me hallaba en el puerto de Zenga, en la costa sur de Cammorria —explicó Sorgi—, cuando se me presentó la ocasión de comprar un cargamento de satén y brocados. No hay demanda para esa clase de mercancía en Rendor, pues ya sabéis que todos llevan esas horribles túnicas negras. El mejor mercado para las telas cammorrianas está en Thalesia, lo cual no parece avenirse con el clima, pero a las damas thalesianas les entusiasman los satenes y los brocados. Espero obtener espléndidas ganancias con la transacción.

Falquián sintió un acceso de júbilo.

—¿Vais a Thalesia pues? —inquirió—. ¿Tendríais espacio para unos cuantos pasajeros?

—¿Queréis ir a Thalesia, maese Cluff? —preguntó, algo sorprendido, Sorgi.

—Me da igual a donde vaya, capitán Sorgi —contestó Falquián con tono desesperado—. Tengo un grupo de primos siguiéndome los pasos a menos de dos días de camino. Si fuera a Thalesia, tal vez podría esconderme en las montañas.

—Yo iría con cuidado, amigo —le aconsejó uno de los capitanes—. Hay bandidos en las montañas de Thalesia... por no mencionar a los trolls.

—Puedo burlar a los asesinos, y los trolls no serán más feos que la dama en cuestión —repuso Falquián, simulando estremecerse—. ¿Qué decís, capitán Sorgi? —rogó—. ¿Volveréis a sacarme de apuros?

—¿El mismo precio? —inquirió astutamente Sorgi.

—Lo que pidáis —respondió Falquián con aparente desesperación.

—Trato hecho pues, maese Cluff. Mi barco está en la punta del tercer embarcadero contando desde aquí. Zarparemos hacia Emsat con la marea de la mañana.

—Allí estaré, capitán Sorgi —prometió Falquián—. Ahora, si nos excusáis, mi

criado y yo debemos ir a preparar el equipaje. —Se puso en pie y tendió la mano al marino—. Me habéis salvado una vez más, capitán —manifestó con genuina gratitud. Después él y Kurik abandonaron la taberna.

Kurik fruncía el entrecejo cuando caminaban por la calle.

—¿No tenéis la sensación de que alguien está manipulando los acontecimientos? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—¿No es extraño que hayamos topado con Sorgi de nuevo..., el único hombre con quien podemos contar para sacarnos del atolladero? ¿Y no es aún más raro que se dirija precisamente a Thalesia..., al mismo sitio adonde queremos ir?

—Creo que te dejas llevar por imaginaciones, Kurik. Ya lo has oído. Es perfectamente lógico que se encuentre aquí.

—Pero ¿justo en el momento adecuado en que podíamos encontrarlo nosotros?

Ésa era una pregunta algo más perturbadora.

—Se lo comentaremos a Flauta cuando hayamos regresado a la ciudad —propuso.

—¿Creéis que podría ser ella la que mueve los hilos?

—En realidad no, pero ella es la única persona que conozco que sería capaz de preparar circunstancias como ésta..., aunque dudo que ni siquiera *ella* podría arreglar algo así.

Mas, una vez de vuelta al ático situado sobre la sórdida taberna no tuvieron ocasión de hablar con Flauta, puesto que frente a Meland se hallaba sentado un individuo de poblada barba, vestido con una anodina capa que les resultó conocido. Era Platimo, que regateaba afanosamente con su anfitrión.

—Falquián —lo saludó a voz en grito el corpulento rufián.

Falquián lo observó un tanto asombrado.

—¿Qué hacéis aquí en Acie, Platimo?

—Varias cosas en realidad —respondió Platimo—. Meland y yo siempre comerciamos con joyas robadas. Él vende lo que yo robo en Cimmura y yo hago lo mismo con su botín. Como la gente suele reconocer sus propias pertenencias, es más seguro colocarlas en otra ciudad.

—Esta pieza no vale el precio que exigís, Platimo —declaró sin miramientos Meland, asiendo un brazalete con piedras engastadas.

—Bien, hacedme una oferta —sugirió Platimo.

—¿Otra coincidencia, Falquián? —preguntó suspicazmente Kurik.

—Ya lo veremos —replicó el caballero.

—El conde de Lenda se encuentra en Acie, Falquián —declaró Platimo con aire grave—. Es el hombre más honesto del consejo real y está asistiendo a una especie de conferencia en palacio. Algo está tramándose y quiero saber de qué se trata. No me gustan las sorpresas.

—Yo puedo informaros de lo que sucede —manifestó Falquián.

—¿De veras? —Platimo parecía algo sorprendido.

—Si el precio es correcto. —Falquián esbozó una sonrisa.

—¿Dinero?

—No, algo más valioso. Yo he estado presente en la conferencia de que habláis. Estaréis al corriente de la guerra que se libra en Arcium, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

—¿Y no propagaréis la información que os voy a dar?

Platimo hizo una señal a Meland para que se alejara de la mesa. Luego miró a Falquián y sonrió.

—Sólo me valdré de ella para los negocios, amigo mío.

No era aquélla una respuesta del todo tranquilizadora.

—Habéis profesado cierto grado de patriotismo en el pasado —apuntó cautelosamente Falquián.

—De vez en cuando me asaltan tales sentimientos —admitió a desgana Platimo—. Siempre que no se interpongan con la obtención de honestas ganancias.

—Bien, necesito vuestra colaboración.

—¿Qué os proponéis? —preguntó con recelo Platimo.

—Mis amigos y yo intentamos restaurar a la reina Ehlana en el trono.

—Hace tiempo que lo procuráis, Falquián, pero ¿realmente es capaz esa pálida muchacha de gobernar un reino?

—Creo que sí está capacitada, y yo la apoyaré en todo momento.

—Eso da algunas garantías. ¿Qué vais a hacer con el bastardo Lycheas?

—El rey Wargun quiere ahorcarlo.

—Por lo general no apruebo la horca, pero en el caso de Lycheas haría una excepción. ¿Creéis que podría llegar a hacer un trato con Ehlana?

—Yo no arriesgaría dinero apostando por ello.

—Valía la pena intentarlo —explicó, sonriendo, Platimo—. Decidle sólo a mi reina que soy su más fiel servidor y ella y yo ya concretaremos más tarde los detalles.

—Sois un tunante, Platimo.

—Nunca he pretendido ser lo contrario. Bien, Falquián, ¿qué es lo que precisáis? Cooperaré con vos... hasta cierto punto.

—Más que nada necesito información. ¿Conocéis a Kalten?

—¿Vuestro amigo? Por supuesto.

—Se encuentra en palacio en estos momentos. Ataviaos con algo que os dé una apariencia respetable, id allí y preguntad por él. Llegad a un acuerdo con él para transferirle información. Tengo entendido que disponéis de medios para enteraros de gran parte de lo que sucede en el mundo conocido.

—¿Os interesaría saber qué ocurre ahora mismo en el imperio Tamul?

—No. Por ahora ya tengo suficientes quebraderos de cabeza con lo que acontece en Eosia. Ya nos ocuparemos del continente daresiano en su momento.

—Sois ambicioso, amigo mío.

—No tanto. Por el momento sólo quiero restablecer a nuestra reina en su trono.

—Contribuiré a ello —aseguró Platimo—. Cualquier cosa con tal de librarnos de Lycheas y Annias.

—En ese caso todos perseguimos el mismo fin. Hablad con Kalten. Él dispondrá los medios para que le paséis la información para después transferirla a otras personas.

—Me estáis convirtiendo en un espía, Falquián —observó Platimo con voz quejumbrosa.

—Es una profesión tan honorable como la de ladrón.

—Lo sé. Lo que ignoro, no obstante, es si resulta igual de lucrativa. ¿Adónde iréis vos?

—Hemos de ir a Thalesia.

—¿Al propio reino de Wargun? ¿Después de que acabáis de escapar de su lado? Falquián, sois más valeroso o bien más estúpido de lo que os consideraba.

—¿Sabíais pues que nos habíamos escabullido de palacio?

—Talen me lo ha dicho. —Platimo reflexionó un momento—. Supongo que desembarcaréis en Emsat, ¿no es así?

—Ésa es la intención de nuestro capitán.

—Talen, ven aquí —llamó Platimo.

—¿Para qué? —replicó con descaro el chiquillo.

—¿Todavía no le habéis quitado esa mala costumbre, Falquián? —preguntó acremente Platimo.

—Sólo era para recordar los viejos tiempos, Platimo —dijo Talen con una sonrisa.

—Escucha con atención —indicó Platimo al muchacho—. Cuando llegues a Emsat, busca a un hombre llamado Stragen. Él es el que organiza las cosas allí..., como lo hago yo en Cimmura y Meland aquí en Acie. Él estará en condiciones de suministrarte la ayuda que necesitéis.

—De acuerdo —convino Talen.

—Pensáis en todo, ¿no es cierto, Platimo? —señaló Falquián.

—En mi oficio, uno no puede descuidarse o de lo contrario acaba mal.

Llegaron al puerto al día siguiente, poco después del alba, y tras cargar los caballos subieron a bordo.

—Veo que habéis tomado otro criado a vuestro servicio, maese Cluff —observó Sorgi al ver a Talen.

—Es el hijo menor de mi ayudante —respondió Falquián, haciendo honor a la verdad.

—Sólo para demostraros la amistad que os profeso, maese Cluff, no os cobraré una tarifa añadida por el chico. Y, ya que he mencionado el tema, ¿por qué no arreglamos las cuentas antes de zarpar?

Falquián se llevó la mano a la bolsa con un suspiro.

Tuvieron un buen viento en popa al abandonar el golfo de Acie y bordear el promontorio que se alzaba más al norte. Después se adentraron en el estrecho de Thalesia y perdieron la tierra de vista. Falquián se quedó en cubierta conversando con Sorgi.

—¿Cuánto calculáis que tardaremos en llegar a Emsat? —preguntó al marino de pelo rizado.

—Seguramente atracaremos mañana al mediodía —repuso Sorgi—, si se mantiene el viento. Arriaremos velas y echaremos anclas esta noche. No estoy tan familiarizado con estas aguas como con las del mar Interior y el estrecho de Arcium, de modo que prefiero no correr riesgos.

—Me agrada la prudencia en el capitán de un barco en el que navego —aprobó Falquián—. Oh, hablando de prudencia, ¿creéis que podríamos encontrar alguna cala apartada antes de llegar a Emsat? Las ciudades me ponen muy nervioso, no sé por qué.

Sorgi se echó a reír.

—Veis a esos primos por todas partes, ¿eh, maese Cluff? ¿Es por eso que vais armado? —Sorgi lanzó una significativa ojeada a la cota de malla y la espada de Falquián.

—En mis circunstancias, toda preocupación es buena.

—Os encontraremos una cala, maese Cluff. La costa de Thalesia es una larga ensenada apartada. Localizaremos una tranquila playa y os dejaremos en ella para que podáis escabulliros hacia el norte a visitar los trolls sin el inconveniente de que esos primos os anden pisando los talones.

—Os lo agradezco, capitán Sorgi.

—¡Eh, tú! —gritó Sorgi a uno de los marineros de la arboladura—. ¡Mira lo que haces! ¡Estás ahí arriba para trabajar, no para pensar en las musarañas!

Falquián caminó por la cubierta y se acodó en la barandilla, contemplando distraídamente las olas de intenso azul que refulgían bajo el sol. Los interrogantes planteados por Kurik le habían producido desasosiego. ¿Habían sido meras coincidencias los fortuitos encuentros con Sorgi y Platimo? ¿Por qué habían de encontrarse ambos en Acie en el tiempo preciso en que Falquián y sus amigos habían

logrado huir de palacio? Si Flauta podía modificar el tiempo, ¿era también capaz de extender su influencia a lugares extremadamente distantes para atraer a las personas que necesitaban en el momento oportuno? ¿Hasta dónde llegaba su poder?

Como si sus pensamientos la hubieran convocado, Flauta subió por la escalera de toldilla y miró en derredor. Falquián atravesó la cubierta y se acercó a ella.

—Tengo un par de preguntas que hacerte —le anunció.

—Ya me parecía.

—¿Has tenido algo que ver con la presencia de Platimo y Sorgi en Acie?

—No personalmente.

—¿Pero sabías que estarían allí?

—Los tratos son más fluidos con las personas que ya nos conocen, Falquián. Formulé algunas peticiones y ciertos miembros de mi familia concretaron los detalles.

—Otra vez mencionas a tu familia. ¿Qué es exactamente...?

—¿Qué demonios es eso? —exclamó la niña, apuntando a estribor.

Falquián miró hacia donde señalaba y vio cómo, de la superficie encrespada, surgía una enorme cola plana que volvió a sumergirse levantando una gran nube de rocío.

—Una ballena, me parece —respondió.

—¿Se hacen tan grandes los peces?

—No creo que sea en realidad un pez..., al menos eso he oído.

—¡Está *cantando*! —señaló Flauta, batiendo palmas con alborozo.

—Yo no oigo nada.

—No estáis escuchando, Falquián. —La pequeña corrió hacia la popa y se asomó.

—¡Flauta! —gritó Falquián—. ¡Ten cuidado! —Se precipitó hacia la barandilla para sostenerla.

—Dejadme —lo conminó Flauta.

Entonces se llevó el caramillo a los labios, pero un repentino bandazo del barco lo hizo caer al mar.

—¡Oh, caramba! —exclamó. Luego hizo una mueca—. Oh, bueno, de todas maneras lo sabrías tarde o temprano.

Alzó la carita, y el sonido que brotó de su garganta fue el mismo que emitía aquella tosca flauta de pastor. Falquián estaba estupefacto. El instrumento no había sido más que un camuflaje. Lo que habían oído durante todo aquel tiempo había sido el sonido de la propia voz de Flauta. Su canción se elevaba sobre las olas.

La ballena volvió a emerger y se giró ligeramente de costado para fijar su enorme ojo en la niña. Flauta le dedicó su vibrante canto. La enorme criatura se acercó nadando y uno de los vigías gritó alarmado:

—¡Hay ballenas aquí, capitán Sorgi!

Una tras otra, fueron surgiendo más ballenas de las profundidades, como si respondieran a la canción de la niña. El barco se balanceó en la estela que habían dejado mientras los animales se congregaban en torno a la popa, proyectando al aire grandes surtidores por los orificios nasales de la cabeza.

Un marinero se acercó con ojos despavoridos asiendo un largo arpón.

—Oh, no seáis tonto —le dijo Flauta—. Sólo están jugando.

—Eh..., Flauta —propuso con voz temerosa Falquián—, ¿no crees que deberías decirles que se vayan a casa? —Mientras hablaba cayó en la cuenta de lo absurdo de su propuesta, pues las ballenas *estaban* ya en su casa.

—Pero me *gusta* verlas —protestó la pequeña—. Son hermosas.

—Sí, lo sé, pero las ballenas no son apropiadas como mascotas. En cuanto llegemos a Thalesia te compraré un gatito. Por favor, Flauta, despídette de tus ballenas

y hazlas marchar. Están entorpeciéndonos la marcha.

—Oh. —Su semblante reflejaba desilusión—. De acuerdo pues.

Volvió a elevar la voz con una peculiar nota de vibrante pesar. Las ballenas se apartaron y luego se oyó el choque de sus vastas aletas, que convirtieron en espumosos jirones la superficie del mar.

Falquián miró en torno a sí. Los marineros observaban boquiabiertos a la niña. Sería extremadamente difícil darles una explicación creíble en ese momento.

—¿Por qué no volvemos a la cabina y comemos? —sugirió.

—Está bien —convino Flauta. Entonces le tendió los brazos—. Podéis llevarme si queréis.

Dado que ésa era la manera más rápida de alejarla de las curiosas miradas de la tripulación de Sorgi, Falquián la levantó y se la llevó en brazos por la escalera de toldilla.

—De veras me gustaría que no os pusierais esto —dijo ella, rozando su cota de malla con una diminuta uña—. Huele muy mal.

—En mi oficio, es necesario. Es una protección, ¿comprendes?

—Existen otros modos de protegerse, Falquián, y no resultan tan ofensivos.

Al llegar a la cabina, hallaron a Sephrenia sentada con semblante pálido y consternado y una espada de ceremonia en el regazo. Kurik se encontraba a su lado con la mirada algo extraviada.

—Era sir Gared, Falquián —le informó en voz baja—. Ha atravesado la puerta como si no estuviera ahí y le ha entregado la espada a Sephrenia.

Falquián sintió una oleada de dolor, dado que Gared había sido amigo suyo. Después se enderezó con un suspiro. Si todo iba bien, aquélla sería la última espada que Sephrenia se vería obligada a acarrear.

—Flauta —inquirió—, ¿puedes ayudarla a conciliar el sueño?

La niña asintió con expresión grave.

Falquián tomó en brazos a Sephrenia, que parecía liviana como una pluma, la llevó a su litera y la tendió suavemente en ella. Flauta se acercó y comenzó a cantar una especie de nana. Sephrenia suspiró y cerró los ojos.

—Necesita descanso —señaló Falquián a Flauta—. Será un duro viaje a caballo hasta encontrar la cueva de Ghwerig. Mantenla dormida hasta que avistemos la costa de Thalesia.

—Por supuesto, querido.

Alcanzaron la costa thalesiana hacia mediodía del día siguiente y el capitán Sorgi puso el barco al paio en una pequeña cala situada al oeste de la ciudad portuaria de Emsat.

—No tenéis idea de hasta qué punto aprecio vuestra ayuda, capitán —agradeció Falquián a Sorgi mientras él y los demás se disponían a desembarcar.

—Ha sido un placer, maese Cluff —contestó Sorgi—. Los solteros hemos de ser solidarios en estas cuestiones.

Falquián respondió con una sonrisa.

El reducido grupo hizo bajar los caballos por una larga pasarela hasta la playa y luego montaron, al tiempo que los marineros maniobraban con cuidado para sacar el barco de la cala.

—¿Queréis venir conmigo a Emsat? —preguntó Talen—. Yo he de ir a hablar con Stragen.

—Será mejor que no —repuso Falquián—. Wargun ha tenido tiempo de enviar un mensajero a Emsat, y yo soy una persona fácil de describir e identificar.

—Yo lo acompañaré —se ofreció Kurik—. De todas formas necesitaremos

provisiones.

—De acuerdo. Retirémonos a la espesura y preparemos antes el campamento para la noche.

Tras instalarse en un pequeño claro del bosque, Kurik y Talen partieron alrededor de media tarde.

Sephrenia, sentada junto al fuego con semblante macilento y demacrado, sostenía entre los brazos la espada de sir Gared.

—Me temo que esto no será fácil para vos —advirtió pesarosamente Falquián—. Deberemos cabalgar aprisa si queremos llegar a la cueva antes de que Ghwerig selle la entrada. ¿Existe algún método mediante el cual podríais transferirme la espada de Gared?

—No, querido. No estabais presente en la sala del trono. Únicamente puede hacerse cargo de la espada de Gared uno de los que estaban allí cuando invocamos el hechizo.

—Lo sospechaba. Supongo que habré de preparar la cena.

Kurik y Talen regresaron sobre la medianoche.

—¿Algún contratiempo? —inquirió Falquián.

—Nada digno de mención —respondió Talen—. El nombre de Platimo abre toda clase de puertas. Stragen nos ha prevenido de que la zona rural del norte de Emsat está infestada de bandidos. Nos proporcionará una escolta armada y caballos de reserva... Los caballos han sido idea mía.

—Podemos avanzar más rápido si reponemos los caballos cada hora aproximadamente —explicó Kurik—. Stragen también enviará provisiones junto con los hombres que nos acompañarán.

—¿Veis qué agradable es tener amigos, Falquián? —preguntó con descaro Talen, a lo cual hizo caso omiso Falquián.

—¿Vendrán aquí los hombres de Stragen? —inquirió.

—No —repuso Talen—. Nos reuniremos con ellos antes del amanecer en el camino que va en dirección norte a poco más de un kilómetro de Emsat. —Miró en derredor—. ¿Qué hay para cenar? Me muero de hambre.

Capítulo veinticuatro

Emprendieron camino con las primeras luces del día y, rodeando el bosque que poblaba la zona norte de Emsat, se detuvieron a corta distancia del camino.

—Espero que ese Stragen mantenga su palabra —murmuró Kurik a Talen—. Nunca he estado en Thalesia y no me seduce la idea de cabalgar en una región hostil sin saber lo que ocurre.

—Podemos fiarnos de Stragen, padre —le aseguró Talen—. Los ladrones thalesianos tienen su propio sentido del honor. Son los cammorianos de quienes se ha de recelar. Se estafarían entre ellos si encontraran la manera de sacar algún provecho.

—Caballero —llamó quedamente una voz entre los árboles.

Falquián dirigió al instante la mano a la espada.

—No es preciso que hagáis eso, mi señor —aseveró la voz—. Venimos de parte de Stragen. Hay bandidos en esas colinas y nuestra misión es protegeros a su paso.

—Salid a la luz pues, compadre —instó Falquián.

—Compadre —repitió el hombre, soltando una carcajada—. Me gusta eso. Llegan muy lejos vuestras relaciones de compadrazgo, compadre.

—Hasta medio mundo últimamente —reconoció Falquián.

—Bienvenido a Thalesia pues, compadre. —El hombre que surgió de las sombras tenía el cabello rubio claro y la barba rasurada, vestía toscamente y llevaba una pica de aspecto brutal en la mano y un hacha colgada en la silla de la montura—. Stragen dice que queréis ir al norte. Os escoltaremos hasta Heid.

—¿Será suficiente? —preguntó Falquián a Flauta.

—Enteramente —respondió ésta—. Dejaremos el camino poco más de un kilómetro más allá de esa ciudad.

—¿Recibís órdenes de una niña? —se extrañó el rubio thalesiano.

—Ella conoce el camino hacia el lugar adonde nos dirigimos —repuso Falquián—. No hay que discutir nunca con el guía.

—Seguramente es una gran verdad, sir Falquián. Me llamo Tel..., por si os interesa saberlo. Tengo una docena de hombres y caballos de repuesto... Y las provisiones que solicitó vuestro escudero Kurik. —Se pasó la mano por la cara—. Esto me tiene un tanto desconcertado, caballero —confesó—. Nunca he visto a Stragen tan ansioso por satisfacer las demandas de un desconocido.

—¿Habéis oído hablar de Platimo? —le preguntó Talen.

Tel miró vivamente al chiquillo.

—¿El jefe de Cimmura? —inquirió.

—El mismo —contestó Talen—. Stragen le debe algunos favores a Platimo, y yo trabajo para Platimo.

—Oh, ya entiendo. El día sigue su curso, caballero —recordó a Falquián—. ¿Por qué no partimos hacia Heid?

—¿Por qué no? —convino Falquián.

Los hombres que se hallaban bajo el mando de Tel iban vestidos con anodinas prendas campesinas y empuñaban armas en cuyo uso parecían diestros. Todos eran rubios sin excepción y tenían el tosco semblante de las gentes a quienes tienen sin cuidado los placeres más refinados de la vida.

Al salir el sol aligeraron el paso. Falquián era consciente de que Tel y sus matones entorpecerían su marcha, pero se felicitaba por la protección adicional que ellos

representaban para Sephrenia y Flauta, dada la inquietud que había experimentado por su vulnerabilidad ante una posible emboscada entre montañas.

Pasaron velozmente tierras de cultivo con granjas diseminadas en los márgenes del camino en una región poblada en la que no había que recelar un ataque. El peligro vendría más tarde, al llegar a la cordillera. Cabalgaron sin tregua ese día, cubriendo considerable terreno, acamparon a cierta distancia del camino y volvieron a emprender la marcha de madrugada.

—Estoy comenzando a cansarme de ir a caballo —admitió Kurik cuando se ponían en camino con el alba.

—Pensaba que a estas alturas ya estarías habituado —apuntó Falquián.

—Falquián, llevamos seis meses cabalgando casi sin cesar. Me parece que estoy desgastando la silla.

—Te compraré una nueva.

—¿Para que me entretenga moldeándola? No, gracias.

El paisaje se tornó ondulante, revelando las verdes montañas al fondo.

—Sí me permitís una sugerencia, sir Falquián —propuso Tel—, ¿por qué no acampamos antes de llegar a las colinas? Allá arriba hay bandidos y un ataque nocturno sería más molesto. Sin embargo, dudo mucho que bajen hasta este llano.

A pesar de la irritación que le producía tal demora, Falquián hubo de admitir que Tel no andaba desacertado. La seguridad de Sephrenia y Flauta era muchísimo más importante que cualquier limitación arbitraria de tiempo.

Pernoctaron en un pequeño valle elegido por los hombres de Tel, que demostraban ser auténticos expertos en encontrar parajes resguardados.

A la mañana siguiente aguardaron a que amaneciera para ponerse en camino.

—Conozco a algunos de los tipos que se ocultan allá en las montañas —explicó Tel mientras avanzaban al trote—, y tienen ciertos sitios predilectos para tender emboscadas. Cuando nos acerquemos a esos lugares os avisaré. La mejor manera de atravesarlos es cabalgando a galope tendido, pues eso toma por sorpresa a los emboscados, de modo que tardan un minuto o dos en llegar a los caballos y cuando emprenden la persecución ya es tarde.

—¿Cuántos suele haber? —le preguntó Falquián.

—Unos veinte o treinta en total. Pero se separarán para cubrir los diferentes puntos.

—Vuestro plan no está mal —aprobó Falquián—, pero creo que tengo uno mejor. Cabalgamos al galope entre la celada, tal como habéis propuesto, hasta que comienzan a perseguirnos. Entonces nos abalanzamos sobre ellos. Así no dejamos que unan sus fuerzas a los que están apostados más adelante.

—Sois un sanguinario, ¿eh, Falquián?

—Tengo un amigo thalesiano que no para de repetirme que no hay que dejar nunca enemigos vivos a la espalda.

—Puede que tengáis razón.

—¿Cómo aprendisteis tantas cosas sobre esos rufianes de la sierra?

—Era uno de ellos, pero me harté de dormir al sereno con mal tiempo. Entonces fui a Emsat y comencé a trabajar para Stragen.

—¿A qué distancia estamos de Heid?

—A unas cincuenta leguas. Si nos apresuramos podemos llegar al final de la semana.

—Bien. Apresuremos pues el paso.

Ascendieron la montaña al trote, vigilando los árboles y arbustos que flanqueaban el camino.

—Allá adelante —informó Tel en voz baja—. Ése es uno de sus lugares predilectos, donde el camino va encajonado.

—Prosigamos —replicó Falquián.

Se adentró a la cabeza en el cañón. Entonces oyeron un grito de sorpresa proveniente de lo alto del escarpado margen izquierdo de la senda, en donde divisaron un hombre.

—Está solo allí —gritó Tel—. Hace guardia y cuando pasan viajeros enciende fuego para avisar a los otros.

—Esta vez no lo hará —gruñó uno de los hombres de Tel, descolgando el arco que llevaba a la espalda.

Acto seguido detuvo el caballo y disparó una silenciosa flecha al vigía del acantilado, el cual se dobló con el proyectil clavado en el estómago y cayó inmóvil al polvoriento camino.

—Buen tiro —lo felicitó Kurik.

—No ha estado mal —respondió con modestia el arquero.

—¿Creéis que lo ha oído gritar alguien? —preguntó Falquián a Tel.

—Eso depende de a qué distancia se encuentren. Seguramente no sabrán a qué atribuirlo, pero es posible que algunos se asomen a investigar.

—Que se atrevan —hizo votos el individuo del arco.

—Será mejor que vayamos más despacio por aquí —recomendó Tel—. Corremos el riesgo de topar con ellos al doblar un recodo.

—Sois todo un experto, Tel —alabó Falquián.

—La práctica, Falquián, y además conozco el terreno. Viví allá arriba durante más de cinco años. Por eso me envió Stragen. Iré a echar un vistazo en esa curva de delante.

Bajó del caballo y, empuñando la pica, corrió encorvado; justo antes de llegar al recodo, desapareció entre la maleza para surgir al cabo de un momento, realizando incomprensibles gestos.

—Son tres —interpretó el arquero—. Vienen al trote. —Aprestó una flecha y alzó el arco.

—Protege a Sephrenia —indicó Falquián a Kurik, desenvainando la espada.

El primer hombre que asomó en la curva cayó del caballo con una flecha en la garganta. Falquián agitó las riendas y *Faran* partió a la carga.

El caballero derribó de una estocada a uno de los otros dos forajidos, que observaban aturdidos a su compañero, y el otro se dio a la fuga. Pero Tel salió de entre los matorrales y lo ensartó con la pica.

—¡Tras los caballos! —ordenó Tel a sus subalternos—. ¡No dejéis que regresen a donde están escondidos los otros bandidos!

Los hombres de Stragen galoparon en pos de las monturas y volvieron con ellas al cabo de unos minutos.

—Un trabajo limpio —apreció Tel, recuperando la pica clavada en el cadáver tendido en el camino—. Sin gritos ni supervivientes. —Hizo girar el cuerpo con el pie—. Lo conozco —dijo—. Los otros dos deben de ser nuevos. Las expectativas de vida de un salteador de caminos no son muy altas, de modo que Dorga ha de buscar nuevos reclutas con harta frecuencia.

—¿Dorga? —inquirió Falquián, desmontando.

—Es el jefe de esta banda. Nunca me cayó muy simpático. Es demasiado arrogante.

—Arrastrémoslos bajo los arbustos —propuso Falquián—. No querría que los viera la niña.

—De acuerdo.

Después de ocultar los cadáveres, Falquián retrocedió e indicó por señas a Sephrenia y Kurik que siguieran adelante.

Cabalgaron con cautela.

—Puede que esto resulte más sencillo de lo que esperaba —comentó Tel—. Me parece que se distribuyen en grupos muy reducidos para poder abarcar un trecho más largo. Deberíamos entrar en ese bosque de la izquierda. Hay un saliente rocoso a la derecha y Dorga suele apostar allí unos cuantos arqueros. Una vez que lo hayamos pasado, enviaré unos cuantos hombres para que los rodeen y den cuenta de ellos.

—¿Es ello realmente necesario? —preguntó Sephrenia.

—Me limito a seguir el consejo de sir Falquián, señora —respondió Tel—. No dejes enemigos con vida detrás de ti..., en especial si van armados con arcos. Lo cierto es que no me conviene que me claven una flecha por la espalda, y tampoco a vos.

Cabalgaron por la floresta hasta llegar al punto indicado y prosiguieron con paso muy lento. Uno de los hombres de Tel se arrastró hasta el linde de los árboles y regresó a los pocos minutos.

—Hay dos —anunció en voz baja—. Están a unos cincuenta pasos de altura en la roca.

—Llévate un par de hombres —ordenó Tel—. El camino está cubierto de maleza unos doscientos pasos más adelante. Cruzadlo por allí y subid por el peñasco debajo de ellos. Procurad que no hagan ningún ruido.

El rubio matón de incipiente barba sonrió, hizo una señal a dos de sus compañeros y se alejó.

—Había olvidado lo divertido de esta vida —comentó Tel—. Al menos cuando hace buen tiempo. Sin embargo, es desastrosa con los rigores del invierno.

Habían recorrido algo menos de un kilómetro cuando les dieron alcance los tres rufianes.

—¿Algún problema? —inquirió Tel.

—Estaban medio dormidos —informó, riendo entre dientes, uno de ellos—. Ahora están todos completamente dormidos.

—Bien. —Tel dirigió la vista en torno a sí—. Ahora podemos galopar tranquilos, Falquián. Los márgenes del camino están demasiado despejados a lo largo de unos cuantos kilómetros como para tender emboscadas.

Galoparon casi hasta mediodía, cuando llegaron a la cresta de la cadena, donde Tel ordenó un alto.

—El tramo siguiente puede ser peligroso —advirtió a Falquián—. El camino discurre por un barranco y no hay modo de dar un rodeo aquí. Éste es uno de los emplazamientos favoritos de Dorga, por lo que es muy probable que haya apostado varios hombres allí. En mi opinión, lo mejor será atravesarlo a galope tendido, puesto que un arquero tiene ciertas dificultades en apuntar desde lo alto a un objetivo en movimiento... Al menos, eso me sucedía siempre a mí.

—¿Qué distancia media hasta la salida del barranco?

—Algo más de un kilómetro.

—¿Y estaremos visibles todo el trecho?

—Mas o menos, sí.

—No nos queda otra opción, ¿no es cierto?

—No a menos que queráis aguardar a que anochezca, con lo cual sería doblemente peligroso recorrer el resto del camino hasta Heid.

—De acuerdo —decidió Falquián—. Dado que conocéis el terreno, iréis el primero. —Descolgó el escudo de la silla y se lo ciñó al brazo—. Sephrenia, cabalgad tras de mí. Os cubriré a vos y a Flauta con el escudo. Abrid la marcha, Tel.

Su desenfundada carrera por el barranco tomó por sorpresa a los bandidos ocultos. Falquián oyó algunos gritos de asombro, y una flecha cayó a cierta distancia detrás de ellos.

—¡Dispersaos! —gritó Tel—. ¡No cabalguéis pegados!

Siguieron avanzando al galope mientras las flechas silbaban ya entre ellos. Uno de los proyectiles se quebró contra el escudo que Falquián sostenía protectoramente sobre Sephrenia y Flauta. Oyó un grito estrangulado y se volvió. Uno de los hombres de Tel oscilaba en la silla, con los ojos desencajados por el dolor. Entonces dobló el cuerpo y cayó pesadamente al suelo.

—¡No os detengáis! —ordenó Tel—. ¡Ya casi estamos a salvo!

Un poco más adelante el camino salía del barranco, cruzaba un bosquecillo y serpenteaba por la abrupta pared de un acantilado, asomado a una profunda garganta.

Desde las alturas del barranco caían aún algunas flechas, pero iban ya a parar lejos de ellos.

Galoparon entre la arboleda y comenzaron a bordear la cuesta del acantilado.

—¡No os paréis! —ordenó de nuevo Tel—. Les haremos creer que vamos a seguir corriendo por aquí.

Continuaron galopando y al poco rato el saliente sobre el que se asentaba el camino viró bruscamente hacia el punto donde terminaba la pared del acantilado para precipitarse en marcada pendiente en el interior del bosque. Tel refrenó su jadeante montura.

—Éste parece un buen emplazamiento —anunció—. Dado que el camino se estrecha allá atrás, sólo podrán arremeter de dos en dos.

—¿De veras creéis que intentarán seguirnos? —preguntó Kurik.

—Conozco a Dorga. Aunque ignore quiénes somos, su empeño será ahora evitar que lo denunciemos a las autoridades de Heid. A Dorga lo pone muy nervioso la idea de que se organicen batidas por estas montañas. Tienen unas horcas infalibles en Heid.

—¿Es seguro ese bosque de allá abajo? —inquirió Falquián, señalando hacia adelante.

Tel efectuó un gesto afirmativo.

—La maleza es demasiado espesa para tender una celada efectiva. Ese barranco era el último tramo verdaderamente delicado de esta parte de las montañas.

—Sephrenia —indicó Falquián—, id allí, Kurik, ve con ella.

Kurik hizo ademán de protestar, pero finalmente condujo sin replicar a Sephrenia y los niños hacia el abrigo de la floresta.

—Llegarán enseguida —pronosticó Tel—. Hemos pasado ante ellos a galope tendido y tratarán de darnos alcance. —Dirigió la mirada al rufián del arco—. ¿Con cuánta rapidez eres capaz de tirar?

—Puedo disparar tres flechas a la vez.

—Inténtalo con cuatro. No importa si les das a los caballos. Así caerán por el acantilado y se llevarán a los jinetes con ellos. Mata a todos los que puedas y luego nosotros pasaremos a la carga. ¿Os parece bien la idea, Falquián?

—Parece factible —acordó Falquián. Agitó el escudo prendido en el brazo izquierdo y a continuación desenvainó la espada.

Entonces oyeron el rápido repiqueteo de los cascos de los caballos aproximándose por el rocoso saliente del otro lado de la pronunciada curva. El arquero de Tel desmontó y colgó su carcaj de flechas en un arbolillo que crecía en el margen del camino.

—Esto va a costaros un cuarto de corona por cabeza, Tel —señaló con calma, sacando una saeta de la aljaba y aprestándola en el arco—. Las buenas flechas salen caras.

—Pásale la factura a Stragen —sugirió Tel.

—Stragen tarda mucho en pagar, así que preferiría que vos me lo abonarais y discutierais con él.

—De acuerdo —concedió Tel, algo enfurruñado.

—Ahí vienen —anunció con calma uno de los matones.

Los dos primeros salteadores que doblaron la curva probablemente no alcanzaron a verlos, pues el lacónico arquero que trabajaba para Tel era tan bueno como presumía. Los malhechores cayeron del caballo, uno a la vera del camino y el otro rodando hacia la garganta. Sus monturas corrieron unos cuantos metros hasta ver a los hombres de Tel que les cerraban el paso.

El arquero erró uno de los tiros dirigidos a la siguiente pareja que apareció tras la curva.

—Ha hurtado el cuerpo —dijo—. Veamos cómo trata de esquivar ésta.

Volvió a tensar el arco y acertó al bandido en plena frente. El hombre dio una voltereta y quedó tendido, moviendo espasmódicamente las piernas.

Después los bandoleros doblaron la curva en tropel y el arquero les disparó varias saetas.

—Será mejor que salgáis a su encuentro ahora, Tel —aconsejó—. Vienen demasiado deprisa.

—¡A la carga! —gritó Tel, colocándose la pica bajo el brazo con un gesto que guardaba curiosas reminiscencias con el que utilizaban los caballeros. Los hombres de Tel disponían de un peculiar surtido de armas, pero las manejaban con profesionalidad.

Dado que *Taran* era con mucho el caballo más rápido y resistente, Falquián tomó la delantera a los demás y arremetió solo en el centro del sorprendido grupo, propinando amplias estocadas a diestro y siniestro que hallaban escasa resistencia, habida cuenta de que sus destinatarios no llevaban malla que los protegiera. Un par de ellos realizaron vanos intentos de alzar herrumbrosas espadas para contener sus implacables golpes, pero Falquián era un experto espadachín capaz de alterar el curso de su acometida, y ambos cayeron chillando al camino, atenazando con la mano izquierda los muñones de sus brazos derechos.

Un hombre de barba rojiza que cabalgaba en retaguardia volvió grupas para huir y entonces Tel pasó al galope junto a Falquián, con los rubios cabellos al viento y la pica bajada, y desapareció persiguiéndolo por la curva.

Los rufianes de Tel se sumaron a la pelea y dieron cuenta de los bandoleros con brutal eficiencia.

Falquián dobló el recodo al trote, y allí yacía el hombre de barba pelirroja, con la pica de Tel ensartada en la espalda. Tel desmontó y se puso en cuclillas junto al bandido herido de muerte.

—No ha salido tan bien esta vez, ¿eh, Dorga?, dijo en tono casi amistoso—. Ya te advertí hace tiempo que acorrallar a los viajeros era una profesión arriesgada.

Después arrancó la pica de la espalda de su antiguo jefe y, sin inmutarse en lo más mínimo, lo arrojó de un puntapié sobre el borde del acantilado. El desesperado alarido de Dorga resonó, amortiguado, en las profundidades del cañón.

—Bien —comentó Tel a Falquián—, me parece que esto ya es asunto concluido. Bajemos al bosque. Aún queda un largo trecho hasta Heid.

Los hombres de Tel limpiaban el camino mediante el sencillo método de arrojar los cuerpos de los salteadores muertos y heridos al precipicio.

—Ahora ya están liquidados —les comunicó el cabecilla—. Quedaos unos cuantos aquí para atrapar las monturas de esta gente. Sin duda nos darán una buena suma por ellas. Los demás venid conmigo. ¿Vamos, Falquián?

Los días parecían discurrir con insoportable lentitud mientras avanzaban entre las despobladas montañas de Thalesia central. En cierto momento, Falquián aminoró la marcha para situarse a la altura de Sephrenia y Flauta.

—Se me antoja que llevamos como mínimo cinco días en este camino —manifestó a la niña—. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido en realidad?

La pequeña alzó dos dedos, sonriendo.

—Estás jugando otra vez con el tiempo, ¿no es cierto? —La acusó.

—Desde luego —replicó la niña—. Como no me regalasteis el gatito que me habíais prometido, he de jugar con algo.

Falquián se dio por vencido. Nada en el mundo era más inmutable que la salida y la puesta del sol, pero Flauta parecía tener la capacidad de alterar tales acontecimientos según su designio. Falquián había observado la consternación de Bevier cuando la pequeña le había explicado pacientemente algo que era enteramente inasequible a la razón y decidió que no sentía deseos de experimentar a su vez la misma sensación de impotencia que su amigo.

Habían pasado al parecer varios días —aun cuando Falquián no se habría ofrecido a prestar juramento al respecto— cuando, al atardecer, Tel situó su montura junto a la de Falquián.

—Ese humo de allá abajo procede de las chimeneas de Heid —le anunció—. Mis hombres y yo volveremos grupas aquí. Creo que todavía mi cabeza tiene un precio puesto en Heid. No es más que un malentendido, claro está, pero las explicaciones son tediosas..., en especial cuando uno está de pie en un escalón con un dogal en el cuello.

—Flauta —preguntó Falquián, volviendo la cabeza—, ¿ha cumplido Talen lo que vino a hacer aquí?

—Sí.

—Tenía esa impresión. Tel, ¿querréis hacerme el favor de llevar el chico a Stragen? Lo recogeremos de regreso. Atadlo bien fuerte y alargad la cuerda hasta sus tobillos, haciéndola pasar bajo el vientre de su caballo. Echáoslo encima por la espalda y tened cuidado, lleva un cuchillo en el cinto.

—Ésa es una buena razón, supongo —acordó Tel.

Falquián asintió con la cabeza.

—Es un sitio muy peligroso al que nos dirigimos, y su padre y yo preferiríamos no exponerlo en vano.

—¿Y la niña?

—Ella puede cuidar de sí misma..., seguramente mucho mejor que cualquiera de nosotros.

—¿Sabéis una cosa, Falquián? —confesó escépticamente Tel—. De niño siempre quise ser un caballero de la Iglesia. Ahora me alegro de no haber seguido ese rumbo. La verdad es que no tiene mucho sentido lo que decís.

—Será de tanto rezar —aventuró Falquián—. Eso enturbia un poco las ideas.

—Buena suerte, Falquián —le deseó Tel.

Después, ayudado por un par de sus hombres, arrancó sin miramientos a Talen de la silla, lo desarmó y lo ató a lomos de su caballo. Los insultos que Talen dirigió a Falquián al tiempo que sus captores emprendían camino hacia el sur cubrían una amplia gama, pero en su mayoría no eran nada lisonjeros.

—No entenderá todas esas palabrotas, ¿verdad? —preguntó Falquián a Sephrenia, mirando disimuladamente a Flauta.

—¿Vais a dejar de hablar como si yo no estuviera aquí? —espetó la niña—. Sí, de hecho conozco el significado de esas palabras, aunque el elenio es un idioma muy insípido para maldecir. El estirio es más satisfactorio, pero, si de veras queréis soltar

juramentos, probad el troll.

—¿Hablas troll? —inquirió Falquián, sorprendido.

—Por supuesto. ¿No lo habla todo el mundo? No tenemos por qué ir a Heid. Es un lugar deprimente..., todo lleno de barro, troncos podridos y techos enmohecidos. Rodeémoslo por el oeste y encontraremos el valle por el que vamos a pasar.

Sortearon Heid y prosiguieron su camino, ascendiendo por montañas aún más escarpadas. Flauta, que observaba atentamente el terreno, señaló al fin con el dedo.

—Allí —anunció—. Allí nos desviaremos a la izquierda.

Se detuvieron a la entrada del valle y miraron con cierta consternación el sinuoso sendero que habían de seguir, más similar a un camino de cabras que a un lugar transitado por personas.

—No parece muy alentador —observó dubitativamente Falquián— ni tiene aspecto de que alguien haya pasado por él desde hace años.

—La gente no lo utiliza —afirmó Flauta—. Es un camino de animales..., más o menos.

—¿Qué clase de animales?

—Mirad allí —dijo, indicando con el dedo.

Era un canto rodado aplanado en el que había grabada una tosca imagen que, aun corroída por la intemperie, producía una horrible sensación.

—¿Qué es eso? —inquirió Falquián.

—Es un aviso —repuso con calma la niña—. Representa a un troll.

—¿Nos estás llevando a tierras de los trolls? —preguntó alarmado.

—Falquián, Ghwerig es un troll. ¿Dónde pensabais que vivía si no?

—¿No existe otro camino para llegar a su cueva?

—No. Yo puedo ahuyentar a cualquier troll con el que topemos, y los ogros no salen con la luz del día, de manera que no representan ningún tipo de problema.

—¿Ogros también?

—Desde luego. Siempre viven en el mismo territorio que los trolls. Todo el mundo lo sabe.

—Pues yo no.

—Bueno, ahora ya estáis al corriente. Estamos perdiendo tiempo, Falquián.

—Habremos de ir en fila india —instruyó el caballero a Sephrenia y Kurik—. Manteneos lo más cerca posible detrás de mí, no sea que nos dispersemos. —Emprendió el ascenso por el sendero con la lanza de Aldreas en la mano.

El valle adonde los había conducido Flauta era angosto y sombrío. Sus abruptas laderas estaban cubiertas de altos abetos tan oscuros que casi parecían negros y las cúspides de las montañas eran tan elevadas que el sol apenas brillaba nunca en aquel tenebroso paraje. Un río de montaña bajaba bramando y agitando la blanca espuma que generaba su ímpetu en el centro de la estrecha vaguada.

—Esto es peor que el camino que va a Ghasek —gritó Kurik para hacerse oír entre el fragor de las aguas.

—Decidle que esté callado —indicó Flauta a Falquián—. Los trolls tienen un oído muy aguzado.

Falquián volvió la cabeza y puso un dedo sobre los labios. Kurik asintió en silencio.

Había una insólita cantidad de blancos tocones secos diseminados por el lóbrego bosque que se elevaba a ambos lados. Falquián se inclinó y habló al oído de Flauta.

—¿Qué causa la muerte de los árboles? —preguntó.

—Los ogros salen por la noche y roen la corteza —respondió la pequeña—, hasta que el árbol acaba muriendo.

—Creía que los ogros eran carnívoros.

—Los ogros comen de todo. ¿No podéis ir más deprisa?

—No por aquí. Esta senda es muy empinada. ¿No mejora algo más arriba?

—Después de remontar el valle, llegaremos a un paraje llano de montaña.

—¿Una meseta?

—Como queráis llamarlo. Hay algunas colinas, pero podemos rodearlas. Todo está cubierto de hierba.

—Allí podremos avanzar más rápidamente. ¿Se extiende la meseta hasta la guarida de Ghwerig?

—No totalmente. Después de cruzarla, habremos de subir entre las rocas.

—¿Quién te llevó hasta allí? Dijiste que habías estado antes.

—Vine sola. Alguien que conocía el camino me reveló la manera de llegar hasta la cueva.

—¿Y para qué ibas a ir?

—Tenía algo que hacer allí. ¿Tenemos que hablar tanto? Estoy tratando de escuchar por si hay trolls.

—Lo siento.

—Silencio, Falquián —ordenó, llevándose un dedo a los labios.

Un día más tarde llegaron a la meseta que, tal como les había anunciado Flauta, era un vasto prado flanqueado en todas direcciones por picos coronados de nieve.

—¿Cuánto tardaremos en atravesarla? —consultó Falquián.

—No estoy segura —respondió Flauta—. La última vez que estuve aquí iba a pie y los caballos caminan más aprisa.

—¿Estuviste sola aquí arriba y a pie con trolls y ogros merodeando por los alrededores? —preguntó lleno de incredulidad.

—No vi ninguno, aunque había un oseño que me siguió durante unos días. Creo que sólo sentía curiosidad, pero me cansé de tenerlo tras de mí y lo hice marchar.

Falquián resolvió no hacer más preguntas, dado lo perturbador de las respuestas que obtenía.

El altiplano parecía interminable. Cabalgaron varias horas seguidas, pero el horizonte no revelaba cambio alguno. Cuando el sol se ocultaba entre las nevadas cumbres, asentaron el campamento en un bosquecillo de raquíuticos pinos.

—Es un país enorme éste —señaló Kurik, mirando en derredor y arrebujándose en la capa—. Y frío también, cuando se pone el sol. Ahora comprendo por qué la mayoría de los thalesianos se visten con pieles.

Trabaron los caballos para que no se extraviaran y encendieron un fuego.

—No existe ningún peligro aquí en este prado —les aseguró Flauta—. Los trolls y ogros prefieren quedarse en el bosque, porque les resulta más fácil cazar escondiéndose detrás de los árboles.

El día siguiente amaneció nublado y un gélido viento descendía desde las cumbres, doblando las altas hierbas en largas ondulaciones. Aquella jornada cabalgaron sin descanso y al caer la tarde se encontraban al pie de los picos que cernían sobre ellos sus blancas cumbres.

—Esta noche no podemos encender fuego —advirtió Flauta—. Es posible que Ghwerig esté vigilando.

—¿Estamos tan cerca? —inquirió Falquián.

—¿Veis ese barranco allá al frente?

—Sí.

—La cueva de Ghwerig está en la punta de arriba.

—¿Por qué no hemos subido hasta allí entonces?

—Sería un acto temerario, pues es imposible burlar los sentidos de un troll por la noche. Esperaremos a que salga el sol antes de iniciar el ascenso. Los trolls suelen dormir durante el día. En realidad no duermen nunca, pero están algo más apagados durante las horas de sol.

—Veo que conoces muchos detalles sobre ellos.

—No es difícil averiguar las cosas..., si se sabe a quién preguntar. Preparad a Sephrenia un té y un poco de sopa caliente. Seguramente mañana será una dura jornada para ella y necesitará toda su fortaleza.

—Es algo complicado preparar sopa caliente sin un fuego.

—Oh, Falquián, ya lo sé. Soy pequeña, pero no soy estúpida. Colocad un gran montón de piedras delante de su tienda y yo me encargaré del resto.

Falquián cumplió las instrucciones gruñendo para sus adentros.

—Apartaos —indicó la niña—. No querría quemaros.

—¿Quemarme? ¿Cómo?

La pequeña comenzó a cantar quedamente y luego efectuó un breve gesto con la manita. Falquián notó al instante el calor que irradiaba del montón de piedras.

—Un hechizo muy útil —alabó admirado.

—Empezad a cocinar, Falquián. No puedo mantener calientes las piedras toda la noche.

Mientras ponía la olla del té de Sephrenia sobre una de las rocas calentadas, Falquián reflexionó que en el transcurso de las últimas semanas había dejado de considerar a Flauta como una niña. Su tono y sus modales correspondían a los de un adulto, y a él le impartía órdenes como si de un lacayo se tratara. Y más sorprendente aún era el hecho de que él la obedeciera sin chistar. Reconoció que Sephrenia se hallaba en lo cierto. Aquella niña era con toda probabilidad una de las más poderosas magas de toda Estiria. Entonces le acudió a la mente una turbadora pregunta. ¿Cuántos años *tenía* Flauta realmente? ¿Podían los magos controlar o modificar su edad? Como sabía que ni Sephrenia ni Flauta estaban dispuestas a ofrecer respuesta a tales interrogantes, se concentró en la cocina, tratando de no pensar en ello.

Aun cuando se despertaron al alba, Flauta insistió en que habían de aguardar hasta media mañana para emprender el ascenso por el barranco. Asimismo les encomendó que dejaran los caballos en el campamento, explicando que el sonido de sus cascos podría poner en guardia al troll de aguzado oído que se escondía en la caverna.

El angosto barranco de escarpadas vertientes se hallaba poblado de densas sombras cuando los cuatro avanzaban lentamente por su rocoso lecho, posando con cuidado los pies para no hacer rodar ninguna piedra. Apenas hablaban y, cuando lo hacían, era en susurros. Falquián llevaba la antigua lanza, lo cual se le antojaba conveniente sin que supiera a ciencia cierta a qué atribuir tal impresión.

La pendiente era cada vez más empinada y ahora debían subir a gatas sobre redondos cantos rodados para proseguir el ascenso. Cuando se hallaban cerca de su objetivo, Flauta les indicó por señas que se pararan y avanzó arrastrándose varios metros.

—Está adentro —musitó, de regreso—, y ya ha dado inicio a sus encantamientos.

—¿Está cerrada la entrada de la cueva? —preguntó, susurrando, Falquián.

—En cierto modo sí. Cuando lleguemos arriba, no podréis verla. Ha creado una ilusión para que la boca de la cueva parezca parte de la pared del acantilado y ésta es lo bastante sólida como para impedirnos traspasarla. Habréis de utilizar la lanza para abrir paso. —Habló unos instantes al oído de Sephrenia y ésta asintió con la cabeza—. De acuerdo pues —añadió, haciendo acopio de aire—, adelante.

Ascendieron unos cuantos metros y entraron en un sombrío barranco de

apariencia tétrica atestado de zarzas y blancos tocones secos. En una de sus vertientes había una abrupta pared vertical completamente lisa.

—Es ahí —susurró Flauta.

—¿Estás segura de que es éste el sitio? —murmuró Kurik—. Parece roca sólida.

—Lo es —replicó la niña—. Ghwerig está ocultando la entrada. —Los condujo por una senda apenas definida hasta el acantilado—. Es justo aquí —dijo quedamente, posando una manita en la roca—. Haremos lo siguiente. Sephrenia y yo vamos a invocar un hechizo que, una vez liberado, producirá su efecto sobre vos, Falquián. Os sentiréis muy extraño al principio y luego notaréis cómo el poder empieza a forjarse en vuestro interior. En el momento preciso, os comunicaré cómo habéis de actuar.

Comenzó a cantar en voz muy baja y Sephrenia se puso a hablar en estirio casi para sí. Después, al unísono, ambas gesticularon en dirección a Falquián.

Éste sintió que se le nublabla la visión, y estuvo a punto de caer. Se encontraba muy débil, y la lanza que asía con la mano izquierda casi le parecía un peso insostenible. Luego, tan repentinamente como antes, se le antojó liviana como una pluma. Sintió cómo la fuerza del encantamiento le hacía erguir la espalda.

—Ahora —le indicó Flauta—, apuntad con la lanza la pared del acantilado.

Falquián levantó el brazo, cumpliendo sus instrucciones.

—Caminad hasta que la lanza toque la pared.

Dio dos pasos y notó que la punta del arma estaba en contacto con la inquebrantable roca.

—Liberad el poder... *a través de* la lanza.

Se concentró, reuniendo la fuerza que lo embargaba. El anillo de su mano izquierda parecía palpitar. Entonces hizo fluir el poder a lo largo del asta hacia el ancho hierro.

La roca de apariencia maciza que se alzaba ante él tembló un segundo y después desapareció, dejando al descubierto una abertura de irregulares contornos.

—Y aquí está —dijo Flauta con un triunfal susurro—. La cueva de Ghwerig. Vayamos en su busca.

Capítulo veinticinco

La cueva tenía el penetrante olor a la prolongada humedad de la tierra y la piedra, y se oía el incesante goteo del agua en algún punto en las tinieblas.

—¿Dónde es más probable que esté? —susurró Falquián a Flauta.

—Miraremos primero en la cámara del tesoro —repuso ésta—. Le gusta contemplar su botín. Está allá abajo —dijo, señalando la boca de un pasadizo.

—Está totalmente oscuro —observó Falquián.

—Yo me ocuparé de eso —aseguró Sephrenia.

—Pero con discreción —advirtió Flauta—. No sabemos dónde está exactamente Ghwerig y él es capaz de oír y de detectar la magia. —Miró detenidamente a Sephrenia—. ¿Os encontráis bien? —preguntó.

—Ya no es tan duro como antes —respondió Sephrenia, cambiando la espada de sir Gared a su mano derecha.

—Bien. Yo no podré hacer nada allá adentro. De lo contrario, Ghwerig reconocería mi voz. Vos habréis de encargáros de casi todo.

—Puedo hacerlo —afirmó Sephrenia, a despecho de la fatiga que evidenciaba su voz. Alzó la espada—. Ya que debo acarrearla, también podría servirme de ella. —Murmuró unas palabras, realizó un contenido gesto con la mano izquierda y la punta de la hoja comenzó a refulgir tenuemente—. No es que sea mucha luz —señaló—, pero habremos de conformarnos con ella. Si incrementara el brillo, Ghwerig lo vería.

Con la espada en alto, se adentró en la galería. La reluciente punta de metal semejaba casi una luciérnaga entre la opresiva oscuridad, pero su tenue resplandor les permitía hallar el camino y evitar los obstáculos del accidentado suelo por el que transitaban.

Después de un recoveco, el pasadizo adquirió una pronunciada pendiente y se curvó hacia la izquierda. Tras haber recorrido varios metros, Falquián cayó en la cuenta de que no se trataba de una galería natural, sino de un pasaje excavado en la piedra que descendía interminablemente en espiral.

—¿Cómo pudo construir esto Ghwerig? —preguntó a Flauta.

—Se valió del Bhelliom. El antiguo pasillo es mucho más largo, y muy empinado. Ghwerig está tan contrahecho que solía tardar días para salir de la cueva.

Siguieron caminando con el mayor sigilo posible, atravesaron una amplia caverna con bóvedas erizadas de estalactitas de caliza que goteaban continuamente y volvieron a adentrarse en un pasadizo de piedra. De tanto en tanto, su débil luz turbaba el reposo de una colonia de murciélagos colgados del techo y las criaturas escapaban en lóbregas nubes, chillando y agitando frenéticamente las alas.

—*Detesto* los murciélagos —dijo Kurik, soltando un juramento.

—No os harán daño —musitó Flauta—. Un murciélago nunca choca con las personas, ni siquiera en la más completa oscuridad.

—¿Tan buena vista tienen?

—No, pero sí un oído muy fino.

—¿Lo sabes *todo*? —El susurro de Kurik tenía un tono algo gruñón.

—Todavía no —replicó con calma la niña—, pero lo intento. ¿Tenéis algo de comer? Tengo un poco de hambre, no sé por qué.

—Un poco de buey seco —respondió Kurik, buscando debajo de la túnica que cubría su chaleco de cuero negro—, aunque está muy salado.

—Hay agua en abundancia en esta cueva. —Tomó el duro pedazo de buey que le tendía el escudero y lo mordió—. Está un tanto salado —admitió, engullendo con esfuerzo.

Continuaron andando y a poco advirtieron al frente una luz cuyo tenue resplandor fue intensificándose a medida que avanzaban por la galería en espiral.

—Su cámara del tesoro está allá adelante —susurró Flauta—. Voy a echar un vistazo. —Se alejó a rastras y regresó un momento después—. Está allí —les comunicó, esbozando una sonrisa.

—¿Ha encendido él tanta luz? —musitó Kurik.

—No. Viene del exterior. Hay un arroyo que cae directamente a la caverna y por él entra la luz del sol a determinadas horas del día. —Ahora hablaba en un tono de voz normal—. El ruido de la cascada amortiguará nuestras voces.

Habló un momento con Sephrenia y ésta, realizando un gesto afirmativo, apagó el destello de la punta de la lanza con dos dedos e inició un encantamiento.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Falquián a Flauta.

—Ghwerig está hablando solo —repuso— y es posible que diga algo que nos resulte útil. Como habla la lengua de los trolls, Sephrenia está realizando algo que nos permitirá comprenderlo.

—¿Quieres decir que hará que hable en elenio?

—No. El encantamiento no va destinado a él. —Esbozó la picara sonrisa característica en ella—. Estáis aprendiendo muchas cosas, Falquián. Ahora entenderéis el idioma troll..., al menos durante un rato.

Cuando Sephrenia hubo liberado el hechizo, la capacidad auditiva de Falquián se incrementó de modo insospechado. El impetuoso sonido de la cascada que se vertía en la caverna se convirtió en casi un bramido, entre cuyo fragor se distinguía con claridad el ronco murmullo de Ghwerig.

—Aguardaremos un rato aquí —les indicó Flauta—. Dado que Ghwerig es un marginado, habla solo casi continuamente y expresa todo cuanto le viene a la mente. Podemos enterarnos de muchas cosas escuchando. Oh, por cierto, tiene la corona de Sarak, y el Bhelliom aún está prendido en ella.

Falquián sintió una súbita excitación. El objeto que había buscado durante tanto tiempo se hallaba a menos de un centenar de pasos de distancia.

—¿Qué hace? —preguntó a Flauta.

—Está sentado al borde de la sima que la caída de agua ha horadado en la roca, con todos sus tesoros amontonados en torno a sí. Está limpiando las manchas de turba del Bhelliom con la lengua; por eso no podemos entender lo que dice ahora. Acerquémonos un poco más, pero sin llegar a la boca de la galería.

Descendieron con cautela en dirección a la luz y se detuvieron a unos metros de la salida. Los destellos que proyectaba la cascada relucían con una especie de parpadeo líquido, atravesados por una cinta de color semejante a un arco iris.

—¡Ladrones! ¡Bandidos! —Su voz era mucho más rasposa que la que podía brotar de cualquier garganta elenia o estiria—. Sucia. Está toda sucia. —Oyeron otra vez el sonido de baboseo que indicaba que el troll enano lamía su tesoro—. Los ladrones están todos muertos ahora. —Ghwerig emitió una desagradable risa ahogada—. Todos muertos. Ghwerig no está muerto y su rosa ha venido por fin a casa.

—Parece como si estuviera loco —murmuró Kurik.

—Siempre lo ha estado —afirmó Flauta—. Su mente es tan retorcida como su cuerpo.

—¡Háblale a Ghwerig, rosa azul! —ordenó la monstruosidad. Entonces profirió, aullando, un terrible juramento dirigido a la diosa estiria Aphrael—. ¡Devuelve los

anillos! ¡Devuelve los anillos! ¡Bhelliom no habla a Ghwerig si Ghwerig no tiene los anillos! —Sonó un gimoteo y Falquián advirtió con repulsión que Ghwerig estaba llorando—. Solo —se lamentó el troll—. ¡Ghwerig está tan solo!

Falquián experimentó un doloroso arrebato de compasión por el deforme enano.

—No hagáis eso —le prohibió bruscamente Flauta—. Os pondrá en condición de inferioridad al enfrentaros a él. Vos sois nuestra única esperanza ahora, Falquián, y vuestro corazón debe ser duro como una piedra.

Entonces Ghwerig habló unos momentos en términos tan viles que no existían en la lengua elenia palabras para traducirlos.

—Está invocando a los dioses troll —explicó Flauta. Ladeó la cabeza—. Escuchad —dijo vivamente—. Los dioses están respondiéndole.

El mudo fragor de la cascada pareció modificar su tono, tornándose más profundo, más resonante.

—Habremos de darle muerte muy pronto —dedujo la niña con escalofriante pragmatismo—. Todavía tiene algunos fragmentos del zafiro original en su taller. Los dioses troll le han aconsejado que modele unos nuevos anillos. Después ellos les infundirán la fuerza para acceder al poder del Bhelliom. Llegado ese punto, dispondrá de la capacidad de destruirnos.

Ghwerig emitió una repugnante risa contenida.

—Ghwerig vencerte, Azash. Azash es un dios, pero Ghwerig vencerlo. Azash ni siquiera verá el Bhelliom ahora.

—¿Cabe la posibilidad de que Azash lo oiga? —inquirió Falquián.

—Es probable —repuso con calma Sephrenia—. Azash conoce el sonido de su propio nombre y escucha cuando alguien lo interpela.

—Los hombres nadaban en el lago buscando a Bhelliom —siguió divagando Ghwerig—. El bicho de Azash espiaba desde las hierbas y los veía. Los hombres se fueron. El bicho trajo a los hombres sin cerebro. Los hombres entraron en el agua. Muchos se ahogaron. Un hombre encontró el Bhelliom y Ghwerig mató al hombre y le quitó la rosa azul. ¿Quiere Azash el Bhelliom? Que Azash venga a ver a Ghwerig. Azash se asará en el fuego de los dioses troll. Ghwerig nunca ha comido carne de un dios y no sabe qué gusto tiene.

En las profundidades de la tierra sonó un retumbo y el techo de la cueva pareció estremecerse.

—No hay duda de que Azash lo ha oído —infirió Sephrenia—. Esta deforme criatura de ahí casi es digna de admiración. Jamás nadie ha proferido esa clase de insulto a la cara de uno de los dioses mayores.

—¿Está enfadado Azash con Ghwerig? —decía el troll—. ¿O acaso Azash tiembla de miedo? Ghwerig tiene a Bhelliom ahora. Pronto fabricará anillos. Entonces Ghwerig no necesitará dioses troll. Asará a Azash en el fuego de Bhelliom. Lo asará lentamente para que quede jugoso. Ghwerig comerá a Azash. ¿Quién va a rezar a Azash cuando Azash esté dentro de la barriga de Ghwerig?

El estruendo se oyó acompañado esa vez de secos crujidos de las piedras que se partían en las entrañas de la tierra.

—Está arriesgándose mucho, ¿no os parece? —comentó Kurik con voz tensa—. Azash no es el tipo de dios con el que se pueda jugar.

—Los dioses troll protegen a Ghwerig —replicó Sephrenia—. Ni siquiera Azash osaría enfrentarse a ellos.

—¡Ladrones! ¡Todos unos ladrones! —vociferó el troll—. ¡Aphrael robó los anillos! ¡Adian de Thalesia robó el Bhelliom! ¡Ahora Azash y Falquián de Elenia intentan volver a robárselo a Ghwerig! ¡Habla a Ghwerig, rosa azul! ¡Ghwerig está tan

solo!

—¿Cómo se ha enterado de mi existencia? —Falquián estaba perplejo por la amplia información de que disponía el troll enano.

—Los dioses troll son viejos y muy sabios —respondió Sephrenia—. Suceden muy pocas cosas en el mundo de las que ellos no tengan conocimiento, y están dispuestos a revelarlas a aquellos que los sirven... cobrándose un precio.

—¿Qué clase de precio satisfaría a un dios?

—Rogad por que nunca hayáis de saberlo, querido —contestó, estremeciéndose.

—Ghwerig pasó diez años esculpiendo uno de los pétalos, rosa azul. Ghwerig quiere a la rosa azul. —Masculló algo que resultó inaudible—. Anillos. Ghwerig hará anillos para que Bhelliom vuelva a hablar. Quemar a Azash en el fuego de Bhelliom. Quemar a Falquián en el fuego de Bhelliom. Quemar a Aphrael en el fuego de Bhelliom. Todos quemados. Todos quemados. Después Ghwerig comerá.

—Creo que ha llegado la hora de actuar —dijo con ceño torvo Falquián—. De ningún modo querría que llegara a su taller. —Se llevó la mano a la espada.

—Usad la lanza —le recomendó Flauta—. Puede arrebataros la espada de la mano, pero la lanza tiene suficiente poder para mantenerlo a raya. Por favor, noble padre mío, tratad de conservar la vida. Os necesito.

—Lo procuro fervientemente —replicó el caballero.

—¿Padre? —preguntó Kurik, sorprendido.

—Es una fórmula estiria de tratamiento —le explicó de forma apresurada Sephrenia, mirando de soslayo a Flauta—. Guarda relación con el respeto... y el amor.

Entonces Falquián hizo algo que muy pocas veces había hecho antes. Juntó las palmas de las manos en el pecho y dedicó una reverencia a la extraña niña estiria.

Flauta batió palmas con júbilo y, precipitándose en sus brazos, le dio un sonoro beso con su boquita de piñón.

—Padre —dijo.

Falquián no sabía a qué atribuir su embarazo. El beso de Flauta no era el de una niña.

—¿Qué dureza tiene la cabeza de un troll? —preguntó bruscamente Kurik a Flauta, tan turbado como Falquián por la desenfadada muestra de afecto de la pequeña que parecía impropia de su edad, al tiempo que hacía oscilar su brutal maza de metal.

—Es muy, muy dura —respondió Flauta.

—Ya sabemos que está contrahecho —continuó Kurik—. ¿Cómo tiene las piernas?

—Débiles. Apenas si le sirven para permanecer de pie.

—Bien, Falquián —propuso Kurik con tono de profesional—. Yo me situaré en uno de sus costados y lo golpearé en las rodillas, caderas y tobillos con esto. —Hizo girar con un silbido la maza—. Si consigo derribarlo, clavadle la lanza en las entrañas y yo trataré de machacarle la cabeza.

—¿Debéis ser tan gráficamente explícito? —se quejó Sephrenia.

—Éste es un asunto de trabajo, pequeña madre —le recordó Falquián—. Hemos de saber exactamente la táctica que vamos a utilizar, de modo que no os entrometáis en ello. De acuerdo, Kurik, vamos. —Se dirigió con paso resuelto a la boca de la galería y entró en la caverna sin realizar intento alguno por mantenerse oculto.

Aquél era un lugar maravilloso. El techo estaba cubierto por sombras púrpura y en el centro se abría una insondable sima en cuya oquedad resonaba sin cesar el fragor del agua que en ella se precipitaba en borboteante cascada. Las paredes, que se prolongaban hasta donde alcanzaba la vista, resplandecían con motas y vetas de oro y con gemas más valiosas que las de los reyes, a las que arrancaba destellos la cambiante e irisada luz.

El deforme troll enano, peludo y grotesco, permanecía agazapado al borde del abismo, rodeado de pilas de pedazos de oro puro y montones de gemas de todos los matices y colores. Con la mano derecha Ghwerig asía la manchada corona del rey Sarak, rematada con el Bhelliom, la rosa de zafiro. La joya parecía refulgir con la luz que recibía de los rayos que caían con la cascada. Falquián observó por primera vez el objeto máspreciado de la tierra y por un momento lo invadió una especie de estupor. Después avanzó, rodeando la antigua lanza con la mano izquierda. Ignoraba si el hechizo de Sephrenia facilitaría al grotesco troll la comprensión de sus palabras, pero se sentía moralmente impelido a hablar. No se avenía con su naturaleza dar muerte a traición a aquella deforme monstruosidad.

—He venido a llevarme el Bhelliom —anunció—. No soy Adian, rey de Thalesia, de modo que no intentaré engañarte. Te arrebataré por la fuerza lo que quiero de ti. Defiéndete si puedes. —Aquello era lo más parecido a un desafío formal que las circunstancias le permitían formular.

Ghwerig se levantó, mostrando la totalidad de su repulsivo cuerpo, con los finos labios separados en una mueca de odio.

—No le quitaréis a Ghwerig su Bhelliom, Falquián de Elenia. Ghwerig os matará antes. Aquí moriréis, y Ghwerig comerá... Ni el pálido dios elenio salvará ahora a Falquián.

—Ello no está aún decidido —replicó fríamente Falquián—. Necesito utilizar el Bhelliom por un tiempo y después lo destruiré para impedir que caiga en manos de Azash. Entrégamelo o muere.

La risa de Ghwerig era horrible.

—¿Morir Ghwerig? Ghwerig es inmortal, Falquián de Elenia. El hombre no lo puede matar.

—Eso también está por ver.

Falquián rodeó el asta de la lanza con ambas manos y avanzó hacia el troll enano. Kurik, empuñando su maza erizada de púas, salió de la galería y adelantó a su señor para atacar al troll de costado.

—¿Dos? —se mofó Ghwerig—. Falquián debía haber traído cien. —Se encorvó y cogió un enorme garrote reforzado con hierro de entre una pila de gemas—. No vais a quitarle a Ghwerig su Bhelliom, Falquián de Elenia. Ghwerig os matará primero. Aquí moriréis, y Ghwerig comerá. Ni siquiera Aphrael salvará a Falquián esta vez. Los pequeños hombres están perdidos. Ghwerig tendrá un festín esta noche. Los hombres asados son muy jugosos. —Hizo un zafio chasquido con la lengua y se enderezó, levantando los prominentes hombros forrados de revuelto pelambre.

Como Falquián comprobó, el término «enano» aplicado a un troll era sumamente engañoso. A pesar de su deformidad, Ghwerig era como mínimo tan alto como él y los brazos, retorcidos como viejas cepas, le llegaban hasta más abajo de las rodillas. Tenía la cara uniformemente peluda y en sus verdes ojos se advertía un brillo malévolo. Acudió a su encuentro arrastrando los pies y agitando el descomunal garrote con la mano derecha, mientras en la izquierda todavía aferraba la corona de Sarak con el refulgente Bhelliom en el ápice.

Kurik dio un paso adelante e hizo silbar su maza de metal, dirigiéndola a las piernas del monstruo, pero éste contuvo casi desdeñosamente el golpe con el garrote.

—Huye, insignificante hombre —dijo con una horrible voz rasposa—. Toda carne es manjar para mí.

Entonces hizo oscilar su horrenda arma, doblemente peligrosa por la anormal longitud de sus brazos, y Kurik retrocedió de un salto al tiempo que la porra de piedra con aros de metal pasaba casi rozándole la cara.

Falquián arremetió, apuntando con la lanza el pecho del troll, pero Ghwerig rechazó una vez más la acometida.

—Demasiado lento, Falquián de Elenia —dijo, soltando una carcajada.

Fue en ese momento cuando Kurik le asestó un mazazo en la cadera izquierda. Ghwerig retrocedió, pero, con la velocidad de un gato, propinó un golpe con el garrote a la pila de relucientes gemas, que se esparcieron con la fuerza de proyectiles. Kurik pestañeó y se llevó la mano libre al rostro para enjugar la sangre que, procedente de un corte en la frente, le entorpecía la visión.

Falquián volvió a cargar con la lanza e infligió un corte superficial a Ghwerig en el pecho. Con un bramido de rabia y de dolor, el troll se precipitó hacia adelante blandiendo el garrote. Falquián dio un salto atrás, observándolo fríamente en busca de un punto vulnerable. Advirtió que el troll carecía por entero de miedo y que, por ello, ninguna herida que no fuera mortal lo haría batirse en retirada. Ghwerig echaba espumarajos por la boca y sus verdes ojos despedían un brillo de enajenación. Profirió terribles maldiciones y volvió a abalanzarse hacia ellos agitando su horrorosa arma.

—¡Mantenlo apartado del precipicio! —gritó Falquián a Kurik—. ¡Si cayera, jamás encontraríamos la corona!

Entonces tuvo clara conciencia de haber hallado la solución. Tenían que conseguir de algún modo que el deforme troll soltara la corona. Por entonces ya resultaba evidente que ni siquiera ellos dos podrían doblegar a esa peluda criatura de largos brazos y ojos encendidos por una demente furia. Sólo una distracción les otorgaría la oportunidad de asestarle un golpe fatal. Sacudió la mano derecha para reclamar la atención de Kurik y luego la situó debajo del codo izquierdo. Los ojos de Kurik expresaron perplejidad por un instante, pero después los entornó, asintiendo y se situó a la izquierda de Ghwerig, con la maza presta.

Falquián apretó otra vez el asta con ambas manos e hizo amago de embestir. Ghwerig movió el garrote frente al arma que lo apuntaba y Falquián se retiró.

—¡Los anillos de Ghwerig! —gritó triunfalmente el troll—. Falquián de Elenia trae los anillos a Ghwerig. ¡Ghwerig nota su presencia! —Con un tremendo rugido, se precipitó hacia adelante, hendiendo el aire con la porra.

Kurik puso su erizada maza en acción y provocó una profunda desgarradura en el recio brazo izquierdo del troll. Éste, no obstante, apenas si prestó atención a la herida y prosiguió su ataque, abatiéndose sobre Falquián. Su mano izquierda se cerraba como una tenaza en torno a la corona.

Falquián cedió terreno de mala gana, consciente de que debía mantener a Ghwerig alejado del borde del abismo mientras asiera la joya.

Kurik descargó nuevamente su arma, pero Ghwerig se hizo a un lado, hurtando el peludo codo. Por su mueca, parecía que el primer golpe le había causado más sufrimiento del que había demostrado, lo cual aprovechó Falquián para reaccionar con celeridad, abriéndole un tajo en el hombro derecho. Ghwerig emitió un aullido, más de rabia que de dolor, y al instante volvió a mover el garrote en rápido vaivén.

Entonces Falquián oyó tras él el cristalino sonido de la voz de Flauta elevándose sobre el fragor sordo de la cascada. Ghwerig la miró boquiabierto y con ojos desorbitados.

—¡Tú! —chilló—. ¡Ahora Ghwerig te dará tu merecido, niña! ¡Las canciones de la niña se acabarán aquí!

Flauta continuó cantando y Falquián aventuró una mirada por encima del hombro. La pequeña permanecía de pie en la boca de la galería, delante de Sephrenia. Falquián intuyó que la canción no era de hecho un encantamiento, sino que iba destinada a distraer al enano para que él y Kurik pudieran sorprenderlo con la guardia baja.

Ghwerig volvió a precipitarse hacia adelante, cojeando y blandiendo el garrote para obligar a Falquián a dejarle libre el paso. Los ojos del monstruo estaban fijos en Flauta y respiraba entrecortadamente, apretando con fuerza los colmillos. Kurik descargó la maza en la espalda del troll, pero éste, con la atención centrada en la niña estiría, no dio señales de haber acusado el golpe. Entonces Falquián atisbó una posibilidad. Al pasar junto a él, las amplias oscilaciones que imprimía al garrote de piedra dejaban desprotegido el pelambroso flanco de Ghwerig, lo cual aprovechó para clavarle con todas sus fuerzas el ancho hierro de la vetusta lanza justo debajo de las costillas. El troll enano emitió un aullido cuando el afilado hierro penetró en su duro cuero e intentó alzar la porra, pero Falquián retrocedió bruscamente, arrancando la lanza de un tirón. Entonces Kurik asestó de costado un mazazo a la deforme rodilla derecha de Ghwerig y al instante Falquián escuchó el ruido de los huesos quebrados. Ghwerig se vino abajo, soltando el garrote. Falquián modificó la posición de la mano en el mango de la lanza y hundió ésta en el vientre del troll.

Ghwerig chillaba, agarrando el asta con la mano derecha mientras Falquián la movía hacia uno y otro costado, agrandando con la acerada hoja la desgarradura en las entrañas del troll. La corona, no obstante, continuaba firmemente sujeta en aquella deforme mano izquierda. Sólo la muerte, reflexionó Falquián, haría abrir aquella férrea tenaza.

El troll se apartó rodando de la lanza, ahondando aún más terriblemente con ello la herida. Kurik le descargó un golpe en la cara con la maza que le aplastó uno de los ojos. Con un espeluznante alarido, el monstruo fue dando tumbos hasta el borde de la sima, desparramando las joyas de su botín, y luego, exhalando un grito triunfal, se precipitó en el abismo asiendo todavía la corona del rey Sarak.

Henchido de pesar, Falquián corrió hacia la orilla de la fosa y se asomó a ella con desaliento. Aún llegó a ver el desfigurado cuerpo que, en un interminable descenso, se sumía en las tenebrosas profundidades; entonces oyó el ligero tamborileo de unos pies desnudos en el suelo de la caverna y vio pasar a Flauta ante él con el brillante pelo al viento en dirección a la sima. Sin la más mínima vacilación, la niña se arrojó a ella en pos del troll.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó angustiado, tendiendo vanamente la mano hacia ella al tiempo que Kurik acudía junto a él con expresión de espanto.

Sephrenia apareció de inmediato, con la espada de sir Gared aún en la mano.

—Haced algo, Sephrenia —rogó Kurik.

—No es necesario, Kurik —replicó, impasible—. A ella no puede ocurrirle nada.

—Pero...

—Silencio, Kurik. Estoy intentando escuchar.

La luz de la reluciente cascada pareció apagarse un tanto, como si, lejos en el exterior, una nube hubiera tapado el sol. Falquián pensó que el bramido del agua tenía visos de burla, y cayó en la cuenta de que por su mejilla resbalaban lágrimas.

Después, en la intensa oscuridad del inimaginable abismo, advirtió algo similar a un destello de luz, el cual incrementó su resplandor al elevarse —o ésa era su impresión— por la espantosa sima. Y, en su ascenso, pudo percibirla con mayor claridad. Parecía una brillante saeta de prístina luz blanca coronada con un centelleo de azul puro.

El Bhelliom surgió del abismo, apoyado en la palma de la incandescente manita de Flauta. Falquián se quedó boquiabierto de asombro al reparar en la transparencia de su cuerpo, tan insustancial como la niebla. La carita de Flauta aparecía tranquila e imperturbable al tiempo que sostenía con una mano en alto la rosa de zafiro y tendía la otra a Sephrenia. Para horror de Falquián, su bien amada tutora avanzó hacia el abismo.

Pero no cayó.

Como si caminara sobre tierra, holló con calma el aire suspendido sobre el insondable abismo para recibir el Bhelliom de manos de Flauta y luego se volvió y habló con lenguaje extrañamente arcaico.

—Abrid vuesa lanza, sir Falquián, y poneos el anillo de vuesa reina en la mano diestra, so pena, si no lo hiciéredes, de ser destruido por el Bhelliom cuando yo os lo entregue. —A su lado, Flauta alzó el rostro y entonó un exultante cántico, un cántico que resonaba con las voces de multitudes.

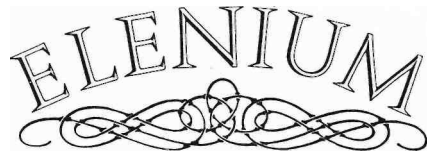
Sephrenia alargó una mano para tocar aquella incorpórea carita con gesto de infinito amor. Después regresó por encima de la sima albergando el Bhelliom en el cuenco de ambas manos.

—Aquí concluye vuesa búsqueda, sir Falquián —dijo gravemente—. Tended las manos para recibir el Bhelliom de mí y de mi diosa niña, Aphrael.

Y, de improviso, todos los interrogantes se disiparon. Falquián se postró de hinojos con Kurik a su lado, y el caballero aceptó la rosa de zafiro de manos de Sephrenia. La mujer se arrodilló entre ellos en acto de adoración mientras contemplaban arrobados el rostro refulgente de la pequeña a quien habían llamado Flauta.

La eterna diosa niña Aphrael les sonrió, todavía entonando el canto coral que inundaba la totalidad de la cueva de trémulos ecos. La luz que henchía su vaporosa forma fue tornándose más y más brillante, hasta que salió propulsada hacia las alturas, más rauda que cualquier flecha.

Después se desvaneció.



David Eddings

**LA ROSA
DE ZAFIRO**

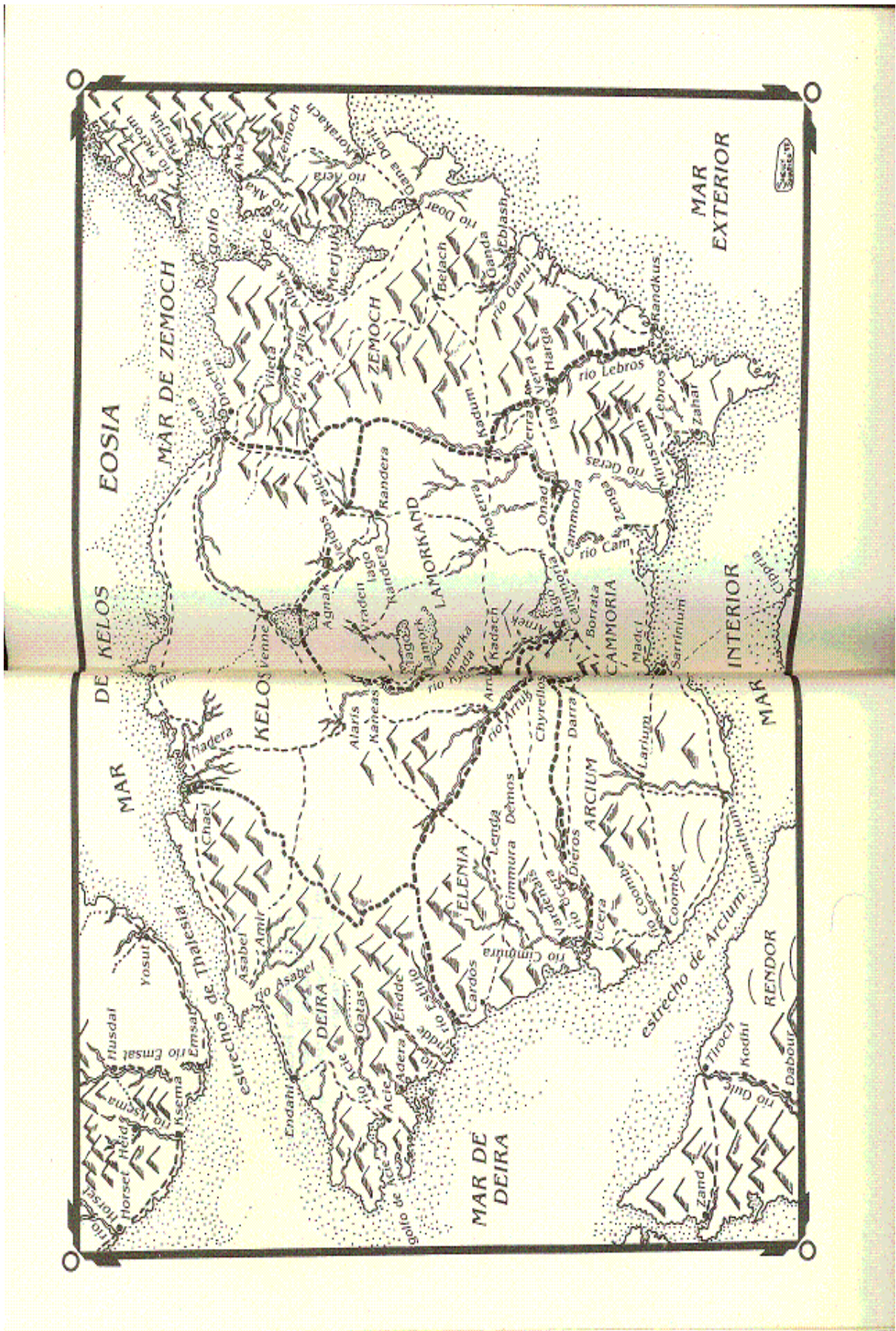
Volumen 3

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Víctor Viano
Ilustración de cubierta: Keith Parkinson
Escaneado: domine
Título original: *The Sapphire Rose (Book 3 of The Elenium)*
Traducción: M^a Dolors Gallart
© 1991 by David Eddings
© Editorial Timun Mas, S. A., 1992
Para la presente versión y edición en lengua castellana
ISBN: 84—7722—494—3 (Obra completa)
ISBN: 84—7722—497—8 (Volumen 3)
Depósito legal: B. 22.111—1992
Hurope, S.A.
Impreso en España — *Printed in Spain*
Editorial Timun Mas, S.A., Castillejos, 294 — 08025 Barcelona

Nota del autor: Mi esposa me ha hecho saber que le gustaría escribir la dedicatoria de este libro. Dado que a ella se debe buena parte del trabajo, su sugerencia me parece más que indicada.

*Alzaste la mano
y bajaste el fuego del cielo.
Quiéreme*



Prólogo

«Otha y Azash», extraído de *Una superficial historia de Zemoch*.
Compilado por el Departamento de Historia
de la Universidad de Borrata

Tras la invasión de los pueblos de habla elenia de las estepas de Daresia Central situadas en el este, los elenios fueron emigrando gradualmente hacia Occidente, desplazando a los estirios que habitaban de forma dispersa el continente eosiano. Las tribus que se instalaron en Zemoch se habían establecido más tardíamente y estaban mucho menos avanzadas que sus parientes del oeste. Su economía y organización social eran muy simples y sus ciudades, rudimentarias en comparación con las poblaciones que estaban surgiendo en los recientemente creados remos occidentales. Además, el clima de Zemoch era, utilizando el mejor de los calificativos, inhóspito, y la vida se desarrollaba allí a un nivel de subsistencia. La Iglesia halló escasos atractivos para dirigir su atención sobre región tan pobre y desagradable; y, a consecuencia de ello, las toscas capillas de Zemoch quedaron en su mayoría sin sacerdotes y sus sencillas congregaciones descuidadas. Por todo ello, los zemoquianos se vieron obligados a desplazar hacia otros objetos sus impulsos religiosos. Puesto que había pocos ministros de la fe elenia en la región para hacer cumplir el interdicto de la Iglesia que prohibía el consorcio con los paganos estirios, la fraternización se convirtió en un hecho. La percepción por parte de los simples campesinos elenios de las significativas ventajas que conseguían sus vecinos estirios con el uso de Tas artes arcanas explica en buena medida la difusión de la apostasía. Muchos pueblos elenios de Zemoch se convirtieron masivamente al panteísmo estirio, se erigieron templos en honor de una y otra deidad y los más tenebrosos cultos estirios florecieron. El matrimonio entre elenios y estirios se convirtió en una práctica común y, hacia el fin del primer milenio, Zemoch ya no podía ser considerada bajo ningún concepto como una nación genuinamente elenia. El paso de los siglos y el estrecho contacto con los estirios habían corrompido hasta tal punto la lengua elenia hablada en Zemoch que apenas si resultaba inteligible para los elenios occidentales.

Fue en el siglo once cuando un joven pastor de cabras del pueblo montaños de Ganda, en Zemoch Central, vivió una extraña experiencia que tendría incalculables consecuencias para el mundo. Mientras buscaba por las colinas una cabra extraviada, el muchacho, llamado Otha, topó con un santuario oculto por las enredaderas que había sido erigido en la antigüedad para el culto de uno de los numerosos dioses estirios. El monumento, corroído por la intemperie, representaba a un ídolo de rasgos grotescamente deformes que, paradójicamente, despertó en él una atracción irresistible. Entretanto descansaba de los rigores del ascenso, Otha oyó una profunda voz que lo interpelaba en la lengua estiria.

— ¿Quién eres, muchacho? — inquirió la voz.

— Me llamo Otha — balbuceó el chiquillo, tratando de recordar el idioma estirio.

— ¿Y has venido a este lugar para prestarme obediencia, postrarte y adorarme?

— No — repuso Otha con sinceridad poco común —. Lo que estoy haciendo es intentar encontrar a una de mis cabras.

Siguió una larga pausa, y después la cavernosa y escalofriante voz prosiguió:

— ¿Y qué debo darte para arrebatarte tu obediencia y tu adoración? Ninguno de tus congéneres se ha acercado a mi santuario durante quinientos años, y yo ansío adoración... y la posesión de almas.

A aquellas alturas, Otha había adquirido la certeza de que uno de sus amigos cabreros estaba gastándole una broma y decidió seguirle el juego.

— Oh — dijo con desenvoltura —, me gustaría ser el rey del mundo, vivir para siempre, disponer de un centenar de lozanas muchachas según mi antojo, tener una montaña de oro... y, oh, sí, quiero recuperar mi cabra.

— ¿Y vas a entregarme tu alma a cambio de todo ello?

Otha recapacitó. Como apenas había tenido conciencia de poseer un alma, su pérdida no le representaría un gran inconveniente. Además, razonó, si aquello no era, de hecho, producto de la broma juvenil de un cabrero y la oferta era seria, si el otro omitía el cumplimiento de una de sus imposibles demandas, el contrato quedaría invalidado.

— Oh, de acuerdo — convino, encogiéndose con indiferencia de hombros —. Pero primero querría ver a mi cabra... sólo como una muestra de buena fe.

—Vuélvete, Otha — ordenó la voz —, y percibe lo que habías perdido.

Otha se giró y, en efecto, allí estaba la cabra extraviada, masticando ociosamente junto a un matorral y mirándolo de una manera curiosa. El joven cabrero se apresuró a atarla al arbusto. Otha era en el fondo un chaval moderadamente vicioso. Disfrutaba infligiendo dolor a las criaturas indefensas, tendía a practicar juegos crueles, hurtos y cierta clase de seducción de solitarias pastoras cuya única característica encomiable era la de no andarse con rodeos. Era avaricioso y desaliñado y tenía una opinión un tanto exagerada sobre lo elevado de sus facultades intelectuales.

Su mente discurría a gran velocidad mientras amarraba la cabra al arbusto. Si aquella desconocida divinidad estiria podía hacer aparecer una cabra perdida con sólo pedirselo, ¿de qué otras cosas sería capaz? Otha resolvió que aquélla podía bien ser la oportunidad de su vida.

— De acuerdo — dijo, fingiendo ingenuidad —, una oración, por el momento, a cambio de la cabra. Después podremos hablar de almas, imperios, riquezas, inmortalidad y mujeres. Daos a conocer. No voy a arrodillarme ante el aire. ¿Cuál es vuestro nombre, por cierto? Necesitaré conocerlo para formular una plegaria adecuada.

Soy Azash, el más poderoso de los dioses mayores, y, si eres mi siervo e induces a otros a adorarme, te concederé mucho más de lo que has solicitado. Te enalteceré y te daré riquezas que no alcanzas a imaginar. Las más hermosas mujeres serán tuyas. Gozarás de vida eterna y, además, de poder sobre el mundo del espíritu, tal como ningún hombre lo ha tenido. Todo cuanto pido a cambio, Otha, es tu alma y las almas de esos otros que traerás a mí. Mi necesidad y mi soledad son grandes, y las recompensas que te otorgaré serán igualmente grandes. Ahora mira mi cara y tiembla ante mí.

El aire que rodeaba al tosco ídolo brilló, y entonces Otha vio la presencia real de Azash suspendida en torno a la rudimentaria escultura. Se arredró, horrorizado ante la espantosa imagen que tan súbitamente había aparecido frente a él, y cayó al suelo, donde se postró ante ella. Aquello estaba yendo demasiado lejos. No obstante, Otha era en el fondo un cobarde, y temía que la reacción más racional al materializado Azash, la huida inmediata, fuera a provocar la ira del terrible dios, incitándolo a causarle daños, y Otha tenía un gran apego a su propio pellejo.

— Reza, Otha — se refociló el ídolo—. Mis oídos anhelan tu adoración.

— Oh, poderoso... eh... Azash, ¿no era así? Dios de los dioses y Señor del mundo, escucha mi ruego y recibe mi humilde adoración. Yo soy como el polvo ante ti, y tú te yergues ante mí como una montaña. Te adoro y te alabo y te doy gracias desde lo más profundo de mi corazón por el retorno de esta miserable cabra... que golpearé hasta dejar inconsciente por haberse extraviado tan pronto como llegue a casa. — Tembloroso, Otha confió en que la oración satisficiera a Azash, o que como mínimo lo distrajera lo bastante como para encontrar la ocasión de escapar.

— Tu oración es correcta, Otha — reconoció el ídolo —. Lo justo. Con el tiempo te volverás más competente en tu adoración. Ahora sigue tu camino, y yo saborearé esta burda plegaria tuya. Vuelve mañana y te haré partícipe de mis deseos.

Mientras regresaba a casa, Otha juró no regresar jamás, pero esa noche se revolvió en su basto jergón, en la desaseada cabaña donde vivía, obsesionado con visiones de riquezas y corrompidas jóvenes sobre las cuales podría saciar su lujuria.

— Veamos adonde me lleva esto — murmuró para sí cuando el alba marcó el final de la agitada noche —. Si tengo que hacerlo, siempre puedo echar a correr más tarde.

Y de ese modo un simple pastor de cabras zemoquiano comenzó a convertirse en discípulo del dios mayor, Azash, una deidad cuyo nombre no pronunciaban siquiera los estirios, tan grande era el temor que les inspiraba. En los siglos venideros, Otha percibió el alcance de su esclavitud. Azash lo condujo pacientemente desde la humilde adoración a la práctica de perversos ritos y aun a dominios más horrendos, comprendidos en el reino de la abominación espiritual. El cabrero, antes ingenioso y sólo moderadamente detestable, se volvió taciturno y sombrío a medida que el espantoso ídolo se cebaba glotónamente en su mente y su alma. Aunque vivió seis vidas y aun más, sus miembros se secaron, en tanto que su barriga y su cabeza se hinchaban y perdía el pelo, adoptando una palidez que era consecuencia de su aborrecimiento por el sol. Se enriqueció sobremanera, pero no hallaba placer en sus tesoros. Tenía lascivas concubinas a montones, pero permanecía indiferente a sus encantos. Miles y miles de espectros, duendes y criaturas obedecían a su menor deseo, pero él no podía siquiera reunir interés suficiente para invocarlos. Su único goce devino la contemplación del dolor y la muerte en sesiones en las que sus secuaces arrebatában cruelmente con tormentos la vida del trémulo cuerpo de los débiles e indefensos, con el solo fin de entretenerlo. En ese sentido, Otha no había cambiado.

Durante los primeros años del tercer milenio, cuando el repulsivo Otha había cumplido ya más de novecientos años, ordenó a sus infernales seguidores que trasladaran el tosco santuario de Azash a la ciudad de Zemoch, emplazada en las mesetas nororientales. Construyeron una enorme imagen del repelente dios en torno al ídolo y, a su alrededor, un vasto templo, junto al cual, conectado a él por un laberinto de pasadizos, se elevaba su propio palacio, recubierto con oro forjado a martillo, incrustado con perlas, ónice y calcedonia y rodeado por columnas rematadas con letras grabadas en rubí y esmeralda. En ellas, Otha se proclamaba desvergonzadamente emperador de Zemoch, una pretensión secundada por la atronadora pero un tanto burlona voz de Azash, que resonaba cavernosamente en el templo, y aclamada por multitudes de fanáticos.

Entonces dio comienzo en Zemoch un período dominado por el terror, en el que se extirparon sin contemplaciones todos los cultos rivales. Los sacrificios de recién nacidos y vírgenes se contaban por miles, y los elenios y estirios por igual se convirtieron en devotos de Azash bajo la amenaza de las armas. Otha y sus partidarios tardaron aproximadamente un siglo en erradicar totalmente todo resto de decencia en sus esclavizados súbditos. El ansia de sangre y la crueldad desenfadada se convirtieron en algo frecuente y los ritos representados ante los altares y santuarios erigidos a Azash se tornaron cada vez más degenerados y obscenos.

En el siglo veinticinco, Otha consideró que todo estaba dispuesto para emprender la consecución de la meta de su perverso dios, y concentró sus ejércitos humanos y sus infernales aliados en las fronteras occidentales de Zemoch. Tras una breve pausa, en la que Azash y él hicieron acopio de fuerzas, Otha atacó, enviando sus fuerzas a las llanuras de Kelosia, Lamorkand y Cammoria. Es imposible describir fielmente el horror provocado por dicha invasión. La simple atrocidad no bastaba para saciar los salvajes instintos de la horda zemoquiana, y la desmesurada crueldad de los inhumanos que acompañaban a las huestes invasoras es en exceso repulsiva para dar pie a mención. Se irguieron montañas de cabezas humanas, los cautivos fueron asados vivos y después devorados, y los caminos y vías públicas estaban flanqueados por hileras de cruces, horcas y estacas con personas ensartadas. Los cielos se ennegrecieron con las bandadas de buitres y cuervos, y el aire apestaba a causa del hedor de la carne quemada y putrefacta.

Los ejércitos de Otha avanzaban confiados hacia el campo de batalla, plenamente convencidos de que sus demoníacos aliados neutralizarían fácilmente toda resistencia, pero en sus cálculos no habían contado con el poder de los caballeros de la Iglesia. La gran batalla se libró en los llanos de Lamorkand, al sur del lago Randerá. Aun cuando los choques puramente físicos fueron titánicos, la contienda supranatural adquirió dimensiones aún más fantásticas. Toda forma concebible de espíritu participó en el combate. Olas de completa oscuridad y capas de luz multicolor barrieron el campo; del cielo llovieron fuego y relámpagos; batallones enteros fueron engullidos por la tierra o reducidos a cenizas por súbitas llamaradas; el escalofriante estrépito de los truenos llenaba el aire de uno a otro horizonte, y el propio suelo se resquebrajaba a causa de terremotos y erupciones de ardiente roca líquida que discurría por las laderas para abrasar a las legiones que avanzaban. Durante días los ejércitos estuvieron enzarzados en la terrible batalla sobre el sangriento campo hasta que, paulatinamente, los zemoquianos fueron obligados a batirse en retirada. Los horrores que Otha puso en juego en la contienda fueron igualados uno a uno por el poder concertado de los caballeros de la Iglesia y, por primera vez, los zemoquianos probaron el sabor de la derrota. Su lenta y desganaada retirada inicial se convirtió pronto en rápida desbandada cuando la desmoralizada horda se disgregó y se dio a la fuga en busca de la dudosa seguridad de la frontera.

La victoria de los elenios, aunque completa, no se saldó sin un terrible coste. Más de la mitad de los caballeros de las órdenes militantes yacían muertos en el campo de batalla, y los ejércitos de los reyes elenios contaban las bajas por miles. El triunfo era suyo, pero estaban demasiado extenuados y eran demasiado pocos para salir en persecución de los zemoquianos.

El inflado Otha, cuyos miembros ya no eran capaces de resistir su peso, fue llevado en litera a través del laberinto de Zemoch hasta el templo, para enfrentarse a la ira de Azash. Allí se humilló ante el ídolo de su dios, gimoteando y suplicando clemencia.

Y al cabo de mucho Azash habló.

— Una última vez, Otha — dijo el dios con voz horriblemente tranquila —. Solamente una vez me aplacaré. Deseo poseer el Bhelliom, y tú me lo conseguirás y vendrás a entregármelo aquí, puesto que, si no lo haces, mi generosidad para contigo desaparecerá. Si los presentes no te animan a doblegarte a mi voluntad, tal vez el tormento lo logre. Ve, Otha. Búscame el Bhelliom y vuelve con él para que yo pueda librarme de mis cadenas y recobrar mi virilidad. En caso de que me falles, morirás sin duda, y tu agonía durará un millón de años.

Otha huyó y de este modo, incluso entre las ruinas y jirones de su derrota, nació la semilla de su último ataque contra los reinos elenios occidentales, un ataque que iba a poner al mundo al borde del desastre universal.

Capítulo uno

La cascada se vertía incesantemente en el abismo que había engullido a Ghwerig, y el eco de su caída henchía la caverna con un sonido grave semejante a la vibración posterior al tañido de una gigantesca campana. Falquián permanecía de rodillas al borde de la sima rodeando fuertemente el Bhelliom con la mano. Aunque el troll había desaparecido y lo único que le quedaba por hacer era seguir de hinojos allí, sus ojos estaban deslumbrados por la luz de la columna de agua besada por el sol que, procedente del exterior, se perdía en las profundidades inundándole los oídos con su fragor.

La cueva olía a humedad. El rocío, tan fino como la materia de la niebla, bañaba las piedras, y éstas refulgían bajo la cambiante radiación del torrente, mezclado con los últimos destellos de la ascensión de la incandescente Aphrael.

Falquián bajó despacio los ojos para mirar la joya que retenía en su puño y, si bien ésta parecía delicada, frágil incluso, intuyó que la rosa de zafiro era prácticamente indestructible. Desde la hondura de su corazón de azur llegaba una especie de brillo palpitante, de tono azul oscuro en las puntas de los pétalos, que viraba hacia el centro de la gema hasta alcanzar el color de una pálida noche. Su poder le causó dolor en la mano, y algo en el lugar más recóndito de su mente le gritaba advertencias al tiempo que contemplaba fijamente sus profundidades. Entonces se estremeció y apartó los ojos de su atractivo resplandor.

El tenaz caballero pandion paseó la mirada en derredor, tratando irracionalmente de aferrarse a los jirones de luz que se rezagaban en las piedras de la cueva del troll enano como si la diosa niña Aphrael pudiera de algún modo protegerlo de la joya que tanto había penado para conseguir y que ahora, extrañamente, temía. No era aquélla, sin embargo, la única paradoja. En un nivel ajeno al pensamiento consciente Falquián quería guardar para siempre aquella tenue luz, conservar en el corazón el espíritu, ya que no la persona, de la diminuta y antojadiza divinidad.

Sephrenia suspiró y se puso lentamente en pie. Tenía el semblante fatigado y a un tiempo exaltado. Había soportado grandes padecimientos para llegar a esa húmeda cueva de las montañas de Thalesia, pero había sido recompensada con aquel gozoso momento de epifanía cuando había visto el rostro de su diosa.

— Ahora debemos abandonar este lugar, queridos — dijo tristemente.

— ¿No podemos quedarnos unos minutos más? — preguntó Kurik con un matiz anhelante poco habitual en su voz. De todos los hombres del mundo, Kurik era el más prosaico... la mayor parte del tiempo.

Es mejor que no. Si nos quedamos demasiado, comenzaremos a idear excusas para permanecer incluso más tiempo y, llegado el momento, podríamos haber perdido las ganas de salir.

— La pequeña estiria de blanco vestido miró con repulsión el Bhelliom —. Ponedlo, por favor, fuera de la vista, Falquián, y ordenadle que no se mueva. Su presencia nos contamina a todos.

Movió la espada que el fantasma de sir Gared le había entregado a bordo del barco del capitán Sorgi y, tras murmurar en estirio durante un momento, invocó un hechizo que encendió la punta de la hoja con un brillante resplandor que les alumbraría el camino de regreso a la superficie.

Falquián guardó la gema en forma de flor debajo de su túnica y se inclinó para recoger la lanza del rey Aldreas. En aquellos instantes notaba con fuerza el desagradable olor de su cota de mallas y su piel se encogía para evitar el contacto con ella. Deseaba poder quitársela.

Kurik se agachó y aferró el garrote de piedra reforzado con hierro que el horriblemente deforme troll enano había blandido contra ellos antes de su fatal caída en el abismo. Sopesó la brutal arma un par de veces y luego la arrojó con indiferencia a la sima en pos de su propietario.

Sephrenia mantuvo la reluciente espada en alto mientras cruzaban el suelo cubierto de joyas dispersas de la cámara del tesoro de Ghwerig en dirección a la entrada de la galería en espiral que conducía al exterior.

— ¿Creéis que volveremos a verla? — inquirió melancólicamente Kurik al tiempo que entraban en la galería.

— ¿Aphrael? Es difícil de decir. Siempre ha tenido un comportamiento imprevisible. —
Sephrenia hablaba en voz baja.

Ascendieron en silencio durante un tiempo, siguiendo en todo momento la espiral en dirección a la izquierda. Falquián experimentaba una extraña sensación de vacío a medida que subían. Habían sido cuatro al bajar y ahora sólo eran tres. La diosa niña, sin embargo, no se había quedado allí, pues todos la llevaban en su corazón. Había, no obstante, algo que lo inquietaba.

— ¿Existe algún modo de cerrar la boca de esta cueva una vez que estemos afuera? — consultó a su tutora.

Sephrenia le dirigió una intensa mirada.

— Podemos hacerlo si lo deseáis, querido, ¿pero por qué queréis obstruirla?

— Es un poco complicado de expresar en palabras.

— Tenemos lo que veníamos a buscar, Falquián. ¿Por qué deberíamos preocuparnos ahora de que algún porquerizo encuentre por azar la caverna?

— No estoy del todo seguro. — Frunció el entrecejo, tratando de precisar sus sensaciones —. Si algún campesino thalesiano entra aquí, localizará seguramente el botín de Ghwerig, ¿no es cierto?

— Si se toma el tiempo de indagar, sí.

— Y después de ello no transcurrirá mucho tiempo antes de que la cueva sea un hervidero de thalesianos.

— ¿Por qué habría de inquietaros eso? ¿Acaso queréis conservar para vos el tesoro de Ghwerig?

— En absoluto. Martel es el codicioso, no yo.

— ¿Entonces por qué estáis tan preocupado? ¿Qué importancia tiene que los thalesianos comiencen a merodear por allí adentro?

— Éste es un sitio muy especial, Sephrenia.

— ¿En qué sentido?

— Es sagrado — replicó concisamente. Las indagaciones de la mujer comenzaban a irritarlo —. Una diosa se nos ha revelado aquí. No quiero que la cueva sea profanada por una multitud de borrachos y ávidos buscadores de tesoros. Me causaría la misma sensación que si alguien violara una iglesia elenia.

— Querido Falquián — dijo la mujer, abrazándolo impulsivamente —. ¿Tanto os ha costado realmente reconocer la divinidad de Aphrael?

— Vuestra diosa ha sido muy convincente, Sephrenia — contestó irónicamente—. Hubiera hecho tambalear incluso la certidumbre de la propia jerarquía de la Iglesia elenia. ¿Podemos hacerlo? Tapiar la cueva, quiero decir.

La estiria se disponía a responder algo, cuando calló, ceñuda.

— Esperad aquí — les indicó.

Luego apoyó la punta de la espada de sir Gared contra la pared de la galería y retrocedió un trecho por el pasadizo hasta pararse en el borde de la zona iluminada por el arma, donde permaneció sumida en cavilación. Al cabo de un rato, regresó.

— Voy a pedirlos que hagáis algo peligroso, Falquián — advirtió gravemente —, pero creo que os hallaréis a salvo haciéndolo. El recuerdo de Aphrael aún está fresco en vuestra memoria y ello debería protegeros.

— ¿Qué queréis que haga?

— Utilizaremos el Bhelliom para cegar la cueva. Existen otras maneras de conseguirlo, pero debemos asegurarnos de que la joya aceptará vuestra autoridad. Yo creo que así será. Vais a tener que ser fuerte, Falquián. El Bhelliom no se prestará a hacer lo que le pidáis, de manera que habréis de obligarlo.

— Ya antes me he enfrentado a cosas tenaces. — Se encogió de hombros.

— No penséis que es un proceso intrincado, Falquián. Es algo más elemental que todo lo que yo he hecho. Prosigamos.

Siguieron subiendo por el serpenteante pasadizo seguidos por el amortiguado fragor de la cascada de la cueva del tesoro de Ghwerig, más tenue a medida que avanzaban. Después, justo cuando caminaban ya fuera del alcance del sonido, éste pareció cambiar, fragmentando su única e interminable nota en múltiples notas que formaron un complejo acorde en lugar de un simple tono: algún truco tal vez debido a los cambiantes ecos de la cueva. Con la modificación del ruido, también se transformó el humor de Falquián. Antes había experimentado una especie de cansada satisfacción por haber alcanzado al fin una meta largamente ansiada, que iba a la par con la sensación de admiración producida por la revelación de la diosa niña. Ahora, en cambio, la oscura y mohosa cueva se le antojaba ominosa, amenazadora. Falquián sentía algo que no había sentido desde que era muy niño. De improviso tenía miedo de la oscuridad. En las sombras que se extendían más allá del círculo de luz que emanaba de la brillante punta de la espada parecían acechar cosas, seres sin rostro llenos de una cruel malevolencia. Miró con nerviosismo hacia atrás por encima del hombro y a lo lejos, más allá de la zona de luz, algo pareció moverse. Fue breve, no más que un parpadeo de una oscuridad intensificada, y descubrió que, cuando intentaba mirarla directamente, ya no la veía, en tanto que cuando miraba de soslayo estaba allí: vaga, informe, flotando en el límite de su visión. Un miedo indescriptible lo embargó. «Tonterías», murmuró, volviendo a caminar, ansioso por ver otra vez la luz del día.

Era media tarde cuando llegaron al exterior, inundado por un sol que les pareció muy intenso después de la oscuridad de la caverna. Falquián respiró hondo y se llevó la mano bajo la túnica.

— Todavía no, Falquián — aconsejó Sephrenia —. Queremos derrumbar el techo de la cueva, pero no nos interesa que el saliente del peñasco nos caiga en la cabeza. Regresaremos al lugar donde están los caballos y lo haremos desde allí.

— Tendréis que enseñarme el hechizo — señaló mientras atravesaban la hondonada atestada de zarzas que se extendía frente a la boca de la cueva.

— No hay ningún encantamiento. Tenéis la joya y los anillos. Lo único que debéis hacer es ordenar. Os enseñaré de qué modo cuando lleguemos abajo.

Bajaron a gatas por el rocoso barranco hacia la herbosa meseta donde habían instalado su campamento la noche anterior, y ya era casi el crepúsculo cuando llegaron al par de tiendas y los caballos atados a estacas. Faran dobló las orejas hacia atrás y enseñó los dientes al acercársele Falquián.

— ¿Qué te pasa? — preguntó el caballero a su nervioso caballo de guerra.

— Percibe la proximidad del Bhelliom — explicó Sephrenia — y no le gusta. Permaneced alejado de él durante un tiempo. — Miró con ojo crítico la abertura por donde acababan de salir —. Desde aquí será seguro — decidió —. Sacad el Bhelliom y sostenedlo con ambas manos de forma que los anillos lo toquen.

— ¿Tengo que hacerlo de cara a la cueva?

— No. El Bhelliom sabrá lo que le pedís que haga. Ahora, recordad el interior de la caverna: su aspecto, la sensación que produce e incluso su olor. Después imaginad el techo derrumbándose. Las rocas se desmoronarán, rebotarán, rodarán y se apilarán una encima de otra. Habrá un ruido tremendo. Una gran nube de polvo y un fuerte viento saldrán trepidando por la boca de la cueva. La loma que la corona se vendrá abajo al tiempo que el techo de la galería, y posiblemente se producirán avalanchas. No dejéis que ello os distraiga. Mantened firmemente las imágenes en la mente.

— Es un poco más complicado que un hechizo normal, ¿verdad?

— Sí, aunque esto no es un hechizo propiamente dicho. Desencadenaréis una forma de magia elemental. Concentraos, Falquián. Cuanto más detallada sea la imagen, con más fuerza responderá el Bhelliom. Cuando la tengáis bien afianzada en la cabeza, decidle a la joya que lo convierta en realidad.

— ¿Tengo que hablar en la lengua de Ghwerig?

— No estoy segura. Probad primero con el elenio. Si no surte efecto, lo intentaremos en troll.

Falquián recordó la boca de la cueva, la antecámara inmediata y la larga galería que descendía en espiral hasta la cámara del tesoro de Ghwerig.

— ¿Debería hacer caer también el techo donde está la cascada? — preguntó.

— Me parece que no. Ese río probablemente sale a la superficie más abajo y, si lo cegáis, alguien podría reparar en que ya no discurre por el mismo lugar e iniciar indagaciones. Además, ese recinto en concreto es muy especial, ¿no es así?

— Sí, lo es.

— Cerrémoslo pues y protejámoslo para siempre.

Falquián imaginó el techo de la cueva viniéndose abajo con un estruendoso y chirriante rugido y una ondulante nube de polvo de piedra.

— ¿Qué digo? — inquirió.

— Llamadla «Rosa Azul». Así es como la llamaba Ghwerig, por lo que es posible que reconozca el nombre.

— Rosa Azul — dijo Falquián en tono conminatorio —, haz que la cueva se derrumbe.

La rosa de zafiro se oscureció y en su centro aparecieron violentos destellos rojos.

— Está resistiéndose — explicó Sephrenia —. Ésta es la parte sobre la que os he prevenido. La cueva es el lugar donde nació y no quiere destruirla. Obligadla, Falquián.

— ¡Hazlo, Rosa Azul! — conminó Falquián, presionando con cada fibra de su voluntad la joya que asía.

Entonces notó una oleada de increíble poder y el zafiro pareció palpar en sus manos. Sintió de pronto una desenfadada exaltación al desatar el poderío de la piedra, algo que distaba mucho de la mera satisfacción y que casi rozaba el éxtasis físico.

Se oyó un grave y tétrico fragor procedente de las profundidades de la tierra, y la tierra se estremeció. Rocas que se hallaban enterradas bajo ellos comenzaron a estallar y resquebrajarse con la fuerza del terremoto que rompía una tras otra las capas de roca subterránea. Encima del barranco, el saliente rocoso que se proyectaba sobre la boca de la cueva de Ghwerig fue desmoronándose y luego, desgajado de su base, se desplomó sobre la cuenca infestada de malas hierbas. El estruendo de la caída del acantilado los ensordeció incluso a aquella distancia, al tiempo que una gran nube de polvo se elevaba en remolino de los escombros para escamparse hacia el noroeste azotada por el viento que barría aquellas montañas. Entonces, tal como había percibido en la cueva, algo se movió en el límite de la visión de Falquián: algo oscuro e impregnado de malévolas curiosidad.

— ¿Cómo os sentís? — preguntó Sephrenia, mirándolo con fijeza.

— Un poco raro — admitió—. Muy fuerte.

— Mantened la mente alejada de tal noción y concentraos en su lugar en Aphrael. No penséis siquiera en el Bhelliom hasta que se disipe esa sensación. Volved a apartarlo de la vista y no lo

miréis.

Falquián devolvió el zafiro al interior de su túnica.

Kurik alzó la vista hacia la gran pila de detritos que llenaba la hondonada que se había extendido frente a la entrada de la cueva de Ghwerig.

— Parece definitivo — dijo pesarosamente.

— Lo es — le confirmó Sephrenia —. La caverna está segura ahora. Desplacemos el pensamiento a otros asuntos, caballeros. No insistamos en lo que acabamos de hacer o cabe la posibilidad de que cedamos a la tentación de revocarlo.

Kurik irguió sus fornidos hombros y miró en derredor.

— Encenderé fuego — anunció.

Regresó a la entrada del barranco para recoger leña mientras Falquián revolvía los fardos de equipaje en busca de utensilios de cocina y algo apropiado para cenar. Después de comer, se sentaron alrededor del fuego con semblantes abatidos.

— ¿Cómo ha sido, Falquián? — preguntó Kurik —. ¿Utilizar el Bhelliom, me refiero? — Lanzó una ojeada a Sephrenia —. ¿Es prudente hablar de eso ahora?

— Veremos. Adelante, Falquián. Contádselo.

— Ha sido algo que no puede compararse a nada de lo que había experimentado — respondió el corpulento caballero —. De pronto he sentido como si tuviera veinticinco metros de altura y no hubiera nada en el mundo que no pudiera conseguir. Incluso me he sorprendido mirando alrededor en busca de algo en qué usarlo... Una montaña que despeñar, quizá.

— ¡Falquián! ¡Basta! — lo atajó con vehemencia Sephrenia —. El Bhelliom está entrometiéndose en vuestros pensamientos. Está tratando de induciros a utilizarlo. Cada vez que lo hacéis, se fortalece su influencia sobre vos. Pensad en otra cosa.

— ¿Como en Aphrael? — sugirió Kurik —. ¿O es también peligrosa?

— Oh, sí — repuso Sephrenia, sonriendo —, muy peligrosa. Capturará vuestra alma aún más deprisa que el Bhelliom.

— Vuestro aviso llega tarde, Sephrenia. Creo que ya lo ha hecho. La echo de menos.

— No tenéis por qué. Todavía está con nosotros.

— ¿Dónde? — inquirió tras mirar en torno a sí.

— En espíritu, Kurik.

— Eso no es precisamente lo mismo.

— Hagamos algo al respecto del Bhelliom ahora — propuso con aire pensativo la mujer —. Su influjo es incluso más poderoso de lo que había imaginado.

Se levantó y se dirigió a un pequeño paquete que contenía sus efectos personales y, tras rebuscar en él, cogió una bolsa de lona, una aguja gruesa y un ovillo de hilo rojo. Después tomó la bolsa y empezó a coser en ella un dibujo peculiarmente asimétrico, con expresión absorta bajo la rojiza luz y los labios en constante movimiento.

— No coincide, pequeña madre — señaló Falquián —. Este lado es diferente del otro.

— Así es como debe ser. Por favor, no me habléis ahora, Falquián. Estoy intentando concentrarme. — Continuó cosiendo un rato y luego se clavó la aguja en la manga y suspendió la bolsa sobre el fuego. Habló atentamente en estirio, y el fuego se elevó y cayó, danzando rítmicamente al compás de sus palabras. Después las llamas se alargaron de improviso, como si trataran de llenar la bolsa —. Veamos, Falquián — dijo, tendiéndosela —. Poned el Bhelliom aquí adentro. Sed inquebrantable porque probablemente volverá a ofrecer resistencia.

Aunque desconcertado, el caballero sacó la piedra preciosa de debajo de la túnica y trató de introducirla en la bolsa. Le pareció oír un chillido de protesta, y la joya realmente se calentó en su mano. Sintió como si intentara presionar con ella una roca maciza y su mente se arredró, gritándole que lo que pretendía hacer era imposible. Apretó las mandíbulas y empujó más fuerte y entonces, con un gemido casi audible, la rosa de zafiro se deslizó en el interior de la bolsa, y Sephrenia tiró con fuerza de la cuerda que la cerraba. Luego ató los cabos con un intrincado nudo, tomó la aguja y

entrelazó sobre él el hilo rojo.

— Ya está — dijo, cortando el hilo con los dientes —. En principio ayudará.

— ¿Qué habéis hecho? — preguntó Kurik.

— Es una clase de oración. Aphrael no puede hacer que disminuya el poder del Bhelliom, pero es capaz de confinarlo de manera que no pueda influir a los demás. Aunque no es perfecto, es lo mejor que podemos hacer por el momento. Más adelante le aplicaremos un sistema más definitivo. Guardadlo, Falquián. Tratad de interponer la cota de mallas entre la bolsa y vuestra piel. Creo que eso servirá de algo. Aphrael me dijo en una ocasión que el Bhelliom no soporta el contacto con el acero.

— ¿No os estáis excediendo en las precauciones, Sephrenia? — inquirió Falquián.

— No lo creo, Falquián. Nunca hasta ahora había tratado con algo parecido al Bhelliom y no puedo siquiera comenzar a imaginar los límites de su poder. No obstante, sé lo suficiente como para tener la certeza de que es capaz de corromper cualquier cosa..., incluso al dios elenio o a los dioses menores de Estiria.

— A todos salvo Aphrael — corrigió Kurik.

— Incluso Aphrael fue tentada por el Bhelliom cuando nos lo traía ascendiendo el abismo — reconoció la mujer, sacudiendo la cabeza.

— ¿Por qué no se quedó con él entonces?

— Por amor. Mi diosa nos ama a todos y nos cedió por propia voluntad el Bhelliom movida por ese afecto. El Bhelliom jamás comprendería el amor. En fin de cuentas, es posible que ésa sea nuestra única defensa contra él.

Falquián se revolvió inquietamente bajo las mantas esa noche, con el sueño turbado. Kurik estaba de guardia cerca del límite del círculo que trazaba la luz del fuego, de manera que Falquián hubo de bregar con sus pesadillas a solas. Veía la rosa de zafiro suspendida en el aire ante sus ojos, irradiando su seductor brillo azulado, y del centro de ese resplandor salió un sonido, una canción que atraía la totalidad de su ser. Acechando a su alrededor, tan cerca que casi le rozaban los hombros, había sombras; más de una, sin duda, pero menos de diez, o eso le parecía. Las sombras no eran seductoras, sino todo lo contrario. Parecían embargadas por un odio que tenía su origen en una desmedida frustración. Más allá del reluciente Bhelliom se erguía el grotesco y obscuro ídolo de barro de Azash, el mismo que había destruido en Ghasek, el ídolo que había reclamado el alma de Bellina. El rostro del busto se movía, componiendo horribles expresiones de las más elementales pasiones: lujuria, codicia, odio y un desmesurado desdén que parecía provenir de la certidumbre de su absoluto poder.

Falquián forcejeaba en sueños, arrastrándose hacia un lado y después a otro. El Bhelliom tiraba de él; y también lo reclamaban las repulsivas sombras. El poder de ambos era irresistible, y su mente y su cuerpo parecían casi despedazarse a causa de aquellas titánicas fuerzas encontradas.

Trató de gritar y entonces se despertó. Se incorporó y, advirtiendo que sudaba copiosamente, profirió una maldición. Estaba exhausto, pero un sueño plagado de pesadillas no iba a remediar aquella profunda fatiga. Porfiadamente, se acostó con la esperanza de sumirse en un vacío no perturbado por los sueños.

El ciclo se inició de nuevo, no obstante. Una vez más mantenía en sueños un pulso con el Bhelliom, con Azash y con las odiosas sombras que se cernían sobre él.

— Falquián — lo llamó al oído una voz conocida —, no os dejéis amedrentar por ellos. No pueden haceros daño. Solamente pueden intentar asustaros.

— ¿Por qué lo hacen?

— Porque os tienen miedo.

— Eso no tiene sentido, Aphrael. Yo sólo soy un hombre.

La risa de la diosa fue como el tañido de una campanilla de plata.

— ¡Sois tan inocente a veces, padre! Sois distinto de todos los hombres que han vivido. De una manera un tanto peculiar, sois más poderoso que los propios dioses. Dormid ahora. No permitiré

que os molesten.

Notó un suave beso en la mejilla y un par de pequeños brazos que parecieron abrazarlo con una extraña ternura maternal. Las terribles imágenes de pesadilla temblaron para acabar desvaneciéndose.

Debieron de haber transcurrido varias horas cuando Kurik entró en la tienda y lo zarandó para despertarlo.

— ¿Qué hora es? — preguntó Falquián a su escudero.

— Sobre la medianoche — repuso Kurik —. Llevaos la capa. Hace frío allá afuera.

Falquián se levantó y, después de vestirse con la cota de mallas y la túnica y ceñirse la espada al cinto, situó la bolsa bajo la sobreveste.

— Que duermas bien — deseó a su amigo, cogiendo su capa de viaje antes de salir de la tienda.

Las estrellas brillaban y la luna creciente acababa de asomarse por encima de la cresta de las montañas que se elevaban por el este. Falquián se alejó del rescoldo del fuego para adaptar la visión a la oscuridad y se detuvo más allá, con el aliento visible en el gélido aire de la montaña.

El sueño aún lo perturbaba, a pesar de que su recuerdo ya no era tan vivo y de que guardaba con toda claridad en la memoria la sensación del suave contacto de los labios de Aphrael en la mejilla. Cerró resueltamente la puerta de la cámara donde almacenaba sus pesadillas y centró la mente en otras cuestiones.

Sin la pequeña diosa y su capacidad de alterar el tiempo, probablemente tardarían una semana en llegar a la costa, donde tendrían que encontrar un barco que los llevara a la ribera deirana de los estrechos de Thalesia. A aquellas alturas el rey Wargun habría alertado sin lugar a dudas a todas las naciones de los reinos elenios de su huida.

Habrían de avanzar cautelosamente para evitar su captura, pero no tenían más remedio que ir a Emsat, por una parte porque habían de recoger a Talen allí y, por la otra, porque sería más fácil localizar un barco en la ciudad que en una playa desierta.

Falquián se arrebujó en la capa para protegerse del aire nocturno, frío incluso en verano en aquellas montañas norteñas. Tenía el ánimo sombrío e inquieto. Lo sucedido aquel día pertenecía a la clase de acontecimientos que propiciaban largas reflexiones. Las convicciones religiosas de Falquián no eran realmente profundas. Su compromiso había sido siempre para con la orden pandion más que con la fe elenia. Los caballeros de la Iglesia se empeñaban en lograr que el mundo fuera seguro para que otros elenios más apacibles pusieran en práctica aquellas ceremonias que el clero consideraba agradables a Dios.

Falquián raras veces se molestaba en pensar en Dios. Ese día, no obstante, había vivido sucesos de marcado carácter espiritual. Pesarosamente, reconoció para sí que un hombre de mente pragmática nunca está del todo preparado para experiencias religiosas de la clase que le había sido dado sentir aquella jornada. Entonces, casi como si actuara motu proprio, su mano se desvió hacia el cuello de su túnica. Falquián desenvainó decididamente la espada, clavó la punta en el suelo y rodeó firmemente la empuñadura con las manos, desechando del pensamiento cuanto tuviera que ver con religiones y fenómenos supranaturales.

Ahora todo estaba a punto de acabar. El tiempo que su reina permanecería por fuerza confinada en el cristal que le mantenía la vida podía contarse en días en lugar de en semanas o meses. Falquián y sus amigos habían recorrido todo el continente eosiano para descubrir la única cosa que podía curarla y ahora ese remedio se encontraba en la bolsa de lona que tapaba su túnica. Ahora que tenía el Bhelliom nada sería capaz de detenerlo. Podía destruir ejércitos enteros con la rosa de zafiro si ello fuera necesario. Ahuyentó con rigor tal noción del pensamiento.

Su rostro de rota nariz adoptó una expresión desapacible. En cuanto su reina se hallara a salvo, iba a infligir daños más o menos permanentes a Martel, al primado Annias y a cualquiera que los hubiera apoyado en ese acto de felonía. Comenzó a trazar mentalmente una lista de las personas que tenían cosas por las que responder. Eso lo ayudó a distraer las horas de la noche y mantener la mente ocupada, inasequible a las malas tentaciones.

Seis días más tarde coronaron al anoecer una colina y otearon las humeantes antorchas y ventanas iluminadas con velas de la capital de Thalesia.

— Será mejor que esperéis aquí — señaló Kurik a Falquián y Sephrenia —. Seguramente Wargun ha distribuido descripciones de vosotros por todas las ciudades de Eosia. Yo iré a la ciudad y localizaré a Talen. Veremos lo que podemos encontrar en lo que se refiere a embarcaciones.

— ¿No será peligroso? — preguntó Sephrenia —. Wargun también podría haber enviado una descripción vuestra.

— El rey Wargun es un noble — gruñó Kurik —, y los nobles prestan poca atención a los criados.

— Tú no eres un criado — objetó Falquián.

— Así es como me definen, Falquián, y de ese modo me vio Wargun... cuando estaba lo bastante sobrio como para percibir algo. Tenderé una celada a algún viajero y le robaré la ropa. Con su vestimenta entraré fácilmente en Emsat. Dadme algo de dinero por si acaso tuviera que sobornar a alguien.

— Elenios — suspiró Sephrenia mientras Falquián la conducía a un lugar distanciado del camino y Kurik partía con su caballo al trote en dirección a la ciudad—. ¿Cómo pude involucrarme con gente tan falta de escrúpulos?

El crepúsculo fue oscureciéndose y los altos y resinosos abetos que se elevaban en torno a ellos se convirtieron en erectas sombras. Falquián ató a Faran, el caballo de carga, y Ch'iel, el blanco palafrén de Sephrenia, y después tendió su capa en un musgoso terraplén para que ella se sentara.

— ¿Qué os preocupa, Falquián? — preguntó ella.

— Estoy cansado, supongo —respondió, tratando de simular indiferencia—. Y siempre se siente una especie de desilusión cuando se concluye algo.

— Hay algo más, sin embargo, ¿no es cierto?

El caballero asintió.

— No estaba verdaderamente preparado para lo que ha ocurrido en esa cueva. Todo parecía, empero, muy inmediato y personal.

— No es mi intención ofenderos, Falquián, pero la religión elenia se ha vuelto institucionalizada, y es muy difícil sentir amor por una institución. Los dioses de Estiria sostienen una relación mucho más personal con sus devotos.

— Creo que prefiero ser elenio. Es más sencillo. Las relaciones personales con los dioses producen desasosiego.

— ¿Pero no amáis a Aphrael... aunque sólo sea un poco?

— Desde luego que sí. Me sentía mucho más cómodo con ella cuando era simplemente Flauta, pero sigo queriéndola. — Esbozó una mueca —. Me estáis llevando por la senda de la herejía, pequeña madre — la acusó.

— De veras que no. Por el momento, Aphrael sólo quiere amor. No os ha pedido vuestra adoración... todavía.

— Es ese «todavía» lo que me preocupa. ¿No son éstos, sin embargo, momento y lugar un tanto inadecuados para discusiones teológicas?

En aquel preciso instante oyeron el sonido del tránsito de caballos en el camino antes de que los invisibles jinetes que los montaban los refrenaran a corta distancia de donde ellos se encontraban. Falquián se puso en pie con celeridad, dirigiendo la mano a la empuñadura de la espada.

— Tienen que estar por los alrededores — declaró una áspera voz —. Ese que acaba de entrar en la ciudad era su sirviente.

— No sé vosotros dos — dijo otra voz —, pero, lo que es yo, no estoy demasiado ansioso por encontrarlo.

— Somos tres — observó con belicosidad la primera voz.

— ¿Piensas que eso iba a representar alguna diferencia para él? Es un caballero de la Iglesia. Seguramente podría cortarnos en trozos a los tres sin siquiera ponerse a sudar. No vamos a poder

gastar el dinero si estamos muertos.

— En eso no anda errado — acordó una tercera voz —. Creo que lo mejor por ahora es localizarlo y, cuando sepamos dónde está y adonde se encamina, podremos tenderle una emboscada. Por más caballero de la Iglesia que sea, una flecha en la espalda debería apaciguarlo. Sigamos buscando. La mujer monta un caballo blanco. Será fácil divisarlos con ese color.

Los caballos, ocultos tras el ramaje, reemprendieron la marcha y Falquián deslizó la espada de nuevo en su funda.

— ¿Son hombres de Wargun? — susurró Sephrenia a Falquián.

— Yo diría que no — murmuró Falquián —. Wargun es algo voluble, pero no es el tipo de persona que envía asesinos a sueldo. Aunque quiera gritarme y tal vez encerrarme en una mazmorra durante un tiempo, no me parece que esté tan enfadado como para asesinarme... Al menos eso espero.

— ¿Otra persona, entonces?

— Es probable. — Falquián frunció el entrecejo —. No obstante, no recuerdo haber ofendido últimamente a nadie en Thalesia.

— Annias tiene un brazo largo, querido — le recordó la mujer.

— Seguramente es el suyo, pequeña madre. Peguémonos al suelo y mantengamos el oído aguzado hasta que vuelva Kurik.

Una hora más tarde oyeron el lento repicar de los cascos de otro caballo que se acercaba por el asurcado camino que venía de Emsat. El animal se detuvo en la cima de la colina.

— ¿Falquián? — La queda voz era vagamente familiar.

Falquián llevó prestamente la mano al puño de la espada e intercambió una breve mirada con Sephrenia.

— Sé que estáis ahí adentro, Falquián. Soy yo, Tel, de manera que no os excitéis. Vuestro criado ha dicho que queráis ir a Emsat. Stragen me envía para recogeros.

— Estamos aquí — respondió Falquián —. Esperad. Vamos a salir. — Él y Sephrenia condujeron los caballos al camino y se reunieron con el rubio bandido que los había escoltado hasta la ciudad de Heid en su viaje de ida a la cueva de Ghwerig —. ¿Podéis colarnos en la ciudad? — inquirió Falquián.

— Nada más fácil — repuso Tel con un encogimiento de hombros.

— ¿Cómo burlaremos a los guardias de la puerta?

— Cabalgaremos simplemente a través de ella. Los guardias trabajan para Stragen. Eso facilita muchísimo las cosas. ¿Vamos pues?

Emsat era una ciudad norteña cuyos inclinados tejados hablaban de las fuertes nevadas de invierno. Las calles eran estrechas y tortuosas y había poca gente transitándolas. Aun así, Falquián miraba cautelosamente en derredor, recordando los tres matones del camino.

— Habéis de ser un poco cuidadoso con Stragen, Falquián — lo previno Tel mientras cabalgaban por un sórdido barrio próximo al puerto —. Es el hijo bastardo de un conde y es un tanto susceptible en lo que concierne a sus orígenes. Le gusta que nos dirijamos a él con el título de «milord». Es una estupidez, pero, como es un buen jefe, le seguimos el juego. — Señaló en dirección a una calle llena de basura —. Iremos por aquí.

— ¿Cómo sigue Talen?

— Está más tranquilo ahora, pero estaba tremendamente enfadado cuando llegó aquí. Os dirigió insultos que ni siquiera yo conocía.

— Me lo imagino. — Falquián decidió confiar en el bandolero. Lo conocía y tenía la casi absoluta certeza de que podía hacerlo —. Unas personas pasaron a caballo cerca de donde nos ocultábamos — refirió —. Estaban buscándonos. ¿Eran hombres vuestros?

— No — respondió Tel —. Yo he venido solo.

— Eso era lo que me parecía. Esos tipos hablaban de llenarme el cuerpo de flechas. ¿Podría Stragen estar implicado de alguna manera en esa clase de asunto?

— De ningún modo, Falquián — aseguró Tel —. Vos y vuestros amigos gozáis del derecho de asilo de los ladrones, y Stragen jamás lo violaría. Le hablaré a Stragen de esto. Él se encargará de que esos arqueros itinerantes no os salgan más al paso. — Tel exhaló una escalofriante y queda carcajada —. Aunque es probable que le moleste más que se hayan puesto a trabajar por su cuenta que el que os hayan amenazado a vos. Nadie mata a alguien o roba un centavo en Emsat sin el permiso de Stragen. Es muy concienzudo a ese respecto.

El rubio salteador los condujo a un almacén vallado situado al final de la calle. Lo rodearon y, tras desmontar, fueron recibidos por un par de fornidos matones que montaban guardia en la puerta.

El interior del edificio, sólo ligeramente menos opulento que un palacio, contrastaba con el destartado exterior. Cortinajes carmesíes cubrían las tapadas ventanas, alfombras de intenso azul disimulaban las resquebrajaduras del suelo y espléndidos tapices ocultaban las toscas planchas de las paredes. Una escalera de caracol de madera pulida daba acceso a un segundo piso y un candelabro de cristal proyectaba una suave y brillante luz sobre la entrada.

— Disculpadme un minuto — se excusó Tel.

Éste entró en una habitación de al lado, de donde volvió a salir un poco después vestido con un jubón de color crema y calzas azules. Llevaba, asimismo, un alargado espadín al costado.

— Elegante — observó Falquián.

— Otra de las alocadas ocurrencias de Stragen — bufó Tel —, Yo soy un trabajador, no un percherero. Subamos y os presentaré a milord.

El piso de arriba estaba, si cabía, amueblado aún de forma más extravagante que el de abajo. El suelo estaba revestido con caro e intrincado parquet y las paredes recubiertas de paneles de madera finamente pulimentada. Unos amplios corredores que partían de un espacioso salón bañado de dorada luz conectaban con la parte posterior de la casa. Daba la impresión de que estaban celebrando una especie de baile. Un cuarteto de músicos de mediano talento tañía sus instrumentos en un rincón, y en el centro de la sala se desplazaban en círculo ladrones y prostitutas marcando el paso melindroso de la danza de moda. A pesar de la elegancia de su vestimenta, los hombres iban sin afeitar y las mujeres tenían el pelo en desorden y la cara sucia. El contraste confería a la escena un carácter casi de pesadilla, el cual realizaban voces y carcajadas roncadas y ásperas.

El punto donde se centraba la atención de todos los presentes lo ocupaba un delgado sujeto con elaborados rizos que le caían en cascada sobre el cuello fruncido de su camisa. Vestía satén blanco y la silla en la que estaba sentado cerca del extremo de la estancia no era un trono, pero poco distaba de serlo. Tenía una expresión sarcástica y sus ojos hundidos traslucían un recóndito dolor.

Tel se detuvo al final de la escalera y habló un momento con un viejo ratero que asía una larga vara y lucía una lujosa librea de color escarlata. El granuja de pelo blanco se volvió, rascó con la punta de su bastón el suelo y habló con estruendosa voz.

— Milord — declamó —, el marqués Tel ruega vuestra venia para presentar a sir Falquián, el pandion. Sir Falquián, milord Stragen.

— El ladrón — agregó irónicamente Stragen. Después realizó una elegante reverencia —. Honráis mi poco adecuada morada, caballero —dijo.

Falquián se inclinó a su vez.

— Soy yo quien se siente honrado, milord. — Aplicó todo su aplomo en reprimir la sonrisa que le inspiraban los aires y el bombo que parecía darse aquel petimetre.

— Así que por fin nos conocemos, caballero — prosiguió Stragen —. Vuestro joven amigo Talen nos ha trazado un brillante relato de vuestras hazañas.

— Talen tiende a veces a exagerar las cosas, milord.

— ¿Y la dama es...?

— Sephrenia, mi tutora en los secretos arcanos.

— Querida hermana — se dirigió a ella Stragen en perfecto estirio —, ¿me permitiréis saludaros?

Si a Sephrenia la asombró el conocimiento de su lengua por parte de ese extraño personaje, no

dio la más leve muestra de ello. Tendió con naturalidad las manos a Stragen, el cual las besó.

— Es sorprendente, milord, encontrar a un hombre civilizado en medio de un mundo lleno de todos estos salvajes elenios — apreció.

— ¿No es gracioso, Falquián — bromeó Stragen, riendo —, descubrir que incluso nuestros intachables estirios tienen sus pequeños prejuicios? — El seudo aristócrata rubio paseó la mirada por el salón —. Pero estamos interrumpiendo el gran baile. Mis socios se divierten tanto con estas frivolidades... Retirémonos para que puedan disfrutar de ellas sin ser molestados. — Elevó ligeramente su sonora voz para hablar a la multitud de airosos delincuentes —. Queridos amigos — les dijo —, tened a bien excusarnos. Mantendremos nuestra conversación en privado. Por nada del mundo querríamos estorbar vuestra agradable velada. — Hizo una pausa y posó intencionadamente la mirada en una encantadora muchacha de pelo negro —. Confío en que recordéis la discusión que sostuvimos después del último baile, condesa — señaló con firmeza —. Aun cuando me admiren vuestros feroces instintos profesionales, la culminación de ciertas transacciones debe llevarse a cabo en la intimidad y no en el centro de una pista de baile. Ha sido entretenido, incluso educativo, pero ha alterado un tanto la danza.

— Es simplemente una manera distinta de bailar, Stragen — replicó la chica con voz áspera y nasal que recordaba el chillido de un cerdo.

— Ah, sí, condesa, pero lo que está en boga actualmente es la danza vertical. La forma horizontal no ha arraigado todavía en los círculos que dictan la moda y nosotros queremos estar al día, ¿no es cierto? — Se volvió hacia Tel —. Vuestros servicios han sido estupendos esta noche, mi querido marqués — dijo al rubio rufián —. Dudo que pueda pagároslos algún día. — Se acercó lánguidamente un pañuelo perfumado a la nariz.

— El hecho de haber podido servirlos me basta en pago — repuso Tel con una profunda reverencia.

— Muy bien, Tel — aprobó Stragen —. Tal vez os conceda un condado. — Se giró y condujo a Falquián y Sephrenia fuera del salón de baile y, una vez en el corredor, cambió súbitamente de modales. Se desprendió, como si de una máscara se tratara, de la indolente gentileza de que había hecho gala y sus ojos se tornaron duros y escudriñadores. Ahora eran los ojos de un hombre indiscutiblemente peligroso —. ¿Os desconcierta nuestra pequeña charada, Falquián? — preguntó —. ¿Quizá pensáis que los que tenemos esta profesión deberíamos alojarnos en sitios como el sótano de Platimo en Cimmura o la buhardilla de Meland en Acie?

— Son lugares más vulgares, milord — contestó prudentemente Falquián.

— Podemos dejar a un lado los «milord», Falquián. Es una afectación..., al menos en parte. Todo esto tiene, sin embargo, un objetivo más serio que la satisfacción de alguna extraña rareza personal mía. La nobleza tiene acceso a riquezas muy superiores a las que puede obtener la plebe, de manera que yo entreno a mis asociados para que alternen con los ricos y los ociosos en vez de con los pobres y los laboriosos. A ese grupo de ahí le queda, no obstante, un largo camino por recorrer, me temo. Tel se desenvuelve bastante bien, pero he perdido las esperanzas de convertir a la condesa en una dama. Tiene el alma de una prostituta y la voz... — Se estremeció —. Sea como fuere, educo a mi gente para que asuman falsos títulos y se dirijan pequeñas frases de cortesía entre sí en vistas a negocios de más envergadura. Seguimos siendo ladrones, prostitutas y matones, desde luego, pero tratamos con una clase más distinguida de clientes.

Entraron en una gran habitación profusamente iluminada en la que encontraron a Kurik y Talen sentados en un amplio diván.

— ¿Habéis tenido un agradable viaje, mi señor? — preguntó Talen a Falquián, dejando apenas entrever un rastro de resentimiento. El muchacho iba vestido con un ceremonioso jubón y calzas, y, por primera vez desde que Falquián lo conocía, llevaba el pelo peinado. Se levantó y dedicó una airosa reverencia a Sephrenia —. Pequeña madre — la saludó.

— Veo que habéis estado dando clases a nuestro díscolo muchacho — observó la mujer.

— Su Excelencia tenía cierta rudeza de modales cuando vino con nosotros, querida dama — le

explicó el elegante rufián —. Me he tomado la libertad de pulirlos un poco.

— ¿Su Excelencia? — inquirió Falquián con curiosidad.

— Yo gozo de ciertas ventajas, Falquián. — Stragen emitió una carcajada —. Cuando la naturaleza, o el mero azar, otorgan un título, no tienen la oportunidad de tomar en cuenta el carácter del receptor y hacer que el hombre y la eminencia vayan a la par. Yo, por mi parte, puedo observar la verdadera naturaleza de la persona interesada y seleccionar el adorno de rango adecuado. Desde el primer momento vi que Talen es un joven extraordinario, de modo que le concedí un ducado. Dadme tres meses, y podría presentarlo en la corte. — Tomó asiento en un amplio y cómodo sillón —. Por favor, amigos, acomodaos, y después me diréis en qué puedo seros útil.

Falquián acercó una silla a Sephrenia y luego se sentó a corta distancia de su anfitrión.

— Lo que en verdad necesitamos actualmente, compadre, es un barco que nos lleve a la costa norte de Deira.

— De eso quería discutir con vos, Falquián. Nuestro excelente y joven ladrón aquí presente me ha dicho que vuestra meta final es Cimmura, y también me ha hecho saber que tal vez os aguarden ciertos inconvenientes en los reinos norteños. Nuestro borracho monarca es un hombre muy necesitado de amigos y le sientan muy mal las deserciones. Según tengo entendido, en estos momentos está molesto con vos. Por toda Eosia Occidental circulan toda suerte de poco halagadoras descripciones de vos. ¿No sería más rápido, y más seguro, navegar directamente hasta Cardos y cabalgar hacia Cimmura desde allí?

— Mi idea — indicó Falquián después de reflexionar — era desembarcar en alguna playa desierta de Deira y dirigirme hacia el sur por las montañas.

— Es ésa una tediosa manera de viajar, Falquián, y muy peligrosa para un hombre fugitivo. Existen playas desiertas en todas las costas, y estoy convencido de que podemos encontrar una apropiada en las proximidades de Cardos.

— ¿Podemos?

— Creo que os acompañaré. Me gustáis, Falquián, aun cuando acabemos de conocernos.

Además, necesito hablar de negocios con Platimo de todas formas. — Se puso en pie —. Tendré un barco esperando en el puerto al amanecer. Ahora os dejaré. Estoy seguro de que estáis cansados y hambrientos después de vuestro viaje, y yo haré mejor regresando al baile antes de que nuestra excesivamente entusiasta condesa vuelva a ponerse a trabajar en medio de la pista. — Dedicó una reverencia a Sephrenia —. Que tengáis buenas noches — le deseó en estirio —. Dormid bien. — Dirigió un gesto con la cabeza a Falquián y salió de la habitación.

Kurik se levantó, se encaminó a la puerta y escuchó.

— Tiene algunas ideas estrafalarias, pero es posible que algunas surtan resultado.

— Vamos — dijo el chiquillo, acercándose a Falquián —. Dejádmelo ver.

— ¿Ver el qué?

— El Bhelliom. Arriesgué mi vida más de una vez para ayudar a robarlo y luego, en el último minuto, me retirasteis la invitación para seguir. Creo que como mínimo tengo derecho a echarle una ojeada.

— ¿Es seguro? — preguntó Falquián a Sephrenia.

— No lo sé a ciencia cierta, Falquián. Los anillos lo controlarán..., al menos en parte. Sólo una breve mirada, Talen. Es muy peligroso.

— Una joya es una joya. — Talen se encogió de hombros —. Todas son peligrosas. Todo lo que quiere un hombre atrae a otro que tal vez lo robe y ésa es la cadena que lleva al asesinato. Yo me quedo siempre con el oro. Siempre tiene el mismo aspecto y uno puede venderlo donde le plazca. Es más costoso convertir las piedras preciosas en dinero, y la gente suele pasarse todo el tiempo intentando protegerlas... y eso es realmente un inconveniente. Veámosla, Falquián.

Falquián sacó la bolsa y deshizo el nudo. Después se puso la reluciente rosa azul en la palma de la mano. De nuevo, un breve parpadeo oscureció los límites de su visión y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Por algún motivo, la vislumbre de la sombra le trajo con toda viveza a la memoria la

pesadilla, y casi llegó a sentir la acechante presencia de todas aquellas formas vagamente amenazadoras que le habían turbado el sueño hacía una semana.

— ¡Dios bendito! — exclamó Talen —. Es increíble. — Miró fijamente la gema durante un momento y luego se estremeció —. Guardadla, Falquián. No quiero mirarla más.

Falquián deslizó el Bhelliom en la bolsa.

— Debería tener el color rojo de la sangre — opinó Talen, malhumorado —. Pensad en toda la gente que ha muerto por ella. — Miró a Sephrenia —. ¿De veras era Flauta una diosa?

— Veo que Kurik te lo ha contado. Sí, era... y es... una de las diosas menores de Estiria.

— Me gusta — reconoció el chico —. Cuando no estaba tomándome el pelo. Pero si es un dios... o una diosa... podría tener la edad que quisiera, ¿verdad?

— Por supuesto.

— ¿Por qué se presentaba como una niña entonces?

— Las personas se muestran más sinceras con los niños.

— Yo nunca lo había notado.

— Aphrael atrae más el amor que tú, Talen. — Sonrió —. Y ésa podría ser la verdadera razón por la que eligió esa apariencia. Ella necesita amor. Todos los dioses lo necesitan, incluso Azash. La gente tiene la tendencia a tomar a las niñitas en brazos y a besarlas. A Aphrael le encanta que la besen.

— Nadie me ha besado nunca tanto a mí.

— Todo llegará con el tiempo, Talen..., si te portas bien.

Capítulo dos

Al igual que en los restantes reinos norteños, el clima de Thalesia era muy lluvioso, y a la mañana siguiente caía una fina llovizna de un cielo dominado por negros nubarrones que se desplazaban hacia el estrecho de Thalesia sobre el mar de Deira.

— Un espléndido día para viajar — observó secamente Stragen mientras él y Falquián se asomaban a una ventana parcialmente cegada para ver la mojada calle de abajo —. Detesto la lluvia. Me pregunto si podría encontrar alguna oportunidad de hacer carrera en Rendor.

— No os lo recomiendo — lo disuadió Falquián, recordando una calle abrasada por el sol de Jiroch.

— Nuestros caballos ya están embarcados — informó Stragen —. Podemos partir en cuanto Sephrenia y los demás estén listos. — Calló un momento —. ¿Está siempre tan inquieto por la mañana ese caballo ruano vuestro? — preguntó con curiosidad —. Mis hombres me han contado que ha mordido a tres de ellos de camino a los muelles.

— Debería haberlos prevenido. *Faran* no es el caballo más dócil del mundo.

— ¿Por qué no lo cambiáis?

— Porque, de todos lo que he tenido, es el caballo en el que más he confiado. Estoy dispuesto a soportar algunos de sus caprichos a cambio de eso. Además, me gusta.

Stragen miró la cota de mallas de Falquián.

— No tenéis por qué llevarla, ¿sabéis?

— Es la costumbre. — Falquián se encogió de hombros —. Y hay un buen número de personas hostiles buscándome en estos momentos.

— Huele fatal.

— Uno se habitúa a ello.

— Parecéis taciturno esta mañana, Falquián. ¿Algo no va bien?

— Llevo mucho tiempo en los caminos y, además, he presenciado algunas cosas que no estaba preparado para aceptar. Estoy intentando acomodarlas en mi mente.

— Tal vez algún día, cuando nos conozcamos mejor, podréis hablar — me de ellas. — Stragen pareció recordar algo —. Oh, por cierto, Tel me mencionó lo de esos tres rufianes que estaban buscándoos anoche. Ya no os buscan.

— Gracias.

— En realidad era una especie de cuestión de orden interno. Violaron una de las normas básicas al no consultarme antes de salir en pos de vos. No puedo permitirme que se sienten este tipo de precedentes. No pudimos sonsacarles gran cosa, me temo. Cumplían órdenes de alguien que no es thalesiano, eso es lo único que pudimos averiguar de uno que todavía respiraba. ¿Por qué no vamos a ver si Sephrenia está lista?

Unos quince minutos más tarde, había un elegante carruaje esperándolos en la puerta trasera del almacén. Subieron a él, y el conductor maniobró diestramente el tiro para rodear la estrecha calleja y salir a la calle principal.

Al llegar al puerto, el vehículo se dirigió a un muelle y se paró junto a un barco que tenía aspecto de pertenecer al tipo de los que se solían utilizar para el comercio costero. Las velas, a medio arriar, estaban remendadas, y en sus recias barandillas se apreciaban las múltiples roturas y reparaciones de que habían sido objeto. Tenía el casco embreado y no llevaba ningún nombre en la proa.

— Es un navío pirata, ¿verdad? — preguntó Kurik cuando bajaban del carruaje.

— Sí, de hecho lo es — respondió Stragen —. Poseo un buen número de embarcaciones dedicadas a este negocio, pero ¿cómo lo habéis notado?

— Está construido para alcanzar considerable velocidad — explicó Kurik —. Tiene el bao demasiado corto para albergar un buen cargamento y los refuerzos del mástil demuestran que se hizo con la finalidad de que llevara muchas velas. Fue ideado para hundir a otros barcos.

— O para huir de ellos, Kurik. Los piratas viven vidas agitadas. Existe toda clase de gente en el mundo que ansia ahorcar a los piratas por sistema. — Stragen miró en torno a sí el brumoso puerto —. Subamos a bordo — sugirió —. No tiene gran sentido quedarnos plantados bajo la lluvia charlando de las sutilezas de la vida en el mar.

Ascendieron por la pasarela y Stragen los condujo a los camarotes de debajo de la cubierta. Los marineros soltaron las guindalezas, y el navío fue alejándose del lluvioso puerto con majestuoso paso. Una vez que se hallaron lejos de la costa y en aguas profundas, no obstante, la tripulación izó el velamen al completo y la sospechosa embarcación incrementó la velocidad y comenzó a recorrer prestamente los estrechos de Thalesia en dirección a la costa deirana.

Falquián subió a la cubierta hacia mediodía y encontró a Stragen acodado en la barandilla cerca de la proa, contemplando con aire taciturno el plomizo mar salpicado por la lluvia. Llevaba una pesada capa marrón y por el ala de su sombrero le chorreaba el agua hasta la espalda.

— Creía que no os gustaba la lluvia — comentó Falquián.

— Hay humedad abajo en el camarote — contestó el rufián —. Necesitaba un poco de aire. Me alegra que hayáis venido, Falquián. Los piratas no son muy buenos conversadores.

Permanecieron un rato escuchando el crujido de los aparejos y las vigas del barco y el melancólico goteo de la lluvia penetrando en el mar.

— ¿Cómo es que Kurik sabe tanto de barcos? — preguntó al cabo Stragen.

— Trabajó de marino un tiempo cuando era joven.

— Así se entiende. Supongo que no querréis hablar de lo que estuvisteis haciendo en Thalesia.

— Verdaderamente no. Asuntos eclesiásticos, ¿comprendéis?

— Ah, sí — respondió Stragen —. Nuestra lacónica Santa Madre Iglesia — dijo —. A veces pienso que se guarda los secretos simplemente por pura diversión.

— Debemos apelar más o menos a la fe y creer que sabe lo que se hace.

— Vos debéis hacerlo, Falquián, porque sois un caballero eclesiástico. Por mi parte, no he prestado tales juramentos, de manera que dispongo de entera libertad para juzgarla con cierto escepticismo. Y, sin embargo, cuando era joven me planteé la posibilidad de entrar en el sacerdocio.

— Sin duda os habría ido bien. Los sacerdotes y el ejército siempre están interesados en los dotados hijos menores de la nobleza. Me gusta bastante eso. — Stragen sonrió —. «Hijo menor» suena mucho mejor que «bastardo». Pero eso no me importa realmente. No preciso rango ni legitimidad para abrirme camino en la vida. Me temo que la Iglesia y yo habríamos acabado manteniendo relaciones no excesivamente cordiales. Carezco de la humildad que parece exigir, y una congregación de apestosos fieles me habría llevado a renunciar a mis votos bastante tempranamente. — Volvió a posar la mirada en el grisáceo mar —. Cuando uno se pone a pensarlo, la vida no me dejó muchas opciones. No soy suficientemente humilde para la Iglesia, no soy bastante obediente para incorporarme al ejército y no dispongo del temperamento burgués necesario para el comercio. Aun así, estuve metido un tiempo en la corte, dado que el gobierno siempre necesita buenos administradores, sean legítimos o no, pero, después de haber dejado atrás al idiota hijo de un duque en la consecución de un puesto al que ambos aspirábamos, éste se volvió abusivo. Yo lo reté a duelo, por supuesto, y él fue tan insensato que se presentó a la cita llevando cota de mallas y esgrimiendo una espada de hoja ancha. No es con intención de ofensa, Falquián, pero la cota de mallas tiene excesivos agujeros para constituir una buena defensa para un afilado espadín. Mi oponente lo descubrió bien pronto en nuestro enfrentamiento. Después de que le asestara unos cuantos estoques, pareció perder interés en el asunto. Lo di por muerto..., diagnóstico que comprobé más tarde como acertado, y me retiré sin aspavientos del servicio al gobierno. Resultó que el burro al que acababa de ensartar era pariente lejano del rey Wargun, y nuestro alcohólico monarca no tiene precisamente un gran sentido del humor.

— Ya lo había advertido.

— ¿Cómo despertasteis sus iras?

— Quería que participara en esa guerra que se libra en Arcium — explicó, encogiéndose de

hombros, Falquián —, pero yo tenía algo urgente que hacer en Thalesia. Por cierto, ¿cómo sigue esa guerra? He estado bastante al margen de los acontecimientos.

— Casi toda la información que nos ha llegado se reduce a rumores. Algunos aseguran que los rendoreños han sido exterminados; otros, que Wargun ha sido vencido y que los rendoreños avanzan hacia el norte quemando todo lo que sea medianamente inflamable. Supongo que la habladuría a que uno dé crédito responde a la propia visión del mundo. — Stragen miró vivamente hacia popa.

— ¿Algo va mal? — inquirió Falquián.

— Es ese barco de ahí atrás — señaló Stragen —. Tiene el *aspecto* de un barco mercante, pero se mueve demasiado deprisa.

— ¿Otro pirata?

— No lo reconozco... y creedme que lo identificaría si se dedicara a la misma clase de negocio que yo practico. — Miró hacia popa con semblante tenso y luego relajó la expresión —. Está virando el rumbo. — Rió un instante —. Disculpad si doy muestras de excesiva suspicacia, Falquián, pero los piratas incautos suelen acabar decorando el cadalso de algún muelle. ¿Dónde estábamos?

Stragen estaba haciendo demasiadas preguntas. Probablemente ése era un buen momento para distraer su atención.

— Estabais a punto de contarme cómo abandonasteis la corte de Wargun e instalasteis negocio propio — apuntó Falquián.

— Me costó un poco — reconoció Stragen —, pero reúno de forma rara los requisitos para llevar una vida delictiva. En ninguna ocasión he sucumbido a los escrúpulos desde que maté a mi padre y a mis dos hermanastros.

Falquián se sorprendió un tanto al escuchar aquello.

— Es posible que fuera una equivocación matar a mi padre — admitió Stragen —. No era una mala persona, y pagó los gastos de mi educación, pero me ofendió el trato que daba a mi madre. Ella era una amable joven de buena familia que habían instalado en la casa de mi padre como dama de compañía de su esposa enferma. Ocurrió lo que suele ocurrir, y yo fui la consecuencia de ello. Después de mi caída en desgracia en la corte, mi padre decidió distanciarse de mí y envió a mi madre de vuelta con su familia. La pobre murió poco tiempo después. Supongo que podría justificar mi parricidio pretendiendo que murió de pena, pero, de hecho, murió atragantada por una espina de pescado. Sea como fuere, yo hice una corta visita a la casa de mi padre, y ahora su título está vacante. Mis dos hermanastros fueron lo bastante estúpidos como para interponerse y en estos momentos los tres comparten la misma tumba. Me imagino que mi padre se arrepintió de todo el dinero que había invertido en mis clases de esgrima. La expresión de su cara mientras agonizaba parecía indicar que estaba lamentando *algo*. — El rubio personaje se encogió de hombros —. Entonces era más joven y seguramente ahora actuaría de forma distinta. No se sacan grandes beneficios acabando a diestro y siniestro con la vida de los familiares, ¿no creéis?

— Eso depende de cómo uno defina el beneficio.

Stragen esbozó una breve mueca.

— De cualquier forma, casi tan pronto como me entregué a la vida de la calle me di cuenta de que apenas existe diferencia entre un barón y un ratero o entre una duquesa y una prostituta. Intenté explicárselo a mi predecesor, pero el mentecato no quiso escucharme. Desenvainó la espada contra mí y yo lo saqué del oficio. Después comencé a instruir a los ladrones y prostitutas de Emsat. Los adorné con títulos imaginarios, delicadas ropas robadas y una gruesa capa de buenos modales para darles una apariencia de nobleza y luego los solté para que trabajaran teniendo por clientes a los aristócratas. El negocio funciona a pedir de boca, y ahora me permito pagar a mis antiguos compañeros de clase social los miles de desprecios e insultos recibidos. — Hizo una pausa —. ¿Aún no os habéis cansado de mi resentida diatriba, Falquián? Debo deciros que vuestra cortesía e indulgencia son casi titánicas. De todas formas ya estoy harto de estar bajo la lluvia. ¿Por qué no

vamos abajo? Tengo una docena de botellas de tinto arciano en mi camarote. Podemos ponernos un poco alegres los dos y enfrascarnos en civilizada conversación.

Falquián calibró la compleja naturaleza del hombre mientras lo seguía hasta los camarotes. Los motivos que lo movían a comportarse de ese modo estaban claros, de eso no había duda. Su rencor y aquella desmedida sed de venganza eran perfectamente comprensibles. Lo que era insólito era su completa falta de autocompasión. Falquián llegó a la conclusión de que le caía simpático ese hombre. No se fiaba de él, desde luego, pues ello habría sido una imprudencia, pero, aun así, le gustaba.

— A mí también — convino Talen esa noche en su camarote cuando Falquián le refirió concisamente la historia de Stragen y confesó la simpatía que le inspiraba el jefe de los bandidos —. Aunque seguramente es natural, ya que Stragen y yo tenemos mucho en común.

— ¿Vas a volver a echarme eso en cara? — preguntó Kurik.

— No os estoy arrojando piedras, padre — contestó Talen —. Las cosas como ésta se dan, y yo no soy menos sensible que Stragen al respecto. — Sonrió —. Aproveché nuestra similitud de orígenes mientras estaba en Emsat. Creo que yo también le caigo bien a él porque me hizo algunas ofertas realmente interesantes. Quiere que vaya a trabajar con él.

— Tienes un futuro prometedor por delante, Talen — señaló Kurik con acritud —. Podrías heredar el puesto de Platimo o el de Stragen... suponiendo que no te atrapen y te cuelguen antes.

— Estoy comenzando a plantearme algo a gran escala — declaró con empaque Talen —. Stragen y yo dedicamos cierto tiempo a conjeturar sobre ello en Emsat. El consejo de los ladrones dista poco de ser un gobierno en estos momentos. Lo que le falta para recibir el calificativo de tal es un dirigente único; un rey, tal vez, o incluso un emperador. ¿No os enorgullecería ser el padre del emperador de los ladrones, Kurik? •

— No especialmente.

— ¿Qué os parece, Falquián? — inquirió el chico, con un brillo malicioso en los ojos —. ¿Debería meterme en política?

— Creo que podemos encontrar una ocupación más apropiada para ti, Talen.

— Quizá, ¿pero sería tan rentable... o tan divertida?

Llegaron a la costa de Elenia a aproximadamente una legua al norte de Cardos una semana después y desembarcaron hacia mediodía en una playa solitaria bordeada de oscuros abetos.

— ¿El camino de Cardos? — preguntó Kurik a Falquián mientras ensillaban a Faran y al caballo castrado del escudero.

— ¿Puedo expresar una sugerencia? — se ofreció Stragen.

— Ciertamente.

— El rey Wargun es un hombre sensiblero cuando está borracho, lo cual sucede la mayor parte del tiempo. Vuestra huida debe de tenerlo gimoteando cada noche encima de su cerveza. Ofreció una considerable recompensa por vuestra captura en Thalesia y seguramente ha hecho circular la oferta de dicha suma aquí. Vuestra cara es bien conocida en Elenia, y nos encontramos a unas setenta leguas de Cimmura, lo cual representa como mínimo una semana de fatigosa cabalgada. ¿De veras queréis pasar tanto tiempo en un camino frecuentado en estas circunstancias? En especial a la vista del hecho de que alguien quiere cargaros el cuerpo de flechas en lugar de limitarse a entregaros a Wargun.

— Tal vez no. ¿Tenéis alguna alternativa que proponer?

— Sí, en efecto. Puede que tardemos un día más, pero Platimo me enseñó en una ocasión una ruta distinta, que, aunque es algo escarpada, poca gente conoce.

Falquián observó con cierta suspicacia al delgado y rubio rufián.

— ¿Puedo confiar en vos, Stragen? — preguntó sin ambages.

Stragen sacudió la cabeza con aire resignado.

— Talen — dijo —, ¿nunca le has explicado lo que es el derecho de asilo de los ladrones?

— Lo he intentado, pero Falquián es a veces duro de mollera con los conceptos morales. La cosa

es así, Falquián. Si Stragen permite que algo os ocurra mientras estáis bajo su protección, tendrá que responder de ello ante Platimo.

— Ese es aproximadamente el motivo por el que os he acompañado — reconoció Stragen —. Mientras esté con vos, os halláis todavía bajo mi protección. Me gustáis, Falquián, y el hecho de disponer de un caballero de la Iglesia que interceda por mí si por un azar acabara en la horca no está de más. — Su sarcástica expresión se asentó de nuevo en su rostro —. Y no sólo eso, sino que vigilando que nada os ocurra podría servirme para expiar algunos de mis más graves pecados.

— ¿De veras habéis cometido tantos pecados, Stragen? — inquirió gentilmente Sephrenia.

— Más de los que puedo recordar, querida hermana — respondió el hombre en estirio —, y muchos de ellos son demasiado horribles para ser descritos en vuestra presencia.

Falquián dirigió una rápida mirada a Talen y éste asintió mudamente.

— Perdonad, Stragen — se disculpó el caballero —. Os he juzgado mal.

— Todo en orden, viejo amigo — le restó importancia Stragen —. Y es perfectamente comprensible. Hay días en que ni yo me fío de mí mismo.

— ¿Dónde está ese otro camino que lleva a Cimmura?

Stragen miró en derredor.

— ¡Vaya! ¿Sabéis?, lo cierto es que creo que empieza justo allá arriba, donde acaba la playa. ¿No es una asombrosa coincidencia?

— ¿Es vuestro el barco en el que hemos navegado?

— Soy uno de sus propietarios, sí.

— ¿Y habéis sugerido al capitán que esta playa podría ser un buen sitio para desembarcar?

— Me parece que recuerdo haber sostenido una conversación al respecto, sí.

— Una asombrosa coincidencia, en efecto — comentó secamente Falquián.

Stragen calló, centrando la mirada en el mar.

— Curioso — dijo, señalando a un barco que pasaba —. Allí está el mismo barco mercante que vimos en el estrecho. Navega con poca carga o de lo contrario no habría ido tan aprisa. — Se encogió de hombros —. Oh, bueno. Vayamos a Cimmura.

La «ruta alternativa» que siguieron apenas era más que un sendero forestal que serpenteaba entre la cadena de montañas que se alzaba entre la costa y las regiones de cultivo que regaba el río Cimmura.

Una vez desembocada en terreno más llano, la senda se confundía imperceptiblemente con una serie de hundidos caminos rurales que discurrían entre los campos.

Un día, cuando a hora temprana se hallaban en medio de aquella zona salpicada de granjas, un desastrado individuo se acercó con cautela a su campamento a lomos de una muía afectada de cojera.

— Necesito hablar con un hombre llamado Stragen — solicitó a gritos a una distancia de tiro de arco.

— Acercaos — le contestó Stragen.

— Me envía Platimo — informó al thalesiano sin tomarse la molestia de desmontar —. Me encargó que os pusiera sobre aviso. Había algunos tipos buscándoos en el camino de Cardos a Cimmura.

— ¿Había?

— No pudieron identificarse después de que los encontráramos, y ya no están buscando nada en estos momentos.

— Ah.

— Sin embargo, estaban haciendo preguntas antes de que los interceptáramos. Os describieron a vos y a vuestros compañeros a un buen número de campesinos y no creo que quisieran alcanzaros sólo con la intención de hablar del tiempo, milord.

— ¿Eran elenios? — preguntó Stragen.

— Algunos lo eran. Los demás parecían marineros thalesianos. Alguien va detrás de vos y de

vuestros amigos y me parece que con una clara intención de mataros. Si estuviera en vuestro caso, me iría a Cimmura y me metería en el sótano de Platimo lo más pronto posible.

— Muchas gracias, amigo — dijo Stragen.

— Me pagan por hacer esto — explicó, con un encogimiento de hombros, el hombre —. Las gracias no aumentan el peso de mi bolsa. — Hizo girar la muía y se alejó.

— Sabía que debería haber vuelto y hundido ese barco — señaló Stragen —. Debo de estar perdiendo facultades. Será mejor que nos pongamos en marcha, Falquián. Corremos un gran riesgo aquí en descampado.

Tres días después, llegaron a Cimmura y se detuvieron en el borde norte del valle para observar la ciudad que se extendía abajo, humeante y plagada de niebla.

— Un lugar claramente carente de atractivo, Falquián — observó con ánimo crítico Stragen.

— No es muy bello — concedió Falquián —, pero nos gusta considerarlo nuestro hogar.

— Me separaré de vosotros aquí — anunció Stragen —. Vos tenéis asuntos que atender y yo también. ¿Puedo sugeriros que olvidemos que nos hemos conocido? Vos estáis implicado en política y yo en robos. Dejaré que sea Dios quien decida cuál de las dos ocupaciones es menos honrada. Buena suerte, Falquián, y mantened los ojos bien abiertos. — Dedicó una somera reverencia a Sephrenia desde la silla, volvió el caballo y se fue cabalgando hacia la desagradable población.

— Casi podría llegar a sentir simpatía por ese hombre — manifestó Sephrenia —. ¿Adonde vamos, Falquián?

— Al castillo de los pandion — decidió el caballero —. Hemos estado ausentes una buena temporada y querría ponerme al corriente de la situación antes de dirigirme a palacio. — Miró con ojos entornados el sol de mediodía, débil y apagado sobre la persistente neblina que flotaba sobre Cimmura —. Guardémonos de ser vistos hasta no haber averiguado quién controla la ciudad.

Se mantuvieron al abrigo de los árboles y rodearon Cimmura por el lado norte. Kurik bajó en cierto momento del caballo y se arrastró hasta una hilera de arbustos para echar una ojeada. Tenía la expresión grave cuando regresó.

— Hay soldados eclesiásticos guarneciendo las almenas — informó.

— ¿Estás seguro? — inquirió Falquián tras proferir un juramento.

— Los hombres que hay allá arriba visten de rojo.

— Prosigamos de todas formas. Tenemos que entrar en el castillo pandion.

La docena aproximada de hombres que reformaban ostensiblemente el pavimento seguían colocando adoquines frente a la fortaleza de los caballeros pandion.

— Llevan un año trabajando en eso — murmuró Kurik — y todavía no han acabado.

¿Esperamos a que anochezca?

— No creo que eso representara gran diferencia. Todavía estarían vigilando, y no quiero que se extienda la noticia de que estamos de vuelta en Cimmura.

— Sephrenia — preguntó Talen —, ¿podéis formar una columna de humo que suba justo encima de la parte de la ciudad próxima a la puerta?

— Sí — respondió la mujer.

— Estupendo. Entonces haremos que esos albañiles se alejen. — El muchacho les explicó el plan que había ideado.

— No está mal realmente, Falquián — aprobó Kurik con una nota de orgullo —. ¿Qué os parece?

— Vale la pena intentarlo. Probémoslo y veremos lo que ocurre. El uniforme rojo que Sephrenia creó para Kurik no se veía del todo auténtico, pero las manchas de hollín y humo que le agregó disimularon la mayoría de las irregularidades. Lo más importante eran las charreteras bordadas en oro que lo identificarían como oficial. El fornido escudero encaminó su caballo a través de los arbustos en dirección a un lugar cercano a la puerta de la ciudad.

Sephrenia se puso a murmurar en estirio al tiempo que gesticulaba con los dedos. La espiral de

humo que se elevó desde el interior de la muralla era muy convincente: espesa, negra y espantosamente rebullente.

— Vigíladme el caballo — indicó Talen a Falquián, desmontando, antes de correr hacia el linde de arbustos y comenzar a chillar a voz en cuello —: ¡Fuego!

Los falsos obreros se quedaron mirándolo boquiabiertos durante un momento y luego se volvieron para mirar con consternación la ciudad.

— Siempre tiene que gritarse «Fuego» — explicó Talen, ya de vuelta —. Así la gente piensa en el sentido correcto.

Entonces Kurik llegó al galope al sitio donde se apostaban los espías fuera de la puerta del castillo pandion.

— Eh, vosotros — vociferó —, hay una casa ardiendo en el callejón de la Cabra. Id allí y ayudad a apagar el fuego antes de que el incendio se propague a toda la ciudad.

— Pero, señor — objetó uno de los trabajadores —, tenemos órdenes de permanecer aquí sin perder de vista a los pandion.

— ¿Tenéis algo que apreciéis dentro de las murallas de la ciudad? — le preguntó sin rodeos Kurik —. Si ese incendio se nos escapa de las manos, podéis quedaros aquí plantado observándolo mientras se quema. ¡Ahora moveos todos! Yo voy a ir a esa fortaleza para ver si puedo convencer a los pandion para que colaboren en la extinción.

Los obreros se quedaron mirándolo un momento y luego dejaron caer sus herramientas y salieron corriendo hacia el ilusorio incendio mientras Kurik cabalgaba hacia el puente del castillo.

— Muy ingenioso — halagó Falquián a Talen.

— Los ladrones lo practican continuamente. — El muchacho se encogió de hombros —. Aunque nosotros tenemos que utilizar fuego de verdad. La gente sale afuera a mirar embobadamente el fuego y eso proporciona una excelente oportunidad para fisgar en sus casas en busca de algo de valor. — Dirigió la mirada a la puerta de la ciudad —. Parece que hemos perdido de vista a nuestros amigos. ¿Por qué no nos ponemos en marcha antes de que vuelvan?

Dos caballeros pandion vestidos con negra armadura salieron cabalgando a su encuentro cuando llegaron al puente levadizo.

— ¿Es eso un incendio, Falquián? — preguntó uno de ellos un tanto alarmado.

— No realmente — repuso Falquián —. Sephrenia está entreteniéndolo a los soldados eclesiásticos.

El otro caballero sonrió a Sephrenia y después irguió la espalda.

— ¿Quién sois vos que rogáis entrada en la casa de los soldados de Dios? — inició el ritual.

— No tenemos tiempo para eso, hermano — lo disuadió Falquián —. Será la próxima vez.

¿Quién está al mando?

— Lord Vanion.

Aquello era sorprendente, dado que el preceptor Vanion había estado profundamente implicado en la campaña de Arcium en la última ocasión en que Falquián había oído noticias de él.

— ¿Tenéis idea de dónde puedo localizarlo?

— Está en la torre, Falquián — le informó el segundo caballero.

Falquián emitió un gruñido.

— ¿Cuántos caballeros hay aquí en estos momentos, hermano? — siguió preguntando.

— Unos cien.

— Bien. Tal vez los necesite. — Falquián espoleó a Faran con los talones y el voluminoso ruano volvió la cabeza para mirar a su amo con cierto asombro —. Tenemos prisa, Faran — explicó Falquián a su montura —. Celebraremos el ritual en otra ocasión.

La expresión de Faran era desaprobadora mientras se disponía a cruzar el puente.

— ¡Sir Falquián! — lo llamó una sonora voz desde la puerta del establo.

Era el novicio Berit, un ágil y flaco joven cuyo rostro iluminaba entonces una radiante sonrisa.

— Grita un poco más fuerte, Berit — le dijo Kurik con tono reprobador — y puede que hasta

lleguen a oírte en Chyrellos.

— Lo siento, Kurik — se disculpó Berit, contrito.

— Ve a buscar otros novicios que se ocupen de nuestros caballos y ven con nosotros — indicó Falquián al joven —. Tenemos cosas que hacer y hemos de hablar con Vanion.

— Sí, sir Falquián. — Berit entró corriendo en el establo.

— Es un chico muy agradable. — Sephrenia sonreía.

— Podría salir de él un buen caballero — concedió a regañadientes Kurik.

— ¿Falquián? — inquirió con tono de extrañeza un pandion tocado con capucha cuando trasponían la arqueada puerta que conducía al interior del castillo.

El caballero se bajó la capucha y entonces vieron que era sir Perraine, el pandion que se nacía pasar por tratante de ganado en Dabour. Perraine hablaba el elenio con un ligero acento foráneo.

— ¿Qué hacéis aquí en Cimmura, Perraine? — preguntó Falquián, estrechando la mano de su colega —. Todos pensábamos que habíais echado raíces en Dabour.

— Ah — exclamó Perraine, algo recobrado de su sorpresa —, después del fallecimiento de Arasham, no había motivos para quedarme en Dabour. Pero ¿qué estáis haciendo aquí? Nos habían dicho que el rey Wargun os estaba persiguiendo por toda Eosia Occidental.

— Perseguir no es atrapar, Perraine — señaló, sonriendo, Falquián —. Hablaremos más tarde. En estos momentos mis amigos y yo debemos hablar con Vanion.

— Desde luego. — Perraine ofreció una somera reverencia a Sephrenia y se alejó por el patio.

Subieron las escaleras de la torre sur, donde se ubicaba el estudio de Vanion. El preceptor de la orden pandion llevaba una blanca túnica estiria y su rostro había envejecido aún más en el corto período de tiempo transcurrido desde que Falquián lo había visto por última vez.

También estaban allí los otros, Ulath, Tynian, Bevier y Kalten, cuya presencia parecía encoger la capacidad de la habitación. Todos eran hombres fuertes y voluminosos, no sólo en el mero sentido de su tamaño físico, sino en lo concerniente a sus destacadas reputaciones.

La estancia daba de algún modo la impresión de estar repleta de fornidas espaldas. Siguiendo la costumbre que regía entre los caballeros eclesiásticos cuando se hallaban dentro de sus castillos, todos vestían hábitos de monje por encima de sus cotas de mallas.

— ¡Por fin! — resopló Kalten —. Falquián, ¿por qué no nos hicisteis saber cómo estabais?

— Es un poco difícil de encontrar mensajeros en tierras de trolls, Kalten.

— ¿Ha habido suerte? — preguntó ansiosamente Ulath, el descomunal thalesiano de rubias trenzas para quien, a causa de su nacionalidad, el Bhelliom tenía una significación especial.

Falquián dirigió una rápida mirada a Sephrenia, solicitándole en silencio permiso.

— De acuerdo — concedió la mujer —, pero sólo un minuto.

Falquián introdujo la mano bajo la túnica y sacó la bolsa de lona en la que guardaba el Bhelliom. Después de aflojar el cordel, les mostró el objeto más preciado del mundo, el cual depositó en la mesa que Vanion hacía servir de escritorio. En el mismo instante en que eso hacía, volvió a percibir aquel tenue parpadeo de oscuridad en algún punto impreciso de un sombrío rincón. Todavía lo acosaba la oscuridad que la pesadilla padecida en las montañas de Thalesia había invocado, y la sombra parecía más grande y más oscura ahora, como si cada exposición al Bhelliom incrementara de alguna forma su tamaño y su acechante amenaza.

— No miréis largamente sus pétalos, caballeros — les advirtió Sephrenia —. El Bhelliom puede capturar vuestras almas si lo miráis demasiado.

— ¡Dios mío! — musitó Kalten —. ¡Mirad esto!

Cada uno de los resplandecientes pétalos de la rosa de zafiro era tan perfecto que casi se percibían gotas de rocío prendidas en ellos.

De las profundidades de la joya emanaba una luz azul, junto al conminante mandato de fijar la vista en ella y admirar su perfección.

— Oh, Dios — rogó fervientemente Bevier —, defendednos de la seducción de esta piedra.

Bevier era un caballero cirínico y un arciano, lo cual condicionaba su actitud piadosa, que en

ocasiones Falquián consideraba exagerada. Aquélla, no obstante, no era una de dichas ocasiones. Si tan sólo la mitad de lo que él había percibido era cierto, Falquián sentía que el temor que el Bhelliom inspiraba a Bevier estaba fundado.

— No matar, Bhelliom Rosa Azul — murmuraba Ulath, el thalesiano, en el idioma troll —. Caballeros de la Iglesia no enemigos de Bhelliom. Caballeros de la Iglesia proteger a Bhelliom de Azash, ayudar a volver bueno lo que va mal, Rosa Azul. Yo soy Ulath de Thalesia. Si Bhelliom estar furioso, descargar furia en Ulath.

— No — lo contradijo con firmeza Falquián en la repulsiva lengua troll —. Yo ser Falquián de Elenia. Ser el que matar a Ghwerig el troll enano. Ser el que traer a Bhelliom Rosa Azul a este lugar para curar a mi reina. Si Bhelliom Rosa Azul hacerlo y todavía estar furioso, descargar la furia contra Falquián de Elenia y no contra Ulath de Thalesia.

— ¡Insensato! — se escandalizó Ulath —. ¿Tenéis idea de lo que este objeto puede haceros?

— ¿No os haría lo mismo a vos?

— Caballeros, por favor — se interpuso cansadamente Sephrenia —. Parad ahora mismo de decir tonterías. — Miró la reluciente rosa que reposaba en la mesa—. Escúchame, Bhelliom Rosa Azul — dijo decididamente, sin molestarse en emplear el lenguaje de los trolls —. Falquián de Elenia tiene los anillos. El Bhelliom Rosa Azul debe acatar su autoridad y obedecerlo.

La gema se oscureció brevemente y después volvió a emitir su profunda luz azulada.

— Bien — prosiguió la mujer —. Yo guiaré a Bhelliom Rosa Azul en lo que debemos llevar a cabo y Falquián de Elenia le dará las órdenes. La Rosa Azul debe obedecer.

La luz de la joya se ensombreció de forma intermitente para volver a quedar fija al cabo de unos instantes.

— Guardadla ahora, Falquián.

El caballero introdujo de nuevo la rosa en la bolsa y deslizó ésta bajo la túnica.

— ¿Dónde está Flauta? — preguntó Berit, mirando alrededor.

— Eso, mi joven amigo, es una larguísima historia — le respondió Falquián.

— ¿No estará muerta? — inquirió sir Tynian con tono de perplejidad —. Sin duda no ha muerto.

— No — lo tranquilizó Falquián —. Ello sería imposible tratándose de la diosa estiria Aphrael.

— ¡Herejía! — se indignó Bevier.

— No pensaríais de ese modo si hubierais estado en la cueva de Ghwerig, sir Bevier — le aseguró Kurik —. La vi ascender de un abismo insondable con mis propios ojos.

— ¿Un hechizo, tal vez? — Pese a su sugerencia, Bevier ya no parecía tan seguro de sí mismo.

— No, Bevier — lo disuadió Sephrenia —, Ningún encantamiento podría haber llevado a buen término lo conseguido en esa cueva. Ella era, y es, Aphrael.

— Antes de que nos enzarcemos en una discusión teológica, necesito cierta información — se interpuso Falquián —. ¿Cómo escapasteis de las manos de Wargun, y qué está ocurriendo en la ciudad?

— Wargun no nos ocasionó muchos problemas a la hora de la verdad — le respondió Vanion —. Pasamos por Cimmura de camino hacia el sur y las cosas salieron más o menos como las habíamos planeado en Acie. Encerramos a Lycheas en las mazmorras, pusimos al conde de Lenda a cargo del gobierno y convencimos al ejército y a los soldados eclesiásticos destacados en Cimmura para que marcharan al sur con nosotros.

— ¿Cómo lograsteis tal cosa? — inquirió Falquián algo sorprendido.

— Vanion es muy persuasivo — le explicó, sonriendo, Kalten —. La mayoría de los generales eran leales al primado Annias, pero, cuando intentaron plantear objeciones, Vanion invocó esa ley eclesiástica que había mencionado el conde de Lenda en Acie y tomó el mando del ejército. Los generales todavía se opusieron hasta que los hizo entrar a todos en el patio. Después de que Ulath decapitara a unos cuantos, los demás decidieron cambiar de bando.

— Oh, Vanion — se lamentó Sephrenia con tono de profunda decepción.

— Andaba un poco escaso de tiempo, pequeña madre — se disculpó el preceptor —. Wargun

estaba impaciente por proseguir la campaña y quería ejecutar a la totalidad del cuerpo de oficiales, pero yo lo disuadí. De cualquier forma, se reunió con el rey Soros de Kelosia en la frontera y partió hacia Arcium. Los rendoreños volvieron grupas y huyeron al vernos. Wargun pretende perseguirlos, pero me parece que meramente para su propio disfrute personal. Los otros preceptores y yo logramos convencerlo de que nuestra presencia en Chyrellos durante la elección del nuevo archiprelado era vital, de manera que nos dejó llevarnos un centenar de caballeros.

— ¡Qué generoso! — exclamó sarcásticamente Falquián —. ¿Dónde están los caballeros de las otras órdenes?

— Acampados en las afueras de Demos. Dolmant no quiere que nos desplacemos hacia Chyrellos hasta que no se defina la situación allí.

— Si Lenda se halla al frente del gobierno, ¿por qué están los soldados eclesiásticos en las murallas de la ciudad?

— Annias se enteró de lo que habíamos hecho aquí, como no podía ser de otro modo. Hay miembros de la jerarquía que le son leales y todos disponen de sus propias tropas. Tomó prestados algunos de estos hombres y los mandó aquí. Liberaron a Lycheas y encarcelaron al conde de Lenda. En estos momentos son ellos quienes controlan la ciudad.

— Deberíamos hacer algo al respecto.

Vanion asintió con la cabeza.

— Íbamos de camino a Demos con las otras órdenes cuando averiguamos casualmente qué estaba sucediendo aquí. Nuestros hermanos fueron a Demos para sentar posiciones y trasladarse a Chyrellos y nosotros vinimos a Cimmura. Llegamos anoche. Los caballeros estaban ansiosos por salir a la ciudad en cuanto llegamos, pero ha sido una dura campaña la que hemos compartido con Wargun, y todos están fatigados. Quiero que estén un poco más descansados antes de corregir la situación vigente en el interior de las murallas.

— ¿Existe la probabilidad de que tengamos problemas?

— Lo dudo. Esos soldados eclesiásticos no son los hombres de Annias. Han sido prestados por otros patriarcas, y su lealtad está algo difuminada. Creo que bastará con una demostración de fuerza para que se decidan a capitular.

— Se encuentran entre ese centenar los seis caballeros que participaron en el encantamiento en la sala del trono? — inquirió Sephrenia.

— Sí — repuso Vanion con algo de fatiga —. Todos estamos aquí.

— Miró la espada pandion que llevaba la mujer —. ¿Queréis dármela? — preguntó.

— No — contestó con firmeza ésta —. Ya soportáis bastante peso. Esto no durará mucho, de todas formas.

— ¿Vais a revocar el hechizo? — quiso saber Ulath —, ¿Antes de utilizar el Bhelliom para curar a la reina, me refiero?

— Debemos hacerlo — aseveró la estiria —. El Bhelliom debe tocarle la piel para poder sanarla.

— Ya es la última hora de la tarde — advirtió Kaltén, que se había acercado a la ventana —. Si vamos a hacerlo hoy, mejor será que nos pongamos en marcha.

— Esperemos a mañana — propuso Vanion —. Si los soldados tratan de resistirse, podríamos tardar unas horas en someterlos, y no quiero que ninguno se escabulla en la oscuridad para ir a avisar a Annias hasta que haya transcurrido el tiempo suficiente para que lleguen refuerzos.

— ¿Cuántos soldados hay en palacio? — preguntó Falquián.

— Unos doscientos, según los informes de mis espías — respondió Vanion —, no los suficientes para constituir un serio inconveniente.

— Vamos a tener que idear la manera de cerrar a cal y canto la ciudad durante unos cuantos días si no queremos ver una columna de relevo con sujetos vestidos con túnicas rojas remontando la ribera del río — señaló Ulath.

— Yo puedo encargarme de eso — anunció Talén —. Me deslizaré hasta la ciudad antes del anochecer e iré a hablar con Platimo. El mantendrá las puertas bien cerradas.

— ¿Es de fiar? — inquirió Vanion.

— ¿Platimo? Claro que no, pero creo que como mínimo hará esto por nosotros. Detesta a Lycheas.

— Decidido pues — zanjó Kalten —. Podemos ponernos en acción al alba y tenerlo todo concluido a la hora de la comida.

— No te molestes en reservarle un puesto en la mesa al bastardo Lycheas — apuntó con tono desapacible Ulath, revisando el filo de su navaja con el pulgar —. Me parece que no va a tener nada de apetito.

Capítulo tres

Kurik despertó temprano a Falquián la mañana siguiente y lo ayudó a enfundarse la negra armadura de ceremonia. Después, con el cinto de la espada y el yelmo en la mano, Falquián se dirigió al estudio de Vanion para aguardar el alba y la llegada de los demás. Aquél era el gran día. Hacía más de medio año que volcaba todos sus esfuerzos en la llegada de ese día en el que miraría de frente los ojos de su reina, la saludaría y le juraría lealtad. Una terrible impaciencia lo consumía. Quería poner el broche final a aquello y maldecía el perezoso sol que tardaba tanto en salir.

— Y entonces, Annias — casi ronroneó —, vos y Martel vais a convertirlos en insignificantes notas a pie de página de la historia.

— ¿Sufriste un golpe en la cabeza cuando tuviste esa pelea con Ghwerig? — Era Kalten, que también llevaba su armadura negra de ceremonia y que entró con el yelmo bajo el brazo.

— No — respondió Falquián —. ¿Por qué?

— Estabas hablando solo. La mayoría de la gente no hace eso, lo sabes bien.

— Te equivocas, Kalten. Casi todo el mundo lo hace. La mayor parte del tiempo, no obstante, hablan solos repasando conversaciones pasadas... o planeando algunas que aún no han ocurrido.

— ¿A cuál de las dos ocupaciones te estabas dedicando?

— A ninguna. Estaba avisando a Annias y a Martel lo que les espera.

— No han podido oírte.

— Quizá no, pero darles algún tipo de advertencia es lo más caballeroso que se puede hacer. Al menos yo sabré que lo dije, incluso si ellos lo ignoran.

— Me parece que yo no me tomaré esas molestias cuando vaya en busca de Idus. — Kalten sonrió —. ¿Tienes noción de cuánto tardaría en hacerle entrar una idea en la cabeza a Adus aunque fuera a golpes? Oh, por cierto, ¿y quién liquidará a Krager?

— Dejémoselo a alguien que nos preste algún favor.

— No está mal la idea. —Kalten calló un momento, adoptando un semblante más serio—. ¿Va a funcionar, Falquián? ¿Va a curar realmente el Bhelliom a Ehlana, o sólo hemos estado engañándonos a nosotros mismos?

— Creo que va a salir bien. Tenemos que creer que así será. El Bhelliom es muy, muy poderoso.

— ¿Lo has utilizado alguna vez?

— Sí, una. Derrumbé parte de una cadena montañosa en Thalesia con él.

— ¿Por qué?

— Era necesario. No pienses en el Bhelliom, Kalten. Es muy peligroso hacerlo.

Kalten puso una expresión escéptica.

— ¿Vas a permitir que Ulath acorte un poco la estatura de Lycheas cuando lleguemos a palacio?

Ulath disfruta de veras haciéndole eso a la gente... O yo podría colgar al bastardo, si prefieres.

— No lo sé — respondió Falquián —. Tal vez debamos esperar y dejar que Ehlana tome la decisión.

— ¿Por qué molestarla con eso? Seguramente estará un poco débil después de todo esto y, como paladín suyo, deberías tratar de evitarle todo esfuerzo. — Kalten miró con ojos entornados a Falquián —. No te lo tomes a mal — añadió —, pero Ehlana es una mujer, y las mujeres son notoriamente blandas de corazón. Si lo dejamos a su albedrío, puede que no nos autorice a matarlo. Preferiría tenerlo bien muerto antes de que ella despierte. Le presentaremos disculpas, por supuesto, pero es muy difícil resucitar a alguien, por más arrepentido que uno esté.

— Eres un bárbaro, Kalten.

— ¿Yo? Oh, por cierto, Vanion ha ordenado ponerse la armadura a nuestros hermanos. En principio todos estaremos listos a la salida del sol, cuando la gente de la ciudad abra las puertas. — Kalten frunció el entrecejo —. Ello podría representar un problema, no obstante. Habrá soldados eclesiásticos en las puertas y tal vez intenten cerrárnoslas en las narices cuando nos vean venir.

— Para eso están los arietes — repuso con indiferencia Falquián.

— La reina podría enojarse un poco contigo si se entera de que has estado derribando las puertas de su capital.

— Se las haremos arreglar a los soldados eclesiásticos.

— Es un trabajo honrado, y eso es algo casi desconocido para los soldados eclesiásticos. No obstante, sugiero que observes detenidamente esa hilera de adoquines delante de las puertas antes de tomar una determinación. Los soldados de la Iglesia no son muy diestros con las herramientas. — El rubio caballero se hundió en un sillón, produciendo un crujido con la armadura —. Nos ha llevado mucho tiempo, Falquián, pero casi ya estamos al cabo del camino, ¿no es cierto?

— Muy cerca — concedió Falquián —, y, en cuanto Ehlana esté recuperada, podemos ir en busca de Martel.

— Y de Annias — agregó Kalten, con un vivo fulgor en los ojos —. Creo que deberíamos colgarlo del arco de la puerta principal de Chyrellos.

— Es un primado de la Iglesia, Kalten — le recordó Falquián con voz apesadumbrada —. No puedes hacerle eso.

— Podemos pedirle disculpas después.

— ¿De qué manera exactamente te propones hacerlo?

— Ya se me ocurrirá algo — respondió Kalten con desenvoltura —. Quizá podríamos decir que había sido un error o algo parecido.

El sol ya había salido cuando se reunieron en el patio. Vanion, con rostro pálido y macilento, bajó cansinamente las escaleras cargando una gran caja.

— Las espadas — explicó concisamente a Falquián —. Sephrenia dice que las necesitaremos cuando estemos en la sala del trono.

— ¿No puede trasladarlas otra persona? — le preguntó Kalten.

— No. Son mi carga. Cuando llegue Sephrenia, nos pondremos en marcha.

La pequeña mujer estiria estaba muy calmada, con aire ausente, cuando salió al patio con la espada de sir Gared en la mano y con Talen tras ella.

— ¿Os encontráis bien? — inquirió Falquián.

— He estado preparándome para el ritual que celebraremos en la sala del trono — repuso la estiria.

— Puede que participemos en alguna refriega — señaló Kurik —. ¿Es prudente que llevemos a Talen?

— Yo puedo protegerlo — respondió Sephrenia —, y su presencia es necesaria por motivos que no creo que vayáis a comprender.

— Montemos y partamos — propuso Vanion.

Sonó un gran tintineo cuando los cien caballeros pandion de negra armadura subieron a caballo.

Falquián se situó, como era habitual, al lado de Vanion con Kalten, Bevier, Tynian y Ulath a corta distancia detrás de ellos, y la columna de pandion los siguió a retaguardia. Cruzaron el puente levadizo al trote y arremetieron contra el perplejo grupo de soldados eclesiásticos que se encontraban ante la puerta. Obedeciendo a una concisa señal de Vanion, un destacamento de pandion se separó del cortejo y rodeó a los falsos obreros.

— Retenedlos aquí hasta que nosotros nos hayamos hecho cargo de las puertas de la ciudad — ordenó Vanion —. Después llevadlos a la población y reuníos con nosotros.

— Sí, mi señor — repuso Perraine.

— De acuerdo, caballeros — los exhortó Vanion —, Creo que un galope sería lo adecuado en estos momentos. No demos demasiado tiempo a los soldados de la ciudad para prepararse para nuestra llegada.

Recorrieron con estruendo de cascos la relativamente corta distancia que separaba el castillo de la orden de la Puerta del Este de Cimmura, donde, a pesar de la preocupación de Kalten acerca de la posibilidad de que la hallaran cerrada, los soldados eclesiásticos, tomados por sorpresa, no pudieron reaccionar a tiempo.

— ¡Caballeros! — protestó con voz aguda un oficial —. ¡No podéis entrar en la ciudad sin la autorización del príncipe regente!

— ¿Con vuestro permiso, lord Vanion? — consultó educadamente Tynian.

— Desde luego, sir Tynian — consintió Vanion —. Tenemos asuntos urgentes que atender y no podemos desperdiciar el tiempo con ociosas chacharas.

Tynian adelantó el caballo. El caballero deirano, de cara engañosamente redonda, tenía un semblante que por lo general iba asociado con el buen humor y un enfoque alegre de la vida. Su armadura, no obstante, ocultaba un torso extraordinariamente desarrollado y unos poderosos brazos y hombros.

— Amigo mío — dijo al oficial con tono afable, tras desenvainar la espada —, ¿seríais tan amable de apartaros para dejarnos pasar? Estoy seguro de que ninguno de nosotros desea que se produzcan altercados desagradables aquí. — Su tono era cortés, casi amigable.

La mayoría de los soldados eclesiásticos, acostumbrados desde hacía tiempo a que todo el mundo acatara su voluntad en Cimmura, no estaban preparados para que nadie pusiera en tela de juicio su autoridad. Para su mala fortuna, el oficial se contaba entre ellos.

— Debo prohibiros la entrada a la ciudad sin una autorización expresa del príncipe regente — declaró con tozudez.

— ¿Es vuestra última palabra, pues? — preguntó Tynian con tono pesaroso.

— Lo es.

— Vos lo habéis decidido, amigo — dijo Tynian.

Después se irguió sobre los estribos y le descargó por alto la espada. Dado que el oficial no podía creer que alguien fuera a agredirlo, no realizó movimiento alguno para protegerse. Su expresión era de gran sorpresa cuando la pesada arma de ancha hoja de Tynian se abrió camino entre su cuello y hombro para abrirle un tajo en diagonal en el cuerpo. La sangre brotó a borbotones de la terrible herida, y el cuerpo súbitamente rígido quedó colgando de la espada de Tynian, retenida entre los bordes abollados de la gran raja abierta en el peto de acero del oficial. Tynian se apoyó en la silla, sacó el pie del estribo y desprendió de un puntapié el cadáver del arma.

— Le he pedido que se apartara, lord Vanion — puntualizó —. Puesto que decidió no hacerlo, lo que ha ocurrido es de su entera responsabilidad, ¿no os parece?

— Así ha sido, sir Tynian — acordó Vanion —. No veo que hayáis tenido culpa vos. Os habéis comportado como modelo de cortesía.

— Prosigamos pues — propuso Ulath, descolgando su hacha de guerra de la silla del caballo—. Veamos — dijo a los atónitos soldados eclesiásticos —, ¿quién es el siguiente?

Los soldados se dieron a la fuga.

Los caballeros que habían estado custodiando a los obreros llegaron al trote, llevando a sus

prisioneros en primera fila. Al ver una columna de caballeros pandion de desapacible semblante cabalgando por las adoquinadas calles, los ciudadanos de Cimmura, plenamente conscientes de cuál era la situación en palacio, no tardaron en prever una inminente batalla. Las puertas se cerraron una tras otra, y después de ellas siguieron los postigos.

Los caballeros siguieron cabalgando por las repentinamente solitarias calles. A sus espaldas se oyó un malévolo zumbido seguido de un sonoro ruido metálico. Falquián hizo girar a Faran.

— De veras deberías vigilar tu espalda, Falquián — aconsejó Kalten —. Eso era una saeta de ballesta, y te hubiera acertado justo entre los omóplatos. Me debes lo que me va a costar volver a esmaltar el escudo.

— Te debo mucho — más que eso, Kalten — contestó, agradecido, Falquián.

— Qué extraño — observó Tynian —. La ballesta es un arma lamorquiana. No son muchos los soldados eclesiásticos que las utilizan.

— Tal vez fuera algo personal — gruñó Ulath —. ¿Habéis ofendido últimamente a algún lamorquiano, Falquián?

— No que yo sepa.

— No tiene sentido que nos entretengamos con pláticas al llegar a palacio — reflexionó Vanion —. Ordenaré a los soldados que arrojen las armas en cuanto lleguemos.

— ¿Creéis que lo harán? — inquirió Kalten.

— Probablemente no — reconoció Vanion, sonriendo con tristeza —. Al menos, no sin haber presenciado varias ejecuciones ejemplares. Cuando lleguemos, Falquián, quiero que os llevéis a vuestros amigos aquí presentes y que guardéis la puerta de palacio. No me parece que fuera buena idea ir persiguiendo a los soldados de la Iglesia por los pasillos.

— De acuerdo — aceptó Falquián.

Puestos sobre aviso por los hombres que habían huido de las puertas de la ciudad, los soldados eclesiásticos se habían apostado en formación en el patio de palacio y habían cerrado las puertas, prioritariamente decorativas, de éste.

— Traed el ariete — ordenó Vanion.

Una docena de pandion se adelantaron con una pesada viga prendida con cuerdas a sus sillas. Tardaron quizás unos cinco minutos en derribar las puertas y entonces los caballeros de la Iglesia se introdujeron en el patio.

— ¡Arrojad las armas! — gritó Vanion a los confusos soldados del patio.

Falquián condujo a sus amigos por el borde del patio hasta las grandes puertas que daban entrada a palacio. Allí desmontaron y subieron las escaleras para enfrentarse a la docena de soldados que montaban guardia frente a la entrada. El oficial que ostentaba el mando desenvainó la espada.

— ¡Nadie puede entrar! — vociferó.

— Dejadme paso, compadre — solicitó Falquián en su característico tono mortalmente calmado.

— Yo no recibo órdenes de... — comenzó a replicar el oficial.

Después sus ojos se velaron al tiempo que se producía un sonido similar al que haría un melón que chocara en el suelo cuando Kurik lo descabezó limpiamente con su maza erizada de púas. El oficial se vino abajo con el cuerpo crispado.

— Esto es una novedad — comentó sir Tynian a sir Ulath —. Nunca había visto antes que a alguien le saliera el cerebro por la oreja.

— Kurik es muy bueno manejando esa maza — convino Ulath.

— ¿Alguna pregunta? — preguntó amenazadoramente Falquián a los otros soldados.

Estos se quedaron mirándolo fijamente.

— Me parece que os han ordenado que arrojarais las armas — les recordó Kalten.

Los interpelados se desprendieron de sus armas.

— Os relevamos en vuestra función aquí, compadres — los informó Falquián —. Podéis reunirlos con vuestros amigos en el patio. El cuerpo de guardia se apresuró a bajar las escaleras. Los pandion montados avanzaban lentamente hacia los soldados que se encontraban de pie en el

patio. Los más fanáticos ofrecieron cierta resistencia, y los caballeros pandion les proporcionaron las «ejecuciones ejemplares» que su preceptor había mencionado. El centro del recinto pronto se cubrió de sangre y de cabezas, brazos y algunas piernas sueltas. A medida que iban viendo el balance de la lucha, los soldados abandonaban las armas y ponían los brazos en alto. Hubo un obstinado grupo que continuaba oponiéndoseles, pero los caballeros los acorralaron contra una pared y allí dieron cuenta de ellos.

— Conducid a los supervivientes a los establos — ordenó Vanion, mirando en derredor — y apostad unos cuantos guardias. — Después desmontó y retrocedió hasta la destartada puerta —. Ya ha pasado todo, pequeña madre — anunció a Sephrenia, que había aguardado afuera con Talen y Berit —. Podéis pasar sin peligro.

Sephrenia entró en el patio a lomos de su blanco palafrén, tapándose los ojos con una mano. Talen, en cambio, miraba a su alrededor con ojos brillantes y perversos.

— Deshagámonos de esto — propuso Ulath a Kurik, inclinándose para agarrar por los hombros al oficial muerto.

Entre los dos apartaron el cuerpo y Tynian aplastó pensativamente con el pie el charco de sesos que cubría parte del escalón superior.

— ¿Siempre partís en pedazos a vuestros enemigos de esta manera? — preguntó Talen a Falquián mientras desmontaba y acudía a ayudar a Sephrenia a bajar del caballo.

— Vanion quería que los soldados vieran lo que les ocurriría si presentaban más resistencia. El desmembramiento suele ser muy convincente.

— ¿Debéis hacerlo? — Sephrenia tuvo un escalofrío.

— Será mejor que nos dejéis entrar primero, pequeña madre — aconsejó Falquián cuando Vanion se reunió con elfos acompañado de veinte caballeros —. Puede que haya soldados escondidos adentro.

Comprobaron que sí los había, pero los caballeros de Vanion los localizaron con su acostumbrada eficiencia, los llevaron a la puerta principal y les dieron cumplidas instrucciones de sumarse a sus compañeros que se hallaban en los establos.

Falquián abrió las puertas de la sala del consejo, que no custodiaba nadie, y dejó con deferencia que entrara primero Vanion. Lycheas estaba, encogido y tembloroso, detrás de la mesa del consejo con un obeso hombre vestido de rojo, y el barón Harparin daba desesperadas sacudidas al tirador de una de las campanas.

— ¡No podéis entrar aquí! — espetó excitadamente Harparin a Vanion con su aguda y afeminada voz —. Os ordeno que os marchéis de inmediato con el peso de la autoridad del príncipe Lycheas.

Vanion le dirigió una fría mirada, que no extrañó a Falquián, el cual conocía el gran desdén que profesaba por el repugnante pederasta.

— Este hombre me irrita — declaró categóricamente, señalando a Harparin —. ¿Me hará alguien el favor de quitármelo de delante?

Ulath rodeó la mesa con el hacha de guerra en las manos.

— ¡No os atreveréis! — chilló Harparin, echándose atrás y manipulando vanamente todavía el tirador —. Soy un miembro del consejo real. No osaréis hacerme nada.

Ulath, de hecho, se atrevió. La cabeza de Harparin rebotó una vez y luego fue rodando por la alfombra hasta pararse cerca de la ventana. Tenía la boca extremadamente abierta y los ojos aún desorbitados por el horror.

— ¿Era más o menos esto lo que proponíais, lord Vanion? — preguntó educadamente el fornido thalesiano.

— Aproximadamente, sí. Gracias, sir Ulath.

— ¿Y qué hacemos con los otros dos? — Ulath apuntó con el hacha a Lycheas y al obeso personaje.

— Ah... todavía no, sir Ulath. — El preceptor pandion se acercó a la mesa del consejo cargando con la caja que contenía las espadas de los caballeros caídos —. Ahora, Lycheas, decidme, ¿dónde

está el conde de Lenda?

Lycheas se quedó mirándolo boquiabierto.

— Sir Ulath — dijo Vanion con voz gélida como el hielo.

— ¡No! — gritó Lycheas —, Lenda está prisionero abajo en las bodegas. No le hemos hecho daño, lord Vanion. Os juro que está...

— Llevad a Lycheas y a este otro abajo a las mazmorras — ordenó Vanion a un par de sus caballeros —. Liberad al conde de Lenda y poned a estos dos en su celda. Después traed al conde.

— ¿Me permitís, mi señor? — solicitó Falquián.

— Por supuesto.

— Lycheas, el bastardo — dijo ceremoniosamente Falquián —: como paladín de la reina, tengo el inconfundible placer de arrestaros con el cargo de alta traición. La pena es de sobra conocida. Nos ocuparemos de ello en el momento apropiado. Las reflexiones que os hagáis al respecto os mantendrán ocupado en las largas y tediosas horas de vuestro confinamiento.

— Podría ahorraros un montón de tiempo y de gastos, Falquián — se ofreció servicialmente Ulath, volviendo a levantar el hacha.

Falquián fingió tomar en cuenta la oferta.

— No — declinó con aire de lamentarlo —. Lycheas ha pisoteado al pueblo de Cimmura y creo que éste tiene derecho a presenciar el espectáculo de una hermosa y sucia ejecución pública.

Lycheas lloriqueaba aterrorizado cuando sir Perraine y otro caballero se lo llevaron a rastras pasando por delante de la cabeza de desorbitados ojos del barón Harparin.

— Sois un hombre duro y despiadado, Falquián — observó Bevier.

— Lo sé. — Falquián miró a Vanion —, Tendremos que esperar a Lenda — señaló —. Tiene la llave de la sala del trono. No quiero que Ehlana se despierte y vea que le hemos hecho añicos la puerta.

Vanion asintió con la cabeza.

— De todas formas lo necesito para otra cuestión — explicó. Depositó la caja de las espadas en la mesa del consejo y tomó asiento en una de las sillas —. Oh, por cierto — indicó —, tapad a Harparin antes de que Sephrenia entre aquí. Las cosas de esta naturaleza la afligen.

Aquélla era otra prueba, pensó Falquián, de que la consideración con que Vanion trataba a Sephrenia iba más allá de lo que era habitual en él.

Ulath se encaminó a la ventana, arrancó una de las cortinas y se volvió, deteniéndose tan sólo para colocar con el pie la cabeza de Harparin debajo de su cuerpo, y después cubrió los restos con la tela.

— Toda una generación de muchachitos dormirán más tranquilos ahora que Harparin ya no está entre nosotros — observó con ligereza Kalten —, y seguramente mencionarán a Ulath en sus oraciones cada noche.

— Recibiré todas las bendiciones que se me dediquen — repuso Ulath con tono indiferente.

Sephrenia entró seguida de Talen y Berit, y miró en derredor.

— Qué agradable sorpresa — apreció —. Estaba esperando encontrarme con los restos de alguna nueva carnicería. — Entonces entornó los ojos y apuntó al cuerpo tapado que yacía junto a la pared —. ¿Qué es esto? — preguntó.

— El difunto barón Harparin — respondió Kalten —. Nos ha dejado de una manera un tanto repentina.

— ¿Lo habéis hecho vos, Falquián? — inquirió con tono acusador.

— ¿Yo?

— Os conozco demasiado bien, Falquián.

— En realidad he sido yo, Sephrenia — dijo con voz cansina Ulath —. Siento mucho que os incomode, pero, ya se sabe, soy thalesiano. Tenemos fama de ser unos bárbaros. — Se encogió de hombros —. Uno se ve más o menos obligado a mantener la reputación de su país, ¿no os parece?

Negándose a responder, la mujer fue recorriendo con la mirada la habitación, fijándola en los

rostros de los otros pandion presentes.

— Bien — constató —. Estamos todos aquí. Abrid la caja, lord Vanion.

Vanion hizo lo que le pedía.

— Caballeros — se dirigió Sephrenia a los pandion presentes en la sala al tiempo que depositaba la espada de sir Gared en la mesa junto a la caja —. Hace unos meses, doce de vosotros colaborasteis conmigo en la invocación del hechizo que ha mantenido con vida a la reina Ehlana. Desde entonces, seis de vuestros valientes compañeros se han marchado a la Morada de los Muertos. Sus espadas, no obstante, deben estar con nosotros cuando revoquemos el encantamiento para poder curar a la reina. Por eso, cada uno de los que estuvisteis allí debe llevar el arma de uno de vuestros compañeros fallecidos así como la suya propia. Voy a liberar el hechizo que hará posible que toméis dichas espadas. Después iremos a la sala del trono, donde seréis relevados en la tarea de cargar las espadas de los muertos.

— ¿Relevados? — se extrañó Vanion —. ¿Por quién?

— Por sus propietarios.

— ¿Vais a invocar fantasmas en la sala del trono? — preguntó, perplejo.

— Vendrán sin ser llamados. Sus juramentos son garantía de ello. Como en la anterior ocasión, rodearéis el trono con las espadas extendidas. Yo revocaré el encantamiento, y el cristal desaparecerá. El resto depende de Falquián... y del Bhelliom.

— ¿Qué es lo que debo hacer exactamente? — inquirió Falquián.

— Os lo diré en el momento oportuno — respondió la estiria —. No quiero que hagáis nada prematuro.

Sir Perraine entró en la sala del consejo acompañando al anciano conde de Lenda.

— ¿Cómo era la mazmorra, mi señor de Lenda? — preguntó alegremente Vanion.

— Húmeda, lord Vanion — repuso Lenda —. También oscura y bastante apestosa. Ya sabéis cómo son las mazmorras.

— No. — Vanion emitió una carcajada —. De veras que no. Es una experiencia a la que preferiría renunciar. — Observó la arrugada cara del viejo cortesano —. ¿Os encontráis bien, Lenda? — inquirió —. Parecéis cansado.

— Los viejos siempre parecen cansados, Vanion. — Lenda sonrió —. Y yo soy más viejo que la mayoría de ellos. — Irguió sus delgados hombros —. Ser arrojado a las mazmorras es un azar que va con la profesión de quienes ostentan cargos públicos. Uno acaba por acostumbrarse. He pasado peores penalidades.

— Estoy convencido de que Lycheas y ese individuo disfrutarán de la mazmorra, mi señor — le aseguró Kalten de buen humor.

— Lo dudo mucho, sir Kalten.

— Les hemos inculcado la idea de que el final de su encarcelamiento marcará su entrada en otro mundo. Estoy seguro de que preferirán la mazmorra. Las ratas no son tan desagradables.

— Veo que el barón Harparin está ausente —observó Lenda—. ¿Ha escapado?

— Sólo en cierto modo, mi señor —respondió Kalten—. Estaba comportándose de manera muy ofensiva. Ya sabéis cómo era Harparin. Sir Ulath le dio una lección de cortesía... con el hacha.

— Veo que este día está lleno de placenteras sorpresas — constató riéndose Lenda.

— Mi señor de Lenda — anunció un tanto ceremoniosamente Vanion —, ahora vamos a ir a la sala del trono a curar a la reina. Me gustaría que vos fuerais testigo de dicha curación para que podáis confirmar su identidad en caso de que más adelante se suscitaran dudas al respecto. El vulgo es supersticioso, y existen individuos que tal vez quisieran hacer circular rumores que propagaran que Ehlana es una impostora.

— Muy bien, mi señor Vanion — aceptó Lenda —, pero ¿cómo os proponéis curarla?

— Ya lo veréis. — Sephrenia sonrió y, tendiendo las manos sobre las espadas, habló unos momentos en estirio. Las armas brillaron un instante cuando invocó el hechizo, y los caballeros que habían estado presentes durante el ritual que encerró a la reina en una urna de cristal se acercaron a

la mesa. La mujer les habló brevemente en voz baja y luego cada uno de ellos tomó una de las espadas —. Muy bien — dijo —, vayamos a la sala del trono.

— Esto es muy misterioso — comentó Lenda a Falquián mientras caminaban por el corredor en dirección a la sala del trono.

— ¿Habéis visto alguna vez una demostración real de la magia? — le preguntó Falquián.

— Yo no creo en la magia, Falquián.

— Es posible que modifiquéis muy pronto vuestro punto de vista. — Falquián esbozó una sonrisa.

El anciano cortesano sacó la llave de un bolsillo interior y abrió la puerta de la sala del trono. Después todos entraron detrás de Sephrenia. La estancia estaba oscura pues, durante el confinamiento de Lenda, nadie se había molestado en cambiar las velas. Falquián, no obstante, todavía oía el mesurado palpar del corazón de su reina resonando en las tinieblas. Kurik salió afuera y trajo una antorcha.

— ¿Ponemos velas nuevas? — preguntó a Sephrenia.

— Sin duda — respondió la estiria —. No vamos a despertar a la reina en una habitación a oscuras.

Kurik y Berit cambiaron los cirios consumidos por otros enteros y después Berit miró con curiosidad a la joven reina a la que había servido tan fielmente sin siquiera haberla visto nunca. Los ojos se le desorbitaron súbitamente y pareció contener el aliento. Su mirada reflejaba una veneración insuperable, pero Falquián creyó percibir en ella algo más que mero respeto. Berit tenía aproximadamente la misma edad que Ehlana y, después de todo, ella era muy hermosa.

— Eso está mucho mejor — alabó Sephrenia, paseando la mirada por la estancia iluminada —. Falquián, venid conmigo — indicó, conduciéndolo al estrado sobre el que se asentaba el trono.

Ehlana permanecía sentada de forma idéntica a como lo había hecho durante todos aquellos meses. Lucía la corona de Elenia encima de sus pálidos y rubios cabellos y vestía su atuendo de ceremonia. Tenía los ojos cerrados y el semblante sereno.

— Sólo unos minutos más, mi reina — murmuró Falquián que, extrañamente, tenía los ojos anegados de lágrimas y el corazón en un puño.

— Quitaos los guanteletes, Falquián — dijo Sephrenia —. Los anillos deberán estar en contacto con el Bhelliom para liberar su poder.

El pandion se desprendió de los guanteletes de malla metálica e, introduciendo la mano debajo de la sobreveste, sacó la bolsa de lona y aflojó la cuerda que la cerraba.

— Bien, caballeros — indicó Sephrenia a los caballeros supervivientes —, ocupad vuestros lugares.

Vanion y los otros cinco pandion se situaron en posiciones espaciadas rodeando el trono, cada uno de ellos empuñando su propia espada y la de uno de sus compañeros fallecidos.

Sephrenia permaneció junto a Falquián y comenzó a formar el encantamiento en estirio a la vez que ondulaba los dedos. Las velas disminuían e incrementaban su llama casi de manera acompasada al sonoro hechizo. En un momento determinado, la sala fue impregnándose del conocido olor a muerte. Falquián apartó los ojos del rostro de Ehlana para aventurar una mirada hacia el círculo de caballeros. Donde antes había habido seis, ahora había doce. Las traslúcidas formas de los que habían perecido uno tras otro en el transcurso de los meses precedentes habían regresado sin ser invocadas para hacerse cargo por última vez de sus espadas.

— Ahora, caballeros — instruyó Sephrenia a los vivos y a los muertos a un tiempo —, apuntad con vuestras espadas al trono.

Entonces dio inicio a un encantamiento distinto. El extremo de cada espada comenzó a brillar, y aquellas incandescentes puntas de luz fueron tornándose más y más resplandecientes hasta rodear el trono con un anillo de pura luz. Sephrenia alzó el brazo, pronunció una palabra, y luego lo bajó con rapidez. El cristal que envolvía el trono se agitó como el agua y desapareció de repente.

Ehlana inclinó la cabeza hacia adelante y su cuerpo comenzó a temblar violentamente. Su

respiración se hizo trabajosa y los latidos de su corazón, que todavía resonaban en la habitación, adquirieron un ritmo irregular. Falquián subió de un salto al estrado para acudir en su ayuda.

— ¡Aún no! — lo atajó Sephrenia.

— Pero...

— ¡Haced lo que os digo!

El caballero permaneció inútilmente inclinado sobre su sufriente reina durante un minuto que se le antojó una hora. Poco después Sephrenia se adelantó y levantó la barbilla de Ehlana con ambas manos. Los grises ojos de la reina estaban muy abiertos y desenfocados, y su rostro aparecía grotescamente torcido.

— Ahora, Falquián — indicó Sephrenia —, tomad el Bhelliom en las manos y aplicádselo al corazón. Aseguraos de que los anillos toquen la piedra. Ordenadle al mismo tiempo que la cure.

Falquián cogió la rosa de zafiro con las dos manos y luego tocó suavemente con la gema el pecho de Ehlana.

— ¡Sana a mi reina, Bhelliom Rosa Azul! — ordenó en voz alta.

La enorme oleada de poder que brotó de la joya que así lo obligó a caer de rodillas. Las velas parpadearon y oscurecieron su luz como si alguna tenebrosa sombra hubiera pasado por la habitación. ¿Era algo que huía? ¿O acaso era esa sombra espantosa que lo seguía y lo acechaba en todos sus sueños? Ehlana se quedó rígida y su esbelto cuerpo se pegó violentamente contra el respaldo del trono. De su garganta brotó un ronco jadeo y después su mirada de desorbitados ojos recobró de improviso un aire racional y se fijó con perplejidad en Falquián.

— ¡Ya está! — exclamó Sephrenia con voz temblorosa antes de dejarse caer débilmente en la tarima.

Ehlana inspiró profundamente, estremeciéndose.

— ¡Mi caballero! — gritó con voz apagada, tendiendo los brazos hacia el pandion de negra armadura que permanecía de hinojos ante ella. Pese a su fragilidad, su voz era rica y modulada, la voz de una mujer ahora y no la infantil que Falquián recordaba —. Oh, mi Falquián, por fin habéis venido a mí. — Puso las temblorosas manos sobre sus acorazados hombros y, acercando la cara por debajo de su visera levantada, lo besó largamente.

— Basta ya, criaturas — les dijo Sephrenia —. Falquián, llevadla a sus aposentos.

Falquián estaba muy perturbado. El beso de Ehlana había distado mucho de ser infantil. Guardó el Bhelliom, se quitó el yelmo y lo lanzó a Kalten y después alzó cuidadosamente a Ehlana en sus brazos. Ésta le rodeó los hombros con sus pálidos brazos y apoyó la mejilla contra la suya.

— Oh, os he encontrado — musitó —, y os amo, y no os dejare marchar.

Falquián reconoció el texto que estaba citando y lo encontró escandalosamente inapropiado. Su desazón iba en aumento. Era evidente que en todo aquello había un grave malentendido.

Capítulo cuatro

Ehlana iba a convertirse en un problema, decidió Falquián mientras se quitaba la armadura poco después de haberse presentado ante su reina a la mañana siguiente. Aun cuando ella no había estado ausente de su pensamiento durante su exilio, ahora veía que debía someterse a una serie de difíciles ajustes mentales. Cuando él se había ido, sus posiciones relativas habían estado claramente definidas. Él era el adulto y ella la niña. Eso había cambiado y ahora ambos pisaban el desconocido terreno de la relación entre monarca y súbdito. Kurik y otras personas le habían contado que la muchacha que él había educado casi desde que era un bebé había dado muestras de considerable temple durante los pocos meses que habían precedido a su envenenamiento por parte de Annias. Oírlo, sin embargo, era una cosa y experimentarlo, otra muy distinta. Esto no significaba que Ehlana se comportara de manera brusca o autoritaria con él, pues no era así. Ella sentía — pensaba, y confiaba, el caballero — un genuino afecto por él, y no le daba órdenes directas sino que le daba a entender que esperaba que él accediera a sus deseos. Estaban moviéndose en un área indefinida que ofrecía toda clase de oportunidades para que ambos dieran pasos en falso.

Varios incidentes recientes eran ejemplo de aquello. En primer lugar, su petición de que él durmiera en la habitación contigua a la suya era, a su entender, de lo más inadecuado, incluso ligeramente escandaloso. Cuando él había intentado argüir en ese sentido, no obstante, ella se había reído de sus temores. Su armadura, razonaba él, había proporcionado cierta defensa contra las habladurías. Los tiempos que corrían eran, en fin de cuentas, agitados, y la reina de Elenia precisaba protección. Como su paladín, Falquián tenía la obligación, el derecho incluso, de montar guardia a su lado. Pero cuando había vuelto a presentarse ante ella esa mañana con armadura al completo, había arrugado la nariz y sugerido que cambiara de atuendo inmediatamente. Él sabía que ésa sería una grave equivocación. El paladín de la reina en armadura era una cosa, y nadie que tuviera una mínima preocupación por su propia salud iba a presentar el más mínimo reparo por la proximidad de Falquián a la persona real. En cambio, si iba vestido con jubón y calzones, la situación cambiaba totalmente. Los criados murmurarían, y las habladurías de éstos siempre encontraban la manera de propagarse por la ciudad.

Ahora Falquián se miraba dubitativamente en el espejo. Llevaba un jubón de terciopelo negro con ribetes de plata y unos calzones grises. La vestimenta guardaba un leve parecido con un uniforme, y las botas negras que había elegido presentaban una apariencia más militar que los zapatos de afilada punta que a la sazón estaban de moda en la corte. Descartó el fino estoque que tenía a mano y se ciñó en su lugar su pesada espada de hoja ancha. El efecto era un tanto ridículo, pero la presencia de la contundente arma afirmaba a las claras la ocupación que traía a Falquián a los apartamentos de la reina.

— Esto queda absolutamente grotesco — se rió Ehlana cuando regresó a la sala de estar donde

ella yacía confortablemente albergada por mullidos cojines en un diván, con las rodillas cubiertas por una colcha de satén azul.

— ¿Mi reina? — contestó él con frialdad.

— La espada de hoja ancha, Falquián. Está completamente fuera de lugar con esa ropa. Quitároslo, por favor, ahora mismo y ceñiros el estoque que ordené que se os entregara.

— Si mi apariencia os ofende, Majestad, me retiraré. La espada, sin embargo, se queda donde está. No puedo protegeros con una aguja de hacer calceta.

Los grises ojos de la reina centellearon.

— Sois un... — comenzó a decir airadamente.

— Es mi decisión, Ehlana — la atajó —. Vuestra seguridad es una responsabilidad mía, y las medidas que yo adopte para facilitároslo no están sujetas a discusión.

Intercambiaron una larga y dura mirada. Aquélla no sería la primera vez que sus voluntades entrarían en conflicto, auguró Falquián.

— Tan rígido e inflexible, mi paladín — dijo Ehlana, con la mirada ya más cálida.

— En lo que concierne a Su Majestad, sí lo soy — admitió sin ambages, en la creencia de que era mejor dejar aquello bien sentado desde un principio.

— ¿Pero por qué estamos discutiendo, mi caballero? — La joven sonrió caprichosamente, haciendo aletear las pestañas.

— No hagáis eso, Ehlana — la reprendió, sin advertir que adoptaba el tono que había utilizado cuando ella era una niña —. Sois la reina, y no una remilgada camarera que trata de salirse con la suya. No pidáis ni intentéis ser encantadora. Ordenad.

— ¿Os quitaríais la espada si os lo ordenara, Falquián?

— No, pero yo no estoy sometido a las normas generales.

— ¿Quién lo ha decidido?

— Yo. Podemos mandar a buscar al conde de Lenda si lo deseáis. Está muy versado en la ley y puede darnos su opinión sobre este asunto.

— Pero si él se decide contra vos, no vais a hacerle caso, ¿verdad?

— No.

— Eso no es justo, Falquián.

— No estoy tratando de ser justo, mi reina.

— Falquián, cuando estamos solos como ahora, ¿creéis que podríais dispensarme de los tratamientos de «Su Majestad» y «mi reina»? Después de todo, yo tengo un nombre, y no temíais utilizarlo cuando yo era niña.

— Como queráis — acordó con un encogimiento de hombros.

— Decidlo, Falquián. Decid Ehlana. No es un nombre desagradable y estoy convencida de que no os vais a atragantar al pronunciarlo.

— De acuerdo, Ehlana — capituló, sonriendo.

Después de la derrota sufrida en la cuestión de la espada, ella necesitaba una victoria de alguna clase para recomponer su dignidad.

— Estáis mucho más atractivo cuando sonreís, mi paladín. Deberíais intentar sonreír más a menudo. — Se arrellanó en los cojines con aire pensativo. Su pálido pelo rubio había sido cuidadosamente peinado esa mañana y llevaba unas cuantas joyas, modestas aunque caras. Tenía las mejillas encantadoramente sonrosadas, lo cual contrastaba con la extrema blancura de su piel —. ¿Qué hicisteis en Rendor después de que el idiota de Aldreas os enviara al exilio?

— Ésa no es manera apropiada de hablar de vuestro padre, Ehlana.

— Apenas si se comportó como un padre, Falquián, y su inteligencia no era precisamente sobresaliente. Los esfuerzos que hizo manteniendo relaciones con su hermana debieron de ablandarle el cerebro.

— ¡Ehlana!

— No seáis tan mojigato, Falquián. Todo el palacio estaba al corriente de ello... y toda la ciudad,

probablemente.

Falquián resolvió que era hora de buscar un marido para su reina.

— ¿Cómo averiguasteis tantos detalles sobre la princesa Arissa? — le preguntó —. La enviaron a ese convento cercano a Demos antes de que vos nacierais.

— Las habladurías duran mucho tiempo, Falquián, y Arissa distaba mucho de ser una mujer discreta.

Falquián se devanó los sesos buscando la manera de cambiar de tema. Aun cuando Ehlana parecía ser consciente de lo que implicaban sus palabras, él no podía dar crédito a la idea de que ella pudiera ser tan desenvuelta en aquellas cuestiones. Una parte de sí mismo se aferraba con obstinación a la noción de que, bajo su evidente madurez, aún subsistía la misma niña inocente que había dejado diez años antes.

— Tendedme la mano izquierda — le indicó él —. Tengo algo para vos.

El tono que marcaba sus relaciones era todavía impreciso. Ambos lo sentían vivamente y padecían una extrema incomodidad por ello.

Falquián fluctuaba entre una rígida y correcta formalidad y un trato rudo, de autoridad casi militar. Ehlana también parecía oscilar de un momento a otro entre la juguetona y flaca muchachita que él había instruido y moldeado, y la reina plenamente desarrollada. En un nivel bastante más profundo, ambos eran extremadamente conscientes de los cambios que el paso de una corta década había provocado en Ehlana. El proceso de maduración había aportado significativas transformaciones en el cuerpo de Ehlana. Dado que Falquián no había estado presente para acostumbrarse gradualmente a ellas, ahora se le aparecían de improviso en todo su esplendor. Trataba tan bien como sabía de evitar mirarla sin ofenderla. Ehlana, por su parte, parecía bastante satisfecha con sus recientemente adquiridos atributos y daba la impresión de vacilar entre el deseo de exhibirlos, de hacer alarde de ellos incluso, y una vergonzosa compulsión a ocultarlos detrás de cualquier cosa que se le presentara a mano. Eran momentos difíciles para los dos.

A estas alturas se debería dejar bien claro algo en defensa de Falquián. La casi apabullante femineidad de Ehlana, unida a su majestuoso semblante y desconcertante candor, lo habían confundido, y los anillos ofrecían un aspecto tan similar que es comprensible que sacara el suyo propio por equivocación. Deslizó la sortija en el dedo de la joven sin darse cuenta de lo que ello implicaba.

A pesar de la semejanza de los dos anillos, existían minúsculas diferencias entre ellos, y es de todos sabido que las mujeres son infalibles para reconocer tan pequeñas variaciones. Ehlana dedicó a la sortija de rubí que acababa de colocar en su mano lo que apenas pasó de ser una ojeada y después, con un chillido de regocijo, se arrojó a sus brazos, casi haciéndole perder el equilibrio, y pegó los labios a los suyos.

Fue una desafortunada casualidad, tal vez, que Vanion y el conde de Lenda eligieran ese momento para entrar en la habitación. El anciano conde carraspeó educadamente y Falquián, ruborizado hasta la raíz del pelo, se zafó delicada pero firmemente de los brazos con que la reina le había rodeado el cuello.

El conde de Lenda sonreía sagazmente y Vanion tenía una ceja enarcada.

— Perdonad la interrupción — se disculpó diplomáticamente Lenda —, pero, dado que vuestra recuperación parece seguir un halagüeño curso, lord Vanion y yo habíamos pensado que sería momento adecuado de ponerlos al corriente de ciertos asuntos de estado.

— Desde luego, Lenda — respondió la reina, desoyendo la pregunta implícita acerca de qué estaban haciendo exactamente ella y Falquián cuando la pareja había entrado en la habitación.

— Hay unos amigos aguardando afuera, Su Alteza — informó Vanion —. Ellos se hallan en condiciones de referiros algunos acontecimientos de manera más detallada de lo que haríamos el conde y yo.

— Entonces hacedlos pasar, naturalmente.

Falquián se dirigió a un aparador y se sirvió un vaso de agua; por algún motivo, tenía la boca

muy seca.

Vanion salió afuera y regresó con los amigos de Falquián.

— Creo que conocéis a Sephrenia, Kurik y sir Kalten, Su Majestad — dijo. Después presentó a los demás, omitiendo juiciosamente informarla sobre las actividades profesionales de Talen.

— Estoy muy contenta de conocerlos a todos — los halagó graciosamente —. Ahora, antes de comenzar, tengo una noticia que participaros. Sir Falquián aquí presente acaba de pedirme en matrimonio. ¿No ha sido un gesto encantador por su parte?

Falquián, que en esos instantes tenía el vaso junto a la boca, tosió repetidas veces, atragantado.

— Vaya, ¿qué os ocurre, querido? — preguntó con inocencia Ehlana.

El caballero se señaló la garganta, emitiendo extraños ruidos.

Cuando Falquián hubo en cierto modo recobrado el aliento y algunos jirones de su compostura, el conde de Lenda volvió la mirada hacia su reina.

— ¿Deduzco bien al pensar que Su Majestad ha aceptado la proposición de su paladín?

— Por supuesto que sí. Eso era lo que estaba haciendo cuando habéis entrado.

— ¡Oh! — exclamó el anciano —. Ya veo. — Lenda era un consumado diplomático, capaz de pronunciar frases como aquella sin esbozar el más leve asomo de sonrisa.

— Mis felicitaciones, mi señor — dijo con brusquedad Kurik, atenazando férreamente la mano de Falquián y estrechándola vigorosamente.

Kalten tenía los ojos clavados en Ehlana.

— ¿Falquián? — preguntó con incredulidad.

— ¿No es curioso cómo vuestros más íntimos amigos nunca llegan a comprender realmente vuestra grandeza, cariño mío? — señaló la joven a Falquián —. Sir Kalten — afirmó entonces —, vuestro amigo de infancia es el más excelso caballero del mundo y cualquier mujer se sentiría honrada teniéndolo por marido. — Sonrió con aire satisfecho —. Sin embargo, soy yo quien lo ha cazado. Bien, amigos, sentaos y contadme por favor lo que ha sucedido en mi reino durante mi enfermedad. Confío en que seréis breves. Mi prometido y yo tenemos planes que trazar.

Vanion, que se había quedado de pie, recorrió a los demás con la mirada.

— Si olvido mencionar algo importante, no dudéis en intervenir y corregidme — indicó. Luego dirigió la mirada al techo —. ¿Por dónde empezar? — musitó.

— Podríais comenzar diciéndome qué fue lo que me puso tan enferma, lord Vanion — sugirió Ehlana.

— Os envenenaron, Majestad.

— ¿Cómo?

— Un veneno muy raro originario de Rendor..., el mismo que provocó la muerte de vuestro padre.

— ¿Quién fue el responsable?

— En el caso de vuestro padre, fue su hermana. En el vuestro, fue el primado Annias. Sabíais que había puesto sus miras en el trono del archiprelado de Chyrellos, ¿no es cierto?

— Desde luego. Hice cuanto pude por interponerme en su camino. Si accede a ese trono, creo que me convertiré al eshandismo... o tal vez me haga estiria. ¿Me aceptaría vuestro Dios, Sephrenia?

— Diosa, Majestad — la corrigió Sephrenia —. Yo adoro a una diosa.

— Qué idea más práctica. ¿Debería cortarme el pelo y ofrecerle en sacrificio unos cuantos niños elenios?

— No seáis ridícula, Ehlana.

— Sólo bromeaba, Sephrenia. — Ehlana soltó una carcajada —. ¿Pero no es eso lo que el pueblo elenio dice de los estirios? ¿Cómo os enterasteis de que me habían envenenado, lord Vanion?

Vanion trazó una somera descripción del encuentro entre Falquián y el espectro del rey Aldreas y de la recuperación del anillo que ahora, por error, decoraba la mano del paladín. Después prosiguió, refiriéndose al puesto de gobernante que de hecho había asumido Annias y la elevación del primo

de la reina a la condición de príncipe regente.

— ¿Lycheas? — exclamó en ese punto la joven —. Es ridículo. Si no sabe ni vestirse él solo. — Frunció el entrecejo —. Si me envenenaron y la sustancia utilizada fue la misma que mató a mi padre, ¿cómo es que todavía estoy viva?

— Hicimos uso de la magia para sostener vuestra vida, reina Ehlana — le explicó Sephrenia.

Vanion expuso a continuación el regreso de Falquián de Rendor y su creciente convicción de que Annias la había envenenado con el objetivo principal de obtener acceso a su tesoro para poder financiar su campaña para el archiprelado.

Falquián se hizo cargo de la historia entonces y relató a la joven dama que acababa de pescarlo en sus redes el viaje que habían realizado el grupo de caballeros de la Iglesia y sus compañeros a Chyrellos, luego a Borrata y finalmente a Rendor.

— ¿Quién es Flauta? — lo interrumpió en cierto momento Ehlana.

— Una huérfana estiria — repuso el caballero —. Al menos eso creímos. Parecía tener unos seis años, pero resultó que tenía una edad muy, muy superior.

Prosiguió su relato, describiendo el recorrido por las tierras de Rendor y la entrevista con el médico de Dabour que había accedido a revelarles que sólo la magia podía salvar a la reina. Después pasó a referir su encuentro con Martel.

— Nunca me gustó — declaró la reina, torciendo el gesto.

— Ahora trabaja para Annias — la informó Falquián —, y estaba en Rendor coincidiendo con nuestra visita. Había un loco fanático religioso allá, Arasham, que ejercía de líder espiritual del reino. Martel trataba de convencerlo para que invadiera los reinos elenios occidentales con el fin de proporcionar una distracción que permitiera a Annias actuar impunemente durante la elección del nuevo archiprelado. Sephrenia y yo fuimos a la tienda de Arasham, y Martel se encontraba allí.

— ¿Lo matasteis? — preguntó Ehlana con ferocidad.

Falquián pestañeó, sorprendido por aquella faceta de carácter en la que nunca había reparado antes.

— No era precisamente el momento adecuado, mi reina — se disculpó —. En su lugar ideé un subterfugio y persuadí a Arasham de que no invadiera hasta recibir noticias mías. Martel estaba furioso, pero no pudo hacer nada al respecto. Él y yo sostuvimos una pequeña conversación y me confesó que era él quien había encontrado el veneno y lo había puesto en manos de Annias.

— ¿Tendría peso jurídico esta declaración en un tribunal, mi señor? — preguntó Ehlana al conde de Lenda.

— Dependería del juez, Su Majestad — respondió éste.

— No tenemos por qué preocuparnos por eso, Lenda — aseguró con tono inflexible —, porque yo voy a ser el juez... y también el jurado.

— Una situación un tanto irregular — murmuró el conde.

— También lo fue lo que nos hicieron a mi padre y a mí. Continúa con el relato, Falquián.

— Volvimos aquí a Cimmura y fuimos al castillo de los pandion. Allí fui llamado para acudir a la cripta real situada bajo la catedral para reunirme con el espectro de vuestro padre. Me dijo unas cuantas cosas... Primero, que fue vuestra tía quien lo había envenenado y que fue Annias quien os hizo administrar el veneno a vos. También me reveló que Lycheas era el fruto de ciertas intimidaciones acaecidas entre Annias y Arissa.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Ehlana —. Abrigaba un cierto temor de que fuera el hijo bastardo de mi padre. Ya es bastante bochornoso tener que admitir que es mi primo, ¿pero un hermano? Impensable.

— El fantasma de vuestro padre también me comunicó que lo único capaz de salvaros la vida era el Bhelliom.

— ¿Qué es el Bhelliom?

Falquián introdujo la mano debajo de su jubón y sacó la bolsa de lona. Después la abrió y mostró a la luz la rosa de zafiro.

— Esto es el Bhelliom, Majestad — le enseñó.

Una vez más, presintió más que verlo con precisión un aleteo de oscuridad en los límites de su visión. Se deshizo de tal impresión y tendió la joya al frente.

— ¡Qué exquisita! — gritó la dama, alargando la mano hacia ella.

— ¡No! — la atajó Sephrenia con tono conminante —. ¡No la toquéis, Ehlana! ¡Podría destruirlos!

Ehlana se echó atrás, con los ojos muy abiertos.

— Pero Falquián está tocándola — objetó.

— A él lo conoce. Puede que también os conociera a vos, pero es mejor no correr riesgos. Hemos invertido mucho tiempo y esfuerzo en vos para echarlo a perder ahora.

Falquián volvió a introducir la gema en la bolsa y la guardó.

— Hay algo más que deberíais saber, Ehlana — manifestó Sephrenia —. El Bhelliom es el objeto más poderoso y codiciado del mundo, y Azash desea desesperadamente hacerse con él. Esa era la finalidad de la invasión de Occidente llevada a cabo por Otha hace quinientos años. Otha tiene zemoquianos, y otros que no lo son, aquí en Occidente que buscan la joya. Debemos impedir por todos los medios que caiga en su poder.

— ¿Deberíamos destruirlo ahora? — la interrogó con tristeza Falquián, que sin saber a qué atribuirlo hubo de poner gran empeño en llegar a formular la pregunta. |

— ¿Destruirlo? — se indignó Ehlana —. ¡Pero si es muy hermoso!

— Es asimismo diabólico — sentenció Sephrenia. Hizo una pausa —. Aunque tal vez diabólico no sea la palabra apropiada. La gema no tiene la noción de la diferencia entre el bien y el mal. No, Falquián, conservémosla durante un tiempo más hasta estar seguros de que Ehlana está fuera de peligro de recaída. Seguid con la historia, pero tratad de ser breve. Vuestra reina todavía está débil.

— Haré un resumen pues — aceptó.

Contó a su reina cómo habían buscado en el campo de batalla del lago Rander y cómo al fin lograron localizar al conde Ghasek. La reina escuchaba atentamente, dando casi la impresión de que contenía el aliento mientras él refería los sucesos acaecidos en el lago Venne. El caballero resumió la explicación de la interferencia del rey Wargun — aunque no utilizó exactamente esa palabra — y después describió el peligroso encuentro con Ghwerig en la cueva y la revelación de la verdadera identidad de Flauta.

— Y así es como están las cosas ahora, mi reina — concluyó —. El rey Wargun está combatiendo a los rendoreños en Arcium; Annias está en Chyrellos aguardando el fallecimiento del archiprelado Clovunus; y vos estáis restituida en el trono que os corresponde por derecho legítimo.

— Y también recién prometida — le recordó, poniendo de manifiesto que no estaba dispuesta a permitir que lo olvidara. Reflexionó un instante —. ¿Y qué habéis hecho con Lycheas? — inquirió con vivo interés.

— Está en la mazmorra que le corresponde, Majestad.

— ¿Y Harparin y el otro?

— El gordo está en la mazmorra con Lycheas. Harparin nos ha dejado de manera bastante repentina.

— ¿Lo habéis dejado escapar?

— No, Su Majestad — intervino Kalten —. Se ha puesto a chillar y a intentar ordenarnos que saliéramos de la cámara del consejo. Vanion se ha cansado de tanto ruido y ha dejado que Ulath lo degollara.

— Muy apropiado. Quiero ver a Lycheas.

— ¿No deberíais descansar? — se inquietó Falquián.

— No hasta que le haya dicho unas cuantas cosas a mi primo.

— Iré en su busca — se ofreció Ulath, antes de volverse y salir de la estancia.

— Mi señor de Lenda — propuso entonces Ehlana —, ¿os pondréis al frente de mi consejo real?

— Como desee Su Majestad — acató Lenda con una reverencia.

— Y, lord Vanion, ¿participaréis también en él... cuando vuestras otras ocupaciones os lo permitan?

— Me sentiría honrado, Su Majestad.

— Como mi consorte y paladín, Falquián dispondrá también de asiento en la mesa del consejo... y creo que Sephrenia también.

— Yo soy estiria, Ehlana — señaló Sephrenia —. ¿Sería prudente poner a una estiria en vuestro consejo, dada la inclinación negativa que siente el vulgo elenio por nuestra raza?

— Voy a poner fin a esa insensatez de una vez por todas — aseveró Ehlana —. Falquián, ¿se os ocurre otra persona que pudiera ser útil en el consejo?

El caballero pensó un momento y de repente tuvo una idea.

— Conozco a un hombre que no es de alta cuna, Su Majestad, pero es muy inteligente y entiende mucho sobre un aspecto de Cimmura cuya existencia probablemente vos desconocéis.

— ¿Quién es ese hombre?

— Se llama Platimo.

— ¿Habéis perdido el juicio, Falquián? — espetó Talen después de soltar un torrente de carcajadas —. ¿Vais a dejar que Platimo entre en el edificio donde están el tesoro y las joyas de la corona?

— ¿Hay algún problema relacionado con ese hombre? — inquirió Ehlana, algo desconcertada.

— Platimo es el ladrón más importante de Cimmura — la informó Talen —. Lo sé de buena tinta porque yo solía trabajar con él. Controla a todos los ladrones y mendigos de la ciudad... así como a los timadores, matones y putas.

— ¡Vigila ese lenguaje, jovencito! — vociferó Kurik.

— Ya he oído otras veces esas palabras — apuntó, sin inmutarse, Ehlana —. Sé lo que significan. Decidme, Falquián, ¿cuál es el razonamiento que os mueve a proponerlo?

— Como he dicho, Platimo es muy inteligente, en ciertos aspectos brillante, y, aunque suene algo extraño, es un patriota. Tiene una visión global muy completa de la sociedad de Cimmura y controla medios para obtener información que yo ni siquiera me atrevo a soñar. No hay nada que ocurra en Cimmura, o en casi todo el resto del mundo, a decir verdad, de lo que él no esté al corriente.

— Me entrevistaré con él — prometió Ehlana.

Entonces Ulath y sir Perraine entraron arrastrando a Lycheas. Éste se quedó mirando boquiabierto a su prima con ojos desorbitados a causa de la sorpresa.

— ¿Cómo...? — comenzó a decir, antes de callar súbitamente, mordiéndose el labio.

— ¿No esperabais verme viva, Lycheas? — le preguntó ella con tono viperino.

— Creo que es una práctica habitual arrodillarse en presencia de la reina, Lycheas — gruñó Ulath, propinándole un puntapié que le hizo perder el equilibrio y quedar postrado en el suelo en una humillante postura.

— Su Majestad — explicó el conde de Lenda tras aclararse la garganta —, durante el tiempo que duró vuestra enfermedad, el príncipe Lycheas insistió en que debía recibir el tratamiento de «Su Majestad». Deberé consultar los estatutos, pero creo que ello constituye delito de alta traición.

— Como mínimo, con ese cargo lo he arrestado yo — añadió Falquián.

— Con eso me basta — dijo Ulath, poniendo en alto el hacha —. Dad vuestro consentimiento, reina de Elenia, y en cuestión de minutos tendremos su cabeza coronando una viga en la puerta de palacio.

Lycheas los miró horrorizado, con la boca abierta, y luego se puso a llorar, suplicando que le perdonaran la vida, en tanto su prima fingía estar planteándose seriamente la cuestión. Al menos, en eso confiaba Falquián.

— Aquí no, sir Ulath — se pronunció con cierto pesar —. Las alfombras, ¿comprendéis?

— El rey Wargun quería ahorcarlo — aseguró Kaltén. Dirigió la mirada hacia arriba —. Tenéis un elevado techo muy adecuado aquí, Majestad, y vigas sólidas. No tardaré ni un minuto en

conseguir una cuerda. Podemos tenerlo bailando en el aire en un santiamén, y la horca no es ni la mitad de engorrosa que la decapitación.

— ¿Qué os parece, querido? — preguntó Ehlana a Falquián —. ¿Deberíamos colgar a mi primo? Falquián estaba profundamente conmovido por la frialdad con que ella se había expresado.

— Ah..., él conoce una gran cantidad de información que podría sernos de utilidad, mi reina — observó.

— Podría ser cierto — reconoció la reina —. Decidme, Lycheas, ¿tenéis información que querríais compartir con nosotros mientras reflexiono sobre esto?

— Diré cuanto queráis, Ehlana — gimoteó el bastardo.

Ulath le propinó un guantazo en la nuca.

— Su Majestad — apuntó.

— ¿Cómo?

— A la reina se le da el trato de «Su Majestad» — explicó Ulath, volviendo a golpearlo.

— S... Su Majestad — tartamudeó Lycheas.

— Hay otra cuestión a tomar en cuenta, mi reina — continuó Falquián —. Como recordaréis, Lycheas es el hijo de Annias.

— ¿Cómo lo habéis averiguado? — exclamó Lycheas.

— No os estaba hablando a vos — le hizo ver Ulath, dándole un nuevo cogotazo —. Hablad cuando os dirijan la palabra.

— Como decía — prosiguió Falquián —, Lycheas es el hijo de Annias, y podría ser una pieza útil para negociar en Chyrellos cuando vayamos allí a impedir que Annias acceda al trono del archiprelado.

— Oh — aceptó la reina, malhumorada —, estoy de acuerdo, supongo, pero, en cuanto acabéis con él, devolvedlo a sir Ulath y sir Kalten. Estoy segura de que encontrarán la manera de decidir cuál de ellos se encarga de él.

— ¿A los palillos? — preguntó Kalten a Ulath.

— O podríamos jugárnoslo a los dados — propuso a su vez Ulath.

— Mi señor de Lenda — dijo entonces Ehlana —, ¿por qué no os lleváis vos y Vanion a este infortunado a otro sitio y lo interrogáis? Me pongo enferma sólo de verlo. Llevaos a sir Kalten y sir Ulath con vosotros. Su presencia podría animarlo a mostrarse más amable.

— Sí, Su Majestad — repuso Lenda, reprimiendo una sonrisa.

Cuando se hubieron llevado a Lycheas de la habitación, Sephrenia miró directamente a la cara a la reina.

— No estaríais planteándooslo en serio, ¿verdad? — le preguntó.

— Oh, por supuesto que no... No demasiado en serio, en todo caso. Sólo quiero hacer sudar un poco a Lycheas. Creo que me lo debe. — Suspiró fatigadamente —. Creo que me gustaría descansar un poco ahora. Falquián, sed amable y llevadme a la cama.

— Eso raya lo indecoroso — replicó rígidamente el interpelado.

— Oh, dejaos de tonterías. De todas formas ya podéis ir acostumbrándoos a pensar en mí y en las camas a la vez.

— ¡Ehlana!

La joven se echó a reír y le tendió los brazos. Mientras se inclinaba para levantar en brazos a su reina, percibió fugazmente la cara que ponía Berit. El joven novicio lo miraba con odio inconfundible. Eso podría acarrear problemas, previo Falquián, que resolvió sostener una larga conversación con Berit tan pronto como se presentara la oportunidad. Trasladó a Ehlana a la otra habitación y la metió en un gran lecho.

— Habéis cambiado mucho, mi reina — observó gravemente —. No sois la misma persona que dejé hace diez años. — Era hora de airear aquella cuestión para que ambos dejaran de andarse con rodeos al respecto.

— Os habéis dado cuenta — replicó ella con malicia.

— Acabáis de dar una muestra de ello — señaló el caballero, volviendo a adoptar un aire profesional —. Sólo tenéis dieciocho años, Ehlana. No os favorece adoptar las maneras mundanas de una mujer de treinta y cinco. Yo recomiendo fervientemente una actitud pública más inocente.

Se retorció por la cama hasta quedarse tumbada boca abajo con la cabeza en el lugar opuesto a donde debía estar. Luego apoyó la barbilla en las manos y, con ojos bien abiertos y expresión ingenua, pestañeó y dio pataditas con un pie a la almohada.

— ¿Así? — inquirió.

— Parad de hacer tonterías.

— Sólo pretendo complaceros, prometido mío. ¿Había algo más de mí que queríais modificar?

— Os habéis vuelto dura, chiquilla.

— Ahora os toca a vos dejar de hacer algo — dijo con firmeza —. No volváis a llamarme «chiquilla», Falquián. Dejé de serlo el día en que Aldreas os mandó a Rendor. Podía ser una niña mientras estabais aquí para protegerme, pero, cuando os hubisteis ido, no pude permitírmelo más. — Se sentó con las piernas cruzadas en la cama —. La corte de mi padre era un lugar muy inhóspito para mí, Falquián — explicó con seriedad —. Me vestían de gala y me exhibían en funciones de la corte donde podía ver a Annias sonriendo afectadamente. Todos los amigos que tenía eran apartados de mí, o asesinados, con lo cual me vi obligada a distraerme escuchando los insustanciales cotilleos de las doncellas. Como grupo, las doncellas tienden a ser libertinas. En una ocasión tracé un diagrama... Vos me enseñasteis a ser metódica, como recordaréis. No daríais crédito a lo que ocurre en el sitio donde se encuentra la servidumbre. Mi diagrama indicaba que una agresiva e insignificante lagarta casi había superado a la propia Arissa en sus conquistas. Su disponibilidad era casi legendaria. Si a veces doy la impresión de ser «mundana»... ¿no era ésa la palabra?... podéis achacar la culpa a los tutores que se hicieron cargo de mi educación cuando os marchasteis. Al cabo de pocos años, dado que cualquier muestra de amistad que yo diera a los caballeros y damas de la corte era motivo inmediato de exilio o de algo peor, deposité mi confianza en los criados. Como los criados esperan recibir órdenes, yo doy órdenes. Ahora es una costumbre. Sin embargo, fue algo que me sirvió. Nada sucede en el palacio de lo que no se enteren los sirvientes, y no pasó mucho tiempo hasta que me lo contaron todo. Utilizaba esa información para protegerme de mis enemigos, y todos los de la corte salvo Lenda eran enemigos míos. No fue una infancia digna de tal nombre, Falquián, pero me preparó mucho mejor que las horas vacías dedicadas a hacer girar aros o desperdiciando afecto en muñecas o animalitos de trapo. Si parezco dura, es porque crecí en un ambiente hostil. Puede que tardéis años en suavizar esas asperezas, pero no me cabe duda de que yo apreciaré los esfuerzos que hagáis en ese sentido. — Esbozó una encantadora sonrisa que no alcanzó a disipar una especie de aire defensivo patente en sus ojos.

— Mi pobre Ehlana — dijo Falquián, con el corazón en un puño.

— En absoluto, querido Falquián. Ahora os tengo a vos y eso me convierte en la mujer más rica del mundo.

— Tenemos un problema, Ehlana — anunció gravemente.

— Yo no veo ninguno. No ahora.

— Creo que me habéis interpretado mal cuando os he dado el anillo por error. — Lamentó al instante haberlo dicho, pues la reina abrió los ojos como si acabara de abofetearla —. Por favor, no os lo toméis a mal — se apresuró a añadir —. Es que soy demasiado viejo para vos, eso es todo.

— No me importa la edad que tengáis — declaró con tono desafiante —. Sois mío, Falquián, y nunca os dejaré ir. — Su voz sonaba con convicción tan férrea que él casi se encogió al oírla.

— Tenía la obligación de hacéroslo ver — enmendó, tratando de suavizar la espantosa herida que le acababa de provocar —. Es el deber, comprendedlo.

A lo cual la reina le sacó la lengua.

— De acuerdo, ahora que ya habéis rendido honores a la cuestión del deber, no volveremos a mencionarlo nunca. ¿Para cuándo os parece que fijemos la boda? ¿Antes o después de que os vayáis

con Vanion a Chyrellos para matar a Annias? Personalmente, prefiero que sea lo antes posible. He oído toda clase de comentarios sobre lo que ocurre cuando un marido y una esposa están a solas y realmente siento muchísima curiosidad.

Falquián se puso rojo como la grana ante el desparpajo de aquella confesión.

Capitulo cinco

¿Está dormida? —preguntó Vanion cuando Falquián salió del dormitorio de Ehlana. Falquián asintió con la cabeza.

— ¿Os ha dicho Lycheas algo de interés? — inquirió. — Unas cuantas cosas que en su mayor parte corroboran lo que ya sospechábamos — respondió Vanion. El preceptor tenía la expresión turbada, y la carga de las espadas de los caballeros fallecidos aún era evidente en él, pese a que recobraba el vigor a ojos vista —. Mi señor de Lenda — dijo —, ¿son seguros los apartamentos de la reina? Preferiría que algunas de las cosas que nos ha revelado Lycheas no pasaran a ser del dominio público.

— Las habitaciones son bastante seguras, mi señor — afirmó Lenda —, y la presencia de vuestros caballeros en los corredores disuadirá probablemente a cualquiera que arda de curiosidad.

Kalten y Ulath entraron con maliciosas sonrisas en la cara.

— Lycheas está pasando un malísimo día. — Kalten sonrió afectadamente —. Ulath y yo estábamos rememorando una serie de espeluznantes ejecuciones que habíamos presenciado mientras lo escoltábamos de vuelta a las mazmorras. Ha encontrado particularmente angustiante la perspectiva de arder en una pira.

— Y casi se ha desmayado cuando hemos apuntado la posibilidad de torturarlo en el potro hasta la muerte. — Ulath rió entre dientes —. Oh, por cierto, hemos pasado por la puerta de palacio cuando regresábamos. Los soldados eclesiásticos que hemos capturado están reparándola. — El alto caballero genidio dejó el hacha en un rincón —. Algunos de vuestros pandion se han ido a pasear por las calles, lord Vanion. Por lo visto, un buen número de ciudadanos de Cimmura han pasado a mejor vida.

Vanion lo miró con desconcierto.

— Tienen motivos para estar un poco nerviosos — explicó Kalten —. Annias llevaba bastante tiempo controlando la ciudad, y algunas personas, tanto nobles como plebeyas, que siempre se desviven por aprovechar las oportunidades, salieron del recto camino para complacer al buen primado. Sus vecinos saben quiénes son y se han producido unos cuantos... incidentes, ya me entendéis. Cuando se produce un repentino relevo en el poder, mucha gente quiere demostrar su lealtad al nuevo régimen de manera bien visible. Ha habido, al parecer, varias ejecuciones espontáneas en la horca y muchas casas están ardiendo. Ulath y yo hemos sugerido a los caballeros que pusieran fin a todos estos desmanes, porque, como ya sabéis, los incendios tienden a propagarse.

— Me encanta la política, ¿a vosotros no? — se regocijó Tynian.

— El gobierno de las masas debe reprimirse siempre — se pronunció críticamente el conde de Lenda —. Las turbas son el enemigo de cualquier gobierno.

— Por cierto — preguntó Kalten a Falquián, lleno de curiosidad —, ¿de veras has propuesto matrimonio a la reina?

— Ha sido un malentendido.

— Estaba seguro de que era eso. Nunca me pareciste el tipo de hombre casadero. Pero ella va a hacerte cumplir, ¿verdad?

— Estoy trabajando en ese sentido.

— Os deseo toda la suerte del mundo, pero, con franqueza, no albergo grandes esperanzas por ti. Me fijé en algunas de las miradas que te dirigía cuando era una niña. Te han pescado para un montón de tiempo, creo. — Kalten sonreía abiertamente.

— Es muy reconfortante tener amigos.

— De todas formas, ya era hora de que sentaras cabeza, Falquián. Estás haciéndote demasiado viejo para ir recorriendo el mundo y enzarzarte en peleas con la gente.

— Tú tienes la misma edad que yo, Kalten.

— Ya lo sé, pero mi caso es distinto.

— ¡Habéis decidido vos y Ulath quién se hará cargo de Lycheas? — preguntó Tynian.

— Todavía estamos discutiéndolo. — Kalten asestó una mirada cargada de suspicacia al corpulento thalesiano —. Ulath ha estado intentando endosarme un juego de dados.

— ¡Endosaros? — protestó sin mucha convicción Ulath.

— He visto uno de esos dados, amigo mío, y tiene dos caras con seis.

— Eso es un montón de seises — observó Tynian.

— En efecto. — Kalten exhaló un suspiro —. Para seros sinceros, no obstante, no creo realmente que Ehlana nos vaya a dejar matar a Lycheas. Es un bobo tan patético que no me parece que ella tenga las agallas. Oh, bueno — agregó —, siempre nos queda Annias.

— Y Martel — le recordó Falquián.

— Oh, sí. Siempre nos queda Martel.

— ¿Hacia dónde se fue cuando Wargun lo echó de Larium? — preguntó Falquián —. Me gusta seguirle la pista a Martel. No querría que se metiera en problemas.

— La última vez que lo vimos, se dirigía al este — respondió Tynian, con un encogimiento de hombros que levantó las pesadas planchas de su armadura deirana.

— ¿Al este?

— Así es — asintió Tynian —. Pensábamos que se encaminaría rumbo sur hacia Umanthum, pero más tarde averiguamos que había desplazado su tropa a Sarinium después del incendio de Coombe..., seguramente porque Wargun tiene barcos patrullando el estrecho de Arcium. Lo más probable es que a estas alturas ya esté en Rendor.

Falquián emitió un gruñido y, tras deshacer la hebilla del cinto de la espada, la dejó en la mesa y tomó asiento.

— ¿Qué os ha dicho Lycheas? — preguntó a Vanion.

— Unas cuantas cosas. Era patente que no estaba al corriente de todo lo que Annias se traía entre manos, pero, sorprendentemente, se las arregló para reunir una gran cantidad de información. Es más listo de lo que parece.

— Así tenía que ser — sentenció Kurik —. Talen — dijo a su hijo —, no hagas eso.

— Sólo estaba mirando, padre — protestó el muchacho.

— No. Podrías tener tentaciones.

— Lycheas nos ha confesado que hace muchos años que su madre y Annias son amantes — les refirió Vanion —, y que fue Annias quien propuso que Arissa intentara seducir a su hermano. Había descubierto un misterioso retazo de doctrina eclesiástica que parecía permitir el matrimonio entre ambos.

— La Iglesia jamás permitiría tamaña obscenidad — declaró sin paliativos sir Bevier.

— La Iglesia ha hecho muchas cosas en el transcurso de su historia que no se ajustan a la moralidad contemporánea, Bevier — indicó Vanion —. En una época en que su influencia era débil

en Cammoria y en que los matrimonios incestuosos eran tradicionales en la casa real de dicho reino, dio su autorización para poder continuar su catequización allí. Sea como fuere, Annias había llegado a la conclusión de que Aldreas era un rey sin carácter y que Arissa sería la verdadera dirigente de Elenia en caso de casarse con él. Entonces, dado que Annias más o menos tenía bajo su control a Arissa, él sería quien tomaría las decisiones. En un principio parecía que aquello colmaría sus ambiciones, pero después éstas ensancharon sus horizontes y él comenzó a poner sus miras en el trono del archiprelado de Chyrellos. Eso fue hace veinte años, tengo entendido.

— ¿Cómo se enteró Lycheas de eso? — inquirió Falquián.

— Solía visitar a su madre en ese convento de Demos — respondió Vanion —. Los recuerdos de Arissa abarcaban una amplia gama en el tiempo y ella era bastante franca con su hijo.

— Eso es repugnante — se indignó Bevier, con voz ahogada.

— La princesa Arissa tiene una moralidad un tanto peculiar — le dijo Kalten al joven arciano.

— El caso es que — prosiguió Vanion — el padre de Falquián se interpuso llegado ese momento. Yo lo conocí muy bien, y su moralidad era mucho más convencional. Estaba grandemente ofendido por lo que Aldreas y Arissa estaban haciendo. Como el rey lo temía, cuando él propuso un matrimonio con una princesa deirana, Aldreas accedió aun de mala gana. El resto es de sobra conocido. Arissa se puso hecha una fiera y se escapó a ese burdel a orillas del río...

Excusadme la referencia, Sephrenia.

— Ya he oído hablar de eso, Vanion — repuso la mujer —. Los estirios no somos tan mojigatos como pensáis los elenios.

— Arissa se quedó en el burdel varias semanas y, cuando finalmente la detuvieron, Aldreas no tuvo más remedio que confinarla en ese convento.

— Esto suscita un interrogante — señaló Tynian —. Teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasó en ese burdel y el número de clientes que atendió, ¿cómo puede estar alguien seguro de quién fue el padre de Lycheas?

— Ahora iba a referirme a esa cuestión — precisó Vanion —. Ella le aseguró a Lycheas en una de sus visitas que estaba embarazada de Annias antes de ir al burdel. Aldreas se casó con la princesa deirana y ésta murió al dar a luz a Ehlana. Lycheas tenía por entonces unos seis meses y Annias no reparaba esfuerzos en conseguir que Aldreas lo legitimara y lo nombrara heredero suyo, lo cual era excesivo incluso para Aldreas, el cual se negó en redondo. Fue aproximadamente por esa época cuando falleció el padre de Falquián y éste adoptó entonces su posición hereditaria como paladín del rey. Annias comenzó a alarmarse por los progresos realizados por Ehlana después de que Falquián se hiciera cargo de su educación. Para cuando ella tenía ocho años, llegó a la conclusión de que debía apartarla de su paladín antes de que la imbuyera de tal fortaleza que ni él mismo pudiera controlarla. Fue entonces cuando convenció a Aldreas para que lo enviara exiliado a Rendor, y después mandó a Martel a Cippria para asesinarlo y asegurarse así de que nunca volvería para completar la educación de Ehlana.

— Pero llegó demasiado tarde, ¿no es cierto? — Falquián sonrió —. Ehlana ya era demasiado fuerte para él.

— ¿Cómo lo lograste, Falquián? — le preguntó Kalten —. Nunca has sido lo que podría llamarse un profesor inspirador.

— El amor, Kalten — repuso Sephrenia con cierta dulzura —. Ehlana amaba a Falquián desde muy joven e intentó hacer las cosas de la manera que él quería que las hiciera.

— Entonces es algo que os habéis infligido a vos mismo, Falquián — dedujo, con una carcajada, Tynian.

— ¿Que me infligí qué?

— Forjasteis una mujer de acero, y ahora ella va a obligaros a desposarla... y es lo bastante voluntariosa como para salirse con la suya.

— Tynian — observó cáusticamente Falquián —, habláis demasiado. — El fornido pandion sentía una repentina irritación, especialmente intensa puesto que debía reconocer para sus adentros

que era probable que Tynian tuviera razón.

— La cuestión es que nada de eso es realmente muy novedoso o sorprendente — señaló Kurik —. De todas formas no lo bastante como para mantener la cabeza de Lycheas pegada a su cuerpo.

— Eso ha llegado un poco más tarde — le dijo Vanion —. Ehlana lo ha asustado tanto fingiendo que estaba a punto de permitir una ejecución sumaria que al principio sólo balbuceaba. Sea como fuere, después de que Annias presionó a Aldreas para que exiliara a Falquián, el rey comenzó a cambiar y se puede decir que fue desarrollando cierto carácter. A veces es algo difícil comprender por qué la gente actúa de la forma como lo hace.

— No lo es tanto — disintió Sephrenia —. Aldreas estaba sometido a la influencia de Annias, pero en el fondo de su corazón sabía que lo que hacía no estaba bien. Tal vez sintiera que su paladín podría ser capaz de regenerar su alma, pero, cuando Falquián se hubo ido, Aldreas comenzó a darse cuenta de que estaba completamente solo y que, si debía salvar su alma, no podía contar con nadie más que consigo mismo.

— Sin duda su razonamiento se ajusta a la realidad — se maravilló Bevier —. Quizá debería realizar algunos estudios de ética estiria. Una síntesis de la moral elenia y estiria podría resultar muy interesante.

— Herejía — observó sin miramientos Ulath.

— ¿Cómo decís?

— No se espera de nosotros el considerar la posibilidad de que las otras morales tengan validez, Bevier. Es un dictado algo estrecho de miras, debo admitir, pero nuestra Iglesia es así en ocasiones.

— No pienso escuchar insultos dirigidos a nuestra Santa Madre — declaró Bevier, poniéndose en pie con el rostro encendido.

— Oh, sentaos, Bevier — lo instó Tynian —. Ulath sólo bromeaba. Nuestros hermanos genidios están mucho más versados en la teología de lo que nosotros creemos.

— Es el clima — explicó Ulath —. No hay gran cosa que hacer en Thalesia en invierno... a menos que a uno le guste contemplar cómo nieva. Tenemos mucho tiempo para la meditación y el estudio.

— Por la razón que fuere, Aldreas empezó a denegar algunas de las más escandalosas demandas de dinero por parte de Annias — prosiguió su exposición Vanion —, y Annias comenzó a desesperarse. Fue entonces cuando él y Arissa decidieron asesinar al rey. Martel suministró el veneno y Annias dispuso lo necesario para que Arissa pudiera salir del convento. Es de suponer que él mismo habría podido envenenar a Aldreas, pero Arissa le rogó que le permitiera hacerlo a ella porque quería matar personalmente a su hermano.

— ¿Estáis seguro de que queréis trabar lazos matrimoniales con esa familia, Falquián? — preguntó Ulath.

— ¿Tengo alguna opción al respecto?

— Siempre podríais huir. No dudo de que pudierais encontrar trabajo en el Imperio Tamul o en el continente daresiano.

— Ulath — lo atajó Sephrenia —, a callar.

— Sí, señora — acató el caballero.

— Continúa, Vanion — indicó.

— Sí, señora. — El preceptor imitó a la perfección el tono utilizado por Ulath —. Después de que Arissa asesinó a su hermano, Ehlana ascendió al trono y demostró ser una digna alumna de Falquián. Negó a Annias todo acceso al tesoro y a punto estuvo de recluirlo en un monasterio. En ese punto él la envenenó.

— Disculpad, lord Vanion — lo interrumpió Tynian —. Mi señor de Lenda, el intento de regicidio es una ofensa capital, ¿no es así?

— En todo el mundo civilizado por igual, sir Tynian.

— Eso me parecía. Kalten, ¿por qué no encargáis un rollo de sogas? Y, Ulath, ya podéis encargar que os manden de Thalesia un par de hachas de repuesto.

— ¿A qué viene esto? — inquirió Kalten.

— Ahora tenemos confirmación fehaciente de que Lycheas, Annias y Arissa han cometido alta traición... junto con un número no definido de colaboradores.

— Eso ya lo sabíamos — observó Kalten.

— Sí. — Tynian sonrió —. Pero ahora podemos probarlo. Tenemos un testigo.

— Yo mismo había pensado tomarme cumplida recompensa — objetó Falquián.

— Siempre es preferible hacer las cosas legalmente, Falquián — le advirtió Lenda —. Tenéis que comprender que así se evitan futuras discusiones.

— No tenía intención de dejar que ninguno de los aquí presentes discutiera conmigo, mi señor.

— Creo que haríais bien en acortarle un poco el dogal, lord Vanion — sugirió Lenda con una astuta sonrisa —. Parece que le están creciendo los colmillos.

— Ya me había fijado — convino Vanion antes de proseguir —. Annias quedó un poco confundido cuando el hechizo de Sephrenia impidió que Ehlana muriera de la misma manera que su padre, pero llevó adelante sus planes e instaló a Lycheas como príncipe regente, razonando que una reina incapacitada equivalía a una muerta. Se hizo cargo personalmente del tesoro elenio y comenzó a comprar patriarcas a diestro y siniestro, a consecuencia de lo cual su campaña para acceder al archiprelado cobró un impulso y un vigor que no había tenido hasta entonces. Ha sido en este punto de la exposición de Lycheas cuando mi señor de Lenda le ha hecho ver con firmeza que todavía no había revelado nada lo bastante trascendente como para evitar que Ulath lo decapitara.

— O que yo le rodeara el cuello con mi cuerda — agregó ferozmente Kalten.

— La sugerencia de Lenda ha surtido el efecto deseado — siguió Vanion, sonriendo —. El príncipe regente ha demostrado ser una mina de información a partir de entonces. Aunque ha precisado que no podía demostrarlo, él ha percibido poderosos indicios que revelan que Annias ha estado en contacto con Otha y que está solicitando su ayuda. El primado siempre ha manifestado tener violentos prejuicios contra los estirios, pero ello podría ser mera afectación para ocultar su verdadera postura.

— No lo creo — disintió Sephrenia —, Existe una gran diferencia entre los estirios occidentales y los zemoquianos. La aniquilación de los estirios occidentales habría sido la primera exigencia de Otha a cambio de su asistencia.

— Seguramente es cierto — acordó Vanion.

— ¿Las sospechas de Lycheas tienen alguna base sólida en que sostenerse? — preguntó Tynian.

— Apenas — le respondió Ulath —. Vio cómo se desarrollaban algunas reuniones. Eso no es suficiente para justificar una declaración de guerra ahora.

— ¿Guerra? — exclamó Bevier.

— Por supuesto. — Ulath se encogió de hombros —. Si Otha ha estado inmiscuyéndose en los asuntos internos de los reinos elenios, eso sería una causa razonable para marchar hacia el este y guerrear con los zemoquianos.

— Siempre me ha gustado ese término — comentó Kalten —: «guerrear». Suena a algo tan permanente... y tan desordenado...

— No necesitamos ninguna justificación si de veras deseáis destruir a los zemoquianos — apuntó Tynian.

— ¿No?

— Nadie firmó ningún tratado de paz tras la invasión zemoquiana acaecida hace quinientos años. Técnicamente, seguimos en guerra con Otha... ¿no es así, mi señor de Lenda?

— Es probable, pero reanudar las hostilidades después de una tregua de cinco siglos sería difícil de justificar.

— Hemos estado reponiéndonos, mi señor — repuso Tynian con indiferencia —. No sé cómo estáis vosotros, pero yo me siento perfectamente descansado.

— Oh, querido — suspiró Sephrenia.

— Lo importante aquí — continuó Vanion — es que en varias ocasiones Lycheas vio a un estirio

concreto encerrado con Annias. En una oportunidad pudo escuchar parte de lo que decían. El estirio tenía acento zemoquiano, o así lo cree Lycheas.

— Eso le pega perfectamente a Lycheas — observó Kurik —. Tiene cara de fisgón.

— En eso convengo con vos — concedió Vanion —. Nuestro excelente príncipe regente no pudo escuchar toda la conversación, pero nos ha explicado que el estirio decía a Annias que Otha había de hacerse con una joya específica o de lo contrario el dios zemoquiano podía retirarle su apoyo. Creo que todos nosotros podemos suponer sin ser descabellados de qué joya estaba hablando.

— Vas a hacer de aguafiestas en esto, ¿verdad, Falquián? — se lamentó tristemente Kalten.
— No entiendo.

— Vas a contarle a la reina todo esto, supongo, y entonces ella decidirá que la información es lo bastante importante como para mantener la cabeza de Lycheas en su sitio o sus pies pegados al suelo.

— Me siento en la obligación de mantenerla informada, Kalten.

— ¿No podríamos convencerte para que esperaras un poco?

— ¿Esperar? ¿Cuánto tiempo?

— Sólo hasta después del funeral del bastardo.

Falquián sonrió a su amigo.

— No, me temo que no, Kalten — rehusó —. De veras me gustaría complacerte, pero tengo que pensar en mi propia seguridad. Mi reina podría enfadarse conmigo si empiezo a ocultarle cosas.

— Esto es en resumidas cuentas todo lo que sabe Lycheas — concluyó Vanion —. Ahora debemos tomar una decisión. Clovunus está prácticamente muerto y, en cuanto haya expirado, deberemos reunirnos con las otras órdenes en Demos para cabalgar hasta Chyrellos, con lo cual la reina quedará totalmente desprotegida aquí. Ignoramos cuándo nos dará Dolmant la orden de ponernos en marcha y también cuánto tardará en regresar de Arcium el ejército elenio. ¿Qué vamos a hacer con la reina?

— Llevárnosla — propuso tranquilamente Ulath.

— Me parece que eso desencadenaría una discusión — señaló Falquián —. Acaba de reincorporarse a su trono y es el tipo de persona que se toma muy en serio sus responsabilidades. No me cabe ninguna duda de que rechazará la propuesta de abandonar la capital en estos momentos.

— Emborráchala — propuso Kalten.

— ¿Cómo dices?

— No querrás golpearla en la cabeza, ¿no es así? La pones achispada, la envuelves con una manta y la atas a la silla de su caballo.

— ¿Has perdido la cabeza? Estamos hablando de la reina, Kalten, y no de una de tus desastradas camareras.

— Después puedes disculparte. Lo importante es llevarla a un sitio donde esté segura.

— Cabe la posibilidad de que no haya que llegar a tales extremos — dijo Vanion —. Clovunus podría resistir durante un tiempo. Lleva varios meses al borde de la muerte, pero aún sigue vivo. Puede que incluso viva más tiempo que Annias.

— Eso tampoco sería una proeza por su parte — manifestó con tono desapacible Ulath —. Annias no tiene grandes expectativas de vida en estos momentos.

— Si puedo convenceros, caballeros, de dejar unos instantes de lado vuestras ansias de sangre — intervino el conde de Lenda —, creo que lo importante ahora es mandar a alguien a Arcium para parlamentar con el rey Wargun y persuadirlo para que deje libre el ejército elenio... y suficientes caballeros pandion para mantener en vereda al alto estado mayor cuando lleguen aquí. Redactaré una carta informándole con argumentos de peso que necesitamos con urgencia las huestes elenias aquí en Cimmura.

— Es aconsejable que también le pidáis que deje marchar a las órdenes militantes, mi señor — sugirió Vanion —. Creo que vamos a necesitarlas en Chyrellos.

— Podríais, asimismo, enviar una misiva al rey Obler — agregó Tynian — y al patriarca

Bergsten. Entre los dos, seguramente podrán vencer las resistencias de Wargun. El rey de Thalesia bebe en exceso y disfruta con una buena guerra, pero sigue siendo un animal político de pies a cabeza. Verá la necesidad de proteger Cimmura y tomar enseguida el control de Chyrellos... si alguien se lo explica debidamente.

Lenda expresó su asentimiento con la cabeza.

— Todo esto aún no ha resuelto el problema que se nos presenta, caballeros — señaló Bevier —. Es harto posible que el mensajero que enviemos a Wargun no esté más que a un día de camino de aquí cuando nos llegue la noticia de la muerte del archiprelado y ello nos sitúa de nuevo en la posición del principio. Falquían deberá convencer a una reina reacia a abandonar su capital sin un peligro evidente en perspectiva.

— Sopladle en la oreja — aconsejó Ulath.

— ¿Cómo?

— Suele dar resultados — arguyo Ulath —, al menos así ocurre en Thalesia. En una ocasión le soplé en la oreja a una muchacha en Emsat, y me siguió por todas partes durante días.

— Eso es repugnante — dijo, enojada, Sephrenia.

— Oh, no lo sé — replicó sin mucha convicción Ulath —. A ella pareció gustarle.

— ¿Le disteis palmaditas en la cabeza y le rascasteis la barbilla como lo habríais hecho con un perrito?

— Nunca se me ocurrió hacerlo — admitió Ulath —. ¿Creéis que habría funcionado?

La mujer se puso a proferir juramentos en estirio.

— Estamos saliéndonos del tema — observó Vanion —. No podemos obligar a la reina a que abandone Cimmura y no hay modo de tener la certeza de que dispondrá de una fuerza lo bastante numerosa como para defender las murallas antes de que nosotros debamos irnos.

— Yo creo que la fuerza ya está aquí, lord Vanion — se mostró en desacuerdo Talen que, vestido con el elegante jubón y las calzas que Stragen le había regalado en Emsat, ofrecía un aspecto que no distaba mucho del de un joven aristócrata.

— No interrumpas, Talen — lo reprendió Kurik —. Estas son cuestiones serias y no tenemos tiempo para bromas de chicos.

— Dejadlo hablar, Kurik — aconsejó vivamente el conde de Lenda —. Las buenas ideas surgen a veces de los sitios más insospechados. ¿Cuál es exactamente esa fuerza que mencionabas, joven?

— El pueblo — repuso simplemente Talen.

— Eso es ridículo, Talen — criticó Kurik —. No están entrenados.

— ¿Cuánto entrenamiento se necesita para arrojar brea ardiendo sobre las cabezas de los soldados de un ejército sitiador? — replicó Talen.

— Es una idea muy interesante ésta, joven — apreció Lenda —. Hubo, de hecho, una profusión de soporte popular hacia la reina Ehlana después de su coronación. Es muy posible que el pueblo de Cimmura, y el de las ciudades y pueblos de los alrededores, acudiera en su ayuda. El problema, no obstante, es que carecen de dirigentes. Una multitud de gente arracimada en la calle sin nadie que la oriente no constituiría una defensa apropiada.

— Existen dirigentes, mi señor.

— ¿Quiénes son? — preguntó Vanion al muchacho.

— Platimo, por ejemplo — propuso Talen —, y, si Stragen todavía sigue aquí, seguramente también sería idóneo para el cargo.

— Ese Platimo es una especie de canalla, ¿no? — inquirió dubitativamente Bevier.

— Sir Bevier — le hizo ver Lenda —, yo he servido en el consejo real de Elenia muchos años, y puedo aseguraros que, no sólo la capital, sino la totalidad del reino ha estado en manos de canallas desde hace décadas.

— Pero... — se disponía a protestar Bevier.

— ¿Es el hecho de que Platimo y Stragen son canallas oficiales lo que os molesta, sir Bevier? — preguntó alegremente Talen.

— ¿Qué opináis, Falquián? — inquirió Lenda —. ¿Creéis que ese Platimo podría realmente dirigir algún tipo de operación militar?

— Sin duda — respondió Falquián después de reflexionar unos instantes —, en especial si Stragen aún está aquí para ayudarlo.

— ¿Stragen?

— Mantiene una posición similar a la de Platimo entre los ladrones de Emsat. Stragen es un personaje singular, pero es extremadamente inteligente y ha recibido una excelente educación.

— También pueden valerse de antiguas deudas — señaló Talen—. Platimo puede traer hombres de Vardenais, Demos, las ciudades de Lenda y Cardos..., por no mencionar las bandas de salteadores que actúan en el campo.

— La perspectiva no es defender la ciudad durante un período de tiempo muy prolongado — musitó Tynian —, sino sólo hasta que llegue el ejército elenio, y buena parte de lo que habrán de hacer consistirá en mera intimidación. No es probable que el primado Annias vaya a poder permitirse alejar de Chyrellos más de un centenar de soldados eclesiásticos para causar problemas aquí, y, si las almenas de las murallas de la ciudad están ocupadas por una fuerza superior, dichos soldados se mostrarán reacios a atacar. ¿Sabéis, Falquián? Me parece que el chico ha ideado un plan extraordinariamente bueno.

— Me aturdís con vuestra confianza, sir Tynian — dijo Talen con una extravagante reverencia.

— También hay veteranos aquí en Cimmura — añadió Kurik —, antiguos militares que pueden ayudar a dirigir a los obreros y campesinos en la defensa de la ciudad.

— Todo es terriblemente contra natura — observó sarcásticamente el conde de Lenda —. El objetivo casi exclusivo del gobierno ha sido siempre mantener al vulgo bajo control y enteramente al margen de la política. El único sentido que tiene la existencia de la plebe es trabajar y pagar impuestos. Cabe la posibilidad de que hagamos algo que lamentemos toda nuestra vida.

— ¿Tenemos otra alternativa, Lenda? — inquirió Vanion.

— No, Vanion, no creo que la tengamos.

— Pongámonos manos a la obra, pues. Mi señor de Lenda, me parece que tenéis correspondencia que poner al día y, Talen, ¿por qué no vas a ver a ese Platimo?

— ¿Puedo llevarme a Berit, mi señor Vanion? — preguntó el chico, mirando al joven novicio.

— Supongo que sí, pero ¿para qué?

— Soy una especie de enviado oficial de un gobierno a otro. Debería disponer de una escolta de algún tipo que encareciera mi importancia. Esta clase de cosas impresionan a Platimo.

— ¿De un gobierno a otro? — inquirió Kalten —. ¿De veras consideras a Platimo como un cabeza de estado?

— Bueno, ¿no lo es?

Mientras sus amigos abandonaban la estancia, Falquián tiró ligeramente de la manga a Sephrenia.

— Necesito hablar con vos — anunció en voz baja.

— Desde luego.

— Tal vez debería haberos hablado de esto antes, pequeña madre — Dijo después de cerrar la puerta —, pero todo parecía tan inocuo al principio... — Se encogió de hombros.

— Falquián — lo amonestó —, no sois tan ingenuo. Debéis contármelo todo. Yo decidiré lo que es inocuo o no.

— De acuerdo. Creo que están siguiéndome.

La mujer entornó los ojos.

— Tuve una pesadilla justo después de que le arrebatáramos el Bhelliom a Ghwerig. Azash aparecía en ella y también el Bhelliom. Había asimismo otra cosa..., algo a lo que no puedo dar nombre.

— ¿Podéis describirlo?

— Sephrenia, ni siquiera puedo verlo. Da la impresión de ser una especie de sombra, algo oscuro

que percibo justo en el límite de la visión, como un amago de movimiento a un costado y ligeramente detrás de mí. Tengo la sensación de que no le inspiro simpatía.

— ¿Sólo se os presenta en sueños?

— No. También lo veo de tanto en tanto cuando estoy despierto. Por lo visto, aparece siempre que saco el Bhelliom de su bolsa. Ello también ocurre en otras circunstancias, pero casi puedo contar de antemano en percibirlo cada vez que abro la bolsa.

— Hacedlo ahora, querido — le indicó —. Veamos si yo también puedo percibirlo.

Falquián sacó de debajo del jubón la bolsa y la abrió. Luego extrajo la rosa de zafiro y la sostuvo en la mano. El parpadeo de oscuridad hizo al instante aparición.

— ¿Lo veis? — preguntó.

Sephrenia escrutó la habitación.

— No — admitió —. ¿Notáis algo que emane de la sombra?

— Noto que no le inspiro buenos sentimientos. — Volvió a guardar el Bhelliom en la bolsa —. ¿Alguna idea?

— Podría ser algo conectado con el propio Bhelliom — sugirió dubitativamente la estiria —. Pero, para seros sincera, no conozco demasiado el Bhelliom. A Aphrael no le gusta hablar de ello. Creo que los dioses le tienen miedo. Sé un poco respecto a su uso, pero eso es todo.

— Ignoro si guarda alguna relación — musitó Falquián —, pero no cabe duda de que alguien está interesado en liquidarme. Primero fueron esos hombres en las afueras de Emsat, luego ese barco que Stragen sospechó que nos seguía y después esos bandidos que estaban buscándonos en el camino de Cardos.

— Por no mencionar el hecho de que alguien trató de mataros por la espalda con una ballesta cuando nos dirigíamos a palacio — agregó la mujer.

— ¿Podría ser tal vez otro Buscador? — apuntó.

— Algo parecido, puede ser. En cuanto el Buscador toma bajo su control a alguien, éste se convierte en una herramienta que no piensa por sí misma. Estos atentados contra vuestra vida dan la impresión de ser más racionales.

— ¿Podría Azash disponer de alguna criatura capaz de lograrlo?

— ¿Quién sabe qué clase de criaturas puede invocar Azash? Yo conozco aproximadamente una docena de variedades, pero sin duda se cuentan por montones.

— ¿Os ofendería si probara a aplicar la lógica?

— Oh, supongo que podéis hacerlo... si sentís la necesidad. — Le dedicó una sonrisa.

— Bien. Para empezar, sabemos que Azash me quiere muerto desde hace mucho tiempo.

— De acuerdo.

— Ahora debe de ser más importante para él porque tengo el Bhelliom y sé cómo utilizarlo.

— Estáis haciendo afirmaciones obvias, Falquián.

— Lo sé. La lógica es así a veces. Pero dichos intentos de matarme suelen producirse poco tiempo después de que haya sacado el Bhelliom y percibido esa sombra.

— ¿Pensáis que está relacionado?

— ¿No es posible?

— Casi todo es posible, Falquián.

— Bueno. Si la sombra es algo similar al damork o al Buscador, probablemente proviene de Azash. Este «probablemente» resta solidez a la lógica, pero es algo a tener en cuenta, ¿no os parece?

— En las presentes circunstancias casi estoy por convenir con vos.

— ¿Qué hacemos entonces? Es una hipótesis provisional que no tiene en cuenta la posibilidad de la mera coincidencia, pero ¿no deberíamos adoptar medidas por si acaso existe alguna conexión?

— No veo que podamos permitirnos lo contrario, Falquián. Creo que lo primero que se impone es mantener el Bhelliom dentro de esa bolsa. No lo saquéis a menos que no os quede más remedio.

— Una propuesta juiciosa.

— Y, si tenéis que extraerlo, poneos en guardia en previsión de un atentado contra vuestra vida.

— De todas formas es algo que hago automáticamente... de forma continuada. Tengo una profesión que mantiene los nervios en tensión.

— Y me parece que será mejor que esto quede entre nosotros. Si esa sombra la manda Azash, puede volver a nuestros amigos en contra nuestra. Cualquiera de ellos podría desarrollar una actitud hostil hacia vos de un momento a otro. Si los hacemos partícipes de nuestras sospechas, la sombra... o lo que quiera que sea... podría quizá leerles el pensamiento. No pongamos sobre aviso a Azash de que sabemos lo que está haciendo.

Falquián hubo de hacer acopio de fuerzas para decirlo y, con todo, cuando lo hizo, hubo de vencer una gran renuencia.

— ¿No lo resolveríamos todo si destruyéramos el Bhelliom aquí y ahora? — preguntó.

— No, querido — negó la mujer —. Puede que todavía lo vayamos a necesitar.

— Era una simple pregunta.

— De veras, no, Falquián. — Su sonrisa era desapacible —. No sabemos a ciencia cierta la clase de fuerza destructiva que podría desencadenar el Bhelliom. Podríamos perder algo muy importante.

— ¿Como por ejemplo?

— La ciudad de Cimmura... o la totalidad del continente eosiano, por lo que yo sé.

Capítulo seis

Era casi el crepúsculo cuando Falquián abrió silenciosamente la puerta del dormitorio de su reina y se quedó mirándola. Su cara estaba enmarcada por los abundantes cabellos rubios desparramados en la almohada, que reflejaban la dorada luz de la vela que ardía al lado de la cama. Tenía los ojos cerrados y el rostro sereno y apacible. El caballero había descubierto en el transcurso de las últimas jornadas que una adolescencia pasada en la corrupta corte dominada por el primado Annias había dejado en su semblante la marca de un recelo defensivo y una férrea determinación. Cuando dormía, no obstante, su expresión adquiría la misma luminosa dulzura que tanto lo había prendado cuando era una niña. Para sus adentros, y ahora sin reservas, reconocía que amaba a esa pálida muchacha—niña, a pesar de que todavía le costaba hacerse a la idea de que Ehlana ya era toda una mujer y no una niña. Con una imprecisa punzada de dolor, Falquián admitió para sí que no era realmente digno de ella. Aunque sentía la tentación de aprovechar su enamoramiento de chiquilla, sabía que no sólo era reprobable moralmente, sino que, asimismo, podría causarle a ella muchos sufrimientos en el futuro. Decidió que en modo alguno cargaría a la mujer que amaba con los achaques que pronto le traería la edad.

— Sé que estáis ahí, Falquián. — Sin abrir los ojos, la joven esbozó una sonrisa —. ¿Sabéis? Siempre me encantó esto cuando era niña. A veces, sobre todo cuando comenzabais a darme clase de teología, me quedaba dormida... o fingía estarlo. Entonces continuabais hablando un rato y luego os limitabais a seguir sentado, mirándome. Me hacía sentir tan protegida, tan segura y tan al margen de peligros... Esos momentos fueron probablemente los más felices de mi vida. Y pensar que, cuando nos hayamos casado, contemplaréis cada noche cómo me duermo en vuestros brazos, y yo sabré que nada en el mundo puede hacerme daño porque siempre estaréis cuidándome. — Abrió sus calmados ojos grises —. Venid aquí y besadme, Falquián — le dijo, alargándole los brazos.

— No es correcto, Ehlana. No estáis vestida del todo, y estáis en la cama.

— Estamos prometidos, Falquián. Disponemos de una cierta libertad en estas cuestiones. Además, yo soy la reina y yo decidiré lo que es correcto y lo que no lo es.

Falquián cedió y la besó. Como había notado antes, Ehlana había dejado atrás, sin margen de duda, la niñez.

— Soy demasiado viejo para vos, Ehlana — volvió a recordarle con suavidad, deseoso de interponer firmemente entre ellos aquel razonamiento —. Sabéis que estoy en lo cierto.

— Tonterías. — Todavía le rodeaba el cuello con los brazos —. Os prohíbo que envejecáis. Ya está, ¿no queda solucionado?

— Esto sí que carece de sentido. Es lo mismo que si ordenarais que cesasen las mareas.

— Eso no lo he probado todavía, Falquián, y, hasta que lo haga, no sabemos de fijo si obtendría resultado, ¿no es verdad?

— Me rindo — capituló riendo.

— Oh, estupendo. Me encanta ganar. ¿Tenéis algo importante que decirme, o simplemente habéis venido para comerme con los ojos?

— ¿Os molesta?

— ¿Que me comáis con los ojos? Por supuesto que no. Contempladme hasta hartaros, querido. ¿Os gustaría ver más?

— ¡Ehlana!

Su risa fue una rutilante cascada.

— Bueno, centrémonos en asuntos más serios —la reprendió el caballero.

— Lo decía en serio, Falquián..., muy en serio.

— Los caballeros pandion, yo incluido, deberemos abandonar Cimmura dentro de poco, me temo. El venerado Clovunus está consumiéndose rápidamente y, tan pronto como fallezca, Annias va a poner en marcha una ofensiva para acceder al trono del archiprelado. Ha inundado las calles de Chyrellos con tropas que le son leales y, a menos que las órdenes militantes estén allí para detenerlo, se hará con el trono.

El rostro de la joven volvió a adoptar aquella dureza como de pedernal.

— Por qué no os lleváis a ese gigantesco thalesiano, sir Ulath, cabalgáis hasta Chyrellos y le cortáis la cabeza a Annias? Después volved enseguida. No me dejéis tiempo para sentirme sola.

— Una idea interesante, Ehlana. Sin embargo, me alegra que no la hayáis planteado delante de Ulath. La cuestión a que conduce lo que os estaba explicando es que, cuando nos vayamos, vais a quedaros indefensa aquí. ¿Qué os parecería la perspectiva de venir con nosotros?

— Me gustaría, Falquián — respondió tras reflexionar unos instantes —, pero no veo cómo puedo hacerlo en estos momentos. He estado incapacitada durante bastante tiempo y debo quedarme en Cimmura para reparar los estragos causados por Annias mientras yo estaba dormida. Tengo responsabilidades, amor.

— Estábamos casi convencidos de que pensaríais así, por lo cual hemos ideado un plan alternativo para garantizar vuestra seguridad.

— ¿Vais a utilizar la magia y encerrarme a cal y canto en el palacio? — bromeó con ojos maliciosos.

— No nos lo habíamos planteado — concedió el caballero —. De cualquier modo, creo que no surtiría el efecto deseado. Tan pronto como Annias tuviera constancia de lo que habíamos hecho, enviaría soldados aquí para tomar la ciudad. Sus secuaces podrían gobernar el reino desde fuera de los muros de palacio y vos no podríais hacer gran cosa para detenerlos. Lo que vamos a hacer es reunir una especie de ejército para protegeros a vos y a la ciudad, dando así tiempo a que nuestras propias huestes regresen de Arcium.

— La expresión «una especie de ejército» suena un poco incierta, Falquián. ¿De dónde vais a sacar tantos hombres?

— De las calles, y de las granjas y pueblos.

— Oh, vaya por Dios, Falquián. Maravilloso — exclamó con tono irónico —. ¿Van a tener que defenderme cavadores de zanjas y labriegos?

— También ladrones y matones, mi reina.

— ¿Estáis hablando en serio?

— Así es. No os cerréis de banda a la idea. Esperad a oír los detalles... Y hay un par de canallas que están en camino para entrevistarse con vos. No toméis ninguna decisión hasta haber hablado con ellos.

— Me parece que estáis completamente loco, Falquián. Os sigo queriendo, pero parece que se os está ablandando el cerebro. No se puede armar un ejército con peones de albañil y destripaterrones.

— ¿De veras? ¿De dónde suponéis que proceden los soldados rasos que componen vuestro ejército, Ehlana? ¿No los reclutan en las calles y en las granjas?

— No había pensado en eso — admitió, frunciendo el entrecejo, la joven —, pero sin generales

no voy a tener un ejército digno de tal nombre.

— Eso es lo que van a parlamentar con vos los dos hombres que acabo de mencionar, Su Majestad.

— ¿Por qué será que «Su Majestad» siempre suena tan frío y distante cuando vos lo pronunciáis, Falquián?

— No cambiéis de tema. ¿Aceptáis demorar vuestra decisión al respecto, pues?

— Si vos lo decís, pero sigo viéndolo un tanto incierto. Ojalá vos pudierais quedaros aquí.

— A mí también me gustaría, pero... — Abrió los brazos en señal de impotencia.

— ¿Dispondremos alguna vez de tiempo para nosotros?

— No tardaremos, Ehlana, pero debemos quitar de en medio a Annias. Lo comprendéis, ¿verdad?

— Supongo que sí — concedió suspirando.

Talen y Berit regresaron al poco rato con Platimo y Stragen. Falquián salió a recibirlos en la antesala mientras Ehlana se ocupaba de aquellos detalles de última hora que siempre intervienen en el acto que hace que una mujer esté «presentable».

Stragen iba ataviado con suma elegancia, pero el patoso Platimo de negra barba, jefe de mendigos, ladrones, matones y prostitutas, parecía marcadamente fuera de lugar.

— ¡Hola, Falquián! — bramó el gordo personaje, que había sustituido su jubón naranja manchado de comida por otro de terciopelo azul que no le sentaba muy bien.

— Platimo — repuso gravemente Falquián —. Tenéis un elegante aspecto esta noche.

— ¿Os gusta? — Platimo dio un tirón a la pechera de su jubón con expresión complacida. Dio una vuelta completa y Falquián advirtió varios desgarrones de puñal en la parte posterior de la prenda de gala del ladrón —. Hace varios meses que le había puesto el ojo encima. Al fin convencí a su antiguo propietario para que se desprendiera de él.

— Milord. — Falquián dedicó una reverencia a Stragen.

— Caballero — respondió Stragen, inclinándose también.

— ¿Y bien, de qué trata todo esto? — preguntó Platimo —. Talen estaba parlotando sobre la descabellada idea de componer una guardia local de algún tipo.

— Guardia local. Una buena manera de denominarlo — aprobó Falquián —. El conde de Lenda se reunirá con nosotros en breves momentos y después me consta que Su Majestad efectuará su entrada por esa puerta de ahí..., detrás de la cual debe de estar escuchando en estos instantes.

En el dormitorio de la reina sonó un enojado pisotón.

— ¿Cómo van los negocios? — preguntó Falquián al obeso gobernante de los bajos fondos de Cimmura.

— Bastante bien. — El gordo individuo irradiaba satisfacción —. Esos soldados eclesiásticos extranjeros que el primado envió para apoyar al bastardo Lycheas eran muy inocentes. Les robamos a mansalva.

— Estupendo. Me gusta que mis amigos se desenvuelvan bien.

Se abrió la puerta y el anciano conde de Lenda entró arrastrando los pies en la estancia.

— Excusad mi retraso, Falquián — se disculpó —. Ya no estoy en condiciones óptimas para correr.

— Es perfectamente comprensible, mi señor de Lenda — reconoció Falquián —. Caballeros — dijo a los dos ladrones —, tengo el honor de presentaros al conde de Lenda, director del consejo de Su Majestad. Mi señor, éstos son los dos hombres que dirigirán vuestra guardia local. Éste es Platimo y éste, milord Stragen de Emsat.

Todos realizaron reverencias..., al menos Platimo lo intentó.

— ¿Milord? — preguntó extrañado Lenda a Stragen.

— Una afectación, mi señor de Lenda. — Stragen esbozó una irónica sonrisa —. Es un remanente de una juventud dilapidada.

— Stragen es uno de los mejores — alabó Platimo —. Tiene algunas ideas estrafalarias, pero le

va muy bien, incluso mejor que a mí algunas semanas.

— Me abrumáis — murmuró Stragen con una reverencia.

Falquián atravesó la habitación hasta la puerta del dormitorio de la reina.

— Estamos todos reunidos, mi reina — anunció.

Tras una pausa, Ehlana se personó, vestida con una túnica de satén azul cielo y tocada con una discreta tiara de diamantes.

— Su Majestad — saludó ceremoniosamente Falquián —, ¿puedo presentaros a Platimo y Stragen, vuestros generales?

— Caballeros — dijo ella con una breve inclinación de la cabeza.

Platimo volvió a intentar efectuar una reverencia, pero Stragen compensó con su elegancia la torpeza de su amigo.

— Una preciosidad, ¿no os parece? — comentó Platimo a su rubio compañero.

Stragen esbozó una mueca de alarma. Ehlana manifestó cierto desconcierto y para disimularlo paseó la mirada por la estancia.

— Primero ¿dónde están nuestros otros amigos? — preguntó.

— Han vuelto al castillo principal, mi reina — la informó Falquián —. Deben realizar preparativos. Pero Sephrenia ha prometido regresar más tarde.

Tendió el brazo y la escoltó hasta una silla profusamente adornada situada junto a la ventana. La reina tomó asiento y dispuso con cuidado los pliegues de su túnica.

— Con vuestro permiso... — solicitó Stragen a Falquián.

El pandion puso cara de estupor. Stragen se encaminó a la ventana, dirigiendo un gesto con la cabeza Ehlana al pasar, y corrió las pesadas cortinas. La reina se quedó mirándolo, sin comprender.

— Es una gran imprudencia sentarse de espaldas a una ventana descubierta en un mundo donde existen las ballestas, Majestad — explicó con una nueva reverencia —. Tenéis muchos enemigos.

— El palacio es totalmente seguro, milord Stragen — adujo Lenda.

— ¿Queréis decírselo vos? — preguntó cansadamente Stragen a Platimo.

— Mi señor de Lenda — indicó educadamente el obeso rufián —, yo podría introducir treinta hombres en el recinto de palacio en unos diez minutos. Los caballeros son muy buenos en un campo de batalla, supongo, pero es difícil alzar la mirada cuando se lleva yelmo. En mi juventud, estudié el arte del allanamiento de morada. Un buen ladrón se encuentra tan a gusto en un tejado como en la calle. — Suspiró —. ¡Qué tiempos aquéllos! — rememoró —. No hay nada como un buen robo a domicilio para hacer correr la sangre en las venas.

— Pero sería un tanto complicado para un hombre que pesa ciento treinta kilos — agregó Stragen —. Incluso un tejado de pizarra no sería capaz de resistirlo.

— No estoy realmente tan gordo, Stragen.

— Por supuesto que no.

— ¿Qué estáis haciéndome, Falquián? — preguntó Ehlana, que parecía genuinamente alarmada.

— Protegiéndoos, mi reina — respondió éste —. Annias os quiere muerta. Ya lo ha demostrado. Tan pronto como se entere de vuestra recuperación, volverá a intentarlo. Los hombres que envíe para asesinaros no serán caballeros y no dejarán sus tarjetas al lacayo de la puerta cuando vengan. Entre los dos, Platimo y milord Stragen, lo conocen prácticamente todo en lo que concierne a la irrupción furtiva en diferentes lugares y podrán tomar las medidas pertinentes.

— Podemos garantizar a Su Majestad que nadie se colará delante de nosotros a menos que seamos cadáveres — le aseguró Stragen con su profunda y agradable voz —. Trataremos de no infligiros molestias, pero me temo que habréis de someteros a ciertas restricciones en vuestra libertad de movimientos.

— ¿Como no sentarme cerca de una ventana abierta?

— Exactamente. Elaboraremos una lista de sugerencias y os la haremos llegar a través del conde de Lenda. Platimo y yo somos hombres de negocios, y Su Majestad podría encontrar angustiada nuestra presencia. Nos quedaremos en un segundo plano en la medida de lo posible.

— Vuestra delicadeza es exquisita, milord — lo halagó —, pero no me siento en absoluto angustiada por la presencia de hombres honrados.

— ¿Honrados? — Platimo rió roncamente —. Me parece que acaban de insultarnos, Stragen.

— Mejor un honrado matón que un cortesano sin honor — sentenció Ehlana —. ¿De veras hacéis eso? Matar a la gente, me refiero.

— Yo liquidé a unas cuantas personas en mis tiempos, Su Majestad — admitió el hombre con un encogimiento de hombros —. Es una manera sigilosa de averiguar qué lleva un hombre en la bolsa, y a mí siempre me ha despertado curiosidad esa cuestión. Hablando de ello, tú mismo podrías decírselo, Talen.

— ¿De qué se trata? — inquirió Falquián.

— Hay una pequeña tarifa de por medio — contestó Talen.

— ¡Oh!

— Stragen ha ofrecido voluntariamente sus servicios sin cargo alguno — explicó el chico.

— Sólo por la experiencia, Falquián — aclaró el rubio norteño —. La corte del rey Wargun es algo rudimentaria, mientras que la de Elenia tiene fama de ser exquisitamente cortés y totalmente depravada. Un hombre estudioso siempre aprovecha estas ocasiones para ampliar su cultura. Platimo, en cambio, no es tan ilustrado. El quiere algo un poco más tangible.

— ¿Como por ejemplo? — preguntó sin rodeos Falquián al gordo personaje.

— Estoy comenzando a plantearme la posibilidad de retirarme, Falquián, a alguna tranquila finca en el campo donde pueda entretenerme en compañía de un grupo de inmorales jóvenes, con perdón de Su Majestad. Lo cierto es que un hombre no puede disfrutar de sus años de decadencia si tiene a sus espaldas varios delitos penados con la horca. Protegeré a la reina con mi vida si ella puede concederme de corazón el perdón por mis anteriores indiscreciones.

— ¿Y decidme, maese Platimo, de qué clase de indiscreciones estáis hablando? — preguntó con suspicacia Ehlana.

— Oh, nada que sea digno de mención, Su Majestad — respondió éste, restándole importancia —. Hay unos cuantos asesinatos no intencionados, robos diversos, asaltos, extorsiones, allanamientos de domicilio, incendio premeditado, contrabando, bandolerismo, robo de ganado, pillaje de un par de monasterios, regentamiento no autorizado de burdeles... Esa clase de cosas.

— Os habéis mantenido muy activo, ¿eh, Platimo? — se admiró Stragen.

— Es una manera de pasar el tiempo. Creo que lo mejor sería un perdón general, Majestad. Es posible que olvide alguna que otra ofensa.

— ¿Existe algún delito que no hayáis cometido, maese Platimo? — inquirió con severidad la reina.

— La baratería, me parece, Su Majestad. Claro que, como no estoy muy seguro de lo que significa, no puedo afirmarlo categóricamente.

— Es cuando el capitán de un barco lo hunde para robar el cargamento —le informó Stragen.

— No, nunca he hecho eso. Y tampoco he tenido contacto carnal con un animal, ni he practicado la brujería ni cometido traición.

— Esos son realmente los más graves, supongo — concedió Ehlana con expresión de absoluta seriedad —. Me preocupan mucho las costumbres morales de los alocados corderitos.

Platimo estalló en estentóreas carcajadas.

— A mí también, Majestad. Me he pasado noches enteras en blanco dándole vueltas a eso.

— ¿Qué fue lo que os mantuvo incólume a la traición, maese Platimo? — preguntó el conde de Lenda con curiosidad.

— La falta de ocasión, seguramente, mi señor — reconoció Platimo —, aunque de todas formas dudo mucho que hubiera sucumbido a esa clase de cosas. Los gobiernos inestables ponen nervioso y receloso al pueblo. Entonces comienzan a proteger sus bienes de valor, y eso dificulta mucho la vida de los ladrones. Y bien, Majestad, ¿haremos trato?

— ¿Un perdón generalizado a cambio de vuestros servicios? ¿Durante todo el tiempo que yo los

requiera? — replicó.

— ¿Qué se supone que significa eso último? — preguntó con suspicacia el rufián.

— Oh, nada en absoluto, maese Platimo — repuso inocentemente ella —. No quiero que os canséis y me abandonéis justo cuando más os necesite. Me sentiría desolada sin vuestra compañía. ¿Y bien?

— ¡Hecho, por Dios! — bramó. Luego se escupió en la palma de la mano y se la tendió a la reina.

Ésta miró a Falquián con semblante confundido.

— Es una costumbre, Su Majestad — explicó el caballero —. Vos también os escupís en la mano y después ambos unís las palmas. Eso cierra el trato.

La reina se encogió ligeramente y después siguió las instrucciones.

— Ya está — anunció un tanto dubitativa.

— Pues lo dicho — declaró enfáticamente Platimo —. Ahora es como si fuerais lo mismo que mi hermana pequeña, y, si alguien os ofende u os amenaza, le abriré las entrañas y después vos podéis ponerle carbones al rojo vivo dentro con vuestras manitas.

— Sois muy amable — dijo con tono desfalleciente la joven.

— Os la han pegado, Platimo. — Talen se desternillaba de risa.

— ¿De qué estás hablando? — replicó Platimo, con expresión ensombrecida.

— Os habéis prestado a cumplir un servicio al gobierno de por vida.

— Eso es absurdo.

— Lo sé, pero lo habéis hecho. Habéis accedido a servir a la reina durante todo el tiempo que ella quiera, y ni siquiera habéis planteado la cuestión de los honorarios. Puede manteneros aquí en palacio hasta el día de vuestra muerte.

— No me haríais eso, ¿verdad, Ehlana? — rogó con voz insegura y la cara blanca como el papel.

La interpelada alargó la mano y le dio una palmadita en la barba.

— Veremos, Platimo — dijo —. Veremos.

Stragen se descoyuntaba de risa.

— ¿Qué es eso de la guardia local, Falquián? — preguntó cuando se hubo recuperado.

— Vamos a movilizar al pueblo llano para defender la ciudad — explicó Falquián —. En cuanto llegue Kurik, lo planificaremos en detalle. Él ha propuesto que convoquemos a los veteranos del ejército y los utilicemos como sargentos y cabos. Los hombres de Platimo pueden hacer de oficiales y vos y Platimo, bajo la dirección del conde de Lenda, cumpliréis las funciones de generales hasta que el ejército regular de Elenia regrese para relevaros.

— Es un plan viable — acordó Stragen después de rumiarlo —. No se necesita tanta experiencia para defender una ciudad como para atacarla. — Miró a su grueso y alicaído amigo —. Si os parece bien, Su Majestad — dijo a Ehlana —, me llevaré a vuestro protector a algún sitio y lo regaré con un poco de cerveza. No sé por qué, pero parece un poco turbado.

— Como deseáis, milord — respondió, sonriendo, la reina —. ¿Se os ocurre a vos algún delito que hayáis cometido en mi reino y del que queráis conseguir mi perdón... en las mismas condiciones?

— Ah, no, Su Majestad — contestó el thalesiano —. El código de los ladrones me prohíbe inmiscuirme en la reserva privada de Platimo. De no ser por eso, me iría corriendo a asesinar a alguien... simplemente por la perspectiva de pasar el resto de mi vida en vuestra divina compañía. — Tenía una mirada picara.

— Sois un hombre muy malo, milord Stragen.

— Sí, Su Majestad — convino éste, inclinándose ante ella —. Vamos, Platimo. No parecerá tan horrible cuando os hayáis hecho a la idea.

— Esto ha sido un acto de gran astucia, Majestad — alabó Talen cuando hubieron salido —. Nadie había timado nunca a Platimo hasta ahora.

— ¿Te ha gustado? — inquirió con voz satisfecha Ehlana.

— Ha sido brillante, mi reina. Ahora comprendo por qué os envenenó Annias. Sois una mujer muy peligrosa.

— ¿No estáis orgulloso de mí, querido? — preguntó, radiante, a Falquián.

— Creo que vuestro reino está a buen resguardo, Ehlana. Sólo espero que los otros monarcas estén sobre aviso, eso es todo.

— ¿Querréis excusarme un momento? — solicitó, mirándose la palma de la mano, todavía húmeda —. Quisiera ir a lavarme las manos.

Transcurrieron pocos minutos antes de que Vanion condujera gravemente a los otros a la antesala de los aposentos reales, donde dedicó una mecánica reverencia a la soberana.

— ¿Habéis hablado con Platimo? — preguntó a Falquián.

— Está todo arreglado — le aseguró Falquián.

— Perfecto. Debemos cabalgar hacia Demos mañana por la mañana. Dolmant nos ha hecho llegar la noticia de que el archiprelado Clovunus se halla a las puertas de la muerte. No durará una semana.

— Sabíamos que su fin estaba próximo — manifestó Falquián con un suspiro —, Gracias a Dios que hemos tenido tiempo de ocuparnos de situación a afrontar aquí. Platimo y Stragen se encuentran en alguna estancia de palacio... — dijo volviéndose hacia Kurik —, bebiendo, probablemente. Será mejor que te reúnas con ellos y tracéis una especie de plan de acción.

— De acuerdo — aceptó el escudero.

— Un momento, maese Kurik — lo retuvo el conde de Lenda —. ¿Cómo os sentís, Majestad? — preguntó a Ehlana.

— Estoy bien, mi señor.

— ¿Creéis que disponéis del suficiente vigor como para hacer una aparición pública?

— Desde luego, Lenda — afirmó —. Me gustaría pronunciar unos discursos.

— Habrás de quedarte aquí hasta haberlo dejado todo bien atado — dijo Falquián a Kurik —. Puedes sumarte a nosotros en Chyrellos cuando Cimmura esté a salvo.

Kurik asintió y se marchó en silencio.

— Es un hombre muy valioso, Falquián — apreció Ehlana.

— Sí.

— Ehlana — llamó Sephrenia, que había estado observando con ojo crítico a la reina de rosadas mejillas.

— Ya sabéis que no deberíais pellizcaros de ese modo las mejillas para darles color. Os estropearéis la piel. Sois de tez muy blanca y vuestra piel es delicada.

Ehlana se sonrojó y luego se echó a reír, arrepentida.

— Es un poco frívolo, ¿verdad?

— Sois una reina, Ehlana — le recordó la mujer estiría —, no una vaquera. La piel blanca es más regia.

— ¿Por qué me siento siempre como una niña cuando hablo con ella? — preguntó Ehlana sin dirigirse a nadie en particular.

— A todos nos sucede lo mismo, Su Majestad — le aseguró Vanion.

— ¿Qué está ocurriendo en Chyrellos en estos momentos? — preguntó Falquián a su amigo —. ¿Os ha participado algún detalle Dolmant?

— Annias controla las calles — respondió Vanion —. Por el momento no ha hecho nada evidente, pero sus soldados hacen notar su presencia. Dolmant cree que tratará de convocar elecciones antes incluso de que se haya enfriado el cadáver de Clovunus. Dolmant tiene amigos y éstos procurarán entorpecer sus intentos hasta que lleguemos allí, pero no dominan por completo la situación. La rapidez es ahora una cuestión vital. Cuando nos reunamos con las otras órdenes, seremos cuatrocientos caballeros y, aunque los soldados eclesiásticos nos superen con creces, nuestro peso no será desdeñable. Hay otra cosa que debo anunciaros: Otha ha cruzado la frontera con Lamorkand. Aún no ha emprendido su avance, pero está emitiendo varios ultimátum en los que

exige la devolución del Bhelliom.

— ¿Devolución? ¡Pero si nunca lo tuvo!

— Es un típico ardid diplomático, Falquián — explicó el conde de Lenda —. Cuanto más débil es la posición propia, mayor es la mentira que se cuenta. — El anciano frunció los labios con expresión pensativa —. Sabemos, o como mínimo suponemos, que existe una alianza entre Otha y Annias, ¿no es así?

— Sí — convino Vanion.

— Annias sabe, o debería saberlo, que nuestra táctica para contrarrestar su juego consistirá en ganar tiempo. El avance de Otha en estos momentos convierte la elección en un asunto de urgencia. Annias argüirá que la Iglesia debe estar unida para hacer frente a la amenaza. La presencia de Otha aterrorizará a los miembros más pusilánimes de la jerarquía, los cuales se apresurarán a confirmar a Annias. Después él y Otha conseguirán lo que ansían. Debo decir que es una estrategia muy inteligente.

— ¿Ha llegado Otha al punto de mencionar el Bhelliom por su nombre? — inquirió Falquián.

— No. Os ha acusado de robar uno de los tesoros nacionales de Zemoch, nada más. Ha omitido deliberadamente precisar de qué se trata, ya que es demasiada la gente consciente de la significación, del Bhelliom. No puede ir directamente al grano y mencionarlo por lo que es.

— Esto va encajando cada vez más — reflexionó Lenda —. Annias declarará que sólo el conoce la manera de hacer que Otha se retire. Hará que la jerarquía se precipite a elegirlo. Después le arrebatará el Bhelliom a Falquián y lo entregará a Otha como parte del trato.

— Tendrá que «forcejear» bastante para arrebatárselo — adujo con fiereza Kalten —. Todas las órdenes militantes apoyarán a Falquián.

— Eso debe de ser lo que Annias espera que hagáis — previo Lenda —. Entonces tendrá la justificación que necesita para disgregar las órdenes militantes. La mayoría de los caballeros de la Iglesia obedecerán la orden del archiprelado. Los demás seréis unos proscritos, y Annias informará al populacho que estáis guardando para vosotros lo único capaz de contener a Otha. Como he dicho, es muy inteligente.

— Falquián — intervino Ehlana con sonora voz —, cuando lleguéis a Chyrellos, quiero que arrestéis a Annias con la acusación de alta traición. Quiero que me lo entreguéis encadenado. Traed también a Arissa y Lycheas.

— Lycheas ya está aquí, mi reina.

— Ya lo sé. Lleváoslo a Demos y encarcelarlo con su madre. Es mi deseo que disponga de tiempo a manos llenas para describir las presentes circunstancias a Arissa.

— Es una idea muy útil, Majestad — halagó diplomáticamente Vanion —, pero apenas dispondremos de la fuerza suficiente para tomar bajo nuestra custodia a Annias en un primer momento.

— Soy consciente de ello, lord Vanion, pero, si entregáis la orden de arresto y la especificación de los cargos al patriarca Dolmant, éste podrá servirse de ello para demorar la elección. Siempre puede solicitar una investigación eclesiástica de las acusaciones, y ese tipo de cosas llevan tiempo.

Lenda se puso en pie y dedicó una reverencia a Falquián.

— Hijo mío — dijo —, por más que hayáis hecho y vayáis a realizar todavía, vuestra más conseguida obra está sentada en ese trono. Estoy orgulloso de vos, Falquián.

— Creo que deberíamos ponernos en marcha — aconsejó Vanion —. Nos quedan muchos preparativos que ultimar.

— Os haré llegar copias de la orden de captura del primado hacia las tres de la madrugada, lord Vanion — prometió Lenda —, junto con unas cuantas más. Tenemos por delante una espléndida oportunidad de limpiar el reino de indeseables. No la desperdiciemos.

— Berit — indicó Falquián —, mi armadura está en esa habitación de allí. Llevadla al castillo, si sois tan amable. Creo que voy a necesitarla.

— Desde luego, sir Falquián. — Pese a lo dicho, la mirada de Berit seguía siendo hostil.

— Quedaos un momento, Falquián — pidió Ehlana mientras todos se dirigían a la puerta.

— Sí, mi reina — repuso éste, tras esperar a que se hubiera cerrado la puerta.

— Debéis tener mucho, mucho cuidado, amado mío — dijo con el corazón en los ojos —. Me moriría si os perdiera ahora. — Le tendió mudamente los brazos.

Falquián atravesó la sala hasta llegar a su lado y la abrazó. Su beso fue apasionado.

— Marchaos de prisa, Falquián — dijo ella con la voz atenazada por la proximidad del llanto —. No quiero que me veáis llorar.

Capítulo siete

A la mañana siguiente, los cien caballeros pandion partieron poco después del amanecer, cabalgando resueltamente al trote acompañados de un tintineo metálico y seguidos de una ristra de lanzas coronadas por pendones.

—Hace un buen día para viajar — señaló Vanion, observando los campos bañados por la luz del sol —. Sólo quisiera... oh, bueno.

— ¿Cómo os encontráis ahora, Vanion? — preguntó Falquián a su viejo amigo.

— Mucho mejor — repuso el preceptor —. Os seré sincero, Falquián. Esas espadas eran muy, muy pesadas. Me dieron una noción bastante ajustada de lo que será la vejez.

Vos viviréis para siempre, amigo mío — dijo, sonriendo, Falquián

— Ciertamente espero que no, si he de sentirme igual que cuando cargaba con esas espadas. Cabalgaron en silencio durante un rato.

— Eso es poco probable, Vanion — manifestó Falquián con tono sombrío —. Nuestros enemigos nos superarán con creces en número en Chyrellos y, si Otha se dispone a cruzar Lamorkand, se abrirá una reñida carrera entre él y Wargun. Saldrá vencedor el que llegue antes a Chyrellos.

— Me parece que estamos aproximándonos mucho a uno de esos artículos de fe, Falquián. Vamos a tener que confiar en Dios. Estoy seguro de que él no desea que Annias sea archiprelado y aún estoy más seguro de que no quiere a Otha en las calles de Chyrellos.

— Esperemos que no sea así.

Berit y Talen iban a corta distancia de ellos. Con el correr de los meses, había nacido una cierta amistad entre el novicio y el joven ladrón, la cual se basaba en parte en el hecho de que ambos se sentían algo incómodos en presencia de los mayores.

— ¿Cómo es ese asunto de la elección, Berit? — preguntó Talen —. Lo que quiero decir es, ¿cómo funciona exactamente? Soy un poco ignorante en este campo.

— Verás, Talen — respondió Berit, irguiendo la espalda —, cuando el viejo archiprelado muere, los patriarcas de la jerarquía se reúnen en la basílica. La mayoría de los otros cargos del clero están también allí y lo mismo puede decirse habitualmente de los reyes de Eosia. Cada uno de los monarcas pronuncia una especie de discurso al comienzo, pero no está permitido que nadie más hable durante las deliberaciones de la jerarquía. Sólo pueden hacerlo los patriarcas, y ellos son los únicos que tienen derecho a votar.

— ¿Queréis decir que los preceptores no pueden ni siquiera votar?

— Los preceptores son patriarcas, jovencito — informó Perraine desde detrás.

— No lo sabía. Me preguntaba por qué todo el mundo cedía respetuosamente el paso a los caballeros de la Iglesia. ¿Y por qué Annias dirige la Iglesia en Cimmura entonces? ¿Dónde está el

patriarca?

—El patriarca Udale tiene noventa y tres años, Talen —explicó Berit— y, aunque sigue vivo, no estamos seguros de si recuerda cómo se llama. Lo cuidan en la casa madre de los pandion en Demos.

—Eso le complica las cosas a Annias, ¿verdad? Como primado, no puede dirigir una alocución pública ni tampoco votar, y no hay modo de envenenar a ese Udale si está en la casa madre..., a menos que quiera delatarse abiertamente.

—Por eso necesita dinero. Tiene que comprar a la gente para que hablen y voten a su favor.

—Esperad un minuto. Annias es sólo un primado, ¿no es cierto?

—Así es.

Talen frunció el entrecejo.

—Si no es más que un primado y los otros son patriarcas, ¿cómo cree que tiene posibilidades de ganar la elección?

—Los miembros del clero no deben ser patriarcas para ascender al trono de la Iglesia. En varias ocasiones, un simple párroco de pueblo ha accedido a la condición de archiprelado.

—Todo es muy complicado, ¿eh? ;No nos sería más sencillo avanzar con el ejército y poner en el trono al hombre que queramos?

—Eso ya lo intentaron antaño y nunca ha dado buenos resultados. No creo que Dios lo apruebe.

—Aún aprobará menos que Annias salga vencedor.

—Podría ser que no te equivocaras en eso, Talen.

Tynian se adelantó con el caballo, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa.

—Kalten y Ulath se están divirtiendo aterrorizando a Lycheas —contó—. Ulath ha estado cortando troncos con su hacha y Kalten ha hecho un nudo corredizo con una cuerda. Después ha ido señalándole a Lycheas ramas de árboles salidas. Como Lycheas no paraba de desmayarse, hemos tenido que encadenarle las manos al arzón de la silla para que no se caiga.

—Kalten y Ulath son hombres simples —observó Falquián—. No necesitan gran cosa para divertirse. Lycheas tendrá un montón de cosas que contarle a su madre cuando lleguemos a Demos.

Hacia mediodía, giraron hacia el sureste, cortando a campo traviesa. El tiempo siguió estable y, cabalgando a buen paso, llegaron a Demos a última hora del día siguiente. Justo antes de que la columna virara rumbo sur en dirección al campamento que ocupaban los caballeros de las otras tres órdenes, Falquián, Kalten y Ulath se llevaron a Lycheas y, bordeando el límite norte de la ciudad, se dirigieron al convento donde estaba recluida la princesa Arissa. El edificio, de amarillenta piedra arenisca, se elevaba en medio de una cañada boscosa donde resonaba el canto de los pájaros entre los rayos del sol del atardecer.

Falquián y sus amigos desmontaron ante la puerta y, sin muchos miramientos, bajaron al maniatado Lycheas de la silla.

— Debemos hablar con vuestra madre superiora — anunció Falquián a la amable monjita que les abrió —. ¿Pasa todavía la princesa Arissa la mayor parte del tiempo en ese jardín cercano al muro sur?

— Sí, mi señor.

— Pedid , por favor, a la madre superiora que se reúna con nosotros allí. Vamos a entregarle al hijo de Arissa.

Cogió a Lycheas por la nuca y lo arrastró por el patio en dirección amurallado jardín donde transcurrían las largas horas de confinamiento de Arissa. Falquián sentía, por varias razones, un contenido enfado.

—¡Madre! — gritó Lycheas al verla. Se zafó de Falquián y avanzó a trompicones hacia ella con manos implorantes cuyo movimiento entorpecían las cadenas.

La princesa Arissa se puso en pie, indignada. Las ojeras de sus ojos se habían difuminado y un presuntuoso y prematuro regocijo había sustituido a su anterior aire de hosca insatisfacción.

— ¿Qué significa esto? — preguntó abrazando a su pusilánime hijo.

— Me arrojaron a las mazmorras, madre — gimoteó Lycheas —, y han estado amenazándome.
— ¿Cómo osáis tratar así al príncipe regente, Falquián? —se indignó.
— La situación ha cambiado totalmente, princesa —la informó Falquián con frialdad—. Vuestro hijo ya no es el príncipe regente.
— Nadie tiene autoridad para deponerlo. Pagaréis esto con vuestra vida, Falquián.
— Lo dudo mucho, Arissa — disintió Kalten con una amplia sonrisa en el rostro —. Estoy seguro de que estaréis encantada de oír que vuestra sobrina se ha recobrado de su enfermedad.
— ¿Ehlana? ¡Eso es imposible!
— La realidad afirma lo contrario. Me consta que como buena hija de la Iglesia, os sumaréis a nuestra alabanza a Dios en agradecimiento de su milagrosa intervención. El consejo real casi se ha desvanecido de alegría. El barón Harparin estaba tan complacido que ha perdido completamente la cabeza.
— Pero nadie se recupera jamás de... — Arissa se mordió el labio.
— ¿De los efectos del darestim? — terminó por ella la frase Falquián.
— ¿Cómo habéis...?
— No era tan difícil, Arissa. Todos vuestros planes se vienen abajo, princesa. La reina estaba muy molesta con vos y vuestro hijo... y también con el primado Annias, por supuesto. Nos ha ordenado tomaros a los tres bajo custodia. Podéis consideraros bajo arresto de ahora en adelante.
— ¿Cuál es la acusación? — exclamó.
— Alta traición, ¿no era eso, Kalten?
— Me parece que ésas eran las palabras que utilizó la reina, sí. Estoy convencido de que todo es un malentendido, Su Excelencia.
— El rubio caballero sonrió con afectación a la tía de la reina Ehlana —. Vos, vuestro hijo y el buen primado Annias no deberíais tener problemas para aclarar las cosas ante el tribunal que os juzgue.
— ¿Un juicio? — La princesa palideció visiblemente.
— Creo que ésta es la forma normal de proceder, princesa. En otras circunstancias, os habríamos colgado simplemente a vos y a vuestro hijo, pero, como ambos sois personajes de cierta importancia en el reino, se imponen ciertas formalidades.
— ¡Eso es absurdo! — gritó Arissa —. Yo soy una princesa y no pueden culparme de ese delito.
— Podríais tratar de explicárselo a Ehlana — replicó Kalten —. Estoy seguro de que escuchará vuestras alegaciones... antes de dictar sentencia.
— También se os acusará del asesinato de vuestro hermano, Arissa — añadió Falquián —. Seáis princesa o no, eso solo bastaría para llevaros a la horca. Pero estamos un poco escasos de tiempo. No dudo que vuestro hijo os explicará todo con profusión de detalles.
Una anciana monja entró en el jardín con expresión que demostraba a las claras su desaprobación por la presencia de hombres dentro de los muros del convento.
— Ah, madre superiora — la saludó Falquián con una reverencia —. Por orden de la corona, debo recluir a estos dos criminales hasta que puedan ser llevados a juicio. ¿Tenéis por casualidad celdas de penitencia en el recinto?
— Lo siento, caballero — se negó en redondo la madre superiora —, pero las normas de nuestra orden prohíben confinar a los penitentes en contra de su voluntad.
— No importa, madre — intervino, sonriendo, Ulath —. Nosotros nos encargaremos de eso. Antes moriríamos que ofender a las damas de la iglesia. Puedo aseguraros que la princesa y su hijo no van a querer abandonar sus celdas... estando como estarán tan sumidos en su arrepentimiento, comprendedlo. Veamos, necesitaré tres largos de cadena, algunos cerrojos bien resistentes, un martillo y un yunque. Cerraré esas celdas sin dificultad de ninguna clase, y vos y vuestras buenas hermanas no habréis de preocuparos de asuntos políticos. —Hizo una pausa y miró a Falquián—. ¿O queríais que los encadenara a la pared?
Falquián concedió cierta reflexión a tal posibilidad.

— No — resolvió al cabo —, no será necesario. Pese a todo, son miembros de la familia real, y por ello merecedores de alguna cortesía.

— No me queda más remedio que acceder a vuestras demandas, caballeros — declaró la madre superiora. Guardó silencio un instante —. Circula el rumor de que la reina se ha restablecido — dijo —. ¿Es posible que sea cierto?

— Sí, madre superiora — confirmó Falquián —. La reina está bien y el gobierno de Elenia se halla de nuevo en sus manos.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó la anciana religiosa —. ¿Y retiraréis pronto de entre nuestros muros a nuestros indeseados huéspedes?

— Pronto, madre. Muy pronto.

— En ese caso limpiaremos las estancias que la princesa ha contaminado... y ofreceremos oraciones por su alma, desde luego.

— Desde luego.

— Qué conmovedor — exclamó sarcásticamente Arissa, al parecer ya más recuperada—. Si esto se vuelve un punto más empalagoso, creo que vomitaré.

— Estáis empezando a irritarme, Arissa — espetó fríamente Falquián —. No os recomiendo que lo hagáis. Si no actuara por orden de la reina, os decapitaría en el acto. Os aconsejo que os pongáis en paz con Dios, porque estoy seguro de que compareceréis ante él sin tardanza. —La miró con extremo desagrado—. Quitádmela de delante —indicó a Kalten y Ulath.

Unos quince minutos más tarde, Kalten y Ulath regresaron del interior del convento.

— ¿Quedan bien cerrados? — les preguntó Falquián.

— Un herrero tardaría una hora para abrir esas celdas — respondió Kalten —. ¿Nos vamos pues?

— ¡Cuidado, Falquián! — gritó de repente Ulath cuando apenas habían recorrido cerca de un kilómetro, y lo empujó bruscamente a un lado.

La saeta de ballesta atravesó zumbando el aire en el lugar que había ocupado Falquián un instante antes y se clavó hasta la pluma en un árbol del borde del camino.

La espada de Kalten salió silbando de la vaina al tiempo que él espoleaba el caballo en la dirección de donde había surgido la flecha.

— ¿Estáis bien? — inquirió Ulath, desmontando para ayudar a ponerse en pie a Falquián.

— Sólo un poco magullado. Empujáis muy fuerte, amigo mío.

— Lo siento, Falquián. Me he puesto nervioso.

— Pues me alegro, Ulath. Empujad tan fuerte como os plazca cuando ocurran estas cosas.

¿Cómo habéis visto venir la saeta?

— Por pura suerte. Miraba por casualidad por ese lado y he visto que se movían los arbustos.

Kalten profería juramentos al volver.

— Se ha escapado — informó.

— Me estoy cansando de ese tipo — afirmó Falquián, volviendo a montar sobre la silla.

— ¿Crees que podría ser el mismo que te disparó por la espalda en Cimmura? — le preguntó Kalten.

— Esto no es Lamorkand, Kalten, y no hay una ballesta apoyada en un rincón de todas las cocinas del reino. — Analizó un momento la situación —. No alarmemos a Vanion con esto — sugirió —. Yo puedo cuidar de mí mismo y él ya tiene suficientes problemas.

— Creo que es una equivocación, Falquián — opinó dubitativamente Kalten —, pero, como se trata de tu pellejo, lo haremos a tu manera.

Los caballeros de las cuatro órdenes aguardaban en un campamento oculto a una legua al sur de Demos. Falquián y sus compañeros se dirigieron al pabellón donde sus amigos conversaban con el preceptor Abriel de la orden de los cirínicos, el preceptor Komier de los genidios y el preceptor Darellon de los alciones.

— ¿Cómo ha recibido las noticias la princesa Arissa? — inquirió Vanion.

— Se ha quedado moderadamente descontenta por todo. — Kalten sonrió, satisfecho —. Quería

pronunciar un discurso, pero, dado que lo único que realmente quería decir era «No podéis hacer esto», la hemos cortado.

— ¿Que habéis hecho qué! — exclamó Vanion.

— Oh, no en ese sentido, mi señor Vanion — se disculpó Kalten —. Una mala elección de palabras, quizá.

— Decid a qué os referís, Kalten — le indicó Vanion —. Éste no es momento para malentendidos.

— Yo no querría realmente cortarle la cabeza a la princesa, lord Vanion.

— Yo sí — murmuró Ulath.

— ¿Podemos ver el Bhelliom? — pidió Komier a Falquián.

Falquián miró a Sephrenia y ésta asintió, si bien con expresión algo vacilante.

Falquián introdujo la mano bajo la sobreveste y sacó la bolsa de lona. Después aflojó la cuerda y tomó en su mano la rosa de zafiro. Aunque habían pasado varios días sin que sintiera la más leve punzada de aquella sombría e informe amenaza, ésta volvió no bien su mirada se posó en los pétalos de la joya, y una vez más aquella sombra indefinida, aún más oscura y abultada, parpadeó justo en los confines de su campo visual.

— ¡Dios mío! —exclamo sin resuello el preceptor Abriel.

— Ya está — gruñó el thalesiano Komier —. Apartadlo de nuestra vista, Falquián.

— Pero... — se dispuso a protestar el preceptor Darellon.

— ¿Queréis preservar vuestra alma, Darellon? — preguntó Komier sin miramientos —. Si ése es el caso, no miréis ni un segundo más esa piedra.

— Guardadla, Falquián — indicó Sephrenia.

— ¿Hemos recibido alguna noticia acerca de lo que está haciendo Otha? — inquirió Kalten mientras Falquián devolvía el Bhelliom a su bolsa.

— Parece que se mantiene firme en la frontera — respondió Abriel —. Vanion nos ha contado la confesión del bastardo Lycheas. Es muy probable que Annias haya pedido a Otha que se apostara allí y profiriera amenazas. Después el primado de Cimmura puede arrogarse la posesión de la manera de detener a los zemoquianos, lo cual desviaría algunos votos en su favor.

—¿Creéis que Otha sabe que Falquián tiene el Bhelliom? —planteó Ulath.

—Azash lo sabe —afirmó Sephrenia—, y eso significa que Otha también tiene la misma información. La cuestión cuya respuesta ignoramos es si Annias ha recibido la noticia.

—¿Cuál es la situación en Chyrellos? —preguntó Falquián a Vanion.

—La última noticia de que disponemos es que la vida del archiprelado Clovunus sigue pendiente de un hilo. Como no hay modo de que podamos mantener en secreto nuestra llegada, entraremos en Chyrellos a las claras. Nuestros planes se han modificado ahora que Otha ha entrado en juego. Nos interesa llegar a Chyrellos antes de que fallezca Clovunus. Es evidente que Annias va a intentar convocar forzosamente la elección tan pronto como pueda y, aunque no puede comenzar a impartir órdenes hasta entonces, una vez que Clovunus esté muerto, los patriarcas que Annias controla pueden comenzar a reclamar votaciones. Probablemente lo primero que votarán será el cierre de la ciudad y, dado que ésa no es una cuestión fundamental, seguramente obtendrá los votos suficientes para que se acepte la propuesta.

—¿Puede Dolmant trazar alguna clase de estimación respecto a la intención de voto actual? — inquirió Falquián.

— Es aproximativa, sir Falquián — le respondió el preceptor Abriel, el dirigente de los caballeros cirínicos de Arcium, un hombre de robusta complexión de unos sesenta años con cabello plateado y expresión ascética—. Un buen número de patriarcas no se encuentran presentes en Chyrellos.

— Un tributo a la eficiencia de los asesinos de Annias — apuntó secamente el thalesiano Komier.

— Es lo más probable — convino Abriel —. Sea como fuere, en estos momentos hay ciento

treinta y dos patriarcas en Chyrellos.

— ¿Y cuántos son en total? — preguntó Kalten.

— Ciento sesenta y ocho.

— ¿Por qué un número tan extravagante? — se extrañó Talen.

— Así se dispuso hace tiempo, joven — explicó Abriel —. Se seleccionó ese número de modo que se requiriera un centenar de votos para elegir un nuevo archiprelado.

— Ciento sesenta y siete habría sido más próximo — afirmó Talen al cabo de un momento.

— ¿Próximo a qué? — inquirió Kalten.

— Al centenar de votos. Veréis, cien votos es el sesenta por ciento de... — Talen observó la expresión de estupor de Kalten —. Ah..., da igual, Kalten —dijo—. Os lo explicaré después.

— ¿Puedes retener todos esos números en la cabeza? — se sorprendió Komier —. En ese caso, hemos malgastado un fardo de papeles efectuando los cálculos.

— Es un truco, mi señor — respondió modestamente Talen —. En mi trabajo uno debe a veces hacer números muy deprisa. ¿Puedo preguntar de cuántos votos dispone ahora Annias?

— De sesenta y cinco — repuso Abriel —, ya sean firmes o fuertemente inclinados de su lado.

— ¿Y cuántos tenemos nosotros?

— Cincuenta y ocho.

— En ese caso, nadie gana. Él necesita treinta y cinco votos más y nosotros, cuarenta y dos.

— Me temo que no es tan simple. — Abriel exhaló un suspiro —. El procedimiento establecido por los padres de la Iglesia exige un centenar de votos, o una proporción similar de entre los presentes que voten, para elegir un nuevo archiprelado o para decidir todas las cuestiones fundamentales.

— Y eso es en lo que hemos gastado un fardo de papeles — señaló agriamente Komier.

— Bien — dijo Talen tras un momento de reflexión —. Entonces Annias sólo necesita ochenta votos, pero todavía le faltan quince.

— Frunció el entrecejo —. Esperad un minuto — añadió —. Vuestros cálculos no concuerdan. Sólo habéis tenido en cuenta ciento veintitrés votos y habéis dicho que había ciento treinta y dos patriarcas en Chyrellos.

— Nueve de los patriarcas aún no se han decidido — le explicó Abriel —. Dolmant sospecha que están aguardando simplemente a recibir sobornos más cuantiosos. De vez en cuando se celebran votaciones concernientes a asuntos no fundamentales y, en dichos casos, basta con la mayoría simple para ganar. En algunas ocasiones esos nueve votan con Annias y en otras no. Están demostrándole su poder. Me temo que votarán al candidato que les aporte alguna ventaja a ellos.

— Aunque todos voten por Annias cada vez, ello no implica ninguna diferencia — dedujo Talen —. Por más que se estiren, nueve votos no pueden convertirse en quince.

— Pero él no necesita quince — advirtió cansinamente el preceptor Darellon —. Debido a los asesinatos y a todos los soldados eclesiásticos que patrullan por las calles de Chyrellos, diecisiete de los patriarcas que se oponen a Annias se han ocultado en algún lugar de la Ciudad Sagrada y, como no están presentes ni votan, eso modifica los números.

— Esto está comenzando a darme dolor de cabeza — dijo Kalten a Ulath.

— Me parece que tenemos problemas, mis señores — anunció Talen, sacudiendo la cabeza —. Sin esos diecisiete sumados al total, la cantidad necesaria para ganar es sesenta y nueve. A Annias sólo le faltan cuatro votos más.

— Y, en cuanto consiga el dinero suficiente para satisfacer a esos nueve que se reservan, saldrá ganador — infirió Bevier —. El chico tiene razón, mis señores. Nos enfrentamos a un grave problema.

— Entonces habremos de modificar los números — observó Falquián.

— ¿Y cómo se hace eso? — preguntó Kalten —. Un número es un número. No puede cambiarse.

— Se puede si se le añaden otros. Lo que hemos de hacer al llegar a Chyrellos es localizar a esos diecisiete patriarcas que se esconden y llevarlos con protección a la basílica para que voten. Eso

volvería a situar el número que precisa Annias para salir vencedor en ochenta, cifra que él no puede alcanzar.

— Pero nosotros tampoco — objetó Tynian —. Aun cuando recuperáramos esos votos, seguiríamos disponiendo de cincuenta y ocho.

— Sesenta y dos de hecho, sir Tynian — corrigió respetuosamente Bevier —. Los preceptores de las cuatro órdenes son también patriarcas y no creo que ninguno de ellos fuera a votar a Annias, ¿no es así, mis señores?

— Eso modifica las cosas — calculó Talen —. Si se suman los diecisiete y los cuatro, y el total es ciento treinta y seis, el número necesario para ganar se sitúa en ochenta y dos... En realidad, ochenta y uno y una fracción.

— Una cifra imposible de conseguir para ambas facciones — señaló con pesimismo Komier —. Continuamos lejos de poder obtener la victoria.

— No tenemos que ganar la votación para salir airoso, Komier — observó Vanion —. Nosotros no tratamos de elegir a nadie. Todo cuanto intentamos hacer es mantener a Annias fuera del trono. Podemos ganar llegando a un punto muerto. — El amigo de Falquián se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro del pabellón —. En cuanto nos encontremos en Chyrellos, haremos que Dolmant envíe un mensaje a Wargun a Arcium declarando que hay una crisis de religión en la Ciudad Sagrada. De ese modo, Wargun se situará bajo nuestras órdenes. Incluiremos un mandato firmado por nosotros cuatro en el que se le conmine a suspender sus operaciones en Arcium y cabalgar hacia Chyrellos con la menor dilación posible. Si Otha comienza a avanzar, lo necesitaremos de todas formas.

— ¿Cómo vamos a lograr los suficientes votos para tal declaración? — preguntó el preceptor Darellon.

— No me proponía someterlo a votación, amigo mío. — Vanion esbozó una fina sonrisa —. La reputación de Dolmant convencerá al patriarca Bergsten de que la declaración es oficial, y Bergsten puede ordenar a Wargun que marche hacia Chyrellos. Ya nos disculparemos más tarde por el malentendido. Para entonces, no obstante, Wargun estará en Chyrellos con los ejércitos combinados de Occidente.

— Excepto el de Elenia — insistió Falquián —. Mi reina está sentada en Cimmura sin más protección que un par de ladrones.

— No pretendo ofenderos, sir Falquián — declaró Darellon —, pero en estos momentos ésta es una cuestión crucial.

— No estoy tan seguro, Darellon — se mostró en desacuerdo Vanion —. Annias necesita desesperadamente dinero ahora y por ello debe tener acceso al tesoro de Elenia... no sólo para sobornar a esos nueve, sino para mantener los votos con los que ya cuenta. Bastarían unas pocas deserciones para dejar el trono fuera de su alcance. La protección de Ehlana... y de su tesoro... es incluso más vital ahora que antes.

— Tal vez tengáis razón, Vanion — concedió Darellon —. No había pensado en eso.

— De acuerdo pues — prosiguió con su análisis Vanion —, cuando Wargun llegue a Chyrellos con su ejército, se transformará el equilibrio de fuerzas. El poder de Annias sobre sus adeptos es ya bastante tenue actualmente y, por mi parte, opino que en muchos casos se basa en gran medida en el hecho de que sus soldados controlen las calles. En cuanto eso cambie, preveo la rápida disolución de una parte de su apoyo. Por lo tanto considero, caballeros, que nuestro objetivo es llegar a Chyrellos antes de que fallezca Clovunus, enviar ese mensaje a Wargun y después tomar bajo nuestra custodia a los patriarcas que permanecen ocultos de manera que puedan volver a la basílica para participar en las votaciones. — Dirigió la mirada a Talen —. ¿Cuántos votos necesitamos..., cuál es el mínimo absoluto necesario para impedir que Annias salga vencedor?

— Si consigue hacerse con el apoyo de esos nueve, dispondrá de setenta y cuatro votos, mi señor. Si nosotros localizamos a seis de los que están escondidos, el número total de patriarcas que voten será ciento veinticinco. El sesenta por ciento de ellos es setenta y cinco, con lo cual no

ganará.

— Muy bien, Talen — aprobó Vanion —. De acuerdo pues, caballejos. Vamos a Chyrellos, registramos toda la ciudad y encontramos a los seis patriarcas que están dispuestos a votar contra Annias. Nombramos a alguien, a cualquiera, que se presente como candidato a la elección y sometemos continuamente a votación diversos asuntos hasta que llegue Wargun.

— De todas formas, no es lo mismo que ganar, Vanion — refunfuño Komier.

— Es lo que más se le parece — adujo Vanion.

Falquián tuvo el sueño inquieto esa noche. La oscuridad parecía henchida de vagos gritos y gemidos y de una sensación de terror impreciso. Finalmente se levantó de la cama, se puso un hábito de monje y salió en busca de Sephrenia.

Como casi esperaba, la encontró sentada en la entrada de su tienda con una taza de té en las manos.

— ¿Es que no dormís nunca? — le preguntó con cierta irritación.

— Vuestros sueños me mantienen despierta, querido.

— ¿Sabéis lo que estoy soñando? — inquirió, estupefacto.

— Desconozco los detalles, pero sé que hay algo que os trastorna.

— He vuelto a ver la sombra cuando he enseñado el Bhelliom a los preceptores.

— ¿Es eso lo que os preocupa?

— En parte. Alguien me disparó con una ballesta cuando venía con Ulath y Kaltén del convento donde está recluida Arissa.

— Pero eso ha sido antes de que sacarais el Bhelliom de la bolsa. Después de todo, quizá los incidentes no tienen ninguna clase de conexión.

— Tal vez la sombra los reserve... o tal vez ésta pueda prever que se producirán en el futuro. Quizá la sombra no necesite que yo toque el Bhelliom para poder mandar a alguien a matarme.

— ¿Participan normalmente tantos «quizás» y «tal vez» en la lógica elenia?

— No, y eso es lo que me inquieta, aunque no tanto como para hacerme descartar las hipótesis. Hace ya un tiempo que Azash viene enviando cosas para acabar conmigo, pequeña madre, y todas tenían algún atributo sobrenatural. Es evidente que esa sombra de la que capto constantemente una vislumbre no es natural, o de lo contrario vos la habríais visto.

— Supongo que es cierto.

— Entonces sería un tanto estúpido que bajara la guardia simplemente porque no puedo demostrar que Azash mandó la sombra, ¿no creéis?

— Es probable que así sea.

— Aun cuando no pueda probarlo realmente, sé que existe algún tipo de relación entre el Bhelliom y ese parpadeo que percibo de reojo. Ignoro cuál es la conexión y tal vez por eso tenemos la impresión de que algunos incidentes aislados no se ajustan a ninguna racionalización. Para curarme en salud, no obstante, voy a dar por sentado lo peor: que la sombra pertenece a Azash y está siguiendo al Bhelliom y enviando humanos para matarme.

— Eso parece juicioso.

— Me alegra que lo aprobéis.

— Ya habíais tomado una decisión al respecto, Falquián — observó —. ¿Por qué habéis venido a verme entonces?

— Necesitaba que me escucharais mientras hilaba con palabras los argumentos.

— Comprendo.

— Además, me complace vuestra compañía.

— Sois muy buen chico, Falquián — le dijo, sonriendo con ternura —. Ahora decidme, ¿por qué no me explicáis el motivo de que estéis ocultándole a Vanion este último atentado de que habéis sido objeto?

— Veo que no cuento con vuestro beneplácito en esto — advirtió, suspirando.

— No, ciertamente no.

— No quiero que me coloque en medio de la columna rodeado por caballeros armados con los escudos en alto. Debo hallarme en condición de ver lo que se me avecina, Sephrenia. De lo contrario, comenzaré a arrancarme la piel a tiras.

— Oh, querido — suspiró.

Faran estaba de un humor de perros. Un día y medio de casi continuada marcha extenuante habían provocado un empeoramiento de su ya desabrida disposición natural. A unas quince leguas de Chyrellos, los preceptores detuvieron a la comitiva y ordenaron desmontar y caminar un rato para descansar las cabalgaduras. Faran intentó morder tres veces a Falquián mientras el alto caballero bajaba de la silla, en una tentativa que obedecía más a una indicación de desaprobación que a una intención real de herir o mutilar, ya que el ruano había descubierto hacía mucho que mordiendo a su amo cuando éste iba revestido de armadura sólo conseguía dolor de dientes. Cuando el voluminoso caballo efectuó un ligero giro y propinó una fuerte patada a Falquián en la cadera, empero, éste decidió que había llegado el momento de tomar medidas. Con la ayuda de Kalten, se puso en pie, se levantó la visera y, con las manos en las riendas, se situó a la altura de su fea montura para mirarla cara a cara.

— ¡Basta! — espetó.

Faran le devolvió una mirada cargada de odio. Falquián se movió rápidamente y, agarrando la oreja izquierda del ruano con la mano acorazada con el guantelete, se la retorció sin piedad.

Faran hizo rechinar los dientes y de sus ojos brotaron lágrimas.

— ¿Nos entendemos? — preguntó con voz rasposa Falquián.

Faran le dio una patada en la rodilla con uno de los cascos delanteros.

— Como quieras, Faran — le dijo Falquián —. Pero vas a estar ridículo sin esa oreja. — Se la retorció con más fuerza hasta que el caballo chilló de dolor a regañadientes.

— Es siempre agradable charlar contigo, Faran — bromeó Falquián, soltándole la oreja. Después le alisó el pelo bañado en sudor del cuello —. Viejo mentecato — le dijo con ternura —. ¿Estás bien?

Faran meneó las orejas — la derecha, en todo caso — haciendo ostentativo alarde de indiferencia.

— Es realmente necesario, Faran — explicó Falquián —. No te estoy forzando tanto por puro placer. Será por poco trecho. ¿Puedo fiarme de ti ahora?

Faran suspiró y rascó el suelo con una pezuña.

— Bien — zanjó Falquián —. Caminemos un rato.

— Es en verdad extraño — comentó el preceptor Abriel a Vanion —. Nunca había visto a un caballo y un hombre tan estrechamente compenetrados.

— Forma parte de la ventaja que tiene Falquián, amigo mío — le confió Vanion —. Él ya es temible por sí mismo, pero, cuando se coloca encima de ese caballo, se convierte en un desastre natural.

Anduvieron poco más de un kilómetro y luego volvieron a montar y siguieron cabalgando entre la luz solar de la tarde en dirección a la Ciudad Sagrada. Era cerca de medianoche cuando cruzaron el ancho puente que mediaba entre las orillas del río Arruk y se encaminaron a una de las puertas occidentales de Chyrellos, la cual estaba, por supuesto, guardada por soldados eclesiásticos.

— No puedo concederos entrada hasta la salida del sol, mis señores — denegó con firmeza el capitán que se hallaba al mando del destacamento —. Por orden de la jerarquía, nadie que vaya armado puede entrar en Chyrellos durante las horas de oscuridad. El preceptor Komier alargó la mano hacia su hacha.

— Un momento, amigo mío — lo previno amablemente el preceptor Abriel —. Creo que existe una manera de resolver esta dificultad sin recurrir a la violencia. Capitán — interpeló al soldado de roja túnica.

— ¿Sí, mi señor? — La voz del militar era insultantemente presuntuosa. — Esta orden que habéis mencionado, ¿afecta a los miembros de la propia jerarquía?

— ¿Mi señor? — El capitán parecía confundido.

— Es una pregunta muy simple, capitán, que os bastará responder con un sí o un no. ¿Afecta la orden a los patriarcas de la Iglesia?

— Nadie puede poner impedimentos a un patriarca de la Iglesia, mi señor — repuso, algo indeciso, el capitán.

— Su Ilustrísima —lo corrigió Abriel.

El capitán pestañeó sin comprender.

— La forma correcta de tratamiento cuando se habla con un patriarca es «Su Ilustrísima», capitán. Según la ley eclesiástica, mis tres compañeros y yo somos, de hecho, patriarcas de la Iglesia. Poned a vuestros hombres en formación, capitán. Vamos a pasar revista.

El capitán titubeó.

— Hablo en nombre de la Iglesia, teniente — señaló Abriel —. ¿Vais a desafiar su voluntad?

— Eh... yo soy capitán, Su Ilustrísima — murmuró el hombre.

— Eras un capitán, teniente, pero ya no lo sois. Y ahora, ¿os gustaría rebajaros a sargento? En caso contrario, haréis al instante lo que os he dicho.

— Enseguida, Su Ilustrísima — respondió, tembloroso, el hombre —. ¡Eh, vosotros! — gritó —. ¡Todos! ¡Colocaos en formación para inspección! El aspecto que ofreció el destacamento en la puerta fue, en palabras del preceptor — ¿deberíamos decir en vez de ello «patriarca»? —, lamentable. Tras distribuir generosamente reprimendas con selecto vocabulario mordaz, la columna se adentró en la Ciudad Sagrada sin hallar mayor impedimento. No hubo risas, ni siquiera sonrisas, hasta que se encontraron a buena distancia de las puertas. La disciplina de los caballeros de la Iglesia es objeto de admiración en todo el mundo conocido.

A pesar de lo tardío de la hora, las calles de Chyrellos estaban densamente patrulladas por soldados eclesiásticos, cuya lealtad, Falquián lo sabía bien, era pura cuestión de compraventa. Debido a su supremacía numérica en la Ciudad Sagrada, aquellos hombres, que en la mayoría de los casos servían únicamente a cambio de la paga, se habían habituado a comportarse con cierta arrogante rudeza. Aun así, la aparición de cuatrocientos caballeros de la Iglesia vestidos con armadura a la ominosa hora de medianoche engendró en ellos lo que Falquián interpretó como una oportuna humildad... al menos entre los soldados rasos. Los oficiales tardaron un poco más en hacerse cargo de la situación, como, por otra parte, siempre sucede. Un desagradable joven trató de cerrarles el paso, conminándolos a presentar documentos. Como el engreído individuo había omitido mirar a sus espaldas, no se había percatado del hecho de que sus tropas se habían retirado discretamente y continuó expresando perentorias órdenes con voz chillona, exigiendo esto e insistiendo en lo de más allá hasta que Falquián aflojó las riendas de Faran y arremetió contra él a paso vivo. Faran puso especial énfasis en patear insistentemente con sus cascos herrados de acero varios puntos sensibles del cuerpo del oficial.

— ¿Te sientes mejor ahora? — preguntó Falquián a su caballo.

Faran emitió un relincho lleno de maldad.

— Kalten — indicó Vanion —, pongámonos manos a la obra. Dividid la columna en grupos de diez. Dispersaros por la ciudad y haced circular el ofrecimiento de protección de los caballeros de la Iglesia a todo patriarca que desee ir a la basílica para participar en las votaciones.

— Sí, mi señor Vanion — aceptó Kalten —. Voy a despertar a la Ciudad Sagrada. Estoy seguro de que todos están esperando con ansias la noticia que les traigo.

— Creéis que hay esperanzas de que algún día alcance la madurez? — dijo Falquián.

— Yo diría que no — respondió quedamente Vanion —. Por más viejos que nos hagamos los demás, siempre tendremos a un eterno chiquillo entre nosotros, lo cual no deja de ser reconfortante.

Seguidos por Falquián, sus amigos y un destacamento de veinte hombres capitaneado por sir Perraine, los preceptores prosiguieron su camino por la amplia avenida.

La modesta casa de Dolmant estaba custodiada por un pelotón de soldados, cuyo oficial reconoció Falquián como uno de los leales al patriarca de Demos.

— ¡Loado sea Dios! — exclamó el joven cuando los caballeros refrenaron las monturas justo delante de la puerta de Dolmant.

— Nos encontrábamos en la zona y hemos pensado que podríamos pararnos para hacer una visita de cortesía — declaró Vanion con una seca sonrisa —. Confío en que Su Ilustrísima esté perfectamente.

— Estará mejor ahora que vos y vuestros amigos estáis aquí, mi señor. Ha habido un poco de tensión aquí en Chyrellos.

— Me lo imagino. ¿Está Su Ilustrísima aún despierto?

— Se encuentra reunido con Emban, el patriarca de Usara. ¿Tal vez lo conocéis, mi señor?

— ¿Un tipo rechoncho, bastante jovial?

— El mismo, mi señor. Anunciaré a Su Ilustrísima vuestra llegada. Dolmant, patriarca de Demos, estaba tan delgado y severo como siempre, pero su ascético rostro se iluminó con una amplia sonrisa cuando los caballeros de la Iglesia entraron en tropel en su estudio.

— Habéis viajado deprisa, caballeros — les dijo —. Seguro que todos conocéis a Emban. — Señaló a su corpulento colega.

— Vuestro estudio está empezando a parecer una fundición, Dolmant — bromeó Emban, que definitivamente estaba más que «rechoncho», mirando en derredor a los caballeros revestidos de armadura —. Hace años que no veo tanto acero junto.

— Es reconfortante, sin embargo — advirtió Dolmant.

— Oh, vaya que sí.

— ¿Cómo están las cosas en Cimmura, Vanion? — preguntó, interesado, Dolmant.

— Me complace informaros que la reina Ehlana se ha recuperado y ahora retiene firmemente el gobierno en sus manos — repuso Vanion.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Emban —. Me parece que Annias acaba de entrar en bancarrota.

— ¿Conseguisteis encontrar el Bhelliom, pues? — preguntó Dolmant a Falquián.

Falquián asintió con la cabeza.

— ¿Queréis verlo, Su Ilustrísima? — ofreció.

— Creo que no, Falquián. Se supone que yo no debería admitir su poder, pero he oído algunas historias. Aunque son sin duda supersticiones folclóricas, mejor es no prestarse a albuces.

Falquián exhaló para sus adentros un suspiro de alivio. No le apetecía otro encuentro con aquella movediza sombra ni la perspectiva de pasar varios días con la desagradable sensación de que alguien podía estar apuntándole con una ballesta.

— Es raro que a Annias no le haya llegado todavía la noticia de la recuperación de la reina — observó Dolmant —. Al menos él no ha mostrado hasta el momento señales de contrariedad.

— Me sorprendería mucho que ya estuviera enterado, Su Ilustrísima — comentó con voz cavernosa Komier —. Vanion cerró la ciudad para mantener a los cimmuranos en sus hogares. Según tengo entendido, la gente que trata de salir es firmemente disuadida de su intento.

— ¿No habréis dejado a vuestros pandion allí, Vanion?

— No, Su Ilustrísima. Hemos encontrado apoyo en otro lado. ¿Cómo está el archiprelado?

— Moribundo — respondió Emban —. Claro está que lleva varios años agonizando, pero esta vez es algo más serio.

— ¿Ha vuelto a desplazarse Otha, Su Ilustrísima? — inquirió Darellon.

— Todavía está acampado justo al otro lado de la frontera con Lamorkand. Está profiriendo toda suerte de amenazas y exigiendo la devolución de ese misterioso tesoro zemoquiano.

— No es tan misterioso, Dolmant — señaló Sephrenia —. Quiere el Bhelliom, y sabe que se halla en poder de Falquián.

— Seguro que alguien va a sugerir que Falquián se lo entregue con el propósito de evitar una invasión — dedujo Emban.

— Eso no ocurrirá nunca, Su Ilustrísima — afirmó la estiria —. Antes lo destruiremos.

— ¿Ha regresado alguno de los patriarcas que se ocultaban? — inquirió el preceptor Abriel.

—Ni uno — contestó con un bufido Emban —. Seguramente se hallan en las más profundas concavidades que han sabido encontrar. Dos de ellos sufrieron fatales accidentes hace un par de días, y el resto se sumió bajo tierra.

—Tenemos caballeros recorriendo la ciudad en su busca — informó el preceptor Darellon —. Incluso el más tímido de los conejos podría recobrar cierto grado de coraje si estuviera protegido por los caballeros de la Iglesia.

— ¡Darellon! — dijo Dolmant con tono reprobador.

— Disculpad, Su Ilustrísima — se excusó negligentemente Darellon.

— ¿Modificará eso los cálculos? — preguntó Komier a Talen —. Los dos que han muerto, me refiero.

— No, mi señor — repuso Talen —. No los contábamos de todas formas. Dolmant puso cara de estupor.

— El chico es muy bueno en matemáticas — explicó Komier —. Puede calcular mentalmente con mayor rapidez que lo hago yo con el lápiz.

— En ocasiones me asombras, Talen — reconoció Dolmant —. ¿Podría tal vez suscitar tu interés por una carrera eclesiástica?

— ¿Para llevar las cuentas de las contribuciones de los fieles, Su Ilustrísima? — preguntó con entusiasmo el muchacho.

— Ah... no, me parece que no, Talen.

— Se han modificado los votos, Su Ilustrísima? — quiso saber Abriel.

— Annias sigue disponiendo de la mayoría simple — respondió Dolmant sacudiendo la cabeza —. Puede imponerse en cualquier asunto no sea una cuestión fundamental. Sus aduladores convocan votaciones sobre cualquier tema que se les ocurra. En primer lugar, quiere mantener un recuento constante, y la votación nos retiene a todos encerrados en la sala de audiencias.

— Los números están a punto de cambiar, Su Ilustrísima — aseguró Komier —. Mis amigos y yo hemos decidido participar esta vez.

— Esto sí que es insólito! — exclamó el patriarca Emban —. Los preceptores de las órdenes militantes llevan doscientos años sin intervenir en una votación de la jerarquía.

— Todavía somos aceptados de buen grado, ¿no es así, Su Ilustrísima?

— Por lo que a mí concierne, sí, Su Ilustrísima. Aunque quizás a Annias no le haga ninguna gracia.

— Es una lástima para él. ¿Cómo afecta esto a las cifras, Talen?

— Sólo ha aumentado de sesenta y nueve votos a setenta y uno y una fracción, mi señor Komier. Ése es el sesenta por ciento que Annias necesita para ganar.

— ¿Y la mayoría simple?

— Sigue conservándola. Únicamente precisa sesenta y uno.

— No creo que ninguno de los patriarcas neutrales se pasen a su bando en una cuestión esencial hasta que él les haga la oferta que esperan — opinó Dolmant —. Lo más probable es que se abstengan, y entonces Annias necesitará... — frunció el entrecejo, absorto.

— Sesenta y seis votos, Su Ilustrísima — salió en su ayuda Talen —. Le falta un voto.

— Un chico encantador — murmuró Dolmant —. Nuestro mejor plan de acción será pues hacer que toda votación tenga carácter fundamental..., incluso una que decida si se encienden más velas.

— ¿Cómo se consigue eso? — inquirió Komier —. Estoy un poco anquilosado en el proceder de estas cuestiones.

— Uno de nosotros se pone en pie y dice «fundamento» — explicó Dolmant con una tenue sonrisa.

— ¿No nos van a denegar simplemente tal petición?

— Oh, no, mi querido Komier — lo tranquilizó, riendo entre dientes, Emban —. La votación que dirime si una cuestión es asunto de fundamento o no, es en sí misma un asunto fundamental. Me parece que lo hemos atrapado, Dolmant. Ese voto que no tiene le impedirá el acceso al trono del

archiprelado.

— A menos que pueda hacerse con más dinero — advirtió Dolmant — o que se produzca por azar la muerte de más patriarcas. ¿A cuántos de nosotros tiene que matar para poder ganar, Talen?

— Todos vosotros podríais ayudarlo un poco. — Talen esbozó una mueca

— Vigila tus modales — vociferó Berit.

— Perdonad — se disculpó Talen —. Supongo que debería haber añadido «Su Ilustrísima».

Annias necesita reducir el número total de votantes como mínimo en dos para poder disponer del sesenta por ciento necesario, Su Ilustrísima.

— En ese caso deberemos asignar caballeros para que protejan a los patriarcas leales — reflexionó Abriel —, y eso reducirá el número de los que patrullan la ciudad tratando de localizar a los miembros que faltan. Esto comienza a depender de la toma de control de las calles. Necesitamos desesperadamente a Wargun.

Emban lo miró, desconcertado.

— Es algo que ideamos en Demos, Su Ilustrísima — explicó Abriel —. Annias está intimidando a los patriarcas gracias a que Chyrellos está repleto de soldados eclesiásticos. Si un patriarca, ya seáis vos o el patriarca Dolmant, declara una crisis de religión y ordena a Wargun que suspenda las operaciones en Arcium y traiga sus ejércitos aquí a Chyrellos, la situación cambia drásticamente y la intimidación se inclina del otro lado.

— Abriel — señaló Dolmant con voz dolorida —, no elegimos un archiprelado valiéndonos de la intimidación.

— Vivimos en un mundo real, Su Ilustrísima — replicó Abriel — Dado que fue Annias quien decidió las reglas de este juego, no nos queda más remedio que jugar a su manera..., a menos que uno tenga por casualidad otro juego de dados.

— Además — agregó Talen —, eso nos proporcionaría como mínimo un voto más.

— ¿Ah, sí? — se extrañó Dolmant.

— El patriarca Bergsten está con el ejército de Wargun y probablemente podríamos convencerlo para que votara.

— ¿Por qué no nos colocamos en círculo y redactamos una carta dirigida al rey de Thalesia, Dolmant? — propuso, sonriente, Emban.

— Yo mismo iba a sugerirlo, Emban. Y tal vez deberíamos olvidar hablar de ello a nadie más. La orden contradictoria de algún otro patriarca podría confundir a Wargun y lo cierto es que, tal como está, ya padece bastante confusión.

Capítulo ocho

Falquián tuvo un sueño desasosegado, pese al cansancio. Tenía la mente poblada de números. Sesenta y nueve se transformaba en setenta y uno, después en ochenta, y de nuevo volvía la cuenta atrás, en un marco presidido por la ominosa presencia de los nueve y los diecisiete, que no quince. Comenzó a perder la noción del significado de tales cifras, que pasaron a ser meros números que formaban amenazadoramente frente a él, revestidos de armadura y blandiendo armas con las manos. Y, como solía ocurrir casi siempre cuando dormía ahora, la sombría forma le atormentaba el sueño, sin hacer nada, limitándose a observar... y esperar.

Falquián carecía de temperamento para la política. En su mente eran demasiadas las cosas que se reducían al esquema de un campo de batalla, en el cual la superioridad de fuerza y entrenamiento físico y la bravura individual eran atributos indispensables. En cuestiones políticas, por el contrario, el más frágil se equiparaba al valeroso y una trémula mano aquejada de parálisis que se alzara para votar tenía un poder igual al de un puño acorazado con malla. Su instinto le decía que la solución al problema residía en la vaina de su espada, pero el asesinato del primado de Cimmura abriría una escisión en los reinos de Occidente en un momento en que Otha permanecía en pie de guerra en las marcas orientales.

Al cabo renunció a dormir y salió silenciosamente de la cama para no despertar a Kalten. Se vistió con la suave túnica monacal y recorrió los oscuros corredores en dirección al estudio de Dolmant.

Sephrenia se hallaba allí, sentada frente a una pequeña hoguera que crepitaba en el hogar, con su taza de té en las manos y los ojos sumidos en un aire de misterio.

— Estáis inquieto, ¿verdad, Falquián? — le dijo en voz baja.

— ¿No lo estáis vos? — Con un suspiro, el caballero se dejó caer en una silla y extendió sus largas piernas ante él —. No somos personas indicadas para esto, pequeña madre — señaló melancólicamente —, ninguno de los dos. Yo no soy del tipo de individuos capaces de entusiasmarse y alborozarse por el cambio de un número, y no estoy del todo seguro de que vos comprendáis siquiera qué significan los números. Dado que los estirios no leéis, ¿puede alguno de vosotros captar realmente la noción de un número que supere la suma de los dedos de las manos y los pies?

— ¿Pretendéis mostraros insultante, Falquián?

— No, pequeña madre, nunca haría tal cosa..., no a vos. Disculpad. Tengo un humor agrio esta mañana. Estoy peleando en una clase de guerra que no entiendo. ¿Por qué no componemos una especie de plegaria y pedimos a Aphrael que modifique las decisiones de ciertos miembros de la jerarquía? Ésa sería una solución agradable y simple que sin duda evitaría un gran derramamiento

de sangre.

— Aphrael no haría eso, Falquián.

— Me temía que ibais a contestarme así. Ello nos deja la detestable alternativa de participar en un juego que no es el nuestro. No me molestaría tanto... si comprendiera un poco mejor las reglas. Francamente, preferiría con mucho espadas y mares de sangre. — Hizo una pausa —. Adelante, decidlo, Sephrenia.

— ¿Decir qué?

— Suspirad y alzad los ojos al cielo y exclamad «elenios» en vuestro más exasperado tono de voz.

— Esto está fuera de lugar, Falquián — señaló, con mirada dura, la mujer.

— Sólo estaba bromeando. — Sonrió —. Podemos chancearnos de quienes amamos sin ofenderlos, ¿no es cierto?

El patriarca Dolmant entró sin hacer ruido, con expresión turbada.

— ¿Nadie duerme esta noche? — preguntó.

— Tenemos un largo día por delante, Su Ilustrísima — respondió Falquián —. ¿Es ése el motivo por el que vos también os habéis levantado?

Dolmant negó con la cabeza.

— Uno de mis criados se ha puesto enfermo — explico —, un cocinero. Ignoro por qué han venido a llamarme sus compañeros. Yo no soy medico.

— Me parece que a eso se lo llama confianza. — Sephrenia esbozó una risa — Se supone que vos mantenéis un contacto especial con el Dios elenio. ¿Cómo está el pobre hombre..., el cocinero, quiero decir?

— Se trata, al parecer, de algo serio. He mandado llamar a un médico. No es un gran cocinero, pero sentiría que muriera. Pero ahora, decidme: ¿qué pasó realmente en Cimmura, Falquián?

Falquián realizó una rápida exposición de lo sucedido en la sala del trono y de lo esencial de las revelaciones de Lycheas.

— ¿Otha? — exclamó Dolmant —. ¿En verdad llegó a ese extremo Annias?

— No podemos demostrarlo, Su Ilustrísima — advirtió Falquián —, No obstante, en determinado momento podría ser útil dejar caer esa información en presencia de Annias. Es posible que lo perturbara un tanto. Volviendo a nuestro tema, siguiendo las órdenes de Ehlana, hemos confinado a Lycheas y Arissa en ese monasterio cercano a Demos, y llevo conmigo una buena cantidad de órdenes de captura con objeto de arrestar a diversos individuos con el cargo de alta traición. El nombre de Annias figura de forma preeminente en una de ellas. — Guardó silencio un momento —. Es sólo una idea — declaró —. Podríamos ir con el grueso de los caballeros a la basílica, detener a Annias y llevarlo encadenado a Cimmura. Ehlana hablaba muy seriamente de horcas y decapitaciones cuando nos marchamos.

— No podéis sacar a Annias de la basílica, Falquián — observó Dolmant —. Es una iglesia, y las iglesias son refugios para toda clase de delitos civiles.

— Una lástima — murmuró Falquián —. ¿Quién se encuentra a la cabeza de los partidarios de Annias en la basílica?

— Makova, patriarca de Coombe. Lleva un año desempeñando un papel relevante. Makova es un burro, totalmente venal, pero es un experto en ley eclesiástica y conoce cientos de tecnicismos y escapatorias.

— ¿Asiste Annias a las reuniones?

— La mayoría de las veces, sí. Se complace manteniendo un escrutinio constante de los votos. El tiempo libre lo dedica a hacer ofertas a los patriarcas neutrales. Esos nueve hombres son muy astutos y nunca aceptan clara y abiertamente sus ofrecimientos, sino que le responden con sus votos. ¿Os gustaría mirar cómo jugamos, pequeña madre? — inquirió Dolmant con tenue ironía.

— Gracias de todas formas — declinó la estiria —, pero hay un buen numero de elenios firmemente convencidos de que si un estirio entrara en la basílica, la cúpula se vendría abajo. Como

no disfruto con las injurias, preferiría quedarme aquí.

— ¿Cuándo suelen iniciarse las sesiones? — preguntó Falquián al patriarca.

—Varía la hora — repuso Dolmant —. Makova ocupa la presidencia, lo cual fue producto de un simple voto por mayoría, y ha estado aprovechándose de su autoridad. Convoca sesiones según su antojo, y los mensajeros encargados de entregar las citaciones parecen, por lo visto, extraviarse cuando van a avisar a quienes nos oponemos a Annias. Creo que Makova hizo la jugarreta de intentar colar un voto fundamental mientras el resto de nosotros estábamos todavía en la cama.

—¿Y qué ocurre si convoca una votación en plena noche, Dolmant?

—No puede hacerlo — explicó Dolmant —. En la antigüedad, algún patriarca que no tenía nada mejor que hacer codificó las reglas que regulan los encuentros de la jerarquía. La historia confirma que era un pesado charlatán obsesionado por los detalles insignificantes. Él fue el responsable de la absurda norma que exige los cien votos o el sesenta por ciento en asuntos fundamentales. Él fue también, probablemente por puro capricho, quien estableció la ley según la cual la jerarquía sólo podía deliberar durante las horas de luz del día. Muchas de sus reglas son estúpidas frivolidades, pero como quiera que se pasó seis semanas hablando sin parar, al fin sus hermanos votaron aceptándolas simplemente para hacerlo callar. — Dolmant se tocó reflexivamente la mejilla —. Cuando haya acabado todo esto, tal vez proponga a ese asno como santo, ya que esas quisquillosas y ridículas normas tuyas son tal vez lo único que en la actualidad está manteniendo el trono fuera del alcance de Annias. Sea como fuere, todos hemos adoptado la costumbre de estar allí al alba, sencillamente para no correr riesgos. En realidad se trata de un pequeño desquite. Makova no tiene el hábito de madrugar, pero durante las últimas semanas viene saludando la salida del sol con nosotros, puesto que, si está ausente, podemos elegir a un nuevo presidente y proseguir sin él, con lo cual podrían producirse toda suerte de votaciones que no serían de su conveniencia.

— ¿No podría anularlas? — preguntó Sephrenia.

— Un voto para anular es una cuestión fundamental — repuso Dolmant, con una sonrisa desprovista de alegría —, y él no dispone de los votos suficientes.

Alguien llamó respetuosamente a la puerta. Dolmant abrió la puerta, y un criado habló un momento con él.

— Ese cocinero acaba de morir — anunció Dolmant a Falquián y Sephrenia, con aire algo desconcertado —. Aguardad aquí unos minutos. El médico quiere verme.

— Qué extraño — murmuró Falquián.

— La gente también muere por causas naturales, Falquián — observó Sephrenia.

— No en mi profesión..., al menos, no con frecuencia.

— Quizás era viejo.

Dolmant regresó con el rostro extremadamente pálido.

— ¡Lo han envenenado! — exclamó.

— ¿Cómo? — inquirió Falquián.

— Ese cocinero mío ha sido envenenado, y el médico afirma que el veneno estaba en las gachas de avena que estaba preparando para el desayuno. Esas gachas habrían podido matar a todos los que se hospedan en esta casa.

— Tal vez queráis volver a plantearos la noción de arrestar a Annias, Su Ilustrísima — apuntó con torvo ceño Falquián.

— No iréis a creer... — Dolmant calló de repente, con los ojos desorbitados.

— Ya ha intervenido en el envenenamiento de Aldreas y Ehlana, Su Ilustrísima — le recordó Falquián —, Dudo que le entraran grandes remordimientos por la muerte de algunos patriarcas y un puñado de caballeros de la Iglesia.

— ¡Ese hombre es un monstruo! — Después Dolmant profirió una sarta de juramentos, todos más propios de un cuartel que de un seminario teológico.

— Será mejor que digáis a Emban que haga correr la noticia de lo sucedido entre los patriarcas que nos son leales, Dolmant — aconsejó Sephrenia —. Por lo visto, cabe la posibilidad de que

Annias nos sorprenda con el descubrimiento de una manera más barata de ganar las elecciones.

— Yo iré a despertar a los otros — se ofreció Falquián, poniéndose en pie —. Quiero contarles eso, y se tarda un buen rato en ponerse la armadura al completo.

Todavía estaba oscuro cuando partieron en dirección a la basílica acompañados de quince caballeros de cada una de las cuatro órdenes. Previamente habían decidido que sesenta caballeros de la Iglesia constituían una fuerza a la que pocos osarían enfrentarse.

El cielo comenzaba a mostrar por levante las primeras pálidas manchas de luz del día cuando llegaron a la iglesia de enorme cúpula situada en el preciso centro de la Ciudad Sagrada, desde el cual difundía el pensamiento y el espíritu que le eran propios. La entrada realizada la pasada noche en la ciudad por la columna de pandion, cirínicos, genidios y alciones no había pasado inadvertida, y prueba de ello eran los ciento cincuenta soldados de roja túnica que guardaban el portal de bronce que conducía al vasto patio de la basílica, capitaneados por el mismo individuo que, siguiendo órdenes de Makova, había intentado impedir la salida de Falquián y sus compañeros del castillo pandion cuando se disponían a viajar a Borrata.

— ¡Alto! — ordenó con tono imperioso, casi insultante.

— ¿Osaríaís tratar de denegar entrada a los patriarcas de la Iglesia, capitán? — preguntó el preceptor Abriel con voz tranquila —. ¿Sabiendo que con ello ponéis en peligro vuestra alma?

— Y su cuello también — musitó Ulath a Tynian.

— El patriarca Dolmant y el patriarca Emban pueden entrar libremente, mi señor — declaró el capitán —. Ningún hijo legítimo de la Iglesia podría impedirles la entrada.

— ¿Pero qué hay de estos otros patriarcas, capitán? — le preguntó Dolmant.

— Yo no veo más patriarcas, Su Ilustrísima — respondió el capitán con tono rayano en lo afrentoso.

— No estáís mirando, capitán — le hizo ver Emban —. Por ley eclesiástica, los preceptores de las órdenes militantes son también patriarcas. Hacedos a un lado y dejadnos paso.

— Yo no he oído hablar de tal ley.

— ¿Estáís llamándome embustero, capitán? — El semblante de Emban, alegre de costumbre, había adoptado la dureza del hierro.

— Oh... de veras que no, Su Ilustrísima. ¿Puedo consultar con mis superiores acerca de esta cuestión?

— No podéis. Apartaos.

— Agradezco a Su Ilustrísima que me haya sacado de mi error — se enredó en excusas el capitán, con el rostro reluciente de sudor —. No sabía que los preceptores disfrutaran también de rango eclesiástico. Todos los patriarcas pueden entrar. El resto, me temo, deberá esperar afuera.

— Más le vale temer si pretende hacer cumplir esa exigencia — comentó, haciendo rechinar los dientes, Ulath.

— Capitán — dijo el preceptor Komier —, todos los patriarcas tienen derecho a disponer de cierto número de personal administrativo, ¿no es así?

— En efecto, mi señor... eh, Su Ilustrísima.

— Estos caballeros son nuestro personal. Secretarios y cargos semejantes, ya me entendéis. Si les negáis la entrada a ellos, espero ver salir dentro de cinco minutos de la basílica una larga hilera de subalternos eclesiásticos de negra sotana de los otros patriarcas.

— No puedo hacer eso, Su Ilustrísima — insistió con obstinación el capitán.

— ¡Ulath! — vociferó Komier.

— Si me permitís, Su Ilustrísima — se interpuso Bevier quien, según advirtió Falquián, asía relajadamente su hacha con la mano derecha —. El capitán y yo ya nos conocemos. Tal vez yo pueda hacerlo entrar en razón. — El joven caballero cirínico adelantó el caballo —. Aun cuando nuestras relaciones no hayan sido nunca cordiales — dijo —, os suplico que no arriesguéis vuestra alma desafiando a nuestra Santa Madre, la Iglesia. Teniendo esto presente, ¿os haréis de buen grado a un lado tal como la Iglesia os ha ordenado hacer?

— No lo haré, caballero.

Bevier suspiró con pesar y, con un movimiento de balanceo casi negligente de su temible hacha, hizo saltar por los aires la cabeza del capitán. Falquián ya había notado que Bevier se comportaba así en ocasiones. En cuanto tenía la certeza de hallarse sobre firme terreno teológico, el joven arciano solía decidirse por emplear asombrosos métodos expeditivos. En esos instantes, su rostro aparecía sereno y apacible mientras observaba el cuerpo decapitado del capitán que se mantuvo rígido y quieto por espacio de unos segundos; luego suspiró y el cadáver se vino abajo.

Los soldados eclesiásticos se quedaron boquiabiertos y se pusieron a gritar presas de horror y alarma al tiempo que retrocedían empuñando las armas.

— Asunto concluido — dio por zanjada la cuestión Tynian —. Allá vamos. — Se llevó la mano a la espada.

— Queridos amigos — se dirigió Bevier a los soldados con voz suave pero imponente —, acabáis de ser testigos de un incidente verdaderamente lamentable. Un soldado de la Iglesia ha desafiado por propia voluntad el dictado legal de nuestra Madre. Unámonos ahora para ofrecer una ferviente plegaria para que el misericordioso Dios tenga a bien perdonar su horrible pecado. Arrodillaos, queridos amigos, y rogad. — Bevier agitó su hacha ensangrentada, salpicando con ello a varios soldados.

Primero unos pocos, luego un nutrido grupo, y por último todos los soldados se postraron de rodillas.

— ¡Oh, Dios! — exhortó Bevier en oración —, os suplicamos que recibáis el alma de nuestro querido hermano recientemente fallecido y le otorguéis la absolución de su grave pecado. — Miró en derredor —. Continúad rezando, queridos amigos — indicó a los soldados arrodillados —. Rogad no sólo por vuestro antiguo capitán, sino también por vosotros mismos, para que el pecado, que siempre se vale de sinuosos y ladinos medios, no se infiltre en vuestros corazones como lo hizo en el suyo. Defended con vigor vuestra pureza y humildad, queridos amigos, para no compartir así el destino de vuestro capitán.

Después el caballero cirínico, revestido de bruñido acero y prístinas sobreveste y capa blancas, avanzó al paso con el caballo, abriéndose camino entre las hileras de soldados arrodillados, impartiendo bendiciones con una mano y asiendo el hacha con la otra.

— Os dije que era un buen chico — señaló Ulath a Tynian mientras la comitiva seguía al beatíficamente sonriente Bevier.

— Jamás lo puse en duda ni por un momento, amigo mío — replicó Tynian.

— Lord Abriel — inquirió el patriarca Dolmant mientras guiaba su montura entre los soldados postrados, muchos de los cuales estaban sollozando —, ¿habéis interrogado últimamente a sir Bevier sobre la verdadera sustancia de sus creencias? Puede que me equivoque, pero me parece advertir en él ciertas desviaciones de las genuinas enseñanzas de nuestra Santa Madre.

— Lo catequizaré de la forma más penetrante, Su Ilustrísima..., en cuanto tenga ocasión de hacerlo.

— No hay prisa, mi señor — observó benignamente Dolmant —. No creo que su alma se halle amenazada por un peligro inminente. No obstante, esa arma que lleva es realmente desagradable.

— Si Su Ilustrísima — convino Abriel —. Realmente lo es.

La noticia de la defunción del capitán se había propagado con gran rapidez. En las macizas puertas de la basílica no hubieron de enfrentarse a ninguna interferencia por parte de los soldados eclesiásticos. En realidad, no parecía haber soldados eclesiásticos por ninguna parte. Los pesadamente acorazados caballeros desmontaron, formaron en columna militar y siguieron a sus preceptores y los dos patriarcas hacia el interior de la vasta nave. Sonó un estrepitoso entrechocar de metal cuando el grupo se arrodilló por un breve instante ante el altar. Luego se levantaron y se adelantaron en un corredor iluminado con velas en dirección a las oficinas administrativas y la sala de audiencia del archiprelado.

Los hombres que montaban guardia en la puerta de la sala no eran soldados eclesiásticos, sino

miembros de la guardia personal del archiprelado, hombres totalmente incorruptibles que volcaban su fidelidad exclusivamente en el ejercicio de su cargo. También eran, empero, muy rigoristas en la aplicación de la ley de la Iglesia, en la cual debían de estar sin duda mucho mejor versados que muchos de los patriarcas que ocupaban asientos en la sala. Ellos reconocieron al instante la eminencia eclesiástica de los preceptores de las cuatro órdenes, aunque costó un poco más encontrar un motivo por el que el resto de la comitiva debiera ser admitido. Fue el patriarca de Emban, gordo, astuto y con un conocimiento casi enciclopédico de las leyes y costumbres de la Iglesia, quien señaló el hecho de que cualquier eclesiástico con adecuadas credenciales podía entrar libremente siempre que fuera invitado por un patriarca. Una vez que los guardias hubieron expresado su conformidad al respecto, Emban les hizo ver con gran amabilidad que los caballeros de la Iglesia eran de hecho clérigos, siendo como eran miembros de órdenes técnicamente monásticas. Los guardias rumiaron tal presupuesto, le otorgaron validez y abrieron ceremoniosamente las enormes puertas. Falquián advirtió un buen número de sonrisas mal disimuladas mientras él y sus amigos iban pasando en hilera. Aquellos hombres eran, por definición, incorruptibles y absolutamente neutrales, pero ello no impedía que tuvieran sus opiniones personales.

La sala de audiencia era tan grande como cualquier sala de trono secular. El trono en sí, voluminoso, recargado, construido en oro macizo y situado sobre un estrado elevado con cortinajes púrpura al fondo, se encontraba en un extremo de la estancia y a ambos lados, dispuestos en gradas, se hallaban los bancos de altos respaldos. Las cuatro primeras filas tenían cojines carmesí, lo cual indicaba que esos asientos estaban reservados para los patriarcas. Encima de dichos escaños y separados de ellos por cuerdas de terciopelo de la más viva tonalidad púrpura se elevaban los bancos de madera de las galerías para los espectadores. Delante del trono se alzaba un atril, frente al cual se encontraba el patriarca Makova de Coombe, Arcium, pronunciando con voz monótona un discurso cargado de ampulosidad eclesiástica. Makova, enjuto de cara, marcado por la viruela y manifiestamente adormilado, se volvió con irritación cuando las grandes puertas se abrieron, dando paso a la vasta sala a los patriarcas de Demos y Usara seguidos de los caballeros.

— Qué significa esto? — preguntó Makova en tono ofendido.

— Nada de extraordinario, Makova — respondió Emban —. Dolmant y yo estamos acompañando a algunos de nuestros hermanos patriarcas que se suman a nuestras deliberaciones.

— Yo no veo más patriarcas — espetó Makova.

— No seáis pesado, Makova. Todo el mundo sabe que los preceptores de las órdenes militantes tienen idéntico rango al nuestro y son, por lo tanto, miembros de la jerarquía.

Makova lanzó una rápida mirada al enclenque monje sentado a un lado de una mesa llena de altas pilas de gruesos libros y antiguos pergaminos.

— ¿Escuchará la asamblea el veredicto del especialista legal en lo concerniente a esta cuestión? — preguntó.

Se oyó un retumbar de asentimientos, aunque las expresiones de consternación en los rostros de unos cuantos patriarcas mostraban a las claras que ya conocían la respuesta. El canijo monje consultó varios voluminosos tomos y luego se puso en pie, se aclaró la garganta y habló con voz carrasposa.

— Su Ilustrísima, el patriarca de Usara ha citado correctamente la ley — manifestó —. Los preceptores de las órdenes militantes son, en efecto, miembros de la jerarquía y los nombres de los actuales poseedores de tales cargos han sido registrados, tal como corresponde, en las listas de este organismo. Los preceptores han declinado participar en las deliberaciones a lo largo de los dos últimos siglos, pero a pesar de ello ostentan el rango.

— La autoridad que ya no se ejerce deja de existir — arguyó Makova.

— Me temo que ello no es del todo cierto, Su Ilustrísima — se excusó el monje —. Existen muchos precedentes históricos de participación reanudada. En una ocasión, los patriarcas del reino de Arcium se negaron a asistir a las deliberaciones de la jerarquía por espacio de ochocientos años como consecuencia de una disputa que tenía por objeto las vestimentas apropiadas y...

— De acuerdo, de acuerdo — lo interrumpió Makova, malhumorado —, pero esos asesinos de armadura no tienen derecho a estar aquí.

— Aestó una furibunda mirada a los caballeros.

— De nuevo andáis errado, Makova — lo contradijo con aire satisfecho Emban —. Por definición, los caballeros de la Iglesia son miembros de órdenes religiosas. Sus votos no son menos vinculantes y legítimos que los nuestros. Son, por consiguiente, clérigos y pueden actuar como observadores... a condición de que los invite un patriarca con derecho a escaño. — Se volvió —. Caballeros — dijo —, ¿seréis tan amables de aceptar mi invitación personal para presenciar nuestras deliberaciones?

Makova lanzó una mirada al escolástico monje y éste asintió.

— Lo que nos conduce a la conclusión, Makova — añadió Emban con untuoso tono sazonado de malicia —, de que los caballeros de la Iglesia tienen tanto derecho a estar presentes como la serpiente Annias, que está sentado con esplendor no bien ganado en la galería norte... mordiéndose, según veo, el labio presa de consternación.

— ¡Os estáis propasando, Emban!

— No lo creo así, viejo amigo. ¿Vamos a votar algo, Makova, para averiguar en qué medida se ha resentido vuestro soporte? — Emban miró en derredor —. Pero estamos interrumpiendo el debate. Os ruego, mis hermanos patriarcas y queridos invitados, que ocupemos nuestros asientos de manera que la jerarquía pueda continuar con sus hueras deliberaciones.

— ¿Hueras?

— Por completo, amigo mío. Hasta que Clovunus fallezca, nada de lo que decidamos aquí tiene el más mínimo sentido. Estamos simplemente divirtiéndonos... y ganándonos la paga, claro está.

— Es un hombrecillo muy ofensivo — murmuró Tynian a Ulath.

— Es muy bueno, empero. — El fornido caballero genidio sonreía complacido.

Falquián sabía exactamente dónde se iba a instalar él.

— Tú — musitó a Talen, que había sido admitido probablemente por equivocación —, ven conmigo.

— ¿Adonde vamos?

— A irritar a un viejo amigo.

Falquián sonrió impiamente y condujo al muchacho por las escaleras hasta una galería superior donde el demacrado primado de Cimmura estaba sentado frente a un escritorio, flanqueado de un buen número de sicofantes de negra sotana. Falquián y Talen se aposentaron justo en el banco de detrás de Annias. Viendo que Ulath, Berit y Tynian los seguían, Falquián les hizo una seña con la mano para que se alejaran, en tanto que Dolmant y Emban escoltaban a los preceptores a las gradas bajas tapizadas con cojines.

Falquián sabía que Annias dejaba a veces escapar secretos cuando estaba sorprendido y quería averiguar si su enemigo había tenido algo que ver en el intento de envenenamiento masivo perpetrado en la morada de Dolmant esa mañana.

— Vaya, ¿será posible que éste sea el primado de Cimmura? — exclamó Falquián con fingido asombro —. ¿Qué demonios estáis haciendo tan lejos de casa, Annias?

— ¿Qué os proponéis, Falquián? — preguntó Annias, volviendo la cabeza y asestándole una furiosa mirada.

— Observar, eso es todo — repuso Falquián, quitándose el yelmo y depositando los guanteletes en su interior. Desató la correa del escudo y se desprendió del cinto de la espada, que apoyó en el respaldo del asiento de Annias —. ¿Os molestarán, compadre? — inquirió campechanamente —. Es un poco dificultoso sentarse cómodamente con el estorbo de las herramientas del oficio. — Se sentó —. ¿Qué tal os ha ido, Annias? Hace meses que no os veo. — Hizo una pausa —. Estáis un poco demacrado y pálido, viejo amigo. Deberíais tomar más aire fresco y hacer ejercicio

— Callaos, Falquián — espetó Annias —. Estoy tratando de escuchar.

— Oh por supuesto. Podemos sostener luego una agradable charla..., ponernos mutuamente al

corriente de los logros de cada cual y esas cosas — El hecho de que no hubiera nada de extraordinario en la reacción de Annias, restó fuerza a la convicción de Falquián respecto a su culpabilidad

— Si mis hermanos convienen en ello — decía Dolmant —, se han producido recientemente un buen número de sucesos de los que me siento obligado a informar a la jerarquía. Aun cuando nuestra función primordial sea eterna, no por ello dejamos de estar en el mundo y es nuestro deber mantenernos al tanto de los acontecimientos presentes.

Makova dirigió una interrogativa mirada a Annias, el cual tomó una pluma y un trozo de papel. Falquián acodó los brazos en el respaldo del banco de su enemigo y espió por encima de su hombro mientras éste escribía deprisa su sucinta instrucción: «Dejadlo hablar».

— Cansado, ¿eh, Annias? — comentó Falquián con complacencia —. ¿No sería mucho más conveniente si vos mismo pudierais hablar?

— Os he dicho que os callarais, Falquián — dijo, crispado, Annias, entregando la nota a un joven monje para que la llevara a Makova.

— Vaya, ¡qué mal humor que tenéis esta mañana! — observó Falquián —. ¿No habéis dormido bien la pasada noche, Annias?

Annias se volvió para mirar airadamente a su hostigador.

— ¿Quién es ése? — preguntó, señalando a Talen.

— Mi paje — respondió Falquián —. Es uno de los estorbos del rango de caballero. Hace un papel de relleno cuando mi escudero está ocupado en otros asuntos.

— Siempre damos la bienvenida a las palabras del instruido primado de Demos — declamó con altanería Makova, tras haber leído la nota —, pero tened a bien ser breve, Su Ilustrísima. Nos aguardan importantes cuestiones que atender — concluyó, antes de alejarse del atril.

— Desde luego, Makova — replicó Dolmant, acercándose al puesto que le había cedido —. Resumiendo, pues — comenzó —, como resultado de la plena recuperación de la reina Ehlana, la situación política en el reino de Elenia ha cambiado de un modo radical y...

En la sala resonaron gritos de sorpresa, acompañados de un confuso parloteo de voces. Todavía acodado en el respaldo del asiento de Annias, Falquián advirtió con regocijo cómo éste se ponía blanco como el papel antes de erguirse.

— ¡Imposible! — musitó el eclesiástico.

— Asombroso, ¿verdad, Annias? — le comentó Falquián —, y tan inesperado. Estoy seguro de que os alegrará saber que la reina os manda sus mejores deseos.

— ¡Explicaos, Dolmant! — casi gritó Makova.

— Únicamente trataba de ser breve... tal como me habéis pedido Makova. Hace tan sólo una semana, la reina Ehlana se recobró de su misteriosa dolencia. Son muchos los que lo consideran algo del orden de lo milagroso. Con su restablecimiento, salieron a la luz ciertos hechos, y el antiguo príncipe regente, y su madre, tengo entendido, se hallan actualmente bajo arresto con el cargo de alta traición.

Annias se recostó en el banco, a punto de sucumbir al desmayo.

— El venerado y respetado conde de Lenda se encuentra ahora al frente del consejo real, y ha extendido con su sello varias órdenes de captura contra los implicados en la vil conspiración que atentó contra la reina. El paladín de la reina está buscando ahora a dichos bellacos y los llevará sin duda a comparecer ante la justicia..., ya sea ésta humana o divina.

— El cargo de dirección del consejo real elenio le correspondía al barón Harparin — protestó Makova.

— El barón Harparin comparece ahora ante el tribunal de la suprema justicia divina, Makova — afirmó Dolmant con tenebroso tono —. Ahora hace frente al juez último. Me temo que existen escasas esperanzas de que salga absuelto..., aunque nosotros podemos rogar para que no sea así.

— ¿Qué le ocurrió? — preguntó con voz entrecortada Makova.

— Me han dicho que fue accidentalmente decapitado durante el relevo de la administración en

Cimmura. Lamentable, quizá, pero ese tipo de cosas suceden de tanto en tanto.

— ¿Harparin? — jadeó, consternado, Annias.

— Cometió la equivocación de ofender al preceptor Vanion — le murmuró al oído Falquián —, y ya sabéis el mal genio que puede tener a veces Vanion. Luego lo lamentó mucho, claro está, pero para entonces Harparin yacía ya en dos mitades. Echó a perder la alfombra de la sala del consejo... Toda llena de sangre, ya os podéis imaginar.

— ¿A quién más estáis persiguiendo, Falquián? — preguntó Annias.

— No llevo conmigo la lista en estos momentos, Annias, pero constan unos cuantos nombres preeminentes en ella..., nombres que estoy seguro que reconoceréis.

Se produjo una agitación en la puerta y dos patriarcas de amedrentada aparición entraron en la sala y se dirigieron corriendo a los bancos de rojos cojines. Kalten permaneció sonriendo en el umbral un minuto y después volvió a marcharse.

— ¿Y bien? — susurró Falquián a Talen.

— Esos dos suman un total de ciento diecinueve — susurró a su vez Talen —. Nosotros tenemos cuarenta y cinco y Annias sigue teniendo sesenta y cinco. Ahora necesita setenta y dos en lugar de sesenta y uno. Nos estamos acercando, Falquián.

El secretario del primado de Cimmura tardó algo más en completar sus cálculos. Annias garabateó una nota de una palabra dirigida a Makova, en la que Falquián, mirando por encima de su hombro, leyó: «votad».

El pretexto que Makova dio para la votación era una total absurdidad y todos lo sabían. La votación tenía como único objetivo averiguar hacia qué lado se inclinarían los nueve patriarcas neutrales arracimados en un atemorizado grupo cerca de la puerta. Tras el recuento, Makova anunció con desaliento los resultados. Los nueve habían votado en bloque en contra del primado de Cimmura.

La imponente puerta se abrió de nuevo, dando paso a tres monjes de negras túnicas que llevaban las capuchas levantadas y caminaban con paso lento propio de un ritual. Al llegar al estrado, uno de ellos sacó un paño negro de debajo del hábito y los tres lo extendieron solemnemente sobre el trono para anunciar que el archiprelado Clovunus había fallecido finalmente.

Capítulo nueve

Cuánto tiempo deberá guardar duelo la ciudad? — preguntó Tynian a Dolmant aquella tarde cuando habían vuelto a reunirse en el estudio del patriarca.

— Una semana — repuso Dolmant —. Entonces se celebrará el funeral.

— ¿Y no ocurre nada durante ese período? — inquirió el caballero alcione de capa azul —. ¿No hay sesiones de la jerarquía ni nada?

Dolmant sacudió la cabeza.

— No. En principio debemos dedicar ese tiempo a la oración y la meditación.

— Son unos días de respiro — dijo Vanion —, que deberían proporcionar tiempo a Wargun para llegar aquí. — Frunció el entrecejo —. Todavía nos queda un problema, sin embargo. A Annias ya no le queda dinero y de ello se deduce que sus expectativas de retener la mayoría se reducen con cada día que pasa. Debe de estar sucumbiendo a la desesperación, y los hombres desesperados hacen cosas precipitadas.

— Tiene razón — acordó Komier —. Mi previsión es que Annias tome las calles llegado a ese punto. Retendrá sus propios votos por medio del terror e intentará reducir el número de votantes eliminando patriarcas que nos son leales hasta alcanzar el número en el que disponga de mayoría absoluta. Creo que ha llegado el momento de fortificarnos, caballeros. Será mejor que pongamos a nuestros amigos juntos entre buenos y resistentes muros donde podamos protegerlos.

— Yo convengo con vos, cómo no — se mostró de acuerdo Abriel — Nuestra posición es vulnerable ahora mismo.

— ¿Cuál de vuestros castillos se halla más próximo a la basílica? — les preguntó el patriarca Emban —. Nuestros partidarios deberán ir y venir entre las calles para participar en las deliberaciones. Es preferible no exponerlos a más peligros de los imprescindibles.

— Nuestra casa es la más cercana — respondió Vanion —, y tiene pozo propio. Después de lo ocurrido esta mañana, no quisiera que Annias tuviera acceso al agua que bebemos.

— ¿Suministros? — inquirió Darellon.

— Mantenemos siempre los suficientes para resistir un asedio de seis meses — explicó Vanion —. Son raciones de soldado, me temo, Su Ilustrísima — se disculpó ante el corpulento Emban.

— Oh, bueno — se consoló, suspirando, Emban —. De todas formas tenía intención de perder peso.

— Es un buen plan — concedió el preceptor Abriel de capa blanca —, pero tiene un inconveniente. Si estamos todos en un castillo, los soldados eclesiásticos pueden rodearnos. Nos encontraríamos acorralados dentro sin posibilidad de llegar a la basílica.

— Entonces combatiremos para abrirnos paso — declaró Komier, calándose en la cabeza con

gesto airado el yelmo rematado con cuernos de ogro.

— Siempre hay gente que muere en los combates, Komier — advirtió Abriel, sacudiendo la cabeza —. La votación se avecina y no podemos permitirnos perder ni un solo patriarca en estos momentos.

— De todas formas no podemos ganar — se lamentó Tynian.

— No estoy tan seguro — disintió Kalten.

— ¿Se os ocurre la manera de salir de esta situación?

— Creo que sí. — Kalten miró a Dolmant —. Necesitaré permiso para esto, Su Ilustrísima — declaró.

— Os escucho. ¿Cuál es vuestro plan?

— Si Annias decide recurrir a la fuerza descarnada, eso significa que cualquier simulacro de orden civil queda desbaratado, ¿no es así?

— Más o menos, sí.

— Entonces, si él no va a tomar en consideración las normas, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros? Si queremos reducir el número de soldados eclesiásticos que cerquen el castillo pandion, todo lo que tenemos que hacer es proporcionarles algo más importante en que ocuparse.

— Volver a provocar un incendio en la ciudad — sugirió Talen.

— Eso sería un poco extremado — opinó Kalten —. Podemos, con todo, reservarnos esa posibilidad. Ahora, no obstante, los votos de que Annias dispone son lo más importante en su vida. Si nosotros comenzamos a despojarle de ellos uno a uno, hará cualquier cosa que este en su mano para conservar los que le quedan, ¿no os parece?

— No voy a permitirlos de ningún modo que os pongáis a sacrificar patriarcas, Kalten — se negó Dolmant con voz sorprendida.

— No tenemos que matar a nadie, Su Ilustrísima. Lo único que hemos de hacer es apresar a unos cuantos. Annias es bastante inteligente y no tardará mucho en comprender el quid de la cuestión.

— Necesitaréis algún tipo de acusación, sir Kalten — observó Abriel —. No se puede prender a los patriarcas de la Iglesia sin tener un motivo..., dejando al margen las presentes circunstancias.

— Oh, tenemos acusaciones, mi señor Abriel, toda clase de acusaciones... pero la de «crímenes contra la corona de Elenia» es la que suena mejor, ¿no creéis?

— Me pone enfermo cuando trata de hacerse el listo — murmuró Falquián a Tynian.

— Esta vez te gustará, Falquián — aseveró Kalten. Se echó atrás la negra capa con una expresión de insufrible arrogancia —. ¿Cuántas de esas órdenes de arresto que os firmó Lenda en Cimmura llevas en el bolsillo?

— Ocho o diez, ¿por qué?

— ¿Consta en ellas alguna persona de cuya compañía no podríais prescindir durante las próximas semanas?

— Creo que podría vivir tranquilamente sin la mayoría de ellas. — Falquián creyó adivinar adonde se proponía ir a parar su amigo.

— En ese caso lo único que hemos de hacer es sustituir unos cuantos nombres — declaró Kalten —. Como los documentos son oficiales, va a «parecer» legal... hasta cierto punto. Después de que hayamos detenido a cuatro o cinco de sus comprados y pagados patriarcas y los hayamos llevado al castillo alcione..., que por cierto se encuentra en la otra punta de la ciudad, ¿no hará Annias todo cuanto pueda por recuperarlos? Yo diría que el número de soldados congregados alrededor de la fortaleza pandion disminuiría drásticamente llegados a ese punto.

— Sorprendente — se admiró Ulath —. Kalten ha concebido realmente una idea factible.

— El único punto flojo que aprecio es la cuestión de sustituir los nombres — objetó Vanion —. No se puede rascar sin más un nombre y cambiarlo por otro..., no en un documento oficial.

— No he dicho nada de borrar nombres rascándolos, mi señor — señaló con modestia Kalten —. Una vez, cuando éramos novicios, nos disteis permiso a Falquián y a mí para pasar unos días en casa. Escribisteis una nota para que nos dejaran salir por la puerta. Resultó que por casualidad

guardamos esa nota. Los escribas del escritorio tienen un producto que diluye totalmente la tinta. Lo utilizan cuando cometen errores. La fecha de esa nota vuestra siguió cambiando misteriosamente. Casi podría decirse milagrosamente, ¿no os parece? — Se encogió de hombros —. Pero claro, Dios siempre me ha tenido en gran aprecio.

— ¿Funcionaría? — preguntó sin rodeos Komier a Falquián.

— Así fue cuando éramos novicios, mi señor —le aseguró Falquián.

— ¿De veras armasteis caballeros a estos dos, Vanion? —inquirió Abriel.

— Fue una semana en que no tenía gran cosa que hacer.

Las sonrisas eran amplias ahora en la estancia.

— Totalmente censurable, Kalten — lo reprendió Dolmant —. Debería prohibirlo de modo terminante... si pensara que estabais hablando seriamente de ello. Sólo hacíais cabalas, ¿verdad, hijo mío?

— Oh, por supuesto, Su Ilustrísima.

— Estaba seguro de que ése era el caso. — Dolmant sonrió con expresión bondadosa, incluso piadosa, y después guiñó el ojo.

— Oh, querido — suspiró Sephrenia —. ¿No existe ni un elenio honrado en el mundo? ¿Vos también, Dolmant?

— Yo no he dado mi consentimiento a nada, pequeña madre — protestó con exagerada inocencia —. Sólo estábamos haciendo conjeturas, ¿no es cierto, Kalten?

— En efecto, Su Ilustrísima. Puras conjeturas. Ninguno de los dos se plantearía seriamente algo tan reprochable.

— Yo pienso exactamente lo mismo — manifestó Dolmant —. Veamos, Sephrenia, ¿aporta esto tranquilidad a vuestro espíritu?

— Eras un chico mucho más bueno cuando eras un novicio pandion, Dolmant — lo regañó.

Se produjo un silencio preñado de estupor y todos los presentes fijaron la mirada en el patriarca de Demos.

— Ay — exclamó sin grandes remordimientos Sephrenia, con ojos chispeantes y una tenue sonrisa esbozada en las comisuras de los labios —. Supongo que no debiera haber dicho eso, Dolmant.

— ¿De veras teníais que hacerlo, pequeña madre? — preguntó él con tono apesadumbrado.

— Sí, querido, creo que sí. Habéis comenzado a sufrir el ligero mal que ocasiona la impresión ante la propia agudeza. Es mi responsabilidad como profesora y amiga vuestra refrenar dicha tendencia.

Dolmant tabaleó la mesa frente a él.

— Confío en que todos seremos discretos respecto a esto, caballeros...

— No me lo sacarían ni con tenazas, Dolmant — aseveró, sonriente, Emban —. Por lo que a mí concierne, ni siquiera he oído hablar de ello... y probablemente resulte cierto hasta la próxima vez que necesite que me hagáis un favor.

— Eras bueno, Su Ilustrísima? — preguntó con respeto Kalten —. Cómo pandion, me refiero.

— Era el mejor, Kalten — respondió, con cierta dosis de orgullo, Sephrenia —. Incluso equiparable al padre de Falquián. A todos nos entristeció mucho que la Iglesia encontrara un nuevo puesto para él. Perdimos un pandion muy bueno cuando él siguió las órdenes divinas.

Dolmant todavía miraba a sus amigos con expresión suspicaz.

— Pensaba que lo había enterrado por completo — suspiró —. Nunca pensé que fuerais a traicionarme, Sephrenia.

— No es exactamente algo vergonzante, Su Ilustrísima — señaló Vanion.

— Podría resultar a la larga un inconveniente a nivel político — contestó Dolmant —. Al menos vos habéis sido capaz de controlar vuestra lengua.

— No hay de qué preocuparse, Dolmant — afirmó expansivamente Emban —. Vigilaré a estos amigos vuestros y, en cuanto sospeche que uno de ellos tiene dificultad en controlar la lengua, lo

ordenaré recluirse en ese monasterio de Zemba, en Cammorra, donde todos los hermanos juran votos de silencio.

— De acuerdo pues — zanjó Vanion —, pongámonos manos a la obra, caballeros. Debemos reunir a muchos patriarcas leales y, Kalten, quiero que empecéis a practicar la falsificación. Los nombres que sustituiréis en esas órdenes de arresto habrán de estar en el estilo de escritura del conde de Lenda. — Se detuvo pensativamente, mirando a su rubio subordinado —. Será mejor que os llevéis a Falquián con vos — añadió.

— Puedo arreglármelas solo, mi señor.

— No, Kalten — disintió Vanion —. Me parece que no. Ya he sido testigo de vuestros intentos de escribir sin cometer faltas.

— ¿Era malo? —inquirió Darellon.

— Terrible, amigo mío. Una vez escribió una palabra de seis letras y no consiguió poner ni una bien.

— Algunas palabras son de difícil ortografía, Vanion.

— ¿Vuestro propio nombre?.

— ¡Pero no podéis hacer esto! — protestó con voz aguda el patriarca de Cardos cuando Falquián y Kalten lo sacaron de su casa unos días mas tarde —. No podéis arrestar a un patriarca de la Iglesia bajo ningún concepto mientras la jerarquía celebra sesión.

— Pero la jerarquía no mantiene sesión en estos momentos, Su Ilustrísima — le hizo ver Falquián —. Las reuniones quedan suspendidas durante el período de duelo oficial.

— De todas formas no pueden juzgarme en un tribunal civil. Exijo que presentéis estas especiosas acusaciones ante un tribunal eclesiástico.

— Llévalo afuera — ordenó concisamente Falquián a sir Perraine.

Sacaron a rastras al patriarca de Cardos de la habitación.

— ¿Por qué nos demoramos? — preguntó Kalten.

— Por dos cosas. A nuestro prisionero no han parecido sorprenderlo mucho los cargos, ¿no es cierto?

— Ahora que lo dices, no.

— Creo que quizás el conde de Lenda se dejó algunos nombres al elaborar esa lista.

— Es posible. ¿Cuál es el otro motivo?

— Enviemos un mensaje a Annias. El sabe que no podemos hacerle nada mientras no salga de la basílica, ¿no es así?

— Sí.

— Bien, encarcelémoslo allí dentro y restrinjamos su libertad de movimientos..., por irritarlo cuando menos. Todavía le hemos de hacer pagar por ese cocinero envenenado.

— ¿Cómo te propones hacerlo?

— Observa... y sigue mi ejemplo.

— ¿No lo hago siempre?

Se dirigieron al patio de la lujosa casa del patriarca, una mansión construida — a Falquián no le cabía duda de ello — a costa de los sudores de los contribuyentes elenios.

— Mi colega y yo hemos tomado en consideración vuestra petición de una audiencia eclesiástica, Su Ilustrísima — comunicó el alto pandion al prisionero —. Reconocemos cierto mérito a vuestros argumentos. — Comenzó a pasar las hojas de sus órdenes de captura.

— ¿Me llevaréis pues a la basílica para realizar una vista? — preguntó el patriarca.

— ¿Hmmm? — dijo con aire ausente Falquián, todavía leyendo.

— He dicho que si vais a llevarme a la basílica y presentar esas absurdas acusaciones allí.

— Ah, me parece que no, Su Ilustrísima. Eso sería realmente inconveniente. — Falquián sacó la orden de arresto del primado Annias y la enseñó a Kalten.

— Éste es el importante, sí — afirmó Kalten —. Éste es el tipo que buscamos.

Falquián enrolló el papel y se repiqueteó con él la mejilla.

— Esto es lo que vamos a hacer, Su Ilustrísima — anunció —. Vamos a llevaros al castillo de los alciones y confinaros allí. Estos cargos se originaron en el reino de Elenia y cualquier procedimiento eclesiástico debería ser dirigido por la cabeza de la Iglesia de ese reino. Dado que el primado Annias actúa en el puesto del patriarca de Cimmura durante su estado de incapacidad, eso lo convierte en el hombre que debería hallarse como persona preeminente en la vista. Qué forma extraña tienen de entrelazarse las cosas, ¿no es cierto? Habida cuenta de que el primado Annias es la autoridad imprescindible en este asunto, nosotros os entregaremos libremente a él. Todo cuanto debe hacer es salir de la basílica, ir al castillo alcione y ordenar que os entreguemos. — Lanzó una mirada al oficial de roja túnica que sir Perraine vigilaba con inquietante semblante —. El capitán de vuestra guardia servirá perfectamente como mensajero. ¿Por qué no habláis un momento con él y le exponéis la situación? Después lo enviaremos a la basílica para que ponga al corriente a Annias. Encargadle que pida al buen Primado que venga a visitarnos. Estaremos encantados de verlo en terreno neutral, ¿no es así, Kalten?

— Oh desde luego — contestó Kalten con tono fervoroso.

El patriarca de Cardos les dedicó una suspicaz mirada y luego parlamentó con el capitán de su destacamento de guardia. Mientras hablaba no apartó ni un instante la vista de la orden de arresto enrollada que llevaba Falquián en la mano.

— Crees que lo ha captado? — murmuró Kalten.

— Así lo espero. Lo he hecho todo menos golpearle la cabeza con él.

El patriarca de Demos regresó con el rostro tenso de rabia.

— Oh, otra cosa, capitán — dijo Falquián al soldado eclesiástico, que se disponía a marcharse —. ¿Seríais tan amable de transmitir un mensaje personal al primado de Cimmura de nuestra parte? Decidle que sir Falquián, de la orden pandion, lo invita a salir de debajo de la cúpula de la basílica para jugar en las calles..., donde ciertas insignificantes restricciones no malograrán nuestra diversión.

Kurik llegó esa tarde, sucio de polvo y cansado. Berit lo acompañó al estudio de Dolmant, donde se dejó caer en una silla.

— Hubiera llegado un poco antes — se disculpó —, pero me paré en Demos para ver a Aslade y a los chicos. Se enfada mucho cuando paso por la ciudad sin detenerme.

— ¿Cómo está Aslade? — inquirió el patriarca Dolmant.

— Más gorda. — Kurik sonrió —. Y me parece que está volviéndose un poco tonta con el correr de los años. Sentía nostalgia y me llevó al pajar. — Apretó ligeramente las mandíbulas —. Más tarde tuve una larga charla con los muchachos sobre eso de dejar crecer cardos en el prado.

— ¿Tenéis idea de qué está hablando, Falquián? — preguntó Dolmant con perplejidad.

— Sí, Su Ilustrísima.

— Pero no vais a explicármelo, ¿verdad?

— No, Su Ilustrísima, me parece que no. ¿Cómo está Ehlana? — interrogó a su escudero.

— Difícil — gruñó Kurik —. Poco escrupulosa. Irritante. Terca. Autoritaria. Exigente. Solapada. Implacable. En resumidas cuentas, vuestra impetuosa joven reina. Me gusta, sin embargo. No sé por qué, me recuerda a Flauta.

— No solicitaba una descripción, Kurik — advirtió Falquián —. Me preocupaba por su salud.

— A mi me parece que está bien. Si no lo estuviera, no correría tan aprisa como lo hace.

— ¿Correr?

— Por lo visto, siente que ha perdido mucho tiempo mientras dormida y trata de recuperarlo. A estas alturas ya ha figoneado en cada rincón de palacio. Lenda está planteándose seriamente la posibilidad de suicidarse, creo, y las doncellas se encuentran en un estado de desesperación. No se le pasa por alto ni una mota de polvo. Puede que cuando haya concluido no tenga el mejor de los reinos, pero lo que sí es seguro es que será el más pulcro. — Kurik introdujo la mano bajo su chaleco de cuero —. Tomad — ofreció, sacando un grueso paquete de pergamino plegado —. Os escribió una carta. Tomaos vuestro tiempo para leerla. Ella tardó dos días en redactarla.

— ¿Cómo funciona la idea de la guardia local? — preguntó Kalten.

— Bastante bien, realmente. Justo antes de marcharme, llegó un batallón de soldados eclesiásticos a las afueras de la ciudad. Su comandante cometió la imprudencia de plantarse demasiado cerca de la puerta cuando exigió entrada y un par de ciudadanos le arrojaron algo encima.

— ¿Brea ardiente? — supuso Tynian.

— No, sir Tynian. — Kurik esbozó una sonrisa —. Los dos compadres se ganan la vida vaciando y limpiando sentinas. El oficial recibió el fruto de su labor del día: más de doscientos litros. El coronel, o lo que quiera que fuese debajo de todo ese producto, perdió la cabeza y ordenó un asalto a las puertas. Fue entonces cuando entraron en acción las piedras y la brea ardiente. Los soldados instalaron su campamento a corta distancia de la muralla este para replantearse las cosas y a altas horas de la noche una veintena de matones de Platimo bajaron con cuerdas sujetas a las almenas y les hicieron una visita. A la mañana siguiente los soldados casi se habían quedado sin oficiales. Se pasaron un rato caminando sin saber qué hacer y después se fueron. Creo que vuestra reina se encuentra a salvo. Falquián. En grupo, los soldados no son muy imaginativos, y las tácticas no convencionales tienden a confundirlos. Platimo y Stragen lo están pasando en grande y el vulgo está comenzando a desarrollar cierto respeto por su ciudad. Están barriendo incluso las calles en previsión de que por azar Ehlana pudiera pasar por ellas a caballo en una de sus inspecciones matinales.

— ¡No estarán dejándola salir de palacio esos idiotas! — exclamó con enojo Falquián.

— ¿Y quién va a detenerla? Está a buen recaudo, Falquián. Platimo puso para cuidarla la mujer más grande que he visto nunca. Es casi tan alta como Ulath y lleva más armas que un pelotón entero.

— Ésa debe de ser Mirtai, la gigante — dedujo Talen —. La reina Ehlana está perfectamente protegida, Falquián. Mirtai tiene ella sola la fortaleza de un ejército.

— ¿Una mujer? — preguntó Kalten con incredulidad.

— No os recomiendo que la llaméis así a la cara, Kalten — aconsejó muy serio el chico —. Ella se considera un guerrero, y nadie que esté en su sano juicio se atreve a llevarle la contraria. Va vestida casi siempre como un hombre, probablemente porque no quiere que la importunen los tipos que prefieren las mujeres voluminosas, y lleva cuchillos prendidos en los lugares más insospechados del cuerpo. Tiene incluso un par encajado en las suelas de los zapatos, que, aunque apenas sobresalen de la punta de sus dedos, son lo bastante largos para amedrentar a cualquiera. Realmente no querríais que os propinara una patada en ciertos lugares tiernos.

— ¿De dónde diablos sacó Platimo una mujer como ésa? — inquirió Kalten.

— La compró. — Talen se encogió de hombros —. Ella tenía quince años por entonces y no había completado aún su desarrollo. No hablaba ni una palabra de elenio, según me han contado. Intentó ponerla a trabajar en un burdel, pero, después de que hubo mutilado o matado aproximadamente a una docena de potenciales clientes, cambió de idea.

— Todo el mundo habla elenio — objetó Kalten.

— No en el Imperio Tamul, tengo entendido. Mirtai es una tamul. Por eso tiene un nombre tan extraño. A mí me da miedo, y son pocas las personas de las que puedo decir lo mismo.

— Y no sólo es la gigante, Falquián — prosiguió Kurik —. La plebe conoce a sus vecinos y sabe muy bien quiénes sostienen opiniones políticas que no son de fiar. La gente manifiesta una lealtad fanática por la reina ahora, y todos y cada uno se toman muy en serio la vigilancia de sus vecinos. Platimo ha acorralado a casi todos los que son dignos de sospecha en la ciudad.

— Annias tiene muchos secuaces en Cimmura — se preocupó Falquián.

— Los tenía, mi señor — lo corrigió Kurik —. Se produjeron unas cuantas demostraciones de escarmiento y, si queda alguien en Cimmura que no quiera a la reina, se cuida mucho de mantenerlo en secreto. ¿Puedo comer algo? Estoy hambriento.

El funeral del archiprelado Clovunus fue adecuadamente suntuoso. Las campanas doblaron

durante días y el aire de la basílica estaba impregnado de incienso y de cánticos e himnos solemnemente ofrecidos en antiguo elenio, una lengua que muy pocos de los presentes eran aún capaces de comprender. Todos los clérigos, que en la mayoría de las situaciones vestían de riguroso negro, lucían en tan solemne ocasión atuendos de vivas tonalidades que componían entre sí un abigarrado arco iris. Los patriarcas llevaban túnicas carmesí y los primados prendas con los colores de sus países de origen. A cada una de las diecinueve órdenes monásticas le correspondía un color, y cada color tenía su propio significado especial. La nave de la basílica era un derroche de colores que las más de las veces desentonaban y conferían al templo un aspecto más parecido al de una feria rural de Cammoria que al de un lugar donde se celebraba un fastuoso funeral. Se ejecutaban oscuros rituales y supersticiosas ceremonias heredadas de la antigüedad, a pesar de que nadie tenía la más mínima idea de su significado. Un buen número de sacerdotes y monjes, cuyo solo cometido en la vida era celebrar dichos rituales y anticuadas ceremonias, aparecían brevemente en público por última vez en su vida. Un anciano monje, cuya función exclusiva era rodear tres veces el féretro del archiprelado con un cojín de terciopelo negro en el que reposaba un abollado y muy deslustrado salero, se excitó tanto que le falló el corazón, y hubieron de hallar en el acto un sustituto. El individuo a quien adjudicaron el cargo, un joven novicio con la cara llena de espinillas de mediano mérito y cuestionable piedad, sollozó de gratitud al darse cuenta de que su posición en la vida era segura ahora, y que sólo se requeriría de él la realización de algún trabajo aproximadamente una vez por generación.

El interminable sepelio se prolongó horas y horas, interrumpido regularmente por oraciones e himnos. En momentos determinados, la congregación se ponía en pie; en otros, se arrodillaba; y en otros más volvía a sentarse. Todo era muy solemne y en su mayor parte carecía de todo sentido.

El primado Annias estaba sentado tan cerca como osaba de la cuerda de terciopelo que separaba a los patriarcas de los espectadores en el lado norte de la vasta nave, rodeado de lacayos y sicofantes. Dado que Falquián no podía situarse a corta distancia de él, el fornido pandion decidió en su lugar instalarse en la galería sur justo frente a él, donde, acompañado de sus amigos, podía mirar directamente los ojos del eclesiástico de ceniciento rostro. La reunión de los patriarcas opuestos a Annias dentro de los muros del castillo pandion se había desarrollado según lo previsto, y el arresto y encarcelamiento de seis patriarcas leales al primado — o, al menos, a su dinero — se había llevado, asimismo, a cabo sin obstáculos. Annias, con frustración patente en el semblante, se mantenía ocupado escribiendo notas al patriarca de Coombe, las cuales entregaban varios miembros de un grupo de jóvenes pajes. Por cada nota despachada a Makova, Falquián mandaba una a Dolmant. El caballero disponía de cierta ventaja en ese quehacer puesto que, en tanto Annias redactaba realmente un texto, él se limitaba a enviar trozos plegados de papeles en blanco. Era aquélla una táctica a la que, sorprendentemente, Dolmant había aceptado prestarse.

Kalten se deslizó hasta un asiento contiguo al de Tynian, escribió una nota por su propia cuenta y la hizo llegar a Falquián.

Vuena suerte. Cuatro más de los patriarcas que faltaban se an presentado en la puerta trasera del catillo ace media ora. Se enteraron de estábamos protejiendo a nuestros amijos y se fueron coriendo ayí. Benturoso, ¿e?

Falquián hizo una ligera mueca de espanto al comprobar que el desconocimiento de la ortografía de la lengua elenia de Kalten era incluso más grave de lo que temía Vanion. Mostró la nota a Talen.

— ¿Cómo modifica esto las cosas? — susurró.

— El número de votantes sólo cambia en un número — musitó el chico —. Nosotros hemos encerrado a seis de los de Annias y hemos recuperado a cinco de los nuestros. Ahora tenemos cincuenta y dos, él tiene cincuenta y nueve, y todavía están los nueve neutrales. Eso hace en total de ciento veinte votos. Siguen necesitándose setenta y dos para ganar, pero ni siquiera esos nueve podrían ayudarlo a conseguirlo ahora. Con ellos sumaría sesenta y ocho votos, con lo que se quedaría corto por cuatro votos.

— Dame la nota — indicó Falquián. Anotó los números bajo el mensaje de Kalten y luego agregó dos frases: «Sugiero que suspendamos toda la negociación con los neutrales. Ya no los necesitamos». Entregó el papel a Talen —. Llévalo a Dolmant — pidió —, y no estaría mal que sonrieras justo un poco mientras te diriges abajo.

— ¿Una sonrisa perversa, Falquián? ¿Afectada, tal vez?

— Hazlo lo mejor que puedas. — Falquián tomó otra hoja de papel, escribió la información en ella y la hizo circular entre sus amigos.

El primado Annias se encontró de pronto enfrentado a un grupo de caballeros de la Iglesia que le sonreían desde el otro lado de la nave de la basílica. Con rostro ensombrecido, comenzó a morderse nerviosamente una uña.

La ceremonia llegó finalmente a su conclusión. La multitud del templo se levantó para desfilar tras el cadáver de Clovunus hasta su lugar de reposo en la cripta subterránea de la basílica. Falquián se demoró junto a Talen para hablar un momento con Kalten.

— ¿Dónde aprendiste a escribir? — le preguntó.

— La ortografía es de ese tipo de cosas por las que no debería preocuparse ningún caballero, Falquián — replicó con altivez Kalten. Miró minuciosamente a su alrededor para cerciorarse de que nadie iba a oírlo —. ¿Dónde está Wargun? — susurró.

— No tengo ni idea — musitó Falquián —. Quizá tuvieron que hacerle recuperar la sobriedad. La orientación de Wargun no es muy buena cuando está bebido.

— Sería aconsejable que ideáramos un plan alternativo, Falquián. La jerarquía va a reanudar las sesiones en cuanto hayan sepultado a Clovunus.

— Disponemos de votos suficientes para mantener a raya a Annias.

— Le bastarán dos votaciones para hacerse cargo de la situación, amigo mío. A partir de entonces comenzará a actuar precipitadamente, y nosotros estamos en clara minoría aquí. — Kalten observó las pesadas vigas de madera alineadas en la escalera que conducía a la cripta —. Tal vez debiera prender fuego a la basílica — comentó.

— ¿Te has vuelto loco?

— Provocaré un retraso, y eso es lo que necesitamos desesperadamente ahora.

— No creo que debamos recurrir a tales extremos. Mantengamos a los cinco patriarcas a buen recaudo por el momento. Talen, sin esos cinco votos, ¿cómo quedan las cuentas?

— Ciento quince votantes, Falquián. Ello representa sesenta y nueve para ganar.

— Le sigue faltando un voto... incluso aunque logre sobornar a los neutrales. Seguramente aplazará cualquier tipo de enfrentamiento si cree que se halla tan cerca. Kalten, llévate a Perraine y vuelve al castillo a buscar a esos cinco patriarcas. Vístelos con piezas de armadura para disfrazarlos y después tráelos aquí con una escolta de unos quince caballeros. Ponlos en una antesala. Dejaremos que Dolmant decida cuándo los necesita.

— De acuerdo. — Kalten sonrió con malicia —. Hemos vencido a Annias, ¿verdad, Falquián?

— Eso parece, pero no cantemos victoria hasta que haya otra persona sentada en ese trono. En marcha.

Cuando los miembros de la jerarquía, todavía vestidos de carmesí reanudaron sus deliberaciones, se pronunciaron varios discursos. Las alocuciones corrieron a cargo de patriarcas demasiado carentes de importancia para haber participado en los servicios ceremoniales de la nave. El patriarca Ortzel de Kadach, hermano del barón Almstrom de Lamorkand, fue particularmente tedioso. La sesión se interrumpió temprano y prosiguió a la mañana siguiente. Los prelados que se oponían a Annias se habían reunido la noche anterior y habían elegido a Ortzel como su abanderado. Falquián todavía conservaba graves reservas respecto a Ortzel, pero se guardó de manifestarlas.

Dolmant mantuvo en reserva a los cinco patriarcas que tan recientemente se habían reincorporado a sus filas. Disfrazados con retazos diversos de armadura, permanecían sentados con un pelotón de caballeros eclesiásticos en una habitación de bajo techo no muy lejos de la sala de audiencia.

En cuanto la jerarquía se hubo instalado ordenadamente, el patriarca Makova se puso en pie y propuso el nombre del primado Annias como candidato al archiprelado. Su discurso se prolongó durante casi una hora, pero los aplausos que lo acogieron no fueron especialmente calurosos. Después Dolmant propuso a Ortsel y su alocución, más pertinente, fue seguida de aplausos más entusiastas.

— ¿Van a votar ahora? — susurró Talen a Falquián.

— No lo sé — admitió Falquián —. Depende de Makova. Él es el que ostenta la presidencia por el momento.

— Estoy deseando presenciar una votación, Falquián — aseguró ansiosamente Talen.

— ¿No estás tan seguro de tus cálculos? — inquirió Falquián con cierta aprensión.

— Claro que sí, pero los números no son más que números. Cuando la gente interviene en algo pueden ocurrir muchas cosas. Fijaos en eso, por ejemplo. — Talen señaló a un paje que se apresuraba a llevar una nota de los nueve patriarcas no comprometidos a Dolmant — ¿Qué se proponen ahora?

— Supongo que querrán saber por qué ha parado tan repentinamente de ofrecerles dinero Dolmant — infirió Falquián —. Sus votos carecen de valor en estos momentos, aun cuando es probable que ellos no acaban de comprenderlo.

— ¿Qué creéis que harán ahora?

— ¿Quién sabe? — Falquián se encogió de hombros —. ¿Y a quién le importa?

Makova, de pie ante el atril, hojeó un fajo de notas y luego alzó la mirada y se aclaró la voz.

— Antes de pasar a realizar nuestra votación inicial, hermanos míos — comenzó —, un asunto de gran urgencia acaba de reclamar mi atención. Como muchos de vosotros debéis de saber, los zemoquianos están reuniéndose en masa en la frontera oriental de Lamorkand con evidentes intenciones hostiles. Creo que debemos esperar con cierta certeza que Otha invadirá el oeste... posiblemente en los próximos días. Es, por lo tanto, vital que las deliberaciones de este organismo queden concluidas con la menor dilación posible. Nuestro nuevo archiprelado habrá de enfrentarse casi inmediatamente después de su elevación a la más terrible de las crisis que han padecido la Iglesia y sus fieles hijos a lo largo de los últimos cinco siglos.

— ¿Qué está haciendo? — susurró sir Bevier a Falquián —. Todo el mundo sabe en Chyrellos que Otha se encuentra en Lamorkand oriental.

— Está yéndose por las ramas — interpretó Falquián, frunciendo el entrecejo —, pero no tiene ningún motivo para hacerlo.

— ¿Qué está tramando Annias? — preguntó Tynian, dirigiendo una airada mirada al otro lado de la cámara de la audiencia, al primado de Cimmura, que permanecía sentado sonriendo con aire satisfecho.

— Está esperando a que ocurra algo — dedujo Falquián.

— ¿Qué?

— No tengo la más mínima idea, pero Makova va a seguir hablando hasta que suceda.

Entonces Berit entró en la sala de audiencia, con la cara pálida y los ojos desorbitados, y casi tropezó en un escalón al encaminarse al banco donde se hallaba Falquián.

— ¡Sir Falquián! — gritó.

— ¡Hablad en voz baja, Berit! — lo instó Falquián —. ¡Sentaos y recobrad el aplomo!

Berit tomó asiento y aspiró aire.

— De acuerdo — decidió Falquián —. Hablad quedamente y decidnos qué está pasando.

— Hay dos ejércitos que se aproximan a Chyrellos, mi señor — anunció tensamente el novicio.

— ¿Dos? — se extrañó Ulath —. Quizá Wargun haya dividido sus fuerzas por algún motivo.

— No son las huestes del rey Wargun, sir Ulath — lo disuadió Berit —. En cuanto los hemos visto, unos cuantos caballeros eclesiásticos han salido a caballo para averiguar quiénes eran. Los que bajaban del norte Parecen lamorquianos.

— ¿Lamorquianos? — repitió, estupefacto, Tynian —. ¿Qué hacen aquí? Deberían estar en la

frontera defendiéndose de Otha.

— No creo que a esos lamorquianos en concreto les interese Otha, mi señor — señaló Berit —. Algunos de los caballeros que fueron a investigar eran pandion, y han identificado a Adus y Krager como cabecillas del ejército lamorquiano.

— ¿Cómo? — exclamó Kalten.

— ¡No eleves la voz, Kalten! — recomendó Falquián —. ¿Y el otro ejército, Berit? — preguntó, a pesar de conocer ya la respuesta.

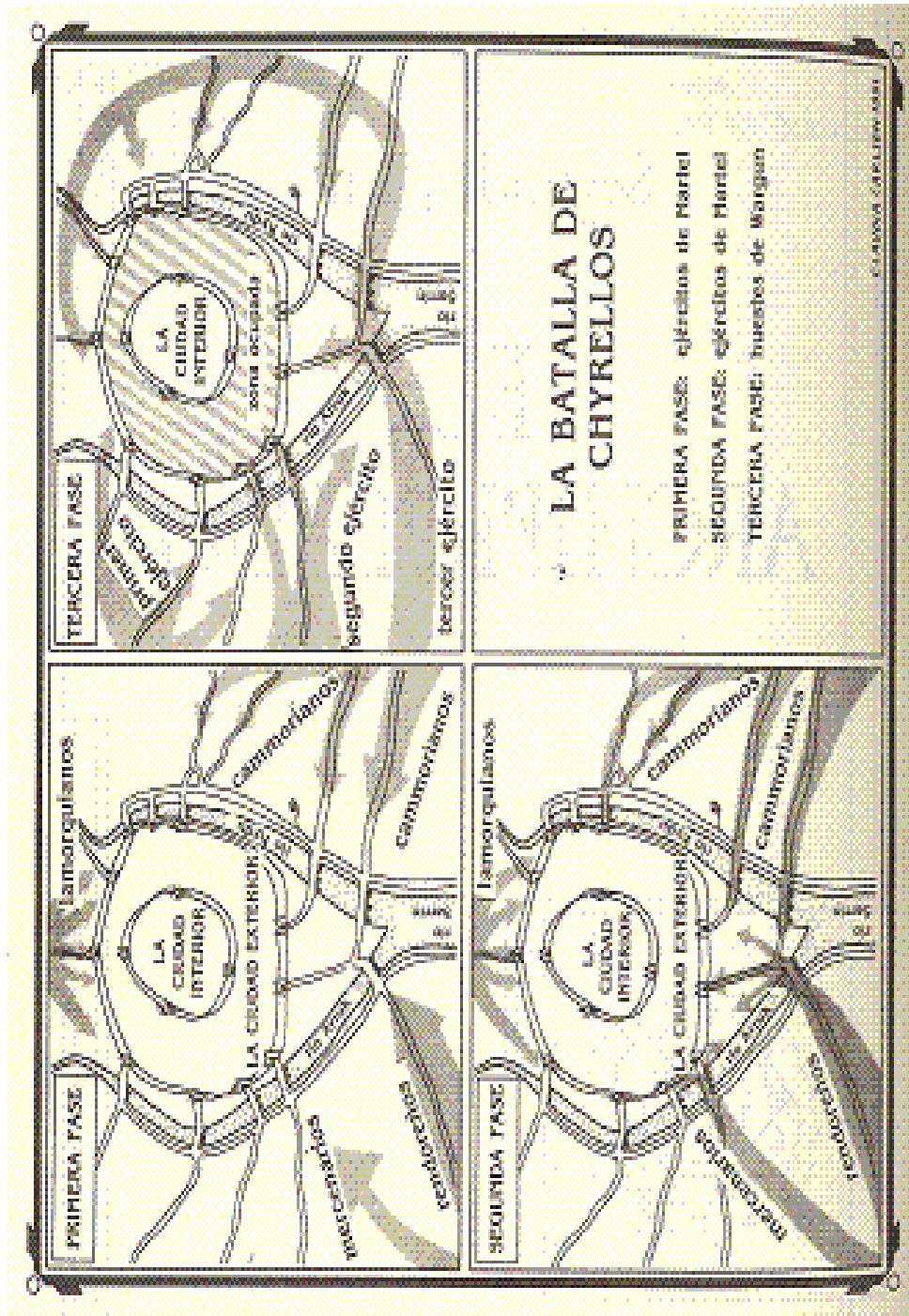
— En su mayoría rendoreños, mi señor, pero también había un buen número de cammorianos.

— ¿Y su dirigente?

— Martel, mi señor.

Segunda parte

EL ARCHIPRELADO



Capítulo diez

La voz del patriarca Makova continuó sonando, monótona, mientras la luz del sol de la mañana se filtraba en la sala de audiencia por las vidrieras triangulares emplomadas, de una mano de grosor, que componían una gran ventana redonda en lo alto de la pared situada detrás del tapado trono del archiprelado. Las motas de polvo flotaban doradas por el resplandor de la mañana, marcando el alargado contorno de cada perfecto triángulo en el inmóvil y apacible aire. Makova habló un buen rato de los horrores de la guerra zemoquiana acaecida cinco siglos antes y después se enzarzó en un detallado análisis de los errores tácticos cometidos por la Iglesia durante aquel período de agitación.

Falquián envió una breve nota a Dolmant, Emban y los preceptores para informarles de la proximidad de los ejércitos.

— ¿Defenderán los soldados eclesiásticos Chyrellos? — susurró Bevier.

— Creo que lo mejor que podemos esperar es algún tipo de resistencia simbólica — repuso Falquián.

— ¿Qué es lo que retiene a Wargun? — preguntó Kalten a Ulath.

— No sabría decirlo.

— ¿No sería éste un buen momento para presentar disculpas y marcharnos discretamente? — sugirió Tynian —. Makova no nos está revelando nada que no sepamos ya.

— Veamos primero qué dice Dolmant — propuso Falquián —. No quiero darle a Annias ninguna pista acerca de lo que vamos a hacer. Ahora sabemos por qué se andaba con rodeos, pero nos conviene observar lo que hará después. Como de todas formas Martel va a tardar en desplegar sus fuerzas, nos queda tiempo todavía.

— No mucho — murmuró Tynian.

— El procedimiento defensivo habitual en tales circunstancias es demoler los puentes — aconsejó Bevier —. Eso retrasaría la entrada de los ejércitos.

— Hay diez puentes distintos que cruzan los dos ríos, Bevier — observó Falquián —, y nosotros sólo disponemos de cuatrocientos caballeros. Me parece que no es pertinente arriesgar a esos hombres únicamente para obtener una demora de unas horas.

— Por no mencionar el hecho de que los lamorquianos que vienen del norte no tendrán que atravesar ningún río — añadió Tynian.

La puerta de la ornada sala de audiencia se abrió, dando paso a un excitado monje que se dirigió, presuroso, al atril, provocando con el traqueteo de sus sandalias sobre el pulido suelo de mármol un revuelo en las iluminadas motas de polvo suspendidas en los soleados triángulos. El recién llegado realizó una profunda reverencia y entregó a Makova un pliego de papel.

Makova leyó rápidamente el mensaje, y una fina sonrisa triunfal se asentó en su cara marcada

por la viruela.

— Acabo de recibir información de importancia, hermanos míos — anunció —. Dos numerosos grupos de peregrinos están aproximándose a Chyrellos. Siendo como soy consciente de que muchos de nosotros nos hallamos alejados del mundo y abstraídos de los acontecimientos presentes, me consta, con todo, que nadie ignora que son muchas las tensiones que sacuden Eosia en estos tiempos. ¿No sería pertinente que aplazáramos la sesión de forma que podamos valemnos de los recursos de que disponemos para reunir información sobre esos hombres y así poder valorar mejor la situación? — Miró en derredor —. Sin objeción, se ordena que así sea. La jerarquía se retira hasta mañana por la mañana.

— Peregrinos — bufó desdeñosamente Ulath al tiempo que se ponía en pie.

Falquián, no obstante, se quedó sentado mirando fijamente al frente, al primado de Cimmura, que le correspondió la mirada con una tenue sonrisa en el semblante.

Vanion, que se había levantado junto con los otros patriarcas, alzo la vista hacia Falquián y efectuó un seco gesto antes de encaminarse la puerta.

— Salgamos de aquí — murmuro Falquián a sus amigos entre el ruido de las excitadas conversaciones que resonaban en la sala. Los patriarcas de negras túnicas se dirigían en hilera hacia la puerta, con lentitud obligada a causa de los corros que se habían formado. Falquián condujo a sus amigos a la escalera y luego al piso de mármol de la sala de audiencia. El alto pandion reprimió el impaciente impulso de propinar codazos a su paso a determinados clérigos.

Encontró a Annias cerca de la puerta.

— Ah, heos aquí Falquián — dijo el delgado primado de ceniciento rostro con una casi imperceptible sonrisa maliciosa —. ¿Os proponéis visitar las murallas de la ciudad para observar cómo se aproximan las multitudes de fieles?

— Una idea interesante, compadre — respondió Falquián con voz cansina que rayaba en el insulto, refrenando con mano dura su mal genio—, pero he pensado que en vez de ello podría irme a comer. ¿Querriais acompañarme, Annias? Sephrenia está asando una cabra, me parece. La cabra asada espesa la sangre, dicen, y vos tenéis un aspecto algo desvaído últimamente, si me perdonáis la indiscreción.

— Sois muy amable al invitarme, Falquián, pero tengo otro compromiso ineludible. Asuntos eclesiásticos, ya sabéis.

— Por supuesto. Oh, por cierto, Annias, cuando habléis con Martel, dadle recuerdos de mi parte. Decidle lo ansioso que estoy por reemprender la conversación que iniciamos en Dabour.

— No dudéis que se lo comunicaré, caballero. Ahora, si me excusáis. — La cara del primado expresaba un indicio de preocupación cuando se volvió para trasponer el espacioso umbral.

— ¿De qué se trataba todo eso? — preguntó Tynian.

— Tendriais que conocer un poco mejor a Falquián —le dijo Kalten—. Hubiera muerto antes que proporcionarle a Annias la más ligera satisfacción en ese punto. Ni siquiera pestañeó cuando le rompí la nariz. Me dirigió simplemente una amistosa sonrisa y luego me dio una patada en el estómago.

— ¿Y vos pestañeasteis?

— No, en realidad estaba demasiado ocupado tratando de recobrar el aliento. ¿Adonde vamos, Falquián?

— Vanion quiere hablar con nosotros.

Los preceptores de las órdenes militantes, acompañados del patriarca Emban de Usara, conversaban en ambiente tenso justo al lado de la gran puerta.

— Creo que nuestro principal motivo de preocupación es por el momento el estado de las puertas de la ciudad — opinaba el preceptor Abriel, cuya bruñida armadura y resplandecientes sobreveste y capa blancas le conferían una engañosa apariencia beatífica que en aquellos instantes no se correspondía en nada con la realidad.

— ¿Creéis que podemos contar con los soldados eclesiásticos? — inquirió el comendador de

capa azul Darellon, un delgado hombre que no parecía lo bastante robusto para sostener la carga de su pesada armadura deirana —. Podrían cuando menos demoler los puentes.

— Yo no lo recomendaría — se mostró en franco desacuerdo Emban —. Ellos cumplen órdenes de Annias, y no es factible que éste coloque ningún impedimento en el camino de ese Martel. Falquián, ¿qué es exactamente lo que nos aguarda allá fuera?

— Explicádselo, Berit — indicó Falquián al flaco novicio —. Vos sois quien los ha visto realmente.

— Sí, mi señor — acordó Berit —. Tenemos lamorquianos que bajan del norte, Su Ilustrísima — les informó —, y cammorianos y rendoreños procedentes del sur. Ninguno de los dos ejércitos es importante, pero, combinados, podrían suponer una seria amenaza para la Ciudad Sagrada.

— Ese ejército del sur — indicó Emban —, ¿cómo está desplegado?

— Los cammorianos van en vanguardia, Su Ilustrísima, y cubriendo los flancos. Los rendoreños se encuentran en el centro y en la retaguardia.

— ¿Llevan sus tradicionales ropajes negros rendoreños? — urgió Emban, con mirada intensa.

— Es bastante difícil precisarlo, Su Ilustrísima — respondió Berit —. Están al otro lado de los ríos, y hay mucho polvo allí. Pero parecía que iban vestidos de manera distinta de los cammorianos. Eso es todo cuanto puedo afirmar.

— Comprendo. Vanion, ¿es este joven digno de confianza?

— Es muy bueno, Su Ilustrísima — respondió Falquián en lugar de su preceptor —. Tenemos puestas grandes expectativas en él.

— Estupendo ¿Podéis prestármelo? Y me parece que también me quedaré con vuestro escudero Kurik. Necesito algo que quiero que me traigan.

— Desde luego, Su Ilustrísima — accedió Falquián —. Id con él, Berit. Kurik está en el castillo. Podéis recogerlo allí.

Emban se alejó andando como un pato seguido de cerca por Berit.

— Será mejor que nos separemos — sugirió el preceptor Komier —. Vayamos a echar una mirada a esas puertas. Ulath, venid conmigo.

— Sí, mi señor.

— Falquián — dijo Vanion —, vos vendréis conmigo. Kalten, quiero que permanezcáis cerca del patriarca Dolmant. Annias podría aprovechar la confusión, y Dolmant es el que le da más quebraderos de cabeza. Haced lo posible por mantener a Su Ilustrísima dentro de la basílica, donde está algo más seguro. — Vanion se caló el empenachado yelmo y se volvió con un revuelo de su negra capa.

— ¿Adonde nos dirigimos, mi señor? — preguntó Falquián cuando salieron de la basílica y bajaron las escalinatas que desembocaban en el gran patio de abajo.

— Iremos a la puerta sur — le confió, ceñudo, Vanion —. Quiero ponerle el ojo encima a Martel.

— De acuerdo — convino Falquián —. Sería la última persona que fuera a veniros con la cantilena de «ya os lo había advertido yo», Vanion, pero lo hice. Yo quería matar a Martel de buen principio.

— No me atosiguéis, Falquián — espetó con tirantez Vanion al tiempo que montaba a caballo con firme determinación en el semblante —. La situación ha cambiado, empero. Ahora tenéis mi permiso.

— Es un poco tarde — murmuró Falquián, subiendo a lomos de Faran.

— ¿Decíais?

— Nada, mi señor.

La puerta sur de la ciudad de Chyrellos, que no se había cerrado en el transcurso de dos siglos, presentaba un estado manifiestamente lamentable, con señales de podredumbre en la mayoría de las vigas y una gruesa capa de herrumbre en las pesadas cadenas que la ponían en funcionamiento. Vanion la observó un instante y se estremeció.

— Totalmente indefendible — dictaminó, gruñendo —. Podría derribarla de un puntapié yo solo. Subamos a las almenas, Falquián. Quiero ver esos ejércitos.

Los adarves de las murallas de la ciudad estaban repletos de ciudadanos, artesanos, mercaderes y obreros. Flotaba un aire casi festivo entre la abigarrada multitud que se arremolinaba allí, contemplando con asombro las huestes próximas.

— Vigild a quién dais codazos — espetó beligerantemente un menestral a Falquián —. Tenemos derecho a mirar, lo mismo que vos. — Apeataba a cerveza barata.

— Idos a otro sitio a mirar, compadre — le aconsejó Falquián.

— No podéis ordenarme que me vaya. Tengo mis derechos.

— Queréis mirar, ¿no?

— Para eso he venido.

Falquián lo agarró por la pechera de su sayal de lona, lo levantó por encima del borde de la muralla y lo dejó caer. El muro tenía unos cinco metros de altura, y el borracho trabajador quedó sin resuello al chocar contra el suelo.

— El ejército avanza por ese lado, compadre — le informó solícitamente Falquián, asomándose por el parapeto y señalando hacia el sur —. ¿Por qué no vais por ahí y lo miráis más de cerca..., y así ejercitáis vuestros derechos?

— Podéis ser muy exasperante cuando os lo proponéis, Falquián — regañó Vanion a su amigo.

— No me ha gustado su actitud — gruñó Falquián —. Compadres — reto entonces a los individuos apiñados a su alrededor—, ¿querría alguien más reafirmar sus derechos? — Lanzó una ojeada por encima de la muralla y vio al ebrio menestral que avanzaba penosamente hacia la cuestionable seguridad de la ciudad, cojeando y chillando incoherentemente.

Al instante se abrió junto a las almenas un hueco para los dos pandion.

Vanion escrutó la hueste de cammorianos y rendoreños.

— Es más o menos lo que esperaba — dijo a Falquián —. El grueso de las fuerzas de Martel todavía marcha en retaguardia y están apelotonándose detrás de los puentes. — Apuntó a la vasta nube de polvo que se elevaba al sur a lo largo de varios kilómetros —. No podrá hacer llegar a esos hombres aquí hasta que casi haya oscurecido. Dudo que su despliegue haya concluido antes de mañana al mediodía. Eso nos proporciona algo de tiempo. Bajemos.

Falquián se giraba para seguir a su preceptor, pero entonces se detuvo y se volvió de nuevo. Un recargado carruaje con el emblema de la Iglesia prominentemente grabado en relieve acababa de salir por la puerta sur. El monje que lo conducía tenía un porte sospechosamente familiar. Justo antes de que el vehículo virara hacia el oeste, un hombre barbudo vestido con la sotana de un patriarca se asomó brevemente por la ventana. Dado que la carroza no se encontraba a más de treinta metros de distancia, Falquián identificó sin dificultad al supuesto clérigo.

Era Kurik.

Falquián profirió una sarta de juramentos.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó Vanion.

— Voy a sostener una larga conversación con el patriarca Emban — garantizó Falquián —. Son Kurik y Berit los que viajan en aquel carruaje.

— ¿Estáis seguro?

— Reconocería a Kurik a cien metros en una noche sin luna. Emban no tenía derecho a exponerlos de ese modo al peligro.

— Es demasiado tarde para hacer algo al respecto. Vamos, Falquián. Quiero ir a hablar con Martel.

— ¿Martel?

— Quizá con la sorpresa podamos sonsacarle alguna respuesta. ¿Creéis que es lo bastante arrogante como para hacer honor a una bandera de tregua... sólo para demostrar la ventaja de que ahora dispone?

Falquián asintió lentamente.

— Es probable. El ego de Martel es una gran herida abierta. Lo haría todo por mostrarse honorable aunque tuviera que caminar en medio del fuego.

— Coincidimos en nuestra apreciación. Vayamos a comprobar si estamos en lo cierto, pero no os arrebatéis tanto intercambiando insultos con él como para olvidar mantener los ojos bien abiertos, Falquián. Lo que en realidad nos interesa es observar más de cerca su ejército. Quiero saber si se trata de escoria que ha contratado en las ferias rurales y tabernas de los caminos o de algo más serio.

Una sábana requisada — que Vanion se ofreció a pagar al asustado posadero mientras Falquián la arrancaba de una cama de las habitaciones del piso de arriba — les sirvió como bandera de tregua. Esta se ahuecaba y agitaba con aceptable donaire, sujeta a la lanza de Falquián, cuando los dos caballeros de negra armadura salieron con retumbar de cascos por la puerta sur en dirección al ejército. Cabalgaron hasta la cumbre de una colina y allí se detuvieron. Falquián hizo girar un tanto a Faran para que la brisa azotara su improvisada bandera y la hiciera visible a todos. A pesar de hallarse a cierta distancia de la vanguardia de las fuerzas de Martel, Falquián oyó distantes gritos y órdenes. Las huestes ondularon gradualmente hasta pararse y, poco después, Martel salió destacado de entre sus tropas, acompañado por uno de sus soldados. Él empuñaba también una lanza en la que ondeaba una capa blanca que guardaba un sospechoso parecido con la de un caballero cirínico.

— Me pregunto — musitó Falquián, escudriñándolo con la mirada — si podría persuadir al Bhelliom, que rescató a Ehlana de las garras de la muerte, para que hiciera lo mismo con Martel.

— Y por qué habríais de hacerlo?

— Para poder volver a matarlo, mi señor. Podría pasarme toda la vida matándolo una y otra vez sólo con que alguien me animara a hacerlo.

Vanion le asestó una muy severa mirada, pero no dijo nada.

Martel llevaba una lujosa armadura de coraza y hombreras con incrustaciones de oro y plata y acero imponentemente bruñido. Parecía de forja deirana y era mucho más elegante que el funcional recubrimiento metálico de los caballeros de la Iglesia. Cuando se encontró a pocos metros de Falquián y Vanion, hincó la lanza en el suelo y, quitándose el ornado yelmo con penacho blanco, dejó ondear su blanco pelo al compás de la agitada brisa.

— Mi señor — dijo con exagerada cortesía, inclinando la cabeza ante Vanion.

Con expresión gélida, Vanion rehusó dirigir la palabra al caballero que había expulsado de la orden pandion e indicó a Falquián que lo hiciera por él.

— Ah — exclamó Martel en un tono que hubiera podido ser de genuino pesar —. Esperaba un mejor comportamiento de vos, Vanion. Oh, bueno, hablaré con Falquián entonces. Escuchad a vuestro antojo, si os apetece.

Falquián hundió a su vez la lanza en la tierra y quitándose, asimismo, el yelmo, espoleó a Faran para que se adelantara.

— Tenéis buen aspecto, viejo amigo — apreció Martel.

— Vos también... dejando de lado esa caprichosa armadura.

— Recientemente tuve ocasión de sumirme en reflexiones — replicó Martel — He reunido una gran suma de dinero estos últimos años, pero se me antojó que no disfrutaba mucho de ella y decidí comprar unos cuantos juguetes nuevos.

— El caballo también es nuevo, ¿verdad? — Falquián observó la voluminosa montura negra de Martel.

— ¿Os gusta? Podría conseguir uno de las mismas caballerizas, si queréis

— Me quedo con Faran.

— ¿Habéis civilizado a esa espantosa bestia?

— Digamos que me gusta tal como es. ¿Qué intenciones os han traído aquí, Martel?

— ¿No es evidente, viejo amigo? Voy a tomar la Ciudad Sagrada. Si hablara con objeto de obtener la aprobación pública, podría presentarlo mejor y utilizar la palabra «liberar», supongo, pero, dado que somos tan viejos amigos, creo que puedo permitirme la franqueza. Para expresarlo

de forma sencilla, Falquián, voy a marchar hacia la Ciudad Sagrada y, tal como suele decirse, someterla a mi voluntad.

— Queréis decir que vais a «intentarlo», Martel.

— ¿Quién va a detenerme?

— Vuestro propio buen juicio, espero. Estáis un poco trastornado, pero nunca habéis sido estúpido.

Martel le dedicó una burlona y somera reverencia.

— ¿Dónde habéis conseguido todas las tropas en tan poco tiempo?

— ¿Poco tiempo? — se mofó Martel —. No prestáis demasiada atención a las cosas, ¿eh, Falquián? Me temo que pasasteis una temporada demasiado larga en Jiroch. Con todo ese sol... — Se estremeció —. Por cierto, ¿habéis tenido recientemente noticias de la encantadora Lillias? —Le arrojó aquello con rapidez, haciendo alarde de su conocimiento de las actividades de Falquián durante los últimos diez años con la evidente intención de desconcertarlo.

— Estaba bien... la última vez que supe algo de ella. — Falquián no mostró el menor asomo de sorpresa.

— Puede que me la lleve cuando acabe todo esto. He advertido que es toda una mujer. Tal vez me divierta flirtear con vuestra antigua amante.

— Guardad mucho reposo, Martel. No creo que tengáis suficiente aguante para Lillias. Pero todavía no habéis contestado a mi pregunta.

— Podríais hallar la respuesta por vos mismo, viejo amigo, ahora que habéis refrescado un poco la memoria. Reuní a los lamorquianos mientras estaba allá arriba fomentando la discordia entre el barón Almstrom y el conde Gerrich. Los mercenarios cammorianos están siempre disponibles. Todo cuanto hube de hacer fue propagar la convocatoria, y vinieron corriendo. Los rendoreños no fueron difíciles de convencer una vez que hube liquidado a Arasham. Ya que lo menciono, no paraba de graznar «Cuerno de carnero» mientras agonizaba. ¿Podría ser por casualidad ésa la contraseña secreta que inventasteis? Muy vulgar, Falquián. De lo más carente de imaginación. El nuevo líder espiritual de Rendor es un hombre mucho más maleable.

— Lo conozco — dijo secamente Falquián —. Os deseo que gocéis en su compañía.

— Oh, Ulesim no es tan desagradable... siempre que uno se mantenga contra el viento cuando está con él. Sea como fuere, desembarqué en Arcium, saqué e incendié Coombe y avancé hasta Larium. Debo decir, sin embargo, que Wargun disfrutó de lo lindo al llegar allí. Entonces me marché y lo obligué a seguirme dando interminables rodeos hasta Arcium. Fue una manera de entretenerme mientras esperaba la noticia del deceso del venerable Clovunus. ¿Le dedicasteis un digno funeral, por cierto?

— Estuvo bastante a la altura.

— Siento habérmelo perdido.

— Hay algo más que deberíamos sentir, Martel. Annias no va a poder pagaros. Ehlana se ha recuperado y ha vuelto a cortar el acceso al tesoro.

— Sí, ya lo había oído... Me lo contaron la princesa Arissa y su hijo. Los liberé de ese convento como favor al primado de Cimmura. Aunque se produjo un pequeño malentendido mientras lo hacía, y todas las monjas de esa comunidad murieron de manera harto repentina. Lamentable, tal vez, pero los religiosos no deberíais involucraros en asuntos políticos. Mis soldados también incendiaron el convento cuando ya nos íbamos. Le transmitiré vuestros mejores deseos a Arissa cuando me reúna con mis tropas. Viene hospedándose en mi pabellón desde que partimos de Demos. Los horrores de su cautiverio la han desanimado un tanto, y yo le he ofrecido todo el consuelo posible.

— Otra mala pasada que añadir a mi cuenta, Martel — dijo, haciendo rechinar los dientes, Falquián.

— ¿Otra qué?

— Esas monjas son otro motivo que tengo para mataros.

—Deberemos decidir algunas cuestiones sumamente desagradables — previó el preceptor Darellon —. Si nos parapetamos en los muros interiores, vamos a tener que cerrar las puertas al común de la población. No disponemos de suficientes provisiones en la vieja ciudad para mantener a tanta gente.

— De todas formas, no podremos hacer nada hasta que nos hallemos al mando de los soldados eclesiásticos —señaló Vanion—. Somos cuatrocientos, y no podríamos resistir el ataque del ejército de Martel.

— Es posible que yo pueda ayudaros en este punto — anunció el patriarca Emban, recostado en un espacioso sillón, con las regordetas manos apoyadas en la barriga —. Ello dependerá, no obstante, del grado de arrogancia que alcance Makova por la mañana. — Emban se había mostrado evasivo cuando Falquián le había exigido alguna explicación respecto a qué habían ido a hacer Kurik y Berit en su salida en carruaje.

— Vamos a disfrutar de cierta ventaja táctica — dijo pensativamente Komier—. Las tropas de Martel se componen de mercenarios y, en cuanto entren en la ciudad exterior, van a detenerse para conseguir un sustancioso botín. Eso nos proporcionará más tiempo.

— Eso también va a tener distraída a una parte considerable de la jerarquía — señaló, riendo entre dientes, Emban —. Muchos de mis colegas patriarcas tienen lujosas casas fuera de las murallas interiores y me imagino que contemplarán el saqueo con cierta angustia. Eso podría reducir su entusiasmo por la candidatura del primado de Cimmura. Mi casa, sin embargo, se encuentra en el interior de las viejas murallas. Yo me hallaré en condiciones de pensar con claridad... y también vos, ¿no es cierto, Dolmant?

— Sois un mal hombre, Emban — lo acusó Dolmant.

— Pero Dios aprecia mis esfuerzos, Dolmant, por más sinuosos o clandestinos que sean. Todos nosotros vivimos con el fin de servir... cada uno a su manera. — Hizo una pausa, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Ortsel es nuestro candidato. Yo habría preferido elegir a otra persona, pero hoy por hoy hay una oleada de conservadurismo en la Iglesia, y Ortsel es tan conservador que ni siquiera cree en el fuego. Podríamos malearlo un poco, Dolmant. No es lo que se dice un individuo atractivo.

— Ese es un problema nuestro, Emban..., vuestro y mío — apuntó Dolmant—. Creo que por el momento debemos preocuparnos por las cuestiones militares.

— Sospecho que el próximo paso a tomar será trazar vías de retirada — opinó Abriel —. Si el patriarca de Usara aquí presente consigue transferir el mando de los soldados eclesiásticos a nuestras manos, deberemos hacer que se replieguen rápidamente dentro de las murallas interiores antes de que la población se dé cuenta de lo que estamos haciendo. Si no, tendríamos multitudes de refugiados aquí con nosotros.

— Esto es brutal — los riñó Sephrenia —. Estáis abandonando a gente inocente a merced de hordas de salvajes. Los hombres de Martel no se satisfarán meramente con mirar. Es seguro que se producirán atrocidades allá afuera.

— La guerra nunca es civilizada, pequeña madre — se lamentó, con un suspiro, Dolmant—. Y otra cosa: a partir de ahora, nos acompañaréis a la basílica todos los días. Quiero que os halléis en un lugar donde podamos protegeros.

— Como queráis, querido — aceptó la estiria.

— Supongo que no querréis concederme el favor de dejarme deslizarme afuera de las murallas interiores antes de cerrar las puertas, ¿verdad? —preguntó Talen a Falquián con expresión pesarosa.

— No — respondió éste —, pero ¿para qué ibas a querer estar afuera?

— Para participar yo también del botín, naturalmente. Esta es una oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida.

— ¿No irías a colaborar en el pillaje de casas, Talen? — inquirió, escandalizado, Bevier.

— Por supuesto que no, sir Bevier. Dejaría que lo hicieran los soldados de Martel. Será cuando estén de vuelta en las calles con los brazos cargados de cosas robadas cuando los ladrones de

Chyrellos entrarán en acción y se lo birlarán. Preveo que Martel va a perder muchos hombres en los próximos días. Casi puedo garantizar que va a declararse entre sus filas una epidemia de heridas de navaja antes de que todo acabe. Hay mendigos allá afuera que no tendrán que volver a pedir limosna. — El muchacho suspiró de nuevo —. Estáis privando a mi infancia de toda diversión, Falquián — acusó.

— No existe el más mínimo peligro, hermanos míos — se mofó Makova a la mañana siguiente cuando la jerarquía se volvió a reunir —. El comandante de mi propia guardia personal, el capitán Gorta...

— Calló un momento para asestar a los preceptores de las órdenes militantes una dura mirada, en la que era manifiesto el rencor que aún les guardaba por la repentina muerte del anterior capitán de sus tropas —. Es decir, el capitán Erden salió con gran riesgo para su persona a interrogar más detenidamente a esos peregrinos, y me asegura que no son más que eso, peregrinos, fieles hijos de la Iglesia, y que realizan esta peregrinación a la Ciudad Sagrada para unir sus voces a las nuestras en acción de gracias cuando el nuevo archiprelado sea elevado al trono.

— Realmente sorprendente, Makova — señaló, arrastrando las palabras, el patriarca Emban —. El caso es que yo envié observadores por mi cuenta a las afueras y elaboraron un informe diametralmente distinto. ¿Cómo creéis que podemos reconciliar esas diferencias?

— El patriarca de Usara es de sobra conocido por su jocosidad — dijo Makova, tras esbozar una breve y casi gélida sonrisa —. Es en efecto un divertido y alegre compañero cuyas graciosas bromas relajan con frecuencia nuestra tensión en difíciles momentos, pero ¿es realmente éste el momento indicado para la hilaridad, mi querido Emban?

— ¿Me veis sonreír, Makova? — El tono empleado por Emban era tan mordiente como una daga arrojada a los riñones. Se puso en pie gruñendo —. Lo que mi gente informa es, queridos hermanos, que esa horda de supuestos peregrinos que se halla frente a nuestras puertas lo es todo menos amistosa.

— Tonterías — espetó Makova.

— Tal vez — concedió Emban —, pero me he tomado la libertad de hacer que trajeran aquí a la basílica a uno de esos «peregrinos» para que podamos examinarlo con mayor detención. Es posible que no se avenga a hablar mucho, pero es mucha la información que puede extraerse de la observación de la conducta, el porte, el origen de un hombre... e incluso de sus ropas. — Emban dio una repentina palmada sin dar tiempo a que Makova objetara algo o ejerciera su autoridad.

Se abrió la puerta de la sala y Kurik y Berit entraron sujetando por los talones el cuerpo inerte de un individuo vestido con túnica negra, que, al ser arrastrado, iba dejando una alargada mancha de sangre en el suelo de mármol.

— ¿Qué estáis haciendo? — medio chilló Makova.

— Meramente presentar evidencia, Makova. No puede tomarse ninguna decisión racional sin efectuar un minucioso examen de las pruebas, ¿no es así? — Emban señaló un punto no alejado del atril —. Poned al testigo aquí — indicó a Kurik y Berit.

— ¡Os lo prohíbo! — vociferó Makova.

— Prohibición no acatada, viejo amigo. — Emban se encogió de hombros —. Es demasiado tarde ahora. Todos los presentes han visto ya a este hombre, y todos sabemos qué es, ¿no es cierto? — Emban se acercó con paso torpe al cadáver que yacía espatarrado en el mármol —. Todos podemos deducir por las facciones de este hombre cuál era su nación de origen, y su ropa negra la confirma. Hermanos míos, lo que tenemos aquí era evidentemente un rendoreño.

— Patriarca Emban de Usara — declaró Makova, desesperado —. Os arresto bajo la acusación de asesinato.

— No seáis estúpido, Makova — replicó Emban —. No podéis detenerme mientras la jerarquía está reunida. Además, nos encontramos en el interior de la basílica, y me acojo a su refugio. — Miró a Kurik —. ¿De veras tuvisteis que matarlo? — preguntó.

— Sí, Su Ilustrísima — respondió el fornido escudero —. La situación lo hizo necesario..., pero

ofrecimos una breve plegaria por él después.

— Un detalle muy ejemplar, hijo mío — aprobó Emban —. Por consiguiente os otorgaré a vos y a vuestro joven compañero la plena absolución por la parte que os corresponde en el acto de mandar a este miserable hereje a comparecer ante la infinita misericordia de Dios.

— El gordo patriarca paseó la mirada por la sala —. Ahora — dijo —, volvamos a nuestro interrogatorio de este «peregrino». Tenemos aquí a un rendoreño... armado con una espada, como habréis visto. Dado que los únicos rendoreños que se encuentran actualmente en esta zona del continente eosiano son eshandistas, debemos concluir que este «peregrino» lo era también. Habida cuenta de los puntos de vista que sostiene, ¿sería creíble que los herejes eshandistas vinieran a la Ciudad Sagrada para celebrar la elevación de un nuevo archiprelado? ¿Acaso nuestro hermano Makova ha convertido milagrosamente a los paganos del sur a la adoración del Dios verdadero y los ha incorporado al rebaño de nuestra Santa Madre Iglesia? Hago una pausa para escuchar la respuesta del estimado patriarca de Coombe. — Permaneció inmóvil mirando expectantemente a Makova.

— Me alegra francamente tenerlo de nuestro lado — murmuró Ulath al oído de Tynian.

— Ciertamente.

— Ah — exclamó Emban al ver que Makova se quedaba mirándolo sin saber qué hacer —. Era demasiado esperar, supongo. Debemos pedir perdón a Dios por nuestra incapacidad para aprovechar esta ocasión de sanar la herida abierta en el cuerpo de nuestra Santa Madre. Ahora bien, nuestro pesar y nuestras amargas lágrimas de decepción no deben empañarnos los ojos e impedirnos ver la cruda realidad. Los «peregrinos» apostados junto a nuestras puertas no son lo que aparentan. Nuestro querido hermano Makova ha sido cruelmente engañado, me temo. Lo que se alza frente a las puertas de Chyrellos no es una multitud de fieles, sino un voraz ejército de nuestros más odiados enemigos que acuden con el propósito de destruir y profanar el propio centro de la verdadera fe. Nuestro destino personal, hermanos míos, carece de importancia, pero debo aconsejaros a todos que os pongáis en paz con Dios. Los tormentos que los herejes eshandistas infligen a los miembros del alto estamento eclesiástico son de sobra conocidos como para obviar la necesidad de repetirlos. Yo, por mi parte, estoy totalmente resignado a ser arrojado a las llamas. — Hizo una pausa y luego sonrió. Después juntó las manos sobre su abultada panza—. Alimentaré una alegre hoguera, no obstante.

Un coro de disimuladas risas nerviosas recorrió la estancia.

— Nuestra propia suerte, hermanos míos, es una cuestión insignificante — continuó Emban —. Lo que importa ahora es el destino de nuestra Sagrada Ciudad y el de la Iglesia. Nos enfrentamos a una cruel, aunque simple, decisión. ¿Rendimos nuestra Madre a los herejes, o luchamos?

— ¡Lucharemos! — gritó un patriarca, poniéndose apresuradamente en pie —. ¡Lucharemos!

Su grito fue repetido por muchos otros hasta que pronto la totalidad de la jerarquía estaba levantada, pronunciando con estruendo la misma palabra: «¡Lucharemos!».

Emban entrelazó las manos en la espalda con un toque de teatralidad e inclinó la cabeza. Cuando alzó el rostro, por sus mejillas resbalaba un reguero de lágrimas. Se volvió lentamente, dando a todos los presentes sobrada oportunidad de percibir su llanto.

— ¡Ay, hermanos míos! — se lamentó con voz quebrada —. Nuestros votos nos prohíben dejar a un lado nuestras sotanas y vestiduras y empuñar la espada. Nos encontramos indefensos en esta espantosa crisis. Estamos condenados, hermanos míos, y nuestra Santa Madre Iglesia va camino de la perdición con nosotros. Ay de mí que he vivido tanto tiempo que haya de presenciar este terrible día. ¿Adonde podemos acudir, hermanos? ¿Quién vendrá en nuestra ayuda? ¿Quién tiene poder para defendernos en nuestra más aciaga hora? ¿Qué clase de hombres hay en el mundo capaces de protegernos en este espeluznante y fatal conflicto?

Siguió un silencio durante el cual nadie osó respirar.

— ¡Los caballeros de la Iglesia! — dijo resollando con frágil voz un anciano desde los bancos recubiertos de cojines —. ¡Debemos recurrir a los caballeros de la Iglesia! ¡Ni los poderes del

infierno pueden vencerlos!

— ¡Los caballeros de la Iglesia! — bramó la jerarquía como si hablara con una sola voz —. ¡Los caballeros de la Iglesia!

Capítulo once

El excitado tumulto se prolongó un rato en la vasta sala. El patriarca Emban de Usara permanecía entretanto erguido en el centro del largo pavimento de mármol, como si se hubiera situado por azar exactamente en medio del alargado círculo de luz que proyectaba la redonda vidriera desde detrás del vacante trono. Cuando el estrépito de voces comenzó a amortiguarse, Emban levantó una regordeta mano.

— En efecto, hermanos míos — prosiguió, imprimiendo a su voz la nota de gravedad precisa —, los invencibles caballeros de la Iglesia podrían fácilmente defender Chyrellos, pero en estos momentos están abocados a la defensa de Arcium. Los preceptores se encuentran, naturalmente, aquí, ocupando los puestos que les corresponden entre nosotros, pero cada uno de ellos sólo cuenta con una fuerza simbólica aquí, que sin duda no es suficiente para contener a los ejércitos de la oscuridad que nos cercan. No podemos desplazar el grueso de las órdenes militantes desde las rocosas llanuras de Arcium a la Ciudad Sagrada en un abrir y cerrar de ojos; e, incluso si ello fuera factible, ¿cómo podríamos convencer a los generales de las fuerzas estacionadas en ese reino gravemente hostigado de que nuestra necesidad es mayor que la suya y convencerlos así para que dejen libres a los caballeros de acudir en nuestra ayuda?

El patriarca Ortzel de Kadach se levantó, con el severo rostro enmarcado por sus pálidos y canosos cabellos.

— Con vuestra venia, Emban — solicitó. El patriarca de Kadach era el candidato propuesto de la facción contraria a Annias, y ello confería cierta autoridad a su voz.

— Desde luego — lo animó Emban —. Aguardo anhelante escuchar las sabias palabras de mi estimado hermano de Lamorkand.

— El cometido supremo de la Iglesia es sobrevivir para poder continuar su trabajo — declaró Ortzel con voz ronca —. Toda consideración que no contemple esto debe ser secundaria. ¿Coincidimos todos en este punto?

Sonó un murmullo de asentimiento.

— Hay ocasiones en que se imponen sacrificios — prosiguió Ortzel —. Si a un hombre le ha quedado atrapada la pierna entre las rocas del fondo de un estanque sujeto a las variaciones de la marea y las aguas, en su crecida, le lamen el mentón, ¿no debería sacrificar, aun con pesar, la pierna para poder salvar la vida? Nosotros nos encontramos en pareja situación. Con pesar debemos sacrificar la totalidad de Arcium si conviene para preservar nuestra vida..., que es nuestra Santa Madre Iglesia. Lo que se nos presenta ahora, hermanos míos, es una crisis. En el pasado, la jerarquía se ha mostrado extremadamente renuente a imponer las rígidas y estrictas aplicaciones de tan extremas medidas, pero la situación que nos concierne en estos momentos es sin duda la más

severa prueba a la que se ha enfrentado nuestra Santa Madre desde la invasión de los zemoquianos hace cinco siglos. Dios nos está mirando, hermanos míos, y nos juzgará seguramente a nosotros y a nuestras capacidades para la administración de su amada Iglesia. Por todo ello, tal como exigen las leyes que nos gobiernan, pido que se lleve a cabo sin tardanza una votación. La cuestión a decidir puede expresarse de forma muy simple: ¿la presente situación en Chyrellos constituye una crisis de fe?, ¿sí o no?

— ¡Sin duda — exclamó Makova con los ojos desorbitados por el desconcierto —, sin duda la situación no es tan crítica! Ni siquiera hemos intentado todavía entrar en negociaciones con los ejércitos apostados a nuestras puertas y...

— El patriarca no habla oportunamente — lo atajó Ortzel —. La cuestión de las crisis de fe no admite discusión alguna.

— ¡Punto de ley! — gritó Makova.

Ortzel miró de manera intimidatoria al flaco monje que cumplía la función de asesor jurídico.

— Citad la ley — ordenó.

Aquejado de violentos temblores, el monje comenzó a manotear desesperadamente entre sus libros.

— ¿Qué está pasando? — preguntó confundido Talen —. No lo entiendo.

— La crisis de fe no se invoca casi nunca —le explicó Bevier—, probablemente porque los reyes de Eosia Occidental se oponen vivamente a ello. En una crisis de fe, la Iglesia asume el control de todo: gobiernos, ejércitos, recursos, dinero..., todo.

— ¿Pero la declaración de una crisis no requeriría una votación fundamental? — inquirió Kaltén —. ¿O unanimidad incluso?

— Me parece que no — contestó Bevier —. Veamos lo que dice el especialista en leyes..

— No es de todas formas algo innecesario? — observó Tynian —. Ya hemos llamado a Wargun, comunicándole que hay una crisis de fe.

— Al parecer alguien omitió decírselo a Ortzel — repuso Ulath —. Es un rigorista en asuntos legales, y no tenemos motivos para contrariar sus tendencias, ¿no creéis?

El enjuto monje se levantó con la cara mortalmente pálida y se aclaró la voz.

— El patriarca de Kadach ha citado correctamente la ley — declaro con voz chillona a causa del miedo —. La cuestión de la crisis de fe debe ser sometida a una inmediata votación secreta.

— ¿Secreta? — exclamó Makova.

— Así lo dicta la ley, Su Ilustrísima, y el resultado debe decidirse por mayoría simple.

— Pero...

— Debo recordar al patriarca de Coombe la inoportunidad de posteriores discusiones. — La voz de Ortzel restalló como un látigo —. Convoco la votación. — Miró en derredor —. Vos — espetó al clérigo sentado no lejos del alarmado Annias —, id a buscar los instrumentos necesarios. Se encuentran, según recuerdo, en el cofre que hay a la derecha del trono del archiprelado.

El aludido titubeó y miró lleno de temor a Annias.

— ¡Moveos, hombre! — tronó Ortzel.

El sacerdote se puso en pie de un salto y corrió hacia el tapado trono.

— Alguien deberá explicarme un poco mejor esto —dijo Talen con tono desconcertado.

— Más tarde, Talen —le advirtió quedamente Sephrenia, que, vestida con una pesada capa negra con ligero aspecto eclesiástico que ocultaba su raza y su sexo, permanecía sentada entre los caballeros de la iglesia, casi imperceptible entre el bulto de sus armaduras—. Ahora observemos la exquisita danza que se ejecuta ante nosotros.

— Sephrenia — la regañó Falquián.

— Lo siento — se disculpó la estiria —. No estoy considerando vuestra Iglesia como motivo de diversión; sólo todas estas enrevesadas maniobras.

Los instrumentos de voto consistían en una caja negra bastante grande, polvorienta y carente de todo adorno, y dos sencillas bolsas de cuero que mantenían fuertemente cerradas sendos sellos

lacrados de plomo.

— Patriarca de Coombe — indicó concisamente Ortzel —, vos ostentáis la presidencia. Es vuestro deber romper los sellos y hacer que se distribuyan las balotas.

Makova lanzó una rápida mirada al clérigo jurídico y éste asintió con la cabeza. Entonces Makova cogió las dos bolsas, abrió los sellos de plomo y tomó un objeto de cada una de ellas. Tenían aproximadamente el tamaño de una moneda. Uno era blanco y el otro, negro.

— Votaremos con esto — anunció, manteniendo en alto las fichas — ¿Convenimos en que el negro significa no y el blanco sí?

Siguió un murmullo de asentimientos.

— Distribuid las balotas pues — ordenó Makova a un par de jóvenes pajes —. Cada miembro de la jerarquía recibirá una blanca y otra negra. — Se aclaró la garganta —. Que Dios os infunda sabiduría, hermanos míos, y seguid los dictados de vuestra conciencia. — La cara de Makova había recobrado parte de sus colores.

— Ha estado contando los votos — señaló Kalten —. Él tiene cincuenta y nueve y piensa que nosotros sólo tenemos cuarenta y siete. No sabe nada de los cinco patriarcas que se ocultan en esa salita. Imagino la sorpresa que se va a llevar. De todas formas, va a ganar.

— Os estáis olvidando de los neutrales, Kalten — le recordó Bevier.

— Se abstendrán. Todavía siguen pendientes de los sobornos. No se atreverán a ofender a ninguno de los bandos.

— No pueden abstenerse, Kalten — lo disuadió Bevier —, no en esta votación. La ley de la Iglesia ordena que se pronuncien claramente en esta cuestión.

— ¿Dónde aprendisteis tanto sobre estas cosas, Bevier?

— Os dije que estudié historia militar.

— ¿Y qué tiene que ver la historia militar con esto?

— La Iglesia declaró una crisis de fe durante la invasión zemoquiana. Lo analicé como parte de mis estudios.

— Oh.

Mientras los dos pajes distribuían las fichas, Dolmant se levantó y se dirigió a las puertas. Allí habló un momento con los miembros de la guardia del archiprelado que se encontraban afuera y regresó a su asiento. Cuando los dos muchachos que repartían las balotas se encontraban casi al final de la cuarta fila de bancos de mullidos cojines carmesí, la puerta se abrió y por ella entraron los cinco nerviosos patriarcas que habían estado escondiéndose.

— ¿Qué significa esto? — Makova tenía los ojos desorbitados.

— La intervención del patriarca de Coombe es inoportuna — le reiteró Ortzel, que parecía disfrutar repitiéndole lo mismo a Makova —. Hermanos míos — se dispuso a dirigirse a los cinco recién llegados —, en estos momentos votamos...

— Es responsabilidad mía informar a nuestros hermanos — protestó con vehemencia Makova.

— El patriarca de Coombe se equivoca — señaló el patriarca con calma —. He sido yo quien ha planteado la cuestión a la jerarquía y, por tanto, la responsabilidad es mía.

Explicó sucintamente el procedimiento a seguir a los cinco patriarcas, insistiendo en la gravedad del caso, algo que Makova habría sin duda omitido.

Makova recobro la compostura.

— Está volviendo a contar los votos — murmuró Kalten —. Aún tiene más que nosotros. Ahora todo depende de los neutrales.

La caja negra quedó situada sobre una mesa delante del atril de Makova y los patriarcas desfilaron, depositando una de las balotas en la ranura del arca. Algunos dejaban ver a las claras el color de la pieza que introducían y otros no.

— Yo me encargaré del recuento — declaró Makova.

— No — se opuso de plano Ortzel —, al menos no solo. He sido yo el que ha planteado la cuestión a la jerarquía, y yo os ayudaré.

— Cada vez me gusta más Ortzel — confió Tynian a Ulath.

— Sí — acordó Ulath —. Tal vez lo juzgamos mal.

El semblante de Makova fue ensombreciéndose a medida que él y Ortzel contaban los votos. El recuento prosiguió dominado por un impresionante silencio.

— Ya está — declaró concisamente Ortzel —. Anunciad los totales, Makova.

— El resultado es de sesenta y cuatro sí y cincuenta y seis no — murmuró de forma casi inaudible, dirigiendo una rápida mirada de disculpa a Annias.

— Repetidlo, Makova — instó Ortzel —. Algunos de nuestros hermanos no os han oído.

Makova le asestó una mirada cargada de odio y reiteró los resultados en voz más alta.

— ¡Los neutrales están con nosotros! — se regocijó Talen —, y le hemos robado tres votos a Annias también.

— Bien — dijo apaciblemente Emban —, me alegra que este asunto quede zanjado. Tenemos muchas cuestiones que dirimir y nuestro tiempo es escaso. ¿Es correcta mi suposición de que es la voluntad de la jerarquía que mandemos llamar de inmediato a los caballeros de la iglesia, así como a los ejércitos de Eosia Occidental, para que acudan en nuestra defensa sin la menor dilación?

— ¿Vais a dejar el reino de Arcium a merced de su suerte, Emban? — preguntó Makova.

— ¿Qué es realmente lo que amenaza a Arcium en estos momentos, Makova? Todos los eshandistas están acampados fuera de nuestras murallas. ¿Queréis que iniciemos otra votación?

— Fundamento —reclamó Makova, insistiendo en una mayoría de un sesenta por ciento para decidir ese punto.

— Punto de ley — replicó Emban, con una expresión casi beatífica en su gordo rostro. Miró al encargado de las cuestiones jurídicas—. ¿ Que dice la ley respecto al fundamento en las presentes circunstancias ? — inquirió.

— Con excepción única de la elección de un archiprelado, no se requieren votaciones fundamentales en épocas de crisis de fe Su Ilustrísima — respondió el monje.

— Así me lo parecía. — Emban sonrió —. Y bien, Makova, ¿votamos o no?

— Retiro la cuestión de fundamento — concedió a regañadientes Makova —, pero ¿cómo os proponéis exactamente hacer salir un mensajero de una ciudad sitiada?

— Como sin duda sabrán mis hermanos — tomó la palabra Ortzel volviendo a levantarse —, soy lamorquiano. Allí estamos muy acostumbrados a los asedios. Esta noche he enviado a veinte de mis hombres disfrazados a las afueras de la ciudad e incluso más allá. Están esperando la señal que en estos precisos instantes se eleva en forma de una espiral de humo rojo de la cúpula de esta misma basílica. De ello deduzco que ya están cabalgando a rienda tendida hacia Arcium... Al menos así debería ser, si saben lo que les conviene.

— Va a acabar gustándome. — Kaltén sonreía.

— ¿Osasteis hacer esto sin el consentimiento de la jerarquía en pleno, Ortzel? — se escandalizó Makova.

— ¿Existía alguna duda acerca del resultado de la votación, Makova?

— Empiezo a captar un fuerte olor a confabulación aquí —dijo animadamente Sephrenia.

— Hermanos míos — continuó Emban —, la crisis a la que nos enfrentamos es a todas luces de carácter militar y, salvo contadas excepciones, nosotros no somos militares. ¿Cómo podemos evitar los errores, la confusión, las demoras que eclesiásticos no formados e ignorantes del mundo han de provocar inevitablemente al tratar complejidades que desconocen? La dirección del patriarca de Coombe ha sido ejemplar y estoy seguro de que todos nos unimos unánimemente al expresarle nuestra sentida gratitud, pero, por desgracia, el patriarca de Coombe no está más versado en las artes militares que yo, y lo confesaré sin apuro, hermanos míos: yo soy incapaz de distinguir una espada de otra. — Esbozó una amplia sonrisa —. Como es harto evidente, mi entrenamiento se ha realizado más con utensilios de mesa que con herramientas de guerra. Aceptaría, no obstante, encantado cualquier desafío concerniente a esa área. Mi contrincante y yo podríamos participar alegremente en un duelo a muerte ocupados en degustar un buen buey asado.

La jerarquía rió la broma, lo cual contribuyó a relajar la tensión.

— Necesitamos un militar, hermanos míos — prosiguió Emban — Ahora necesitamos un general en lugar de un presidente. Contamos en nuestras filas con cuatro generales que son, claro está, los preceptores de las cuatro órdenes.

Se produjo una excitada agitación, pero Emban la contuvo alzando una mano.

— Ahora bien — reanudo su alocución —, ¿nos atrevemos a distraer a uno de estos insuperables genios militares de la vital tarea de defender Chyrellos? Creo que no. ¿Dónde buscaremos pues? — Hizo una pausa — Debo incumplir una solemne promesa que formulé a uno de mis hermanos — confesó —. Ruego que tanto él como Dios sean capaces de hallar en sus corazones la bondad para perdonarme. Disponemos, de hecho, de un hombre con formación militar entre nosotros, queridos hermanos. En su modestia, él nos había ocultado este hecho, pero una humildad que nos priva de su talento en tiempos de crisis no se corresponde con la virtud. — Su redonda cara adoptó una expresión de sincero pesar —. Perdonadme, Dolmant — dijo —, pero no me da elección. Mi deber para con la Iglesia antecede incluso al dedicado a un amigo.

Dolmant lo miró con gelidez.

— Supongo — confió, suspirando — que, cuando concluya esta reunión, mi querido hermano de Demos me lacerará rigurosamente, pero estoy bien acolchado y las magulladuras no serán tan visibles... espero. En su juventud, el patriarca de Demos fue acólito de la orden pandion y...

Se produjo un súbito parloteo inconexo en la estancia.

— El preceptor Vanion de dicha orden — continuó, elevando la voz, Emban —, que era a su vez novicio por la misma época, me asegura que nuestro santo hermano de Demos era un consumado guerrero y podría fácilmente haber ascendido al rango de preceptor de no haber hallado nuestra Santa Madre otras aplicaciones para sus vastos talentos. — Volvió a guardar silencio —. Loemos a Dios, hermanos míos, porque nunca hubimos de tomar tal decisión. Elegir entre Vanion y Dolmant habría sido posiblemente una tarea que se halla fuera del alcance de nuestra sabiduría conjunta. — Siguió hablando un rato, colmando de alabanzas a Dolmant, y después miró en derredor —. ¿Cuál es nuestra decisión, hermanos? ¿Imploraremos a nuestro hermano de Demos que nos guíe en estos momentos en que estamos amenazados por el más grave peligro?

Makova se quedó mirándolo y abrió la boca un par de veces como si estuviera a punto de hablar, pero en cada ocasión la cerró de golpe.

Falquián colocó las manos en el respaldo del banco de delante e, inclinándose, habló en voz queda al anciano monje allí sentado.

— ¿Acaso se ha quedado de repente mudo el patriarca Makova, compadre? Habría dicho que a estas alturas ya estaría subiéndose por las paredes.

— En cierto sentido sí se ha quedado mudo, caballero — respondió el monje —. Existe una antigua costumbre, una norma casi podría decirse en la jerarquía, que prohíbe que un patriarca proponga su propia candidatura para cualquier puesto, por más insignificante que éste sea. Se considera como una falta de modestia.

— Loable costumbre, ésa — apreció Falquián.

— Yo también lo veo así, caballero. — El monje sonrió —. No sé por qué, Makova suele producirme somnolencia.

— A mí también — confesó Falquián, sonriéndole a su vez—. Supongo que ambos deberíamos rezar para fortalecer nuestra paciencia... Un día de éstos.

Makova miró desesperado a su alrededor, pero ninguno de sus amigos se decidió a hablar, bien porque no tuvieran nada que decir en su favor o bien porque previeran el escaso éxito de su propuesta.

— Votemos — propuso de forma un tanto hosca.

— Buena idea, Makova — aceptó, complacido, Emban —. Pongámonos manos a la obra. El tiempo vuela.

En aquella ocasión fueron sesenta y cinco votos favorables a que Dolmant asumiera la

presidencia y cincuenta y cinco los contrarios. Otro de los partidarios del primado de Cimmura había cambiado de facción.

— Mi hermano de Demos — dijo Emban a Dolmant cuando se hubo finalizado y anunciado el resultado del recuento —, ¿seríais tan amable de adoptar el puesto de presidente?

Dolmant se adelantó en tanto que Makova recogía malhumoradamente sus papeles y se alejaba con paso majestuoso del atril.

— Me honráis hasta un punto que supera mi capacidad de expresar gratitud, hermanos míos — agradeció Dolmant —. Por ahora, me limitaré a decir gracias de manera que podamos pasar a tratar sin dilación la crisis que nos afecta. Nuestra necesidad más perentoria es una fuerza más numerosa bajo el mando de los caballeros de la Iglesia. ¿Cómo podemos conseguirla?

— La fuerza de que habla nuestro venerado presidente se halla a nuestro alcance, hermanos míos — anunció a la asamblea Emban, que ni se había molestado en sentarse—. Cada uno de nosotros tiene un destacamento de soldados eclesiásticos a su disposición. En vista de la vicisitud actual, propongo que de inmediato transfiramos el control de dichas tropas a las órdenes militantes.

— ¿Nos despojaréis de nuestra única protección, Emban? — protestó Makova.

— La salvaguarda de nuestra Sagrada Ciudad es mucho más importante, Makova — replicó Emban —. ¿Dirá la historia de nosotros que fuimos tan cobardes que negamos nuestra ayuda a nuestra Santa Madre en su hora de congoja movidos por la timidez y una timorata preocupación por nuestro propio pellejo? Quiera Dios que tan medroso tipo de persona no nos contamine con su presencia. ¿Qué responde la jerarquía? ¿Haremos este insignificante sacrificio en beneficio de la Iglesia?

El rumor de asentimientos tuvo una ligera nota de aflicción en ciertas alas.

— ¿Desea algún patriarca solicitar una votación al respecto? — inquirió Dolmant con fría corrección, paseando la mirada por las ahora silenciosas gradas —. En ese caso, que el secretario deje constancia de que la propuesta del patriarca de Usara ha sido aceptada por aclamación unánime. Los escribanos redactarán después documentos pertinentes que habrá de firmar cada uno de los miembros de la jerarquía, transfiriendo el mando de su destacamento individual de soldados eclesiásticos a las órdenes militantes para que éstas organicen la defensa de la ciudad. — Hizo una pausa —. ¿Quiere alguien hacerme el favor de solicitar al comandante de la guardia personal del archiprelado que se presente ante la jerarquía?

Un sacerdote se deslizó por la puerta y poco después entró un musculoso oficial pelirrojo, con un bruñido peto y armado con un escudo repujado y una anticuada espada corta. Su expresión mostraba a las claras que estaba al corriente de la llegada del ejército.

— Una pregunta, coronel — le dijo Dolmant —. Mis hermanos me han pedido que presida sus deliberaciones. En ausencia de un archiprelado, ¿hablo yo en su lugar?

— Así es, Su Ilustrísima — admitió el coronel tras reflexionar un momento, evidenciando cierta complacencia.

— Esto es inaudito — protestó Makova, sin duda reconcomido por no haber sacado ventaja de aquella escondida norma durante su propia presidencia.

— También lo es la situación, Makova — le hizo ver Dolmant —. En la historia de la Iglesia únicamente se ha declarado cinco veces una crisis de fe, y, en cada uno de dichos períodos, un vigoroso archiprelado ocupaba el trono que tan tristemente se alza vacío ante nosotros. Afrontados a circunstancias tan extraordinarias, debemos improvisar. Esto es lo que vamos a hacer, coronel. Todos los patriarcas van a firmar un documento cediendo el mando de sus destacamentos individuales a los caballeros de la Iglesia. Para ahorrar tiempo e innecesarias discusiones, en cuanto dichos documentos estén firmados, vos y vuestros hombres escoltaréis a cada uno de los patriarcas hasta los cuarteles de sus diversas fuerzas, donde cada cual confirmará en persona su orden escrita. — Se volvió entonces hacia los preceptores —. Lord Abriel — dijo —, ¿asignaréis vos y vuestros compañeros preceptores caballeros para que tomen a su cargo a los soldados y los reúnan en un lugar de vuestra elección? Nuestro despliegue debe ser rápido y decidido.

— Lo haremos de buen grado, Su Ilustrísima — aceptó, poniéndose en pie, Abriel.

— Gracias, mi señor Abriel — correspondió Dolmant antes de volver la mirada a las filas de la jerarquía, que se levantaban grada a grada, sobre el —. Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos, hermanos míos — aseveró — Ahora parece lo más apropiado que procedamos de inmediato a traspasar nuestros soldados a los caballeros de la Iglesia y pues tal vez podamos dedicarnos a buscar consejo en Dios. Quizás él en su infinita sabiduría, nos sugiera otras medidas que podamos adoptar para defender su amada Iglesia. Por lo tanto, sin objeción, la jerarquía suspende sus reuniones hasta que el tiempo de crisis haya pasado.

— Brillante — se admiró Bevier —. En una serie de golpes magistrales han arrebatado el control de la jerarquía a Annias, le han despojado de sus soldados e impedido la celebración de ulteriores votaciones mientras nosotros no estemos aquí para detenerlos.

— Es una lástima que haya terminado tan deprisa — se lamentó Talen—. Tal como están las cosas, sólo necesitamos un voto más para elegir nuestro propio archiprelado.

Falquián sentía un inmenso regocijo cuando, en compañía de sus amigos, se sumó a la multitud que se aglomeraba en la puerta de la sala de audiencia. Aun cuando Martel siguiera representando una grave amenaza para la Ciudad Sagrada, habían logrado sustraer el control de la jerarquía a Annias y sus secuaces, y la debilidad de su dominio sobre sus votos había quedado patente con la defección de cuatro de sus patriarcas sobornados. Mientras se disponía a alejarse a paso lento de la estancia, volvió a notar aquella sensación de abrumadora aprensión que ya le era familiar. Se volvió a medias y, aquella vez, incluso la vio parcialmente. La sombra se encontraba detrás del trono del archiprelado, dando la impresión de ondular mansamente en la penumbra. Falquián se llevó la mano a la pechera de la sobreveste para asegurarse de que el Bhelliom seguía en su sitio. La joya estaba segura, y sabía que el cordel de la bolsa ceñía con fuerza su embocadura. Su razonamiento había resultado, al parecer, algo erróneo. La sombra podía aparecer independientemente del Bhelliom. Se hallaba incluso allá adentro, en el edificio más sagrado de la fe elenia. Había pensado que, de todos los lugares, en aquél se vería libre de ella, pero no era así. Turbado, continuó saliendo con sus amigos de la sala que ahora se le antojaba oscura y helada.

El atentado contra la vida de Falquián se produjo casi inmediatamente después de ver la sombra. Un monje con la cara tapada por la capucha, uno de tantos entre la muchedumbre agolpada en la puerta, se volvió de improviso e impulsó una pequeña daga directamente a la cara del alto pandion, que no protegía entonces la visera. Fue sólo gracias a sus reflejos bien entrenados que salió con vida de aquélla. Sin pensarlo, detuvo el ímpetu de la mano que empuñaba la daga con su antebrazo acorazado y luego aferró al monje, el cual, con un grito de desesperación, se clavó la reducida arma en su propio costado. Luego se puso rígido, y Falquián notó el violento estremecimiento que le recorrió el cuerpo. El clérigo perdió toda expresión en el semblante y se vino abajo desmadejado.

— ¡Kalten! — susurró Falquián a su amigo —. ¡Échame una mano. Manténlo en pie.

Kalten se apresuró a colocarse al otro lado del cadáver del monje y lo tomó del brazo.

— ¿No se encuentra bien nuestro hermano? — les preguntó otro eclesiástico cuando trasponían el umbral.

— Se ha desmayado — repuso Kaltén con desenvoltura —. Hay personas que no soportan las multitudes. Mi amigo y yo vamos a llevarlo alguna habitación apartada para que recobre el aliento.

— muy hábil — lo halagó Falquián.

— Ves, Falquián? Puedo pensar yo sólo. — Kaltén señaló con la cabeza la puerta de una antesala próxima —. Llémoslo allí y examinémoslo.

Arrastraron al muerto hasta allí y cerraron la puerta tras ellos. Kaltén le arrancó la daga del costado.

— No es un arma muy penetrante — observó con desdén.

— Era suficiente — gruñó Falquián —. Un simple rasguño con ella lo ha dejado tieso como una tabla.

— ¿Veneno? — apuntó Kaltén.

— Probablemente..., a menos que el espectáculo de su propia sangre haya podido con él. Observémoslo. — Falquián se inclinó y abrió el hábito del monje.

El «monje» era un rendoreño.

— ¿No es interesante? — ironizó Kalten —. Parece que ese ballestero que ha estado intentando matarte ha comenzado a solicitar ayuda.

— Quizás éste es el ballestero.

— De ningún modo, Falquián. El ballestero ha estado ocultándose entre el populacho y cualquiera que tenga un mínimo de cerebro reconocería a un rendoreño. No habría podido confundirse tranquilamente entre la multitud.

— Sin duda tienes razón. Dame la daga. Se la enseñaré a Sephrenia.

— Martel no quiere realmente enfrentarse a ti, ¿no es cierto?

— ¿Qué te hace pensar que Martel está detrás de esto?

— ¿Qué te hace pensar lo contrario? ¿Qué hacemos con esto?

— Kalten señaló al cadáver tendido en el suelo.

— Dejarlo. Los vigilantes de la basílica acabarán por dar con él y se ocuparán de disponer de él en nuestro lugar.

Muchos de los soldados eclesiásticos presentaron su dimisión al enterarse de que eran transferidos bajo el mando de los caballeros de la Iglesia. Al menos así lo hicieron los oficiales, ya que los soldados rasos no tienen la posibilidad de renunciar a su condición. Dichas dimisiones fueron, no obstante, desestimadas, pero los caballeros tampoco pasaron por alto los sentimientos de los diversos coroneles, capitanes y tenientes que sentían intensa congoja moral por tener que seguir al frente de sus fuerzas en tales circunstancias, por lo que de buen grado despojaron a P oficiales de su rango y los enrolaron como soldados rasos. Después hicieron marchar a las tropas de rojas túnicas hacia la gran plaza de delante de la basílica para preparar su despliegue por las murallas y las puertas de la ciudad interior.

— ¿Habéis tenido algún problema? — preguntó Ulath a Tynian cuando, conduciendo cada uno un importante destacamento de soldados, se encontraron en un cruce de calles.

— Algunas dimisiones, nada más. — Tynian se encogió de hombros —. La oficialidad de esta partida se compone de nuevos miembros.

— La mía también — replicó Ulath —. Un montón de sargentos ostentan el mando ahora.

— Me he topado con Bevier hace poco — comentó Tynian mientras cabalgaban hacia la puerta principal de la ciudad interior —. Parece, no sé por qué, que él no tiene ese problema.

— El motivo debería ser bastante evidente, Tynian. — Ulath esbozó una mueca —. Se ha propagado la noticia de lo que le hizo al capitán que trató de impedirnos la entrada a la basílica. — Ulath se quitó el yelmo coronado de cuernos de ogro y se rascó la cabeza —. Creo que fue la plegaria que dirigió después lo que heló la sangre a la mayoría. Una cosa es descabezar a un nombre en el transcurso de una discusión, pero rogar luego por su alma produce misteriosamente un efecto inquietante en casi toda la gente.

— Debe de ser eso — convino Tynian. Volvió la mirada hacia los soldados que, llenos de desconsuelo, se rezagaban de camino a lo que sería probablemente escenario de combates reales. Los soldados de la Iglesia, que en su mayoría no se alistaban para luchar, consideraban la inminente prueba con una gran falta de entusiasmo —. Caballeros, caballeros — los regañó Tynian —, esto no puede ser. Debéis, como mínimo, «parecer» soldados. Hacedme el favor de enderezar esas filas e intentad marcar el paso. Después de todo, tenemos que mantener la reputación. — Calló un momento —. ¿Y qué os parece una canción, caballeros? — sugirió —. A la gente siempre le infunde coraje que los soldados marchen cantando a la guerra. Es una demostración de bravura, en fin de cuentas, que evidencia el desprecio de un hombre por la muerte y el desmembramiento.

El canto que se elevó de entre las filas era débil al principio, ante lo cual Tynian insistió en que volvieran a empezar — varias veces — hasta que los gritos vociferados a pleno pulmón por la columna satisficieron sus ganas de exhibición de entusiasmo militar.

— Sois un tipo cruel, Tynian — señaló Ulath.

—Lo sé — acordó Tynian.

Sephrenia reaccionó casi con indiferencia al enterarse del fallido ataque llevado a cabo por el rendoreño disfrazado.

— ¿Estáis seguro de que habéis visto la sombra detrás del trono del archiprelado antes del atentado? — preguntó a Falquián.

Éste asintió con la cabeza.

— Parece que nuestra hipótesis sigue siendo válida — observó casi con satisfacción. Miró la pequeña daga impregnada de veneno que se hallaba en la mesa frente a ellos —. No es el arma más adecuada para emplear contra un hombre que lleva armadura — indicó.

— Un rasguño habría bastado, pequeña madre.

— ¿Cómo habría podido arañaros con ella cuando estabais envuelto en acero?

— Trató de apuñalarme la cara, Sephrenia.

— Entonces mantened la visera bajada.

— ¿No voy a parecer ridículo?

— ¿Qué preferís? ¿Ridículo o muerto? ¿Ha presenciado el atentado alguno de nuestros amigos?

— Kalten... o cuando menos ha tenido constancia de lo ocurrido.

— Es una pena — comentó, frunciendo el entrecejo, la estiria —. Sé que confiabais en mantener esto entre nosotros, al menos hasta saber qué sucede.

— Kalten sabe que alguien ha estado intentando matarme. Todos lo saben, a decir verdad. Piensan que se trata de Martel, que está tendiéndome sus habituales trampas.

— En ese caso dejemos que sigan creyéndolo.

— Se han producido algunas deserciones, mi señor — informó Kalten a Vanion cuando el grupo se reunió en las escalinatas de la basílica —. No ha habido forma de impedir que la noticia de lo que estábamos haciendo llegara a los cuarteles más alejados.

— Era de esperar — se conformó Vanion —. ¿Ha ido alguien a observar por la muralla exterior lo que hace Martel?

— Berit ha estado vigilando, mi señor — respondió Kalten —. Ese muchacho será un pandion terriblemente bueno. Deberíamos intentar mantenerlo vivo en la medida de lo posible. Volviendo al tema, ha informado que Martel casi ha concluido su despliegue. Probablemente a estas alturas ya podría dar la orden de atacar la ciudad. Realmente me sorprende que no lo haya hecho aún. Estoy seguro de que algunos de los sectarios de Annias han llegado hasta donde se encuentra para ponerlo al corriente de lo ocurrido en la basílica esta mañana. Cada momento que deja transcurrir representa para nosotros un tiempo adicional para prepararle el recibimiento.

— La codicia, Kalten — le hizo ver Falquián a su amigo —. Martel es tan codicioso que no puede creer que su avaricia no sea universal. Prevé que trataremos de defender la totalidad de Chyrellos, y quiere darnos tiempo para que nos dispersemos de tal modo que a él le baste con pasar por encima de nosotros. Jamás sería capaz de llegar a pensar que vamos a abandonar la ciudad exterior para concentrarnos en el recinto interior.

— Sospecho que muchos de mis colegas patriarcas participan de la misma visión — confió Emban —. La votación habría sido mucho más difícil de ganar si muchos de los que poseen palacios en la ciudad de afuera hubieran sabido que nos proponíamos abandonar sus casas a Martel.

Komier y Ulath ascendieron por los escalones de mármol para reunirse con ellos.

— Vamos a tener que demoler algunas de las casas próximas a las murallas — indicó Komier —. Los que están apostados al norte de la ciudad son lamorquianos y por lo tanto utilizan ballestas. No nos conviene tener cerca ningún tejado desde el que puedan disparar. — El preceptor genidio hizo una pausa —. No tengo gran experiencia en sitios — admitió —. ¿Qué clase de artefactos deberá emplear ese Martel para asediarnos?

— Arietes — repuso Abriel —, catapultas, torres de asalto.

— ¿Qué es una torre de asalto?

— Es una especie de construcción elevada que hacen avanzar sobre ruedas hasta situarla contra la muralla. Después los soldados salen de ella e irrumpen en medio de nosotros. Es una forma de reducir las bajas que se producirían de usar escaleras de cuerda.

— Dejaremos los escombros de las casas que derribemos esparcidos sobre el pavimento, pues. Las ruedas no giran muy bien sobre pilas de materiales de construcción.

Berit llegó al galope y se abrió paso entre las filas de soldados eclesiásticos concentrados en la plaza de la basílica.

— Mis señores — dijo algo falto de aliento, después de saltar del caballo y subir corriendo las escaleras —, los hombres de Martel están comenzando a ensamblar los ingenios de asedio.

— ¿Me hará alguien el favor de explicarme esto? — solicitó Komier.

— Las máquinas se transportan en piezas, Komier — le informó Abriel —. Cuando se llega al lugar donde se va a combatir, se deben montar.

— ¿Cuánto se tarda? Los arcianos sois los expertos en castillos y sitios.

— Unas cuantas horas, Komier. Los maganeles llevarán más tiempo, ya que habrá de construirlos aquí.

— ¿Qué es un maganel?

— Una especie de catapulta de gran tamaño, demasiado grande para transportar... incluso desarmada. Se utilizan árboles enteros en su construcción.

— ¿Qué volumen de rocas puede arrojar?

— De media tonelada aproximadamente.

— Las murallas no resistirán demasiados proyectiles de ese calibre.

— Ésa es la intención, creo. No obstante, al principio pondrá en juego las catapultas normales porque le costará como mínimo una semana construir los maganeles.

— Supongo que hasta entonces las catapultas, arietes y torres nos mantendrán ocupados — constató agríamente Komier —. Detesto los asedios. — Entonces se encogió de hombros —. Será mejor que nos pongamos manos a la obra. — Miró desdeñosamente a los soldados eclesiásticos —. Veamos cómo se aplican al trabajo estos entusiastas voluntarios derribando casas y desperdigando piedras por las calles.

No mucho después de que hubiera oscurecido, algunos de los exploradores de Martel descubrieron que las murallas exteriores estaban desguarnecidas. Algunos de ellos, los más estúpidos, regresaron para informar de ello. La mayoría, no obstante, se convirtió en vanguardia

A los saqueadores. Poco menos una hora antes de medianoche, Berit despertó a Falquián y Kalten para anunciarles que había tropas en la ciudad exterior y después se volvió para irse.

— Adonde vais? — le preguntó Falquián.

— Vuelvo allá afuera, sir Falquián.

— De ningún modo. Ahora os quedáis dentro de las murallas interiores. No quiero que os maten.

— Alguien debe mantener la vigilancia, sir Falquián — objeto Berit.

— Hay una linterna encima de la cúpula de la basílica — le dijo Falquián —. Id a buscar a Kurik y subid los dos allí para observar el desarrollo de los acontecimientos.

— De acuerdo, sir Falquián — acató Berit con un asomo de malhumor en la voz.

— Berit — le llamó la atención Kalten mientras se ponía la cota de mallas.

— ¿Sí, sir Kalten?

— No tiene por qué gustaros. Simplemente debéis hacerlo.

Falquián y los demás recorrieron las angostas y antiguas callejas de la ciudad interior y subieron a las almenas. En las calles de la parte nueva de la población se veía el balanceo de las antorchas de los mercenarios que corrían de una casa a otra, robando cuanto podían. De vez en cuando se oía el grito de una mujer, claro indicio de que el saqueo no era lo único que atraía a las fuerzas atacantes. Una multitud de aterrorizados ciudadanos chillaba delante de las puertas, ya cerradas, de la ciudad vieja, implorando que les abrieran, pero las puertas permanecieron inmóviles frente a ellos.

Un patriarca algo delicado con voluminosas ojeras bajo los ojos llegó corriendo por las escaleras

de la muralla.

— ¿Qué estáis haciendo? — casi chilló a Dolmant —. ¿Por qué no están estos soldados afuera defendiendo la ciudad?

— Es una decisión militar, Cholda — le respondió con calma Dolmant—, No disponemos de suficientes hombres para defender todo Chyrellos. Hemos tenido que replegarnos al interior de las murallas de la antigua ciudad.

— ¿Estáis loco? ¡Mi casa está allí!

— Lo siento, Cholda — repuso Dolmant —, pero no hay nada que hacer.

— ¡Pero yo os voté a vos!

— Os estoy muy reconocido.

— ¡Mi casa! ¡Mis cosas! ¡Mis tesoros! — El patriarca Cholda de Mirishum se retorció las manos —. ¡Mi hermosa casa! ¡Todo mi mobiliario, Dios mío!

— Id a refugiaros a la basílica, Cholda — le aconsejó fríamente Dolmant—. Rogad para que vuestro sacrificio sea bien aceptado por Dios.

El patriarca de Mirishum se volvió y bajó tambaleante las escaleras, llorando amargamente.

— Me parece que acabáis de perder un voto, Dolmant — señaló Emban.

— La votación ha concluido, Emban, y estoy seguro de que de toda formas podría seguir viviendo sin ese voto en concreto.

— Yo no lo estoy tanto — se mostró en desacuerdo Emban —. Todavía nos falta una balota. Es muy importante, y es posible que vayamos a necesitar a Cholda antes de que todo haya terminado.

— Ya han empezado — anunció con tristeza Tynian.

— ¿El qué? — le preguntó Kalten.

— Los incendios — repuso Tynian, señalando un pilar de anaranjadas llamas y negro humo que se elevaba por el tejado de una casa —. Por lo visto, los soldados siempre padecen algún descuido con las antorchas cuando saquean por la noche.

— ¿Hay algo que podamos hacer? — inquirió vivamente Bevier.

— Nada, me temo — contestó Tynian —, salvo tal vez rogar para que llueva.

— No es la estación apropiada — observó Ulath.

— Lo sé — suspiró Tynian.

Capítulo doce

El saqueo de la ciudad exterior siguió desarrollándose en la noche. El fuego se expandió rápidamente, dado que nadie se ocupó en sofocarlo, y pronto la población quedó envuelta en un velo de humo. Desde los adarves, Falquián y sus amigos observaban cómo los mercenarios corrían desaforados por las calles, cargando un improvisado saco a la espalda. La multitud de ciudadanos congregados ante las puertas de la ciudad vieja para solicitar ser admitidos se dispersó cuando los mercenarios de Martel comenzaron a aparecer.

Se produjeron asesinatos, cómo no, algunos de ellos a plena vista, y también hubo que lamentar otras atrocidades. Un cammoriano con incipiente barba salió arrastrando a una joven de una casa y desapareció con ella por un callejón. Los gritos de la mujer indicaron claramente a los espectadores cuál era la suerte que corría.

Un joven soldado eclesiástico que se hallaba junto a Falquián al lado del parapeto se puso a llorar sin recato. Después, cuando, con semblante algo contrito, el cammoriano salió del callejón, el soldado puso en alto su arco, apuntó y disparó. El cammoriano dobló el cuerpo, cerrando la mano en la flecha clavada hasta la emplumadura en su vientre.

— Bien hecho — aprobó concisamente Falquián.

— Habría podido ser mi hermana, caballero — arguyó el soldado, enjugándose las lágrimas.

Ninguno de ellos se hallaba realmente preparado para lo que sucedió después. La mujer salió desgreñada y sollozante del callejón y, al ver a su agresor retorciéndose en la calle cubierta de basuras, se precipitó a donde yacía y lo pateó varias veces en la cara. Luego, viendo que era incapaz de defenderse, le arrancó la daga del cinto. Sería tal vez preferible no describir el tormento que le infligió entonces. Los gritos del hombre, no obstante, siguieron resonando en las calles durante algún tiempo y, cuando el cammoriano calló por fin, la joven tiró el ensangrentado cuchillo, abrió el saco que llevaba y miró en su interior. A continuación se secó los ojos con la manga, cerró el saco y lo arrastró de nuevo hacia su casa.

El soldado que había disparado al hombre se sintió aquejado de violentas náuseas.

— Nadie se comporta muy civilizadamente en esas circunstancias, compadre — observó Falquián, apoyando para confortarlo la mano en su hombro —, y la dama contaba con cierta justificación para lo que ha hecho.

— Ha debido de ser muy doloroso — señaló el soldado con voz trémula.

— Creo que eso es lo que ella pretendía, compadre. Id a tomar un trago de agua y lavaos la cara. Intentad no pensar en ello.

— Gracias, caballero — dijo el joven, tragando saliva.

— Quizá no todos los soldados eclesiásticos sean tan malos — murmuró para sí Falquián, replanteándose una opinión que hacía mucho tiempo que sostenía.

A la puesta del sol, en el estudio tapizado de rojo de sir Nashan, en el castillo pandion, se reunió lo que sir Tynian y sir Ulath habían dado en llamar, no del todo en broma, «el alto mando»: los preceptores, los tres patriarcas y Falquián y sus amigos. Kurik, Berit y Talen se hallaban, sin embargo, ausentes.

Nashan, un hábil administrador a quien incomodaba un poco la presencia de tantas autoridades, se mantenía tímidamente al lado de la puerta.

— Si no necesitáis nada más, mis señores — anunció —, os dejare para que desarrolléis vuestras deliberaciones.

— Quedaos, Nashan — le indicó Vanion, sonriendo —. De ningún modo querríamos despojaros de vuestra casa, y puede que vuestro conocimiento de la ciudad nos resulte útil.

— Gracias, mi señor — aceptó el corpulento caballero, sentándose en una silla.

— Me parece que le hemos ganado un combate a vuestro amigo Martel, Vanion — señaló el preceptor Abriel.

Habéis mirado por la muralla últimamente, Abriel? — inquirió Vanion con brusquedad.

— De hecho, sí — respondió Abriel —, y a ello exactamente me refiero. Tal como nos dijo ayer sir Falquián, ese Martel no podía creer que fuéramos a abandonar la ciudad exterior sin luchar, de manera que no tomo en cuenta esa posibilidad al trazar sus planes. No hizo nada para mantener a los exploradores fuera de la ciudad y fueron precisamente éstos los que precedieron al grueso de los saqueadores. No bien hubieron comprobado que la población estaba desprotegida, los espías se apresuraron a registrar las casas en busca de objetos de valor y el resto del ejército los siguió. Martel ha perdido por completo el control de sus fuerzas y no lo recuperará hasta que en la ciudad de afuera no quede nada que robar. Y no sólo eso: en cuanto sus soldados tengan el botín que pueden cargar, comenzarán a desertar.

— No puedo aprobar el robo — se pronunció con severidad el patriarca Ortzel —, pero, dadas las circunstancias... — Una tenue, casi ladina sonrisa tensó sus finos labios.

— La riqueza debe redistribuirse de tanto en tanto, Ortzel — pontificó Emban —. La gente con demasiado dinero dispone de excesivo tiempo para idear selectos pecados que cometer. Tal vez ésta sea la manera que tiene Dios de rescatar al inmundo rico y devolverlo a la saludable pobreza.

— Me pregunto si pensaríais lo mismo si estuvieran saqueando vuestra propia casa.

— Admito que ello podría influir en mi opinión — concedió Emban.

— Las vías del Señor son misteriosas — declaró devotamente Bevier —. No teníamos más alternativa que abandonar la ciudad nueva, y puede que eso sea lo único que nos salve.

— No creo que podamos contar con las suficientes deserciones en las filas de Martel como para cantar victoria, caballeros — advirtió Vanion —. El comportamiento violento de sus tropas nos proporcionara algo de tiempo, en eso concuerdo. — Miró a los otros preceptores —. ¿Una semana, tal vez? — preguntó.

— Como mucho — calculó Komier —. Hay muchos hombres allá afuera, y se mantienen muy activos. No van a tardar tanto en limpiar de sus riquezas la ciudad.

— Y entonces van a comenzar los asesinatos —previo Kalten—. Como bien habéis dicho, lord Komier, hay muchos hombres allá afuera, y estoy convencido de que no todos han entrado en la ciudad. Los que todavía están en descampado son tan codiciosos como los que llegaron primero aquí. Creo que sobrevendrán unos días caóticos y que a Martel le llevará más tiempo recobrar el control.

— Es probable que tenga razón — convino Komier —. En todo caso, disponemos de cierto tiempo. Hay cuatro puertas de entrada a la ciudad interior y la mayoría de ellas no se encuentran en mejores condiciones que las de la muralla exterior. Es más fácil defender una puerta que cuatro, de manera que ¿por qué no lo disponemos así?

— ¿Vais a hacer desaparecer las puertas con magia, Komier? — preguntó Emban —, Me consta que los caballeros de la Iglesia están entrenados para hacer muchas cosas fuera de lo común, pero esto es, a fin de cuentas, la Ciudad Sagrada. ¿Aprobaría realmente Dios este tipo de cosas en el

propio umbral de su morada?

— Ni siquiera he pensado en la magia — le aseguró Komier —, De hecho, no me he planteado valerme de métodos similares. Es muy difícil abatir una puerta si hay dos o tres casas derribadas apiladas tras ella, ¿no es cierto?

— Casi imposible — acordó Abriel.

— ¿No se encuentra la casa de Makova muy cerca de la puerta este de la ciudad interior? — preguntó Emban, con una amplia sonrisa.

— Ahora que lo mencionáis, Su Ilustrísima, me parece que sí — respondió sir Nashan.

— ¿Es una casa de buenas dimensiones? — inquirió Komier.

— Así debiera ser — dijo Emban —, teniendo en cuenta lo que pagó por ella.

— Lo que los contribuyentes elenios pagaron por ella, Su Ilustrísima — corrigió Falquián.

— Ah, sí. Casi lo había olvidado. ¿Se avendrían de buen grado los contribuyentes elenios a colaborar con esa cara mansión a la defensa de la Iglesia?

— Estarían encantados, Su Ilustrísima.

— No dudéis que consideraremos muy seriamente la casa del patriarca de Coombe cuando seleccionemos las que vamos a derribar — prometió Komier.

— La única cuestión pendiente ahora es el paradero del rey Wargun — recordó Dolmant —. El error de Martel nos ha facilitado tiempo, pero ello no le mantendrá indefinidamente inasequible la ciudad interior. ¿Cabe la posibilidad de que vuestros mensajeros se hayan extraviado, Ortzel?

— Son hombres fiables — respondió Ortzel —, y un ejército del tamaño del de Wargun no es, en principio, difícil de localizar. Además, los mensajeros que vos y Emban enviasteis anteriormente deberían haber llegado hasta él hace ya tiempo, ¿no es así?

— Por no mencionar los que expidió el conde de Lenda desde Cimmura — añadió Falquián.

— La ausencia del rey de Thalesia es un misterio — declaró Emban —, que está degenerando en un serio inconveniente.

— Excusadme, mis señores — se disculpó Berit, entrando en la habitación —, pero queríais que os informara si ocurría algo extraordinario afuera en la ciudad.

— ¿Qué has visto, Berit? — le preguntó Vanion.

— Estaba en esa casita de encima de la cúpula de la basílica, mi señor...

— Linterna — lo corrigió Vanion.

— Nunca puedo recordar esa palabra — confesó Berit —. Sea como fuere, desde allí se divisa la totalidad de la ciudad. El pueblo llano está huyendo de Chyrellos. Están saliendo en hilera por todas las puertas de la muralla exterior.

— Martel no quiere que le estorben — señaló Kalten.

— Y en especial las mujeres — agregó ferozmente Falquián.

— No he acabado de comprender eso, Falquián — indicó Bevier.

— Os lo explicaré más tarde — le prometió Falquián, lanzando una mirada a Sephrenia.

Llamaron a la puerta y luego entro un pandion, agarrando a Talen del brazo. El chiquillo callejero de Cimmura tenía una expresión de disgusto en la cara y un abultado saco en una mano.

— Queríais ver a este joven, sir Falquián? — inquirió el pandion.

— Sí — repuso Falquián —. Gracias, caballero. — Miró con cierta severidad a Talen —.

¿Dónde estabas? — le preguntó sin rodeos.

— Ah... por ahí, mi señor — respondió Talen con tono evasivo.

— Sabes muy bien que no te van a servir los disimulos — le advirtió cansinamente Falquián —. De todas formas acabarás respondiéndome, de modo que no vale la pena que intentes ocultármelo.

— Supongo que lo hago para no perder la costumbre. — Talen se encogió de hombros —. ¿Me vais a retorcer el brazo hasta que os lo diga?

— Esperemos no tener que llegar a esos extremos.

— De acuerdo. — Talen exhaló un suspiro —. En las calles de la ciudad vieja hay ladrones, y afuera se suceden toda clase de cosas de interés para ellos. He encontrado la manera de deslizarme

afuera y he estado vendiendo esa información.

— ¿Cómo va el negocio? — inquirió Emban, con los ojos brillantes.

— No va mal, de hecho — admitió Talen con aire profesional —. La mayoría de los soldados de las murallas no tienen gran cosa con la que comerciar. Uno no saca gran provecho quedándose sentado sobre lo que acaba de robar, pero yo no aprieto a la hora de hacer trato, solo les cargo un porcentaje por lo que consigan robar a los soldados de fuera de la muralla.

— Abre el saco, Talen — le ordenó Falquián.

— Me asombráis, Falquián — dijo Talen —. Hay santos hombres en esta habitación y no me parece adecuado exponerlos a... bueno, ya sabéis.

— Abre el saco, Talen.

Con un suspiro, el muchacho depositó el saco sobre el escritorio de sir Nashan y lo abrió. Dentro había un buen número de objetos de decoración: copas de metal, pequeñas estatuas, gruesas cadenas, diversos utensilios de cocina y una bandeja de intrincados grabados tamaño de un plato, todo con aspecto de ser de oro macizo.

— ¿Has obtenido todo esto solamente vendiendo información? — Preguntó Tynian, incrédulo.

— La información es lo más valioso del mundo, sir Tynian — repuso Talen con altivez —, y yo no estoy haciendo nada inmoral ni ilegal. Tengo la conciencia perfectamente tranquila. Y, lo que es más, estoy aportando mi propia contribución a la defensa de la ciudad.

— No acabo de entender ese razonamiento — apuntó sir Nashan.

— Los soldados de allá afuera no van a ceder de buena gana lo que han robado, caballero. — Talen sonrió con afectación —. Como los ladrones lo saben, no se molestan en pedirselo. Martel ha perdido una buena parte de sus tropas desde la puesta del sol.

— Totalmente reprobable, joven — lo regañó Ortzel.

— Tengo las manos completamente limpias, Su Ilustrísima — arguyo Talen con expresión inocente —. No he apuñalado por la espalda ni a un solo soldado. Lo que los villanos de la calle hacen allá afuera no es responsabilidad mía, ¿no os parece? — Los ojos del chiquillo lucían un cándido brillo.

— Dejadlo, Ortzel — aconsejó, riéndose entre dientes, Emban —. Ninguno de nosotros está versado en las cosas de este mundo como para sostener una discusión con este joven. — Guardó silencio un instante —. Dolmant — dijo —, la recaudación del diezmo es una práctica legalmente establecida, ¿no es así?

— Desde luego — corroboró el patriarca de Demos.

— Estaba seguro. Dadas las extraordinarias circunstancias presentes, diría que el chico debería contribuir con un cuarto de sus ganancias a los gastos de la Iglesia, ¿no os parece?

— A mí me parece bien — acordó Dolmant.

— ¿Un cuarto? — exclamó Talen —. ¡Esto es un asalto a mano armada!

— ¿No nos irás a confundir con salteadores? — Emban sonrió —, ¿Prefieres rendir cuentas después de cada una de tus excursiones? ¿O deberemos esperar a que hayas reunido todos tus beneficios y a hacernos cargo de ellos de una sola vez?

— Después de que hayas cumplido con tu contribución a la Iglesia, Talen — indicó Vanion —, satisfacerás mi acuciante curiosidad por saber cuál es esa vía secreta que has encontrado para entrar y salir de la ciudad.

— La verdad es que no es un secreto — respondió Talen con modestia —. Todo consiste en saber cómo se llaman los componentes del pelotón de emprendedores soldados eclesiásticos que tienen asignada la guardia de noche en una de las torres de la ciudad. Tienen una cuerda larga con nudos para facilitar la escalada y la bajada por ella. A ellos les conviene alquilarla y yo les ofrezco encantado no revelar sus nombres ni el de la torre que custodian. Todo el mundo sale ganando.

— Incluso la Iglesia — le recordó el patriarca Emban.

— Abrigaba la esperanza de que os olvidarais de eso, Su Ilustrísima.

— La esperanza es una virtud cardinal, hijo mío — dijo piadosamente Emban —, incluso cuando está fuera de lugar.

Kurik entró llevando una ballesta lamorquiana.

—Creo que quizá la suerte esté de nuestra parte, mis señores — decía —. He mirado por azar en la armería de la guardia personal del archiprelado, en la basílica, y me he encontrado con montones de estantes llenos de esto y con muchas barricas repletas de saetas.

— Un arma eminentemente adecuada — aprobó Ortzel, haciendo gala de su condición de lamorquiano.

— Son más lentas que el arco normal, Su Ilustrísima — señaló Kurik — pero tienen un extraordinario radio de alcance. Creo que serán muy efectivas para desbaratar las cargas contra la ciudad interior antes de que puedan adquirir un impulso considerable.

— ¿Sabéis manejar esta arma, Kurik? —le preguntó Vanion.

— Sí, lord Vanion.

— En ese caso, comenzad a entrenar a unos cuantos soldados eclesiásticos.

— Sí, mi señor.

— Un buen número de aspectos se vuelven a nuestro favor, amigos míos — observó Vanion —. Tenemos una posición defensiva, una paridad de armas y un cierto retraso que juega en ventaja nuestra.

— Me sentiría más contento si Wargun estuviera aquí — objetó Komier.

— Yo también — convino Vanion —, pero me temo que, hasta que llegue, tendremos que componérmolas con lo que contamos.

— Hay otra cuestión que debería preocuparnos, caballeros — apuntó gravemente Emban —. Suponiendo que todo sale bien, la jerarquía volverá a reanudar sus sesiones en cuanto hayamos expulsado a Martel. El hecho de haber abandonado la ciudad exterior hará que un buen número de patriarcas se distancien de nuestros postulados. Si uno deja la casa de un hombre a merced del saqueo y las llamas, éste no lo apreciará mucho a uno ni querrá votarlo. Hemos de encontrar la manera de probar que Annias y Martel están confabulados. De lo contrario, todo lo que estamos haciendo no dejará de ser un esfuerzo gratuito. Yo soy capaz de hablar tan velozmente como el mejor, pero no puedo hacer milagros. Necesito algo en que apoyarme.

Alrededor de medianoche, Falquián subió las escaleras que conducían a las almenas de la muralla de la vieja ciudad, no lejos de la puerta sur, la más defendible de las cuatro y, por consiguiente, la que se había decidido dejar sin obstruir. Chyrellos ardía en serio entonces. El saqueador que entra en una vivienda y descubre que ya está vacía experimenta cierta exasperada frustración, que suele descargar incendiándola. Tal comportamiento es totalmente previsible y, en cierto sentido, natural. Los individuos dedicados al pillaje, con ceños cada vez más hoscos a medida que disminuía el número de casas intactas, corrían de edificio en edificio esgrimiendo antorchas y armas. Kurik, siempre tan práctico, había estacionado en los adarves a los soldados eclesiásticos que entrenaba en el uso de la ballesta, y éstos utilizaban a los saqueadores como blancos móviles con los que practicar. Eran pocos los que caían acertados, pero los soldados parecían ir mejorando la puntería.

Entonces, de una estrecha calle situada en el linde de la zona de casas derruidas, justo un poco más allá de donde acababa el radio de alcance de las saetas, salió un numeroso grupo de jinetes armados, capitaneados por un hombre que montaba un lustroso caballo negro y vestía una armadura deirana adornada con incrustaciones. Cuando se quitó el yelmo, vieron que era Martel, detrás del cual cabalgaban el brutal Adus y Krager, el individuo de cara de comadreja.

— Puedo hacer que les disparen los soldados, si queréis — ofreció Kurik, acercándose a Falquián y a su rubio amigo —. Tal vez alguno acierte por chiripa.

— No, me parece que no, Kurik — rehusó Falquián después de rascarse un instante la barbilla. — Estás desperdiciando una magnífica oportunidad, Falquián — le advirtió Kaltén —. Si a Martel se le clavara por azar una saeta en el ojo, todo ese ejército se desperdigaría.

—Todavía no — precisó Falquián —. Primero veamos si consigo irritarlo un poco. Martel a veces deja escapar información cuando está irritado. A ver si puedo sonsacarle algo.

— Está bastante lejos para hablar a gritos — observó Kalten.

— No tengo por qué gritar. — Falquián sonrió.

— Me gustaría que no hicieras eso — se quejó Kalten —. Siempre me hace sentir como un inútil.

— Deberías haber prestado atención a las clases cuando eras un novicio. — Falquián centró la atención en el hombre de pelo blanco y trazó el intrincado hechizo estirio —. Parece que no os han salido muy bien las cosas, ¿eh, Martel? — preguntó en tono familiar.

— ¿Sois vos, Falquián? — La voz de Martel sonó igual de familiar cuando él utilizó también el encantamiento que ambos habían aprendido en su época de novicios —. Es maravilloso volver a oíros, viejo amigo. Pero no he acabado de entender vuestro comentario. Las cosas parecen tener bastante buen cariz desde mi posición.

— ¿Por qué no averiguáis a cuántos de vuestros soldados lográis interesar en emprender ahora un asalto contra estos muros? Tomaos el tiempo que queráis, viejo amigo, que yo no me moveré de aquí.

— Fue muy astuto abandonar la ciudad, Falquián. No lo esperaba.

— A nosotros nos pareció buena idea. Sin embargo, debe de causaros gran angustia cada vez que pensáis en todo el botín que se os esta escapando de las manos.

— ¿Quién ha dicho que se me está escapando? He dirigido unos cuantos discursos a mis hombres. La mayor parte de mi ejército sigue bajo control... allá afuera en los campos de la otra ribera de los ríos. Les he hecho ver que era más fácil dejar que los tipos emprendedores hicieran todo el trabajo de saqueo. Después, cuando salgan, les arrebataremos el botín y lo pondremos en una pila común. Se repartirá a partes iguales entre todos.

—¿Incluso vos?

— ¡Oh, Dios mío! No, Falquián. — Martel soltó una carcajada —. Yo soy el general y elijo primero mi tributo.

— ¿El tributo del león?

— En fin de cuentas, yo soy el león. Todos seremos muy, muy ricos cuando hayamos forzado las cámaras del tesoro que hay debajo de la basílica.

— Eso es mucho pretender incluso para vos, Martel.

— Los negocios son los negocios, Falquián. Vos y Vanion me despojasteis de mi honor, de modo que ahora no me queda más que solazarme con dinero... y satisfacción, por supuesto. Creo que cuando todo esto termine haré exhibir vuestra cabeza desde un palo bien alto, amigo mio.

— Aquí mismo la tenéis, Martel. No os queda más que venir y reclamarla. Vuestros soldados van a tardar bastante en concluir el pillaje de la ciudad, y a vos no os queda mucho tiempo que perder.

— No les va a llevar tanto tiempo, Falquián. Están moviéndose con mucha rapidez. El hombre que piensa que está trabajando para sí mismo es siempre mucho más industrioso.

— Ésta es tan sólo la primera oleada de saqueadores. Son los que se concentran en el oro. La próxima caterva irá en busca de la plata. Luego la tercera comenzará a abrir los muros de las casas en busca de los escondrijos donde la gente guarda los objetos de valor. Calculo que deberá pasar un mes más o menos antes de que lo hayan robado todo de Chyrellos... hasta el último candelero. Realmente no podéis contar con un mes..., estando Wargun merodeando allá afuera con la mitad de los soldados de Eosia tras él.

— Ah, sí, Wargun, el borracho rey de Thalesia. Casi me había olvidado de él. ¿Qué suponéis que le ha sucedido? Es tan impropio de él demorarse de esa manera...

Falquián interrumpió el encantamiento.

— Dejad que vuestros soldados le arrojen unas cuantas flechas, Kurik — indicó con tono desapacible.

—¿Qué ocurre, Falquián? — preguntó Kalten.

— Martel ha encontrado el modo de mantener apartado de Chyrellos a Wargun. Será mejor que vayamos a informar a los preceptores. Me temo que estamos completamente solos aquí.

Capítulo trece

— No lo ha dicho exactamente, Vanion — refirió Falquián —. Ya lo conocéis, pero en su voz había esa especie de regocijo afectado del que sabe algo que es exasperante para uno. Ambos conocemos lo bastante a Martel como para inferir a qué se refería.

— Repetid literalmente lo que os ha dicho — pidió Dolmant.

— Estábamos hablando de Wargun, Su Ilustrísima, y entonces ha dicho: «¿Qué suponéis que le ha sucedido? Es tan impropio de él demorarse de esa manera...». — Falquián hizo lo posible por imitar la entonación de Martel.

— Tiene el toque del que sabe algo, ¿no es cierto? — convino Dolmant —. No conozco a Martel tan bien como vosotros dos, pero invoca la imagen de un hombre terriblemente pagado de sí.

— Falquián tiene razón — acordó Sephrenia —. Martel ha tramado alguna estratagema para mantener alejado a Wargun. Lo que ignoramos es el método que ha utilizado.

— Ahora no es eso lo que importa, pequeña madre — se pronunció Vanion. Los cuatro estaban sentados en una pequeña habitación contigua al estudio de sir Nashan—. Lo importante ahora es que los soldados eclesiásticos no se enteren de esto porque, a diferencia de los caballeros de la Iglesia, ellos no están entrenados para aceptar circunstancias desesperadas. En estos momentos a lo único que se aferran es a la esperanza de ver aparecer a los ejércitos de Wargun por los prados que se extienden al oeste del río Arruk. La ciudad interior no está realmente cercada todavía, y los saqueadores no prestan la más mínima intención al enemigo. Podríamos sufrir cientos de desertiones si se propagara la noticia. Informad discreta y confidencialmente a los caballeros de la Iglesia. Yo se lo diré a los otros preceptores.

—Y yo a Emban y Orzel — prometió Dolmant.

Aquella semana parecía no acabarse nunca, a pesar de las múltiples tareas a realizar. Derribaron varias casas y utilizaron sus escombros para obstruir las tres puertas que Komier había decidido que eran sólo parcialmente defendibles. Kurik seguía entrenando caballeros eclesiásticos seleccionados en el uso de las ballestas. Berit reunió un grupo de jóvenes monjes con los que se turnaba para vigilar desde la linterna de la cúpula de la basílica. Emban merodeaba por el interior del templo, tratando de mantener los votos, objetivo que cada día se volvía más difícil. Ninguno de los defensores tuvo la temeridad de negar a los patriarcas de la Iglesia el derecho a subir a las murallas para observar la ciudad, y la vista que se apreciaba desde allá arriba no era muy halagüeña. Un buen número de patriarcas, entre los que se encontraban algunos de los más activos detractores del primado de Cimmura, se lamentaban amargamente viendo cómo el fuego se aproximaba a los barrios de la ciudad donde estaban ubicadas sus casas, y no eran pocos los que le advertían sin tapujos a Emban que en el futuro podía olvidarse de contar con su favor. Emban ofrecía un aspecto cada vez más demacrado y comenzó a quejarse de dolores de estómago al constatar cómo

su apoyo se desintegraba a ojos vista.

Annias no hacía nada. Se limitaba a esperar.

Y Chyrellos continuaba ardiendo.

Falquián se encontraba una tarde en lo alto de la muralla contemplando con humor sombrío las llamas que arrasaban la población, cuando oyó un quedo tintineo a su espalda y se volvió. Era sir Bevier.

— Un espectáculo poco risueño, ¿no es cierto? — observó el joven arciano, contemplando también él Chyrellos.

— En efecto — convino Falquián. Miró directamente a su joven amigo —. ¿Cuánto creéis que van a resistir estas murallas frente a un maganel, Bevier?

— No mucho, me temo. Fueron levantadas en la antigüedad, y no con el cometido de aguantar las embestidas de máquinas de asedio modernas. Tal vez Martel desdeñe construirlos, dado lo costoso de la operación. Si los obreros no arman bien un maganel, éste causará más daño en el propio bando que en el del enemigo. Es una tarea que exige una gran meticulosidad.

— Esperemos que así sea. Creo que estos muros resistirán a las catapultas normales, pero si empieza a lanzarnos piedras de media tonelada... — Falquián se encogió de hombros.

— Falquián. — Era Talen, que subía a toda velocidad por las escaleras —. Sephrenia quiere veros en el castillo. Dice que es urgente.

— Id, Falquián — indicó Bevier —. Yo haré guardia aquí.

Falquián asintió y descendió las escaleras para adentrarse por la calleja de abajo.

Sephrenia lo recibió en la entrada del piso inferior, con semblante más pálido de lo habitual.

— ¿Qué sucede? — le preguntó Falquián.

— Se trata de Perraine, querido — respondió con voz queda —. Está agonizando.

— ¿Agonizando? Todavía no se han producido ataques. ¿Que le ha pasado?

— Se ha suicidado, Falquián.

— ¿Perraine?

— Ha ingerido un veneno y se niega a revelarme cuál.

— ¿Existe algún modo de...?

— Quiere hablar con vos, Falquián — repuso la estiria, sacudiendo la cabeza —. Será mejor que os apresuréis. No creo que le quede mucho tiempo.

Sir Perraine yacía en un angosto camastro en una habitación de austeridad monacal, con el rostro mortalmente pálido, sudando copiosamente.

— Ciertamente os habéis tomado vuestro tiempo, Falquián — señaló con voz débil.

— ¿Qué sentido tiene todo esto, Perraine?

— Es algo apropiado. No nos entretengamos con esto. Hay unas cuantas cosas que habéis de saber antes de que yo me vaya.

— Podemos hablar de ello después de que Sephrenia os administre el antídoto.

— No habrá ningún antídoto. Limitaos a callar y escuchar. — Perraine exhaló un profundo suspiro —. Os he traicionado, Falquián.

— Sois incapaz de ello, Perraine.

— Todo el mundo es capaz de traición, amigo mío. Lo único que necesita es un motivo. Yo tenía uno, creedme. No me queda mucho tiempo. — Cerró los ojos un momento —. Habéis notado que alguien ha intentado mataros últimamente, ¿no es así?

— Sí, pero ¿qué...?

— Era yo, Falquián..., o personas contratadas por mí.

— ¿vos?

— Gracias a Dios que fallé.

— ¿Por qué, Perraine? ¿Os he... insultado en algo?

— No seáis necio, Falquián. Obraba siguiendo órdenes de Martel

— ¿Por qué ibais a acatar vos órdenes de Martel?

—Porque tenía suspendido algo sobre mi cabeza. Estaba amenazando a alguien máspreciado para mí que mi propia vida.

Estupefacto, Falquián se disponía a hablar, pero Perraine lo acalló alzando una mano.

— No habléis, Falquián — dijo —. Escuchad. El tiempo apremia. Martel vino a verme en Dabour después de la muerte de Arasham. Yo me apresuré a empuñar la espada, claro está, pero él se rió de mi gesto. Me dijo que depusiera la espada si en algo me importaba Ydra.

—¿Ydra?

—Es de Kelosia del Norte. La baronía de su padre está al lado de la del mío. Ydra y yo nos amamos desde que éramos niños. Daría mi vida por ella sin pensarlo. Martel se enteró de ello de algún modo y razonó que, si estaba dispuesto a morir por ella, también lo estaría a matar. Me contó que había rendido el alma de ella a Azash. Yo no lo creí, convencido de que no podía hacer una cosa así.

— Es factible, Perraine — corroboró con tristeza Falquián, recordando el caso de Bellina, la hermana del conde de Ghasek.

— Eso es lo que averigüé. Me desplazé con Martel a Kelosia y allí me mostró a Ydra ejecutando un obscuro ritual ante una imagen de Azash. — Las lágrimas asomaron a los ojos de Perraine —. Fue horrible, Falquián, horrible. — Contuvo un sollozo —. Martel me dijo que, si no hacía exactamente lo que me ordenara, su corrupción iría en aumento hasta que se perdiera por completo su alma. Aunque no estaba seguro de que estuviera en su mano cumplir tal amenaza, no podía correr el riesgo.

— Podía hacerlo, en efecto — le aseguró Falquián —. Yo lo he visto.

— Intenté matarla — continuó Perraine con voz cada vez más frágil —, pero no pude hacerlo. Martel observaba mi lucha interior, burlándose de mí. Si se os presenta la oportunidad, espero que lo matéis.

— Tenéis mi palabra, Perraine.

Perraine volvió a suspirar y su rostro palideció aún más.

— Excelente veneno, éste — señaló —. Sea como fuere, Martel me tenía agarrado. Me indicó que fuera a Arcium, a reunirme con Vanion y los demás preceptores. A la primera ocasión, debía arreglármelas para regresar al castillo de Cimmura. No sé cómo, estaba al corriente de vuestro viaje a Thalesia y de que seguramente volveríais pasando por Emsat. Me dio dinero y me instó a tomar asesinos a sueldo. Tenía que hacer todo lo que exigía de mí... La mayoría de las veces fueron mis asesinos quienes realizaron los atentados, pero en una ocasión, cuando cruzábamos Demos de camino hacia aquí, yo os dispare una ballesta con mis propias manos. Podría fingir que erré el tiro a propósito, pero sería una mentira. Realmente trataba de mataros, Falquián

— ¿Y el veneno en la casa de Dolmant?

— Sí. Mi desesperación iba en aumento. Tenéis una suerte extraordinaria, amigo mío. Había probado todo lo que se me había ocurrido y no había conseguido mataros.

— ¿Y el rendoreño que intentó clavarme un cuchillo emponzoñado en la basílica?

— Yo no tuve nada que ver con eso, Falquián —aseveró, algo desconcertado, Perraine —. Lo juro. Los dos hemos estado en Rendor y sabemos que no son de fiar. Debió de mandarlo otra persona... quizás el propio Martel.

— ¿Qué os hizo cambiar de idea, Perraine? — preguntó apesadumbrado Falquián.

— Martel ha perdido su ascendiente sobre mí. Ydra ha muerto.

— Lo siento.

— Yo no. De alguna forma se dio cuenta de lo que ocurría. Fue a la capilla de la casa de su padre y rezó toda la noche. Después, justo cuando salía el sol, se clavó una daga en el corazón. Había enviado a uno de sus criados aquí con una carta en la que me explicaba todo lo sucedido. Éste llegó precisamente antes de que Martel cercara la ciudad. Ella está libre ahora y su alma se halla a salvo.

— ¿Por qué habéis tomado el veneno pues?

— Voy a seguir sus pasos, Falquián. Martel me ha arrebatado el honor, pero nunca podrá

robarme mi amor. — Perraine se quedó rígido sobre el estrecho camastro y luego se retorció de dolor por espacio de un momento —. Sí — jadeó —, un excelente veneno. Os lo recomendaría por su nombre, pero no acabo de fiarme de nuestra pequeña madre aquí presente. Con sólo la más mínima ocasión, creo que podría devolver la vida a una piedra. — Sonrió a su profesora —. ¿Podéis hallar en vuestro corazón la clemencia para perdonarme, Falquián?

— No hay nada que perdonar, Perraine — declaró Falquián con voz atenazada, tomando la mano de su amigo.

— Estoy seguro de que retirarán mi nombre de los pergaminos de la orden pandion y que se me recordará con desdén.

— No si yo puedo evitarlo — lo tranquilizó Falquián —. Protegeré vuestro honor, amigo mío. — Apretó con fuerza la mano de Perraine, formulando sin palabras un solemne juramento.

Sephrenia tomó la otra mano del agonizante.

— Ya casi ha acabado — dijo Perraine en un tenue susurro —. Ojalá... — Y entonces calló.

El aullido de pena de Sephrenia fue casi como el de un niño herido. Acercó hacia sí el cuerpo yerto de Perraine.

— ¡No hay tiempo para eso! — le hizo ver Falquián con brusquedad —. ¿Os importa quedaros aquí un momento? Tengo que ir a buscar a Kurik.

La mujer se quedó mirándolo con asombro.

— Tenemos que vestir a Perraine con su armadura —explicó—. Después Kurik y yo lo llevaremos a una de esas calles contiguas a la muralla. Le dispararemos una saeta de ballesta y lo dejaremos tendido allí. Cuando lo encuentren más tarde, todos creerán que uno de los mercenarios de Martel lo abatió en las almenas.

— ¿Pero para qué, Falquián?

— Perraine era mi amigo y he prometido proteger su honor.

— Pero él intentó mataros, querido.

— No, pequeña madre, Martel intentó matarme. Obligó a Perraine a ayudarlo. La culpa es toda de Martel, y uno de estos días, a tardar, le haré responder por esto. — Hizo una pausa —. Podríaís comenzar a reflexionar sobre una hipótesis que concebimos — agregó —, porque me parece que esto añade una pega a su credibilidad. — Entonces acordó del rendoreño del cuchillo envenenado —. Será eso o que existe más de un asesino suelto del que preocuparse — añadió.

Los primeros ataques de tanteo, cuyo objeto primordial era identificar los puntos fuertes y flacos, se iniciaron después de cinco días de saqueo. Los asediados llevaban cierta ventaja a ese respecto ya que habiendo Martel recibido su formación de Vanion, éste podía prever casi con exactitud lo que haría el antiguo pandion de pelo blanco y, además, podía disponer sus tropas de modo engañoso. Las acometidas, cada vez más violentas, se producían en ocasiones al alba, en otras a última hora del día y en algunas en mitad de la noche, cuando la oscuridad envolvía la humeante ciudad. Los caballeros de la Iglesia, que se hallaban en continuo estado de alerta, no se quitaban la armadura y dormían a ratos en cualquier lugar o situación.

Cuando la ciudad exterior se había convertido en una casi completa ruina, Martel puso en acción sus artefactos de asedio, sometiendo a un martilleo constante las fortificaciones de la ciudad vieja. Del cielo llovían grandes rocas que aplastaban tanto a soldados como a ciudadanos. En las catapultas de Martel se montaban unos enormes cestos que, propulsados a gran altura, arrojaban al azar saetas de ballesta. Después llegó el fuego, en forma de bolas de brea o nafta ardiente que volaban por encima de las murallas para incendiar tejados o llenar las calles de grandes franjas de fuego cegador. Con todo, las rocas de media tonelada no habían hecho todavía acto de presencia.

Los asediados resistían. No podían hacer otra cosa.

Lord Abriel empezó a construir máquinas para contraatacar, pero, aparte de los escombros de las casas derruidas, apenas contaban con proyectiles que arrojar a Martel.

Sobrellevaron la incidencia de cada piedra, cada bola de fuego, cada chaparrón de flechas caídas del cielo en mortífera andanada, y todo ello no hizo más que incrementar su odio por los sitiadores.

El primer asalto en regla comenzó poco después de medianoche diez días después del inicio del saqueo. Una desorganizada horda de fanáticos rendoreños surgió chillando de entre las oscuras y ,humeantes calles de la zona suroeste con el propósito de atacar una torre algo inestable emplazada en la esquina de la antigua muralla. Los defensores corrieron hacia esa posición. Una cortina de flechas y saetas descendió sobre las filas de rendoreños de negros sayos y los abatió en hileras igual que el trigo recién segado. Los gritos expresaron esa nota de dolor que se ha elevado de cada campo de batalla desde el inicio de los tiempos. Una y otra vez, no obstante, reemprendían su arremetida los rendoreños, hombres tan salvajemente poseídos de fervor religioso que no prestaban atención a sus espantosas bajas y que en algunos casos hacían incluso caso omiso de heridas mortales recibidas y seguían arrastrándose hacia las murallas.

— ¡La breá! — gritó Falquián a los soldados que disparaban enfebrecidamente flechas y saetas al hervidero de asaltantes congregado abajo.

Acercaron arrastrando los calderos de breá hirviente al borde del parapeto cuando ya las escaleras de mano se precipitaban estrepitosamente contra las erosionadas almenas. Con profusión de gritos de guerra y lemas religiosos, los rendoreños subían a trompicones por las rudas escalas para caer aullando y retorciéndose al vacío, escaldados y abrasados por los chorros de breá.

— ¡Antorchas! —ordenó Falquián.

Medio centenar de ardientes teas volaron sobre las murallas para incendiar los charcos de nafta y breá líquida formados abajo. Una eran pantalla de llamas se elevó, lamiendo los muros y quemando a los rendoreños todavía aferrados a las escaleras, los cuales, chisporroteando consumidos cual hormigas, se soltaron para caer en la hoguera. De la multitud se apartaban hombres ardiendo que, chillando y tambaleándose, avanzaban enceguecidos dejando un reguero de goteantes llamas, como un cometa en su carrera.

Los rendoreños seguían acudiendo y las pesadas escalas seguían despegándose del suelo, impulsadas desde atrás por cientos de manos, para elevarse metro a metro, vacilar, luego erguirse verticalmente y después caer lentamente contra la muralla. Los fanáticos, con ojos desorbitados y en algunos casos echando espumarajos por la boca, ya estaban trepando desesperadamente antes incluso de que las escaleras estuvieran apoyadas. Desde los adarves, los defensores empujaban las escalas con largas varas y, sometidas al impulso contrario, aquéllas se balanceaban hacia atrás, permanecían inmóviles un instante y luego se volcaban hacia el suelo, llevándose a una muerte segura a los hombres encaramados en lo alto. En la base de las murallas se arracimaban cientos de rendoreños para evitar las flechas lanzadas desde arriba, y se precipitaban para subir las escaleras en dirección a las almenas.

— ¡Plomo! —ordenó entonces Falquián.

El plomo había sido idea de Bevier. Habían fundido la efigie de plomo de cada sarcófago de la cripta de la basílica, despojándolos de su ornamentación. Obedeciendo a la orden de Falquián, los soldados empujaron los burbujeantes calderos emplazados de trecho en trecho en la muralla y arrojaron grandes cascadas plateadas sobre los rendoreños apiñados en la base de los muros. Los chillidos fueron breves aquella vez y nadie salió corriendo de aquel ataque, pues el plomo líquido sellaba su tumba.

Algunos pocos, que fueron aumentando progresivamente, lograron llegar al parapeto. Los soldados eclesiásticos lucharon con ellos con un arrojo que la desesperación alentaba y contuvieron a los fanáticos el tiempo suficiente para permitir que los caballeros acudieran en auxilio. Falquián, descargando rítmica e incesantemente su espada de hoja ancha, se mantuvo a la cabeza de la falange de pandion acorazados de negra armadura. Dado que la espada de hoja ancha no es un arma de florituras, el fornido pandion no se franqueaba tanto el paso entre los aullantes rendoreños como se abría a tajos un amplio camino, igual que se abate, para pasar entre ella, la maleza. Haciendo honor a su condición de instrumento de desmembramiento, los mandobles de su espada hacían saltar por los aires manos y brazos enteros que caían rodando sobre los atacantes que aún subían por las escaleras. Las cabezas salían despedidas y se precipitaban ya en el interior de la muralla o en el

exterior, dependiendo de la dirección que Falquián imprimía a su ataque. Los caballeros que lo seguían y remataban a los heridos pronto chapotearon en sangre. Un rendoreño bastante flaco que empuñaba un herrumbroso sable se enderezó chillando ante el hombre de negra armadura que cargaba contra él. Falquián alteró ligeramente el curso de la mano y casi lo partió en dos por la cintura. El rendoreño salió despedido hacia las almenas por la fuerza del golpe y allí se desgajó el resto de carne que lo mantenía unido y el torso se volcó hacia abajo. La mitad inferior quedó medio prendida en una de las almenas, con las piernas sacudidas por una violenta convulsión. Sin llegar a tocar el suelo, el torso quedó colgando cabeza abajo sostenido por una larga cuerda de purpúreas entrañas que desprendían un vaho visible en el frío aire de la noche. El tórax osciló lentamente, agitado por ligeras sacudidas, y se inclinó hacia abajo a medida que los intestinos iban desenrollándose.

— ¡Falquián! — gritó Kalten al advertir signos de fatiga en su amigo —. ¡Tómame un respiro! ¡Yo te supliré aquí!

Y así continuaron hasta que los adarves volvieron a ser un lugar seguro y se hubieron retirado todas las escalas. Los rendoreños se arremolinaban abajo, exponiéndose todavía a las flechas y a las grandes rocas que les arrojaban desde lo alto.

Al cabo se dispersaron y huyeron.

— Buena pelea — comentó a su regreso Kalten, sonriente y jadeante.

— Tolerable — acordó lacónicamente Falquián —. Aunque los rendoreños no son muy buenos guerreros.

— Son los mejores para luchar. — Kalten emitió una carcajada y, con un puntapié, desprendió del parapeto la mitad del flaco rendoreño.

— Déjalo donde está — le indicó Falquián —. Ofreceremos a la próxima oleada de atacantes algo que mirar mientras atraviesan el prado para llegar aquí. Podrías, asimismo, decirle a la gente que limpia los adarves que guarden todas las cabezas sueltas. Las expondremos clavadas a estacas en las almenas.

— ¿Otra lección ejemplificadora?

— ¿Por qué no? Un hombre que ataca una fortaleza defendida tiene derecho a saber lo que puede ocurrirle, ¿no te parece?

Bevier llegó, apresurado, hasta debajo del ensangrentado parapeto.

— ¡Ulath está herido! —les gritó desde varios metros de distancia.

Se volvió para conducirlos hasta su amigo lastimado y los soldados eclesiásticos se esfumaron para cederles el paso. Tal vez inconscientemente Bevier seguía blandiendo su hacha.

Ulath yacía de espaldas con los ojos en blanco, perdiendo sangre por las orejas.

— ¿Qué ha sucedido? — pregunto Falquián a Tyman.

— Un rendoreño se le acercó por la espalda y lo golpeó en la cabeza con un hacha.

A Falquián le dio un vuelco el corazón.

Tynian le sacó con cuidado el yelmo con cúspide de cuernos y tanteó cautelosamente sobre el rubio pelo del caballero genidio.

— Me parece que no tiene la cabeza rota — informó.

— Quizás el rendoreño no le ha dado con bastante fuerza — apuntó Kalten.

— Yo he visto cómo lo golpeaba, tan duro como podía. Ese revés hubiera debido partirle la cabeza como un melón. — Frunció el entrecejo, tabaleando la prominente nudosidad de cuerno que unía las dos curvadas puntas que sobresalían de cada uno de los costados del yelmo cónico de su amigo. Después examinó el casco con atención —. Ni un rasguño — se maravilló. Tomó su daga y arañó el cuerno, pero no logró siquiera empañar su brillante superficie. Después, finalmente picado por la curiosidad, cogió el hacha de guerra caída de Ulath y la descargó sobre el cuerno sin siquiera robarle una astilla —. Es sorprendente — comentó —. Esta es la materia más dura que he visto nunca.

— Sin duda por eso Ulath todavía tiene el cerebro íntegro en el cráneo — observó Talen —. No

presenta buen aspecto, sin embargo.

Llevémoslo a que lo vea Sephrenia.

— Adelantaros vosotros tres — indicó con pesar Falquián —. Yo he de hablar con Vanion.

Los cuatro preceptores se encontraban juntos a cierta distancia, en el punto desde el que habían estado observando el ataque.

— Sir Ulath ha resultado herido — informó Falquián a Komier.

— ¿Es grave? — se apresuró a inquirir Vanion.

— No existen heridas que no sean preocupantes, Vanion — señaló Komier —. ¿Qué ha ocurrido, Falquián?

Un rendoreño le ha golpeado la cabeza con un hacha, mi señor.

— ¿En la cabeza, decís? En ese caso se pondrá bien. — Se llevó una mano a la cabeza y rozó con los nudillos su propio yelmo rematado con cuernos de ogro —. Por eso llevamos esto.

— Tenía mala cara — advirtió gravemente Falquián—. Tynian, Kalten y Bevier están trasladándolo para que lo examine Sephrenia.

— Se pondrá bien — insistió Komier

Creo haber adivinado parte de la estrategia de Martel, mis señores — manifestó Falquián, tras apartar de su mente la preocupación por Ulath—. Ha reclutado a esos rendoreños con un motivo específico. Los rendoreños no son muy buenos en las artes modernas de guerra. No llevan ningún tipo de armadura protectora, ni siquiera yelmos, y son incapaces de adquirir el menor dominio de un arma. Todo cuanto aportan es un desbordado fanatismo que los impulsa a atacar incluso contra insuperables cantidades de enemigos. Martel va a seguir arrojándonoslos para fatigarnos y causarnos bajas y después cuando estemos debilitados y exhaustos, pondrá en acción a sus mercenarios cammorianos y lamorquianos. Hemos de idear la manera de mantener a esos rendoreños apartados de las murallas. Voy a ir a hablar con Kurik. Tal vez él tenga algo que proponer.

Kurik, en efecto, propuso algo de interés. Sus años de experiencia y el contacto con los viejos veteranos que había conocido le habían aportado un gran bagaje de ideas. Había unos objetos a los que llamaba abrojos, unas piezas muy simples formadas por cuatro puntas de acero que, esparcidos a cualquier distancia, siempre presentaban una punta hacia arriba. Los rendoreños no llevaban botas, sino blandas sandalias de cuero, teniendo en cuenta lo cual, los abrojos, generosamente untados de veneno, pasarían de ser un mero inconveniente a convertirse en un arma letal. Unas vigas de tres metros de longitud erizadas de afiladas estacas también embadurnadas de veneno constituirían barreras casi inexpugnables si se las colocaba delante de las murallas apoyadas en travesaños que sobresalieran de éstas. Unos largos troncos que oscilaran pendularmente en paralelo a las murallas barrerían las escaleras de mano como si de telarañas se tratara.

Ninguno de estos procedimientos rechazará un ataque en regla — advirtió Kurik —, pero entorpecerán el ímpetu de los de abajo, convirtiéndolos en víctimas propiciatorias de arqueros y ballesteros. No serán muchos los asaltantes que lleguen a las almenas.

Eso es más o menos lo que pretendíamos — aprobó Falquián —. Vamos a reclutar a los ciudadanos y a ponerlos a trabajar en estas ideas. Todo cuanto hacen por el momento los habitantes de Chyrellos es permanecer sentados comiendo. Les daremos la oportunidad de costearse la manutención.

La construcción de los obstáculos de Kurik ocupó varios días, en el transcurso de los cuales los rendoreños atacaron de nuevo. Entonces las catapultas del preceptor Abriel esparcieron con profusión los abrojos delante de los parapetos y las vigas erizadas fueron dispuestas entrecruzadas y agrupadas a unos veinte metros de las murallas. Después de ello, fueron pocos los rendoreños que llegaron hasta los muros, y los que lo hicieron no cargaban con escalas. Normalmente se arracimaban allí abajo gritando consignas y aporreando las murallas con sus espadas hasta que los arqueros disponían de tiempo para matarlos. Tras unos cuantos asaltos frustrados, Martel se replegó para reconsiderar la estrategia. El verano aún no había acabado, no obstante, y las hordas de

rendoreños muertos que se amontonaban al pie de las murallas comenzaban a hincharse bajo el sol, desprendiendo un olor a carne putrefacta que flotaba desagradablemente sobre la ciudad interior.

Una tarde, Falquián y sus compañeros aprovecharon el respiro para ir al castillo para bañarse y tomar una comida caliente. Antes de ello empero, fueron a visitar a sir Uloth. El corpulento caballero genidio yacía en la cama con la mirada todavía extraviada y un aire de confusión en el semblante.

— Estoy cansado de estar tumbado, hermanos — dijo con voz apagada — hace calor aquí. ¿Por qué no salimos y vamos a cazar un troll? La caminata por la nieve nos refrescaría un poco la sangre.

— Cree que está en la casa principal genidia en Heid — indicó en voz baja Sephrenia a los caballeros —. Todo el rato quiere ir a cazar trolls. Piensa que yo soy una moza de servicio y me hace toda clase de proposiciones deshonestas.

Bevier ahogó una exclamación.

— Y a veces se pone a llorar — agregó la estiria.

— ¿Uloth? — se extrañó Tynian.

— Puede que sea un llanto ficticio, porque, la primera vez que lo hizo, intenté consolarlo y la cosa derivó en un reñido forcejeo. Está muy vigoroso, teniendo en cuenta su estado.

— ¿Se repondrá? — preguntó Kalten —. Quiero decir que si recobrará el sentido de la realidad.

— Es difícil de prever, Kalten. Me parece que ese golpe le produjo una contusión en el cerebro, y nunca se sabe cómo va a evolucionar algo así. Mejor será que os marchéis, queridos. No lo excitéis.

Uloth se puso a pronunciar con voz cavernosa un largo discurso en la lengua troll, y Falquián descubrió con sorpresa que aún comprendía ese idioma. Al parecer, todavía persistían algunos de los efectos del hechizo invocado por Sephrenia en la cueva de Ghwerig.

Después de bañarse y afeitarse, Falquián se vistió con un hábito de monje y se reunió con los demás en el casi desierto refectorio en cuya larga mesa les habían servido la comida.

— ¿Cuál será el próximo paso que dé Martel? — preguntaba el preceptor Komier a Abriel.

— Seguramente recurrirá a las tácticas de asedio ordinarias — respondió Abriel —. Lo más probable es que se limite a aguardar y deje que sus artefactos batan nuestras defensas. Esos fanáticos eran su única oportunidad de obtener una victoria rápida. Puede que esto se prolongue durante un tiempo.

Permanecieron sentados en silencio, escuchando el monótono impacto de las grandes rocas que caían en la ciudad. Entonces Talen irrumpió en la estancia con la cara manchada y la ropa sucia.

— ¡Acabo de ver a Martel, mis señores! — anunció muy excitado.

— Todos lo hemos visto, Talen — replicó Kalten, arrellanándose en la silla —. Se pasea de vez en cuando a caballo fuera de las murallas para echar un vistazo.

— No estaba fuera de las murallas, Kalten — precisó Talen —. Estaba en el sótano de debajo de la basílica.

— ¿Qué estáis diciendo, chico? — se interesó Dolmant.

— Yo... eh... bueno — comenzó a exponer, después de aspirar hondo Talen —, no fui del todo sincero con vosotros cuando os conté cómo conseguía colar a los ladrones de Chyrellos afuera — confesó. Puso una mano en alto —. Es verdad que preparé un encuentro entre los ladrones y esos soldados eclesiásticos de la muralla que tenían una cuerda. Esa parte es totalmente verídica. Lo único que no os expliqué es que había encontrado otro camino para salir de la ciudad vieja, simplemente porque no quería aburriros con detalles sin importancia. El caso es que, poco después de llegar aquí, me encontraba por azar en el sótano más profundo de la basílica y localicé un pasadizo. No sé para qué lo construyeron, pero sigue hacia el norte. Es perfectamente redondo y las piedras de las paredes y el suelo son muy lisas. Lo seguí y me llevó fuera de la ciudad.

— ¿Muestra señales de que alguien lo utilice como pasadizo? — inquirió el patriarca Emban.

— La primera vez que fui por él, no, Su Ilustrísima. Estaba plagado de telarañas.

— Oh, eso — identificó sir Nashan —. He oído hablar de él, pero nunca he ido a investigar in

situ. Las antiguas cámaras de tortura se hallan en ese sótano, lo cual lo convierte en un lugar que la mayoría de la gente tiende a evitar.

— El pasadizo, Nashan — inquirió Vanion —, ¿qué utilidad tiene?

— Es un antiguo acueducto, mi señor. Formaba parte de la construcción original de la basílica. Discurre en dirección norte hasta el río Kydu para abastecer de agua la ciudad interior. Todo el mundo me ha dicho que se había derrumbado hace siglos.

— No en su mayor parte, caballero — le aseguró Talen —. Continúa un buen trecho hasta la ciudad exterior y tiene una utilidad. Para abreviar, estaba mirando por allí y encontré ese... ¿cómo habéis llamado a ese pasillo?

— Un acueducto — apuntó Nashan.

— Una palabra curiosa. Bueno, lo encontré y lo seguí, e iba a parar al sótano de un almacén, varias calles más allá de las murallas. No se prolonga más, pero con eso basta. Hay una puerta que conecta ese sótano a un callejón. Ésa era la información que vendía a los ladrones de Chyrellos. Sea como fuere, esta tarde estaba en el sótano y he visto a Martel que salía sigilosamente del pasadizo. Me he escondido y, como estaba solo, lo he seguido. Ha ido a una especie de despensa, y allí estaba esperándolo Annias. No he podido oír lo que decían, pero tenían las cabezas muy juntas como los hombres que están tramando una intriga de consideración. Han hablado un rato y después han salido de la despensa. Martel le ha dicho a Annias que aguardara la señal habitual y que luego se reuniera allí con él. «Quiero que os instaléis en un lugar seguro cuando se inicie la batalla», eso es lo que ha dicho. Después Annias ha dicho que todavía le preocupaba la posibilidad de que llegara Wargun, pero Martel se ha echado a reír y le ha contestado: «No os inquietéis por Wargun, amigo mío. No sabe nada de lo que ocurre aquí». Y luego se ha ido. Yo he esperado un poco y después he venido corriendo aquí.

— ¿Como se enteró Martel de la existencia del acueducto? — le preguntó Kalten

— Supongo que alguno de sus hombres persiguió a uno de los ladrones y lo descubrió. — Talen se encogió de hombros —. A todo el mundo le dan arrebatos de civismo en lo que concierne al acoso de un ladrón. A mí a veces me ha perseguido gente a la que no conocía de nada.

— Eso explica la ausencia de Wargun —concluyó Komier con tristeza —. Lo más seguro es que hayan tendido emboscadas a todos nuestros mensajeros.

— Y Ehlana continúa sentada en Cimmura sin tener más que a Stragen y Platimo para protegerla — añadió Falquián con tono preocupado —. Me parece que iré a ese sótano y esperaré a Martel. Acabará por acudir allí y entonces lo abordaré.

— ¡De ningún modo! — le prohibió tajantemente Emban.

— Su Ilustrísima — arguyó Falquián —, creo que pasáis por alto el hecho de que, si Martel muere, este asedio concluiría con él.

— Y yo creo que vos olvidáis el hecho de que nuestra verdadera meta es derrotar a Annias en la elección. Necesito una transcripción de una conversación entre Annias y Martel con el fin de inclinar a mi favor los votos necesarios para derrotar al primado de Cimmura. En este sentido, nuestra situación es cada día más frágil, caballeros. Cada vez que ese incendio de allá afuera se propaga a un nuevo barrio, perdemos unos cuantos votos más.

— ¿No despertaría las suspicacias de la jerarquía el que Talen hiciera un relato del encuentro entre Annias y Martel? — sugirió Kalten.

— La mayoría de los miembros de la jerarquía nunca han oído hablar de Martel, sir Kalten — replicó Emban —, y este chiquillo no es el más fiable de los testigos. Es seguro que saldría alguien que conociera sus actividades como ladrón. Debemos disponer de un testigo totalmente incorruptible y que sea de fiar, uno cuya neutralidad y objetividad estén fuera de dudas.

— ¿El comandante de la guardia personal del archiprelado, tal vez? — propuso Ortzel.

— Ese es el hombre indicado — acordó Emban, haciendo crujir los dedos — Si logramos convencerlo para que baje al sótano y escuche a Martel y Annias hablando, su testimonio sería algo digno de presentar ante la jerarquía.

¿No pasáis Por alto el hecho de que cuando Martel entre por ese acueducto irá acompañado de un pequeño ejército, Su Ilustrísima? — preguntó Vanion —. Dijo algo sobre querer llevar a Annias a un lugar seguro antes del inicio de la batalla. Ello me induce a pensar que quizá se proponga realizar un ataque por sorpresa en la propia basílica. Vuestro testigo no hallará un auditorio muy atento si todos los patriarcas están corriendo para preservar sus vidas.

— No me turbéis con esos detalles, Vanion — replicó a la ligera Emban —. Limitaos a apostar unos cuantos hombres allí.

— Con gusto, ¿pero de dónde saco esos hombres?

— Tomad algunos de los que están en las murallas. De todas formas no están haciendo nada útil.

Vanion enrojeció violentamente y una gruesa vena comenzó a latir visiblemente en su frente.

— Será mejor que me dejéis que se lo explique, Vanion — se ofreció Komier —. No querríamos que cayerais fulminado por un ataque de apoplejía. — Se volvió con desenvoltura hacia el obeso patriarca —. Su Ilustrísima — señaló amablemente —, cuando uno planea un ataque por sorpresa, le conviene distraer la atención del enemigo. ¿No os parece lógico?

— Bueno... — dijo Emban algo dubitativamente.

— Al menos, así es como actuaría yo, y Martel es una persona con una buena formación de base. Sospecho que lo que va a ocurrir es que Martel va a aguardar hasta tener construidos esos magones...

— Maganeles — lo corrigió el preceptor Abriel.

— Como se llamen. — Komier se encogió de hombros —. Después va a empezar a castigar nuestras murallas y luego va a emprender un asalto a las murallas con todos los hombres que pueda reunir. Creedme, Su Ilustrísima, los soldados de las murallas, o lo que queda de ellas, van a estar pero que muy ocupados. Entonces será cuando Martel baje al sótano, y nosotros no vamos a tener ningún hombre sobrante para salir a su encuentro.

— ¿Por qué tenéis que ser tan condenadamente listo, Komier? — contraatacó Emban con brusquedad.

— ¿Qué hacemos pues? — les preguntó Dolmant.

— No nos resta más alternativa — respondió Vanion —. Vamos a tener que derrumbar ese acueducto para que Martel no pueda pasar por él.

— ¡Pero, si hacéis eso, no vamos a tener ningún testimonio del encuentro entre Annias y Martel! — protestó con voz aguda Emban.

— Intentad considerar todos los aspectos, Emban — aconsejó pacientemente Dolmant —. Tampoco desearíamos ver votar a Martel cuando elijamos un nuevo archiprelado.

Capítulo catorce

— Son tropas de ceremonia, Su Ilustrísima — objetó Vanion —. Esto no es un desfile ni un cambio formal de guardia.

Vanion, Dolmant, Falquián y Sephrenia se hallaban reunidos en el estudio de sir Nashan.

— Los he visto entrenarse en el patio exterior de sus cuarteles, Vanion — señaló con calma Dolmant —. Todavía recuerdo bastante mi propia formación militar como para reconocer a los profesionales sólo con verlos.

— ¿Cuántos son, Su Ilustrísima? — preguntó Falquián.

— Trescientos — repuso el patriarca —. Como guardia personal del archiprelado, su cometido exclusivo es la defensa de la basílica. — Dolmant recostó la espalda en la silla, juntando las yemas de los dedos —. No veo que tengamos otras alternativas, Vanion —observó con el enjuto y ascético rostro casi reluciente a la luz de la vela—. Empan tenía razón. Nuestra lucha por sumar votos está perdida ahora. Mis hermanos de la jerarquía sienten gran apego por sus casas. — Torció el gesto —. Es una de las pocas formas de vanidad asequibles a los miembros del alto estamento eclesiástico. Todos llevamos sencillas sotanas, de manera que no podemos ostentar con nuestra vestimenta; no nos casamos, de modo que no podemos alardear con nuestras esposas; estamos comprometidos con la paz y por consiguiente no podemos demostrar nuestra proeza en el campo de batalla. Todo cuanto nos resta son nuestros palacios. Perdimos al menos veinte votos cuando nos replegamos a las murallas de la ciudad interior y abandonamos las mansiones de mis hermanos a los actos de pillaje de los hombres de Martel. Necesitamos desesperadamente alguna prueba que demuestre la connivencia entre Annias y Martel. La quema de los palacios será achacable entonces a Annias y no a nosotros. — Miró a Sephrenia —. Voy a tener que pedirlos que hagáis algo, pequeña madre — anunció.

— Por supuesto, Dolmant. — Le sonrió cariñosamente.

— Ni siquiera puedo solicitarlos de modo oficial — precisó con una pesadosa sonrisa —, porque guarda relación con cosas en las que se supone que no debo creer.

— Pedídmelo como antiguo pandion, querido — sugirió la estiria —. De ese modo podremos soslayar la cuestión de que hayáis caído bajo la influencia de malas compañías.

— Gracias — contestó secamente el patriarca —. ¿Podéis de alguna manera derrumbar el acueducto sin estar físicamente en el sótano?

— Yo puedo ocuparme de eso, Su Ilustrísima — se ofreció Falquián —. Puedo utilizar el Bhelliom.

— No, de hecho no podéis — le recordó Sephrenia —. No tenéis los dos anillos. — Volvió a centrar la atención en Dolmant —. Puedo hacer lo que pedís — le dijo —, pero Falquián habrá de estar en el sótano para canalizar el hechizo.

— Tanto mejor — se alegró Dolmant —. Vanion, veamos qué pensáis de esto. Vos y yo hablamos con el coronel Delada, el jefe de la guardia del archiprelado, y luego ponemos sus hombres en el sótano bajo el mando de alguien de confianza.

— ¿Kurik? — sugirió Falquián.

— Exacto — aprobó Dolmant —. Sospecho que todavía lo obedecería automáticamente si me diera una orden. — Dolmant hizo una pausa —. ¿Por qué no lo habéis armado caballero, Vanion?

— Debido a sus prejuicios de clase, Dolmant. — Vanion rió —. Kurik cree que los caballeros son hombres frívolos y casquivanos. A veces casi estoy por convenir con él.

— De acuerdo pues — continuó Dolmant —. Ponemos a Kurik y a los guardias en el sótano a esperar a Martel... a buen recaudo de miradas, por supuesto. ¿Cuál será el primer signo de que Martel ha emprendido el asalto contra nuestras murallas?

— Grandes piedras cayendo del cielo, diría yo, ¿no creéis, Falquián? Esa será la prueba de que han instalado los maganeles. No iniciará el ataque hasta estar seguro de que éstos funcionan correctamente.

— Y lo más probable es que entonces se introduzca en el acueducto, ¿no es así?

Vanion asintió.

— Habría demasiadas posibilidades de que los descubrieran en caso de deslizarse antes en el sótano.

— Esto cada vez encaja mejor. — Dolmant parecía complacido consigo mismo —. Ponemos a Falquián y al coronel Delada a esperar en las murallas las primeras piedras y, cuando éstas comiencen a estrellarse contra la ciudad, los dos bajan al sótano a escuchar furtivamente la conversación sostenida entre Martel y Annias. Si la guardia del archiprelado no puede contener la entrada al acueducto, Sephrenia derruirá el túnel. Desbaratamos el ataque secreto, obtenemos evidencia de la culpabilidad de Annias, y hasta puede que capturemos a Annias y Martel. ¿Qué os parece, Vanion?

— Es un plan excelente, Su Ilustrísima — aprobó Vanion con expresión imperturbable. Falquián también advertía unas cuantas lagunas en él. Los años habían embotado, al parecer, la intuición estratégica de Dolmant en ciertos aspectos —. Sólo le veo un inconveniente — añadió Vanion.

— ¿Oh?

— En cuanto esos artefactos batan las murallas, seguramente tendremos hordas de mercenarios aquí entre nosotros.

— Eso sería un tanto inoportuno — concedió Dolmant con un ligero fruncimiento de entrecejo —. Vayamos a hablar con el coronel Delada de todas formas. Estoy convencido de que algo ocurrirá.

Vanion suspiró y abandonó la habitación detrás del patriarca de Demos.

— ¿Siempre fue así? — preguntó Falquián a Sephrenia.

— ¿Quién?

— Dolmant. Me parece que está excediéndose en su optimismo.

— Es a causa de vuestra teología elenia, querido. — Sonrió —. Dolmant está profesionalmente comprometido a acatar la noción de providencia, algo que los estirios consideran como la peor forma de fatalismo. ¿Qué os preocupa, querido?

— Se me ha desmoronado una intachable construcción lógica, Sephrenia. Ahora que conocemos la implicación de Perraine, no hay manera posible de relacionar la sombra con Azash.

— ¿Por qué os obsesiona tanto la certitud indiscutible, Falquián?

— ¿Cómo decís?

— Sólo porque no podéis demostrar lógicamente una conexión, estáis dispuesto a desechar de plano la idea. Vuestro razonamiento era, de todas formas, bastante frágil. Lo único que estabais haciendo era tratar de forzar las cosas para que vuestra lógica se ajustara a vuestros sentimientos: una especie de justificación para un fogonazo de intuición. Vos sentisteis, creísteis, que la sombra provenía de Azash y yo con eso tengo suficiente. Me inclino más a dar crédito a vuestros

sentimientos que a vuestra lógica.

— No seáis mala — la regañó.

— Creo que es hora de descartar la lógica y comenzar a confiar esos fognazos intuitivos, Falquián. La confesión de sir Perraine desmiente cualquier conexión entre esa sombra que veis y los atentados contra vuestra vida, ¿no es cierto?

— Me temo que sí — reconoció —, y, para arreglar las cosas, ni siquiera he visto últimamente la sombra.

— El que no la hayáis visto no significa que no esté todavía allí. Decidme exactamente qué sensaciones experimentasteis cada vez que la visteis.

— Frío — respondió — y la apabullante impresión de que, fuera lo que fuese, me odiaba. He sido objeto de odio otras veces, Sephrenia, pero no de ese modo. Era inhumano.

— De acuerdo, ése es un dato fiable. Se trata de algo sobrenatural. ¿Algo más?

— Me daba miedo — admitió sin tapujos.

— ¿A vos? Pensaba que ignorabais el significado de esa palabra.

— Ya veis que no.

La mujer arrugó su menuda y pequeña cara en actitud reflexiva.

— La teoría que elaborasteis contenía muchos puntos flojos, Falquián — señaló —. ¿Tendría realmente sentido que Azash mandara a algún bandido a mataros y que luego tuviera que perseguirlo para poder recuperar el Bhelliom?

— Es un poco molesto y tortuoso, supongo.

— En efecto. Consideremos pues la posibilidad de una pura coincidencia.

— Yo no debería prestarme a ello, pequeña madre. La providencia, ya sabéis.

— Dejaos de monsergas.

— Sí, señora.

— Supongamos que Martel corrompió a Perraine por su cuenta, sin consultar a Annias..., siempre que nos atengamos a la hipótesis de que sea Annias el que está en contacto con Otha y no Martel.

— No creo que Martel llegara al extremo de tener tratos personales con Otha.

— Yo no estaría tan segura, Falquián. Pero supongamos que la idea de mataros la concibió Martel y no Otha... y que no fue producto de algún enrevesado plan ideado por Azash. Eso tapanía la brecha producida en vuestro razonamiento. La sombra podría continuar estando relacionada con Azash y no tener nada que ver con los atentados contra vuestra vida.

— ¿Y para qué aparece pues?

— Para observar, seguramente. Azash quiere saber dónde estáis y sobre todo no quiere perder de vista el Bhelliom. Eso explicaría por que la veis casi siempre cuando sacáis la joya de la bolsa.

— Esto está empezando a darme dolor de cabeza, pequeña madre. Pero, si todo sale tal como lo ha planeado Dolmant, pronto tendremos a Martel y Annias bajo nuestra custodia. Ésas serían condiciones óptimas para obtener unas cuantas respuestas de ellos. Las suficientes para disipar mi dolor de cabeza, en todo caso.

El coronel Delada, comandante de la guardia personal del archiprelado era un hombre de robusta complexión, pelo rojizo corto y rostro arrugado, que, a pesar de su posición eminentemente ceremonial tenía el porte de un guerrero. Llevaba el bruñido peto, el redondo escudo repujado y la tradicional espada corta de su unidad, una capa carmesí que le llegaba a las rodillas y un yelmo sin visera rematado por una cresta de pelo de caballo.

— De veras son tan grandes, sir Falquián? — preguntó mientras ambos contemplaban las humeantes ruinas desde el techo plano de una casa lindante con la muralla de la ciudad vieja.

— No lo sé de cierto, coronel Delada — respondió Falquián —. Nunca he visto ninguno, pero Bevier sí y él me ha contado que son tan grandes como una casa de buenas dimensiones.

— ¿Y es verdad que arrojan rocas del tamaño de un buey?

— Eso me han dicho.

— ¿Adonde va a ir a parar el mundo?

— Es lo que llaman el progreso, amigo mío — comentó irónicamente Falquián.

— El mundo sería mucho mejor si ahorcáramos a todos los científicos e ingenieros, sir Falquián.

— Y a los juristas también.

— Oh, sí, sin duda: también a los juristas. Todo el mundo querría colgar a los abogados. —

Delada entornó los ojos —. ¿Por qué os andáis todos con tantos secretos conmigo, Falquián? — preguntó malhumorado, demostrando que los tópicos que circulaban respecto a los pelirrojos eran acertados en su caso.

— Debemos proteger vuestra estricta neutralidad, Delada. Vais a ver algo, y a oír algo, esperamos, de suma importancia. Posteriormente se os solicitará que deis testimonio de ello y va a haber gente que intentará por todos los medios insuflar dudas en vuestra declaración.

— Mas les vale no hacerlo — declaró acaloradamente el coronel.

— El caso es — continuó Falquián, sonriendo — que, si de antemano ignorais por completo la naturaleza de lo que vais a ver y oír, nadie podrá poner en entredicho vuestra imparcialidad.

— No soy estúpido, Falquián, y tengo ojos en la cara. Esto tiene que ver con la elección, ¿no es así?

— Prácticamente todo en Chyrellos está relacionado con la elección en estos momentos, Delada..., salvo tal vez ese sitio que se prolonga allá fuera.

— Y apostaría algo a que ese sitio también está implicado en esto.

— Ésta es una de las cuestiones de las que se supone que no debemos hablar, coronel.

— ¡Aja! — exclamó triunfalmente Delada —. ¡Tal como pensaba!

Falquián miró a lo lejos. Lo importante era demostrar sin margen de duda la connivencia entre Martel y Annias, lo cual no estaba tan seguro de poder lograr. Si la conversación entre el primado de Cimmura y el pandion renegado no revelaba la identidad de Martel, Delada sólo podría repetir ante la jerarquía el contenido de un sospechoso conciliabulo entre Annias y un extraño de nombre desconocido. Emban, Dolmant y Orzel, no obstante, se habían mostrado tajantes: Delada no debía recibir bajo ningún concepto ninguna información que pudiera condicionar su testimonio. En ese sentido Falquián se sentía especialmente decepcionado con el patriarca Emban, siempre tan tortuoso y mentiroso en otras cuestiones. ¿Por qué había de volverse de repente honrado en ese punto crucial?

— Está empezando, Falquián — le anunció Kaltén desde la muralla alumbrada con antorchas —. Los rendoreños están llegando para retirar nuestros obstáculos.

Dado que el tejado era un poco más alto que la muralla, Falquián divisaba perfectamente lo que ocurría al otro lado de la fortificación. Los rendoreños acudían corriendo, chillando como en anteriores ocasiones y, sin parar mientes en las estacas untadas de veneno de las alambradas, las hacían caer rodando. Muchos de ellos, arrebatados por un enfervorizado éxtasis religioso, llegaban incluso a arrojarse sin propósito alguno a las emponzoñadas estacas. Cuando, a poco, quedaron amplios trechos libres de obstrucción, las torres de asalto comenzaron a avanzar lentamente sobre ruedas por la ciudad aún humeante, en dirección a las murallas. Las torres, según apreció Falquián, estaban construidas con gruesas planchas cubiertas de verdes cueros, tantas veces remojados en agua que chorreaban copiosamente. No había saeta ni jabalina capaz de traspasar las planchas y ni con brea y nafta ardientes sería posible prender fuego a aquel cuero empapado. Martel iba neutralizando, una a una, sus defensas.

— ¿Prevéis que realmente haya que luchar en la basílica, sir Falquián? — preguntó Delada.

— Esperemos que no, coronel — repuso Falquián —. Sin embargo, es preferible estar preparados. Os agradezco que hayáis desplegado a vuestros guardias en el sótano, en especial teniendo en cuenta que no puedo confiaros la razón por la que los necesitamos. De lo contrario, hubiéramos debido utilizar algunos de los hombres que defienden las murallas.

— Debo dar por sentado que sabéis lo que hacéis, Falquián — señaló con pesar el coronel —. El hecho de poner todo el destacamento bajo el mando de vuestro escudero ha molestado un tanto a mi

alférez.

— Ha sido una decisión táctica, coronel. En ese sótano resuena mucho el eco y vuestros hombres serán incapaces de comprender las ordenes aun a gritos. Kurik y yo llevamos mucho tiempo juntos y hemos hallado la manera de capear situaciones como ésta.

Delada observó las torres de asalto que cruzaban pesadamente el descampado de enfrente de la muralla.

— Son grandes, ¿eh? — dijo —. ¿Cuántos hombres pueden apilarse en uno de esos ingenios?

— Depende de la estima en que uno tenga a sus nombres — contesto Falquián, colocándose el escudo ante el cuerpo para protegerse de las flechas que ya habían comenzado a caer sobre el tejado —. Varios centenares como mínimo.

— No estoy familiarizado con las tácticas de asedio — reconoció Delada —. ¿Qué harán ahora?

— Las adosarán a las torres y tratarán de iniciar una carga contra los defensores. Éstos intentarán empujar las torres para volcarlas. Es muy confuso y ruidoso y mucha gente resulta herida.

— Cuando entran en acción esos maganeles?

— Probablemente cuando varias de las torres estén firmemente acopladas a las murallas.

— ¿Van a tirar rocas sobre sus propios hombres?

— Los que van en las torres no tienen gran importancia. Muchos de ellos son rendoreños, al igual que los que han perecido retirando los impedimentos. El hombre que capitanea ese ejército no se caracteriza por ser humanitario.

— ¿Lo conocéis?

— Oh, sí. Muy bien.

— Y queréis matarlo, ¿no es cierto? — inquirió sagazmente Delada.

— Muchas veces me he planteado hacerlo.

Tratando de esquivar la lluvia de flechas y saetas de ballesta, los soldados de los adarves lanzaron largas sogas con anzuelos de anclaje en los extremos sobre el techo de una de las torres, que ahora se hallaba ya cerca de la muralla. Después comenzaron a halar las cuerdas. La torre osciló, tambaleándose, y acabó por venirse abajo con gran estrépito. Los hombres que iban dentro comenzaron a gritar, algunos de dolor y otros de terror, pues sabían cuál sería su suerte. Con la caída

se habían quebrado las planchas y la torre estaba despanzurrada como un huevo roto. Los calderos de brea y nafta regaron los desechos y los forcejeantes hombres, y luego las antorchas prendieron fuego en el ardiente líquido.

Delada engulló saliva al oír los desesperados gritos de los hombres abrasados.

— ¿Sucede esto bastante a menudo? — preguntó con voz en la que se apreciaba un asomo de mareo.

— Eso esperamos — respondió con crudeza Falquián —. Cada uno de los que matamos afuera representa uno menos que no entrará aquí. — Falquián invocó un encantamiento y habló con Sephrenia, que estaba esperando en el castillo pandion —. Estamos casi a punto de entrar combate aquí, pequeña madre — informó —. ¿Algún indicio de la presencia de Martel?

— Nada, querido. — Su voz parecía casi susurrarle al oído —. Tened mucho cuidado, Falquián. Aphrael se enfadaría mucho con vos si permitierais que os mataran.

— Decidle que con gusto aceptaríamos que nos echara una mano si le apetece.

— ¡Falquián! — Su tono sonaba entre escandalizado y divertido.

— ¿Con quién estabais hablando, sir Falquián? — inquirió, desconcertado, Delada, mirando en derredor para ver si había alguien más cerca

— Vos sois relativamente devoto, ¿verdad, coronel? — indagó Falquián.

— Soy un hijo de la Iglesia, Falquián.

— Puede que os desasosegara explicándooslo. Las órdenes militantes tienen permitido sobrepasar los límites impuestos al común de los fieles elenios. ¿Por qué no lo dejamos así?

A pesar de los esfuerzos de los asediados, varias torres llegaron hasta la muralla y los puentes

levadizos que llevaban incorporados en lo alto abrieron pasos hasta las almenas. Una de las torres se instaló justo al lado de la puerta, donde se encontraban los amigos de Falquián. Capitaneados por Tynian pasaron a la carga y, precipitándose por el puente, se introdujeron en la propia torre. Falquián contuvo el aliento mientras sus amigos peleaban ocultos a la vista. Los ruidos que llegaban desde dentro proclamaban la ferocidad de la lucha. Se oía el choque de las armas, gritos y gemidos. Después Tynian y Kalten salieron y, tras cruzar corriendo el puente, tomaron entre sus brazos protegidos por acero un gran caldero de brea y nafta ardiente y volvieron a entrar en la torre. Los gritos se intensificaron cuando rociaron las caras de los hombres que se agarraban a las escaleras de abajo. Los caballeros surgieron al exterior y, al llegar al adarve, Kalten tomó una antorcha y la lanzó a la estructura con ademán aparentemente negligente. La estructura alargada actuó como si de una chimenea se tratara, escupiendo primero negro humo por el agujero que tapaba antes el puente levadizo y luego llamas de oscuras tonalidades anaranjadas que incendiaron el techo. El griterío, cada vez más frenético adentro, se interrumpió al poco rato.

Los contraataques de los caballeros en las murallas habían bastado para contener la primera oleada de asaltantes, pero la defensa de las almenas había costado muchas vidas. Las flechas y las saetas de ballesta habían castigado los adarves en una verdadera tormenta y habían causado un gran saldo de víctimas entre los soldados eclesiásticos y también, si bien no de forma tan alarmante, entre los caballeros.

— ¿Volverán? — preguntó Delada con expresión sombría.

— Desde luego — respondió concisamente Falquián —. Los ingenios de asedio aporrearán las murallas durante un tiempo y después vendrán más torres por esa área despejada.

— ¿Cuánto podemos resistir?

— Cuatro... quizá cinco ataques como éste. Después los maganeles comenzarán a abrir brechas en las murallas y entonces se iniciarán los combates en el interior de la ciudad.

— No tenemos posibilidades de ganar, ¿verdad, Falquián?

— Probablemente no.

— ¿Chyrellos está perdida pues?

— Chyrellos estaba condenada desde el momento en que aparecieron esos ejércitos, Delada. La estrategia que se trasluce detrás del ataque a la ciudad está muy bien calculada..., casi podría calificarse de brillante.

— Una actitud un tanto singular la vuestra en estas circunstancias, Falquián

— A eso se lo llama ser profesional. Uno debe admirar el genio de su adversario. Es una afectación, claro está, pero ayuda a mantener un cierto grado de abstracción. Las últimas fases son muy desalentadoras y uno necesita algo para mantener el ánimo.

Entonces Berit subió por la trampilla del tejado donde se hallaban Falquián y Delada. El novicio tenía los ojos desorbitados, la mirada algo perdida y la cabeza agitada por intermitentes sacudidas.

— ¡Sir Falquián! — lo llamó con voz innecesariamente alta.

— ¿Sí, Berit?

— ¿Cómo habéis dicho?

Falquián lo miró con más detenimiento.

— ¿Qué ocurre, Berit? — preguntó.

— Lo siento, sir Falquián. No os oigo. Han hecho sonar las campanas de la basílica cuando se ha iniciado el ataque. Todas están encima de la linterna de arriba de la cúpula. En mi vida he escuchado un ruido tan tremendo. — Berit se puso las manos en la cabeza.

Falquián lo agarró por los hombros y lo miró a la cara.

— ¿Qué está ocurriendo? — bramó, articulando exageradamente las palabras.

— Oh, disculpad, sir Falquián. Las campanas me han dejado aturcido. Se aproximan miles de antorchas por los campos del otro lado del río Arruk. Pensaba que debería saberlo.

— ¿Refuerzos? — apuntó, esperanzado, Delada.

— Estoy convencido de que sí — replicó Falquián —, ¿pero de qué ejército?

Se oyó un pesado y estruendoso impacto tras ellos y una casa de considerables dimensiones se hundió sobre sí misma alrededor de una colosal roca que había penetrado por su tejado.

— ¡Dios mío! — exclamó Delada —. ¡Es enorme! Esas murallas no aguantarán embates de este calibre.

— No — convino Falquián —. Es hora de que nos dirijamos al sótano, coronel.

— Han comenzado a arrojar esas grandes piedras antes de lo que calculabais, Falquián — observó el coronel —. Es una buena señal, ¿no os parece?

— Me temo que no acabo de comprenderos.

— ¿No será esto un indicio de que el ejército que se acerca por el oeste es una columna de relevo de nuestro bando?

— Las tropas reunidas allá afuera se componen de mercenarios, coronel. Podrían tener prisa por traspasar nuestros muros para no tener que compartir el botín con sus amigos que se encuentran al otro lado del río.

Los sótanos inferiores de la basílica estaban formados por gigantescas piedras laboriosamente cinceladas y dispuestas con cuidado en largas y bajas bóvedas de cañón soportadas de trecho en trecho por recios contrafuertes arqueados sobre los que reposaba todo el peso de la estructura. Allá, más abajo incluso de la cripta donde se convertían en polvo en oscuro silencio los huesos de eclesiásticos fallecidos muchos siglos antes, reinaban la penumbra y la humedad.

— ¡Kurik! — musitó Falquián a su escudero cuando en compañía de Delada pasaba por delante de una zona aislada del resto por una reja donde aguardaban el escudero de Falquián y los guardias de Delada.

Kurik se acercó a la verja con paso sigiloso.

— Los maganeles se han puesto en acción — le comunicó Falquián —, y por el oeste se aproxima un gran ejército.

— No tenéis más que noticias placenteras, ¿eh, Falquián? — Kurik guardó silencio un instante —. No es que uno se encuentre muy a gusto aquí, Falquián. Hay cadenas y manillas colgadas en las paredes y al fondo hay un rincón que habría hecho las delicias de Bellina.

Falquián lanzó una ojeada a Delada.

— Ya no está en uso — explicó éste después de toser —. Hubo un tiempo en que la Iglesia no reparaba en medios para erradicar la herejía. Aquí abajo se efectuaban los interrogatorios y se arrancaban las confesiones. Éste es uno de los capítulos más tenebrosos de nuestra Santa Madre.

— Ciertos detalles de esos hechos han trascendido al conocimiento público. — Falquián asintió —. Espera aquí con los guardias, Kurik. El coronel y yo debemos instalarnos en nuestro sitio antes de que lleguen nuestros visitantes. Cuando silbe indicando que ataquéis, no os demoréis porque, llegado ese punto, te necesitaré de veras.

— ¿Os he fallado alguna vez, Falquián?

— No, no lo has hecho. Perdona que lo mencionara. — Condujo al coronel a las profundidades del laberíntico sótano —. Vamos a ir a una estancia bastante grande, coronel — explicó —, en cuyas paredes hay toda clase de escondrijos y huecos. El joven que la encontró me trajo aquí para enseñármela. Según sus previsiones, los dos hombres en los que estamos interesados se reunirán aquí. A uno de ellos lo identificaréis fácilmente y confío que del contenido de la conversación sea deducible la identidad del otro. Os ruego que prestéis mucha atención a lo que dicen y, en cuanto hayan acabado de hablar, quiero que volváis directamente a vuestros cuarteles y os cerréis con llave. No abráis a nadie que no sea yo, lord Vanion o el patriarca Emban. Si sirve para levantaros el ánimo, os diré que, durante un breve período de tiempo, seréis el hombre más importante de Chyrellos, y apostaremos ejércitos enteros para protegeros.

— Todo esto es muy misterioso, Falquián.

— Así debe ser por el momento, amigo mío. Espero que, cuando oigáis la conversación, entenderéis por qué. Ahí está la puerta. — Falquián empujó con cautela la podrida hoja y los dos entraron en una grande y oscura cámara festoneada de telarañas. Cerca de la puerta había dos sillas

y una mesa, en el centro de la cual se erguía una gruesa vela sobre un plato resquebrajado. Falquián siguió caminando hacia el fondo y penetró en un profundo nicho —. Quitaos el yelmo — susurró — y envolveos el peto con la capa. Conviene no propiciar ningún reflejo que pudiera alertar a alguien de nuestra presencia.

Delada asintió con la cabeza.

— Ahora voy a apagar nuestra vela — anunció Falquián — y guardaremos un riguroso silencio. Si es preciso hablar, lo haremos en quedos susurros al oído del otro. — Sopló la llama, se inclinó y dejó el cirio en el suelo.

Aguardaron, oyendo a lo lejos un goteo de agua. Por mas meticoloso que sea el drenaje de un lugar, siempre se producen filtraciones, y el agua, lo mismo que el humo, encuentra indefectiblemente un resquicio por donde colarse.

Habrían transcurrido unos quince minutos, una hora tal vez o un siglo incluso, cuando sonó un amortiguado ruido metálico en el otro extremo del vasto subterráneo.

— Soldados — musitó Falquián a Delada —. Esperemos que el hombre que los capitanea no los traiga aquí adentro a todos.

— Ciertamente — susurró Delada.

Entonces un hombre encapuchado y vestido con túnica oscura se deslizó por el umbral, escudando la llama de una vela con una mano. Después encendió el cirio de la mesa, apagó el suyo y se descubrió la cabeza.

— Debí imaginármelo —susurró Delada a Falquián—. Es el primado de Cimmura.

— En efecto, amigo mío, lo es.

Los soldados se acercaron, haciendo patentes esfuerzos por sofocar el tintineo de armas y armaduras, pero, en grupo, los soldados nunca han sido famosos por su sigilo.

— Ya hemos llegado lo bastante lejos — ordenó una voz conocida —. Retiraos un poco. Os llamaré si os necesito.

Al cabo de poco entró Martel. Llevaba el yelmo en la mano y su blanco pelo relucía con la luz de la vela que se derretía en la mesa frente al primado.

— Bien, Annias — dijo con voz cansina —, lo hemos intentado, pero la partida está decidida.

— ¿De qué estáis hablando, Martel? — espetó Annias —. Todo está saliendo a pedir de boca.

— Hace una hora nuestra buena suerte ha sufrido un revés.

— Dejad de hablar en clave, Martel. Decidme qué está ocurriendo,

— Un ejercito marcha hacia aquí por el oeste, Annias.

— ¿Esa nueva remesa de cammorianos de que me hablasteis?

— Sospecho que esos mercenarios se han convertido en picadillo estas alturas, Annias. —

Martel se desabrochó el cinto de la espada — Detesto anunciároslo así a bocajarro, viejo amigo, pero ése es el ejercito de Wargun. Se extiende más allá de donde alcanza la vista.

A Falquián le saltó el corazón en el pecho de alborozo.

— ¿Wargun? — gritó Annias —. Dijisteis que lo habíais dejado todo bien atado para que no llegara a Chyrellos.

— Así lo creí, viejo amigo, pero de algún modo alguien ha conseguido avisarle.

— ¿Su ejército es más numeroso que el nuestro?

Martel se dejó caer en la silla con gesto fatigado.

— Dios, qué cansado estoy — confesó —. Llevo dos días sin dormir. ¿Decíais?

— ¿Tiene Wargun más hombres que nosotros?

— Oh, sí. Podría acabar conmigo en pocas horas. Me parece que no debemos esperarlo. Mi único motivo de preocupación es cuánto va a tardar Falquián en matarme. A pesar de su mala catadura, Falquián es una persona bondadosa y estoy seguro de que me liquidaría de una forma rápida. Estoy realmente decepcionado con Perraine. Pensé que lograría hacer desaparecer para siempre de mi camino a mi antiguo hermano. Qué se le va a hacer. Ydra pagará por su fracaso, supongo. Como decía, Falquián seguramente me enviaría a la tumba en menos de un minuto. Él es

mejor espadachín que yo. Vos, sin embargo, tenéis más candentes motivos de inquietud. Lycheas me ha contado que Ehlana quiere que le presenten vuestra cabeza en una bandeja. En cierta ocasión pude verle la cara en Cimmura justo después de la muerte de su padre y antes de que la envenenarais. Falquián es clemente, pero Ehlana tiene el corazón de piedra, y os odia. Hasta puede que decidiera arrancaros la cabeza con sus propias manos. Es una muchacha muy delgada y tal vez tardaría medio día en desgarraros el cuello.

— Pero estamos tan cerca... — se lamentó Annias con angustiada frustración —. El trono del archiprelado se encuentra casi al alcance de mi mano.

— Es mejor que lo soltéis entonces. Sería una carga muy pesada cuando corráis para salvar la vida. Arissa y Lycheas están en mi pabellón haciendo ya el equipaje, pero vos no tendréis tiempo para tales menesteres, me temo. Os iréis directamente desde aquí, conmigo. Quiero que os quede bien clara una cosa, Annias. No voy a esperaros, ni una sola vez. Si comenzáis a rezagaros, os dejaré atrás.

— Hay cosas que debo llevarme, Martel.

— No lo dudo. Yo mismo podría mencionar unas cuantas: vuestra cabeza, por ejemplo, pues Lycheas me cuenta que al gorila rubio que va con Falquián le han entrado unas ganas desmedidas de ahorcar a la gente. Conozco lo bastante bien a Kaltén como para darme cuenta de su torpeza. Es casi seguro que cometería una pifia, y ser invitado de honor de un ahorcamiento chapucero no es la idea que yo tengo sobre como pasar una tarde agradable.

— ¿Cuántos hombres habéis traído aquí al sótano? —preguntó Annias con voz temerosa.

— Unos cien

— ¿Estáis loco? Estamos justo en medio de un campamento de caballeros de la Iglesia.

— Se os esta empezando a notar la cobardía, Annias — observó con palpable desdén Martel —. Este acueducto no es muy ancho. ¿Querriás tener que trepar por él en compañía de un millar de bien armados mercenarios cuando llegue el momento de correr?

— ¿Correr? ¿Adonde podemos correr? ¿Adonde podemos dirigirnos?

— ¿Adonde si no? Nos vamos a Zemoch. Otha nos protegerá.

El coronel Delada aspiró, emitiendo un quedo siseo.

— No hagáis ruido — murmuró Falquián.

Martel se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la cámara, reflejando en su cara la rojiza luz de la vela.

— Intentad seguir mi razonamiento, Annias — indicó —. Vos envenenasteis a Ehlana con darestim, y el darestim es siempre fatal. No existe ninguna cura y la magia ordinaria no habría podido neutralizar sus efectos. Lo sé porque fui introducido en las artes mágicas por la propia Sephrenia.

— ¡Esa bruja estiria! — exclamó Annias, comprimiendo las mandíbulas.

Martel lo agarró por la pechera y lo levantó un palmo de la silla.

— Tened cuidado con lo que decís, Annias — le advirtió Martel, apretando los dientes —. No insultéis a mi pequeña madre o deseáis que sea Falquián el que os dé alcance. Como os decía, él es básicamente una persona de buena disposición. Yo no. Puedo haceros cosas que a Falquián jamás se le ocurrirían.

— ¿No seguiréis conservando afecto hacia ella?

— Eso es asunto mío, Annias. Prosigamos pues. Puesto que sólo la magia habría sido capaz de curar a la reina y la magia ordinaria se habría revelado impotente ante el darestim, ¿qué nos queda?

— ¿El Bhelliom? — adivinó Annias, alisando con la mano las arrugas que el puño de Martel había dejado en la parte delantera de su hábito.

— Correcto. Falquián ha conseguido hacerse con él. Lo utilizó para sanar a Ehlana y es más que probable que todavía lo tenga en su poder porque el Bhelliom no es del tipo de cosas que se dejan por ahí a la ligera. Mandaré a los rendoreños a derribar los puentes del río Arruk, lo cual retrasará un poco a Wargun y nos dará cierto margen para escapar. Lo mejor será ir en dirección norte un

buen trecho y apartarnos de la zona principal de batalla antes de girar hacia el este rumbo a Zemoch. — Sonrió sin alegría —. De cualquier forma, Wargun siempre ha querido exterminar a los rendoreños. Si los envió a destruir los puentes, tendrá su oportunidad, y Dios sabe que no seré yo quien los eche de menos. Ordenaré al resto de las tropas que hagan frente a Wargun en la orilla oriental del río. Se enzarzarán en un espléndido combate... que podría incluso durar un par de horas antes de que los extermine a todos. Ése será aproximadamente el tiempo de que dispondremos vos, yo y nuestros amigos para largarnos de este lugar. Podemos dar por seguro que Falquián nos seguirá y que, a no dudarlo, llevará consigo el Bhelliom.

— ¿Cómo lo sabemos? Sólo son suposiciones, Martel.

— ¿Queréis decir que habéis tenido contacto tantos años con Falquián y no habéis llegado a conocerlo? No es mi intención insultaros, viejo amigo, pero sois un perfecto idiota, ¿lo sabíais? Otha tiene agrupadas sus fuerzas en Lamorkand Oriental y emprenderá el avance hacia Eosia Occidental en cuestión de días. Sacrificará cuanto se presenté a su paso: hombres, mujeres, niños, ganado, perros, animales salvajes, peces incluso. La prevención es la obligación principal de los caballeros de la Iglesia, y Falquián es el prototipo de caballero que se pretendía conseguir con la fundación de las cuatro órdenes. Es todo deber, honor y resolución implacable. Daría mi alma por ser un hombre como Falquián. Él tiene en sus manos la única cosa capaz de dejar a Otha fuera de combate. ¿Creéis que existe algo en el mundo que fuera a impedirle llevar el Bhelliom con él? Usad la cabeza, Annias.

— ¿De qué nos va a servir huir si sabemos que Falquián va a venir pisándonos los talones con el Bhelliom en las manos? Borrará a Otha del mapa y a nosotros con él.

— Es hartó improbable. Falquián es moderadamente formidable, pero no es un dios. Azash sí lo es, en cambio, y viene codiciando el Bhelliom desde antes del inicio del tiempo. Falquián nos perseguirá, y Azash estará esperándolo. Azash lo destruirá para arrebatarse el Bhelliom. Entonces Otha invadirá Occidente y, puesto que le hemos prestado un servicio de tal magnitud, nos recompensará con creces. A vos os pondrá en el trono del archiprelado y a mí me concederá la corona del reino que yo elija..., tal vez incluso de todos. Otha ha ido perdiendo el gusto por el poder en el transcurso del último milenio. Incluso accederé a situar a Lycheas como regente o aun como rey de Elenia, si así lo deseáis, aunque por más que me estruje el cerebro no encontraría un motivo para alentar ese deseo. Vuestro hijo es un gimoteante cretino cuya sola visión me produce náuseas. ¿Por qué no hacéis que lo estrangulen y luego vos y Arissa volvéis a intentarlo? Si os concentráis en ello, podríais incluso engendrar un verdadero ser humano en vez de una anguila.

Falquián miró alrededor, estremecido por una súbita sensación de frío. Aun cuando no pudiera verlo, supo que el sombrío vigilante que lo había seguido desde la cueva de Ghwerig se hallaba en algún punto de la habitación. ¿Sería acaso posible que la mera mención del nombre del Bhelliom bastara para invocarlo?

— ¿Pero cómo sabemos que Falquián va a estar en condiciones de perseguirnos? — objetaba Annias —. Ignora nuestros tratos con Otha, de modo que no tendrá la más mínima noción de adonde nos dirigimos.

— Sois un ingenuo, Annias. — Martel exhaló una carcajada —. Sephrenia puede escuchar una conversación mantenida a una distancia de cerca de diez kilómetros y puede hacer que otra persona que este en la misma habitación que ella la oiga también. Y no solo eso: hay cientos de lugares en este sótano a los cuales llegan las voces desde esta cámara. Creedme, Annias, de una forma u otra, Falquián está escuchándonos en este preciso momento. — Hizo una pausa —. ¿No es cierto, Falquián? — añadió.

Capítulo quince

La pregunta de Martel quedó flotando en la húmeda penumbra.

— Quedaos aquí — susurró ferozmente Falquián a Delada, llevando la mano a la espada.

— Eso no será — replicó el coronel con igual fiereza, desenvainando su espada.

— De acuerdo — aceptó Falquián, considerando que aquél no era momento para discutir —, tened cuidado. Yo cogeré a Martel. Vos prended a Annias.

Abandonaron su escondrijo y se encaminaron a la solitaria vela que iba derritiéndose sobre la mesa.

— Vaya, pero si es mi querido hermano Falquián — dijo con voz cansina Martel —. Qué alegría volver a veros, viejo amigo.

— Mirad rápido, Martel, pues no será mucho el tiempo en que aún podáis ver algo.

— Me encantaría complaceros, Falquián, pero me temo que debemos posponerlo una vez más. Asuntos urgentes, ¿comprendéis? — Martel agarró a Annias por el hombro y lo empujó hacia la puerta —. ¡Moveos! —espetó.

Los dos salieron corriendo al tiempo que Falquián y Delada se precipitaban, espada en mano, hacia el umbral.

— ¡Deteneos! — indicó Falquián a su compañero.

— ¡Están escapando, Falquián! — arguyó Delada.

— Tienen la huida asegurada — constató Falquián, paladeando el amargo sabor de la decepción —. Martel tiene cien hombres apostados en esos pasadizos. Os necesitamos vivo, coronel. — Falquián emitió un agudo silbido que se mezcló con el ruido de pasos apresurados afuera en el corredor — Habremos de defender la puerta hasta que lleguen Kurik y los guardias.

Tomaron velozmente posiciones a ambos lados de la podrida puerta y, en el último momento, Falquián se instaló afuera, algo distanciado del arqueado dintel de piedra. Su posición le proporcionaba gran amplitud de movimientos en tanto que las rocas salientes y el techo de la arcada entorpecían, por el contrario, los intentos de ataque de los soldados que acudían en tropel.

Los mercenarios de Martel descubrieron muy pronto lo insensato de la idea de embestir contra Falquián cuando éste estaba enojado, y ciertamente Falquián estaba hecho una furia entonces. Los cadáveres iban apilándose en el umbral conforme él descargaba su rabia en los desaliñados soldados.

Entonces llegó Kurik con la guardia de Delada, y los hombres de Martel se replegaron, defendiendo el pasadizo que conducía a la abertura del acueducto por la que habían huido Annias y Martel.

— ¿Estáis bien? — preguntó el escudero, asomándose a la puerta.

— Sí — respondió Falquián, aferrando el brazo del coronel Delada, que se disponía a salir.

— Soltadme, Falquián — pidió Delada, apretando los dientes.

— No, coronel. ¿Recordáis lo que os he dicho hace un rato, lo de ser el hombre más importante de Chyrellos por un tiempo?

— Sí — admitió Delada en tono lúgubre.

— Esa condición de eminencia se ha iniciado hace unos minutos, y no voy a permitir que arriesguéis la vida sólo porque en estos instantes os sintáis belicoso. Ahora os llevaré a vuestros aposentos y apostaré un guardia delante de vuestra puerta.

— Tenéis razón, desde luego — reconoció Delada, enfundando la espada —. Es sólo que...

— Lo sé, Delada. Yo mismo debo reprimir mi impulso.

Tras dejar a buen recaudo al coronel, Falquián regresó al sótano donde, a las órdenes de Kurik, los guardias estaban localizando y acabando con los mercenarios que trataban de esconderse.

— Me temo que Martel y Annias se han escapado definitivamente, Falquián — informó Kurik, apareciendo en la oscuridad menguada por las antorchas.

— Estaba esperándonos, Kurik — comunicó sombríamente Falquián —. De algún modo sabía que estaríamos aquí abajo o que Sephrenia habría invocado un hechizo para que pudiéramos oírlo. Decía muchas cosas con el propósito de que yo las escuchara.

— ¿Oh?

— El ejército que viene por el oeste es el de Wargun.

— Ya era hora de que llegara. — Kurik sonrió de improviso.

— Martel también ha anunciado el rumbo que piensa tomar. Quiere que lo sigamos.

— Estaré encantado de complacerlo. ¿Hemos conseguido lo que pretendíamos?

— Cuando Delada haya testificado, Annias no obtendrá ni un solo voto.

— Algo es algo.

— Designa un capitán para que dirija a esos guardias y vamos en busca de Vanion.

Los preceptores de las cuatro ordenes se encontraban en los adarves próximos a las puertas, observando con cierta perplejidad cómo se retiraban los mercenarios.

— Han interrumpido el ataque sin motivo alguno — comentó Vanion cuando Falquián y Kurik se sumaron a ellos.

— Tenían un buen motivo — replicó Falquián —. El que viene al otro lado del río es Wargun.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Vanion —. Después de todo le habrán llegado noticias de la situación. ¿Cómo han ido las cosas en el sótano?

— El coronel Delada ha escuchado una conversación muy interesante, aunque Martel y Annias han escapado. Van a ir a Zemoch para acogerse a la protección de Otha. Martel va a ordenar a los rendoreños que destruyan los puentes para dar tiempo a que el resto de mercenarios se despliegue. No tiene grandes esperanzas de que su presencia no sea más que un leve inconveniente para Wargun. Lo que en realidad se propone es retrasarlo un poco para poder huir.

— Creo que será mejor que vayamos a hablar con Dolmant — propuso el preceptor Darellon —. La situación ha cambiado un tanto. ¿Por que no reunís a vuestros amigos, sir Falquián, y regresamos al castillo?

— Ve a avisarlos, Kurik — indicó Falquián a su escudero —. Que todos nuestros amigos sepan que el rey Wargun ha venido a rescatarnos.

Kurik asintió.

Los patriarcas habían experimentado un gran alivio al enterarse de la llegada del rey Wargun y no cupieron en sí de regocijo al saber que Annias se había autoinculpado.

— El coronel puede incluso testificar sobre el trato que Annias y Martel tienen con Otha — les comunicó Falquián —. El único incidente desafortunado ha sido la huida de Annias y Martel.

— ¿Cuánto tardará en tener noticia Otha de este vuelco en el curso de los acontecimientos? — preguntó el patriarca Emban.

— Creo que debemos dar por hecho que Otha se enterará instantáneamente de lo ocurrido aquí,

Su Ilustrísima — le respondió el prefecto Abriel.

— Otro de esos trucos mágicos, supongo — exclamó Emban con expresión de disgusto.

— Wargun va a tardar cierto tiempo en reagrupar sus tropas y marchar hacia Lamorkand para hacer frente a los zemoquianos, ¿verdad? — previó Dolmant.

— Una semana o diez días, Su Ilustrísima — convino Vanion —, calculando por lo bajo. Las avanzadillas de ambos ejércitos podrán desplazarse con mayor rapidez, pero el grueso de la fuerza necesitará al menos una semana para ponerse en marcha.

— ¿Qué distancia puede recorrer en un día un ejército? —inquirió Emban.

— Quince kilómetros a lo sumo, Su Ilustrísima — repuso Vanion.

— Eso es absurdo, Vanion. Incluso yo puedo recorrer quince kilómetros a pie en cuatro horas y hay que tener en cuenta que yo no camino muy rápido.

— Eso cuando andáis solo, Su Ilustrísima. — Vanion sonrió —. Un hombre que sale de paseo no tiene que molestarse en evitar que se rezague la retaguardia de la columna, y, cuando llega la hora de dormir, se envuelve simplemente en su capa bajo un arbusto. Se tarda mucho más en disponer un campamento para un ejército.

Con un gruñido, Emban se puso trabajosamente en pie, se encaminó con paso torpe al mapa de Eosia que colgaba de una de las paredes del estudio de sir Nashan y midió algunas distancias.

— En ese caso se encontrarán aquí — infirió, señalando con el dedo un punto del mapa —, en esa llanura al norte del lago Cammorra. Ortzel, ¿cómo es el terreno allí?

— Relativamente llano — respondió el patriarca lamorquiano—. Se compone sobre todo de tierras de cultivo salpicadas de bosques aquí y allá.

— Emban — sugirió amablemente Dolmant —, ¿por qué no dejamos que el rey Wargun trace su estrategia? Nosotros tenemos nuestros propios asuntos que atender.

Emban rió algo avergonzado.

— Será que soy un entrometido nato — reconoció —. No puedo soportar que algo ocurra sin poner yo las narices. — Entrelazó las manos en la espalda —. No bien llegue Wargun, tendremos la situación bajo control aquí en Chyrellos. Creo que podemos dar por sentado que la declaración del coronel Delada eliminará la candidatura del primado de Cimmura de una vez por todas, de modo que lo más apropiado sería dejar zanjada sin tardanza la cuestión de la elección..., antes de que la jerarquía tenga tiempo de recobrar su aliento colectivo. Los patriarcas son animales políticos y, en cuanto se hayan serenado, van a comenzar a ver toda clase de oportunidades en la presente situación. Ahora mismo no nos conviene que aparezcan de improviso varias candidaturas para enturbiar el panorama. Mantengamos las cosas dentro del marco más sencillo posible. Por otra parte, hay que tener en cuenta que, al decidir dejar que la ciudad exterior se convirtiera en pasto de las llamas, nos granjeamos las iras de un buen número de patriarcas. Sorprendamos a la jerarquía cuando todavía está apabullada por la gratitud y pongamos a alguien en esa silla vacía de la basílica antes de que comiencen a centrarse en los lamentos por sus mansiones perdidas y cuestiones de índole parecida. Ahora llevamos las de ganar. Aprovechemoslo, impidiendo que nuestro soporte comience a venirse abajo.

— Eso es lo que os ocupa constantemente el pensamiento, ¿no es así, Emban? —observó Dolmant.

— Alguien tiene que hacerlo, amigo mío.

— Será preferible, no obstante, esperar a que Wargun entre en la ciudad — advirtió Vanion —. ¿Está en nuestras manos ayudarlo?

— Podríamos salir de la ciudad vieja en cuanto los generales de Martel empiecen a volverse para encararse a su ejército — sugirió Komier —. Podríamos atacarlos por la espalda y hostigarlos para obligarlos a perseguirnos hasta las murallas. Entonces tendrán que destacar parte de las tropas para mantenernos en su interior, lo cual reducirá algo las fuerzas con las que se enfrentará Wargun.

— Lo que realmente me gustaría hallar es la manera de defender esos puentes del Arruk — declaró Abriel —. Su reconstrucción es lo que va a hacerle perder tiempo a Wargun... y vidas.

— No veo que podamos hacer gran cosa al respecto — opinó Darellon —. No disponemos de suficientes hombres para mantener alejados de la orilla del río a los rendoreños.

— Pero contamos con medios para desorganizar al enemigo en la ciudad — aseguró Komier —. ¿Por qué no volvemos a la muralla y evaluamos la estrategia? De todas formas, necesito un poco de acción para quitarme el regusto del asedio.

En el atardecer del tardío verano, de la oscura superficie de los dos ríos que confluían en Chyrellos se alzaban en el fresco de la noche finos retales grises de humedad que, al unirse, formaban primero una neblina que empañaba la anaranjada luz de las antorchas, después un vaho que desdibujaba los perfiles de las casas distantes y más tarde la persistente niebla propia de las ciudades construidas en las riberas de los ríos.

Entre las filas era patente el entusiasmo por entrar en acción. Había razones tácticas que la aconsejaban, cómo no, pero la táctica es cuestión que concierne a los generales, y lo que interesaba a la soldadesca era la venganza. Habían soportado el martilleo de los artefactos de asedio; habían reducido a fanáticos que trepaban por escalas y habían hecho frente a torres de asalto. Hasta entonces no habían tenido más remedio que aguantar lo que los asediados les habían arrojado. Aquélla era la ocasión de tomar la iniciativa, de castigar a sus castigadores, y por ello salían con feliz expectación de la ciudad interior y avanzaban feroces hacia el enemigo.

Muchos de los mercenarios de Martel, que se habían enrolado entusiasmados a sus huestes cuando las perspectivas habían sido saqueos, rapiña y fáciles asaltos contra fortificaciones pobremente defendidas, perdían ahora todo su ardor ante la idea de tener que enfrentarse a una fuerza superior en campo abierto y, súbitamente pacíficos, se escabullían entre las brumosas calles en busca de sitios tranquilos. La salida en masa de los asediados supuso una gran sorpresa y una aún más profunda decepción para aquellos hombres que ahora sólo aspiraban a llevar vidas sencillas libres de querellas.

La niebla fue un elemento a su favor. Los defensores de la ciudad interior sólo tenían que precipitarse sobre los hombres que no llevaban la armadura de los caballeros de la Iglesia o las túnicas rojas de los soldados eclesiásticos. Las antorchas que sostenían aquellos inopinados pacifistas los convertían en blancos propicios para los ballesteros que tan bien habían aprovechado las lecciones de Kurik.

Para evitar el ruido que provocan los jinetes, los caballeros de la Iglesia se desplazaban a pie. Al cabo de un rato, Falquián se reunió con Vanion.

— Lo único que hacemos aquí es recoger desertores — informó a su superior.

— No sólo eso, Falquián — disintió Vanion —. Los soldados eclesiásticos han sufrido un prolongado asedio y ese tipo de cosas socava la moral de los hombres. Dejemos que nuestros cuestionables aliados se solacen un poco con la venganza antes de devolverlos a los patriarcas.

Falquián asintió con la cabeza y se alejó en compañía de Kalten y Kurik para marchar en vanguardia.

Una borrosa figura apareció asiendo un hacha en un recodo alumbrado por una antorcha. En sus contornos quedaba patente que, quien quiera que fuese, no llevaba armadura ni tampoco una túnica de soldado eclesiástico, de modo que Kurik le apuntó con su ballesta. En el último instante, alzó bruscamente el arma y la saeta salió silbando hacia el cielo crepuscular. Kurik prorrumpió en cáusticos juramentos.

— ¿Qué pasa? — musitó Kalten.

— Es Berit — contestó Kurik con las mandíbulas apretadas —. Siempre encoge así los hombros al caminar.

— ¿Sir Falquián? — llamó el novicio en la oscuridad —. ¿Estáis ahí?

— Sí.

— Gracias a Dios. Creo que he recorrido todos los callejones quemados de Chyrellos buscándoos.

Kurik descargó el puño contra una pared.

— Habla más tarde con él — aconsejó Falquián —. Bien, Berit — dijo —, ya me has encontrado. ¿Qué es eso tan importante que te hace vagar por ahí arriesgando el pellejo para venir a contarlo?

— Parece que los rendoreños están congregándose cerca de la puerta oeste, sir Falquián — anunció Berit al llegar a su lado —. Se cuentan por millares.

— ¿Qué están haciendo?

— Diría que rezar. Están celebrando una especie de ceremonia en todo caso. Hay un individuo flaco, con barba, arengándolos desde lo alto de una pila de desperdicios.

— ¿Has oído algo de lo que decía?

— Poca cosa, sir Falquián, pero pronunciaba con frecuencia una palabra y los demás la repetían a voz en grito cada vez.

— ¿Cuál era la palabra? — preguntó Kurik.

— «Cuerno de carnero», me parece.

— Eso me suena de algo, Falquián — recordó Kurik.

— Por lo visto, Martel se trajo a Ulesim para mantener a raya a los rendoreños.

— ¿Quién es Ulesim, sir Falquián? — inquirió Berit, dirigiéndole una mirada de desconcierto.

— El actual líder espiritual de los rendoreños. Hay un retorcido pedazo de cuerno de carnero que es una especie de símbolo religioso. — Reflexionó un momento —. ¿Los rendoreños están tranquilamente sentados escuchando sermones? — preguntó al novicio.

— Si así queréis llamar a ese parloteo, sí.

— ¿Por qué no volvemos atrás y hablamos con Vanion? — propuso Falquián —. Esto podría sernos muy útil.

Los preceptores y los amigos de Falquián se encontraban a corta distancia.

— Creo que hemos tenido un golpe de suerte — informó Falquián —. Berit, que ha estado vagando por las calles, dice que los rendoreños están reunidos cerca de la puerta oeste y que su líder está dirigiéndoles una enfervorizada alocución.

— ¿Habéis dejado que un novicio se fuera solo, sir Falquián? — preguntó Abriel con tono de desaprobación.

— Kurik va a hablar después con él sobre ese tema, mi señor.

— ¿Cómo dijisteis que se llamaba ese cabecilla? — inquirió pensativamente Vanion.

— Ulesim, mi señor. Lo conozco. Es un perfecto idiota.

— ¿Qué harían los rendoreños si algo le ocurriera a él?

— Se dispersarían, mi señor. Martel ha dicho que iba a ordenarles el derribo de los puentes, tarea que al parecer aún no han iniciado. Los rendoreños necesitan insistentes estímulos y unas cuantas directrices cuidadosamente inculcadas antes de emprender cualquier cosa. Además, consideran a sus líderes religiosos como a una semidivinidad y no harían nada sin su mandato expreso.

— Esta podría ser la oportunidad para salvaguardar la integridad de nuestros puentes, Abriel — apuntó Vanion—. Si le sucede algo a ese Ulesim, tal vez los rendoreños se olviden de lo que debían hacer. ¿Por qué no reunimos nuestras fuerzas y vamos a hacerles una visita?

Mala idea — criticó lacónicamente Kurik—. Perdonad, lord Vanion, pero en verdad lo es. Si marchamos hacia los rendoreños con exhibición de fuerza, combatirán hasta morir para defender a su sagrado dirigente. Lo único que conseguiremos será provocar un montón de muertes inútiles.

— ¿Tienes una alternativa que proponer?

— Sí, mi señor — respondió, confiado, Kurik, dando una palmadita su ballesta —. Berit dice que Ulesim está dirigiendo un discurso a su gente. Un hombre que habla a una multitud suele situarse en un punto elevado. Si pudiera llegar a cien metros de él... —Kurik dejó la frase por acabar.

— Falquián — decidió Vanion —, llevaos a vuestros amigos y proteged a Kurik. Tratad de atravesar con disimulo la ciudad hasta situarlo a él y a su ballesta lo bastante cerca para liquidar al tal Ulesim. Si esos fanáticos rendoreños se desmoralizan y no destruyen los puentes, Wargun podrá cruzar el río antes de que esos mercenarios estén preparados para hacerle frente. Los

mercenarios son los más poderosos soldados del mundo. Casi nunca participan en batallas perdidas de antemano.

— ¿Creéis que capitularán? — inquirió Darellon.

— Merece la pena intentarlo — opinó Vanion —. Una solución pacífica podría salvar la vida de muchos hombres en ambos bandos, y creo que vamos a necesitarlos a todos ellos y a muchos más, incluso a los rendoreños, cuando vayamos a contener el avance de Otha.

— Me pregunto — dijo Abriel echándose a reír — cómo se va tomar Dios que los herejes eshandistas defiendan su Iglesia.

— Dios es tolerante — aseguró, sonriendo, Komier —. Puede que hasta los perdone... un poquito.

Los cuatro caballeros, Kurik y Berit avanzaron sigilosamente hacia la puerta oeste por las calles de Chyrellos, ahora barridas por una tenue brisa que hacía escampar la niebla. Llegaron a una amplia zona despejada en que el fuego había consumido por completo los edificios, donde se congregaban miles de rendoreños armados hasta los dientes y apiñados en torno a una elevada pila de desechos sobre la cual se erguía una figura familiar.

— Es él, sin margen de duda — susurró Falquián a sus compañeros mientras se refugiaban en los restos de una casa —. Ahí se alza en toda su gloria... Ulesim, el discípulo predilecto del santo Arasham.

— ¿Qué dices? — preguntó Kalten.

— Así es como se denominaba a sí mismo allá en Rendor. Era un título que se había autoconcedido, supongo que con la intención de evitarle a Arasham el esfuerzo de seleccionar a alguien.

Ulesim, en un estado rayano en la crisis nerviosa, pronunciaba un discurso que distaba mucho de contener alguna coherencia. Mantenía extendido al frente un huesudo brazo y en la mano atenazaba con fuerza algo. Aproximadamente cada quince palabras, agitaba vigorosamente el objeto que tenía en la mano y vociferaba:

— ¡Cuerno de Carnero!

— ¡Cuerno de Carnero! — gritaban a su vez sus seguidores.

— ¿Qué te parece, Kurik? — musitó Falquián mientras se asomaban por la pared medio derruida.

— Que está loco.

— Desde luego que lo está, pero ¿se halla a tiro?

Kurik examinó con ojos entornados al fanático de rimbombante lenguaje.

— Es una distancia aceptable — declaró con cierta vacilación.

— Probad de todas formas — lo animó Kalten —. Si la saeta no llega lo bastante lejos, o si la lanzáis demasiado lejos, seguro que la recogerá algún rendoreño.

Kurik apoyó la ballesta sobre el muro caído para afianzarla y apuntó con cuidado.

— ¡Dios me lo ha revelado! — chillaba Ulesim a sus seguidores—. ¡Debemos destruir los puentes que son obra del maligno! ¡Las fuerzas de la oscuridad que están al otro lado del río os atacarán, pero el Cuerno de Carnero os protegerá! ¡El poder del bendito Eshand se ha unido con el del santo Arasham para llenar el talismán de un poder sobrenatural! ¡El Cuerno de Carnero os dará la victoria!

Kurik apretó lentamente la palanca de la ballesta y la saeta salió disparada hacia su objetivo.

— ¡Sois invencibles! — vociferaba Ulesim —. ¡Sois...!

Nadie supo jamás qué otra cosa eran. Las plumas de una saeta de ballesta quedaron encajadas de pronto en la frente de Ulesim, justo entre sus cejas. Después se puso rígido y, con los ojos desorbitados y la boca desmesuradamente abierta, cayó desplomado sobre los cascotes.

— Buen tiro — felicitó Tynian a Kurik.

— La verdad es que trataba de darle en el vientre — confesó Kurik.

— Da lo mismo, Kurik. — El deirano exhaló una carcajada —. Hasta ha quedado más

espectacular de este modo.

Un vasto murmullo de desconcierto y angustia recorrió la muchedumbre de rendoreños.

Luego la palabra «ballesta» fue circulando entre la multitud y un número de infortunados a cuyas manos habían llegado, por un procedimiento u otro, tales armas de origen lamorquiano fueron despedazados en el acto por sus enloquecidos compañeros. Un número considerable de aquellos sureños de negro ropaje se alejaron por las calles, aullando y rasgándose las vestiduras. Otros se desmoronaron blandamente en el suelo, sollozando con desesperación. Otros más se quedaron mirando, fijamente con incredulidad hacia el lugar desde donde Ulesim había estado arengándolos hacía tan sólo unos instantes. Falquián también advirtió una súbita actividad política por parte de ciertos individuos que se sentían con derecho a reclamar el puesto que había quedado tan recientemente vacante, los cuales comenzaron a tomar medidas para asegurarse la elevación al estado de eminencia, razonando que el poder reposa de forma más segura en las manos de los supervivientes. Los partidarios de un candidato y otro se sumaron a las discusiones y pronto la ingente multitud se vio embrollada en un alboroto de considerable magnitud.

— Los debates políticos son bastante reñidos entre los rendoreños, ¿no es cierto? —observó alegremente Tynian.

— Ya me había fijado en ello — convino Falquián —. Vayamos a notificar a los preceptores el accidente de Ulesim.

Dado que a partir de entonces a los rendoreños tanto les daban lo puentes, los cuernos de carnero o la inminencia de la batalla los generales del ejército de Martel llegaron a la conclusión de que no tenían la más mínima posibilidad de salir con bien del enfrentamiento con el mar de hombres que se extendía en la otra orilla del río. Haciendo honor a su condición de mercenarios, realistas y prácticos enviaron un destacamento de oficiales con una bandera blanca los cuales regresaron justo antes del alba. Los comandantes mercenarios permanecieron reunidos unos momentos y después hicieron formar sus tropas y, empujando en vanguardia a los tumultuosos rendoreños salieron de Chyrellos y entregaron las armas.

Falquián y los demás se encontraban en lo alto de la muralla de la ciudad exterior junto a la puerta oeste cuando los reyes de Eosia Occidental cruzaron un tanto ceremoniosamente el puente para entrar en la Ciudad Sagrada. El rey Wargun, flanqueado por el patriarca Bergsten, vestido con su cota de mallas, el rey Dregos de Arcium, el rey Soros de Kelosia y el anciano rey Obler de Deira encabezaban a caballo la columna. Tras ellos venía una lujosa carroza descubierta en la que viajaban cuatro personas embozadas y encapuchadas. Pese a no poder identificarlos, Falquián sintió un escalofrío al reparar en la gran corpulencia de una de ellas. No se habrían atrevido a... Y entonces, obedeciendo al parecer la orden de la figura más menuda, los cuatro se bajaron la capucha. El gordo era Platimo. Stragen era el segundo. El tercero era una mujer que Falquián no reconoció, y el cuarto, esbelta y rubia, con un aspecto francamente encantador, era Ehlana, reina de Elenia.

Capítulo dieciséis

La entrada de Wargun en Chyrellos no fue precisamente triunfal. El común de los habitantes de la Ciudad Sagrada no se habían hallado en condiciones de juzgar el desarrollo de los acontecimientos y, puesto que los ejércitos se parecen mucho entre sí, en su mayor parte permanecieron escondidos al paso de los reyes de Eosia.

Falquián apenas tuvo ocasión de hablar con su reina cuando todos hubieron llegado a la basílica y, aunque ardía en deseos de hacerlo, lo que quería decirle no era del tipo de cosas que se manifiestan en público. El rey Wargun dio a sus generales unas cuantas destempladas órdenes y después siguieron al patriarca de Demos hacia una sala para celebrar una de esas reuniones que suelen señalar tales ocasiones.

— He admitir que ese Martel vuestro es muy listo —concedió un poco más tarde el rey de Thalesia, recostado en su sillón con una jarra de cerveza en la mano.

En la amplia y suntuosa estancia de suelo de mármol y gruesos cortinajes morados se hallaban reunidos en torno a una gran mesa de madera pulida los reyes, los preceptores de las cuatro órdenes, los patriarcas Dolmant, Emban, Ortzel y Bergsten y Falquián y los demás, incluyendo a Ulath, que, aunque todavía exhibía ciertos momentos de alelamiento, había experimentado una sensible mejoría. Falquián miraba con expresión pétrea a su prometida, sentada al otro lado de la mesa. Tenía muchas cosas que decirle a Ehlana, y unas cuantas que reservaba para Platimo y Stragen. Apenas si conseguía mantener a raya el mal genio.

— Después del incendio de Coombe — prosiguió Wargun —, Martel tomó un castillo escasamente defendido encaramado encima de un risco. Reforzó las defensas, dejó una numerosa guarnición adentro y luego se marchó a asediar Larium. Cuando llegamos tras él, huyó en dirección este. Después se desvió hacia el sur y finalmente volvió a girar hacia el oeste, poniendo rumbo a Coombe. Pasé varias semanas persiguiéndolo. Parecía que había conducido la totalidad de su ejército a ese castillo, de manera que me instalé allí con intención de matarlos de hambre, pero lo que yo ignoraba era que había ido separando regimientos enteros de sus tropas y escondiéndolos conforme avanzaba, de forma que cuando llegó a esa fortaleza sólo capitaneaba una pequeña fuerza. Hizo entrar a ese destacamento entre sus muros y cerró las puertas, dejándome que pusiera sitio a ese inexpugnable castillo mientras él reunía tranquilamente sus fuerzas y marchaba hacia Chyrellos.

— Os enviamos una gran cantidad de mensajes, Su Majestad — señaló el patriarca Dolmant.

— No dudo que así fuera, Su Ilustrísima — convino Wargun con acritud —, pero sólo uno llegó a mis manos. Martel atestó buena parte de Arcium de pequeñas bandas de emboscados, por lo que deduzco que la mayoría de vuestros mensajeros yacen en zanjas en esos pedregales de Dios. Excusad, Dregos — se disculpó ante el rey arciano.

— No importa, Wargun — lo perdonó el rey Dregos —. Dios tuvo sus motivos para poner tanta roca en Arcium. El pavimento de caminos y la construcción de muros y castillos entretiene a mi gente y los previene de incurrir en la furia guerrera de otros.

— Si había tantos emboscados, ¿cómo consiguió alguien llegar hasta vos, Majestad? — preguntó Dolmant.

— Eso fue lo más extraño, Dolmant — respondió Wargun, rascándose la despeinada cabeza —. La verdad es que no acabo de comprenderlo. El tipo que lo logró era un lamorquiano que, por lo visto, se limitó a cruzar a caballo Arcium sin tomar ninguna precaución y nadie reparó para nada en él. O bien es el hombre más afortunado que existe o Dios lo tiene en una estima especial... y a mí no me parece una persona tan digna de estima.

— ¿Está por aquí cerca, Su Majestad? — preguntó Sephrenia al rey de Thalesia, con una extraña vivacidad en la mirada.

— Me parece que sí, pequeña dama — contestó, con un eructo, Wargun —Ha dicho que quería presentar un informe al patriarca de Kadach. Debe de estar en la antesala.

— ¿Creéis que podríamos formularle algunas preguntas?

— ¿Es realmente importante, Sephrenia? —le preguntó Dolmant.

— Sí, Su Ilustrísima — repuso la mujer —. Creo que podría serlo. Hay algo que quería verificar.

— Tú — ordenó sin miramientos Wargun a uno de los soldados apostados junto a la puerta —, mira a ver si encuentras a ese desastrado lamorquiano que venía detrás de nosotros. Dile que venga aquí.

— Enseguida, Majestad.

— Naturalmente que «enseguida». Os he dado una orden, ¿verdad? Todas mis órdenes se obedecen de inmediato. — El rey Wargun, que iba ya por la cuarta jarra de cerveza, empezaba a perder los buenos modales —. El caso es que — continuó — ese individuo llegó al castillo que estaba asediando hace menos de dos semanas y, cuando hube leído el mensaje, reuní mi ejército y vinimos hacia aquí.

El lamorquiano que trajeron escoltado a la sala ofrecía, tal como había señalado Wargun, un aspecto bastante desastrado. Tenía el pelo fino y lacio, de un color pardusco, y una prominente nariz, y saltaba a la vista que no era un guerrero ni tampoco un eclesiástico.

— Ah, Eck — lo saludó el patriarca Ortzel, reconociendo en él a uno de sus sirvientes —. Debí suponer que eras tú el que lo había conseguido. Amigos míos, éste es mi criado Eck, un hombre muy escurridizo, según he podido comprobar. Es muy útil en cuanto a cuestiones de sigilo se refiere.

— Me parece que el sigilo no tuvo mucho que ver con eso esta vez, Su Ilustrísima — admitió Eck, con una voz nasal que no desentonaba para nada con su cara —. Cuando vimos vuestra señal, todos salimos cabalgando hacia el oeste a toda la velocidad que nos permitían nuestras monturas, pero fuimos víctimas de celadas incluso antes de llegar a la frontera arciana. Entonces fue cuando decidimos separarnos, pensamos que quizás uno de nosotros podría llegar a su destino, personalmente, no tenía grandes esperanzas de lograrlo porque parecía que hubiera un hombre apuntándome con un arco detrás de cada árbol. Me escondí en un castillo en ruinas cerca de Darra para rumiar la situación. No veía la manera de poder entregar vuestro mensaje. No sabía dónde estaba el rey Wargun y no me atrevía a preguntar a viajeros por miedo a que fueran los hombres que habían matado a mis compañeros.

— Una peligrosa circunstancia — comentó Darellon.

— Yo también pensaba lo mismo, mi señor — convino Eck —. Me quedé escondido en esas ruinas durante dos días y entonces, una mañana, oí el más extraño de los sonidos, una especie de música. Creía que tal vez sería un pastor, pero resultó que era una niña con unas cuantas cabras. Ella era la que hacía sonar la música con esos caramillos que tienen los guardadores de ganado. La pequeña tendría unos seis años, más o menos, y, nada más verla, la tuve por una estiria. Todo el

mundo sabe que trae mala suerte tener cualquier tipo de contacto con los estirios, de manera que seguí oculto en el castillo, no fuera que me denunciara a quienes me perseguían. Ella, sin embargo, vino directamente a mí, como si supiera con exactitud dónde estaba, y me dijo que la siguiera. — Guardó silencio un instante, con expresión turbada —. Yo ya no soy precisamente un chiquillo, Su Ilustrísima, y no acato órdenes de niños, y aun menos si son estirios, pero esa pequeña tenía un no sé qué muy especial. Cuando me indicaba que hiciera algo, la obedecía sin siquiera pararme a pensar. ¿No es extraño? Abreviando, me hizo salir de esas ruinas y los hombres que andaban buscándome rondaban por allí, pero se comportaron como si no me hubieran visto. La niña me condujo por todo Arcium y, pese a que ése es un largo camino, tardamos sólo tres días, no sé por qué..., bueno, dos en realidad si contamos el día en que estuvimos parados porque una de sus cabras parió un par de cabritillas, unas crías muy monas por cierto. La niña incluso insistió en que las llevara en mi caballo cuando nos pusimos en marcha. Y luego, señor, llegamos al castillo donde el ejército del rey Wargun estaba asediando a los rendoreños de adentro, y entonces fue cuando la niña se separó de mí. Es rarísimo. A mí no me gustan los estirios, pero hasta me puse a llorar cuando ella se marchó. Me dio un beso antes de irse, y aún lo noto en la mejilla. He pensado mucho en ello desde entonces, y he llegado a la conclusión de que, en fin de cuentas, puede que los estirios no sean tan malos.

— Gracias — murmuró Sephrenia.

— Bien, señor — continuó Eck —, me acerqué a los soldados y les dije que traía un mensaje para el rey Wargun de parte de la jerarquía. Entonces me llevaron en presencia de Su Majestad y le entregué el documento. Después de leerlo, concentró su ejército y vinimos a marchas forzadas aquí. Eso fue todo, mis señores.

— Vaya, vaya — dijo Kurik a Sephrenia, sonriéndole con ternura —, diríase que Flauta todavía está por aquí, y no sólo en espíritu, ¿no es cierto?

— Eso parece — acordó la mujer, sonriendo también.

— ¿El documento? — preguntó el patriarca Emban al patriarca Ortzel.

— Me tomé la libertad de hablar en nombre de la jerarquía — confeso Ortzel —. Di a cada uno de mis mensajeros una copia para el rey Wargun. Dadas las circunstancias, me pareció lo correcto.

— A mí también — convino Emban —. Aunque puede que Makova no hubiera pensado lo mismo.

— Algún día le presentaré disculpas... si por casualidad me acuerdo. Como no tenía la certeza de que alguno de los otros mensajes hubiera llegado a manos del rey Wargun, le informé brevemente de todo ocurrido.

El rey Wargun había necesitado un largo momento para hacerse cargo del significado de aquello.

— ¿Estáis diciendo que desplacé mi ejército obedeciendo las órdenes de un solo patriarca... que ni siquiera es thalesiano? — vociferó.

— No, Wargun — intervino con firmeza el corpulento patriarca Bergsten —. Yo apruebo sin reserva los actos del patriarca de Kadach, de modo que vos pusisteis en marcha vuestro ejército obedeciendo ordenes mías. ¿Querriais discutir conmigo esta cuestión?

— Oh — exclamó, contrito, Wargun —, en ese caso es diferente. — El patriarca Bergsten no era el tipo de persona a quien uno se atreviera a chistar con lo cual Wargun se apresuró a cambiar de tema —. Leí el documento un par de veces y decidí que no estaría mal desviarme un poco para pasar por Cimmura. Envié a Dregos y Obler para que se adelantaran con el grueso de las fuerzas y llevé el ejército elenio a la capital a fin de que pudieran defenderla. Cuando llegamos allí, encontramos la ciudad protegida por el vulgo, imaginaos, y, cuando solicité entrada, no me quisieron abrir las puertas hasta que ese gordo de ahí dio su aprobación. Para seros sinceros, no vi que Cimmura estuviera corriendo el más mínimo peligro. Esos comerciantes y obreros se desenvolvían como profesionales en esas murallas, os doy mi palabra. Sea como fuere, me dirigí a palacio para reunirme con el conde de Lenda y esta preciosa joven que lleva la corona y entonces fue cuando vi a ese malandrín de allí. — Señaló a Stragen —. Había atravesado con ese estoque a

un primo cuarto mío y yo había puesto precio a su cabeza... más por un sentimiento colectivo de familia que porque sintiera un afecto especial por ese primo, ya que no podía soportarlo ni en pintura. Tenía la costumbre de hurgarse la nariz en público, algo que encuentro repugnante. Ahora ya no lo hará más porque Stragen lo ensartó con buen tino. El caso es que yo iba a hacer que colgaran a ese truhán, pero Ehlana me disuadió de hacerlo. —Tomó un largo trago—. La verdad es que... — se le escapó un eructo — ...me amenazó con declararme la guerra si no abandonaba la idea. Tiene muy mal genio esta joven dama. — Sonrió de pronto a Falquián —. Tengo entendido que se impone felicitaros, amigo mío, pero yo que vos no me quitaría la armadura hasta conocerla mejor.

— Nos conocemos muy bien, Wargun — dijo remilgadamente Ehlana —. Puede decirse que Falquián me crió desde que era un bebé, de forma que, si a veces nuestro cierta aspereza de carácter, debería atribuirse a él.

— Debí sospechar algo por el estilo. — Wargun soltó una carcajada —. Cuando le conté a Ehlana lo que estaba ocurriendo aquí en Chyrellos, insistió en traer su ejército para apoyarnos. Yo se lo prohibí tajantemente y a ella no se le ocurrió más que pellizcarme la patillas y decir: «De acuerdo, Wargun. En ese caso yo misma os llevaré a Chyrellos». El caso es que yo no dejo que nadie me tire de las patillas, así que iba a darle unos azotes, por más reina que fuera, pero entonces se interpuso esa enorme mujer de allá. — Miró a la mujer que Falquián suponía que era Mirtai, la gigante tamul, y se estremeció — No podía creer que fuera capaz de moverse tan velozmente. Me había puesto un cuchillo en la garganta en un abrir y cerrar de ojos. Intenté explicarle a Ehlana que tenía hombres de sobra para tomar Chyrellos, pero ella me salió con que tenía una inversión que proteger. Nunca he llegado a saber a qué demonios se refería. De todas formas, Partimos de Cimmura y nos reunimos con Dregos y Obler y proseguimos hasta la Ciudad Sagrada. Ahora, ¿podría explicarme alguien qué es lo que ha sucedido realmente aquí?

— Las normales actividades políticas eclesiásticas — le respondió secamente el patriarca Emban —. Ya sabéis hasta qué punto adora nuestra Madre las intrigas. Estábamos forcejeando para conseguir que se pospusieran las reuniones de la jerarquía, manipulando votos, raptando patriarcas: este tipo de cosas. Apenas logramos evitar que el primado de Cimmura accediera por el momento al trono, y entonces apareció Martel y puso sitio a la Ciudad Sagrada. Nos replegamos al interior de las murallas de la ciudad vieja dispuestos a resistir un tedioso asedio. La situación empezaba a ser desesperada cuando llegasteis anoche.

— ¿Han arrestado a Annias? — preguntó el rey Obler.

— Siento tener que deciros que no, Majestad — repuso Dolmant —. Martel se las arregló para sacarlo de la ciudad al atardecer.

— Una verdadera lástima — suspiró Obler —. Entonces podría regresar y realizar una nueva tentativa de acceder al trono, ¿no es así?

— Estaríamos encantados de verlo, Su Majestad — le aseguró Dolmant con forzada sonrisa —. Estoy seguro de que habréis oído hablar de la conexión entre Annias y Martel y de las sospechas que albergamos acerca de algún tipo de alianza entre ellos y Otha. Por fortuna, tuvimos ocasión de llevar al comandante de la guardia personal del archiprelado a un lugar donde pudo escuchar sin ser visto una conversación entre Annias y Martel. El coronel es completamente neutral y todo el mundo lo sabe. En cuanto declare ante la jerarquía lo que ha oído, Annias será expulsado de la Iglesia... en el mejor de los casos.

— Hizo una pausa —. Ahora bien — continuó —, los zemoquianos están reunidos en masa en Lamorkand Oriental, cumpliendo parte de lo convenido entre Otha y Annias. Tan pronto como Otha se entere de que sus planes se han torcido aquí en Chyrellos, comenzará a marchar hacia el oeste. Propongo que tomemos medidas para prevenir tal eventualidad.

— ¿Tenemos alguna idea respecto al camino de huida que tomo Annias? — preguntó Ehlana con ojos relucientes.

— Él y Martel se llevaron a la princesa Arissa y a vuestro primo Lycheas con intención de

acogerse a la protección de Otha, mi reina — la informó Falquián.

— ¿Existe alguna posibilidad de que podamos interceptarlos. — inquirió con fiereza.

— Podemos intentarlo, Su Majestad. — El caballero se encogió de hombros —. No obstante, no abrigaría grandes esperanzas al respecto.

— Quiero que me lo traigan prendido —declaró fieramente la reina.

— Lo siento mucho, Majestad — se interpuso el patriarca Dolmant —, Annias ha cometido crímenes contra la Iglesia y nosotros lo someteremos a castigo primero.

— ¿Para poder encerrarlo en algún monasterio para que rece y entone himnos durante el resto de su vida? — replicó con desdén la joven —. Yo tengo planes mucho más interesantes para él, Su Ilustrísima. Creedme si le pongo la mano encima antes que vosotros, no voy a entregarlo a la Iglesia... al menos hasta después de haber acabado con él. Después podréis disponer de lo que haya quedado de su persona.

— Ya basta, Ehlana — le advirtió con dureza Dolmant —. Estáis a punto de manifestar un abierto desacato a la Iglesia. No cometáis el error de llevar demasiado lejos tal actitud. Ya que lo mencionáis, os diré que no es un monasterio lo que le espera a Annias puesto que la naturaleza de los delitos por él cometidos contra la Iglesia merece la muerte en la hoguera.

La reina y el patriarca se miraron fijamente, y Falquián gimió para sus adentros.

Entonces Ehlana rió, con expresión algo compungida.

— Perdonadme, Su Ilustrísima — se disculpó ante Dolmant —. Me he precipitado al hablar. ¿En la hoguera, decís?

— Eso como mínimo, Ehlana — le aseguró el patriarca.

— Yo, por supuesto, delegaré el castigo en nuestra Santa Madre. Antes moriría que parecer una discolorada hija suya.

— La Iglesia aprecia vuestra obediencia, hija mía — aseveró mansamente Dolmant.

Ehlana juntó piadosamente las manos y le dedicó una falsa sonrisa de contrición.

— Sois una muchacha muy traviesa, Ehlana — la regañó Dolmant, riendo en contra de su voluntad.

— Sí, Su Ilustrísima — reconoció ella —. Supongo que sí.

— Una mujer muy peligrosa, ésta, amigos míos — dijo Wargun a los otros monarcas —. Me parece que todos deberíamos poner especial cuidado en no interponernos en su camino. De acuerdo, ¿qué más?

Emban se hundió más en la silla, juntando las yemas de los dedos de ambas manos.

— Habíamos más o menos decidido que debíamos dejar resuelta la cuestión de la designación al archiprelado, Su Majestad. Eso fue antes de que entrarais en la ciudad. Os va a llevar cierto tiempo preparar vuestras fuerzas para que emprendan marcha hacia Lamorkand, ¿me equivoco? — inquirió.

— Como mínimo una semana — respondió sombríamente Wargun —, tal vez dos. Tengo unidades esparcidas a mitad de camino a Arcium, en su mayoría soldados extraviados y carromatos de víveres. Va a hacer falta un tiempo para organizarlos y luego hay que tener en cuenta los grandes atascos que siempre se producen cuando las tropas tienen que cruzar un puente.

— Podemos concedernos diez días a lo sumo — advirtió Dolmant —. Realizad el estacionamiento y organización sobre la marcha.

— Ésa no es la manera como se hace, Su Ilustrísima — objeto Wargun.

— Así se hará en esta ocasión, Su Majestad. En las marchas, los soldados pasan más tiempo sentados esperando que caminando. Saquemos provecho de esas horas muertas.

— También convendrá que mantengáis a vuestros soldados fuera de Chyrellos — añadió el patriarca Ortzel — dado que, habiendo huido sus habitantes, se encuentra vacía. Si vuestros hombres se distraen registrando casas deshabitadas, será algo difícil concentrarlos después cuando llegue el momento de partir.

— Dolmant — dijo Emban —, vos ostentáis la presencia de la jerarquía. Creo que deberíamos

convocar una sesión para mañana a primera hora. Hoy será recomendable que nuestros hermanos no visiten la ciudad exterior... por una cuestión de seguridad, claro está, dado que aún podría haber algunos mercenarios de Martel ocultos entre las ruinas. Nuestro objetivo principal, no obstante, es no darles ocasión de examinar demasiado de cerca los desperfectos producidos en su casa antes de reunirse en sesión formal. Hemos perdido un preocupante número de adeptos e, incluso después de desacreditar definitivamente a Annias, más nos vale no dar margen a que se produzca una coalición de última hora. Me parece que deberíamos celebrar alguna clase de servicio en la nave antes de iniciar la sesión, algo solemne que guarde relación con una acción de gracias. Ortzel, ¿querréis actuar como oficiante? Como vais a ser nuestro candidato, no estará mal dar oportunidad a que todo el mundo se vaya acostumbrando a vuestra presencia. Y, Ortzel, tratad de sonreír de tanto en tanto. Francamente, no se os va a desmontar la cara.

— ¿Tan rígido soy, Emban? — replicó Ortzel con una tenue sonrisa.

— Perfecto — aprobó Emban —. Practicad esa misma sonrisa delante de un espejo. Recordad que vais a ser un bondadoso y cariñoso padre... Al menos, ésa es la imagen que nos conviene dar. Lo que hagáis después de acceder al trono será algo que sólo os concernirá a vos y a Dios. De acuerdo, pues. Los servicios recordarán a nuestros hermanos que ante todo son eclesiásticos y que lo de ser propietarios es algo secundario. Después nos dirigiremos directamente a la sala de audiencia desde la nave. Hablaré con el maestro de capilla y le recomendaré encarecidamente el desarrollo de cantos corales que resuenen por la basílica... Algo exaltante que provoque en nuestros hermanos el estado de ánimo idóneo. Cuando Dolmant nos llame a orden, comenzaremos con una exposición de los últimos sucesos para que todo el mundo conozca los detalles de actualidad, ello con el fin de poner al corriente de la situación a los patriarcas que han estado escondidos en sótanos desde el inicio del asedio. En tales circunstancias, es perfectamente adecuado recurrir a testigos. Yo mismo los seleccionaré para asegurarme de su elocuencia. Nos interesa una espeluznante descripción de violaciones, incendios premeditados y pillaje para provocar cierta desaprobación sobre el comportamiento de los recientes visitantes de nuestra ciudad. El desfile de testigos culminará con el informe del coronel Delada acerca de la conversación que mantuvieron Annias y Martel. Dejémoslos que rumien eso durante un rato. Hablaré con algunos de nuestros hermanos y les encargaré que preparen discursos henchidos de ultrajada indignación y denuncias contra el primado de Cimmura. Después Dolmant designará un comité que investigue el asunto, cuestión de no ofender el protagonismo de la jerarquía. — El obeso patriarca reflexionó un instante —. Entonces habrá llegado el momento de convocarlos para después de la comida, dejándoles un intermedio de unas dos horas para que se formen una idea del alcance de la perfidia de Annias. Luego, cuando volvamos a reunirnos, Bergsten pronunciará una alocución en la que hará hincapié en la necesidad de obrar sin tardanza. No deis la impresión, Bergsten, de que haya que precipitarse, pero recordadles que nos hallamos en un período de crisis de fe. A continuación urgid para que procedamos sin dilación a la elección del archiprelado. Llevad la armadura y esa hacha para estimular la conciencia de hallarnos en tiempos de guerra. Después vendrán los tradicionales discursos de los monarcas de Eosia. Formuladlos con tono agitador, Majestades, con muchas referencias a la crueldad de la guerra, a Otha y a los temibles designios de Azash. Se trata de asustar a nuestros hermanos para que voten de acuerdo con su conciencia y dejen a un lado los afanes y confabulaciones políticos. No me perdáis de vista a mí, Dolmant. Os señalaré todos los patriarcas con una incontrolable tendencia a la trapacería política e identificaré quiénes son. Como presidente, podéis dar voz a quien os plazca. Y bajo ningún concepto aceptéis ningún aplazamiento para el día siguiente. No permitáis que nadie enturbie el clima conseguido. Llegado ese momento proceded a la presentación de candidaturas. Pasemos a la votación sin dar tiempo a que nuestros hermanos caigan en la tentación de sembrar la discordia. Queremos que Ortzel ocupe ese trono antes de la puesta de sol. Y, Ortzel, manteneos callado durante las deliberaciones, porque algunas de vuestras opiniones son controvertidas. No las aireéis en público... al menos hasta mañana.

— Me siento como un niño — comentó irónicamente el rey Dregos al rey Obler —. Pensaba que

sabía un poco de política, pero nunca hasta ahora había visto practicar ese arte de manera tan implacable.

— Ahora estáis en una gran ciudad Majestad — le hizo ver, sonriendo, Emban — Y así se desarrollan las cosas aquí.

El rey Soros de Kelosia, un hombre extremadamente piadoso y devoto hasta lo indecible que había estado a punto de desmayarse varias veces escuchando el frío programa elaborado por el patriarca Emban para manipular a la jerarquía, optó al fin por marcharse, murmurando que quería recogerse en oración.

— No perdáis de vista a Soros mañana, Su Ilustrísima — aconsejó Wargun a Emban —. Es un fanático religioso. Cuando pronuncie el discurso, podría darle por denunciarnos. Soros se pasa todo el tiempo hablando con Dios y eso a veces puede trastornar un poco el entendimiento. ¿Existe la posibilidad de que podamos saltárnoslo en el curso de las alocuciones reales?

— No de forma legítima — respondió Emban.

— Hablaremos con él, Wargun — prometió el rey Obler —. Tal vez logremos convencerlo para que esté demasiado enfermo para asistir a la sesión de mañana.

— Yo lo pondré enfermo, descuidad — murmuró Wargun.

— Todos tenemos asuntos que atender, damas y caballeros — declaró Emban, poniéndose en pie —, de manera que, como dicen, vayámonos a todo correr.

— La embajada elenia resultó dañada durante el asedio, mi reina — informó Falquián a Ehlana con tono impasible —. ¿Puedo ofrecerles las comodidades un tanto espartanas del castillo pandion?

— Estáis enfadado conmigo, ¿no es cierto, Falquián? — le preguntó ella a su vez.

— Sería más apropiado que discutiéramos esto en privado, mi reina.

— Ah — suspiró la joven —. Pues pongámonos en camino hacia el castillo para que podáis reñirme durante un rato. Luego podemos pasar directamente a los besos y la reconciliación. Esa es la parte que realmente me interesa. Al menos no podréis zurrarme, teniendo como tengo por guardiana a Mirtai. Por cierto, ¿conocéis a Mirtai?

— No, mi reina.

Falquián miró a la silenciosa tamul que se mantenía de pie detrás de la silla de Ehlana. Su piel tenía una peculiar y exótica tonalidad bronceada y sus cabellos trenzados eran de un color negro brillante. En una mujer de estatura normal, sus facciones habrían sido consideradas hermosas y sus ojos, un tanto achinados, arrebatadores. Mirtai, no obstante, no tenía una estatura normal: era un palmo más alta que Falquián. Llevaba una blusa de satén blanco de manga larga, una prenda similar a una falda escocesa ceñida a la cintura, que le llegaba a las rodillas, botas de cuero negras y una espada al costado. Era ancha de hombros y tenía flexibles y finas caderas. A pesar de su tamaño, parecía perfectamente proporcionada, pero su mirada carente de expresión tenía algo ominoso. No miraba a Falquián de la forma como normalmente miraría una mujer a un hombre. Era una persona un tanto inquietante.

Con rígida cortesía, Falquián ofreció su brazo envuelto en acero a su reina y la acompañó a la salida pasando por la nave y descendiendo las escalinatas de la basílica. Cuando llegaban al gran patio frente al templo oyó un sonoro golpecito en la parte trasera de la armadura y, al volverse, vio que Mirtai había percutido en ella con un nudillo. La mujer tomó entonces una capa plegada que llevaba colgada de brazo, la extendió y la tendió a Ehlana.

— Oh, no hace tanto frío, Mirtai — objetó Ehlana.

Mirtai adoptó un semblante pétreo y volvió a sacudir la capa con ademán autoritario.

Ehlana suspiró y permitió que la gigante le colocara la prenda sobre los hombros. Falquián estaba mirando directamente la bronceada cara de la tamul, de modo que no podía haber dudas sobre lo que ocurrió después. Mirtai le guiñó un ojo. Sin saber muy bien por qué, aquello lo hizo sentir mucho mejor. Él y Mirtai iban a ser buenos amigos, decidió.

Dado que Vanion estaba ocupado, Falquián escoltó a Ehlana, Sephrenia, Stragen, Platimo y Mirtai hasta el estudio de sir Nashan, deseoso de sostener una conversación con ellos. Se había

pasado la mañana preparando y afilando un buen número de cáusticas observaciones que casi habrían podido tacharse de traicioneras.

Pero Ehlana había estudiado ciencias políticas desde la niñez y sabía que uno debe actuar con rapidez, con brusquedad incluso, cuando la propia posición es inestable.

— Estáis enojado con nosotros — comenzó a hablar antes de que Falquián hubiera cerrado la puerta —. Consideráis que yo no tengo nada que hacer aquí y que mis amigos han incurrido en falta dejando que me expusiera a una situación de peligro. ¿Se trata más o menos de eso, Falquián?

— Aproximadamente, sí — respondió con tono glacial.

— Simplifiquemos pues las cosas — se apresuró a proseguir la joven —. Platimo, Stragen y Mirtai protestaron, de hecho, violentamente, pero yo soy la reina y no les hice caso. ¿Estamos de acuerdo en que yo tengo autoridad para hacer eso? — Su tono contenía una nota de desafío.

— Es verdad, Falquián — intervino con ademán conciliador Platimo —. Stragen y yo estuvimos gritándole durante una hora para quitarle la idea y entonces ella nos amenazó con arrojarnos a las mazmorras. Hasta me dio a entender que podría revocarme el perdón.

— Su Majestad sabe intimidar muy bien, Falquián — lo apoyó Stragen —. No os fiéis de ella ni cuando os sonría. Es entonces cuando es más peligrosa y, llegado el momento, utiliza su autoridad con la contundencia de una maza. Nosotros llegamos incluso al extremo de encerrarla con llave en sus aposentos, pero ella hizo que Mirtai derribara la puerta a patadas.

— Es una puerta muy recia — observó, estupefacto, Falquián.

— Lo era. Mirtai le dio dos puntapiés y se partió justo por la mitad.

Falquián miró, asombrado, a la bronceada mujer.

— No fue difícil — aseguró ésta con voz dulce y musical y un tenue deje de acento exótico —. Las puertas del interior de las casas se secan mucho y se quiebran sin gran esfuerzo si se les propina un puntapié en el lugar adecuado. Ehlana podrá utilizar los restos como leña para cuando llegue el invierno — añadió con calmada dignidad.

— Mirtai se muestra muy protectora conmigo, Falquián — dijo Ehlana —. Me siento completamente segura cuando ella está cerca, y esta enseñándome a hablar el idioma tamul.

— El elenio es una lengua áspera y desagradable — observó Mirtai.

— A mi también me lo parece — convino Sephrenia.

— Estoy enseñándole a Ehlana el tamul para no tener que pasar la vergüenza de que mi propietaria me hable cloqueando como una gallina.

— Yo ya no soy tu propietaria, Mirtai — insistió Ehlana —. Te di la libertad justo después de comprarte.

— ¡Propietaria! — se escandalizó, con expresión de horror, Sephrenia

— Es una costumbre del pueblo de Mirtai, pequeña hermana replicó Stragen —. Ella es una atan. Son una raza guerrera acerca de la cual se sostiene la generalizada creencia de que necesitan alguien que los guíe. Los tamules consideran que no están preparados emocionalmente para obrar en libertad. Por lo visto, ello ocasiona demasiada bajas.

— Ehlana era demasiado ignorante como para advertirlo — declaró con calma Mirtai.

— ¡Mirtai! — exclamó Ehlana.

— Se cuentan por docenas la gente de vuestra raza que me ha insultado desde que sois mi propietaria, Ehlana — señaló severamente la mujer tamul —. Ahora todos estarían muertos si yo fuera libre. Ese viejo, Lenda, incluso dejé que su sombra me tocara en una ocasión. Como sé que vos le tenéis cariño, habría lamentado haberlo matado. — Suspiró con filosofía —. La libertad es muy peligrosa para la gente de mi raza. Prefiero no tener que cargar con ella.

— Podemos hablar de eso en otro momento, Mirtai — propuso Ehlana —. Ahora debemos apaciguar a mi paladín. — Clavó los ojos en Falquián —. No tenéis motivos para estar enfadado con Platimo, Stragen ni Mirtai, querido — aseguró —. Ellos hicieron cuanto pudieron para mantenerme en Cimmura. Si con alguien tenéis que pelearos es conmigo y con nadie más. ¿Por qué no los excusamos para que se vayan y así podremos gritarnos en privado?

— Saldré con ellos — anunció Sephrenia —. Estoy segura de que os sentiréis más a gusto hablando los dos solos. — Se dispuso a abandonar la habitación en pos de los dos ladrones y la broncínea gigante y se detuvo en la puerta —. Una última recomendación, hijos — añadió —: gritad cuanto queráis, pero no os peguéis... y no quiero que salgáis de aquí hasta no haber resuelto vuestras diferencias. — Salió y cerró la puerta tras ella.

— ¿Y bien? — dijo Ehlana.

— Sois obstinada — la acusó sin miramiento Falquián.

— A eso se le llama ser decidido, Falquián, lo cual se considera como una virtud en reyes y reinas.

— ¿Qué demonios os impulsó a venir a una ciudad sometida a asedio?

— Olvidáis un detalle, Falquián — dijo —. Yo no soy realmente una mujer.

El paseó despacio la mirada por su cuerpo hasta que ella se sonrojo violentamente; algo que, en su opinión, se tenía bien merecido.

— ¿Oh? — Sabía que de todos modos iba a salir perdiendo.

— Basta — protestó ella —. Yo soy la reina..., un monarca que ocupa un trono. Eso significa que a veces debo hacer cosas que no le están permitidas a una mujer ordinaria. Si me quedo escondida detrás de las cortinas de mi casa, ninguno de los otros reyes me tomará en serio, y, si ellos no me toman en serio, tampoco tendrán en alta consideración Elenia. Debía venir, Falquián. Lo comprendéis, ¿verdad?

— No me gusta, Ehlana — respondió suspirando —, pero no puedo aportar nada en contra de vuestro razonamiento.

— Además — agregó quedamente —, os añoraba a vos.

— Vos ganáis — capituló, riendo.

— ¡Oh estupendo! — exclamo la reina, uniendo las palmas de las manos en ademán de regocijo —. Me encanta ganar. Y ahora, ¿por qué no pasamos a la fase de los besos y hacemos las paces? Se ocuparon un rato en tal menester.

— Os he echado de menos, mi paladín de altivo rostro. — Suspiró y luego le golpeó la coraza con los nudillos —. Aunque esto sí que no lo he echado en falta — añadió. Le dirigió una curiosa mirada —. ¿Por qué habéis puesto esa cara tan extraña cuando ese Ick...?

— Eck — la corrigió el caballero.

— Perdón..., ¿cuando hablaba de la niña que lo condujo por todo Arcium hasta donde se hallaba el rey Wargun?

— Porque la niña era Aphrael.

— ¿Una diosa? ¿De veras se parece a la gente? ¿Estáis seguro?

— Por completo — aseveró —. Ella lo hizo invisible y redujo un viaje de diez días a tres jornadas. A nosotros nos prestó el mismo servicio en varias ocasiones.

— Prodigioso. — Permanecía de pie, martilleando ociosamente con los dedos su armadura.

— No hagáis eso, por favor, Ehlana — indicó —. Me hace sentir como una campana con piernas.

— Lo siento. ¿Falquián, estamos en verdad convencidos de la conveniencia de que sea el patriarca Ortzel quien ocupe el trono del archiprelado? ¿No es odiosamente frío y rígido?

— Ortzel es rígido, qué duda cabe, y su ascensión al trono va a causar algunas dificultades a las órdenes militantes. De entrada, se opone de plano a que hagamos uso de la magia.

— ¿Y para qué diablos sirve un caballero de la Iglesia si no puede valerse de la magia?

— También disponemos de otros recursos, Ehlana. Reconozco que de entrada yo no habría escogido a Ortzel, pero él se atiene estrictamente a las enseñanzas de la Iglesia. Ningún sujeto de la calaña de Annias accederá a ninguna posición preeminente si Ortzel ostenta el poder. Es rígido, pero sigue la doctrina de la Iglesia al pie de la letra.

— ¿No podríamos encontrar a otro..., alguien que nos gustara más?

— No elegimos un archiprelado porque nos caiga simpático, Ehlana — la reprendió —. La

jerarquía trata de seleccionar al hombre que redunde en mayor beneficio de la Iglesia.

— Bueno, desde luego que sí, Falquián. Todo el mundo lo sabe. — Se volvió con brusquedad — . Ahí está otra vez — dijo con exasperación.

— ¿El qué? — le preguntó.

— Vos no podríais verlo, amor mío — repuso —. Nadie lo percibe más que yo. Al principio pensé que todos los que me rodeaban estaban volviéndose ciegos. Es una especie de sombra o algo parecido. No llego a verla, al menos no con claridad, pero es como si me acechara por la espalda, dejándome captarla sólo por espacio de breves segundos. Siempre me deja helada, no sé por qué.

Con un escalofrío, Falquián se volvió ligeramente con la pretensión de no evidenciar su alarma. La sombra se cernía en los límites de su visión, más amplia y más oscura que la última vez, despidiendo una sensación de malevolencia aún más pronunciada. ¿Por qué habría estado persiguiendo también a Ehlana si ella no había ni siquiera tocado el Bhelliom?

— Desaparecerá a su debido tiempo — dijo, no queriendo preocuparla —. No olvidéis que Annias os administró un veneno muy raro y poderoso, del cual quedan seguramente algunos efectos secundarios.

— Será eso, supongo.

Entonces comprendió. Era el anillo. Falquián se reprendió en silencio por no haber previsto antes tal posibilidad. Lo que quiera que fuese que había tras la sombra no quería bajo ningún concepto perder de vista los dos anillos.

— Pensaba que estábamos haciendo las paces — dijo Ehlana.

— Así es.

— ¿Por qué no estamos besándonos, pues?

En ello se ocupaban cuando Kalten entró en la habitación.

— ¿No te han enseñado a llamar a las puertas? — le preguntó agriamente Falquián.

— Perdona — se disculpó Kalten —. Creía que Vanion estaba aquí. Voy a ver si lo encuentro. Oh, por cierto, tengo una noticia que te alegrará aún más el día... suponiendo que ello sea posible. Tynian y yo habíamos salido con los soldados de Wargun para hacer salir a los desertores de las calles y hemos encontrado a un viejo amigo oculto en la bodega de una taberna.

— ¿Sí?

— Martel dejó a Krager aquí. Sus motivos tendría. Nos reuniremos todos con él para tener una placentera plática... en cuanto recobre la sobriedad y después de que vosotros dos hayáis acabado con lo que estáis haciendo aquí. — Guardó un instante de silencio —. ¿Quieres que os cierre con llave? — preguntó —. ¿O que monte guardia afuera.

— Salid de aquí, Kalten.

No fue Falquián quien dio la orden.

Capítulo diecisiete

Krager se encontraba en un estado bastante lamentable cuando Kalten y Tynian lo llevaron medio a rastras al estudio de sir Nashan esa tarde. A los finos cabellos desgreñados, los ojos inyectados en sangre, la barba sin afeitar y las manos agitadas por un violento temblor, se sumaba un sufrimiento manifiesto en su expresión que nada tenía que ver con su captura. Los dos caballeros llevaron al secuaz de Martel a una silla situada en el centro de la habitación y lo sentaron en ella. Krager ocultó la cara entre sus temblorosas manos.

— Me parece que no vamos a sacar nada en claro de el mientras esté en estas condiciones — gruñó el rey Wargun —. Yo mismo he pasado por trances semejantes y lo sé. Dadle un poco de buen vino. Se mostrará aceptablemente coherente cuando dejen de temblarle las manos.

Kalten miró a sir Nashan y el regordete pandion apuntó al lujoso armario del rincón.

— Sólo lo tengo como medicina, lord Vanion — se apresuró a explicar Nashan.

— Desde luego — aceptó Vanion.

Kalten abrió el armario y tomó una garrafa de cristal llena de tinto arciano. Después llenó una gran copa y la tendió a Krager, el cual consiguió apurar la mitad de su contenido, tras haber derramado el resto. Kalten le sirvió otra copa y luego otra más. Con el pulso más apaciguado, Krager miró en derredor, pestañeando.

— Veo que he caído en manos de mis enemigos — constató con voz que habían tornado rasposa los años de consumo de alcohol —. Ah. Bueno. — Se encogió de hombros —. Son los azares de la guerra.

— Vuestra situación no es de envidiar — le señaló con tono de amenaza lord Abriel.

Ulath tomó una piedra de amolar y se puso a afilar el hacha, produciendo un desagradable ruido.

— Por favor — dijo Krager con expresión de fatiga —. No me encuentro muy bien. Ahorradme las melodramáticas amenazas. Soy un superviviente, caballeros, y me doy perfecta cuenta de cuál es mi situación. Colaboraré con vosotros a cambio de mi vida.

— ¿No es ésta una actitud un tanto desdeñable? — observó, con sarcasmo, Bevier.

— Por supuesto que lo es, caballero — convino cansinamente Krager —, pero yo soy un tipo despreciable... ¿o no os habías dado cuenta? De hecho, me situé deliberadamente en un lugar donde pudierais capturarme. El plan de Martel era muy bueno, al menos en principio, pero, cuando comenzó a desbaratarse, decidí que no me interesaba compartir su fortuna cuando ésta se hallaba en su fase de declive. No perdamos más tiempo, caballeros. Todos sabemos que yo soy demasiado valioso para que podáis permitiros matarme. Sé demasiado. Os diré todo lo que sé a cambio de mi vida, mi libertad y diez mil coronas de oro.

— ¿Y qué hay de vuestras lealtades? — preguntó el patriarca Ortzel con aire severo.

— ¿Lealtad, Su Ilustrísima? — Krager se echó a reír —. ¿Hacia Martel? No seáis ridículo.

Trabajaba para Martel porque me pagaba bien. Los dos lo sabíamos. Pero ahora vosotros estáis en condiciones de ofrecerme algo de un valor muy superior. ¿Hacemos trato?

— Un rato en el potro os haría bajar un poco el precio que exigís — le dijo Wargun.

— No soy un hombre robusto, rey Wargun — señaló Krager —, y mi salud no ha sido nunca lo que se dice muy buena. ¿De veras queréis exponeros a la posibilidad de que expire en manos de vuestros torturadores?

— Dejadlo — aconsejó Dolmant —. Le daremos lo que pide.

— Su Ilustrísima es un hombre sabio y clemente.

— Una condición, sin embargo — agregó Dolmant —. Dadas las circunstancias, no podríamos dejaros libre hasta no haber arrestado a vuestro antiguo amo. Vos mismo habéis admitido que no sois muy de fiar. Además, necesitaremos una pequeña confirmación de lo que nos contéis.

— Perfectamente comprensible, Su Ilustrísima — acordó Krager —. nada de mazmorras. Tengo los pulmones delicados y no me convienen los sitios húmedos.

— ¿Un monasterio, pues? — propuso Dolmant.

— Del todo aceptable, Su Ilustrísima..., a condición de que no se permita a Falquián acercarse en un radio de quince kilómetros de allí. Falquián es a veces impulsivo y hace años que me quiere matar..., ¿no es cierto, Falquián?

— Oh, sí — admitió sin tapujos Falquián —. Vamos a hacer una cosa, Krager. Prometo no ponerlos las manos encima hasta que Martel esté muerto.

— Me parece justo, Falquián — acepto Krager —, si también me juráis que me daréis una ventaja de una semana antes de salir en mi busca. ¿Cerramos el trato, caballeros?

— Tynian — indicó el preceptor Darellon —, llevadlo al pasillo mientras lo discutimos.

Krager se levantó temblorosamente.

— Vamos pues, caballero — dijo a Tynian —. Vos también, Kalten, y no olvidéis traer el vino.

— ¿Y bien? — inquirió el rey Wargun cuando el prisionero hubo abandonado la estancia.

— Krager en sí carece de importancia — opinó Vanion —, pero tiene toda la razón al valorar la información de que dispone. Yo recomiendo aceptar sus requisitos.

— Detesto, sin embargo, tener que entregarle todo ese oro — gruñó Wargun malhumorado.

— En el caso de Krager, no se trata precisamente de un favor — apuntó Sephrenia —. Si le dais a Krager todo ese dinero, dentro de seis meses habrá muerto de tanto alcohol como habrá ingerido.

— Eso no me suena como un castigo a mí.

— ¿Habéis visto fallecer a un hombre a consecuencia de los efectos de la bebida, Wargun? — le preguntó la estiria.

— No.

— Podríais visitar un asilo en alguna ocasión y observar el proceso, sin duda lo encontraríais muy educativo.

— ¿Estamos de acuerdo, pues? — preguntó Dolmant, mirando a su alrededor —. ¿Le damos a esa rata de cloaca lo que pide y lo recluimos en monasterio hasta que llegue el tiempo en que sepamos que no puede informar de nada significativo a Martel?

— De acuerdo — concedió a regañadientes Wargun —. Traedlo y acabemos de una vez.

Falquián se encamino a la puerta y la abrió. Un hombre con una cicatriz hablaba precipitadamente con Tynian.

— ¿Kring? — preguntó Falquián con cierta sorpresa, reconociendo al domi de la banda de jinetes nómadas de las marcas orientales de Kelosia—. ¿Sois vos?

— Hola, Falquián — saludó Kring —. Me alegra veros. Estaba dándole algunas noticias al amigo Tynian. ¿Sabíais que los zemoquianos están acantonados en Lamorkand Oriental?

— Eso hemos oído decir, sí. Estábamos planteándonos tomar medidas al respecto.

— Bien. He estado viajando con el ejército del rey de los thalesianos y uno de mis hombres vino a verme desde casa. Cuando partáis para tomar esas medidas de que hablabais, no os centréis demasiado en Lamorkand. Los zemoquianos están merodeando también en Kelosia Oriental. Los

hombres de mi tribu han estado juntando orejas por montones. Pensé que los caballeros de la Iglesia deberían saberlo.

— Estamos en deuda con vos, domi — le agradeció Falquián —. ¿Por qué no le enseñáis al amigo Tynian el lugar donde estáis acampados? En estos momentos estamos ocupados con los reyes de Eosia, pero, en cuanto quedemos libres, iremos a haceros una visita.

— En ese caso, haré los preparativos, caballero — prometió Kring —. Tomaremos sal juntos y hablaremos de negocios.

— Así lo haremos, amigo mío — corroboró Falquián.

Tynian se fue en pos de Kring por el corredor y Falquián y Kaltén volvieron a hacer entrar a Krager en el estudio de Nashan.

— Muy bien, Krager — acordó el patriarca Dolmant con tono de firmeza —. Aceptaremos vuestras condiciones... con tal que convengáis en permanecer recluido en un monasterio hasta que no sea arriesgado soltaros.

— Desde luego, Su Ilustrísima — se apresuró a conceder Krager —. De todas formas, necesito descansar. Martel me tuvo corriendo de un lado a otro del continente durante años. ¿Qué queríais escuchar primero?

— ¿Cómo se inició esa conexión entre Otha y el primado de Cimmura?

Krager se apoyó en el respaldo, cruzó las piernas y agitó pensativamente su copa de vino.

— Según tengo entendido, todo comenzó poco después de que el viejo patriarca de Cimmura cayera enfermo y Annias lo relevara en las responsabilidades de la dirección de la catedral. Hasta entonces, el objetivo principal del primado había parecido ser mayormente político. Quería casar a su querida con su hermano para poder hallarse en situación de gobernar el reino de Elenia. Cuando paladeó la clase de poder que la Iglesia puede delegar en manos de un hombre, no obstante, empezó a ensanchar el horizonte de sus expectativas. Annias es un realista, y es perfectamente consciente del hecho de que no inspira un amor universal.

— Esa podría ser la gran afirmación del siglo — murmuró Komier.

— Veo que ya habías reparado en ello — comentó secamente Krager — Martel lo desprecia, y por más que lo pienso no puedo comprender cómo Arissa puede vencer la repugnancia y meterse en la misma cama con él. El caso es que Annias sabía que iba a necesitar ayuda para acceder al trono del archiprelado. Martel se enteró de lo que se proponía y entro disfrazado en Cimmura para hablar con él. No sé exactamente cómo, pero, en el pasado, Martel había entrado en contacto con Otha. No hablaba nunca de ello, pero yo deduje que tenía algo que ver con su expulsión de la orden pandion.

Falquián y Vanion intercambiaron una mirada.

— Así fue — confirmó Vanion —. Proseguid.

— Annias rechazó la idea en un principio, pero, dado que Martel puede ser muy persuasivo cuando le interesa, el primado acabó por acceder a abrir negociaciones. Encontraron a un estirio de mala fama que vivía al margen de su banda y, tras hablar largamente con él, éste se avino a actuar como emisario para Otha, con el cual llegaron a su debido tiempo a un trato.

— ¿Y en qué consistía éste? — le preguntó el rey Dregos de Arcium.

— Lo expondré dentro de poco, Su Majestad — prometió Krager —. Si voy saltando de una cosa a otra, podría olvidar algunos detalles. —Hizo una pausa y miró en derredor—. Espero que toméis todos nota de mi actitud cooperativa. Otha envió a algunos de los suyos a Elenia para proporcionar asistencia a Annias, buena parte de la cual era en forma de oro. Otha lo tiene por toneladas.

— ¡Cómo! — exclamó Ehlana —. Creía que Annias nos había envenenado a mi padre y a mí con la intención de conseguir el control del tesoro elenio para poder financiar su candidatura a la archiprelatura.

— No lo digo con afán de ofenderos, Su Majestad — replicó Krager —, pero el tesoro elenio no habría bastado ni para empezar a cubrir las deudas que estaba contrayendo Annias. El control de éste sirvió para encubrir el verdadero origen de sus fondos. La malversación es una cosa, y otra muy distinta es asociarse con Otha. Vos y vuestro padre fuisteis envenenados sólo para ocultar el hecho

de que Annias disponía de un suministro ilimitado de oro. Los sucesos se encadenaron mas o menos de acuerdo con sus planes. Otha aportaba dinero y de vez en cuando la magia estiria para ayudar a Annias a cumplir sus metas provisionales. Todo iba bastante bien hasta que Falquián volvió de Rendor. Sois un tipo que desbarata mucho las cosas, Falquián.

— Gracias — contestó éste.

— Estoy convencido de que ya conocéis el resto de los detalles, mis señores — continuó Krager —. Al final, todos pasamos un gran susto aquí en Chyrellos, y lo demás, como dicen, es historia. Ahora, volvemos a vuestra pregunta, rey Dregos. El pacto con Otha supone unas condiciones muy duras y Annias ha de pagar un alto precio por su ayuda.

— ¿Qué tenía que darle Annias? — inquirió el patriarca Bergsten, el fornido clérigo thalesiano.

— Su alma, Su Ilustrísima — respondió Krager, estremecido —. Otha insistió en que Annias debía convertirse al culto a Azash como requisito para que él lo apoyara con magia o dinero. Martel presenció la ceremonia y me refirió lo ocurrido. Ésa era, por cierto, una de mis obligaciones. Martel se siente solo de vez en cuando y necesita alguien con quien hablar. Martel no es una persona remilgada, pero incluso él experimentó repugnancia por los ritos que celebraron la conversión de Annias.

— ¿Se convirtió Martel también? — preguntó con evidente interés Falquián.

— Lo dudo mucho, Falquián. Martel carece realmente de toda convicción religiosa. El cree en la política, el poder y el dinero, no en dioses.

— ¿Cuál de los dos ostenta el mando? — inquirió Sephrenia —. ¿Cuál es el dirigente y cuál es seguidor?

— Annias cree que es él quien da las órdenes, pero, con franqueza a mí me parece lo contrario. Todos sus contactos con Otha se efectúan por intermedio de Martel, pero Martel mantiene contactos con Otha de los que nada sabe Annias. No podría jurarlo, pero presiento que Martel y Otha han llegado a un pacto por separado. Es la clase de acción propia de Martel.

— Hay algo más detrás de todo esto, ¿no es así? — preguntó sagazmente el patriarca Emban —. Otha y Azash no iban a gastar todo ese dinero y energías sólo en beneficio de la empañada alma del primado de Cimmura.

— Por supuesto que no, Su Ilustrísima — acordó Krager —. La idea era, desde luego, tratar de obtener lo que querían siguiendo el plan que Annias y Martel ya habían trazado. Si el primado de Cimmura hubiera conseguido ascender con sobornos a la archiprelatura, se habría hallado en condiciones de conseguir todo cuanto querían ellos sin tener que recurrir a la guerra, que siempre es una cuestión azarosa.

— ¿Y qué es lo que querían? — inquirió el rey Obler.

— Annias está obsesionado por convertirse en archiprelado. Martel está dispuesto a cederle el cargo de buen grado, lo cual no va a significar nada si todo sale según lo previsto. Lo que Martel ansia es poder, riqueza y legitimación. Otha desea dominar la totalidad del continente eosiano y, claro está, Azash quiere el Bhelliom... y las almas de todos los habitantes del mundo. Annias vivirá eternamente, o poco le faltará, e iba a dedicar las centurias venideras para, aprovechando su poder como archiprelado, dirigir gradualmente a los elenios a la conversión al culto de Azash.

— ¡Eso es monstruoso! — se indignó Orzel.

— Supongo que sí, Su Ilustrísima — convino Krager —. Martel conseguiría una corona imperial que le otorgaría una preeminencia escasamente inferior a la de Otha y gobernaría toda Eosia Occidental. Entonces tendríamos a los cuatro: Otha y Martel como emperadores, Annias como sumo sacerdote de la Iglesia y Azash como Dios. Después podrían volver la atención hacia los rendoreños y el Imperio Tamul de Daresia.

— ¿Como se proponían hacerse con el Bhelliom? — preguntó Falquián con brusquedad.

— Mediante engaños, ofertas de grandes sumas, o por la fuerza, en caso necesario. Escuchadme bien, Falquián. —El rostro de Krager adoptó de improviso una mortal gravedad—. Martel os ha dado a entender que se dirigirá al norte parte del camino y que luego se desviará hacia Lamorkand

Oriental para reunirse con Otha. Va al encuentro de Otha es cierto, pero Otha no está en Lamorkand. Sus generales son mucho más diestros en la guerra que él, que todavía se halla en su capital, en la ciudad de Zemoch propiamente dicha. — Guardó silencio un instante—. Me recomendaron que os lo dijera, desde luego — reconoció —. Martel quiere que lo sigáis hasta Zemoch y que llevéis al Bhelliom con vos. Por alguna razón, todos os tienen miedo, y no creo que ello se deba sólo a que lograrais encontrar el Bhelliom. Martel no quiere enfrentarse directamente a vos, y eso es impropio de él. Quieren que vayáis a Zemoch a fin de que Azash luche contra vos. — Krager hizo una mueca que reflejaba una súbita angustia y horror —. No vayáis, Falquián — rogó —. ¡Por Dios, no vayáis! Si Azash os arrebatara el Bhelliom, el mundo está condenado.

La vasta nave de la basílica estaba llena a rebosar ya desde primera hora de la mañana del día siguiente. Los ciudadanos de Chyrellos habían comenzado a regresar tímidamente a lo que quedaba de sus casas casi enseguida que el ejército del rey Wargun hubo rodeado a los mercenarios de Martel. Pese a que los habitantes de la Ciudad Sagrada no debían de ser más piadosos que los otros elenios, el patriarca Emban tuvo para ellos un gesto de puro humanitarismo al hacer propagar por la ciudad la noticia de que los almacenes de la Iglesia se abrirían al pueblo llano inmediatamente después de la conclusión de los servicios de acción de gracias. Dado que ése era el único lugar donde quedaban provisiones en Chyrellos, los ciudadanos acudieron en masa. Emban había calculado que una congregación de miles de personas impresionaría a los patriarcas, haciéndoles ver la gravedad de la situación, y los animaría a tomarse en serio sus responsabilidades. Además, Emban sentía en verdad cierta compasión por los hambrientos, dado que su propia gordura lo hacía particularmente sensible a las punzadas del hambre.

El patriarca Ortzel celebró el ritual de acción de gracias, durante el cual advirtió Falquián que el enjuto y severo eclesiástico hablaba en un tono completamente diferente al dirigirse a una congregación. Su voz era casi suave y a veces reflejaba un auténtico sentido de la caridad.

— Seis veces — susurró Talen a Falquián cuando el patriarca de Kadach acompañaba a la multitud en la plegaria final.

— ¿Cómo?

— Ha sonreído seis veces durante el sermón. Lo he contado. Aunque las sonrisas no parecen muy naturales en su cara. ¿Qué decidimos hacer al respecto de lo que nos contó ayer Krager? Me quedé dormido.

— Ya lo habíamos advertido. Vamos a hacer que Krager repita lo que nos expuso a nosotros delante de la jerarquía en pleno después de que el coronel Delada haya presentado su informe sobre la conversación de Martel y Annias.

— ¿Van a creerlo?

— Creo que sí. Delada es un testigo irrecusable, y Krager va a limitarse a confirmar su testimonio y a agregar detalles. Una vez que se hayan visto obligados a dar crédito al testimonio de Delada, no tendrán gran dificultad en engullir lo que les diga Krager.

— Muy ingenioso — aprobó Talen con admiración —. ¿Sabéis algo, Falquián? Ya casi estoy por abandonar la idea de convertirme en emperador de los ladrones. Me parece que entraré en la carrera eclesiástica.

— Dios ampare la fe — rogó Falquián.

— Estoy seguro de que lo hará, hijo mío. — Talen sonrió con benevolencia.

Cuando la celebración tocó a su fin y el coro entonó un exaltado cántico, se distribuyeron unas hojas entre los patriarcas en las que se les anunciaba que la jerarquía reanudaría enseguida sus deliberaciones. En diversos puntos de la ciudad interior se habían descubierto seis eclesiásticos de los que faltaban, y habían aparecido dos más que habían estado escondidos en la propia basílica. De los demás aún no se sabía nada. Mientras los patriarcas de la Iglesia desfilaban solemnemente hacia el corredor que conducía a la sala de audiencia, Emban, que se había rezagado para hablar con varias personas, pasó corriendo, sudoroso y jadeante, al lado de Falquián y Talen.

— Casi me olvidaba de algo — dijo —. Dolmant debe ordenar que se abran los almacenes de la

Iglesia. De lo contrario, es seguro que se producirán motines.

— ¿Tendría que ponerme tan gordo como él si quiero dirigir los asuntos de la Iglesia? — susurró Talen —. Las personas obesas no corren muy bien cuando se tuercen las cosas, y es posible que a Emban acaben yéndole mal.

El coronel Delada se hallaba de pie junto a la puerta de la sala de audiencia, con el peto y el yelmo resplandecientes y la capa carmesí inmaculada. Falquián se separó de la hilera de caballeros de Iglesia y clérigos que entraban en la estancia y habló un momento con él.

— ¿Nervioso? — preguntó.

— No realmente, sir Falquián, aunque debo admitir que tampoco estoy ansioso por prestar declaración. ¿Creéis que me harán preguntas?

— Es posible. No dejéis que os azoren. Tomaos vuestro tiempo y repetid con exactitud lo que oísteis en ese sótano. Vuestra reputación hablará por vos, de modo que nadie se atreverá a poner en duda vuestra palabra.

— Espero que no ocasione un tumulto ahí adentro —señaló irónicamente Delada.

— No os preocupéis por eso. El tumulto se iniciará cuando hayan escuchado al testigo que entrará después de vos.

— ¿Qué va a decir, Falquián?

— No soy libre de confiároslo..., al menos no hasta que hayáis presentado vuestro informe. Tengo prohibido hacer cualquier cosa susceptible de influir vuestra postura neutral. Buena suerte cuando estéis dentro.

Los patriarcas de la Iglesia estaban reunidos en pequeños grupos en la sala, hablando en voz baja. El servicio de acción de gracias cuyas fases había preparado con tanto cuidado Emban había conferido a la mañana un tono solemne que nadie quería turbar. Falquián y Talen subieron a la galería donde solían sentarse con sus amigos. Allí Bevier se inclinaba con expresión preocupada y ademán protector hacia Sephrenia, la cual permanecía serenamente sentada vestida con su resplandeciente túnica blanca.

— No hay manera de hacerla entrar en razón —se lamentó Bevier cuando Falquián se reunió con ellos—. Hemos conseguido hacer entrar a Platimo, Stragen e incluso a la mujer tamul disfrazados de clérigos, pero Sephrenia se ha empeñado en llevar su vestido estirio. He intentado explicarle una y otra vez que no se permite asistir a las deliberaciones de la jerarquía más que a los monarcas y a los miembros del clero, pero no me hace caso.

— Yo soy un miembro del clero, querido Bevier — se limitó a afirmar la estiria —. Soy una sacerdotisa de Aphrael... La sacerdotisa suprema, de hecho. Digamos que estoy aquí en calidad de observadora, como una demostración de la posibilidad de un encuentro ecuménico.

— Yo no mencionaría eso hasta que haya acabado la elección, pequeña madre — aconsejó Stragen —. Provocaríais un debate teológico que podría prolongarse durante varios siglos, y en estos momentos el tiempo apremia.

— Echo un poco de menos a nuestro amigo de enfrente — comentó Kalten, apuntando al lugar vacío en la galería donde solía sentarse Annias —. Daría algo por ver la cara que pondría durante el desarrollo de la agenda de esta mañana.

Tras conferenciar brevemente con Emban, Ortzel y Bergsten, Dolmant asumió su puesto frente al atril, imponiendo así orden en la sala.

— Hermanos y amigos míos —comenzó—, hemos presenciado trascendentales sucesos desde la última vez que nos reunimos aquí. Me he tomado la libertad de solicitar la asistencia de varios testigos para que sus declaraciones contribuyan a clarificar la situación antes de que iniciemos nuestras deliberaciones. Primero, no obstante, debo hablar de la presente condición de los ciudadanos de Chyrellos. El ejército asediante ha dado cuenta de toda la comida que había en la ciudad y ahora la gente se halla en una situación de desesperada necesidad. Pido el permiso de la jerarquía para abrir los almacenes de la Iglesia y aliviar así su sufrimiento. Como representantes de la Iglesia, la caridad es uno de nuestros principales deberes. —Miró en derredor—. ¿Alguna

objeción? —inquirió.

Se produjo un total silencio.

— En ese caso queda ordenado así. Procedamos sin más dilación a dar la bienvenida a los monarcas reinantes de Eosia Occidental como nuestros más honrados observadores.

Los presentes se pusieron respetuosamente en pie.

En la parte anterior de la sala sonó una fanfarria de trompetas una gran puerta de bronce se abrió pesadamente dando paso a la realeza del continente. Todos vestían sus atuendos reales y llevaba puestas las coronas. Falquían apenas dedicó una mirada a Wargun ni a los otros reyes, concentrado como estaba en la contemplación del perfecto rostro de su prometida. Ehlana estaba radiante. Falquían intuyó que, durante los diez años de su exilio en Rendor, muy pocas personas habían prestado atención a su reina, y ello únicamente en funciones o ceremonias de corte en la que se le había otorgado alguna clase de relieve. Por ese motivo, ella disfrutaba de las ocasiones de gala con más intensidad de lo que es común entre los diversos miembros de las otras familias reales. Caminaba junto a los otros monarcas con paso majestuoso, las manos livianamente apoyadas en el brazo de su pariente distante, el anciano rey Obler de Deira, en dirección a los tronos situados en semicírculo desde el extremo del estrado hasta el dorado trono del archiprelado. Según las disposiciones del azar —o tal vez no enteramente debidas al azar— el círculo que formaba el prisma de luz que entraba por la gran ventana redonda emplazada detrás de los tronos caía sobre el trono de Elenia, en el cual tomó asiento Ehlana rodeada de un reluciente halo de dorado resplandor que encantó a Falquían.

Una vez sentados los monarcas, el resto de los asistentes volvió a ocupar sus asientos. Dolmant saludó a cada uno de los patriarcas e incluso hizo referencia de paso al ausente rey de Lamorkand, quien, estando acampado Otha dentro de su frontera, tenía otras preocupaciones más acuciantes. Después el patriarca de Demos centró su disertación en la necesidad de trazar un breve resumen de los últimos acontecimientos, resumen que parecía estar dirigido a la gente que había pasado las recientes semanas en la luna. Los testigos de Emban refirieron la destrucción de la ciudad exterior y las atrocidades cometidas por los mercenarios de Martel. Todo el mundo conocía, por supuesto, tales horrores, pero su descripción en vivo detalle contribuyó a crear un ánimo de indignación y una sed de venganza que Emban había considerado pertinentes para impulsar a la jerarquía en la dirección de la militancia y excitar en ellos la urgencia de tomar acciones expeditivas. Probablemente el dato más importante que revelaron aquella media docena de testimonios fue el nombre del hombre que había capitaneado el ejército atacante. El nombre de Martel figuraba prominentemente en el relato de tres de los declarantes, y, antes de llamar al coronel Delada, Dolmant expuso una breve historia del renegado pandion, presentándolo como un mercenario pero omitiendo cualquier referencia a su conexión con el primado de Cimmura. Luego solicitó el testimonio del comandante de la guardia personal del archiprelado, aprovechando para señalar la legendaria neutralidad de aquel hombre totalmente dedicado a su trabajo.

Delada demostró poseer una prodigiosa memoria. Encubrió el origen de su conocimiento del lugar donde iba a celebrarse el encuentro, atribuyéndolo a las «excelentes actividades de inteligencia militar de los caballeros de la Iglesia», describió el sótano y el olvidado acueducto que había supuesto una peligrosa vía de acceso a la propia basílica y a continuación repitió de un modo casi literal la conversación sostenida por Martel y Annias. El hecho de que la refiriera en un tono completamente impasible confirió un gran peso a su testimonio. A pesar de sus sentimientos personales al respecto, Delada se ciñó estrictamente a su código de neutralidad. Mientras hablaba, se oían frecuentes gritos de estupor emitidos por los miembros de la jerarquía y los espectadores.

El patriarca Makova, cubierto de palidez el rostro marcado por la viruela y con la voz entrecortada, se levantó para interrogar al coronel.

— ¿Cabe la posibilidad de que las voces que oísteis en la oscuridad del sótano no fueran, de hecho, las de los dos hombres que supuestamente conversaban..., que aquello fuera alguna laboriosa artimaña destinada a desacreditar al primado de Cimmura?

— No, Su Ilustrísima — respondió con firmeza Delada —. Es del todo imposible. Uno de ellos era sin lugar a dudas el primado Annias, el cual se dirigía al otro llamándolo Martel.

— ¿Quién os acompañó a ese sótano, coronel? — preguntó sudoroso, cambiando de táctica, Makova.

— Sir Falquián de la orden pandion, Su Ilustrísima.

— ¡Acabáramos! — exclamó con tono triunfal Makova, sonriendo afectadamente a los otros miembros de la jerarquía—. Así se comprende. Sir Falquián profesa desde hace mucho una enemistad personal por el primado Annias. Es evidente que ha manipulado a este testigo.

Delada se puso en pie, rojo de ira.

— ¿Estáis llamándome embustero? — inquirió, llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

Makova se encogió, con ojos súbitamente desorbitados.

— Sir Falquián no me reveló absolutamente nada de antemano, patriarca Makova — aseveró Delada con las mandíbulas comprimidas —. Ni siquiera me dijo quienes eran los hombres que estaban en ese sótano. Yo identifiqué a Annias por mí mismo y a Martel a partir de las palabras de Annias. Y añadiré algo más: Falquián es el paladín de la reina de Elenia. Si yo ocupara ese cargo, la cabeza del primado de Cimmura estaría a estas alturas decorando un poste delante de la basílica.

— ¿Como os atrevéis? — se indignó Makova.

— El hombre que tan fervientemente anhelaís ver ocupando el trono del archiprelado envenenó a la reina de Falquián y ahora huye hacia Zemoch para implorar a Otha que lo proteja de las iras de Falquián. Será mejor que encontréis otro por quien votar, Su Ilustrísima, porque, incluso si la jerarquía cometiera el error de elegir a Annias de Cimmura, éste no viviría lo suficiente para asumir la dignidad de archiprelado, ya que si Falquián no lo mata... ¡lo haré yo! — Delada tenía los ojos encendidos y la espada a medio desenfundar.

Makova se arrodó, apabullado.

— Coronel, ¿querríais descansar un momento para sosegaros? — sugirió Dolmant.

— Estoy sosegado, Su Ilustrísima — replicó Delada, envainando la espada —. No estoy ni la mitad de furioso ahora de lo que lo estaba hace unas cuantas horas. Yo no he puesto jamás en entredicho el honor del patriarca de Coombe.

— Tiene mal carácter, ¿eh? — susurró Tynian a Ulath.

— Los pelirrojos son así a veces — respondió sabiamente Ulath.

— ¿Queríais formularle más preguntas al coronel, Makova? — preguntó Emban con expresión de inocencia.

Makova regresó con paso airado a su asiento, negándose a contestar.

— Sensata decisión — murmuró Emban con el justo volumen de voz para que lo oyeran todos.

Una nerviosa carcajada recorrió la jerarquía.

No era tanto el descubrimiento de que Annias había promovido el ataque a la ciudad lo que escandalizaba y producía un sentimiento de agravio en la jerarquía, pues todos pertenecían al alto clero y comprendían muy bien los excesos a que podía conducir la ambición. A pesar de que los métodos de Annias eran extremos y totalmente reprobables, la jerarquía podía entender sus motivos y tal vez incluso admirar en secreto a un hombre que estaba dispuesto a llegar tan lejos para cumplir sus propósitos. La alianza con Otha era, no obstante, lo que sobrepasaba todos los límites. Muchos de los patriarcas que habían vendido de buen grado sus votos a Annias sonreían incómodos al tiempo que comenzaban a darse cuenta del verdadero alcance de la depravación del hombre con el que se habían aliado.

Por último, Dolmant llamó a Krager y no se molestó en ocultar para nada su carácter y escasa fiabilidad.

Krager, algo más aseado, con cadenas en las muñecas y los tobillos como convenía a su condición de prisionero, demostró ser un brillante testigo. No se esforzó para nada en excusar su actitud, sino que, por el contrario, demostró una franqueza casi brutal al hablar de sus múltiples

defectos, llegando incluso a poner en evidencia los detalles del pacto que protegía su cabeza. La jerarquía no pasó por alto el hecho de que tenía motivos sobrados para atenerse estrictamente a la verdad. Los rostros palidecieron. Muchos patriarcas se pusieron a rezar de manera audible. Sonaron gritos de indignación y horror mientras Krager descubría, sin inmutarse y con toda minuciosidad, la monstruosa conspiración que tan cerca había estado de culminar con éxito. El testigo omitió, sin embargo, hacer la más mínima referencia al Bhelliom, ateniéndose a la decisión que habían tomado al trazar las líneas de su declaración.

— Podría haber salido bien — concluyó Krager con tono pesaroso —. Sólo con que hubiéramos dispuesto de un día más antes de la llegada ¿e los ejércitos de los reinos occidentales a Chyrellos, el primado de Cimmura ahora estaría sentado en ese mismo trono. Su primer acto habría sido ordenar la disgregación de las órdenes militares, y el segundo, ordenar a los monarcas elenios el regreso a sus propios reinos y la desmovilización de sus fuerzas militares. Después Otha habría avanzado sin hallar resistencia y, durante generaciones, todos nos habríamos postrado ante Azash. Era un plan muy bueno. — Krager suspiró —. Y me habría convertido en uno de los hombres más ricos del mundo. — Volvió a suspirar —. Ah, qué se le va hacer — finalizó.

El patriarca Emban, que había permanecido arrellanado en su asiento, juzgando atentamente el estado de ánimo de la jerarquía, se puso en pie.

— ¿Tenemos alguna pregunta que plantear a este testigo? — preguntó, mirando intencionadamente a Makova.

Makova no le respondió, ni lo miró siquiera.

— Tal vez, hermanos míos — continuó Emban —, éste sea el momento oportuno para levantar la sesión e ir a comer. — Esbozó una amplia sonrisa y posó las manos sobre su voluminosa panza —. Viniendo de mí tal propuesta, no creo que ésta haya sorprendido a nadie, ¿no es cierto? — les preguntó.

Las risas que suscitó su comentario sirvieron, al parecer, para relajar la tensión.

— Esta mañana nos ha deparado muchas cosas sobre las que reflexionar, hermanos míos — prosiguió con seriedad el obeso eclesiástico —, y, por desgracia, contamos con poco tiempo para ello. Estando Otha acampado en Lamorkand Oriental, tenemos poco tiempo para dedicarlo a la reflexión prolongada.

Dolmant aplazó la sesión para una hora más tarde.

A petición de Ehlana, Falquián y Mirtai se reunieron con ella en una pequeña habitación de la basílica para tomar una comida fría. La joven reina parecía un poco distraída y, en lugar de comer, garabateaba a toda prisa en un papel.

— Ehlana — la conminó Mirtai —, comed. Os vais a quedar en los huesos si no coméis.

— Por favor, Mirtai — alegó la reina —, estoy intentando redactar un discurso. Debo hablar ante la jerarquía esta tarde.

— No tenéis que decir gran cosa — la tranquilizó Falquián —. Limitaos a hacerles saber lo honrada que os sentís por poder presenciar sus deliberaciones, exponed algunos detalles poco halagadores sobre Annias e invocad la bendición de Dios en los debates.

— Ésta es la primera vez que una reina se dirige a ellos, Falquián — señaló cáusticamente la joven.

— Han existido reinas antes que vos.

— Sí, pero ninguna de ellas ocupó un trono durante una elección. Lo he consultado. Ésta será una primicia histórica, y no quiero quedar en ridículo.

— Tampoco querréis desmayaros — terció Mirtai, volviendo a acercarle perentoriamente el plato a la reina.

Mirtai, concluyó Falquián, era una auténtica tirana.

Sonó un golpecito en la puerta y Talen entró, con una sonrisa maliciosa.

— Sólo he venido a anunciaros que el rey Soros no pronunciará su discurso a la jerarquía esta tarde — comunicó a Falquián después de dedicar una reverencia a Ehlana —, de modo que no

tenéis que preocuparos por la posibilidad de ser denunciado como un canalla.

— ¿Oh?

— Su Majestad debe de haber cogido frío y ello le ha afectado a la garganta, porque no puede hablar más que en susurros.

— Qué extraño. — Ehlana frunció el entrecejo —. No ha hecho realmente frío estos días. No quiero desearle mal al rey de Kelosia, pero ¿no es éste un afortunado incidente?

— La suerte no ha tenido nada que ver con esto, Su Majestad. — Talen esbozó una mueca —. Sephrenia casi se ha dislocado la mandíbula y a punto ha estado de quedar con los dedos entrelazados de lo que le ha costado invocar el hechizo. Excusadme. Debo ir a decírselo a Dolmant y Emban y después tendré que prevenir a Wargun para que no le dé un porrazo en la cabeza a Soros para mantenerlo callado.

Cuando hubieron acabado de comer, Falquián acompañó a las dos damas a la sala de audiencia.

— Falquián — dijo Ehlana justo antes de entrar —, ¿apreciáis a Dolmant, el patriarca de Demos?

— Mucho — respondió el caballero —. Es uno de mis más viejos amigos... y eso no se debe únicamente a que haya sido un pandion.

— A mí también me gusta — reconoció ella, sonriendo, como si acabara de dejar algo bien asentado.

Dolmant reanudó la sesión y después fue pidiendo a cada uno de los monarcas que dirigieran su alocución a la asamblea de patriarcas. Como Falquián había previsto, los reyes fueron levantándose por turno, dieron las gracias a la jerarquía por el permiso de estar presentes, hicieron algunas referencias a Annias, Otha y Azash, y luego invocaron la bendición de Dios sobre las deliberaciones.

— Y ahora, hermanos y amigos — anunció Dolmant —, hoy tenemos el placer de asistir a una rara ocasión. Por primera vez en la historia, una reina nos dirigirá la palabra. — Esbozó una sonrisa —. Por nada del mundo querría ofender a los poderosos reyes de Eosia Occidental, pero debo admitir con todo el candor que Ehlana, soberana de Elenia, es mucho más hermosa que ellos, y creo que quizá sea para nosotros una sorpresa descubrir que es tan sabia como bella.

La reina de Elenia se ruborizó encantadoramente. Durante el resto de su vida, Falquián nunca logró descubrir cómo podía enrojecer a voluntad. Ella trató incluso de explicárselo unas cuantas veces, pero aquello era algo que se hallaba fuera de los límites de su comprensión.

Ehlana se levantó y permaneció de pie con la cabeza gacha un momento, como si estuviera confundida por el halagador cumplido.

— Os doy las gracias, Su Ilustrísima — dijo con voz clara y sonora al alzar la cabeza y mostrar una resuelta expresión en el rostro del cual había desaparecido, por cierto, toda traza de sonrojo.

A Falquián le dio de repente un sospechoso vuelco el corazón.

— Agarraos bien, caballeros — advirtió a sus amigos —. Conozco esa mirada. Me parece que nos depara unas cuantas sorpresas.

— También debo expresar mi gratitud a la jerarquía por permitirme estar presente — inició su disertación Ehlana —, y sumaré mis oraciones a las de los otros soberanos, pidiendo a Dios que tenga a bien conceder a estos nobles eclesiásticos la sabiduría necesaria en sus deliberaciones. Puesto que soy la primera mujer que ha dirigido nunca un discurso a la jerarquía en tales circunstancias, ¿puedo solicitar la indulgencia de los patriarcas reunidos y poder añadir unas cuantas observaciones? Si mis palabras parecen frívolas, estoy convencida de que los cultos patriarcas sabrán perdonarme. Yo sólo soy una mujer, joven aún, y todos sabemos que las jóvenes a veces se dejan ganar por el entusiasmo y hacen un triste papel. — Hizo una pausa —.

¿Entusiasmada, he dicho? — continuó, con la voz tan prístina como una trompeta de plata —. ¡No, caballeros, digamos más bien que estoy furiosa! Ese monstruo, esa calculadora y despiadada bestia, ese..., ese Annias asesinó a mi amado padre. ¡Abatió al más sabio y piadoso monarca de toda Eosia!

— ¿Aldreas? — susurró Kalten con incredulidad.

— ¡Y después — prosiguió con la misma resonante voz —, no contento con desgarrarme el corazón, ese voraz salvaje pretendió acabar con mi vida también! Nuestra Iglesia está mancillada ahora, caballeros, manchada porque ese villano profesó las sagradas órdenes. Vendría aquí, suplicante, a rogar, a exigir justicia, pero pienso hacer cumplir mi propia justicia en el cuerpo del hombre que asesinó a mi padre. Yo solo soy una frágil mujer, pero tengo un paladín, caballeros, un hombre que a mis órdenes buscará y encontrará a ese monstruoso Annias aunque fuera a esconderse en los mismos abismos del infierno. Annias comparecerá ante mí. Lo juro delante de todos vosotros, y las generaciones aún por nacer temblarán ante el recuerdo del destino que ahora le aguarda. Nuestra Santa Madre Iglesia no debe preocuparse por dispensar justicia a ese malnacido. La Iglesia es amable, compasiva, pero yo, caballeros, no lo soy.

Y todo aquello lo decía aparentando sumisión a los dictados de la Iglesia, se admiró Falquián.

Ehlana había guardado de nuevo silencio, irguiendo el juvenil rostro en actitud de vengativa determinación.

— ¿Pero qué hay de este galardón? — preguntó, volviéndose a mirar intencionadamente el trono oculto en tela —. ¿A quién le otorgaréis esta sede para cuya consecución Annias estaba dispuesto a anegar el mundo en sangre? ¿Sobre quién descenderá este ornado mueble? Pues no os equivoquéis, amigos míos, ya que esto es lo que es, un mueble pesado, engorroso y, estoy segura, no muy confortable. ¿A quién sentenciaréis a soportar las terribles cargas de inquietud y responsabilidad que acompañan a esta silla y que el elegido estará obligado a sobrellevar en esta tenebrosa hora de la vida de nuestra Santa Madre? Debe ser sabio, huelga decirlo, pero todos los patriarcas de la Iglesia lo son. También debe ser valiente, ¿pero no son todos valerosos como leones? Debe ser astuto, y no cometer errores, pues media una gran diferencia entre sabiduría y astucia. Ha de ser inteligente, pues se enfrenta al señor del engaño. No a Annias, aun cuando éste sea un redomado embustero; no a Otha, hundido en su propia e imprudente disipación; sino al propio Azash. ¿Cuál de vosotros tendrá fuerza, sagacidad y voluntad comparables a las de ese engendro del infierno?

— ¿Qué está haciendo?, — susurró Bevier con tono de estupefacción.

— ¿No es evidente, caballero? — murmuró cortésmente Stragen —. Está eligiendo un nuevo archiprelado.

— ¡Eso es absurdo! — exclamó Bevier —. ¡Es la jerarquía la que elige al archiprelado!

— En la presente situación, sir Bevier, os elegirían a vos si ella os apuntara con ese pequeño dedo rosado. Miradlos. Tiene a toda la jerarquía en un puño.

— Tenéis guerreros entre vosotros, reverendos patriarcas — decía Ehlana —, hombres fuertes y arrojados, ¿pero podría un archiprelado acorazado con armadura hacer algo contra el engañoso Azash? Contáis con teólogos en vuestras filas, mis señores de la Iglesia, hombres de intelecto tan prominente que son capaces de percibir la mente y los designios del propio Dios, ¿pero preparados para contener al maestro de las mentiras? Están aquéllos versados en leyes eclesiásticas y los que son ases en la política. También disponéis de hombres fuertes y de otros valerosos. Existen los mansos, y los compasivos. ¡Si pudiéramos elegir a la totalidad de la jerarquía en pleno, seríamos invencibles, y las puertas del infierno no podrían causarnos ningún mal! — Ehlana se tambaleó, llevándose una temblorosa mano a la frente —. Perdonadme, caballeros — se disculpó con débil voz —. Los efectos del veneno con que la serpiente Annias pretendió arrebatarme la vida todavía se dejan sentir.

Falquián se dispuso a ponerse en pie.

— Oh, sentaos, Falquián — le indicó Stragen —. Vais a malograr su representación si bajáis tintineando hasta ella ahora. Creedme, se encuentra perfectamente bien.

— Nuestra Santa Madre necesita un paladín, mis señores de la Iglesia — continuó Ehlana con voz cansina—, un hombre que sea el compendio y la esencia de la misma jerarquía, y creo que en el fondo de vuestros corazones todos sabéis quién es ese hombre. Que Dios os dé la sabiduría, la clarividencia, para dirigiros a aquel que ya ahora se halla en medio de vosotros, envuelto en genuina humildad, pero extiende su dócil mano para guiaros, tal vez sin saber siquiera que lo hace, puesto

que este modesto patriarca quizás hasta ignora que por él habla la Voz de Dios. ¡Buscadlo en vuestros corazones, mis señores de la Iglesia, y descargad este peso sobre él, pues sólo él puede ser nuestro adalid!

Volvió a tambalearse y las piernas comenzaron a doblársele.

Después se marchitó como una flor. El rey Wargun, con devoción pintada en el semblante y los ojos anegados en lágrimas, se levantó de un salto y la sostuvo cuando caía.

— El toque perfecto — dijo admirativamente Stragen, sonriendo —. Pobre, pobre, Falquián — añadió —. No tenéis la más mínima esperanza, ¿sabéis?

— Stragen, ¿queréis callaros?

— ¿Qué sentido tenía todo esto? — preguntó Kalten con tono de desconcierto.

— Acaba de designar un archiprelado, sir Kalten — le comunicó Stragen.

— ¿A quién? Si no ha mencionado ni un nombre.

— ¿Aún no lo veis claro? Ha ido eliminando cuidadosamente al resto de los contendientes. Sólo queda una posibilidad. Los otros patriarcas saben quién es y lo elegirán... en cuanto uno de ellos se atreva a mencionar su nombre. Yo mismo os lo diría, pero no quiero privaros del placer del espectáculo.

El rey Wargun había tomado en brazos a la en apariencia desvanecida Ehlana y estaba llevándola hacia la puerta de bronce situada a un lado de la sala.

— Id con ella — indicó Sephrenia a Mirtai —. Tratad de sosegarla. Está muy excitada en estos momentos... y no permitáis que el rey Wargun vuelva aquí. Podría dejar escapar algo que lo echara a perder todo.

Mirtai asintió con la cabeza y se apresuró a bajar por las gradas.

La sala rebullía con excitadas conversaciones. El ímpetu y la pasión de Ehlana los había contagiado a todos. El patriarca Emban, que permanecía sentado con los ojos desorbitados a causa del estupor, esbozó una amplia sonrisa y después, tapándose la boca con la mano, se puso a reír.

— ... obviamente poseída por la divina mano del propio Dios —aseveraba animadamente no lejos de él un monje a otro—. ¿Pero una mujer? ¿Por qué iba a hablar Dios por boca de una mujer? — Sus vías son misteriosas — señaló el otro monje con reverencia en a voz —, e insondables para el hombre.

— Hermanos y amigos míos — se dirigió el patriarca Dolmant al público tras restablecer, no sin cierta dificultad, el orden —. Debemos, desde luego, disculpar a la reina de Elenia por su arrebató emocional. La conozco desde la niñez y os aseguro que de costumbre es una joven que posee un gran autocontrol. Debe de ser sin duda como ella ha sugerido: los últimos restos del veneno todavía persisten y la inducen a veces a tener un comportamiento irracional.

— Oh, es increíble — comentó, riendo, Stragen a Sephrenia —. El ni siquiera se ha dado cuenta.

— Stragen — le ordenó vivamente la mujer —, silencio.

— Sí, pequeña madre.

Ofreciendo un imponente aspecto con la cota de mallas y el yelmo adornado con cuernos de ogro, el patriarca Bergsten se puso en pie y arañó el suelo de mármol con el extremo de su hacha de guerra.

— ¿Permiso para hablar? — preguntó, aunque aquello no sonó como una demanda.

— Desde luego, Bergsten — lo animó Dolmant.

— No estamos aquí para discutir el hipocondríaco desvanecimiento de la reina de Elenia — manifestó el corpulento patriarca de Emsat —. Estamos aquí para seleccionar un archiprelado. Propongo que procedamos a ese quehacer. Con ese fin, nombro candidato a Dolmant, patriarca de Demos. ¿Quién unirá su voz a la mía en esta designación?

— ¡No! — exclamó Dolmant, consternado.

— La protesta del patriarca de Demos queda desestimada — declaró Ortzel, poniéndose en pie —. Según la costumbre y la ley, en calidad de persona propuesta como candidato no puede hablar hasta que esta cuestión haya sido decidida. Con el consentimiento de mis hermanos, pediría al

apreciado patriarca de Usara que asuma la presidencia. — Paseó la mirada en derredor y no captó ninguna señal de desacuerdo.

Emban, todavía con una enorme sonrisa en el rostro, se dirigió con paso pesado al atril y despidió caballerosamente a Dolmant realizando un gesto con su regordeta mano.

— ¿Ha terminado el patriarca de Kadach de exponer sus observaciones? — inquirió.

— No — respondió Ortzel —. Aún no. — Con el semblante tan severo y triste como era habitual en él y sin dar muestra alguna del dolor que debía de causarle, agregó con firmeza —: Uno mi voz a la de mi hermano de Emsat. El patriarca Dolmant es el único candidato posible a la archiprelatura.

Entonces Makova se puso de pie con una mortal palidez en la cara y las mandíbulas comprimidas.

— ¡Dios os castigará por este ultraje! — casi escupió a los demás patriarcas —. ¡Yo no pienso tomar parte en este despropósito! — Giró sobre sus talones y salió hecho una furia de la sala.

— Al menos es honrado — observó Talen.

— ¿Honrado? — exclamó Berit —. ¿Makova?

— Por supuesto, venerado maestro. — El chico sonrió —. Una vez que alguien ha comprado a Makova, éste permanece vendido... sea cual sea la evolución de los acontecimientos.

Los patriarcas fueron alzándose uno tras otro para aprobar el nombramiento de Dolmant. Emban adoptó una expresión maliciosa cuando se hubo pronunciado el último de ellos, un frágil anciano de Cammoria a quien hubieron de ayudar para ponerse en pie y murmurar el nombre de Dolmant con quebradiza voz.

— Bien, Dolmant — constató Emban con burlona sorpresa —, parece que ya sólo faltamos vos y yo. ¿Hay alguien a quien queráis proponer como candidato, amigo mío?

— Os lo ruego, hermanos míos — suplicó Dolmant —, no hagáis esto.

— El patriarca de Demos no habla oportunamente — señaló con suavidad Ortzel —. Debe proponer un nombre o callar.

— Lo siento, Dolmant. — Emban sonrió —. Pero ya habéis oído lo que ha dicho. Oh, por cierto, yo uniré mi voz a la de los demás para nombraros a vos. ¿Estáis seguro de que no queréis proponer a nadie? — Aguardó —. Muy bien, pues. Son ciento veintiséis designaciones a favor del patriarca de Demos, un abandono y una abstención. ¿No es asombroso? ¿Vamos a votar, hermanos míos, o ahorraremos tiempo limitándonos a declarar archiprelado a Dolmant por aclamación? Guardaré silencio para escuchar vuestra respuesta.

— ¡Dolmant! — se alzó primero una sola voz, profunda, desde la parte inferior de las gradas.

— ¡Dolmant! — vociferaron pronto al unísono todos —. ¡Dolmant!

El clamor duró un rato, hasta que Emban levantó la mano pidiendo silencio.

— Siento tremendamente tener que ser yo el que os lo diga, viejo amigo — señaló, arrastrando las palabras, a Dolmant —, pero me parece que ya no sois un patriarca. ¿Por qué no os retiráis unos momentos al vestuario con un par de nuestros hermanos para que os ayuden a probaros vuestro nuevo hábito?

Capítulo dieciocho

En la Sala de audiencia todavía sonaba un griterío excitado. Los patriarcas iban y venían con semblantes exaltados por el suelo de mármol y Falquián oyó repetida una y otra vez, en tono admirado, la frase «inspirada por Dios» mientras se abría paso entre la multitud. Los tradicionalmente conservadores eclesiásticos, para quienes la mera sospecha de que una simple mujer hubiera guiado a la jerarquía en su toma de decisión era sencillamente impensable, recurrían a la oportuna noción de la inspiración divina para interpretar lo ocurrido. Era evidente que no era Ehlana quien había hablado, sino el propio Dios. Por el momento, a Falquián le tenía sin cuidado la teología. Lo que le preocupaba era la condición de su reina y, aunque la explicación de Stragen era verosímil, se trataba de su reina... y de su prometida. Falquián quería comprobar por sí mismo que se encontraba bien.

La reina parecía no sólo hallarse bien sino rebosante de salud cuando él abrió la puerta por la que la había sacado en brazos el rey Wargun. Parecía incluso un poco ridícula, con la espalda medio inclinada y la oreja pegada al lugar que un segundo antes había ocupado la puerta.

— Podríais haber escuchado mucho mejor desde vuestro asiento allá fuera en la sala, mi reina — observo Falquián.

— Oh, callad, Falquián — contestó cáusticamente ella —, y entrad y cerrad la puerta.

Falquián traspuso el umbral.

El rey Wargun estaba apoyado en la pared con la mirada algo extraviada y Mirtai permanecía cernida frente a él.

— Sacadme a esta dragona de delante, Falquián.

— ¿Habéis decidido no poner en evidencia las cualidades teatrales de mi reina, Su Majestad? — le pregunto Falquián con cortesía.

— ¿Y admitir que me ha tomado el pelo? No digáis absurdidades, Falquián. No iba a entrar corriendo allí y declarar que me había comportado como un burro en público. Sólo deseaba anunciarles a todos que vuestra reina estaba bien, pero no había llegado a la puerta cuando esta enorme mujer me ha acorralado. ¡Me ha amenazado, Falquián! A mí precisamente. ¿Veis esa silla de ahí?

Falquián miró hacia allí y vio una silla tapizada, de cuyo respaldo sobresalían por una brecha largas crines.

— Era una mera sugerencia, Falquián — arguyó suavemente Mirtai —. Quería que Wargun entendiera lo que podía pasar si tomaba una decisión equivocada. Ahora todo está en orden. Wargun y yo casi somos amigos. — Mirtai, según la costumbre que había notado en ella Falquián, omitía toda clase de tratamiento honorífico.

— Ha sido un gesto inadecuado amenazar con un cuchillo a un rey, Mirtai — la reprendió Falquián.

— No ha sacado ninguno — le aseguró Wargun —. Lo ha hecho con la rodilla —aclaró, estremeciéndose.

Falquián miró, desconcertado, a la mujer tamul.

Mirtai apartó el hábito con que iba disfrazada y se levantó la falda unos centímetros. Tal como le había dicho Talen, llevaba unos curvados cuchillos atados a las medias de tal modo que las hojas se prolongaban varios centímetros por la cara interior de las pantorrillas. Las dagas parecían muy afiladas, y también notó, de paso, que tenía hoyuelos en las rodillas.

— Es muy práctico para una mujer — explicó la tamul —. Los hombres a veces se ponen juguetones cuando no deben, y los cuchillos los convencen para que se vayan a jugar a otro sitio.

— ¿No es esto ilegal? — preguntó Wargun.

— ¿Querriáis tratar de arrestarla, Majestad?

— ¿Vais a parar todos de charlar? — les exigió Ehlana —. Parecéis una bandada de cotorras. Esto es lo que vamos a hacer. Dentro de unos minutos se van a apaciguar las cosas allá afuera. Entonces Wargun me escoltará de vuelta a la sala y Mirtai y Falquián vendrán detrás. Yo me apoyaré en el brazo de Wargun y presentaré la apropiada apariencia débil y temblorosa. Después de todo, me he desmayado o he recibido una visita divina..., según a cuál de los rumores que he oído sonar se conceda crédito. Nos conviene estar ocupando nuestros asientos antes de que el archiprelado salga para ocupar su trono.

— ¿Cómo vais a explicarles ese discurso, Ehlana? — inquirió Wargun.

— No pienso hacerlo — repuso —. No guardaré el menor recuerdo de lo sucedido. Ellos creerán lo que quieran, y nadie se atreverá a acusarme de mentirosa, porque Falquián o Mirtai los desafiarían en caso de hacerlo. — Entonces sonrió —. ¿Era el hombre que he elegido el que vos habíais pensado, querido? — preguntó a Falquián.

— Sí, creo que sí.

— En ese caso podréis agradecermelo como me merezco... cuando estemos solos. Muy bien pues, regresemos a la sala.

Todos presentaban el conveniente porte grave al volver a entrar en la estancia. Ehlana se apoyaba pesadamente en Wargun, con semblante macilento y exhausto. Se produjo un súbito y respetuoso silencio cuando los dos monarcas volvieron a ocupar sus puestos.

El patriarca Emban se adelantó, con preocupación patente en el rostro.

— ¿Se encuentra bien? — se inquietó.

— Parece que está un poco mejor — le respondió Falquián, sin recurrir exactamente a una mentira —. Dice que no recuerda nada de lo que ha dicho cuando se dirigía a la jerarquía. En su estado actual, sería preferible que no la acuciáramos con preguntas sobre esa cuestión, Su Ilustrísima.

— Comprendo perfectamente, Falquián — repuso Emban, dirigiendo una astuta mirada a Ehlana —. Expondré unas cuantas observaciones pertinentes a la jerarquía. — Sonrió a Ehlana —. Me alegra mucho ver que os sentís mejor, Su Majestad — dijo.

— Gracias, Su Ilustrísima — repuso ésta con temblorosa vocecilla.

Emban regresó al atril mientras Falquián y Mirtai volvían a la galería para reunirse con sus amigos.

— Hermanos míos — anunció —, estoy seguro de que a todos os complacerá saber que la reina Ehlana está recuperándose. Me ha pedido que os presente disculpas por cualquier cosa que haya podido decir durante su alocución. La salud de la reina todavía no es muy firme, me temo, y no debemos olvidar que viajó hasta Chyrellos incurriendo en un gran riesgo para su persona, impelida por el inquebrantable propósito de hallarse presente en nuestras deliberaciones.

Sonó un murmullo admirativo por tal devoción.

— Sería preferible, creo — continuó Emban —, que no interrogáramos demasiado

exhaustivamente a Su Majestad en lo concerniente al contenido de su discurso, del cual, al parecer, no conserva memoria. Ello no resulta en todo caso insólito dado lo débil de su condición. Existe tal vez otra explicación, pero me parece que la sensatez y la consideración por Su Majestad nos dictan que no prosigamos en tal dirección. — Sobre esa cuestión se forjaron más tarde leyendas.

Y entonces sonó una estridente fanfarria de trompetas, y la puerta que daba al lado izquierdo del trono se abrió, dando paso a Dolmant, flanqueado por Ortsel y Bergsten. El nuevo archiprelado vestía una sencilla sotana blanca y había recobrado la compostura en el rostro. A Falquián se le ocurrió de pronto una estrambótica idea. Había una marcada semejanza entre la blanca sotana de Dolmant y la túnica, también blanca, de Sephrenia. Tal coincidencia lo colocó al borde de la elaboración de una conjetura que habría tenido visos de herejía.

Los dos patriarcas, uno de Lamorkand y el otro de Thalesia, escoltaron a Dolmant hasta el trono, que alguien había descubierto durante su ausencia, y el archiprelado tomó asiento.

— ¿Y va Sarathi a dirigirnos unas palabras? — inquirió Emban, alejándose del atril y haciendo una genuflexión.

— ¿Sarathi? — susurró Talen a Berit.

— Es un nombre muy antiguo — explicó Berit en voz baja —. Cuando la Iglesia quedó finalmente unificada hará casi tres mil años, el primer archiprelado se llamaba Sarathi. Su nombre es recordado y honrado al utilizarlo para dar tratamiento a un archiprelado.

— Yo no he buscado esta distinción — les dijo Dolmant, sentado con aire grave en su trono de oro —, y me sentiría mucho más feliz si no hubierais considerado adecuado otorgármela a mí. Nuestra única esperanza, la de todos nosotros, es que ésta sea en verdad la voluntad de Dios. — Alzó ligeramente el rostro —. Ahora tenemos mucho que hacer. Solicitaré asistencia de muchos de vosotros y, como siempre sucede, se producirán cambios aquí en la basílica. Os ruego, hermanos míos, que no experimentéis sentimientos de pesar o de abatimiento porque se reasignen funciones en la Iglesia, pues ello siempre ha sido así cada vez que un archiprelado accede a este trono. Nuestra Santa Madre se enfrenta al más grave desafío padecido en medio milenio. Mi primera actuación ha de ser, por tanto, confirmar el estado de crisis de fe y decretar que éste continúe hasta que hayamos enfrentado el reto y vencido. Y ahora, queridos hermanos y amigos míos, roguemos y después nos separaremos e iremos a atender nuestras diversas obligaciones.

— Agradable y conciso — aprobó Ulath —. Sarathi está teniendo un buen comienzo.

— ¿Se encontraba en verdad la reina en un estado de crisis cuando ha pronunciado el discurso? — preguntó Kalten a Falquián, lleno de curiosidad.

— Por supuesto que no — bufó Falquián —. Sabía exactamente lo que hacía en cada momento.

— Ya imaginaba algo así. Me parece que tu matrimonio va a estar lleno de sorpresas, Falquián, pero eso tampoco está mal. Los imprevistos siempre mantienen alerta a un hombre.

Al salir, Falquián se rezagó para hablar un momento con Sephrenia y la encontró en un pasillo lateral enfrascada en conversación con un hombre que llevaba un hábito de monje. Cuando éste se volvió, sin embargo, Falquián vio que no era elenio, sino un estirio de barba plateada. El desconocido dedicó una reverencia al caballero que se aproximaba a ellos.

— Ahora me iré, querida hermana — comunicó a Sephrenia en estirio con voz profunda y rica que desmentía la edad que era evidente en su físico.

— No, Zalasta, quedaos — lo retuvo la mujer, posándole una mano en el brazo.

— No querría ofender a los caballeros de la Iglesia con mi presencia en su lugar sagrado, hermana.

— A Falquián le cuesta más ofenderse que al común de los caballeros de la Iglesia, mi querido amigo. — La mujer sonrió.

— ¿Éste es el legendario sir Falquián? — preguntó el hombre con cierta sorpresa —. Es un honor, caballero. — Lo saludó en un elenio con marcado acento estirio.

— Falquián — presentó Sephrenia —, éste es mi más viejo y querido amigo, Zalasta. Nos criamos juntos en el mismo pueblo.

— Me siento honrado, sioanda — dijo Falquián en estirio, realizando una reverencia. Sioanda era una palabra estiria que significaba «amigo de mi amigo».

— Los años han mermado la agudeza de mis ojos, parece — observó Zalasta —. Ahora que lo miro con más detenimiento a la cara, veo que en efecto éste es sir Falquián. La luz de su propósito resplandece a su alrededor.

— Zalasta nos ha ofrecido su ayuda, Falquián — le comunicó Sephrenia —. Es muy sabio y un gran conocedor de los secretos.

— Sería un honor para nosotros, docto señor — manifestó Falquián.

— Yo sólo podría prestaros un magro servicio en vuestra gesta, sir Falquián — restó importancia, sonriendo, el estirio —. Si me recubrieran de acero, estoy seguro de que me marchitaría como una flor.

— Es una afición elenia, docto señor — comentó Falquián, dándose un golpecito en el peto —, igual que los sombreros puntiagudos y los jubones de brocado. Es de esperar que llegue el día en que los armarios de vestimenta de acero pasen de moda.

— Siempre había considerado a los elenios como una raza carente de sentido del humor — señaló el estirio —, pero vos sois divertido, sir Falquián. Yo apenas os sería útil en vuestro viaje, pero puede que más adelante me halle en condiciones de asistirlos en otra cuestión de cierta importancia.

— ¿Un viaje? — inquirió Falquián.

— Ignoro adonde iréis vos y mi hermana, caballero, pero percibo muchas leguas aguardándoos a ambos. He venido a advertiros para que fortalezcáis vuestros corazones y obréis con suma prudencia. Un peligro eludido es a veces preferible a uno superado. — Zalasta miró a su alrededor —, Y mi presencia aquí es uno de esos peligros eludibles, creo. Vos tenéis un espíritu cosmopolita, Falquián, pero me parece que tal vez algunos de vuestros camaradas no sean tan liberales. — Se inclinó ante Falquián, besó las palmas de las manos de Sephrenia y luego se escabulló silenciosamente por la penumbra del corredor.

— No lo había visto desde hace más de un siglo — comentó Sephrenia —. Ha cambiado... apenas un poco.

— La mayoría de nosotros cambiaría en ese largo período, pequeña madre. — Falquián sonrió —. Excepto vos, claro está.

— Sois muy buen chico, Falquián. — Suspiró —. Todo parece tan lejano... Zalasta siempre era muy serio de pequeño. Incluso entonces daba muestras de una sabiduría increíble. Su percepción de los secretos es profunda.

— ¿Qué es ese viaje del que hablaba?

— ¿Queréis decir que no lo notáis? ¿No sentís la distancia que se extiende ante nosotros?

— No particularmente, no.

— Elenios — suspiró —. A veces me sorprende que seáis incluso capaces de advertir la sucesión de las estaciones.

— ¿Adonde iremos? — preguntó Falquián, haciendo caso omiso del sarcasmo.

— No lo sé. Ni siquiera Zalasta puede pronosticarlo. El futuro que nos espera es tenebroso, Falquián. Debería haberlo previsto, pero supongo que no me paré a reflexionar sobre ello. Ahora bien, lo que es seguro es que iremos a algún sitio. ¿Por qué no estáis con Ehlana?

— Los reyes se muestran muy solícitos con ella y no he podido acercarme. — Guardó silencio un instante —. Sephrenia, ella también la ve... Me refiero a la sombra. Creo que es probable que se deba a que lleva uno de los anillos.

— Sería una respuesta lógica ya que el Bhelliom es inservible sin las sortijas.

— ¿Representa eso un peligro para ella?

— Por supuesto que sí, Falquián, pero Ehlana ha estado expuesta al peligro desde el día en que nació.

— ¿No es ése un razonamiento un tanto fatalista?

— Tal vez. Ojalá yo pudiera ver esa sombra. Así podría identificarla con algo más de precisión.

— Puedo pedirle el anillo a Ehlana y entregaros los dos — se ofreció el caballero —. Después podéis sacar el Bhelliom de la bolsa. Casi os garantizo que en esas condiciones veréis la sombra.

— Ni lo mencionéis, Falquián. — La mujer se estremeció —. De bien poco os serviría si de repente me desvaneciera... de forma permanente.

— Sephrenia — preguntó con un deje de resquemor —, ¿fui yo el objeto de alguna clase de experimento? No paráis de advertir a todo el mundo que no toque el Bhelliom, pero ni os inmutasteis cuando me dijisteis que lo persiguiera y se lo quitara a Ghwerig. ¿No constituía ello un peligro también para mí? ¿Os limitasteis a esperar a ver si yo saltaba en pedazos al tocarlo con la mano?

— No seáis tan tonto, Falquián. Todo el mundo sabe que vos estabais destinado a controlar el Bhelliom.

— Yo no lo sabía.

— Mejor será no seguir en esta dirección, querido. Ya tenemos suficientes problemas. Limitaos a aceptar el hecho de que vos estáis vinculado al Bhelliom. Creo que esa sombra es lo que debe preocuparnos ahora. ¿Qué es y qué está haciendo?

— Parece que sigue al Bhelliom... y los anillos. ¿Podemos descartar los atentados de que fue responsable Perraine? ¿No era ello producto de una idea de Martel..., algo que tramó por su propia cuenta?

— No sé si sería prudente darlo por sentado. Martel controlaba a Perraine y cabe la posibilidad de que algo haya estado controlando a Martel... sin que ni siquiera él fuera consciente de ello.

— Preveo otra discusión de esas que me dan dolor de cabeza.

— Tomad simplemente precauciones, querido — le aconsejó —. No bajéis la guardia. Veamos si damos alcance a Ehlana. Se enfadará si no le dedicáis atención.

Todos se sentían algo cohibidos cuando se reunieron esa noche. En aquella ocasión, no obstante, el encuentro no tuvo lugar en el castillo pandion sino en una estancia de recargada decoración contigua a los aposentos personales del archiprelado, donde solían desarrollarse las asambleas de los más altos consejos de la Iglesia. Había sido Sarathi quien les había solicitado personalmente que acudieran allí. Todos habían atendido a la petición menos Tynian. Las paredes de la habitación estaban recubiertas con paneles y los cortinajes y alfombras de tonos azules completaban la ornamentación junto con un fresco de tema religioso que guarnecía el techo. Talen alzó la mirada y resopló con desdén.

— Yo podría hacer una obra mejor que ésta con la mano izquierda — declaró.

— Es una posibilidad — admitió Kurik —. Creo que voy a preguntarle a Dolmant si quiere decorar el techo de la nave de la basílica.

— Kurik — señaló Talen, algo desconcertado —, ese techo es más extenso que un pastizal de vacas. Tardaría cincuenta años en cubrirlo de pinturas.

— Eres joven — observó Kurik, encogiéndose de hombros —. El trabajo continuado podría mantenerte por el buen camino.

Se abrió la puerta y, al entrar Dolmant, todos se levantaron e hicieron una genuflexión.

— Por favor — les dijo cansinamente Dolmant —, os lo ruego, ahorradme ese gesto. Todo el mundo lo hace desde que la rematadamente lista reina de Elenia me ha metido a la fuerza en un sillón que yo no quería ocupar.

— Vaya, Sarathi — protestó la joven —, qué cosas decís.

— Tenemos varios asuntos que tomar en consideración, amigos míos — anunció Dolmant —, y decisiones que tomar. — Tomó asiento en el sitio preferente de la gran mesa de conferencia situada en el centro de la habitación —. Sentaos, os lo ruego, y centrémonos en el trabajo.

— ¿Para cuándo queréis que programemos vuestra coronación, Sarathi? — preguntó el patriarca Emban.

— Eso puede esperar. Primero hemos de echar a Otha del portal de nuestra casa. No creo que sea

bueno hacerlo aguardar. ¿Por dónde empezamos?

— Propondré algunas ideas y veremos cómo responde el resto — dijo el rey Wargun, mirando en derredor —. En mi opinión, tenemos dos opciones. Podemos marchar hacia el este hasta topar con los zemoquianos y luego combatir con ellos en campo abierto, o bien desplazarnos hasta encontrar un terreno adecuado en donde nos detendríamos para aguardarlos. La primera posibilidad mantendría a Otha más alejado de Chyrellos y la segunda nos proporcionaría tiempo para erigir fortificaciones. Ambos enfoques tienen sus ventajas e inconvenientes. — Volvió a mirar a su alrededor —. ¿Qué os parece? — inquirió.

— Creo que es necesario saber con qué tipo de fuerza habremos de enfrentarnos — señaló el rey Dregos.

— Zemoch cuenta con una gran cantidad de habitantes — observó el rey Obler.

— Eso es verdad. — Wargun frunció el entrecejo —. Crían como conejos.

— En ese caso hemos de prever que nos superarán en número — continuó Obler —. Si no he olvidado lo que sabía de estrategia militar, eso casi nos obligaría a adoptar posiciones defensivas. Habremos de someter a desgaste a las fuerzas de Otha antes de iniciar una ofensiva.

— Otro sitio — gruñó Komier —. Detesto los asedios.

— No siempre se obtiene lo que se desea, Komier — le hizo ver Abriel —. Pero existe una tercera opción, rey Wargun. Hay muchas plazas fuertes y castillos en Lamorkand que podríamos ocupar por la fuerza y retener. Otha no podría evitar atacarlos, porque, si no lo hiciera, las tropas acantonadas adentro saldrían y diezmarían sus reservas y destruirían sus carros de intendencia.

— Lord Abriel — apuntó Wargun —, esa estrategia nos diseminaría por todo Lamorkand Central.

— Reconozco que tiene sus desventajas — concedió Abriel —, pero la última vez que Otha invadió Occidente, salimos a su encuentro de frente en el lago Randera y con ello prácticamente despoblamos el continente, y Eosia tardó varios siglos en recuperarse. No estoy seguro de que queramos repetir ese desastre.

— Pero ganamos, ¿no? — arguyó sin matices Wargun.

— ¿De veras nos conviene volver a ganar a ese coste?

— Podría haber otra alternativa — declaró con calma Falquián.

— Ciertamente la escucharía con gusto — aceptó el preceptor Darellon —, porque ninguna de las que he oído hasta ahora acaba de convencerme.

— Sephrenia — preguntó Falquián —, ¿cuan poderoso es realmente el Bhelliom?

— Ya os he dicho que es el objeto más poderoso del mundo, querido.

— No es mala idea — aprobó Wargun —. Falquián podría utilizar el Bhelliom para eliminar escuadrones enteros del ejército de Otha. Por cierto, Falquián, ¿vais a devolver el Bhelliom a la casa real de Thalesia cuando hayáis acabado con él?

— Podríamos hablar de ello, Su Majestad — respondió Falquián —. Aunque no os serviría de gran cosa porque sin los anillos no tiene ningún valor, y por ahora yo no estoy muy predispuesto a entregaros el mío. Podéis preguntar a mi reina qué actitud tomaría respecto al suyo, si lo deseáis.

— Mi sortija se queda donde está — afirmó categóricamente Ehlana.

Falquián había estado meditando sobre el contenido de la conversación mantenida con Sephrenia. Cada vez sentía con mayor certeza que el resultado de la inminente batalla no iba a decidirlo el enfrentamiento de vastos ejércitos en Lamorkand Central tal como había sucedido quinientos años antes. No tenía ningún argumento con que justificar dicha certidumbre, ya que no lo había conducido a ella un razonamiento lógico sino un raptó intuitivo cuya naturaleza era más estiria que elenia. De algún modo sabía que cometería un error sumergiéndose en un ejército, lo cual no sólo supondría una demora en algo que debía hacer, sino que representaría también un peligro. Si la subversión de Perraine no había sido un acto independiente por parte de Martel, estaría exponiéndose a sí mismo y a sus amigos a miles de potenciales enemigos, todos absolutamente inidentificables y armados hasta los dientes. Tenía que evitar por todos los medios la proximidad de

un ejército, aunque éste fuera elenio. Esa idea era más producto de la necesidad que de cualquier convicción de que fuera a surtir un efecto positivo.

— ¿Posee suficiente poder el Bhelliom para destruir a Azash? — preguntó a Sephrenia, con intención de confirmar ante los demás una respuesta que ya conocía.

— ¿Qué decís, Falquián? — replicó la mujer con tono de profundo estupor —. Estáis hablando de destruir a un dios. El mundo entero tiembla sólo al sugerirlo.

— No he introducido la cuestión para iniciar un debate teológico — precisó —. ¿Sería capaz de hacerlo el Bhelliom?

— No lo sé. Nadie ha tenido jamás la temeridad ni tan sólo de plantearse.

— ¿Cuál es el aspecto más vulnerable de Azash?

— Sólo lo es en su confinamiento. Los dioses menores de Estiria lo encadenaron al interior del ídolo de barro que encontró Otha hace siglos. Ése es uno de los motivos por los que está buscando el Bhelliom con tanta desesperación, pues sólo la Rosa de Zafiro puede liberarlo.

— ¿Y si se destruyera el ídolo?

— Azash sería destruido con él.

— Y qué ocurriría si yo fuera a la ciudad de Zemoch, descubriera que no puedo eliminar a Azash con el Bhelliom e hiciera entonces pedazos la joya?

— La ciudad quedaría reducida a polvo — repuso con voz turbada —, y lo mismo sucedería con las cadenas montañosas colindantes.

— En ese caso no puedo perder, ¿no es cierto? De todas formas, Azash dejaría de existir. Y, si es verdad lo que nos dijo Krager, Otha también se encuentra en Zemoch, junto con Martel, Annias y otros secuaces suyos. Podría liquidarlos a todos. Una vez desaparecidos Azash y Otha, la invasión zemoquiana cesaría, ¿no creéis?

— Estáis hablando de desperdiciar vuestra propia vida, Falquián — advirtió Vanion.

— Mejor una vida que millones.

— ¡Os lo prohíbo terminantemente! — gritó Ehlana.

— Perdonadme, mi reina — adujo Falquián —, pero vos me ordenasteis que les cortara las alas a Annias y a los otros y ahora no podéis rescindir dicha orden..., al menos no a mí.

Alguien llamó educadamente a la puerta y entonces entró Tynian con el domi, Kring.

— Siento llegar tarde — se disculpó el caballero deirano —. El domi y yo estábamos ocupados revisando mapas. Por alguna razón desconocida, los zemoquianos han enviado fuerzas más al norte de sus campamentos principales instalados en la frontera lamorkandiana. Toda Kelosia Oriental está infestada de ellos.

— Ah, aquí estáis, mi rey — saludó Kring con relucientes ojos al ver al rey Soros —. Os he estado buscando por todas partes. Tengo toda clase de orejas zemoquianas que querría venderos. El rey Soros, que al parecer aún tenía la garganta afectada, susurró algo.

— Todo empieza a encajar — aseguró Falquián al consejo —. Krager nos dijo que Martel se llevaba a Annias a la ciudad de Zemoch para buscar refugio en Otha. — Reclinó la espalda contra la silla —. Creo que la solución final al problema que viene planteándonos durante los últimos cinco siglos reside en la ciudad de Zemoch y no en las llanuras de Lamorkand. Azash es nuestro enemigo, no Martel, Annias, Otha o sus zemoquianos, y ahora contamos con los medios para destruir a Azash de una vez por todas. ¿No sería de necios no aprovecharlos? Podría desgastar los pétalos del Bhelliom liquidando unidades de infantería zemoquianas con él, y todos envejeceríamos y nos volveríamos canosos en algún cambiadizo campo de batalla al norte del lago Cammorria. ¿No sería mejor encararnos a la raíz del problema..., al propio Azash? Acabemos definitivamente con esta plaga para que no siga aflorando cada medio milenio.

— Es estratégicamente descabellado — se pronunció sin ambages Vanion.

— Excusadme, amigo mío, pero ¿qué tiene de sensatez estratégica someterse a una situación de punto muerto en un campo de batalla? Fue necesario más de un siglo para recuperar las pérdidas habidas en la última batalla entre los zemoquianos y Occidente. De esta manera tenemos al menos

la posibilidad de terminar para siempre. Si parece que el plan no es viable, destruiré el Bhelliom y entonces Azash no tendrá ningún motivo para volver hacia poniente y seguramente irá a importunar a los tamules o a otros pueblos.

— Nunca conseguiríais llegar, Falquián — señaló el preceptor Abriel —. Ya habéis oído lo que ha dicho este keloi. Hay zemoquianos en Kelosia Oriental, sin contar los estacionados en Lamorkand Oriental. ¿Os proponéis abriros vos solo paso entre ellos a golpe de espada?

— Creo que ellos mismos me cederán el paso, mi señor. Martel se dirige al norte..., al menos así lo afirmó. Es posible que siga en el mismo sentido hasta Paler, o puede que no, lo cual carece de importancia porque yo pienso seguirlo vaya a donde vaya. Él quiere que lo siga. Lo dejó muy claro en ese sótano y se cuidó bien de asegurarse de que yo lo había oído porque su intención es entregarme a Azash. Me parece que puedo confiar en que no me pondrá impedimentos en el camino. Sé que suena algo extraño, pero creo que esta vez podemos fiarnos de Martel. Si tuviera que hacerlo, desenvainaría la espada para despejarme los obstáculos. — Sonrió desapaciblemente —. Me llega al corazón la tierna inquietud de mi hermano por mi bienestar. — Miró a Sephrenia —. Habéis dicho que incluso el sugerimiento de la destrucción de un dios era algo impensable, ¿no es así? ¿Cuál sería la reacción general ante la idea de destruir el Bhelliom?

— Eso aún es más impensable, Falquián.

— Entonces nunca se les ocurrirá pensar que yo podría proponérmelo.

La estiria sacudió en silencio la cabeza y lo miró con inusitado temor en los ojos.

— Ésa es la ventaja que tenemos de nuestra parte, mis señores — declaró Falquián —. Yo puedo destruir la única cosa que nadie se avendría a creer que osara desperdiciar. Puedo destruir el Bhelliom... o amenazar con hacerlo. Tengo el presentimiento de que la gente... y los dioses... van a empezar a apartarse de mi camino si hago eso.

El preceptor Abriel seguía manifestando su disconformidad meneando la cabeza.

— Vais a tratar de abriros paso entre primitivos zemoquianos diseminados por Kelosia Oriental y a lo largo de la frontera, Falquián, personas tan salvajes sobre las que ni siquiera Otha ejerce control.

— ¿Me otorgáis permiso para hablar, Sarathi? — pidió Kring con tono de marcado respeto.

— Desde luego, hijo mío — se lo concedió Dolmant un tanto desconcertado, pues no tenía idea de quién era aquel fiero personaje.

— Yo puedo haceros cruzar Kelosia Oriental y parte de Zemoch, amigo Falquián — aseguró Kring —. Si los zemoquianos están dispersados, mis jinetes cabalgarán entre ellos dejando una ringlera de cadáveres de ocho kilómetros de ancho desde Paler hasta la frontera zemoquiiana..., todo menos sus orejas derechas, por supuesto.

Kring esbozó una amplia sonrisa lobuna y miró en derredor con ademán de complacencia. Entonces vio a Mirtai, que estaba recatadamente sentada al lado de Ehlana, y se le desorbitaron los ojos y se puso primero pálido y luego rojo como la grana. Después suspiró con anhelo.

— Yo no lo haría en vuestro lugar — le avisó Falquián.

— ¿Cómo?

— Os lo explicaré después.

— Lamento admitirlo — declaró Bevier —, pero este plan cada vez me parece mejor. No deberíamos topar con muchas trabas para llegar a la capital de Otha.

— ¿Deberíamos? — inquirió Kalten.

— Nosotros lo acompañaríamos, ¿verdad, Kalten?

— ¿Existe alguna posibilidad de llevar esto a buen término, pequeña madre? — preguntó Vanion.

— ¡No, lord Vanion, ninguna! — se interfirió Ehlana —. Falquián no puede ir a Zemoch y utilizar el Bhelliom para liquidar a Azash porque no dispone de los dos anillos. Yo tengo uno de ellos y tendrá que matarme para quitármelo.

Aquello era algo que Falquián no había tomado en cuenta.

— Mi reina... — se dispuso a argüir.

— ¡No os he dado venia para hablar, sir Falquián! — le espetó —. ¡No vais a seguir adelante con ese vano y temerario propósito! ¡No vais a inmolar vuestra vida! ¡Vuestra vida es mía, Falquián! ¡No tenéis nuestro permiso para privarnos de ella!

— Ha quedado bien claro — observó Wargun —, lo cual nos devuelve de nuevo al punto de partida.

— Tal vez no — disintió Dolmant en voz baja, poniéndose en pie —. Reina Ehlana — dijo con severidad —, ¿vais a someteros a la voluntad de nuestra Santa Madre, la Iglesia?

La soberana le dirigió una mirada desafiante.

— ¿Lo haréis?

— Soy una hija fiel de la Iglesia — reconoció lentamente.

— Me alegra oírlo, hija mía. La Iglesia os ordena que dejéis en sus manos esa baratija durante un breve período de tiempo de manera que ella puede utilizarla en el fomento de su labor.

— Esto no es justo, Dolmant — lo acusó.

— ¿Vais a retar a la Iglesia, Ehlana?

— ¡No..., no puedo! — chilló.

— Entonces dadme el anillo. — El archiprelado tendió la mano.

Anegada en lágrimas, Ehlana le agarró los brazos y hundió la cara en su sotana.

— Dadme el anillo, Ehlana — repitió Dolmant.

La reina alzó la mirada y se secó decididamente las lágrimas con la mano.

— Sólo con una condición, Sarathi — contraatacó.

— ¿Vais a regatear con nuestra Santa Madre?

— No, Sarathi, me limito a obedecer sus anteriores mandatos. Ella nos exhorta a casarnos con el fin de incrementar la congregación de sus fieles. Os entregaré el anillo a vos el día en que nos unáis a mí y a Falquián en matrimonio. He trabajado muy duro para comprometerlo como para dejarlo escapar ahora. ¿Consentirá cumplir mi deseo nuestra Santa Madre?

— A mí me parece correcto — acordó Dolmant, sonriendo bondadosamente a Falquián, que miraba boquiabierto cómo los dos comerciaban con él como si se tratara de una simple mercadería. Ehlana dio muestras de poseer buena memoria y, tal como le había enseñado Platimo, se escupió en la mano.

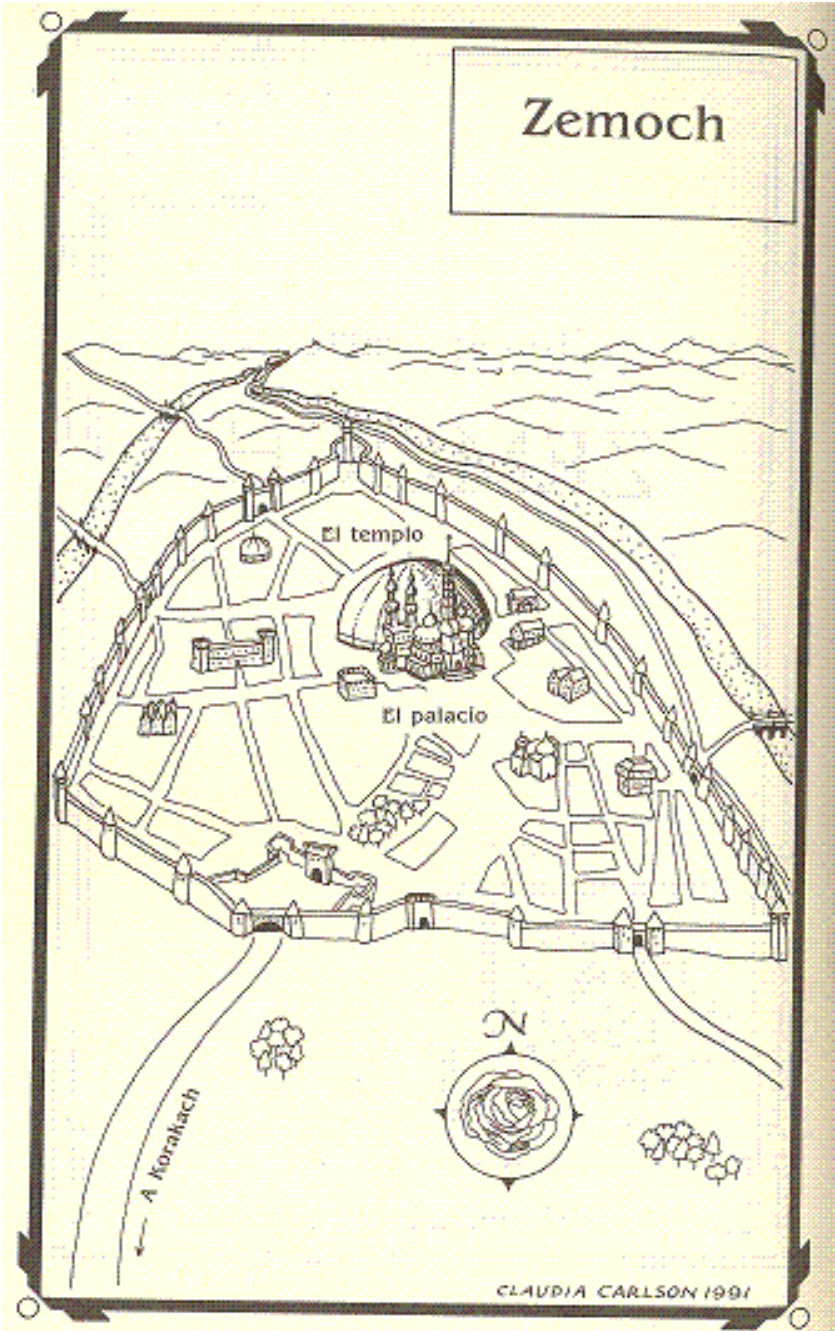
— ¡Hecho, pues! — dijo.

Dolmant, que llevaba mucho tiempo en el mundo, reconoció su gesto y lo imitó.

— ¡Hecho! — aceptó, y los dos juntaron las palmas de las manos, sellando el destino de Falquián.

Tercera parte

ZEMOCH



Capítulo diecinueve

Hacia frío en la habitación. El calor del desierto se evaporaba cuando se ponía el sol, y la madrugada estaba siempre presidida por una árida gelidez. Falquián miraba por la ventana al tiempo que la aterciopelada noche se desteñía y las sombras de la calle se replegaban en los rincones y en los zaguanes, sustituidas por una pálida tonalidad plomiza que no era tanto luz como ausencia de oscuridad.

Entonces la primera de ellas surgió de un callejón en penumbra con una vasija de arcilla apuntalada al hombro, vestida de pies a cabeza de negro y con un velo también negro tapándole la mitad de la cara. Se movía entre la incolora luz con una gracia tan exquisita que casi acongojaba a Falquián. Después llegaron las otras. Una a una fueron aflorando de portales y callejas para sumarse a la silenciosa procesión, todas con su vasija de barro al hombro, siguiendo un ritual tan antiguo que se había convertido en algo instintivo. Fuera cual fuese la actividad con que iniciaban el día los hombres, las mujeres comenzaban inevitablemente el suyo yendo al pozo.

— Mahkra — dijo Lillias, agitando, con voz cargada de sueño — vuelve a la cama.

Oía las campanas en la lejanía, destacándose sobre los incesantes mugidos de las vacas medio salvajes encerradas en los patios que lo rodeaban. Sabedor de que la religión de aquel reino no recomendaba el uso de las campanas, Falquián tenía la certeza de que su tañido procedía de un lugar donde se reunían miembros de su propia fe. Como no tenía otro sitio adonde ir, avanzaba tambaleante en dirección a aquel sonido. La empuñadura de su espada tenía un tacto resbaladizo a causa de la sangre, y el arma se le antojaba terriblemente pesada ahora. Quería librarse de su peso, y habría sido sencillo permitir que se le deslizara entre los dedos y dejar que se perdiera en esa oscuridad fétida de excrementos. Pero un verdadero caballero sólo soltaba su espada impelido por la muerte, y por ello Falquián cerraba tenazmente la mano en torno a su puño y continuaba andando con paso pesado, en pos de las campanas. Tenía frío, y la sangre que manaba de sus heridas parecía muy cálida, casi reconfortante. Siguió, dando traspiés, cercado por la fría noche, calentado por la sangre que fluía de su costado.

— Falquián. — Era la voz de Kurik, que lo zarandeaba con firmeza por el hombro —. Falquián, despertad. Volvéis a sufrir una pesadilla.

Falquián abrió los ojos. Sudaba copiosamente.

— ¿La misma? — inquirió Kurik.

Falquián asintió con la cabeza.

— Tal vez podáis libraros de ella cuando hayáis matado por fin a Martel.

Falquián se incorporó en la cama.

— Pensaba que quizás esta noche habría sido distinta — comentó Kurik, sonriendo —. Después de todo, hoy es el día de vuestra boda.

Los novios siempre tienen sueños inquietantes la noche anterior a la boda. Es una especie de vieja costumbre.

— ¿Tuviste el sueño turbado la noche antes de desposar a Aslade?

— Oh, sí. — Kurik se echó a reír —. Algo me perseguía y yo tenía que llegar a la costa para poder embarcar y escapar. El único problema era que no paraban de cambiar el océano de sitio. ¿Queréis desayunar ahora o preferís esperar a haberos bañado y que os haya afeitado?

— Puedo afeitarme yo mismo.

— Sería mala idea hacerlo hoy. Mostradme la mano.

Falquián extendió la mano derecha y comprobó que temblaba de forma manifiesta.

— Definitivamente no deberíais intentar afeitaros hoy, mi señor. Digamos que éste es el presente de bodas que dedico a la reina. No voy a dejar que vayáis al lecho nupcial con la cara llena de marcas.

— ¿Qué hora es?

— Falta una media hora para el amanecer. Levantaos, Falquián. Os era un largo día. Ah, por cierto, Ehlana os ha mandado un regalo. Llegó anoche cuando ya estabais dormido.

— Debiste despertarme.

— ¿Para qué? No podéis llevarlo puesto en la cama.

— ¿Qué es?

— Vuestra corona, mi señor.

— ¿Mi que?

— Corona. Es una especie de sombrero. Aunque no os protegerá mucho en lo que al mal tiempo se refiere.

— ¿En qué estará pensando?

— En la propiedad, mi señor. Sois el príncipe consorte... o lo seréis esta noche. No es una mala corona... Más o menos como todas: oro, joyas, ese tipo de cosas.

— ¿De dónde la sacó?

— La encargó justo después de que abandonarais Cimmura para venir aquí. La traje consigo... digamos que por el mismo motivo que un pescador siempre lleva un sedal y un anzuelo en el bolsillo. Deduzco que vuestra novia no quería estar desprevenida en caso de que se presentara la ocasión. Quiere que yo la lleve sobre un cojín de terciopelo durante la ceremonia de esta noche y, en cuanto estéis casados, os la pondrá en la cabeza.

— Tonterías — bufó Falquián, sacando las piernas de la cama.

— Puede que sí, pero con el tiempo aprenderéis que las mujeres ven el mundo de manera diferente de como lo perciben los hombres. Es una de las cosas que aportan interés a la vida. Y ahora, ¿qué va a ser primero? ¿El desayuno o el baño?

Aquella mañana se reunieron en el castillo, dada la agitación que reinaba en la basílica. Los cambios que Dolmant había decidido adoptar se habían difundido entre el clero y éste rebullía confusamente igual que se agitan las hormigas desahuciadas por el destrozo de su hormiguero. El monumental patriarca Bergsten, todavía vestido con la cota de mallas y tocado con el yelmo con cornamenta de ogro, sonrió al entrar en el estudio de sir Nashan y dejó apoyada su hacha de guerra en un rincón.

— ¿Dónde está Emban? — le preguntó el rey Wargun —. ¿Y Ortzel?

— Están ocupados despidiendo a la gente. Sarathi está haciendo una limpieza minuciosa de la basílica. Emban ha trazado una lista de individuos indeseables, y las comunidades de un buen número de monasterios están experimentando un inusitado incremento de miembros.

— ¿Makova? — inquirió Tynian.

— Estaba entre los primeros que han de marcharse.

— ¿Quién es el primer secretario? — preguntó el rey Dregos.

— ¿Quién pensáis que puede ser? Emban, por supuesto, y Ortzel es el nuevo director del colegio de teólogos, un cargo más que indicado para él.

— ¿Y vos? — se interesó Wargun.

— Sarathi me ha concedido una posición un tanto especializada — repuso Bergsten —. Todavía no hemos encontrado un nombre para definirla. — Miró con cierta dosis de severidad a los caballeros de la Iglesia —. Hace tiempo que las órdenes militantes mantienen diferencias entre sí — les dijo —. Sarathi me ha pedido que ponga fin a ello — Bajó con ademán ominoso las enmarañadas cejas —. Confío en que nos entendamos, caballeros.

Los preceptores intercambiaron nerviosas miradas.

— Ahora — continuó Bergsten —, ¿hemos tomado alguna decisión?

— Todavía estamos debatiéndolo, Su Ilustrísima — respondió Vanion que tenía el rostro extrañamente ceniciento esa mañana y aspecto de no encontrarse muy bien. Falquián a veces olvidaba que Vanion era algo más viejo que él —. Falquián sigue inclinándose por el suicidio, y nosotros no hemos conseguido ofrecer alternativas convincentes. El resto de los caballeros de la Iglesia partirán mañana para ocupar varias fortalezas y castillos de Lamorkand, y el ejército saldrá tras ellos en cuanto se haya organizado.

Bergsten asintió.

— ¿Qué vais a hacer exactamente, Falquián?

— Pensaba ir a destruir a Azash, matar a Martel, Otha y Annias y luego volver a casa, Su Ilustrísima.

— Muy gracioso — comentó Bergsten con sequedad —. Detalles, hombre. Dadme detalles. Tengo que presentarle un informe a Sarathi y a él le encantan los detalles.

— Sí, Su Ilustrísima. Todos hemos convenido en que no tenemos grandes posibilidades de dar alcance a Martel y su comitiva antes de que lleguen a Zemoch. Nos lleva tres días de ventaja, contando hoy. Martel trata con muy poco miramiento a los caballos y cuenta con poderosos incentivos para mantenernos la delantera.

— ¿Vais a seguirlo, o cabalgaréis simplemente directo hacia la frontera zemoquiana?

— Esta cuestión no está sujeta a una determinación rígida, Su Ilustrísima — repuso pensativamente Falquián, apoyándose en la silla —. Me gustaría alcanzar a Martel, por supuesto, pero no voy a dejar que ello me haga desviarme del camino. Mi objetivo primordial es llegar a la ciudad de Zemoch antes de que estalle una guerra generalizada en Lamorkand Central. Tuve una conversación con Krager, y él dice que Martel se propone seguir rumbo norte hasta algún lugar de Kelosia desde el que entraría en Zemoch. Mi intención coincide aproximadamente con la suya, de modo que lo seguiré... pero sólo hasta un determinado punto. No voy a desperdiciar el tiempo persiguiendo a Martel por todo el norte de Kelosia. Si empieza a dar rodeos, prescindiré de él e iré directamente a Zemoch. Le sigo la corriente a Martel desde que regresé de Rendor y no creo que continúe haciéndolo.

— ¿Cómo pensáis eludir a todos los zemoquianos dispersados por Kelosia Oriental?

— Ahí es donde intervengo yo, Su Ilustrísima — le anunció Kring —. Hay un paso que conduce hasta el interior y cuya existencia ignoran los zemoquianos. Mis jinetes y yo lo utilizamos desde hace años... Cada vez que escasean las orejas en la frontera. — Calló de repente y miró con consternación al rey Soros, pero el rey de Kelosia estaba distraído rezando y no parecía haber escuchado la involuntaria confesión del domi.

— Eso es más o menos todo, Su Ilustrísima — concluyó Falquián —. Nadie sabe a ciencia cierta lo que ocurre en Zemoch, de manera que habremos de improvisar cuando llegemos allí.

— ¿Cuántos iréis? — inquirió Bergsten.

— El grupo habitual. Cinco caballeros, Kurik, Berit y Sephrenia.

— ¿Y yo qué? — objetó Talen.

— Tú vas a regresar a Cimmura, jovencito — le dijo Sephrenia —. Ehlana se ocupará de vigilarte. Te quedarás en el palacio hasta que volvamos nosotros.

— ¡Eso no es justo!

— La vida está llena de injusticias, Talen. Falquián y tu padre tienen planes para ti, y no están

dispuestos a permitir que expongas tu vida y no les des ocasión de ponerlos en práctica.

— ¿Puedo solicitar refugio en la Iglesia, Su Ilustrísima? — se apresuró a preguntar Talen a Bergsten.

— No, me parece que no — replicó el patriarca vestido con armadura.

— No imagináis lo decepcionado que estoy con nuestra Santa Madre, Su Ilustrísima — se enfurruñó Talen —. Sólo por eso, creo que después de todo no seguiré la carrera eclesiástica.

— Loado sea Dios — murmuró Bergsten.

— Amén — suspiró Abriel.

— ¿Puedo irme? — inquirió Talen, picado.

— No. — Era Berit, que estaba sentado de brazos cruzados junto a la puerta con una pierna extendida para cerrarle el paso.

Talen volvió a sentarse con expresión dolida.

El resto de la discusión se centró en el despliegue de tropas en las diversas fortalezas y castillos de Lamorkand Central y, como Falquián y sus amigos no iban a participar en dicha operación, el novio dejó vagar la atención y, sin pensar en nada coherente, se quedó mirando el suelo con ojos muy abiertos.

La reunión se disolvió alrededor de mediodía y todos fueron desfilando hacia afuera con objeto de atender a los preparativos y quehaceres que los aguardaban.

— Amigo Falquián — lo llamó Kring cuando abandonaban el estudio de sir Nashan —, ¿puedo hablar un momento con vos?

— Desde luego, domi.

— Es algo personal.

Falquián asintió y condujo al jefe de los keloi a una pequeña capilla cercana. Ambos realizaron una somera genuflexión ante el altar y luego se sentaron en un banco de madera.

— ¿De qué se trata, Kring? — inquirió Falquián.

— Yo soy un hombre sencillo, amigo Falquián — comenzó Kring —, así que iré al grano. Me gusta mucho esa alta y hermosa mujer que cuida de la reina de Elenia.

— Me ha parecido percibir algo por el estilo.

— ¿Creéis que tengo alguna posibilidad con ella? — Kring tenía una expresión anhelante.

— No estoy muy seguro, amigo mío — le respondió Falquián —. Apenas conozco a Mirtai.

— ¿Se llama así? No he tenido ocasión de averiguarlo. Mirtai... Suena bien, ¿verdad? Todo en ella es perfecto. Tengo que preguntaros esto: ¿está casada?

— Me parece que no.

— Estupendo. Siempre es engorroso cortejar a una mujer si antes hay que matar al marido, lo cual constituye un mal comienzo.

— Creo que deberíais saber que Mirtai no es elenia, Kring. Es una tamul, y su cultura y su religión son distintas de las nuestras. ¿Son honorables vuestras intenciones?

— Por supuesto. La tengo en demasiada consideración para insultarla.

— Ese es el primer paso. Si le hicierais cualquier otro tipo de propuesta, probablemente os mataría.

— ¿Que me mataría?. — Kring pestañeó, estupefacto.

— Es una guerrera, Kring. No se parece a ninguna otra mujer que hayáis conocido.

— Las mujeres no pueden ser guerreras.

— Las elenias, no, pero, como os he dicho, Mirtai es una atan tamul, y ellos no ven las cosas del mismo modo que nosotros. Según tengo entendido, ya ha matado a diez hombres.

— ¿Diez? — exclamó Kring, incrédulo, tragando saliva —. Esto va a ser un problema, Falquián. — Kring irguió los hombros —. Pero da igual. Tal vez después de casarme con ella consiga enseñarle a comportarse como Dios manda.

— Yo no apostaría nada por ello, amigo mío. Si va a haber alguien que enseñe, no creo que esa persona seáis vos. Os aconsejo que abandonéis la idea, Kring. Os aprecio y no querría ver cómo

acabáis muerto.

— Tendré que pensar en esto, Falquián — admitió Kring con voz turbada —. Esta es una situación muy irregular.

— Sí.

— De todas formas, ¿puedo pedirlos que me sirváis de oma?.

— No comprendo esa palabra.

— Significa amigo. El que se dirige a la mujer... y a su padre y hermanos. Empezáis diciéndole a ella lo mucho que me atrae y luego lo buen hombre que soy... Lo normal, ya me entendéis: qué gran líder que soy, los muchos caballos que poseo, la gran cantidad de orejas que he cortado y lo buen guerrero que soy.

— Eso último debería impresionarla.

— Es simplemente la pura verdad, Falquián. En fin de cuentas, soy el mejor. Tendré tiempo para reflexionar sobre ello durante todo el camino hasta Zemoch. No obstante, podríais mencionárselo a ella antes de que nos vayamos..., sólo para que ella tenga algo en que pensar. Oh, casi lo olvidaba. Podéis decirle que también soy poeta. Eso siempre causa buena impresión en las mujeres.

— Haré lo que pueda, domi — prometió Falquián.

La reacción de Mirtai no fue muy prometedora cuando Falquián sacó a colación el tema esa tarde.

— ¿Ese calvo bajito y patizambo? — inquirió azorada —. ¿Ese que tiene la cara llena de cicatrices? — Después se derrumbó en una silla, riendo de manera incontrolable.

— Bueno — murmuró filosóficamente Falquián al irse —. Al menos lo he intentado.

Aquélla iba a ser una boda poco convencional, en primer lugar porque no había en Chyrellos mujeres de la nobleza elenia para acompañar a Ehlana. Las únicas dos damas por quienes sentía apego eran Sephrenia y Mirtai. El hecho de que la reina insistiera en la presencia de ambas hizo enarcar más de una ceja, e incluso el mundano Dolmant lo vio con malos ojos.

— No podéis hacer asistir a dos paganas a una ceremonia religiosa en la nave de la basílica, Ehlana.

— Es mi boda, Dolmant, y puedo hacer lo que quiera. Sephrenia y Mirtai van a componer mi séquito.

— Os lo prohíbo.

— Bien. — Sus ojos expresaban la dureza de un pedernal —. Sin séquito, no hay boda... y, si no hay boda, mi anillo se queda donde está.

— Es una joven intratable, Falquián — bufó de cólera el archiprelado al abandonar la habitación donde Ehlana realizaba sus preparativos.

— Nosotros preferimos la palabra «enérgica», Sarathi — replicó con calma Falquián.

El caballero pandion vestía un traje de terciopelo negro con ribetes plateados, ya que Ehlana había rechazado de plano la idea de que fuera al altar enfundado en su armadura.

— No quiero que tenga que venir un herrero a nuestro dormitorio para desnudaros, cariño — le había dicho —. Si necesitáis ayuda, yo os la proporcionaré... pero no quiero romperme todas las uñas al hacerlo.

Había cientos de nobles en los ejércitos de Eosia Occidental y legiones de clérigos en la basílica, de manera que aquella tarde los cirios que la vasta nave iluminaron una multitud casi tan nutrida como la que se había congregado el día del funeral del venerable Clovunus. El coro entonaba alegres himnos mientras iban entrando los invitados, y el incienso perfumaba el aire.

Falquián aguardaba nerviosamente en el vestidor con las personas le iban a componer su séquito. Sus amigos estaban todos allí, por supuesto: Kaltén, Tynian, Bevier, Ulath y el domi, y también Kurik, Berit y los preceptores de las cuatro órdenes. A Ehlana iban a acompañarla, además de Sephrenia y Mirtai, los reyes de Eosia Occidental y, curiosamente, Platimo, Stragen y Talen. La reina no había explicado los motivos de tales elecciones, aunque era posible que tal vez no existiera ninguno.

— No hagáis eso, Falquián — advirtió Kurik a su señor.

— ¿Que no haga qué?

— Tiraros de ese modo del cuello del jubón. Vais a desgarrarlo.

— El sastre lo cortó demasiado ajustado. Parece un dogal.

Kurik miró, divertido, a Falquián sin añadir nada. Se abrió la puerta y Emban asomó su sudorosa cara, iluminada por una gran sonrisa.

— ¿Estamos ya casi a punto? — preguntó.

— Comencemos de una vez — dijo Falquián con brusquedad.

— Veo que nuestro novio está impacientándose — observó Emban —. ¡Ah, quién volviera a ser joven! El coro va a cantar la tradicional marcha nupcial — anunció —. Estoy seguro de que algunos de vosotros la conocéis. Cuando entonen la nota final, yo abriré la puerta y entonces, caballeros, escoltaréis al altar a nuestro cordero del sacrificio. Por favor, no dejéis que escape. Eso siempre desluce la ceremonia. — Rió maliciosamente entre dientes y volvió a cerrar la puerta.

— Un hombrecillo extremadamente desagradable — gruñó Falquián.

— Oh, no sé — disintió Kaltén —. A mí me cae bien.

La marcha nupcial era una de las piezas más antiguas de música sacra del repertorio de la fe elenia, un canto a la alegría al que las novias solían prestar gran atención y que los novios, por otro lado, raras veces oían.

Cuando cesaron los últimos acordes, el patriarca Emban abrió la puerta con una floritura, y los amigos de Falquián formaron filas a su alrededor para escoltarlo por el pasillo central de la nave. Sería tal vez inapropiado aquí detenernos en las semejanzas que tal procesión presentaba con la pina de alguaciles que acompañaban a un prisionero hasta el patíbulo.

Se dirigieron directamente al altar, donde ataviado de blanco con ribetes dorados, los aguardaba el patriarca Dolmant.

— Ah, hijo mío — lo saludó Dolmant con una tenue sonrisa —, habéis sido muy considerado al reunirnos con nosotros.

Falquián no se molestó en contestar. Lo que sí hizo, no obstante, fue reparar con harta amargura en el hecho de que todos sus amigos consideraban que aquella ocasión ofrecía toda clase de oportunidades para ejercitar su sentido del humor.

Después, tras una pausa de conveniente duración, durante la cual todos los asistentes se pusieron en pie, guardaron silencio y alargaron el cuello hacia la parte posterior de la nave, el coro entonó el himno procesional, y la comitiva de la novia surgió de ambos lados del vestíbulo. En primer lugar, una a cada lado, iban Sephrenia y Mirtai, en cuya disparidad de tamaño no repararon al punto los observadores. Lo que sí llamó la atención y levantó un murmullo de estupefacción entre la multitud fue el detalle evidente de que ambas eran paganas. El vestido blanco de Sephrenia era casi retadoramente estirio. Una guirnalda de flores le rodeaba la frente, y tenía el semblante sereno. Mirtai vestía una túnica de estilo desconocido en Elenia. La prenda, de un azul intenso y que no parecía tener costuras, iba prendida a cada hombro con un broche y una larga cadena de oro lo ceñía bajo el busto, cruzaba la espalda de la mujer tamul, le rodeaba la cintura y seguía pegada a sus caderas hasta el intrincado nudo de la parte delantera del que pendían los cabos, adornados con borlas, casi hasta rozar el suelo. Los dorados brazos quedaban descubiertos hasta los hombros, revelando una lisura sin tacha y al tiempo una recia musculatura. Llevaba sandalias doradas y el reluciente pelo negro, ahora destrenzado, le caía suavemente por la espalda, casi hasta media pierna, sujeto a la altura de la frente por una simple cinta plateada. En las muñecas llevaba, en lugar de brazaletes, esposas de acero bruñido damasquinadas en oro y, como concesión a la sensibilidad elenia, no llevaba arma visible alguna.

El domi Kring suspiró ansiosamente cuando entró y avanzó lentamente junto a Sephrenia por la nave lateral en dirección al altar.

Volvió a producirse la pausa consuetudinaria y entonces, apoyando livianamente la mano en el brazo del anciano rey Obler, la novia salió del vestíbulo y se detuvo para que todos los presentes

podían admirarla... no tanto como mujer, sino como una obra de arte. Lucía una túnica de blanco satén, habitual en las novias, pero que en su caso estaba forrada de lame dorado, el cual revelaba su contraste en la vuelta de las mangas, de largo corte en la emboadura que casi se prolongaba hasta el suelo. Ehlana llevaba un ancho cinturón de malla de oro con incrustaciones de piedras preciosas y una fabulosa capa dorada descendía tras ella hasta el suelo para sumar su peso a la resplandeciente cola de satén. Sus pálidos cabellos rubios estaban tocados con una corona, no la tradicional corona real de Elenia, sino una especie de trabajo de pasamanería en malla de oro adornada con pequeñas gemas de brillantes colores salpicadas con perlas. La corona le sujetaba el velo, un velo que caía hasta el cuerpo del vestido por delante y le cubría los hombros por detrás y era tan delicado y fino que daba la sensación de ser una imperceptible neblina. Llevaba una sola flor blanca en la mano y tenía el pálido y joven rostro radiante.

— ¿Dónde han conseguido con tan poco tiempo los vestidos? —susurró Berit a Kurik.

— Imagino que Sephrenia hizo un juego de manos.

Dolmant les dirigió una severa mirada, conminándolos a callar. Detrás de la reina iban los monarcas del continente, Wargun, Dregos y Soros, y el príncipe heredero de Lamorkand, que había acudido en nombre de su padre ausente, seguido del embajador de Cammoria, que representaba a su reino. El reino de Rendor no tenía ningún representante, y a nadie se le había ocurrido invitar a Otha de Zemoch.

La procesión comenzó a desplazarse despacio por la nave lateral hacia el altar y el novio. Platimo y Stragen iban al final, flanqueando a Talen, que llevaba el cojín de terciopelo blanco donde reposaba el par de anillos de rubí. Deberíamos mencionar, de paso, que tanto Stragen como Platimo no perdían ni un momento de vista al joven ladronzuelo.

Falquián observaba a su reina mientras ésta se acercaba con semblante resplandeciente. En aquellos últimos instantes, cuando aún se hallaba en condiciones de pensar con cierta coherencia, cayó al fin en la cuenta de algo que no había reconocido plenamente antes. Ehlana había representado para él una tarea penosa cuando la habían colocado a su cargo años antes, y no sólo una tarea impuesta sino también una humillación. En su favor constaba el hecho de que no hubiera sentido un rencor personal contra ella, pues había advertido que ella había sido, igual que él, víctima del capricho de su padre. La muchacha niña que ahora se aproximaba con rostro tan radiante a él había sido asustadiza, y al principio sólo hablaba con Rolo, un animalillo de felpa bastante gastado que en aquellos tiempos había sido su constante y probablemente única compañía. Con el tiempo, sin embargo, se había ido acostumbrando a la estropeada cara y a la rígida conducta de Falquián y entre ellos se cimentó una tenue amistad el día en que un arrogante cortesano había dedicado una impertinencia a la princesa Ehlana y su caballero protector lo reprendió con firmeza. Aquélla fue la primera vez sin duda que alguien había derramado sangre por ella — al cortesano le sangraba profusamente la nariz — y ello abrió todo un mundo nuevo ante la pequeña y pálida princesa. A partir de aquel momento, se lo había confiado absolutamente todo a su caballero..., incluso detalles que él habría preferido no escuchar. Ella no tenía secretos para él y por ello había llegado a conocerla como no había conocido a nadie en el mundo. Y aquello, como era de prever, lo había condicionado a no hallar el amor en ninguna otra mujer. La delgada princesa, todavía impúber, había entrelazado tan intrincadamente su ser con el suyo que no había manera posible de que pudieran separarlo y aquél era, en definitiva, el motivo por el que se encontraban en ese lugar en ese momento preciso. Si sólo hubiera debido tomar en consideración su propio dolor, Falquián se habría mantenido firme en descartar la idea. Pero no podía soportar el dolor de ella, de modo que...

El himno tocó a su fin. El anciano rey Obler entregó su parienta al caballero, y el novio y la novia se volvieron de cara al archiprelado Dolmant.

— Voy a daros un sermón — les advirtió Dolmant en voz baja —. Es una especie de convención y la gente espera que lo haga. No tenéis por qué escuchar, pero intentad no bostezar delante de mí si podéis evitarlo.

— No haríamos tal cosa ni en sueños, Sarathi —le aseguró Ehlana.

Dolmant habló del matrimonio... un buen rato. Después aseguró a la pareja nupcial que, una vez concluida la ceremonia, sería del todo correcto que siguieran sus inclinaciones naturales, lo cual no era sólo correcto sino, de hecho, recomendable. Les sugirió en los más vivos términos que se guardaran fidelidad y les recordó que cualquier fruto de su unión debía ser educado en la fe elenia. Luego pasó al capítulo del «queréis», preguntándoles por turnos si consentían en unirse en matrimonio, se entregaban recíprocamente todos sus bienes naturales y prometían amarse, honrarse, obedecerse, cuidarse y así sucesivamente. A continuación, ya que las cosas iban tan bien, dispuso el intercambio de los anillos, ninguno de los cuales había conseguido robar Talen.

Fue en ese momento cuando Falquián oyó un quedo sonido familiar que parecía expandirse desde la cúpula. Era el tenue trino de una flauta, una gozosa música nutrida de perdurable amor. Falquián lanzó una mirada a Sephrenia y la resplandeciente sonrisa de ésta se lo dijo todo. Por unos instantes se cuestionó irracionalmente qué protocolo habría seguido Aphrael para solicitar al Dios elenio permiso para estar presente y, según parecía, añadir su bendición a la suya.

— ¿Qué es esta música? — susurró Ehlana, sin mover los labios.

— Os lo explicaré más tarde — murmuró Falquián.

La concurrencia no pareció advertir la canción de Aphrael. A Dolmant, no obstante, se le abrieron ligeramente los ojos y su cara palideció un poco. Recobró la compostura y al cabo declaró que Falquián y Ehlana eran de forma permanente, irrevocable, inalterable y definitiva marido y mujer. Después invocó la bendición de Dios con una pequeña oración final y por fin dio permiso a Falquián para besar a la novia.

Falquián levantó con ternura el velo de Ehlana y le rozó los labios con los suyos. Nadie besa realmente muy bien a alguien en público, pero la pareja superó el trance sin dar muestras manifiestas de especial torpeza.

A la ceremonia nupcial sucedió sin margen de interrupción la coronación de Falquián como príncipe consorte. Se arrodilló para recibir la corona que Kurik había llevado a la nave en un cojín de terciopelo púrpura de manos de la joven que acababa de prometerle, entre otras cosas, obediencia, pero que ahora asumía su autoridad de reina. Ehlana pronunció un bonito discurso con la misma voz sonora con que probablemente hubiera ordenado a las piedras que se movieran con esperanzas no descabelladas de ser obedecida. En su disertación dijo unas cuantas cosas sobre él, en su mayoría halagadoras, y concluyó encajándole firmemente la corona en la cabeza. Después, dado que el estaba de rodillas y tenía la cara alzada en posición conveniente, volvió a besarlo. El recién desposado notó que la reina iba mejorando mucho con la práctica.

— Ahora sois mío, Falquián — murmuró con los labios aún en contacto con los suyos.

Luego, a pesar que él se hallaba en una condición física muy alejada de la decrepitud, lo ayudó a ponerse en pie. Mirtai y Kaltén se adelantaron con capas de armiño con que arroparon los hombros de la pareja real, y a continuación los dos se volvieron para recibir los vítores de la muchedumbre congregada en la nave.

Tras la ceremonia se celebró un banquete nupcial, del cual no conservó recuerdo Falquián ni de lo que sirvieron ni de lo que él comió. Todo cuanto recordaba era que se le antojó que había durado siglos. Después él y su esposa fueron acompañados hasta la puerta de una lujosa habitación situada en lo alto del ala este de uno de los edificios comprendidos dentro del complejo eclesiástico. Entraron y cerró con llave la puerta tras ellos.

La estancia estaba profusamente amueblada con sillas, mesas, divanes y piezas por el estilo, pero Falquián sólo alcanzó a percibir la cruda realidad de la cama. Era un lecho alto, erguido sobre una tarima, con recias columnas en las esquinas.

— Por fin — dijo con alivio Ehlana —. Pensé que no iba a acabar nunca.

— Sí — convino Falquián.

— Falquián — inquirió entonces con un tono que en nada recordaba al de una reina —, ¿me amáis de veras? Sé que os obligué a hacer esto, primero en Cimmura y después aquí. ¿Os habéis casado conmigo porque realmente me amáis, o ha sido sólo por deferencia hacia mí porque soy la

reina? — Tenía la voz temblorosa y los ojos expresaban una gran vulnerabilidad.

— Estáis haciendo preguntas tontas, Ehlana — le respondió con suavidad —. Reconozco que me desconcertasteis al principio..., seguramente porque no tenía ni idea de que abrigarais ese sentimiento hacia mí. No soy un gran partido, Ehlana, pero os amo. Nunca he querido a nadie más que a vos. Mi corazón está algo abollado, pero es enteramente vuestro. — Después la besó y ella pareció fundirse entre sus brazos.

El beso se prolongó cierto tiempo, y al cabo de unos momentos él notó una pequeña mano que se deslizaba acariciante por su cuello para quitarle la corona. Echó la cabeza hacia atrás y se miró en sus brillantes ojos grises. Luego le quitó despacio la corona y dejó que el velo se deslizara hasta el suelo. Gravemente, se desanudaron las ataduras de las capas de armiño y las dejaron caer.

La ventana estaba abierta y la brisa de la noche agitaba las diáfanas cortinas, transportando los sonidos nocturnos de Chyrellos, que quedaba abajo, lejos de ellos. Falquián y Ehlana no sintieron la brisa y solamente oyeron el latido de sus corazones.

Las velas ya no ardían, pero la oscuridad no reinaba en la habitación. La luna había salido, una luna llena que bañaba la noche con una pálida luminiscencia plateada que parecía quedar prendida en la delicada trama de las cortinas, de las cuales emanaba un sutil resplandor más perfecto que la luz de cualquier vela.

Era muy tarde... o, para ser precisos, muy temprano. Falquián se había quedado adormilado unos momentos, pero su pálida esposa, envuelta en luz de luna, lo despertó.

— Nada de dormir — le prohibió —. Sólo tenemos esta noche y no vais a desperdiciarla durmiendo.

— Lo siento — se disculpó —. He tenido un día agitado.

— Y también la noche — agregó ella con una sonrisita —. ¿Sabíais que roncáis como un condenado?

— Será la nariz rota.

— Esto puede convertirse en un problema con el tiempo, cariño. Yo tengo el sueño muy ligero.

— Ehlana se acurrucó en sus brazos y suspiró de satisfacción —. Oh, esto es muy hermoso — dijo —. Debimos casarnos hace años.

— Creo que vuestro padre se habría opuesto... y, si él no hubiera planteado ninguna objeción, seguro que Rolo sí lo habría hecho. ¿Qué fue de Rolo, por cierto?

— Se le salió todo el relleno después de que mi padre os enviara al exilio. Lo lavé y luego lo doblé y lo puse en el estante de arriba de mi armario. Haré que lo rellenen de nuevo cuando nazca nuestro primer hijo. Pobre Rolo. Padeció muy malas condiciones tras vuestra partida. Lloré a mares sobre él y durante varios meses fue un animalito constantemente empapado.

— ¿De veras me echasteis tanto de menos?

— ¿Echaros de menos? Creí morirme. Quería morirme.

La estrechó con más fuerza en sus brazos.

— Y ahora — propuso ella —, ¿por qué no hablamos de ello?

— ¿Tenéis que decir absolutamente todo lo que se os pasa por la cabeza? — le preguntó él, riendo.

— Cuando estamos solos, sí. No tengo secretos para vos, esposo mío. — Recordó algo —. Me habéis prometido que ibais a explicarme lo de esa música que hemos oído durante la ceremonia.

— Era Aphrael. Tendré que consultarle a Sephrenia, pero sospecho que nos hemos casado por más de una religión.

— Estupendo. Así tendré doble ascendiente sobre vos.

— Sabéis que no lo necesitáis. Me tenéis esclavizado desde que teníais seis años.

— Qué encantador — exclamó con arrobos, pegándose aún más a él —. Dios sabe que lo intentaba. — Abrió una pausa —. Debo decir, no obstante, que estoy un poco molesta con vuestra impertinente diosa estigia. Siempre parece estar en todas partes. Hasta no me extrañaría que ahora mismo estuviera escondida en un rincón. — Calló de repente y se incorporó en la cama —. ¿Creéis

que podría estar aquí? —preguntó un tanto consternada.

— No me extrañaría. — Estaba tomándole el pelo de forma evidente y deliberada.

— ¡Falquián! — La pálida luz de la luna le impedía confirmarlo, pero Falquián tenía la firme sospecha de que su esposa se había ruborizado violentamente.

— No os preocupéis, amor mío. — Soltó una carcajada —. Aphrael es exquisitamente educada y no se le ocurriría hacer el papel de intrusa.

— Pero no podemos estar seguros. No sé si acaba de gustarme. Tengo la sensación de que siente una especial atracción por vos y no me hace gracia la idea de tener competidoras inmortales.

— No seáis ridícula. Es una niña.

— Yo sólo tenía cinco años cuando os vi por primera vez, Falquián y decidí casarme con vos en el minuto exacto en que entrasteis en la habitación.

Bajó de la cama, se encaminó a la resplandeciente ventana y apartó las cortinas. La pálida luz de la luna le confirmó el aspecto de una estatua de alabastro.

— ¿No deberíais poner algo encima? — sugirió —. Estáis exponiéndoos al escrutinio público.

— Hace horas que todo el mundo duerme en Chyrellos. Además, estamos seis pisos más arriba de la calle. Quiero mirar la luna. Me siento muy unida a ella y quiero que sepa lo feliz que soy.

— Pagana. — Sonrió.

— Ya que lo decís, supongo que sí lo soy — reconoció —, pero todas las mujeres sienten un cariño especial por la luna. Nos afecta de un modo que los hombres sois incapaces de comprender.

Falquián saltó de la cama y se reunió con ella en la ventana. La luna estaba muy pálida y brillante, pero el hecho de que su blanquecina luz apagara todos los colores disimulaba hasta cierto punto la ruina en que el asedio de Martel había convertido la Ciudad Sagrada. Las estrellas resplandecían en el cielo y, aunque no había en ello nada especial, a ellos les parecían especialmente rutilantes en esa noche señalada.

Ehlana cruzó los brazos y suspiró.

— Me pregunto si Mirtai estará durmiendo junto a la puerta — dijo —. Siempre lo hace, ¿sabéis? ¿No estaba encantadora esta noche?

— Oh, sí. No había tenido ocasión de decíroslo, pero Kring está loco por ella. No había visto a un hombre tan arrebatado de amor.

— Al menos él es franco y honrado admitiéndolo. Yo tengo que sacaros con pinzas las palabras afectuosas.

— Sabéis que os amo, Ehlana. Siempre os he amado.

— Eso no es del todo cierto. Cuando todavía llevaba a Rolo arrastrando, no experimentabais más que un tibio afecto por mí.

— Era algo más que eso.

— ¿Oh, de veras? Recuerdo las apesadumbradas miradas que me dedicabais cuando me comportaba de manera pueril o alocada, mi noble príncipe consorte. — Frunció el entrecejo —. Este título es muy altisonante. Cuando vuelva a Cimmura, creo que mantendré una conversación con Lenda. Me parece que hay un ducado libre en algún sitio... o, si no lo hay, haré que dejen vacante alguno. De cualquier forma voy a desposeer de sus honores a unos cuantos partidarios de Annias. ¿Os gustaría ser un duque, Su Excelencia?

— Gracias de todos modos, Su Majestad, pero creo que puedo prescindir de la altisonancia de títulos adicionales.

— Pero yo quiero otorgaros títulos.

— Personalmente me parece bien el de «marido».

— Cualquier hombre puede ser un marido.

— Pero yo soy el único que tenéis vos.

— Oh, qué bien suena. Practicad un poco, Falquián, y puede que incluso os convirtáis en un perfecto gentilhombre.

— La mayoría de los perfectos gentilhombres que conozco son cortesanos y no suelen inspirar

un gran aprecio al común de la gente.

La reina se estremeció.

— Tenéis frío — la acusó —. Os he dicho que os pusierais algo.

— ¿Para qué necesito ropa cuando tengo a este apuesto y cálido marido a mano?

Se inclinó, la tomó en brazos y la trasladó de vuelta al lecho.

— Había soñado con esto — confesó mientras él la depositaba blandamente en la cama, se tumbaba a su lado y estiraba la sábana sobre ellos —. ¿Sabéis una cosa, Falquián? — Volvió a apretarse contra él —. Me preocupaba lo que ocurriría esta noche. Pensaba que estaría paralizada por los nervios y la timidez, pero no lo estoy... ¿y sabéis por qué?

— No, me parece que no.

— Creo que es porque en el fondo ya estábamos casados desde el primer momento en que os puse los ojos encima. Lo único que hacíamos era esperar a que yo creciera para poder formalizar la situación. — Lo besó largamente —. ¿Qué hora debe de ser?

— Faltan un par de horas para el amanecer.

— Perfecto. Aún nos queda mucho tiempo. Vais a tener cuidado en Zemoch, ¿verdad?

— Haré todo lo posible.

— Por favor, no hagáis proezas sólo para impresionarme, Falquián. Ya estoy impresionada.

— Tendré cuidado — prometió.

— Hablando de lo cual... ¿Queréis mi anillo ahora?

— ¿Por qué no me lo dais en público? Así Sarathi verá cómo cumplimos la parte convenida en el trato.

— ¿Me comporté tan terriblemente con él?

— Lo desconcertasteis un poco. Sarathi no está acostumbrado a tratar con mujeres como vos. Me parece que lo turbáis un poco, amor mío.

— ¿También os desconcierto a vos, Falquián?

— No realmente. En fin de cuentas, yo os eduqué, y estoy acostumbrado a vuestros pequeños caprichos.

— Sois un tipo en verdad afortunado. Son muy pocos los hombres que tienen la oportunidad de criar a sus propias esposas. Esto podría daros que pensar de camino a Zemoch. —Le tembló la voz y dejó escapar un súbito sollozo —. Juré que no lo haría — gimió —. No quiero que me recordéis toda llorosa.

— Es normal, Ehlana. Yo también siento más o menos lo mismo.

— ¿Por qué tiene que discurrir tan deprisa la noche? ¿Podría esa Aphrael evitar que el sol saliera si se lo pidiéramos? ¿O podríamos quizá lograrlo con el Bhelliom?

— No creo que nada en el mundo tenga poder para ello, Ehlana.

— ¿Para qué sirven entonces?

Se puso a llorar y él la tomó en sus brazos y la mantuvo rodeada con ellos hasta que hubo cesado la crisis de llanto. Después la besó tiernamente. A ese beso siguieron otros, y el resto de la noche transcurrió sin más lágrimas.

Capítulo veinte

Pero por qué tiene que ser en público? —preguntó Falquián, paseando de un lado a otro para asentar las piezas de la armadura.

— Eso es lo que espera todo el mundo, querido — respondió con calma Ehlana —. Ahora sois un miembro de la familia real y estáis obligado a aparecer en público en ciertas ocasiones. Con el tiempo uno va acostumbrándose. — Ehlana estaba sentada frente al tocador, vestida con una túnica de terciopelo azul ribeteada con piel.

— No es peor que un torneo, mi señor — observó Kurik —. Éstos también son públicos. ¿Y ahora vais a parar de caminar arriba y abajo para que os pueda poner bien el cinto?

Kurik, Sephrenia y Mirtai habían llegado a la estancia nupcial con la salida del sol, Kurik trayendo la armadura de Falquián, Sephrenia, flores para la reina, y Mirtai, el desayuno. Emban también había ido con ellos y lo que él había traído era la noticia de que la ceremonia de despedida tendría lugar en las escalinatas de la basílica.

— No hemos dado explicaciones detalladas a las tropas de Wargun, Falquián — advirtió el obeso eclesiástico —, de modo que convendría que no concretarais mucho si os ponéis a pronunciar discursos. Os ofreceremos una calurosa despedida e insinuaremos el hecho de que vos solo vais a salvar el mundo. Como estamos acostumbrados a mentir, sonará incluso convincente. Es una tontería, claro está, pero apreciaríamos vuestra colaboración. La moral de los ciudadanos y en especial la de los ejércitos de Wargun es muy importante en estos momentos. — En su redonda cara se proyectó la sombra de una decepción —. He propuesto que os hiciéramos realizar algo espectacular que involucrara la magia, pero Sarathi se ha negado en redondo.

— Vuestra tendencia a la teatralidad es a veces exagerada, Emban — le dijo Sephrenia que, con las manos ocupadas con un peine y un cepillo, hacía experimentos con el peinado de Ehlana.

— Yo me crié en el seno del pueblo, Sephrenia — replicó Emban —. Mi padre era un tabernero, y sé cómo complacer a una multitud. A la plebe le agrada el espectáculo, y eso es lo que yo quería proporcionarles.

Sephrenia había levantado el pelo de Ehlana, recogéndolo en masa encima de la cabeza de la reina.

— ¿Qué os parece, Mirtai? —inquirió.

— Me gustaba más como estaba antes — respondió la gigante.

— Ahora está casada. Antes llevaba el cabello como lo llevaría una chica joven. Tenemos que modificarlo para indicar que es una mujer casada.

— Marcadla. — Mirtai se encogió de hombros —. Eso es lo que hace mi gente.

— ¿Que hacen qué? —exclamó Sephrenia.

— En mi pueblo, cuando una mujer se casa se le imprime con hierro candente la marca de su esposo... normalmente en el hombro.

— ¿Para indicar que es de su propiedad? — preguntó con desdén la reina —. ¿Y qué clase de marca lleva el marido?.

— La marca de su mujer. En nuestra cultura, el matrimonio no es algo que se tome a la ligera.

— Comprendo — dijo Kurik con cierta admiración.

— Comed el desayuno antes de que se enfríe, Ehlana — ordeno Mirtai.

— La verdad es que no me apetecen mucho todas esas frituras, Mirtai.

— No es para vos. Mi gente otorga mucha importancia a la noche de bodas porque muchas novias quedan embarazadas entonces... O eso dicen. Aunque eso podría ser consecuencia de prácticas llevadas a cabo antes de la ceremonia.

— ¡Mirtai! — la reprendió Ehlana, ruborizándose.

— ¿Queréis decir que vos no lo hicisteis? Me decepcionáis.

— No se me ocurrió — confesó Ehlana —. ¿Por qué no dijisteis algo, Falquián?

— ¿Por qué no me largo? — se preguntó sin esperar respuesta Emban, violentamente sonrojado —. Tengo un millón de asuntos que atender. — Y sin más, salió de la habitación.

— ¿Ha sido algo que he dicho yo? — preguntó Mirtai con inocencia.

— Emban es un clérigo, querida — le hizo ver Sephrenia, tratando de reprimir una carcajada —. Los clérigos prefieren no saber mucho de estas cuestiones.

— Qué necios. Comed, Ehlana.

La reunión al pie de las escalinatas de la basilica no fue tanto una ceremonia como una de esas solemnes representaciones algo triviales que se ofrecen para diversión del público. Dolmant estaba allí para aportar solemnidad al acto. Los reyes, tocados con corona y vestidos con empaque, estaban presentes para dar un tono oficial, y los preceptores de las órdenes militantes para agregar un aire marcial. Dolmant dio inicio al acto con una plegaria, a la cual siguieron breves alocuciones de los monarcas y luego las disertaciones algo más largas de los preceptores. Después Falquián y sus compañeros se arrodillaron para recibir la bendición del archiprelado, y la despedida entre Ehlana y su príncipe consorte puso el broche final al espectáculo. Volviendo a adoptar el tono oratorio, la reina de Elenia ordenó a su paladín que atacara y venciera. Concluyó quitándose el anillo y entregándoselo a él en señal de su especial favor. Él correspondió a su gesto sustituyéndolo en su dedo con una sortija coronada con un diamante en forma de corazón. Talen se había mostrado un poco evasivo sobre cómo había llegado a sus manos la joya cuando la había regalado a Falquián justo antes de la ceremonia.

— Y ahora, mi paladín — finalizó Ehlana, tal vez con un exceso de dramatismo —, partid con vuestros bravos compañeros, y no olvidéis que nuestras esperanzas, nuestras oraciones y toda nuestra fe cabalgan con vos. ¡Esgrimid la espada, esposo y adalid mío, y defendedme a mi, a nuestra fe y a nuestros amados hogares de las viles hordas de los paganos zemoquianos! — Y entonces lo abrazó y le dio un somero beso en los labios.

— Bonito discurso, amor mío — la felicitó él.

— Lo escribió Emban — confesó la reina —. Es un entrometido por naturaleza. Tratad de hacerme llegar noticias vuestras de tanto en tanto, esposo mío, y, por el amor de Dios, tened cuidado.

La besó suavemente en la frente y después él y sus amigos se encaminaron resueltamente a los caballos que los aguardaban al pie de las escalinatas en señal de despedida. Los preceptores de las órdenes militantes, que los acompañarían un trecho, salieron tras ellos. Kring y sus jinetes keloí ya estaban esperando en la calle. Antes de emprender la marcha, Kring se acercó a donde estaba Mirtai, y su caballo ejecutó una genuflexión ritual ante ella. Aun que ninguno de los dos habló, Mirtai dio muestras de haber quedado ligeramente impresionada.

— Bueno, Faran — dijo Falquián al montar —, puedes darte el gusto de exhibirte un poco.

El grande y feo ruano irguió ansiosamente las orejas e inició la marcha pavoneándose con

descaro entre la comitiva de guerreros que se dirigía a la Puerta del Este.

Cuando hubieron traspuesto ésta, Vanion se apartó de Sephrenia y condujo a su caballo al lado de Faran.

— Manteneos alerta, amigo mío — aconsejó —. ¿Lleváis el Bhelliom en un lugar de donde podáis sacarlo rápidamente en caso de apremiante necesidad?

— Está debajo de la sobreveste — le respondió Falquián. Observó con mayor detenimiento a su amigo —. No os lo toméis a mal — dijo —, pero parecéis decididamente pachucho esta mañana.

— Estoy más que nada cansado, Falquián. Wargun nos tuvo corriendo sin parar allá en Arcium. Cuidaos mucho, amigo mío. Quiero ir a hablar con Sephrenia antes de separarnos.

Falquián suspiró mientras Vanion retrocedía a lo largo de la columna para reunirse con la menuda y hermosa mujer que había introducido a varias generaciones de pandion en los secretos de Estiria. Aun cuando Sephrenia y Vanion jamás habían confesado nada abiertamente, ni siquiera entre sí, Falquián sabía los sentimientos que se profesaban, y también sabía cuan imposible era aportar un desenlace a su situación.

— ¿Y bien, cómo ha ido la noche de bodas? — preguntó con ojos brillantes Kalten, situándose junto a él.

Falquián le asestó una larga e impasible mirada.

— Intuyo que no quieres hablar de ello.

— Es algo más bien privado.

— Somos amigos desde niños, Falquián, y nunca hemos tenido secretos uno para el otro.

— Ahora sí. Falcan unas setenta leguas para Kadach, ¿no es cierto?

— Aproximadamente. Apurando el paso, podríamos llegar allí en cinco días. ¿Parecía preocupado Martel cuando hablaba con Annias allá en ese sótano? Lo que quiero decir es, ¿piensas que le inquietará tanto que lo persigamos como para llevar de manera constante una marcha apresurada?

— De lo que no cabe duda es de que quería marcharse de Chyrellos.

— Entonces es probable que esté forzando los caballos, ¿no te parece?

— Es una suposición acertada.

— Sus monturas se fatigarán si las apremia demasiado, con lo cual todavía tendríamos la posibilidad de alcanzarlo dentro de unos días. No sé cómo te sentirás tú respecto a él, pero a mí me encantaría atrapar a Adus.

— Es algo a tener en cuenta, de acuerdo. ¿Cómo es el terreno que media entre Kadach y Moterra?

— Llano. Tierras de cultivo principalmente, con algunos castillos y aldeas diseminados. Se asemeja mucho a Elenia Oriental. — Kalten emitió una carcajada —. ¿Te has fijado en Berit esta mañana? Le cuesta un poco acostumbrarse a la armadura. Parece que no le encaja del todo bien.

Berit, el huesudo y joven novicio, había sido promovido a un rango raras veces utilizado por las órdenes militantes. Ahora era un aprendiz de caballero, lo cual le permitía llevar su propia armadura, pero no le daba derecho a recibir el tratamiento de «sir».

— Se acostumbrará — aseguró Falquián —. Cuando nos detengamos para pasar la noche, llévatelo aparte y enséñale a almohadillar los puntos expuestos, no sea que comience a sangrar por las juntas. Pero hazlo de un modo discreto. Si no recuerdo mal, un joven se siente muy orgulloso y algo susceptible cuando se pone por primera vez una armadura. Luego se le pasa, al reventarse las primeras ampollas.

Cuando llegaron a la cima de un cerro situado a varios kilómetros de Chyrellos, los preceptores volvieron grupas. Los consejos y las advertencias ya estaban dados, de modo que sólo quedaba intercambiar apretones de manos y expresiones de buenos deseos. Falquián y sus amigos observaron con cierto ánimo sombrío cómo sus dirigentes regresaban a la Ciudad Sagrada.

— Bien — dijo Tynian —, ahora que estamos solos...

— Antes hablemos un poco — propuso Falquián. Alzó la voz —: Domi — llamó —, ¿querríais

reuniros con nosotros, por favor?

Kring ascendió la colina con semblante interrogador.

— Veamos — comenzó a exponer Falquián —, Martel piensa, al parecer, que Azash desea que realicemos el viaje sin topar con impedimentos, pero puede que Martel esté equivocado. Azash tiene muchos servidores, y cabe la posibilidad de que les ordene atacarnos. Lo que quiere es el Bhelliom, no la satisfacción que pudiera reportarle un enfrentamiento personal. Kring, creo que será mejor que dispongáis una avanzadilla de exploradores para que no nos encontremos con sorpresas.

— Lo haré, amigo Falquián — prometió el domi.

— Si por azar encontráramos a alguno de los siervos de Azash, quiero que todos os retiréis y dejéis que yo me enfrente con ellos. Yo tengo el Bhelliom y en principio la ventaja está de mi parte. Kalten ha planteado la cuestión de que tal vez alcancemos a Martel. Si así fuera el caso, intentad apresar a Martel y Annias con vida. La Iglesia quiere someterlos a juicio. Dudo que Arissa o Lycheas ofrezcan gran resistencia, de modo que prendedlos también.

— ¿Y Adus? — inquirió Kalten lleno de ansiedad.

— Adus apenas sabe hablar y por consiguiente tendría poco valor delante de un tribunal. Puedes quedarte con él... como regalo personal mío.

Habrían recorrido poco más de otro kilómetro cuando encontraron a Stragen sentado debajo de un árbol.

— Pensé que tal vez os hubierais perdido — comentó el esbelto ladrón arrastrando las palabras.

— ¿Intuyo bien tomándoos como voluntario? — sugirió Tynian.

— En absoluto, mi viejo amigo — contestó Stragen —, Nunca he tenido ocasión de visitar Zemoch, y me parece que prefiero dejarlo así. En realidad, me hallo aquí como mensajero y enviado personal de la reina. Cabalgaré con vosotros hasta la frontera con Zemoch, si así me lo permitís, y después regresaré a Cimmura para presentarle mi informe.

— ¿No estáis pasando demasiado tiempo apartado de vuestros propios negocios? — le preguntó Kurik.

— Mis negocios en Emsat funcionan por sí solos. Tel atiende mis intereses allí. De todas formas, necesito unas vacaciones. — Se tentó el jubón en diversos puntos —. Oh, sí, aquí está. — Sacó una hoja plegada de pergamino —. Una carta para vos de vuestra esposa, Falquián — anunció, tendiéndosela —. Es la primera de las diversas que se supone que debo entregaros cuando lo dicte la ocasión.

Falquián se alejó de los demás y rompió el sello de la misiva de Ehlana.

«Amado:

»Hace solamente unas horas que os habéis ido y ya os añoro desesperadamente. Stragen lleva consigo otras misivas para vos, misivas que espero que os inspiren cuando las cosas no vayan bien. En ellas también os haré partícipe de la firmeza de mi amor y mi fe en vos. Os quiero, mi Falquián.

Ehlana»

— ¿Cómo nos habéis tomado la delantera? — estaba preguntando Kalten cuando Falquián volvió con ellos.

— Vos lleváis armadura, sir Kalten —repuso Stragen—, y yo no. Os sorprendería ver lo rápido que puede llegar a correr un caballo cuando no va cargado con ese exceso de hierro.

— ¿Bien? — inquirió Ulath a Falquián —. ¿Lo enviamos de vuelta a Chyrellos?

— Está cumpliendo órdenes de la reina y en su actuación hay un mandato implícito que me atañe también a mí. Vendrá con nosotros.

— Recordadme que nunca acepte el cargo de paladín real — pidió el caballero genidio —. Por lo

visto, implica toda suerte de compromisos y complicaciones políticas.

El cielo fue nublándose conforme avanzaban hacia el noreste siguiendo el camino de Kadach, pese a lo cual no llovió como lo había hecho la última vez que habían pasado por allí. El terreno cercano a la frontera suroriental de Lamorkand tenía un carácter que lo identificaba más con Kelosia que con Lamorkand, con sus castillos que coronaban las colinas circundantes. Debido a su proximidad con Chyrellos, no obstante, el paisaje estaba salpicado de monasterios y conventos, el sonido de cuyas campanas resonaba melancólicamente en los campos.

— Las nubes están desplazándose en la mala dirección —observó Kurik mientras ensillaba los caballos la segunda mañana desde que habían dejado Chyrellos—. El viento del este en otoño trae malas noticias. Me temo que nos espera un duro invierno, y eso no va a ser del agrado de las tropas que van a acampar en los llanos de Lamorkand Central.

Montaron y siguieron cabalgando hacia el noreste, y, hacia media mañana, Kring y Stragen se adelantaron para reunirse con Falquián a la cabeza de la columna.

— El amigo Stragen estaba contándome algunas cosas sobre la mujer tamul, Mirtai — comentó Kring—. ¿Tuviste oportunidad de hablarle de mí?

— Más o menos rompí el hielo sobre ese asunto — respondió Falquián.

— Me lo temía. Algunas de las cosas que me ha explicado Stragen me están haciendo replantear mis intenciones.

— ¡Oh!

— ¿Sabíais que lleva cuchillos atados a las rodillas y a los codos?

— Sí.

— Tengo entendido que sobresalen cuando dobla uno de los brazos o piernas.

— Creo que ésa es la idea, sí.

— Stragen me ha contado que en una ocasión, cuando era joven, tres rufianes la atacaron y que ella dobló el codo y acuchilló a uno en la garganta, hincó la rodilla en la entrepierna del segundo y derribó al tercero de un puñetazo y luego lo apuñaló en el corazón. No estoy muy seguro de que me convenga una mujer así por esposa. ¿Qué os dijo? Cuando le hablasteis de mí, me refiero.

— Se echó a reír.

— ¿Se echó a reír? — Kring parecía indignado.

— Deduzco más o menos que no sois exactamente de su gusto.

— ¿Que se rió? ¿De mí?

— De todas formas, creo que vuestra decisión es acertada, amigo Kring — aprobó Falquián—. Me parece que no os llevaríais bien.

— ¿Se rió de mí, eh? — Kring seguía enfurecido, con mirada desorbitada—. ¡Bueno, pues ya veremos cómo acaba esto!

Dicho lo cual volvió grupas y fue a reunirse con sus hombres.

— Todo habría salido a pedir de boca si no le hubierais contado que se rió — observó Stragen—. Ahora hará todo lo posible para perseguirla. Me cae bien y no me gusta pensar en lo que puede hacerle Mirtai si insiste demasiado.

— Tal vez podamos disuadirlo — apuntó Falquián.

— Yo no pondría grandes esperanzas en ello.

— ¿Qué estáis haciendo realmente aquí, Stragen? — preguntó Falquián al rubio thalesiano—. En los reinos sureños, quiero decir.

Stragen posó la mirada en un monasterio cercano, con expresión ausente.

— ¿Queréis saber la auténtica verdad, Falquián? ¿O preferiríais concederme un momento para que invente una historia?

— ¿Por qué no comenzamos por la verdad? Si no me gusta, siempre podéis idear otra explicación.

— De acuerdo — convino Stragen, dedicándole una radiante sonrisa—. Allá, en Thalesia, soy un falso aristócrata mientras que aquí soy uno genuino... o algo muy semejante. Tengo relación con

reyes y reinas, la nobleza y el alto clero casi en calidad de igual. — Alzó una mano —. No estoy engañándome a mí mismo, amigo mío, de modo que no os inquietéis por mi salud mental. Sé lo que soy, un ladrón bastardo, y soy consciente de que mi proximidad a la aristocracia en estas tierras es algo temporal, enteramente basado en los servicios en que me hallo en condición de prestar. Soy un personaje tolerado, aunque no realmente integrado. Mi ego, sin embargo, es grande.

— Ya me había fijado en ello — señaló Falquián con amable sonrisa.

— No os propaséis, Falquián. El caso es que estoy dispuesto a aceptar esta pasajera y superficial igualdad aun cuando sólo sea por la oportunidad de mantener una conversación refinada. Las prostitutas y los ladrones no son una compañía muy estimulante, ¿comprendéis?, y su único tema de conversación son los negocios. ¿Habéis escuchado alguna vez a un grupo de prostitutas hablando de negocios?

— No, nunca.

— Es absolutamente terrible. — Stragen se estremeció —. Uno aprende cosas sobre los hombres... y sobre las mujeres... que más le convendría ignorar.

— Esto no va a durar. Lo sabéis, ¿verdad, Stragen? Llegará el día en que la situación vuelva a su cauce normal, y la gente empezará a cerrar las puertas de nuevo.

— Supongo que estáis en lo cierto, pero es divertido vivir un tiempo en la irrealidad. Y, cuando todo haya concluido, tendré aun más motivos para despreciaros a los hediondos aristócratas. — Stragen hizo una pausa —. No obstante, vos me caéis bastante bien Falquián..., al menos por el momento.

A medida que avanzaban en dirección noreste, comenzaron a encontrar grupos de hombres armados. Los lamorquianos, que siempre estaban en un estado de alerta cercano a la movilización, se hallaban en condiciones de responder con presteza a la llamada de su rey y acudir a la guerra. En una melancólica reiteración de los sucesos acaecidos cinco siglos antes, los hombres de todos los reinos de Eosia Occidental se trasladaban para confluír en un campo de batalla de Lamorkand. Falquián y Ulath se entretenían conversando en troll. Falquián no tenía claras perspectivas de hablar en troll en un futuro, pero, ya que había aprendido el idioma — aun cuando fuera mediante magia —, le parecía una pena dejar que la falta de práctica lo sumiera en el olvido.

Llegaron a Kadach al final de un deprimente día, cuando el crepúsculo teñía las nubes de poniente con un relumbre anaranjado que recordaba el incendio de un distante bosque. El viento del este soplaba con fuerza, transportando consigo los primeros fríos que anunciaban la vecindad del invierno. Kadach era una ciudad amurallada, gris y rígida y carente de toda belleza. Sentando precedente a lo que se convertiría en una costumbre, Kring les deseó las buenas noches y, atravesando la ciudad, salió con sus hombres por la puerta este para instalar su campamento en los campos de las afueras. Los keloí se sentían incómodos enclaustrados en ciudades con frivolidades tan urbanas como paredes, habitaciones y techos. Falquián y el resto de sus amigos encontraron una acogedora posada cerca del centro de la ciudad, se bañaron, se mudaron de ropa y se reunieron en el comedor para ingerir una cena consistente en jamón hervido y verduras variadas. Sephrenia, como era ya habitual, declinó el jamón.

— Nunca he entendido por qué a la gente le da por hervir un jamón que está muy bueno tal cual es — señaló sir Bevier con cierto disgusto.

— Los lamorquianos salan en exceso los jamones al curarlos — explicó Kalten —, y hay que hervir durante un buen rato un jamón lamorquiano para que quede comestible. Son un pueblo extraño. Tratan de convertirlo todo en un acto de valentía..., hasta el hecho de comer.

— ¿Vamos a dar un paseo, Falquián? — propuso Kurik a su señor después de acabar de comer.

— Pensaba que ya había hecho bastante ejercicio por hoy.

— Os interesaba saber qué ruta había tomado Martel, ¿no es cierto?

— En efecto. De acuerdo, Kurik. Vayamos a fisgonear un poco.

Al llegar a la calle, Falquián miró en derredor.

— Esto puede llevarnos media noche — previo.

— En absoluto — disintió Kurik —, Primero iremos a la puerta este, y, si no averiguamos nada allí, probaremos en la del norte.

— ¿Y nos ponemos a preguntarle a la gente en la calle, sin más?

— Usad la cabeza, Falquián — recomendó Kurik con un suspiro —. Cuando alguien viaja, suele partir a primera hora de la mañana..., aproximadamente a la misma en que la otra gente va a trabajar. Son muchos los obreros que se desayunan bebiendo, de modo que las tabernas suelen estar abiertas. Cuando un tabernero está espetando al primer cliente del día, observa atentamente la calle. Creedme, Falquián, si Martel se ha ido de Kadach en los últimos tres días, habrá como mínimo media docena de taberneros que lo vieron.

— Eres un tipo extraordinariamente listo, Kurik.

— En nuestro grupo tiene que haber alguien que lo sea, mi señor. Por lo general, los caballeros no dedican mucho tiempo a pensar.

— Estás poniendo en evidencia tus prejuicios de clase, Kurik.

— Todos tenemos nuestros pequeños defectos.

Las calles de Kadach estaban casi solitarias, y los pocos ciudadanos que las transitaban apretaban el paso con los tobillos azotados por las capas que zarandeaba el viento. Las antorchas que alumbraban las esquinas, también castigadas por el viento, se avivaban y alargaban, proyectando vacilantes sombras que danzaban sobre los adoquines del pavimento.

El dueño de la primera taberna donde probaron suerte parecía ser su mejor cliente y no tenía ni la más mínima idea de a qué hora del día solía abrir el negocio... ni siquiera de qué hora del día era entonces. El segundo tabernero era un hombre insociable que sólo hablaba mediante gruñidos. El tercero, en cambio, resultó ser un anciano locuaz aficionado a conversar.

— A ver — dijo, rascándose la cabeza —. Veamos si me acuerdo. ¿Estos tres días pasados, decís?

— Aproximadamente, sí — confirmó Kurik —. Nuestro amigo dijo que nos reuniríamos aquí, pero nosotros nos retrasamos y parece que se ha ido sin nosotros.

— ¿Podéis describir otra vez a esa *presona*?

— Un hombre bastante corpulento. Quizá llevara armadura, pero no podría jurarlo. Si llevaba la cabeza descubierta, os habríais fijado en él, porque tiene el pelo blanco.

— Me parece que no me viene al magín alguien así. Podría ser que a lo *mejó* se hubiera ido por una de las otras puertas.

— Es posible, supongo, pero estamos casi seguros de que se dirigía al este. Quizás abandonó la ciudad antes de que abrierais el local.

— Eso sí que sería una cosa rara, porque yo abro esa puerta a la *misma* hora que la guardia abre la de la muralla. Algunos de los compadres que trabajan aquí en la *ciudad* viven en granjas de allá fuera, y *las más* veces tengo por la mañana clientes que da contento. ¿Viajaba *por suerte* solo el vuestro amigo?

— No — respondió Kurik —. Iba con un eclesiástico y una dama de alta alcurnia. Seguramente lo acompañaba también un tipo joven de mandíbula colgante que parece más tonto que una pared, y un hombre alto y fuerte con cara de gorila.

— Oh, esa pandilla. Teníais que decirme de entrada lo de ese jeta de mono. Salieron a caballo por ahí a eso del alba ayer. Y ese gorila que decíais se bajó del caballo y se vino acá bramando porque quería cerveza. Habla *ansí* un poco mal, ¿eh?

— Normalmente tarda medio día en pensar la respuesta cuando alguien lo saluda.

El tabernero rió agudamente.

— Es la misma *presona*, de fijo. Tampoco huele a rosas que se diga, ¿verdad?

Kurik le sonrió e hizo girar una moneda sobre la barra en dirección a él.

— Oh, no sé — dijo —. No es mucho peor que un pozo negro abierto.

Gracias por la información, amigo.

— ¿*Agora* podréis alcanzarlos?

—Oh, seguro que sí — afirmó Kurik con fervor —, tarde o temprano los alcanzaremos. ¿Había otras personas con ellos?

— No. Solamente eran los cinco. Menos el gorila, todos tenían las capas *enrededor* de la cabeza. Seguro que *así* se explica que no pudiera ver al del pelo blanco. Aunque iban muy ligeros, *así* que, si queréis cogerlos, vais a tener que ir muy aprisa.

— Lo haremos, amigo. Gracias de nuevo. — Kurik y Falquián volvieron a salir a la calle —. ¿Era más o menos eso lo que deseabais saber, mi señor? — preguntó Kurik.

— Ese anciano era una mina de oro, Kurik. Le hemos ganado algo de tiempo a Martel, sabemos que no lleva ninguna clase de tropas consigo y que se dirige a Moterra.

— Sabemos algo más, Falquián.

— ¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

— Que Adus sigue necesitando un baño.

— Adus siempre necesita tomarse un baño — aseveró Falquián, riendo —. Probablemente tendremos que echarle litros y litros de agua encima antes de enterrarlo, no sea que la tierra lo escupa. Regresemos a la posada.

Cuando Falquián y Kurik volvieron a entrar en el comedor de bajas vigas de la posada, se encontraron con que se había incrementado ligeramente el número de los componentes de su grupo. Talen estaba sentado con inocente semblante con un buen número de miradas fijas en él.

Capítulo veintiuno

Soy un mensajero real — se apresuró a afirmar el chico cuando Falquián y Kurik se acercaron a la mesa—, de manera que no empecéis a sacaros la correa ninguno de los dos.

— ¿Que eres qué? — le preguntó Falquián.

— Os traigo un mensaje de la reina, Falquián.

— Veámoslo.

— Me lo aprendí de memoria. No es conveniente que mensajes como ése caigan en manos de enemigos.

— Bien. Oigámoslo pues.

— Es algo más bien privado, Falquián.

— Da igual. Estamos entre amigos.

— No entiendo por qué os comportáis así. Yo me limito a cumplir órdenes de la reina.

— El mensaje, Talen.

— Bueno, está casi lista para partir hacia Cimmura.

— Me alegra saberlo. — Falquián hablaba con tono impasible.

— Y está muy preocupada por vos.

— Conmovedor.

— Se encuentra bien, sin embargo. — Las noticias que Talen iba añadiendo eran cada vez menos convincentes.

— Es bueno saberlo.

— Dice... eh..., dice que os ama.

— ¿Y?

— Bueno..., eso es todo, de verdad.

— Es un mensaje extrañamente amañado, Talen. Creo que tal vez hayas olvidado algo. ¿Por qué no lo repites de nuevo?

— Bueno... eh... ella estaba hablando con Mirtai y Platimo... y conmigo, claro está... y dijo que le gustaría que hubiera la manera de poder comunicarse con vos para haceros saber qué estaba haciendo y lo que sentía exactamente.

— ¿Te lo dijo a ti?

— Bueno, yo estaba en la habitación cuando lo dijo.

— En ese caso no podemos afirmar que ella te ordenara que vinieras, ¿no es así?

— No con esas palabras, supongo, pero ¿no se espera en cierta forma de nosotros que adivinemos y nos anticipemos a sus deseos? En fin de cuentas, ella es la reina.

— ¿Puedo? — inquirió Sephrenia.

— Desde luego — respondió Falquián —. Yo ya he averiguado lo que quería saber.

— Tal vez sí — señaló la estiria —, o tal vez no. — Se volvió hacia el chiquillo —. Talen...

— ¿Sí, Sephrenia?

— Ésa es la patraña más torpe y más obviamente falsa que te he oído contar. Carece del más mínimo sentido, en especial en vista de que ella ya ha enviado a Stragen aproximadamente con el mismo fin. ¿De verdad no se te ha ocurrido algo mejor?

— No es una mentira —arguyó Talen, logrando adoptar incluso una expresión de embarazo —. La reina dijo exactamente lo que he dicho.

— Estoy segura de que así fue, pero ¿qué fue lo que te impulsó a venir galopando tras nosotros para repetir un comentario ocioso?

El chiquillo la miró confuso.

— Oh, querido — suspiró Sephrenia antes de ponerse a regañar a Aphrael en estirio durante varios minutos.

— Me parece que hay algo que no he comprendido bien — observó, un tanto desconcertado, Kalten.

— Os lo explicaré dentro de un momento, Kalten — prometió Sephrenia —. Talen, tú tienes una capacidad extraordinaria para inventar evasivas de forma espontánea. ¿Qué ha sido de ella? ¿Por qué no improvisaste una mentira que fuera cuando menos creíble?

— Es que no me parecía apropiado — confesó, ceñudo y algo violento.

— Sentiste que no debías mentir a tus amigos, ¿no es eso?

— Algo así, supongo.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó Bevier con asombrado fervor.

— No os precipitéis en ofrecer oraciones de agradecimiento, Bevier — le advirtió la mujer —. La aparente conversión de Talen no acaba de ser lo que parece. Aphrael tiene que ver con esto, y ella es una redomada embustera. Sus convicciones continúan interfiriéndose.

— ¿Flauta? — dijo Kurik —. ¿Otra vez? ¿Para qué iba a enviar ella a Talen aquí con nosotros?

— ¿Quién sabe? — Sephrenia exhaló una carcajada —. Puede que a ella le guste Talen. Quizá tenga que ver con su obsesión por la simetría. Tal vez sea por otra cosa..., algo que quiera que él haga.

— Entonces, en realidad no ha sido culpa mía, ¿verdad? — dedujo rápidamente Talen.

— Creo que no. — La estiria le sonrió.

— Ahora me siento mejor — reconoció el muchacho —. Sabía que no os gustaría que viniera detrás de vosotros y casi me atraganto al contaros la verdad. Debisteis darle unos azotes cuando aún teníais ocasión, Falquián.

— ¿Tenéis idea de qué están hablando? — preguntó Stragen a Tynian.

— Oh, sí — repuso Tynian —. Os lo explicaré algún día. No me creeréis, pero os lo explicaré de todas formas.

— ¿Has averiguado algo sobre Martel? — preguntó Kalten a Falquián.

— Salió a caballo por la puerta del este ayer al despuntar el día.

— En ese caso ha perdido un día de ventaja. ¿Llevaba tropas consigo?

— Sólo a Adus — respondió Kurik.

— Creo que es hora de que se lo contéis todo, Falquián — dijo gravemente Sephrenia.

— Supongo que tenéis razón — acordó. Hizo acopio de aire—. Me temo que no he sido del todo sincero con vosotros, amigos míos — admitió.

— ¿Y qué tiene eso de nuevo? — inquirió Kalten.

— Desde que salí de la cueva de Ghwerig allá en Thalesia he sido objeto de una persecución constante — declaró Falquián, sin hacer caso de la irónica observación de su amigo.

— ¿Ese ballestero? — apuntó Ulath.

— Puede que él estuviera relacionado, pero no tenemos garantías de ello. El ballestero... y la gente que trabaja para él... eran seguramente algo que había ideado Martel. No sabría asegurar si representan todavía una amenaza o no, aunque la persona que era responsable de los atentados está

muerta.

— ¿Quién era? — inquirió Tynian con vivo interés.

— Eso carece de importancia. — Falquián había decidido hacía tiempo mantener en absoluto secreto la complicidad de Perraine —. Martel posee medios para obligar a la gente a hacer lo que él quiere. Ésa es una de las razones por las que debimos separarnos del grueso del ejército. No habríamos sido muy eficaces si hubiéramos tenido que dedicar la mayor parte del tiempo a tratar de guardarnos las espaldas de ataques de personas que en principio eran dignas de confianza

— ¿Quién os seguía si no era ese balletero? — insistió Tynian

Falquián les habló de la forma en sombras que venía atormentándolo desde hacía meses.

— ¿Y creéis que se trata de Azash? — inquirió Tynian.

— La idea encaja bastante bien, ¿no os parece?

— ¿Cómo iba a saber Azash dónde estaba la cueva de Ghwerig? — preguntó sir Bevier —. Si esa sombra os persigue desde que abandonasteis esa caverna, sería condición casi forzosa que Azash lo supiera.

— Ghwerig profirió unos insultos bastante groseros contra Azash antes de que Falquián lo matara — refirió Sephrenia —, y quedó patente que Azash podía oírlo.

— ¿Qué clase de insultos? — inquirió Ulath con curiosidad.

— Ghwerig amenazó a Azash con asarlo y comerlo — explicó concisamente Kurik.

— Eso es un tanto osado... incluso para un troll — observó Stragen.

— No estoy seguro — se mostró en desacuerdo Ulath —. Creo que Ghwerig se hallaba totalmente a resguardo en su cueva... al menos en lo concerniente a Azash. Los hechos demostraron, en cambio, que no contaba con medios para protegerse de Falquián.

— ¿Podría uno de vosotros dos clarificar un poco esta cuestión? — pidió Tynian —. Los thalesianos sois los expertos en trolls.

— No estoy seguro de poder esclarecer gran cosa — contestó Stragen —. Sabemos un poco más acerca de los trolls que los otros elenios, pero no mucho. — Se puso a reír —. Cuando nuestros antepasados llegaron a Thalesia, eran incapaces de distinguir los trolls de los ogros o los osos. Los estirios nos enseñaron casi todo lo que sabemos. Parece que, cuando los estirios arribaron a Thalesia, se produjeron unos cuantos enfrentamientos entre los dioses menores de Estiria y las deidades troll. Los dioses troll pronto se dieron cuenta de que la fuerza de sus oponentes era superior a la suya y por ello se escondieron. La leyenda afirma que Ghwerig y el Bhelliom tuvieron alguna participación en su ocultamiento, y existe la creencia generalizada de que se encuentran en algún lugar de la cueva de Ghwerig y que el Bhelliom los protege de algún modo contra los dioses estirios. — Miro a Ulath —. ¿Son aproximadamente éstos vuestros conocimientos sobre la cuestión?

Ulath asintió con la cabeza.

— Cuando se combina el Bhelliom y los dioses troll, se está hablando de un poder que basta para hacer que incluso Azash dé un rodeo para no enfrentarlo. Ése es seguramente el motivo por el que Ghwerig podía permitirse formular ese tipo de amenazas.

— ¿Cuántos dioses troll existen? — preguntó Kalten.

— Cinco, ¿no es cierto, Ulath? — dijo Stragen.

— En efecto — corroboró Ulath —. El dios del comer, el dios del matar, el dios de... —Se interrumpió y dirigió una mirada embarazada a Sephrenia —. Eh... llamémoslo el dios de la fertilidad — prosiguió sin convicción —. Después está el dios del hielo..., de todas las variaciones del clima, supongo, y el dios del fuego. Los trolls tienen una visión muy simple del mundo.

— Entonces Azash debe de haberse enterado cuando Falquián salió de la caverna con el Bhelliom y los anillos — infirió Tynian —, y debe de haberlo seguido.

— Con intenciones hostiles — agregó Talen.

— Ya lo ha hecho antes. — Kurik se encogió de hombros —. Mandó al damork para que siguiera los pasos de Falquián por todo Rendor y luego al Buscador para intentar agotarnos en

Lamorkand. Al menos tiene hábitos previsibles.

— Me parece que estamos pasando por alto algo — señaló Bevier, frunciendo el entrecejo.

— ¿Como por ejemplo? — inquirió Kalten.

— No acabo de dilucidar qué es — admitió Bevier —, pero tengo el presentimiento de que se trata de algo bastante importante.

Salieron de Kadach al amanecer y cabalgaron en dirección este hacia la ciudad de Moterra bajo un cielo todavía gris y encapotado. El lóbrego día, sumado a la conversación de la noche anterior, los había sumido en el abatimiento y la depresión, y entre ellos reinaba un casi absoluto silencio. Hacia mediodía, Sephrenia propuso que pararan.

— Caballeros — señaló con firmeza —, esto no es una procesión funeraria.

— Podríais equivocaros en eso, pequeña madre — disintió Kalten —. No encontré nada digno de levantarme el ánimo en la discusión que sostuvimos anoche.

— Creo que será mejor que todos comencemos a centrar el pensamiento en cosas agradables — aconsejó —. Vamos al encuentro de un peligro considerable. No lo magnifiquemos agregándole la melancolía y el abatimiento. La gente que piensa que va a perder suele acabar derrotada.

— Hay mucho de cierto en ello — convino Ulath —. Uno de mis hermanos caballeros de Heid está totalmente convencido de que todos los dados del mundo están en contra de él. Nunca lo he visto ganar una partida... ni siquiera una vez.

— Si jugaba con vuestros dados, comprendo el porqué — acusó Kalten.

— Me ofendéis — replicó Ulath con tono quejumbroso.

— ¿Lo suficiente como para deshaceros de vuestros dados?

— Bueno, no, no tanto. Sin embargo, deberíamos hallar un tema de conversación alentador,

— Podríamos buscar una taberna al borde del camino y emborracharnos — apuntó Kalten, esperanzado.

— No. — Ulath sacudió la cabeza —. Sé por experiencia que la cerveza agrava el abatimiento. Después de cuatro o cinco horas de estar bebiendo, acabaríamos llorando a lágrima viva.

— Podríamos cantar himnos — propuso animadamente Bevier

Kalten y Tynian intercambiaron una mirada y suspiraron al unísono.

— ¿Os he contado lo de aquella vez cuando estaba en Cammorria y esa dama de alta alcurnia se enamoró de mí? — preguntó Tynian

— No que yo recuerde — se apresuró a responder Kalten.

— Bien, según recuerdo...

Ése fue el comienzo de la larga, divertida y algo subida de tono exposición de lo que casi con seguridad era una aventura amorosa completamente ficticia. Ulath relató luego la anécdota del infortunado caballero genidio que despertó una pasión en el corazón de una ogresa. Su descripción del canto de la hembra abrasada de amor provocó en ellos irreprimibles carcajadas. Las historias, profundamente aderezadas con detalles humorísticos, les levantaron el ánimo y a la puesta del sol, cuando se detuvieron para pasar la noche, todos se sentían mejor.

Aun reponiendo con frecuencia la monturas, tardaron doce días en llegar a Moterra, una ciudad de escaso atractivo asentada en un llano pantanoso que se extendía a partir de la bifurcación occidental del río Geras. Entraron en la población alrededor de mediodía y, una vez más, Falquián y Kurik salieron a realizar indagaciones mientras el resto del grupo dejaba descansando los caballos en previsión del camino que habían de recorrer hasta Paler. Puesto que aún restaban varias horas de luz, no había motivo para pasar la noche en Moterra.

— ¿Y bien? — preguntó Kalten a Falquián cuando el fornido pandion y su escudero se reunieron con ellos.

— Martel partió hacia el norte — respondió Falquián.

— Seguimos pues la buena senda — dedujo Tynian —. ¿Hemos reducido el tiempo en que nos aventaja?

— No — repuso Kurik —. Todavía lleva dos jornadas por delante.

— ¿A qué distancia queda Paler? — preguntó Stragen.

— A ciento cincuenta leguas — le informó Kalten —, que suponen quince días por lo menos.

— Está llegando el invierno — señaló Kurik —. Seguramente encontraremos nieve en las montañas de Zemoch.

— Una observación halagüeña ésa — dijo Kalten.

— Siempre es conveniente saber lo que le espera a uno.

El cielo continuó encapotado, aunque el aire era fresco y seco. Aproximadamente a mitad de camino hacia el norte, comenzaron a encontrar las excavaciones que habían convertido el antiguo campo a batalla del lago Randerá en un erial. Vieron a algunos buscadores de tesoros, pero pasaron junto a ellos sin incidentes.

Tal vez hubiera sufrido alguna transformación, o quizá se debiera que entonces se hallaba en la intemperie y no en una habitación alumbrada con velas, pero aquella vez, cuando Falquián percibió aquel tenue temblor de tinieblas y amenazante sombra justo en el margen de su visión, había algo real allí. Era a última hora de la tarde de un deprimente día en el que habían cabalgado a través de un paisaje desprovisto de toda vegetación, salpicado de grandes montículos de descarnada tierra excavada. Cuando Falquián advirtió aquel conocido parpadeo y la gelidez que lo acompañaba, se giró a medias sobre la silla y miró de frente a la sombra que llevaba tanto tiempo tras él.

— Sephrenia — llamó sin alterarse, refrenando a Faran.

— ¿Sí?

— Queríais verla. Creo que, si os volvéis despacio, podréis mirarla cuanto os plazca. Está justo detrás de esa gran charca de aguas cenagosa.

La mujer se giro.

— ¿La veis? — le pregunto.

— Con harta claridad, querido.

— Caballeros — anunció Falquián a los demás —, nuestro sombrío amigo parece haber salido de su escondite. Se encuentra a unos ciento cincuenta metros a nuestras espaldas.

Se volvieron para mirar.

— Es casi como una especie de nube — observó Kalten.

— Nunca he visto una nube como ésa. — Talen se estremeció —. Es oscura, ¿eh?

— ¿Por qué creéis que ha decidido dejar de ocultarse? — murmuro Ulath.

Todos se encararon a Sephrenia como si esperaran algún tipo de explicación.

— A mí no me preguntéis, caballeros — dijo con desaliento —. Lo único que puedo constatar es que algo ha cambiado.

— Bueno, al menos sabemos que Falquián no ha estado viendo visiones durante todo este tiempo — se consoló Kalten —. ¿Qué hacemos ahora con ella?

— ¿Qué podemos hacer contra ella? — le preguntó Ulath —. No se consiguen grandes resultados peleando contra nubes y sombras con hachas y espadas.

— ¿Qué sugerís, pues?

— Hacer como si no existiera. — Ulath se encogió de hombros —. Éste es el camino real y no está incumpliendo ninguna ley si quiere seguirnos por él, diría yo.

A la mañana siguiente, no obstante, la nube ya no se hallaba visible.

Ya se encontraban a finales de otoño cuando entraron una vez más en la ciudad de Paler. Siguiendo un hábito ya establecido, el domi y sus hombres acamparon fuera de las murallas y Falquián y el resto se dirigieron a la misma posada donde se habían alojado durante su estancia anterior.

— Es un placer volver a veros, caballero — saludó el posadero a Falquián cuando éste bajaba por las escaleras.

— Es un placer volver a estar aquí — replicó Falquián, más por cortesía que haciendo honor a la verdad —. ¿A qué distancia queda la puerta este de aquí? — preguntó, dispuesto a salir a realizar indagaciones sobre Martel.

— Unas tres calles más allá, mi señor — respondió el posadero

— Está más cerca de lo que pensaba. — Entonces Falquián tuvo idea —. Iba a salir a preguntar por un amigo mío que pasó por Paler hace un par de días — dijo —. Quizá vos podríais ahorrarme tiempo compadre.

— Haré lo que pueda, caballero.

— El tiene el pelo blanco y va acompañado de una dama bastante atractiva y de varios hombres. ¿Es posible que se haya hospedado en vuestra posada?

— Vaya que sí, mi señor. Estaban haciendo preguntas sobre el camino que va a Vileta..., aunque por más que lo piense no puedo entender cómo alguien en su sano juicio iba a querer ir a Zemoch en estos tiempos que corren.

— Tiene un asunto pendiente allí del que quiere ocuparse, y siempre ha sido un hombre arrojado y temerario. ¿Estoy en lo cierto? ¿Fue hace dos días cuando pasó por aquí?

— Exactamente dos días, mi señor. Está cabalgando a gran velocidad, a juzgar por el estado de sus caballos.

— ¿Recordáis por azar en qué habitación durmió?

— En la que ocupa la dama que va en vuestro grupo, mi señor.

— Gracias, compadre — le agradeció Falquián —. Por nada del mundo querríamos perderle el rastro a nuestro amigo.

— Vuestro amigo era bastante agradable, pero no me hacía ninguna gracia ese grandote que iba con él. ¿Mejora algo cuando uno llega a conocerlo?

— No demasiado, no. Gracias de nuevo, amigo. — Falquián volvió a subir las escaleras y llamó a la puerta de Sephrenia.

— Entrad, Falquián — contestó ésta.

— Me gustaría que no hicierais eso — indicó al entrar.

— ¿Hacer qué?

— Llamarme por el nombre antes incluso de haberme visto. ¿No podríais al menos fingir que no sabéis quién hay al otro lado de la puerta?

La mujer se echó a reír.

— Martel estuvo aquí hace dos días, Sephrenia. Se hospedó en esta misma posada. ¿Podría servirnos de algo la coincidencia?

— Es posible, Falquián — repuso la mujer tras reflexionar un momento —. ¿Qué os proponéis?

— Desearía averiguar cuáles son sus planes. Él sabe que estamos pisándole los talones y es probable que intente entorpecer nuestra marcha. Querría conocer los detalles de cualquier celada que pueda es tendiéndonos. ¿Podéis disponer algo que me permita verlo? ¿O al nos escucharlo?

— Esta demasiado lejos — respondió la mujer, sacudiendo la cabeza.

— Bueno, era sólo una idea.

— Tal vez pueda hacerse algo. — Cavilo un momento —. Creo que quizás es hora de que vayáis conociendo mejor el Bhelliom, Falquián.

— ¿Querríais explicaros mejor?

— Existe algún tipo de conexión entre el Bhelliom y los dioses troll y los anillos. Investiguémoslo.

— ¿Para qué involucrar a los dioses troll en esto, Sephrenia? Si hay manera de servirse del Bhelliom, ¿por qué no hacerlo simplemente, sin tener que recurrir a los dioses troll?

— Tengo dudas respecto a si el Bhelliom nos comprendería, Falquián; y, en caso de que así fuera, no estoy segura de que nosotros entenderíamos lo que hiciera para obedecernos.

— Derrumbó la cueva, ¿no es cierto?

— Eso era muy simple. Esto es algo más complicado. Me parece que sería mucho más sencillo hablar con los dioses troll, y quiero saber, a ser posible, qué grado de vinculación tienen con el Bhelliom... y hasta qué punto podéis controlarlos utilizando el Bhelliom.

— En otras palabras, queréis experimentar.

— Podría expresarse así, supongo, pero sería menos arriesgado para nosotros experimentar ahora, cuando no hay nada crucial en juego, que más tarde, cuando nuestras vidas dependan tal vez del resultado. Cerrad bien la puerta, Falquián. No conviene que los otros se enteren por ahora de esto.

Cruzó la estancia y corrió el cerrojo de hierro.

— Como no vais a tener tiempo para pensar cuando habléis con los dioses troll, querido, habéis de tener claros los objetivos antes de comenzar. Vais a emitir órdenes y nada más. No les formuléis preguntas y no exijáis explicaciones. Limitaos a decirles que hagan algo y no os preocupéis de los medios de que se valen para obedecer. Queremos ver y oír al hombre que estuvo en esta habitación hace dos noches. Limitaos a mandarles que reproduzcan su imagen... — Miró en derredor y luego señaló el hogar — ...en ese fuego de allí. Decidle al Bhelliom que vais a hablar con uno de los dioses troll..., probablemente Khwaj, el dios del fuego, ya que es a quien corresponde por lógica el trato con el fuego y el humo.

Era evidente que Sephrenia sabía mucho más acerca de los dioses troll de lo que les había dado a entender.

— Khwaj — repitió Falquián. Entonces se le ocurrió una idea —. ¿Cómo se llama el dios troll de la comida? — le preguntó.

— Ghnomb — respondió la mujer —. ¿Por qué?

— Se trata de algo que aún estoy elaborando. Si consigo atar cabos, podría intentarlo y ver si surte efecto.

— No improviséis, Falquián. Ya sabéis cómo sientan las sorpresas. Quitaos los guanteletes y sacad el Bhelliom de la bolsa. No lo soltéis para nada y cercioraos de que los anillos estén constantemente en contacto con él. ¿Aún recordáis la lengua troll?

— Sí, he estado practicando con Ulath.

— Estupendo, Podéis hablar al Bhelliom en elenio, pero habréis de dirigiros a Khwaj en su propio idioma. Contadme que habéis hecho hoy en troll.

Las palabras surgieron vacilantes al principio, pero al cabo de unos momentos se hicieron más fluidas. El paso del elenio al troll precisaba de un profundo ajuste mental, ya que parte del carácter de los troll residía en su propia lengua. No era éste un carácter agradable e implicaba conceptos enteramente ajenos a la mentalidad elenia..., exceptuando los niveles más insondables de primitivismo.

— Bien — le indicó la mujer —, acercaos al fuego y comencemos. Sed duro como el hierro, Falquián. No vaciléis ni deis ninguna explicación. Sólo dad órdenes.

Asintió y se quitó los guanteletes. Los dos anillos rojos como la sangre relucían con la luz del fuego en sus manos. Introdujo una mano bajo la sobreveste y sacó la bolsa. Después él y su tutora se situaron de pie frente a la chimenea y miraron las crepitantes llamas.

— Abrid la bolsa — le mandó Sephrenia.

Deshizo los nudos.

— Ahora extraed el Bhelliom. Ordenadle que haga venir a Khwaj hasta vos. Después decidle a Khwaj lo que queréis. No tenéis que ser muy explícito porque él os leerá el pensamiento. Rogad por que vos no lleguéis a captar jamás el suyo.

Aspiró a fondo y dejó la bolsa en el suelo.

— Ahí vamos — dijo. Abrió la bolsa y sacó el Bhelliom. La Rosa de Zafiro tenía un tacto tan frío como el hielo. La puso en alto, tratando de atajar la admiración que le producía al mirarla —. ¡Rosa Azul! — espetó, sosteniéndola —. ¡Traed la voz de Khwaj hasta mí!

Notó una extraña modificación en la joya. Vio que en las profundidades donde convergían sus pétalos de azur aparecía una mancha de vibrante color rojo y de pronto el Bhelliom se calentó en sus manos.

— ¡Khwaj! — vociferó Falquián en la lengua troll —, soy Falquián de Elenia. Tengo los anillos. Khwaj debe hacer lo que yo le ordene.

El Bhelliom se estremeció en su mano.

— Busco a Martel de Elenia — continuó Falquián —. Martel de Elenia estuvo en este lugar hace dos noches. Khwaj va a mostrar a Falquián de Elenia lo que quiere ver en el fuego. Khwaj hará lo que debe para que Falquián de Elenia pueda oír lo que desea oír. ¡Khwaj va a obedecer! ¡Ahora mismo!

Quedamente, como procedentes de alguna distante oquedad resonante de ecos, llegó hasta ellos un aullido de rabia, un aullido al que se superponía un crepitar como de una gigantesca hoguera. Las llamas que oscilaban sobre los troncos de roble en la chimenea se redujeron hasta no ser más que un mortecino resplandor y después se elevaron, violentamente amarillas, y llenaron toda la boca de chimenea con una pantalla de fuego casi incandescente. Entonces quedaron paralizadas, sin variar de forma ni bailar, convertidas en una lisa superficie inmóvil de color amarillo. El calor que despedía el hogar ceso al instante como si lo hubiera aislado un grueso cristal.

Falquián se encontró mirando el interior de una tienda en la que Martel, demacrado y cansado, permanecía sentado a una tosca mesa frente a Annias, que aún presentaba un aspecto peor.

— ¿Por qué no podéis averiguar dónde están? — preguntaba al primado de Cimmura.

— Lo ignoro, Annias — respondió, crispado, Martel —. He invocado todas las criaturas que Otha puso a mi disposición y ninguna de ellas ha esclarecido nada.

— Oh, poderoso pandion — se mofó Annias —. Tal vez debisteis quedaros mas tiempo en la orden y dar ocasión a que Sephrenia os enseñara algo más que trucos de salón destinados a la diversión de los niños.

— Estáis muy próximo al punto en que vuestra persona dure mas que la utilidad que me presta, Annias — señaló ominosamente Martel —. Otha y yo podemos situar a cualquier clérigo en el trono del archiprelado y lograr lo que queremos. No sois indispensable, ¿sabéis?

— Y aquello dejó zanjada de una vez por todas la cuestión de quién recibía órdenes de quién.

Se abrió el faldón de la tienda y Adus entró con sus andares desgarbados de simio. Llevaba una armadura que era una abigarrada acumulación de pedazos y piezas de herrumbroso acero proveniente de las forjas de media docena de culturas diferentes. Falquián volvió a reparar en la inexistencia de frente en Adus, cuyo nacimiento del pelo se juntaba con unas enmarañadas cejas.

— Ha muerto — informó con una voz semejante a un gruñido.

— Debería hacerte ir a pie, idiota — le dijo Martel.

— Era un caballo flojo — adujo, encogiéndose de hombros, Adus.

— Estaba en perfectas condiciones hasta que tú lo espoleaste con tu brutalidad habitual. Ve a robar otro.

— ¿Un caballo de granja? — inquirió, sonriente, Adus.

— Cualquier montura que encuentres. Pero que no te lleve toda la noche matar al granjero... o divertirte con su mujer. Y no quemes la casa, que sería como encender una luz en el cielo y anunciar nuestro paradero.

Adus rió... o al menos el sonido emitido sonó igual que una carcajada. Después salió de la tienda.

— ¿Como podéis soportar a ese bestia? — Annias se estremeció.

— ¿Adus? No es tan terrible. Consideradlo como un hacha de guerra con piernas. Lo utilizo para matar a la gente; no me acuesto con él. Hablando de lo cual, ¿habéis resuelto vuestras diferencias vos y Arissa?

— ¡Esa ramera! —exclamó Annias con cierto desdén.

— Sabíais lo que era cuando trabasteis relación con ella, Annias — advirtió Martel —. Pensaba que su depravación formaba parte del atractivo que ejercía en vos. — Martel apoyó la espalda en la silla —. Debe de ser el Bhelliom — musitó.

— ¿Qué?

— Seguramente es el Bhelliom lo que impide que mis criaturas localicen a Falquián.

— ¿No sería el propio Azash capaz de encontrarlo?

— Yo no doy órdenes de Azash, Annias. Si él quiere que yo sepa algo me lo comunica. Podría

ser que el Bhelliom sea más poderoso que él. Cuando llegemos a su templo, podéis preguntárselo, si os acucia la curiosidad. Es posible que se ofenda, pero sois libre de hacerlo.

— ¿Cuánto terreno hemos cubierto hoy?

— No más de siete leguas. Hemos aminorado considerablemente el paso después de que Adus le arrancara las entrañas a su caballo con las espuelas.

— ¿Cuánto falta para la frontera zemoquiana?

Martel desenrolló un mapa y lo consultó.

— Calculo que otras cincuenta leguas..., aproximadamente cinco días. Falquián no puede estar a más de tres días de distancia, de modo que deberemos apresurarnos.

— Estoy extenuado, Martel. No puedo seguir así.

— Cada vez que os pongáis a darle vueltas a la cuestión de vuestro cansancio, imaginaos las sensación que os produciría la espada de Falquián abriéndoos el pecho... o lo exquisitamente doloroso que va ser cuando Ehlana os decapite con unas tijeras de costura... o con un cuchillo del pan.

— A veces desearía no haberos conocido, Martel.

— El sentimiento es mutuo, viejo amigo. Una vez que hayamos cruzado la frontera con Zemoch, podremos entorpecer en algo la marcha de Falquián. Unas cuantas emboscadas a lo largo del camino deberían inducir cierta precaución en él.

— Nos ordenaron que no lo matáramos — arguyó Annias.

— No seáis estúpido. Mientras tenga el Bhelliom, ningún humano lograría matarlo. Nos ordenaron que no lo matáramos a él... aun cuando pudiéramos hacerlo..., pero Azash no dijo nada acerca de los otros. La pérdida de algunos de sus compañeros podría molestar a nuestro invencible enemigo. Aunque no lo parezca, Falquián es en el fondo un sentimental. Será mejor que vayáis a dormir un poco. Volveremos a ponernos en camino en cuanto vuelva Adus.

— ¿A oscuras? — La voz de Annias tenía un matiz de incredulidad.

— ¿Qué ocurre, Annias? ¿Os da miedo la oscuridad? Pensad en espadas en el vientre o en el sonido de un cuchillo del pan aserrándoos una vértebra del cuello. Eso debería devolveros el coraje.

— ¡Khwaj! — llamó con tono conminatorio Falquián —. ¡Basta! ¡Retiraos!

El fuego recobró la normalidad.

— ¡Rosa Azul! — ordenó entonces Falquián —. ¡Traedme la voz de Ghnomb!

— ¿Que estáis haciendo? — exclamó Sephrenia.

Pero el punto de luz entre los relucientes pétalos azules del Bhelliom era ya una repugnante mezcla de verde y amarillo, y Falquián sintió de improviso un repelente sabor en la boca que relacionó con el olor de la carne medio putrefacta.

— ¡Ghnomb! — se presentó Falquián con la voz discordante que le exigía el idioma troll —. Soy Falquián de Elenia y tengo los anillos. Estoy a dos jornadas de distancia del hombre que es mi presa. Ghnomb me ayudará en la caza. Ghnomb arreglará las cosas para que mis cazadores y yo podamos atrapar al hombre que buscamos. Falquián de Elenia le dirá a Ghnomb cuándo y entonces Ghnomb colaborará en la cacería. ¡Ghnomb obedecerá!

Capítulo veintidós

— Falquián. —Era Kurik, que lo movía para despertarlo —. Falta una hora para el alba. Queríais que os despertara.

—¿Y tú no duermes nunca?

Falquián se incorporó en la cama, bostezando, y luego sacó las piernas y posó los pies en el suelo.

— Yo he dormido bien. — Kurik miró a su amigo con aire reprobador — No coméis suficiente — lo acusó —. Os estáis quedando en los huesos. Vestíos. Iré a despertar a los otros y luego volveré para ayudaros a poneros la armadura.

Falquián se levantó y recogió su acolchada ropa interior manchada de herrumbre.

— Muy distinguido — observó sarcásticamente Stragen desde el umbral —. ¿Existe alguna parte del código caballeresco que prohíba lavar esas prendas?

— Tardan una semana en secarse.

— ¿Son en verdad necesarias?

— ¿Habéis llevado armadura alguna vez, Stragen?

— Dios no lo quiera.

— Probadlo un día. El relleno impide que la armadura le magulle a uno la piel en ciertos puntos.

— Ah, la de cosas que soportamos en aras de la elegancia.

— ¿De veras os proponéis volveros atrás en la frontera zemoquiana?

— Órdenes de la reina, amigo mío. Además, no sería más que un estorbo. Soy un inepto total para pelear contra un dios. Francamente, creo que estáis trastornado..., sin ánimo de ofenderos, claro está.

— ¿Regresaréis a Emsat una vez que lleguéis a Cimmura?

— Si vuestra esposa me da permiso para irme. Debería volver, aunque sólo sea para comprobar los libros. Tel es una persona de fiar, pero, en fin de cuentas, es un ladrón.

— ¿Y después?

— ¿Quién sabe? — Stragen se encogió de hombros —. Nada me ata en este mundo, Falquián. Tengo el privilegio de disponer de una libertad absoluta. No estoy obligado a hacer nada que no quiera hacer. Oh, casi lo olvidaba. No he venido a veros esta mañana para discutir los pros y los contras de la libertad con vos. — Introdujo la mano bajo el jubón —. Una carta para vos, mi señor — anunció con una burlona reverencia —. De vuestra esposa, tengo entendido.

— ¿Cuántas lleváis? — preguntó Falquián, tomando la hoja doblada.

Stragen le había entregado una de las breves y apasionadas misivas de Ehlana en Kadach y otra en Moterra.

— Eso es un secreto de estado, amigo mío.

— ¿Tenéis algún tipo de agenda o las distribuis según lo creéis conveniente?

— Un poco de cada. Hay una agenda, por supuesto, pero debo aplicar mi propio juicio al interpretarla. Si veo que os está ganando el abatimiento o la melancolía, se supone que he de alegraros el día. Os dejaré para que la leáis. — Volvió al pasillo y se encaminó a las escaleras que conducían a la planta baja de la posada.

Falquián rompió el sello y abrió la carta de Ehlana.

«Amado:

»Si todo ha ido bien, os encontráis en Paler ahora. Esto es terriblemente complicado. Intento prever el futuro, y mis ojos no son tan poderosos para lograrlo. Os hablo en un pasado alejado varias semanas de vos y no tengo la más mínima noción de lo que os ha ocurrido. No me atrevo a haceros partícipe de mi angustia y mi desolación por esta cruel separación, pues no debería abriros mi corazón y debilitar así vuestra determinación y exponeros al peligro. Os amo, Falquián, y me debato entre el deseo de ser un hombre para poder compartir las asechanzas con vos y, en caso necesario, entregar mi vida por vos, y el orgullo por el hecho de ser mujer y poder perderme en la calidez de vuestros brazos.»

A partir de ahí la joven reina de Falquián pasaba a detallar episodios de su noche de bodas que son demasiado personales y privados para ser repetidos aquí.

— ¿Cómo era la carta de la reina? — preguntó Stragen mientras ensillaban los caballos en el patio y el inminente amanecer dibujaba una sucia raya en el nublado horizonte de levante.

— Literaria — repuso lacónicamente Falquián.

— Ésa es una caracterización poco habitual

— En ocasiones perdemos de vista la persona real que cubren los ropajes reales, Stragen. Ehlana es una reina, en efecto, pero también es una muchacha de dieciocho años que ha leído, al parecer, demasiados libros poco recomendables.

— No habría esperado una descripción tan aséptica de un recién casado.

— En estos momentos tengo muchas cosas en que pensar. — Falquián tensó la cincha de la silla. Faran gruñó, llenó el vientre de aire y pisó deliberadamente el pie de su amo. Casi con aire ausente, el pandion hincó la rodilla en el estómago de su montura —. Mantened los ojos bien abiertos hoy, Stragen — advirtió —. Es probable que se produzcan hechos inusuales.

— ¿Como cuáles?

— No estoy totalmente seguro. Si todo va bien, recorreremos una distancia mucho mayor que la acostumbrada. Quedaos con el domi y los keloi. Son gente emotiva y a veces los altera el hecho de que se produzcan sucesos extraordinarios. Aseguradles encarecidamente que todo se halla bajo control.

— ¿Y es ello cierto?

— No tengo la más remota idea, amigo. No obstante, intento por todos los medios enfocarlo de una manera optimista. — Notó que Stragen esperaba más o menos escuchar aquella respuesta.

El día clareó lentamente esa mañana, pues las nubes que cubrían el cielo por levante se habían convertido en espesos nubarrones en el transcurso de la noche. En lo alto de la larga ladera que ascendía en el extremo norte de la plomiza superficie del lago Randera, Kring y sus keloi se reunieron con ellos.

— Es agradable estar de vuelta en Kelosia, amigo Falquián — le confió Kring, con una amplia

sonrisa en la cara surcada de cicatrices —, aunque sea en esta desordenada y arañada parte del reino.

— ¿Cuántas jornadas quedan hasta la frontera con Zemoch, domi? — preguntó Tynian.

— Cinco o seis, amigo Tynian — respondió el domi.

— Nos pondremos en marcha dentro de unos momentos — informó Falquián a sus amigos —, Sephrenia y yo hemos de hacer algo. — Hizo una señal a su tutora y los dos se alejaron a cierta distancia del grupo cuyos caballos reposaban en la herbosa cima de la colina — ¿Y bien? — dijo a la mujer.

— ¿De veras debéis hacer esto, querido? — preguntó ésta con voz implorante.

— Me parece que sí. Es lo único que se me ocurre para protegeros a vos y a los demás de las emboscadas cuando lleguemos a la frontera zemoquiana. — Sacó la bolsa de debajo de la sobreveste y se quitó los guanteletes. De nuevo notó en las manos la extrema gelidez del contacto del Bhelliom —. ¡Rosa Azul — ordenó —, traed hasta mí la voz de Ghnomb!

La gema se calentó súbitamente en sus manos y luego apareció en sus profundidades la mancha verde amarillenta, acompañada del sabor a carne podrida en el paladar de Falquián.

— ¡Ghnomb! — dijo —. Soy Falquián de Elenia y tengo los anillos. Ahora salgo de cacería. Ghnomb va a ayudarme a cazar tal como le mandé. ¡Ghnomb va a hacerlo! ¡Ahora!

Aguardó con nerviosismo, pero no ocurrió nada. Suspiró.

— ¡Ghnomb! — volvió a llamar —. ¡Retiraos! — Introdujo la Rosa de Zafiro en la bolsa, anudó el cordel que la cerraba y la guardó de nuevo bajo la sobreveste —. Bueno — comentó con pesar —, lo he intentado. Dijisteis que si no podía ayudarme me lo haría saber. Me lo ha hecho saber, vaya que sí. Pero es un poco incómodo enterarse a estas alturas.

— No desistáis todavía, Falquián — le aconsejó Sephrenia.

— No ha sucedido nada, pequeña madre.

— No estéis tan seguro.

— Regresemos. Parece que tendremos que conseguir nuestro propósito a la brava.

La comitiva partió a un vigoroso trote y descendió la otra ladera del cerro que alumbraba la pálida esfera del sol vislumbrada tras las nubes del horizonte. Las tierras de cultivo situadas al este de Paler se hallaban en las últimas fases de la cosecha y en los campos se afanaban ya los siervos, pequeñas figuras de color pardo o azul que se percibían como inmóviles juguetes desde el camino.

— El estado de servidumbre no parece despertar mucho entusiasmo por el trabajo — observó con desaprobación Kurik —. Se diría que esa gente no se mueve en absoluto.

— Si yo fuera un siervo, no creo que tuviera gran interés en esforzarme — declaró Kalten.

Cabalgando a medio galope, cruzaron un ancho valle y remontaron una cadena de cerros poco elevada. Las nubes eran menos espesas allí al este y el sol, rayando justo el horizonte, era más perceptible. Kring envió una patrulla de avanzadilla y siguieron avanzando.

Algo iba mal, pero Falquián no acababa de dilucidar qué era. El aire estaba muy quieto y el sonido de los cascos de los caballos sonaba excesivamente alto y extrañamente vigoroso sobre la blanda tierra del camino. Falquián miró en derredor y vio la expresión inquieta de sus amigos.

Se hallaban en el centro del siguiente valle cuando Kurik tiró de las riendas y profirió de improviso una maldición.

— Eso lo explica.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó Falquián.

— ¿Cuánto rato diríais que llevamos de camino?

— Alrededor de una hora. ¿Por qué?

— Mirad el sol, Falquián.

Falquián miró hacia oriente, donde el apagado sol flotaba sobre una hilera de suaves colinas.

— Yo diría que está donde siempre, Kurik — señaló —. Nadie lo ha movido de sitio.

— A eso me refería precisamente. No está moviéndose. No se ha desplazado ni un centímetro desde que hemos partido. Ha salido y se ha quedado fijo en el mismo lugar.

Todos volvieron la mirada hacia el este.

— Eso es natural, Kurik — comentó Tynian —. Cuando se viaja subiendo y bajando colinas, siempre da la impresión de que el sol se encuentra en una posición diferente. Todo depende de la altura a la que uno se halle.

— Yo también he pensado eso, sir Tynian... al principio. Pero ahora estoy dispuesto a juraros que el sol no se ha movido desde que hemos dejado atrás esa colina situada al este de Paler.

— No bromeéis, Kurik — lo reprendió Kalten —. El sol debe moverse necesariamente.

— Por lo visto, no esta mañana. ¿Qué está ocurriendo aquí?

— ¡Sir Falquián! — llamó Berit con voz aguda, casi rayana en la crisis nerviosa —. ¡Mirad!

Falquián volvió la cabeza en la dirección a la que apuntaba con mano temblorosa el aprendiz de caballero.

Era un pájaro, un ave de aspecto completamente normal, al parecer una alondra, identificó Falquián. No tenía nada de raro... salvo que estaba suspendido en absoluta inmovilidad en el aire, dando la impresión de que alguien lo hubiera clavado allí con una aguja.

Todos miraron en torno a sí con ojos desorbitados y entonces Sephrenia rompió a reír.

— No veo que esto tenga ninguna gracia, Sephrenia — observó Kurik.

— Todo está en orden, caballeros — Les aseguró.

— ¿En orden?— repitió Tynian —. ¿Y qué le ha pasado al sol y a ese pájaro idiotizado?

— Falquián ha detenido el sol... y el ave.

— ¡Que ha detenido el sol!— exclamó Bevier —. ¡Eso es imposible!

— Por lo visto, no. Falquián habló anoche con uno de los dioses troll — les explicó — y le dijo que íbamos de cacería y que nuestra presa estaba lejos de nosotros. Pidió al dios troll Ghnomb que nos ayudara a atraparla y según parece Ghnomb está haciéndolo.

— No lo entiendo — confesó Kalten —. ¿Qué tiene que ver el sol con salir de caza?

— No es tan complicado, Kalten — aseveró con calma la estiria —. Ghnomb ha detenido el tiempo, eso es todo.

— ¿Eso es todo?¿Y cómo se para el tiempo?

— No tengo ni idea. — Frunció el entrecejo —. Tal vez la expresión «detener el tiempo» no sea la más adecuada. Lo que en realidad está ocurriendo es que estamos desplazándonos al margen del tiempo. Nos encontramos en esa fracción que media entre un segundo y el siguiente.

— ¿Qué mantiene a ese pájaro en el aire, lady Sephrenia? — preguntó Berit.

— Supongo que el batir de sus alas. El resto del mundo está funcionando con plena normalidad. La gente que hay por los alrededores ni siquiera advierte que nosotros pasamos cerca. Cuando los dioses cumplen nuestros deseos, no siempre lo hacen de la manera que esperamos. Cuando Falquián le dijo a Ghnomb que queríamos alcanzar a Martel, pensaba más en el tiempo que en los kilómetros que nos separan de él y por ello Ghnomb está haciendo que nos movamos a través del tiempo y no en la distancia. Controlará el tiempo mientras queramos. A nosotros corresponde cubrir terreno. Entonces Stragen llegó al galope.

— ¡Falquián! — gritó —. ¿Qué diablos habéis hecho?

Falquián se lo explicó brevemente.

— Ahora volved atrás y calmad a los keloi. Decidles que es un encantamiento y que el mundo está paralizado. Nada se moverá hasta que llegemos a nuestro destino.

— ¿Es eso cierto?

— Más o menos, sí.

— ¿De veras pensáis que van a creerme?

— Invitadlos a que encuentren otra explicación si no les gusta la mía.

— Después podréis volver las cosas a su orden, ¿no?

— Desde luego... Al menos eso espero.

— Ah..., Sephrenia... — inquirió tímidamente Talen —. El resto del mundo está inmóvil, como muerto, ¿verdad?

— Bueno, ésa es la sensación que tenemos nosotros, pero nadie lo percibe de este modo.

— La otra gente no nos ve, ¿no es así?

— Ni siquiera saben que estamos aquí.

Una sonrisa casi reverente se instaló en los labios del chiquillo.

— Caramba — dijo —. Vaya, vaya, vaya.

— Sí, caramba, Su Excelencia — convino Stragen con ojos igual de brillantes que los del chico.

— Dejaos de tonterías los dos — los regañó Sephrenia.

— Stragen — añadió Falquián, que había tenido una ocurrencia tardía —, informad a Kring que no tenemos necesidad de apresurarnos.

Aprovechemos para dar tregua a los caballos. Nadie de allá afuera va ir a ninguna parte ni va a hacer nada hasta que nosotros lleguemos a donde nos proponemos.

Era extraño cabalgar entre aquella perpetua aurora, en la que no se apreciaba frío ni calor, humedad ni sequedad. El mundo que los circundaba guardaba silencio y en el aire flotaban inmóviles pájaros. Los siervos permanecían rígidos como estatuas en los campos, y en una ocasión, al pasar junto a un alto abedul que había azotado la brisa justo antes de que el dios troll Ghnomb hubiera detenido el tiempo, vieron la nube de estáticas hojas doradas de su copa suspendidas a sotavento.

— ¿Qué hora debe de ser? — preguntó Kalten cuando ya llevaban varias leguas de camino.

— Calculo que a eso del alba — respondió Ulath, tras lanzar una ojeada al cielo.

— Oh, muy gracioso, Ulath — comentó irónicamente Kalten —. No sé vosotros, pero yo empiezo a tener hambre.

— Es que tú ya naciste hambriento — lo acusó Falquián.

Consumieron las raciones de comida que les correspondían y volvieron a ponerse en marcha. Aun cuando no hubiera necesidad de apresurarse, la sensación de apremio que habían sentido desde que habían salido de Chyrellos continuaba acuciándolos, y pronto habían vuelto a adoptar un galope medio, ya que se les hubiera antojado como un capricho proseguir cómodamente al paso.

Al cabo de cerca de una hora — aunque habría sido imposible precisarlo — Kring dejó la retaguardia para acercarse a ellos.

— Me parece que algo viene siguiéndonos, amigo Falquián — anunció con una nota de admirado respeto en la voz. Uno no tiene cada día la oportunidad de hablar con un hombre que detiene el curso del sol.

— ¿Estáis seguro? — preguntó Falquián, mirándolo fijamente.

— No del todo — admitió Kring —. Es más que nada un presentimiento. Hay una nube muy oscura casi a ras del suelo por el lado sur. Está bastante alejada y es difícil confirmarlo, pero da la impresión de avanzar detrás de nosotros.

Falquián dirigió la vista al sur y comprobó que era la misma nube, aunque mayor, más oscura y más ominosa. Al parecer, la sombra podía seguirlo a todas partes, incluso allí.

— ¿La habéis visto moverse? — preguntó a Kring.

— No, pero hemos recorrido una buena distancia desde que nos hemos parado a comer, y continúa estando justo detrás de mi hombro izquierdo igual que cuando hemos reemprendido camino.

— No la perdáis de vista — indicó Falquián —. Veamos si podéis sorprenderla moviéndose realmente.

— De acuerdo — aceptó el domi, volviendo grupas.

Instalaron el campamento para pasar la «noche» tras haber recorrido aproximadamente la misma distancia que en una jornada normal.

Las monturas estaban nerviosas y Faran no paraba de mirar a Falquián con dureza y suspicacia.

— No es por culpa mía, Faran — aseguró Falquián al voluminoso ruano mientras lo desensillaba.

— ¿Cómo puedes mentirle con tanto descaro a esa pobre bestia, Falquián? — dijo Kalten —. ¿Es

que no tienes vergüenza? Es por culpa tuya.

Falquián durmió mal bajo aquella inmutable luz y, tras apurar lo más posible el sueño, se levantó y vio que los demás también estaban desperezándose.

— Buenos días, Falquián — lo saludó Sephrenia, con un asomo de expresión de enfado.

— ¿Qué sucede?

— Me falta mi té de las mañanas. He intentado calentar unas rocas para hervir el agua, pero no ha funcionado. Nada surte efecto, Falquián; ni los hechizos, ni la magia, ni nada. Estamos totalmente indefensos en esta tierra del nunca jamás que vos y Ghnomb habéis creado.

— ¿Qué puede atacarnos, pequeña madre? — inquirió gravemente —. Nos hallamos al margen del tiempo, en un lugar donde nadie puede alcanzarnos.

Alrededor de «mediodía» descubrieron cuan errónea era aquella afirmación.

— ¡Está moviéndose, Falquián! — gritó Talen cuando se acercaba a una inmóvil aldea —. ¡Esa nube! ¡Está moviéndose!

La nube que había advertido Kring, negra como el azabache, se movía perceptiblemente ahora. Avanzaba por el suelo hacia el pequeño grupo de chozas de techo de paja de los siervos arracimadas en un hondo valle, y un grave fragor de tétricos truenos acompañaba su inexorable marcha. Tras ella, los árboles y la hierba estaban secos y agostados, como si aquel momentáneo contacto con las tinieblas los hubiera marchitado en un instante. El nubarrón engulló el pueblo y, cuando lo hubo adelantado, no quedaba rastro de él, como si no hubiera existido.

Conforme se aproximaba el cúmulo de oscuridad, Falquián oyó un sonido rítmico, una especie de ruido sordo como el que producirían decenas de pies descalzos percutiendo en la tierra y, acompasado a éste, unos brutales gruñidos que podían tener su origen en una manada de bestias que emitiera al unísono guturales ladridos espaciados entre sí.

— ¡Falquián! — gritó con apremio Sephrenia —. ¡Usad el Bhelliom! ¡Dispersad esa nube! ¡Llamad a Khwaj!

Falquián forcejeó con la bolsa, arrojó al suelo los guanteletes que le entorpecían el movimiento de los dedos y, abriéndola por fin, puso en alto la Rosa de Zafiro con ambas manos.

— ¡Rosa Azul! — la invocó, alzando la voz —. ¡Soy Falquián de Elenia! ¡Khwaj despejará con su fuego la oscuridad que se acerca! ¡Khwaj lo hará para que Falquián de Elenia pueda ver lo que hay dentro de la nube! ¡Hacedlo, Khwaj! ¡Ahora mismo!

Una vez más oyó el aullido de impotencia y rabia que exhalaba el dios troll, manifestando su renuencia a obedecer. Después, justo delante de la negra nube que se aproximaba girando, se irguió una larga y elevada pantalla de formidables llamas de creciente ardor cuyas oleadas notaba en su cuerpo Falquián. La nube siguió desplazándose inexorablemente, al parecer inmune al muro de fuego.

— ¡Rosa Azul! — dijo Falquián en la lengua troll —. ¡Ayudad a Khwaj! ¡La Rosa Azul va a agregar su poder y el poder de todos los dioses troll para ayudar a Khwaj! ¡Hacedlo! ¡Ahora mismo!

El estallido de poder que recibió en respuesta casi derribó a Falquián del caballo y Faran se arredró, agachando las orejas y enseñando los dientes.

Entonces la nube se detuvo y en su masa aparecieron resquicios y rasgaduras que volvieron a soldarse casi al instante. Las llamas oscilaban en la contienda, remontándose y luego reduciéndose a débiles destellos para cobrar vigor una vez más. Al fin la nube fue esclareciéndose, al igual que la oscuridad de la noche se disipa con la proximidad del alba. Las llamas ascendían a mayor altura, intensamente brillantes, y la nube, desgarrada y deshilachada, perdía consistencia.

— ¡Estamos ganando! — exclamó Talen.

— ¿Nosotros? — replicó, escéptico, Kurik, recogiendo los guanteletes de Falquián.

De pronto, como dispersada por un potente vendaval, la nube se desintegró y entonces Falquián y sus amigos vieron qué era lo que producía aquellos sonidos semejantes a gruñidos. Eran unos enormes humanoides, lo cual había de interpretarse como que tenían brazos, piernas y cabeza. A dichas características humanas habría que agregar el hecho de que iban vestidos con pieles y asían

armas de piedra, hachas y lanzas en su mayor parte. Por lo demás, tenían frentes achatadas y bocas prominentes como hocicos, y el abundante vello que los cubría parecía más bien el pelambre de un animal. A pesar de que la nube se había disipado, proseguían su avance a una especie de trote arrastrado, apoyando al unísono los pies en el suelo al tiempo que emitían aquel gruñido gutural. A intervalos regulares se detenían y de un punto impreciso en medio de ellos se elevaba un penetrante alarido, como una aguda ululación. Después volvía a iniciarse el rítmico rugir y el golpear de pies en el suelo. Llevaban una especie de yelmos, calaveras de inimaginables bestias decoradas con cuernos, y las caras pintadas con intrincados dibujos en barro de colores.

— ¿Son trolls? — preguntó Kalten con voz chillona.

— No se parecen a ninguno de los trolls que yo he visto — respondió Ulath, alargando la mano hacia el hacha.

— ¡A la carga, hijos míos! — gritó el domi a sus hombres —. ¡Apartemos a estas bestias de nuestro camino! — Desenvainó el sable, lo puso en alto, y profirió un violento grito de guerra.

Los keloi se lanzaron al ataque.

— ¡Kring! — chilló Falquián —. ¡Esperad!

Era demasiado tarde, sin embargo. Una vez que les habían soltado las riendas, era imposible refrenar a los salvajes hombres de las tribus de las marcas orientales de Kelosia.

Falquián pronunció un juramento y guardó el Bhelliom bajo la sobreveste.

— ¡Berit! — ordenó — ¡Lleved a Sephrenia y Talen a la retaguardia! ¡Los demás, a echarles una mano!

No fue aquélla una lucha organizada en cualquiera de las acepciones de la palabra que todo hombre civilizado comprendería. Tras la primera arremetida de los miembros de la tribu de Kring, todo se desintegró en una confusa refriega donde las embestidas se sucedían ferozmente sin orden ni concierto. Los caballeros de la Iglesia descubrieron casi de inmediato que las grotescas criaturas contra las que peleaban no parecían sentir dolor. Era imposible determinar si ello era una característica natural de su especie o si el fenómeno que los había llevado allí los había dotado de defensas adicionales. Lo cierto era que bajo su enmarañado pelambre tenían un cuero de extraordinaria resistencia en el que no rebotaban, desde luego, las espadas, pero que costaba cortar. Las más brillantes estocadas producían tan sólo heridas mínimas.

Los keloi, no obstante, parecían obtener mejores resultados con sus sables. Era más efectivo hincar un arma de punta afilada que descargar por alto las pesadas espadas de hoja ancha porque, una vez horadado su duro pellejo, los feroces bárbaros aullaban de dolor. Stragen cabalgaba con ojos brillantes entre la embrollada masa, haciendo bailar la punta de su fino estoque, esquivando los torpes hachazos y las brutales arremetidas de las lanzas rematadas con pedernal e, inopinadamente, penetrando a fondo, sin esfuerzo, casi con delicadeza, en aquellos peludos cuerpos.

— ¡Falquián! — gritó —. ¡Tienen situado el corazón más abajo! ¡Hay que clavarles el arma en el vientre y no en el pecho!

Aquello facilitó mucho las cosas. Los caballeros de la Iglesia alteraron la táctica, atacando con la punta de las espadas en lugar de rebanar con la ancha hoja. Bevier colgó pesarosamente su hacha a la silla del caballo y tomó la espada. Kurik descartó la maza y desenfundó una espada corta. Ulath, en cambio, se obstinó en seguir usando el hacha y la única concesión que hizo a las exigencias de la situación fue valerse de ambas manos para descargarla. Su prodigiosa fuerza bastaba para superar defensas naturales como el cuero de la dureza del cuerno o cráneos de dos centímetros de grosor. La supremacía se inclinó entonces de su parte. Incapaces de adaptarse al cambio de estrategia, las colosales e irracionales bestias iban cayendo víctimas de las estocadas. Cuando la mayoría de los componentes de la manada yacían muertos, un reducido grupo seguía luchando, pero las vertiginosas arremetidas de los guerreros de Kring los redujeron pronto. El último que quedaba en pie, sangrando por una docena de heridas de sable, alzó su embrutecida cara y emitió aquel agudo alarido. El aullido se interrumpió de forma brusca cuando Ulath adelantó el caballo y, erguido sobre los estribos, alzó el hacha y le partió limpiamente la cabeza.

Falquián volvió grupas, esgrimiendo la ensangrentada espada, pero todas las criaturas habían perecido. Miró con más detenimiento en torno a sí y vio que su victoria se había cobrado un alto precio. Una docena de los hombres de Kring habían sido abatidos — y no meramente abatidos, sino también despedazados — y otros tantos yacían gimiendo en la tierra ensangrentada.

Kring estaba sentado con las piernas cruzadas, sosteniendo en el regazo la cabeza de uno de sus hombres moribundos con semblante apenado.

— Lo siento, domi — dijo Falquián —. Averiguad cuántos de vuestros hombres están heridos. Hallaremos la manera de cuidarlos. ¿Cuánto calculáis que queda hasta las tierras de vuestro pueblo?

— Un día y medio de esforzada marcha, amigo Falquián — repuso Kring, cerrando tristemente los inexpresivos ojos del guerrero que acababa de expirar —, algo menos de veinte leguas.

Falquián cabalgó hacia retaguardia, donde Berit permanecía a caballo empuñando el hacha para proteger a Talen y Sephrenia.

— ¿Ha terminado? — preguntó Sephrenia, desviando la mirada.

— Sí — respondió Falquián, desmontando —. ¿Qué eran, pequeña madre? Parecían trolls, pero Ulath no creía que lo fueran realmente.

— Eran hombres del alba, Falquián. Es un hechizo muy antiguo y muy difícil. Los dioses, y unos pocos privilegiados entre los más poderosos magos estirios, pueden retroceder en el tiempo y traer al presente objetos, criaturas y hombres. Los hombres del alba no han hollado esta tierra desde hace incontables milenios. Eso es lo que todos fuimos antaño: los elenios, los estirios, incluso los trolls.

— ¿Estáis diciendo que los humanos y los trolls están relacionados? — inquirió con incredulidad.

— De lejos. Todos hemos cambiado con el curso de las eras. Los trolls siguieron una dirección y nosotros otra.

— El instante suspendido de Ghnomb no es, por lo visto, tan seguro como pensábamos.

— No. Definitivamente no.

— Creo que es hora de volver a poner el sol en movimiento. No tenemos la capacidad de eludir lo que nos persigue deslizándonos por la rendija del tiempo, y la magia estiria no surte efecto aquí. Estaremos a mejor recaudo en el tiempo normal.

— Me parece que tenéis razón, Falquián.

Falquián sacó el Bhelliom de la bolsa una vez más y ordenó a Ghnomb que neutralizara el hechizo.

Los keloï hicieron literas para transportar a sus muertos y heridos, y la comitiva se puso en marcha, hasta cierto punto aliviada por el hecho de que los pájaros volaran de verdad ahora y el sol se moviera de nuevo.

A la mañana siguiente los descubrió una patrulla itinerante de keloï con cuyos miembros fue a hablar Kring.

— Los zemoquianos están prendiendo fuego a la hierba — anunció, furioso e indignado, al regresar —. No podré seguir prestándoos ayuda amigo Falquián. Hemos de proteger nuestros pastos y, por consiguiente, habremos de dispersarnos por todas nuestras tierras.

Bevier lo miró con aire meditativo.

— ¿No sería más sencillo si los zemoquianos se concentraran todos en un mismo lugar, domi? — preguntó.

— En efecto, amigo Bevier, pero ¿por qué iban a hacerlo?

— Para capturar algo que fuera valioso, amigo Kring.

— ¿Como qué? — inquirió Kring, vivamente interesado.

— Oro. — Bevier se encogió de hombros —. Y mujeres y vuestros rebaños.

Kring puso cara de desconcierto.

— Sería una trampa, por supuesto — prosiguió Bevier —. Reunís todos vuestros rebaños, tesoros y mujeres en un sitio y los dejáis al cuidado de unos cuantos keloï. Después partís con el resto de vuestros guerreros, cerciorándoos de que os vean los exploradores zemoquianos. Luego, en

cuanto anochezca, regresáis furtivamente y tomáis posiciones en los alrededores y os mantenéis ocultos. Los zemoquianos vendrán corriendo a robaros los rebaños, los tesoros y las mujeres. Entonces podéis abalanzaros de improviso sobre ellos, lo cual os brinda, además, la gloriosa ocasión de que vuestras mujeres sean testigos de vuestro arrojo. Tengo entendido que las mujeres se derriten de amor cuando presencian cómo sus varones destruyen a un enemigo odiado. — Bevier sonreía con astucia.

Kring entornó los ojos mientras tomaba en cuenta la propuesta.

— ¡Me gusta! — se pronunció con entusiasmo al cabo de un momento —. ¡Que me aspen si no me gusta! ¡Así lo haremos! — Se alejó para contárselo a su gente.

— Bevier — señaló Tynian —, me sorprendéis en ocasiones.

— Es una estrategia bastante común para caballería ligera — arguyo con modestia el joven cirínico —. La aprendí estudiando historia militar. Los barones lamorquianos utilizaron varias veces esa estratagema antes de emprender la construcción de los castillos.

— Lo sé, pero vos habéis sugerido el uso de mujeres como señuelo. Me parece que sois un poco más mundano de lo que aparentáis, amigo mío.

Bevier se ruborizó.

Siguieron cabalgando detrás de Kring a un paso más lento, entorpecidos por los heridos y la penosa hilera de caballos que transportaban a los muertos. Kalten contaba con aire ausente algo con los dedos.

— ¿Qué te preocupa? — le preguntó Falquián.

— Estoy tratando de calcular cuánto tiempo de ventaja le hemos arrebatado a Martel.

— No llega a un día y medio — dictaminó prontamente Talen —. día y un tercio, para ser exactos. Estamos a seis o siete horas de camino de él, teniendo en cuenta que nuestro promedio es de una legua por hora.

— Treinta kilómetros entonces — dedujo Kalten —. ¿Sabéis, Falquián? Si cabalgáramos toda la noche, podríamos irrumpir en su campamento antes de que salga el sol mañana.

— No vamos a viajar de noche, Kalten. Nos ronda algo muy hostil y preferiría que no nos sorprendiera a oscuras.

Dispusieron el campamento al caer la tarde y, después de cenar, Falquián y los demás se reunieron en un amplio pabellón para considerar las alternativas que se les presentaban.

— A grandes rasgos, ya tenemos trazado un plan de acción — expuso Falquián —. Hasta llegar a la frontera no surgirán problemas, en principio. Dado que Kring va a alejar a sus guerreros de las mujeres, éstos nos acompañarán como mínimo durante un buen trecho. Su presencia mantendrá alejadas a las fuerzas convencionales zemoquianas, de manera que estaremos a salvo hasta que no entremos en territorio zemoquiano. Es entonces cuando tendremos motivos de preocupación, y la clave de todo ello está en Martel. Tendremos que seguir hostigándolo de forma que no tenga tiempo para captar zemoquianos e interponerlos en nuestro camino.

— A ver si te aclaras, Falquián — lo criticó Kalten —. Primero aseguras que no vamos a cabalgar de noche y luego dices que vas a seguir hostigando a Martel.

— No tenemos por qué estar realmente pisándole los talones para hostigarlo, Kalten. Mientras piense que estamos cerca, no parará de correr. Me parece que voy a sostener una charla con él ahora que todavía queda luz de día. — Miró en derredor —. Necesitaré unas doce velas — pidió —. Berit, ¿os importaría ir a buscarlas?

— Por supuesto que no, sir Falquián.

— Disponedlas sobre esta mesa en apretada hilera. — Falquián volvió a sacar el Bhelliom de debajo de la sobreveste, lo dejó en la mesa y lo cubrió con una tela para mitigar su seducción. Cuando los cirios estuvieron encendidos en su lugar, destapó la joya y apoyó en ella las manos ensortijadas —. ¡Rosa Azul — ordenó —, traedme a Khwaj!

La piedra se calentó de nuevo bajo su mano al tiempo que en la concavidad que formaban sus pétalos se asentaba el mismo fulgor.

— ¡Khwaj! — invocó con energía Falquián —. Ya me conocéis. Quiero ver el sitio donde dormiré mi enemigo esta noche. ¡Haced que aparezca en el fuego, Khwaj! ¡Ahora!

El aullido de rabia no fue tal esa vez, convertida su gradación en un lúgubre quejido. Las llamas de las velas se alargaron y juntaron sus bordes para formar una pantalla compacta de fuego amarillento en la que se formó una imagen.

Era un reducido campamento de sólo tres tiendas, emplazado en una herbosa cuenca en cuyo centro había un pequeño lago. Al otro lado del agua se alzaba un bosquecillo de cedros y en el crepúsculo creciente vacilaban las llamas de una fogata en el interior del semicírculo que componían las tiendas. Falquián se fijó atentamente en los detalles.

— ¡Llévanos más cerca del fuego, Khwaj! — vociferó —. Hazlo de modo que podamos oír lo que dicen.

La escena se modificó al ajustarse el enfoque. Martel y sus compañeros estaban sentados alrededor del fuego con caras demacradas por la extenuación. Falquián hizo una señal a sus amigos y éstos se inclinaron para escuchar.

— ¿Dónde están, Martel? — preguntaba Arissa con acritud —. ¿Dónde están esos valientes zemoquianos con quienes contabais para protegeros? ¿Recogiendo flores en el campo?

— Están distraendo a los keloï, princesa — repuso Martel —. ¿De veras queréis que nos den alcance esos salvajes? No os preocupéis, Arissa. Si vuestros apetitos están creciendo de forma incontrolable, os prestaré a Adus. No huele muy bien, pero eso no será un grave impedimento para vos, ¿no es cierto?

La mujer le asestó una mirada cargada de odio, pero Martel no le concedió mayor importancia.

— Los zemoquianos mantendrán a raya a los keloï — informó a Annias—, y, a menos que Falquián esté maltratando cruelmente a sus caballos, lo cual no haría jamás, todavía está a tres días de camino. No necesitaremos a ningún zemoquiano hasta que crucemos la frontera. Entonces localizaré a algunos para comenzar a tenderle trampas a mi querido hermano y a sus amigos.

— ¡Khwaj — indicó Falquián —, haced que ellos puedan oírme! ¡Ahora!

Las llamas de las velas oscilaron y luego volvieron a quedar inmóviles.

— Un campamento precioso, Martel — observó Falquián con desenvoltura —. ¿Hay peces en el lago?

— ¡Falquián! — exclamó, boquiabierto, Martel —. ¿Cómo podéis llegar hasta tan lejos?

— ¿Lejos, viejo amigo? En realidad no estamos tan lejos. Estoy casi a dos palmos de vos. En vuestro lugar, no obstante, habría acampado en ese bosque de cedros de allí. Hay gente de toda clase de razas deseosa de mataros, hermano mío, y es un tanto imprudente instalarse a pasar la noche en descampado como lo habéis hecho.

— ¡Trae los caballos! — gritó Martel a Adus, poniéndose súbitamente en pie.

— ¿Ya os vais tan pronto, Martel? — preguntó con calma Falquián —. ¡Qué lástima! Tenía tantas ganas de volver a encontrarme cara a cara con vos... Ah, bueno, da igual. Os veré a primera hora de la mañana. Creo que ambos podremos resistir la espera.

Falquián observó con maliciosa sonrisa cómo los cinco ensillaban las cabalgaduras con pánico patente en sus movimientos y mirando frenéticamente en todas direcciones. Saltaron a los caballos y partieron a la carrera hacia el este, azotando sin piedad a las monturas.

— Volved, Martel — lo llamó Falquián —. Os habéis dejado olvidadas las tiendas.

Capítulo veintitrés

La tierra de los keloï era un vasto prado indiviso que jamás había arañado un arado. Los vientos otoñales barrían aquel inacabable pastizal bajo un cielo encapotado, susurrando un canto mortuorio por el extinto verano. Cabalgaban en dirección este hacia un elevado pináculo rocoso que sobresalía en el centro de la llanura, arrebujados en las capas para resguardarse del árido frío y con el ánimo ensombrecido por la interminable penumbra.

Al llegar al rocoso promontorio al atardecer, descubrieron que en sus alrededores reinaba una frenética actividad. Kring, que se había adelantado para reunir a los keloï, salió a recibirlos a caballo, con la cabeza cubierta con un tosco vendaje.

— ¿Qué os ha ocurrido, amigo Kring? — le preguntó Tynian.

— Ha habido una ligera insatisfacción en lo referente al plan de sir Bevier — respondió tristemente Kring —. Uno de los disidentes me ha atacado por la espalda.

— Nunca hubiera imaginado que un guerrero keloï hiciera tal cosa.

— Desde luego que no lo hacen, pero mi agresor ha sido una mujer. Una dama keloï de alta posición social se me ha acercado disimuladamente por detrás y me ha golpeado la cabeza con una olla.

— Espero que la hayáis castigado como se merece.

— De ningún modo podía hacerlo, amigo Tynian, porque se trata de mi propia hermana. Nuestra madre jamás me habría perdonado que le diera una azotaina a esa mocosa. A ninguna de las mujeres les ha complacido la idea de sir Bevier, pero mi hermana ha sido la única que se ha atrevido a reconvenirme.

— ¿Temen por su propia seguridad? — inquirió Bevier.

— Por supuesto que no. Son valientes como leonas. Lo que las preocupa es que una de ellas vaya a quedarse a cargo del campamento femenino. Las mujeres keloï son muy susceptibles en lo que respecta a la categoría de cada cual. Todos los varones han calificado de espléndida la idea, pero las mujeres... — Abrió los brazos en ademán de impotencia —. ¿Dónde está el hombre capaz de llegar a entender a una mujer? — Entonces irguió los hombros y se centró en cuestiones de interés concreto —. He ordenado a mis lugartenientes la organización del campamento. Dejaremos una fuerza mínima aquí y los demás cabalgaremos ostentosamente hacia Zemoch como si tuviéramos la intención de invadirlo. Por la noche iremos regresando de poco en poco en destacamentos y nos apostaremos en las colinas de los alrededores para esperar a los zemoquianos. Vosotros vendréis con nosotros y os separaréis discretamente al llegar a la frontera.

— Un plan muy sensato, amigo Kring — aprobó Tynian.

— Yo había pensado más o menos lo mismo. — Kring sonrió —. Venid, amigos míos. Os llevaré a las tiendas de mi clan. Estamos asando un par de bueyes para la cena. Tomaremos la sal

juntos y hablaremos de negocios. — Pareció recordar algo —. Amigo Stragen — dijo —, vos conocéis a esa Mirtai mejor que el resto de nuestros amigos. ¿Es habilidosa en el arte de la cocina?

— Nunca he comido nada que hubiera preparado ella, domi — admitió Stragen —. Pero, en una ocasión, nos relató un viaje que había hecho a pie cuando era una muchacha. Según tengo entendido, se alimentó básicamente de carne de lobo.

— ¿De lobo? ¿Y cómo se cocina un lobo?

— No creo que lo hiciera. Supongo que tendría prisa y que lo comería tal como venía.

— ¿Se lo comió crudo? — inquirió, asombrado, Kring, después de tragar saliva —. ¿Cómo se las arregló para atraparlo?

— Lo más probable es que lo persiguiera y lo abatiera — repuso el thalesiano, con un encogimiento de hombros —. Después le arrancó los bocados más apetecibles y se los comió sin parar de correr.

— ¡Pobre lobo! — exclamó Kring. Entonces miró con suspicacia al ladrón thalesiano —. ¿Es una invención vuestra, Stragen? — preguntó.

— ¿Una invención? — Los azules ojos de Stragen traslucían la misma inocencia que los de un niño.

Al día siguiente se pusieron en camino al alba y Kring situó su caballo junto al de Falquián.

— Stragen sólo trataba de tomarme el pelo anoche, ¿verdad, Falquián? — inquirió con semblante preocupado.

— Sin duda — repuso Falquián —. Los thalesianos son un poco raros y tienen un sentido del humor bastante peculiar.

— Sin embargo, ella sería capaz de hacerlo — declaró Kring con tono de admiración —. Abatir un lobo y comérselo crudo, quiero decir.

— Supongo que podría hacerlo si se lo propusiera — reconoció Falquián —. Veo que todavía pensáis en ella.

— Casi no pienso en otra cosa, Falquián. He intentado olvidarla, pero todo es en vano. — Suspiró —. Mi gente no la aceptaría nunca, me temo. Sería más fácil si mi posición no fuera tan prominente, pero, si me caso con ella, será la doma de los keloi, la pareja del domi, y la jefa de las mujeres. Las otras mujeres se concomerían de celos y hablarían mal de ella a sus maridos. Luego los hombres la criticarían en nuestros consejos, y yo tendría que matar a muchos de los amigos que conservo desde la infancia. Su presencia entre nosotros destruiría la unidad de mi pueblo. — Volvió a suspirar —. Tal vez pueda componérmelas para que alguien me mate en la guerra que se avecina. De esa forma evitaría tener que elegir entre la obligación y el amor. — Enderezó la espalda —. Basta de pláticas femeninas — se atajó —. Después de haber aniquilado la fuerza principal de los zemoquianos, asolaremos las tierras lindantes de un lado y otro de la frontera y así los zemoquianos andarán escasos de tiempo para ocuparse de vos y vuestros amigos. Es muy fácil despistar a los zemoquianos. Les destruiremos los templos e ídolos, que es algo que, por alguna misteriosa razón, los pone fuera de sí.

— Habéis estudiado detenidamente la estrategia a seguir, ¿no es cierto, Kring?

— Siempre es aconsejable saber adonde se encamina uno, Falquián. Cuando nos dirigamos al este, tomaremos el camino que lleva a la ciudad zemoquiana de Vileta. Escuchadme con atención, amigo mío. Éstas son las instrucciones que necesitaréis para encontrar ese paso que os mencioné. — Entonces dio una explicación del camino que habían de seguir, especificando señales y distancias —. Eso es todo, más o menos, amigo Falquián — concluyó —. Ojalá pudiera hacer más por vos. ¿Estáis seguro de que no querríais que fuera con vosotros junto con unos cuantos miles de jinetes?

— No me importaría seguir en vuestra compañía — reconoció Falquián —, pero una fuerza de tales dimensiones atraería demasiado la atención y ello nos retrasaría. Tenemos amigos en las llanuras de Lamorkand que cuentan con que nosotros lleguemos al templo de Azash antes de que los zemoquianos los arrollen.

— Lo entiendo perfectamente, amigo Falquián.

Cabalaron hacia oriente durante dos días, al cabo de los cuales Kring informó a Falquián que a la mañana debían desviarse hacia el sur.

— Os aconsejaría que partierais dos horas antes del amanecer, amigo Falquián — dijo —. Si algún explorador zemoquiano os viera a vos y a vuestros amigos abandonando el campamento con luz del día, podría sentir curiosidad y seguiros. Dado que el terreno es bastante llano en dirección sur, no incurriréis en gran peligro cabalgando a oscuras por él. Os aguarda un largo viaje. Rezaremos por vosotros... cuando no estemos ocupados matando zemoquianos.

La luna se elevaba entre las nubes dispersas cuando Falquián salió de su pabellón para respirar aire fresco. Stragen lo siguió.

— Hermosa noche — comentó el esbelto y rubio thalesiano con su resonante voz.

— Un poco fría, no obstante — replicó Falquián.

— ¿Quién querría vivir en una tierra donde siempre fuera verano? No creo que os vea cuando partáis, Falquián, pues no soy muy madrugador que se diga. — Stragen introdujo la mano bajo el jubón y sacó un pliego de papel algo más grueso que los que le había entregado previamente —. Éste es el último — dijo, tendiéndoselo —. He concluido la tarea que me encomendó la reina.

— La habéis cumplido bien, Stragen... supongo.

— Reconocedme un poco más de mérito, Falquián. He hecho exactamente lo que Ehlana me ordenó.

— Os habríais ahorrado muchas leguas de ir a caballo si me hubierais dado todas las cartas de una vez.

— No me ha importado en absoluto hacer el viaje. Os tengo bastante aprecio a vos y a vuestros amigos... No tanto como para emular vuestra apabullante nobleza, por supuesto, pero me caéis bien.

— Yo también os aprecio, Stragen... No tanto como para fiarme de vos, claro está, pero una cosa no quita la otra.

— Gracias, caballero — dijo Stragen, con una burlona reverencia.

— No hay de qué, milord. — Falquián sonrió.

— Tened cuidado en Zemoch, amigo mío — le recomendó en serio Stragen —. Profeso una gran estima por vuestra voluntariosa reina y preferiría que no le partierais el corazón cometiendo alguna insensatez. Otro consejo: si Talen os dice algo, prestadle atención. Sé que sólo es un chiquillo... y un ladrón de mucho cuidado... pero posee una aguda intuición y una extraordinaria capacidad mental. No sería descabellado afirmar que es la persona más inteligente que ambos hemos conocido. No perdáis, Falquián. No me atrae mucho la idea de postrarme ante Azash. — Esbozó una mueca —. Pero ya basta de dejarme llevar por mi vena sensiblera. Volvamos adentro y descorchemos un par de botellas para brindar por los viejos tiempos... a menos que queráis leer el correo.

— Me parece que lo reservaré para más adelante. Puede que en Zemoch me asalte el abatimiento y necesite algo para levantarme el ánimo.

Las nubes habían vuelto a empañar la luna cuando se reunieron antes de que clarease el día. Falquián expuso el bosquejo de la ruta a seguir, insistiendo en las marcas en el terreno que Kring había especificado, y después montaron y se alejaron del campamento. La oscuridad era tan densa que resultaba prácticamente impenetrable a la mirada.

— Podríamos estar dando vueltas en círculos — se quejó Kalten con algo de mal humor en la voz.

Kalten, que se había quedado despierto hasta altas horas de la noche con los keloï, tenía los ojos enrojecidos y las manos paralizadas cuando Falquián lo había despertado.

— Limitaos a seguir cabalgando, Kalten — le indicó Sephrenia.

— Claro — contestó sarcásticamente —, ¿pero hacia qué lado?

— En sentido suroeste.

— Fantástico, pero ¿dónde queda el suroeste?

— En esa dirección. — Apuntó a lo lejos en las tinieblas.

— ¿Cómo lo sabéis?

La mujer habló rápidamente en estirio durante un momento.

— Ya está — concluyó —. Con eso deberíais comprenderlo todo.

— Pequeña madre, no he entendido ni una palabra de lo que habéis dicho.

— No es culpa mía, querido.

El alba tardó en llegar esa mañana, entorpecida por las acumulaciones de nubes, particularmente densas por levante. Al cabo de un rato, comenzaron a distinguir los contornos de unos recortados picos que se alzaban a varias leguas de distancia por el este..., picos que sólo podrían hallarse en Zemoch.

A última hora de la mañana, Kurik refrenó el caballo.

— Ahí está esa cumbre roja que habéis mencionado, Falquián — anunció, señalándola.

— Parece como si estuviera sangrando, ¿no es cierto? — observó Kalten —. ¿O serán mis ojos que lo ven así?

— Un poco de cada cosa tal vez, Kalten — apuntó Sephrenia —. No debisteis beber tanta cerveza anoche.

— Debisteis darme ese consejo anoche, pequeña madre — replicó lúgubrementemente el caballero.

— Muy bien, caballeros — llamó la atención de todos la mujer —, es hora de que mudéis la vestimenta. Vuestra armadura sería demasiado ostentosa en Zemoch. Poneos las cotas de mallas si lo consideráis imprescindible, pero tengo reservado un sayo estirio para cada uno de vosotros. Cuando os hayáis cambiado, os modificaré la cara.

— Yo estoy ya más o menos acostumbrado a la mía — objetó Ulath.

— Puede que vos sí, Ulath, pero a los zemoquianos quizá los asuste un poco.

Los cinco caballeros y Berit se desprendieron de sus ceremoniosas armaduras — los caballeros con evidente alivio y Berit con manifiesto pesar — y las sustituyeron por las cotas de mallas, escasamente menos incómodas, y los sayos estirios.

— Conservad los cintos de las espadas sobre los sayos por el momento — indicó Sephrenia, tras observarlos con mirada enjuiciadora —. Dudo que los zemoquianos tengan realmente una costumbre establecida respecto a la forma de llevar puestas las armas. Si más tarde descubrimos que mi previsión es errónea, realizaremos un ajuste. Ahora, quedaos quietos todos. — Fue deteniéndose frente a cada uno de ellos, tocándoles la cara y repitiendo el mismo encantamiento estirio en cada caso.

— Me parece que no ha funcionado, lady Sephrenia — señaló Bevier, mirando a sus compañeros —. Yo los veo igual que antes.

— No estoy tratando de disfrazar su aspecto de cara a vos, Bevier. — Sonrió y luego se dirigió a su alforja y sacó un pequeño espejo —. Así es como os verán los zemoquianos — dijo, entregándoselo.

Bevier lanzó una ojeada y luego cruzó los dedos, como si ahuyentara a los demonios.

— ¡Dios mío! — exclamó —. ¡Estoy horrible!

Se apresuró a tender el espejo a Falquián y éste examinó con cuidado su rostro extrañamente alterado. Su pelo seguía igual de negro, pero su atezada piel había adquirido la palidez característica de la raza estiria. Tenía, además, las cejas y los pómulos mucho más prominentes, no exentos de cierta tosquedad. Advirtió con cierto desencanto que Sephrenia le había dejado la nariz tal como estaba. Por más que se dijera a sí mismo que en realidad no le importaba la nariz rota, hubo de reconocer que había sentido curiosidad por ver cuál sería su aspecto teniéndola derecha.

— Os he hecho adoptar la apariencia de estirios de pura cepa — señaló la mujer —. Estos son bastante comunes en Zemoch y yo me siento más a gusto con ellos. Por algún motivo, me repugna la imagen de un mestizo de elenio y estirio.

Entonces alargó el brazo derecho, habló unos minutos en estirio y luego gesticuló. Una oscura tira en espiral muy semejante a un tatuaje le envolvió el antebrazo y la muñeca para culminar en la palma de la mano en una representación asombrosamente natural de la cabeza de una serpiente.

— Supongo que esto tendrá algún sentido — comentó Tynian, observando aquella marca lleno de curiosidad.

— Desde luego. ¿Nos vamos?

La frontera entre Kelosia y Zemoch estaba mal definida y el único punto de referencia que ofrecía era una serpenteante línea en la que finalizaba la crecida hierba, dando paso por el este a un suelo rocoso y árido de vegetación raquílica. El oscuro lindero de un bosque de coníferas se recortaba a poco más de un kilómetro, en lo alto de la escarpada ladera ante la que se hallaban. Cuando habían recorrido tal vez la mitad de esa distancia, una docena de jinetes vestidos con sucios sayos blancos surgió de entre los árboles y se aproximó a ellos.

— Yo me ocuparé de esto — anunció Sephrenia —. No digáis nada y tratad de ofrecer un aspecto amenazador.

Los zemoquianos tiraron de las riendas. Algunos tenían aquellas facciones estirias que recordaban a una estatua no del todo acabada; otros podían pasar fácilmente por elenios, y el resto parecía ser un malsano cruce de ambas razas.

— Gloria al temible dios de los zemoquianos — entonó su cabecilla en una corrompida lengua híbrida de estirio y elenio en la que se conjugaban los peores rasgos de ambos idiomas.

— No habéis pronunciado su nombre, kedjek — le hizo notar fríamente Sephrenia.

— ¿Cómo sabía el nombre de ese tipo? — susurró Kalten a Falquián, demostrando que comprendía mejor el estirio de lo que lo hablaba.

— «kedjek» no es un nombre — repuso Falquián —, sino un insulto.

— ¡Las mujeres y los esclavos no hablan en ese tono a los miembros de la guardia imperial! — espetó el zemoquiano con tez aún más pálida de lo habitual y ojos entornados en expresión de odio.

— Guardia imperial — se mofó con desprecio Sephrenia —. Ni vos ni ninguno de vuestros hombres serviríais ni para componer una verruga en el cuerpo de un guardia imperial. Pronunciad el nombre de nuestro dios para que yo sepa que profesáis la auténtica fe. Decidlo, kedjek, o moriréis.

— Azash — murmuró el hombre con actitud insegura.

— Su nombre es mancillado por la lengua que lo pronuncia — dijo ella —, pero a Azash le divierte a veces la profanación.

— Tengo órdenes de reclutar al pueblo — declaró, enderezando la espalda, el zemoquiano —. Está próximo el día en que el bendito Otha descargará su puño para aplastar y esclavizar a los infieles de Occidente.

— Obedeced pues. Proseguid con vuestro trabajo. Sed diligente, pues Azash castiga la falta de celo con atroces sufrimientos.

— No necesito que me dé lecciones una mujer — replicó secamente —. Preparaos para llevar a vuestros criados al lugar donde va a librarse la guerra.

— Vuestra autoridad no es aplicable a mí. — La estiria alzó la mano derecha, con la palma encarada hacia él, y las marcas de su antebrazo y muñeca parecieron retorcerse y encrespase al tiempo que la imagen de la cabeza de serpiente emitía un silbido, moviendo velozmente la viperina lengua —. Tenéis permiso para saludarme — señaló.

El zemoquiano se echó atrás, con el rostro desencajado a causa del terror. Dado que el ritual de salutación estirio exigía besar las palmas de las manos, el «permiso» de Sephrenia era una clara invitación al suicidio.

— Perdonadme, suprema sacerdotisa — imploró con voz temblorosa el hombre.

— Me parece que no — contestó sin miramientos la mujer. Miró a los otros zemoquianos, que tenían los ojos desorbitados por el horror —. Este manojito de basura me ha ofendido — les dijo —. Obrad según es costumbre.

Los zemoquianos desmontaron a toda prisa, bajaron del caballo a su cabecilla y, venciendo su resistencia, lo decapitaron en el acto. Sephrenia, que normalmente habría presenciado con repulsión tal muestra de salvajismo, observó la escena con expresión imperturbable.

— Adecuado — aprobó sin entusiasmo —. Exponed lo que resta de él según la manera habitual

y continuad con vuestro trabajo.

— Ah.. eh... temible sacerdotisa — tartamudeó uno de ellos —, ahora no tenemos jefe.

— Vos habéis hablado y por lo tanto vos tomaréis el mando. Si actuáis como es debido, seréis recompensado. Si obráis mal, en vuestra mente llevaréis el castigo. Ahora quitad a esta carroña de mi paso.

— Apretó los talones contra los flancos de Ch'iel y la esbelta yegua blanca echó a andar, evitando delicadamente pisar los charcos de sangre que había en el suelo.

— El que ostenta el mando entre los zemoquianos parece estar sujeto a ciertos riesgos — comentó Ulath a Tynian.

— Así es — convino Tynian.

— ¿Realmente teníais que hacerle eso, lady Sephrenia? — preguntó Bevier con tono consternado.

— Sí. El zemoquiano que ofende a los sacerdotes es castigado siempre, y en Zemoch sólo existe un castigo.

— ¿Cómo habéis conseguido que se moviera el dibujo de la serpiente? — inquirió Talen, trasluciendo cierto temor en la mirada.

— No se ha movido — respondió la mujer —. Sólo ha parecido que se movía.

— Entonces no lo habría mordido de veras, ¿no es cierto?

— Él habría creído que sí, y el resultado habría sido el mismo. ¿Hasta dónde os ha indicado Kring que nos adentráramos en este bosque, Falquián?

— Aproximadamente el trecho recorrido en una jornada — repuso el caballero —. Nos desviaremos hacia el sur en el linde oriental de la foresta, justo antes de llegar a las montañas.

— Pongámonos en marcha pues.

Todos estaban un tanto impresionados por la aparente transformación de Sephrenia. La despiadada arrogancia que había manifestado durante el encuentro con los zemoquianos había sido tan radicalmente diferente de su comportamiento normal que incluso los había asustado un poco también a ellos. Cabalgaron entre la penumbra del bosque abatidos y en silencio, lanzando frecuentes miradas en dirección a la mujer, hasta que al cabo ésta refrenó su palafrén.

— ¿Vais a parar de mirarme así? — les dijo cáusticamente —. No me han salido dos cabezas. Estoy representando el papel de una sacerdotisa zemoquiana y obrando tal como lo haría una sacerdotisa de Azash. Cuando uno imita a un monstruo, debe hacer a veces cosas monstruosas. Prosigamos. Contadnos una historia, Tynian, para apartar de nuestras mentes este desagradable incidente.

— Sí, pequeña madre — acordó el deirano de ancho rostro. Falquián había advertido que, tal vez de modo inconsciente, todos habían adoptado aquella forma de tratamiento para dirigirse a ella.

Acamparon en el bosque esa noche y reemprendieron camino a la mañana siguiente bajo un cielo todavía nublado. El aire era cada vez más frío conforme iban ascendiendo. Alrededor de mediodía llegaron al linde oriental de la foresta y giraron hacia el sur, aunque permanecieron bajo su espesura a unos cien metros del linde para aprovechar el resguardo que ofrecía a las miradas.

Tal como había indicado Kring a Falquián, a última hora del día encontraron una gran arboleda afectada por una plaga. Los desnudos troncos muertos de los árboles se sucedían en la ladera de la montaña semeando una leprosa cascada, hediondos e infestados de hongos, ocupando una franja de una legua de ancho.

— Este sitio tiene el aspecto... y el olor... de las afueras del infierno — observó Tynian con voz sombría.

— Quizá se deba al tiempo nuboso — apuntó Kalten.

— No creo que los rayos del sol mejoren mucho la impresión que causa — disintió Ulath.

— ¿Qué puede haber dejado baldía una región tan extensa? — preguntó Bevier con un estremecimiento.

— La tierra en sí está enferma — respondió Sephrenia —. No nos demoremos demasiado en este

bosque maldito, queridos. Aunque un hombre no es un árbol, el nocivo miasma de este lugar no puede ser saludable.

— Nos queda poco rato de luz del día, Sephrenia — señaló Kurik.

— Eso no constituirá un problema. Dispondremos de luz suficiente para seguir cabalgando después de que haya anochecido.

— ¿Qué hizo enfermar a la tierra, lady Sephrenia? — inquirió Berit, mirando a su alrededor los blancos árboles que se erguían sobre el contaminado suelo como implorantes manos esqueléticas.

— No hay modo de saberlo, Berit, pero la fetidez de este paraje es el hedor de la muerte. Es posible que en el subsuelo se hallen horrores que no alcanza a definir la imaginación. Apuremos el paso para dejar atrás este lugar.

El cielo se oscureció con la proximidad del crepúsculo, pero, al cerrar la noche, los secos árboles comenzaron a despedir en torno a sí un repulsivo resplandor verdusco.

— ¿Estáis provocándola vos, Sephrenia? — preguntó Kalten —. La luz, quiero decir.

— No — respondió ésta —. La luz no tiene nada que ver con la magia.

— Debí haberlo recordado — dijo Kurik, riendo con cierto pesar.

— ¿Recordar el qué? — se interesó Talen.

— Los troncos podridos y sustancias parecidas a veces brillan en la oscuridad.

— No lo sabía.

— Has pasado demasiado tiempo en las ciudades, Talen.

— Uno tiene que ir al sitio donde están los clientes. — El chiquillo se encogió de hombros —. No se saca demasiado beneficio estafando a las ranas.

Continuaron cabalgando en el transcurso de las primeras horas de la noche entre aquel tenue relumbre verdoso, con la nariz y la boca embozadas con la capa, y poco antes de medianoche llegaron a una empinada loma cubierta de árboles. Prosiguieron un trecho y después asentaron el campamento en un hondo barranco donde el aire nocturno se les antojó dulce y puro tras interminables horas de soportar la fetidez de aquel bosque muerto.

La perspectiva que se presentó ante ellos a la mañana siguiente cuando coronaron la loma no era mucho más alentadora, pues, si el día anterior había estado presidido por una blancura de muerte, lo que les aguardaba aquella jornada era también una expresión de muerte, aun cuando su tono predominante fuera esta vez negro.

— ¿Qué diantre es esto? — exclamó Talen, observando la bullente extensión de negro fango de apariencia pegajosa.

— Las ciénagas de alquitrán que mencionó Kring — respondió Falquián.

— ¿Podemos rodearlas?

— No. El alquitrán se filtra por la pared de un acantilado y las ciénagas se prolongan varias leguas hasta las colinas que hay al pie de las montañas.

Las ciénagas, semejantes a grandes charcos de reluciente y resbaladiza humedad burbujeante, se extendían hasta una estribación rocosa de la que los separaban tal vez unos ocho kilómetros. Cerca de la otra orilla se elevaba un penacho de llama azulada casi tan alto como la aguja que remataba la catedral de Cimmura.

— ¿Cómo vamos a cruzar esto? — se desesperó Bevier.

— Con mucho cuidado, diría yo — replicó Ulath —. He atravesado en varias ocasiones terrenos de arenas movedizas en Thalesia. Hay que desperdiciar un montón de tiempo tanteando con un palo... que sea bien largo, a ser posible.

— Los keloï tienen marcado el camino — les aseguró Falquián —. Clavaron estacas en tierra firme.

— ¿Y en qué lado de las estacas se supone que debemos poner el pie? — inquirió Kalten.

— Kring no lo especificó — contestó Falquián con despreocupación —. Imagino, no obstante, que no habremos recorrido mucho trecho antes de averiguarlo.

Bajaron la pendiente y se introdujeron con prudencia en el untuoso cenagal negro. Falquián

comenzó a experimentar un ligero mareo al cabo de poco debido al aire cargado, impregnado de penetrante olor a nafta que flotaba sobre el lodazal.

Siguieron avanzando pesadamente, al paso lento que dictaba la necesaria cautela, mientras a su alrededor surgían de las profundidades unas grandes y viscosas burbujas que estallaban produciendo extraños sonidos. Ya cerca de la ribera sur, pasaron junto al ardiente pilar, una columna de llamas azules que brollaba con flujo incesante de las entrañas de la tierra, y a partir de allí el terreno comenzó a elevarse y pronto se hallaron fuera de la ciénaga. Tal vez fuera el calor de los hirvientes gases que emanaban de la tierra lo que hizo el contraste tan patente, pero, cuando los hubieron dejado atrás, notaron el aire mucho más frío.

— Se avecina mal tiempo — predijo Kurik —. Probablemente lluvia al principio, pero creo que después va a nevar.

— Ningún viaje entre montañas es completo sin nieve — observó Ulath.

— ¿Qué señal debemos reconocer ahora? — preguntó Tynian a Falquián.

— Ésa — respondió éste, apuntando a un elevado peñasco cuya cara recorrían anchas vetas amarillas—. Kring da unas instrucciones excelentes. — Miró al frente y vio un árbol con un trozo de corteza arrancada —. Estupendo — dijo —. El sendero que lleva al desfiladero está marcado. Sigamos cabalgando antes de que empiece a llover.

El desfiladero era en realidad el antiguo lecho de un riachuelo. El clima de Eosia había cambiado con el correr de las eras y, a medida que Zemoch se volvía más y más árido, el riachuelo que había labrado pacientemente el angosto paso había ido secándose hasta no quedar más recuerdo de él que el empinado barranco que surcaba la imponente pared de roca.

Tal como había pronosticado Kurik, la lluvia se inició al caer la tarde en forma de una constante llovizna que acabó por impregnarlo todo.

— Sir Falquián — llamó Berit desde atrás —, me parece que deberíais darle una mirada a esto. Falquián tiró de las riendas y volvió sobre sus pasos.

— ¿De qué se trata, Berit?

Berit señaló hacia poniente, donde el sol no era más que un disco de un gris apenas más claro que el del resto del encapotado cielo. En el centro de aquella esfera más pálida flotaba una amorfa nube negra como el carbón.

— Está moviéndose en dirección contraria, sir Falquián — señaló Berit —. El resto de las nubes se desplazan hacia el oeste y ésta viene en dirección este, justo hacia nosotros. Es parecida a aquella en la que se escondían esos hombres del alba, ¿no es cierto? Aquella que estaba siguiéndonos...

— En efecto, Berit — reconoció Falquián, sintiendo que se le encogía el corazón —. ¡Sephrenia! — llamó.

La mujer se reunió con ellos.

— Ahí está de nuevo — le comunicó Falquián, apuntándola con el dedo.

— Ya veo. ¿No esperaríais que se fuera sin más, Falquián?

— Confiaba en que así sería. ¿Podemos hacer algo?

— No.

— Entonces continuaremos avanzando — decidió con aire resuelto.

Con la luz menguante del atardecer, siguieron lentamente el curso del empinado barranco que serpenteaba por la roca. Al doblar una pronunciada curva, vieron un desprendimiento de roca, que estrictamente hablando no era tal, sino una pared desplomada: un lugar donde la cara sur de la quebrada se había desgajado y caído en el cauce, cegándolo, al parecer, por completo.

— Esto es bastante intimidante —observó Bevier—. Espero que Kring os diera buenas indicaciones, Falquián.

— Se supone que debemos torcer a la izquierda aquí — les comunicó Falquián —.

Encontraremos una maraña de ramas, troncos y maleza en el lado inferior del desprendimiento, pegada a la cara norte del barranco, que oculta la entrada de un pasadizo subterráneo. Los keloí lo utilizan cuando van a Zemoch en busca de orejas.

— Vayamos a mirar — propuso Kalten, enjugándose la cara.

En la penumbra que preludiaba la noche, la pila de árboles cortados y arbustos enredados presentaba el aspecto genuino de una fortuita acumulación de madera flotante y detritos que en todo barranco arrastran consigo las crecidas de la primavera. Talen desmontó, trepó por un tronco inclinado y se asomó a una oscura brecha que se abría entre la broza.

— Hola — gritó. El sonido de su voz retornó como un eco.

— Probemos a ver si responde alguien — sugirió Tynian.

— Lo hemos encontrado, Falquián — anunció el chico —. Hay un gran espacio hueco detrás de esta pila.

— Pongámonos manos a la obra, entonces — sugirió Ulath, lanzando una mirada al lluvioso y plomizo cielo —. Podríamos pasar la noche allá adentro — añadió —. Sería un refugio contra las inclemencias del tiempo, y, de todas formas, ya está anocheciendo.

Compusieron yugos con troncos de árboles desperdigados y utilizaron los mulos de carga para apartar la maraña de troncos y arbustos. La boca del pasadizo era triangular, dado que el lado exterior se apoyaba contra la cara norte de la quebrada, y su interior era angosto y olía a humedad.

— Está seco — apreció Ulath —, y a buen recaudo de las miradas. Podríamos adentrarnos un poco más y encender fuego. Si no nos secamos la ropa, estas cotas de mallas van a estar completamente oxidadas mañana por la mañana.

— Tapemos antes la abertura — aconsejó Kurik, si bien del tono de su voz se desprendía que no abrigaba grandes esperanzas de que la pila de maleza fuera a cortar el paso a la oscura nube que venía siguiéndolos desde Thalesia.

Después de cubrir el agujero, encendieron antorchas y caminaron unos cien metros por la estrecha galería hasta un lugar donde ésta se ensanchaba.

— ¿Os parece bien aquí? — preguntó Kurik.

— Al menos está seco — aprobó Kalten. Removió con el pie el arenoso suelo del pasadizo y desenterró un pedazo de descolorida madera —. Puede que incluso encontremos leña suficiente para encender fuego.

Se instalaron para hacer noche en aquel reducido refugio y pronto tuvieron encendida una pequeña fogata.

— Continúa varios cientos de metros más allá — informó Talen, que había ido a explorar lo que restaba del corredor —. El otro extremo está tapado con maleza igual que el de abajo. Kring disimula con mucho cuidado la existencia de este pasadizo.

— ¿Qué tiempo hace en el otro lado? — preguntó Kurik.

— Está cayendo aguanieve, padre.

— Parece que estaba en lo cierto. Oh, bueno, supongo que no será la primera vez que tengamos que soportar un temporal de nieve.

— ¿A quién le toca preparar la cena? — inquirió Kalten.

— A vos — le respondió Ulath.

— No puede ser que me toque otra vez a mí.

— Lo siento, pero así es.

Kalten se fue refunfuñando hacia las alforjas y se puso a revolver desordenadamente su contenido.

La cena consistía en las raciones que solían comer en sus viajes los keloi: cordero ahumado, pan moreno y una espesa sopa elaborada con guisantes secos, todo muy nutritivo, aunque de sabor poco espectacular. Cuando acabaron de comer, Kalten comenzó a retirar los restos. Estaba recogiendo los platos cuando se paró de repente.

— Ulath... — dijo con tono de sospecha.

— ¿Sí, Kalten?

— En todo el tiempo que llevamos viajando juntos no os he visto cocinar más de un par de veces.

— No, seguramente no.

— ¿Y cuándo os toca a vos el turno?

— No me toca. Mi trabajo es llevar la cuenta de los turnos de cada cual. No iríais a esperar que hiciera eso y además cocinara, ¿verdad? No sería justo.

— ¿Quién os designó para el cargo?

— Me presenté voluntario. Es lo que se espera de un caballero de la Iglesia a la hora de realizar una tarea desagradable. Ése es uno de los motivos por los que la gente nos tiene tanto respeto.

Permanecieron sentados alrededor del fuego, contemplando las llamas con ánimo sombrío.

— Son días como éste los que me inducen a interrogarme por qué adopté la profesión de caballero — comentó Tynian —. Cuando era más joven tuve oportunidad de seguir la carrera de abogado, pero, como pensé que sería aburrido, elegí esta vida. No sé por qué lo haría.

Sonó un murmullo general de asentimientos.

— Caballeros — les llamó la atención Sephrenia —, desterrad de la mente esta clase de pensamientos. Ya os he dicho antes que, si nos ponemos melancólicos o cedemos a la desesperación, caeremos directamente en manos de nuestros enemigos. Ya es suficiente con tener una nube oscura cernida sobre nuestras cabezas. No agreguemos a ella nubarrones de creación propia. Cuando la luz vacila, las tinieblas obtienen la victoria.

— Si lo que intentáis es animarnos, adoptáis un enfoque muy raro, Sephrenia — observó Talen.

— Tal vez he exagerado un poco — concedió con una tenue sonrisa —. Lo cierto es, queridos, que todos debemos estar prevenidos. Debemos precavernos contra la depresión, el desaliento y, sobre todo, la melancolía. La melancolía es una forma de locura.

— ¿Qué debemos hacer? — le preguntó Kalten.

— Es muy sencillo, Kalten — le contestó Ulath —. Vos observáis atentamente a Tynian y, en cuanto empiece a comportarse como una mariposa, avisáis a Falquián. Yo os vigilaré a vos para ver si presentáis síntomas de querer convertirlos en rana. En el momento en que comencéis a intentar cazar moscas con la lengua, sabré que estáis perdiendo la noción de la realidad.

Capítulo veinticuatro

La llovizna que se filtraba arremolinada por el angosto pasadizo llevaba consigo copos de nieve casi tan grandes como monedas. Los cuervos permanecían encaramados en las ramas, chorreando, y lanzando miradas de mal agüero. Aquella era una de esas mañanas que reclamaban a voz en grito consistentes paredes, un techo firme y un alegre fuego, pero, dado que tales comodidades se hallaban fuera del alcance de los caballeros, Falquián y Kurik siguieron arrastrándose hasta el corazón de la espesura de enebros y aguardaron.

— ¿Estás seguro? — susurró Falquián a su escudero.

— Era humo sin lugar a dudas, Falquián — repuso en voz baja Kurik —, y alguien estaba friendo tocino, que seguro que se le ha quemado.

— No nos queda más remedio que esperar — se resignó Falquián—. No quiero darme de bruces con nadie. — Trató de modificar la posición en que se encontraba, pero estaba encajado entre dos achaparrados árboles.

— ¿Qué ocurre? — susurró Kurik.

— Me está goteando el agua de una rama directamente en la nuca.

— ¿Cómo os sentís, mi señor? — inquirió Kurik, después de dirigirle una larga e inquisitiva mirada.

— Mojado. Gracias por preguntarlo, de todos modos.

— Ya sabéis a qué me refiero. Una de mis obligaciones es ocuparme de vuestro bienestar. Vos sois la pieza clave de esta expedición. No importa que los demás caigamos en la autoconmiseración, pero si vos comenzáis a tener dudas y temores, todos saldremos malparados.

— Sephrenia muestra a veces los mismos instintos maternos que una gallina clueca.

— Os quiere mucho, Falquián. Es natural que se preocupe.

— Ya estoy grandecito, Kurik. Incluso estoy casado.

— Vaya, me parece que tenéis razón. ¡Qué raro que no me hubiera dado cuenta!

— Muy gracioso.

Aguardaron, aguzando el oído, pero no oyeron más que el sonido del agua que goteaba de las ramas.

— Falquián — dijo al cabo Kurik.

— ¿Sí?

— Si me ocurriera algo, vos cuidaréis de Aslade, ¿verdad? Y de los chicos.

— No va a sucederte nada, Kurik.

— Espero que no, pero de todas formas necesito saberlo.

— Vas a cobrar una pensión... bastante suculenta, por cierto. Hasta puede que tenga que vender algunos acres para pagártela. A Aslade no le va a faltar nada.

— Eso suponiendo que también vos salgáis con vida de ésta — señaló irónicamente Kurik.

— No tienes por qué inquietarte por eso, amigo mío. Está en mi testamento. Vanion se ocupará de ello... o Ehlana.

— Pensáis en todo, ¿eh, Falquián?

— Tengo una profesión peligrosa y estoy más o menos obligado a tomar ciertas disposiciones... por si se presentara algún accidente. — Falquián sonrió a su amigo—. ¿Has sacado a colación este tema con el incomprensible propósito de levantarme el ánimo?

— Sólo quería saberlo, nada más — respondió Kurik —. Es mejor tener paz de espíritu en lo concerniente a estas cuestiones. Aslade podría entonces dar un oficio a los muchachos.

— Tus hijos ya tienen reservado un oficio, Kurik.

— ¿De granjeros? Es una ocupación un poco incierta.

— No me refería a eso. He hablado con Vanion de ellos. Tu hijo mayor probablemente entrará como novicio cuando hayamos concluido este viaje.

— Eso es ridículo, Falquián.

— No tanto. La orden pandion necesita siempre hombres valientes y honrados, y, si han salido a su padre, tus hijos son inmejorables. Te hubiéramos armado caballero a ti hace años, pero nunca me has dejado ni plantearlo. Eres un hombre obstinado, Kurik.

— Falquián... — se dispuso a contraatacar Kurik —. ¡Se acerca alguien! — musitó.

— Esto es una tontería como una casa — declaró una voz desde el otro lado del bosquecillo en la vulgar mezcla de elenio y estirio que identificaba como zemoquiano a su propietario.

— ¿Qué ha dicho? — susurró Kurik —. No acabo de entender ese parloteo.

— Te lo diré después.

— ¿Por qué no regresas y le dices a Surkhel que es un idiota, Houna? — sugirió otra voz —. Estoy seguro de que le interesará conocer tu opinión.

— Surkhel es un idiota, Timak. Es de Korakach, y allí todos están locos o son débiles mentales.

— Cumplimos órdenes de Otha, no de Surkhel, Houna — precisó Timak —. Surkhel sólo está haciendo lo que le han encargado.

— Otha — resopló Houna —. Yo no creo que exista ningún Otha. Es una mera invención de los sacerdotes. ¿Quién lo ha visto?

— Tienes suerte de que soy amigo tuyo, Houna. Podrían arrojarte para alimento de los buitres por hablar de ese modo. No te quejes tanto. Este trabajo no es tan malo. Todo cuanto hemos de hacer es cabalgar buscando gente en una zona donde no hay nadie. Todos sus habitantes han sido reclutados y enviados a Lamorkand.

— Estoy cansado de soportar la lluvia, eso es todo.

— Puedes estar contento de que sólo sea lluvia lo que cae del cielo. Cuando nuestros amigos se enfrenten a los caballeros de la Iglesia en los llanos de Lamorkand, probablemente habrán de soportar chaparrones de fuego o de relámpagos... o de serpientes venenosas.

— Los caballeros de la Iglesia no pueden ser tan temibles — se mofó Houna —. Nosotros tenemos a Azash para protegernos.

— Hasta cierto punto — bufó Timak —. Azash hierva niños zemoquianos para dar consistencia a la sopa.

— Eso son supersticiones carentes de sentido, Timak.

— ¿Has conocido a alguien que haya ido a su templo y haya vuelto a salir?

En la lejanía sonó un agudo silbido.

— Es Surkhel — identificó Timak —. Es hora de ponernos en marcha. Me pregunto si se da cuenta de lo irritante que es ese silbido.

— Tiene que silbar, Timak. Todavía no ha aprendido a hablar. Vamonos.

— ¿Qué han dicho? — susurró Kurik —. ¿Quiénes son?

— Parece que son miembros de una especie de patrulla — repuso Falquián.

— ¿Están buscándonos? ¿Logró Martel organizar una persecución después de todo?

— Creo que no. Por lo que decían esos dos, se dedican a hacer la leva de todos los que no han ido a la guerra. Reunámonos con los demás y partamos.

— ¿De qué hablaban? — preguntó Kalten cuando se disponían a volver a ponerse en camino.

— Estaban lamentándose — respondió Falquián —. Se expresaban tal como lo hacen todos los soldados en el mundo entero. Creo que, si dejáramos al margen todas las historias de horrores que circulan, descubriríamos que los zemoquianos no son tan distintos del común de los pueblos que habitan otros lugares.

— Adoran a Azash — objetó obstinadamente Bevier —. Eso ya los convierte en monstruos de entrada.

— Temen a Azash, Bevier — lo corrigió Falquián —. Existe una gran diferencia entre el miedo y la adoración. Me parece que no hay necesidad de que nos embarquemos en una guerra de total aniquilación aquí en Zemoch. Es preciso liquidar a los fanáticos y a las tropas de élite... junto con Azash y Otha, por supuesto. Creo que después podemos dejar que el pueblo llano elija su propia teología, ya sea elenia o estiria.

— Son una raza degenerada, Falquián — insistió Bevier con terquedad —. El matrimonio mixto entre estirios y elenios es una abominación a los ojos de Dios.

Falquián suspiró, decidiendo que era inútil discutir con una persona de ideas tan archiconservadoras.

— Podemos resolver estas diferencias de punto de vista cuando haya acabado la guerra — dijo —. Ahora debemos proseguir sin faltar a la prudencia. Mantengamos los ojos bien abiertos, aunque no creo que debamos andar con paso furtivo.

Volvieron a montar y, cabalgando, salieron del desfiladero y desembocaron en una montuosa meseta en la que había diseminadas varias arboledas. Seguía lloviendo y los copos de nieve mezclados con el agua se hacían cada vez más recios a medida que avanzaban hacia el este. Esa noche acamparon en un bosquecillo de píceas, al escaso calor de la pequeña y raquítica hoguera que consiguieron encender con ramas mojadas. A la mañana siguiente, al despertar, hallaron la tierra cubierta de una capa de nieve medio derretida de un grosor de unos ocho centímetros.

— Es hora de tomar una decisión, Falquián — planteó Kurik, mirando la nieve que no cesaba de caer.

— ¿Oh?

— Podemos intentar continuar siguiendo este sendero, que no está muy bien marcado para empezar y que probablemente desaparecerá por completo dentro de una hora, o bien ponernos en camino hacia el norte. Podríamos estar en el camino de Vileta a eso de mediodía.

— Infiero que tú tienes una preferencia clara.

— Así es. No me atrae la perspectiva de vagar por tierra extraña tratando de encontrar un sendero que podría conducirnos incluso a un sitio al que no queremos ir.

— De acuerdo pues, Kurik — aceptó Falquián —. Ya que te entusiasma tanto esta segunda opción, haremos como tú dices. Lo único que me preocupaba era atravesar la zona fronteriza donde Martel pretendía tendernos emboscadas.

— Perderemos medio día — objetó Ulath.

— Perderemos mucho más tiempo si nos extraviamos por estas montañas — arguyó Falquián —. No tenemos concertada una cita a una hora determinada con Azash. Nos recibirá lleguemos cuando lleguemos.

Cabalaron rumbo norte, hollando la licuada nieve, con el panorama de las cercanas colinas empañado por la niebla y la cortina de tupidos copos incesantemente renovados. La aguanieve iba depositándose sobre ellos, formando una capa que los calaba hasta los huesos, sumando su malestar a la tendencia sombría de su humor. Ni Ulath ni Tynian consiguieron levantarles el ánimo con las varias tentativas humorísticas realizadas y al cabo de un rato el silencio se aposentó entre ellos y cada cual se sumió en la melancolía de los propios pensamientos.

Tal como había previsto Kurik, llegaron al camino de Vileta hacia mediodía y volvieron a

adoptar rumbo este. No se veían huellas de que alguien hubiera transitado aquella ruta desde que había comenzado a nevar. El atardecer, un gradual oscurecimiento de la penumbra reinante, apenas si supuso una diferencia de matiz en aquel día presidido por la nevada. Se refugiaron para pasar la noche en un viejo corral en lastimoso estado y, como tenían por costumbre hacer en territorio hostil, dispusieron turnos de guardia.

A última hora del día siguiente pasaron Vileta, eludiendo entrar en ella, en parte porque no tenían nada que hacer en la ciudad y también para eludir riesgos inútiles.

— Está desierta — sentenció Kurik mientras cabalgaban por las afueras.

— ¿Cómo lo sabéis? — inquirió Kalten.

— No hay humo. Hace frío y todavía sigue nevando. Habrían encendido fuego.

— Oh.

— Me pregunto si se dejarían algo olvidado al marcharse — caviló Talen con ojos brillantes.

— Olvidalo — le recomendó concisamente Kurik.

La nieve disminuyó algo el día posterior y ello les devolvió el aliento, pero, cuando se despertaron a la mañana siguiente, volvía a nevar y se les vino abajo el ánimo de nuevo.

— ¿Por qué hacemos esto, Falquián? — preguntó Kalten, malhumorado, cuando el día tocaba a su fin —. ¿Por qué tenemos que ser nosotros?

— Porque somos caballeros de la Iglesia.

— Hay otros caballeros de la Iglesia. ¿No hemos hecho bastante ya?

— ¿Quieres regresar? No os pedí que vinierais, ni a ti ni a nadie.

— No, desde luego que no. No sé cómo se me ha ocurrido decirte algo así. Olvidalo.

Falquián, no obstante, lo recordó. Aquella noche sostuvo una conversación en privado con Sephrenia.

— Creo que tenemos un problema — le dijo.

— ¿Estáis comenzando a experimentar sensaciones insólitas? — se apresuró a inquirir la mujer —. ¿Algo que podría proceder de algún lugar ajeno a vos?

— No acabo de comprenderos.

— Creo que todos hemos reparado en ello en varias ocasiones. Todos hemos padecido esos repentinos accesos de duda y depresión. — Esbozó una tenue sonrisa —. Ese es un rasgo impropio del carácter de los caballeros de la Iglesia. La mayor parte del tiempo sois optimistas hasta el límite de la locura. Esa vacilación y ese pesimismo es algo que nos viene impuesto desde fuera. ¿Es esto lo que sentís? ¿Es ése el problema?

— No se trata de mí — le aseguró —. Me encuentro un poco abatido, pero creo que es simplemente a consecuencia del tiempo. Son los otros los que me inquietan. Kalten ha venido a preguntarme hoy por qué teníamos que ser nosotros los que hacemos esto. Kalten jamás haría una pregunta semejante. Por lo general hay que contenerlo, pero ahora me parece que lo único que desea es abandonarlo todo e irse a casa. Si todos mis amigos juzgan de este modo la situación, ¿por qué no siento yo lo mismo?

La mujer fijó la mirada en la nieve que continuaba abatiéndose, y él se sorprendió una vez más por el esplendor de su belleza intemporal.

— Creo que os teme — apuntó al cabo de unos momentos.

— ¿Kalten? Qué tontería.

— No me refiero a él. Es Azash quien os teme, Falquián.

— Eso es absurdo.

— Lo sé, pero de todas formas creo que es verdad. Vos poseéis un control sobre el Bhelliom como jamás nadie lo ha tenido. Ni siquiera Ghwerig tenía un poder tan absoluto sobre la gema. Ésa es la verdadera razón del miedo de Azash. Por eso no se atreve a enfrentarse directamente a vos y trata, en su lugar, de descorazonar a vuestros amigos. Está atacando a Kalten, Bevier y los demás porque teme atacaros a vos.

— ¿A vos también? — preguntó —. ¿Habéis sucumbido como los otros a la desesperación?

— Por supuesto que no.

— ¿Por qué «por supuesto»?

— Tardaría demasiado en explicároslo Yo me haré cargo de esto, Falquián. Acostaos.

Al amanecer los despertó un sonido familiar, claro y puro; una melodía de flauta que, aunque en tono menor, parecía henchida de un goce infinito. Falquián zarandó a Kalten al tiempo que en sus labios se asentaba lentamente una sonrisa.

— Tenemos compañía — anunció.

Kalten se incorporó de un salto, alargando la mano hacia la espada, y entonces oyó la música de la flauta.

— ¡Hombre! — Sonrió —. Ya era hora. Será una alegría volver a verla. Salieron de la tienda y miraron en derredor. Todavía nevaba y la niebla, pertinaz, seguía desdibujando las siluetas de los árboles. Sephrenia y Kurik estaban sentados junto al fuego.

— ¿Dónde está? — preguntó Kalten, escrutando entre la nieve.

— Está aquí — respondió sin inmutarse Sephrenia, tomando un sorbo de té.

— No la veo.

— No tenéis por qué verla, Kalten. Sólo debéis saber que está aquí.

— No es lo mismo, Sephrenia — arguyó, evidenciando sólo una ligera decepción en la voz.

— Al fin lo consiguió, ¿eh? — Kurik se echó a reír.

— ¿Qué consiguió? — inquirió Sephrenia.

— Pescar a un grupo de caballeros de la Iglesia delante de las mismas narices del Dios elenio.

— No seáis necio. Ella no haría tal cosa.

— ¿No? Fijaos en Kalten. Tiene la expresión más parecida a la adoración que he visto nunca en su cara. Si en estos momentos montara algo semejante a un altar, sin duda se hincaría de rodillas.

— Tonterías — replicó Kalten, levemente embarazado —. Me gusta, eso es todo. Me hace sentir a gusto cuando está cerca.

— Por supuesto — dijo Kurik con escepticismo.

— Creo que no deberíamos seguir hablando de este tema cuando venga Bevier — advirtió Sephrenia —, Podríamos confundirlo.

Los demás también salieron de las tiendas luciendo anchas sonrisas y Uloth reía a carcajadas.

Su estado de ánimo había mejorado enormemente, y la oscura mañana se les antojaba casi soleada. Hasta los caballos estaban frescos, fogosos casi. Falquián y Berit fueron a llevarles su ración matinal de grano. Faran solía despertarse con un aspecto de clara desazón, pero ese día el grande y feo ruano parecía tranquilo, sereno incluso. Estaba observando una gran haya de amplia copa. Falquián lanzó una ojeada en la misma dirección y se quedó paralizado. Aun cuando el árbol estuviera medio oculto por la niebla, le pareció ver con bastante claridad la conocida figura de la niña que acababa de librarlos de su desesperación con su alegre canción. Su apariencia era exactamente la misma que presentaba la primera vez que la habían visto. Estaba sentada en una rama, con la flauta de pan pegada a los labios, una cinta de hierba trenzada alrededor de su brillante pelo negro, el mismo sayo corto de lino ceñido a la cintura y los piecitos manchados de hierba cruzados a la altura de los tobillos. Sus grandes ojos oscuros lo miraban fijamente, y en cada una de sus mejillas se adivinaba un hoyuelo.

— Berit — dijo en voz baja Falquián —, mirad.

El joven aprendiz se volvió y se paró de pronto.

— Hola, Flauta — la saludó con sorprendente naturalidad.

Aphrael hizo sonar un breve trino en respuesta y continuó con su melodía. Después la niebla se arremolinó en torno al árbol y, cuando se despejó, ella ya no estaba. Su música, sin embargo, seguía sonando.

— Tiene buen aspecto, ¿eh? — observó Berit.

— No podía ser de otro modo — concedió, riendo, Falquián.

Los días parecieron transcurrir en un suspiro a partir de entonces Lo que antes había sido una

penosa y tediosa marcha entre la nieve y la penumbra tenía ahora un aire casi festivo. Reían y bromeaban y hacían incluso caso omiso del tiempo, pese a que éste no había mejorado sensiblemente. Seguía nevando cada noche y cada mañana, pero, hacia mediodía, la nieve cedía gradualmente paso a la lluvia, y ésta fundía el manto blanco formado por la noche de modo que, pese a haber de cabalgar continuamente sobre el fango, la nieve no se acumulaba lo suficiente para entorpecer su avance. De tanto en tanto, el sonido de la flauta de Aphrael surgía entre la niebla, alentándolos a proseguir.

Varios días más tarde llegaron a una colina desde la que se dominaba la plomiza extensión del golfo de Merjuk, medio velada por la neblina y la fría llovizna. En la orilla cercana se apiñaban varios edificios de escasa altura.

— Debe de ser Albak — identificó Kalten. Se enjugó la cara y observó atentamente la población —. No veo humo — apreció —. No, esperad.

Hay una chimenea encendida cerca del centro del pueblo.

— Podemos ir allí pues — decidió Kurik —. Vamos a tener que robar una barca.

Bajaron por la ladera de la colina y entraron en Albak. Las calles, sin pavimentar, estaban cubiertas de nieve medio fundida que no habían convertido en lodo las pisadas, una señal inconfundible de que la población estaba deshabitada. La única espiral de humo, fina y desmayada, brotaba de la chimenea de un edificio bajo con apariencia de cobertizo que daba a una especie de plaza.

— Una taberna, a juzgar por el olor — señaló Ulath tras olfatear el aire.

Desmontaron y entraron en una larga estancia de techo bajo, con vigas ahumadas y el suelo cubierto de enmohecida paja, fría, húmeda y maloliente. No había ventanas y la única luz procedía de un pequeño fuego que ardía en un lugar en el otro extremo, donde un hombre jorobado vestido con harapos rompía un banco a patadas para hacer leña con él.

— ¿Quién viene? — preguntó.

— Viajeros — respondió Sephrenia en estirio, con un tono de voz raro en ella —. Buscamos un lugar para pasar la noche.

— Aquí no miréis — gruñó el jorobado —. Ésta es mi casa.

Arrojó varios pedazos de banco al hogar, se tapó los hombros con una grasienta manta y, ya sentado, acercó hacia sí una jarra de cerveza y luego extendió las manos en dirección a las débiles llamas.

— Nos iremos de buen grado a otro lugar — le dijo la mujer —. Pero necesitamos información acerca de algo.

— Id a preguntar a otro.

La miró con ojos entornados, bizqueando y dirigiendo la vista a un lado de ella, con la peculiar forma de atisbar que tienen las personas casi ciegas.

Sephrenia cruzó el suelo sucio de paja y se encaró al maleducado jorobado.

— Parece que vos sois el único que queda aquí — señaló.

— Sí — confirmó sombríamente —. Todos los demás se marcharon para morir en Lamorkand. Yo moriré aquí. Así no tendré que caminar tanto. Ahora marchaos de aquí.

La mujer alargó el brazo y luego lo volvió hacia la barba incipiente del zemoquiano. La imagen de la cabeza de serpiente se irguió sobre la palma de su mano, agitando la lengua. El cegato jorobado frunció el entrecejo y volvió a un lado y otro la cabeza, esforzándose por ver lo que tenía en la mano. Después emitió un grito de terror, se incorporó y, al retroceder, tropezó con el taburete y derramó la cerveza.

— Tenéis permiso para presentarme vuestro saludo — dijo Sephrenia con tono implacable.

— No sabía quién erais, sacerdotisa — farfulló —. Perdonadme, por favor.

— Veremos. ¿No hay nadie más en el pueblo?

— Nadie, sacerdotisa... Sólo yo. Estoy demasiado tullido para viajar y no veo casi. Me dejaron aquí.

— Buscamos a otro grupo de viajeros: cuatro hombres y una mujer. Uno de ellos tiene el pelo blanco y el otro parece un animal. ¿Los habéis visto?

— No me matéis, os lo ruego.

— Hablad pues.

— Ayer pasaron por aquí unas personas que quizá fueran las que estáis buscando. No puedo asegurarlo porque no se acercaron lo bastante al fuego para que pudiera verles las caras, pero los oí hablar. Dijeron que iban a ir a Aka y de allí a la capital. Robaron la barca de Tassalk. — El jorobado se sentó en el suelo, se rodeó el tronco con los brazos y comenzó a balancearse rítmicamente, murmurando para sí.

— Está loco — susurró Tynian a Falquián.

— Sí — acordó tristemente éste.

— Todos se han ido — canturreó el jorobado —. Todos se han ido para morir por Azash. Matar a los elenios y luego morir. Azash ama la muerte. Todos muertos. Todos muertos. Todos muertos por Azash.

— Vamos a llevarnos una barca — interrumpió sus desvarios Sephrenia.

— Lleváosla. Lleváosla. Nadie volverá. Todos morirán, y Azash se los comerá.

Sephrenia le dio la espalda y regresó a donde aguardaban los otros.

— Vayámonos de aquí — dijo con voz inflexible.

— ¿Qué va a ser de él? — le preguntó Talen con aire apenado —. Está completamente solo y casi ciego.

— Morirá — replicó con brusquedad la estiria.

— ¿Solo? — inquirió sombríamente Talen.

— Todo el mundo muere solo, Talen. — La maga salió resueltamente de la pestilente taberna.

Una vez fuera, no obstante, se abatió y dio rienda suelta al llanto.

Falquián sacó un mapa de la alforja y lo examinó con entrecejo fruncido.

— ¿Para qué iba a ir Martel a Aka? — murmuró a Tynian —. Representa desviarse varias leguas de su camino.

— Hay una carretera de Aka a Zemoch — observó Tynian, señalando el mapa —. Hemos estado sometiéndolo a una presión constante y sus caballos deben de estar casi extenuados.

— Puede que sea esto — concedió Falquián —. Y a Martel nunca le ha gustado viajar a campo traviesa.

— ¿Seguiremos la misma ruta?

— Me parece que no. El tiene pocos conocimientos sobre navegación, de modo que se pasará varios días dando tumbos por el golfo. Kurik, en cambio, es un marino, y podremos cruzar sin demora hasta la otra orilla. Desde la ribera oriental a la capital tardaremos quizá tres días. Tenemos posibilidades de llegar antes que él. Kurik — llamó —, vayamos a buscar una barca.

Falquián estaba acodado en la barandilla de la amplia chalana embreada que Kurik había seleccionado. La dirección de los vientos se había modificado a su favor y su nave surcaba velozmente las picadas aguas del golfo hacia el este. Falquián extrajo del interior de su túnica la carta de Ehlana.

«Amado:

»Si todo ha salido bien, ahora os encontráis muy cerca de la frontera zemoquiana. Debo creer que todo ha ido bien o de lo contrario me volveré loca.

Vos y vuestros compañeros vais a conseguir vuestro propósito, mi querido Falquián. Tengo la misma certidumbre al respecto como si el propio Dios me lo hubiera revelado. Nuestras vidas están extrañamente controladas, amor mío. Estábamos destinados a amarnos... y a casarnos. Creo que no tuvimos

una posibilidad real de elección... aun cuando yo por nada del mundo habría escogido a otro. Nuestro encuentro y nuestro matrimonio formaban parte de un designio más grandioso, al igual que la coincidencia y reunión de vuestros compañeros. ¿Quién en el mundo podía poseer talentos más adecuados para ayudaros que los grandes hombres que cabalgan con vos? Kaltén y Kurik, Tynian y Ulath, Bevier y el querido Berit, tan joven y tan valeroso, todos se han unido a vos movidos por el amor y por un anhelo compartido. Sin duda no podéis fracasar, amado mío, teniendo a tales guerreros a vuestro lado. Apresuraos, paladín y esposo mío. Llevad a vuestros invencibles amigos a la guarida de nuestro antiguo enemigo y enfrentaos allí con él. Que tiemble Azash, pues el caballero Falquián llegará con el Bhelliom en la mano, y ni todos los poderes del infierno podrán superarlo. Apresuraos, querido, y sabed que no solamente vais armado con el Bhelliom, sino también con mi amor.

»Os amo

»Ehlana»

Falquián leyó la misiva varias veces, constatando la marcada tendencia a la oratoria que dominaba en ella. Incluso en sus cartas, su esposa adoptaba el tono de una alocución pública. A pesar de lo conmovedor de su contenido, él habría preferido algo menos ceremonioso, más genuino, porque, aun sabiendo que los sentimientos que expresaba eran auténticos, sentía que su afición por las frases bien construidas se entrometía entre ellos.

— Oh, bueno — suspiró —. Seguramente se relajará cuando llegemos a conocernos mejor.

Entonces Berit salió a cubierta y Falquián recordó algo. Releyó la carta y tomó rápidamente una decisión.

— Berit — lo llamó —, ¿podría hablar un momento con vos?

— Desde luego, sir Falquián.

— He pensado que tal vez os gustaría ver esto. — Falquián le tendió la carta.

— Pero es algo personal, sir Falquián — objetó Berit, mirándola.

— Me parece que os concierne. Podría ayudaros a resolver un problema que tenéis últimamente. Berit leyó la misiva y su rostro adoptó una extraña expresión.

— ¿Os alivia en algo? — le preguntó Falquián.

— ¿... lo sabíais? — tartamudeó, ruborizado.

— Sé que os será difícil creerlo, amigo mío — explicó, sonriendo irónicamente, Falquián —, pero yo también fui joven en un tiempo. Lo que os ha ocurrido a vos le ha sucedido probablemente a todo joven que ha pasado por esta vida. En mi caso, se produjo cuando fui a la corte por primera vez. Ella era una joven aristócrata, y yo estaba absolutamente convencido de que el sol salía y se ponía en sus ojos. Todavía pienso en ella de vez en cuando... con bastante cariño, en realidad. Ahora es mayor, claro está, pero sus ojos todavía me causan temblor cuando me miran.

— Pero vos estáis casado, sir Falquián.

— Eso es algo reciente y no tiene nada que ver con lo que sentí por esa joven aristócrata. Preveo que soñaréis vanamente con Ehlana durante mucho tiempo. Todos hacemos lo mismo en tales ocasiones, pero tal vez ello contribuya a hacer hombres mejores de nosotros.

— No iréis a decirselo a la reina. — Berit parecía asustado.

— No, no lo creo. No le incumbe realmente, de modo que ¿por qué iba a contárselo? Lo que pretendo hacerlos ver, Berit, es que lo que sentís forma parte del proceso de crecimiento. Todo el mundo lo experimenta alguna vez... si es afortunado.

— ¿No me odiáis pues, sir Falquián?

— ¿Odiaros? Oh, no, Berit. Me decepcionaríais si no os despertara tales sentimientos alguna hermosa joven.

— Gracias, sir Falquián — dijo, suspirando, Berit.

— Berit, no falta mucho tiempo para que os convirtáis en un caballero pandion hecho y derecho, y entonces seremos hermanos. ¿Qué os parece si os olvidáis de ese «sir»? «Falquián» sólo estará bien. Así también reconozco el nombre.

— Como deseéis, Falquián — aceptó Berit. Le ofreció la carta.

— ¿Por qué no me la guardáis vos? Tengo un gran desorden en las alforjas y no querría perderla.

Después, casi rozándose los hombros, ambos se encaminaron a popa para ver si Kurik necesitaba ayuda para manejar el barco.

Echaron el ancla al atardecer y, cuando se levantaron a la mañana siguiente, descubrieron que la nieve y la lluvia habían cesado, aunque el cielo seguía aún plomizo.

— Esa nube está allí de nuevo — informó Berit, acudiendo a popa —. Se encuentra bastante lejos, pero sigue ahí.

Falquián miró atrás. Ahora que podía verla con claridad, no le parecía tan amenazadora, mientras que, cuando había sido una vaga sombra que se cernía siempre en el margen de su visión, le había provocado un pavor desconocido. Tendría que cuidarse de no considerarla más que un mero inconveniente porque, en fin de cuentas, todavía era peligrosa. Esbozó una tenue sonrisa. Por lo visto, incluso un dios podía cometer un error e insistir en algo que ya no surtía efecto alguno.

— ¿Por qué no la disuelves con el Bhelliom, Falquián? — le preguntó Kalten, irritado.

— Porque volvería a formarse. ¿Para qué desperdiciar el esfuerzo?

— ¿No vas a hacer nada al respecto entonces?

— Por supuesto que sí.

— ¿Qué?

— No hacerle caso.

Hacia media mañana desembarcaron en una playa nevada, llevaron los caballos a la orilla y dejaron el barco a la deriva. Después montaron y se dirigieron al interior.

La ribera oriental del golfo era mucho más árida que las montañas que habían atravesado y las rocosas colinas estaban cubiertas de una capa de fina arena negra, profundamente espolvoreada de nieve en los puntos resguardados. El gélido viento levantaba nubes de polvo y nieve que los engullían en su avance. Cabalgaban entre lo que parecía un perpetuo crepúsculo, con la boca y la nariz protegidas con bufandas.

— Vamos a paso muy lento — observó Ulath, retirando con cuidado la arena que se le prendía en los ojos —. Puede que la decisión de Martel de pasar por Aka haya sido más sensata.

— Estoy seguro de que en el camino de Aka a Zemoch hace tanto frío y hay tanta polvareda como aquí — aseveró Falquián. Sonrió levemente —. Martel es un tanto melindroso y detesta enormemente ensuciarse. No sé por qué, la idea de que tenga que soportar que se le cuele un kilo de arena negra mezclada con nieve por debajo de la nuca me resulta estimulante.

— Eso es muy mezquino, Falquián — lo regañó Sephrenia.

— Lo sé — reconoció éste —, A veces soy así.

Se refugiaron en una cueva para pasar la noche y, cuando salieron de ella por la mañana, vieron que el cielo estaba despejado, si bien el viento, que había arreciado, agitaba nubes de persistente polvo.

Berit, que era el tipo de joven que se tomaba muy en serio las responsabilidades, se había encargado de ir a explorar los alrededores con la primera luz del día. Mientras los demás se reunían en la boca de la caverna, regresó con una expresión de repulsión en la cara que nadie dejó de ver.

— Hay algunas personas allá, Falquián — anunció al desmontar.

— ¿Soldados?

— No. Llevan consigo ancianos, mujeres y niños. Tienen algunas armas, pero no parece que sepan manejarlas.

— ¿Qué están haciendo? — inquirió Kalten.

Berit tosió con nerviosismo y miró en derredor.

— Preferiría no referirlo, sir Kalten, y no creo conveniente que lady Sephrenia los vea. Han dispuesto una especie de altar con un ídolo de barro encima, y están haciendo cosas que la gente no debería hacer en público. Me parece que son simplemente un grupo de campesinos degenerados.

— Será mejor que se lo digamos a Sephrenia — decidió Falquián.

— No podría hacerlo, Falquián — adujo Berit, sonrojándose —. No podría describir lo que están haciendo delante de ella.

— Generalizad, Berit. No tenéis por qué entrar en detalles.

Sephrenia, no obstante, dio muestras de curiosidad.

— ¿Qué es lo que hacen exactamente, Berit?

— Sabía que iba a preguntarlo — murmuró en tono de reproche Berit a Falquián —. Están... eh... sacrificando animales, lady Sephrenia, y no llevan ropa... con el frío que hace. Se untan el cuerpo con la sangre de los sacrificios y... eh...

— Sí — lo rescató del apuro la mujer —. Conozco ese ritual. Describid a las personas. ¿Tienen aspecto de estirios o más bien de elenios?

— Muchos de ellos tienen el pelo claro, lady Sephrenia.

— Ah — dijo —, entonces ya sé quiénes son. No constituyen ningún peligro en especial. El ídolo, empero, es otra cuestión. No podemos dejarlo detrás de nosotros. Debemos hacerlo pedazos.

— ¿Por el mismo motivo por el que tuvimos que romper el que había en el sótano de Ghasek? — preguntó Kalten.

— Así es — torció un tanto el gesto —. No debería decirlo, pero los dioses menores cometieron una equivocación al confinar a Azash en ese ídolo de arcilla que hay en el santuario próximo a Ganda, ya que, pese a que la idea era buena, no tuvieron en cuenta que los hombres pueden reproducir el ídolo y, con la celebración de ciertos ritos, insuflar en las réplicas el espíritu de Azash.

— ¿Qué hacemos? — inquirió Bevier.

— Vamos a aplastar el ídolo antes de que concluyan el ritual.

Los desnudos zemoquianos que había en el cañón iban sucios y desgredados. Falquián no había reparado hasta entonces hasta qué punto la vestimenta oculta la fealdad humana. Los adoradores de Azash, campesinos y pastores, a juzgar por su apariencia, se pusieron a chillar aterrorizados cuando los caballeros arremetieron contra ellos. Con confusión que acrecentaba el hecho de que los atacantes fueran disfrazados de zemoquianos, corrían de un lado a otro, bramando con pavor. De los cuatro hombres, vestidos con toscos hábitos eclesiásticos, que permanecieron ante el altar donde acababan de sacrificar una cabra, tres observaban con estupor e incredulidad a los caballeros, pero el cuarto, un individuo de rala barba y cabeza alargada, movía los dedos y hablaba desesperadamente en estirio. Invocó una serie de apariciones tan ineptamente formadas que inducían a risa.

Los caballeros siguieron, cabalgando, imperturbables, entre las imágenes y el hervidero de gente.

— ¡Defended a nuestro dios! — chillaba el sacerdote con los labios salpicados de espuma.

Sus parroquianos, no obstante, optaron por la pasividad.

El ídolo de arcilla que reposaba en el rudo altar pareció moverse ligeramente, al igual que una colina distante da la impresión de danzar y oscilar con la calma de una calurosa tarde de verano, y de él emanaron continuas oleadas de malevolencia. El aire se tornó repentinamente glacial. Falquián sintió de pronto que le abandonaban las fuerzas y Faran titubeó. Entonces pareció que el suelo se hinchaba frente al ara. Había algo que se agitaba bajo la tierra, algo tan espantoso que Falquián desvió la mirada con incontrolable repugnancia. El suelo se elevó, y Falquián sintió la fría tenaza

del miedo en el corazón. La luz comenzó a desvanecerse de sus ojos.

— ¡No! — gritó vigorosamente Sephrenia —. ¡Manteneos firme! ¡No puede haceros daño!

Se puso a hablar rápidamente en estirio y luego alargó la mano. En ella apareció una radiante esfera, del tamaño de una manzana al principio pero que, al remontarse en el aire, fue creciendo e incrementando su brillo hasta convertirse en una especie de pequeño sol que quedó flotando ante el ídolo, expandiendo una calidez que disipó el frío glacial. El suelo dejó de elevarse y la figura del dios se inmovilizó de nuevo.

— Kurik espoleó su tembloroso caballo y descargó una sola vez su pesada maza. El grotesco ídolo se hizo añicos que salieron volando en todas direcciones.

Los desnudos zemoquianos aullaron, presas de absoluta desesperación.

Capítulo veinticinco

— Rodeadlos, Falquián —indicó Sephrenia, mirando estremecida a los impúdicos zemoquianos —, y obligadlos a vestirse, por favor. — Dirigió la mirada al altar —. Talen — dijo —, recoge los fragmentos del ídolo. No nos conviene dejarlos aquí.

El chico no expresó ni un asomo de protesta.

No tardaron mucho en poner cerco a aquella multitud. La gente desnuda y sin armas no suele resistirse a las órdenes impartidas por hombres vestidos con cotas de mallas que esgrimen afilado acero. El sacerdote de alargada cabeza, en cambio, continuó gritándoles, pese a lo cual se guardó mucho de darles otros motivos para castigarlo.

— ¡Apóstatas! — gritaba —, ¡Profanadores! Invoco a Azash para que... Sus palabras se prolongaron convertidas en una especie de graznido cuando Sephrenia alargó el brazo y la cabeza de la serpiente se irguió en la palma de su mano, moviendo velozmente la lengua. Se quedó mirando la oscilante imagen del reptil con ojos desorbitados y luego se vino abajo y se humilló en el suelo ante ella.

Sephrenia miró severamente a su alrededor y los otros zemoquianos también se postraron, emitiendo un horrorizado gemido.

— ¡Pervertidos! — los recriminó en el corrupto dialecto zemoquiano — Este rito fue prohibido hace siglos. ¿Por qué habéis decidido desobedecer al poderoso Azash?

— Nuestros sacerdotes nos engañaron, temible sacerdotisa — farfulló un individuo de enmarañado cabello —. Nos dijeron que la prohibición de nuestro rito era una blasfemia estiria y que los estirios que había entre nosotros estaban apartándonos del verdadero dios. — No daba muestras de percatarse del hecho de que Sephrenia fuera estiria —. Nosotros somos elenios — afirmó con orgullo —, y sabemos que somos los elegidos.

Sephrenia dirigió una elocuente mirada a los caballeros de la Iglesia y luego volvió a centrar la vista en la chusma de sucios «elenios» prosternados ante ella. Respiró hondo, al parecer con intención de pronunciar una violenta diatriba, pero al final dejó escapar el aire y, cuando habló, su voz sonó con extremo desapego.

— Os habéis desviado de vuestro camino — les dijo —, y por ello sois indignos de reuniros con vuestros compatriotas y participar en su sagrada guerra. Ahora volveréis a vuestras casas. Regresad a Merjuk y a las tierras que se extienden más allá y no os aventuréis más a venir a este lugar. No os acerquéis al templo de Azash, no sea que éste os destruya.

— ¿Deberíamos ahorcar a nuestros sacerdotes? — le preguntó esperanzado el desgredado zemoquiano —. ¿O quemarlos tal vez?

— No. Nuestro dios quiere adoradores, no cadáveres. De ahora en adelante os consagraréis únicamente a los ritos de purificación y de reconciliación y los de las estaciones. Sois como niños y

como niños veneraréis. ¡Ahora marchaos!

Alzó el brazo, y la cabeza de serpiente que despuntaba de la palma de la mano se encabritó, hinchándose y creciendo hasta convertirse en un dragón que se puso a rugir y arrojar llamaradas por la boca.

Los zemoquianos huyeron.

— Debisteis haber dejado que colgaran al menos a ese tipo — se lamentó Kalten.

— No — replicó la mujer —. Acabo de ponerlos en la vía de una religión diferente, la cual prohíbe matar.

— Son elenios, lady Sephrenia — objetó Bevier —. Debisteis haberles indicado que practicaran la fe elenia.

— ¿Con todos sus prejuicios e incoherencias, Bevier? — preguntó —. No, no me parece conveniente. Los he encaminado a una senda más llevadera. Talen, ¿has terminado?

— Tengo todos los pedazos que he podido encontrar, Sephrenia.

— Tráelos. — Hizo volver grupas a su blanco palafrén y, seguida de los demás, se alejó del burdo altar.

Regresaron a la cueva, recogieron sus pertenencias y volvieron a ponerse en camino.

— ¿De dónde eran? — preguntó Falquián a Sephrenia mientras cabalgaban entre el penetrante frío.

— Del noreste de Zemoch — repuso ésta —, de las estepas que hay al norte de Merjuk. Son elenios primitivos que no han tenido la suerte de mantener contacto con un pueblo civilizado como la habéis tenido vosotros.

— ¿Os referís a los estirios?

— Naturalmente. ¿Qué otro pueblo civilizado existe?

— No os propaséis — la reprendió.

— La inclusión de las orgías en el culto de Azash — señaló, sonriendo, la estiria — forma parte de la estrategia concebida en un principio por Azash. Esto atrajo a los elenios. El propio Otha es elenio y sabe cuan desarrollados están esos apetitos en vuestra raza. Los estirios tenemos perversiones más exóticas. Azash las prefiere en realidad, pero los primitivos de las zonas rurales siguen aferrados a las viejas costumbres. Son relativamente inofensivos.

— ¿Qué queréis que haga con los pedazos de ese ídolo? — preguntó Talen, acudiendo a su lado.

— Ve tirándolos — repuso la maga —, un fragmento a cada kilómetro más o menos. Espárcelos con cuidado. El rito se había iniciado y hemos de evitar que alguien reúna las piezas y lo recomponga. Ya tenemos bastante problema con la nube y sólo nos faltaría que el propio Azash viniera detrás de nosotros.

— Amén — acordó fervientemente el chiquillo. Después se hizo a un lado, se irguió sobre los estribos y arrojó un trozo de arcilla a buena distancia.

— Entonces nos hallamos a salvo, ¿no es así? — dedujo Falquián —. Ahora que el ídolo está destruido y en cuanto Talen acabe de esparcir sus pedazos...

— No lo creo así, querido. Esa nube sigue ahí.

— Pero la nube nunca nos ha causado un daño real, Sephrenia. Trató de infundirnos temor y melancolía, pero nada más... y Flauta se encargó de contrarrestar ese efecto. Si eso es lo mejor que puede hacer, no representa una gran amenaza.

— No caigáis en un exceso de confianza, Falquián — le advirtió —. La nube, o la sombra, como quiera llamársela, es probablemente una criatura de Azash, y ello podría hacer que resultara tan peligrosa como el damork o el Buscador.

El paisaje no se dulcificó a medida que continuaban hacia el este, ni tampoco el tiempo. Hacía un frío glacial y las infladas nubes de polvo negro arañaban el cielo. La escasa vegetación que veían era raquítica y enfermiza. Seguían lo que semejava un sendero, aunque lo sinuoso de su trazado denotaba más las huellas de animales salvajes que las de la mano del hombre. Las charcas eran poco frecuentes y el agua de las que encontraban era hielo que habían de fundir para abreviar los caballos.

— ¡Maldito polvo! — tronó Ulath de improviso de cara al cielo, desprendiéndose de la tela que le cubría la boca y la nariz.

— Tranquilo — le dijo Tynian.

— ¿Qué sentido tiene todo esto? — preguntó Ulath, escupiendo polvo —. ¡Ni siquiera sabemos en qué dirección vamos! — Volvió a taparse la cara y siguió cabalgando, murmurando para sí.

Los caballeros continuaron avanzando con dificultad, haciendo saltar con los cascos pequeños terrones de tierra helada.

Era evidente que la melancolía que los había ganado en las montañas que se alzaban al oeste del golfo de Merjuk empezaba a asentarse de nuevo en ellos, y Falquián cabalgaba cautelosamente, observando con pesar cómo se deterioraba rápidamente el estado de ánimo de sus compañeros al tiempo que mantenía, vigilante, la mirada en los barrancos y salientes rocosos que los rodeaban. Bevier y Tynian estaban enzarzados en una sombría conversación.

— Es un pecado — decía obstinadamente Bevier —. Su sola sugerencia es una herejía y una blasfemia. Los padres de la Iglesia lo han razonado, y la razón, proviniendo como proviene de Dios, es patrimonio de Dios. Por ello es el propio Dios quien nos dice que Él y sólo Él es divino.

— Pero... — se dispuso a aducir Tynian.

— Escuchadme, amigo mío — lo interrumpió Bevier —. Puesto que Dios nos dice que no existen otras divinidades, es un terrible pecado el que cometemos creyendo lo contrario. Estamos embarcados en una búsqueda basada en una superstición infantil. Los zemoquianos son un peligro, sin duda, pero un peligro terrenal, al igual que los eshandistas. No tienen aliados supranaturales. Estamos desperdiciando nuestras vidas buscando a un mítico enemigo que sólo existe en las enfermizas mentes de nuestros enemigos paganos. Pienso dialogar con Falquián al respecto y no dudo de que podré persuadirlo para que abandonemos esta vana aventura.

— Eso sería lo mejor — convino, si bien un tanto dubitativo, Tynian.

Los dos parecían ignorar por completo que Falquián cabalgaba a una distancia desde la que podía oírlos con toda claridad.

— Tenéis que hablar con él, Kurik — pedía Kalten al escudero de Falquián —. No tenemos la más remota posibilidad.

— Decídselo vos — gruñó Kurik —. Yo soy un criado y no me corresponde a mí decirle a mi señor que es un loco y un suicida.

— Con franqueza, creo que deberíamos saltarle por la espalda y atarlo. No es únicamente mi vida la que trato de salvar, comprendedlo, sino también la suya.

— Comparto vuestra opinión, Kalten.

— ¡Qué vienen! — gritó Berit, señalando una nube de polvo que giraba en remolino —. ¡A las armas!

Los agudos gritos de guerra de los amigos de Falquián contenían una nota de pánico y su arremetida tenía un cariz desesperado. Embistieron la nube de polvo, descargando las hachas y espadas contra el aire.

— ¡Ayudadlos, Falquián! — rogó Talen con voz chillona.

— ¿Ayudarlos a qué?

— ¡Los monstruos! ¡Los matarán a todos!

— Lo dudo mucho, Talen — replicó fríamente Falquián, observando cómo sus amigos agitaban la nube con las armas —. Se enfrentan a algo que no está a su altura.

Talen lo miró airadamente un momento y luego se alejó varios metros, profiriendo juramentos por lo bajo.

— Infiero que vos tampoco veis nada en el polvo — comentó con calma Sephrenia.

— Eso es lo que es, pequeña madre: sólo polvo.

— Deshagamos la ilusión. — Habló brevemente en estirio y luego gesticuló.

La abultada y espesa acumulación de polvo pareció estremecerse y encogerse sobre sí por un instante y después emitió un largo y audible suspiro y resbaló hasta el suelo.

— ¿Adonde han ido? — bramó Uloth, mirando en derredor y blandiendo el hacha.

Los demás caballeros parecían igualmente perplejos, y las miradas que le dirigían a Falquián estaban cargadas de sombrías sospechas.

Después de aquel incidente, lo evitaron y cabalgaron con torvo ceño, hablando en susurros entre sí y lanzándole furtivas miradas cargadas de hostilidad. A la noche instalaron el campamento en la banda de sotavento de un escarpado acantilado donde las erosionadas rocas blancas sobresalían de una malsana acumulación de arcilla desconchada que parecía afectada por alguna plaga. Falquián preparó la cena y sus amigos no quisieron quedarse sentados con él en el fuego como era habitual. Sacudió la cabeza con pesar y se fue a acostar.

— Despertad, caballero, si os place.

La voz, dulce y suave, parecía expresar un inmenso amor. Falquián abrió los ojos y se halló en un pabellón de alegres colores, más allá de cuya puerta se extendía un gran prado verde, lleno de flores silvestres. Había árboles, antiguos y colosales, con las ramas cargadas de aromáticas flores, que se prolongaban hasta un reluciente mar de un profundo color azul, enjoyado con el resplandor de los reflejos del sol. El cielo era como no había visto otro igual. Era un arco iris que cubría la totalidad de la cúpula celeste, bendiciendo al mundo que albergaba bajo ella.

La criatura que lo había despertado siguió a su lado, dándole golpéenos con el hocico y tocando impacientemente con una pata el suelo alfombrado del pabellón. Era una cierva muy pequeña, de una deslumbrante blancura que casi resultaba incandescente. Tenía unos ojos grandes y enternecedores de color castaño que reflejaban una docilidad, una confianza y un carácter tan afable que habrían conmovido a cualquiera. Sus modales, no obstante, eran insistentes. No cabía duda de que quería que se levantara.

— ¿He dormido demasiado? — preguntó, algo preocupado por la posibilidad de haberla ofendido.

— Estabais fatigado, caballero — respondió automáticamente, como si acudiera en su defensa incluso ante la autocrítica —. Vestios con cierto esmero — recomendó la mansa cierva —, pues me han ordenado que os lleve en presencia de mi ama, que gobierna este reino y a quien todos sus subditos adoran.

Falquián le acarició cariñosamente el niveo cuello y sus grandes ojos se derritieron de amor. Se levantó y miró su armadura. Estaba como debiera estar: negra como el azabache y damasquinada en plata. Notó con agrado al ponérsela que no pesaba más que una gasa de seda. No era, sin embargo, de acero. A pesar de lo imponente de su espada, sabía que ésta cumplía una función meramente ornamental en aquel reino de hadas rodeado por un mar enjoyado que residía feliz bajo un cielo multicolor. Allí no había peligros, odio, ni discordia, y todo era duradera paz y amor.

— Debemos apresurarnos — le dijo la cierva —. Nuestra barca nos espera en aquella playa donde las pequeñas olas juegan con voluptuoso abandono bajo la luz siempre cambiante de nuestro encantado cielo. — Lo condujo con preciosos y delicados pasos al prado besado por las flores, un prado de aroma tan dulce que uno podía desmayarse por el halago que producía en los sentidos.

Pasaron junto a una blanca tigre indolente echada de espaldas bajo el cálido sol matinal en tanto que sus cachorros peleaban propinándose desmañados zarpazos que querían imitar la ferocidad. La blanca cierva se detuvo un momento para restregar el hocico en la cara de la felina, la cual le correspondió dándole un gran y afectuoso lametazo que le humedeció todo un lado de la cara, de la barbilla a la punta de la oreja.

Las hierbas coronadas de flores se inclinaban ante la tibia brisa al tiempo que Falquián seguía al niveo animal en dirección a la azulada sombra de los viejos árboles. A ellos sucedía en suave pendiente hasta un mar de azur una playa de gravilla de alabastro donde los aguardaba una embarcación que más semejaba un ave que un bajel. Esbelta era su proa, y airosa como el cuello de un cisne. Dos alas de albas velas se erguían sobre su cubierta de roble y las amarras daban tirones como si ansiaran hacerse a la mar.

Falquián observó a la blanca gama, se inclinó y, tomándola con un brazo bajo el pecho y el otro

tras las ancas, la levantó sin apenas esfuerzo. El animal no forcejeó por librarse, pero sus enormes ojos expresaron una alarma momentánea.

— Calmaos — la tranquilizó —. Solamente os desplazo hasta la nave que nos aguarda para que no os enfriéis tocando las aguas que nos separan de ella.

— Sois muy amable, gentil caballero — le agradeció, apoyando confiadamente la barbilla en su hombro mientras él se adentraba con paso decidido en las juguetonas aguas.

En cuanto hubieron embarcado, su ansioso bajel partió con un brinco, enfrentándose valientemente a las olas, y pronto surgió ante ellos el lugar adonde se dirigían. Era un pequeño islote verde coronado con una arboleda sagrada de una antigüedad que no alcanzaba a conjeturar la imaginación, bajo cuyo desplegado ramaje vio Falquián las resplandecientes columnas de mármol de un templo.

Otra embarcación, no menos airosa y despreocupada de los caprichos de la cambiante brisa, también surcaba el mar de azur en dirección al islote que los atraía. Y, cuando posaron los pies en la dorada playa, sir Falquián reconoció los muy amados rostros de sus compañeros. Sir Kalten, inquebrantable y franco; sir Ulath, fuerte como un toro y valiente como un león; sir...

Falquián se despertó y sacudió la cabeza para ahuyentar la bruma de extravagantes imágenes que perduraban en su mente.

En algún lugar, un piecito golpeó el suelo con exasperación.

— ¡No me hagáis enfadar, Falquián! — lo regañó una voz conocida —. ¡Ahora volveos a dormir de inmediato!

Lentamente los arrojados caballeros ascendieron la suave pendiente que conducía al islote coronado de árboles, contándose las aventuras vividas aquella mañana. A sir Kalten lo guiaba un tejón blanco; a sir Tynian, un león blanco; a sir Ulath, un gran oso blanco, y a sir Bevier, una nivea paloma. El joven aspirante a caballero, Berit, seguía a un cordero blanco; Kurik, a un fiel perro blanco, y Talen, a un armiño.

Sephrenia, vestida de blanco y con una guirnalda de flores en la cabeza, los aguardaba en las escalinatas de mármol del templo, y, sentada con toda calma en la rama de un roble que precedía a cualquier otro ser vivo, estaba la reina de aquel reino de hadas, la diosa niña Aphrael. Llevaba una túnica en lugar de aquel burdo sayo y tenía la cabeza tocada por un halo de luz. Puesto que ya no era preciso disimular con la flauta, ahora alzaba la voz entonando un claro y puro canto de bienvenida. Entonces se puso en pie y descendió por el aire con tanta naturalidad como si hubiera bajado por una escalera y, al llegar al fresco y lujuriente césped de la arboleda sagrada, se puso a bailar y giró y rió entre ellos, repartiendo besos a mansalva con su boquita de piñón. Aun cuando sus pies hollaran livianamente la blanda hierba, Falquián advirtió al instante que ése era el origen de aquellas manchas verdosas que siempre le habían intrigado. Besó incluso a aquellas niveas criaturas que habían conducido a los héroes ante su eminente presencia. Falquián gruñó para sus adentros, contrariado por lo vano de sus esfuerzos por evitar las floridas descripciones que le acudían a la mente. Aphrael hizo un gesto imperioso, indicándole que se arrodillara, le rodeó el cuello con sus bracitos y lo besó varias veces.

— Si no paráis de burlaros de mí, Falquián — le murmuró al oído —, os despojaré de vuestra armadura y os pondré a pastar con los corderos.

— Perdonad mi error, divina señora. — Le sonrió.

La pequeña rió y volvió a besarlo. Sephrenia había mencionado en una ocasión el hecho de que a Aphrael le encantaban los besos, una característica que no parecía haber cambiado en ella.

Comieron para desayunar frutos desconocidos para el hombre y después descansaron a placer en la suave hierba, arrullados por los cantos de los pájaros posados en el ramaje de la sagrada arboleda. Entonces Aphrael se levantó y, tras realizar un nuevo recorrido para recibir besos de todos los miembros del grupo, les habló con grave semblante.

— A pesar de la aflicción que me ha causado mi ausencia de vuestro lado durante los últimos solitarios meses — manifestó —, no os he hecho venir aquí sólo para disfrutar de esta gozosa

reunión, por más que ésta alegre mi corazón. Os habéis congregado a petición mía y con la ayuda de mi querida hermana — dirigió a Sephrenia una radiante y amorosa sonrisa — con el fin de que pueda comunicaros algunas verdades. Disculpádmeme que no profundice demasiado en ellas, ya que son verdades divinas que me temo que se hallen fuera del alcance de vuestra comprensión; pues por más que me funda el amor que siento por cada uno de vosotros, debo deciros, sin ánimo cruel, que igual que yo aparecí ante vosotros como una niña, de la misma manera aparecéis vosotros ante mí. Por ello, no voy a asaltar las fronteras de vuestro entendimiento con cuestiones que no podríais discernir.

— Miró sus expresiones de perplejidad —. ¿Qué os pasa a todos? — preguntó con exasperación.

Falquián se puso en pie, hizo señas a la pequeña diosa para que se acercara y la llevó aparte.

— ¿Qué? — inquirió ésta enojada.

— ¿Estáis en disposición de recibir consejo? — le preguntó.

— Os escucho. — Su tono no prometía nada.

— Estáis apabullándolos con elocuencia, Aphrael. Kalten parece en estos momentos un buey desnucado. Somos hombres simples, pequeña diosa. Habréis de hablarnos sencillamente si queréis que os entendamos.

— He trabajado semanas en este discurso, Falquián — se lamentó, haciendo pucheros.

— Es un discurso encantador, Aphrael. Cuando contéis esto a los otros dioses, lo cual me consta que haréis, recitádselo como si lo hubierais pronunciado ante nosotros al pie de la letra. Estoy seguro de que se desvanecerán de deleite. En aras de la brevedad, ya que esta noche no va a durar eternamente, y en aras de la claridad, transmitidnos una versión resumida. Y también podríais prescindir de ese tono de sermón, que tiende a provocar somnolencia.

— Oh, muy bien, Falquián — accedió, torciendo levemente el gesto —, pero estáis privándome de toda la diversión.

— ¿Podréis perdonarme alguna vez?

La niña le sacó la lengua y lo acompañó hasta donde se encontraban los demás.

— Este oso refunfuñón sugiere que vaya directamente al grano — dijo, mirando picaramente de soslayo a Falquián —. Supongo que será perfecto como caballero, pero no está muy dotado para la poesía.

El caso es que os he pedido que vinierais para explicaros unas cuantas cosas relativas al Bhelliom..., por qué es tan poderoso y tan terriblemente peligroso. — Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo —. El Bhelliom no se compone de sustancia — continuó —. Es espíritu y precede a las estrellas. Existen muchos espíritus de esa clase y cada uno de ellos tiene muchos atributos. Uno de los más importantes de ellos es el color. Veréis, lo que sucede es... — Los recorrió con la mirada —. Quizá debamos reservar esto para otro día — resolvió —. Sea como fuere, esos espíritus que lanzamos al cielo para... — Volvió a callar —. Esto es muy difícil, Sephrenia — se quejó con vocecilla plañidera —. ¿Por qué tienen que ser tan obtusos estos elenios?

— Porque su Dios no les explica nada, Aphrael — le respondió Sephrenia.

— ¡Es tan cascarrabias! — lo criticó Aphrael —. Dicta normas sin motivo alguno. Eso es lo único que hace: dictar leyes. Es tan pesado a veces...

— ¿Por qué no proseguís con vuestra exposición, Aphrael?

— De acuerdo. — La niña diosa miró a los caballeros —. Los espíritus tienen colores y un cometido específico — declaro —. Creo que deberéis conformaros con esto por el momento. Una de sus funciones es crear mundos. El Bhelliom, que en realidad no se llama así, creó los azules. Visto desde lejos, este mundo es azul debido a sus océanos. Otros mundos son rojos, verdes, amarillos o de cualquier color imaginable. Dichos espíritus crean mundos atrayendo el polvo que circula constantemente en el vacío, el cual se aterriona en torno a ellos como mantequilla batida. Ahora bien, cuando el Bhelliom creó este mundo, cometió un error. Había demasiado polvo rojo. La esencia del Bhelliom es azul, y no puede soportar el rojo, pero, cuando se junta en materia palpable el polvo rojo, se obtiene...

— ¡Hierro! — exclamó Tynian.

— Y decíais que no lo entenderían — señaló con tono de reproche Aphrael a Falquián. Corrió hacia Tynian y lo besó varias veces —. Muy bien — aprobó alegremente —. Tynian está en lo cierto. El Bhelliom no soporta el hierro porque es rojo. Para protegerse, endureció su esencia azul en el zafiro, que más tarde Ghwerig esculpió dándole la forma de una rosa. El hierro, la sustancia roja, cuajó a su alrededor y el Bhelliom quedó atrapado en el seno de la tierra.

Se quedaron mirándola fijamente, todavía sin acabar de comprender.

— Abreviad — aconsejó Falquián.

— Ya estoy haciéndolo.

— Como queráis, Aphrael. — Se encogió de hombros.

— El Bhelliom se condensó aún más porque los dioses troll están presos en su interior — prosiguió.

— ¿Cómo? — se alteró Falquián.

— Todo el mundo lo sabe, Falquián. ¿Dónde creéis que los escondió Ghwerig cuando nosotros estábamos buscándolos?

Recordó con inquietud que el Bhelliom y sus obligados huéspedes se encontraban a escasos centímetros de su corazón.

— Lo fundamental de toda esta explicación guarda relación con el hecho de que Falquián haya amenazado con destruir el Bhelliom, y, como es un caballero elenio, utilizará probablemente una espada, un hacha o la lanza de Aldreas, o algo similar, algo de acero, lo cual equivale a hierro. Si golpea el Bhelliom con alguna arma de acero, lo destruirá, y el Bhelliom y los dioses troll están haciendo cuanto se halla en su poder para impedir que se acerque lo bastante a Azash como para sentir la tentación de descargar su espada contra él. Primero trataron de atacar su mente y, viendo que ello no surtía efecto, comenzaron a atacar la vuestra. No pasará mucho tiempo, queridos, antes de que uno de vosotros intente matarlo.

— Jamás! — protestó, casi gritando, Kalten.

— Si continúan presionándoos, sucederá, Kalten.

— Antes sucumbiremos por propia mano — aseveró Bevier.

— ¿Para qué demonios deberíais hacerlo? — le preguntó la diosa —. Sólo tenéis que encerrar la joya en algún receptáculo de acero. Esa bolsa de lona está marcada con los símbolos estirios del hierro, pero el Bhelliom y los dioses troll están cada vez más desesperados y ahora los símbolos no bastan. Habréis de valeros del material real.

Falquián puso cara de circunstancias al advertir de improviso su necesidad.

— Y yo que he estado pensando todo este tiempo que la sombra, y ahora la nube, provenía de Azash — confesó.

— ¿Qué? — exclamó Aphrael, mirándolo con incredulidad.

— Parecía lógico — arguyó débilmente —. Azash viene intentando darme muerte desde que comenzó todo esto.

— ¿Para qué iba a perseguiros por ahí Azash con nubes y sombras cuando cuenta con seres más sustanciales que obedecen sus órdenes? ¿Es esto lo más acertado que ha sido capaz de urdir vuestra lógica?

— ¡Lo sabía! — exclamó Bevier —. ¡Sabía que había algo que no tomamos en consideración cuando nos hablasteis por primera vez de esa sombra, Falquián! Después de todo, no tenía que tratarse necesariamente de Azash.

— ¿A qué se debe que yo tenga tanto poder sobre el Bhelliom? — preguntó Falquián, embargado por la sensación de ser un redomado estúpido.

— A los anillos.

— Ghwerig los tenía antes.

— Pero entonces eran piedras claras. Ahora son rojos porque se derramó sobre ellos la sangre de vuestra familia y la de Ehlana.

— ¿Es simplemente el color lo que hace que me obedezca?

Aphrael lo miró fijamente a él y luego a Sephrenia.

— ¿Representa esto que no saben por qué es roja su sangre? — preguntó asombrada —. ¿Qué habéis estado haciendo, hermana?

— Es un concepto difícil para ellos, Aphrael.

La pequeña diosa se alejó con paso resuelto, realizando grandes aspavientos con los brazos y murmurando palabras estirias cuya existencia no debiera haber conocido.

— Falquián — explicó con calma Sephrenia —, vuestra sangre es roja porque contiene hierro.

— ¿De veras? — estaba estupefacto —. ¿Cómo es posible?

— Creed lo que os digo, Falquián. Son esos anillos manchados de sangre lo que os confiere tanto poder sobre la joya.

— Qué asombroso — se extrañó.

Aphrael regresó entonces.

— Una vez que el Bhelliom esté rodeado de acero, los dioses troll dejarán de interferirse en vuestro camino — les aseguró —. El resto de vosotros parará de planear el asesinato de Falquián y todos volveréis a estar unidos.

— ¿No podríais habernos dicho lo que debíamos hacer sin darnos todas esas explicaciones? — le preguntó Kurik —. Son caballeros de la Iglesia, Flauta, y están acostumbrados a cumplir órdenes que no entienden.

— Supongo que sí — admitió, apoyándole con ademán acariciador una manita en la barba —, pero os echaba de menos, a todos vosotros, y quería que vierais el sitio donde vivo.

— ¿Presumiendo de casa? — le tomó el pelo.

— Bueno... — La diosa niña se ruborizó ligeramente —. ¿Acaso es tan indecoroso?

— Es una isla preciosa, Flauta, y estamos orgullosos de que nos hayáis concedido el honor de enseñárnosla.

La niña le echó los brazos al cuello y lo cubrió de besos. Falquián advirtió que, no obstante, por su cara rodaban gruesas lágrimas mientras besaba al brusco escudero.

— Ahora debéis regresar — les dijo —, pues la noche está pronta a tocar a su fin. Antes, sin embargo...

Los besos se prolongaron un rato. Cuando la pequeña diosa de negros cabellos llegó a Talen, le rozó los labios con los suyos y luego se dirigió a Tynian. Entonces se detuvo, con una expresión especuladora en el rostro, y volvió a acercarse al joven ladrón para rematar el trabajo. Al alejarse de él, sonreía misteriosamente.

— ¿Y ha resuelto nuestra graciosa ama vuestra confusión, caballero? — preguntó la blanca cierva mientras la grácil nave los devolvía a la playa de alabastro donde los aguardaba el pabellón de alegre colorido.

— Lo sabré con más certeza cuando mis ojos se abran de nuevo en el mundo terrenal del cual me ha convocado, gentil criatura — contestó, notando que, por más que intentara evitarlo, las frases floridas acudían por propio impulso a sus labios.

La nota de la flauta sonó levemente discordante, como si quisiera reprenderlo.

— Y así os plazca a vos, amada Aphrael — se rindió.

— Eso está mucho mejor, Falquián. — La voz no fue más que un susurro en sus oídos.

La pequeña cierva blanca lo acompañó al pabellón y allí volvió a acostarse, ganado por una extraña somnolencia.

— Recordadme — le pidió quedamente la gama, restregándole el hocico en la mejilla.

— Lo haré de buen grado — prometió —, pues vuestra dulce presencia es un bálsamo para mi turbada alma y me induce al reposo.

Y entonces volvió a dormirse.

Se despertó en un inhóspito mundo de arena negra y gelidez en que el viento arrastraba el hedor de seres pericados mucho tiempo atrás. El polvo se había instalado en la nariz de sus cabellos y

filtrado bajo su ropa. Pero no era el malestar por él producido lo que lo había despertado sino un tenue sonido metálico, el mismo que produciría alguien al golpear el acero con un pequeño martillo.

A pesar de los avatares del día anterior, se sentía enormemente descansado y en paz con el mundo.

El martilleo cesó y Kurik atravesó el polvoriento campamento con algo en las manos que luego tendió a Falquián.

— ¿Qué os parece? — preguntó —. ¿Lo encerrará bien? — Lo que sostenía con sus encallecidas manos era una bolsa de malla metálica —. Es lo mejor que puedo hacer por el momento, mi señor, porque dispongo de poco acero.

Falquián tomó la bolsa y miró a su escudero.

— ¿También tú? — inquirió —. ¿También has tenido un sueño?

— He hablado con Sephrenia de ello — dijo, tras asentir con la cabeza —. Todos hemos tenido el mismo sueño... aunque no ha sido exactamente un sueño. Ha intentado explicármelo, pero me he perdido. — Calló un momento —. Perdonad, Falquián, por haber dudado de vos. Todo parecía tan fútil e inútil.

— Los responsables eran los dioses troll, Kurik. Pongamos el Bhelliom en el receptáculo de acero para que no vuelva a ocurrirte.

— Sacó la bolsa de lona y comenzó a desatar los cordeles.

— ¿No sería más sencillo dejarlo dentro de la bolsa de lona? — insinuó Kurik.

— Sería más fácil introducirla dentro de la de acero, pero llegará el momento en que tal vez tenga que sacarla apresuradamente y no sería conveniente tener que deshacer demasiados nudos cuando Azash esté tan cerca que pueda sentir su aliento.

— Sensato razonamiento, mi señor.

Falquián alzó con ambas manos la Rosa de Zafiro hasta la altura de su rostro.

— Rosa Azul — dijo en troll —, soy Falquián de Elenia. ¿Me conocéis?

La rosa emitió sombríos destellos.

— ¿Reconocéis mi autoridad?

La rosa se oscureció y de ella emanó un odio claramente perceptible.

Alargó el pulgar derecho y volvió el anillo, el cual puso en contacto con la gema..., no del lado del aro esa vez sino del de la piedra roja, y apretó con firmeza la mano.

El Bhelliom chilló y él notó cómo se retorció en su mano como una serpiente viva. Rebajó ligeramente la presión.

— Me alegra que nos entendamos — dijo —. Abre la bolsa, Kurik.

Sin ofrecer resistencia, la joya entró, al parecer casi anhelante, en su prisión.

— Bien hecho — aprobó admirativamente Kurik en tanto Falquián ceñía con un alambre la boca de la bolsa de malla.

— He pensado que quizá valdría la pena intentarlo. — Falquián sonrió —. ¿Se han levantado los otros?

— Están en fila junto al fuego. Podríais plantearos conceder una amnistía general, Falquián, porque de lo contrario, se pasarán la mañana entera presentándoos excusas. Poned especial cuidado en Bevier. Ha estado rezando desde antes del amanecer y seguramente le llevará bastante tiempo expresaros hasta qué punto se siente culpable.

— Es un buen chico, Kurik.

— Por supuesto que lo es. Ese es el problema.

— Cínico.

Kurik le sonrió, y mientras cruzaban el campamento, alzó la mirada al cielo.

— El viento ha amainado — observó —, y parece que el polvo está asentándose. ¿Creéis que...? — dejó la frase por concluir.

— Es probable — acordó Falquián —. Encaja con todo lo demás, ¿no es cierto? Bueno, vamos allá. — Se aclaró la voz al aproximarse a sus avergonzados amigos —. Una noche interesante,

¿verdad? — comentó con desenvoltura —. Estaba tomándole cariño a esa cervatilla blanca. Aunque tenía un hocico mojado y frío.

Rieron de manera algo forzada.

— Bien — inició la cuestión —, ahora sabemos de dónde provenía el abatimiento, y no tiene gran sentido seguir hurgando en ello. No ha sido culpa de nadie, de modo que ¿por qué no lo olvidamos? Tenemos cosas más importantes en que pensar. — Levantó la bolsa de malla —. Aquí está nuestro amigo azul — anunció —. Espero que esté confortable en su nido de hierro, pero tanto si se siente cómodo como si no, ahí se va a quedar... como mínimo hasta que lo necesitemos. ¿A quién le toca preparar el desayuno?

— A vos — le respondió Ulath.

— Yo cociné la cena anoche.

— ¿Y qué tiene que ver?

— No es justo, Ulath.

— Yo me limito a llevar el control de estas cosas, Falquián. Si os interesa la justicia, id a hablar con los dioses.

Los demás se echaron a reír y todo volvió a ser como antes.

Mientras Falquián cocinaba, Sephrenia se reunió con él junto al fuego.

— Os debo una excusa, querido — confesó.

— ¿Sí?

— Ni siquiera sospeché que los dioses troll pudieran ser la causa de esa sombra.

— En nada habéis fallado, Sephrenia. Yo estaba tan convencido de que era Azash que de ninguna forma hubiera admitido cualquier otra posibilidad.

— Se supone que yo no debería basar mis juicios en la lógica.

— Creo que Perraine nos indujo a tomar una dirección errónea, pequeña madre — apuntó gravemente —. Él llevó a cabo esos ataques a instancias de Martel, el cual se limitaba a seguir una estrategia que había trazado anteriormente Azash. Puesto que se trataba de una continuación de lo que venía sucediendo antes, no teníamos motivos para sospechar que se hubiera sumado algo nuevo a los hostigamientos. Incluso tras haber averiguado que Perraine no tenía nada que ver con la sombra, persistimos en la tesis. No os culpéis a vos misma, Sephrenia, porque yo no os culpo absolutamente de nada. Lo que me sorprende es que Aphrael no viera que estábamos en un error y nos advirtiera de ello.

— Me temo que fue porque ella no podía creer que no lo comprendiéramos — indicó, sonriendo con cierto pesar —. No tiene una concepción real de nuestras limitaciones, Falquián.

— ¿No deberíais hacérselas ver?

— Antes moriría que hacerlo.

La conjetura de Kurik podía haber sido o no correcta, pero, tanto si el constante viento que los había atormentado con la polvareda levantada durante los últimos días había sido natural como si había sido el Bhelliom el que lo había provocado, lo cierto era que ahora se había aplacado, y el aire era claro y frío. El cielo, brillante, semejava un espejo azul y el sol, duro y definido, los saludaba en el horizonte. Ello, sumado a la visión de la noche anterior, les levantó el ánimo hasta permitirles hacer caso omiso de la negra nube que flotaba en la lejanía tras ellos.

— Falquián — anunció Tynian, situando su caballo junto a Faran, finalmente he descubierto el misterio.

— ¿El misterio de qué?

— Me parece que ya sé cómo decide Ulath los turnos de cocina.

— ¿Ah, sí? Me gustaría oírlo.

— Se limita a esperar a que alguien plantee la cuestión, eso es todo. Cuando alguien pregunta a quién le toca, Ulath lo designa para preparar la comida.

— Podríais estar en lo cierto — convino tras rememorar un instante —, pero ¿qué hace si nadie pregunta?

— Entonces Ulath tiene que cocinar. Eso ocurrió en una ocasión según recuerdo.

Falquián reflexionó un momento.

— ¿Por qué no se lo decís a los demás? — sugirió —. Me parece que a Ulath van a presentársele varios turnos seguidos, ¿no creéis?

— En efecto, amigo mío. — Tynian se echó a reír.

Hacia mediodía llegaron a una escarpada montaña de negra roca atravesada por un sinfín de fracturas hacia cuya cumbre ascendía, tortuoso, una especie de sendero. Cuando se hallaban en mitad de la pendiente, Talen llamó a Falquián desde atrás.

— ¿Por qué no nos paramos aquí? — propuso —. Yo me deslizaré sigilosamente e iré a echar un vistazo.

— Es demasiado peligroso — rechazó su ofrecimiento Falquián.

— No seáis niño, Falquián. Eso es a lo que yo me dedico. Soy un ladrón profesional. Nadie me verá. Os lo garantizo. — El chico guardó silencio un momento —. Además — añadió —, si encontráis resistencia, vais a necesitar hombres adultos acorazados con acero que os ayuden. Yo no sería muy útil en una pelea, de manera que soy el único que os podéis permitir perder. — Esbozó una mueca —. No puedo creer que yo haya dicho esto. Quiero que todos me prometáis que mantendréis alejada de mí a Aphrael. Creo que la suya es una mala influencia.

— Olvidalo — lo disuadió Falquián.

— Imposible, Falquián — replicó con descaro el chiquillo, desmontando y echando a correr —. Ninguno de vosotros es capaz de alcanzarme.

— Hace tiempo que se merece una buena azotaina — gruñó Kurik mientras observaban cómo el ágil muchacho subía precipitadamente por la ladera.

— Tiene razón, sin embargo — señaló Kaltén —. Él es el único del que podríamos permitirnos prescindir. A lo largo de este viaje ha desarrollado una vena de nobleza. Deberíais estar orgulloso de él.

— De poco me serviría el orgullo a la hora de tener que explicarle a su madre por qué dejé que se expusiera a la muerte.

Sobre ellos, Talen había desaparecido como si lo hubiera tragado la tierra. Unos minutos más tarde emergió de una fisura cercana a la cima de la montaña y regresó corriendo por el sendero hasta ellos.

— Hay una ciudad al otro lado — informó —. Sin duda se trata de Zemoch.

Falquián extrajo el mapa de su alforja.

— ¿Es grande la ciudad?

— Aproximadamente como Cimmura.

— En ese caso debe de ser Zemoch. ¿Qué aspecto tiene?

— Me parece que era algo así lo que tuvieron en cuenta al inventar la palabra «ominoso».

— ¿Había humo? — inquirió Kurik.

— Solamente se elevaba de las chimeneas de un par de edificios situados en el centro de la población, que parecían estar conectados entre sí. Uno de ellos tenía muchas agujas y el otro, una gran cúpula negra.

— El resto de la ciudad debe de estar desierto — infirió Kurik —. ¿Habéis estado alguna vez en Zemoch, Sephrenia?

— En una ocasión.

— ¿Cuál es ese lugar con tantos pináculos?

— El palacio de Otha.

— ¿Y el de la cúpula negra? — La pregunta de Kurik era más bien innecesaria, pues todos conocían la respuesta.

— La edificación con la cúpula negra es el templo de Azash. Él está allí... esperándonos.

Capítulo veintiséis

El disimulo no era una opción practicable, concluyó Falquián mientras él y sus compañeros dejaban de lado sus sencillos disfraces para enfundarse las armaduras. Era factible engañar a ignorantes campesinos y soldados de poca categoría, pero habría sido inútil tratar de pasar inadvertidos en una ciudad desierta patrullada por tropas de élite. En última instancia, se verían obligados a recurrir a la fuerza de las armas y, en aquellas circunstancias, lo mejor era llevar la armadura al completo. La cota de mallas era adecuada para improvisadas reuniones sociales en medios rurales, pensó irónicamente, pero la vida en la ciudad requería mayor etiqueta. No les serviría de nada llevar atuendos campestres.

— ¿Y bien, cuál es el plan? — preguntó Kalten mientras los caballeros se ayudaban unos a otros a colocarse las armaduras.

— Todavía no he elaborado ninguno — reconoció Falquián —. Para ser sincero, no pensé que llegaríamos realmente tan lejos. Consideraba que podríamos darnos por satisfechos si nos acercábamos lo bastante a la ciudad de Otha como para incluirla en la devastación generalizada que desencadenaría la destrucción del Bhelliom. Cuando acabemos de ponernos el arnés, hablaremos con Sephrenia.

Durante la tarde habían ido instalándose en el cielo altas y finas nubes que habían aumentado con la proximidad del atardecer. El seco frío comenzó a remitir y fue sustituido por un extraño bochorno. Por oriente, en la lejanía, retumbaban algunos truenos aislados cuando, al ponerse el sol entre arboladas nubes, los caballeros se reunieron en torno a Sephrenia.

— Nuestro glorioso líder parece haber descuidado algunas cuestiones de estrategia sin importancia — anunció Kalten para iniciar la conversación.

— No te excedas — murmuró Falquián.

— De ningún modo, Falquián. No he pronunciado la palabra «idiota» ni siquiera una vez. La pregunta que a todos nos hace arder de curiosidad es: ¿qué hacemos ahora?

— Así, de primera instancia, diría que podemos descartar un asedio — observó Ulath.

— Las luchas frontales son siempre más divertidas — convino Tynian.

— ¿Me permitís? — intervino Falquián con acritud —. Así es como yo veo la situación, Sephrenia. Tenemos una ciudad en apariencia desierta en la que, sin embargo, habrá sin lugar a dudas patrullas de las guardias de élite de Otha. Cabe la posibilidad de que logremos esquivarlas, pero no sería aconsejable abrigar grandes esperanzas al respecto. Lo que desearía es conocer más detalles sobre la ciudad en sí.

— Y el grado de profesionalidad de la guardia de élite de Otha. — agregó Tynian.

— Son buenos soldados. — le aseguró Bevier.

— ¿Comparables a los caballeros de la Iglesia? — inquirió Tynian.

— No, ¿pero quién lo es? — Bevier realizó aquella observación sin el menor asomo de inmodestia —. Deben de estar a la altura de los soldados del ejército de Wargun.

— Vos habéis estado antes aquí, Sephrenia — dijo Falquián —. ¿Dónde están situados exactamente el palacio y el templo?

— En realidad forman parte del mismo edificio — repuso la mujer —, y se encuentran en el justo centro de la ciudad.

— Entonces da lo mismo por qué puerta entremos, ¿no es así?

La maga asintió con la cabeza.

— ¿No es un tanto peculiar que se hallen bajo el mismo techo un templo y un palacio? — preguntó Kurik.

— Los zemoquianos son gente peculiar — le recordó Sephrenia —. En realidad, media una separación entre ellos, pero para llegar al templo se debe pasar por el palacio, ya que aquél carece de toda abertura al exterior.

— En ese caso no nos queda más que cabalgar hasta el palacio y llamar a la puerta — simplificó Kalten.

— No — disintió con firmeza Kurik —. Iremos a pie al palacio y ya hablaremos de si llamamos a la puerta cuando estemos allí.

— ¿A pie? — exclamó con tono ofendido Kalten.

— Los caballeros hacen demasiado ruido en calles pavimentadas y es bastante difícil esconderlos cuando uno tiene que ocultarse.

— No es nada agradable caminar con la armadura puesta, Kurik.

— Queríais ser un caballero. Según recuerdo, vos y Falquián os presentasteis voluntarios incluso.

— ¿Podríais silbar ese hechizo de invisibilidad del que nos habló Falquián? — preguntó Kalten a Sephrenia — ¿El que Flauta tocaba con el caramillo?

La mujer hizo un gesto negativo.

— ¿Por qué no? — insistió Kalten.

— ¿Reconocéis esta melodía? — le preguntó Sephrenia después de tararear una corta frase musical.

— No — reconoció Kalten, frunciendo el entrecejo.

— Era el tradicional himno pandion. Estoy segura de que estáis familiarizado con él. ¿Queda respondida vuestra pregunta?

— Oh. La música no es uno de vuestros puntos fuertes, comprendo.

— ¿Qué ocurriría si lo intentarais y equivocaraís las notas? — inquirió Talen con curiosidad.

— No quiero ni pensarlo — respondió, estremecida, la estiria.

— Entonces iremos a hurtadillas — resolvió Kalten —. Vamos allá.

— Cuando haya anochecido — replicó Falquián.

Tras recorrer los casi dos kilómetros de polvorienta llanura que los separaba de las lúgubres murallas de Zemoch, los caballeros sudaban copiosamente al llegar a la puerta oeste.

— Qué bochorno — se quejó Kalten, enjugándose la empapada cara —. ¿Es que no existe nada normal en Zemoch? No debería haber una atmósfera tan asfixiante en esta época del año.

— Hace un tiempo definitivamente insólito — convino Kurik.

El distante fragor de los truenos y el pálido centelleo de los relámpagos que iluminaban los cúmulos de nubes apretadas en el este confirmaban sus observaciones.

— Tal vez podríamos acudir a Otha para guarecernos de la tormenta — comentó Tynian —. ¿Son hospitalarios los zemoquianos?

— No mucho — respondió Sephrenia.

— Debemos movernos lo más silenciosamente posible cuando estemos en el interior de la ciudad — advirtió Falquián.

Sephrenia irguió la cabeza y clavó la mirada en el este, con el pálido rostro apenas visible en la

sofocante oscuridad.

— Esperemos un poco — propuso —. Esa tormenta avanza hacia aquí.

Los truenos sofocarían cualquier ruido metálico accidental.

Aguardaron apoyados en las murallas de basalto de la ciudad mientras el desgarrado bramido de los truenos marchaba inexorablemente en dirección a ellos.

— Esto debería apagar todo ruido que hagamos — dijo al cabo de unos diez minutos Falquián —. Entremos antes de que empiece a llover.

La puerta, formada por troncos toscamente escuadrados unidos con hierro, estaba ligeramente entornada. Falquián y sus compañeros desenvainaron las armas y se deslizaron uno a uno por el resquicio.

En la ciudad flotaba un olor especial que no se parecía a ninguno presente en todos los lugares que Falquián había visitado. No era aromático ni desagradable, sino peculiar. Como no había antorchas que les alumbraran el camino, hubieron de depender de los intermitentes fognazos de los relámpagos que surcaban los nubarrones que rodaban por oriente. Las calles que su luz les permitía distinguir eran angostas, con empedrados desgastados por un trajín de siglos, y las casas, altas y estrechas, tenían ventanas pequeñas protegidas en general por barrotes. Los perpetuos vendavales de polvo que azotaban la ciudad habían erosionado las piedras de los edificios, limando su superficie. La arenilla acumulada en las esquinas y en los alféizares de las casas confería a la ciudad, que a no dudar había sido abandonada hacía tan sólo unos meses, el aspecto de una ruina inhabitada durante centurias.

Talen se deslizó tras Falquián y le arañó la armadura.

— No hagas eso, Talen.

— He conseguido vuestra atención, ¿no es cierto? Tengo una idea. ¿Vais a discutir conmigo al respecto?

— Creo que no. ¿Sobre qué querías que discutiéramos?

— Yo tengo ciertos talentos que domino exclusivamente en nuestro grupo.

— Dudo que encuentres muchas bolsas que rajar, Talen. No veo que haya tanta gente por aquí.

— Ja — se mofó Talen con descaro —. Ja, ja, ja. Ahora que ya habéis mencionado esa cuestión, ¿vais a escucharme?

— Lo siento. Continúa.

— Ninguno de vosotros sería capaz de atravesar un cementerio sin despertar a la mitad de sus ocupantes, ¿me equivoco?

— Yo no iría tan lejos.

— Yo sí. Me adelantaré un trecho... No mucho, sólo lo suficiente, y así cuando vuelva podré deciros si se acerca alguien... o si nos han tendido una emboscada.

Falquián no esperó esa vez. Alargó el brazo hacia el muchacho, pero éste se zafó ágilmente.

— No hagáis eso, Falquián. Os ponéis en ridículo.

Se alejó corriendo unos metros y luego se paró e introdujo la mano en una de sus botas. Sacó un largo puñal de punta afilada como una aguja y después se perdió en la oscura calleja.

Falquián profirió un juramento.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Kurik.

— Talen acaba de escaparse.

— ¿Cómo?

— Dice que va a explorar. He intentado detenerlo, pero no he podido atraparlo.

En algún punto indeterminado entre el laberinto de calles sonó una especie de inhumano aullido.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntó Bevier, apretando con fuerza el largo mango de su hacha.

— ¿El viento tal vez? — apuntó Tynian sin mucha convicción.

— No sopla viento alguno.

— Lo sé, pero de todas formas prefiero creer que era eso lo que ha ocasionado ese ruido. No me gustan las otras alternativas.

Siguieron avanzando pegados a los edificios y parándose involuntariamente en seco con cada relampagueo y retumbo de trueno.

Talen regresó con paso rápido y sigiloso.

— Se aproxima una patrulla — anunció, quedándose a una distancia prudencial para que no pudieran cogerlo —. ¿Creeréis que llevan antorchas? No están intentando localizar a nadie, sino todo lo contrario.

— ¿Cuántos son? — preguntó Ulath.

— Unos doce.

— Entonces no hay de qué preocuparse.

— ¿Por qué no os desplazáis a la otra calle por este callejón? Así no tendréis ni ocasión de verlos, ni mucho menos de preocuparos. — El chiquillo se precipitó por una calleja y volvió a desaparecer.

— La próxima vez que elijamos a un líder, creo que yo lo votaré a él — murmuró Ulath.

Siguieron caminando por las angostas y tortuosas calles y, con la ayuda de Talen, lograron evitar fácilmente las esporádicas patrullas zemoquianas. Al aproximarse al centro de la población, no obstante, llegaron a un barrio de edificios más imponentes y calles más anchas.

La próxima vez que regresó Talen, el momentáneo resplandor de un rayo reveló una expresión de disgusto en su cara.

— Hay otra patrulla justo delante — informó —. El único problema es que no están patrullando. Parece como si hubieran forzado la puerta de una bodega. Están sentados en medio de la calle bebiendo.

— Pues los sortearemos dando un rodeo por los callejones — declaró, encogiéndose de hombros, Ulath.

— No podemos — lo disuadió Talen —. De esta calle no parte ningún callejón secundario. No he encontrado ninguno para dar un rodeo y debemos pasar necesariamente por esta calle. Según mis conclusiones, es la única de la zona que conduce al palacio. Esta ciudad está construida sin orden y concierto. Ninguna calle va a donde debería ir.

— ¿A cuántos juerguistas de éstos nos hemos de enfrentar? — le preguntó Bevier.

— Cinco o seis.

— ¿Y llevan antorchas?

Talen asintió.

— Están justo después de la próxima curva de la calle.

— Con el deslumbre de las antorchas, no verán mucho en la oscuridad. — Bevier flexionó el brazo, moviendo sugerentemente el hacha.

— ¿Qué te parece? — preguntó Kaltén a Falquián.

— Podríamos intentarlo — acordó Falquián —. No se prevé que vayan a cedernos voluntariamente el paso.

Lo que sucedió después se asemejaba más al asesinato que a una pelea. Los zemoquianos, que llevaban bastante rato de jarana, habían llegado a un estado de alegre despreocupación y los caballeros de la Iglesia sólo tuvieron que caminar hacia ellos y clavarles las armas. Uno de ellos lanzó un breve grito que ahogó el desgarrado fragor de un trueno.

Sin pronunciar palabra alguna los caballeros arrastraron sus cuerpos inertes a los zaguanes próximos y los ocultaron. Después se arracimaron con ademán protector en torno a Sephrenia y prosiguieron por aquella ancha calle alumbrada por relámpagos en dirección al mar de humeantes antorchas que parecía rodear el palacio de Otha.

Nuevamente oyeron aquella especie de aullido que en nada sugería una garganta humana. Talen volvió y en aquella ocasión no realizó ningún intento para esquivarlos.

— El palacio no queda lejos — dijo, hablando en voz baja a pesar de los truenos que retumbaban casi constantemente —. Hay guardias en la parte de delante, vestidos con unas armaduras de las que sobresalen toda clase de púas de acero. Parecen puercoespines.

— ¿Cuántos son? — inquirió Kalten.

— Más de los que he tenido tiempo de contar. ¿Oís esa especie de gemido?

— He estado tratando de no escucharlo.

— Más vale que os acostumbréis a él, porque son los guardias los que lo emiten.

El palacio de Otha era mayor que la basílica de Chyrellos, pero carecía de toda gracia arquitectónica. Otha había pasado los años tempranos de su vida siendo un cabrero, y el principio que parecía dirigir su sentido del gusto podía resumirse en la palabra «grande». En la mentalidad de Otha, cuanto más colosal era algo, mejor. Su mansión había sido construida con fracturada y negra roca basáltica, la cual era más fácil de tallar debido a la disposición lisa de sus capas, pero que no daba grandes resultados en cuanto a belleza se refería. Propiciaba la construcción de imponentes edificios, pero poco más.

El palacio se alzaba como una montaña en el centro de Zemoch. Tenía torres, desde luego, al igual que todos los palacios, pero las toscas agujas negras que arañaban el cielo por encima del edificio principal carecían de donaire, equilibrio y, en la mayoría de los casos, de propósito evidente. Muchas de ellas, iniciadas siglos antes y todavía por concluir, sobresalían en el aire, incompletas y rodeadas por los podridos restos de toscos andamiajes. El palacio no transmitía tanto una sensación de maldad como de locura, de una suerte de frenético esfuerzo exento de toda finalidad.

Más allá del palacio Falquián veía la abultada cúpula del templo de Azash, una perfecta semiesfera de color negro herrumbroso formada por enormes bloques hexagonales rígidamente simétricos que le conferían la apariencia del nido de algún enorme insecto o de una vasta llaga infectada.

El área que rodeaba ambas edificaciones era una especie de zona pavimentada inerte donde no había edificios ni árboles ni monumentos. Era simplemente una lisa explanada que se prolongaba a unos doscientos metros de las paredes que en aquélla, la más oscura de las noches, iluminaban antorchas clavadas sin ninguna simetría en los entresijos de las losas, formando lo que casi semejava un campo de fuego agitado.

La ancha avenida por la que caminaban los caballeros continuaba directamente, cruzando la desolada plaza, hasta el portal principal de la morada de Otha, en el que se adentraba sin estrecharse bajo el par de puertas arqueadas más amplias y más altas que Falquián había visto nunca. Las puertas permanecían ominosamente abiertas.

Los guardias, apostados en el espacio intermedio entre los muros y aquel sembrado de antorchas, llevaban las armaduras más fantásticas que a Falquián le había sido dado contemplar. Los yelmos, rematados por bifurcadas antenas de acero, tenían forma de calavera; las diversas junturas — en hombros, codos, caderas y rodillas — estaban decoradas con largas púas y llamativas protuberancias, y los antebrazos estaban tachonados con ganchos. Las armas que asían, con filos aserrados y lengüetas finas como cuchillas, no eran tanto instrumentos de muerte como medios para causar dolor. Los escudos eran grandes y estaban cubiertos con espantosas pinturas.

Sir Tynian era deirano, y los deiranos han sido desde tiempo inmemorial los más afamados expertos en armaduras del mundo.

— Esta es la forma de fanfarronería más infantil que he visto en mi vida — comentó con desdén a los demás, aprovechando una momentánea calma en los truenos.

— ¿Oh? — se extrañó Kalten.

— Esas armaduras son casi inservibles. Una buena armadura ha de proteger a quien la lleva, pero dejándole una cierta libertad de movimientos. No se trata de convertirlo en una tortuga.

— Sin embargo, resultan un tanto intimidatorias.

— Eso es lo único que son: algo puramente ostentatorio. Todos esos ganchos y púas son inútiles y, lo que es peor, lo único que harían sería guiar el arma del adversario a los puntos vulnerables.

¿En qué estarían pensando sus armeros?

— Es un legado de la última guerra — explicó Sephrenia —. La apariencia de los caballeros de

la Iglesia impresionó mucho a los zemoquianos. Como no comprendieron el cometido real de la armadura y sólo repararon en su espantoso aspecto, sus armeros se concentraron en la apariencia más que en la utilidad. Los zemoquianos no llevan armadura para protegerse sino para asustar a sus adversarios.

— Pues yo no estoy asustado en lo más mínimo, pequeña madre — señaló alegremente Tynian —. Esto va a ser casi demasiado sencillo.

Entonces, obedeciendo a alguna señal que sólo percibieron los horriblemente ataviados guardias de Otha, todos emitieron aquel quejido irracional, una suerte de aullido farfullado carente de todo sentido.

— ¿Se supone que es alguna especie de grito de guerra? — inquirió con nerviosismo Bevier.

— Es lo mejor que logran articular — le respondió Sephrenia —. La cultura zemoquiana es básicamente estiria, y los estirios lo desconocen todo sobre la guerra. Esos guardias tratan de imitar los gritos que profieren los elenios al atacar.

— ¿Por qué no sacáis el Bhelliom y los borráis del mapa, Falquián? — sugirió Talen.

— ¡No! — se mostró tajantemente en desacuerdo Sephrenia —. Los dioses troll están confinados ahora y no conviene soltarlos hasta que nos hallemos en presencia de Azash. Sería absurdo valemos del Bhelliom para destruir a unos simples soldados y arriesgar el buen final de nuestra misión.

— No anda errada — concedió Tynian.

— No se mueven — indicó Ulath, mirando a los guardias —. Estoy seguro de que nos ven, pero no están haciendo ningún esfuerzo por formar y proteger esa entrada. Si conseguimos trasponer el umbral y cerrar las puertas tras nosotros, no tendremos por qué preocuparnos más de ellos.

— Ése es el plan más burdo que me han propuesto nunca — se mofó Kaltén.

— ¿Tenéis otro mejor?

— No, ninguno.

— ¿Y entonces?

Adoptando la formación de cuña habitual en esos casos, los caballeros se encaminaron con paso resuelto hacia el portal del palacio de Otha. Al atravesar aquella desolada explanada, Falquián percibió una pestilencia que le era extrañamente familiar.

Tan repentinamente como se habían iniciado, los inopinados aullidos cesaron, y los guardianes de calavérico yelmo continuaron impasibles, de pie, sin esgrimir las armas ni intentar siquiera concentrarse ante el portal.

De nuevo el aire se impregnó de aquel penetrante hedor, que barrió, por fortuna, una súbita ráfaga de viento. Los relámpagos redoblaron su furia y comenzaron arrancar con ensordecedor estruendo grandes bloques de piedras de los edificios cercanos. Los rodeaba una atmósfera que parecía haber cobrado de improviso vida.

— ¡Al suelo! — vociferó Kurik —. ¡Todos al suelo!

Aun sin comprender, todos lo obedecieron al instante, provocando un gran estrépito al chocar sus armaduras contra el pavimento.

Pronto fue patente el motivo del alarmado grito de Kurik. Dos de los grotescamente acorazados guardianes apostados a la izquierda de las imponentes puertas fueron de pronto engullidos por una brillante bola de fuego azulado y quedaron literalmente hechos trizas. Sus compañeros no se inmutaron ni giraron siquiera la cabeza para mirar, a pesar de la lluvia de pedazos chamuscados de carne y armadura que cayó sobre ellos.

— ¡Es la armadura! — gritó Kurik para hacerse oír entre el ruido de los truenos —. ¡El acero atrae los rayos! ¡Quedaos tumbados!

Los relámpagos continuaron abatiéndose sobre las filas de soldados revestidos de metal, y el olor a carne y cabello quemados se esparció por la amplia explanada impulsado por el repentino viento que, formando torbellinos, rebotaba en los altos muros de basalto del palacio.

— ¡Ni siquiera pestañean! — exclamó Kaltén —. No existe nadie tan disciplinado.

La tormenta prosiguió su pesada marcha y fue a descargar la furia de los relámpagos sobre las

casas abandonadas, olvidando a los hombres recubiertos de acero.

— ¿Ha pasado ya? — consultó Falquián a su escudero.

— No lo sé seguro — le respondió Kurik —. Si notáis una especie de hormigueo, echaos de inmediato al suelo.

Con cautela, se pusieron en pie.

— ¿Era Azash? — preguntó Tynian a Sephrenia.

— Me parece que no. Si Azash hubiera dirigido los relámpagos, creo que nos habría acertado. Es posible, no obstante, que se tratara de Otha. Hasta no haber llegado al templo, lo más probable es que hayamos de enfrentarnos a las obras de Otha más que a cualquier fenómeno conjurado por Azash.

— ¿Otha? ¿Es realmente tan hábil?

— Hábil no acaba de ser la palabra apropiada — repuso la mujer —. Otha posee un gran poder, pero es torpe. Es demasiado perezoso para practicar.

Prosiguieron su amenazador avance, pero los hombres que los aguardaban vestidos con aquella grotesca armadura siguieron sin hacer el menor ademán de atacar o de reforzar el número de quienes protegían la puerta.

Cuando Falquián llegó hasta el primero de los inmóviles guardias, alzó la espada y entonces éste aulló y alzó desmañadamente un hacha de hoja ancha adornada con inútiles púas y ganchos. Falquián la apartó de un golpe y arremetió con la espada. La armadura de espantosa apariencia, apenas más gruesa que el papel, resultó incluso más ineficaz de lo que Tynian había previsto. La estocada de Falquián horadó el cuerpo del soldado como si no hubiera hallado la más mínima resistencia. Incluso si hubiera ensartado a un hombre totalmente desprotegido, su hoja no habría penetrado tan profundamente en él.

Entonces el soldado se vino abajo y la desgarrada armadura se abrió. Falquián se encogió presa de una súbita repugnancia. El cuerpo que había dentro de la armadura no había sido el de un hombre vivo. Parecía componerse exclusivamente de renegridos huesos a los que se pegaban algunos putrefactos jirones de carne. De la brecha de la armadura emanaba un espantoso hedor.

— ¡No están vivos! — tronó Ulath —. ¡No tienen más que huesos y entrañas en descomposición!

Aquejados de náuseas, los caballeros siguieron luchando, abriéndose camino entre sus enemigos ya muertos.

— ¡Deteneos! — gritó Sephrenia con tono perentorio.

— Pero... — se dispuso a objetar Kalten.

— ¡Separaos un metro de ellos..., todos!

Retrocedieron a desgana, y los cadáveres que los amenazaban, inmóviles de nuevo, volvieron a emitir aquel impasible aullido, como si respondieran a una invisible señal.

— ¿Qué sucede? — preguntó Ulath —. ¿Por qué no atacan?

— Porque están muertos, Ulath — contestó Sephrenia.

Ulath apuntó a una forma desplomada con el hacha.

— Muerto o no, ése intentó clavarme una lanza.

— Porque os habéis situado en el radio de alcance de su arma. Miradlos. Nos rodean y ni siquiera hacen nada por defender a sus compañeros. Dame una antorcha, Talen.

El muchacho arrancó una antorcha del suelo y se la tendió. Entonces ella escrutó el empedrado.

— Es terrorífico — dijo, estremeciéndose.

— Nosotros os protegeremos, lady Sephrenia — le aseguró Bevier —. No tenéis nada que temer.

— Nada hemos de temer, querido Bevier. Lo que en realidad es pavoroso es el hecho de que Otha disponga probablemente de más poder que cualquier otro ser humano vivo, pero que sea tan estúpido ue ni siquiera sepa cómo usarlo. Hemos pasado varios siglos amerentados por un perfecto imbécil.

— Levantar a los muertos es algo bastante impresionante, Sephrenia — arguyó Falquián.

— Cualquier niño estirio es capaz de animar a un cadáver, pero Otha no sabe ni lo que ha de hacer una vez que los ha revivido. Cada uno de estos guardias fallecidos se mantiene de pie sobre una baldosa, y esa baldosa determina la única superficie que protege.

— ¿Estáis segura?

— Comprobadlo por vos mismo.

Falquián levantó el escudo y se acercó a uno de los hediondos guardias. No bien hubo posado el pie en la losa, el ser de cadavérico rostro dirigió con espasmódico impulso contra él un hacha de hoja dentada, que él esquivó fácilmente. Cuando se apartó, el soldado volvió a adoptar su posición anterior y permaneció tan rígido como una estatua.

El vasto círculo de guardias que rodeaban el palacio y el templo volvió a exhalar su extravagante gemido.

Entonces, para horror de Falquián, Sephrenia tomó con la mano la falda de su blanco vestido y comenzó a caminar tranquilamente entre las hileras de pestilentes muertos. Se detuvo y se giró hacia ellos.

— Oh, vamos. Entremos antes de que empiece a llover. Lo único que tenéis que hacer es no pisar esas losas.

Era extraño andar junto a aquellas figuras salvajemente inquietantes, con su terrible pestilencia y sus caras de calavera bajo la fantasmagórica luz de los relámpagos, pero, de hecho, no más peligroso que evitar las ortigas en el sendero de un bosque.

Cuando pasaban junto al último de los cadavéricos centinelas, Talen se paró y observó con ojos entornados una de las hileras que componían.

— Respetado maestro — dijo en voz baja a Berit.

— ¿Dime, Talen?

— ¿Por qué no empujáis a éste? — Talen señaló la espalda de una de las figuras vestidas con armadura —. Hacia ese lado...

— ¿Para qué?

— Dadle un empujón, Berit, y ya veréis. — Talen sonreía maliciosamente.

Si bien algo desconcertado, Berit tomó el hacha y propinó un buen empujón al rígido cadáver, el cual cayó y chocó contra otro. El segundo centinela decapitó prestamente al primero, reculando con precario equilibrio al hacerlo, y fue víctima al punto del rechazo de un tercero.

El caos se extendió rápidamente, y un buen número de los intimidatorios muertos fueron despedazados por sus compañeros en una estrambótica sucesión de irracionales reacciones de inútil violencia.

— Es muy listo ese chico vuestro, Kurik — alabó Ulath.

— Tenemos puestas ciertas esperanzas en él — replicó modestamente Kurik.

Se volvieron hacia el portal y se pararon en seco. Suspendido en el aire, en el centro exacto del oscuro zaguán, había un etéreo rostro dibujado en el vacío con unas llamas verdes de repulsivo aspecto. La cara era grotescamente deforme y expresaba una desmedida e implacable maldad... y era familiar. Falquián la había visto antes.

— ¡Azash! — musitó Sephrenia —. ¡Quedaos atrás!

Observaron con asombro la espectral aparición.

— ¿De veras es él? — preguntó, admirado, Tynian.

— Es una imagen de él — respondió Sephrenia —. Otra de las artimañas de Otha.

— ¿Es peligrosa? — inquirió Kalten.

— Poner el pie en el umbral acarrearía la muerte, y algo peor que la muerte.

— ¿Existen otros medios de entrar? — le preguntó Kalten, con la mirada temerosamente fija en la verdusca faz.

— Estoy convencida de que sí, pero dudo mucho que los localicemos.

Falquián suspiró. Hacía tiempo que había decidido lo que haría cuando llegara ese momento. Su aprensión se debía más a la discusión que ello iba a ocasionar que el acto en sí. Desató del cinturón

la bolsa de malla del Bhelliom.

— Bien — dijo a sus amigos —, será mejor que os pongáis en camino.

No puedo garantizaros cuánto tiempo podré proporcionaros, pero resistiré cuanto pueda.

— ¿De qué estás hablando? — se alarmó Kalten.

— Me temo que no podemos aproximarnos más a Azash. Todos sabemos lo que inexcusablemente debe hacerse, y con uno solo de nosotros bastará. Si alguno consigue regresar a Cimmura, decidle a Ehlana que me habría gustado que las cosas hubieran sido distintas. Sephrenia, ¿estoy lo bastante cerca? ¿Será destruido Azash?

La mujer asintió con los ojos anegados de lágrimas.

— No nos pongamos sentimentales — indicó Falquián con brusquedad —. No tenemos tiempo. Ha sido un honor conocerlos... a todos.

Ahora marchaos de aquí. Es una orden. — Debía obligarlos a moverse antes de que comenzaran a tomar insensatas decisiones de nobleza —. ¡Idos! — les gritó —. ¡Y vigilad dónde ponéis los pies al pasar junto a los guardias!

Estaban moviéndose. Los militares siempre obedecen las órdenes... si éstas se expresan a voz en grito. Se movían, y eso era lo importante. De todas formas, aquel gesto resultaría probablemente infructuoso. Si lo que había dicho Sephrenia era cierto, necesitarían como mínimo un día para salir de la zona que quedaría totalmente destruida cuando hiciera añicos el Bhelliom, y eran escasas las esperanzas de que no lo descubrieran a él durante ese tiempo. Aun así, debía al menos tratar de ofrecerles aquella azarosa posibilidad. Tal vez no saliera nadie del palacio ni acertara a verlo ninguna de las patrullas que recorrían las calles. En todo caso, era agradable pensar que podía suceder así.

No quiso ver cómo se alejaban. Era preferible no hacerlo. Tenía, además, cosas que hacer, cosas mucho más importantes que quedarse plantado tristemente como un niño que se ha portado mal y al que dejan en casa mientras el resto de la familia se va de fiesta. Miró primero a la derecha y luego a la izquierda. Si Sephrenia había estado en lo cierto y aquél era el único modo de entrar en el palacio de Otha, sería mejor que se situara a cierta distancia del portal y de su brillante aparición ya que, de ese modo, sólo tendría que ocuparse de evitar a las patrullas y nadie... ni nada... que saliera de la mansión lo vería de inmediato. ¿A izquierda o derecha? Se encogió de hombros. ¿Qué más daba? Quizá sería mejor rodear el perímetro del palacio y esperar junto a la pared del propio templo. Así estaría más próximo a Azash y éste se hallaría más cerca de la absoluta destrucción que le prometía el Bhelliom. Giró un poco la cabeza y entonces los vio. Estaban al otro lado de las hileras de repugnantes cadáveres, con la resolución pintada en los semblantes.

— ¿Qué hacéis? — les gritó —. Os he dicho que os fuerais de aquí.

— Hemos decidido esperarte — contestó Kalten.

Falquián dio un paso amenazador hacia ellos.

— No seáis necio, Falquián — le advirtió Kurik —. No podéis permitir os correr el riesgo de errar el paso entre esos muertos. Si ponéis un pie donde no debierais, uno de ellos os descabezará por la espalda... y entonces Azash se quedará con el Bhelliom. ¿Hemos hecho tan largo viaje solamente para eso?

Capítulo veintisiete

Falquián profirió un juramento. ¿Por qué no podían hacer simplemente lo que les había dicho? Después suspiró. Debió haber previsto que no le obedecerían. Ahora no había nada que hacer y no tendría sentido regañarlos.

Se quitó el guantelete para desprender la cantimplora del cinto, y sus anillos despidieron rojos destellos bajo la luz de las antorchas. Destapó el recipiente y tomó un trago. El anillo centelleó de nuevo ante sus ojos. Bajó la cantimplora, mirando pensativamente la sortija.

— Sephrenia — llamó casi con aire ausente —, os necesito.

La mujer se encontraba a su lado al cabo de unos momentos.

— El Buscador era Azash, ¿no es cierto?

— Eso es una simplificación excesiva.

— Ya sabéis a qué me refiero. Cuando estábamos ante la tumba del rey Sarak en Kelosia, Azash os habló a través del Buscador, pero huyó cuando yo me dirigí hacia él con la lanza de Aldreas.

— Sí.

— Y también utilicé la lanza para ahuyentar a esa criatura que surgió del túmulo en Lamorkand, y maté a Ghwerig con ella.

— Sí.

— Pero no era realmente la lanza, ¿no es cierto? En fin de cuentas, no es un arma tan terrorífica. Eran los anillos, ¿verdad?

— No veo dónde queréis ir a parar con esto, Falquián.

— Yo tampoco. — Se sacó el otro guantelete y alargó las manos, observando las sortijas —. Poseen ciertas dosis de poder propio, ¿no es así? Creo que el hecho de que son las llaves para activar la fuerza del Bhelliom me ha hecho pasar por alto lo que puede conseguirse sólo por medio de ellos. La lanza de Aldreas no tenía nada que ver con el efecto conseguido..., de lo cual podemos congratularnos, dado que ahora se encuentra apoyada en un rincón de los aposentos de Ehlana allá en Cimmura. Cualquier arma habría servido a igual fin, ¿verdad?

— Con tal que los anillos estuvieran en contacto con ella, sí. Por favor, Falquián, id al grano. Vuestra lógica elenia resulta tediosa.

— Me ayuda a pensar. Podría borrar la imagen de Azash de la entrada, pero ello liberaría a los dioses troll, y éstos tratarían de apuñalarme por la espalda cada vez que me volviera. Los dioses troll no guardan, sin embargo, ninguna relación con los anillos. Es factible usar los anillos sin despertar a Ghnomb y a sus amigos. ¿Qué ocurriría si tomara la espada con ambas manos y tocara con ella la cara suspendida sobre el umbral?

La mujer se quedó mirándolo en silencio.

— No estamos hablando realmente de Azash en este caso, sino de Otha. Puede que yo no sea el mago más hábil del mundo, pero no tengo por qué serlo mientras tenga los anillos. Creo que es posible que hagan tambalear a Otha, ¿no os parece?

— No puedo responderos a eso, Falquián — contestó con tono pesadoso —. No lo sé.

— ¿Por qué no lo probamos? — Se volvió y fijó la mirada más allá de los pestilentes muertos — . Volved aquí — llamó a sus amigos —. Tenemos algo que hacer.

Desfilaron cautelosamente junto a los cadáveres con armadura y se reunieron en torno a Falquián y su tutora.

— Voy a intentar algo que quizá no surta el efecto deseado — les dijo —, y, si ése fuera el caso, vais a tener que encargáros del Bhelliom.

— Desató la bolsa de malla del cinto —. Si fracaso en mi tentativa, depositad el Bhelliom sobre las losas y aplastadlo con una espada o un hacha. — Entregó la bolsa a Kurik y su escudo a Kalten, y desenvainó la espada. Luego apretó la empuñadura con ambas manos y se dirigió al vasto zaguán donde flotaba la reluciente aparición —. Deseadme suerte — dijo. Cualquier otra frase hubiera tenido resonancias demasiado ampulosas.

Alargó los brazos, situando la espada al nivel de la imagen de fuego verde y, fortaleciéndose, se acercó a ella y tocó con la punta del arma el ardiente encantamiento.

El resultado fue satisfactoriamente espectacular. Al contacto con la espada, la candente cara hizo explosión con una detonación tan fuerte que debió de hacer añicos todos los cristales que se hallaban en un radio de un kilómetro, y una cascada de chispas multicolores llovió sobre Falquián. Éste y sus amigos cayeron violentamente al suelo, y los cadáveres que aún montaban guardia ante el palacio fueron abatidos como hierba recién segada. Falquián sacudió la cabeza para ahuyentar el estruendo que persistía en sus oídos y miró el portal mientras se ponía trabajosamente en pie. Una de las colosales puertas había quedado partida por la mitad y la otra pendía precariamente de un solo gozne. La aparición se había esfumado y sólo quedaban de ella algunos jirones de humo deshilachado. En las profundidades del palacio sonó un prolongado chillido de dolor, semejante al de un murciélago.

— ¿Estáis todos bien? — gritó Falquián, mirando a sus amigos.

Estaban levantándose con la mirada algo vagarosa.

— Estrepitoso — fue cuanto dijo Ulath.

— ¿Quién hace ese ruido adentro? — preguntó Kalten.

— Otha, supongo — respondió Falquián —. Se pasa un mal rato cuando a uno le desbaratan un hechizo. — Recogió los guanteletes y la bolsa de malla.

— ¡Talen! — gritó Kurik —. ¡No!

El chiquillo, sin embargo, ya se había adentrado en el zaguán.

— No parece que haya nada aquí, padre — informó, ya de vuelta —. Puesto que no he desaparecido en una nube de humo, creo que podemos afirmar que es un lugar seguro.

Kurik comenzó a avanzar hacia el muchacho, tendiendo afanosamente las manos. Luego volvió a plantearse y se detuvo, murmurando imprecaciones.

— Entremos — indicó Sephrenia —. Estoy convencida de que todas las patrullas han oído la explosión. Confiemos en que lo hayan atribuido a un trueno, pero es seguro que algunos de ellos vendrán a investigar.

Falquián volvió a guardar la bolsa debajo del cinturón.

— Nos conviene escabullimos en cuanto estemos dentro. ¿Qué dirección debemos tomar?

— Girad a la izquierda una vez que hayáis traspuesto el umbral. Los pasadizos de ese lado conducen a las cocinas y los almacenes.

— De acuerdo pues. Adelante.

Aquel peculiar olor que Falquián había advertido al entrar en la ciudad era más intenso en los oscuros pasillos del palacio. Los caballeros avanzaron con cautela, escuchando los ecos de los gritos de los guardias de élite. En el palacio reinaba una gran agitación, e incluso en un lugar tan vasto

como aquél era inevitable encontrarse con alguien. En la mayoría de los casos, Falquián y sus amigos evitaron a la gente introduciéndose simplemente en las oscuras cámaras que flanqueaban los corredores. En otros, no obstante, ello no era posible, pero los caballeros de la Iglesia eran combatientes mucho más expertos que los zemoquianos, y el ruido que producían las refriegas quedaba sofocado por los gritos que resonaban en los pasadizos. Caminaban a paso rápido, con las armas prestas.

Casi una hora después entraron en una gran cocina de repostería cuyas hileras de hogares propagaban un aceptable grado de luz. Se detuvieron allí y atrancaron las puertas.

— Estoy desorientado — confesó Kalten, robando un pastelillo —. ¿Hacia dónde vamos?

— Por esa puerta, creo — repuso Sephrenia —. Todas las cocinas dan a un corredor que conduce a la sala del trono.

— ¿Otha come en la sala del trono? — preguntó, sorprendido, Bevier.

— Otha apenas se mueve — respondió la estiria —. Ya no puede caminar.

— ¿Qué lo dejó imposibilitado?

— Su apetito. Otha come casi constantemente, y nunca ha sido aficionado a hacer ejercicio. Tiene las piernas demasiado débiles para sostenerle el cuerpo.

— ¿Cuántas puertas hay en la sala del trono? — inquirió Ulath.

— Cuatro, me parece — respondió, tras hacer memoria —. La de las cocinas, otra que proviene de las estancias de palacio y la que da a los aposentos privados de Otha.

— ¿Y la última?

— La última entrada no tiene puerta. Es la abertura que conduce al laberinto.

— Lo primero que hemos de hacer pues es obstruirlas. Así podremos conversar con Otha en la intimidad.

— Y con quien quiera que le haga compañía — añadió Kalten —. Me pregunto si Martel habrá conseguido llegar aquí. — Tomó otro pastel.

— Hay un modo de averiguarlo — zanjó Tynian.

— Dentro de un momento — dijo Falquián —, ¿Qué es ese laberinto que habéis mencionado, Sephrenia?

— Es el camino que lleva al templo. Hubo un tiempo en que a la gente la fascinaban los laberintos. Es muy complicado y muy peligroso.

— ¿Es la única vía para llegar al templo?

La mujer asintió.

— ¿El común de los fieles pasan por la sala del trono para ir al templo?

— Los fieles ordinarios no van al templo, Falquián... Sólo los sacerdotes y los que se inmolan en sacrificios.

— En ese caso debemos irrumpir en la sala del trono, atrancar las puertas, acabar con los guardias que haya adentro y hacer prisionero a Otha. Si le ponemos un cuchillo en la garganta, no creo que ninguno de sus soldados se interponga en nuestro camino.

— Otha es un mago — le recordó Tynian —. No será tan fácil apresarle.

— Otha no constituye apenas un peligro por el momento — disintió Sephrenia —. A todos se nos ha truncado un hechizo alguna vez. Se tarda un rato en recobrar las capacidades.

— ¿Estamos listos pues? — preguntó Falquián con voz tensa.

Asintieron mudamente y salieron por la puerta.

El corredor que llevaba de las cocinas a la sala del trono de Otha era estrecho y no muy largo. Al fondo se veía una rojiza luz de antorcha. Cuando se aproximaban a ella, Talen se escabulló hacia adelante, avanzando con paso extremadamente sigiloso sobre el suelo de piedra.

— Están todos allí — susurró con voz excitada al regresar al cabo de unos momentos —. Annias, Martel y los demás. Parece que acaban de llegar, porque todavía llevan capas de viaje.

— ¿Cuántos guardias hay en la habitación? — le preguntó Kurik.

— No muchos. Veinte como mucho.

— Los demás deben de estar en los pasillos buscándonos.

— ¿Podrías describir la habitación? — pidió Tynian —. ¿Y los sitios donde se encuentran los centinelas?

— Este pasillo acaba a corta distancia del trono. Identificaréis a Otha casi al instante, porque parece una babosa. Martel y los demás están apiñados en torno a él. Hay dos guardias apostados en cada una de las puertas, salvo en la arcada que hay justo detrás del trono, que nadie protege. Los demás centinelas están dispersados por la habitación a lo largo de las paredes. Llevan cota de mallas y espada y todos apoyan la mano en una larga lanza. Hay aproximadamente una docena de hombres muy musculosos en taparrabos sentados en cuclillas cerca del trono. Ésos no van armados.

— Los porteadores de Otha — explicó Sephrenia.

— Teníais razón — confirmó Talen —. Hay cuatro puertas: ésta por la que saldremos nosotros, una en el otro extremo de la habitación, la arcada y una mayor en la otra punta.

— La que conduce al resto del palacio — dedujo Sephrenia.

— Ésa es la importante — decidió Falquián —. En las cocinas sólo debe de haber algunos cocineros, y el dormitorio de Otha debe de estar prácticamente solitario, pero habrá soldados al otro lado de esa puerta principal. ¿A qué distancia queda esa puerta de la salida de este pasillo?

— A unos sesenta metros — repuso el chico.

— ¿Quién tiene ganas de correr? — Falquián miró a sus amigos.

— ¿Qué decís, Tynian? — inquirió Ulath —. ¿A qué velocidad recorréis sesenta metros?

— A la misma que vos, amigo mío.

— No olvides que me prometiste reservarme a Adus — recordó Kalten a su amigo.

— Intentaré conservarlo vivo para ti.

Siguieron avanzando resueltamente en dirección al vano iluminado, junto al cual se detuvieron un instante antes de precipitarse en el interior de la cámara. Ulath y Tynian se dirigieron raudamente a la puerta principal, lo que provocó gritos de estupor y de alarma en los presentes. Los soldados de Otha se impartían órdenes contradictorias unos a otros hasta que un oficial los atajó a todos con un bronco bramido.

— ¡Proteged al emperador!

Los guardias alineados junto a los muros dejaron a su suerte a los camaradas que guardaban las puertas y corrieron a formar con sus lanzas un anillo protector en torno al trono. Kalten y Bevier habían liquidado casi con negligencia a los dos guardias que flanqueaban el corredor que daba a las cocinas en tanto Ulath y Tynian llegaban a la salida principal donde los dos guardias intentaban afanosamente abrir las hojas para pedir ayuda. Los dos cayeron bajo el primer frenesí de estocadas y luego Ulath apoyó la fornida espalda contra la puerta y se apuntaló mientras Tynian tanteaba detrás de las cortinas buscando la barra para atrancar la puerta.

Berit irrumpió en la sala junto a Falquián, evitó de un salto los dos guardias que aún se movían débilmente en el suelo y corrió hacia la puerta de enfrente con el hacha en alto. Aun con el peso de la armadura, atravesó corriendo como un gamo la sala del trono y se abatió sobre los dos hombres que guardaban la puerta de los aposentos de Otha. Les quitó las lanzas y los liquidó con dos poderosos hachazos.

Falquián oyó el estrepitoso sonido metálico que produjo Kalten al colocar la pesada tranca de hierro.

Alguien aporreó la puerta que Ulath mantenía cerrada, pero Kalten ya había corrido la tranca, obstruyendo la entrada. Berit también atrancó la suya.

— Muy bien hecho — aprobó Kurik —. Sin embargo, aún no podemos llegar a donde está Otha.

Falquián miró el anillo de lanzas que rodeaban el trono y después al propio Otha. Tal como había dicho Talen, el hombre que había aterrorizado a Occidente durante los últimos cinco siglos parecía una vulgar babosa. Estaba totalmente calvo y su piel era de una palidez extrema. Su cara, grotescamente hinchada, estaba tan reluciente por el sudor que daba la impresión de estar cubierta de baba. Su enorme panza abultaba tanto que sus brazos apenas pasaban de ser insignificantes y

raquíuticos adminículos. Sus grasientas manos, increíblemente sucias al igual que el resto de su cuerpo, estaban enjoradas con valiosísimas sortijas. Se hallaba medio echado en el trono, como si alguien lo hubiera arrojado allí, con ojos vidriosos y agitado de violentas convulsiones que ponían de manifiesto que aún no se había recobrado de la brusca interrupción de su encantamiento.

Falquián aspiró profundamente para calmarse mientras miraba en derredor. La estancia lucía una decoración digna de reyes, con los muros cubiertos de oro forjado a martillo, las columnas nacaradas, el suelo pavimentado con ónice blanco pulido y los cortinajes que flanqueaban cada una de las puertas confeccionados con terciopelo rojo. De las paredes sobresalía de trecho en trecho una antorcha y a ambos lados del trono de Otha había unos enormes braseros de hierro.

Y entonces, por fin, Falquián detuvo la mirada en Martel.

— Ah, Falquián — lo saludó con cortesía el hombre de pelo blanco —, habéis sido muy amable en venir. Os estábamos esperando. A pesar de la desenvoltura de su tono, la voz lo traicionó mostrando un leve asomo de asombro. Martel no esperaba verlos llegar tan pronto, y menos de aquel modo tan imprevisto. Estaba de pie con Annias, Arissa y Lycheas dentro del círculo de lanceros, a quienes Adus espoleaba con puntapiés y maldiciones.

— De todas formas pasábamos por aquí. — Falquián se encogió de hombros —. ¿Cómo os ha ido, viejo amigo? Parecéis fatigado. ¿Ha sido pesado el viaje?

— Soportable cuando menos. — Martel inclinó la cabeza en dirección a Sephrenia —. Pequeña madre — dijo, volviendo a expresar un curioso pesar en la voz.

Sephrenia suspiró, pero no dijo nada.

— Veo que estamos todos aquí — continuó Falquián —. Me divierten mucho estas pequeñas reuniones. ¿A vos no? Son una ocasión para dar rienda suelta al recuerdo. — Miró a Annias, cuya posición de subordinación a Martel resultaba patente ahora —. Debisteis quedaros en Chyrellos, Su Ilustrísima — dijo —. Os perdisteis la intriga de la elección. ¿Creeréis que la jerarquía colocó a Dolmant en el trono del archiprelado?

— ¿Dolmant? — exclamó, afligido, el patriarca de Cimmura, con semblante repentinamente angustiado.

Años después, Falquián llegaría a la conclusión de que su venganza sobre el primado había sido completa en ese instante. El dolor que aquella simple afirmación había causado a su enemigo era algo que se hallaba fuera del alcance de su comprensión. La vida del primado de Cimmura se desmoronó y se consumió en aquel preciso momento.

— Sorprendente, ¿eh? — prosiguió implacablemente Falquián —. El último hombre en que uno hubiera pensado. Son muchos en Chyrellos los que creen que Dios dejó sentir su mano en ese día. Mi esposa, la reina de Elenia... (la recordáis, ¿verdad?; una muchacha rubia, bastante hermosa, a la que vos envenenasteis)... pronunció un discurso ante los patriarcas justo antes de que iniciaran sus deliberaciones. Fue ella quien sugirió a Dolmant. Dio muestras de una gran elocuencia, pero el común de la gente achaca los efectos de su alocución a la inspiración del mismo Dios... en especial teniendo en cuenta que Dolmant fue elegido por unanimidad.

— ¡Eso es imposible! — se escandalizó Annias —. ¡Mentís, Falquián!

— Podéis comprobarlo por vos mismo, Annias. Cuando os lleve de regreso a Chyrellos, estoy seguro de que tendréis tiempo de sobra para examinar los registros referentes a esa reunión. Existe toda una disputa en lo referente a quién va a tener el placer de someteros a juicio y ejecutaros, y es posible que se prolongue años. No sé cómo os las habéis arreglado para ofender a casi todos los habitantes de las tierras que se hallan al oeste de Zemoch. Todos quieren mataros por una razón u otra.

— Os estáis comportando de un modo un tanto infantil, Falquián — comentó con desdén Martel.

— Desde luego que sí. Todos lo hacemos a veces. Es verdaderamente una lástima que la puesta del sol haya sido tan poco inspiradora hoy, Martel, ya que fue la última que vais a presenciar.

— Una aseveración aplicable a vos o a mí.

— Sephrenia... — Era un profundo y retumbante gorgoteo más que una voz.

— ¿Sí, Otha? — replicó con calma la estiria.

— Saludad de mi parte a vuestra estúpida pequeña diosa — dijo con voz sorda en antiguo elenio, con la mirada ya enfocada, aunque con pulso aún tembloroso —. Vuestra afinidad contra natura con los dioses menores toca a su fin. Azash os aguarda.

— Dudo mucho que así sea, Otha, pues traigo conmigo al desconocido. Lo localicé mucho antes de que naciera y lo he traído aquí con el Bhelliom en el puño. Azash lo teme, Otha, y vos haríais mejor en temerlo también.

Otha se hundió aún más en el trono, re trayendo la cabeza como lo haría una tortuga entre los pliegues de grasa del cuello. Entonces movió la mano con sorprendente velocidad y de ella partió un rayo de verdusca luz dirigido a la menuda mujer estiria. A Falquián, no obstante, no lo tomó por sorpresa el ataque pues, a pesar de la aparente negligencia con que sostenía el escudo con las manos al descubierto, apoyaba firmemente las rojas piedras de los anillos en el borde del arma. Con celeridad perfeccionada con años de práctica situó el escudo delante de su tutora y el rayo rebotó en su pulida superficie. Uno de los guardias protegidos con armadura quedó repentinamente destruido por una silenciosa explosión que proyectó sobre el trono una lluvia de candentes fragmentos procedentes de su cota de mallas.

— ¿Hemos acabado con estas insensateces, Martel? — preguntó desapaciblemente Falquián, desenvainando la espada.

— Ojalá pudiera complaceros, viejo amigo — repuso Martel —, pero Azash está esperándonos. Ya sabéis cómo son estas cosas.

Los golpes descargados contra la pesada puerta que vigilaban Tynian y Ulath arreciaron.

— Parece que alguien llama a la puerta — comentó Martel —. Sed buen chico, Falquián, e id a ver quién es. Esos martillazos me ponen los nervios de punta.

Falquián comenzó a caminar.

— ¡Llevad al emperador a un lugar seguro! — vociferó Annias a los semidesnudos individuos agazapados junto al trono.

Con la eficiencia que daba la práctica, éstos insertaron unas gruesas barras de acero en los diversos orificios del enjoyado sillón, se las cargaron a los hombros y despegaron el inmenso peso de su amo del pedestal del trono. Luego giraron con la litera a cuestas y trotaron pesadamente hacia la arcada situada detrás del trono.

— ¡Adus! — ordenó Martel —. ¡Manténlos alejados de mí!

Después él también se volvió y se llevó a Annias y su familia en pos de Otha en tanto el brutal Adus azotaba a los lanceros con el lomo de su espada, impartiendo ininteligibles órdenes.

La atronadora presión sobre las puertas indicó que los soldados que había afuera utilizaban ahora improvisados arietes.

— ¡Falquián! — gritó Tynian —. ¡Estas puertas no resistirán mucho rato!

— ¡Dejadlas! — contestó Falquián —. ¡Ayudadnos aquí! ¡Otha y Martel están escapando!

Los soldados que lideraba Adus se habían desplegado para enfrentarse a Falquián, Kurik y Bevier, no tanto con intención de librar combate con ellos como de impedirles la entrada a la arcada que daba acceso al laberinto. Aun cuando en muchos sentidos Adus fuera profunda e incluso terroríficamente estúpido, era un guerrero de talento, y una pelea como aquélla, en la que se dirimía un asunto muy simple y para la que contaba con un considerable número de hombres, lo colocaba en su elemento natural. Dirigía a los guardias de Otha con gruñidos, patadas y golpes, distribuyéndolos por parejas o por tríos para interceptar el paso de un solo oponente con sus lanzas. El concepto implícito en el mandato de Martel se hallaba perfectamente al alcance del limitado intelecto de Adus. Su cometido era demorar a los caballeros el tiempo suficiente para permitir que Martel huyera, y tal vez no había otro hombre más capacitado para conseguirlo que Adus.

Cuando Kalten, Ulath, Tynian y Berit se sumaron a la escaramuza, Adus cedió terreno, pues, aunque contara con la ventaja de la superioridad numérica, sus soldados zemoquianos no eran rivales para los caballeros. Consiguió, no obstante, hacer retroceder el grueso de su fuerza hasta la

boca del laberinto, donde sus lanzas podrían constituir una efectiva barrera.

Y mientras tanto proseguía el rítmico retumbar de los arietes.

— ¡Tenemos que entrar en ese laberinto! — gritó Tynian —. ¡Cuando cedan las puertas, estaremos rodeados!

Fue sir Bevier quien pasó a la acción. El joven caballero cirínico era el arrojo personificado y en muchas ocasiones había dado prueba de su bravura, exponiéndose al riesgo. Se adelantó haciendo oscilar su brutal hacha rematada de ganchos y, en lugar de descargarla contra los soldados, se centró en las lanzas, razonando que una lanza sin punta no deja de ser un mero palo. Al cabo de unos momentos había desarmado de forma efectiva a los zemoquianos de Adus... y había recibido una profunda herida en el costado, justo encima de la cadera. Cayó débilmente de espaldas, manándole la sangre del desgarrón que tenía en la armadura.

— ¡Ocupaos de él! — encargó Falquián a Berit antes de precipitarse hacia adelante. Sin las lanzas, los zemoquianos se vieron obligados a recurrir a las espadas, lo cual proporcionó una clara ventaja a los caballeros de la Iglesia, que se abrieron limpiamente paso a mandobles.

Adus calibró la situación y retrocedió hasta el umbral.

— ¡Adus! — bramó Kalten, apartando de un puntapié de su camino a un zemoquiano.

— ¡Kalten! — rugió Adus.

El bestial personaje avanzó un paso, con la furia pintada en la cara. Después emitió un gruñido y destripó a uno de sus propios soldados para descargar su frustración y desapareció en las profundidades del laberinto.

— ¿Cómo está? — preguntó Falquián a Sephrenia, que se encontraba arrodillada junto a Bevier.

— Es grave, Falquián.

— ¿Podéis contener la hemorragia?

— No totalmente.

Bevier yacía pálido y sudoroso, con el peto de la armadura desatado y abierto como la concha de una almeja.

— Seguid adelante, Falquián — dijo —. Yo impediré el paso por este umbral durante todo el tiempo que me sea posible.

— No seáis insensato — espetó Falquián —. Vendad la herida lo mejor que podáis, Sephrenia, y después volvedle a ajustar la armadura. Berit, traedlo, aunque tenga que ser a costas.

En la sala del trono sonó tras ellos un ruido de madera astillada acompañado del constante retumbar.

— Las puertas están cediendo, Falquián — informó Kalten.

Falquián observó el largo y arqueado corredor que conducía al laberinto, el cual iluminaban en espaciados trechos antorchas apoyadas en aros de hierro, y lo embargó un súbito sentimiento de esperanza.

— Ulath — indicó —, vos y Tynian caminad en retaguardia. Gritad si alguno de esos soldados que están a punto de derribar las puertas se acerca a nosotros.

— Yo no seré más que un estorbo para vosotros, Falquián — adujo débilmente Bevier.

— No — repuso Falquián —. No vamos a correr por este laberinto. Como no sabemos qué hay ahí adentro, no vamos a incurrir en riesgos. Bien, caballeros, en marcha.

Caminaron por el prolongado pasadizo que se adentraba en el dédalo, pasando delante de dos o tres entradas sin iluminar.

— ¿No deberíamos investigar qué hay allí? — preguntó Kalten.

— No creo que sea necesario — respondió Kurik —. Algunos de los hombres de Adus estaban heridos, y hay rastros de sangre en el suelo. Como mínimo sabemos qué dirección ha tomado Adus.

— Eso no garantiza que Martel siga el mismo derrotero — objetó Kalten —. Tal vez ha encargado a Adus que nos llevara por un camino erróneo.

— Es posible — concedió Falquián —, pero este pasillo está iluminado y los demás no.

— Un laberinto que tuviera el camino señalado con antorchas no sería digno de tal nombre —

señaló Kurik.

— Puede que no, pero, mientras las antorchas y el reguero de sangre continúen por la misma ruta, nos arriesgaremos a seguirla.

El resonante corredor giraba bruscamente a la izquierda al fondo. Las paredes y techo abovedados, que se curvaban alternativamente hacia arriba y hacia abajo, conferían a quienes recorrían los sinuosos pasadizos una opresiva sensación de ser demasiado bajos, a la cual reaccionaba por reflejo Falquián agachando la cabeza.

— Han derribado las puertas de la sala del trono, Falquián — avisó Ulath desde atrás —. Hay algunas antorchas que se agitan allá en la entrada.

— Eso da por zanjada la cuestión — decidió Falquián —. No tenemos tiempo para explorar los pasillos laterales. Adelante.

El corredor alumbrado comenzó a serpentear y girar a partir de ese punto, y las manchas de sangre del suelo indicaban que todavía seguían la misma ruta que Adus.

El pasadizo torció a la izquierda.

— ¿Cómo os encontráis? — preguntó Falquián a Bevier, que se apoyaba pesadamente en el hombro de Berit.

— Bien, Falquián. En cuanto recobre el aliento, podré avanzar sin ayuda.

El pasillo volvió a girar a la izquierda, y luego de nuevo a la izquierda apenas unos metros más adelante.

— Estamos regresando en la misma dirección que hemos venido, Falquián — manifestó Kurik.

— Lo sé. ¿Tenemos, no obstante, otra alternativa?

— No que yo sepa.

— Ulath — llamó Falquián —. ¿Nos están ganando terreno los hombres que nos siguen?

— No de forma perceptible.

— Quizás ellos tampoco conozcan la dirección que han de seguir — apuntó Kalten —. No creo que nadie vaya a visitar a Azash para pasar el rato.

La arremetida provino de un corredor lateral. Cinco soldados zemoquianos armados con lanzas surgieron del oscuro umbral y embistieron a Falquián, Kalten y Kurik. Las lanzas les otorgaban cierta ventaja que no fue, sin embargo, suficiente. Después de que tres de ellos hubieron caído y se hubieron quedado retorciéndose y sangrando sobre las losas del suelo, los otros dos se dieron a la fuga por donde habían venido.

Kurik tomó una antorcha de una de las arandelas de hierro de la pared y condujo a Falquián y Kalten al tortuoso y oscuro pasadizo donde al cabo de varios minutos vieron a los soldados que perseguían. Éstos se movían con paso temeroso, abrazados a los muros.

— Ya los tenemos — se regocijó Kalten, disponiéndose a lanzarse hacia ellos.

— ¡Kalten! — la voz de Kurik restalló como un látigo —. ¡Deteneos!

— ¿Por qué?

— Se mantienen demasiado cerca de las paredes.

— ¿Y entonces?

— ¿Qué tiene de malo la banda central del pasillo?

Kalten observó con ojos entornados a los dos amedrentados hombres que se pegaban a las paredes.

— Averigüémoslo — propuso.

Arrancó con la punta de la espada una pequeña losa y la arrojó a uno de los soldados, pero ésta cayó a varios metros de distancia del blanco.

— Dejad que lo haga yo — se ofreció Kurik —. No podéis lanzar nada teniendo como tenéis los hombros trabados por la armadura.

El escudero arrancó otra piedra del suelo y, con más puntería que Kalten, acertó en el yelmo del soldado, que resonó como una cacerola. El hombre gritó y se tambaleó, tratando desesperadamente de agarrarse a algún asidero en el muro de piedra. Pero no lo consiguió y hubo de poner los pies en

el centro del corredor.

El suelo se abrió prestamente bajo él, y el hombre desapareció chillando de forma desgarradora. Con el afán de ver lo que le había sucedido, su compañero dio también un paso en falso y cayó de la estrecha franja lateral, para seguir la suerte de su amigo.

— Una buena argucia — admiró Kurik, acercándose al borde de la sima con la antorcha levantada —. El fondo está erizado de afiladas estacas — observó, mirando a los dos hombres empalados —. Regresemos para avisar a los demás. Será mejor que vigilemos dónde ponemos los pies.

Volvieron al pasillo principal alumbrado por antorchas cuando Ulath y Tynian llegaban a esa altura. Kurik les describió concisamente en qué consistía la trampa en que habían caído los dos zemoquianos y, mirando con aire pensativo a los soldados que habían fallecido allí, recogió la lanza de uno de ellos.

— Éstos no eran hombres de Adus.

— ¿Cómo lo sabéis? — inquirió Kaltén.

— Sir Bevier ha partido las lanzas de los que estaban con Adus. Esto representa que hay otros soldados en el laberinto... probablemente distribuidos en pequeños grupos como éste. Apuesto a que están aquí para conducirnos a las trampas de los corredores laterales.

— Algo que deberíamos agradecerles — señaló Ulath.

— No acabo de comprender vuestro razonamiento, sir Ulath.

— Hay trampas en el laberinto, pero disponemos de soldados para descubrirlas. Lo único que hemos de hacer es atraparlos.

— ¿Es ésa una de las perspectivas esperanzadoras de que habla la gente? — inquirió Tynian.

— Así podría decirse, aunque quizá los zemoquianos que agarremos no lo vean de la misma forma.

— ¿Se aproximan muy velozmente los soldados que nos siguen? — le preguntó Kurik.

— No mucho.

Kurik volvió a entrar en el pasillo adyacente con la antorcha en alto y, al regresar, sonreía lúgubrementemente.

— Hay arandelas de antorchas en los corredores laterales — anunció —. ¿Por qué no cambiamos de sitio unas cuantas antorchas? Nosotros hemos ido siguiendo su luz y esos soldados vienen siguiéndonos a nosotros. Si las antorchas comienzan a llevarlos a pasadizos donde hay trampas, ¿no aminorarán un tanto la velocidad de su marcha?

— No sé ellos — dijo Ulath —, pero yo sí lo haría.

Capítulo veintiocho

Desde los corredores laterales los atacaban periódicamente soldados zemoquianos, con las desesperadas expresiones propias de quienes ya de antemano se tienen por muertos. El ultimátum «rendios o morid» abría ante ellos perspectivas que no habían tomado en cuenta, y la mayoría de ellos se apresuraban a aceptar la primera posibilidad, aunque su efusiva gratitud se disipaba rápidamente cuando caían en la cuenta de que ellos habían de caminar a la cabeza.

Las asechanzas que aguardaban a los incautos eran ingeniosas. En los pasadizos donde el suelo no se abría, el techo se venía abajo y, mientras los fondos de la mayoría de los pozos estaban erizados de afiladas estacas, varios de ellos contenían diversos reptiles, todos venenosos y horripilantes.

En una ocasión, sin duda como producto de una fase en que el diseñador del laberinto se había aburrido de idear simas y techos abatibles, las paredes se juntaron.

— Hay algo que no funciona bien aquí — declaró Kurik, oyendo otro alarido desesperado que resonaba a sus espaldas, emitido por uno de los soldados que, procedentes de la sala del trono, iban adentrándose en los corredores laterales.

— A mí me parece que todo está saliendo de maravilla — disintió Kalten.

— Esos soldados viven aquí, Kalten — señaló el escudero —, y no parecen estar más familiarizados con el laberinto que nosotros. Nos hemos vuelto a quedar sin prisioneros. Me parece que es hora de que tomemos en consideración varias cosas, no sea que demos un traspíe.

Se reunieron en el centro del pasadizo.

— Esto no tiene el más mínimo sentido — aseguró Kurik.

— ¿El hecho de venir a Zemoch? — bromeó Kalten —. Yo mismo habría podido decíroslo en Chyrellos.

— Hemos estado siguiendo un rastro de manchas de sangre en el suelo — prosiguió Kurik, haciendo caso omiso de la intervención de Kalten —, y éste se prolonga indefinidamente ante nosotros justo en el medio de un pasillo alumbrado con antorchas. — Rascó con el pie una gran mácula de sangre —. Si alguien sangrara de ese modo, ya habría muerto hace mucho rato.

Talen se inclinó, tocó con un dedo una reluciente mancha roja del suelo y luego se lo acercó a la lengua.

— No es sangre — dijo, escupiendo.

— ¿Qué es? — preguntó Kalten.

— No lo sé, pero no es sangre.

— Entonces nos han engatusado — infirió amargamente Ulath —. Ya me lo parecía. Y, lo que es peor, estamos atrapados aquí adentro. Ni siquiera podemos volver sobre nuestro camino orientándonos por las antorchas porque hace más de media hora que estamos cambiándolas

afanosamente de sitio.

— Esto es lo que en lógica se conoce como «definición del problema» — observó Bevier con una débil sonrisa —. Creo que la próxima fase se denomina «hallar una solución».

— Yo no soy un experto en estas cosas — reconoció Kalten —, pero no creo que seamos capaces de salir de aquí con ayuda de la lógica.

— ¿Por qué no utilizamos los anillos? — sugirió Berit —. ¿No podría Falquián abrir un orificio que atravesara el laberinto?

— Los pasadizos son en su mayor parte de bóvedas de cañón, Berit — explicó Kurik —, y, si comenzamos a abrir agujeros en las paredes, pronto se desmoronaría el techo.

— Qué pena — suspiró Kalten —. Son tantas las buenas ideas que hay que descartar simplemente porque no funcionarían...

— ¿Es absolutamente imprescindible que resolvamos el acertijo del laberinto? — les preguntó Talen —. Quiero decir que si el hecho de hallar la solución tiene alguna significación religiosa.

— No que yo sepa — respondió Tynian.

— ¿Por qué quedarnos dentro del laberinto pues? — inquirió con inocencia el muchacho.

— Porque estamos atrapados aquí — repuso Falquián, tratando de controlar su irritación.

— Eso no es del todo cierto, Falquián. Nunca hemos estado realmente atrapados. Puede que Kurik tenga razón al señalar el peligro que implica derribar las paredes, pero no ha dicho nada del techo.

Se quedaron mirándolo fijamente y luego todos se echaron a reír.

— Ignoramos lo que hay arriba, desde luego — observó Ulath.

— Tampoco sabemos lo que nos aguarda al doblar el siguiente recodo, caballero. Y nunca sabremos qué hay encima del techo hasta que no lo miremos, ¿no es cierto?

— Podría dar a cielo descubierto — apuntó Kurik.

— ¿Acaso es ello peor que lo que tenemos aquí abajo, padre? Una vez afuera, Falquián podría usar los anillos para abrir un agujero en el muro del templo. Puede que a Otha le diviertan los laberintos, pero ya me he cansado de éste. Una de las primeras normas que me enseñó Platimo es que, si a uno no le gusta el juego, que no juegue.

Falquián miró interrogativamente a Sephrenia.

— A mí ni siquiera se me había ocurrido — reconoció, sonriendo pesarosamente, la mujer.

— ¿Es factible?

— No veo por qué no... siempre que permanezcamos a una prudente distancia para que no nos caigan todos los escombros encima. Examinemos este techo.

Pusieron las antorchas en alto para observar el arco abovedado.

— ¿Va a causar algún tipo de problema esta construcción? — preguntó Falquián a Kurik.

— No lo creo. Las piedras están encajadas entre sí, de modo que lo más probable es que resistan, aunque caerán muchos cascotes.

— Éso no es un inconveniente — aseguró alegremente Talen —. Los escombros nos servirán para subir encima de ellos y llegar al agujero.

— No obstante, se precisará una gran fuerza para soltar uno de estos bloques de piedra — señaló Kurik —, ya que la bóveda se sostiene unida con el apoyo de todo el corredor.

— ¿Qué ocurriría si se quitaran unos cuantos de esos bloques? — inquirió Sephrenia.

Kurik se encaminó a una de las curvadas paredes y rascó con el cuchillo en el entresijo formado por dos bloques de piedra.

— Usaron mortero — dijo —, pero se desmenuza fácilmente. Si se disuelve en media docena de bloques, caerá buena parte del techo.

— Pero ¿no se vendrá abajo todo el pasadizo?

— No. Después de que se hayan derrumbado algunos metros, la estructura se mantendrá firme.

— ¿Podéis disolver rocas? — preguntó Tynian a Sephrenia con curiosidad.

— No, querido — repuso, sonriendo, ésta —. Pero puedo convertirlas en arena..., lo cual viene a

ser lo mismo. — Examinó con atención el techo unos momentos —. Ulath — dijo entonces —, vos sois el más alto. Aupadme. Tengo que tocar las piedras.

Ulath se puso muy colorado, y todos supieron por qué, Sephrenia no era la clase de persona a quien se ponía la mano encima.

— Oh, no seáis bobo, Ulath — lo regañó —. Levantadme.

— No vamos a hablar de esto, ¿verdad? — dijo a sus amigos, mirando amenazadoramente en derredor.

Después se inclinó y la aupó sin esfuerzo. La estiria escaló sobre él, de forma parecida a como treparía a un árbol, y, cuando se halló a suficiente altura, alargó las manos y aplicó las palmas en varias de las piedras, deteniéndose brevemente en cada una. Tocaba casi acariciadoramente el tosco material.

— Esto bastará — determinó —. Podéis bajarme, caballero.

Cuando se halló de nuevo en el suelo, retrocedieron por el pasillo.

— Preparaos para correr — los previno la estiria —. Esto produce efectos algo imprevisibles.

Comenzó a mover las manos frente a ella al tiempo que hablaba velozmente en estirio y luego extendió ambas manos, con las palmas hacia arriba, para liberar el hechizo.

Del techo comenzó a desprenderse una fina arena que se filtraba por los entresijos de los pétreos bloques en hilillos que pronto incrementaron su grosor.

— Parece casi como si fuera agua chorreando, ¿verdad? — observó Kalten cuando ya la arena manaba con más vigor.

Los muros empezaron a crujir, mientras la argamasa se resquebrajaba en los resquicios produciendo chasquidos.

— Podemos alejarnos un poco más — indicó Sephrenia, mirando con aprensión la gran cantidad de rocas que los rodeaban —. El encantamiento está dando buen resultado, de modo que no tenemos que quedarnos aquí para supervisarlos.

Sephrenia era una mujercilla muy compleja, que tan pronto se arredraba por cosas absolutamente ordinarias como se mostraba indiferente ante otras francamente horribles. Retrocedieron más por el corredor mientras los bloques próximos al lugar donde se desprendía la arena gemían y rechinaban al frotar unos contra otros, acomodándose milímetro a milímetro para ocupar el espacio que dejaba libre la arena.

El derrumbamiento se produjo de golpe. Una ancha franja de bóveda se vino abajo con el áspero estruendo que producen las piedras al caer, y una gran nube de polvo inmovilizado durante eras onduló por el pasadizo en dirección a ellos, que se vieron sacudidos por accesos de tos. Cuando la polvareda se hubo asentado, vieron un amplio agujero de bordes dentados en el techo.

— Vayamos a echar un vistazo — propuso Talen —. Me intriga ver lo que hay allá arriba.

— ¿No podríamos esperar un poco más? — preguntó, temerosa, Sephrenia —. Preferiría estar segura de que no hay peligro alguno.

Escalaron la pila de escombros y se auparon unos a otros para llegar hasta el orificio del techo. La zona que se abría encima era un vasto espacio abovedado, vacío y polvoriento, que olía a cerrado. La luz de las antorchas que habían traído de abajo resultaba mortecina y no alcanzaba a iluminar las paredes... en el supuesto de que aquel lugar en penumbra las tuviera. El suelo guardaba un asombroso parecido con un campo plagado de abultadas madrigueras de una colonia de topes extraordinariamente laboriosos, y en él advirtieron una serie de peculiaridades estructurales que no habían percibido al hallarse en el laberinto.

— Paredes correderas — identificó Kurik, señalando —. Pueden cambiar el laberinto a su antojo cerrando algunos pasadizos y abriendo otros. Por eso los soldados zemoquianos no sabían adonde iban.

— Hay una luz — anunció Ulath — por allá a la izquierda. Parece que proviene de abajo.

— ¿Del templo quizá? — sugirió Talen.

— O de la sala del trono. Vayamos a indagar.

Caminaron un trecho sobre las bóvedas y pronto llegaron a una vía recta que se prolongaba en una dirección hacia la luz que había visto Ulath y hacia la oscuridad en la otra.

— No hay polvo — observó Ulath, apuntando a las losas —. Lo utilizan a menudo.

Avanzaron con mayor rapidez que antes por la derecha vía y a poco descubrieron el origen de la parpadeante luz. Eran unas escaleras de piedra que daban a una habitación alumbrada con antorchas, que, como todas, tenía cuatro paredes, pero carecía de puerta.

— Es ridículo — bufó Kalten.

— No tanto — disintió Kurik, elevando la antorcha para mirar a un lado —. Esa pared de enfrente se desliza sobre este carril. — Señaló un par de raíles metálicos que partían de la estancia y se agachó para mirarlos más de cerca —. No hay ningún mecanismo allí, de manera que debe de haber algún pestillo en esa habitación. Falquián, bajemos y tratemos de localizarlo.

— ¿Qué estamos buscando? — preguntó Falquián a su amigo cuando se hallaron abajo.

— ¿Qué sé yo? Algo que parezca normal pero que no lo sea.

— No es una descripción muy atinada, Kurik.

— Limitaos a empujar las piedras, Falquián. Si encontráis alguna que cede, será probablemente el pestillo.

Recorrieron las paredes tentando los bloques de piedra, hasta que, al cabo de unos minutos, Kurik se detuvo con una expresión algo alhelada en la cara.

— Podéis parar, Falquián — indicó —. He encontrado los pestillos.

— ¿Dónde?

— Hay antorchas en los muros laterales y en el del fondo, ¿no es así?

— Sí. ¿Y qué?

— Pero no hay ninguna en la pared frontal, la que mira al pie de las escaleras.

— ¿Y entonces?

— Hay, sin embargo, un par de arandelas para antorchas. — Kurik se dirigió a aquella pared y tiró de uno de los herrumbrosos aros de hierro, provocando un fuerte ruido metálico —. Estad el otro, Falquián — pidió —. Abramos esta puerta y veamos lo que hay tras ella.

— A veces eres tan listo que me repugnas, Kurik — declaró Falquián con acritud. Luego sonrió —. Esperemos primero a que bajen los otros — propuso —. No me agradaría abrir y encontrarme con la mitad del ejército zemoquiano estando sólo nosotros dos. — Se encaminó a las escaleras e hizo señas a sus amigos para que bajaran, llevándose a un tiempo un dedo a los labios en recomendación de silencio.

Éstos bajaron lentamente, para evitar el sonido del roce de las planchas de las armaduras.

— Kurik ha encontrado el mecanismo — susurró Falquián —. Como no sabemos qué hay al otro lado, mejor será estar prevenidos.

— La puerta no es muy pesada — dijo Kurik en voz baja —, y el riel sobre el que se desliza está bien engrasado. Berit y yo nos bastaremos para moverla. Los demás debéis estar preparados para hacer frente a cualquier eventualidad.

Talen se situó en el rincón de la izquierda y acercó la cara a la intersección de los dos muros.

— Yo veré lo que hay si la abris un par de centímetros — informó a su padre —. Si grito, cerradla deprisa.

— ¿Listos? — preguntó Kurik.

Todos asintieron, con las armas prestas y los músculos en tensión. Kurik y Berit tiraron de las arandelas de hierro e hicieron correr ligeramente la pared.

— ¿Ves algo? — musitó Kurik a su hijo.

— No hay nadie — respondió Talen —. Es un pasillo corto con una sola antorcha. Parece alejarse unos quince metros y luego dobla a la izquierda. Después del recodo se aprecia más luz.

— Bien, Berit — indicó Kurik —, abramosla por completo.

Corrieron el muro.

— Una argucia muy lograda — observó Bevier con tono admirativo —. El laberinto de abajo no

conduce a ninguna parte. La verdadera ruta del templo discurre encima de él.

— Averigüemos dónde nos hallamos, en el templo o en la sala del trono — propuso Falquián —. Y mantengamos el sigilo.

Talen hizo ademán de decir algo.

— Olvídalo — lo disuadió Kurik —. Es demasiado peligroso. Tú vas a quedarte detrás de nosotros con Sephrenia.

Se adentraron por el breve corredor que iluminaba con luz vacilante y mortecina una antorcha prendida en un extremo.

— No oigo nada — susurró Kalten a Falquián.

— La gente que tiende emboscadas no suele hacer ruido, Kalten.

Se detuvieron justo antes de torcer a la izquierda y Ulath se quitó el yelmo y se asomó a mirar.

— Está solitario — anunció —. Parece que gira a la derecha a unos ocho o diez metros de aquí.

Doblaron el recodo y siguieron avanzando. De nuevo se detuvieron en la esquina y Ulath inspeccionó el terreno.

— Es una especie de nicho — susurró —. Hay una arcada que da a un pasillo más ancho muy bien iluminado.

— ¿Habéis visto a alguien? — inquirió Kurik.

— Ni un alma.

— Ése debe de ser el corredor principal — murmuró Bevier —. Las escaleras que conducen del laberinto al camino real del templo deben de estar bastante próximas al final de éste, ya sea en la sala del trono o en el templo.

Se adentraron en el nicho y Ulath volvió a echar un vistazo.

— Es un pasillo principal, en efecto — informó —, y gira a la izquierda a unos ochenta metros de aquí.

— Vayamos allí — decidió Falquián —. Si Bevier está en lo cierto, después de ese recodo debería estar la salida del laberinto. Sephrenia, quedaos aquí con Talen y Berit. Kurik, tú guardarás la puerta.

Los demás iremos a dar un vistazo. — Se inclinó sobre el escudero y prosiguió en susurros—. Si se agravara la situación, lleva a Sephrenia y a los otros a la habitación del pie de las escaleras y ciérrala por dentro.

Kurik asintió.

— Tened cuidado, Falquián — le recomendó en voz baja.

— Tú también, amigo mío.

Los cuatro caballeros caminaron por el amplio corredor abovedado en dirección a la iluminada esquina. Kalten cerraba la marcha, volviéndose con frecuencia a mirar si los seguían. En el recodo, Ulath asomó brevemente la cabeza y luego dio un paso atrás.

— Debimos suponerlo — susurró con disgusto —. Es la sala del trono.

Estamos justo en el sitio de partida.

— ¿Hay alguien adentro? — preguntó Tynian.

— Seguramente, pero ¿para qué molestarse en averiguarlo? Lo que debemos hacer es volver a esas escaleras, correr de nuevo la pared y dejar que los ocupantes de la sala del trono se entretengan solos.

Fue cuando giraban sobre sí que ocurrió. Adus, seguido por una veintena de zemoquianos, surgió de un pasillo lateral próximo a la entrada del nicho, bramando a voz en cuello. Los gritos de alarma resonaron en el propio pasadizo que conectaba con la sala del trono.

— ¡Tynian! ¡Ulath! — espetó Falquián —. ¡Contened a los que vienen de la sala del torno! ¡Vamos, Kalten! — Él y su rubio amigo se precipitaron hacia la abertura donde montaba guardia Kurik.

Adus, que era de facultades demasiado limitadas para obrar de modo previsible, hacía avanzar a sus soldados delante de él y caminaba con aire desgarbado, con una brutal hacha de guerra en la

mano y una mirada alocada en sus porcunos ojos.

Falquián comprendió al instante que estaban demasiado lejos. Adus se encontraba mucho más cerca de la arcada del nicho que él y Kalten, y ya había soldados que se interponían en su camino hacia allí. Apartó de un tajo a un zemoquiano que le cerraba el paso.

— ¡Kurik! — gritó —, ¡retrocede!

Pero ya era demasiado tarde, pues Kurik se había enzarzado en combate con el simiesco Adus. Su maza silbaba en el aire, aporreando el pecho y hombros acorazados de su adversario, pero Adus, poseído por un frenético instinto asesino, parecía no acusar aquellos espantosos golpes y descargaba sin tregua su hacha de guerra contra el escudo de Kurik.

Kurik era sin duda uno de los hombres más hábiles del mundo en la lucha cuerpo a cuerpo, pero Adus estaba totalmente enfebrecido y lo acosaba implacablemente a hachazos y patadas. El escudero se vio obligado a retroceder a su pesar, cediendo terreno paso a paso.

Entonces Adus se deshizo del escudo, asió el mango del hacha con ambas manos y la dirigió con una rápida serie de embestidas a la cabeza de Kurik. Recurriendo a una medida extrema, Kurik cogió el escudo con las dos manos y lo levantó para protegerse la cabeza de los golpes. Bramando triunfalmente, Adus descargó el hacha... no contra la cabeza de Kurik, sino en su cuerpo. El brutal hachazo ahondó en su pecho y la sangre empezó a brotar de su boca y de la espantosa herida.

— ¡Falquián! — gritó débilmente, desplomándose al lado de la arcada.

Adus volvió a levantar el hacha.

— ¡Adus! — rugió Kalten, matando a otro zemoquiano.

Adus detuvo el hachazo que pensaba asestar a la cabeza desprotegida de Kurik y giró sobre sí.

— ¡Kalten! — vociferó, aceptando el reto.

Apartó desdeñosamente con una patada al amigo de Falquián y corrió hacia el rubio pandion, con un enloquecido ardor en los porcinos ojos enmarcados de enmarañadas cejas.

Falquián y Kalten abandonaron cualquier semblanza de arte en el manejo de la espada, limitándose a abrirse camino a mandobles, recurriendo más a la fuerza y a la furia que a la habilidad.

Adus, totalmente enloquecido ahora, también se franqueaba el paso impartiendo hachazos contra sus propios hombres para llegar hasta ellos.

Kurik salió tambaleándose al corredor, apretándose el sangrante pecho y tratando de agitar la maza, pero le cedieron las piernas y dio con el cuerpo en tierra. Con enorme esfuerzo, se incorporó sobre los codos y se dispuso a arrastrarse hacia el salvaje que lo había derribado. Después puso los ojos en blanco y cayó de bruces.

— ¡Kurik! — aulló Falquián.

La luz pareció disiparse de sus ojos y un ensordecedor ruido se instaló en sus oídos. La espada se le antojó de repente muy liviana. Acuchillaba cuanto aparecía ante él. En una ocasión, se sorprendió atacando las piedras de la pared. Fueron las chispas lo que de algún modo le hicieron caer en la cuenta de ello. Kurik lo regañaría si estropeaba el filo del arma.

Talen consiguió llegar junto a su padre y, arrodillándose, forcejeó para volverlo de cara. Entonces emitió un alarido, un grito de indecible pena.

— ¡Está muerto, Falquián! ¡Mi padre ha muerto!

El dolor de aquel grito casi postró a Falquián de rodillas. Sacudió la cabeza como un animal aturdido. No había oído ese grito. No podía haberlo oído. Casi sin advertirlo, mató a otro zemoquiano y oyó vagamente cómo alguien combatía tras él y supo que Tynian y Ulath estaban luchando con los soldados que acudían desde la sala del trono.

Entonces Talen se levantó sollozando y alargó la mano hacia la bota. Su largo y afiladísimo puñal surgió reluciente, y él se encaminó sigilosamente hacia Adus por detrás. Aunque las lágrimas le resbalaban por la mejilla, el muchacho apretaba fuertemente, con odio, las mandíbulas.

Falquián traspasó con la espada a un nuevo zemoquiano mientras Kalten lanzaba a rodar por el suelo la cabeza de otro.

Adus decapitó a uno de los propios soldados, bramando como un toro enfurecido.

El bramido se interrumpió de repente. Adus abrió la boca, con los ojos desorbitados. Su mal emparejada armadura no acababa de adaptarse a su cuerpo y la parte posterior de la coraza no le llegaba hasta la cadera. Fue allí, en esa zona sólo cubierta con malla, donde Talen lo apuñaló. La malla protege contra estocadas de espada o hachazos, pero no es una barrera eficaz contra las puñaladas. El arma de Talen se dirigió suavemente a la espalda del imbécil bruto justo debajo del borde inferior de la coraza, buscándole el riñón. Talen despegó el puñal y volvió a clavárselo, esta vez en el otro lado.

Adus chilló como un cerdo en el matadero y luego se tambaleó hacia adelante, con una mano aferrada a la espalda y la cara súbitamente pálida por el dolor y el estupor.

Talen le hincó el puñal en la parte posterior de la rodilla.

Adus caminó unos pasos, vacilante, dejando caer el hacha y apretándose la espalda con ambas manos. Luego cayó retorciéndose al suelo.

Falquián y Kaltén dieron cuenta de los soldados que quedaban, pero Talen ya había agarrado una espada caída y, a horcajadas sobre el cuerpo de Adus, hurgaba la cabeza protegida con yelmo de aquel bestia. Después imprimió una nueva dirección al arma e intentó desesperadamente asestar una estocada a su torturado cuerpo, pero no tenía la fuerza suficiente para traspasar el peto.

— ¡Ayudadme! — gritó —. ¡Que alguien me ayude!

Falquián se acercó al sollozante muchacho, con los ojos anegados igual que él, y, tirando su espada, alargó la mano para cerrarla sobre la empuñadura de la que Talen trataba de clavar a Adus. Después aferró los gabilanes de la guarnición con la otra mano.

— Se hace así, Talen — dijo casi desapasionadamente, como si estuviera dando una clase en el campo de prácticas.

Entonces, de pie a ambos lados del gimoteante Adus, el chiquillo y el hombre esgrimieron la espada mano con mano.

— No tenemos por qué apresurarnos, Falquián — advirtió, haciendo chirriar los dientes, Talen.

— No — convino Falquián —. No realmente, si tú no quieres.

Adus chilló en tanto le introducían lentamente la espada. El grito fue interrumpido por la cascada de sangre que le afluyó a la boca.

— ¡Por favor! — barbotó.

Falquián y Talen retorcieron inexorablemente la espada.

Con un nuevo alarido, Adus se golpeó la cabeza en el suelo y sacudió frenéticamente las piernas. Arqueó el tembloroso cuerpo, vomitó otra bocanada de sangre y quedó inerte.

Todavía sollozando, Talen se arrojó sobre el cadáver y se puso a arañarle los ojos. Entonces Falquián se inclinó, lo tomó suavemente de la mano y lo llevó a donde yacía Kurik.

Capítulo veintinueve

En el corredor iluminado por antorchas proseguía la lucha, trayendo hasta él el sonido del entrecocar del acero, los gritos, alaridos y gruñidos. Falquián sabía que debía ir a ayudar a sus amigos, pero la enormidad de lo que acababa de ocurrir lo había dejado aturdido, incapaz de reaccionar. Talen se arrodilló junto al cuerpo sin vida de Kurik, llorando y descargando puñetazos contra las losas del suelo.

— Debo irme — dijo el fornido pandion al muchacho.

Talen no respondió.

— Berit — llamó Falquián —, venid aquí.

El joven aprendiz salió cautelosamente del nicho con el hacha en las manos.

— Atended a Talen — le ordenó —. Llevad a Kurik adentro.

Berit miró con incredulidad a Kurik.

— ¡Moveos, hombre! — lo apremió bruscamente Falquián —. Y cuidado de Sephrenia.

— ¡Falquián! — gritó Kalten —. ¡Vienen más!

— ¡Ya voy! — Falquián miró a Talen —. Debo irme — repitió.

— Adelante — replicó Talen. Entonces alzó la mirada, con una expresión salvaje en el rostro surcado por las lágrimas —. Matadlos a todos, Falquián — dijo con furia —. Matadlos a todos.

Falquián asintió. Aquello ayudaría un poco a Talen, pensó mientras se volvía para recoger su espada. La ira era un buen remedio contra la pena. Empuñó el arma y se giró, sintiendo cómo su propia rabia le atenazaba la garganta. También experimentaba una cierta piedad por los soldados zemoquianos cuando iba a reunirse con Kalten.

— Retrocede — indicó a su amigo con gélido tono de voz —. Recobra el aliento.

— ¿Hay alguna esperanza? — preguntó Kalten, sorteando una lanza.

— No.

— Lo siento, Falquián.

Era un pequeño grupo de soldados, sin duda uno de los destacamentos que habían estado actuando como cebo para atraer a los caballeros a los pasadizos laterales. Falquián se encaminó resueltamente hacia ellos, ansioso por combatir, pues la lucha exigía toda la atención de un hombre y ahuyentaba de su mente cualquier otro pensamiento. Arremetió diestramente contra la media docena de zemoquianos, sintiendo que de algún modo estaba haciendo justicia. Kurik le había enseñado cada movimiento, cada matiz técnico que ponía en acción, y todo aquel arte estaba potenciado ahora por la desmedida rabia provocada por la muerte de su amigo. En cierto sentido, era Kurik quien había hecho a Falquián invencible. Incluso Kalten observaba con asombro el mortífero frenesí de su amigo, que no tardó más de unos momentos en liquidar a cinco de los soldados a quienes se enfrentaba. El último se volvió para huir, pero Falquián empuñó prestamente

la espada con la mano que sostenía el escudo y recogió una lanza zemoquiana del suelo.

— Recoge esto — gritó al fugitivo, antes de arrojarle el arma y clavársela entre los omóplatos.

— Buena lanzada — lo felicitó Kalten.

— Vayamos a ayudar a Tynian y Ulath.

Falquián todavía experimentaba una acuciante necesidad de matar gente. Condujo a su amigo hacia el recodo del pasillo donde el caballero alcione y su camarada genidio contenían a los soldados que habían acudido desde la sala del trono, obedeciendo a la orden gritada por Kurik.

— Yo me ocuparé de esto — dijo, sin más explicaciones, Falquián.

— ¿Kurik? — preguntó Ulath.

Falquián sacudió la cabeza y comenzó a matar zemoquianos. Avanzaba a golpe de mandobles, dejando que sus compañeros acabaran de rematar a sus víctimas.

— ¡Falquián! — gritó Ulath —. ¡Parad! ¡Están huyendo!

— ¡Deprisa! — respondió Falquián —. ¡Aún podemos alcanzarlos!

— ¡Dejad que se vayan!

— ¡No!

— Estás haciendo esperar a Martel, Falquián — le recordó Kalten.

Kalten se hacía pasar a veces por estúpido, pero Falquián vio inmediatamente el ingenioso método utilizado por su rubio amigo para disuadirlo de su intención. Liquidar a soldados relativamente inocentes no pasaba de ser un mero pasatiempo comparado a la perspectiva de acabar de una vez por todas con el renegado de pelo blanco.

— De acuerdo — concedió, jadeante, casi extenuado por el esfuerzo —, regresemos. De todas formas, hemos de pasar por esa pared corredera antes de que vuelvan los soldados.

— ¿Os sentís mejor? — le preguntó Tynian mientras se dirigían al nicho.

— No realmente — respondió Falquián.

— Seguid — les dijo Kalten cuando pasaron junto al cadáver de Adus —. Iré dentro de un momento.

Berit y Bevier los aguardaban en la entrada de la alcoba.

— ¿Los habéis espantado? — inquirió Bevier.

— Ha sido Falquián — gruñó Ulath —. Ha estado muy persuasivo.

— ¿No reunirán refuerzos para volver?

— No a menos que sus oficiales tengan unos látigos muy largos.

Sephrenia había situado el cuerpo de Kurik en una postura de reposo y le había cubierto con la capa la espantosa herida que le había causado la muerte. Tenía los ojos cerrados y la expresión apacible. Falquián experimentó de nuevo una pena insoportable.

— ¿Hay algún modo de...? — inquirió, pese a conocer ya la respuesta.

— No, querido — repuso la estiria —. Lo siento. — Estaba sentada junto al cadáver, abrazando a Talen, que continuaba anegado en llanto.

— Debemos irnos — dijo Falquián, suspirando —. Hemos de regresar a esa escalera antes de que alguien decida seguirnos. — Miró hacia atrás por encima del hombro y vio que Kalten se acercaba presuroso, llevando algo envuelto en una capa zemoquiana.

— Yo me ocuparé de esto — se ofreció Ulath.

Se inclinó y se cargó al hombro al corpulento escudero como si éste no pesara más que un niño, y todos volvieron sobre sus pasos hasta el pie de la escalera que conducía a la polvorienta y oscura sala de arriba.

— Volved a correr esa pared — indicó Falquián —, y buscad una cuña o algún otro sistema para cerrarla.

— Podemos hacerlo desde arriba — apuntó Ulath —. Obstruiremos los rieles sobre los que se desliza.

Falquián gruñó, en tanto tomaba ciertas decisiones.

— Bevier — dijo con pesar —, me temo que vamos a tener que dejaros aquí. Estáis malherido, y

ya hemos perdido demasiados amigos hoy.

Bevier se dispuso a argüir, pero cambió de parecer.

— Talen — prosiguió Falquián —, te quedarás aquí con Bevier y tu padre. — Sonrió tristemente —. Nuestra intención es matar a Azash, y no robarle.

Talen asintió.

— Y, Berit...

— Por favor, Falquián — le rogó el joven, con lágrimas en los ojos —. Por favor, no me hagáis quedar atrás. Sir Bevier y Talen están a salvo aquí, y yo podría servirlos de ayuda cuando nos hallemos en el templo.

Falquián lanzó una mirada a Sephrenia y ésta realizó un gesto afirmativo con la cabeza.

— De acuerdo — concedió. Quería advertir a Berit que obrara con cautela, pero desistió, razonando que ello tal vez ofendería al aprendiz.

— Dadme vuestra hacha y vuestro escudo, Berit — dijo Bevier con voz débil —, y llevaos los míos. — Tendió a Berit su hacha y su bruñido escudo.

— Haré honor a estas armas, sir Bevier — juró Berit.

— Hay un espacio hueco detrás de la escalera, Bevier — informó Kalten, que había inspeccionado el fondo de la habitación —. Sería buena idea que os ocultarais allí junto con Talen y Kurik en previsión de que los soldados consiguieran accionar el muro.

Bevier asintió y Ulath trasladó el cadáver de Kurik allí.

— No queda nada que añadir, Bevier — dijo Falquián al caballero cirínico, estrechándole la mano —. Trataremos de regresar lo antes posible.

— Rezaré por vosotros, Falquián — prometió Bevier —, por todos vosotros.

Falquián se arrodilló al lado de su escudero y le tomó una mano.

— Que duermas bien, amigo mío — murmuró. Después se levantó y se encaminó a la escalera sin volver la vista atrás.

La escalera, situada al otro extremo de aquella sala que se prolongaba en línea recta sobre los montículos que remataban los muros y las piedras del laberinto de abajo, era muy ancha y estaba pavimentada con mármol. No había ninguna pared corredera que ocultara la cámara en la que desembocaba ni dédalo alguno para despistar a quien pretendiera entrar en el templo.

— Esperad aquí — susurró Falquián a sus amigos — y apagad esas antorchas. — Avanzó unos pasos, se quitó el yelmo y se tumbó en el rellano de la escalera —. Ulath — murmuró —, agarradme de los tobillos. Quiero ver lo que nos aguarda.

Sostenido por el fornido thalesiano, que impedía que cayera rodando estrepitosamente por la escalera, Falquián bajó arrastrándose lentamente por los peldaños hasta que pudo ver la estancia que había abajo.

El templo de Azash era un lugar de pesadilla. Tal como permitía adivinar la cúpula que lo coronaba, tenía una estructura circular, con un diámetro de casi un kilómetro. Las curvadas paredes, combadas hacia adentro, eran de pulido ónice negro, al igual que el suelo, lo cual causaba la impresión de estar mirando la esencia misma de la noche. La iluminación no corría a cargo de antorchas, sino de grandes hogueras que ardían vigorosamente sobre enormes braseros asentados en patas recias como vigas. La vasta cámara estaba rodeada de numerosas gradas que descendían hasta el centro.

Espaciadas a intervalos regulares sobre la terraza superior, se erguían estatuas de mármol de más de cinco metros de altura que en su mayoría reproducían cuerpos no humanos. Entonces Falquián vio una forma estiria entre ellas y después una elenia, y cayó en la cuenta de que las estatuas representaban a los siervos de Azash, entre los cuales la humanidad parecía ocupar una proporción casi insignificante.

Los otros servidores moraban en sitios a la vez muy lejanos y extremadamente próximos. Enfrente de la entrada por la que espiaba Falquián se levantaba el descomunal ídolo. Los esfuerzos del hombre para encarnar y simbolizar a sus dioses nunca acaban de ser satisfactorios. Una deidad

con cabeza de león no es realmente la imagen de un cuerpo humano al que se ha unido una cabeza de león simplemente para ofrecer un contraste. La humanidad percibe el rostro como sede del alma; el cuerpo es en gran medida irrelevante. El icono de un dios no tiene por objeto imitar fielmente sus rasgos, sino sugerir con su cara el espíritu que lo domina. El semblante del ídolo que sobresalía sobre el negro y brillante templo contenía la suma de la depravación. La lujuria, la codicia y la gula estaban ciertamente presentes en él, pero había asimismo otros atributos que ninguna lengua humana tiene palabras para designar. A juzgar por su rostro, Azash anhelaba — reclamaba — cosas inaccesibles a la capacidad de comprensión del hombre. Era la cara de un ser con deseos irresistibles que nadie satisfacía puesto que ello era imposible. Tenía los labios curvados y los ojos melancólicos y crueles.

Falquián cerró con fuerza los párpados, presintiendo que quien mirara largamente esa cara se exponía a perder el alma.

El cuerpo no tenía una forma acabada. Era como si el escultor hubiera quedado tan agobiado por ese rostro y todo lo que representaba que no hubiera sido capaz más que de esbozar el resto de la figura. Había una profusión de brazos que se extendían, a semejanza de los de una araña, en grupos de tentáculos que partían de unos descomunales hombros. El torso se inclinaba ligeramente hacia atrás, dejando las caderas adelantadas en obscena postura, pero lo que debería haber sido el punto central de tan provocativa posición brillaba por su ausencia. En su lugar había una lisa y brillante superficie carente de toda arruga, similar a la marca de una quemadura. Falquián recordó las palabras que Sephrenia había pronunciado delante de las barbas del dios durante su encuentro con el Buscador en la orilla norte del lago Venne. Impotente, lo había llamado, y castrado. Prefirió no imaginar los métodos que los dioses menores habían utilizado para mudar a su pariente. Del ídolo emanaba un nimbo de pálido tono verdusco, un resplandor muy parecido al que despedía la cara del Buscador.

En el rellano circular del centro estaba llevándose a cabo alguna clase de ceremonia que alumbraba el repulsivo resplandor verdoso procedente del altar. La mente de Falquián se rebelaba ante la idea de darle el nombre de un ritual religioso. Los oficiantes retozaban desnudos ante el ídolo. Falquián no era precisamente un monje de clausura y estaba acostumbrado a enfrentarse a la corrupción del mundo, pero los niveles de perversión que se mostraban en aquel rito le revolviéron el estómago. La orgía que habían celebrado los primitivos elenios zemoquianos en las montañas había sido un juego de niños, casi puro, en comparación a aquello. Estos celebrantes parecían tratar de reproducir las perversiones de las criaturas no humanas, y sus miradas fijas y sus movimientos convulsivos daban a entender que continuarían la ceremonia hasta perecer a causa de los excesos en ella realizados. La grada inferior de aquella enorme concavidad dispuesta en terrazas estaba atestada de figuras vestidas con túnicas verdes que entonaban un discordante y ronco cántico, un sonido hueco desprovisto de todo pensamiento o emoción.

Entonces Falquián percibió un ligero movimiento y se apresuró a dirigir la mirada a su derecha. Un grupo de personas estaba reunido en la terraza superior a unos cien metros de distancia de la desconchada estatua blanca que debía de haber inspirado los más profundos abismos de locura. Una de ellas tenía el pelo blanco.

Falquián se volvió e hizo señas a Ulath para que volviera a subirlo.

— ¿Y bien? — le preguntó Kalten.

— Es una gran sala — murmuró Falquián —. El ídolo está en el otro extremo y hay amplios banales escalonados por los que se baja hasta donde se encuentra.

— ¿Qué es ese ruido? — inquirió Tynian.

— Están celebrando una especie de rito. Creo que los cantos forman parte de él.

— Me tiene sin cuidado su religión — aseguró con voz cavernosa Ulath —. ¿Hay soldados?

Falquián negó con la cabeza.

— Es alentador. ¿Algo más?

— Sí. Necesito vuestras artes mágicas, Sephrenia. Martel y los demás están en la grada de arriba,

aproximadamente a unos ochenta metros de nosotros. Sería útil saber qué están diciendo. ¿Estamos lo bastante cerca para que el encantamiento dé resultado?

— Apartémonos de la escalera — sugirió, tras asentir, la estiria —. El hechizo genera cierto grado de luz y por ahora no nos conviene que sepan que estamos aquí.

Retrocedieron hacia la polvorienta sala y Sephrenia tomó el reluciente escudo de Bevier que llevaba Berit.

— Esto servirá — dijo.

Invocó el conjuro y lo liberó. Los caballeros se apiñaron en torno al súbitamente resplandeciente escudo, observando las nebulosas figuras que aparecían en su superficie. Las voces surgían quedamente de él, pero eran inteligibles.

— Vuestras encarecidas afirmaciones de que mi oro os serviría para comprar ese trono desde el que podríais fomentar nuestros propósitos eran falsas, Annias — decía Otha con su retumbante voz.

— Fue una vez más por culpa de Falquián, Su Majestad — intentó excusarse Annias con tono casi servil —. El desbarató las cosas... como temíamos que ocurriera.

— ¡Falquián! — Otha profirió un grosero juramento y descargó un puñetazo en el brazo de la litera —. La existencia de ese hombre me gangrena el corazón. Hasta su nombre me causa dolor. Vos debíais mantenerlo alejado de Chyrellos, Martel. ¿Por qué me fallasteis a mí y a mi dios?

— No os fallé realmente, Su Majestad — respondió con calma Martel —, como tampoco lo hizo Annias, dicho sea de paso. El acceso de Su Ilustrísima al trono del archiprelado no era más que un medio para conseguir un fin, y ese fin ya lo hemos logrado: el Bhelliom se encuentra bajo este mismo techo. La estrategia para elevar a Annias a la condición de archiprelado para poder obligar así a los elenios a entregar la joya contenía muchos puntos de incierto desarrollo. Esto ha sido mucho más rápido y más directo. Lo que Azash desea son resultados, Su Majestad, no el éxito o fracaso de las fases conducentes a ellos.

— Tal vez — concedió, gruñendo, Otha —, pero el Bhelliom no ha sido entregado de buen grado a nuestro dios. Todavía se halla en manos de Falquián. Vos habéis apostado ejércitos en su camino y él los ha vencido. Nuestro amo ha enviado siervos más horribles que la propia muerte para matarlo y aún sigue vivo.

— Falquián es sólo un hombre, en fin de cuentas — señaló Lycheas con su quejumbrosa voz —. Su buena fortuna no puede durar eternamente.

Otha lanzó una amenazadora mirada a Lycheas. Arissa rodeó protectoramente con sus brazos a su hijo e hizo ademán de salir en defensa suya, pero Annias sacudió la cabeza, disuadiéndola de hacerlo.

— Os habéis rebajado reconociendo a este bastardo vuestro, Annias — declaró Otha en tono de desmedido desprecio. Calló un instante, mirándolos —. ¿Es que no lo entendéis? — tronó de improviso —. Este Falquián es Anakha, el desconocido. Los destinos de todos los hombres son claramente visibles; todos... salvo Anakha. Anakha se mueve al margen del destino. Incluso los dioses lo temen. Él y el Bhelliom están vinculados de una forma que no alcanzan a comprender los hombres ni los dioses de este mundo, y la diosa Aphrael los protege. Ignoramos cuál es su propósito. Todo cuanto nos salvaguarda de ellos es el hecho de que el Bhelliom se somete a Falquián con renuencia. Si llega el tiempo en que se rinda libremente a él, será un dios.

— Pero todavía no lo es, Su Majestad. — Martel sonrió —. Está atrapado en ese laberinto, y jamás dejará a sus compañeros allí para venir a atacarnos solo. Falquián es una persona previsible. Ésa es la razón por la que Azash nos aceptó a Annias y a mí: porque lo conocemos y sabemos cómo reaccionará.

— ¿Y sabíais que triunfaría como lo ha hecho? — se mofó Otha —. ¿Sabíais que su llegada a este lugar supondría una amenaza a nuestra propia existencia... y a la existencia de nuestro dios? Martel miró las figuras que retozaban obscenamente en el piso inferior.

— ¿Cuánto va a durar esto? — preguntó —. Necesitamos que Azash nos guíe, y no podemos reclamar su atención mientras continúe la ceremonia.

— El ritual está a punto de acabar — aseguró Otha —. Los oficiantes han sobrepasado los límites de la extenuación. Morirán pronto.

— Bien. Entonces podremos hablar con nuestro amo. Él también está en peligro.

— ¡Martel! — dijo, bruscamente alarmado, Otha —. ¡Falquián ha salido del laberinto! ¡ría encontrado el camino del templo!

— ¡Llamad a vuestros hombres para que lo detengan! — vociferó Martel.

— Ya lo he hecho, pero se encuentran muy alejados de él. Llegará hasta nosotros antes de que ellos puedan entorpecerle el paso.

— ¡Debemos despertar a Azash! — gritó Annias con voz chillona.

— Interrumpir su rito significa la muerte — aseveró Otha.

Martel enderezó el cuerpo y tomó el yelmo que llevaba bajo el brazo.

— Entonces todo depende de mí, supongo — manifestó tristemente.

Falquián alzó la cabeza y oyó el ruido de unos arietes aporreando una pared de piedra en la dirección por donde quedaba el palacio.

— És suficiente — indicó a Sephrenia —. Hemos de ponernos en movimiento. Otha ha llamado a sus soldados para que abatan ese muro que conduce a la escalera de las proximidades del palacio.

— Espero que Bevier y Talen estén bien escondidos — deseó Kalten.

— Lo están — lo tranquilizó Falquián —. Bevier sabe lo que hace. Habremos de bajar al templo. Este ático, o como quiera llamárselo, está demasiado expuesto. Si tenemos que luchar aquí, tendremos soldados atacándonos por todas partes. — Miró a Sephrenia —. ¿Existe algún modo de obstruir esa escalera de atrás? — le preguntó.

— Creo que sí — respondió la mujer, entornando los ojos.

— Parecéis algo dubitativa.

— No. Me será fácil obstruir la escalera, pero no estoy segura de si Otha conoce el hechizo que contrarrestaría el mío.

— No lo sabrá hasta que sus soldados lleguen allí y no puedan bajar, ¿no es cierto? — le preguntó Tynian.

— No. En realidad no. Muy bien, Tynian.

— ¿Nos dirigimos corriendo a esa terraza de arriba y nos enfrentamos al ídolo? — inquirió Kalten.

— No podemos — repuso Sephrenia —. Recordad que Otha es mago. Estaría arrojándonos un encantamiento tras otro por la espalda. Hemos de encararnos primero con él.

— Y con Martel también — agregó Falquián —. Otha no se atreve a interrumpir a Azash mientras se desarrolla ese rito, lo cual supone cierta ventaja. De lo único que hemos de preocuparnos es del propio Otha. ¿Podremos reducirlo, Sephrenia?

— Otha no es valiente — respondió ésta —. Si lo amenazamos, utilizará su poder para escudarse y dejará que sean los soldados que acuden de palacio quienes se ocupen de nosotros.

— Lo intentaremos — resolvió Falquián —. ¿Estamos listos?

Los demás asintieron.

— Tened cuidado — les recomendó —, y no quiero que nadie se interponga cuando vaya tras Martel. En marcha.

Se encaminaron a la escalera, se detuvieron un momento, respiraron hondo y comenzaron a bajar con las armas desenfundadas.

— Ah, heos aquí, viejo amigo — saludó, arrastrando las palabras, Falquián, imitando deliberadamente la postura desenvuelta de Martel —. Os he estado buscando por todas partes.

— Yo no me he movido de aquí, Falquián — replicó Martel, desenvainando la espada.

— Ya veo. Debo de haberme desorientado un poco. Confío en que no os haya hecho esperar.

— De ningún modo.

— Estupendo. Detesto llegar tarde. — Paseó la mirada sobre los demás —. Bien. Veo que estamos todos aquí. — Miró con mayor detenimiento al primado de Cimmura —. Realmente,

Annias, deberíais intentar tomar un poco más el sol. Estáis blanco como el papel.

— Oh, antes de que los dos os enzarzáis — dijo Kalten —, os he traído un regalo, un pequeño recordatorio de nuestra visita. Estoy seguro de que es algo a lo que siempre le tendréis cariño.

Se inclinó ligeramente y zarandeó un poco la capa que llevaba en el brazo, reteniendo firmemente una esquina de la prenda con la mano acorazada con guantelete. La capa se desplegó sobre el suelo de ónix y la cabeza de Adus salió rodando hasta pararse a los pies de Martel, donde quedó fija, mirándolo.

— Qué amable, sir Kalten — agradeció Martel, apretando los dientes. Aparentando indiferencia, apartó el despojo de un puntapié —. No dudo que os habrá costado mucho obtener este presente.

Falquián apretó el puño sobre la empuñadura de la espada, bufando de cólera.

— Me ha costado a Kurik, Martel — dijo con voz inexpresiva —, y ha llegado la hora de ajustar cuentas.

A Martel se le desorbitaron brevemente los ojos.

— ¿Kurik? — dijo con voz perpleja —. No esperaba eso. Lo siento de veras, Falquián. Lo apreciaba. Si consigues volver a Demos, preséntale a Aslade mis más sinceras disculpas.

— No pienso hacerlo, Martel. No voy a insultar a Aslade mencionándole vuestro nombre. ¿Vamos a zanjar esta cuestión?

Falquián comenzó a avanzar, con el escudo preparado y la punta de la espada moviéndose lentamente a uno y otro lado como la cabeza de una serpiente. Kalten y los demás dejaron sus armas en el suelo y permanecieron inmóviles, observando.

— Un caballero hasta el final — comentó Martel, poniéndose el yelmo y alejándose de la litera de Otha para que no les estorbara los movimientos —. Vuestros buenos modales y vuestro sentido del honor serán la causa de vuestra muerte, Falquián. Vos contabais con ventaja. Debisteis aprovecharla.

— No voy a necesitarla, Martel. Todavía os queda un momento para arrepentiros. Os aconsejo que no lo desperdiciéis.

— No creo que vaya a hacerlo, Falquián — replicó el renegado pandion con una tenue sonrisa —. Yo elegí mi camino y no voy a rebajarme cambiando de opinión ahora. — Se bajó la visera.

Los dos acometieron simultáneamente, descargando sonoros golpes en el escudo del adversario. Ambos se habían entrenado bajo la dirección de Kurik cuando eran muchachos, y no había la posibilidad de poner en juego algún truco o amago para engañar al otro. Su fuerza y habilidad eran tan equiparables que no había modo de predecir el resultado de aquel duelo que llevaba más de una década preparándose.

Los primeros cintarazos eran tentativos, destinados a atisbar una alteración en la técnica o modificaciones en el vigor físico. Al observador no experto podría haberle parecido que el constante entrechocar de sus armas era frenético e irreflexivo, pero no era ése el caso. Ninguno de los dos estaba tan fuera de sí como para exponerse demasiado. Atacaban y se defendían alternativamente, alejándose lentamente del lugar donde se hallaba la ornada litera que ocupaba Otha y donde Annias, Arissa y Lycheas los observaban, conteniendo el aliento. Ello formaba también parte de la estrategia de Falquián. Necesitaba apartar a Martel de Otha para que Kalten y los otros pudieran amenazar al hinchado emperador y, para conseguirlo, retrocedía de tanto en tanto unos pasos cuando realmente no era preciso, atrayendo a Martel.

— Debéis de estar envejeciendo, Falquián — jadeó Martel, aporreando el escudo de su antiguo hermano.

— No más que vos, Martel. — Falquián le propinó un cintarazo que lo hizo tambalearse.

Kalten, Ulath y Tynian, seguidos de Berit, que agitaba la amedrentadora hacha de Bevier, se encaminaron hacia Otha y Annias. El emperador hizo ondular una mano y una reluciente barrera apareció en torno a su litera y los compañeros de Martel.

Falquián sintió un tenue hormigueo en la nuca y supo que Sephrenia estaba invocando el hechizo que obstruiría la escalera. Arremetió contra Martel, blandiendo a toda velocidad la espada a fin de

distraerlo para que no notara aquella imperceptible sensación familiar que siempre acompaña a la realización de un encantamiento por parte de un amigo. Sephrenia había entrenado a Martel y éste reconocería el sello de su magia.

La pelea proseguía con creciente furia. Falquián jadeaba y sudaba, con el brazo dolorido a causa de la fatiga. Dio un paso atrás, bajando ligeramente la espada, formulando la silenciosa proposición de una pausa para recobrar el aliento, tradicional en los combates y que jamás se tenía por una muestra de flaqueza.

Martel también depuso el arma en señal de acuerdo.

— Casi como en los viejos tiempos, Falquián — comentó, sin resuello, Martel, alzándose la visera.

— Casi — acordó Falquián —. Veo que habéis aprendido algunos trucos nuevos. — Se descubrió también la cara.

— Pasé demasiado tiempo en Lamorkand. Sin embargo, el arte de la espada no está muy desarrollado en ese país. Vuestra técnica parece tener un toque rendoreño.

— Diez años de exilio allí. — Falquián se encogió de hombros, llenándose los pulmones de aire.

— Vanion nos desollaría a los dos si nos viera sacudiéndonos de este modo.

— Seguramente. Vanion es un perfeccionista.

— Ésa es la pura verdad.

Ambos tenían la respiración trabajosa y miraban fijamente a los ojos del otro, vigilando el atisbo de contracción que precedería a un ataque por sorpresa. Falquián notó cómo iba mitigándose el dolor de su hombro.

— ¿Estáis listo? — preguntó al cabo.

— Cuando queráis.

Martel dio comienzo a una complicada y prolongada serie de estocadas que su contrincante conocía muy bien, pues era una de las más antiguas, y su conclusión era inevitable. Falquián movió el escudo y la espada adoptando la actitud de defensa prescrita, pero, no bien Martel había iniciado la ofensiva, supo que iba a recibir un aturdidor cintarazo en la cabeza. Kurik, no obstante, había ideado una modificación en el yelmo del pandion poco después de la expulsión de Martel de la orden, y, cuando el renegado le descargó el potente golpe en la cabeza, Falquián la agachó ligeramente para que toda su fuerza recayera en la cresta del yelmo, la cual llevaba ahora muy reforzada. Con todo, los oídos le zumbaron violentamente y las piernas le flaquearon, pero aun así fue capaz de esquivar la estocada siguiente que muy bien podría haberlo lisiado.

Martel parecía reaccionar con mayor lentitud de la que Falquián recordaba en él. Sus propias acometidas, reconoció, tampoco debían de tener la vivacidad de la juventud. Estaban envejeciendo, y un duelo prolongado con un hombre de igual vigor y habilidad tiene el efecto de sumar años a quien se presta a él.

Repentinamente entendió, y la comprensión se convirtió al instante en acción. Dirigió repetidos ataques por lo alto a la cabeza de Martel, y éste hubo de protegerse con la espada y el escudo. Entonces Falquián remató la frenética amenaza a la cabeza con la tradicional estocada en el cuerpo. Martel lo previo, como era natural, pero no pudo mover con suficiente rapidez el escudo para protegerse. La punta de la espada de Falquián le horadó la armadura en la parte baja del pecho y penetró profundamente en sus entrañas. Martel se quedó rígido y luego tosió, vomitando un gran chorro de sangre por las rendijas de la visera. Intentó débilmente mantener el escudo y la espada en alto, pero las manos le temblaban con violencia y las piernas le cedieron. La espada se deslizó en su mano y el escudo cayó a un lado. Tosió otra vez, produciendo un desgarrador sonido de gorgoteo. La sangre volvió a brotar de la visera, y él se vino abajo, despacio, y quedó tendido de cara al suelo.

— Acabad, Falquián — dijo con voz entrecortada.

Falquián lo puso boca arriba con el pie. Alzó la espada y enseguida la bajó y se arrodilló junto al moribundo.

— No es necesario — respondió quedamente, abriéndole la visera.

— ¿Cómo lo habéis conseguido? — preguntó Martel.

— Ha sido esa nueva armadura que lleváis. Es demasiado pesada. Os habéis cansado y habéis perdido la rapidez de movimiento.

— En cierto modo me está bien empleado — reconoció Martel, tratando de no respirar hondo para que la sangre que iba inundándole los pulmones no lo atragantara de nuevo —. Me ha matado mi propia vanidad.

— Creo que eso es lo que finalmente acaba con todos nosotros.

— Ha sido una buena pelea, no obstante.

— Sí. Lo ha sido.

— Y al fin hemos averiguado quién de los dos era el mejor. Tal vez sea hora de ser sinceros. Yo nunca tuve dudas al respecto.

— Yo sí.

Falquián permaneció de rodillas, escuchando la respiración, cada vez más superficial, de Martel.

— Lakus falleció — le dijo en voz baja —, y Olven.

— ¿Lakus y Olven? No lo sabía. ¿Tuve yo algo que ver con ello?

— No. Fue por otros motivos.

— Es un pequeño consuelo. ¿Podéis llamar a Sephrenia, Falquián? Querría despedirme de ella.

Falquián levantó el brazo, solicitando la presencia de la mujer que los había entrenado a ambos.

La estiria tenía los ojos anegados de lágrimas cuando se arrodilló junto al cuerpo de Martel frente a Falquián.

— ¿Sí, querido? — dijo al agonizante.

— Siempre dijisteis que acabaría mal, pequeña madre — comentó Martel con voz susurrante —, pero os equivocasteis. Esto no está tan mal. Es casi como un lecho de muerte ceremonial. Me marchó de este mundo en presencia de las dos únicas personas que de veras he amado en la vida. ¿Me otorgaréis vuestra bendición, pequeña madre?

La mujer le puso las manos sobre la cara y habló suavemente en estirio. Después se inclinó, sollozante, y le besó la pálida frente.

Cuando alzó la cabeza, ya había muerto.

Capítulo treinta

Falquián se levantó y ayudó a Sephrenia a ponerse en pie.

— ¿Estáis bien, querido? — susurró ésta.

— Lo suficiente. — Falquián dirigió la mirada a Otha.

— Mis felicitaciones, caballero — dijo irónicamente Otha con su voz cavernosa y la calva reluciente de sudor —, y gracias. Llevo tiempo ponderando el problema de Martel. Él pretendía, me parece, enaltecer su condición, y a mí dejó de serme útil desde el momento en que vos y vuestros compañeros me trajisteis el Bhelliom. Me alegro de haberme librado de él.

— Podéis considerarlo un regalo de despedida, Otha.

— ¡Oh! ¿Acaso os vais?

— No, pero vos sí.

Otha emitió una repugnante carcajada.

— Tiene miedo, Falquián — musitó Sephrenia —. No está seguro de que no podáis traspasar la barrera en que se escuda.

— ¿Es ello cierto?

— Yo tampoco estoy segura. No obstante, él se halla en una posición muy vulnerable ahora, porque Azash está totalmente distraído por ese rito.

— Es un buen punto de inicio entonces. — Falquián hizo acopio de aire y se encaminó hacia el hinchado emperador de Zemoch.

Otha se encogió y dirigió una rápida señal a los descalzos y embrutecidos porteadores que lo rodeaban, quienes cargaron la litera y comenzaron a descender las gradas hacia el nivel inferior, donde los desnudos oficiantes, temblorosos y pálidos por la extenuación, proseguían con su obscuro ritual. Annias, Arissa y Lycheas lo acompañaron, temerosos, cuidando de distanciarse lo menos posible de él para permanecer dentro del dudoso refugio que proporcionaba el reluciente nimbo de su escudo protector. Al llegar al negro piso de abajo, Otha gritó a los sacerdotes de verdes hábitos y éstos se precipitaron hacia adelante, con expresión de ardiente devoción, extrayendo armas de debajo de las vestiduras.

Falquián oyó a sus espaldas un repentino grito de frustración. Los soldados que corrían a socorrer al emperador acababan de topar con la barrera de Sephrenia.

— ¿Resistirá? — preguntó a la mujer.

— A menos que alguno de los soldados sea más fuerte que yo.

— Es hartó improbable. En ese caso sólo tendremos que habérmolas con los sacerdotes. — Miró a sus amigos —. Bien, caballeros — les dijo —. Formemos en torno a Sephrenia y abrámonos paso. Los sacerdotes de Azash no llevaban armadura y manejaban con torpeza las armas. Eran en su mayoría estirios, y la súbita aparición de hostiles caballeros de la Iglesia en el centro sagrado de su

religión los había sobresaltado y llenado de espanto. Falquián recordó algo que en una ocasión había dicho Sephrenia. Los estirios, le había comentado, no reaccionan bien ante las sorpresas, pues lo imprevisto tiende a confundirlos. Mientras bajaba con sus amigos los amplios escalones, notó un tenue hormigueo que le indicó que algunos de los sacerdotes estaban intentando dar forma a un encantamiento. Emitió un agresivo grito de guerra elenio, un ronco bramido henchido de sed de sangre y violencia, y notó cómo desaparecía el hormigueo.

— ¡Haced mucho ruido, caballeros! — gritó a sus amigos —. ¡Desconcertadlos para que no puedan recurrir a la magia!

Los caballeros de la Iglesia siguieron descendiendo, vociferando y blandiendo las armas. Los religiosos se echaron atrás, pero ya los caballeros arremetían contra ellos.

Berit adelantó a Falquián, con los ojos encendidos de entusiasmo y el hacha de Bevier presta para combatir.

— Reservad las fuerzas, Falquián — dijo bruscamente, tratando de emitir una voz más profunda y masculina.

Avanzó resueltamente delante del perplejo Falquián e irrumpió entre las filas de verdes hábitos, agitando el hacha como si fuera una guadaña.

Falquián se dispuso a hacerlo volver atrás, pero Sephrenia le puso la mano en la muñeca.

— No, Falquián — aconsejó —. Esto es importante para él, y no se halla en peligro.

Otha había llegado al reluciente altar situado delante del ídolo y observaba con evidente espanto los encarnizados combates.

— ¡Acercaos, Falquián! — vociferó —. ¡Mi dios está impacientándose!

— Lo dudo mucho, Otha — replicó Falquián —. Azash desea el Bhelliom, pero no quiere que sea yo quien se lo entregue, porque no sabe qué voy a hacer con él.

— Muy bien, Falquián — aprobó Sephrenia —. Valeos de vuestra ventaja. Otha contagiara a Azash la incertidumbre que éste perciba en él.

Los amigos de Falquián iban dando sistemática cuenta de los sacerdotes de verdes hábitos y en el templo resonaban el entrecocar de las armas, los chillidos y los gruñidos. Al fin llegaron al pie de la primera grada, al nivel dominado por el altar.

Falquián se sentía, a pesar de todo, exultante. No había esperado llegar tan lejos y el hecho de haber sobrevivido a tantas asechanzas lo imbuía de la eufórica sensación de ser invencible.

— Bien, Otha — dijo, alzando la mirada hacia el inflado emperador —, ¿por qué no despertáis a Azash? Así descubriremos si los dioses mayores saben perecer igual que los hombres.

Otha lo miró boquiabierto y luego bajó trabajosamente de la litera y se desplomó en el suelo, traicionado por sus endebles piernas.

— ¡Arrodillaos! — instó con voz aguda a Annias —. ¡Arrodillaos y rogad para que nuestro dios nos libre del peligro! — Era manifiesto el temor que le inspiraba la idea de que sus soldados no pudieran entrar en el templo.

— Kalten — indicó Falquián a su amigo —, acabad con los sacerdotes y después vigilad que esos soldados no se abran paso y nos ataquen por la espalda.

— No es necesario, Falquián — observó Sephrenia.

— Lo sé, pero es mejor no arriesgarse. — Respiró hondo —. Allá vamos. — Se quitó los guanteletes, guardó la espada bajo el brazo y desató la bolsa de malla del cinto. Tras deshacer el nudo del alambre que la cerraba, extrajo el Bhelliom y lo agitó en la mano. La joya parecía muy caliente, y entre sus pétalos hervía una ondulante luz semejante a los relámpagos que provoca el calor en una noche de verano —. ¡Rosa Azul! — invocó Falquián con insistencia —. ¡Debéis hacer lo que os ordene!

Otha, medio de hinojos y medio en cuclillas, balbuceaba una plegaria a su dios que el miedo volvía ininteligible. Annias, Lycheas y Arissa, también arrodillados, tenían los ojos fijos en el repelente rostro del ídolo que se erguía sobre ellos, con patentes expresiones de horror que parecían aumentar de intensidad a medida que se profundizaba su percepción de la realidad de la deidad que

habían elegido libremente adorar.

— ¡Venid, Azash! — imploraba Otha —. ¡Despertad! ¡Escuchad la plegaria de vuestros siervos!

Los hundidos ojos del ídolo, que hasta entonces habían permanecido cerrados, se abrieron lentamente, despidiendo un ardiente resplandor verde. Falquián sintió las funestas oleadas de malevolencia que emanaban de ellos y quedó inmóvil, casi aturrido por la titánica presencia de un dios.

¡El ídolo se movía! Su cuerpo fue plegándose en ondas y los brazos se alargaron con la sinuosidad de un tentáculo... en dirección a la rutilante piedra que Falquián tenía en la mano, impulsados por el ansia de poseer el único objeto en el mundo que ofrecía el restablecimiento y la libertad.

— ¡No! — La voz de Falquián sonó discordante como un chirrido. Puso en alto la espada sobre el Bhelliom —. ¡Lo destruiré! — amenazó —. ¡Y a vos junto con él!

El ídolo pareció arredrarse, y sus ojos expresaron perplejidad y estupor.

— ¿Por qué habéis traído ante mí a este ignorante salvaje, Sephrenia?

— La cavernosa voz resonó en el templo y también en la cabeza de Falquián.

El caballero sabía que la mente de Azash era capaz de destruirlo en un abrir y cerrar de ojos, pero, inexplicablemente, Azash temía descargar su poder sobre el impetuoso hombre que permanecía de pie amenazando la Rosa de Zafiro con una espada desenvainada.

— Me limito a obedecer los dictados de mi destino — respondió con toda calma Sephrenia —. Yo nací para traer a Falquián a este lugar para que se enfrentara a vos.

— ¿Pero qué hay de la suerte de Falquián? ¿Sabéis qué está destinado a cumplir él? — Había una nota de desesperación en la voz de Azash.

— No existe hombre ni dios que lo sepa, Azash — le recordó —. Falquián es Anakha, y todos los dioses sabían y temían que un día Anakha llegaría y recorrería el mundo con una finalidad que nadie puede prever. Yo soy la sierva de mi destino, sea cual sea éste, y lo he traído aquí para que pueda cumplir ese fin.

El ídolo se puso rígido, y entonces lanzó, restallante, un irresistible mandato, abrumador e insistente, y no lo dirigió a Falquián.

Sephrenia emitió una exclamación y pareció marchitarse como una flor ante las primeras gélidas ráfagas del invierno. Falquián percibía cómo su determinación se venía abajo, tambaleándose ante la fuerza mental de Azash, que iba despojándola de todas sus defensas.

Tensó el brazo y alzó más la espada. Si Sephrenia cedía, estarían perdidos, y no sabía si tendría tiempo de asestar el último golpe fatal después de su desmoronamiento. Se concentró en la imagen del rostro de Ehlana y apretó aún más vigorosamente la empuñadura.

El sonido era inaudible para los demás. Lo sabía: sólo él lo percibía. Era el insistente e imperioso son de una flauta pastoril, cuyas notas impregnaba una manifiesta irritación.

— ¡Aphrael! — dijo con repentino alivio.

Ante su cara apareció una pequeña centella de luz.

— ¡Bueno, por fin! — espetó la enojada voz de Flauta —. ¿Por qué habéis tardado tanto, Falquián? ¿No sabéis que tenéis que llamarme?

— No, no lo sabía. Ayudad a Sephrenia.

No se produjo ningún roce, ningún movimiento, ningún ruido, pero Sephrenia se enderezó, acariciándose la frente, y los ojos del ídolo se clavaron, ardientes, en aquella chispa, que brillaba cual luciérnaga.

— Hija mía — la interpeló la voz de Azash —. ¿Vas a compartir tu suerte con estos mortales?

— No soy hija vuestra, Azash — replicó vivamente Flauta —. Yo misma forjé mi existencia, al igual que mis hermanos y hermanas, cuando vos y vuestros parientes desgarrasteis el tejido de la realidad con vuestra infantil contienda. Únicamente soy vuestra hija a través de vuestra culpa. Si vos y los vuestros hubierais cejado en vuestra imprudente actitud que todo lo habría destruido, no habría habido necesidad de que naciéramos nosotros.

— ¡El Bhelliom será mío! — bramó la cavernosa voz con la violencia del trueno y de los terremotos, agitando los propios cimientos de la tierra.

— ¡Ello no ocurrirá! — lo contradijo sin miramientos Flauta —. Fue para denegaros a vos y a vuestros parientes la posesión del Bhelliom que yo y los míos cobramos existencia. El Bhelliom no pertenece a este lugar y no debe ser esclavizado por vos, ni por mí, ni por los dioses troll ni por ninguna otra deidad de este mundo.

— ¡Será mío! — gritó con voz aguda Azash.

— No. Anakha lo destruirá antes, y con su destrucción pereceréis vos.

— ¡Cómo osáis! — musitó, conmovido —. ¿Cómo os atrevéis siquiera a expresar en palabras tal horror? En la muerte de uno de nosotros yace la semilla de la muerte de todos.

— Que así sea pues — replicó con indiferencia Aphrael. Su cristalina vocecilla adquirió un tono de crueldad —. Dirigid vuestra furia a mí, Azash, y no a mis hijos, pues fui yo quien utilizó el poder de los anillos para castraros y recluiros para la eternidad en ese ídolo de barro.

— ¿Fuisteis vos? — La terrible voz denunciaba su perplejidad.

— Fui yo. La castración debilita de tal modo vuestro poder que no podéis escapar al confinamiento. No poseeréis el Bhelliom, impotente deidad, y seguiréis preso por toda la eternidad, despojado de virilidad y libertad hasta que la más lejana de las estrellas se haya reducido a cenizas. — Hizo una pausa y, cuando volvió a tomar la palabra, lo hizo de la misma forma hiriente con que alguien hurgaría con un cuchillo, retorciéndolo, en las entrañas de otra persona —. Fue vuestra absurda y transparente propuesta de que todos los dioses de Estiria nos uniéramos para arrebatar el Bhelliom a los dioses troll... «por el bien de todos»... lo que me proporcionó ocasión para mutilaros y recluiros, Azash. Vos sois el único culpable de lo que os ha ocurrido. Y ahora Anakha ha traído el Bhelliom y los anillos, e incluso a los dioses troll encerrados en la joya, para enfrentarse a vos. Os insto a someteros al poder de la Rosa de Zafiro... o, de lo contrario, vais a perecer.

Sonó un aullido de frustración inhumana, pero el ídolo no se movió.

Otha, arrebatao de pánico, comenzó a murmurar un desesperado encantamiento. Entonces lo liberó, y las espantosas estatuas de mármol blanco que circundaban el interior del vasto templo empezaron a agitarse y adoptaron una tonalidad verde, luego azulada y finalmente roja, al tiempo que llenaban el recinto con el parloteo de sus voces inhumanas. Sephrenia pronunció dos palabras en estirio, con voz calmada. Gesticuló y las figuras recobraron la inmovilidad, convertidas de nuevo en pálido mármol.

Otha exhaló un aullido y enseguida se puso a hablar de nuevo, tan frustrado y encolerizado que ni siquiera lo hizo en estirio, sino en su lengua nativa, el elenio.

— Escuchadme, Falquián. — La musical voz de Flauta sonaba muy quedamente.

— Pero Otha...

— Sólo está balbuceando. Mi hermana se ocupará de él. Prestad atención. Muy pronto llegará el momento en que hayáis de actuar. Yo os indicaré cuándo. Subid esos escalones hasta el ídolo y mantened la espada suspendida sobre el Bhelliom. Si Azash, Otha o cualquier otra cosa tratan de impedir os llegar hasta la efigie, aplastad el Bhelliom. Si todo sale bien y llegáis hasta ella, tocad con el Bhelliom esa zona que parece quemada.

— ¿Destruiré así a Azash?

— Por supuesto que no. El icono que está sentado allí sólo es un recubrimiento. El verdadero ídolo está debajo de ese tan grande. El Bhelliom destruirá dicha envoltura y entonces veréis al propio Azash. La auténtica efigie es bastante pequeña y está moldeada en barro cocido. En cuanto quede al descubierto, tirad la espada al suelo y sostened el Bhelliom con las dos manos. Después pronunciad exactamente estas mismas palabras: «Rosa Azul, soy Falquián de Elenia. Por el poder de estos anillos os ordeno que devolváis esta imagen a la tierra de donde proviene». A continuación poned el Bhelliom en contacto con el ídolo.

— ¿Qué ocurrirá entonces?

— No estoy segura.

— ¡Aphrael! — protestó, perplejo, Falquián.

— Pesan más interrogantes sobre el destino del Bhelliom que sobre el vuestro, y yo no puedo predecir ni con el margen de un minuto lo que vais a hacer vos.

— ¿Quedará destruido Azash?

— Oh, sí... y es muy posible que el resto del mundo también. El Bhelliom quiere librarse de este mundo, y éste podría ser el cambio que está esperando.

Falquián tragó saliva.

— Es un juego de azar — reconoció la diosa sin darle mayor importancia —, pero nunca sabemos de qué lado van a caer los dados hasta que los arrojamos, ¿no es cierto?

El templo quedó repentinamente a oscuras a causa del combate que libraban Sephrenia y Otha, y por un breve instante pareció que las tinieblas podían ser eternas, de tan intensas que eran.

Entonces la luz regresó gradualmente. Las hogueras de los enormes braseros de hierro cobraron vigor y las llamas fueron alcanzando mayor altura.

Con el retorno de la luz, Falquián descubrió que estaba mirando a Annias. El demacrado rostro del primado de Cimmura tenía una palidez cadavérica y en sus ojos no se atisbaba el más leve rastro de pensamiento. Cegado por su obsesiva ambición, Annias jamás había contemplado plenamente el horror al que había rendido el alma en su persecución del trono del archiprelado. Ahora era evidente que lo percibía, cuando, manifiestamente también, ya era demasiado tarde. Miró a Falquián, rogándole algo, cualquier cosa, que pudiera rescatarlo del abismo que se había abierto ante sus pies.

Lycheas gimoteaba y farfullaba aterrorizado, y Arissa lo abrazaba, aferrándose de hecho a él, con semblante que no traslucía menos terror que el de Annias.

El forcejeo entre Otha y Sephrenia proseguía, llenando el templo de ruido y de luz, de estrepitosos sonidos y de humo.

— Ha llegado el momento. — La voz de Flauta transmitía un perfecto sosiego.

Falquián se armó de valor y avanzó, manteniendo amenazadoramente la espada sobre la Rosa de Zafiro, que parecía casi encogerse bajo su pesada hoja de acero.

— Falquián — la vocecilla expresaba cierta tristeza —, os amo.

El próximo sonido que oyó no fue, no obstante, un mensaje de amor, sino un gruñido en la lengua de los trolls. Lo emitía más de una voz y procedía del propio Bhelliom. Falquián vaciló, azotado por el odio de los dioses troll. El dolor era insoportable. Se consumía de calor y de frío al mismo tiempo y sus huesos se levantaban palpitantes en su carne.

— ¡Rosa Azul! — invocó jadeante y con voz quebrada, casi a punto de caer —. Ordenad a los dioses troll que se callen. La Rosa Azul va a hacerlo... ¡ahora mismo!

El insufrible dolor continuó y los aullidos en idioma troll se intensificaron.

— ¡Entonces, morid, Rosa Azul! — Falquián alzó la espada.

Los gruñidos cesaron súbitamente y el dolor también.

Falquián atravesó el primer peldaño de ónice y subió al siguiente.

— No lo hagáis, Falquián. — La voz sonaba en su cerebro —. Aphrael es una niña malévola. Os conduce a la propia perdición.

— Me preguntaba cuánto tiempo tardaríais, Azash — dijo Falquián con voz temblorosa mientras subía el siguiente escalón —. ¿Por qué no me habéis hablado antes?

La voz que había percibido con la mente guardó silencio.

— ¿Teníais miedo, Azash? — preguntó —. ¿Temíais que algo de lo que dijerais cambiara ese destino que no podéis prever? — Ascendió a la tercera grada.

— No lo hagáis, Falquián. — La voz era implorante ahora —. Yo puedo daros el mundo.

— No, gracias.

— Puedo concederos la inmortalidad.

— No me interesa. Los hombres están habituados a la idea de tener que morir. Son sólo los dioses quienes encuentran aterradora tal perspectiva. — Cruzó el tercer peldaño.

— Destruiré a vuestros camaradas si persistís.

— Todos los hombres perecen en una hora u otra — replicó Falquián, tratando de aparentar indiferencia.

Subió al cuarto escalón, y sintió como si de repente tratara de caminar a través de una roca maciza. Azash no se atrevía a atacarlo directamente, puesto que ello podría desencadenar el golpe fatal que los destruiría a todos. Entonces Falquián percibió la ventaja absoluta que jugaba a su favor. No sólo los dioses eran incapaces de predecir su destino, sino que además no podían leerle el pensamiento. Azash no tenía medios de saber cuándo tomaría la decisión de descargar la espada, ni de detectarlo, y, por lo tanto, no podría hacer nada para detenerlo. Resolvió valerse de esa superioridad. Todavía inmovilizado por el invisible obstáculo suspiró.

— Oh, bueno, si eso es lo que queréis... — Volvió a levantar la espada.

— ¡No! — El grito no sólo procedía de Azash, sino también de los gruñidores dioses troll.

Falquián atravesó la cuarta grada. Sudaba copiosamente. Podía ocultar sus pensamientos a los dioses, pero no a sí mismo.

— Ahora, Rosa Azul — dijo quedamente al Bhelliom cuando ascendía al quinto escalón —, voy a hacer esto. Vos, Khwaj y Ghnomb y los demás vais a ayudarme, o de lo contrario pereceréis. Un dios debe morir aquí: uno o varios. Si colaboráis conmigo, sólo fallecerá uno. Si no lo hacéis, serán varios.

— ¡Falquián! — exclamó Aphrael con estupor.

— No os entrometáis.

— ¿Puedo ayudaros? — susurró con su vocecilla de niña tras un momento de vacilación.

— De acuerdo, pero éste no es momento para juegos... y no me sobresaltéis. Tengo el brazo encogido como un resorte.

La chispa de luz comenzó a expandirse, difuminando su concentrado fulgor, y Aphrael surgió de ella con la flauta pastoril en los labios. Tenía, como siempre, los pies manchados de hierba y su rostro presentaba una expresión sombría.

— Adelante, aplastadlo, Falquián — dijo tras apartarse el instrumento de la boca —. No os escucharán. — Suspiró —. De todas formas estoy cansándome de la vida eterna. Machacad la piedra y acabemos de una vez.

El Bhelliom se oscureció por completo, y Falquián notó cómo se estremecía violentamente. Después recobró su brillo azulado, manso y sumiso.

— Ahora colaborarán, Falquián — dedujo Aphrael.

— Les habéis mentido — la acusó el caballero.

— No, os he mentado a vos. No hablaba con ellos.

No pudo evitar ponerse a reír.

Cruzó el quinto escalón. El ídolo, mucho más cercano ahora, se erguía imponente sobre él. Vio a Otha, sudoroso y fatigado, luchando contra Sephrenia en un combate que, sólo por sus signos exteriores, Falquián percibió como mucho más titánico que el que había librado él con Martel. El puro terror instalado en el semblante de Annias era ahora mucho más evidente, y el ánimo de Arissa y su hijo desfallecía a ojos vista.

Falquián sentía la formidable presencia de los dioses troll, una presencia tan poderosamente real que casi veía sus gigantescas y repelentes formas proyectadas con ademán protector a su espalda. Subió a la sexta grada. Aún quedaban tres. Se preguntó vagamente si el número nueve tendría algún significado especial en las depravadas mentes de los fieles de Azash. Llegado a ese punto, el dios de los zemoquianos desencadenó todo un ataque en regla. Viendo que la muerte ascendía inexorablemente hacia él, puso en juego todo su poder para resguardarse del mensajero de negra armadura que le llevaba el trance en forma de resplandor azul.

A los pies de Falquián brotaron llamaradas, pero, antes de que notara siquiera su calor, quedaron apagadas por el hielo. Una monstruosa forma se abatió contra él, surgida de la nada, pero un fuego incluso más intenso que el que había sofocado el hielo la consumió. Sin duda contra su voluntad, pero sin otro remedio que obedecer al implacable ultimátum de Falquián, los dioses troll lo

ayudaban ahora, neutralizando las defensas de Azash para franquearle el paso.

Azash se puso a chillar cuando Falquián llegó al séptimo peldaño. Ahora era factible llegar a él en precipitado impulso, pero Falquián decidió no hacerlo. No quería estar jadeante y tembloroso cuando llegara el momento culminante. Continuó con paso firme e inexorable, atravesando la séptima grada, al tiempo que Azash lo hostigaba con horrores inimaginables que, no obstante, contrarrestaban los dioses troll o el propio Bhelliom. Respiró hondo y ascendió al octavo escalón.

Entonces se vio rodeado de oro: monedas, lingotes y bloques informes del tamaño de la cabeza de un hombre. Del aire manó un torrente de brillantes joyas, azules, verdes y rojas, una cascada de incalculable valor que se vertía sobre el oro con todo el colorido del arco iris. De pronto las riquezas comenzaron a disminuir y fueron disipándose acompañadas de un grosero ruido de masticación.

— Gracias, Ghnomb — murmuró Falquián al dios troll de la comida.

Una hurí de abrumadora belleza lo llamó seductoramente. Pero fue al instante violada por un lujurioso troll. Como desconocía el nombre del dios del apareamiento, Falquián no supo a quién dar las gracias. Llegó por fin a la novena y última terraza.

— ¡No podéis hacer eso! — chilló Azash.

Sin responder, Falquián avanzó ferozmente hacia la efigie con el Bhelliom aún en la mano y la amenazadora espada en la otra. A su alrededor restallaban relámpagos, pero todos los absorbía la creciente aureola azulada con que el Bhelliom lo protegía.

Otha había abandonado su infructuoso combate con Sephrenia y se había arrastrado, sollozando de terror, hasta la parte derecha del altar, sobre la misma estrecha losa de ónice negro donde se había dejado caer Annias. Arissa y Lycheas se apretaban uno contra otro, gimoteando.

— Deseadme suerte — susurró Falquián a la diosa niña al llegar al angosto altar.

— Desde luego, padre — repuso ésta.

El ídolo se encogió ante el intensificado resplandor del Bhelliom, con ojos desorbitados por el pavor. Falquián advirtió que un inmortal que ha de afrontar la impensable posibilidad de su propia muerte da muestras de una peculiar indefensión. Tal idea borraba cualquier otro pensamiento, y Azash sólo podía reaccionar en los niveles más elementales y pueriles. Volvió a atacar, arrojando ciegamente fuego contra el pandion de negra armadura que amenazaba su propia existencia. La sacudida producida por el choque entre la incandescente llama verde y la no menos brillante llama azul del Bhelliom fue terrible. El azul flaqueó y luego se consolidó. El verde retrocedió y después volvió a abalanzarse sobre Falquián.

Y el Bhelliom y Azash se enzarzaron en un pulso en el que aplicaban una irresistible fuerza para preservar su propio ser. Ninguno de ellos podía ceder. Falquián tuvo la desagradable impresión de que muy bien podría continuar allí de pie durante toda la eternidad con la joya medio extendida mientras Azash y el Bhelliom prolongaban su combate.

Llegó tras él, girando y dando tumbos en el aire con un sonido semejante a un aleteo. Pasó sobre su cabeza e hizo impacto en el pétreo pecho de la imagen, provocando una gran profusión de chispas. Era el hacha de filo con ganchos de Bevier. Tal vez irreflexivamente, Berit había arrojado el arma al ídolo en un alocado gesto de desafío.

Pero dio resultado.

El ídolo retrocedió involuntariamente ante algo que no podía causarle daño, y su fuerza y su fuego se disiparon momentáneamente. Falquián se precipitó hacia adelante apretando el Bhelliom con la mano izquierda y lo clavó como si fuera la punta de una lanza en la cicatriz situada bajo el vientre del icono. La mano le quedó entumecida por la violenta sacudida causada por el contacto.

El sonido fue ensordecedor. Falquián estaba seguro de que con él había retemblado la totalidad del mundo.

Agachó la cabeza y tensó los músculos, empujando con vigor creciente el Bhelliom contra la reluciente marca de la castración de Azash. El dios gritaba de dolor.

— ¡Me habéis fallado! — aulló y, retorciéndose como tentáculos, de ambos lados del ídolo surgieron unos brazos que se abalanzaron para agarrar a Otha... y a Annias.

— ¡Oh, Dios mío! — imploró el primado de Cimmura, no a Azash, sino al Dios de su infancia —. ¡Salvadme! ¡Protegedme! ¡Perdonad...! —Elevó el tono de la voz, convertida en un articulado chillido, y el tentáculo se cerró sobre él.

No hubo ninguna clase de refinamiento en el castigo infligido sobre el emperador de Zemoch y el primado de Cimmura. Enloquecido por el dolor, el miedo y el ansia de aplicar represalias a quienes consideraba responsables, Azash se comportó como un niño enfurecido. Otros brazos acudieron restallantes a rodear a las empavorecidas víctimas y luego, con cruel lentitud, comenzaron a girar en sentidos opuestos, realizando el mismo movimiento que utiliza una lavandera para escurrir la ropa. Los dedos del dios, semejantes a anguilas, iban salpicándose de sangre y de más espantosos humores a medida que con la presión de un torniquete robaba la vida de los retorcidos cuerpos de Otha y Annias.

Repugnado, Falquián cerró los ojos... pero no pudo hacer lo mismo con los oídos. Los chillidos se agudizaron, adoptando una estrangulada nota hiriente.

Después callaron y entonces se oyeron dos golpes, producto del choque de los despojos de los siervos que Azash había dejado caer en el suelo.

Arisa vomitaba violentamente sobre los irreconocibles restos del que había sido su amante y padre de su único hijo cuando el vasto ídolo se estremeció y resquebrajó, produciendo con su desintegración una lluvia de cascotes de piedra esculpida. Los sinuosos brazos quedaron petrificados al desprenderse y cayeron al suelo, donde quedaron reducidos a añicos. El grotesco rostro se fragmentó. Una gran piedra golpeó el hombro acorazado de Falquián y su impacto casi le hizo soltar el Bhelliom. Con un gran crujido, la efigie se quebró por la cintura, y el colosal torso se volcó hacia atrás y se despedazó sobre el negro ónice. Sólo quedaba un raigón, una especie de inestable pedestal de piedra sobre el que descansaba el tosco ídolo de barro que Otha había encontrado casi dos mil años antes.

— ¡No podréis! — La voz era el chillido de un animalillo, de un conejo, tal vez, o quizá de una rata —. ¡Yo soy un dios! ¡Vos no sois nada! ¡Sois un insecto! ¡Sois como polvo!

— Es posible — concedió Falquián, sintiendo piedad por la patética figurilla de barro. Se desprendió de la espada y tomó firmemente el Bhelliom con ambas manos —. ¡Rosa Azul! — llamó con vehemencia —. ¡Soy Falquián de Elenia! ¡Por el poder de estos anillos ordeno a la Rosa Azul que devuelva esta imagen a la tierra de donde proviene! — Adelantó las dos manos y, con ellas, la Rosa de Zafiro —. Ansiabais poseer el Bhelliom, Azash — dijo —. Tenedlo pues. Tomadlo junto con lo que os trae. — Entonces el Bhelliom tocó al deforme ídolo —. ¡La Rosa Azul obedecerá! ¡Ahora! — Se tensó al ordenarlo, esperando ser destruido al instante.

El templo entero se estremeció, y Falquián sintió de improviso la agobiante sensación de que algo lo oprimía, como si el propio aire pesara varias toneladas. Las llamas de las enormes hogueras languidecieron, reduciéndose a un espasmódico centelleo, como si también ellas padecieran una invisible presión.

Y entonces la vasta cúpula del templo hizo explosión, lanzando hacia el cielo los bloques hexagonales de basalto, que caerían a varios kilómetros de distancia. Con un sonido que superaba el mero fragor, las hogueras se elevaron con furia hasta convertirse en enormes pilares de llamas de intenso fulgor, que rebasaron el agujero de la bóveda para iluminar los cargados vientres de las nubes que había engendrado la tormenta. Las incandescentes columnas se remontaron sin cesar, abrasando y consumiendo, ceñidas de relámpagos, la nubosa masa, y luego aún prosiguieron su ascenso hasta la oscuridad del firmamento, alargando sus lenguas de fuego hacia las estrellas.

Implacable e inflexible, Falquián mantuvo la Rosa de Zafiro pegada al cuerpo de Azash, sintiendo en la muñeca el hormigueo producido por los diminutos tentáculos del dios que se aferraba a ella como agarraría un guerrero mortalmente herido el brazo de un enemigo que lentamente hiciera girar la hoja de su espada en sus entrañas. La voz de Azash, dios mayor de Estiria, era un insustancial e insignificante chillido, como el que habría exhalado una diminuta criatura al expirar. Entonces se produjo una modificación en el pequeño ídolo. Fue perdiendo

consistencia y la tierra que lo formaba se deslizó, disgregada, hasta que no fue más que un informe montón.

Las grandes columnas de fuego desaparecieron y el aire que afluyó desde el exterior al templo en ruinas volvió a traer a él la gelidez del invierno.

Falquián no experimentó ninguna sensación de triunfo al erguir el cuerpo. Miró la Rosa Azul que relucía en su mano y captó su terror, y también oyó vagamente los quejidos de los dioses troll apresados en su corazón.

Flauta había descendido las gradas dando traspiés y sollozaba en brazos de Sephrenia.

— Ya ha pasado, Rosa Azul — dijo fatigadamente Falquián al Bhelliom —. Descansad ahora. — Deslizó la joya en la bolsa y retorció con aire ausente el alambre que la cerraba.

La princesa Arissa y su hijo emprendieron una frenética carrera, descendiendo los escalones de ónice hacia el reluciente piso inferior. Tanto era su terror que ninguno de los dos parecía percatarse siquiera de la presencia del otro. Lycheas era más joven que su madre y corría con mayor velocidad. La dejó atrás, saltando, cayendo y poniéndose alternativamente en pie.

Ulath lo aguardaba abajo con semblante pétreo... y con el hacha. Lycheas emitió un solo alarido y después su cabeza salió propulsada en una trayectoria curva y aterrizó sobre el suelo de ónice, produciendo el mismo repugnante ruido que provocaría un melón al aplastarse.

— ¡Lycheas! — gritó, horrorizada, Arissa cuando el cuerpo decapitado de su hijo cayó limpiamente a los pies de Ulath.

Se quedó paralizada, mirando al fornido thalesiano de rubias trenzas que había comenzado a ascender los escalones de ónice en dirección a ella, con la ensangrentada hacha levantada. Ulath no era persona que dejara las cosas a medio acabar.

Arissa rebuscó con mano temblorosa bajo el fajín que le rodeaba la cintura, sacó un pequeño frasco de vidrio y forcejeó para quitar el tapón.

Ulath no aminoró el paso.

Con el frasco ya abierto, Arissa alzó la cabeza e ingirió su contenido. Su cuerpo se puso rígido al instante, y ella exhaló un ronco grito. Después cayó, crispada, con el rostro ennegrecido y la lengua colgándole de la boca.

— ¡Ulath! — llamó Sephrenia al thalesiano, que aún seguía avanzando —. No es necesario. — ¿Veneno? — le preguntó éste.

La mujer asintió.

— Detesto el veneno — declaró, limpiando la sangre del filo del hacha con el pulgar y el índice. Hecho esto, lo tentó con mano de experto —. Voy a tardar una semana en pulir todas estas mellas — pronosticó con tristeza, volviéndose y comenzando a bajar, dejando a la princesa Arissa tumbada en el escalón de arriba.

Falquián recuperó la espada y descendió. Se encontraba sumamente cansado. Recogió cansinamente los guanteletes y atravesó el suelo plagado de cadáveres en dirección a Berit, que lo observaba con respetuosa admiración.

— Habéis lanzado con buen tino el arma — felicitó al joven, poniéndole la mano sobre el hombro —. Gracias, hermano.

La sonrisa de Berit fue radiante como la salida del sol.

— Oh, por cierto — agregó Falquián —, será mejor que vayáis a buscar el hacha de Bevier. Le tiene mucho cariño.

— Ahora mismo, Falquián.

Falquián miró el templo lleno de cadáveres y luego elevó la vista y, a través de la destrozada cúpula, contempló las estrellas que titilaban en el frío cielo invernal.

— Kurik — preguntó sin pensarlo —, ¿qué hora calculáis que es? — Entonces lo invadió una insoportable oleada de dolor. Fortaleció el ánimo —. ¿Estáis todos bien? — inquirió, mirando en derredor. Después exhaló un gruñido, inseguro de la firmeza de su voz, y respiró profundamente —. Salgamos de aquí — propuso con voz ronca.

Ascendieron los anchos peldaños hasta la parte de arriba y vieron que, durante la agitación del encuentro sostenido en el altar, todas las estatuas que rodeaban la pared habían quedado reducidas a añicos. Kalten se adelantó y examinó las escaleras de mármol.

— Parece que los soldados han huido.

— Sephrenia... — La voz apenas difería de un graznido.

— Todavía está viva — observó Ulath con tono levemente acusador.

— De vez en cuando ocurre esto — replicó Sephrenia —. A veces el veneno es más lento.

— Sephrenia, ayudadme. Ayudadme, por favor.

— No, princesa — rehusó Sephrenia, con tono más frío que la propia muerte —. No pienso hacerlo.

Después se giró de nuevo y ascendió la escalera junto a Falquián, seguida de los demás.

Capítulo treinta y uno

El viento había modificado su curso durante la noche, y ahora soplaba ininterrumpidamente por el oeste, trayendo nieve consigo. La violenta tormenta que había engullido la ciudad la noche anterior había arrancado el tejado de muchas casas y despanzurrado otras. Las calles estaban atestadas de escombros y cubiertas con una fina capa de aguanieve. Falquián y sus amigos cabalgaron despacio, liberados ya de apremio. El carro que Kalten había encontrado en un callejón traqueteaba tras ellos conducido por Talen, con Bevier en la carreta y el cadáver tapado de Kurik. Sephrenia les había asegurado, al ponerse en camino, que el cuerpo del escudero permanecería inmune a la corrupción que es el destino final de todos los hombres.

— Como mínimo le debo esa atención a Aslade — había murmurado, acomodando la mejilla en los relucientes cabellos negros de Flauta.

Falquián descubrió con cierta sorpresa que, a pesar de todo, seguía llamando mentalmente Flauta a la diosa niña. Aferrada a Sephrenia con la cara surcada de lágrimas y expresión de horror y desesperación en los ojos, ésta no presentaba, ciertamente, en esos momentos el aspecto de una diosa.

Los soldados zemoquianos y los pocos sacerdotes de Azash que seguían vivos habían huido de la desierta ciudad, y en las húmedas calles resonaba, melancólico, el eco de su paso. La capital del imperio de Otha estaba sufriendo un singular proceso de transformación. Mientras que la casi total destrucción del templo de Azash e incluso los desperfectos acaecidos en el palacio contiguo — apenas menos graves — eran comprensibles, lo que sucedía en el resto de la ciudad era del todo inexplicable. No hacía tanto tiempo que los habitantes habían abandonado la ciudad, pero sus casas se venían abajo; no todas de una vez como podía preverse, dada la explosiva naturaleza de lo ocurrido en el templo, sino de una en una o por grupos de dos o tres. Era como si el proceso de decadencia que afecta a cualquier ciudad abandonada se desarrollara en espacio de una hora en lugar de siglos. Las casas se pandeaban, crujían lúgubrementemente y después se hundían. Las murallas se desmoronaban, y hasta los adoquines del empedrado saltaban hacia arriba y luego se asentaban de nuevo en el suelo, rotos y diseminados.

Su desesperado plan había culminado con éxito, pero el precio superaba lo que cualquiera de ellos habría estado dispuesto a pagar. No había sensación de triunfo en su logro, ni asomo de la exaltación que suelen experimentar los guerreros tras una victoria. Ello no se debía, no obstante, a la penosa carga que transportaba la carreta, sino a algo de más profunda raigambre.

— Todavía no lo entiendo — confesó Bevier, pálido por la pérdida de sangre y con expresión intensamente turbada.

— Falquián es Anakha — le explicó Sephrenia —. Es una palabra estiria que significa «sin destino». Todos los hombres están supeditados a un destino..., todos los hombres salvo Falquián.

De algún modo él actúa fuera de los márgenes del destino. Sabíamos que vendría, pero ignorábamos cuándo... y también quién sería. Él es distinto de todo hombre que ha vivido en el mundo. El forja su propio destino, y su existencia aterroriza a los dioses.

Dejaron atrás la ciudad de Zemoch y el lento deterioro que se había apoderado de ella bajo el ladeado azote de la nieve, cuya caída desviaba el viento del oeste, y tomaron el camino que conducía a Korakach, situada a unas ochenta leguas al sur. Con todo, tardaron mucho rato en dejar de oír el estruendo de los edificios derribados. Hacia media tarde, se refugiaron para pasar la noche en un pueblo abandonado. Todos estaban muy fatigados, y la idea de cabalgar aunque sólo fuera un kilómetro más les repelía sobremanera. Ulath preparó la cena sin ni siquiera intentar recurrir a su acostumbrada excusa y se acostaron cuando aún no había comenzado a disminuir la luz del día.

Falquián se despertó de repente, sobresaltado al descubrir que estaba a lomos de su caballo. Cabalgaban junto al borde de un acantilado azotado por el viento bajo el cual golpeaba las rocas, chorreando espuma, un embravecido mar. El cielo era amenazador y el viento que venía del mar, glacial. Sephrenia iba a la cabeza, con Flauta acurrucada en sus brazos. Los demás avanzaban detrás de Falquián, arrebujados en las capas con pétreas expresiones de estoica resistencia en los rostros. Todos parecían estar allí: Kalten y Kurik, Tynian y Ulath, Berit y Talen y Bevier. Sus caballos caminaron pesadamente por el sinuoso y erosionado sendero que bordeaba el largo acantilado en dirección a un abrupto promontorio que proyectaba un curvado saliente de piedra sobre las aguas, en cuya punta crecía un nudoso y retorcido árbol inclinado por el embate del viento.

Al llegar junto al árbol, Sephrenia refrenó el caballo y Kurik se acercó a ella para bajar a Flauta. El escudero pasó con expresión inmutable junto a Falquián. Éste sentía que había un error en todo aquello — un terrible error — pero no podía precisar de qué se trataba.

— Atención — les dijo la niña —. Estamos aquí para poner punto final a esto, y no tenemos mucho tiempo.

— ¿A qué os referís exactamente con «poner punto final a esto»? — le preguntó Bevier.

— Mi familia ha convenido en que debemos situar el Bhelliom fuera del alcance de los hombres y los dioses. Nadie debe ser capaz de encontrarlo ni utilizarlo de nuevo. Los demás me han concedido una hora... y todo su poder... para llevar a cabo este cometido. Puede que advirtáis cosas que son imposibles, hasta es posible que las hayáis percibido ya. No os preocupéis por ello y no me importunéis con preguntas. Disponemos de poco tiempo. Éramos diez cuando emprendimos la empresa, y ahora también somos diez. Así ha de ser.

— ¿Vamos a arrojarlo al mar entonces? — inquirió Kalten.

La pequeña asintió.

— ¿No lo han intentado antes otros? — observó Ulath —. El conde de Heid tiró la corona del rey Sarak al lago Venne, según recuerdo, y el Bhelliom volvió a salir a la luz.

— El mar es mucho más hondo que el lago Venne — contestó —. Las aguas son aquí muchísimo más profundas que en cualquier otro lugar del mundo, y nadie sabe dónde se encuentran estos parajes.

— Nosotros sí — se mostró en desacuerdo Ulath.

— ¿Ah, sí? ¿Dónde estamos? ¿En qué trecho de costa de qué continente? — Señaló hacia los densos nubarrones que ocultaban el firmamento —. ¿Y dónde está el sol? ¿De qué lado cae el este y dónde el oeste? Lo único que sabéis de cierto es que os halláis a orillas del mar en algún lugar. Podéis contárselo a quien queráis, y entonces todo hombre venidero podrá ponerse a dragar el mar en cualquier momento, y jamás nadie encontrará el Bhelliom, porque nunca se sabrá exactamente dónde buscarlo.

— ¿Entonces queréis que lo lance al mar? — preguntó Falquián mientras desmontaba.

— Todavía no, Falquián — repuso la diosa —. Antes debemos hacer algo. ¿Podéis traer ese saco que os pedí que guardarais, Kurik?

Kurik asintió, se encaminó a su caballo y abrió una de las alforjas. Falquián sintió de nuevo que algo no funcionaba como debiera.

Kurik regresó con un pequeño saco de lona, del cual extrajo una caja de acero con una tapa sujeta con bisagras y un sólido pestillo. Lo tendió a la niña y ésta sacudió la cabeza, apartando las manos.

— No deseo tocarla — dijo —. Sólo quiero mirarla para comprobar que es adecuada. — Se inclinó y examinó atentamente el cofrecillo.

Cuando Kurik levantó la tapa, Falquián vio que el interior estaba revestido de oro —. Mis hermanos hicieron un buen trabajo — aprobó —. Es perfecta.

— El acero se oxidará con el tiempo — objetó Tynian.

— No, querido — le respondió Sephrenia —. Esta caja concreta no se oxidará nunca.

— ¿Y qué hay de los dioses troll, Sephrenia? — preguntó Bevier —. Nos han demostrado que son capaces de influir en las mentes de los hombres. ¿No podrán llamar a alguien y dirigirlo al lugar donde esté oculta la caja? No creo que los complazca la perspectiva de pasar el resto de la eternidad en el fondo del mar.

— Los dioses troll no pueden establecer contacto con los hombres sin la ayuda del Bhelliom — explicó la estiria —, y el Bhelliom carece de poder mientras está encerrado en un recipiente de acero. Permaneció indefenso en aquel yacimiento de hierro de Thalesia desde el inicio de este mundo hasta el día en que Ghwerig lo extrajo de allí. Es posible que esto no sea infalible, pero creo que es lo mejor que podemos hacer.

— Depositad el cofre en el suelo, Kurik — indicó Flauta —, y abridlo. Falquián, sacad el Bhelliom de la bolsa y ordenadle que duerma.

— ¿Para siempre?

— Dudo que ello fuera factible. Este mundo no perdurará tanto, y, una vez que desaparezca, el Bhelliom se hallará en libertad de proseguir su viaje.

Falquián se desató la bolsa del cinto y desenroscó el alambre que la mantenía cerrada. Después la puso boca abajo y la Rosa de Zafiro cayó en su mano. Sintió cómo ésta se estremecía con una especie de alivio al ver interrumpida su reclusión.

— Rosa Azul — dijo con voz calmada —, soy Falquián de Elenia. ¿Me reconocéis?

La gema lanzó profundos destellos azulados que no demostraban hostilidad ni tampoco una simpatía especial. Los mudos gruñidos que le pareció percibir en las profundidades de la mente, no obstante, le hicieron saber que los dioses troll no compartían aquella actitud neutral.

— Ha llegado la hora de que durmáis, Rosa Azul — anunció Falquián a la joya —. No padeceréis dolor y, cuando despertéis, seréis libre.

La rosa volvió a estremecerse y disminuyó su cristalino relumbre, casi como si expresara gratitud.

— Dormid ahora, Rosa Azul — dijo suavemente, sosteniendo con ambas manos aquel objeto de valor incalculable.

Después lo puso en la caja y cerró con firmeza la tapa. Sin decir nada, Kurik le entregó un pequeño candado, hábilmente labrado. Falquián asintió y lo cerró sobre el pestillo, reparando al hacerlo en que el candado no tenía ojo de cerradura. Miró interrogativamente a la diosa niña.

— Arrojadlo al mar — señaló ésta con tono perentorio.

Falquián se sintió extremadamente reacio a hacerlo. Sabía que, confinado como estaba, el Bhelliom no estaba influyéndolo. La renuencia era suya. Durante un tiempo, durante el corto período de unos meses, había poseído algo incluso más eterno que las estrellas, cualidad de la que de algún modo había sido partícipe sólo con tocarlo. Era aquello lo que confería al Bhelliom su infinito valor. Su belleza, su perfección, no guardaban realmente relación con su pesar, aun cuando ansiara volver a verlo, percibir por última vez su suave brillo azul en las manos. Sabía que, una vez que se hubiera desprendido de él, algo muy importante habría desaparecido de su vida y él pasaría el resto de sus días con una vaga sensación de privación que podría menguar con el curso de los años, pero nunca remitir por completo.

Se armó de valor, reconociendo en todo su peso el dolor de la pérdida para así poder aprender a

soportarla, y luego lanzó el pequeño recipiente de acero tan lejos como pudo sobre el embravecido mar.

La caja trazó una rauda trayectoria sobre el violento oleaje, en el transcurso de la cual comenzó a brillar, sin destellos rojos ni azules ni de cualquier otra tonalidad, sino con una pura incandescencia blanca. Siguió alejándose, a una distancia muy superior a la que cualquier hombre habría sido capaz de arrojarla, y luego, como una estrella fugaz, cayó dibujando un airoso arco en la perpetuamente cambiadiza superficie de las aguas.

— ¿Ya está? — inquirió Kalten —. ¿Esto es cuanto habíamos de hacer?

Flauta asintió con los ojos anegados de lágrimas.

— Ya podéis regresar todos — les comunicó. Se sentó bajo el árbol y extrajo tristemente su caramillo de entre los pliegues de su túnica.

— ¿No vais a venir con nosotros? — le preguntó Talen.

— No — repuso, suspirando, la niña —. Me quedaré un rato aquí. — Entonces se llevó la flauta a la boca e interpretó un triste canto de pesar y quebranto.

Habían recorrido un corto trecho seguidos por la melancólica melodía cuando Falquián se volvió para mirar. El árbol seguía, por supuesto, allí, pero Flauta había desaparecido.

— Ha vuelto a dejarnos — dijo a Sephrenia.

— Sí, querido — suspiró la mujer.

El viento arreció mientras se alejaban del promontorio, llevando consigo una rociada de humedad salina que se les pegaba a los rostros. Falquián trató de escudarse la cara tras la capucha, pero fue en vano. Por más que lo intentaba, las finas gotas seguían azotándole las mejillas y la nariz.

Aún tenía la cara mojada cuando se despertó repentinamente y se incorporó. Se enjugó la salada capa y alargó la mano hacia la túnica.

El Bhelliom ya no estaba allí.

Sabía que debería hablar con Sephrenia, pero antes quería averiguar algo. Se levantó y salió de la casa donde se habían guarecido para pasar la noche y se encaminó al establo, situado dos puertas más abajo, donde habían dejado el carro en el que yacía Kurik. Falquián dobló suavemente la manta que lo tapaba y tocó la fría frente de su amigo.

Kurik tenía la cara mojada, y, cuando Falquián se llevó la punta del dedo a la lengua, notó el sabor salobre del mar. Permaneció sentado largo rato, considerando con vértigo la inmensidad de lo que la diosa niña había descartado tan a la ligera tildándolo de «imposible». El poder combinado de los dioses menores de Estiria era capaz, al parecer, de lograr cualquier cosa. Finalmente decidió no intentar siquiera formular una definición de lo que había sucedido. Sueño o realidad o algo intermedio entre ambos... ¿qué más daba? El Bhelliom se hallaba seguro ahora, y eso era cuanto importaba.

Se dirigieron al sur, pasando por Korakach y Gana Dorit, donde cambiaron el rumbo hacia el oeste en dirección a la frontera lamorquiana. Una vez en las tierras bajas, comenzaron a encontrar soldados zemoquianos que huían a oriente. No había ningún herido ni se percibían otras señales de que hubieran participado en batalla alguna.

Cabalgaban sin experimentar nada cercano a la euforia de la victoria. La nieve se convirtió en lluvia al dejar atrás las montañas y el lúgubre gotear del cielo pareció acompasarse a su estado de ánimo. Nadie contó relatos ni se vanaglorió de hazañas de camino al oeste. Todos estaban muy cansados y lo único que deseaban era regresar al hogar.

El rey Wargun se encontraba en Kadum con un gran ejército. Estaba firmemente instalado allí, sin avanzar, aguardando a que el tiempo escampara y se secara el terreno. Falquián y los demás fueron conducidos a sus cuarteles generales, los cuales se hallaban instalados, como era de esperar, en una taberna.

— Ésta sí que es una buena sorpresa — comentó el medio borracho monarca de Thalesia al patriarca Bergsten mientras entraban Falquián y sus amigos —. No pensaba volver a verlos nunca más. ¡Hola, Falquián! Acercaos al fuego. Bebed algo y contadnos qué habéis estado haciendo.

Falquián se quitó el yelmo y atravesó el suelo cubierto de juncos de la taberna.

— Fuimos a la ciudad de Zemoch, Su Majestad — informó concisamente —. Y, ya que estábamos allí, matamos a Otha y Azash. Después emprendimos el camino de regreso.

— Bien hecho — aprobó, pestañeando, Wargun. Luego se echó a reír y miró en derredor con ojos nublados —. ¡Eh, tú! — gritó a uno de los guardias apostados en la puerta —. Ve a buscar a lord Vanion y dile que han llegado sus hombres. ¿Encontrasteis algún lugar donde encerrar a vuestros prisioneros, Falquián?

— No hicimos prisioneros, Su Majestad.

— Bonita manera de guerrear. Sarathi va a enfadarse con vosotros. Quería someter a Annias a juicio.

— Lo habríamos traído, Wargun — señaló Ulath a su rey —, pero no estaba presentable.

— ¿Quién de vosotros lo mató?

— En realidad fue Azash, Su Majestad — explicó Tynian —. El dios de los zemoquianos estaba muy enojado con Otha y Annias y obró en consecuencia.

— ¿Y qué ha sido de Martel, la princesa Arissa y el bastardo Lycheas?

— Falquián dio muerte a Martel — refirió Kaltén —. Ulath decapitó a Lycheas y Arissa ingirió veneno.

— ¿Murió?

— Eso suponemos. Estaba muy aplicada en ello cuando la dejamos. Entonces entró Vanion y se encaminó inmediatamente a Sephrenia. Su secreto — que no era tal, puesto que cualquiera que tuviera ojos sabía lo que sentían uno por el otro — se propagó a los cuatro vientos cuando se abrazaron con un apasionamiento impropio de ambos. Vanion besó la mejilla de la menuda mujer que amaba desde hacía varias décadas.

— Pensaba que os había perdido — dijo con voz quebrada por la emoción.

— Sabéis que nunca os abandonaré, querido — repuso la estiria.

Falquián esbozó una sonrisa. Aquel «querido» con que se dirigía a todos ellos había disimulado bastante eficazmente los verdaderos «queridos» que le había dedicado a Vanion. Aun así, había una significativa diferencia en la manera como lo decía, observó.

Relataron con bastante minuciosidad lo que había ocurrido desde que habían salido de Zemoch, omitiendo, sin embargo, un buen número de referencias teológicas.

Entonces Wargun dio comienzo, con voz cavernosa y pronunciación un tanto deficiente a causa de la bebida, al relato de lo acaecido en Kelosia durante aquel largo intervalo. Los ejércitos de Occidente habían seguido la estrategia que habían ideado en Chyrellos antes del inicio de la campaña, la cual había dado, al parecer, satisfactorios resultados.

— Y entonces — concluyó el achispado monarca —, justo cuando estábamos a punto de enzarzarnos en serio combate, los cobardes giraron todos sobre sus talones y se dieron a la fuga. ¿Por qué nadie me planta cara y lucha conmigo? — se lamentó con voz quejumbrosa —. Ahora voy a tener que perseguirlos por todas esas montañas de Zemoch para atraparlos.

— ¿Por qué molestarse? — le preguntó Sephrenia.

— ¿Que por qué molestarme? — exclamó Wargun —. Para impedir que vuelvan a atacarnos, por eso. — Bamboleándose sobre la silla, se sirvió con pulso inseguro una nueva jarra de cerveza.

— ¿Para qué desperdiciar las vidas de vuestros hombres? — le hizo ver la estiria —. Azash está muerto, y Otha también. Los zemoquianos no volverán a venir.

Wargun la miró con fijeza y luego descargó un puñetazo en la mesa.

— ¡Quiero exterminar a alguien! — tronó —. ¡No me dejasteis acabar con los rendoreños! ¡Me hicisteis ir a Chyrellos antes de que pudiera rematar la faena! ¡Pero yo seré un troll bizco si os dejara arrebatarme de nuevo esta oportunidad! — Entonces se le pusieron los ojos vidriosos y, deslizándose lentamente bajo la mesa, comenzó a roncar.

— Vuestro rey sorprende por su fijeza de propósito — comentó Tynian a Ulath.

— Wargun es un hombre simple. — Ulath se encogió de hombros —. En su cabeza no hay

espacio para dos ideas a la vez.

— Iré con vosotros a Chyrellos, Falquián — anunció Vanion a Falquián —. Tal vez pueda ayudaros a convencer a Dolmant para que le corte las alas a Wargun. — Aquella no era, por supuesto, la verdadera razón por la que Vanion quería acompañarlos, pero Falquián prefirió no hacer preguntas.

Partieron de Kadum a primera hora del día siguiente. Los caballeros se habían quitado la armadura y viajaban en cota de mallas, túnicas y pesadas capas, lo cual no contribuyó de manera apreciable a aligerar su marcha, pero les proporcionó cierto grado de comodidad. La lluvia continuaba cayendo un día tras otro, en forma de una monótona y brumosa llovizna que parecía despojar el paisaje de toda traza de color. En aquel lúgubre final del invierno, cabalgaban sufriendo el frío y, sobre todo, la humedad, de la que nunca acababan de desprenderse. Pasaron por Moterra y se dirigieron a Kadach, donde cruzaron el río y prosiguieron al trote rumbo sur hacia Chyrellos. Por fin, una lluviosa tarde llegaron a la cima de una colina desde la que se divisaba la sagrada ciudad asolada por la guerra.

— Creo que lo primero que hemos de hacer es visitar a Dolmant — resolvió Vanion —. El mensajero que vaya a detener a Wargun tardará un tiempo en viajar hasta Kadum y entretanto podría despejar y se secarían los campos zemoquianos. — Vanion se puso a toser convulsivamente.

— ¿Os encontráis bien? — se inquietó Falquián.

— Me parece que me he resfriado, eso es todo.

No entraron en Chyrellos como héroes. No hubo desfiles ni fanfarrias ni multitudes arrojando flores. De hecho, nadie dio muestras de reconocerlos siquiera, y lo único que les tiraron fue basura por las ventanas de las plantas superiores de las casas junto a las que pasaban. Desde que los ejércitos de Martel habían sido expulsados de la ciudad, apenas si se había hecho algo para reparar los desperfectos o reconstruir lo derruido, y los habitantes de Chyrellos proseguían con sus vidas entre la mugre y las ruinas.

Entraron en la basílica todavía enlodados y sucios del viaje y se encaminaron directamente a las oficinas administrativas del segundo piso.

— Traemos noticias urgentes al archiprelado — anunció Vanion a uno de los eclesiásticos de negra sotana, que permanecía sentado frente a ornados escritorios manoseando papeles y tratando de afectar importancia.

— Me temo que ello es del todo imposible — contestó el clérigo, con una desdeñosa mirada a las encenagadas vestiduras de Vanion —. Sarathi se encuentra en estos momentos reunido con una representación de primados cammorianos. Es una conferencia crucial que no debe ser interrumpida por ningún insignificante despacho militar. ¿Por qué no volvéis mañana?

Con las ventanas de la nariz dilatadas, Vanion se echó atrás la capa para que no le estorbara los movimientos del brazo con que se proponía empuñar la espada. Antes de que la situación se agravara, no obstante, Emban se acercó por el pasillo.

— ¿Vanion? — exclamó —, ¿y Falquián? ¿Cuándo habéis regresado?

— Acabamos de llegar, Su Ilustrísima — repuso Vanion —. Parece que existen ciertas objeciones respecto a nuestras credenciales.

— No en lo que a mí concierne. Será mejor que entréis.

— Pero, Su Ilustrísima — arguyó el eclesiástico —, Sarathi está reunido con los patriarcas cammorianos, y hay otras delegaciones que esperan y que son mucho más... — Calló al ver que Emban se volvía lentamente hacia él.

— ¿Quién es este hombre? — Emban pareció dirigir la pregunta al techo. Después miró al hombre sentado detrás de la mesa —. Id a hacer el equipaje — le indicó —. Vais a iros de Chyrellos mañana a primera hora. Llevaos ropa de abrigo. El monasterio de Husdal está en el norte de Thalesia y hace mucho frío allí en esta época del año.

Los primados cammorianos fueron despedidos en breve, y Emban introdujo a Falquián y a los demás en la estancia donde aguardaban Dolmant y Ortzel.

— ¿Por qué no nos avisasteis? — preguntó Dolmant.

— Pensamos que Wargun se encargaría de ello, Sarathi — adujo Vanion.

— ¿Confiasteis en Wargun para hacer llegar un mensaje de tal importancia? Bien, ¿qué ocurrió?

Con alguna que otra intervención de sus amigos, Falquián expuso los azares del viaje a Zemoch y lo que había sucedido allí.

— ¿Kurik? — dijo Dolmant con voz llena de aflicción en cierto momento de la narración.

Falquián asintió mudamente.

— Imagino que alguno de vosotros haría algo para vengarlo — dijo, cabizbajo y apenado, con tono casi salvaje.

— Su hijo se ocupó de ello — respondió Falquián.

Dolmant, que estaba al corriente del irregular parentesco de Talen, miró al muchacho con cierta sorpresa.

— ¿Cómo conseguiste matar a un guerrero acorazado con armadura, Talen? — le preguntó.

— Lo apuñalé por la espalda, Sarathi — repuso Talen con voz inexpresiva —, justo en los riñones. Falquián tuvo que ayudarme para clavarle la espada, sin embargo, porque yo no podía traspasarle la armadura solo.

— ¿Y qué será de ti, hijo mío? — inquirió con tristeza Dolmant.

— Vamos a concederle unos años más, Sarathi — explicó Vanion —, y luego lo incorporaremos a la orden pandion como novicio... junto con los otros hijos de Kurik. Falquián se lo prometió a su padre.

— ¿Es que nadie va a consultarme a mí — preguntó Talen con tono ofendido.

— No — le respondió Vanion —, no pensamos hacerlo.

— ¿Un caballero? — protestó Talen —. ¿Yo? ¿Acaso habéis perdido todos el juicio?

— No es tan malo, Talen. — Berit sonrió —. Una vez que te has acostumbrado.

A medida que Falquián proseguía con el relato, las implicaciones teológicas de lo ocurrido iban sumiendo a Ortsel en un estado de pura estupefacción.

— Y eso es más o menos lo que ocurrió — concluyó Falquián —. Voy a tardar bastante tiempo en digerir mentalmente todo esto..., tal vez el resto de mi vida..., e incluso entonces habrá un buen número de cosas que seguiré sin comprender.

Dolmant se arrellanó con aire pensativo en la silla.

— Creo que el Bhelliom, y los anillos, deberían ser custodiados por la Iglesia — dijo.

— Lo siento, Sarathi — se disculpó Falquián —, pero ello es imposible.

— ¿Cómo decís?

— Ya no tenemos el Bhelliom.

— ¿Qué hicisteis con él?

— Lo arrojamos al mar, Sarathi — respondió Bevier.

Dolmant lo miró, consternado.

— ¿Sin el permiso de la Iglesia? — casi gritó, poniéndose en pie y con expresión ofendida, Ortsel —. ¿Ni siquiera buscasteis consejo en Dios?

— Actuamos siguiendo instrucciones de otro dios, Su Ilustrísima — repuso Falquián —. De una diosa, a decir verdad — precisó.

— ¡Herejía! — tronó Ortsel.

— No lo creo así — disintió Falquián —. Aphrael fue quien me entregó el Bhelliom. Lo subió del abismo de la cueva de Ghwerig. Después de hacer lo que era preciso realizar con él, era justo devolvérselo. No lo quería para ella. Me indicó que lo lanzara al mar y así lo hice. En fin de cuentas, tenemos la obligación de ser corteses.

— ¡La cortesía no es de uso en situaciones como ésta! — estalló Ortsel —. ¡El Bhelliom es demasiado importante para ser tratado como una vulgar chuchería! ¡Regresad y recuperadlo de inmediato y entregadlo a la Iglesia!

— Me parece que tiene razón, Falquián — lo apoyó gravemente Dolmant —. Vais a tener que

recobrarlo.

— Como queráis, Sarathi — replicó Falquián, encogiéndose de hombros —. Comenzaremos en cuanto nos digáis en qué océano hemos de buscar.

— No iréis a decirme... — Dolmant los miró con desfallecimiento.

— No tenemos la más remota idea, Sarathi — le aseguró Ulath —. Aphrael nos llevó a un acantilado situado en una costa para nosotros desconocida, y arrojamos el Bhelliom al mar. Podría tratarse de cualquier costa de cualquier océano. ¿Existen océanos en la luna? Me temo que el Bhelliom ha desaparecido definitivamente.

Los preladados se quedaron mirándolo con patente consternación.

— De todas formas, no creo que vuestro Dios elenio quiera el Bhelliom para nada — dijo Sephrenia al archiprelado —. Me parece que vuestro Dios, al igual que los demás, se siente muy aliviado al saber que ha desaparecido. Yo diría que los asusta a todos. Sé, en todo caso, que asustaba a Aphrael. — Hizo una pausa —. ¿Habéis reparado en lo largo y triste que ha sido este invierno? — les preguntó —. ¿Y en lo desanimados que estamos todos?

— Han sido tiempos agitados, Sephrenia — le recordó Dolmant.

— En efecto, pero no he visto que os pusierais a saltar de alborozo al enteraros de que Azash y Otha han perecido. Ni siquiera eso es capaz de elevaros la moral. Los estirios creían que el invierno es un estado mental de los dioses. En Zemoch ocurrió algo que no había ocurrido antes.

Averiguamos de una vez por todas que los dioses también son percederos. Dudo mucho que alguno de nosotros note el advenimiento de la primavera en el alma hasta que nuestros dioses hayan podido hacerse cargo de esa realidad. Ahora están distraídos y amedrentados, y escasamente interesados por nuestros problemas. Me temo que nos han dejado al cuidado de nosotros mismos durante un tiempo. Por algún motivo desconocido nuestra magia no parece surtir efecto. Ahora estamos completamente solos, Dolmant, y habremos de soportar este interminable invierno hasta que los dioses regresen.

— Me turbáis, pequeña madre — observó Dolmant, volviendo a arrellanarse en la silla. Se frotó cansinamente los ojos —. Os seré franco, no obstante. Yo mismo he experimentado en carne propia la desesperación de este invierno. En una ocasión me desperté a medianoche sollozando de forma incontrolable, y desde entonces no he sonreído ni he sentido alegría. Pensaba que sólo era yo, pero quizá no sea así. — Calló un momento —. Y ello nos enfrenta a nuestras obligaciones como representantes de la Iglesia. Debemos hallar a todo coste la manera de distraer a los fieles de esta desesperación universal; algo que les dé un propósito, ya que no alegría. ¿Qué podría ser?

— La conversión de los zemoquianos, Sarathi — respondió Bevier con sencillez —. Hace eras que adoran a un dios maligno y ahora se han quedado sin él. ¿Qué mejor tarea para la Iglesia?

— Bevier — ironizó Emban con expresión afligida —, ¿os esforzáis por casualidad en alcanzar el estado de santidad? — Miró a Dolmant —. Es, sin embargo, una excelente idea, Sarathi. Mantendría a los creyentes ocupados. De eso no cabe duda.

— En ese caso será mejor que contengáis a Wargun, Su Ilustrísima — aconsejó Ulath —. Está apostado en Kadum y, en cuanto el terreno esté lo bastante seco como para que los caballeros se mantengan en pie, va a avanzar hacia Zemoch a matar cuanto encuentre a su paso.

— Yo me ocuparé de eso — prometió Emban —, aunque tenga que cabalgar en persona hasta Kadum y llamarlo al orden.

— Azash es..., era... un dios estirio — señaló Dolmant —, y los sacerdotes elenios nunca han obtenido buenos resultados al tratar de convertir a los estirios. Sephrenia, ¿podríais ayudarnos? Encontraría incluso la manera de investiros de autoridad y de un estado oficial.

— No, Dolmant — respondió con firmeza la mujer.

— ¿Por qué todo el mundo me responde con negativas hoy? — se lamentó el archiprelado —. ¿Cuál es el problema, pequeña madre?

— No voy a colaborar con vosotros para convertir a los estirios a una religión pagana, Dolmant.

— ¿Pagana? — casi se atragantó Dolmant.

— Es una palabra que se utiliza para designar a alguien que no profesa la verdadera fe, Su Ilustrísima.

— Pero la fe elenia es la fe verdadera.

— No para mí. Encuentro repugnante vuestra religión. Es cruel, rígida, implacable y farisaica. Carece de toda humanidad, y la rechazo. No pienso ayudaros en vuestro afán ecuménico, Dolmant. Si os ayudara a convertir a los zemoquianos, vuestra próxima meta sería Estiria Occidental, y allí sería donde vos y yo nos enfrentaríamos en declarado combate. — Entonces sonrió tiernamente, sorprendiéndolos —. En cuanto se encuentre un poco mejor, creo que sostendré una pequeña charla con Aphrael. Es posible que a ella también le interesen los zemoquianos. — La sonrisa que entonces dedicó a Dolmant era casi radiante —. Ello nos situaría en lados opuestos de la barrera, ¿no es cierto, Sarathi? — sugirió —. Mis mejores deseos están con vos, querido amigo, pero, como dicen, que gane el mejor.

El tiempo apenas sufrió alteración mientras cabalgaban hacia el oeste, pues, aunque la lluvia había cesado casi por completo, el cielo permanecía nublado y el viento aún tenía la gelidez del invierno. Su punto de destino era Demos. Llevaban a Kurik a casa. Falquián no ardía precisamente en deseos de anunciar a Aslade que finalmente había conseguido que su marido hallara la muerte. La melancolía que se había abatido sobre la tierra desde el fallecimiento de Azash se había agudizado por el carácter funerario de su viaje. Los armeros de la casa pandion de Chyrellos habían reparado las mellas de las armaduras de Falquián y sus amigos y habían incluso limpiado casi toda su herrumbre, y ahora cabalgaban, además, con un lujoso carruaje negro que transportaba el cadáver de Kurik.

Acamparon en un bosquecillo cercano al camino, a unas cinco leguas de Demos, y Falquián y los otros caballeros prepararon su armadura. Habían decidido por común acuerdo llevar su atuendo de ceremonia al día siguiente. Cuando consideró que tenía correctamente dispuesta la indumentaria, Falquián cruzó el campamento en dirección al negro vehículo que se encontraba a cierta distancia del fuego. Talen se levantó y se reunió con él.

— Falquián — le dijo mientras caminaban.

— ¿Sí?

— ¿No os habréis tomado en serio esa idea?

— ¿De qué idea hablas?

— De ponerme en el noviciado de los pandion.

— Sí. Le prometí algunas cosas a tu padre.

— Me escaparé.

— Entonces te atraparé... o enviaré a Berit para que te dé alcance él.

— Eso no es justo.

— No esperarías realmente que la vida lanzara los dados con honradez, ¿verdad?

— Falquián, no quiero ir a la escuela de caballeros.

— No siempre se logra lo que se quiere, Talen. Esto es algo que tu padre quería y no pienso faltar a mi palabra.

— ¿Y qué hay de mí? ¿Qué importancia tiene lo que yo deseo?

— Eres joven. Te adaptarás. Al cabo de un tiempo, puede que incluso descubras que te gusta.

— ¿Adonde vamos ahora? — preguntó Talen con cara larga.

— Voy a visitar a tu padre.

— Oh. Entonces volveré al fuego. Prefiero recordarlo como era.

El carruaje crujió cuando Falquián subió y se sentó junto al silencioso cuerpo de su escudero. Permaneció callado un buen rato. El dolor se había mitigado en su interior, sustituido por un profundo pesar.

— Hemos recorrido un largo camino juntos, ¿no es cierto, viejo amigo? — dijo al cabo —. Ahora te vas a casa a descansar y yo tengo que continuar solo. — Sonrió tenuemente en la oscuridad —. Fue una desconsideración por tu parte, Kurik. Esperaba envejecer contigo.

Continuó sentado sin decir nada durante unos momentos.

— He realizado gestiones para asegurar el futuro de tus hijos — añadió —. Estarás muy orgulloso de ellos..., incluso de Talen, aun cuando seguramente tardará un poco en asumir la necesidad de ser una persona respetable.

— Le daré la noticia a Aslade de la manera menos perturbadora posible — prometió. Después apoyó la mano en las de Kurik —. Adiós, amigo mío — dijo.

La parte que más temía, anunciar la desgracia a Aslade, resultó innecesaria, ya que ella ya estaba al corriente. Llevaba un vestido de campesina negro cuando salió a recibirlos en la verja de la granja donde ella y su marido habían trabajado tantos años. Sus cuatro hijos, altos como jóvenes árboles, permanecían de pie a su lado, también vestidos con sus mejores ropas. La sombría expresión de sus rostros indicó a Falquián la inutilidad de pronunciar el discurso que tan cuidadosamente había preparado.

— Ocupaos de vuestro padre — dijo Aslade a sus hijos.

Estos asintieron y se encaminaron al negro carruaje.

— ¿Cómo os habéis enterado? — le preguntó Falquián después de que ella lo hubo abrazado.

— Esa niña nos lo dijo — respondió simplemente —. La que trajisteis con vos cuando partíais hacia Chyrellos. Se presentó en la puerta una tarde y nos lo anunció. Después se marchó.

— ¿Creísteis lo que os dijo?

— Sabía que debía crearla. No es como los demás niños.

— No, no lo es. Lo siento muchísimo, Aslade. Cuando Kurik comenzó a hacerse viejo, debí obligarlo a quedarse en casa.

— No, Falquián. Eso le habría partido el corazón. Sin embargo, tendréis que ayudarme en algunas cuestiones ahora.

— En lo que sea, Aslade.

— Necesito hablar con Talen.

Falquián no estaba seguro de en qué acabaría todo aquello cuando llamó con una señal al joven ladrón.

— Talen — dijo Aslade.

— ¿Sí?

— Estamos muy orgullosos de ti, ¿sabes?

— ¿De mí?

— Vengaste la muerte de tu padre. Tus hermanos y yo compartimos la misma pena.

El muchacho se quedó mirándola fijamente.

— ¿Estáis diciendo que ya lo sabíais? ¿Lo de Kurik y yo, quiero decir?

— Desde luego que sí. Hace mucho que lo sé. Esto es lo que vas a hacer... y, si no lo haces, Falquián te dará unos azotes. Vas a ir a Cimmura y vas a traer a tu madre aquí.

— ¿Cómo?

— Ya me has oído. Me he reunido con tu madre unas cuantas veces. Fui a Cimmura a visitarla poco antes de que nacieras. Quería hablar con ella para decidir entre las dos cuál sería la mejor para tu padre. Es una buena chica... Un poco delgaducha, quizá, pero yo la engordaré en cuanto la tenga aquí. Nos llevamos bastante bien, y vamos a vivir todos juntos aquí hasta que tú y tus hermanos entréis en el noviciado. Después, las dos nos haremos compañía.

— ¿Queréis que yo viva en una granja? — preguntó el chiquillo sin poder creerlo.

— Tu padre lo hubiera querido, y no dudo que tu madre también lo desee así, y lo mismo opino yo. Eres un chico demasiado bueno para decepcionarnos a los tres.

— Pero...

— No me discutas, por favor, Talen. Está decidido. Ahora entremos. He preparado la cena y no quiero que se enfríe.

Al día siguiente, al mediodía, enterraron a Kurik bajo un gran olmo en una colina desde la que se dominaba su granja. En el cielo, que había estado encapotado toda la mañana, se abrió un claro que

dejó pasar los rayos de sol cuando los hijos de Kurik subían el cadáver de su padre por la ladera. Falquián no tenía tan buen ojo como su escudero para predecir el tiempo, pero la súbita aparición de un retazo de cielo azul y de brillante luz del sol suspendida justo encima de la granja sin afectar a ninguna otra parte de Demos le pareció más que sospechosa.

El funeral fue sencillo y emotivo. El párroco, un anciano casi chocho, había conocido a Kurik desde la infancia, y sus palabras no fueron tanto expresión de pesar como de amor. Concluida la ceremonia, el hijo mayor de Kurik, Khalad, se acercó a Falquián y descendió con él el cerro.

— Me honra que me hayáis juzgado digno de devenir un pandion, sir Falquián — agradeció —, pero me temo que habré de declinar el ofrecimiento.

Falquián dirigió una acerada mirada al fornido joven de anodino rostro cuya negra barba apenas comenzaba a despuntar.

— No se trata de nada personal, sir Falquián — le aseguró Khalad —. Es simplemente que mi padre tenía otros planes para mí. Dentro de unas semanas, cuando ya hayáis tenido tiempo de instalaros, me reuniré con vos en Cimmura.

— ¿Ah, sí? — Falquián quedó sorprendido por el tono decidido del muchacho.

— Desde luego, sir Falquián. Tomaré a mi cargo las responsabilidades de mi padre. Es una tradición familiar. Mi abuelo sirvió al vuestro... y a vuestro padre, y mi padre trabajó para vuestro padre y para vos, de modo que yo lo sustituiré en su servicio.

— Ello no es realmente necesario, Khalad. ¿No quieres ser un caballero pandion?

— Lo que yo desee carece de importancia, sir Falquián. Tengo otras obligaciones.

Dejaron la granja a la mañana siguiente, y Kalten situó su caballo junto al de Falquián.

— Un agradable funeral — observó —, si a uno le complace asistir a los entierros.

Personalmente, prefiero conservar a los amigos.

— ¿Querriáis ayudarme a resolver un problema? — le preguntó Falquián.

— Pensaba que ya habíamos matado a cuantos se habían de liquidar.

— ¿Puedes dejar de bromear un momento?

— Eso es pedir mucho, Falquián, pero lo intentaré. ¿Cuál es ese problema?

— Khalad insiste en ser mi escudero.

— ¿Y qué? Es el tipo de cosas que hacen los chicos campesinos: proseguir las actividades de su padre.

— Quiero convertirlo en un caballero pandion.

— Sigo sin ver el problema. Hazlo armar caballero.

— No puede ser escudero y caballero a la vez, Kalten.

— ¿Por qué no? Fijaos en vos, por ejemplo. Sois un caballero pandion, miembro del consejo real, paladín de la reina y príncipe consorte. Khalad tiene una robusta complexión y soportará bien el peso de ambos cargos.

Cuanto más pensaba en aquella posibilidad, más le gustaba.

— Kalten — dijo riendo —, ¿qué haría yo sin ti?

— Embrollarte, sin duda. Complicas demasiado las cosas, Falquián. Deberías tratar de simplificarlas.

— Gracias.

— De nada.

Llovía. Una menuda y plateada llovizna rezumaba del cielo de la tarde y envolvía las achaparradas atalayas de la ciudad de Cimmura. Un jinete solitario se aproximaba a la ciudad, embozado en una oscura y pesada capa de viaje, a lomos de un caballo ruano de enmarañado pelambre, largo hocico y aspecto de resabiado.

— Parece que siempre regresamos a Cimmura con lluvia, Faran — comentó el jinete a su montura.

Faran agitó las orejas.

Falquián se había separado de sus amigos aquella mañana y había emprendido camino a solas.

Como todos sabían cuál era el motivo, nadie había formulado la más mínima objeción.

— Podemos hacer llegar la noticia a palacio, si lo deseáis, príncipe Falquián — ofreció uno de los guardias de la Puerta Este.

Por lo visto, Ehlana se había empeñado en poner en uso su nuevo título, y ello incomodó a Falquián, que sabía que tardaría bastante en acostumbrarse a él.

— Gracias de todas formas, compadre — respondió Falquián al guardia —, pero me gustaría darle una sorpresa a mi esposa. Todavía es lo bastante joven como para disfrutar con los imprevistos.

El vigilante le sonrió.

— Volved a entrar en la caseta, compadre — le aconsejó Falquián —. Cogereis frío aquí en la intemperie.

Entró cabalgando en Cimmura. Las herraduras de acero de Faran resonaron en los adoquines de las calles, que el mal tiempo mantenía casi solitarias.

Falquián desmontó en el patio de palacio y entregó las riendas de Faran a un mozo de cuadra.

— Tened un poco de cuidado con el caballo, compadre — le advirtió el caballero —. Tiene mal genio. Dadle heno y grano y cepilladlo, si sois tan amable. Ha hecho un duro viaje.

— Me ocuparé de ello, príncipe Falquián. — Otra vez. Falquián decidió sostener una pequeña conversación al respecto con su esposa.

— Faran — recomendó a su caballo —, pórtate bien.

El gran ruano le dedicó una mirada hostil.

— Ha sido un buen viaje —dijo Falquián, apoyando una mano en el musculoso cuello de Faran —. Descansa un poco. — Después se volvió y subió las escalinatas de palacio —. ¿Dónde está la reina? — preguntó a uno de los soldados apostados a la puerta.

— En la sala del consejo, me parece, mi señor.

— Gracias. — Falquián comenzó a andar por un largo pasillo iluminado por velas.

La gigante tamul Mirtai salía de la sala del consejo cuando él llegó a la puerta.

— ¿Por qué habéis tardado tanto? — le preguntó, sin mostrar señales de sorpresa.

— Surgieron algunos inconvenientes. — Se encogió de hombros —. ¿Está aquí adentro?

— Sí, con Lenda y los ladrones. Están hablando de arreglar las calles. — Hizo una pausa —. No la saludéis con demasiado entusiasmo, Falquián — le avisó —. Está embarazada.

Falquián se quedó mirándola con estupefacción.

— ¿No era más o menos eso lo que os proponíais la noche de la boda? — Calló de nuevo un instante —. ¿Qué fue de aquel hombre de piernas combadas que se afeita la cabeza?

— ¿Kring? ¿El domi?

— ¿Qué significa «domi»?

— Jefe. Es el dirigente de su pueblo. Sigue vivo y en perfecto estado de salud por lo que yo sé. La última vez que lo vi, estaba elaborando un plan para atraer a los zemoquianos a una trampa y así poder liquidarlos.

Los ojos de la mujer despidieron de improviso un cálido brillo.

— ¿Por qué lo preguntáis? — se interesó el caballero.

— Por nada. Simple curiosidad.

— Oh, comprendo.

Entraron en la cámara del consejo y Falquián se desató el cuello de la chorreante capa. La reina de Elenia estaba de espaldas a la puerta, inclinada, al igual que el conde de Lenda, Platimo y Stragen, sobre un gran mapa desplegado en la mesa.

— He recorrido ese barrio de la ciudad — decía con tono insistente —, y no creo que tenga remedio. Las calles se encuentran en tan mal estado que no servirá de nada repararlas. Vamos a tener que cambiar todo el pavimento.

A pesar de estar discutiendo asuntos tan pedestres, su sonora y vibrante voz conmovió a Falquián. Sonrió y dejó la mojada capa en una silla próxima a la puerta.

— Hay que tener en cuenta que no podremos comenzar hasta la primavera, Su Majestad — señaló Lenda —, e incluso entonces tendremos una gran escasez de trabajadores hasta que el ejército regrese de Lamorkand y... — El anciano calló de improviso, observando, atónito, a Falquián.

El príncipe consorte se llevó un dedo a los labios al acercarse a la mesa.

— Siento mostrarme en desacuerdo con Su Majestad — dijo Falquián con tono impasible —, pero creo que deberíais dedicar más atención al estado de los caminos que al de las calles de Cimmura. Las malas condiciones del empedrado de éstas son una molestia para los ciudadanos, pero, si los granjeros no pueden traer sus cosechas al mercado, nos hallaremos ante un verdadero problema más que un inconveniente.

— Ya lo sé, Falquián — repuso la reina, todavía mirando el mapa —, pero... — Alzó el perfecto y joven rostro, con estupefacción pintada en los grises ojos —. ¿Falquián? — Su voz apenas era más que un susurro.

— De veras pienso que Su Majestad debería concentrarse en los caminos — prosiguió éste con toda seriedad —. El que viene de Demos a aquí se halla en un estado realmente... — Eso fue cuanto pudo opinar sobre aquel tema en concreto.

— Con cuidado — le advirtió Mirtai cuando Ehlana se arrojó a sus brazos —. Recordad lo que os he dicho afuera.

— ¿Cuándo habéis vuelto? — preguntó Ehlana.

— Ahora mismo. Los demás vienen más rezagados. Yo me he adelantado... por varios motivos. La reina sonrió y volvió a besarlo.

— Bien, caballeros — sugirió Lenda a Platimo y Stragen —, me parece que quizá debamos proseguir más tarde con las deliberaciones. — Sonrió —. No creo que podamos conseguir que Su Majestad nos preste gran atención esta tarde.

— ¿Os importaría mucho? — preguntó Ehlana con voz de chiquilla.

— Por supuesto que no, hermanita — aseguró Platimo. Sonrió a Falquián —. Me alegra teneros de nuevo aquí, amigo mío. Tal vez podáis distraer a Ehlana para que no figonee en los detalles de ciertos proyectos de obras públicas en los que estoy interesado.

— Hemos ganado, presumo — infirió Stragen.

— Más o menos — respondió Falquián, acordándose de Kurik —. Al menos, Otha y Azash no volverán a molestarnos.

— Eso es lo importante — aseveró el rubio rufián —. Ya nos contaréis más tarde cómo fue. — Observó el radiante rostro de Ehlana —. Mucho más tarde, imagino — añadió.

— Stragen — dijo Ehlana con firmeza.

— ¿Sí, Su Majestad?

— Afuera. — Señaló imperiosamente la puerta.

— Sí, señora.

Falquián y su esposa se trasladaron al poco rato a los aposentos reales, acompañados tan sólo por Mirtai. Falquián no estaba muy seguro de cuánto tiempo pensaba quedarse con ellos la gigante tamul. No quería ofenderla, pero...

Mirtai, no obstante, era toda una profesional. Impartió un buen número de tajantes instrucciones a las doncellas de la reina, relacionadas con baños calientes, cenas, intimidad y cuestiones similares, y luego, cuando todo estuvo a la altura de sus exigencias en los apartamentos reales, se dirigió a la puerta, sacando una gran llave de debajo del cinto.

— ¿Eso es todo por hoy, Ehlana? — preguntó.

— Sí, Mirtai — respondió la reina —, y muchas gracias por todo.

— Cumplo con mi obligación. No olvidéis lo que os he dicho, Falquián. — Dio unos sonoros golpecitos a la puerta con la llave —. Os abriré mañana por la mañana — dijo.

Después salió y, cerrando la puerta tras ella, hizo girar estrepitosamente la llave en el cerrojo.

— Es una auténtica tirana. — Ehlana rió con cierta desesperanza —. No me hace el menor caso

cuando le doy alguna orden.

— Os viene bien tener cerca una persona así, amor mío. — Falquián sonrió —. Os ayuda a mantener la objetividad.

— Id a bañaros, Falquián — ordenó Ehlana —. Oléis a herrumbre. Después me contaréis todo lo ocurrido. Oh, por cierto, querría que me devolvierais ahora el anillo, si no os importa.

— ¿Cuál es? — preguntó, alargando las manos —. Soy incapaz de distinguirlos.

— Es éste, por supuesto. — Señaló la sortija de la mano izquierda.

— ¿Cómo lo sabéis? — inquirió, quitándoselo y deslizándolo en uno de sus dedos.

— Todo el mundo puede verlo, Falquián.

— Si vos lo decís. — Se encogió de hombros.

Falquián no estaba acostumbrado a bañarse en presencia de jóvenes damas, pero Ehlana no parecía dispuesta a perderlo de vista, de modo que inició el relato de sus aventuras todavía en el baño y continuó con él mientras cenaban. Aunque había algunos pasajes que Ehlana no comprendía y otros que interpretaba mal, se hallaba en condiciones de aceptar la mayor parte de lo sucedido. Lloró al conocer la noticia de la muerte de Kurik y escuchó con expresión feroz la descripción de la suerte que habían corrido Annias, su tía y su primo. Hubo muchos incidentes que resumió y otros que no mencionó para nada. Encontró muy útil en varias ocasiones el uso de evasivas del tipo «Deberíais haber estado allí». Puso especial cuidado en omitir cualquier mención de la depresión casi universal que se había abatido sobre el mundo desde la destrucción de Azash, porque no le parecía un tema adecuado para exponerlo a una joven en los meses iniciales de su primer embarazo.

Y luego, cuando yacían juntos en la acogedora oscuridad, Ehlana le refirió los sucesos acaecidos en Occidente durante su ausencia.

Quizá se debiera a que se encontraban en la cama, donde suelen producirse tales cosas, pero por algún motivo surgió el tema de los sueños.

— Fue tan extraño, Falquián — dijo Ehlana, acurrucándose en el lecho a su lado —. La totalidad del cielo estaba cubierta por un arco iris, y estábamos en una isla, el lugar más hermoso que he visto nunca. Había árboles, muy antiguos, y una especie de templo de mármol con graciosas columnas blancas, y yo estaba allí esperándoos a vos y a vuestros amigos. Y entonces llegasteis, cada uno conducido por un bello animal blanco. Sephrenia aguardaba conmigo, y parecía muy joven, casi una muchacha, y había una niña que tocaba una flauta de pastor y bailaba. Era como una pequeña emperatriz a la que todos obedecían. —Emitió una risita—. Incluso os llamó oso refunfuñón. Después se puso a hablar sobre el Bhelliom. Era muy denso y sólo entendí parte de lo que dijo.

Ninguno de ellos lo había comprendido todo, recordó Falquián, y el sueño había afectado a más personas de las que él había imaginado. ¿Pero por qué había incluido Aphrael a Ehlana?

— Así acababa más o menos ese sueño — continuó la joven —, y ya conocéis el contenido del otro.

— ¿Sí?

— Me lo acabáis de describir — aseveró —, hasta el último detalle. Soñé todo lo que había sucedido en el templo de Azash de Zemoch. Tenía la sangre helada en las venas mientras me lo contabais.

— Yo no me preocuparía mucho por ello — le dijo Falquián, afectando desenvoltura —. Estamos muy unidos, y no es tan raro que percibierais lo que estaba pensando.

— ¿Lo decís en serio?

— Desde luego. Ocurre muy a menudo. Preguntad a alguna mujer casada, y os dirá que siempre sabe lo que barrunta su marido.

— Bueno — dijo dubitativamente —, puede que sí. — Se arrimó más a él —. No estáis siendo muy atento conmigo esta noche, amor mío — le reprochó —. ¿Es porque estoy poniéndome gorda y fea?

— Por supuesto que no. Os halláis en lo que se llama una «condición delicada». Mirtai no ha parado de recomendarme que tuviera cuidado. Me clavaría un cuchillo en el hígado si creyera que

os he hecho daño.

— Mirtai no está aquí, Falquián.

— Pero, de todas formas, es la única persona que tiene una llave de esa puerta.

— Oh, no, no es la única, Falquián — le aseguró con aire satisfecho su reina, poniendo la mano bajo la almohada —. La puerta se cierra por los dos lados, y no se abre a menos que se haga girar la llave por dentro y por fuera. — Le entregó una voluminosa llave.

— Una puerta muy servicial. — Sonrió —. ¿Por qué no voy a la otra habitación y la cierro por dentro?

— ¿Por qué no? Y no os perdáis de camino de regreso a la cama. Mirtai os ha recomendado prudencia, de manera que deberíais dedicar un buen tiempo a practicar.

Más tarde — un buen rato más tarde, de hecho — Falquián salió de la cama y se encaminó a la ventana para contemplar la lluviosa noche. Todo había terminado. Ya no se levantaría más antes de la salida del sol para observar a la mujer de Jiroch de rostro velado que se dirigía al pozo con la plomiza luz gris del alba, ni cabalgaría por caminos desconocidos de lejanas tierras con la Rosa de Zafiro reposando cerca del corazón. Había regresado por fin, más viejo sin duda y más triste e infinitamente menos seguro sobre muchos aspectos que antes había aceptado siempre sin cuestionarlos. Había vuelto por fin, sin más guerras a que acudir, confiaba, ni más viajes que realizar. Lo llamaban Anakha, el hombre que forja su propio destino, y decidió solemnemente que todo su destino se hallaba allí en aquella fea ciudad con la pálida y hermosa mujer que dormía a tan corta distancia de él.

Era agradable haber dejado definitivamente zanjada aquella cuestión, y fue con esa sensación de haber obtenido algún logro que regresó al lecho, junto a su mujer.

Epílogo

La primavera llegó a regañadientes aquel año, y una helada tardía despojó a los árboles frutales de su flor, borrando toda posibilidad de obtener frutos de ellos. El verano fue húmedo y nuboso, y la cosecha escasa.

Los ejércitos de Eosia Occidental volvieron a casa desde Lamorkand para sumirse en la ingrata tarea de cuidar los tercos campos en donde solamente los cardos crecían en abundancia. En Lamorkand estalló una guerra civil, lo cual no tenía nada de extraordinario; hubo una rebelión de siervos en Kelosia, y la cantidad de mendigos que pedían limosna cerca de las iglesias y las puertas de las ciudades aumentó de forma alarmante en todo Occidente.

Sephrenia recibió con asombro la noticia del embarazo de Ehlana. La innegable realidad de su preñez la desconcertó, y el desconcierto la hizo actuar con mal genio, casi con mordacidad. Transcurrido el tiempo debido Ehlana dio a luz su primer hijo, una niña a quien ella y Falquián pusieron por nombre Danae. Sephrenia examinó con detenimiento a la infanta y Falquián tuvo la impresión de que su tutora se había casi ofendido por el hecho de que la princesa Danae fuera completamente normal y estuviera asquerosamente sana.

Mirtai modificó con habilidad la agenda de la reina para añadir la lactancia a las otras obligaciones reales de Ehlana. Tal vez deberíamos mencionar de paso que las damas de honor de Ehlana odiaban unánimemente a Mirtai y tenían celos de ella, a pesar de que la gigante jamás había agredido físicamente ni había hablado con dureza a ninguna de ellas.

La Iglesia renunció a sus grandes designios en el este, concentrando en su lugar la atención en el sur para aprovechar la oportunidad que se presentaba allí. El enrolamiento en el ejército de Martel de los más fervientes eshandistas y su consiguiente derrota en Chyrellos habían diezmado las filas de aquella secta, con lo que Rendor había quedado en disposición de ser reasimilada en la congregación de los creyentes. Aun cuando Dolmant mandó a sus sacerdotes a aquel país con un espíritu de amor y de reconciliación, dicha actitud no duró en la mayoría de los misioneros más tiempo que el que tardaron en perder de vista la basílica. Las misiones que llegaron a Rendor fueron vengativas y punitivas, y los rendoreños reaccionaron de manera previsible. Después de que un buen número de los más estridentes y agresivos misioneros fueran asesinados, se enviaron al reino sureño destacamentos cada vez mayores de caballeros de la Iglesia para proteger al importuno clero y a sus reducidas congregaciones de conversos. Los sentimientos eshandistas cobraron nueva fuerza y pronto volvieron a circular rumores de arsenales de armas escondidos en el desierto.

El hombre civilizado cree que sus ciudades son la corona de su cultura y parece incapaz de comprender el hecho de que los cimientos de cualquier reino se encuentran en la tierra que lo sustenta. Cuando la agricultura de una nación se tambalea, su economía comienza a degradarse, y los gobiernos, faltos de ingresos, inevitablemente recurren a la forma más regresiva de recaudación

de impuestos, agravando la de por sí pesada carga que ya sufrían. Faíquián y el conde de Lenda mantuvieron largas y cada vez más agrias discusiones al respecto y con frecuencia dejaron de dirigirse la palabra.

La salud de lord Vanion fue deteriorándose constantemente con el transcurso de los meses. Sephrenia lo cuidó en sus múltiples enfermedades con todos los medios a su alcance, pero al fin una ventosa mañana de otoño, unos meses después del nacimiento de la princesa Danae, los dos desaparecieron, y, cuando un estirio de blanco sayo se presentó en la casa madre pandion de Demos anunciando que venía a sustituir a Sephrenia, se confirmaron las peores sospechas de Faíquián. Pese a sus protestas y a su alusión a compromisos anteriores, no tuvo más remedio que asumir las obligaciones de su amigo como preceptor provisional, un nombramiento que Dolmant deseaba convertir en permanente, aun cuando Faíquián se resistiera tenazmente a ello.

Ulath, Tynian y Bevier acudían de tanto en tanto a palacio a visitarlos, y sus informes sobre lo que ocurría en sus países de origen no eran más alentadores que las noticias que Faíquián recibía de las diferentes regiones de Elenia. Platimo expuso gravemente que los informantes de que disponía en los más remotos reinos habían llegado a la conclusión de que la situación próxima a la hambruna, las epidemias y la agitación civil era casi universal.

— Malos tiempos, Falquián — decía el obeso ladrón con un filosófico encogimiento de hombros —. Por más que nos esforcemos por mantenerlos a raya, los malos tiempos regresan de vez en cuando.

Falquián puso a los cuatro hijos mayores de Kurik en el noviciado de los pandion, haciendo caso omiso de las objeciones de Khalad. Dado que Talen era todavía un poco joven para recibir entrenamiento militar, le ordenaron servir como paje en el palacio donde Faíquián pudiera mantenerlo vigilado. Stragen, tan imprevisible como siempre, iba a menudo a Cimmura. Mirtai cuidaba de Ehlana, la regañaba cuando era necesario, y rehusaba ahogada en risas las repetidas propuestas de matrimonio de Kring, el cual parecía hallar toda clase de excusas para recorrer a caballo todo el continente desde Kelosia a Cimmura.

Los años se sucedían y la situación no mejoraba. A aquel primer año de lluvia excesiva siguieron tres de sequía. Los alimentos eran siempre escasos y los gobiernos de Eosia disponían de exiguos recursos. En el pálido y hermoso rostro de Ehlana iba dejando su huella el agobio de las inquietud, a pesar de que Falquián hacía cuanto estaba en sus manos por cargar sobre sí todo el peso que podía aligerar al de ella.

Fue en una clara y glacial tarde de finales de invierno cuando al príncipe consorte le ocurrió algo de gran trascendencia. Había pasado la mañana discutiendo violentamente con el conde de Lenda acerca de un nuevo impuesto que éste proponía, y Lenda lo había acusado a gritos de dismantelar sistemáticamente el gobierno con su excesiva preocupación por el bienestar del consentido y holgazán campesinado. Falquián había salido ganando al final, aun cuando ello no le reportara ningún placer en especial, puesto que cada victoria ahondaba el abismo que estaba abriéndose entre él y su viejo amigo.

Estaba sentado cerca del fuego en los aposentos reales, afectado por una especie de melancólico descontento, observando distraídamente las actividades de su hija de cuatro años, la princesa Danae. Su esposa había salido a hacer unas compras en la ciudad en compañía de Mirtai y Talen, de modo que Faíquián y la pequeña princesa estaban solos.

Danae era una niña seria y grave de reluciente pelo negro, grandes ojos oscuros como la noche y una boquita parecida a un capullo de rosa. A pesar de la seriedad de su porte, era cariñosa y solía colmar a sus padres de besos espontáneos. En aquel momento, se encontraba cerca de la chimenea realizando importantes actos en los que participaba una pelota.

Fue el hogar lo que desencadenó los acontecimientos y cambió para siempre la vida de Falquián. Danae calculó mal el lanzamiento y la pelota rodó directamente hasta el interior de la chimenea. Sin pensarlo dos veces, la pequeña se encaminó allí y, antes de que su padre pudiera detenerla o gritar siquiera, puso la mano en las llamas y recuperó su juguete. Falquián se levantó de un salto con un

grito estrangulado y corrió hacia ella. La tomó en brazos y le observó atentamente la mano.

— ¿Qué pasa, padre? — le preguntó con voz calmada la princesa. Danae era una niña precoz que había comenzado a hablar muy pronto y que a su edad casi hablaba como una persona mayor.

— ¡La mano! ¡Te la has quemado! Sabes que no debes poner la mano en el fuego.

— No me he quemado — protestó la niña, levantándola y moviendo los dedos —. ¿Lo veis?

— No vuelvas a acercarte al fuego — ordenó.

— No, padre. — Se revolvió para que la dejara en el suelo y entonces se fue con la pelota a proseguir con sus juegos en un seguro rincón.

Falquián regresó turbado a su sillón. Uno puede poner la mano en el fuego y retirarla sin quemarse, pero le había parecido que Danae no la había movido tan deprisa. Falquián se puso a observar con más detenimiento a su hija. Como había estado muy ocupado los últimos meses, apenas la había mirado y en su lugar había aceptado simplemente el hecho de que ella estaba allí. Danae se encontraba en una edad en la que las transformaciones se suceden con gran velocidad, y en ese caso, al parecer, habían tenido lugar delante de la poco atenta mirada de Falquián. Al contemplarla ahora, no obstante, sintió una repentina opresión en el corazón. Aunque fuera increíble, se percataba por primera vez de algo: él y su esposa eran elenios, y su hija no.

Contempló durante largo rato a su hija estirada y entonces elaboró la única posible explicación.

— ¿Aphrael? — dijo con tono de estupefacción. Danae sólo se parecía un poco a Flauta, pero Falquián no veía otra posibilidad.

— ¿Sí, Falquián? — Su voz no traslució la más mínima sorpresa.

— ¿Qué has hecho con mi hija? — gritó, casi poniéndose en pie a causa de la agitación.

— No seáis ridículo, Falquián — respondió con calma —. Yo soy vuestra hija.

— Eso es imposible. ¿Cómo...?

— Sabéis que lo soy, padre. Estabais presente cuando nací. ¿Creíais que soy una niña cambiada por otra? ¿Algún estornino plantado en vuestro nido para suplantar a vuestro propio polluelo? Esa es una insensata superstición elenia, lo sabéis bien. Nosotros no hacemos nunca eso.

Comenzó a recobrar el control sobre sus emociones.

— ¿Piensas explicarme esto? — preguntó en el tono más apacible que pudo utilizar —. ¿O se supone que debo adivinarlo?

— No seáis malo, padre. Queríais hijos, ¿verdad?

— Bueno...

— Y madre es una reina. Debe dar a luz a un sucesor, ¿no es cierto?

— Desde luego, pero...

— No lo habría tenido.

— ¿Cómo?

— El veneno que le dio Annias la volvió estéril. No os formaréis idea de lo que me costó superar ese inconveniente. ¿Por qué creéis que Sephrenia se enojó tanto al descubrir que madre estaba embarazada? Ella conocía los efectos del veneno, por supuesto, y se enfadó mucho conmigo por intervenir..., seguramente más porque madre es elenia que por otra razón. Sephrenia es muy estrecha de miras a veces. Oh, sentaos, Falquián. Estáis ridículo encorvado de esa manera. Sentaos o poneos de pie, pero no os quedéis en el medio.

Falquián volvió a hundirse en el sillón, aquejado de vértigo.

— Pero ¿por qué? — preguntó.

— Porque os amo a vos y a madre. Ella estaba destinada a no tener hijos y yo tuve que modificar un poco su destino.

— ¿Y también habéis transformado el mío?

— ¿Cómo podría haberlo hecho? Sois Anakha, ¿recordáis? Nadie sabe cuál es vuestro destino. Siempre habéis representado un problema para nosotros. Muchos eran de la opinión de que no debíamos permitir que nacierais. Tuve que discutir durante siglos para convencer a los otros de que en verdad os necesitábamos. — Bajó la mirada hacia sí misma —. Voy a tener que prestar atención

al proceso de crecimiento, supongo. Antes fui estiria, y los estirios saben tomarse estas cosas muy bien. Los elenios sois más excitables y la gente comenzaría sin duda a hablar si conservara el físico de niña durante siglos. Supongo que deberé hacerlo correctamente esta vez.

— ¿Esta vez?

— Por supuesto. He nacido decenas de veces. — Hizo girar los ojos —. Me ayuda a mantener la juventud. — Su pequeña cara adoptó un aire de seriedad —. Fue terrible lo que ocurrió en el templo de Azash, padre, y tenía que ocultarme por un tiempo. El útero de madre fue un escondrijo perfecto, cómodo y seguro.

— Entonces sabíais lo que iba a suceder en Zemoch — la acusó.

— Sabía que iba a ocurrir algo, de modo que me limité a cubrir todas las posibilidades. — Frunció la rosada boquita con aire pensativo —. Esto podría ser muy interesante — declaró —. Nunca había sido una mujer adulta... y menos una reina. Ojalá mi hermana estuviera aquí. Me gustaría hablar con ella de esta cuestión.

— ¿Tu hermana?

— Sephrenia — respondió casi con expresión ausente —. Ella era la hija mayor de mis últimos padres. Es muy confortante tener una hermana mayor, ¿sabéis? Siempre ha sido muy sabia, y siempre me perdona cuando hago alguna tontería.

Un millar de detalles encajaron de pronto en la mente de Falquián, interrogantes para los que nunca le habían dado respuesta.

— ¿Qué edad tiene Sephrenia? — preguntó.

— Sabéis que no voy a contestar a eso, Falquián — repuso, suspirando —. Además, no estoy segura. Los años no tienen el mismo significado para nosotros que para vosotros. Grosso modo, no obstante, Sephrenia debe de tener cientos de años, tal vez mil..., aunque para mí no exista diferencia.

— ¿Dónde está ahora?

— Ella y Vanion se marcharon juntos. Sabíais lo que sentían uno por el otro, ¿verdad?

— Sí.

— Asombroso. Después de todo, parece que utilizáis los ojos para algo.

— ¿Qué están haciendo?

— Están ocupándose de mis asuntos. Yo estoy demasiado ocupada para atender el negocio esta vez y alguien tiene que regentar el establecimiento. Sephrenia puede responder a las plegarias igual que yo y, en fin de cuentas, no tengo tantos adoradores.

— ¿Es absolutamente necesario que adoptes ese tono tan vulgar? — le reprochó con voz quejumbrosa.

— Es que es una cuestión vulgar, padre. Vuestro dios elenio es quien se toma en serio a sí mismo. No lo he visto reír ni una sola vez. Mis fieles son mucho más sensatos. Como me aman, se muestran tolerantes con mis errores. — Se echó a reír de repente, subió a su regazo y lo besó —. Sois el mejor padre que he tenido nunca, Falquián. Puedo hablaros realmente de estas cuestiones sin que se os salten los ojos de las órbitas. — Apoyó la cabeza sobre su pecho —. ¿Qué ha estado ocurriendo, padre? Sé que las cosas no van bien, pero Mirtai siempre me lleva a hacer la siesta cuando la gente viene a presentaros informes, así que apenas me entero de nada.

— No ha sido ésta una buena época para el mundo, Aphrael — respondió gravemente —. El tiempo ha sido muy malo, y ha habido hambrunas y epidemias. Nada parece producir del modo como debiera. Si yo fuera mínimamente supersticioso, diría que el mundo entero está sujeto a un largo hechizo de espantosa mala suerte.

— Es culpa de mi familia, Falquián — reconoció la diosa —. Comenzamos a sentir una gran compasión por nosotros mismos después de lo que le sucedió a Azash y por ello no hemos estado atentos a nuestras obligaciones. Creo que quizá sea hora de que todos crezcamos. Hablaré con los demás y os comunicaré lo que hayamos decidido.

— Te lo agradecería. — Falquián no podía acabar de creer que estaba sosteniendo realmente

aquella conversación.

— Aún tenemos un problema — declaró Aphrael.

— ¿Sólo uno?

— Basta de bromas. Hablo en serio. ¿Qué vamos a decirle a madre?

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Falquián, con los ojos súbitamente muy abiertos —. No había pensado en ello.

— Deberemos decidirlo ahora mismo, y no me gusta tomar resoluciones precipitadas. Le costaría mucho dar crédito a todo esto, ¿verdad? En especial cuando ello supondría tener que aceptar el hecho de que es estéril y que yo estoy aquí como consecuencia de mi propia decisión en lugar de sus apetitos personales y su fertilidad. ¿Se le partirá el corazón si le explico quién soy en realidad? Falquián reflexionó sobre ello. Conocía a su esposa mejor de lo que podía conocerla cualquier otra persona en el mundo. Recordó, estremecido, aquella momentánea expresión de angustia que había asomado a sus ojos cuando él había sugerido que su ofrecimiento del anillo había sido una equivocación.

— No — decidió al fin —, no podemos decírselo.

— Ya me lo parecía, pero quería estar segura.

— ¿Por qué la incluiste a ella en ese sueño, el de la isla? ¿Y por qué soñó lo que había ocurrido en el templo? Era casi como si hubiera estado allí.

— Ella estuvo allí, padre. Había de estar necesariamente. No me hallaba en posición de irme por ahí y dejarla a ella aquí. Dejadme bajar, por favor. Apartó los brazos con que la rodeaba y la pequeña se dirigió a la ventana.

— Venid aquí, Falquián — lo llamó al cabo de un momento.

— ¿Qué sucede? — le preguntó, reuniéndose con ella junto a la ventana.

— Madre ha vuelto. Está abajo en el patio con Mirtai y Talen.

— Sí — acordó, mirando tras el cristal.

— Un día seré reina, ¿verdad?

— A menos que decidas arrojarlo todo por la borda e irte a guardar cabras a otro sitio, sí.

— Necesitaré un paladín entonces, ¿no es cierto? — comentó, haciendo caso omiso del sarcasmo.

— Supongo que sí. Yo podría ocuparme de ello si quieres.

— ¿Cuando tengáis ochenta años? En estos momentos tenéis un aspecto bastante imponente, pero sospecho que os volveréis un poco decrepito al envejecer.

— No seas cruel.

— Perdonad. Y también necesitaré un príncipe consorte, ¿no es así?

— Es lo habitual. ¿Pero por qué me hablas de eso ahora?

— Quiero que me deis vuestra opinión, padre, y vuestro consentimiento.

— ¿No es un poco prematuro? Sólo tienes cuatro años.

— Nunca es demasiado pronto para empezar a pensar en esas cosas. — Señaló al patio —. Me parece que ese de allá abajo me convendrá, ¿no creéis? — Hablaba casi con el mismo desparpajo con el que elegiría una nueva cinta para el pelo.

— ¿Talen?

— ¿Por qué no? Me gusta. Va a convertirse en un caballero: sir Talen, aunque os parezca mentira. Es divertido y, en el fondo, mucho mejor chico de lo que aparenta. Además, puedo ganarle a las damas, ya que no podemos pasarnos todo el tiempo en la cama como hacéis vos y madre.

— ¡Danae!

— ¿Qué? — Levantó la mirada hacia él —. ¿Por qué os habéis puesto colorado, padre?

— Da igual. Tú vigila lo que dices, jovencita, o le diré a madre lo que en verdad eres.

— Estupendo — replicó sin inmutarse —, y entonces yo le contaré lo de Lillias. ¿Cómo os sentaría?

Se miraron a la cara y luego se echaron a reír.

Una semana más tarde, Falquián se encontraba sentado frente a un escritorio en la habitación que utilizaba como oficina, fijando una furibunda mirada a la última propuesta de Lenda, una absurda idea que casi doblaría la nómina del gobierno. Garabateó una sarcástica nota al pie de página: «¿Por qué no ponemos a todos los habitantes del reino de empleados del gobierno, Lenda? Así podríamos morirnos de hambre todos juntos».

Se abrió la puerta y su hija entró arrastrando por una pierna un animalillo de felpa de aspecto lamentable.

— Estoy ocupado, Danae — advirtió secamente.

La niña cerró con firmeza la puerta.

— Sois un gruñón, Falquián — lo acusó tajantemente.

El caballero se apresuró a mirar en derredor, se encaminó a la puerta de la estancia contigua y cerró con cuidado la puerta.

— Lo siento, Aphrael — se disculpó —. La verdad es que no estoy de muy buen humor.

— Ya me había fijado. Todo el mundo en palacio ha reparado en ello. — Levantó el muñeco —. ¿Querriais darle una patada a Rolló? A él no le importaría, y os descargaría mucho.

Exhaló una carcajada, sintiéndose un poco ridículo.

— Es Rollo, ¿verdad? Tu madre solía arrastrarlo exactamente como tú... antes de que perdiera el relleno.

— Lo hizo volver a llenar y me lo dio — dijo Aphrael —. Supongo que debo llevarlo por todas partes, aunque no acierto a comprender para qué. En realidad preferiría tener un cabritillo.

— Se trata de algo importante, ¿no es así?

— Sí. Sostuve una larga charla con los otros.

Se espantó al considerar las implicaciones contenidas en aquella simple afirmación.

— ¿Qué dijeron?

— No se mostraron nada agradables, padre. Todos me hicieron responsable a mí de lo sucedido en Zemoch. Ni siquiera quisieron escucharme cuando intenté explicarles que fue por culpa vuestra.

— ¿Por mi culpa? Gracias.

— No van a colaborar en nada — continuó —, de manera que me temo que todo dependerá de vos y de mí.

— ¿Nosotros vamos a arreglar el mundo? ¿Solos?

— No es tan difícil, padre. He realizado algunos preparativos. Nuestros amigos comenzarán a llegar muy pronto. Comportaos como si os sorprendiera verlos y después no dejéis que se vayan.

— ¿Van a ayudarnos?

— Van a ayudarme a mí, padre. Necesitaré que estén a mi alrededor cuando haga esto. Será preciso que reciba una gran cantidad de amor para que dé resultado. Hola, madre — saludó sin siquiera volverse hacia la puerta.

— Danae — reprendió Ehlana a su hija —, sabes que no debes molestar a tu padre cuando está trabajando.

— Rollo quería verlo, madre — mintió sin esfuerzo Danae —. Ya le he dicho que no teníamos que molestar a padre cuando está ocupado, pero ya sabéis cómo es Rollo. — Lo decía con tanta seriedad que casi resultaba creíble. Entonces alzó el zarrapastroso animalillo y agitó el dedo frente a su cara —. Malo, malo — lo regañó.

Ehlana rió y corrió hacia su hija.

— ¿No es adorable? — preguntó alegremente a Falquián, arrodillándose para abrazar a la niña.

— Oh, sí. — Sonrió —. No cabe duda. Es incluso más hábil que vos en estas cuestiones. — Puso expresión de pesar —. Creo que mi destino es permanecer atrapado entre los dedos de un par de muchachitas que se valen de toda suerte de artimañas.

La princesa Danae y su madre pegaron las mejillas y le dedicaron una casi idéntica mirada de artificiosa inocencia.

Sus amigos comenzaron a llegar al día siguiente, y cada uno de ellos tenía un motivo

perfectamente lógico para hallarse en Cimmura. En su mayoría, dichos motivos estaban relacionados con la exposición de malas noticias. Ulath había venido de Emsat para informar que los años de abuso del alcohol habían acabado por causar estragos en el hígado del rey Wargun. «Tiene la tez del color de un albaricoque», les aseguró el fornido thalesiano. Tynian les comunicó que el anciano rey Obler parecía haberse instalado definitivamente en la fase de chochez, y Bevier anunció que los informes procedentes de Rendor señalaban que era muy probable que se produjera un nuevo levantamiento eshandista. En marcado contraste con todo ello, Stragen explicó que sus negocios habían mejorado sensiblemente, lo cual tampoco podía interpretarse como un buen síntoma.

Pese a todas las malas noticias, aprovecharon lo que parecía ser una mera coincidencia para pasar varios días juntos.

Era estupendo volver a tenerlos a su alrededor, decidió Falquián una mañana al levantarse sigilosamente para no despertar a su mujer, pero aquello de trasnochar con ellos y luego haber de levantarse temprano para atender a sus otros quehaceres lo estaba dejando falto de sueño.

— Cerrad la puerta, padre — dijo en voz baja Danae cuando salió del dormitorio.

La niña estaba acurrucada en un amplio sillón cerca del fuego, vestida con camisón, y sus pies desnudos tenían unas reveladoras manchas de hierba en la planta.

Falquián asintió, cerró la puerta y se acercó a la chimenea.

— Ya están todos aquí — constató Danae —, de modo que ya podemos pasar a la acción.

— ¿Qué vamos a hacer exactamente? —le preguntó.

— Vos vais a proponer una salida al campo.

— Necesito un motivo para ello, Danae. El tiempo no es el indicado para excursiones.

— Cualquier motivo bastará, padre. Inventad algo y sugeridlo. Todos opinarán que es una magnífica idea, os lo garantizo. Llevadlos hacia Demos. Sephrenia, Vanion y yo nos reuniremos con vosotros cerca de las afueras de la ciudad.

— ¿Te importaría aclararme un poco más todo esto? Tú ya estás aquí.

— También estaré allí, Falquián.

— ¿Vas a estar en dos sitios al mismo tiempo?

— No es tan difícil, Falquián. Lo hacemos continuamente.

— Puede que sí, pero ésa no es la manera más conveniente de mantener en secreto tu identidad.

— Nadie sospechará nada. Adoptaré la apariencia de Flauta ante ellos.

— No existe gran diferencia entre tú y Flauta.

— Tal vez no para vos, pero los demás me ven algo distinta. — Se levantó de la silla —.

Ocupaos de ello, Falquián — le encomendó con un alegre manoteo. Después se encaminó a la puerta, arrastrando negligentemente a Rollo.

— Me rindo — murmuró Falquián.

— Os he oído, padre — dijo sin siquiera volverse.

Cuando todos se reunieron para desayunar, fue Kalten quien proporcionó a Falquián la ocasión que acechaba.

— Me gustaría que hubiera alguna manera de que pudiéramos salir de Cimmura y pasar unos cuantos días fuera — declaró el rubio pandion. Miró a Ehlana —. No es mi intención ofenderos, Majestad, pero el palacio no es el lugar más indicado para una reunión de amigos. Cada vez que conseguimos un clima favorable, llega algún cortesano reclamando la inmediata atención de Falquián.

— Tienes razón en eso — acordó Ulath —. Una buena reunión se parece mucho a una buena refriega de taberna. No resulta muy divertido si la interrumpen cada vez que adquiere brío.

De improviso, Falquián recordó algo.

— ¿Hablabais en serio el otro día, cariño? — preguntó a su esposa.

— Siempre hablo en serio, Falquián. ¿A qué día os referís?

— Aquel en que me planteabais la posibilidad de concederme un ducado.

— Llevo cuatro años intentándolo. No sé por qué sigo molestándome. Siempre sacáis alguna excusa para declinarlo.

— No debería hacerlo, supongo..., al menos no hasta haber tenido ocasión de echarle un vistazo.

— ¿Qué os proponéis, Falquián? — inquirió la reina.

— Necesitamos un sitio donde podamos celebrar ininterrumpidamente la alegría de tener a nuestros amigos con nosotros, Ehlana.

— Y pelearnos — agregó Ulath.

— De todas formas — prosiguió Falquián, sonriendo al caballero thalesiano —, debería ir a darle una ojeada a ese ducado. Se encuentra cerca de Demos, si mal no recuerdo. Y tampoco estaría mal que fuéramos a observar en qué condiciones se halla la casa solariega.

— ¿Todos? — preguntó Ehlana.

— Nunca vienen mal unos consejos cuando alguien trata de tomar una decisión. Creo que todos deberíamos echar un vistazo a ese ducado. ¿Qué pensáis los demás?

— La fuerza de un buen dirigente reside en su capacidad de hacer que lo evidente parezca innovador — sentenció Stragen.

— Además, deberíamos salir más a menudo, querida — dijo Falquián a su mujer —. Podemos tomarnos unas breves vacaciones, y lo único de que deberemos preocuparnos realmente es de si Lenda pone a una docena de parientes suyos en la nómina pública durante nuestra ausencia.

— Os deseo toda la diversión del mundo, amigos míos — declinó Platimo —, pero soy una persona bondadosa y me apena ver cómo un caballo hecho y derecho se viene abajo y gime cada vez que lo monto. Me quedaré aquí y vigilaré a Lenda.

— Podéis viajar en el carruaje — le dijo Mirtai.

— ¿Qué carruaje es ése, Mirtai? — preguntó Ehlana.

— En el que vais a ir vos para no enfriaros.

— No necesito ningún carruaje.

— ¡Ehlana! — espetó Mirtai, sacando chispas por los ojos —. ¡No repliquéis!

— Pero...

— ¡A callar, Ehlana!

— Sí, Mirtai — suspiró, sumisa, la reina.

Iniciaron la salida con un aire festivo que incluso captó Faran, el cual, como contribución al festejo, consiguió pisarle a Falquián los dos pies a la vez mientras éste intentaba montar.

El tiempo pareció quedar en suspenso tras su partida. Las nubes que encapotaban el cielo no eran tan espesas y el penetrante frío que había caracterizado el invierno cedió paso a una temperatura, si no cálida, al menos soportable. No había siquiera un soplo de brisa, lo cual hizo recordar con inquietud a Falquián aquel interminable momento que el dios troll Ghnomb había paralizado a petición suya al este de Paler.

Dejaron Cimmura atrás y siguieron el camino de Lenda y Demos. La decisión tomada por Mirtai de que la pequeña princesa debía quedarse en palacio a cargo de su niñera porque el tiempo no era el adecuado para que viajara ahorró a Falquián la perturbadora posibilidad de ver a su hija en dos lugares a la vez. Falquián preveía un titánico enfrentamiento de voluntades pendiente en el futuro. Llegaría el momento en que Mirtai y Danae librarían un férreo pulso, cuyo desarrollo, por otra parte, sentía curiosidad por observar.

No lejos del lugar donde habían topado con el Buscador, encontraron a Sephrenia y Vanion sentados junto a una pequeña hoguera, y a Flauta, según su costumbre, sentada en la rama de un roble cercano. Vanion, mucho más rejuvenecido y con mejor aspecto del que había presentado desde hacía años, se levantó para saludar a sus amigos. A Falquián no le sorprendió ver que Vanion llevaba un sayo estirio y no iba armado.

— Confío en que os haya ido bien — deseó el alto pandion al desmontar.

— Tolerable, Falquián. ¿Y vos?

— No tengo motivo de queja, mi señor.

Y entonces abandonaron aquella impávida actitud y se abrazaron con cierta torpeza mientras los demás se reunían en torno a ellos.

— ¿A quién han elegido para sustituirme como preceptor? — preguntó Vanion.

— Hemos estado presionando a la jerarquía para que nombre a Kalten, mi señor — le respondió Falquián con afabilidad.

— ¿Cómo? — Vanion tenía una expresión apesadumbrada.

— Falquián — reprochó Ehlana a su marido —, sois cruel.

— Sólo intenta hacerse el gracioso, Vanion — declaró agriamente Kalten —. A veces tiene el humor tan retorcido como la nariz. En realidad es él quien ocupa el cargo.

— ¡Loado sea Dios! — exclamó fervientemente Vanion.

— Dolmant ha estado tratando de convencerlo para que acepte un nombramiento definitivo, pero nuestro amigo aquí presente no para de hacerse el remilgado aduciendo no sé qué tonterías de que ya tiene demasiado trabajo.

— Si me obligáis a dedicarme a tantas actividades, me voy a quedar en los huesos — se quejó Falquián.

Ehlana había estado observando con cierta reverencia a Flauta quien, como de costumbre, estaba sentada en la rama de un árbol con los pies manchados de hierba cruzados sobre los tobillos y el caramillo en la boca.

— Tiene exactamente el mismo aspecto que tenía en aquel sueño — murmuró a Falquián.

— No cambia nunca — repuso Falquián —. Bueno, no demasiado, en todo caso.

— ¿Está permitido hablarle? — La reina tenía un poco cara de susto.

— ¿Por qué os quedáis ahí plantada susurrando, Ehlana? — le preguntó Flauta.

— ¿Qué forma de tratamiento debo darle? — consultó nerviosamente la reina a su marido.

— Llamadla Flauta — indicó, encogiéndose de hombros —. El otro nombre que tiene es un tanto ceremonioso.

— Ayudadme a bajar, Ulath — ordenó la niña.

— Sí, Flauta — respondió automáticamente el thalesiano. Se encaminó al árbol y, tomando en brazos a la pequeña divinidad, la depositó en la parda hierba invernal.

Flauta se aprovechó descaradamente del hecho de que como Danae ya conocía a Stragen, Platimo, Kring y Mirtai, aparte de su madre, y se dirigió a ellos con una abierta familiaridad que no hizo más que aumentar la admiración que los embargaba. Mirtai en particular parecía bastante afectada.

— ¿Y bien, Ehlana — dijo al fin la niña —, vamos a quedarnos aquí de pie mirándonos? ¿No vais a darme siquiera las gracias por el espléndido marido que os proporcioné?

— Estáis haciendo trampa, Aphrael — la regañó Sephrenia.

— Ya lo sé, querida hermana, pero es tan divertido...

Ehlana no pudo menos que echarse a reír y tendió los brazos. Flauta gritó con entusiasmo y corrió hacia ella. Flauta y Sephrenia acompañaron a Ehlana, Mirtai y Platimo en el carruaje. Justo antes de ponerse en marcha, la pequeña diosa sacó la cabeza por la ventana.

— Talen — llamó con voz dulce.

— ¿Qué? — contestó éste con tono receloso.

Falquián sospechó que Talen había tenido una de aquellas escalofriantes premoniciones que asaltan a los jóvenes y a los ciervos casi de idéntica forma al intuir que alguien trata de cazarlos.

— ¿Por qué no venís con nosotros en el carruaje? — sugirió Aphrael con voz melindrosa.

Talen miró con cierta aprensión a Falquián.

— Adelante — le dijo éste. Talen era su amigo, de eso no había duda... pero Danae era, en fin de cuentas, su hija.

Volvieron a ponerse en marcha. Tras recorrer varios kilómetros, Falquián comenzó a experimentar una vaga inquietud. A pesar de haber viajado por el camino de Cimmura a Demos desde su juventud, ahora éste se le antojaba repentinamente extraño. Había colinas en lugares donde

no debiera haberlas, y pasaron junto a una extensa y próspera granja que no había visto antes. Comenzó a consultar su mapa.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó Kalten.

— ¿Es posible que nos hayamos desviado por donde no debíamos?

Llevo viajando por este camino, de ida y vuelta, durante más de veinte años y de repente las marcas habituales del terreno se han esfumado.

— Oh, estupendo, Falquián — exclamó sarcásticamente Kalten. Se volvió y miró por encima del hombro a los demás —. Nuestro glorioso líder se las ha compuesto para llevarnos por un camino equivocado — anunció —. Lo hemos seguido ciegamente cruzando medio mundo y ahora va y se pierde a menos de cinco leguas de casa. No sé vosotros, pero yo estoy notando un bajón en la confianza depositada en él.

— ¿Prefieres guiar tú? — le preguntó sin rodeos Falquián.

— ¿Y perderme la ocasión de quedarme ahí atrás, quejándome y criticando? No seas idiota.

Era evidente que no llegarían a ningún destino reconocible antes de que anocheciera, y no habían salido preparados para acampar a la intemperie. La alarma de Falquián crecía por momentos.

— ¿Qué sucede, Falquián? — preguntó Flauta, asomándose a la ventana del carruaje.

— Vamos a tener que encontrar algún sitio para pasar la noche — respondió —, y hace más de quince kilómetros que no nos cruzamos con ninguna clase de edificio.

— Limitaos a seguir cabalgando, Falquián — le indicó.

— Va a oscurecer dentro de poco, Flauta.

— Entonces mayor motivo para aligerar el paso. — Desapareció de nuevo en el interior del vehículo.

Remontaron una colina con el crepúsculo y divisaron un valle que de ningún modo podía hallarse donde estaba. La tierra descendía en suaves ondulaciones, cubierta de abundante hierba y salpicada de trecho en trecho de bosquecillos de abedules de blanco tronco. En medio de la ladera había una casa baja de techo de paja de cuyas ventanas emanaba una cálida luz de velas.

— Quizá nos den hospedaje — sugirió Stragen.

— Deprisa, caballeros — los animó Flauta desde el carruaje —. La cena está esperando y no conviene que se enfríe.

— Disfruta haciéndole eso a la gente, ¿verdad? — comentó Stragen.

— Oh, sí — convino Falquián —, probablemente más que con cualquier otra cosa que hace.

Si hubiera sido más pequeña, la casa habría podido recibir el nombre de choza, pero las habitaciones eran espaciosas y muy numerosas. El mobiliario era rústico pero bien hecho, había velas por todas partes y cada chimenea, escrupulosamente limpia, tenía una alegre hoguera encendida. Había una larga mesa en la sala central, en la que hallaron servido lo que sólo podía definirse como un banquete. En el edificio no había, no obstante, ni un alma.

— ¿Os gusta? — preguntó Flauta con expresión ansiosa.

— ¡Es preciosa! — exclamó Ehlana, abrazando impulsivamente a la pequeña.

— Lo siento muchísimo — se disculpó Flauta —, pero no he podido superar mis escrúpulos y ofreceros jamón. Sé que a todos los elenios os encanta, pero... — Se estremeció.

— Me parece que nos conformaremos con lo que hay allí, Flauta — le aseguró Kalten, vigilando la mesa con ojos encendidos —, ¿no os parece, Platimo?

— Oh, por Dios que sí, Kalten — acordó con entusiasmo el gordo ladrón, mirando casi con reverencia la comida —. Es perfecto.

Todos comieron más de lo que era conveniente y después permanecieron sentados, suspirando con el más placentero de los malestares.

Berit rodeó la mesa y se inclinó sobre el hombro de Falquián.

— Está volviendo a hacerlo, Falquián — murmuró el joven caballero.

— ¿Haciendo qué?

— Los fuegos han estado ardiendo desde que llegamos aquí y todavía no hay que añadirles leña,

y las velas no están derritiéndose lo más mínimo.

— Es su casa, supongo. — Falquián se encogió de hombros.

— Lo sé, pero... — Berit parecía incómodo —. No es natural — sentenció al fin.

— Berit — señaló Falquián, sonriendo bondadosamente —, acabamos de recorrer cabalgando un paraje de localización imposible para llegar a una casa que no se encuentra realmente aquí y dar cuenta de un banquete que nadie ha preparado, ¿y vos os preocupáis por menudencias tales como velas que arden perpetuamente y chimeneas que no necesitan leña?

Berit se echó a reír y volvió a sentarse.

La niña diosa se tomó muy en serio sus obligaciones de anfitriona. Incluso parecía ansiosa cuando los acompañó a sus habitaciones y les explicó minuciosamente detalles que bien hubiera podido omitir.

— Es una criatura encantadora, ¿verdad? — dijo Ehlana a Falquián cuando se quedaron solos —. Parece tan sumamente preocupada por la comodidad y el bienestar de sus huéspedes...

— Los estirios son un poco más despreocupados en estas cuestiones — explicó Falquián —. Flauta no está del todo acostumbrada a los elenios, y la ponemos nerviosa. — Sonrió —. Está esforzándose mucho por causar una buena impresión.

— Pero ¿si es una diosa!

— De todas formas se pone nerviosa.

— ¿Son imaginaciones mías, o se parece mucho a nuestra Danae?

— Todas las niñas son similares, supongo — respondió prudentemente —, igual que los niños.

— Tal vez — concedió Ehlana —, pero parece incluso que desprende el mismo olor que Danae, y a las dos les gusta mucho que las besen. — Hizo una pausa y entonces se le iluminó el semblante —. Deberíamos presentarlas. Se llevarían muy bien y serían magníficas amigas.

Falquián casi se atragantó al escuchar tal propuesta.

El ritmo del repiqueteo de cascos le era familiar, y fue ello más que otra cosa lo que despertó a Falquián a la mañana siguiente. Murmuró una imprecación y se sentó en la cama.

— ¿Qué ocurre, querido? — preguntó Ehlana con voz soñolienta.

— Faran se ha soltado — contestó con tono irritado —. De alguna manera ha conseguido librarse de la cuerda que lo ataba.

— No se escapará, ¿verdad?

— ¿Y perderse la diversión que le proporcionará el hecho de pasar toda la mañana justo fuera de mi alcance? Desde luego que no.

Falquián se puso una bata y se dirigió a la ventana. Únicamente entonces oyó el sonido del caramillo de Flauta.

El cielo estaba encapotado sobre aquel misterioso valle, como lo había estado todo el invierno. Unas nubes sombrías y de mal agüero, extendidas de uno a otro horizonte, corrían en lo alto barridas por las ráfagas de viento.

Faran avanzaba a calmoso trote trazando una trayectoria circular en un amplio prado cercano a la casa. No llevaba silla ni brida, y su andar tenía algo de gozoso. Flauta estaba tumbada de espaldas sobre su lomo con el caramillo en los labios, la cabeza cómodamente apoyada entre los hombros, las rodillas cruzadas y un piececillo suelto con el que marcaba el compás en las ancas del gran ruano. La escena le resultó tan conocida a Falquián que sólo acertó a seguir mirando.

— Ehlana — llamó al cabo —, me parece que te interesará ver esto.

— ¿Qué demonios está haciendo? — exclamó la reina al mirar por la ventana —. Id a pararlos, Falquián. Se caerá y se hará daño.

— No, seguro que no. Ella y Faran ya han jugado otras veces de este modo. Él no dejaría que se cayera... si es que ello fuera posible.

— ¿Qué están haciendo?

— No tengo la más remota idea — admitió, si bien ello no era del todo cierto —. Sin embargo, creo que es algo importante — añadió.

Se asomó a la ventana y miró primero a la izquierda y luego a la derecha. Los demás estaban todos pegados a los cristales, observando con expresión de asombro a su pequeña anfitriona.

El racheado viento zozobró y a poco amainó del todo, en tanto Flauta seguía interpretando su cadenciosa melodía y la hierba reseca del patio dejó de producir el sonido de su roce de materia muerta.

Los gozosos trinos de la canción de la niña diosa se elevaron hacia el cielo mientras Faran continuaba dando incansables vueltas por el prado. En la opresiva lóbreguez que cubría la tierra se abrió un claro que fue ensanchándose, y en él apareció un cielo de intenso azul salpicado de aborregadas nubes doradas por el sol del amanecer.

Falquián y los otros alzaron con asombro la mirada hacia aquel cielo tan súbitamente revelado y, como sucede a veces con los niños, vieron dragones y grifos rosados prendidos de algún modo a la maravilla de las nubes que se separaban y se unían, apilándose unas sobre otras para después despegarse al tiempo que los espíritus del aire, de la tierra y del cielo se unían para dar la bienvenida a aquella primavera que el mundo había temido que no llegara jamás.

La diosa niña Aphrael se puso en pie y se mantuvo erguida sobre el prominente lomo del ruano, con el reluciente pelo negro ondeando tras ella y el sonido de su flauta elevándose para saludar la salida del sol. Después, sin dejar de tocar, se puso a bailar, girando y oscilando y moviendo velozmente los piecillos manchados de hierba al ritmo de su alegre canción.

La tierra y el cielo y el lomo de Faran eran, mientras danzaba, una misma cosa para Aphrael y por ello tan pronto daba vueltas en el aire como en la ahora verde hierba o encima del caballo.

Paralizados de admiración, seguían mirando desde la casa que realmente no se hallaba en aquel lugar, y su sombría melancolía se disipó. Sus corazones se ensancharon, llenándose de la alegría de la siempre novedosa canción de redención y renovación que la diosa niña interpretaba para ellos, pues por fin el temible invierno había acabado y la primavera había regresado de nuevo.